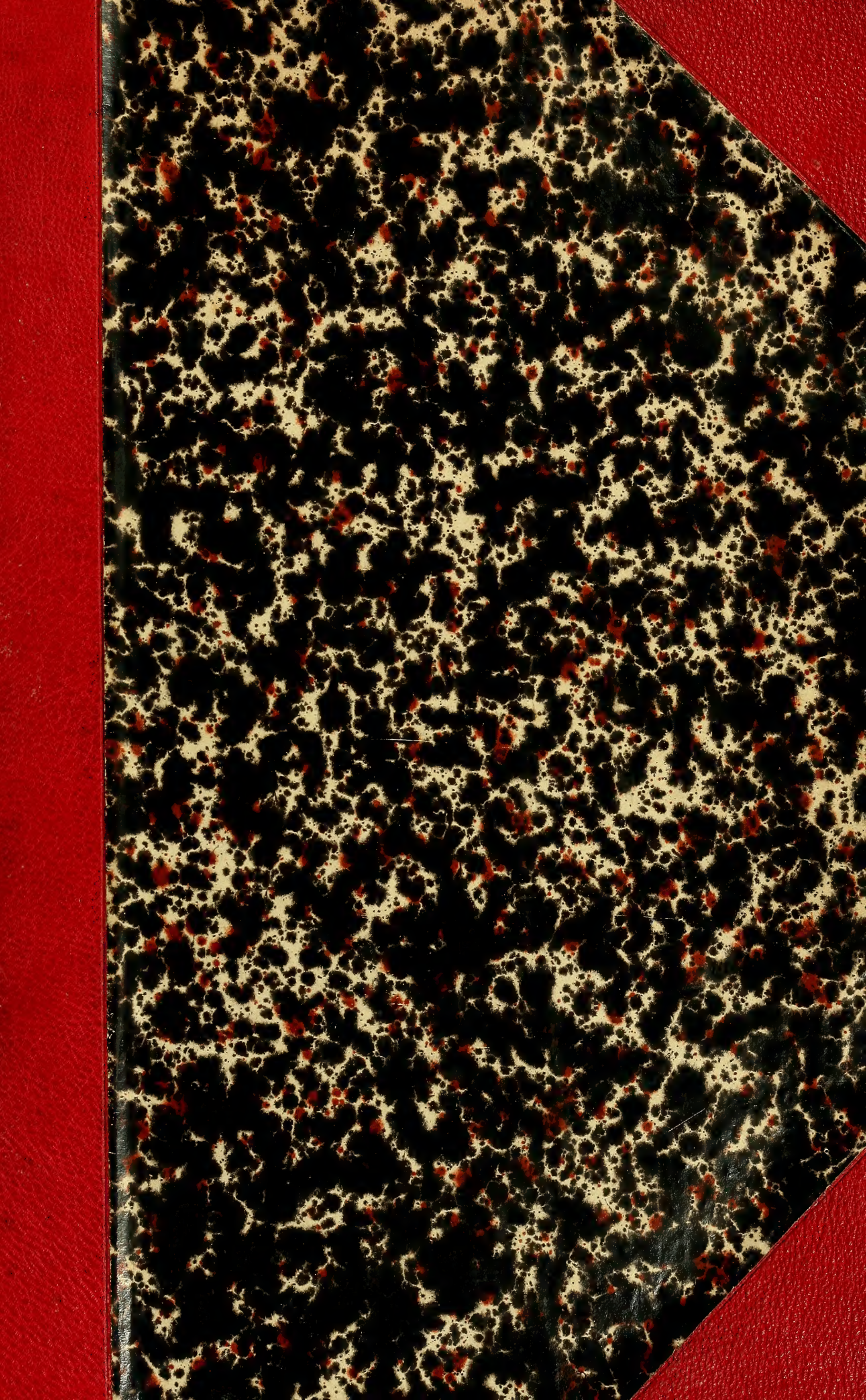


HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA

Y DE SUS INDIAS.

TOMO TERCERO

HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA

Y DE SUS INDIAS,

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS HASTA NUESTROS DIAS,

TOMADA DE LAS PRINCIPALES HISTORIAS, CRÓNICAS Y ANALES QUE ACERCA DE LOS SUCESOS OCURRIDOS EN NUESTRA PATRIA SE HAN ESCRITO,

por

D. VICTOR GEBHARDT.

Justitia et veritas.

TOMO TERCERO.

MADRID:
LIBRERÍA ESPAÑOLA,
calle de Relatores, núm. 14.

BARCELONA:
LIBRERÍA DEL PLUS ÚLTRA,
Rambla del Centro, núm. 15.

HABANA:
LIBRERÍA DE LA ENCICLOPEDIA, CALLE DE O-REYLLI, NÚM. 91.

1864

Barcelona.—Imp. de Luis Tasso, calle del Arco del Teatro, callejon entre los números 21 y 23.—1864.

HISTORIA GENERAL

DE

ESPAÑA Y DE SUS INDIAS.

ESPAÑA ÁRABE

Y

REINADO DE LOS REYES CATÓLICOS.

Desde el año 711 hasta el 1516 de nuestra era.

CAPITULO XIII.

Breve reinado de Almondhir.—Sucédele su hermano Abdallah.—Complicacion de guerras y sediciones.—Continuacion de la guerra de Hafsun.—Guerras de Andalucía.—Rebelion de los hijos de Abdallah.—Muerte de su hijo primogénito.—Abdallah renueva la paz con Alfonso de Asturias.—Sus consecuencias para uno y otro monarca.—Conjúranse contra Alfonso la reina y todos sus hijos.—Magnánima abdicacion de Alfonso.—Reparticion de su reino.—Primer rey de Leon.—Educacion del nieto de Abdallah, despues Abderrahman III.—Es designado como sucesor de su abuelo.—Muerte de Abdallah.—Situacion respectiva de los pueblos de España al advenimiento de Abderrahman III.—Reino de Navarra.—Orígen del condado independiente de Barcelona.—Wifredo I el Velloso.—Wifredo II.

Desde el año 886 hasta el 912.

Almondhir, reconocido como futuro sucesor de su padre hacia dos años, era el segundo hijo de Muhamad ben Abderrahman; habia nacido en el año 227 de la hegira (844) y su hermano Abdallah en el 238 (1). Almondhir se encontraba en los baños de Almería al acaecer la muerte de Muhamad, y regresando apresuradamente á Córdoba, fué proclamado emir el mismo dia de los funerales de su padre.

Mientras esto sucedia, Caleb ben Hafsun continuaba dominando en la España oriental. Ignórase por qué medios ó transacciones logró por aquel entonces gobernar solo con exclusion de Abdallah ben Lopia y de los demás miembros de la poderosa familia de Muza: es lo cierto sí que los historiadores nada nos dicen de ellos, y ya fuese que Caleb los hubiese vencido ó muerto, ya que los hubiese convertido en aliados fieles y subalternos, solo desempeñaron en adelante un papel muy secundario en los negocios de la España oriental. Zaragoza y Huesca rindiéronse al hijo de Hafsun, que se hizo dueño, con el auxilio de sus montañeses, de casi todo el territorio regado por el Ebro, á excepcion de Torto-

(1) Cassiri, Bibl. Hispan.-Arab.

A. de J. C. sa. Allí reunió diez mil caballos y gran número de infantes, y con ellos penetró hasta la comarca de Toledo, logrando apoderarse de la ciudad, gracias á sus inteligencias con los cristianos que en ella moraban. Proclamado rey por los Toledanos, tomó y guarneció los castillos de la ribera del Tajo, amenazando así de muy cerca el poder del emir de Córdoba y causándole vivísimas inquietudes.

Almondhir congregó sin pérdida de momento las banderas de Andalucía y de Mérida, y envió delante con un escogido cuerpo de caballería á su primer ministro Hixem ben Abdelaziz, contra el cual alimentaba secreto rencor por las grandes demostraciones de sentimiento á que se entregara cuando la muerte de Muhamad. El general llegó á marchas forzadas á confines de Toledo, y mientras tomaba las disposiciones necesarias para el sitio, Caleb salió de la ciudad con la flor de su gente, dejando en ella numerosa guarnicion, y fortificando mas y mas los castillos de Uclés, de Weda, de Alarcon y de Conca. Conociendo, empero, que sus fuerzas no eran bastantes para resistir á las que sobre él venian, pidió á sus auxiliares nuevos socorros, mientras que para ganar tiempo propuso á Hixem ciertas avenencias, ofreciendo entregarle la ciudad de Toledo y retirarse al oriente de España, si se le daban acémilas para conducir los heridos, aprestos y provisiones, y diciendo que habia venido engañado por los cristianos de Toledo y por los malos musulmanes. Hixem creyó en la sinceridad de estas proposiciones, é intercedió cerca de Almondhir para que fuesen aceptadas, viendo en ellas un medio para evitar una guerra sangrienta y de éxito dudoso. El emir, empero, que recelaba de la proverbial falsía del rebelde, recomendó la prudencia á su general, diciéndole que no se fiara *del astuto zorro ben Hafsun;* pero ni esta prevencion fué bastante para desengañar á Hixem, quien, aceptada la proposicion, envió á Toledo las acémilas solicitadas con un destacamento de sus soldados. Cargados en ellos los enfermos y provisiones, Caleb ben Hafsun salió en efecto de Toledo con parte de sus tropas, y dándose Hixem por posesionado de la ciudad, escribió al emir el feliz suceso de la terminacion de la guerra, diciéndole que podia ya licenciar sus tropas. El desgraciado hagib no contaba con la doblez y perfidia de su adversario. Apenas supo Ben Hafsun la retirada de las tropas cordobesas y la proximidad de sus auxiliares montañeses, tomó otra vez la ofensiva: cargó de improviso sobre los conductores de las acémilas, los degolló á todos sin dejar uno solo con vida, y volviendo á Toledo, donde permanecian ocultas gran parte de sus tropas, hizo lo mismo con los soldados de Hixem, recobró los fuertes del Tajo y restableció en todas partes su autoridad.

La noticia de estos sucesos llenó á Almondhir de violenta cólera, y mandando prender á Hixem, díjole al tenerle en su presencia: «Tú fuiste quien me aconsejó, tú quien ayudó á la perfidia del rebelde, y para que otros aprendan á ser prudentes y cautos hoy morirás á mis manos.» Y sin acordarse de los largos y buenos servicios de su ministro, mandó decapitarle en el patio del alcázar (26 de
887. javal del año 273—25 de marzo de 887). Su muerte causó profundo sentimiento en Córdoba, porque era Hixem por sus altas prendas querido de todos (1). No satisfecha aun la venganza del emir, extendióse á los dos hijos del infortuna-

(1) Conde, P.2.ª, c. LVIII.

do hagib Omar y Ahmed, walies de Jaen y de Ubeda, á quienes confiscó sus bienes y encerró en una fortaleza. A. de J. C.

Sin pérdida de tiempo comunicó Almondhir á los alcaides de Andalucía y de Mérida la órden de allegar sus banderas y de reunirse con él en Toledo, y al dia siguiente partió con las tropas de su guardia, llevando en su compañía á su hermano Abdallah, que era, segun la crónica arábiga, el mas sabio y esforzado de todos los hijos de Muhamad.

Llegado el emir á tierra de Toledo, no se atrevieron los rebeldes á salir á su encuentro, y se encerraron unos en la ciudad y otros en los fuertes de la provincia. Almondhir encargó á su hermano Abdallah el cerco de la plaza, y con un campo volante de caballería partió él en persecucion de los rebeldes y de sus auxiliares. Con ellos peleó en diferentes combates en que por lo regular llevaba lo mejor, logrando arrojarlos de varios de los fuertes que ocupaban en las riberas del Tajo, é incendiando algunos pueblos en que se encastillaban los cristianos, lo que hace creer que la poblacion indígena habia abrazado la causa de Ben Hafsun, ó que trataba de aprovechar aquellas turbulencias para sacudir la dominacion de Córboba. Así se mantuvo la guerra por espacio de mas de un año, no pasando dia sin escaramuzas ó encuentros de mas ó menos importancia, hasta que á principios del año de 275, recorriendo el emir el territorio con solo algunas 888.
compañías de sus mas bravos caballeros, descubrió en las cercanías de Huete numerosas tropas enemigas. Sin considerar su número ni la ventaja de su posicion precipitóse con su acostumbrado arrojo contra los rebeldes, que, en un principio sorprendidos, volvieron luego á la carga envolviendo por todas partes á los caballeros andaluces. Almondhir cayó en la refriega atravesado por muchas lanzas enemigas, y toda su gente experimentó igual suerte. Así pereció en el segundo año de su reinado y á los cuarenta y seis de su edad Almondhir ben Muhamad, sexto emir de España de la familia de Omeya (luna de safar del año 275—julio de 888).

La noticia del fatal suceso llegó en breve al campamento de Toledo, y sembró en él la consternacion. Almondhir habia sido hombre duro y cruel, pero vigoroso y esforzado en la guerra, y fué generalmente llorado por sus compañeros: todos los Muslimes que estaban en aquel cerco habian seguido sus banderas, habian sido testigos de sus hazañas, y le habian visto muchas veces desde su primera juventud sufrir las fatigas de la guerra con alegría, valor y constancia inalterables. En ningun peligro ni ocasion se vió mudado su semblante: era en extremo frugal: en sus vestidos, armas y mantenimiento no se diferenciaba de los otros caudillos inferiores: su pabellon no era mas grande y precioso y solo por la bandera se distinguia de los demás (1). Su hermano Abdallah, que mandaba el cerco dió sus órdenes á los walies para continuarle, y partió á Córdoba acompañado de la caballería de su guardia.

A su llegada á la capital, donde era ya sabida la muerte de Almondhir, encontró reunido el mejuar ó consejo de los principales para decidir lo que habia de hacerse en tan críticas circunstancias. Abdallah se presentó al consejo, y á su presencia se levantaron todos, y unánimemente le proclamaron emir sin re-

---

(1) Conde, P. 2.ª, c. LIX.

servas ni condiciones: nuevo testimonio, dice Lafuente, de la libertad electiva que conservaban los Arabes, puesto que Almondhir habia dejado hijos, aunque jóvenes (1). El primer acto de Abdallah fué mandar trasladar á Córdoba el cuerpo de Almondhir, al que hizo tributar magníficos funerales. Los historiadores musulmanes nos dicen que era Abdallah de hermoso semblante, de tez blanca y sonrosada, de ojos azules, grandes y bellos, de mediana estatura y bellas proporciones, animoso y prudente, de mucha erudicion y buen ingenio. Por congraciarse el pueblo puso en libertad á los dos hijos del hagib Hixem ben Abdelaziz, lo mismo que á su maestro, célebre entre los literatos de la época, Gebir ben Gaith de Libla, y les devolvió sus bienes. Hizo mas aun, confirió á Omar el gobierno de Jaen que habia tenido su padre, y nombró á Ahmed capitan de la caballería de su guardia. Este hecho indicaba un cambio de política que habia de producir muy graves consecuencias, y si fué del agrado del pueblo de Córdoba, disgustó mucho á la familia del emir y sobre todo á su hijo primogénito Muhamad, wali de Sevilla, que por rivalidades y competencias de mocedad y galantería estaba enemistado con Omar y Ahmed.

El descontento que este hecho produjo en la familia del emir, llegó hasta el punto de manifestarse con actos sediciosos. Preparábase Abdallah para continuar otra vez la guerra contra el obstinado Ben Hafsun, cuando supo que su hijo Muhamad y sus dos tios, hermanos del emir, Cassim y Alasbag, se habian ligado contra él al sur de Andalucía, y que con otros walies y alcaides habian levantado pendones contra el wali de Jaen, Omar ben Abdelaziz, instalado en su gobierno hacia pocos dias. Sintió mucho Abdallah estas novedades y desavenencias, y recelando que su hijo Muhamad inquietase con sus parcialidades toda la tierra de Jerez y Sidonia, cuyos walies eran sus tios y enemigos del emir su hermano por espíritu de rivalidad individual, envió á su hijo Abderrahman, llamado despues Almudafar, menos para combatir á su hermano Muhamad, que para sosegar con prudencia y buenas razones aquel ánimo soberbio y turbulento (2). El emir iba á partir para Toledo, cuando al mismo tiempo y por un fatal concurso de circunstancias, en el cual sin embargo no podemos ver concierto alguno, obra únicamente del azar, ó por mejor decir, de la fuerza de las cosas en un estado social cuyo primer elemento era la tribu, recibió aviso de dos nuevos levantamientos, que las crónicas nos refieren sin explicarnos sus causas. El wali de Lisboa Abdel Wahib habia tomado las armas contra los walies de Lamego, Alfandica y Alfereda, que mantenian la frontera del Duero, mientras que el alcaide de Mérida Soliman ben Anis, que desempeñará en esta historia un papel muy singular, habia arrojado al wali de aquella ciudad y declarádose independiente apoyado en la muchedumbre amotinada. Abdallah encargó al wazir Abu Otman el cuidado de reducir al primero, y pronto á marchar contra Toledo, reservóse para sí el castigo mas fácil del segundo. Sin dilacion dirigióse á aquel punto con la caballería de su guardia, y entró en Mérida cuando nadie le esperaba. El alcaide sorprendido se vino á los piés del emir, y este, movido de su natural clemencia, le perdonó á él y á sus cómplices, atendiendo, dice la crónica, á su poca edad y á su excelente ingenio.

(1) Hist. gen. de Esp., P. 2.ª l. I. c. XII.
(2) Conde, P. 2.ª, c. LX.

Hafsun era sin embargo el mas temible enemigo de Abdallah, y este continuó desde luego su marcha hácia el Tajo, deseoso de castigar de una vez la audacia del rebelde. Fiel á su antigua táctica, evitaba Hafsun los combates generales, si bien no pudo impedir que sorprendido un dia en un llano descubierto, se cebaran en sus filas las espadas de los caballeros andaluces. Esta victoria, empero, como tantas otras no decidió de la suerte de Toledo y tampoco de la de Ben Hafsun, cuyas inteligencias y posesiones se extendian á lo lejos por la España oriental y á lo largo de los Pirineos. La guerra en la España central continuaba, pues, con vicisitudes varias, pero sin triunfos decisivos, cuando el ningun resultado de las negociaciones de Abderrahman con su hermano Muhamad, que ni siquiera habia querido recibirle en Sevilla ni habia contestado á sus cartas y consejos, obligó á Abdallah á dejar confiada á sus caudillos la continuacion del sitio para reducir en persona á su hijo á la debida obediencia. Así, pues, todo parecia secundar la fortuna de Hafsun que, como sagaz político, trató de extender sus relaciones hasta Andalucía y de reclutar partidarios en aquel territorio. Una buena noticia templó entonces la amargura que habia de experimentar el emir por tantos contratiempos. Abu Otman habíase hecho dueño de Lisboa lo mismo que de Silves, Viseo y Coimbra, cuyos walies habian seguido la parcialidad del de Lisboa, y enviaba al emir las cabezas de los rebeldes.

En tanto complicábanse las cosas en Andalucía de una manera singular y extraña; la confusion reinaba en todas partes; el mediodía de España se habia convertido en teatro de innumerables luchas y divisiones, y nunca las rivalidades de las tribus conquistadoras habian estallado con la fuerza que ahora y producido tantas y tan sigulares complicaciones, inexplicables desgraciadamente para nosotros en sus causas especiales. El mediodía y centro de España, dice Lafuente, semejan un horno en que hierven las rivalidades, los odios, los celos, los elementos todos que anuncian el fraccionamiento á que está llamado el imperio árabe antes de su destruccion.

Guerra complexa entre todas la de Andalucía, Abdallah no tuvo que combatir solamente con los jefes militares de su familia, con su hijo Muhamad y con sus hermanos Cassim y Alasbag: á favor del levantamiento de Muhamad y sin hacer causa comun con él, muchos caudillos se habian sublevado contra Córdoba, en lo que se ha llamado despues Granada y Jaen; muchas tribus habian aprovechado las disensiones de la familia de Omeya para conseguir la independencia, y Caleb ben Hafsun, heredero del odio y de la ambicion de su padre, habia sabido, aunque de lejos, crearse un partido entre estas tribus. Obeidallah ben Umia era el agente de Hafsun en el país de Jaen, y este astuto caudillo, unido con Suar ben Hamdum, que disponia de siete mil hombres, se apoderaron de Somontan en aquella tierra, y lograron entrar en Cazlona y en otras fortalezas de las Alpujarras (1). Suar el Caisi era un poderoso jefe de las tribus del oriente de Andalucía y decidido adversario del partido sirio de Córdoba, del cual eran

---

(1) Suar habia fundado ó engrandecido muchas ciudades al sur y al oeste del Jenil. Las fortalezas levantadas por los demás jefes sublevados en las montañas de Granada fueron llamados *Al-Bordjela* (castillos de los aliados), de cuya palabra corrompida se ha formado el moderno nombre de *Alpujarras*. Conde pretende sin embargo que Alpujarras (*Al-Bug-scharra*) equivale á montañas de yerbas y de pastos.

A. de J. C. favorecedores y jefes los emires ommíadas. Suar se puso á la cabeza de las tribus descontentas, y á ellas se unieron los secuaces de Yahia ben Suquela, emir de alárabes (1), y la faccion de los Maulidines (hombres de sangre mezclada), muy poderosa por sus riquezas, segun el cronista que nos sirve aquí de guia. Con estas fuerzas se extendieron los rebeldes por toda la provincia,
890. y ocuparon Huescar, Jaen, Raya, Archidona y toda la tierra de Elvira hasta Calatrava, despues de vencer en sangrienta batalla al wali de Jaen Abdelgafir, que cayó en manos de los rebeldes con otros principales caudillos de su hueste, siendo llevados presos á las nuevas fortalezas de Garnatah (2).

Esta primera victoria de los rebeldes fué celebrada en verso por Soliman, ben Gudi, uno de sus caudillos. El canto que con este motivo compuso respira en alto grado aquellas pasiones de tribu, causas evidentes, aunque la historia y en particular la obra de Conde no lo expresan con la fuerza necesaria, á nuestro modo de ver, de las frecuentes guerras civiles que desde un principio ensangrentaron el imperio musulman de España.

Bien necesitaba Abdallah un ánimo tan levantado y firme como el suyo para no abatirse ante tal estado de cosas. Poseido de indignacion, pero no de desaliento, salió de Córdoba al frente de las fuerzas andaluzas y de la caballería de su guardia. Confió los peones y ballesteros á Abderrahman ben Bedre, caudillo muy práctico en aquellas sierras de Ronda y Alpujarras, y entróse por tierras de Jaen, jurando no volver á su alcázar hasta haber aniquilado, dice la crónica, á aquellas taifas de bandidos. Suar ben Hamdum le esperaba al pié de las Alpujarras, y empeñóse en las márgenes del Darro muy bravo y recio combate. Los rebeldes llevaron lo peor; doce mil de los suyos quedaron muertos en el campo y entre ellos el caudillo Ben Suquela; Suar cayó herido del caballo, y conducido en presencia del emir, fué al momento decapitado (3). Esta sangrienta pelea fué llamada con el nombre de Medina Elvira.

Sin desanimarse los rebeldes por tan rudo golpe, eligieron por caudillo á Zaid, hermano del poeta guerrero Soliman, quien, mas esforzado que valeroso y prudente, descendió á las vegas y llanuras de los campos de Granada y de Loja. Las tropas de Abdallah aprovecharon aquella ocasion y le acometieron por todas partes, causando atroz matanza en sus aguerridas filas. La victoria de Abdallah fué aun mas completa que la anterior, y Zaid, despues de mil hazañas y prodi-

(1) Conde, P. 2ª, c. LXII.—Quizás se quiso designar con este nombre á los Arabes descendientes de las tribus errantes del desierto, los Arabes pastores, que hubieron de proporcionar ellos tambien un considerable contingente á la conquista.

(2) Esta es la primera mencion histórica que de Granada encontramos. El epiteto de nuevo dado por el escritor árabe al fuerte que fué origen de Granada parece indicar que quizás hayamos anticipado demasiado su fundacion, colocándola bajo el reinado de Abderrahman I, fiados en autores orientales mas modernos.

(3) El poeta Soliman, que habia celebrado las pasadas victorias de los rebeldes, dedicó á su muerte los siguientes versos:

De Suar se quebró la espada — en esa de sierra Elvira,
La espada que á las hermosas — de tristes lutos vestia,
La que de mortales ansias — daba copas repetidas,
Y de una misma brindaba — á gente noble y baldía;
Por solo Suar mil maté, — que él solo por mil valia,
Por uno nuestro mil dellos — es barata mercancía,
Lícito fué matar mas — por igualar la partida......

gios, quedó herido en manos de los vencedores. El emir se mostró con él muy poco generoso, y antes de mandar su muerte dispuso que quemaran sus ojos con un hierro candente, y que le atormentaran con varios suplicios por espacio de tres dias.

Los restos del vencido ejército se reunieron en Elvira, y nombraron por su general un hombre á quien las mismas crónicas de la época califican de ilustre y esforzado; llamábase Muhamad ben Adheha, era de orígen persa y poseia la fortaleza y las tierras de Alhama (1); las historias granadinas le llaman Azomor. Mas cauto este que el caudillo que le precediera, refugióse en las inaccesibles asperezas de Antequera, Granada y Ronda, y supo frustrar, aunque con gloria escasa, los esfuerzos que hizo el emir para subyugarle.

Cansado Abdallah de aquella guerra de montaña y reclamando empresas mas urgentes su presencia, volvia á Córdoba, dejando algunas tropas para observar y contener á los rebeldes. Hafsun era en el fondo el alma de aquella rebelion, y desde Huescar, donde se encontraba, animaba y socorria á los sublevados; la derrota, empero, del último jefe y la extremada prudencia de su sucesor diéronle á comprender que no podia esperar allí un triunfo inmediato, y su agente Obeidallah, que vió dispersos y mal distribuidos los pocos batallones que para sostener aquella causa habian quedado, retiróse con sus tropas á Huescar cerca de Ben Hafsun.

Abdallah no tomó parte personalmente, aun cuando quizás fuese esta en un principio su intencion, en la guerra que su hijo Abderrahman hacia en la Andalucía occidental á su otro hijo Muhamad y á sus hermanos Cassim y Alasbag. Limitóse á enviarle un considerable refuerzo de caballería, y con él el príncipe se apoderó en breve de Sevilla y Carmona, saliendo luego en persecucion de su hermano, despues de asegurar aquellas ciudades. Alcanzóle á poca distancia de Sevilla, y habiéndose empeñado la batalla, en la que pelearon por ambas partes los mas nobles caballeros de Andalucía, cayeron en poder de Abderrahman prisioneros y heridos su hermano Muhamad y su tio Cassim. Ambos fueron llevados á Sevilla y encerrados en una torre, donde el primero no tardó en morir de sus graves heridas sin duda y del pesar que su vencimiento le causaba, si bien otros aseguran que murió de la ponzoña que le hizo dar su hermano Abderrahman de órden de su padre (2). Esta es la primera vez que se habla de veneno en la historia de los Arabes andaluces, y veremos que en todo caso no fué esta por desgracia la única aplicacion que de él se hizo durante este reinado. Muhamad murió el dia 18 de jawal del año 282 (3 de di- 895.
ciembre de 895) cuando contaba la temprana edad de 27 años. Dejó un hijo de cuatro años llamado Abderrahman, á quien Dios reservaba para grandes cosas, y al cual no se daba otro nombre que el de Ben el Mactul (el hijo del Asesinado), pues la opinion general del pueblo era que su padre no habia fallecido de muerte natural. Con estos sucesos todo el territorio de Sevilla y Cádiz volvió á la dominacion de Córdoba, y Abdallah puso de nuevo gobernadores en Jerez, Astaba y Sidonia. En cuanto á su hermano Cassim Abu Zaid, quiso confiarle el

---

(1) *Alhama*, baños, *Medina Alhama*, ciudad de los baños.
(2) Conde, P. 2.ª, c. LXIII.

A. de J. C. gobierno de Sevilla, pero su hijo Abderrahman Almudafar y otros walies se opusieron á ello, y el caudillo quedó olvidado en su cárcel.

Con felicidad iba librándose el emir de aquel enjambre de rebeliones, no quedándole al parecer mas enemigos musulmanes que Ben Hafsun en la España central y oriental, desde Huescar hasta Tudela, y Azomor dueño de las alturas meridionales de Andalucía, desde las Alpujarras hasta Gebal-Tarik; pero de tan complicadas guerras y encontrados intereses quedaron por consecuencia mil enconados odios y rivalidades, cuya satisfaccion favorecian las costumbres caballerescas que empezaban á reinar por todas partes. Durante este mismo año, nos dice el cronista musulman, por resentimientos y rivalidades se enemistaron el wali de Carmona Abdelmelek ben Abdallah, y el de Jaen Omar ben Hixem ben Abdelaziz; desafiados á singular combate, el primero dió muerte al segundo. Pocos dias despues Almutaraf, hijo de Muhamad y hermano del emir reinante, príncipe de la juventud por sus nobles prendas y unido por viva amistad á los hijos de Hixem ben Abdelaziz, riñó y mató á dos millas de Sevilla al wali Abdelmelek. Este dejó un hijo, y no se pasó mucho tiempo sin que una mañana apareciera en la calle el cadáver del príncipe, recayendo en aquel todas las sospechas de la muerte. Preso por ellas, estuvo privado de libertad hasta el año 284 en que murió en su cárcel (1). Así se formaban entre los Arabes españoles, lo mismo que en el resto de Europa, aquellas singulares costumbres que en el dia apenas comprendemos, y que tanto distingue á aquella edad de la antigua y de la moderna. El individualisimo, que era su carácter distintivo, si era un gran mal llevado hasta el extremo que lo practicaron nuestros abuelos, no dejó de producir muchos y fecundos bienes en una época en que se necesitaban vivas todas las fuerzas individuales que componian los estados para que la humanidad saliera con bien de la crísis que atravesaba y llegase al cumplimiento de mejores destinos. Estas reflexiones, empero, no están aquí en su lugar, y solo podrán tener cabida en la rápida ojeada que á su tiempo nos proponemos dirigir sobre esta época conocida con el nombre de media y que tan fecunda fué en grandes vicios y en grandes virtudes.

Como otra prueba del naciente espíritu de caballería, cuéntannos los autores árabes lo sucedido á Soliman ben Gudi, el cantor de las batallas de Jaen y Elvira. Pertenecia á la faccion de los Maulidines, y despues de la rota y muerte de su hermano en las llanuras de Loja, habíase retirado cerca de Caleb ben Hafsun. Fué muy buen caballero, refiere la crónica, y de él se aseguraba que tenia las diez prendas que habian de distinguir á los nobles y generosos caballeros, que son: bondad, valentía, caballería, gentileza, poesía, bien hablar, fuerza, destreza en la lanza, en la espada y en tirar el arco. Ignórase por qué motivo retó á singular combate á Ben Hafsun, pero este no salió al desafío; enojado Soliman, sorprendióle un dia en el campo, y despues de hacerle perder la silla le hubiera dado muerte á no impedírselo los amigos de Hafsun. Este suceso hizo que volviese Soliman á la obediencia de Abdallah, quien le dió mando en Elvira su patria, donde fué muerto alevosamente en 284.

897 Las crónicas arábigas mencionan en el año 285 de la hegira una gran este-

(1) Conde, P. 2.ª, c. LXIII

rilidad y carestía seguidas de hambre tan cruel, «que los pobres se comian unos á otros.» A esta calamidad agregóse la peste, «y fué tanta la mortandad, que se enterraban muchos en cada sepultura, que no habia quien las hiciese, y los mismos hombres ya moribundos se iban á los cementerios; y los enterraban sin lavar los cadáveres y sin oraciones (1).» A. de J. C.

Por fortuna para Abdallach, dice Lafuente (2), mientras devoraba sus dominios la llama de tantas guerras civiles, el rey Alfonso de Asturias observaba religiosamente la tregua y armisticio concertado en 883 con su padre Muhamad, y le dejó desembarazado para desenvolverse de tan complicadas sediciones y de tantos enemigos domésticos. Esta buena inteligencia entre cristianos y musulmanes estrechóse mas y mas con un suceso que por entonces ocurrió, proporcionando á Abdallah ocasion de corresponder á la caballerosidad de Alfonso. Militaba en el partido de Caleb ben Hafsun un general de ilustre nacimiento, pues pertenecia á la familia de los Omeyas, llamado Ahmed ben Moaviah, y por sobrenombre Abul Cassim.—«En las vanas pretensiones de los príncipes, dice la crónica, buscó el favor del rebelde Hafsun (3),» lo que parece indicar haberse pasado á Caleb por odio y espíritu de venganza contra los suyos. Ahmed, á quien los cristianos llaman Alchaman, habíase elevado en poco tiempo á los primeros puestos entre los rebeldes, y Hafsun le habia permitido tomar el mando superior de la provincia de Toledo y de Talavera. Envanecido y deseoso de distinguirse con una ruidosa hazaña contra los cristianos, fanático hasta el punto de apellidarse profeta, reunió á sus órdenes un ejército considerable, que algunos hacen ascender hasta sesenta mil hombres reclutados en todas las tierras que obedecian á los rebeldes y hasta entre las tribus berberiscas de Africa (4). Los cristianos, que se hallaban en paz con Abdallah, no custodiaban ó custodiaban mal sus fronteras, y el arrogante musulman pudo penetrar por ellas con toda 901.
felicidad, talando y saqueando indistintamente poblaciones muslímicas y cristianas. A la noticia de tan inesperada invasion se refugiaron los cristianos en Zamora, llamando en su auxilio á sus hermanos de todos los estados de Alfonso, á quien escribieron los alcaides de la frontera musulmana «disculpando aquellas algaras que ellos no podian evitar y que no eran suyas ni de los buenos y honrados muslimes, súbditos sumisos de su señor (5).» Por su parte Abul Cassim, segun el uso que empezaba á introducirse entonces, escribió al rey de Asturias, intimándole que se hiciese musulman ó vasallo suyo, ó se preparase á sufrir una muerte ignominiosa y cruel. En tanto puso cerco á Zamora, y los cristianos armados en todas las provincias avistaron acaudillados por Alfonso los reales de los invasores antes que hubiesen podido penetrar en la ciudad.

La batalla se mantuvo indecisa con igual encarnizamiento por espacio de cuatro dias. Llegado el último, si bien otros dicen el primero, la caballería berberisca abandonó el campo, y á pesar de que los musulmanes de la España orien-

(1) Conde, P. 2.ª, c. LXIII.
(2) Hisp. gen. de Esp., l. 2.ª, p. I c. XII.
(3) Conde, P. 2.ª, c. LXIV.
(4) Hafsun era dueño entonces de Tarragona, de Tortosa y de Valencia, y podia con sus naves comunicar con la península africana.
(5) Conde, l. c.

A. de J. C. tal y del país de Toledo pelearon con gran firmeza, la victoria les volvió la espalda, y el mismo Ahmed cayó muerto en la refriega. Desde aquel momento los Arabes huyeron en desorden y los cristianos hicieron en ellos gran matanza, en la que cayó tamdien envuelto Abderrahman ben Moaviah, hermano de Ahmed y walí de Tortosa. Los cristianos cortaron muchas cabezas, costumbre que parecen haber tomado de los Arabes, y claváronlas en las almenas y puertas de Zamora. Esta victoria fué célebre en España con el nombre de *el dia de Zamora*, y aunque alcanzada contra musulmanes rebeldes, afligió y aterrorizó, dice la crónica, á todos los verdaderos creyentes.

La dolorosa impresion causada por la rota de Zamora hizo olvidar á los conquistadores sus enemistades y rivalidades domésticas. Por un momento amenazó producir una lucha general entre cristianos y musulmanes, y los fervorosos sectarios del islamismo predicaban que el pueblo musulman habia de armarse en masa para vengar la muerte de sus hermanos; pero Abdallah, lejos de ceder á las instancias de los fanáticos que le aconsejaban hacer sus avenencias con Caleb ben Hafsun y declarar la guerra á fuego y sangre contra cristianos, envió al caudillo Obeidallah el Gamri, que era entonces wali de Lisboa, á tratar con Alfonso para conservar su buena inteligencia y mantener sus concertadas treguas. El wali desempeñó su embajada á satisfaccion del emir, y celebró una alianza ofensiva y defensiva con el monarca asturiano, quien aprovechándose del triunfo que acababa de alcanzar en Zamora, continuó persiguiendo á los parciales de Hafsun, que amenazaban incesantemente sus fronteras.

En efecto, alentado Alfonso con la reciente victoria y con el nuevo pacto,
902. marchó contra Toledo llegado el siguiente año, con el deseo de vencer al hijo de Hafsun en el corazon mismo de sus dominios; pero al considerar las dificultades del cerco, aceptó la gran suma de dinero que le ofrecieron los moradores para que se alejara, y otra vez se dirigió á Asturias (1). En su camino tomó por asalto un castillo enemigo, llamado Quinitia-Lubel, del cual no poseemos otra noticia alguna. La guarnicion fué en parte pasada á cuchillo y en parte hecha prisionera. En Carrion, un esclavo del rey, que seria sin duda uno de los prisioneros de Quinitia-Lubel, con un nombre evidentemente arabigo, intentó darle muerte, pero descubierto su proyecto, fué ejecutado junto con toda su familia (2). El motivo de esta tentativa se explica fácilmente por parte de un mahometano, cuyo odio y fanatismo habia de exaltarse con la triste suerte que acababan de experimentar sus hermanos.

Estas negociaciones de Abdallah con los cristianos le desacreditaban con los austeros y religiosos muslimes, y en algunas ciudades llegó el atrevimiento de los imanes y alcatibes á omitir su nombre en la *chotba* como si fuese mal muslin ó escomulgado. En Sevilla fué esto practicado con mayor osadía, excitando el príncipe Cassim al pueblo á no pagar el tributo del azaque y á sustituir en la oracion pública al nombre de su hermano el del califa de Bagdad. Avisado

---

(1) In illis diebus..... rex Toletum perrexit, et ibidem à Toletanis copiosa munera accepit (Sampir. Chr., n. 14).

(2) ...Et inde reversus cepit gladio castellum quod dicitur Quinitia-Lubel... atque Carrionem venit, et ibidem servum suum Adamninum cum filiis suis trucidari jussit, eo quod cogitaverat in necem regis. (Id., l. c.)



ABDALLAH ENVIA UNA EMBAJADA AL REY ALFONSO DESPUES DE LA ROTA DE ZAMORA.

el emir de todo, mandó que su hermano fuese vuelto á la cárcel, de donde habia salido hacia algun tiempo bajo su palabra, y donde murió poco despues con una bebida que le prepararon. Cassim ben Muhamad Abu Zaid era hombre de gran talento, pero de no menor ambicion; tenia gran ingenio para la poesía, y se le conocia bajo el nombre de El Gurlan. A. C. de J. 903.

En tanto Caleb ben Hafsun aspiraba nada menos que á arrogarse las prerogativas y el título de emir, apoderándose de la misma capital del emirato. Así lo prueba de un modo irrecusable la tentativa que hizo entonces á favor de las turbulencias que traian revuelta toda Andalucía. Desde Balay (Bailen), á veinte millas de Córdoba, donde se hallaba por aquel entonces oculto, marchó tambien de incógnito á la capital, donde contaba con muchos y poderosos parciales. Si la fortuna hubiese secundado sus planes, los Ommíadas habrian cesado de reinar; la muerte, la proscripcion de los amigos y partidarios de Abdallah hubieran sido consecuencia de la victoria del hijo del bandido, y desde Córdoba habria imperado ó pretendido imperar sobre toda la España musulmana con el mismo título que los hijos de Omeya. Con el auxilio de los hombres de su faccion, á quienes habria llamado de la España oriental y meridional, habria sometido fácilmente las tribus sirias y árabes de Andalucía, y habria dado á los suyos todos los empleos y altos puestos del emirato, con exclusion de aquellos que hasta entonces los habian poseido. Este era sin duda su proyecto cuando una circunstancia singular hizo que se descubriera y por lo mismo que se frustrara.

Nuestros lectores recordarán que en la época de la última sublevacion de Mérida, el emir habia perdonado al autor del movimiento, á Soliman ben Albaga, que se habia erigido en wali de la ciudad de alcaide que era de la misma. Este Soliman era entonces uno de los principales jeques de Córdoba, sin que la gracia recibida le hubiese reconciliado con los Ommiadas y mucho menos con Abdallah; al contrario, ligado estrechamente con Hafsun, habíale llamado á Córdoba, y habia tramado en su favor una vasta conspiracion. Para disponer los ánimos compuso y publicó diferentes escritos, y entre ellos una virulenta sátira contra el emir en que se le daba el apodo de El Himar *(el asno)*. Desgraciadamente para su autor, súpose el orígen de tan picante composicion, y preso y llevado ante el emir el conspirador poeta, Abdallah le dijo estas paladras: «Por Dios, amigo Soliman, que mis beneficios han caido en muy mal terreno, y que no te merecia estos vituperios, ó si quier sean alabanzas, que para mí tanto valian siendo tuyas: ahora debiera yo darte á gustar el rigor de mi justo enojo, pues tan poco te aprovechó el favor de mi benignidad, y si en otro tiempo me pudiste loar como demasiado manso, ahora tendrias ocasion para maldecirme como cruel. Pero no ha de ser así; quiero que vivas y que cuando yo te lo mande me repitas tus versos, y para que veas que los estimo en mucho, has de pagar mil doblas por cada uno; si mas hubieras cargado el asno, mas cara y preciosa seria la carga.» Soliman se llenó de confusion, y postrado á los piés de Abdallah imploró su perdon. Concedióselo el emir, y agradecido el poeta descubrióle la conspiracion y la estancia de Ben Hafsun en Córdoba para acaudillar y dar la señal á los conspiradores. Al momento dióse órden de correr en su busca, mas la prision de Soliman habíale ya advertido del peligro que corria, y disfrazado de mendigo y pidiendo limosna de puerta en puerta, habia logrado evadirse de Córdoba. 905.

A. de J. C Libre ya del peligro, Caleb marchó á ponerse al frente de sus compañías aventureras, y desde la provincia de Toledo llevó la guerra en todos sentidos á las tier-
907 ras poseidas por los partidarios del emir. El wali Abu Otman le contuvo y venció en el año 296 y le obligó á refugiarse en Toledo y en las fortalezas de sus inmediaciones, de donde no pudo salir en tres años, pero donde tampoco fué atacado. Por aquel entonces Abderrahman Almudafar pacificó el sur de Andalucía, y envanecido con sus triunfos, quiso emprender activamente la guerra contra Toledo, para lo cual solicitó el gobierno de la provincia de Mérida que desempeñaba el fiel y esforzado Abu Otman. Abdallah no se sentia muy dispuesto á destituir á aquel antiguo servidor de su familia, pero el wali unió sus instancias á las del príncipe, y este obtuvo el puesto que deseaba, siendo nombrado Abu Otman capitan de los slavos (seklevis) que formaban la guardia asalariada del emir. A contar desde aquel dia Almudafar hizo una guerra terrible á las bandas de Caleb ben Hafsun, á las que no daba tregua ni cuartel: — « Cuantos rebeldes caian en sus manos eran luego alanceados ó descabezados. Era en extremo duro y riguroso en lo que tocaba á la disciplina militar, de suerte que era tan temido de los suyos como de los enemigos (1).»

Volvamos ahora la vista al reino de Asturias y veamos lo que habia sucedido allí despues de la tentativa de Alfonso III contra Toledo en el año 902.

Fecundo en conjuraciones habia de ser el reinado de Alfonso el Magno. A las de Hanno, de Hermenegildo y de Hiberia, á su tiempo referidas; á las de Witiza y Sarracino, de las cuales únicamente consta su existencia por las cédulas de donacion que hizo el rey á las iglesias de los bienes á los rebeldes confiscados, veremos seguir ahora otra de mucha mayor importancia, y que habia de acibarar con honda pena el corazon del monarca.

Alfonso hallábase en el trigésimo octavo año de su glorioso reinado, ocupado en el fomento de la religion y en el gobierno interior de sus pueblos, y tenia cinco hijos adultos todos, llamados García, Ordoño, Fruela, Gonzalo y Ramiro. El primogénito, casado con Munia, hija de un conde de las fortalezas de Castilla, llamado Nuño Fernandez, hallábase dominado por desmedida ambicion que su suegro alentaba y excitaba (2), y que le movió á urdir una conspiracion contra su padre para arrebatarle la corona. Nuño no fué el único apoyo de García en esta criminal empresa, sino que le auxiliaron la esposa y los demás hijos del rey, sin que la historia nos haya revelado las causas de este extraño concierto de toda una familia contra un padre, contra un esposo, contra un rey, de quien se ignora qué pudo haber hecho para concitar contra sí ingratitud tan universal. De todos modos es lo cierto que la conjuracion no habia llegado aun á su completo estado de madurez cuando su existencia fué sabida por Alfonso,
908 quien mandó entonces prender á su hijo en Zamora donde residia, y llevarle cargado de cadenas al castillo de Gauzon, en Asturias (3). Esta medida que parecia haber de salvar al monarca, fué por el contrario la que le perdió: precipitando los acaecimientos, la reina y sus hijos se declararon por García, á quien

(1) Conde, P. 2.ª, c. LVI.

(2) Socer quidem ejus Munio Fredinandi tyrannidem gessit et rebellionem paravit (Sampir. Chr., n. 15).

(3) Et veniens Zemoram filium suum Garseanum comprehendit et ferro vinctum ad castrum Gauzonem duxit (Id., l. c.).

sacaron de su cárcel; el conde Nuño Fernandez allegó tropas en Castilla en su A. de J. C.
favor; Ordoño y Fruela, que ambos tenian gobiernos, hombres y fortalezas á su disposicion, empuñaron tambien las armas, y el reino de Asturias vióse arder en una funesta y lamentable guerra civil. Los sublevados ocupaban los castillos de Gordon, de Luna y de Arbolio, y cada dia que pasaba veia Alfonso aumentar el partido de sus hijos y disminuir el suyo.

Por fin conoció la imposibilidad de conservar la corona sin atraer sobre 909.
todos sus súbditos innumerables calamidades, y magnánimo siempre aun en medio de tanta amargura, reunió en el palacio fortificado de Boides á toda su familia y á los grandes de su reino, y con su asentimiento renunció el trono en favor de sus hijos.

Los tres hermanos mayores repartiéronse entonces amistosamente, al parecer, la herencia de su padre. García se estableció en Leon, que comenzó desde entonces á ser capital del reino del mismo nombre; tocó á Ordoño la parte de Galicia y de Lusitania que poseian los cristianos, y Fruela se quedó en Oviedo con sus hermanos Gonzalo y Ramiro. Los tres hermanos mayores tomaron todos el título de rey, y de este suceso data la fundacion del reino de Leon, y la extincion de los reyes de Asturias propiamente dichos (1). Rodrigo de Toledo señala á la reina Jimena como causa de estas disensiones (2). Gonzalo, aunque comprometido en la rebelion, continuó siendo mero arcediano de Oviedo, y Ramiro, el quinto hijo de Alfonso, no recogió de la abdicacion de su padre otro fruto que el honorífico título de rey.

Reservó para sí Alfonso únicamente la ciudad de Zamora, á la cual miraba con predileccion por haberla él reedificado y por haber sido teatro de una de sus mas grandes victorias. Poco despues de su abdicacion de Boides, el magnánimo monarca dirigióse en peregrinacion á Santiago de Compostela (3), desde donde pasó por Astorga; allí encontró á su hijo García, y de él solicitó y obtuvo el permiso para pelear una vez mas antes de morir con los enemigos de Cristo. Con el ardor de la juventud, que los años no habian logrado extinguir del todo, entróse por las tierras de Toledo poseidas por Ben Hafsun, taló campos, incendió poblaciones y volvió triunfante á Zamora, donde enfermó poco tiempo despues,
y murió en 19 de diciembre del año 910, á los cincuenta y ocho años de su 910.
edad y á los cuarenta y cuatro de haber subido al trono (4). Así terminó su vida el tercer Alfonso, príncipe amable, docto, piadoso, guerrero, liberal y digno del renombre de *Magno* que le ha dado la historia.

En tanto crecia en Córdoba el jóven Abderrahman ben el Mactul, nieto de Abdallah y sobrino de Abderrahman Almudafar, y todo se preparaba para su futura elevacion al emirato que ocupaba su abuelo. El jefe de los Slavos, Abu Otman, profesaba al mozo viva y particular amistad, y habíase erigido en pro—

(1) El reino de Leon fué fundado en 909 y no antes. Es cierto que en época anterior Alfonso habia fechado en Leon algunas de sus ordenanzas, pero jamás le habia dado el título de capital. A él se debe sí, la restauracion de la antigua ciudad de los legionarios, desierta é inhabitada bajo sus predecesores.

(2) Hujus dissensionis causa fuit regina Ximena quæ fuerat Amelina, etc. (Roder. Tolet., de Rebus Hispanic., l. IV, c. 19).

(3) Causa orationis ad Sanctum Jacobum rex perrexit..... (Sampir. Chr., n. 15).

(4) Sampir., l. c.

A. de J. C lector suyo quizás por despecho contra Abderrahman Almudafar, á quien habia debido ceder su gobierno de Mérida. El jóven Abderrahman contaba entonces veinte años, y como era muy instruido en las letras divinas y humanas, y como nadie tan bien como él sabia domar un caballo, tirar la espada y servirse de todas las armas de guerra, como su valor igualaba á su gentileza, habíase granjeado el afecto de los principales jeques, walies y wazires que componian el consejo de Estado.—«Su donosura y amables prendas, dice la crónica, eran las delicias de Córdoba, y solo Abdallah no se manifestaba á las claras para no dar inquietud á su hijo Almudafar, pero oia con mucha complacencia las alabanzas de su nieto (1).»

En semejante estado de cosas no era difícil prever quien seria el sucesor de Abdallah. El fin del emir se acercaba; sesenta y un años contaba de edad, pero mas que esto los pesares y desasosiegos contínuos de su reinado habian agotado
911. sus fuerzas. En 911 recibió el golpe postrero: á principios de la luna de safar del año 299 (setiembre de 911) murió su madre Athara, á la que el emir amó con una ternura extrema cuyo recuerdo ha consagrado la historia, y cuya muerte lloró, dice la crónica, con muy amargas lágrimas. Triste desde entonces, no pensó mas que en el instante de su muerte, y mandó abrir una tumba cerca de la de su madre para que en ella le diesen sepultura (2). No le engañaron sus presentimientos. De su contínua tristeza y gran melancolía adoleció gravemente, y conociendo que su fin era muy próximo, congregó á sus wazires y walies y declaró por futuro sucesor del imperio á su nieto Abderrahman, encargando á su hijo Almudafar que protegiese y amparase al mozo como si fuera su hijo propio. Tranquilo sobre este punto pudo cerrar sus ojos Abdallah, pues su hijo, que amaba á su sobrino tanto como su padre, aprobó los designios de Abdallah respecto de aquel niño, y como á su tiempo veremos, cumplió su mision con toda lealtad. Un año y un mes de fallecida su madre, murió Abdallah en un acceso de fiebre á principio de la luna de rebie primera del año 300 de la hegira (no-
912. viembre de 912), á los veinte y cinco años de su reinado y sesenta y dos de su edad, dejando once hijos y catorce hijas.

Abdallah era de carácter bondadoso y hasta débil; pero las necesidades políticas de su posicion y la índole particular de su pueblo le impulsaron á veces, como hemos visto, á algunos actos de crueldad que sin duda dejaron hondos remordimientos en su corazon. Preciso es decir tambien que nunca monarca alguno fué con tanta rudeza y por tantas partes atacado; que nunca las rivalidades de raza se habian mostrado con mayor violencia y encarnizamiento; pero si la habilidad y la fuerza consisten tanto en aquietar como en refrenar y en vencer, justo es que digamos igualmente que si Abdallah supo sojuzgar á sus enemigos, faltóle maña para hacerse amigos. Además sus alianzas con el rey asturiano y sus preferencias á los Sirios sobre los Arabes fueron causa de malquistarle con estos y de enagenarse á los ardientes y fanáticos muslimes.

Este fué el reinado agitado y tormentoso de Abdallah, séptimo emir de Córdoba de la raza de los Meruanes, reinado que precedió al mas brillante que vió

(1) Conde, P. 2ª, c. LXVI.
(2) Conde, P. 2ª, c. LXVII.

España durante aquella dinastía. Celebrados los funerales de Abdallah, fué proclamado Abderrahman tercero de este nombre, cuando contaba apenas veinte y dos años. Su tez era blanca y sus ojos azules, rasgo singular que fué comun á muchos de sus antecesores; la madre que le parió se llamaba María y era hija de padres cristianos (1). A la gracia y belleza del rostro, á la elegancia y afabilidad de sus modales, unia la grave dignidad que tan bien sienta al jefe de una gran nacion. Por esto, dicen las crónicas, fué general el contento de los pueblos en su jura y aclamacion. El príncipe Almudafar su tio le amaba como si fuera su hijo, y fué el primero que le juró obediencia, juramento que fué recibido de Abderrahman con tan manifiestas muestras de amor y respeto, que se arrasaron en lágrimas los ojos de los circunstantes. Por deferencia á su abuelo llamóse tambien Abdallah, y sus pueblos, dice la crónica, que cifraban en él su esperanza, le llamaron El Nasir Ledin Allah (el defensor de la ley de Dios), y diéronle el título de emir el mumenim (emir ó príncipe de los fieles). Desde aquel momento los califas de Córdoba reinaron con el mismo título é iguales prerogativas que los primeros califas de Bagdad, cuyos débiles sucesores habian precipitado el imperio por la pendiente de su decadencia, y reunieron con la misma autoridad que sus predecesores el poder real al poder pontificio.

Antes de explicar este reinado tan fecundo en hechos, que habrá de ser objeto de un capítulo especial, importa que dirijamos una mirada á todas las regiones de España y veamos su estado al inaugurarse tan esplendente período para el imperio muslímico de Córdoba.

Despues de la infausta batalla de Aybar, en que pereció el conde de Pamplona, ó por algunos rey de Navarra, García Garcés *(Garsea Garseanus)*, suegro de Alfonso III de Asturias, vemos en la época presente gobernando á los Navarros con el título de rey al hijo de García, descendiente de los condes de Bigorra, Sancho Garcés *(Sancius Garseanis)*, quien no habia tomado el título de rey de Navarra hasta haber conquistado y dado á esta casi los mismos límites que tuvo despues como reino independiente. Terrible enemigo del rebelde y poderoso Ben Hafsun mientras este habia sostenido su bandera en el mediodía y en el centro de España, guerreando con el emir de Córdoba y el monarca asturiano, Sancho Garcés de Navarra (2) habia hecho cruda guerra á los musulmanes y judíos del nordeste del Ebro, ganándoles muchas poblaciones, tomándoles muchas fortalezas, y extendiendo sus conquistas desde Najera hasta Tudela y Ainza por las tierras á que empezaba á darse el nombre de Aragon (3).

Tambien de la segunda mitad del siglo IX data la fundacion hereditaria del condado de Barcelona. Expliquemos aquí este suceso de tanta trascendencia histórica para la Península entera.

Hemos dejado á Barcelona bajo el gobierno del conde Aledran en el año 850, ignorándose completamente la época en que le sucedió Udalrico así como

---

(1) Conde, P. 2.ª c. LXVIII.

(2) Cuéntase de este Sancho que hallándose en los Pirineos guerreando contra los Moros de Zaragoza y estando los montes cubiertos de nieve, proveyó á sus soldados de abarcas de cuero para que pudiesen trepar mejor por aquellas nevadas sierras, y que de esto le quedó el nombre de Sancho *Abarca*.

(3) Idem cepit per Cantabriam, a Nagerense urbe usque ad Tutelam, omnia castra.... necnon cum castris omne territorium Aragonense capit (Addit de Reg. Pampil., n. 87).

el tiempo que gobernó este. En 858, el condado de Barcelona, que comprendia la actual Cataluña (Gothalania) y la Septimania, dividióse en dos partes, cada una de las cuales tuvo su conde particular. Los Godos ó Catalanes reconocieron por conde á uno de los suyos llamado Wifredro ó Guifredo, señor del castillo de Ria ó de Arria en Conflent, quien gobernó este país con independencia casi absoluta hasta el año 872, si bien el condado no era todavía independiente. Con su muerte ó destitucion parece, dicen algunos, que volvió á tomar vigor el partido de los hijos del conde Bernardo, pues la corte de Francia dió el condado á un francés llamado Salomon, que lo tuvo hasta 874, en que murió asesinado, á lo que se cree, en un motin ó conmocion popular. A él sucedió Wifredo el Velloso (Pilosus), hijo, segun algunos, de Wifredo de Arria, aunque esto no es muy seguro, y, segun opinion comun, descendiente de la estirpe carlovingia de Francia. Nada positivo sabemos acerca del modo como obtuvo este conde el poder, si le aclamó el pueblo ó si le nombró Carlos el Calvo, pero es lo cierto que una vez en él, hubo de ser confirmado por el monarca de los Francos, quien hizo independiente en la persona del conde la soberanía del condado, ya conquistara él, su independencia con la punta de la espada y con la ayuda de los Catalanes, ya se le diera á consecuencia de sus relaciones de parentesco con los reyes de Francia, ó ya fuera por fin premio de algun grande y glorioso hecho de armas de los que se le atribuyen en las guerras de Carlos el Calvo con los Normandos, ó de la expulsion de los Moros de las montañas de Montserrat, condado de Ausona y de gran parte de la Marca española (1). Wifredo go-

---

(1) Próspero de Bofarull, *Los Condes de Barcelona Vindicados*, t. I, p. 3.—Esto es lo único que la historia sienta de un modo, al parecer, incontestable, y por lo mismo es lo único á que hemos podido dar lugar en el texto de nuestra obra. La tradicion, empero, se muestra mucho mas explícita y cuenta este suceso con infinitas circunstancias que componen juntas el bien combinado relato siguiente. Wifredo el Velloso, dice, nació en Barcelona, de Guifre, Jofre ó Wifredo de Arria, conde gobernador de la misma ciudad, y de Almira ó Almirez, su esposa. Llamado el conde á Francia por el emperador Carlos el Calvo para justificarse de las calumnias que contra él habia levantado Salomon, conde de Cerdaña, con el fin de apoderarse del condado de Barcelona, caminaban padre é hijo desde Narbona el *Putje* de Santa María, donde se hallaba aquel emperador, cuando fué asesinado el de Arria con inteligencia del conde Salomon, por la misma escolta que lo conducia, en venganza de la muerte que diera en Narbona á un francés descomedido que se atreviera á cogerle por las barbas. Luego del asesinato del padre, fué conducido el jóven Wifredo á presencia de Carlos el Calvo, quien compadecido de su horfandad y mejor enterado de la conducta de su desgraciado padre, le envió á Balduino, conde de Flandes, casado con Judita, su hermana, para que ambos le educasen segun su elevada clase y nacimiento. En tanto el conde Salomon logró su intento de apoderarse del condado de Barcelona, pero llegado nuestro héroe á la edad de 18 años, volvió de Flandes á su ciudad nativa en traje de peregrino y acompañado de dueñas, donde reconocido por su madre Almira por la contraseña particular del vello (*) que tenia acá ó allá de su cuerpo, fué inmediatamente aclamado de todos los magnates, que le acompañaron por las calles hasta encontrarse con su enemigo el conde Salomon, á quien de sopeton atravesó con su espada en la plaza de las Coles frente de la del Rey, al mismo pié del castillo de la ciudad, en venganza y satisfaccion de la muerte de su padre. Reconocido y acatado el jóven conde por todos los barceloneses, fué confirmado por el emperador Carlos en el feudo del condado á intercesion de los condes de Flandes, á quienes cumplió en el mismo año la promesa de casar con su hija Winidilde que les habia hecho antes de venirse á Barcelona y con la cual le unian estrechos y amorosos lazos. Reconocido á las mercedes de su deudo Carlos, no solo fué personalmente á darle las gracias á su corte, sí que tambien le sirvió en las guerras contra los Normandos del año 877 á 878 en que resultó gravemente herido, que fué cuando el emperador le concedió las cuatro barras coloradas en campo de oro,

(*) El *Gesta Comitum Barcinonensium* (Marca Hisp., col. 539) fué seguramente el autor de esta fábula; pero no reparó la contradiccion del *vello* en el niño Wifredo cuando salió de Barcelona con su padre, por el cual pudiese ser reconocido por su madre cuando volvió ya adulto de Flandes. (Próspero de Bofarull, l. c.)

LAS CUATRO BARRAS DE SANGRE

bernó, á lo que parece, catorce años el condado independiente de Barcelona, y con él dió principio la série de nuestros condes soberanos que habian de elevar tan alto á nuestra patria, haciendo de ella uno de los mas importantes estados de la Península española. A Wifredo vemos sometidos los condados de Barcelona, de Gerona y de Ausona, y al acaecer su muerte, que ha de ser fijada, segun todas las apariencias, en 11 de agosto del año 898, dejó de su esposa Winidilde cuatro hijas y cinco hijos, que fueron Wifredo ó Borrell que le sucedió en el condado de Barcelona, Rodulfo, oblato por sus padres al monasterio de Ripoll en 888 y luego obispo, Suniario ó Sunyer, primeramente conde de Besalú y sucesor despues de su hermano Wifredo en el condado de Barcelona; Miron, que heredó de su padre los condados de Berga y Conflent (1), y Suniefredo, conde de Urgel (2). Tan piadoso como guerrero, fundó el Velloso en el valle alto del Ter los dos célebres monasterios de San Juan de las Abadesas y de Santa María de Ripoll, en el cual fué sepultado. Hasta la época en que quedó abandonado y desierto este histórico monasterio, los monges celebraban todos los años desde tiempo inmemorial un solemne aniversario el dia 11 de agosto, en sufragio del príncipe á quien debe esta tierra su grata independencia.

Por disposicion suya sucedióle en el condado de Barcelona su hijo Wifredo II ó Borrell I (*Wifredi, qui vocabulum fuit Borrello*), quien pereció en la flor de su edad en 26 de abril del año 912, no habiéndole sobrevivido de los hijos que tuvo con su esposa Garsinda sino Richildis ó Riquilda, que casó con Odon, vizconde de Narbona. Su cuerpo fué enterrado en el monasterio de monges benedictinos de San Pablo del Campo de Barcelona, al que este conde habia dispensado en vida muy grandes beneficios.

Suniario ó Sunyer sucedió á su hermano fallecido sin hijos varones, pero como su reinado es posterior á la época hasta la cual nos hemos propuesto llegar en el presente capítulo, dejaremos para mas adelante la explicacion de los acaecimientos sucesivos.

---

marcándoselas en su escudo con la mano ensangrentada en la herida del conde. Los Arabes invadieron despues el condado de Barcelona aprovechando la larga permanencia de Wifredo en Francia, y no pudiendo auxiliarle el emperador á causa de sus guerras con los Normandos, le remitió el feudo, en el propio año de 878, quedando desde aquel entonces en pleno dominio del condado.

(1) De este niño cuenta una leyenda que dirigió aquellas singulares palabras á Juan Garin: *Levántate, que Dios ya te ha perdonado.*

(2) Próspero de Bofarull, l. c.

CAPÍTULO XIV.

Abderrahman III.—Expedicion contra el rebelde Hafsun.—Toma Abderrahman los títulos de iman y de emir de los fieles.—Sujeta á los rebeldes de Sierra Elvira.—Muerte de García, primer rey de Leon.—Sucédele su hermano Ordoño II.—Hostilidades entre Córdoba y los estados cristianos.—Triunfo de Ordoño II sobre los Arabes en San Estéban de Gormaz.—Guerra contra Caleb ben Hafsun en la España oriental.—Fallecimiento de Caleb ben Hafsun.—Derrota de los reyes de Leon y Navarra en Val-de-Junquera.—Expedicion de Ordoño II á la Mancha.—Muerte de Ordoño II.—Pacificacion definitiva de Sierra Elvira.—Sitio y toma de Toledo.—Effmero reinado de Fruela II en Leon.—Jueces de Castilla: Lain Calvo y Nuño Rasura.—Reinado de Alfonso IV de Leon.—Ramiro II de Leon.—Sus rigores contra sus parientes.—Sunyer, Borrell II y Miron en Barcelona.—Agresiones alternativas entre cristianos y musulmanes en Galicia.—Toma de Madrid.—Batalla de Osma.—Tregua entre ambas naciones.—Intervencion de Abderrahman III en Africa.—Nueva guerra entre Ramiro II y el califa de Córdoba.—Célebres batallas de Simancas y Zamora.—El conde Fernan Gonzalez.—Tregua entre Ramiro y Abderrahman III.—El palacio de Zahara.—Embajada del emperador griego Constantino Porphirogeneta.—Otras embajadas.—Conspiracion y muerte del príncipe Abdallah.—Muerte de Almudafar.—Engrandecimiento de Abderrahman III en Africa.—Muerte de Ramiro II.—Reinado de Ordoño III de Leon.—Conspiran contra él su hermano Sancho y el conde Fernan Gonzalez.—Muerte de Ordoño III y elevacion de Sancho II el Craso en Leon.—Sus alianzas con Navarra y Córdoba.—Es destronado y repuesto en el trono.—Fuga y desgraciado fin de Ordoño el Malo.—Othon el Grande de Alemania.—Firmeza admirable del monge Juan de Gorza.—Colonias sarracenas en la Europa central.—Acaecimientos en Africa.—Martirio de san Pelayo.—Favor concedido á las letras y á las artes durante este reinado.—Muerte de Abderrahman III.

Desde el año 912 hasta el 961.

La historia de Abderrahman III y de los reinos cristianos de la Península durante la época que el mismo abraza, ofrece inmensas dificultades que únicamente pueden ser vencidas á fuerza de paciencia y de trabajo. Y sin embargo, esta completa y múltiple historia constituye el cuadro general de nuestra patria en aquella época, y es preciso no omitir cosa alguna ; han de referirse y explicarse mil y mil hechos que se cruzan, se mezclan ó se contrarian; ha de hablarse de Navarra, de Asturias, de Leon, de Galicia, de Cataluña y de los condes de Castilla al propio tiempo que de Córdoba, de Abderrhaman y del Africa occidental, que va á convertirse en provincia de la España musulmana. Importa abrazarlo, hacerlo comprender todo.

El cuadro de este reinado, que constituye una de las épocas mas brillantes de la dominacion árabe en España, comprende el espacio de cuarenta y nueve años y un dia, desde 14 de octubre de 912 hasta 15 del mismo mes de 961, y la situacion de España al dar á ella principio, era la siguiente: Reinaba García en Leon, y poseia el territorio situado entre el Duero y Asturias, y los Campos Góticos, llamados tierra de Campos; Ordoño gobernaba en Galicia y Fruela en Asturias. En Pamplona residia un rey llamado Sancho García ó Garcés ; y Sunyer habia sucedido á su hermano Wifredo Borrell en el condado independiente de

Barcelona. En cuanto á la España musulmana, no dependia de Córdoba de una manera absoluta. Los hijos de Hafsun se mantenian independientes en la España oriental y eran dueños de casi todo el territorio que riega el Bajo Ebro. Otros jefes de tribu negaban tambien obediencia al poder central, y la ciudad de Toledo tampoco estaba sometida. A. de J. C.

Este era á grandes rasgos el estado de España cuando el nieto de Abdallah empuñó en Córdoba las riendas del emirato. Las crónicas arábigas se muestran muy pródigas de elogios y de felices vaticinios al dar principio á la relacion de su reinado. Entonces, dice Ahmed el Makari, fué emir de Andalucía el gran Abderrahman Alnasir Ledinallah; y Dios le habia dado la blanca mano de Moisés, la poderosa mano que hace brotar agua de las rocas, que hiende las olas del mar, que domina cuando Dios lo quiere los elementos y la naturaleza toda, con la cual llevó el estandarte del Islam mas lejos que ninguno de sus predecesores (1).

El jóven emir dirigió en seguida todos sus esfuerzos contra la sublevacion de Hafsun, que hacia tantos años desolaba el imperio. Hizo publicar la guerra, y acudieron tantos voluntarios á su llamamiento, que para que no quedasen los campos sin cultivo, hubo de fijarse el contingente de cada provincia. Abderrahman entró en tierra de Toledo con cuarenta mil hombres, formando ciento veinte y ocho banderas, y ocupó casi todas las fortalezas de la comarca. Caleb ben Hafsun no se atrevió á sostener la campaña, y encargando á su hijo Giafar la defensa de Toledo, marchó en busca de refuerzos á la España oriental, donde le siguió el emir despues de dejar algunas fuerzas en observacion delante de la plaza. Desde las primeras marchas tuvo aviso de que Hafsun venia á su encuentro con numeroso ejército, y poseidos de gran contento los guerreros andaluces se prepararon para la pelea. El valeroso Almudafar dispuso los escuadrones, y se encargó de dirigir la batalla y de mandar la vanguardia, dando á su sobrino el centro y el principal cuerpo de ejército. Las tropas de Ben Hafsun eran superiores en número, y aunque peor armadas y montadas que las del jóven emir, tenian por caudillos á los hombres mas aguerridos y esforzados de la España oriental y de las sierras de Tadmir y de Elvira.

Encontráronse estas enemigas huestes en una espaciosa llanura, que el historiador arábigo no nombra, pero que parece ser el llano que se extiende entre Toledo y las montañas de Cuenca. Los campeadores de una y otra parte trabaron algunas ligeras escaramuzas, y retrayéndose á los cuerpos de batalla, como de un acuerdo se acometieron ambos ejércitos con espantoso alarido y estruendo de añafiles y trompetas. Por mucho tiempo estuvo incierta la victoria, mas decidióla la numerosa caballería de Abderrahman, que atropelló y puso en desórden á la gente de Hafsun, á pesar del valor y constancia de sus capitanes. Siete mil cadáveres enemigos quedaron tendidos en el sangriento campo, y el triunfo costó á Abderrahman la pérdida de tres mil hombres de sus mejores tropas. Hafsun escapó á los horrores de la matanza, y se retiró á Cuenca con fuerzas respetables todavía. Aquella era la vez primera que el hijo de Muhamad ben Abdallah presenciaba una batalla, y aquel campo cubierto de miembros mutilados, aquella sangre musulmana derramada, como si el Islàm no tuviera enemigos en España 913

(1) El Makary, ms. arab. de la Bibl. nac., n. 704.

A. de J. C. y muchas derrotas que vengar en las fronteras, llenaron de horror el corazon del emir, quien dispuso prodigar iguales cuidados á los heridos de uno y otro bando.

Esta victoria sin embargo nada decidió, y despues de haberla conseguido, Abderrahman, acompañado de los principales jeques de las tribus andaluzas y de los caudillos de su guardia, volvió á Córdoba confiando á su tio Almudafar la continuacion de la guerra. Almudafar, dice Conde, sometió en esta expedicion toda la tierra de Toledo desde las vertientes de Axarrat (la sierra de Alcaraz) hasta el país de Tadmir, pero no destruyó á los rebeldes ni á la rebelion, y Toledo y otras muchas ciudades de la España oriental continuaron á pesar de todo no reconociendo otro emir que el hijo de Omar ben Hafsun.

Estos sucesos llenaron los dos primeros años del reinado de Abderrahman III, y de regreso á Córdoba, mientras su tio continuaba la guerra, el jóven emir tomó algunas disposiciones que distinguieron desde un principio su reinado del
914. de sus antecesores. En el año 302 (914) mandó cambiar el cuño de la moneda de oro y plata, y así como hasta entonces el tipo y la forma de las monedas no se habian diferenciado de las que acuñaban los califas de Oriente sino en la indicacion del año y lugar, Abderraman III mandó escribir en una parte su nombre y sus títulos, entre los cuales desde este mismo año tomó el de iman ó de príncipe de la religion inherente al califato, y en la otra, segun antigua costumbre, la confesion de la unidad de Dios y de la mision profética de Mahoma. Al llegar á este punto importa que nos detengamos un momento en decir algo de los importantes cambios que imprimieron nuevo carácter á la dominacion musulmana en España.

Hemos dicho que ninguno de los predecesores de Abderrahman III tomó el título de emir de los fieles (emir el mumenin), y si fuere necesario insistir sobre este punto, citaríamos entre otros monumentos la inscripcion de Mérida en que Abderrahman II tomó meramente el título de emir (1). Tenemos por otra parte que el aserto de Abulfeda de que Abderrahman III no tomó el título de príncipe de los fieles hasta el vigésimo quinto año de su reinado, queda destruido por varios testimonios materiales y por muchos pasages de historiadores auténticos, entre los cuales es el mas explícito el siguiente de El Abar: «El señor de Andalos Alnasir Abderrahman el Omeya, sabiendo el grado de poderío á que en Africa se habia elevado Moez el Fatimita, quien habia tomado el título de emir el mumenin, y viendo por otra parte la decadencia de los califas de Bagdad, creyó poder llamarse como ellos emir el mumenin, desde cuyo momento tomó tambien el título de Alnasir (el defensor) que llevó hasta su muerte, acaecida en el año 350 de la hegira (2).» Aben Sonah, en sus anales nos lo asegura tambien terminantemente: «Y se llamó Alnacir Ledinallah Abderrahman ben Muhamad, y en el segundo año de su califato tomó el título de emir el mumenin, al tiempo que declinaba en Oriente el imperio de los Abassidas oprimido por los Turcos; sus antecesores solo se habian llamado emires.»

(1) Dice así: «En el nombre de Dios misericordioso y piadoso, la bendicion de Dios y su poderoso amparo al pueblo de la obediencia de Dios: se mandó edificar esta fortaleza y su muro gobernando al pueblo de la obediencia de Dios el emir Abderrahman, hijo de Alhakem, engrandézcale Dios, por manos de su amil Abdallah ben Coleib ben Thaalba y de Giafar ben Muhasin su siervo, jefe de los arquitectos, en la luna de rebie postrera, año 220.»

(2) El Abar, ms. arab. del Escorial.

Así pues, ambos historiadores no pueden mostrarse mas explícitos acerca de las causas que movieron á Abderrahman á titularse mas pomposamente que sus antecesores; ambos lo atribuyen á dos principales: al ejemplo de algunas de las nuevas dinastías que se habian elevado en Africa, y á la humillacion de los Abassibas caidos en Oriente bajo la dependencia de la milicia turca. A. de J. C.

Resulta pues fuera de duda que los Ommíadas no se atribuyeron en los actos oficiales los títulos de los califas de Oriente hasta llegado el siglo x; pero en la práctica ordinaria y en las relaciones de los súbditos con el emir soberano, no dejaron aquellos de prodigarle los títulos de iman y de emir de los fieles. Y si desde Abderrahman I no tomaron estos títulos, debió ser, no por respeto ó temor á los Abassidas sus enemigos, sino por consideracion á la memoria de sus antepasados, quizás por veneracion religiosa, sin que, segun acabamos de decir, cambiasen cosa alguna en el tipo de las monedas hasta la entronizacion de Abderrahman III. A partir de este reinado, muchas de ellas llevaban tambien el nombre del hagib ó primer ministro, lo cual no dejó en lo sucesivo de influir en las prerogativas de estos elevados funcionarios.

Estos cuidados, empero, no le ocuparon exclusivamente, y mientras su tio Almudafar continuaba la guerra contra Hafsun en la frontera oriental, Abderrahman con las tropas de Córdoba se dirigió á las montañas situadas hácia el mar al sur del Guadalquivir, asilo de rebeldes que, sin pertenecer precisamente al partido de Hafsun, negaban la obediencia al gobierno de Córdoba y no cesaban de inquietar el reino.

La fama de Abderrahman y su política de mansedumbre y dulzura fuéronle de gran provecho en esta expedicion, y con su sola presencia hacia tantas conquistas como con sus armas. Los jeques de muchas tribus se pusieron espontáneamente bajo su obediencia, y pidiéronle armas que juraron emplear en defender su tierra contra rebeldes y bandidos y en mantenerla siempre á su servicio. Abderrahman recibíalos á todos con benevolencia, olvidando su rebelion y los males que habia causado, y confió á muchos alcaidías ú otros empleos, á fin de que todos contribuyesen á reparar los daños y estragos de la guerra civil y de la discordia de las tribus. Entre los jeques mas distinguidos que se pusieron á merced del emir, vemos al walí Muhamad ben Adheha, caudillo de los rebeldes de Sierra Elvira, y á Obeidallah ben Omeya, que, apoderado de Cazlona, seguia las banderas de Hafsun y mandaba las gentes de Huéscar. Lejos de castigarlos, Abderrahman nombró al primero alcaide de Alhama, sitio muy fuerte de aquella comarca, y al segundo walí de Jaen. Valióle esta conducta la sumision de mas de doscientos alcaides de fortalezas, que tremolaron en sus almenas el pendon del califa con gran contento del país; y hecho esto, regresó Abderrahman á Córdoba, siendo recibido por el pueblo con inexplicable regocijo (303—915). 915.

Los historiadores árabes no hablan de guerra alguna entre los musulmanes y los cristianos durante los primeros años del reinado de Abderrahman, y de esto parece poder deducirse que la paz que por tanto tiempo reinara entre Alfonso III y Abdallah continuó durante el reinado de García, es decir hasta enero del año 914. Es cierto que una crónica cristiana habla de una expedicion del hijo y sucesor de Alfonso contra los Sarracenos; pero esta expedicion fué ante-

A. de J. C. rior al reinado de Abderrahman, y dirigida sin duda contra uno de los gobernadores musulmanes sublevados contra Abdallah, sin que influyera en las relaciones subsiguientes de los Arabes con los cristianos. En ella taló y quemó García los campos y la ciudad de Talavera, volviendo con gran botin y muchísimos cautivos (1). En la misma época han de fijarse sin duda las expediciones militares de Ordoño á la Bética de que habla el monge Silense, puesto que dice expresamente haberse verificado mandando Ordoño á los Gallegos y viviendo aun su padre, es decir antes de la elevacion al califato de Abderrahman Alnasir (2). García dotó, segun costumbre de aquella piadosa época, varias iglesias y monasterios, entre otras la de San Isidoro de Dueñas, y murió en Zamora despues de un reinado de poco mas de tres años (desde diciembre de 910 á enero de 914) (3).

Reunidos en Leon, conforme á la antigua costumbre, los grandes palatinos y los obispos del reino para nombrar un sucesor al rey difunto, eligieron en 19 de enero del mismo año, á pesar de haber García dejado hijos, á Ordoño, hijo tambien de Alfonso III, quien rey ya de Galicia, reunió así bajo un cetro los dos reinos momentáneamente separados. Los obispos electores en número de doce le coronaron y ungieron entre las aclamaciones populares á fines del siguiente mes de junio, ya se difiriese la ceremonia para hacerla mas solemne, ya tardara todo aquel tiempo Ordoño en ir desde Galicia á Leon (4). Sea de esto lo que fuere, Ordoño II, que como rey de Galicia habia hecho ya la guerra á los musulmanes, supo por aquel entonces que un alcaide sarraceno llamado Ablapaz *(nomine Ablapaz)*, se adelantaba con fuerzas considerables hácia un castillo de las márgenes del Duero, conocido con el nombre de castillo de San Esteban *(Sancti Stephani)*; y reuniendo un ejército, se dirigió apresuradamente á su encuentro. En malhora
918. avanzaron hasta allí los musulmanes: empeñada la batalla, Ordoño alcanzó sobre ellos tan completa victoria, que al decir del obispo Sampiro, *delevit eos usque ad mingentem ad parietem*, y segun el monge Silense, desde San Esteban hasta Atienza quedaron montes, bosques y collados tan sembrados de cadáveres sarracenos, que sobrevivieron muy pocos para llevar al califa la noticia de tan fatal suceso.

Poco tiempo despues halláronse de nuevo cristianos y árabes con las armas en la mano en un lugar llamado por Sampiro Mindonia, y por otros historiadores Mitonia, Britonia y Roindonia (5). Esta vez fué contraria á los nuestros la suerte de las batallas, y muchos cayeron á los golpes de los Sarracenos, que vengaron el desastre de San Esteban de Gormaz haciendo en las tropas de Ordoño considerable matanza (6). A pesar de la mencion expresa que hace del rey de Córdoba el cronista cristiano, ha de creerse que el califa no tomó una parte personal en esta guerra, cuyo cuidado abandonó por completo á sus generales.

(1) Sampir. Chr., n. 17.
(2) Monach. Silens., Chr., p. 294,
(3) La fecha precisa de la muerte de García no se encuentra en historiador alguno.
(4) Monach. Silens., Chr., p. 295—Sampir. Chr., n. 17.
(5) Véanse á Sandoval, al monge Silense, á Lucas de Tuy y á Rodrigo de Toledo.—No nos ha sido posible averiguar de un modo cierto á qué lugar de la geografía moderna corresponde este nombre oscuro.
(6) Sampir, Chr., n. 18.

Abderrahman se ocupaba entonces en las reformas que tanto distinguieron el principio de su reinado; organizaba las mezquitas, copiaba y comentaba el Coran, levantaba en Córdoba y en otras ciudades de Andalucía muchos y suntuosos edificios públicos, mandaba reparar el gran puente del Guadalquivir, y mientras se hallaba consagrado á tan útiles trabajos recibió cartas de su tio Almudafar, participándole sus triunfos contra los rebeldes de Ben Hafsun, á quienes de tal manera habia acosado, que ni se atrevian ya á entrar en las poblaciones, ni se tenian por seguros sino en las fragosidades mas ásperas de las montañas. Decíale sin embargo que para acabar de exterminarlos y procurar por fin á los pueblos seguridad y reposo, era necesario convocar toda la gente de armas de la tierra de Tadmir y perseguirlos sin descanso y sin consideraciones de una humanidad mal entendida. Esto se referia á las máximas y costumbres militares introducidas por Alí, que prohibian en guerra entre muslimes seguir al alcance mas allá de una comarca, matar á los fugitivos fuera del campo de batalla y cercar con rigor las poblaciones mas de unos pocos dias.

Persuadido el califa de las razones de su tio, escribió á los alcaides de las comarcas de Tadmir y Valencia para que al llegar la primavera tuviesen prevenidas las tropas para marchar á campaña. El mismo con la caballería andaluza partió en breve á tierra de Tadmir, visitó entre las aclamaciones del pueblo las ciudades de Murcia, de Orihuela y de Lorca, pasó por Elche, Denia y Játiva, detúvose algunos dias en Valencia, y por Murviedro, Nules y Tortosa llegó por las márgenes del Ebro hasta Alcañiz, donde recibió la sumision de muchos jeques que por varias circunstancias habian abrazado el partido de Hafsun.

De allí marchó á Zaragoza con numerosa hueste, y si bien Caleb ben Hafsun contaba en aquella ciudad con gran número de parciales, la mayor parte de los habitantes se declararon por Abderrahman y le abrieron sin condicion ninguna las puertas de la plaza. El califa no burló la confianza que en él habian puesto: publicó una amnistía para todos los rebeldes que se hallasen en la ciudad ó se le sometiesen dentro de cierto término, exceptuando únicamente á Ben Hafsun y á sus hijos, de quienes exigia una sumision especial y mayores seguridades. Abderrahman entró al dia siguiente en Zaragoza, y su entrada fué un dia de gran fiesta para los moradores.

En aquella ciudad estaba todavía cuando Ben Hafsun envióle dos de sus alcaides, mensageros de conciliacion. El califa, dice la crónica, recibiólos sin aparato en su campamento á orillas del Ebro, y el alcaide de Medina Fraga, que era el mas anciano, propuso muy comedidamente que el emir Hafsun deseaba estar en paz con el emir Abderrahman; que sentia como buen muslim la sangre que se derramaba en desavenencias civiles, y que por lo mismo le rogaba que le concediese la tranquila posesion de la España oriental para sí y para sus sucesores: que con este título que él les diese él se encargaria de la defensa de aquellas fronteras, ofreciendo ayudarle con sus gentes cuando hubiese necesidad de ellos, y entregar desde luego las ciudades de Toledo y Huescar con cuantos fuertes se hallaban en su poder.

Abderrahman le respondió que por un exceso de paciencia sufria que un caudillo rebelde y fomentador de desórdenes, hubiese llegado á proponer al iman y emir de los fieles su soberano, conciertos de paz, y proceder con términos de prín-

cipe; que por su calidad de enviados no mandaba empalarlos, y que dijesen á su general que si dentro de un mes no venia á su obediencia, no le recibiria pasado este plazo en ningun tiempo ni con condicion ninguna. Con esto despidió á los alcaides, que se volvieron poco satisfechos de su mision. Dispuestas las cosas convenientes al gobierno de Zaragoza, el príncipe Almudafar quedó en aquella ciudad para continuar la guerra en la frontera, y el califa regresó á Córdoba, visitando de paso gran parte de lo interior de España.

Hafsun no se dió por vencido todavía, y confiando en la constancia de sus parciales y en sus alianzas con los cristianos de Afranc, animó á sus hijos que temian verse abandonados por su fortuna, y envió algunos esforzados caudillos á tierra de Toledo para mantener en aquella ciudad y en su comarca las esperanzas de sus partidarios.

Y bien podia Ben Hafsun cifrar gran esperanza en el apoyo de los cristianos, en cuanto el poderío de aquellos antes pobres y mezquinos reinos, tomaba cada dia nuevas creces y mayor consistencia. Mientras el califa y sus tropas guerreaban contra Caleb en la España oriental, Ordoño habia llevado la guerra hasta las márgenes del Guadiana, habia entrado á saco todas las poblaciones abiertas, y habia recogido considerable botin y muchos prisioneros, que enviaba á Leon con buena escolta. El castillo de Alhange fué tomado por asalto y destruido y sus defensores pasados á cuchillo (1). El terror que inspiraban las armas cristianas hizo fácil el resto de la expedicion, y poseidos de espanto hasta los habitantes de Mérida enviaron mensageros á Ordoño solicitando la paz y ofreciéndole riquísimos presentes. El monarca asturiano accedió á su demanda en cuanto conocia la dificultad de apoderarse de una plaza tan bien fortificada como Mérida, y victorioso y cargado de botin, repasó el Tajo y el Duero, y volvió á la provincia de los Campos Góticos *(in Campestrem Gothorum provinciam)* (2.)

Estas victorias del rey cristiano causaron, al parecer, poca sensacion en Córdoba á juzgar por los festejos con que fué recibido Abderrahman á su regreso de Zaragoza. El contento, empero, que por ellos experimentó el califa turbóse con la noticia de una nueva sublevacion en las montañas de Ronda. Mas de cien pueblos de aquella comarca obedecian á Muhamad ben Adheha, conocido entre ellos por Azomor, ilustre caudillo cuyo nombre hemos encontrado varias veces en la presente historia. Sometido espontáneamente él y sus vasallos al califa de Córdoba, segun antes hemos visto, un imprudente recaudador de las rentas del azaque habia vuelto á encender el ya apagado fuego. El rigor de sus exacciones, y los excesos de las tropas que le acompañaban irritaron á aquellos montañeses que, cargando contra los soldados, dieron la muerte al mayor número. La insurreccion no tardó en hacerse general, y aclamado Azomor por los principales jeques del territorio, vióse obligado, á pesar de su repugnancia, á ponerse á su cabeza. Ofendido Abderrahman por la desobediencia de aquellos pueblos y mas aun por lo que llamaba la perfidia de Azomor, que quizás era únicamente debilidad,

(1) El monge Silense dice: Castrum Calumbi, quod dicitur Alhange; y D. Rodrigo: Castrum Colubri, seu Monsanguis.

(2 Cui (Ordonio) omnes Emeritenses cum rege eorum de Baladioz civitate obviam exeuntes, curvi pronique pacem obnixius postulando, ei innumerabilia munera obtulerunt. Ipse verò victor et prœda onustus in Campestrem Gothorum provinciam revertitur. (Monach. Silens. Chr., p. 295).

púsose al momento en marcha para reprimir aquellos movimientos, y fué tanta A. de J. C.
su diligencia que solo dió tiempo á los rebeldes para refugiarse en los inaccesibles riscos de sus montañas. Las fortalezas mas importantes fueron ocupadas por las tropas del califa, y no presentándosele enemigos en parte alguna, entró Abderrahman en Jaen el jueves 14 de la luna de javan del año 306 (19 de enero 919.
de 919). Cansado el rey, dice la crónica, de andar á caza de malandrines en las sierras, y no pareciéndole decorosa aquella guerra contra bandidos, descansó algunos dias en aquella ciudad y poco despues regresó á Córdoba, encargando á sus generales la continuacion de las hostilidades.

Al llegar á su capital recibió la próspera y grata noticia del fallecimiento de Caleb ben Hafsun, acaecida en las inmediaciones de un castillo del país Huesca en mayo de 919, y aunque dejó dos hijos Soliman y Giafar, herederos del valor y de la obstinada rebeldía de su padre y abuelo, el califa, dice Conde, dió gracias á Dios por la desaparicion de tan terrible enemigo.

Como compensacion de tan agradable suceso, los rebeldes de sierra Elvira cobraron nuevos brios luego que supieron la partida del califa. El walí de Jaen marchó contra ellos y arrollólos en una sangrienta escaramuza; pero fingiendo los rebeldes tomar la fuga, llevâronle á un valle de espesa arboleda, donde le vencieron á su vez con grandes pérdidas. Esta desgracia y otras que sufrió la gente de Jaen, dícenos Conde, se ocultaban y disminuian al califa, á quien únicamente se decia que continuaba la guerra con diferente fortuna.

Conde no habla en este año 308 de guerra alguna con los cristianos, pero en 921.
Murphy leemos el siguiente pasage que confirma lo que sobre este punto sabemos por las crónicas cristianas:—«Durante el año 308 (921), el califa llevó sus armas á Galicia, que gobernaba entonces Ordoño hijo de Alfonso. Este rey pidió auxilio á los Navarros y á los Franceses, y con él se unió Sancho, hijo de García, rey de Navarra. Alnasir, empero, los venció, devastó su país, se apoderó de las plazas fuertes y destruyó sus ciudadelas (1).»

Para la inteligencia de este vago relato y de otros muchos acaecimientos sucesivos importa dirigir una mirada al estado en que se hallaba el reino fundado por Sancho García en el año 905 de la era cristiana.

Segun muchos autores, Sancho García *(Sancius Garseanis)* no reinaba ya en el territorio de Navarra en el año á que de nuestra relacion hemos llegado (921); y despues de haber dilatado maravillosamente los límites de su reciente reino, habia encomendado el gobierno á su hijo García (920), retirándose él al monasterio de Leire. No faltan, empero, escritores que, si bien reconociendo haberse retirado Sancho á un monasterio, niegan deberse considerar esto como una renuncia definitiva á la corona, diciendo que allí se retiró temporalmente ya por devocion, ya ocupado en fundaciones piadosas, segun el espíritu de la época, sin haber abandonado del todo los cuidados del gobierno.

Pero sea de esto lo que fuere, es lo cierto que Sancho García ó su hijo habia auxiliado á Ordoño al ser este atacado por el califa de Córdoba, y para tomar venganza de este hecho, el ejército agareno con que el príncipe Almudafar observaba á los rebeldes de Ben Hafsun en la España oriental, recibió órden de diri-

(1) Murphy, c. III.

girse á Navarra. A su vez marchó Ordoño en auxilio de su aliado con numerosa hueste de Asturianos y Gallegos. El Leonés habia invitado á varios condes de Castilla para que le ayudaran en la empresa, pero ellos ó abiertamente se negaron, ó por lo menos no respondieron á la excitacion. Reunidos pues Navarros y Leoneses, marcharon juntos al encuentro del enemigo, y halláronle acampado entre Estella y Pamplona, ó por mejor decir, entre Muez é Irujo, en un valle que, por los juncos que en él crecian, se llamó Val-de-Junquera.

Allí se trabó la sangrienta batalla de este nombre, que tan fatal habia de ser para los reyes cristianos, y la victoria, por mucho tiempo disputada, declaróse al fin por los Musulmanes. Los obispos Hermogio de Tuy y Dulcidio de Salamanca que, llevados del ardor bélico y patriótico que en varias ocasiones ha distinguido á nuestro clero, seguian la hueste leonesa, fueron hechos prisioneros y llevados á Córdoba. Dulcidio pudo al fin obtener su rescate, y Hermogio, para volver á su diócesis, tuvo que dejar en rehenes á su sobrino Pelayo, cuya triste historia referiremos en breve. Ordoño, Sancho y García (pues padre é hijo asistieron á la funesta jornada), fueron perseguidos en todas direcciones, y si sangrienta fué la derrota, mucho mas habria podido serlo, á no haber tomado los Moros con sorpresa general el camino de Francia por los ásperos y quebrados senderos de las montañas de Jaca. No sabemos que objeto pudo moverlos á tan aventurada expedicion, que intentaron quizás con el único designio de saber positivamente el estado del Frandjat, y ver si seria posible dirigir á él mas adelante una expedicion en toda regla. Algunos destacamentos, venciendo los obstáculos que á cada paso les oponia el terreno, penetraron, á lo que se dice, hasta los campos de Tolosa, donde no encontraron resistencia alguna. Allí merodearian durante algun tiempo, hasta que al pasar otra vez los Pirineos por el puerto de Roncal, Sancho y García, que los esperaban, rehechos ya de su pasada derrota, cayeron sobre ellos causando en sus filas numerosas pérdidas.

El estudiado silencio de los autores árabes no ha de ser motivo para que dejemos de mencionar la atrevida incursion de Ordoño II á tierra musulmana. Despues de la batalla de Junquera, mientras que el ejército vencedor se precipitaba hácia los Pirineos, Ordoño con los restos del suyo y algunos refuerzos penetró hasta la Mancha, dice Sampiro, llevando el terror al centro de las posesiones musulmanas. Talada la tierra, destruidos muchos pueblos y recogido considerable botin, Ordoño volvió á Leon por Zamora, donde trocóse su contento en amargura al saber la muerte de su esposa Elvira ó Geloira, á quien amaba con extraordinario cariño. De esta Elvira, á quien Sampiro llama Nunna ó Nuña, y natural, á lo que se cree, de Galicia, habian nacido los cuatro hijos de Ordoño Sancho, Alfonso, Ramiro y García, y una hija llamada Jimena. Algun tiempo despues contrajo segundas nupcias con Aragonta, á quien repudió (1) para casarse con Sancha, hermana de García de Navarra.

Ofendido el Leonés por el agravio que le infirieran los condes castellanos al negarse á marchar con él contra los Agarenos, quiso tomar de ellos ejemplar venganza. Cuatro eran en especial los condes de Castilla que, por no querer reconocer otra soberanía que la suya en las fortalezas que levantaron con sus cau-

(1) Aliam quoque duxit uxorem ex partibus Galleciæ, nomine Aragontam, quæ postea fuit ab eo spreta, quia non fuit illi placita, et postea tenuit inde confessionem dignam. (Sampir. Chr., n. 18).

dales y poblaron con su gente de guerra en aquel llano independiente, ha- A. de J. C.
bíanse atraido el enojo del monarca de Leon: Nuño Fernandez, suegro del difunto García, Abolmondar, apellidado el Blanco, cuyo nombre revela su procedencia árabe, su hijo Didaco ó Diego y Fernando Ansurez. Los cuatro se hallaban por aquel entonces reunidos en Burgos, y Ordoño, que fué de ello sabedor, los invitó á celebrar una conferencia para tratar de sus comunes intereses en un pueblo llamado Tejiares, á orillas del Carrion. Los condes, que nada sospechaban, acudieron allí sin desconfianza; pero apenas hubieron llegado cuando fueron cargados de cadenas y conducidos á Leon, sabiéndose poco despues en Castilla que los cuatro habian sido condenados á muerte.

Dícenos Sampiro que por aquel tiempo llegaron á Leon mensageros del rey 923.
de Navarra solicitando otra vez el auxilio de Ordoño. Tratábase de reducir á las ciudades de Najera y Vicaria (Viguera), ya fuese que hubiesen quedado en poder de los Arabes, ya que hubiesen tomado partido por los condes de Castilla al saber el rigor con que fueron tratados en Leon. Una palabra de Sampiro, que llama á Najera y Viguera las ciudades de los traidores (1), parece favorecer esta última explicacion. Ordoño acudió en persona al frente de su ejército, y obrando en combinacion con García, no tardó en poner á su aliado navarro en posesion de aquellas plazas. Entonces fué cuando, para afirmar su alianza política, tomó por esposa á la princesa Sancha.

Esta campaña fué la última de Ordoño. Al regresar á su país con su nueva
consorte, sorprendióle la muerte en Zamora en enero de 924 á los nueve años y 924.
once meses de reinado. Su cuerpo fué llevado á Leon y sepultado en la suntuosa catedral que él mismo mandara construir en 916 en el sitio donde estaba el palacio real.

Mientras tales sucesos ocurrian entre los cristianos, los rebeldes de las montañas de Elvira continuaban llevando lo mejor de la lucha. El walí de Jaen, á pesar de los refuerzos recibidos, vióse obligado á abandonar la campaña, y Azomor, despues de dispersar sus tropas, habia logrado apoderarse de aquella ciudad. El anciano walí Ishac el Ocaili fué quien llevó á Córdoba estas nuevas, que el califa recibió, dice la crónica, con tanto agrado como si aquel respetable jeque le hubiera comunicado una victoria ó el definitivo allanamiento de aque-
lla tierra. Sin pérdida de momento dispúsolo todo para castigar la audacia 926.
del rebelde, y allegando tropas marchó en persona á poner sitio á Jaen. Los sublevados no tardaron en abandonar la ciudad para refugiarse en sus montañas, y Azomor con algunos fieles compañeros encerróse en la fortaleza de Alhama, que antes le confiara el mismo califa. Este, empero, consideró como punto de honra el aniquilamiento de la rebelion y de su jefe, y estableciendo sus reales delante de Alhama, juró no levantarlos hasta mirar á sus piés la cabeza de Azomor (2). Dábanse cada dia recios combates á la plaza, pero los cercados se defendian con desesperado ánimo, hasta que por fin logróse abrir una dilatada brecha por la cual se precipitaron las tropas andaluzas. Cuantas personas se ha-

---

(1)..... Nuntii venerunt.....ut illuc pergeret rex noster suprafatus ad debellandas urbes perfidorum: hæ sunt Nagera et Vicaria.

(2) Conde, P. 2.ª, c. LXXII.

A. de J. C. llaron con vida en la poblacion, sin distincion de edades ni de sexos, fueron pasadas á cuchillo, y entre los cadáveres hallóse á Azomor espirante, cubierto de heridas y horriblemente desfigurado. El califa cumplió su palabra, y mandó decapitar al infortunado jeque, enviando su cabeza á Córdoba con la noticia de su victoria. Este suceso ocurrió á principio del año 311 ó á fines del anterior 310, es decir durante la primavera de 926.

Desde allí marchó Abderrahman á Granada, ciudad naciente que por su pintoresca situacion entre el Darro y el Jenil, por sus encantados jardines y deleitosos valles agradóle mucho, y detúvose en ella algun tiempo. Mandó construir una mezquita mas suntuosa que la que sirviera hasta entonces de reunion á los fieles, y nombró un nuevo alcaide de la familia de los Algaribes de Siria. A contar desde esta época empiezan los Árabes á hablar con mas frecuencia de Granada, á ponderar sus encantos y á atribuirle alguna importancia política. Allí bajaron á prestarle homenage los rebeldes de la sierras que con la muerte de su caudillo perdieron toda esperanza de resistir á la dominacion cordobesa.

Pacificado el mediodía de España, Abderrahman dirigió su vista á Toledo que se hallaba hacia mucho tiempo en poder del hijo de Hafsun, y resolvió intentar su conquista. Los medios empleados por el califa para reducir á la ciudad que tuvo el singular privilegio de permanecer por tantos años independiente del poderío de Córdoba, prueban las dificultades de la empresa. Dos años hacia que sus generales talaban y devastaban las cercanías de la plaza sin dejar en pié mieses ni frutos de ningun género, y Giafar, que conoció la imposibilidad de defender la ciudad sin provisiones, salió al campo con sus tropas mas escogidas y los principales Toledanos que seguian su partido. En un principio intentó hacer frente á los enemigos é impedir las devastaciones de las tropas de Abderrahman, pero era tal la inferioridad de sus fuerzas, que luego hubo de evitar en vez de buscar los combates. Por fin Abderrahman, á la cabeza
927. de nuevos refuerzos, consideró llegado el caso de tomar en persona la direccion del cerco, y su presencia unida al mayor número de gente, dió considerable impulso á los trabajos. Habiendo observado que los sitiados sacaban gran partido de algunos antiguos edificios, góticos sin duda, que se elevaban extramuros, mandó el califa derribarlos, al propio tiempo que dispuso establecer numerosas fuerzas en el único punto por donde el Tajo no defiende á la ciudad. Cercada esta por las mejores tropas de la España meridional y sin ninguna clase de provisiones, hubo de pensar en rendirse, y el mismo Giafar, que habia vuelto á la plaza, buscó un medio para salir de tan difícil trance. Reunido el consejo, opinaron los mas prudentes abandonarse á la clemencia del califa, y luego de haber facilitado una mañana la fuga á tres ó cuatro mil de los defensores de Toledo á fin de excusar mejor su obstinada resistencia, abrir las puertas á los sitiadores. Giafar adoptó este plan, y al dia siguiente, antes de despuntar la aurora, cuando todo era silencio aun en el campamento árabe, dos mil ginetes salieron impetuosamente de la ciudad y se abrieron paso á través del campo enemigo, llevando cada uno un infante á la grupa ó asido á la cincha y á los estribos. Cerca de cuatro mil hombres lograron así escaparse á favor del desórden, de los gritos y de la confusion de aquel inesperado movimiento.

Al saber el califa que las tropas de Giafar habian salido de Toledo, prohibió salir en su persecucion, concibiendo la esperanza de entrar en la ciudad muy en breve, y asimismo sucedió. Aquel mismo dia presentáronsele enviados implorando el perdon para los habitantes, y achacando toda la culpa á los fugitivos soldados de Giafar. Abderrahman aceptó todas sus explicaciones, concedió un perdon general, y se dispuso para entrar en la ciudad, lo que verificó por la puerta Bisagra (*Bab-Sacra*) al frente de la caballería de su guardia y de los jeques mas ilustres de Córdoba, entre las aclamaciones del pueblo. La entrada de Abderrahman en Toledo tuvo lugar en el año 315 (927), cuarenta y dos años despues de haberse sustraido aquella ciudad á la dominacion ommíada. El califa confió su gobierno al walí Abdallah ben Jalí, que habia dirigido las principales operaciones del sitio, y regresó triunfante á Córdoba á fines de aquel mismo año.

Aunque Ordoño II dejó los cuatro hijos varones que hemos nombrado, ninguno de ellos le sucedió en el trono, y los magnates y obispos eligieron para ceñir la corona á Fruela, hermano del difunto rey, que reinaba ya en Asturias (1), volviendo así á unirse en el tercero de los hijos de Alfonso el Magno los dominios que su muerte dividiera. Fruela II solo reinó en Leon un año y dos meses, desde enero ó febrero de 924 hasta principios de marzo de 925 en que murió de lepra. Las antiguas crónicas consideran la brevedad de su reinado y la enfermedad que le llevó al sepulcro como un castigo de Dios por la conducta de este monarca respecto de los hijos del noble Olmundo, á quienes, dicen, mandó dar muerte sin causa ni motivo alguno, desterrando despues á su hermano Fronimio, obispo de Leon (2). Refiérese á este tiempo la creacion de un famoso tribunal en Castilla, creacion que por descansar únicamente en el testimonio del arzobispo Rodrigo, autor que escribió trecientos años despues de estos sucesos, ha sido objeto entre los críticos de muy graves cuestiones. Masdeu rechaza el hecho, no solo como contrario á la verdad histórica, sino como imposible en las circunstancias en que se supone acontecido (3). De todos modos es este un punto dudoso que no han de ignorar nuestros lectores. Cuéntase que indignados los castellanos por las arbitrariedades de los soberanos leoneses y por la muerte dada á sus condes, acordaron proveer á su gobierno por sí mismos, para lo cual eligieron de entre los nobles dos magistrados con el nombre de *Jueces,* civil el uno, y militar el otro, encargados de hacer estricta justicia, juzgando segun la Ley de los Visigodos. Añádese que para este cargo fueron nombrados Lain Calvo y Nuño Rasura, de quienes trajeron su procedencia y fueron oriundos Fernan Gonzalez y Rodrigo Diaz del Vivar, tan célebres en los fastos castellanos, y que bajo esta forma de gobierno se rigió Castilla hasta que se erigió en condado independiente (4).

---

(1) Véase en Risco Esp. Sagr., t. XXXVII, p. 343, un documento que empieza: Froila, rex Asturum, filius Adefonsi III, etc.

(2) Sampir. Chr., n. 20.

(3) Hist. crít. de Esp., t. XII, p. 204.

(4) En la provincia de Burgos, á trece leguas de la capital, partido judicial de Villarcayo, existe un pueblo llamado *Visjueces;* en el pórtico de su iglesia se ven dos estátuas de piedra que se dice representan á los dos primeros jueces de Castilla, sentados en actitud de administrar justicia, por ser aquel el pueblo donde supone la tradicion que dichos jueces tenian su residencia y tribunal, y de ahí el nombre de Visjueces. Al pié de las estátuas se leen las siguientes inscripciones: Laino

A. de J. C. Fruela II no emprendió conquistas, no sostuvo guerras, no hizo nada, en una palabra, que recomiende su memoria á la posteridad, sino algunas fundaciones y donaciones piadosas (1) y un camino público en Asturias (2), todo antes de ser rey de Leon.

Por el último monumento sabemos que la esposa de Fruela en 922 se llamaba Urraca, y como los testimonios anteriores le dan por esposa á Nunilona ó Nuña, apellidada Jimena *(Nunilo, cognomento Scemena)*, habremos de decir que Urraca fué la segunda esposa de Fruela, á menos que este nombre de Urraca sea como el de Jimena un sobrenombre de Nunilona. Sea como fuere, de esta tuvo Fruela tres hijos, nacidos todos mientras gobernaba en Asturias, y llamados Alfonso, Ordoño y Ramiro, y además un hijo natural, á quien Sampiro llama Azenar (3).

El mismo año en que este monarca se coronó rey de Leen, murió el ilustre rey de Navarra Sancho García Abarca, dejando el reino que su política y su valor fundaron á su hijo García, apellidado el Temblon.

Lo mismo que Fruela II habia sido antepuesto en la dignidad real á los hijos de su hermano Ordoño II, así estos fueron ahora elegidos con preferencia á los suyos, prueba grande, dice Lafuente (4), de la libertad electiva que seguian ejerciendo los prelados y nobles del reino. Alfonso IV reunió, pues, los votos de los electores, y apenas se sentó en el trono, levantó el destierro á Fronimio, obispo de Leon, á cuyos hermanos condenara Fruela á la pena de muerte, y esto parece autorizar la suposicion de aquellos autores que dicen haber sido motivado el rigor del difunto monarca por conspiraciones en favor de su sobrino. Era Alfonso de carácter débil y voluble, muy amigo de la paz, y dado mas que á los cuidados del gobierno á los ejercicios y prácticas de devocion. La crónica de Sampiro casi nada nos dice de su reinado y no atribuye á Alfonso IV grandes virtudes ni señalados vicios, limitándose á revelarnos que de su esposa Iñiga tuvo un hijo que se llamó Ordoño. Cumplido habian cinco años que ocupaba el trono, cuando Alfonso disgustóse de la soberanía, y llamando á su lado á su hermano Ramiro que, á lo que parece, vivia retirado en el Vierzo, entre Leon y
930 Galicia, abdicó la corona en su favor en Zamora el dia 11 de octubre del año 930, con acuerdo de los grandes y demás electores. Ramiro se dirigió á Zamora

---

Calvo fortissimo Civi Gladio, Galeæque civitatis.—Nuño Rasure Civi sapientissimo civitates Clipeo.

(1) La mas notable como objeto artístico es un cofrecillo formado por ochenta y dos piedras de ágata montadas en oro, conteniendo gran número de pequeñas reliquias, que fué dado por Fruela á la iglesia de Oviedo en 910, es decir, durante el primer año de su reinado como rey de Asturias. Vese todavía este cofre en muy buen estado de conservacion en la cámara santa de la catedral de Oviedo: forrado de plata en su interior, hay grabada en él la cruz de Pelayo, cuatro figuras de animales simbolizando los cuatro Evangelistas, y una inscripcion votiva en carácter y gusto muy semejante á las de sus antecesores.

(2) La inscripcion conmemorativa de esta obra se conserva todavía, y dice así:

In era DCCCCLX fuit facta via reg-
nante Froila cvm Vrraca conjuge.

(3) ...Duxit uxorem nomine Muniam Domnam, ex qua hos filios genuit, Adefonsum, Ordonium sive et Ranimirum: et genuit Azenarem (in Sandovalo Accensiare), sed non ex legitmo conjugio (Sampir. Chr., n. 20).

(4) Hist gen. de Esp., P. 2.ª, l. I, c.XIV.

á tomar posesion de la corona con gran cortejo de nobles y magnates, y estas palabras de Sampiro nos hacen creer que quizás ejercia ya en el Vierzo una especie de soberanía; Alfonso IV se retiró al monasterio de Sahagun en las márgenes del Cea y vistió el hábito de monge. A. de J. C.

Los Arabes nos dicen que luego de la toma de Toledo (en 927) solicitó el rebelde Giafar el auxilio de los cristianos de Galicia, ofreciéndose por vasallo de su rey (1), á tal extremo llegaba la enemiga y el encono de los bandos y parcialidades que dividian á los Musulmanes.

Las instancias del fugitivo Moro habian decidido quizás á Ramiro á llevar la guerra al territorio agareno, cuando le participaron hallándose en Zamora que su hermano Alfonso habia abandonado el claustro y cambiado otra vez la cogulla monacal por las insignias reales. «Al oir esto, dice Sampiro, dominado el rey por la cólera, dispuso que se tocaran los clarines, que se blandieran las lanzas, y tomando á toda prisa el camino de Leon, asedió y estrechó la ciudad hasta rendirla y apoderarse de Alfonso, á quien encerró en un calabozo con grillos en los piés (2).» Los primos hermanos de Alfonso, los hijos de Fruela II que, á lo que se cree, ejercian gran influencia en Asturias, se interesaron por el rey prisionero, é invitaron á Ramiro á pasar á aquel país, con objeto, dicen algunos, de apoderarse de su persona. Ramiro, empero, que supo ó sospechó lo que contra él se habia meditado, penetró en Asturias á la cabeza de un ejército, hizo prisioneros á los tres hijos de Fruela, Alfonso, Ordoño y Ramiro, los hizo llevar á Leon, y encerrándolos en la misma cárcel en que tenia á Alfonso, en un mismo dia ordenó que á los cuatro les fuesen sacados los ojos con arreglo á la legislacion visigoda. Dícese que fueron trasladados despues al monasterio de Ruiforco, donde se les trató hasta su muerte con mas humanidad y blandura. Alfonso vivió aun mas de dos años en aquel miserable estado.

La guerra contra los Sarracenos encendióse entonces otra vez en la Marca septentrional, en los paises cristianos situados al norte del Duero. Tan luego como Ramiro II se vió afirmado en el trono, acordóse de que el ejército con que acababa de vencer á su hermano y á sus primos, habia sido reunido para marchar contra los Arabes, y convocando á todos los grandes de su reino, celebró consejo para decidir á qué punto de los dominios musulmanes llevaria sus banderas. El ejército cristiano dirigióse contra Magerit (3), desmanteló sus muros y pasó los habitantes á cuchillo. Lo mismo practicó en Talavera, y antes que el wali de Toledo pudiese salir en su persecucion con las tropas que habia allegado, regresó á su país cargado de 932.
botin y sembrando á su paso el terror y la desolacion.

Estos hechos llamaron contra Castilla las armas musulmanas, y el conde Fernan Gonzalez imploró el auxilio del Leonés para resistir á las huestes de Almudafar que, ansiosas de vengar los desastres de Madrid y Talavera, invadian

---

(1) Conde, P. 2.ª, c. LXXIII.
(2) Sampir. Chr., n. 21.
(3) Esta es la primera vez que aparece en la historia de España el nombre de la poblacion que habia de llegar á ser capital de la monarquía.

A de J.C. 933. su tierra. Ramiro no desoyó la voz del amenazado conde, y avanzando hácia Osma, luego de incorporarse con las tropas castellanas, encontraron á los Arabes acampados cerca de aquella ciudad. Allí los atacaron el rey y el conde, y «el Señor por su divina clemencia, dice la crónica, dió la victoria á Ramiro, que mató á muchos enemigos, llevó consigo á multitud grande de cautivos, y volvió á sus estados gozoso de triunfo tan señalado (1).» Esto no obstante los autores árabes nos dicen que Almudafar pasó el Duero y entró en Galicia á sangre y fuego, siendo tan inmenso el botin recogido, que el caudillo dispuso la vuelta para no embarazar mas á sus tropas. Al paso del Duero, añaden, aparecieron los cristianos en considerable número, y los Muslimes, para disponerse á pelear sin recelo de sus cautivos, que eran muchos, los degollaron. La batalla fué muy sangrienta, y los Musulmanes quedaron vengados, dejando los cristianos en el campo gran parte de los suyos para agradable pasto de fieras y aves carniceras (2).

Cristianos y Arabes atribúyense, pues, la victoria, que es cosa muy comun en las guerras, dice Lafuente, aplicarse el triunfo de una misma batalla unos y otros contendientes. Sin embargo, no es el relato de los Arabes tan explícito como parece, pues aun cuando dicen que los Musulmanes quedaron vengados y que los cristianos dejaron á muchos en el campo, el solo hecho de su retirada, confesada por el historiador arábigo, si bien la funda en el exceso del botin y de los prisioneros hechos al principio de la campaña, indica de un modo evidente quien llevaba lo mejor de aquella lucha. En su retirada hácia el Tajo, el príncipe Almudafar visitó las ruinas de Talavera é hizo reconstruir sus demolidos muros; en seguida volvió á Córdoba, donde, considerando su campaña como una série de victorias, fué recibido con aclamaciones de triunfo (3).

Ni las crónicas árabes ni las cristianas nos dicen que se celebrara despues de la batalla de Osma paz ni tregua alguna entre las dos partes beligerantes, pero esto no obstante, un suceso de esta naturaleza parece en extremo probable. Durante cierto tiempo no se menciona en efecto combate alguno entre ambas naciones, y las hostilidades entre Leon y Córdoba no empiezan de nuevo hasta pasados tres años, que era en aquella época el término ordinario de las treguas.

El hilo de la historia nos conduce ahora á decir algunas palabras de los mahometanos de Africa, y para la inteligencia de las guerras que Abderrahman hubo de sostener en el Magreb, á fijar por un momento nuestras miradas en el Africa occidental, y á referir sucintamente para mayor claridad los hechos á consecuencia de los cuales se formaron las potencias que allí dominaban en la época que ahora nos ocupa.

Dos dinastías se habian elevado en aquella region durante los postreros años del siglo VIII, y habíansela en cierto modo dividido. Para saber el orígen y las causas de la elevacion de la primera, de la dinastía de los Edrisitas, es fuerza que nos remontemos al año 145 de la hegira—762 de J. C.

(1) Sampir. Chr., n. 23.
(2) Conde, p. 2.ª, c. LXXIII.
(3) Id., l. c.

En dicho año, el iman Muhamad ben Abdallah, biznieto de Husein, hijo del califa Alí, habia tomado las armas en Arabia contra el califa Abu Giafar Almanzor, y vencido cerca de Medina, refugióse en Nubia, sin que intentara otra cosa alguna durante el reinado del hijo de Asefah. Pero cuando muerto Almanzor sucedióle en el califato su hijo Almahedi, dirigióse Muhamad á la Meca en ocasion en que los peregrinos estaban reunidos en su recinto, y logró que le aclamasen por su legítimo soberano los moradores de la Meca y de Medina y todos los pueblos del Hegiaz. Almahedi envió contra él un ejército, y empeñada una sangrienta batalla á seis millas de la Meca, Muhamad fué vencido y pereció en la refriega.

Muhamad tenia seis hermanos, y todos habian tomado parte activa en aquellos acaecimientos. Ibrahim, uno de ellos, sucumbió pocos dias despues en Bosra, donde, al frente de algunos parciales, habia intentado una sublevacion en favor de la misma causa. Yahia, Soliman, Muza é Isa, se dispersaron cada uno por su lado, y reservado estaba á Edris, el mas jóven de todos, ser á consecuencia de este suceso el fundador de una dinastía. Sabedor de la muerte de sus dos hermanos, huyó con su liberto y familiar Rachid (169 de la hegira–785) y pasó á Egipto, donde fué acogido por un leal partidario de los descendientes de Alí; el ascendiente del nombre de su familia era tal, que, á pesar de hallarse aquel territorio sujeto á los Abassidas, no se atrevió el wali á manchar sus manos con la sangre de un descendiente del profeta, y se limitó á mandar á Edris que saliera de aquella provincia. Edris partió con Rachid y el amigo que le diera asilo, y siguió para llegar á una fortuna igual casi el mismo camino que siguiera algunos años antes el ommíada Abderrahman ben Moaviah. Edris y sus compañeros se dirigieron primeramente á Barca, en seguida á Cairvan, y desde allí al Magreb el Aksa (el último Occidente). Su camino no dejó de ofrecerles repetidos obstáculos, y Rachid hubo muchas veces de vestir á su señor el traje de un esclavo para sustraerle á la persecucion de las tropas abassidas. Los fugitivos pasaron por Tánger y marcharon luego á Valili, ciudad poco populosa y de muy feraz campiña, donde fueron muy bien recibidos por el jeque Abdel Megid. Esta buena acogida llenó de confianza á Edris, y revelando á su huésped su nombre y alcurnia, fué aclamado emir por las tribus que de aquel dependian en la luna de ramazan del año 172 (788). Los Zenetas y demás tribus berberiscas del Magreb siguieron este ejemplo, y viéndose Edris poderoso emprendió diferentes conquistas, presidiendo á todas sus empresas una decidida fortuna.

La fama de sus triunfos llegó á oidos del califa Haraun el Reschid, quien envió emisarios para asesinarle. El principal de ellos era Soliman ben Jorais, hombre docto y elocuente, el cual ganó la privanza de Edris con tanta mayor facilidad, en cuanto no habia entonces en el Magreb sino gente rústica é ignorante. Los cuidados y desvelos del leal Rachid impidieron por mucho tiempo á Soliman poner por obra su infame proyecto, hasta que un dia que se hallaba á solas con Edris, presentóle rogándole que lo oliera un pomo de delicada esencia. Edris, que nada sospechaba, acercó el pomo á su rostro y al momento cayó desmayado, muriendo aquel mismo dia sin haber podido pronunciar una palabra. El asesino no quedó sin castigo á pesar de su diligencia en emprender la fu-

ga: perseguido y alcanzado por Rachid, este le hirió y le cortó la mano derecha sin lograr, empero, apoderarse de su persona.

No dejó Edris hijos nacidos, y sí una esclava en cinta de siete meses, y juntando Rachid las tribus berberiscas, propúsoles esperar el parto de la esclava. «Si nace un varon, les dijo, le reconoceremos por soberano, pero si es hembra, podreis disponer de la soberanía como mejor os plazca.» Todas las tribus convinieron en lo que de ellas se pedia, obligándose de antemano á nombrar á Rachid, en caso que Kethira (así se llamaba la esclava) diese á luz una hija. A los dos meses aquella mujer parió un niño que fué llamado Edris como su padre, y reconocido como jefe supremo de los fieles del Magreb bajo la tutela de Rachid, encargado de la regencia y de la educacion del jóven emir durante su menor edad.

Esto sucedia en el año 792, y en 803 pereció Rachid á manos de un asesino pagado á lo que se cree por el walí de Cairvan, Ibrahim ben Aglab, de quien hablaremos despues. Edris solo contaba entonces doce años y algunos meses, pero á pesar de esto fué reconocido por todas las tribus y empezó á gobernar por sí mismo. La fama de sus virtudes, dice la crónica, atrajo muchos pueblos á su obediencia y acrecentó mucho la fama de sus ejércitos. Hacia grandes honras á los Arabes y muchos se marcharon de España á vivir á sus estados, siendo en breve tan numerosos los habitantes de Valili, que la ciudad no pudo contenerlos. Esto impulsó á Edris á fundar una nueva capital, eligiendo un lugar muy agradable en apariencia, inmediato al rio Cebu; pero habiendo observado que durante el invierno se hallaba muy dispuesto á las inundaciones del rio, dispuso construir su nueva ciudad en otro sitio, cuyo terreno compró á los berberiscos. Los trabajos empezaron en el año 192 de la hegira (807), y la ciudad recibió el nombre de Fez.

Edris dilató los límites de su imperio con muy venturosas conquistas, y murió en el año 213 (828) á la edad de treita y tres años, dejando doce hijos varones, el mayor de los cuales, Muhamad, le sucedió en el trono. Durante el reinado de este hubo discordias y domésticas guerras que debilitaron las fuerzas del estado, pero los hijos de Edris continuaron reinando, como despues veremos, hasta el año 365 (976). Reinando Yahia, hijo de otro Edris, octavo emir de la dinastía edrisita, vióse sitiado en su capital en el año 305 (917), por las tropas de Obeidallah, primer califa fatimita, cuya elevacion importa explicar ahora, y no logró que se levantara el cerco sino pagando gran cantidad de dinero y reconociendo á Obeidallah por su soberano.

Como ninguno de los emires de España se habia hallado en contacto directo con los Aglabitas de Cairvan, nada hemos dicho hasta ahora de su elevacion ni de su historia; pero llegado el momento en que sucumben para hacer lugar á la dinastía de los Fatimitas, con quienes, desde el orígen de su poder, sostuvieron los Arabes de España muy graves contiendas, creemos deber resumirla en algunas palabras.

Ibrahim ben Aglab, fundador y jefe de esta dinastía, era, segun lo indica su nombre, hijo de Aglab, distinguido guerrero que habia pasado á Africa con la hueste que allí enviara el califa Abu Giafar Almanzor á contener á los Berberiscos siempre inquietos y turbulentos, y á observar á la odiosa dinastía de

los Ommíadas que acaba de reaparecer en España. El hijo de Aglab alcanzó en Africa elevados puestos, y por fin el califa Haraun el Reschid le nombró por su buena fama gobernador de la provincia de Cairvan. Elevado á este puesto, Ibrahim sintió nacer en él ambicion mas grande y aspiró en secreto á crearse en el Magreb una soberanía independiente. Por fin arrojó la máscara en julio del año 800, y haciendo sustituir su nombre en la *chotba* al del califa, preparóse para sostener su rebelion con las armas en la mano. No se pasó mucho tiempo sin que hubiera de emplearlas contra Hamdis ben Abderrahman, que se habia levantado contra él en Tunez, y contra uno de sus propios lugartenientes que por un atrevido golpe de mano se habia apoderado de la misma capital; pero vencedor de ambos, reinó despues sin oposicion hasta junio ó julio de 812, en que murió á la edad de 56 años.

Sus dos hijos Abdallah Abu Abbas y Zyadatallah Abu Muhamad se disputaron su herencia. Triunfante el primero, reinó cinco años y le sucedió su hermano, quien tuvo un turbulento reinado de diez y nueve años. En su tiempo fué conquistada la isla de Sicilia, cuyo gobierno confió Zyadatallah á su sobrino Muhamadben Abdallah, y este se hizo dueño de Palermo en 835. Sicilia estuvo bajo la dominacion de los Aglabitas hasta el mes de abril del año 909, en que pasó bajo la de los Fatimitas.

Su hermano Abu, tercer hijo de Ibrahim, fué proclamado el mismo dia en que quedó vacante el emirato (11 de junio de 838), y reinó hasta fines de febrero de 841, en que falleció. Abu el Abbas Muhamad, Abu Ibrahim Ahmed, Zyadatallah Abu Muhamad, y Muhamad Abu Abdallah, gobernaron despues de él el Cairvan hasta el año 902. Vinieron luego Ibrahim II, Abdallah II y Zyadatallah III, en cuya persona terminó esta dinastía. El último Aglabita habia escalado el poder por medio de un parricidio (903), y despojóle de él una revolucion religiosa que cambió la faz de la península africana.

Así pues los Edrisitas y Aglabitas habian reinado en Africa independientes del califato desde fines del siglo VIII hasta los primeros años del X, en que aconteció la revolucion que llevó á Africa las armas de los Musulmanes españoles. Por ella renovó España todas sus alianzas en Africa, y acostumbróse á enviar y á recibir de allí socorros, al propio tiempo que el Africa hacíase necesaria á España, mientras esperaba ocasion de dominar en ella. Hablamos de la revolucion que elevó al trono á aquella dinastía de califas que tan importante papel desempeñaron en Africa, y á quienes, por sus pretensiones de descender de Mahoma por Fátima su hija, se ha dado el nombre de Fatimitas

Obeidallah Abu Muhamad, apellidado el Mahedi, fué el primero de la famiia fatimita que reveló pretensiones á la dignidad de califa. Ignórase su orígen y verdadera prosapia, si bien algunos le creian descendiente de Alí. Refieren otros que era un mago de Oriente, llegado á Africa, donde con sus predicaciones y la seguridad con que de su familia hablaba, reunió á su lado un pequeño ejército, con el cual tomó á Cairvan y obligó á Zyadatallah á abandonarle el trono en 907. El poder del Mahedi creció luego cada dia, y en 908 tomó los títulos de iman y de príncipe de los fieles, declarándose jefe y restaurador del legítimo califato.

Las primeras relaciones del fundador de la nueva dinastía con los Arabes

A. de J. C. españoles datan de los primeros años del reinado de Abderrahman III. Con grandes amenazas escribió el walí Said ben Salhi que gobernaba la ciudad de Nocor, la única posesion de los Meruanes de España en el Magreb, para que se pusiera bajo su obediencia; pero aunque despreciadas sus intimaciones, no parece que las cosas pasaran por entonces adelante, ocupado como estaba el Mahedi en echar los cimientos de su imperio.

Hasta el año 915, despues de haber fundado una nueva ciudad que de su nombre donominó Almahadia, no se consideró bastante fuerte para extender su dominacion fuera de las fronteras de sus estados. Entonces fué cuando despues de atacar en vano el Egipto, dirigióse contra el Magreb el Aksa, donde sus armas fueron en un principio mas afortunadas.

Hemos visto ya la suerte que cupo á Yahia ben Edris, octavo emir de la dinastía edrisita, sitiado en su capital en el año 305 (917) por las tropas de Obeidallah; y ya fuese que Yahia faltase luego á sus promesas, ya que el vencedor desease aniquilarle à pesar de lo tratado, es lo cierto que cuatro años despues envió Obeidallah un nuevo ejército al Magreb. Yahia fué hecho prisionero, encerrado en una jaula de madera y paseado sobre un camello.

Estos acaecimientos y los incesantes progresos de los Fatimitas fueron vistos con recelo por el califa Abderrahman, y en esto llegaron á Córdoba embajadores encargados de solicitar en favor de la dinastía caida el auxilio de los Andaluces. El califa vió en ello ocasion ó pretexto para intervenir con las armas en los sucesos del Magreb, atajando el temible poderío de los Fatimitas, y despues de exigir ante todo que se le entregaran en plena soberanía, y en cierto modo como indemnizacion anticipada de la guerra, las ciudades de Ceuta y Tánger, en las que puso numerosas guarniciones, dió órden al wali de Mallorca Giafar ben Otman y á El Ocaili, emir de sus naves en el Mediterráneo, de pasar á Africa con fuerzas suficientes para hacer frente á los caudillos del Mahedi. Las armas españolas consiguieron rápidas victorias, y penetraron en Fez en el año 321 (932). Siete mil soldados de Obeidallah fueron pasados á cuchillo, y las cabezas de sus jefes fueron enviadas á Córdoba como trofeo de victoria. Abderrahman nombró gobernador de Fez á Ahmed ben Becri, bajo la proteccion del califato de Occidente.

La noticia de estos felices sucesos causó en Córdoba no poco contento que se turbó luego con las nuevas llegadas de Mérida, anunciando la desercion de Omeya ben Ishak Abu Yahia, cuyo hermano habia sido condenado á muerte por el califa. Omeya ben Ishak era alcaide de Santaren (1), y para tomar venganza del triste fin de su hermano, púsose bajo la obediencia del rey Ramiro de Leon, arrastrando consigo muchos valientes musulmanes de la frontera y en-
937. tregándole los castillos que dependian de su gobierno (937).

Excitado por el ofendido moro, Ramiro bajó de sus montañas, pasó el Duero, tomó posesion de las fortalezas que le entregara Omeya, y llevó sus excursiones hasta Mérida y Badajoz en los campos lusitanos. A su regreso deshizo en

(1) Sampiro y otros muchos historiadores incluso Masdeu dicen que Omeya ben Ishak era walí de Zaragoza, pero Masudi y los demás escritores árabes hácenle alcaide de Santaren.

las inmediaciones de Lisboa á las partidas árabes que se le pusieron por delante, A. de J. C.
y volvió victorioso á su reino. El príncipe Almudafar reunió los guerreros de algunas tribus y corrió hácia el Duero sin que alcanzara ver á los cristianos ni al rebelde Omeya ben Ishak; esto no obstante, el botin recogido hizo considerar como afortunada una expedicion en que ni siquiera se habia peleado, y el príncipe fué recibido triunfalmente en Córdoba.

El poco ó ningun resultado de su incursion y la actitud amenazadora de los cristianos de las fronteras, todo movió á Almudafar á instar al califa para que, organizándose un imponente ejército, se castigasen al propio tiempo las atrevidas excursiones de Ramiro y la deslealtad de Abu Yahia; y en efecto proclamada la guerra santa, púsose en movimiento á la voz de Abderrahman toda la España musulmana. Los caminos estaban cubiertos de tropas, de caballos y aparatos de guerra, y Salamanca y sus alrededores, señalados como puntos de reunion, se convirtieron en breve en un vasto campamento. A principio del año
327 (938) halláronse congregadas las banderas de todas las capitanías, y solo 938.
se esperaba la llegada de Abderrahman para dar principio á la campaña. El califa salió entonces de Córdoba con su guardia y la flor de la caballería andaluza, mientras que el príncipe Almudafar partió de Mérida á la cabeza de un numeroso cuerpo de caballeros. En los primeros dias del mes de safar, esto es, á primeros de diciembre del año 938, llegó el califa á Salamanca con gran cortejo de jeques y acompañado de su divan, y despues de visitar y reconocer con su tio Almudafar los varios campamentos establecidos en los alrededores de la ciudad y en las riberas del Tormes, determinó el órden y la disposicion de las tropas en la expedicion que meditaba. El ejército, compuesto de mas de cien mil hombres, fué formado en tres divisiones: la primera iba mandada por el príncipe Almudafar: la segunda por el walí de Badajoz Obeidallah ben Ahmed, y la tercera por el mismo califa, asistido por los walies de Toledo, Valencia y Tadmir, en calidad de lugartenientes. Para la conclusion de los preparativos serian sin duda indispensables algunos meses, y es probable que las tropas no se pusieran
en marcha hasta la primavera del año 939. El inmenso ejército pasó el Duero 939.
entre Toro y Tordesillas sin encontrar resistencia, y como un torrente se derramó por la ribera opuesta, haciendo á su paso los estragos de las tempestades. Varias fortalezas y poblaciones cristianas fueron tomadas é incendiadas, entre otras Rebat y Amaya, y la muchedumbre sarracena llegó á la vista de Zamora «ciudad fuerte á maravilla, dice la crónica, rodeada con siete muros de robusta y antigua fábrica, obra de los pasados reyes, con dobles fosos anchos y profundos llenos de agua, y defendida por los mas valientes cristianos (1).»

Y en efecto, todos los ataques de Abdallah ben Gamri y del walí de Valencia, encargados particularmente de las operaciones del sitio, fueron infructuosos. Los cristianos hacian impetuosas salidas contra el campo de los muslimes, y no pasaba dia sin reñidos lances y sangrientas escaramuzas.

En tanto allegaba Ramiro un ejército considerable. Omeya ben Ishak formaba de él parte con un cuerpo de caballeros musulmanes que le habian seguido en su defeccion; García, rey de Navarra, y tambien, á lo que parece, su madre

(1) Conde, P. 2.ª, c. LXXX.

Teuda, el conde de Castilla Fernan Gonzalez, en una palabra, todos los de Galicia y de Albaskande, para hablar como los Arabes, se habian reunido en las inmediaciones de Burgos, y dirigídose de comun acuerdo contra la hueste que cercaba á Zamora.

Sabedor de su marcha y de sus proyectos, Almudafar con su division fuerte de cuarenta mil hombres adelantóse al encuentro de los cristianos; siguióle el cuerpo que mandaba el califa, compuesto de igual número de combatientes, y Abdallah ben Gamri y el wali de Valencia quedaron con veinte mil hombres bajo los muros de Zamora para continuar el cerco.

Los exploradores de ambos ejércitos se encontraron en las márgenes del Pisuerga, cerca de Simancas, y despues de ligeras escaramuzas, se retiraron á sus respectivos campos. «Al dia siguiente, dicen los autores árabes (confirmados en esto por las crónicas cristianas) (1), hubo un espantoso eclipse que cubrió la luz del sol de amarillez oscura en la mitad del dia, horrorizando los ánimos de la inexperta juventud, que no habia visto en su vida cosa semejante (2).» Dos dias se pasaron sin que las tropas hiciesen movimiento alguno, consternados como estaban cristianos y musulmanes por el pasado fenómeno; pero al tercer dia comenzó el ruido de los añafiles y trompetas, y el príncipe Almudafar recorrió las filas excitando á todos al combate. Tomando para sí el mando de la vanguardia y del centro, confió el de las alas á los walies de Toledo y Badajoz, mientras que el califa se mantenia en un cerro con la reserva puesta á sus órdenes, dispuesto á acudir á donde su presencia fuese necesaria.

Comenzó la batalla alto ya el sol, aunque desde el rayar del dia hubiesen principiado á moverse ambos campos y á llenarse el aire del estruendo de los bélicos instrumentos y de las voces y alaridos de las huestes, que hacian temblar y estremecer la tierra. La inmensa multitud de los cristianos marchaba en apiñados escuadrones, y con enemigo ánimo se acometieron las haces, y se trabaron con atroz matanza. Por todas partes se veia igual furor y esfuerzo: el príncipe Almudafar recorria todos los puestos animando á los Muslimes, blandiendo su robusta lanza, revolviendo su feroz caballo y haciendo cosas hazañosísimas. Sostenian los cristianos el encuentro de la caballería musulmana con admirable firmeza, dicen los escritores árabes, y su rey Ramiro con sus caballeros armados de hierro rompia y atropellaba cuanto se le ponia delante. Omeya ben Ishak combatia junto á él con sus valientes, y derramaba la sangre de los Muslmanes como el mas feroz de sus enemigos. Los Sarracenos cedian ya el campo al valor de nuestra aguerrida gente, cuando el califa, que vió desordenadas muchas banderas del ala derecha, y al centro que cejaba y perdia terreno, se lanzó al frente de los caballeros de Córdoba y de los soldados de su guardia slava, contra el flanco del ejército cristiano, que atacado de improviso, fué por un momento roto y desbaratado. Por todas partes se renovó la batalla con mayor ardimiento: el hacha de un montañés derribó de su caballo cerca del califa al

(1) Estas crónicas mencionan además por aquel tiempo otros muchos prodigios. Dicen que salieron llamas del mar é incendiaron muchas ciudades y villas, pereciendo gran número de hombres y animales.

(2) Conde, P. 2.ª, c. LXXX.

esforzado Aben Ahmed, walí de Mérida; tambien murieron al lado de este caudillo y á la vista de Abderrahman el alcaide de Valencia Gehaf ben Yeman, y el esforzado caudillo de Córdoba Ibrahim ben Dawid, que habian hecho aquel dia singulares proezas. La victoria parecia declararse en favor de los Musulmanes, y los cristianos se retiraban, aunque sin cesar el combate, ante la esforzada tropa, entre la cual marchaba el califa, armado apenas, montado en un caballo blanco y vestido con una larga túnica y un gorro de iman, llevando abierto delante de sí en la silla de su caballo un ejemplar del Coran, del que leia los pasages mas propios para exaltar el entusiasmo de su gente; la noche, empero, llegó á interrumpir la batalla y á poner tregua á tantísimos horrores. El triunfo de la jornada quedó por lo mismo indeciso, y cristianos y arabes se lo atribuyeron, si bien del relato de la crónica arábiga que hemos seguido en el nuestro, se desprende la gran pérdida que sufrieron los Sarracenos, las írresistibles acometidas de los cristianos, la confusion tan próxima siempre á la derrota que estos introdujeron en las filas agarenas, y obsérvase por fin que la relacion dicha ni siquiera se atreve á indicar las pérdidas que los cristianos tuviesen. Todo esto parece indicar que la victoria, aunque no completa, estuvo toda de parte de nuestros mayores, y mas aun lo demuestran las sucesivas palabras del historiador arábigo (1).

Quedaron los Muslimes, añade, sobre el campo mismo de batalla, que estaba regado de humana sangre y cubierto de cadáveres y heridos moribundos, que espiraban hollados entre los piés de la caballería: allí pasaron la noche, y descansaban los vivos tendidos y mezclados entre los muertos, esperando con impaciencia y temor la luz del dia para acabar aquella sangrienta é inhumana contienda. Los cristianos sin embargo se retiraron y pasaron el rio por varios vados por consejo de Omeya ben Ishak, que ponderando á Ramiro el excesivo número de la gente agarena, le disuadió de renovar el combate con un enemigo fecundo en engaños y superior en número. «Esto, dice la crónica arábiga, salvó á los Muslimes de manos de Radmir, y así le privó Dios de una victoria y de poder socorrer á los cercados de Zamora (2).»

Los Arabes dejaron algunos destacamentos de caballería en las márgenes del rio y volvieron á su campamento delante de la ciudad sitiada. Diéronse, dicen sus historias, recios combates á sus torreados muros, que defendian los cercados con valor extraordinario, y no se adelantaba ni ganaba un paso sino á costa de la sangre de los mas esforzados Muslimes. La presencia del califa y de su tio Almudafar excitaba el ánimo de los sitiadores, y lograron aportillar y derribar dos muros; numerosas compañías se precipitaron entonces por ellos; pero hallaron dilatado espacio y en medio ancho y profundo foso lleno de agua que con desesperado esfuerzo defendian los cristianos. Fué entonces, dice la crónica, una espesa

---

(1) En cuanto á la fecha de esta batalla, sabemos por los Arabes haber tenido lugar en el mes de javal del año 327, dos dias despues del eclipse. El fenómeno de que aquí se trata, eclipse de sol central y total, visible en Europa, en Africa y en Asia, que duró una hora entera, acaeció, segun los cálculos astronómicos de los Benedictinos (véase en el Arte de verificar las fechas la Cronología de los Eclipses, p. 70), en 19 de julio de 939 á las 8 y media de la mañana, luego la batalla debe fijarse en 21 de julio, que es el primer dia del mes indicado por los Arabes.

(2) Para toda esta relacion, véase á Conde, P. 2.ª, c. LXXX.

nube y horrible torbellino de tiros y saetas, la matanza fué atroz, y los esforzados cristianos caian muertos en el lugar que ocupaban. Los musulmanes perdieron en aquella pelea muchos miles de soldados, que obtuvieron aquel dia, segun expresion de sus autores, las copiosas recompensas y premios de su *algihed*. Por fin adelantáronse las banderas de la gente de Algarbe y de Toledo, y arrojando al foso los cadáveres de sus compañeros muertos en el asalto, estos les sirvieron de puente; los cristianos no pudieron resistir á tantos esfuerzos: los muros fueron escalados, rotas las herradas puertas, y en todas las torres flotaron las banderas del Islam. Los cristianos murieron allí como buenos, y su sangre y la de los muslimes enrojeció las aguas del foso que parecia un lago de sangre. Esta fué la célebre batalla de Alkandik ó de la Fosa de Zamora, tan sangrienta para los vencedores como para los vencidos. El historiador Masudi refiere que en su tiempo se decia en Egipto haber muerto en esta expedicion cuarenta ó cincuenta mil musulmanes, número que eleva Sampiro á ochenta mil, añadiendo que el mismo califa fué retirado del campo del combate malamente herido. Esta famosa batalla, en que los mas autorizados críticos ven una derrota para el ejército árabe, fué en 5 de agosto de 939, víspera de la fiesta de los santos Justo y Pastor, pocos dias despues de la de Simancas.

Desleal dos veces Abu Yahia, abandonó á Ramiro y reconcilióse con Abderrahman, quien le dispensó la mas benévola acogida, sin duda por serle su auxilio de importancia suma en aquellos momentos. El califa le reintegró en sus antiguas funciones, y le confió la defensa de aquella frontera y la de la plaza de Zamora.

No gozaron mucho tiempo Abu Yahia de su nueva traicion y el califa de Córdoba de su efímero triunfo, si triunfo habia sido. Ramiro revolvió sobre Zamora, que solo muy pocos dias estuvo en poder de los Arabes, pasó á cuchillo á la guarnicion agarena, é hizo prisionero á Abu Yahia, que envió encadenado á Leon. Las crónicas cristianas nada mas nos dicen del desleal wali, mas parece que logró evadirse, volviendo á obtener bajo la obediencia del califa el mismo cargo que antes ejerciera.

No se limitaron á esto las conquistas del rey cristiano. Dos meses despues de estos sucesos y de estas guerras, mas importantes que ninguna de las anteriores, en cuanto en ellas tomaban parte grandes masas y todos los pueblos de un extremo á otro de España, Ramiro salió otra vez á campaña al llegar el otoño de 939. Dirigióse hácia el Tormes, y pobló con sus soldados muchas ciudades desiertas por efecto de las guerras y de las turbulencias pasadas; de este número fueron Salamanca, Ledesma, Baños, Peñaranda y otros muchos lugares y fortalezas cuyo nombre no nos han conservado las historias. La hueste cristiana continuó su movimiento, y de aquella época datan otras muchas poblaciones ó repoblaciones importantes, como las de Amaya, de Osma, de Oca, de Coruña del Conde, de San Esteban de Gormaz, de Sepúlveda, y de toda aquella parte de Asturias llamada entonces de Santa Juliana. La mayor parte de estas ciudades y lugares forman parte de Castilla la Vieja, region que vemos nacer y formarse en medio de las inquietudes y agitaciones del estado social cuyo primer elemento era la guerra contínua, incesante en todas sus faces y acepciones. La poblacion de estas diferentes ciudades es atribuida por un antiguo monumento á varios

ilustres guerreros; la de Roa á Nuño Muñoz, la de Osma á Gonzalo Tellez, la de A. de J. C.
Oca, la de Coruña del Conde y la de San Esteban de Gormaz á Gonzalo Fernandez, la de Sepúlveda en fin á Fernan Gonzalez, y este fué el orígen de aquellos condes de Castilla, que tan frecuentes contiendas tuvieron con los reyes de Leon (1).

Algunos historiadores, tomando por nombre de un caudillo árabe la palabra *Azeipha* (2), empleada por Sampiro para denotar el ejército del rey de Leon, han construido sobre este falso cimiento un vastísimo edificio, suponiendo una expedicion de los Arabes, mandada por Azeipha, y una alianza del conde de Castilla con el mismo contra el monarca leonés. Estos sucesos son evidentemente falsos, y
lo único positivo es que el conde Fernan Gonzalez con otro personage llamado 940.
Diego Nuñez ó Muñoz *(Didacus Munio)*, que se cree su yerno, conde tambien ó gobernador de alguna comarca, se levantaron contra Ramiro y se dispusieron para hacerle la guerra, por motivos ó resentimientos personales que la historia no menciona. No tomaron bien, á lo que parece sus disposiciones, ó faltóles tiempo para atraer á su causa á los demás condes de los castillos, de modo que antes que pudiesen reunir un ejército el rey hizo á los dos prisioneros y los transportó al castillo de Leon el uno, y al de Gordon el otro, de donde no salieron hasta haber prestado juramento de fidelidad al rey y de renunciar para siempre á sus pretensiones á la independencia. Como prenda de paz entre Ramiro y Fernan Gonzalez, el hijo del primero, que reinó despues de él con el nombre de Ordoño III, tomó por esposa á la hija del conde, que se llamaba Urraca.

Llegado el siguiente año, intentaron los Arabes otra invasion por las fronte- 941.
ras cristianas del Duero. Sorprendido su ejército por los cristianos en un lugar escarpado que rodeaba el rio, hízose inevitable el combate, sin tener los musulmanes otra esperanza de salvacion que la victoria. Abdallah el Coraixi, que los mandaba, reunia, segun la índole de su nacion, la calidad de poeta á la de capitan, y en tan críticas circunstancias, alentó á los suyos con unos versos que nos ha conservado la historia (3). Las palabras del general produjeron el efecto que de ellas esperaba: empeñada la batalla, los Arabes quedaron triunfantes, y se apoderaron de la inmediata fortaleza de San Esteban de Gormaz, y la sangre cristiana enturbió las aguas del Duero. Las crónicas musulmanas dicen que Abdallah marchó despues contra Zamora, en la que entró por fuerza con gran daño de sus defensores, pero esto no está bien acreditado.

Fatigado Ramiro de la guerra ú obedeciendo á otras causas que no se ex- 944.
presan, envió en 944 mensageros á Córdoba para tratar de la paz; muy bien recibidos por el califa, concertóse entre ambos pueblos una tregua de cinco años, y Abderrahman envió á su wazir á la ciudad de Leon para saludar en su nombre al rey Ramiro, que por sus relevantes dotes de guerrero gozaba de gran fama entre los musulmanes.

---

(1) Tunc temporis populavit Rodericus Comes Amajam et populavit Asturias in partibus Sanctæ Julianæ.... Populaverunt autem comes Nunnius Munionis Raudam, et Gundisalvus Telliz Oxomam, et Gundisalvus Ferdinandi Aucam, Cluniam et Sanctum Stephanum: populavit Ferdinandus Gundisalvi civitatem quæ dicitur Septempublica cum Deo auxilio (Sampir. Chr., n. 23).

(2) Este nombre significa en árabe ejército ó reunion de gente armada.

(3) Conde (P. 2.ª, c LXXXII) los traduce del modo siguiente:

De un lado nos cerca Duero,—del otro peña tajada.
La salida está en vencer—y en el valor la esperanza;
La sangre de los infieles—enturbie del Duero el agua.

A. de J. C. En Cataluña, Sunyer, como Alfonso IV de Leon, se habia retirado al claustro
947. en 947, dejando el condado de Barcelona á su hijo Borrell II en union con su hermano Miron, y ambos lo gobernaban en la época á que de nuestro relato hemos llegado. Así durante el gobierno de Sunyer como en el de sus hijos, en la época que el presente capítulo abraza, no menciona expresamente la historia guerra alguna entre los árabes y los cristianos de la Marca oriental. El único suceso que digno de memoria parece haber ocurrido en esta época fué la union del condado de Urgel á los de Barcelona, Ausona y Gerona, por haberse extinguido la línea masculina de Suniefredo, que lo habia heredado de Vifredo el Velloso (1).

Pocos sucesos dignos de memoria ocurrieron en este tiempo en la España musulmana. En Africa habian recobrado los Edrisitas gran parte de su antiguo imperio, pero quejosos de los Españoles que tomaban para sí todo el provecho de su auxilio, pusiéronse bajo la proteccion de los Fatimitas. El califa en tanto habitaba en Córdoba muy escaso tiempo, y residia casi constantemente en el magnífico palacio que mandara construir en 937 á cinco millas de la capital en las márgenes del Guadalquivir, en honor, segun se cree, de su sultana favorita, de cuyo nombre lo llamó Zahara (2). Habia allí reunido cuanto puede halagar los deseos del hombre: el alcázar cubierto de techos dorados y sostenido por cuatro mil trescientas colunas, estaba construido en su totalidad de mármol y de madera de cedro. Junto al palacio se extendia el generalife (3), y en medio de los jardines y á una altura que los dominaba, elevábase el pabellon del califa, formado por una galería circular de colunas de mármol blanco con dorados capiteles. En el centro habia un surtidor que arrojaba un caño de azogue imitando todos los movimientos del agua, el cual reflejaba los rayos del sol con un brillo que los ojos no podian soportar. Crecian en los jardines toda clase de árboles frutales, y dábanles apacible sombra bosquecillos de laureles, mirtos y arrayanes, ceñidos algunos de curvos y claros lagos que ofrecian á la vista pintados los árboles, el cielo y sus arreboladas nubes. En casi todas las salas habia hermosas fuentes de agua dulce y cristalina que caian en pilas y conchas de mármol de elegantes y variadas formas. En medio del salon, llamado del califa, habia una fuente de jaspe con un cisne de oro de maravillosa labor, trabajado en Constantinopla, y sobre él pendia del techo una magnífica perla que regalara á Abderrahman el emperador griego Leon VI. Para la construccion de este palacio trabajaron, dicen las historias arábigas, diez mil hombres, mil quinientos mulos, y cuatrocientos camellos. Entraban cada dia en la obra seis mil piedras labradas sin contar las de mampostería, y empleábanse en el servicio interior del alcázar trece mil setecientos cincuenta esclavos varones, y seis mil trecientas cuarenta mugeres. En suma, dice Conde, dentro y fuera del palacio estaban abreviadas todas las riquezas y delicias del mundo de que puede gozar un monarca poderoso. La *zeka* ó casa de moneda, que trasladó allí, varios cuarteles para su guardia, y una mezquita que aventajaba á la de Córdoba en preciosidad y elegancia

(1) Bofarull, *los Condes de Barcelona Vindicados*, t. I.

(2) Esta palabra significa en árabe flor, y aun se designa con ella la flor del naranjo como si se dijese la flor por excelencia.

(3) Generalife, del árabe Genat al Aryf, jardin de recreo, lugar de placeres.

completaban el conjunto de edificios á que se daba el nombre de Medina Zahara. A. de J. C.

Esta descripcion puede dar una idea del gusto de los Arabes en aquella época: en la ornamentacion del palacio de Zahara todo era bello, delicado, deslumbrante, pero de poca solidez, y esto explica quizás su completa desaparicion. En efecto ¿qué se hizo esa ciudad de delicias, ese depósito de todo lo mas magnífico y bello que pudo inventar la imaginacion de un Arabe? ¿Qué fué de Medina Zahara? pregunta el historiador Lafuente. Ni un solo vestigio, dice, ha quedado de esta ciudad de maravillas; todo ha desaparecido, y tuviéramosla por una ciudad fantástica y las descripciones que de ella hacen sus historias se nos antojaran fabulosas, si no nos certificaran de su existencia las muchas monedas en ella acuñadas que se han conservado y aun subsisten (1).

En los cuarteles de Medina Zahara, situados á lo largo del rio, habitaba la guardia particular del califa, compuesta de doce mil hombres, á saber: cuatro mil Slavos (saklabis ó seklebis) que formaban la guardia interior de á pié, cuatro mil Africanos zenetas de caballería, y cuatro mil Andaluces tambien de á caballo. Estas fuerzas, que eran mandadas por los principales jeques de la familia de Omeya, por los parientes, hijos, hermanos y sobrinos del califa, se dividian por compañías que turnaban en el servicio, y solo cuando el soberano marchaba á la guerra servian todas á la vez. Además de la parte de su guardia que seguia al califa en las dos jornadas de verano y otoño, escogia Abderrahman las esclavas y siervos que debian acompañarle, los wazires y alcatibes y los hombres doctos y de ingenio que queria llevar consigo, lo mismo que sus cazadores y halconeros, porque, como sus padres, se entretenia mucho en la caza de aves (2).

Los Slavos, de que tan frecuente mencion se hace en los manuscritos árabes bajo el nombre de seklabis, del cual parece derivado el de esclavo, eran efectivamente en un principio esclavos comprados de raza esclavona; y en la época de que tratamos, ya se vendiesen ellos mismos, ya los vendiesen sus enemigos como prisioneros, habia Slavos en todos los paises musulmanes, y algunos se elevaron por varias causas á un grado de fortuna extraordinario. Además de los seklabis y de los cristianos prisioneros de guerra, existia aun otra clase de esclavos, los eunucos, que parecen haber sido objeto de un importante comercio. Desde Alhakem habíalos siempre habido en el serrallo de los emires de Córdoba, pero su número habia aumentado mucho en los últimos tiempos, y los príncipes y los potentados entre los Musulmanes españoles habian adoptado la costumbre de tenerlos en sus casas. Esto explica el singular comercio de eunucos, que, segun Liutprando, ejercian con España los mercaderes de Verdun con inmensos beneficios (3).

Así vivia Abderrahman III y este era el estado de su corte en el trigésimo séptimo año de su reinado. La fama de sus guerras en España y en Africa, y el esplendor de su corte le habian dado á conocer á los soberanos extranjeros, con muchos de los cuales mantenia amistosas relaciones. En 949 recibió con mucha 949.

(1) Lafuente, Hist. gen. de Esp., P. 2.ª, l. I, c. XV.
(2) Conde, P. 2.ª, c. LXXIX.
(3) Casarmatium Græci vocant amputatis virilibus et virgo puerorum, quos Verdunenses mercatores ob immensum lucrum facere solent et in Hispaniam ducere. (Liutpr., l. IV, c. III).

pompa y ostentacion en su palacio de Zahara embajadores del emperador griego Constantino Porphirogeneta, hijo de Leon VI, quien solicitaba la renovacion de los antiguos tratados de amistad y alianza que habian existido entre sus mayores contra los califas de Bagdad. El emperador escribia su carta en pergamino en caracteres de oro y azul, y en ella iba contenida otra de fondo azul y letras de plata enumerando los presentes destinados al príncipe musulman. Ambas estaban escritas en griego, la primera por mano del mismo Constantino, calígrafo muy famoso, y cerrábala un sello de oro de peso de cuatro mitcales representando en su anverso la imágen de Jesus, y en el reverso los bustos de Constantino y de su hijo Romano. Iban las cartas guardadas en una caja de plata magníficamente cincelada, en la que se veia dentro de un marco de oro y pintado en vidrio el retrato de Constantino. Una segunda caja en forma de carcaj, forrada de una tela de oro y plata, servia de cubierta á la primera. La carta empezaba con estas palabras: — «Constantino y Romano, adoradores del Mesías, ambos emperadores y soberanos de Roma, al grande, al glorioso, al noble Abderrahman, califa reinante de los Arabes de España. Prolongue Dios su vida.»

Luego que supo Abderrahman el envio de los embajadores, mandó salir para la frontera á Yahia ben Mohamed, acompañado de un numeroso séquito, y al acercarse á Córdoba envió para escoltarlos á muchos cuerpos de tropas, mandados por distinguidos jefes. Alojados en el palacio Meruan en el arrabal de la ciudad, permanecieron sin comunicar con nadie hasta el dia de la recepcion solemne, que fué el 11 de rebie primera (7 de setiembre de 949). Llegado este dia, adornados con ricas colgaduras los pórticos, el vestíbulo y la entrada principal del palacio, y formadas y vestidas de gala las tropas, los embajadores fueron acompañados hasta el pié del trono del califa. Sus hijos estaban sentados á su derecha, sus tios á su izquierda, y sus ministros á ambos lados, segun su gerarquía; los hijos de los wazires y los oficiales inferiores ocupaban el fondo de la sala, vestidos con riquísimos trages, formando todo un deslumbrante espectáculo que sorprendió y admiró á los enviados bizantinos. Cuéntase que para honrarlos mandó el califa á los poetas y literatos de su corte celebrar la grandeza del islamismo y del califato y dar gracias á Dios por el manifiesto auxilio que habia prestado á su religion humillando á sus enemigos; pero poetas y literatos quedaron de tal modo turbados por la majestad de la asamblea, que apenas pudieron balbucear algunas frases. Al famoso Aben Alí el Kalí, huésped del califa en aquel entonces, sucedióle lo propio, cuando se presentó un jóven á quien nadie tenia por poeta, que sin haberse preparado improvisó un largo discurso ó por mejor decir un largo poema con tal facilidad, facundia y elegancia, que sorprendida la asamblea, consideró á aquel poeta, hasta entonces ignorado, como un hombre superior y consumado en semejantes materias Llamábase Mondhir ben Said, y satisfecho de él el califa, confirióle en seguida una de las principales dignidades de la mezquita de Zahara, é hízole poco despues cadí de los cadíes de la gran mezquita de Córdoba. Mondhir ben Said ocupó este lugar hasta su muerte, y dejó gran reputacion de predicador, de escritor moralista y de poeta.

Despues de permanecer algunos dias en Córdoba y de admirar sus maravillas, los embajadores griegos se despidieron de Abderrahman, quien envió con ellos á Constantinopla á uno de sus wazires, encargado de saludar al empera-

dor y de ofrecerle en nombre del califa presentes que consistian en caballos andaluces y en armas de Toledo y Córdoba. El enviado residió cerca de dos años en Constantinopla estrechando los lazos de amistad que unian ya á ambos soberanos, tanto que volvió acompañado por nuevos embajadores de Constantino.

Era tal en aquella época la fama de Abderrahman que le eran enviados embajadores de todos los puntos de Europa. Entre otros recibió por aquel entonces los del rey de los Esclavones, á quien llaman los Arabes Duku, tomando su título de duque por su nombre propio; del rey de Afranc Uketh (Hugo, rey de Italia y de Provenza), y por fin de la esposa de otro rey de Afranc llamado Kalra, cuyos estados se hallaban en la parte oriental de aquel país. Muchos caballeros del conde de Barcelona, que, como hemos dicho lo era entonces el hijo de Sunyer Borrell acompañaron á Córdoba á los enviados de la reina, viuda de Carlos el Simple y madre de Luis IV de Ultramar, y todos regresaron maravillados de la capital musulmana de Occidente.

Llegado al colmo de la gloria y del poder, Abderrahman hizo reconocer walí alhadi á su hijo Alhakem por los grandes cuerpos del estado. Alhakem era el primogénito del califa, y en su educacion habia este empleado sumas fabulosas. Los mejores maestros de Oriente y Occidente habian dado sus lecciones al jóven en todos los ramos del saber humano, y las habitaciones del príncipe en Zahara eran punto de reunion de literatos y distinguidos sabios.

La educacion de Alhakem, sus vastos conocimientos, su amor á las letras, no menos que la afabilidad y excelencia de su carácter, hacíanle digno del trono al cual era llamado, pero Alhakem tenia un hermano llamado Abdallah, quien compitiendo con él en talento, en ingenio, en erudicion, en destreza en todos los ejercicios corporales lo mismo que en popularidad, sintióse ofendido por semejante eleccion. Rodeado de una especie de corte y desvanecido con el demasiado favor del aura popular, Abdallah dió oidos á las sugestiones de algunos ambiciosos que buscaban por medio de él su propia exaltacion, y abrigó el designio de escalar con violencia el trono destinado á su hermano. Un su amigo, Ahmed ben Muhamad conocido por Aben Abdilbar, hombre de gran fama por su ciencia, fué en aquel entonces el ángel malo del príncipe: recordóle que Abderrahman I, fundador de su dinastía, no habia vacilado en preferir su hijo Hixem á sus dos hermanos mayores Soliman y Abdallah á causa de sus relevantes cualidades; díjole que él, como Hixem, era superior á su hermano Alhakem y debia serle preferido, y persuadióle por fin de que, contando como aseguraba contar con muchos personages principales y con gran parte del pueblo, se conseguiria que el califa revocase lo anteriormente obrado y quizás que abandonara el lugar á su hijo. Deslumbrado el príncipe con las lisonjas y seguridades de Ahmed, y en suma, dice la crónica, por fatalidad de su estrella mas que por malignidad de su corazon, consintió en cuanto quiso su consejero, y procuró ganar las voluntades de los wazires y los caudillos de la guardia, honrando á los amigos de Abdilbar con su especial favor y familiarizándose con toda clase de gentes. Nadie extrañaba que el príncipe visitase á los hombres doctos, ni que estos frecuentasen el palacio de Meruan donde aquel vivia, pues siempre habia manifestado Abdallah igual aficion á las letras y á los literatos; pero Abdilbar, menos discreto de lo que convenia, ó sea, dice el historiador musulman, que falta el consejo cuando

falta la fortuna, confió su secreto á quien mas leal que él lo reveló todo al califa, designando el dia en que habia de estallar la revolucion, que era el de la próxima Pascua de las Víctimas (1).

De acuerdo con su tio, Abderrahman envió al momento á uno de los wazires de su corte al frente de un destacamento de caballería para que prendiera á su hijo rebelde y le condujera aquella misma noche á Zahara, donde él residia. El wazir encontró al príncipe en compañía de Abdilbar y de otro caballero conocido con el nombre del Señor de la Rosa (Sahib al Ward), y prendiólos á los tres y condújolos á Zahara donde fueron encerrados separadamente y sin comunicacion. Llevado despues Abdallah á presencia de su padre, este le dijo: «¿Te tienes por ofendido porque no reinas?» y el príncipe no acertó á dar otra respuesta sino un congojoso llanto. Interrogado otra vez por dos wazires del consejo de estado, confesó cuanto habia ocurrido hasta el momento de su prision: dijo que las sugestiones de Aben Abdilbar, que aspiraba á ser cadi de los cadies de las mezquitas de España, le habian inducido y excitado á conspirar contra su hermano, que él mismo facilitaba los medios para este atrevido intento, pero que no conocia otras personas determinadas á servirle.

En vano intercedió Alhakem en favor de su hermano. «De tu parte están bien los ruegos, díjole Abderrahman; si yo tuviese ahora la suerte de un hombre privado haria lo que tú quieres y como reclama mi corazon; pero como soberano debo poner los ojos en la posteridad y dar á mis pueblos ejemplos de justicia. Lloro amargamente á mi hijo y le lloraré mientras la vida me durare; pero me es forzoso ser justo imitando el ejemplo del gran califa Omar (2), así que ni tus lágrimas, ni tu desconsuelo y el de toda nuestra casa pueden librar á mi desgraciado hijo de la pena de su cierto delito (3)» Condenados el príncipe y su cómplice Abdilbar á ser decapitados el dia de la Pascua de las Víctimas, el mismo en que meditaban poner por obra sus intentos, el segundo se quitó la vida en su cárcel la noche anterior. Abdallah escribió á su padre rogándole por el Señor de la Rosa, diciéndole: «Señor, que no padezca por mi culpa un inocente;» y el infeliz fué muerto en su estancia y enterrado el dia siguiente en el cementerio de la Rusafa. Acompañaron su pompa fúnebre sus hermanos y otros Meruanes con toda la nobleza de Córdoba. Aconteció este trágico suceso en la luna dilhagia del año 337 (mayo ó junio de 949), once años antes de la muerte de Abderrahman III.

Ante tan gran infortunio poco ó nada puede decir el historiador. Al propio tiempo que este compadece al hijo mozo y obcecado, que llora con el padre por los inmensos deberes que su mision impone á los monarcas en el mundo, el filósofo cristiano ha de deplorar que tales hechos sean inevitable consecuencia de la humana naturaleza. Compasion para el culpable, compasion y admiracion para el

---

(1) Tenian los Muslimes de España cuatro pascuas al año, la primera el dia noveno de la luna de muharram, y se llamaba Pascua de Atancia, la segunda el dia doceno de la luna de rebie primera, y se llamaba Pascua de Annabi, la tercera el primero de la luna de javal, y se llamaba de Alfitra ó de la salida de ramazan, y la cuarta el deceno de la luna dilhagia, y se llamaba Pascua de Carneros ó de las Víctimas.

(2) Alude á Abu Yahma cuando le mandó azotar su padre el califa Omar con ejemplar severidad.

(3) Conde, P. 2.ª, c. LXXXIV.

juez son los únicos sentimientos que no son inferiores á tan gran catástrofe. Los historiadores que no vacilan en abrir la valla al torrente de su sensibilidad excitada y en ver en el padre un abominable tirano, nos parece que no comprenden la enormidad del sacrificio y que dan á un acaecimiento muy grande proporciones muy pequeñas. A. de J. C.

Como las desgracias no vienen solas, dice la crónica, poco despues falleció el príncipe Almudafar, tio del califa, con gran sentimiento de este que le amaba como á padre.

Y en crítica ocasion faltó al imperio de Córdoba el poderoso auxilio de la cabeza y brazo del magnánimo y esforzado príncipe, pues espirada la tregua de cinco años estipulada entre Abderrahman y Ramiro, este, mal avenido con la ociosidad por su genio belicoso y activo, repasó el Duero con sus Leoneses, dirigióse contra Talavera, cuyos muros maltrató, venció en campal batalla al ejército musulman de las fronteras, matóle doce mil hombres, hízole siete mil prisioneros, y volvió victorioso á Leon (1). Los Arabes refieren de un modo distinto los hechos de esta campaña. Abderrahman, dicen, hizo publicar la guerra santa contra los cristianos; allegáronse las banderas de todas las provincias, y llamóse de Africa al gobernador de Fez, Muhamad ben el Khair el Zeneta, con un cuerpo de auxiliares de su nacion. El califa no tenia ya á Almudafar para guiar sus huestes al combate y confiólas á Ahmed ben Said, uno de sus mas esforzados walíes, que despues fué su hagib. Ahmed ben Said entró por tierras de los cristianos, echólos de Setmanica y de otros fuertes de aquella comarca con atroz matanza, y corrió con sus algaras hasta las montañas. Este relato, empero, parece referirse á una campaña algo posterior á la expedicion de Ramiro contra Talavera, que tendria lugar probablemente al tiempo que aquel rey falleció en Leon. Así era, segun en otros lugares hemos dicho, como de una y otra parte se callaban las derrotas, para no hablar sino de las victorias.

Por aquel tiempo ocurrió en Africa un suceso que, consecuencia de los hechos anteriores, habia de tener gran importancia en los futuros destinos de la raza muslímica en España. Por consejo de los caudillos zenetas y andaluces, el sucesor de Edrís hizo aclamar al califa de Córdoba en todas sus ciudades, y puso sus dominios bajo su dependencia y soberanía. Holgó mucho Abderrahman de esta confianza de Abu Alaixi ben Edrís, y al propio tiempo que le aseguró ampararle contra todos sus enemigos, envió á África numerosas tropas.

La campaña que antes hemos explicado fué la última del invicto monarca leonés. A mediados del otoño del mismo año hizo Ramiro un viaje de Leon á Oviedo, y de allí regresó á la capital de la monarquía atacado de grave enfermedad. En 5 de enero del siguiente año su dolencia tomó un carácter 950.
mas y mas alarmante, y revestido del hábito de penitente, renunció la corona en favor de su hijo Ordoño tercero de este nombre, en presencia y con consentimiento de muchos obispos y magnates. Pocos dias sobrevivió á su abdicacion, y fué sepultado en el monasterio de San Salvador, fundado por él al tomar el

(1) Décimo nono anno regni sui consilio inito, exercitu aggregato perrexit Elboram civitatem Agarenorum, quæ nunc Talavera a populis vocitatur, et bello inito occidit ibidem ex Agarenis XII millia, et asportavit VII millia captivorum, et reversus est ad propria cum victoria (Sampir. Chr., n. 24).

A. de J. C. velo de religiosa su hija llamada Elvira. Gran guerrero, esforzado capitan, tanto como entendido y vigoroso gobernante, Ramiro II fué uno de los mas grandes monarcas de la época de la reconquista. La patria debióle numerosas victorias y un territorio que aumentaba cada dia; la causa de la religion tuvo en él un decidido adalid, y tan devoto como guerrero fundó además del monasterio de San Salvador de Leon los de San Andrés, San Cristóbal, Santa María y San Miguel.

Dicen muchos historiadores que Ramiro estuvo casado con Urraca (1), que suponen fallecida en 931, y luego despues con Teresa Florentina, hermana del rey de Navarra. Parece sin embargo, y esta es la opinion mas seguida, que no tuvo mas esposa que á Urraca, que, segun Sampiro, era hermana de García, rey de Navarra, y que por un epitafio conservado en San Vicente de Oviedo, aparece haber sobrevivido á su marido hasta el 23 de junio del año 956. De Teresa Florentina no se hace mencion sino en algunos documentos dudosos. De todos modos, de Urraca nacieron los tres hijos de Ramiro, Ordoño y Sancho que le sucedieron en el trono, y Elvira, que, como hemos dicho, vistió el hábito religioso.

Ordoño III, sucesor de su padre, era prudente en el gobierno y esforzado en la guerra, y como Ramiro II, habria probablemente dado al reino dias de ventura, si desde un principio no se hubiera levantado para disputarle el trono su hermano Sancho, apellidado despues el Gordo. Sancho era tambien un esforzado capitan que hiciera el aprendizaje de la guerra bajo su belicoso padre, y desde el año 945 estaba encargado del gobierno de Burgos. En él crearíase sin duda un partido, y aunque Fernan Gonzalez era suegro del rey de Leon, supo atraerle á su causa lo mismo que á García, rey de Navarra, su tio materno. Sancho y Fernando, cada uno al frente de un ejército y por distintos
953. caminos, marcharon contra Leon en 953; pero hallaron los pasos tan bien guardados, y pareciéronles tan grandes las dificultades que habian de superar, que renunciando á su proyecto retrocedieron á sus estados con gran copia de vergüenza. Dícese que irritado por la alevosa conducta de su suegro, Ordoño repudió á su mujer Urraca, la envió á su padre Fernan Gonzalez y se casó luego con una gallega llamada Gelvira ó Elvira, de quien le nació Bermudo, que llegó á reinar mas adelante.

Reprimida apenas la atrevida empresa de Sancho, intentóse otra semejante en Galicia por un jefe y por causas que ignoramos. Ordoño acudió prontamente con respetables fuerzas y sometió á los rebeldes sin tener que empeñar batalla alguna. Una vez allí no quiso volver á Leon sin haber guerreado contra los infieles, y penetrando en Lusitania corrió por tierra musulmana hasta la desembocadura del Tajo, tomó y saqueó á Lisboa, y volvió á Leon victorioso con muchos cautivos y despojos. Esta expedicion hubo de verificarse á fines del reinado de Ordoño III. Los Arabes marcharon á su vez contra Castilla devastándolo todo
954. á su paso desde San Esteban de Gormaz hasta las puertas de Burgos, y Leoneses y Castellanos salieron á campaña bajo el mando de Fernan Gonzalez, que por

(1) Mucho se ha discurrido acerca del nombre de Urraca que tantas veces encontraremos en la presente historia. Quieren unos que sea una corrupcion de Aragonta, otros buscan su orígen en el nombre gótico de Ulrica, y otros por fin acuden á la lengua arábiga para encontrar su etimología, diciendo que quizás viene de *Burraka*, que significa resplandeciente y de diferentes colores.

política ó por necesidad habia debido ponerse otra vez bajo la obediencia del monarca de Leon (1). Los cristianos pusieron en huida á los invasores y alcanzándolos junto al Duero, diéronles muy reñida batalla, forzándolos á dejar en su poder tiendas, prisioneros y caballos. Los historiadores arábigos cuentan, sin embargo, esta campaña como gloriosa á sus banderas, que así se confunde y oscurece la verdad histórica por el empeño de los escritores de dar siempre la victoria á las armas de su nacion. — « En la luna de safar del año 343 (desde 5 de junio hasta 3 de julio de 954), dice la crónica de Conde, el walí de Toledo Obeidallah ben Ahmed entró en tierra de Galicia, derrotó á los cristianos, y sacó de aquella tierra muchas provisiones y despojos, manifestando bien ser digno hijo de su padre Ahmed (2). » — En esta campaña de Castilla murió el emir edrisita Abu Alaixi, llegado expresamente de África para guerrear contra los cristianos. Reducido en Mauritania á ejercer un poder puramente nominal, solicitó permiso de Abderrahman para tomar parte en la primera *algihed*, y el califa se lo concedió. Ordoño acababa de invadir entonces las tierras musulmanas, y el emir africano pasó á España donde se le dispensó la suntuosa hospitalidad que caracteriza al pueblo árabe, y en que tanto se complacia el califa Abderrahman. Desde Algeciras hasta la frontera cristiana, es decir, desde el Estrecho hasta el Duero, Abu Alaixi encontró á cada jornada un palacio preparado expresamente para él y su comitiva, y provisto de cuanto contribuye á la comodidad y al bienestar, y para sus gastos extraordinarios se le daban mil doblas de oro cada dia. Este fué el último de los Edris que reinó en el Magreb. A. de J. C.

Al siguiente año y á mediados de agosto murió en Zamora el rey Ordoño III, cuando de nuevo se disponia para salir á campaña contra los Sarracenos. Reinó cinco años y algunos meses, y su cuerpo fué sepultado en Leon en la iglesia de San Salvador junto al de su padre Ramiro (3). 955.

El fallecimiento de Ordoño allanó el camino del poder á su hermano Sancho I, que tanta impaciencia mostrara para poseerlo. Por espacio de un año ciñó la corona con la mayor tranquilidad y sosiego, pero luego permitió la Providencia que sufriese los mismos trabajos que él habia hecho padecer á su hermano. Fernan Gonzalez, el mismo conde de Castilla que algunos años antes habia secundado las pretensiones de Sancho contra su hermano Ordoño, fué tambien el alma del movimiento que habia de dar por resultado el destronamiento del primero, como si fuera él el instrumento escogido para castigar los vicios ó para poner á prueba las virtudes de todos los reyes de Leon. Encontrábase entre los grandes de la corte un hijo de Alfonso IV, el monge de Sahagun, que llevaba tambien el nombre de Ordoño, tan comun en aquella época; el conde se hizo amigo suyo, dióle por esposa su hija Urraca, viuda repudiada de Ordoño III, y formó el proyecto de entronizarle en Leon en lugar de Sancho. Esta vez logró sus intentos, y dueño de la capital, fugitivo el rey, Gonzalez y los magnates de 956.

(1) Fredinandus vero supradictus, qui socer ejus fuerat, nolens, nolens, cum magno metu ad ejusdem servitium properavit.

(2) Conde, P. 2.ª, c. LXXXIV.

(3) Rex vero regnavit annos V et menses VII. Proprio morbo urbe Zemoræ decessit, et Legione sepultus fuit juxta aulam sancti Salvatoris secus Sarcophagum patris suis Ranimiri regis, era DCCCCLXXXXIII (993-995).

su parcialidad elevaron al trono á Ordoño, cuarto de este nombre, mientras que Sancho buscaba un asilo en Pamplona al lado de su tio García. Este le acogió favorablemente, pero no le proporcionó el auxilio de sus armas para reconquistar su reino, y limitóse á aconsejarle que para curarse de su excesiva obesidad, á que debia el renombre de Sancho el Gordo ó el Craso, pasara á Córdoba á consultar su dolencia con los médicos árabes, muy famosos en aquel entonces. Así resolvió verificarlo, y feliz pudo llamarse por haberlo hecho. El viaje de Sancho á la capital del califato tenia además un objeto político: el de hacer entrar al califa en sus intereses y alcanzar de él el auxilio de un ejército para reconquistar su perdida corona. García envió embajadores á Córdoba, é hizo que acompañaran á su sobrino varios personages de su reino, entre los cuales, dicen algunos, haber ido la reina madre, Teuda, abuela de Sancho (1). Fué este recibido en Córdoba con la distinguida cortesanía propia de los Arabes; Abderrahman le alojó magníficamente en su palacio, é hízole visitar por sus propios médicos, quienes, con bebidas vegetales, devolvieron al rey toda la agilidad y soltura de sus primeros años. Para conseguirlo, sin embargo, hubo de hacer Sancho larga residencia en Córdoba, y los acaecimientos sucesivos prueban que permaneció allí mucho tiempo antes de concertar con sus huéspedes musulmanes los medios de recobrar sus estados.

En esto el walí de Fez escribió al califa participándole los progresos de sus armas en el Magreb, y pidiéndole licencia para construir la cúpula de la aljama de los Cairvanes, en lo cual consintió el califa, y además le envió, para contribuir á las obras, la quinta parte de los despojos de la expedicion de Galicia. Los trabajos quedaron terminados en 955 y en aquel mismo año ocuparon las tropas de Abderrahman la ciudad de Telencen (2).

Así pues el califa de España era dueño y soberano de gran parte de la Mauritania, pero si algunas tribus, y entre ellas los zenetas, convertidas al islamismo desde el principio de la conquista, le eran particularmente adictas, las berberiscas, judías ó idólatras, y las que se habian agrupado bajo la bandera de los Fatimitas, negábanle la obediencia ó revelaban cada año con una rebelion su repugnancia á tolerar el yugo. Los Berberiscos sobre todo pasaban del califa de Córdoba al de Cairvan, segun sus intereses del momento, con una facilidad que justificaba su reputacion de no guardar jamás palabra alguna. Por esto era que el conquistador, que se habia aferrado con obstinacion á su conquista, desplegaba una severidad inexorable para subyugar á las turbulentas y nómadas tribus.

Todo revelaba en el gobierno de Córdoba la voluntad decidida de establecerse en Mauritania á despecho de los Fatimitas. La proximidad de las tropas de ambos poderes enemigos habia de producir tarde ó temprano un conflicto; la creciente marina africana era tambien para Córdoba motivo de inquietud, y un acaecimiento imprevisto hizo que por aquel entonces estallara la guerra entre los dos califas.

Una gran nave que habia Abderrahman mandado labrar en Sevilla para

(1) Sampir, Chr., n. 26.
(2) Conde, P. 2.ª, c. LXXXIV.

conducir mercancías de España á Egipto y Siria, encontró en su navegacion cerca A. C. de J.
de Sicilia una nave de Africa en que venia un enviado del soldan de Egipto con cartas para el walí de aquella isla. El arraez andaluz trabó combate con la nave africana, la venció, se apoderó de ella, y despues de vender sus mercancías en Alejandría y de cargar otras, tornóse para los puertos de España. Noticioso el soldan de la presa de su nave, mandó salir buques armados para perseguir al español, y alcanzándole cerca de las costas de la Península, entraron con él los Africanos en el puerto de Almería, apoderáronse de la nave, que no pudo salvar su carga, quemaron otras muchas embarcaciones, y huyeron contentos con esta presa y venganza. Este suceso causó al califa indecible pesar, y mandando reunir las naves todas de España, confió á su hagib Ahmed ben Said, que tanto se habia distinguido en la última lucha contra los cristianos de Galicia, el mando de la expedicion. Ahmed desembarcó en Waran (Oran), reunió las tropas andaluzas que estaban en el Magreb y entró con veinte y cinco mil caballos por las tierras del enemigo. Este salió á su encuentro y aceptó al momento la batalla, que terminó con su completa derrota, llegando los Andaluces, talando y devastando el país, hasta las cercanías de Tunez. La fama de las grandes riquezas encerradas en aquella ciudad y la esperanza del saqueo animaron á los vencedores, y pusieron sitio á la plaza por tierra y por mar. Aterrorizados los habitantes, solicitaron capitulacion, y la obtuvieron á costa de grandes sumas de dinero, de gran número de esclavos y esclavas, de ricas mercancías y de tesoros de todas clases. Con estas riquezas Ahmed dió la vuelta á España, donde el califa le recibió con gran distincion y colmóle de honores y presentes.

Hemos dejado á Sancho de Leon en Córdoba disfrutando de su salud pri- 959
mera y allí estaba todavía en la época á que nos han llevado los acontecimientos. Aprovechando su larga permanencia entre los Arabes, habíase instruido en sus costumbres é idioma, habíase granjeado la amistad de Abderrahman, y luego que hubo recobrado la fuerza y el vigor necesarios, manifestó mas vivamente el deseo de recobrar igualmente su usurpado reino. El califa y sus principales jeques se le manifestaron tan propicios, que llegaron á poner á su disposicion un ejército, y aun cuando no expresan las crónicas las condiciones del tratado que sin duda hubo de celebrarse entre el destronado monarca y el poderoso Miramolin, parece cierto que distaron mucho de ser onerosas ó humillantes para el primero.

Por primera vez vióse en España á un ejército agareno mandado por un príncipe cristiano. Ordoño IV, apellidado el Intruso ó el Malo, habíase hecho odioso á sus súbditos por las violencias y excesos que le valieron uno de los dos renombres con que es conocido en la historia, y encontrándose sin valor para esperar á la hueste sarracena que se dirigia hácia Leon, huyó de noche y se refugió en Asturias, donde intentaba todavía resistir á su rival á la cabeza de algunos parciales. Sancho en tanto se adelantaba sujetando por fuerza de armas á las ciudades que se negaban á reconocerle, y tratando con extremada blandura á las que se le entregaban sin resistencia. Pocos ó ningun exceso acompañaron la marcha de las tropas restauradoras, y así, de ciudad en ciudad y entre las aclamaciones populares, llegó Sancho á Leon, donde le esperaban numerosos parciales. Ordoño, que no se consideraba seguro ya en Asturias, trasladóse con su fa- 960.

A. de J. C. milia á Burgos, donde gobernaba su suegro, pero allí donde creia encontrar favor y socorro, no encontró siquiera un asilo. Ya fuera que Fernan Gonzalez se hallase entonces ausente como algunos creen (1), ya que sus ideas respecto de su yerno hubiesen cambiado por motivos que se ignoran, Ordoño, muy mal recibido en Burgos, vióse privado de su muger y de sus hijos y hubo de refugiarse en territorio musulman, donde murió oscuro é ignorado algun tiempo despues, sin que conste siquiera el lugar en que terminó su infeliz existencia.

Estos sucesos convirtieron á Abderrahman de enemigo de los cristianos en mediador en sus diferencias, é hicieron que se hallase en paz con todos los pueblos de España. En el exterior mantenia igualmente pacíficas relaciones con los demás estados infieles, y les enviaba embajadas y las recibia de ellos, segun así se expresa mas de una vez en las crónicas de su nacion. Sancho por su parte
961. al hallarse tranquilo poseedor de su reino, enlazóse en matrimonio con Teresa, hija del conde de Monzon Ansur Fernandez, de quien tuvo á Ramiro, que reinó mas adelante.

Entre las embajadas que recibió Abderrahman de los príncipes sus contemporáneos merece especial mencion la que por aquel tiempo le envió Othon I, rey de Germania, despues emperador de Alemania, apellidado el Grande.

Por una causa política que se ignora el califa de Córdoba habia debido algunos años antes dirigirle mensageros portadores de una carta para el gran jefe de la Alamanya (2), segun decian los Arabes, carta que contenia varias frases de aquellas que tan familiares eran á los Musulmanes, acerca de la grandeza del califato, fundado en Occidente para exaltar la gloria de la religion verdadera y humillar á la cruz de Cristo. Estas expresiones parecieron á Othon otras tantas injurias contra su Dios, y detuvo en Alemania por espacio de tres años á los embajadores del califa, negándose siempre á entrar en relaciones con ellos.

Semejante estado de cosas exigia una solucion, y esta fué enviar á Córdoba una embajada, menos al parecer para tratar de asuntos políticos que para contestar á los pasages de la carta de Abderrahman en que se hablaba con menosprecio de la religion cristiana. El sabio Bruno, hermano de Othon y arzobispo de Colonia, se encargó de esta respuesta, y la escribió en la misma lengua que empleara el divan de Córdoba al dirigirse al rey germano, es decir en griego, lengua intermediaria entre el latin y el árabe, devolviendo á Mahoma injuria por injuria. Necesitábase para llevar esta carta una persona de resolucion y arrojo, que no temiera arrostrar la cólera del califa, y Juan, monge de la célebre abadía de Gorza, se ofreció espontáneamente á ello con la esperanza del martirio, dice la relacion de su embajada escrita por un discípulo y amigo suyo (3). Juan y otro monge de la misma abadía, llamado Garamanno, que se le dió por compañero, partieron con ricos presentes para el califa, adquiridos á expensas de su propia abadía. Desde esta hasta Viena en el Delfinado hicieron el

(1) Dícese que Fernan Gonzalez habia salido á defender las tierras de Castilla acometidas por el rey de Navarra, y que él y su hijo fueron hechos prisioneros por García en el pueblo de Cirueña, y desde allí enviados á Pamplona. Añádese que el Navarro devolvió la libertad al conde luego que vió afianzado á su sobrino en el trono de Leon.

(2) Los Arabes designaban con este nombre todos los estados occidentales, incluso la Italia.

(3) Johannes sese offert spe martyrii.

viaje á pié; embarcáronse allí, y por el Ródano y el mar llegaron á Barcelona. Tortosa era la primera ciudad musulmana que habian de encontrar á su paso, y advirtieron á su gobernador del objeto de su viaje. Facultados para pasar adelante y tratados con grandes consideraciones, llegaron por fin á Córdoba, donde hallaron benévola acogida, siendo alojados en una casa distante dos millas del palacio del califa. Tratados allí con una esplendidez real, y pudiendo libremente hacer uso de cuanto á ellos se ofrecia, fueron sin embargo retenidos por mucho tiempo y á pesar suyo en una especie de cautiverio suntuoso.

Al preguntar los embajadores porque se diferia tanto su presentacion al califa, contestóseles que, pues los mensageros de este habian sido detenidos tres años en Germania, lo serian ellos tres veces mas, es decir nueve años. La verdad era que el califa queria asustar á los legados mientras tomaba un partido para salir de aquel compromiso. Sabia el contenido de la carta de Othon en lo tocante al profeta, y una ley formal que figura todavía en el código otomano fulminaba la pena de muerte contra cuantos se permitieran insultar á Mahoma de hecho ó de palabra. La ley no exceptuaba á nadie de semejante rigor, y el príncipe que tolerase que delante de él se hablara de Mahoma en términos irreverentes era tan culpable como el blasfemador y habia de ser castigado con la misma pena.

Ni el califa queria faltar á la ley, ni hubiera podido aunque quisiera, y en efecto el biógrafo de Juan de Gorza nos dice que, propalada la noticia de que Abderrahman se disponia á recibir al embajador cristiano portador de la carta blasfematoria de Othon, se amotinaron los principales moradores de Córdoba y se dirigieron á palacio. Detenidos por los guardias en los primeros patios, pidieron transmitir por escrito sus quejas al califa, pues, segun nos dice el escritor benedictino, era muy difícil llegar hasta su persona, y todo se le comunicaba por medio de escritos que le llevaban unos empleados especiales, á quienes llama el monge biógrafo *sclavos cubicularios*. Los habitantes de Córdoba escribieron lo que pretendian decir al califa, que consistia en recordarle su título de iman Alnasir Ledin Allah y su deber de defender la ley. Abderrahman contestó igualmente por escrito que nada de lo que se le decia habia llegado á su conocimiento, que solo sabia que embajadores de un príncipe amigo habian sido recibidos por su hijo en su propio palacio, sin que supiera en cuanto á él el motivo particular de su llegada. Con esto se apaciguó el tumulto, pero era lo cierto, dice con candidez el monge benedictino, que Abderrahman lo sabia todo, si bien disimulaba por temor de los suyos.

Durante algunos dias estuvo el califa vacilante acerca del partido que le convenia tomar, hasta que por fin comisionó á un judío llamado Hasdeu para que viera á Juan y le propusiera recibirle desde luego con tal que no presentase las cartas de su soberano, representándole al propio tiempo las numerosas razones políticas y religiosas que exigian de su parte semejante condescendencia. Sin embargo, en vano apuró Hasdeu su elocuencia manifestando á Juan los peligros de su empeño: el monge se mantuvo firme sin prestar oidos á ninguna consideracion humana. Esperóse entonces que el tiempo y la soledad le convencerian, y fué abandonado á sus meditaciones sin mas compañía que la del otro monge su adjunto.

Transcurridos algunos meses, fué á visitarle un obispo, sin duda el mozárabe de Córdoba, encargado por el califa de disuadir á Juan, á ser esto posible, de presentar las ya famosas cartas, que, segun dijo el prelado, podian una vez hechas públicas, ser tea de discordia entre ambos pueblos, y podian obligar al califa á rigores que emplearia con sentimiento contra el enviado de un amigo.

Con motivo de esta entrevista hallamos en el precioso documento base de nuestro relato, curiosísimas noticias acerca de la iglesia cristiana de Córdoba bajo la dominacion musulmana. Como el obispo mozárabe, de que acabamos de hacer mencion, se expresaba en latin con facilidad, entablóse un coloquio entre Juan y él, en el que hablaron primeramente de toda clase de materias, hasta que por fin expuso el obispo la verdadera causa de su visita, y la voluntad del califa de no recibir al enviado de Othon sino con sus presentes. «¿Y qué haré de las cartas del emperador? dijo Juan. ¿No he sido enviado especialmente para entregarlas? El fué el primero en proferir blasfemias, y nosotros no hacemos mas que refutarlas.»

En medio de las frases truncadas y de las muchas interrupciones del texto, puédese venir en conocimiento de la respuesta del obispo. «Tú no sabes, díjole este, las condiciones bajo que vivimos. El apóstol nos probibe resistir á las potencias de la tierra..... y es para nosotros un consuelo en tan gran calamidad poder vivir segun nuestras propias leyes..... Los mas fervientes observadores de los preceptos cristianos son mirados favorablemente, gracias á estas concesiones, mientras que los Judíos son para todos objeto de horror. Los tiempos que corremos exigen de nosotros la conducta que observamos, tanto mas en cuanto nada hacemos contrario á la religion. En todo lo demás nos mostramos obedientes y sumisos, y por esto creo que será mejor que suprimas del todo esta carta que sin necesidad ninguna puede sublevar las pasiones contra tí y los tuyos.» Juan dudó por un momento al escuchar las palabras del obispo, pero no cedió, y rehaciéndose al momento, dijo: «¿Cómo puedes usar semejante lenguage, tú que te presentas como obispo? ¿Acaso no eres confesor de la fe y no has sido para defenderla elevado al puesto que ocupas?..... Sin embargo, por respetos humanos te apartas de la verdad; y lejos de excitar á los demás á predicarla, te sustraes tú mismo á este deber en que estás; mejor hubiera sido y mas propio de un hombre verdaderamente cristiano, sufrir las angustias todas de la miseria, antes que aceptar de un enemigo un alimento perjudicial á la salvacion agena.»

En seguida dirigió Juan algunos cargos al obispo mozárabe acerca de varias prácticas de su iglesia. «¿Cómo es posible, le dijo, que podais llevar esta vida? He oido decir que os someteis á lo que mira como mas odioso la iglesia católica, á lo que reprueba y considera como el acto mas criminal; me han dicho que os circuncidais á pesar del mandato del apóstol, y que os absteneis de ciertos manjares, solo porque sus doctores los prohiben.—La necesidad nos obliga á ello, contestóle el obispo; de otro modo no podríamos vivir entre nuestros conquistadores y además cuanto practicamos lo practicaron ya nuestros mayores y nos lo ha enseñado la tradicion.»

«Nunca, exclamó Juan, podré aprobar que por amor ó miedo se haga otra cosa que lo que está mandado,» y dicho esto manifestó que nada en el mundo le haria cejar en su resolucion. Comunicada esta respuesta al califa, que, segun el es-

critor cristiano, era hombre astuto y entendido en los medios de obrar sobre el corazon humano, dejó que transcurriera algun tiempo sin intentar cosa alguna cerca del invencible monge, como si esperase vencer con la soledad y el cansancio aquella alma de tan duro temple que le causaba no poca admiracion. Pasadas seis ó siete semanas, presentáronse á Juan nuevos mensageros de parte del califa, pero le hallaron inquebrantable en su propósito; y entonces determinó Abderrahman ensayar si por el terror conseguia lo que no habia podido recabar por la prudencia y la blandura. Conociendo, empero, que la amenaza de un castigo personal no bastaria á doblegar á un hombre de tanto corazon y de ánimo tan firme, hízole entender que si persistia en su obstinacion, era inminente una persecucion general contra los cristianos de sus estados, siendo él responsable de todas las víctimas y desgracias que se siguiesen. El monge benedictino refiere el caso del modo siguiente:—En los dias del Señor y en ciertas festividades principales de nuestra religion como la Natividad, la Epifanía, la Pascua, la Ascension, Pentecostés, san Juan y otras, permitíase á los cristianos dirigirse á una iglesia situada fuera de la ciudad bajo la invocacion de san Martin, y sin duda lo harian en procesion, puesto que se nos dice que doce guardias, á los que llamaban *sagiones*, los acompañaban luego desde la iglesia hasta la ciudad. Juan habia obtenido permiso para acompañar á sus hermanos, y en la carrera entrególe un mensagero una carta notable por su magnitud (estaba escrita en una piel de carnero de forma cuadrada), en la cual se le hacian las amenazas que antes hemos mencionado. Sin embargo, ni esto bastó para hacer desistir al admirable monge, empeñado en cumplir con su deber, sucediere lo que sucediere.

Y preciso era hallar una solucion á negocio que tan difícil y delicado se iba haciendo. Los cristianos mozárabes hablaron con el monge Juan, y este propuso enviar un mensagero á Othon, instruyéndole de todo y solicitando instrucciones. Abderrahman aprobó el medio, pero como no encontrara quien se prestase á correr los azares de tan largo viaje, publicó un edicto prometiendo un favor especial al que se ofreciese á pasar á Germania, y todo género de presentes á su regreso á Córdoba.

Habia en el palacio de Abderrahman cierto cristiano llamado Recemundo ó Raimundo, empleado en la secretaría por sus vastos conocimientos en las lenguas latina y arábiga, y viendo en ello ocasion de prosperar, solicitó hablar con el embajador para instruirse, ántes de tomar una resolucion, en algunos puntos que le convenia no ignorar. Informóse acerca del carácter personal de Othon, preguntóle si era pronto ó no en encolerizarse, y sobre todo si trataria de vengar la detencion de su enviado haciendo sufrir igual pena al nuevo embajador. Juan le aseguró que seria bien recibido y prontamente despachado, y dióle cartas para su abad, con cuyas seguridades volvió á palacio resuelto á encargarse de la embajada con la condicion de obtener el obispado de Iliberis, que entonces se hallaba vacante. El califa accedió á todo (1), y consagrado obispo y provisto

(1) De este hecho no puede deducirse en términos generales, como pretenden algunos historiadores, ser disciplina de la iglesia mozárabe que pudiesen los seglares elevarse á la dignidad episcopal sin pasar por los grados intermedios, y que nombrasen á los obispos los califas mahometanos. En cuanto á lo primero, es sabido que en circunstancias extraordinarias, como la presente, siempre ha dispensado la Iglesia los requisitos y grados que su disciplina establece, y en cuanto á lo se-

de las instrucciones necesarias, Recemundo se puso en marcha, llegando en diez semanas al monasterio de Gorza, situado á poca distancia de la ciudad de Metz, donde fué muy bien acogido. Corria entonces el mes de agosto; el obispo de aquella ciudad, Adelbero, le detuvo á su lado durante el otoño y el invierno, y acompañóle luego el mismo á Francfort donde el emperador tenia su corte. Llegados allí, expuso Recemundo el objeto de su viage, y con facilidad alcanzó lo que deseaba, tanto que se hallaba de regreso en Gorza al empezar la cuaresma. El domingo de Ramos emprendió su viaje para volver á España (1), acompañado de un nuevo embajador que Othon enviaba á Abderrahman, con un escrito autorizando á Juan á no presentar la carta primera, causa de la contienda, y á negociar en cambio un tratado de paz y amistad que pusiese fin á las incursiones de los bandidos sarracenos por tierras del Imperio. Recemundo y Dudon (así se llamaba el nuevo embajador) llegaron á Córdoba á principios de junio del año 959, y Dudon se presentó en seguida á palacio solicitando audiencia :—«No por mi vida, exclamó el califa. Vengan ante todo con sus regalos y mandatos los que llegaron primero. Nadie verá mi rostro antes que el animoso monge que por tanto tiempo ha resistido á mi voluntad.»

Dicho esto, llamó á Juan á su presencia, y cuando hacia tres años que el monge estaba esperando aquel momento, en poco estuvo que otra dificultad lo difiriese mas y mas. Los wazires enviados en busca del embajador le hallaron con los cabellos y la barba despeinados y cubierto con un tosco sayal, y le dijeron que no podia presentarse de aquel modo delante del califa. Contestó Juan que aquel era el hábito de su órden y que no tenia otro, y trasladada esta respuesta á Abderrahman, envióle este diez libras de plata, cantidad sobrada para que comprase otro trage. Juan aceptó la suma, dió las gracias al califa por su munificencia, y repartió el dinero entre los pobres. «No desprecio los dones de los reyes, dijo, pero no puedo llevar sino el hábito de mi órden.»—«Que se presente como quiera, exclamó Abderrahman al participarle esta resolucion; venga aunque sea metido en un saco, que no por esto he de recibirle menos bien.»

Llegado el dia señalado para la recepcion, desplegóse gran pompa para honrar el animoso benedictino. En la carrera, desde la casa que le servia de alojamiento hasta el palacio del califa, se hallaban formadas las tropas de la guardia, unas con sus altas lanzas clavadas en tierra delante de ellas, otras agitando dardos y venablos y ejecutando un simulacro de combate, y otras por fin oprimiendo los hijares de sus fogosos corceles á los que hacian saltar y caracolear de mil maneras. Lo que mas admiró entre todo al embajador cristiano fueron unos grupos de moros, probablemente dervises, especie de monges musulmanes que asistian á todas las ceremonias públicas, que vestidos de un modo raro, iban dando saltos por el camino con horribles contorsiones y penetrantes alaridos en honor

gundo, no significa precisamente que Abderrahman hiciera el nombramiento, sino que lo consintió, cosa muy distinta y que nada tiene de singular atendido el precario estado de dependencia en que se encontraba la Iglesia mozárabe respecto de los conquistadores musulmanes.

(1) En este viage trabaron viva amistad Recemundo y Liutprando, diácono de Pavía, que, ex-secretario de Berenguer, rey de Italia, vivia desterrado en la corte de Othon. El obispo español fué quien excitó á Liutprando á escribir la historia de lo hecho en Europa por los emperadores y los reyes sus contemporáneos, y á él fué dedicada esta obra que se publicó tres años despues con el título de: *Historia Rerum ab Europæ imperatoribus et regibus gestarum.*

de Alah. Era entonces el solsticio de verano, dice el historiador de estos sucesos, la sequía era extraordinaria, y desde la ciudad hasta el palacio, aquellos moros no cesaron de levantar molesta polvareda.

Cerca del alcázar, los principales dignatarios del califato salieron á recibir al embajador cristiano y á sus compañeros. El atrio estaba alfombrado con magníficos tapices, y despues de guiar á Juan á través de deslumbrantes salones, introdújosele por fin á presencia del califa que, semejante á un dios *(quasi numen quoddam),* se ocultaba lo mas que podia á las miradas de sus súbditos. Cortinages y tapices de imponderable riqueza cubrian las paredes y el suelo de aquel salon, en cuyo fondo estaba el califa, con los piernas cruzadas, á la usanza oriental, semi-reclinado sobre un trono, ó por mejor decir sobre un lecho, que el lujo y el arte habian hecho lo mas magnífico que habian podido. Llegado Juan cerca de él, Abderrahman dióle á besar la palma de la mano, honor que no dispensaba sino muy raras veces á los grandes personages; indicóle luego que se sentara en un sillon que estaba preparado para él, y despues de un prolongado silencio, tomó el califa la palabra, y habló de las causas que le obligaron á retardar durante tanto tiempo la audiencia. Juan le contestó, y entablóse entre ambos una conversacion en que el califa se mostró cortés, amable y bueno, hasta el punto de cautivar á su interlocutor á pesar de las prevenciones que naturalmente habia de abrigar contra él. Ofrecidos los presentes de que era portador, pidió el monge permiso para volver á su patria, pero el califa se negó á concedérselo hasta que se hubieran visto otras veces y conocídose mejor.

A lo que parece, el monarca musulman ganaba mucho siendo visto de cerca, y despedidos los embajadores, volvió Juan de Gorza al palacio que le servia de morada, convencido de que no merecian los Arabes de España el nombre de bárbaros que se les prodigaba en Europa. Llamado pocos dias despues por Abderrahman, tuvo con él otra entrevista que, no por ser familiar, dejó de versar sobre las mas altas cuestiones de estado. El califa se informó minuciosamente del poder de Othon, de su riqueza, de la fuerza y número de sus soldados, de su manera de hacer la guerra y de las victorias que habia obtenido; entró en discusion con el monge sobre varios puntos, alabando la entereza de Juan, que no reconocia quien sobrepujara al emperador en materia de armas y caballos, y censuró la política y la conducta de Othon por haber dejado impune la rebelion de su yerno y de su hijo (1), quienes para usurpar el imperio no habian vacilado en llamar á él á los Húngaros que lo devastaban. En este punto, que manifiesta la atencion con que seguian los califas de Córdoba los acaecimientos contemporáneos, y cuando sin duda pasaron el soberano árabe y el monge embajador á tratar de los otros pueblos que unian sus devastaciones á las de los Húngaros, entre los que se contaban los Sarracenos procedentes de España, acaba por desgracia la relacion de nuestro autor, dejándonos por lo mismo ignorantes de lo que se pactó respecto á ellos, causa primera de las relaciones entre el emperador y el califa, tanto á lo menos como su fama personal, y objeto en parte de la embajada de Juan, varon que ha llegado á contarse en el catálogo de los santos.

Así terminó este ruidoso suceso, que caracteriza una vez mas al singular y

(1) Conrado y Liedulfo.

admirable período conocido con el nombre de Edad Media. Para los que amen los caracteres firmes y enteros, para aquellos que en los tiempos de ahora tan distintos, comprendan y se apasionen por las almas que no se doblan ante ninguna tiranía, ante ninguna opresion injusta, para aquellos que se sientan dispuestos á llevar hasta el martirio el sosten de su dignidad, de su buen derecho, es una gran época esa Edad Media tan calumniada, y por desgracia tan poco conocida, en que si la humanidad en general fué quizás muy infeliz, si profundos vicios corroian el estado social, nunca en cambio como en ella ha aparecido el hombre tan grande, tan amante y tan obstinado defensor de lo que creia justo y bueno. De ello es otra prueba la embajada del monge Juan: convencido de la justicia de su mision, sin otra consideracion que su deber, no hay para él rigores ni peligros que su camino tuerzan; y el califa de Córdoba, impotente contra el monge, vese obligado á suplicar al emperador que dispense de su cometido al hombre que lo habria desempeñado ó habria muerto. Y no olvidemos en nuestra admiracion por estos grandes caracteres al califa Abderrahman, que contrariado profundamente por aquel hombre, expuesto por lo que él llamaba su obstinacion á graves conflictos en su propia capital, ni por un momento piensa en usar de su omnímodo poder para deshacerse del monge. Discurre, inventa medios para salir del paso, pide, y si llega á amenazar, no es á la persona del monge, sino indirectamente á sus hermanos. Mas que al embajador de un príncipe distante del cual nada podia temer, el monarca árabe comprendió y admiró en Juan al hombre de gran corazon para quien no puede haber transacciones en el cumplimiento del deber, sino que ha de cumplirlo todo entero.

Hemos hablado de incursiones sarracenas por tierras del Imperio, y creemos si no necesario muy conveniente al menos, dar en este lugar algunas someras noticias acerca de estos Arabes españoles que llevaban tan lejos de su patria el terror de sus armas.

Su primer establecimiento en las costas de Provenza databa del reinado de Abdallah, y por mas que lo contrario afirmen algunos autores, es cuando menos dudoso que el emir lo fomentara y protegiera. La guerra civil ocupaba entonces toda la atencion del abuelo de Alnasir, y los hijos de Hafsun amenazaban en mil puntos su poder. Veinte Sarracenos salidos de España en una frágil embarcacion, sin duda con objeto de piratear, fueron empujados por la tempestad hasta el fondo de un golfo de la costa de Provenza, llamado entonces golfo de Sembracio y ahora de Grimaud ó de Saint Tropes. Desembarcaron allí sin obstáculo y sin ser vistos, y llegada la noche sorprendieron la poblacion mas inmediata á la costa, y pasaron á los habitantes á cuchillo. Al aparecer el dia, lo primero que vieron sus ojos fué un espeso bosque de sombrío aspecto, que empezando á poca distancia de la playa, se extendia á lo lejos por las alturas que por la parte del norte la dominan. Los piratas musulmanes comprendieron al momento el gran partido que de aquel sitio podian reportar, y resueltos á establecerse en él, elevaron una especie de campamento atrincherado, mientras que algunos de ellos fueron á buscar auxilio y refuerzo entre sus compatriotas.

La noticia de la inexpugnable posicion que acababa de descubrirse, y la esperanza de fundar en ella una poderosa colonia de bandidos y piratas, bastaron para atraer cerca de los primeramente desembarcados á muchos aventureros de

su nacion. En pocos años quedaron los colonos dueños de aquellas montañas y las cubrieron de fortalezas y trincheras, y los historiadores contemporáneos dan al principal de aquellos castillos el nombre romano de Fraxinetum, que significa lugar plantado de fresnos. Los Arabes lo llamaban Fraschinat.

Aseguradas sus líneas de defensa, los Sarracenos dieron principio á sus excursiones por los campos de la Baja Provenza; en los primeros tiempos se alejaban poco de sus baluartes, contentándose con devastar las aldeas y robar mugeres y ganados, pero aumentadas poco á poco sus fuerzas, mezcláronse en las contiendas de los señores feudales del país, aliáronse ya con unos, ya con otros, y en pocos años halláronse ser los árbitros de aquella parte de la Galia que formaba parte entonces del reino de Arlés. La prontitud de sus ataques, las escenas de pillage y de crueldad á que sin cesar se entregaban, esparcieron á lo lejos el terror de su nombre, hasta el punto, dice Liutprando, que, segun la palabra de su profeta, un solo hombre vencia á otros mil, y dos dispersaban á diez mil.

Luis, hijo de Boson, que gobernaba el reino de Arlés á principios del siglo x, hallábase ocupado entonces en la otra parte de los Alpes en sus contiendas con Berenguer para la posesion del reino de Italia. Coronado emperador por el papa Benedicto IV en 20 de febrero del año 901, no tardó la fortuna en manifestársele adversa: prisionero algunos años despues de su competidor, fué privado de la vista y encerrado en una fortaleza. Aprovechando la ausencia del rey, y sobre todo las disensiones que reinaban entre los señores provenzales, los Sarracenos, que por sus propias fuerzas podian poco, dice Liutprando, unidos á uno de los partidos aniquilaban al otro, y así, y con los refuerzos que les llegaban de España, aumentábanse sus fuerzas cada dia, acabando por volver sus armas contra aquellos á quienes en un principio defendieran, y fundando su dominacion sobre el desastre de todos. Este fué el orígen del singular poder que por espacio de un siglo llenó de pavor á Italia, al Piamonte, á Saboya y á Suiza.

En 906 atraviesan los Alpes, y se apoderan y roban la abadía de Novaleso, situada en la vertiente del monte Cenis. Todas las alquerías inmediatas fueron entregadas á las llamas, y los infelices moradores, refugiados entre aquellos riscos, eran perseguidos y muertos como fieras.

Desde aquel momento no cesan los Alpes de verse infestados por partidas sarracenas, y el Piamonte y el Monferrato se convierten en teatro de sus devastaciones. Apodéranse de Acqui, llevan sus algaras hasta las inmediaciones de Pavía, y sus caballos, nacidos quizás bajo el cielo de Andalucía, beben las aguas del Tanaro, del Adiger y del Po.

En breve llegó su vez á la Suiza. En 939 los Sarracenos penetran en el Valais, destruyen la abadía de Agaune y se establecen al pié del monte de Júpiter, ahora de San Bernardo. Así fué como desde su plaza de armas de Provenza se derramaron los Arabes en todos sentidos, por la derecha é izquierda de los Alpes, exigiendo tributos, diezmando periódicamente la poblacion, y amenazando establecerse en el país de un modo permanente. Cuanto les resiste desaparece; en 940 atacan á Frejus y á Tolon, destruyen la catedral de Marsella, penetran en Aix á sangre y fuego, llegan casi á las puertas de la capital del reino de Arlés, y amenazan al Languedoc con una invasion por sus fronteras orientales.

Hugo, conde de Arlés, encargado del gobierno del reino en nombre de Luis, prisionero de Berenguer, hallábase entonces en Italia llamado por el Papa y los magnates del país para recibir la corona real de Lombardía. Coronado en Milan, reinaba en Italia con firmeza, aunque no sin competidores, cuando las excursiones mas atrevidas cada dia de los Sarracenos obligáronle á pasar á esta parte de los Alpes. Resuelto á expulsar de Fraxineto á sus audaces enemigos, tomó grandes disposiciones para no fracasar en su empresa, y pidió á su aliado y cuñado el emperador bizantino cierto número de naves provistas de fuego griego, á fin de que, mientras él sitiara la plaza por tierra, la atacase una armada por la parte del mar é impidiese la llegada de los refuerzos que quizás le enviarian de España. La armada griega penetró en el golfo y entregó á las llamas todas las naves sarracenas, con gran espanto de los defensores de la plaza, atacada al propio tiempo por los soldados de Hugo. En tan crítica situacion, abandonaron los Árabes la fortaleza y se retiraron á los montes inmediatos, donde Hugo habria podido fácilmente exterminarlos, á no haber creido preferible convertirlos en útiles aliados contra sus enemigos. Amenazábale en aquel entonces Berenguer, su competidor á la corona de Italia, y esta fué la causa, dice Liutprando, de que obedeciendo á un ruin consejo, restableciera á los Sarracenos en todas sus posiciones, con la única condicion de que, apostados en los montes que separan á Suiza de Italia, los defendieran contra las tropas de Berenguer en caso de que intentaran atravesar por ellos.

Con facilidad puede concebirse cuantas ventajas reportarian los Sarracenos de esta nueva alianza, y cuanto aumentarian con ella su fuerza y poderío: apoderados de los principales pasos de los Alpes, levantaron torres y atalayas, establecieron campamentos ceñidos de muros, impusieron tributos, exigieron rescates, prestaron ó vendieron el auxilio de sus armas á los señores de los valles inmediatos y redoblaron por fin sus audaces expediciones á tierras cristianas.

Esta era la situacion de los Sarracenos en la Europa central y meridional en la época de la embajada de Juan de Gorza. Sabíase que procedian de un célebre país llamado España, donde reinaba un poderoso monarca de su religion, y los pueblos afligidos y aterrorizados por sus devastaciones, consideraban aquel país como el foco y centro de donde salian por órden expresa del soberano aquellos audaces y terribles agresores. Sin embargo, nunca los califas de Córdoba habian dispensado la menor proteccion á aquellas colonias aventureras, á las cuales no unia lazo ni relacion alguna con el gobierno de su patria. En la época antes dicha, la colonia de Fraxineto continuaba siendo su arsenal, su base de operaciones, ó como dice un historiador, su madriguera; pero á contar desde este tiempo, su buena fortuna empezó á declinar en Suiza, en Francia y en Provenza. En 960 fueron expulsados del monte de Júpiter por Bernardo de Menthone, canonizado despues y cuyo nombre tomó la montaña; rechazados de fortaleza en fortaleza por espacio de quince años, despojados sucesivamente de todos sus castillos del interior, no les quedó mas que Fraxineto, que sucumbió por fin á su vez en 975 bajo los esfuerzos de Guillermo, conde de Provenza.

Contadas brevemente estas expediciones de los Musulmanes españoles á través de la Europa, tócanos referir ahora los acaecimientos ocurridos en Africa en los últimos tiempos del reinado de Abderrahman III, á cuyo término llegamos.

Hemos dicho que el hagib Ahmed ben Said se habia apoderado de Tunez, y esta atrevida empresa contra una ciudad tan inmediata á Cairvan debia atraer las represalias del califa fatimita. Moad ben Ismail era entonces soberano de Cairvan, y resuelto á vengarse de aquella agresion llevando la guerra á los estados del Magreb que, segun antes hemos visto, habíanse puesto bajo la proteccion de los califas cordobeses, envió contra aquel territorio á su caudillo Gehwar el Rumi con veinte mil caballos de Ketama y Zanhaga, y muchos mas de otras tribus, con órden de ejercer á su paso las mas grandes violencias é insignes crueldades. El walí de Abderrahman allegó su hueste y salió al encuentro del enemigo, encontrándole en las inmediaciones de Tahart. Empeñado el combate, terminó con la victoria de las tropas fatimitas y con la muerte del walí ommiada, cuya cabeza clavada en una lanza fué paseada como sangriento trofeo por las calles de Cairvan. A esta victoria siguieron otras, y en noviembre del año 960, Gehwar entró por asalto en la ciudad de Fez despues de trece dias de sitio. La poblacion fué pasada á cuchillo y el saqueo y el incendio acompañaron por todas partes á las tropas fatimitas. Así se apoderó en pocos meses de todas las ciudades del Magreb, excepto de los presidios de Cepta, Tanja y Telencen, y cargado de despojos, seguido de innumerables cautivos, entre los cuales figuraban el walí de Fez y otros muchos principales caballeros, volvió Gehwar victorioso á Cairvan.

Estas malas nuevas llenaron de pesar á Abderrahman y acrecentaron la amargura de sus penas, pues lloraba todavía la pérdida de su tio Almudafar, la de su hijo y la de su hagib Ahmed, recientemente experimentada. Despechado y casi fuera de sí, juró tomar venganza de sus enemigos y envió á Africa un numeroso ejército que no tardó en reparar el honor del califato. Los generales andaluces pelearon con tanto valor y con tan próspera fortuna que en pocos meses recobraron las ciudades y fortalezas perdidas, tomaron por asalto á Fez, quedaron así dueños de todo el país desde aquella ciudad hasta el Océano, y en todos los alminbares del Magreb fué aclamado Abderrahman III, emir elmunenin con general contentamiento y aplauso de los pueblos y kabilas zenetas (1).

Tócanos explicar ahora un suceso trágico, que al propio tiempo que dió otro mártir mas al cielo, es otra de las manchas de este reinado por otra parte tan glorioso. Hablamos del martirio de Pelayo, aquel niño de Tuy, sobrino de Hermogio, que recordarán nuestros lectores haber sido dado en rehenes á Abderrahman para rescatar á su tio hecho prisionero en la batalla de Valdejunquera (2). Pelayo llegaba apenas á la edad adulta y hacia tres años que permanecia cautivo en Córdoba, cuando informado el califa de sus prendas, mandó que le fuese presentado. Esta entrevista tuvo para el jóven muy fatales consecuencias: Abderrahman tratóle con gran afabilidad, é hízole las mas deslumbradoras promesas para el caso de hacerse musulman. «Jóven, le dijo, si renegando de Cristo reconoces á nuestro profeta por el verdadero enviado de Dios, prometo elevarte á los mas altos honores del imperio, colmarte de riquezas, cubrirte de plata y oro, de magníficos vestidos y de joyas preciosas. Entre mis esclavos, elegirás para tu

(1) Conde, P. 2.ª, c. LXXXVI.

(2) Véase á Raguel, Vita vel Passio S. Pelagii martyris, en la Hisp. Illust. de Scott., t. IV, p. 348.

servicio los que mas te agraden, tendrás palacios y caballos, y gozarás de todas las delicias de que aquí se disfruta. A quien tú quieras daré yo la libertad, y si tienes gusto en que tus parientes vengan á vivir á este país, les conferiré las mas eminentes dignidades.»

Con entereza y constancia resistió Pelayo á estos halagos, lo mismo que á las demostraciones y caricias de otro género á que, segun algunos escritores, se propasara el califa. Enfurecido el jóven se arrojó intrépidamente á Abderrahman y le hirió en el rostro y le mesó la barba, prorumpiendo en vehementes expresiones contra el califa y su falsa creencia. Con un valor que parecia increible en su corta edad, sufrió Pelayo los horribles martirios que mandó prodigarle Abderrahman, ofendido en sus sentimientos religiosos, ó quizás en otros muy criminales, y espiró en 25 de junio del año 925. Su cuerpo horriblemente mutilado halló sepultura en las aguas del Guadalquivir (1).

Esta mancha, diremos con Lafuente (2), la mas negra, pero no la sola que afeó el reinado del tercer Abderrahman, y que tanto contrasta con otros actos de generosidad y de tolerancia de su vida, no nos impide reconocer que en lo general fué un reinado el suyo lleno de esplendidez y grandeza. La decidida proteccion que dispensó el califa á las letras y á los sabios tuvo muy gran influencia en el notable vuelo que ciencias y artes tomaron entonces en España. La poesía, la historia, la gramática, la geografía, las ciencias naturales, la medicina, la música, la arquitectura y todos los ramos y conocimientos literarios y artísticos, todo prosperó de un modo admirable, siendo el imperio árabe de España el emporio de la cultura y, por decirlo así, la madre de los sabios y la lumbrera de Occidente. Largo podria ser el catálogo de los literatos eminentes y de los artistas distinguidos que hicieron célebre en la historia de las letras el reinado de Abderrahman III, á quien deberíamos contar tambien entre los poetas y entre los hombres de erudicion poco comun. Sus hijos todos eran poetas, historiadores ó filósofos, y el palacio de Meruan, punto de reunion de todos los literatos, mas que palacio de un príncipe, era, dice Lafuente, un liceo ó academia perpétua en que se cultivaban todos los ramos del saber que en aquella época se conocian. En el favor que Abderrahman dispensaba á las letras era secundado con extremado celo por su hijo Alhakem, quien mandaba adquirir con grandes gastos las mejores obras, compuestas no solo en la Península, sino en todos los países donde se hablaba y escribia el árabe. Muchos libros arábigos de aquellos tiempos llenan todavía los estantes de las bibliotecas.

Réstanos decir algunas palabras acerca de los monumentos de la arquitectura árabe durante este reinado.

Los años ó la mano del hombre, mas devastadora que la segur del tiempo, segun dice un historiador, ha destruido los palacios y jardines de Zahara, principal monumento producido por el genio del Abderrahman; pero no se limitaron á esto las obras con que ilustró su reinado: débesele la fundacion del arsenal de Tortosa en 333 (944); la construccion de un canal de riego y de un magnífico

(1) Este suceso causó gran sensacion en Europa, y sobre él se compusieron muchos poemas y dramas latinos en la mitad del siglo x.

(2) Hist. gen. de Esp., P. 2.ª, l. I, c. XV.

abrevadero en Ecija en 338 (949); la del mihrab ó adoratorio en la mezquita de Tarragona, y la de un número infinito de alcázares, baños y mezquitas. Por su órden, en fin, en el año 346 (958) adornóse con fuentes y bosquecillos de palmeras, jazmines, mirtos y rosales el patio principal de la gran aljama de Córdoba, llamado hoy Patio de los Naranjos.

En los últimos tiempos de su vida, Abderrahman no salia casi de su palacio de Zahara, entretenido entre las delicias de sus encantados vergeles en la dulce compañía de sus mugeres, sus hijos y sus poetas. Desde la muerte de Said no habia querido tener mas ministro que su hijo Alhakem, en quien descuidaba todos los negocios del gobierno. La crónica arábiga menciona, entre las mugeres de cuya conversacion gustaba, á Mozna, que cantaba ella misma los versos que componia, y que desempeñaba cerca del califa las funciones de secretaria; á Aixa, doncella cordobesa, de quien cuenta Aben Hayan que fué la mas honesta, hermosa y erudita de su siglo; á Sofía, linda tambien en extremo y docta poetisa, y por fin á su esclava Noiratedia, que le divertia con las gracias y agudezas de su ingenio (1). Conversaba además casi todos los dias con su antiguo amigo Soliman ben Abdelgafir, que era de la principal nobleza y habia sido gran soldado, y ahora, dice la crónica, hacia una vida ascética y retirada. El califa, que conocia su caridad, le habia elegido por intermediario de sus buenas obras, y por su mano socorria á muchísimas familias.

Llegado el otoño del año 961, Abderrahman cayó en profunda melancolía, y solo con los ojos arrasados en lágrimas dirigia la palabra á aquellos que le prodigaban sus cuidados. En uno de aquellos momentos, segun la crónica de Conde, hizo á Soliman la confesion de que ajustada bien la cuenta de los momentos de perfecta y pura tranquilidad de ánimo de que habia gozado en los cincuenta años de su reinado apenas contaba catorce dias de sincera felicidad (2). Otros dicen que esta confesion se encontró escrita entre los papeles del califa, uno de los cuales decia así: «He reinado cincuenta años, y mi reino ha sido siempre ó pacífico ó victorioso. Amado de mis súbditos, temido de mis enemigos, respetado de mis aliados, de los príncipes mas grandes de la tierra, tenia cuanto pudiera desear: honores y riquezas, placeres y poder. Ningun bien terreno me faltaba, y á pesar de esto, contando escrupulosamente los dias en que he gustado de una felicidad sin amargura, solo he hallado catorce en mi dilatada existencia (3).» En esta disposicion de ánimo, y en este estado de melancolía mas bien que de enfermedad, el ángel de la muerte, dice la crónica musulmana, le trasladó de sus alcázares de Medina Zahara á las moradas eternas de la otra vida, la noche del miércoles dia 2 de la luna de ramazan del año 350 (15 de noviembre de 961), á los setenta y dos años de su edad y á los cincuenta años, seis meses y tres dias de reinado. Su cuerpo fué trasladado á Córdoba dos dias despues con acompañamiento de innumerable pueblo que decia: «Murió nuestro padre, faltó su espada, la espada del Islam, el amparo de los débiles y menesterosos y el terror de los soberbios (4).»

Alnasir Ledinallah murió en el colmo de la gloria y del poder. Dícese que

---

(1) Conde, P. 2.ª, c. LXXXVII.
(2) Id., l. c.
(3) El Makkari.
(4) Conde, P. 2.ª, c. LXXXVIII.

dejó en su tesoro cien millones en dinero. El califa distribuia sus rentas del modo siguiente: la tercera parte estaba destinada al ejército, otra parte igual á las obras y construcciones, y el resto quedaba de reserva. La renta anual de España ascendia en aquella época á cien millones cuatrocientos ochenta mil dinares, á los que habian de añadirse en los años de campaña contra cristianos quinientos, seiscientos y á veces ochocientos mil dinares, procedentes del botin cogido al enemigo, además de la parte abandonada á los soldados, que no era inscrita en los registros del tesoro.

El contraste de tan gran prosperidad con la confesion que antes hemos mencionado, inspiró á un historiador árabe las reflexiones siguientes: — «Mirad todos cuan pequeña es la parte de felicidad real que puede procurar el mundo, aun en las situaciones en apariencia mas brillantes. El califa Alnasir, el favorito de la fortuna, cuyo rango eminente no reconoció mas rival que su prosperidad, solo halló catorce dias de dicha serena en un reinado de cincuenta años, seis meses y tres dias. Alabemos á Aquel que posee la gloria y el poder eterno. Solo El es perfecto y bueno (1).»

(1) El Makkari.

CAPÍTULO XV.

Proclamacion de Alhakem II.—Su carácter.—Expedicion á Castilla.—Orígen y principio del condado de Castilla.—Paz con Sancho I de Leon.—Traslacion del cuerpo del mártir San Pelayo á Leon. —Rebelion de algunos condes de Galicia.—Sancho muere envenenado.—Ramiro III de Leon.— —Condado de Barcelona.—Muerte de García el Temblon de Navarra y principio de Sancho el Mayor.—Muerte del conde Fernan Gonzalez en Burgos.—Opiniones de los Musulmanes en general y de los Musulmanes de España en particular acerca del uso del vino.— Guerras de Africa.— Situacion interior del imperio Ommiada; sabios, poetas y escritores.—Sentida muerte de Alhakem II.

Desde el año 961 hasta el 976.

Al dia siguiente de la muerte de Abderrahman III fué proclamado emir elmumenin su hijo Alhakem, que contaba ya cuarenta y siete años; el largo reinado de su padre abrazó los mas floridos años de su juventud, y el mismo Abderrahman solia decirle: « Mi tiempo, oh hijo mio, se prolonga y defrauda el tuyo. » Si no tenia Alhakem el majestuoso continente de su padre, era de exterior agradable y de presencia noble. La ceremonia de su aclamacion en el palacio de Zahara hízose con la magnífica pompa que acostumbraba desplegar en sus actos la corte de Córdoba: sus hermanos y primos rodeaban su trono, venian luego los capitanes de las guardias así Slavos como Andaluces y Africanos, y el hagib y los wazires estaban al frente, todos con trajes blancos en señal de luto. Dos filas de guardias slavos circundaban el gran salon, teniendo en una mano su espada desnuda y en la otra su ancho escudo; los esclavos negros con vestidos blancos formaban otras dos filas con hachas de armas á los hombros, y en el patio exterior estaban las guardias de Andaluces y Africanos cubiertos de deslumbrantes armaduras. Sus hermanos, los wazires y caudillos le juraron obediencia sin reserva ni condiciones, y los poetas y astrólogos le anunciaron en sus predicciones y en sus versos la continuacion del venturoso reinado de su antecesor (1).

El primer acto de su gobierno fué nombrar hagib ó primer ministro á Giafar el Sekleby, uno de los mas reputados guerreros y de los hombres mas ricos de la época. El dia de su nombramiento ofreció al califa entre otros presentes cien mamelucos europeos, montados en velocísimos caballos y vestidos á la india; trecientas veinte cotas de malla de diferentes clases, cuatrocientos cin-

(1) Conde, P. 2 ª, c. LXXXVIII.

A. de J. C. cuenta cascos indios y europeos, trecientos venablos, cien escudos, diez cotas de malla de plata sobredorada y cien cuernos de búfalo dorados, que servian como de trompetas.

Formado Alhakem desde sus mas tiernos años en el estudio y cultivo de las letras, fueron estas su pasion dominante, y siempre consideró como su mayor placer procurarse los libros mas raros sobre artes y ciencias, los mas elegantes tratados de poesía y de elocuencia y toda especie de obras y memorias relativas á la historia y á la geografía. Para conseguirlo no ahorraba cuidados ni dinero, y en las principales ciudades de Africa, de Egipto y de Persia tenia emisarios expresamente encargados de comprarle ó copiarle las buenas obras que se publicaran, reuniendo así en su palacio la mas preciosa biblioteca que se hubiese visto en paises dominados por los musulmanes, como que constaba de cuatrocientos mil volúmenes, clasificados por ciencias y materias. Dice Aben Hayan que el catálogo de las obras formaba cuarenta y cuatro tomos, y además hizo componer otro en el que al título de aquellas se unió el nombre del autor con su genealogía y su biografía completa. La mayor parte de estas noticias eran obra del mismo Alhakem, que conocia todas las obras importantes que su biblioteca encerraba, y que habia adquirido en bibliografía, en historia y en genealogía vastísimos conocimientos. A él se debió el célebre tratado genealógico de las tribus árabes que habian pasado á España desde la época de la conquista; era, en una palabra, uno de los hombres mas eruditos de su tiempo, tanto que, debilitada su vista por las vigilias y prolongadas lecturas, hubo de renunciar á su ocupacion favorita por temor de quedarse ciego. Y no era el saber la única cualidad que hubiese de alabarse en Alhakem; liberal, afable, activo y sincero, era rígido observador de su ley, amante del bien, justo, recto, prudente y gran conocedor de los hombres, como lo prueba el nombramiento de su primer hagib y el de cuantos generales empleó en sus guerras así en España como en Africa.

963. Hasta el año 963 vivió Alhakem ocupado en la administracion interior de su imperio. Hallábase en paz con el rey Sancho de Leon, á quien su padre contribuyera á restablecer en su capital, pero Sancho no era rey de la España toda; tampoco lo era de todo el territorio cristiano situado al norte del Duero, y sabemos ya el grado de poder á que se habia elevado entre los condes de los castillos el que se llamaba Fernan Gonzalez. A lo que parece, despues de la muerte del último califa, Fernan molestaba con incesantes correrías y cabalgadas á los pueblos musulmanes de las márgenes del Duero, amenazando llevar á esta parte los pendones cristianos hasta el curso superior del Tajo. Para poner fin á semejante estado de cosas, Alhakem publicó el *algihed* ó guerra santa contra los cristianos de Casteylya en 352 (963), y para comunicar mas impulso á los preparativos de la expedicion, se dirigió en persona á Toledo. Entonces fué cuando Alhakem declaró las obligaciones de los musulmanes cuando van al *algihed* en una proclama que recuerda la que dirigió al ejército árabe reunido en los campos de la Meca, antes de partir para la conquista de Siria, el sucesor de Mahoma, Abu Becre.

«Deuda es de todo buen Muslim, dijo Alhakem, ir á la guerra contra los que desconocen nuestra ley. Los enemigos serán requeridos de abrazar el islamismo,

excepto cuando ellos como ahora den principio á la invasion; en otro caso se les propondrá que se hagan musulmanes ó que paguen las parias establecidas para los infieles de nuestros estados. Si en las lides no fueren los enemigos de la ley dos veces mas en número que los Musulmanes, el Muslim que huya de la pelea es vil y peca contra la ley y contra nuestra honra. En las entradas por tierras enemigas no mateis á las mugeres, á los niños, á los ancianos sin fuerzas, ni á los monges de vida solitaria, á menos que ellos os hicieren daño; no mateis ni prendais á quien dísteis seguro, ni quebranteis sus condiciones y posturas. El seguro que un caudillo diere todos lo mantengan. Los despojos, sacado el quinto que nos pertenece, se partirán en el mismo campo ó lugar de la lid; el caballero tendrá dos partes y una el hombre de á pié. De las cosas de comer tomad cuanto tuviéreis necesidad. El Muslim que conociere en el despojo alguna cosa suya, jure que le pertenece ante los cadíes de la hueste, y se le dará si reclamare antes de la particion, y si despues de hecha, se le dará su justo precio. A los que sirvan en la hueste, aunque no sean gente de pelea ni de nuestra creencia, se les recompensará segun sus servicios, á juicio de los caudillos, y lo mismo se hará con los que hicieren en la lid ó fuera de ella alguna hazaña muy noble y de importancia. No vengan en hueste de algihed ni á mantener frontera los que tienen padre ó madre sin licencia de ambos, salvo en ocasiones de súbita necesidad, que entonces la principal obediencia es acudir á la defensa de la tierra y al llamamiento de los generales.»

Abierta la campaña, el fuerte de San Esteban de Gormaz cayó en poder de Alhakem, quien mandó arrasar sus murallas; ocupó Simancas, Coca, Osma y Coruña del Conde, y entró por fuerza de armas en Zamora, pasando á cuchillo su guarnicion. Con muchos cautivos y despojos, dice la crónica arábiga, se tornó vencedor á Córdoba y entró en ella con aclamaciones de triunfo, apellidándose Almostansir Billah por su confianza en el auxilio de Dios (1).

Los cronistas cristianos confirman en todas sus partes el anterior relato, que hemos tomado de los autores árabes, y únicamente añaden que un conde castellano llamado Vela, deseoso de vengarse del conde Fernan Gonzalez, quien le ofendiera con sus pretensiones soberanas, dirigió contra Castilla la hueste musulmana, distinguiéndose tristemente en todas las batallas por el furor que contra sus hermanos le animaba (2).

Hasta ahora hemos hablado varias veces de Fernan Gonzalez y del condado de Castilla sin explicar su orígen comun, y tiempo es ya de llenar este vacío á fin de que puedan entenderse y apreciarse en todo su valor los hechos sucesivos.

La provincia que en tiempo de los Godos se llamaba Cantabria y formaba el ducado de este nombre, abrazando el territorio que desde Santander se extiende al mediodía entre el Pisuerga y las fronteras occidentales de Navarra desde el Ebro y de los montes Idúbedos hasta el Duero, al que los escritores del siglo VIII dieron comunmente el nombre de Bardulia, empezó desde los primeros

(1) Conde, P. 2.ª, c. LXXXIX.
(2) Este Vela (contraccion de Vigila) seria seguramente nieto de Vela Jimenez (Vigila Semeniz), conde de Alava en tiempo de Alfonso III, del cual se habla varias veces en la crónica Albeldense.

años del siglo siguiente á ser llamado Castella, por los muchos castillos que en ella levantaron los cristianos desde las victoriosas expediciones de Alfonso el Católico fuera de los límites de Asturias. Este, segun hemos dicho ya, fué el orígen del glorioso nombre de Castilla, que extendiéndose despues al sur de las tierras que primeramente lo llevaran, y traspasando la sierra de Guadarrama, aplicóse á los territorios de Jadraque, de Guadalajara, de Almonacid, de Mondejar y de Toledo hasta las fronteras de la Mancha y Extremadura, marchando al igual que la conquista cristiana y progresando como ella con los siglos (1). El año 760 en que Alfonso empezó á conquistar y á poblar los pueblos de la parte septentrional de Castilla la Vieja y á establecer en ella sus soldados y prisioneros es la época verdadera, no de la fundacion del condado, pero sí de la aparicion de gobernadores colocados por el rey con el título de condes, segun la antigua usanza gótica, en las fortalezas y castillos que se elevaban en aquella extrema frontera, desolada y en parte desierta, de que fuera gobernador su padre el duque Pedro en los últimos años de la monarquía visigoda.

Acerca de los primeros condes de los castillos de esta provincia, por espacio de un siglo entero, no ha llegado hasta nosotros noticia alguna que pueda calificarse de auténtica. Cierto Rodrigo, de orígen gótico, á juzgar por su nombre, es el primero que con el título de conde figura en las crónicas cristianas bajo el reinado de Ordoño I, hijo de Ramiro I. A él se atribuye en 860 la conquista ó poblacion de Amaya, villa á nueve leguas de Burgos, donde estableceria como la capital de su condado mientras duró su gobierno, que á lo menos hubo de prolongarse seis años hasta 866, en que reprimió la rebelion suscitada en Asturias por el conde Fruela de Galicia contra el nuevo rey Alfonso III, hijo y sucesor de Ordoño I. Despues de Rodrigo fué conde en Castilla su hijo Diego Rodriguez (Didacus Roderici), apellidado Porcellos, ya se le creyese descendiente de la antigua familia romana de este nombre, ya fuese, y esto es lo mas verosímil, natural de Porcelis, pueblo de Castilla. La fundacion y poblacion de Burgos que todos los historiadores le atribuyen, data del año 882 ó del 884 (2). Desde esta fecha hasta la de 933, en que era ya conde de aquel país el célebre Fernan Gonzalez, no pueden expresarse con certeza los nombres de los condes ó gobernadores de aquel país, pues los romanceros y á su ejemplo muchos historiadores han llenado este intérvalo de tiempo de fábulas é invenciones que, por ser tales, no descansan en testimonio alguno positivo. El prurito de formar líneas genealógicas, el empeño de hacer á Fernan Gonzalez descendiente directo é inmediato de los jueces de Castilla, y el error de suponer hereditario aquel condado en un tiempo en que todavía no lo era, han suscitado cuestiones cronológicas de difícil, si no imposible solucion.

El padre de Fernan Gonzalez llamábase Gonzalo; así lo manifiestan expresamente diferentes monumentos y el mismo nombre del conde, fluctuando la historia entre Gonzalo Tellez y Gonzalo Fernandez, si bien opinan la mayor

---

(1) El conjunto de países á que se dió en un principio el nombre de Castilla comprendia el territorio de Alava y las actuales provincias de Burgos y de Soria. En los antiguos mapas latinos de los siglos XI y XII se designa con el nombre de *Alava et Castella Vetula*. En aquel tiempo los Arabes lo llamaban el *país de Alava y de los Castillos*.

(2) Chr. Albeld. y Chr. Burg.

parte á favor del segundo. Dícenos la historia que bajo el reinado de García, hijo de Alfonso III y primer soberano de Leon, Gonzalo Fernandez pobló en 912 Auca Clunia (despues Coruña del Conde) y San Esteban de Gormaz; otro documento relativo al monasterio Silense, nos lo manifiesta ejerciendo todavía las funciones de conde en 919 (1), y fechas son estas que inducen á algunos escritores, con muchas probabilidades de estar en lo justo, á tenerle por sucesor de Diego Rodriguez y por padre de nuestro conde. A. de J. C.

El sucesor inmediato del conde Gonzalo Fernandez no fué su hijo Fernan Gonzalez, aun cuando así lo digan generalmente los historiadores, como si el condado hubiese sido entonces hereditario, sino otro Fernandez llamado Nuño, probablemente hermano de Gonzalo, á lo que parece indicarlo su nombre patronímico. El término del gobierno de este conde ha de fijarse en el año 922 ó á principios del siguiente, que fué el último del reinado de Ordoño II, y aun cuando es probable que entonces fuese hecho conde nuestro Fernan Gonzalez, ha de advertirse que su nombre con el título de conde no se encuentra mencionado hasta el año 932, en que envió mensageros á Ramiro II de Leon para excitarle á tomar las armas contra un poderoso ejército musulman que marchaba hácia Castilla. Hemos visto que bajo el reinado de este mismo Ramiro fué Fernan Gonzalez privado de su gobierno y preso en las cárceles de Leon, junto con otro conde castellano llamado Diego Muñoz, que recobró la libertad poco tiempo despues, pactándose el enlace del hijo primogénito del monarca leonés con una hija del conde, y por fin hemos explicado la parte que tomó en las contiendas entre Ordoño III y Sancho el Craso. Secundando las tendencias de los pueblos de Castilla á emanciparse de los reyes de Leon, condújose nuestro conde con tal actividad, sagacidad y política, que llegó á quedar como soberano absoluto entre los reinos de Leon y Navarra, fundando así y legando á su posteridad el condado independiente de Castilla, nueva soberanía, que en menos de un siglo habia de convertirse en poderoso reino.

Tal fué el principio de aquel estado, cuyo ilustre fundador, diremos con Lafuente, fué harto esclarecido por sus hazañas verdaderas, sin necesidad para serlo de las que posteriormente hayan podido ser inventadas por romanceros ó historiadores (2).

Esta era tambien la situacion del naciente estado cuando Alhakem II llevó á él sus armas triunfadoras. La guerra entre Castilla y Córdoba no se limitó á
los sucesos que antes hemos explicado, y en la primavera del año siguiente 964, 964.
el wazir y secretario del califa, llamado Galeb, entró otra vez por el país castellano, donde alcanzó algunos triunfos. En seguida, y en combinacion con el walí

(1) Yepes, Coronica de San Benito, t. IV, escr. 38.

(2) Por esto no hemos mencionado ni su célebre desafío con el rey de Pamplona Sancho Abarca, ni sus portentosas batallas contra infieles, ni su voto de San Millan, ni sus amorosas aventuras en Navarra, ni tampoco la manera singular y peregrina como logró hacerse conde soberano de Castilla, que dicen que fué por haberse prendado el rey Sancho de Leon de un caballo y un halcon que el conde tenia, y haberlos adquirido por un precio considerable, conviniéndose en que de no pagarlo el dia designado, se duplicaria el precio por cada dia que pasara. El rey no lo pagó, y al cabo de siete años era ya tal la cantidad que adeudaba, que no pudiendo satisfacerla, concertóse que el conde quedase soberano independiente de Castilla sin reconocer ningun género de vasallage á los reyes de Leon.—Sobre la independencia de Castilla, véanse á Sandoval, Yepes, Salazar de Mendoza, Argaiz, Florez, etc.

A. de J. C. de Zaragoza Attagibi, revolvió contra el rey García de Navarra, y refugiados en Coria el conde y el monarca, las huestes musulmanas devastaron á su placer el país. Alhakem dirigió luego contra Barcelona, probablemente durante el otoño del mismo año, un ejército que taló el territorio de este condado, y lo mismo sucedió en los estados de Castilla, á donde volvió Galeb á la cabeza de otro cuerpo de tropas, debiendo mencionar entre sus notables triunfos la toma de Calahorra en Navarra, de cuya ciudad hizo el califa el baluarte del islamismo en el Ebro superior.

965 En 354 (965), ningun tratado habia puesto todavía fin á estas invasiones sucesivas, y entrando de nuevo Galeb en territorio de Castilla de acuerdo con Attagibi, apoderóse de la fortaleza de Gormaz, que acababan de recobrar los cristianos, y subyugó toda la comarca que de ella dependia. En el mismo año reaparecieron en el océano las naves normandas, y devastaron las cercanías de Lisboa. Alhakem envió oficiales para poner en estado de defensa las amenazadas costas de Andalucía y de los Algarbes, y su almirante Abderrahman disponíase á zarpar del Guadalquivir, cuando llegó la noticia de haber sido rechazados los piratas por las tribus armadas en cuantos puntos se habian presentado.

Los fatales progresos de las armas musulmanas determinaron á Sancho, instado quizás por el conde de Castilla, á enviar una embajada á Córdoba. En el año 354 (desde 6 de enero hasta 27 de diciembre de 965), dice una crónica arábiga, llegaron á Córdoba enviados del rey de Galicia y de los señores de Casteylya, rogando al califa que quisiera hacer con ellos paz. Como Alhakem era de su natural pacífico, holgóse mucho de semejante peticion y concedióles lo que deseaban, despues de haberlos recibido y festejado magníficamente en su palacio de Zahara, cuyas maravillas dejaron admirados á los embajadores. Cuando partieron á su tierra, añade la crónica, envió el califa con ellos á un wazir de su consejo con cartas para el rey Sancho, y algunos regalos consistentes en caballos, armas y halcones (1).

Casi al mismo tiempo, los condes de Barcelona y otros señores de la España oriental solicitaron la renovacion de la alianza que existiera entre ellos y el padre del califa, y segun costumbre de la época, acompañaron su demanda con un magnífico presente, compuesto de veinte jóvenes Slavos eunucos, diez corazas slavas, doscientas espadas del Frandjat, veinte quintales de martas cevellinas, y cinco quintales de estaño (2). Alhakem celebró con ellos un nuevo tratado, en el que se estipuló que los cristianos de las fronteras cesarian de despojar y reducir á cautiverio á los Musulmanes de las comarcas inmediatas. El rey de Navarra envió tambien embajadores solicitando la paz, y todos se volvieron contentos y satisfechos (3). La madre de Rodrigo, hijo de Velasco, el conde mas poderoso al oeste de Galicia, continúa el mismo historiador, llegó igualmente á la corte de Alhakem, quien envió á recibirla sus principales dignatarios, y le otorgó la paz que solicitaba en favor de su hijo. La condesa iba montada en una mula, cuya brida y silla estaban recamadas de oro, y al despedirse del califa colmóla este de preciosos regalos.

(1) Conde, P. 2.ª, c. LXXXIX.
(2) El Makkari.
(3) Id.

Alentado Sancho con el buen éxito de su anterior embajada, y cediendo á las instancias de su esposa Teresa y de su hermana Elvira, religiosa en el monasterio de San Salvador de Leon, envió nuevos legados á Córdoba en compañía del obispo de aquella ciudad, llamado Velasco, encargado de pedir á Alhakem el cuerpo del santo mártir Pelayo, muerto treinta y cuatro años antes por órden de Abderrahman III. Los embajadores hallaron al principio algunas dificultades, mas por fin el califa condescendió en su demanda, y el cuerpo del mártir Pelayo que los cristianos cordobeses habian tenido cuidado de recoger del Guadalquivir, fué llevado á Leon con gran contento de todos los cristianos, y depositado en un monasterio erigido por el rey con el nombre de San Pelayo. Mientras esto sucedia, Sancho hubo de dirigirse á Galicia donde le llamaban muy graves sucesos. Varios condes ó duques de aquella provincia se habian ligado, á lo que parece, con el obispo de Compostela Sisnando, con el fin de sustraerse á la dominacion leonesa, siendo los principales de la liga ó conjuracion Rodrigo Velazquez y Gonzalo Sanchez. En cuanto el obispo, perteneciente á una noble familia goda é hijo de un ilustre conde de Galicia, llamado Hermenegildo, habia obtenido permiso del rey para fortificar á Compostela bajo el pretexto de ponerla al abrigo de las excursione normandas, y su sede episcopal tomó el aspecto de una verdadera fortaleza. Los hechos posteriores demuestran igualmente hallarse entonces en Galicia Bermudo, hijo de Ordoño III (1), en cuyo favor parece que conspiraban los personages que acabamos de nombrar, y estas causas y otras quizás que escapan á nuestra apreciacion por la distancia á que de los acaecimientos nos hallamos, eran las que llamaban á Sancho á Galicia mientras sus embajadores desempeñaban su mision en Córdoba. Sancho atravesó los montes y sin gran trabajo sometió hasta el Duero el país que andaba ya alborotado; á pesar de sus fortificaciones, Compostela abrió sus puertas al rey, quien, enterado de las violencias y vejaciones del obispo, puso en su lugar á Rosendo, varon muy respetado por sus grandísimas virtudes. A. de J. C. 966.

Alhakem quiso permanecer extraño á todas estas contiendas, y así fué como al llegar á Córdoba la singular embajada de que habla El Makkari, presidida por la madre de Rodrigo, hijo de Velasco, recibió perfectamente á la condesa, pero no participó de los resentimientos fundados ó infundados de su hijo y no le prestó auxilio alguno. Desde aquel momento pareció consagrar todos sus pensamientos á renovar las antiguas treguas, á vivir en paz con sus vecinos y á mantener relaciones amistosas con todos, sin tomar nunca partido ni por unos ni por otros. En este tiempo, dice una crónica musulmana, llegaron á Córdoba muchos caballeros de la España oriental y de los montes de Afranc, de Galicia y de Castilla, y todos eran bien recibidos y honrados por la justicia, bondad y mucha nobleza del califa Alhakem; algunos de estos cristianos solicitaban por sus parcialidades que el califa declarase guerra á los otros cristianos, y muchos wazires de su consejo y los walíes de las fronteras deseaban ocasiones de rompimiento, sabiendo que los cristianos traian contiendas entre sí; pero Alhakem les

(1) Este Bermudo reinó en Leon despues del hijo de Sancho bajo el nombre de Bermudo II, y fué padre del cronista Sampiro, obispo de Astorga, uno de los principales guias para la historia de la época, hasta fines del reinado de Ramiro III, en que termina su crónica.

A. de J. C. respondia con aquellas palabras del libro de Dios: «Sed fieles en guardar vuestras posturas, que Dios os pedirá cuenta de ellas (1).»

Sometido Sisnando en Compostela, no tenia Sancho enemigos declarados sino en la otra parte del Duero, donde Gonzalo Sanchez habia reunido un ejército y hacia ademan de resistirle. Pasó el rey el Miño marchando contra Gonzalo, quien, temeroso de las fuerzas de su enemigo, apeló al engaño y á la traicion, fingió someterse y solicitó del monarca una entrevista que se verificó en efecto, si bien ignoramos donde. Gonzalo, mostrándose agradecido, sirvió á Sancho una fruta emponzoñada, y apenas el rey la hubo comido, comenzó á sentir sus mortíferos efectos. Con gestos y entrecortadas palabras, expresó Sancho el deseo de ser llevado á Leon sin pérdida de momento, pero al tercer dia de marcha espiró en el monasterio de
967. Castrelo de Miño (967). Así acabó Sancho el Craso, cuyo cuerpo fué llevado á Leon y sepultado al lado del de su padre Ramiro II, en la iglesia de San Salvador. Habia reinado doce años y un mes, y de su esposa Teresa Jimena (2) dejó un hijo llamado Ramiro, que contaba entonces cinco años.

A la muerte de Sancho diósele por sucesor su hijo Ramiro, á pesar de su infantil edad, cosa hasta entonces muy raras veces vista y que demuestra las tendencias cada vez mas evidentes á establecer en la corona el órden hereditario. Teresa Jimena y Elvira, madre y tia de Ramiro y religiosa la última en el monasterio de San Salvador, fueron elegidas tutoras del monarca y regentes del reino, otra novedad importante que creemos deber observar á nuestros lectores.

En tanto que esto ocurria, el obispo Sisnando aprovechó la muerte del rey para recobrar á mano armada su obispado de Compostela. Muerto Sancho, dice la crónica de Iria, Sisnando fué puesto en libertad por sus parientes, y durante la noche de la Natividad del Señor, entró en Compostela armado y seguido de los suyos. No sabemos, añade el autor de la crónica, ante cual de los dos altares (el de Santiago y el de Nuestro Señor) hizo oracion, y tampoco si la hizo (3), y con la espada desnuda entró estrepitosamente en la estancia donde dormia el obispo Rosendo. Acercóse á la cama, cuya cubierta levantó con la punta de su espada, y al dispertarse sobresaltado el obispo, hombre santo, pero tímido, reconoció á su rival y comprendió los motivos que le llevaban á aquel sitio á semejante hora. A la vista del acero que amenazaba su pecho, incorporóse, recordando al agresor las palabras de Jesucristo acerca de los que se sirven del hierro, y luego, sin disputar por mas tiempo una silla episcopal de aquel modo reivindicada, retiróse resignado al monasterio de San Juan de Cabero, fundado por él, pasando despues al de Celanova, que tambien fundara, y en él vivió santa y tranquilamente hasta su muerte, acaecida diez años despues.

Sisnando ocupó por espacio de algun tiempo la sede que recobrara con tan censurable violencia, y como Rosendo se lo predijera, murió víctima del hierro,
969. á principios del segundo año del reinado de Ramiro (969). «Aquel año, nos dice

(1) Conde, P. 2.ª, c. LXXXX.

(2) Dice un autor que los nombres de Jimena y de Urraca, tan comunes entonces en España, se daban á las mugeres á causa de alguna circunstancia particular de su carácter ó de su hermosura, y esto explica porqué se daban á mugeres que tenian ya otro nombre de forma latina ó germánica.

(3) Et nescimus utrum ante altare orationem fecerit, an non... (Chr. Iriens., c. XI).



LOS NORMANDOS SON DESTROZADOS EN LAS COSTAS DE GALICIA

Sampiro, llegaron los Normandos á Galicia con una armada de cien naves al mando de uno de sus reyes, llamado Gunderedo, y habiendo llevado la desolacion y la muerte al rededor de Compostela, mataron al obispo del lugar, llamado Sisnando, y asolaron toda la comarca, hasta los montes ó Alpes Ecebrarios (1).» La crónica de Iria es mas explícita aun acerca de este suceso, y cuenta que al saber Sisnando el desembarco de los Normandos en el puerto de Junqueira, salió al frente de sus guerreros para combatirlos, hallando la muerte en la pelea que se trabó cerca de Fornelos. A. de J. C.

Por espacio de un año corrieron los Normandos la tierra gallega, recogieron despojos, apresaron cautivos, que enviaron varias veces hácia las costas del mar occidental donde dominaban los hombres de su raza. No parece, empero, que abrigaran la intencion de establecerse de un modo permanente en el país, á ejemplo de aquella tropa aventurera de su nacion que al mando de Ralf habia fundado un poderoso estado en la provincia gala que se llamó antes Neustria, y que luego recibió de ellos su nombre de Normandía. Los estragos que causaban aquellos piratas llamaron por fin la atencion de los condes del país, y reuniendo su gente de guerra y poniendo á su frente á Gonzalo Sanchez, el asesino de Sancho, marcharon contra aquella gente advenediza, y despues de hacer en sus filas horrible matanza, incendiaron sus naves, librando así á Galicia de aquellos obstinados y rapaces enemigos. Su rey Gunderedo quedó entre los muertos en el campo de batalla.

Esto sucedia en el año 969. Tres años antes, en octubre de 966, Borrell II, hijo de Sunyer, quedó gobernando solo el condado de Barcelona y los demás que á él iban anexos, incluso el de Urgel, por fallecimiento de su hermano Miron en la época indicada (2). Borrell II pasó en paz los primeros años de su reinado promoviendo las fundaciones religiosas. Muy pronto sobre Cataluña, como sobre todos los demás estados españoles, habian de caer terribles tempestades.

Tres años hacia que el niño Ramiro habia sido elevado al trono de Leon 970.
alterando y derogando las antiguas costumbres y leyes góticas, cuando en 970 acabó su vida y reinado García Sanchez, apellidado el Temblon (3), sucediéndole en el trono de Navarra su hijo Sancho García II, llamado Sancho el Mayor. Este monarca, que reinó sesenta y cuatro años y ocho meses, desde junio de 970 hasta febrero de 1035, extendió sus posesiones á ambos lados de los Pirineos, y salió en cierto modo con sus conquistas al encuentro de Castilla, de Galicia y de Aragon. Es probable que al ceñir la corona no contase Sancho mas edad que su contemporáneo Ramiro, en cuanto le hallamos en la flor de sus años á principios del siglo siguiente. Sancho tuvo por esposa á Urraca, madre de Ramiro, primer rey de Aragon, y por su fallecimiento, casóse en segundas nupcias con la hija del conde Sancho de Castilla, hijo de García Fernandez, llamada por

(1) Los Alpes Ecebrarios son las montañas que limitan al nordeste el distrito de la actual provincia de Lugo, á los que los primeros moradores del país dieron sin duda el nombre céltico de Alpes, que subsistia aun á fines del siglo x y que les conservó el obispo de Astorga.

(2) Bofarull: *los Condes de Barcelona Vindicados*, t. I.

(3) Llamósele el Temblon: Quod quando rumores periculi audiebat vel debebat in prælio experiri, à principio totus tremulabat; sed postea constantissimus persistebat. (Roder. Tolet., de Reb. Hisp., l. V, c. XXXIII).

los unos Munia y por otros Elvira. De este matrimonio nacieron dos hijos, que los dos reinaron, García de Navarra y Fernando de Castilla y Leon. Á su tiempo diremos los hechos y hazañas de este rey, que fué uno de los mas grandes de la Península; aquí solo hemos querido indicar el punto de partida y en cierto modo el tronco genealógico de aquella poderosa casa de Navarra, destinada á reunir Castilla y Leon bajo un solo rey salido de su seno, en una época en que el principio de la sucesion monárquica parecia adquirir favor y establecerse por todas partes sin oposicion. Sancho llevó, como veremos, el título de rey de Tolosa y de los montes Pirineos.

Tambien en este año murió en Burgos el famoso conde de Castilla Fernan Gonzalez, que tantas inquietudes causara á los reyes de Leon, y que siendo uno de los mas briosos adalides de aquella edad, tantas batallas sostuviera, ya prósperas, ya adversas contra los Musulmanes. Segun opinion comun de los historiadores españoles, estuvo casado con Sancha, hija del rey de Navarra García el Temblon, fué padre de García Fernandez que le sucedió en la soberanía de Castilla, y fué sepultado en el monasterio de San Pedro de Arlanza, que habia él reedificado. Es tradicion en Burgos que la casa del conde se elevaba en el mismo solar en que se levanta hoy el *Arco de Fernan Gonzalez,* en el cual se lee una inscripcion latina en honor suyo (1).

En paz con los cristianos, Alhakem pudo entregarse á sus tareas favoritas de órden y organizacion, mas de su gusto que las guerras y el estruendo de las batallas. Ocupóse entre otras de una reforma importante y difícil acerca del vino y de los licores espirituosos, de la cual importa decir algunas palabras para que se sepan los principios que sobre la materia regian en España entre los Musulmanes, y los abusos que en la misma se habian introducido.

El uso del vino y en general de todos los licores que pueden embriagar, está, segun el Coran, prohibido á los fieles de una manera absoluta, y el comentarista del libro de Mahoma explica este pasage de la ley con las siguientes palabras: «La aficion que al vino tenian algunos discípulos del profeta dió lugar á esta disposicion. Cierto dia en que el apóstol celeste, instado por Omar á quien escandalizaban los crapulosos excesos de muchos, se dirigió al Eterno para conocer sobre este punto su voluntad divina, recibió del cielo esta respuesta: «Si te preguntan acerca del vino y del juego, contesta que uno y otro son «muy grandes pecados, á pesar de los beneficios que de ellos reporta el público, «pero que estos beneficios nada son en comparacion del pecado.» Este oráculo solo fué acatado por algunos, y la mayor parte continuaron entregados á sus escandalosos vicios. Entonces Omar se dirigió al Señor rogándole que manifestara su voluntad de un modo mas claro y explícito, y obtuvo del cielo esta terrible sentencia: «Sabed, ó creyentes, que el vino, el juego y los ídolos son abominacio-«nes sugeridas por los artificios del demonio: absteneos de ellos por vuestro bien «y por vuestra salvacion. Por medio del vino y del juego pretende el espíritu de «las tinieblas armaros á unos contra otros de odios y rencores. Por su medio os

(1) Esta inscripcion traducida dice así: *A Fernan Gonzalez, libertador de Castilla, el mas excelente caudillo de su tiempo, padre de grandes reyes; á su ciudadano, en el solar de su misma casa, para eterna memoria de la gloria de su nombre y de su ciudad.*

«desvia de Dios, del rezo y de la meditacion. Absteneos de incurrir en semejan- A. de J. C.
«tes abominaciones.»

A pesar de este formal mandato, muy sabido por los piadosos Musulmanes de Andalucía, la costumbre y licencia introducida en España por los Persas de Irak y otros extranjeros habian hecho el uso del vino libre y como permitido. El pueblo todo y aun los alfaquíes lo bebian, y era servido con toda libertad en los festines y convites. Cultivábase la viña en las provincias marítimas de Andalucía, y particularmente en los campos de la Mancha, y desde Muhamad I, quinto emir ommiada de Córdoba, teníase como opinion recibida que, estando los Muslimes de España en contínua guerra con los enemigos del Islam, podian usar del vino por lo que esta bebida acrecienta el ánimo de los soldados para las batallas. Alhakem, dice la crónica, que era religioso, abstinente y muy devoto en las exposiciones del Coran, no pudo ver sin conmoverse desconocidas hasta tal punto las prescripciones de la ley, y reunió á sus doctores para cortar el abuso. Objetáronle estos la opinion antes mencionada, pero el califa reprobó estas interpretaciones, y mandó arrancar las viñas en toda España, dejando únicamente la tercera parte de las vides para aprovechar el fruto de la uva en su sazon, en pasas y en arrope (1).

Fuerza es ahora que nuestros lectores nos sigan á la region septentrional de Africa, sobre la cual habia extendido su dominacion el último califa de Córdoba. Hasta el año 973 habíase mantenido la paz entre las tribus africanas, pero en dicho año algunos movimientos entre ellas ocurridos llamaron de nuevo á aquel país los ejércitos andaluces.

El emir fatimita Moez ben Ismail, señor de Cairvan, acababa de conquistar el Egipto y de echar los fundamentos del inmenso imperio que entre los califas de Córdoba y los califas de Bagdad habia de inquietar á los primeros y engrandecerse á expensas de los segundos, dominados ya por los Turcos. Alentado con la fortuna que parecia acompañar á sus banderas, invadió el Magreb, gobernado á nombre de los califas cordobeses; el edrisita Alhasan, que ejercia aquel gobierno, abandonó deslealmente la causa de su soberano y se pasó á los Fatimitas, que hacian proclamar en las ciudades y aljamas africanas el nombre de Moez. En vano Ghiafar, general de Alhakem, salió contra los invasores y alcanzó contra ellos una señalada victoria; la guerra prosiguió viva, y Ghiafar hubo de retirar- 972
se á Andalucía, llamando desde entonces los asuntos de Africa toda la atencion del califa.

Sin dilacion ordenó este aprestar naves en todos los puertos de Andalucía y disponer numerosas huestes para contener al enemigo. El wali Muhamad ben Alcasim recibió el mando del ejército, y una vez en Africa, encontró á Alhasan en los confines de Tánger. Empeñada la batalla, experimentaron los Andaluces sangrienta derrota, quedando cadáver en el campo el general ommiada. Los restos de su destrozado ejército se refugiaron en Tánger y Ceuta, únicas ciudades que quedaban al soberano cordobés, desde donde solicitaron refuerzos. Sin desalentarse, expidió Alhakem las órdenes necesarias para la reunion de un nuevo ejército, cuyo mando confió á Galib, esforzado guerrero tanto como inteligente

(1) Conde, P. 2.ª, c. LXXXX.

A. de J. C. hombre de estado, dirigiéndole en el acto de la despedida las siguientes palabras: «No has de volver sino vencedor ó muerto; el objeto es vencer, y por lo mismo no seas avaro ni mezquino en premiar á los valientes.»

973. Galib, que sabia las intenciones del califa, no se limitó á emplear las armas contra el rebelde Alhasan; conocia un medio omnipotente para obrar sobre los emires berberiscos del Magreb, que constituian la principal fuerza del Edrisita, y acudió á él. A fuerza de oro ganó á la mayor parte de los emires africanos, y en una sola noche se vió Alhasan abandonado por todas sus tropas, á excepcion de algunos caballeros que le ayudaron á refugiarse en la inaccesible *Peña de las Aguilas*, donde habia dejado su harem y sus tesoros. Hasta allí le persiguió el general ommiada, y bloqueados rigurosamente, Alhasan y los suyos hubieron en breve de solicitar cuartel, prometiendo el primero marchar á Córdoba á disposicion del califa. Alhasan abrió las puertas de la inexpugnable fortaleza, y Galib tomó posesion de ella en nombre de su señor en octubre de 973.

Continuando en seguida la sumision del territorio, apoderóse de muchas fortalezas, expulsó del país á los partidarios del emir de Cairvan, y mandó ejecutar á muchos alcaides que se habian distinguido por su animosidad contra los Musulmanes españoles. Detúvose algunos dias en Fez, donde dejó un walí de su confianza, y tomó con sus prisioneros el camino de España, llegando á Al-
974. geciras á últimos de ramazan del año 363 (junio de 974). Alhakem concedió permiso á Alhasan y á los suyos para establecerse en Córdoba, y saliendo al encuentro de su victorioso general y del vencido Edrisita, los tres entraron en la capital de Andalucía en medio de las aclamaciones y del regocijo del pueblo.

975. Alhasan y los suyos permanecieron en Córdoba hasta el año 365 (975), magníficamente tratados por el califa, pero pronto se cansó el Edrisita de su dorada prision, y manifestó deseos de volver con su familia á Africa. Concedióle permiso Alhakem, aunque con digusto, para que así lo verificara, con la condicion, empero, de que habia de residir en el Africa oriental, donde su presencia era menos peligrosa. Embarcóse pues el Africano con su familia y tesoros con direccion á Tunez, pero una vez allí, infiel á lo pactado, tomó el camino de Egipto, donde se puso bajo el amparo de Moez, por cuya causa peleara en Africa. El soldan de Egipto escribió entonces una amenazadora carta al califa de Córdoba llamándole usurpador de los estados del Magreb, y prometiéndole pasar en breve á su conquista con innumerables fuerzas; mas por aquel entonces no tuvieron sus amenazas ulterior resultado, y el Africa septentrional mantúvose hasta la muerte de Alhakem bajo la dependencia de España, dependencia vaga é incierta como lo ha sido siempre la sumision de los pueblos de aquel país.

Libre de los cuidados en que la guerra de Africa le sumiera, Alhakem pudo consagrarse por completo á los pacíficos y literarios trabajos que tanto le complacian, y á instancias de su muger favorita Sobeya, dispuso celebrar en Córdoba con gran solemnidad la proclamacion y reconocimiento de su hijo Hixem, aunque muy niño, como futuro sucesor al trono. Congregados los walíes de las principales capitanías, los wazires, alcatibes y caudillos de todas las provincias, hubo con este motivo grandes fiestas, en las que en una corte artística y literaria como era la de Córdoba, no faltaron discursos y poesías con que los ingenios todos de España celebraron las glorias del padre y las esperanzas que se

cifraban en el hijo. La obra de Conde contiene una larga enumeracion de los sabios y poetas que con este motivo se trasladaron á Córdoba, y por su número y por el de las obras presentadas puédese venir en conocimiento de los progresos que la amena erudicion habia hecho entre los Arabes de España y del gran favor de que gozaban los literatos bajo el reinado de Alhakem II.

A ejemplo del califa, y los walíes, wazires y jeques principales, así de la capital como de las provincias, protegian y honraban á los sabios, no desperdiciando ocasion ninguna de manifestarles el alto aprecio que hacian de su talento, y era tal la aficion de aquella sociedad á los placeres literarios, que se recitaba una *sura* ó una poesía inédita delante de las personas á quienes se trataba de obsequiar, como se les ofrece en el dia una taza de café ó un sorbete.

Hasta las mugeres participaban de la general ilustracion y gusto por las recreaciones del entendimiento, y el alcázar de Alhakem, dice Lafuente, era como un plantel de literatas que hubieran podido ser el ornamento de la buena sociedad en los mejores siglos. Radhiya era poetisa é historiadora, y en un viaje que hizo á Oriente captóse la admiracion de todos los sabios. Lobna, versada en la gramática y poesía, en la aritmética y en otros ramos del saber humano, era de quien se valia el califa para escribir sus asuntos reservados. Maryem enseñaba en Sevilla literatura á las doncellas de las familias principales, y de su escuela salieron muchas alumnas que eran las delicias de los palacios de los príncipes y grandes señores. No fueron estas las únicas mugeres célebres que por su erudicion se distinguieron durante el reinado de Alhakem, y los escritores árabes se complacen en enumerar otras muchas, ornamento de la corte y de las principales ciudades.

Despues de lo explicado, inútil es decir si buscaria Alhakem los mas sabios y entendidos profesores para la educacion de su hijo, y si colocaria á los hombres literatos y doctos, á quienes tanto afecto profesaba, en los mas honoríficos y eminentes puestos del estado.

Pero no eran estas amenas ocupaciones las únicas que llenaban los momentos del excelente califa: á expensas de su tesoro privado mandó reparar las mezquitas y las hosterías públicas, hizo construir fuentes en las aldeas y en los caminos, recomponer por todas partes los puentes y acueductos, y fomentó, en una palabra, cuantas obras podian contribuir al bienestar de sus pueblos. Por el padron ó matrícula general que mandó formar de los pueblos de sus estados sabemos que habia en la España musulmana seis grandes capitales, ochenta ciudades muy populosas, trecientas de tercera clase y considerable número de aldeas, lugares y caseríos. Solo en las tierras que riega el Guadalquivir se contaban doce mil, y segun algunos autores, habia en Córdoba doscientas mil casas, seiscientas mezquitas, cincuenta hospicios, ochenta escuelas públicas y nuevecientos baños para el pueblo. Las rentas del estado ascendian anualmente á doce millones de mitcales de oro, sin contar las del azaque, que se pagaban en frutos. Se beneficiaban muchas minas de oro, plata y otros metales por cuenta del rey y algunas por particulares en sus posesiones, siendo muy celebradas las de Jaen, Bulche y Aroche, y las de los montes del Tajo, en los Algarbes. Habia minas de piedras preciosas, y esplotábanse dos de rubíes en la parte de Beja y Málaga. Pescábase el coral en las costas de Andalucía y perlas en las de Tarragona, con-

viniendo las crónicas arábigas en que, durante la prolongada paz que mantuvo Alhakem, hizo la agricultura considerables progresos en todas las provincias de España. Abriéronse canales de riego en las vegas de Granada, Murcia, Valencia y Aragon, construyéronse albuferas ó lagos para el riego, é hicieronse diversas plantaciones de toda especie como convenia á la calidad y clima de las provincias. En suma, el buen califa Alhakem, para hablar como uno de sus historiadores, mudó las lanzas y espadas en azadas y rejas de arado y convirtió los ánimos guerreros é inquietos de los Muslimes en pacíficos labradores y pastores (1). Los mas ilustres caballeros se preciaban de cultivar por sus manos sus huertos, y los cadíes y alfaquíes se holgaban en la apacible sombra de sus parrales: todos iban al campo y moraban en las aldeas dejando las ciudades, unos en la florida primavera, otros en el otoño y las vendimias. Muchos pueblos, siguiendo su natural inclinacion, se entregaron á la ganadería y trashumaban de unas provincias á otras, procurando á sus rebaños comodidad de pastos en ambas estaciones (2). Durante la *mesaifa* ó estacion de verano, buscaban las regiones frescas del norte y del este, y durante la *mesta* ó cuarteles de invierno, volvian á los templados campos del mediodía y del oeste. La mayor parte de los usos que las tribus árabes así dedicadas al pastoreo introdujeron en España y de los privilegios que para sus rebaños gozaban, se han conservado casi hasta nuestros dias, y de ellos ha podido traer orígen la institucion conocida con el nombre de *mesta* (3).

Tarea por demás prolija, dice la crónica, seria referir punto por punto las virtudes y grandeza de ánimo de este sabio califa y la mucha prosperidad de España en su tiempo, y para terminar su historia como la hemos empezado, esto es hablando de su amor á los libros, diremos que la biblioteca fundada por él en el palacio de Meruan en vida de su padre, se aumentó durante su reinado hasta seiscientos mil volúmenes, cifra asombrosa á que no llegó en aquel tiempo biblioteca alguna y á que muy pocas llegan en el dia. Las obras de Aristóteles, de Hipócrates y de Galeno, las de Ptolomeo, Euclides, Arquímedes, Apolonio y Aristarco, se hallaban en ella traducidas, y las de Aristóteles sobre todo gozaban de gran favor entre los Arabes andaluces, siendo ellos las primeros que las dieron á conocer en la otra parte de los Pirineos. La poesía, como tantas veces hemos dicho, era la base de la educacion árabe, segun aquellas palabras del profeta: «Enseñad la poesía á vuestros hijos; ella ilumina el espíritu, ella hermosea la sabiduría, ella hace hereditarias las heróicas virtudes,» y Alhakem no podia dejar de ser poeta, y lo era por educacion y por genio (4).

---

(1) Conde, P. 2.ª, c. LXXXXIII.

(2) Id., l. c.

(3) Estos rebaños, lo mismo que sus pastores, se llamaban *moedinos*, errantes y trashumantes, y Conde opina que de este nombre alterado ha procedido el de nuestros ganados *merinos*.

(4) Al partir para la campaña de San Esteban de Gormaz despidióse de su sultana predilecta Sobeya con esta bella y sentida poesía:

De tus ojos y los mios — en la triste despedida
De lágrimas los raudales— innundaban tus mejillas:
Líquidas perlas llorabas,— rojos zafires vertias,
Juntas en tu lindo cuello— precioso collar hacian.
Extraño, amor, al partir— como no perdí la vida:
Mi corazon se arrancaba,— el alma salir queria.

Amante Alhakem de la paz como su antecesor Hixem I, dirigia á su hijo Hixem II los mismos consejos que daba aquel á su sucesor Alhakem: «No hagas sin necesidad la guerra; manten la paz para tu ventura y la de tus pueblos; no saques tu espada sino contra aquellos que cometan injusticias. ¿Qué placer hay en invadir y destruir pueblos, arruinar estados y llevar la desolacion y la muerte hasta los confines de la tierra? Ten en paz y justicia á tus pueblos, y no te deslumbren las falsas máximas de la vanidad: sea tu justicia un lago siempre terso y puro, modera tus ojos, pon freno al ímpetu de tus deseos, confia en Dios, y llegarás con serenidad al aplazado término de tus dias (1).» A. de J. C.

Durante este reinado y gobernando Borrell II el condado de Barcelona, vino á estudiar á España cerca del obispo de Ausona, llamado Otho, quien gozaba fama de ser el primer matemático de Occidente, Gerbert, monge de Aurillac, que fué despues papa bajo el nombre de Silvestre II. Durante su permanencia en Cataluña adquirió grandes conocimientos en matemáticas y en física experimental, y manifestó aquella actividad de ánimo que debia elevarle despues á los puestos mas eminentes; acompañó á Borrell á Roma en 971, y tomó parte en las negociaciones que hizo Otho cerca del papa Juan XIII para obtener la ereccion de la sede episcopal de Ausona en iglesia metropolitana independiente de Narbona. Juan XIII dió en efecto una bula para que así se verificara (2), mas no parece que el obispo de Vich llegase á usar nunca mas título que el de obispo.

Los dias de Alhakem II pasaron, dice la crónica, como pasan los agradables sueños que no dejan sino imperfectos recuerdos de sus ilusiones; fué trasladado á las moradas eternas de la otra vida, en donde hallaria como todos los hombres aquellas moradas que labró antes de su muerte con sus buenas ó malas obras. Falleció en su palacio de Zahara á los dos dias del mes de safar del año 366 (29 de setiembre de 976) ó los sesenta y tres años de su edad, y quince años cinco 976.
meses y tres dias de su reinado. Su féretro fué acompañado por infinita gente que acudió de las comarcas inmediatas y fué sepultado en el cementerio de la Rusafa. Su hijo Hixem bajó á la tumba á rezar por él, y al volver á subir no podia contener sus lágrimas (3).—Bien hacia en llorar el pobre niño; con su padre habia descendido al sepulcro todo el porvenir de la raza de los Omeyas, y una espléndida cárcel iba á recibir como una presa, para no soltarla jamás, al hijo de Alhakem II, apellidado como por irrision El Muyad Billah (el Protegido de Dios).

Ojos en llanto anegados,— aquellas lágrimas mias
Si del corazon salieron —en su propia sangre tintas,
Este corazon de fuego —¿cómo no se deshacia?
Loco de amor preguntaba—¿dónde estás, bien de mi vida?
Y estaba en mi corazon —y con su encanto vivia:
A sin razon me querello—de amor que en ansias suspira,
Y de los ojos que lloran,— y del corazon que hechizas.

(1) Conde, P. 2.ª, c. LXXXXIV.
(2) Véase á Pujades, Cr. univ. del Principado de Cataluña, l. XIV. c. XXI.
(3) Conde, l. c.

CAPITULO XVI.

Hixem II.—Almanzor, primer ministro y regente del califato.—Su nacimiento; sus altas prendas; su política; sus campañas.—Minoridad de Ramiro III de Leon.—Mayor edad de este monarca.—Proclamacion de Bermudo II el Gotoso.—Guerra civil entre Gallegos y Leoneses.—Sitio y toma de Leon y Astorga por Almanzor.—Muerte de Ramiro III.—Expediciones musulmanas á Castilla y á la España oriental.—Toma de Barcelona.—Sucesos en Africa.—Los sietes Infantes de Lara.—Dinastía de los Zeiríes en Africa.—El conde Borrell II recobra la ciudad de Barcelona.—Rebelion y muerte de Abdallah, hijo de Almanzor.—Muerte de Borrell II.—Almanzor vence y hace prisionero al conde de Castilla García Fernandez.—Expedicion á Galicia.—Toma y destruccion de Santiago de Galicia.—Muerte de Bermudo II de Leon.—Alfonso V.—Los Musulmanes españoles en Africa.—Nuevas expediciones contra los cristianos.—Alianza de los soberanos de Leon, Castilla y Navarra para resistir á los Musulmanes.—Batalla de Calatañazor.—Rota y muerte de Almanzor.

Desde el año 976 hasta el 1002.

Podemos anunciar que llegamos á uno de los períodos mas importantes de la dominacion sarracena en España, dice Lafuente al llegar á esta época tan calamitosa para nuestros mayores. Por una rara y singular coincidencia, añade, de los cinco estados independientes que se han formado en nuestra Península, á saber: el imperio árabe, los reinos de Leon y Navarra, y los condados de Barcelona y Castilla, en los tres primeros y mayores reinan simultáneamente tres niños, Ramiro III en Leon, Sancho Garcés el Mayor en Navarra, é Hixem II, que ha sucedido á su padre Alhakem II, en Córdoba: acontecimiento nuevo para los tres reinos, de donde hasta ahora hemos visto excluidos á los príncipes de menor edad. ¿Cuál de los tres tiernos soberanos prevalecerá sobre los otros? Naturalmente habrá de preponderar aquel que tenga la fortuna de ver depositadas las riendas del estado que él no puede manejar en manos mas robustas y vigorosas, el que vea encomendada la direccion del reino á persona de mas talento y capacidad, la de la guerra á genio mas activo y emprendedor (1).

Acabada la pompa funeral del califa Alhakem, fué aclamado Hixem, su único hijo (cosa extraña en aquella prolífica familia), que contaba entonces diez años de edad. Su solemne jura se celebró con gran concurrencia de walíes, cadíes, wazires y otros principales ministros del estado el lunes 5 de la luna de safar (2 de octubre), y el mismo dia fué nombrado hagib ó primer ministro aquel Ghiafar que tanto se habia distinguido en la campaña de Africa.

Entre los wazires se hallaba un hombre al que importa conocer bien, porque él solo por espacio de mucho tiempo ocupará la escena en la España musulma-

(1) Lafuente, P. 2.ª l. I, c. XVIII.

na: aquel hombre, á quien Alhakem elevara de la dignidad de cadi á la de wazir, llamábase Muhamad ben Abdallah ben Abi Ahmer el Moaferi, y era natural de Torasch, aldea cerca de Algeciras, habiendo venido al mundo en el mismo año de la gran derrota de los Musulmanes en Simancas (939), como si Dios, dice la crónica arábiga, hubiese hecho nacer al vengador futuro al mismo tiempo que los Musulmanes sufrieron la afrenta. Tenia por consiguiente treinta y siete años cuando Hixem fué elevado al califato en 976, y era además secretario privado de Sobeya, la esposa favorita de Alhakem, que habia intervenido en todos los negocios del imperio durante los últimos diez años, y única muger que desempeñó un papel político en la historia de los Ommiadas. Muhamad gozaba cerca de ella de grandísimo favor, y sin decirnos la historia porque cualidades habia entrado tan profundamente en la privanza de la muger predilecta de Alhakem II, limítase á decirnos haber merecido el aprecio de la corte por su talento y gentileza. Su padre habia sido muy particularmente honrado por Abderrahman III, y su madre pertenecia á una de las mas ilustres familias de España. Muy jóven aun, fué á estudiar á Córdoba, donde se distinguió especialmente en la poesía, indispensable complemento de la educacion arábiga, y al morir su padre, hallábase entre los donceles del califa. Alhakem le distinguió y le nombró sucesivamente cadi y wazir de su consejo, y Sobeya que, á lo que parece, le distinguió mas aun, hizo de él su secretario y despues su mayordomo. Este fué el orígen de su deslumbrante fortuna. Considerando la madre de Hixem la poca edad de su hijo, encargó el cuidado del gobierno, con el título de primer hagib, á este Muhamad ben Abi Ahmer, tan célebre despues bajo el nombre de Almanzor, que no es mas que la forma española del sobrenombre árabe El Mansur (el Victorioso, el Defensor), que no tardó en merecer.

Vióse entonces el imperio árabe en una situacion nueva. Por una parte, un califa, un iman que solo lo es de nombre, á quien nadie conoce, que solo se manifiesta por ciertos actos oficiales del poder soberano, por la inscripcion de su nombre en las monedas, por la mencion de su título en la *chotba* y en los actos públicos, llevando una existencia misteriosa en el solitario cautiverio de su palacio de Zahara, donde su madre y su primer ministro le hacian envejecer en prolongada infancia. Por otra, un hagib omnipotente, dirigiéndolo y gobernándolo todo de una manera absoluta hasta el punto de parecer soberano y no ministro. Gran guerrero, Almanzor lo sostuvo y resolvió todo por medio de la guerra, verificó en veinte y seis años cincuenta y dos expediciones contra los cristianos, y, segun un autor árabe, nunca su bandera fué humillada, ni volvió su ejército la espalda.

Era Almanzor, dice Masdeu, hombre sabio, político, sagaz y muy valiente guerrero, pero sujeto á las flaquezas de la ambicion, que es la sombra en que se oscurecen las mayores virtudes y el escollo en que quiebran los varones mas fuertes. Para encubrir esta su pasion que le dominaba, dió á la monarquía un aspecto aparente de república, formando una junta de senadores, que dependiendo todos de él solo, pareciese que tenian parte en el gobierno como compañeros. Sosegó á los principios las inquietudes del reino y procuró ganarse los corazones de toda clase de gentes, lisonjeando á cada uno segun su pasion y necesidad: á los bajos aliviándolos de las alcabalas y tributos; á los grandes y ricos tratán-

dolos como á iguales y dispensándoles todo el honor á que aspiraban, y á los letrados ó estudiosos entrando muchas veces en sus escuelas, asistiendo á sus academias y funciones, y oyendo de ellos mismos lo que hacian y proyectaban para ayudarlos y premiarlos. Dos veces al año salia á campaña contra los cristianos, y casi siempre volvia vencedor, ya ganándoles batallas, ya tomándoles ciudades ó fortalezas... Fué superior á muchos guerreros en la severidad y clemencia, dos cualidades tan necesarias á todo general y tan difíciles de hermanarse. Acababa con hierro y fuego las ciudades que se le resistian, pero jamás permitió que se hiciese el menor agravio á quien se le rendia voluntariamente. De toda presa y botin hacia siempre dos partes, cediendo la una á los soldados, y empleando la otra en beneficio del público, sin tomar para sí mas que la gloria por parecerle premio abundantísimo de sus trabajos y sudores (1).

Este rápido bosquejo nos muestra á Muhamad bajo un aspecto bastante favorable, y bajo el mismo nos lo pintan todos los historiadores cristianos, ninguno de los cuales dejó de alabar mas ó menos al héroe; el mismo Conde elogia sobre todo á Almanzor por su lealtad á Hixem (2), como sino hubiera sido una necesidad de su situacion. Veamos, pues, en qué consistia esta lealtad del ministro.

Hixem, nos dice el mismo autor, así por sus pocos años, como por su natural inclinacion, no pensaba sino en sus juegos é inocentes placeres, no salia de sus alcázares y deliciosos jardines, ni deseaba otras distracciones ni recreos que no conocia: en su retiro estaba siempre rodeado de esclavillos de su edad que vivian encerrados con él y con nadie comunicaban. Algunos walíes que habian venido para su proclamacion quisieron hablar con él antes de su partida, pero Sobeya, de acuerdo con el hagib, les excusó la visita, y todos hubieron de marchar sin haber hablado con su soberano. La política de Almanzor, y lo que es mas extraño la de la sultana madre, fué mantener al tierno califa en una ignorancia y como niñez perpétua para que no conociera nunca su posicion, ni nunca pensara en emanciparse de la tutela en que se propusieran tenerle.

Desde el primer año de su gobierno quiso distinguirse el favorito por ilustres empresas, y anunció á los walíes y generales de las fronteras que pensaba romper la tregua que habia con los cristianos. Estas noticias fueron muy gratas al vulgo de los Muslimes, y no se oian sino alabanzas del hagib Muhamad y anticipados anuncios de sus futuras victorias.

Con este designio concertó avenencia y paz con el fatimita Balkin ben Zeiri, que corria tierra de Magreb y tenia puesto cerco á la ciudad de Ceuta. El emir africano se obligó á proporcionar anualmente á Almanzor cierto número de caballos y soldados berberiscos mediante ciertas condiciones, y levantando el sitio de aquella plaza, se retiró á sus posesiones. Esto dió motivo á que algunos enemigos del privado censurasen la paz solicitada por Muhamad de los mas constantes enemigos del rey Alhakem, al propio tiempo que declaraba la guerra á los cristianos de Galicia y Afranc, que siempre se habian mostrado fieles á lo estipulado con el anterior califa. Almanzor supo acallar estas murmuraciones, y á princi-

(1) Hist. crít. de Esp., t. XII, p. 244.
(2) Conde, en el Prólogo, p. XVII.

pios del año 367 (977) partió á visitar las fronteras de la España oriental, dando órden á los walíes y alcaides del país de tener prontas sus tropas para hacer cada año dos entradas en tierra de cristianos, cuando por una parte, cuando por otra: pasó en seguida por Zaragoza y visitó la frontera de los montes de Afranc, comunicando á aquellos caudillos idénticas órdenes; y torciendo enseguida hácia el Duero, penetró en Galicia al frente de las tropas de Mérida y Lusitania. Devastó campos, incendió aldeas, apoderóse de muchos cautivos y ganados sin hallar resistencia en parte alguna, y volvió á Córdoba satisfecho del éxito de sus primeras algaras, que por lo rápidas é imprevistas no pudieron ser impedidas ni dieron lugar á ningun sangriento combate entre cristianos y musulmanes. A. de J. C. 977.

Á fines de este año desembarcaron en Algeciras las tropas de caballería que, conforme á lo tratado en Ceuta, enviaba Balkin ben Zeiri para la guerra contra
cristianos, y á su cabeza renovó Almanzor, llegado el siguiente año 978, sus ex- 978.
cursiones á Leon y á Galicia. En manos aquel reino de un monarca niño y de dos piadosas mugeres, dice Lafuente, no preparado por otra parte á la guerra, y acostumbrado á la paz en que Alhakem le habia dejado vivir, poca resistencia podia oponer al intrépido guerrero musulman, el cual volvió á Córdoba llevando consigo muchos jóvenes cautivos de uno y otro sexo, siendo recibido con grandes demostraciones de entusiasmo. Entonces fué, dice Conde, cuando recibió el nombre de Almanzor, acreditando con el tiempo ser merecedor de tan insigne título.

Pero no se crea que aun cuando poseyera la absoluta confianza de la sultana madre y hubiese reducido á la nulidad al califa, aun cuando obrara, en una palabra, con la autoridad de un soberano, dejase el favorito de contar con muchos y elevados enemigos que habian visto con marcado disgusto su prodigiosa fortuna, siendo el principal entre ellos Ghiafar, nombrado hagib el dia de la proclamacion de Hixem y no despojado de derecho todavía de su autoridad. Astuto y mañoso deshízose de ellos el regente soberano, castigando directamente á unos, é indisponiendo á los otros entre sí para que se destruyesen mútuamente. Si tomaba alguna medida odiosa, como por ejemplo la disminucion de la guardia slava tan adicta á los Ommiadas, procuraba hacer caer su odiosidad sobre su compañero Ghiafar, desprestigiándole con los Meruanes mismos. La ocasion de perderle del todo no habia de tardar en proporcionársele. En la expedicion que
con arreglo á su sistema hizo en la primavera del año 979, á las provincias fron- 979.
terizas de la España oriental, fué tan pródigo en la remuneracion de sus huestes, que Ghiafar hubo de quejarse por las escasas cantidades que habian ingresado en el tesoro. Era en este tiempo dañoso y mal seguro, dice la crónica, no ser amigo de Almanzor, ó tibio siquiera en sus alabanzas, y el hagib favorito que supo las expresiones proferidas por su compañero, aprovechó aquel pretexto para desembarazarse del único competidor que le quedaba. Preso, despojado de sus bienes, honores y empleos, el infeliz Ghiafar murió cuatro años despues en su cárcel de consuncion y melancolía, si bien suponen algunos autores haber muerto víctima del insaciable rencor de su enemigo.

Liberal hasta el extremo con el soldado, hábil en el arte de ganarse su voluntad, conocia á todos por sus nombres, invitaba á su mesa á los que mas se distinguian y colmábalos de honras y favores; muy severo y rígido al mismo

tiempo en la disciplina, cuenta El Makari que al pasarles revista los hombres estaban en las filas inmóviles y como clavados, sin que apenas se oyera el relincho de un caballo, y añade que cierto dia mandó decapitar á un soldado, solo por haber faltado con su espada á la uniformidad del movimiento. Clemente con los vencidos, incapaz de permitir excesos ni violencias contra la gente pacífica y desarmada, procuraba, por política ó por generosidad, hacerse querer de los cristianos, á quienes por otra parte procuraba exterminar, y esto le proporcionó alianzas é inteligencias entre sus mismos enemigos. «Su liberalidad y sus larguezas, dice el monge Silense, fueron de gran provecho á Almanzor, en cuanto se atrajo por su medio gran número de soldados cristianos: de tal manera hacia justicia, que segun hemos oido á nuestro mismo padre, cuando en sus cuarteles de invierno se levantaba alguna sedicion, para apagar el tumulto ordenaba primero el suplicio de un bárbaro (un musulman) que el de un cristiano (1).»

Con su conducta llegó á ser el ídolo de los soldados, y se rodeó de un ejército no adicto al islamismo y al jefe que lo representaba, sino entusiasta por un hombre, cosa inaudita entre los Musulmanes. Desde sus primeras expediciones contra los cristianos, Muhamad Almanzor, cada vez que volvia del campo de batalla hacia recoger con gran cuidado el polvo que habian recogido sus vestidos y lo guardaba en una caja destinada á este uso, que llevaba siempre consigo entre sus objetos mas preciosos, queriendo que á la hora de su muerte cubriesen con aquel polvo su sepulcro.

En la guerra estaba todo el secreto del poder de Almanzor, y su política consistió casi toda en hacer ricos á sus soldados y sobre todo á los Berberiscos, y en recompensarlos de todos modos. Los infantes y ginetes que del Africa sacaba constituian la fuerza principal de sus ejércitos, y cada año aumentaba su número, atraidos naturalmente por la fama de la consideracion y favores de que en España gozaban. Muchos eran los que se establecian de un modo permanente en la Península, y así logró el regente formar una especie de ejército estable y asalariado, y adicto ciegamente á sus intereses. Dícese que en una revista que pasó en Córdoba durante los primeros años de su gobierno, reunió doscientos mil caballos y seiscientos mil infantes, pero esto debia de ser una revista general de las tribus y no de un ejército regimentado y permanente. A cada primavera y á cada otoño seguíanle aquellas tribus que habitaban la frontera por donde habia resuelto llevar aquella vez la guerra, y engrosada la hueste con los miles de ginetes berberíes ó andaluces que tenia á sueldo, dirigiase ya á un punto ya á otro, al norte, al oriente ó al occidente. El territorio de Castilla, al norte del Duero, y Galicia eran sin embargo con mas frecuencia que la España oriental objeto de sus ataques, y como Anibal jurara odio eterno é implacable á Roma, parecia haber jurado él por el nombre del profeta acabar con los cristianos españoles.

El y su hijo primogénito Abdelmelek no se ahorraban fatigas ni peligros en aquellas interminables guerras, en que, segun nuestras crónicas, corrió á torrentes la sangre cristiana. Al principio de este reinado hallábase Abdelmelek entre los donceles del califa, pero su padre le confió sucesivamente varios empleos en

(1) Monach Silens. Chr., n. 7.

el ejército, y le llevaba consigo en sus expediciones por tierra de los cristianos para que se acostumbrase á los trabajos de la guerra y aprendiese á su lado el acaudillamiento de las huestes. El hijo de Almanzor dió en varias ocasiones claras muestras de su valor y destreza en las armas, y adquirió entre los Musulmanes andaluces la reputacion de muy esforzado caballero (1). A. de J. C.

Los detalles y el objeto particular de cada una de las expediciones de Almanzor contra los cristianos no han llegado hasta nosotros, pues muy difícil habia de ser para los escritores de aquellos tiempos referir todas las campañas de aquel hombre esencialmente guerrero, que sin contar mas que sus dos expediciones anuales, resulta haber hecho en veinte y seis años de gobierno cincuenta y dos campañas. Las principales de ellas, empero, y las circunstancias mas notables que las acompañaron han quedado consignadas en nuestras crónicas ó en las historias arábigas.

Cuentan por ejemplo las segundas que, estando Almanzor en tierra de Galicia á la vista de una poderosa hueste de cristianos en el año 370 (980), pregun- 980.
tó al esforzado caudillo Mushafah: «¿Cuántos valientes caballeros te parece que vienen en nuestra hueste?—Tú bien lo sabes, contestó Mushafah—¿Te parece que serán mil caballeros? volvió á preguntar Almanzor.—No tantos.—¿Serán quinientos?—No tantos, repitió Mushafah.—¿Serán ciento ó siquiera cincuenta?—No confio sino en tres» contestóle el caudillo, y mientras Almanzor se maravillaba de esta respuesta, salió del campo de los cristianos un caballero bien armado en un hermoso caballo, y dijo: «¿Hay quién salga á pelear conmigo?» Salió luego contra él un caballero musulman, y antes de una hora el cristiano le mató, y dijo: «¿Hay otro que salga contra mí?» Otro Muslim salió en efecto, pero antes de una hora tuvo igual suerte que su antecesor. Los cristianos daban grandes voces de aplauso y alegría y los Muslimes gemian de despecho é indignacion, voces y gemidos que aumentaron cuando el cristiano derribó de un bote de lanza al tercer caballero que habia salido contra él. El esforzado campeon se tornó á su campo, mudó de caballo y salió en otro tan bueno como el primero, que iba cubierto con una gran piel de fiera, cuyas manos pendian anudadas á los pechos del caballo y sus uñas parecian de oro. Almanzor prohibió que saliera nadie contra él, y llamando á Mushafah le dijo: «¿No has visto lo que ha hecho este cristiano todo el dia?—Lo ví por mis ojos, respondió Mushafah y en ello no hay engaño, y por Dios que el infiel es muy buen caballero y que nuestros Muslimes están acobardados.—Mejor dirias afrentados» exclamó Almanzor. En esto el caballero con su feroz caballo se adelantó y dijo: «¿No hay quién salga contra mí?—Ya veo, Mushafah, dijo Almanzor, ser cierto lo que me decias, que apenas tengo tres valientes caballeros en toda la hueste: si tú no sales, irá mi hijo, y sino iré yo mismo, que no puedo ya sufrir tanta injuria.—Pronto tendrás á tus piés su cabeza y la erizada y preciosa piel que cubre su caballo,» exclamó Mushafah, y salió al momento contra el cristiano. Este le preguntó: «¿Quién eres? ¿Qué rango ocupas entre los nobles Muslimes?—Esta es mi nobleza, esta es mi prosapia,» gritó Mushafah blandiendo su lanza y arremetiendo contra él. Ambos caballeros pelearon con mucho valor y destreza,

(1) Conde, P. 2.ª, c. LXXXVII.

A. de J. C dándose crudos botes de lanza, revolviendo sus caballos, y evitando sus golpes, entrando y saliendo el uno contra el otro con admirable gallardía; pero Mushafah, que era mas mozo y suelto y estaba mas descansado, revolvia su corcel con mas presteza, y dando á su valeroso enemigo una mortal lanzada por un lado, cayó este derribado del caballo. Saltó Mushafah del suyo, y cortándole la cabeza y despojando al caballo de la hermosa piel, se tornó á Almanzor, quien le abrazó é hizo proclamar su nombre delante de todo el ejército. Dada la señal, ambas huestes trabaron sangrienta batalla, que separó presto la venida de la noche. Al dia siguiente los cristianos no quisieron volver á la pelea, y habiéndose retirado al despuntar del dia, Almanzor volvió triunfante á Córdoba (1).

A esta misma campaña de 980 ha de atribuirse, á lo que parece, un incidente no menos curioso que refiere Masdeu tomándolo de Rodrigo de Toledo.—«Una vez, dice, al volver de devastar las tierras de Castilla, halló que los nuestros, fortificándose en un monte cubierto de nieve, le impedian la vuelta para Córdoba. Entonces, con la mayor serenidad de animo fijó sus tiendas en la llanura, mandó labrar y sembrar la tierra al rededor del campo, mientras que con sus repetidas excursiones hacia tanto daño por las vecindades, que los mismos Castellanos, para que se fuese, hubieron de abrirle paso y aun pagarle la sementera que habia hecho para manutencion y forrage (2).»

En el intérvalo de sus campañas, en las cortas épocas que residia en Córdoba, Almanzor nada omitia de cuanto podia grangearle el favor popular. Como todos los hombres de genio que comprenden la importancia de las letras, rodeábase de aquellos hombres cuyo talento podia emplearse en beneficio de sus vastísimos proyectos, y continuaba en esto la politica de los anteriores califas cuyas prerogativas habia usurpado. Al propio tiempo Sobeya, que comprendió la necesidad de atraerse el respeto de su pueblo por medio de obras y trabajos de utilidad general, mandó elevar en Córdoba una magnífica mezquita, que se llamó de su nombre Sobeya y mas comunmente de la madre de Hixem (3).

Nada interrumpia sin embargo las dos expediciones anuales de Almanzor.
981. En 371 (desde julio de 981 hasta junio de 982), penetró tambien por tierras de Castilla, que los Arabes seguian nombrando Galicia, con numerosas y escogidas tropas de á pié y de á caballo. Los musulmanes talaron los campos, pusieron cerco á Zamora y la entraron por fuerza de armas, ocuparon otras fortalezas y mas de cien lugares, robaron ganados y cautivaron mozos y doncellas. Almanzor mandó destruir los muros de los pueblos que los tenian, y fué tan considerable el botin, que faltaban carros y acémilas para transportarlo, y que los soldados todos pudieron saciar bien su codicia. El vencedor hagib hizo su entrada en la capital del califato de Occidente, precedido de mas de nueve mil cautivos, que iban en cuerdas de á cincuenta hombres; el walí Abdallah volvió por su parte á Toledo con cuatro mil cautivos, y el autor árabe, que nos sirve de guia, refiere que en su camino habia mandado cortar otras tantas cabezas de infieles, sin expresar el motivo de tan sangrienta ejecucion (4).

(1) Conde, P. 2.ª, c. LXXXXVII.
(2) Masdeu, Hist. crít., t. XII P. 244.—Roder. Toled., Hist. Arabum, c. XXXI, p. 26.
(3) Conde, l. c.
(4) Id., l. c.

Y no es extraño que fueran tan afortunadas las expediciones musulmanas contra los estados cristianos; además del genio guerrero de Almanzor, ha de tenerse en cuenta que el reino de Leon cuya corona ceñía un rey niño, era presa y desgarrado por intestinas discordias. Apartemos, pues, los ojos del brillante estado cordobés para fijarlos por un momento en el trabajado reino cristiano. A. C. de J.

Segun hemos dicho, habíase confiado la tutela y educacion de Ramiro III y la regencia del reino á dos mugeres, á dos religiosas, que lo era ya su tia Elvira al ceñir Ramiro la corona, y entró despues en el claustro su madre Teresa, viuda de Sancho I. Por forfuna, dice Lafuente (1), á la natural flaqueza del sexo suplia la piedad y discrecion de estas dos mugeres, en términos que no solo marchaba en prosperidad el estado bajo su gobierno, sino que en una asamblea de obispos y magnates celebrada en Leon en 974, se dieron gracias á Dios por los particulares beneficios de que el reino disfrutaba bajo la prudente direccion de las dos piadosas princesas, y especialmente de Elvira, que era la que mas influia en los negocios públicos, hasta el punto de decir aquellos próceres que si por el sexo era muger, por sus distinguidos hechos merecia el nombre de varon. Ha de recordarse, empero, que los condes de Galicia nunca habian reconocido sinceramente el poder de Leon. Hémoslos visto resistir á Sancho I, y la minoridad de su hijo fué para ellos una época de casi absoluta independencia. Lo mismo puede decirse de los condes de las demás provincias, que aprovecharon todos la menor edad del jóven rey para sustraerse mas ó menos á su obediencia. Sin embargo, hasta el año 982 ninguno desconoció abiertamente su soberanía, y entonces, al 982.
contrario de lo que acostumbra suceder, vióse una minoridad si no próspera, tranquila, y desórdenes sobre desórdenes al llegar el monarca á dirigir por sí propio las riendas del estado. Ramiro habia cumplido veinte años, y despreciando los sabios consejos de su madre y tia, se dejó llevar arrebatadamente de las pasiones juveniles que lo arrastraban al precipicio. Ya fuese, segun nos le pintan algunos cronistas enemigos suyos, príncipe altanero, presumido y de poco asiento y reflexion, ya en efecto despreciase y maltratase á todos sin respetar en ninguno de sus súbditos edad, doctrina ni nobleza; ya fuese, que tambien podria ser, que quisiera ejercer con mano fuerte la soberanía, y que tratase de reducir á la antigua obediencia á los condes mal acostumbrados, es lo cierto que descontentó á los próceres de Galicia, Leon y Castilla hasta el punto que los primeros se rebelaron contra él y proclamaron á Bermudo, hijo de Ordoño III, que fué consagrado en la iglesia de Santiago en 15 de octubre del año 982 (2). Sabedor Ramiro de semejante novedad, marchó inmediatamente hácia Galicia con su ejército, y en el lugar llamado Portillo de Arenas, cerca de Monterroso, encontró á Bermudo que con su hueste habia salido á recibirle. El combate fué largo y sangriento, sin lograrse otro efecto por ninguna parte sino el de quedar ambos ejércitos tan descalabrados y las fuerzas de los dos reyes tan consumidas, que, por no tener ya esperanza ninguno de ellos de poderse apoderar de los estados del otro, se hubieron de volver cada uno á su corte, Ramiro á Leon y Bermudo á Santiago. Almanzor corria entonces las tierras cristianas ribereñas del Duero, y si hemos de

(1) Hist. gen. de Esp., P 2.ª, l. I, c. XVIII.
(2) Sampir. Chr., n. 29.

A. de J. C. dar crédito á una indicacion de la crónica Iriense, Bermudo solicitó el apoyo del general musulman, y excitóle á volver sus armas contra Leon (1). Este hecho, que repetimos, solo una crónica insinua, pertenece á la clase de los dudosos, mas parece que en parte lo confirma el ser entonces obispo de Compostela cierto Pelayo, hijo del conde Rodrigo Velazquez, á cuya madre hemos visto solicitar en Córdoba el auxilio de Alhakem contra el rey Sancho.

Obrase ó no Almanzor de acuerdo con Bermudo, es lo cierto que, llegado el otoño de 982, pasó con sus tropas el Duero y corrió las fronteras de Leon, sin que los cristianos se opusieran á su paso y viniesen á batalla. Reunidos sin embargo en gran número á las órdenes de Ramiro, seguian de lejos á los musulmanes y los observaban desde las alturas, y la experiencia, dice la crónica arábiga, enseñó entonces á los Muslimes que no debian despreciar las pocas fuerzas de los cristianos, que aunque escasos en número, eran muy esforzados y aguerridos. Almanzor habia dividido su ejército en dos cuerpos y dejó que acamparan en un valle abundante en pastos en las frondosas márgenes del Ezla, por donde con descuido apacentaban sus caballos como si estuviesen muy distantes de sus enemigos. Los cristianos aprovecharon tan propicia ocasion, y bajando de pronto de la sierra, llenaron en un momento el campamento musulman de confusion y pavor. Los mas animosos empuñaron las armas y se pusieron en defensa, pero la multitud dió á huir desatinada y sin saber á donde, y unos á otros se atropellaban y oprimian. Así tomaron los cristianos el primer campamento haciendo gran matanza en sus enemigos, cuando Almanzor corrió á su encuentro con su guardia de caballería, llamando por sus nombres á sus principales caudillos. No basta su presencia para contener á los suyos; las espadas cristianas se cebaban en la sangre de sus enemigos, y entonces Almanzor, bramando de despecho, arrojó al suelo en señal de vergüenza y desesperacion, dice el monge Silense, el turbante ó el casco de oro que cubria ordinariamente su cabeza. Al verla calva y desnuda, su soldados conmovidos se agrupan á su alrededor; todos los valientes le siguen denodados, y aunque con trabajo logra rechazar á los cristianos, y quitarles la victoria que ya tenian por segura. Poseidos los Musulmanes de ardiente entusiasmo, persiguen á sus enemigos hasta el pié de los muros de Leon (Medina Leyonis), y habrian entrado en la ciudad, segun unánime testimonio de cristianos y musulmanes, si una repentina tormenta de nieve y granizo no los hubiera obligado á suspender la marcha y emprender la retirada por temor del invierno.

983 Ignórase ó á lo menos no se dice expresamente lo que hizo Almanzor durante el siguiente año de 983, pero es probable que lo empleara en extender sus conquistas, en establecer colonias á la vez militares y pastorales, segun costumbre arábiga, en la frontera del Duero, en adelantar, en fin, terreno hácia Leon como lo hiciera en 982, cuando con igual objeto llevó sus armas por aquella parte. Entonces fué cuando sostuvieron Leoneses y Gallegos la guerra civil de dos

(1) Veremundus vero profectus est antea ad Almanzor Regem magnum Ismaellitarum.... vocavit et petivit ei ut si suo adjutorio posset recuperare Regnum suum, quod daret ei aliquod servitium et concessa innumera paganorum multitudine restituit eum regno suo (Chronic. Iriens., n. 12).

años que menciona Lucas de Tuy, y que no dejó de ser para ambas partes muy fatal y sangrienta (1). A. de J. C.

Todo este año de 983, que comprende el fin del 372 y el principio del 373 de la hegira, pasóse en preparativos militares y en multiplicar los puestos avanzados en el Duero, el Ezla y el Pisuerga, con el objeto de operar contra Leon, cuya conquista era la idea constante del afortunado caudillo. La fama de sus formidables preparativos llegó hasta los cristianos, que se apresuraron á sacar de las ciudades de Astorga, Leon y otras muchas las reliquias de los santos, los cuerpos de los reyes, sus riquezas y todos sus objetos preciosos y á refugiarse en Oviedo y en los montes asturianos. Por fin, llegada la primavera del año 984, 984. Almanzor puso en movimiento sus tropas y marchó á poner sitio á Leon con fuerzas considerables y gran número de máquinas de batir, construidas en Córdoba sobre el modelo de las romanas, que eran muy altos y fuertes los muros de Leon, segun dicen las crónicas arábigas, y estaban flanquedos de torres con puertas de bronce, cada una de las cuales parecia una fortaleza (2).

A pesar de tantos preparativos y de tan poderosos medios de ataque, la toma de la ciudad no fué empresa pronta ni fácil. Almanzor dió á las murallas rudos y contínuos asaltos por espacio de cinco dias, y las puertas y los muros empezaban á conmoverse. Por espacio de otros tres dias dispuso simulados asaltos por la parte de occidente, mientras preparaba un ataque real por la del mediodía. En medio de tantas calamidades los cristianos no desmayaban ni un punto, acaudillados como estaban por un valeroso conde de Galicia, á quien Lucas de Tuy da el nombre de Guillermo Gonzalez. Era el conde, segun confesion de los mismos Arabes, un animoso guerrero, y aunque enfermo y quebrantadas sus fuerzas por las largas fatigas, hízose ajustar su armadura y conducir á la muralla al saber el aprieto de los suyos, siendo los enemigos constantemente rechazados por espacio de tres dias. El cuarto dia, por fin, fatigado Almanzor de la prolongada resistencia que oponian los valerosos cristianos (así se expresa el historiador arábigo), entró en Leon espada en mano á la cabeza de una compañía escogida, derribando cuanto halló á su paso; el conde Guillermo pereció en su puesto al golpe de la cimitarra de Almanzor, y con él perecieron peleando todos sus soldados. Llegada la noche, pasarónla los Musulmanes en vela y con las armas en la mano; al dia siguiente comenzó el saqueo y el degüello general del que no se libraron ancianos, niños ni mugeres, no habiendo sufrido jamás tragedia igual ningun pueblo cristiano, dice Lucas de Tuy, en dos siglos y medio de guerras desde que habia dado principio la restauracion de la monarquía. Destruyó Almanzor los muros de la ciudad; las bronceadas puertas fueron derribadas, y la ciudad quedó ofreciendo el verdadero espectáculo de la desolacion; solo quedó en pié una sola torre que aun subsiste, á fin de que supieran los siglos futuros, dice el historiador, el sitio que ocupaba Leon y la gloria del guerrero que la conquistara (3).

---

(1) Per duos annos continuos inter Legionenses et Gallæcos intestinum bellum fuit, quo ex his et illis innumerabiles corruerunt (Luc. Tudens., p. 86).

(2) Conde, P. 2ª, c. LXXXXVII.

(3) Monach. Silens. Chr., n. 68; Roder. Tolet., l. V, c. XV; Luc. Tud. Chr., c. LXXXVII; Pelagii Ovet. Chr., p. 468; Conde, P. 2.ª, c. LXXXXVII.

Andan discordes los historiadores acerca del rey que ceñia la corona de Leon al verificarse tan trágico acaecimiento. Algunos y entre ellos Mariana y Lafuente lo colocan bajo el reinado de Bermudo II, á quien consideran como soberano desde el dia de su entronizacion en Santiago en 982. Otros, y Romey entre ellos, fundados en tres diplomas auténticos que se hallan en el archivo municipal de Sahagun, sustentan que Ramiro III vivia todavía y tomaba aun el título de rey de Leon en el año 984, y dicen por lo mismo que él y no Bermudo imperaba en Leon al caer bajo el yugo de los Sarracenos, y que él fué quien, á la cabeza de los cristianos, se retiró á Asturias, llevando consigo las reliquias de los santos y los tesoros de su corte. Unos y otros alegan varios hechos en apoyo de su opinion respectiva, pero de todos modos conviene advertir ser este punto uno de los mas oscuros de la historia de la época por la discordancia de fechas que se observa entre los autores, que han introducido aquí confusion muy sensible. Sin embargo, parece no haber lugar á duda en vista de las historias arábigas acerca del año en que hemos fijado la toma de Leon, así como tampoco acerca de la muerte de Ramiro, acaecida á fines de este mismo año de 984 ó á principios del siguiente, ya conservase todo su poder á pesar de Bermudo, ya le venciese este en la guerra que contra él sostuvo desde 982, y le obligase á encerrarse en un monasterio, lo cual creemos que habria de constar explícitamente en los textos. Ramiro III murió, pues, á la edad de veinte y dos años, despues de la destruccion de Leon que fué tal, que Bermudo no pudo instalarse en la antigua capital, y que su restauracion no empezó hasta veinte años despues bajo el reinado de su hijo y sucesor Alfonso V. Ignórase si Ramiro dejó hijos, y únicamente se sabe que habia contraido matrimonio algunos años antes con una señora llamada Urraca Sancha, á quien suponen algunos de la casa de Navarra. El jóven tanto como infeliz monarca fué sepultado en el monasterio de San Miguel de Destriana, donde yacia su abuelo Ramiro II.

Astorga, la segunda ciudad de la monarquía, sufrió la misma suerte que la infortunada Leon. En vano los cristianos se obstinaron en defenderla, que Dios, dice la crónica arábiga, destruyó sus fuertes muros y gruesos torreones en que se confiaban. Eslonza, Sahagun, Simancas y otras poblaciones experimentaron tambien el azote asolador de las armas agarenas, que hubieron de detenerse por fin ante los inexpugnables castillos de Alva, de Luna y de Gordon, que ofrecieron á su paso insuperable obstáculo (1). Almanzor, que conoció la imposibilidad de reducirlos ó que no quiso comprometer sus fuerzas en prolongados y sangrientos cercos, tomó otra vez el camino de Córdoba, donde fué recibido con aclamaciones de triunfo. Y bien podian los Musulmanes aclamarle: las terribles armas del hagib habian reducido la monarquía cristiana á los estrechos límites que tuvo en los primeros tiempos de la reconquista.

Almanzor volvió, pues, á Córdoba, y á la academia de su casa, que así llaman á esta los autores árabes, tal era el número de sabios y poetas que se reunian en ella. Imitador el hagib de los dos últimos califas, protegió con mano li-

(1) Castella quædam, scilicet Lunam, Alvam, Gordonem capere non potuit. (Pelagii Ovetensi Chr., n. 3).

beral las letras y los literatos, y estableció una especie de universidad para la enseñanza superior, en que solo enseñaban los hombres doctos conocidos ya por obras útiles ó ingeniosas, así en prosa como en verso. Visitaba las madrisas ó escuelas, se sentaba entre los discípulos, sin permitir que se interrumpiese la leccion á su entrada ni á su salida, y daba premios á los maestros y á los discípulos mas sobresalientes (1). A. de J. C.

Así aseguraba el hagib su autoridad y preponderancia, mientras que Hixem, aunque mozo ya de diez y ocho años, continuaba encerrado en los jardines de Zahara. Nadie, segun hemos dicho, podia visitarle sin permiso de su madre ó de Almanzor, y para formarse una idea de la esclavitud en que se le tenia, basta saber que al concurrir á la gran mezquita para la celebracion de la Pascua y de otras fiestas principales, no salia de la *maksura* (2) hasta que todo el pueblo se habia retirado; entonces volvia á su alcázar rodeado de su guardia, sin que nadie hubiese podido acercársele y apenas divisarle.

El gobierno del estado y sus guerras contra los cristianos habian hasta entonces ocupado á Almanzor casi exclusivamente. El mismo año, empero, en que diera tan amargos dias á los cristianos de Leon, recibió de Africa noticias que distrajeron su atencion, obligándole á fijarla en aquel punto.

Sabemos que desde el año 365 (975), Alhassan el Edrisita vivia en Egipto cerca del califa fatimita El Moez ben Maad, quien en 373 (984) mandó á su lugarteniente Balkin, que mandaba en Africa en su nombre, favorecer á Alhassan en sus empresas por tierras del Magreb. El depuesto emir llegó á Tunez, donde Balkin le recibió con grandes honores y púsole al frente de tres mil ginetes, con los cuales y con algunas cabilas de berberíes voluntarios, penetró Alhassan y fué aclamado en diferentes ciudades. Almanzor no podia ver impasible semejante movimiento, y envió á Africa á su hermano Abu Alhakem Omar ben Abdallah con muy escogida caballería, confiándole el gobierno del Magreb y de sus dependencias.

Las armas andaluzas no fueron tan afortunadas mas allá del estrecho como lo habian sido en los campos de Castilla y Leon. Luego que Alhasan tuvo noticia del envío de estas tropas, salió á su encuentro para atacarlas en el momento de su desembarque, y en efecto, logró arrollarlas y obligarlas á encerrarse en la plaza de Ceuta, donde estuvieron cercadas por espacio de algunos dias. Escribió Omar su desgracia á Córdoba, y Almanzor dispuso que partiese sin pérdida de momento su propio hijo Abdelmelek, que si bien muy mozo, se recomendaba ya por sus altas prendas militares.

Estas guerras entre Musulmanes no interrumpieron las expediciones del hagib, ni sus devastaciones periódicas por tierras de los cristianos. Llegado el otoño de este mismo año 984, invadió otra vez el reino de Leon, y entonces fué sin duda cuando tomó á Gormaz y Coyanza, hoy Valencia de Don Juan (3). En la primavera siguiente (985), emprendió una expedicion que aseguró por algun 985.
tiempo á los Musulmanes la supremacía guerrera en nuestra península; habia

(1) Conde, P. 2.ª, c. LXXXXVIII.

(2) *Maksura* era una tribuna un poco levantada sobre el pavimento en la parte principal de la mezquita, rodeada de verjas doradas, donde se ponian los reyes cuando asistian á la oracion.

(3) Luc. Tud.

resuelto dirigir sus armas contra la España oriental, y con la caballería de Córdoba partió por Elvira, Baza, Lorca y Tadmir, en cuya última ciudad se detuvo esperando la llegada de las tropas y naves de los Algarbes, llamadas á secundarle en las operaciones que contra Cataluña meditaba. Allí fueron suntuosamente alojados por espacio de veinte y tres dias el caudillo y sus soldados á expensas del gobernador Ahmed ben Alchiteb, quien mereció por su esplendidez ser eximido del pago de tributos por durante toda su vida.

Almanzor reunió en su camino gente y caballería de Valencia, Tortosa y Tarragona, y llegó en breve á los campos de Barcelona. Borrell II que, como hemos dicho, gobernaba entonces el condado, salió al encuentro de los invasores á la cabeza de numerosa hueste, y hallólos, á lo que se dice, en la vega ó llano llamado *Matabous* bajo el castillo de Moncada, en el territorio del Vallés. Venidos á las manos, quedaron los nuestros vencidos con gran mortandad, y se refugiaron dentro de los muros de la capital. Ganada esta batalla, quedaron los Moros señores de la campiña, y acercándose á Barcelona, pusiéronla apretadísimo cerco en julio de 985, si bien autores hay de mucha valía que sostienen haber acontecido este suceso un año despues, es decir en 986. El conde, que conoció la imposibilidad de defender su capital, salió de ella una noche embarcado y pasó sin ser visto por entre los bajeles agarenos (1). Dos dias despues rindióse la ciudad por capitulacion (6 de julio), si bien ó esta no fué observada ó los Arabes saquearon é incendiaron la ciudad antes de abandonarla algun tiempo despues, en cuanto, segun relato de las crónicas cristianas, causaron en la poblacion grandes estragos, pasando á cuchillo infinitas personas, cautivando á otras muchas y entregando á las llamas los principales edificios (2). Almanzor aseguró la frontera, despidió á sus tropas y volvió á Córdoba por el interior de España (3).

Mientras esto sucedia llegaba á Ceuta el hijo de Almanzor. Al saberlo Alhassan se consideró perdido, y resolvió ponerse á merced de sus enemigos esperando mas que en sus propias fuerzas en su generosidad. Los mensageros que envió á Ceuta solicitando un salvo conducto para él y su familia, volvieron con lo que habia pedido, y el Edrisita hallóse otra vez en poder de los Ommiadas españoles. Omar escribió inmediatamente á Almanzor lo que sucedia, y el hagib dióle órden de enviar á Córdoba el infortunado Edrisita. El generoso Alhakem no reinaba ya en Córdoba, y Alhassan encontró en su camino á un emisario de Almanzor encargado de darle muerte, lo cual se verificó en el mes de setiembre ú octubre de 985. Así murió Alhassan y con él acabó en el Magreb la dinastía de los Edrisitas, que habiendo comenzado con la proclamacion de Edris ben Abdallah

(1) Algunos autores niegan esta salida del conde, y dicen que luego de la desgraciada rota del Vallés no se encerró en Barcelona, sino que con algunos caballeros se dirigió á Manresa. De todos modos, ya se refugiase ó no en su capital, es lo cierto que poco despues estaba en Manresa, donde no tardaremos en encontrarle.

(2) Hujus vero temporibus (Borelli), peccatis exigentibus, Barchinona nobilissima civitas, heu proh dolor! a Sarracenis devastata est atque capta. Facta fuit hæc dira pestilentia anno incarnationis dominicæ DCCCCLXXXV (Monach. Rivipull. Gesta Comitum Barcinonensium, c. 7).—A esta entrada de los Sarracenos en Barcelona atribuye la tradicion la heróica conducta de las religiosas del monasterio de San Pedro de las Puellas, que mutilaron y afearon su rostro para no ser víctimas de la brutalidad de los vencedores.

(3) Conde, P. 2.ª, c. LXXXXVIII.

en el año de 172, y concluido con la muerte de Alhassan ben Kenuz en el año A. de J. C.
de 375, duró doscientos dos años y cinco meses lunares. Desde aquel momento cesó el poder de los Alides en aquella region de Africa y se dispersaron. Algunos se establecieron en Córdoba, y fueron miembros del divan como representantes del Magreb. De ellos saldrá mas adelante un Alí, á quien veremos llegar al califato de España y realzar el esplendor de su casa. Colocado el imperio edrisita como en el corazon de las dos poderosas dinastías que lo rodeaban por oriente y occidente, por oriente la de los Beni Obeid, señores de la provincia de Africa, Barea y Egipto, y por occidente la de los Beni Omeyas de España, estuvo siempre en inquietudes y guerras hasta que sucumbió por fin bajo el poder de la última. Solo Dios es eterno y señor de eterna dominacion, exclama el cronista al dar cuenta de estos acaecimientos (1).

Dueño de casi todo el Magreb, Almanzor nombró á su hijo Abdelmelek, que tomó entonces el sobrenombre de Almudafar, gobernador general por los Meruanes, con el título de hagib, de todas sus posesiones en Africa. A su llegada á Fez, Abdelmelek mandó construir para ornato de la aljama una alcoba ó capilla con una cúpula sostenida por columnas en medio del gran patio en que se elevaba el faro ó linterna. Sobre ella, siguiendo las preocupaciones de los Orientales, colocó varios talismanes, uno contra los ratones, otro contra los alacranes y otro contra las serpientes (2).

Sosegadas así las turbulencias del Magreb, en el otoño del mismo año 985 hizo Almanzor una nueva excursion á tierras de Galicia, corrió el país, sitió y tomó por asalto á Medina Coyanca, ó la recobró, en caso de que se hubiese ya apoderado de ella el año anterior, segun hemos dicho, tomándolo de las crónicas cristianas; destruyó los muros de la plaza, y valiéndose de algunos cristianos principales que estaban en su compañía como refugiados á consecuencia de sus intestinas discordias, entró por sus tierras hasta las marismas de Galicia, robando y tomando muchas riquezas de la iglesia de Zakum (3). Aquel mismo otoño corrió las sierras y montañas de Navarra, y Sancho Garcés el Mayor probó á su vez cuan impetuosas eran las acometidas del guerrero musulman. A su regreso castigó á los de Uxama, Alcoba y Atincia, que se habian levantado, y volvió á Córdoba cargado de despojos (4).

Abdelmelek habia regresado á Andalucía cuando llegó su padre, y las fiestas por la victoria del uno se confundieron casi con las fiestas nupciales del otro. Poco despues de la triunfante campaña de Almanzor á Galicia y á Vasconia, en
la primavera del año 986, celebráronse en Córdoba con desusada pompa las 986.
bodas de su hijo Abdelmelek con su nieta la jóven Habiba. Con este motivo hubo regocijos públicos, en los que tomaron parte todas las clases de la poblacion, incluso los cristianos; Almanzor distribuyó á su guardia armas y magníficos vestidos, dió limosnas á los pobres de las zawiyas (5), dotó á gran número de

(1) Conde, l. c.

(2) Id., l. c.

(3) Id., l. c.—No puede atinarse cual fuese esta iglesia á menos que, por un error de Conde, fuese Sacos, lugar de Galicia situado en la jurisdiccion de Santiago.

(4) Id. l. c.

(5) *Zawiyas* eran hospicios para los pobres: cada casa de estas tenia su wakil ó mayordomo, que cuidaba de su conservacion y policía.

huérfanos pobres, y regaló á los buenos ingenios que celebraron en verso las virtudes y gracias de los nuevos esposos. Hiciéronse las bodas en los hermosos jardines de la Almunia, contiguos á los alcázares de la Zahriya, que Hixem regaló entonces á Almanzor. La fiesta fué espléndida como no se habia visto en Córdoba otra igual: todos aquellos jardines, dice la crónica, estaban iluminados, y en todos sus bosques y fuentes y en los barcos de sus claros lagos resonaban apacibles músicas y amorosas canciones en alabanza de los desposados. La nobleza toda de Córdoba asistió á la ceremonia, y la esposa fué conducida en triunfo por las calles principales de la ciudad, seguida de vistoso acompañamiento.

Hermosas doncellas armadas de bastones de marfil y oro guardaron durante todo el dia el pabellon de la novia, pero llegada la noche, el esposo, acompañado de los nobles mancebos de su familia, logró la entrada, protegido por los estoques dorados de sus amigos, á pesar de la bizarra defensa de las doncellas. La fiesta duró toda la noche y todo el siguiente dia, que fué celebrado como el anterior con regocijos, limosnas y buenas obras (1).

Á estos tiempos pertenece la historia de los siete infantes de Lara que algunos de nuestros historiadores dan como verídica y cierta, pero que la crítica ha de relegar en gran parte á la clase de las novelas y ficciones. Eran los siete hermanos hijos de Gonzalo Gustios y de Sancha Velazquez, hermana de Ruy, y nietos de Gustios Gonzalez, hermano de Nuño Rasura, y por consiguiente oriundos de los jueces y condes de Castilla. Su padre, dicen, les habia construido un soberbio palacio repartido en siete salas, de donde se llamó el pueblo *Salas de los Infantes*. Cuentan que hallándose presentes los siete hermanos, armados aquel dia caballeros por el conde García Fernandez, á las bodas que celebraba en Burgos su tio materno Ruy Velazquez, señor de Villaren, con doña Lambra, muger principal de Briviesca, ofendida esta señora por una pendencia que se movió allí mismo entre Alvaro Sanchez, pariente suyo, y Gonzalo, el menor de los siete infantes, le hizo tirar por un criado un cohombro empapado en sangre, que era la mayor afrenta, dice Mariana, que podia hacerse á un caballero castellano. El infante vengó el ultraje matando al osado sirviente en el regazo mismo de doña Lambra donde se habia guarecido, y la novia, aunque no tenia razon sino de quejarse de sí misma, pidió satisfaccion á su esposo en los términos que expresa aquel conocido romance:

Matáronme un cocinero
So faldas de mi brial:
Si desto no me vengades,
Yo mora me iré á tornar.

Para contentar Ruy Velazquez á su esposa, esperó ocasion oportuna, y con ayuda que le dieron los Moros de la frontera armó una celada en los campos de Araviana en la falda del Moncayo contra los siete infantes, aunque sobrinos suyos, y logró que muriesen todos en la refriega, juntamente con Nuño Salido que les acompañaba en calidad de ayo. Antes de esto habíase ya vengado de Gonzalo Gustios, padre de los infantes, enviándolo á Córdoba con pretexto de una embajada para que allí lo matasen, aunque el califa, no tan inhumano como

(1) Conde, P. 2.ª, c. LXXXXIX.

él hubiera querido, se contentó con ponerle en una cárcel, donde estando el preso con bastante anchura, comunicaba libremente con una hermana del califa, de quien tuvo un hijo que se llamó Mudarra. Ruy Velazquez envió á Gonzalo el horrible presente de las cabezas de sus siete hijos, que reconoció el infeliz padre á pesar de estar desfiguradas y llenas de sangre. Movido el califa á compasion dió libertad al preso y facultóle para volver á Castilla, sin que de él se sepa otra cosa. Dícese sí que al llegar el niño Mudarra á la edad de catorce años, por consejo y persuasion de su madre, se fué á Castilla, y con amigos y favorecedores que tuvo vengó las muertes de sus hermanos, quitando la vida á Ruy Velazquez y haciendo morir á doña Lambra apedreada y quemada, accion por la cual mereció que el conde de Castilla, despues de hacerle bautizar, le armase caballero, y su madrastra doña Sancha Velazquez, madre de los infantes, le declarase heredero del señorío de Lara, prohijándolo con la ceremonia singular de meter al mancebo por la manga de una muy ancha camisa, de sacarle la cabeza por el cuello, y de darle paz en el rostro, con lo cual quedó recibido por hijo. Mudarra, añádese, renovó en Castilla la familia de los infortunados infantes, y fué el tronco de la ilustre familia española de los Manriques de Lara. Esta es la famosa historia ó aventura tan celebrada por romanceros y poetas, desechada como fabulosa por muy autorizados críticos y admitida por otros como cierta en su fondo, si bien desestimando la mayor parte de sus circunstancias. A estos parece dar la razon un documento que existe, al decir de don Angel Saavedra *(El Moro Expósito*, t. II, p. 188), en el archivo del duque de Frias, actual poseedor de los estados de Salas, del cual aparece haberse encontrado en efecto en la iglesia de aquella villa las cabezas de los siete infantes separadas del tronco (1). Nues-

(1) El indicado documento dice así: «En 12 de diciembre de 1579 se hizo una informacion de oficio por el gobernador de la villa de Salas, con asistencia de los señores don Pedro de Tovar y doña María de Recalde, su muger, marqueses de Berlanga, ante Miguel Redondo, escribano de número de ella, de la cual resulta, que pues allí habia en la iglesia mayor de Santa María, en la pared de la capilla del lado del Evangelio *las cabezas de los Siete Infantes de la Hoz de Lara, y la de Gustios su padre, y la de Mudarra Gonzalez su hijo bastardo*, que por haber tantos años que estaban allí, y ser los letreros antiquísimos, dudaban algunas personas si era verdad; mandase abrir las pinturas de ellas y armas con que estaba cubierta dicha pared, para saber lo que habia dentro y enterarse de la verdad. Y dicho gobernador poniéndolo en ejecucion, mandó á un oficial que quitase una tabla pintada que estaba inclusa en la dicha pared, la cual tiene *siete cabezas* de pintura antigua, al parecer de mas de cien años, y encima de ellas hay siete letreros cuyos nombres dicen: *Diego Gonzalez, Martin Gonzalez, Suero Gonzalez, Fernan Gonzalez, Ruy Gonzalez, Gustios Gonzalez, Gonzalo Gonzalez.* Y al cabo de ellas, un poco mas abajo, está otra cabeza, que dice el letrero que está sobre ella *Nuño Salido.* Y de la otra parte de arriba de las cabezas está un castillo dorado, y encima pintados dos cuerpos de hombres de la cinta arriba: el letrero del uno dice *Gonzalo Gustios*, y el del otro *Madarra Gonzalez*, los cuales tienen cada uno en la mano medio anillo y le están juntando. Y quitada la dicha tabla, pareció en la pared otra pintura muy antiquísima, con los mismos nombres que la primera, excepto que el nombre de la cabeza que está de la parte de abajo en la primera tabla dice *Nuño Salido*, y en el mas antiguo *Nuño Sabido.* Y visto que dichas pinturas estaban sobre piedra, y que no habia ningun oficial de cantería que rompiese la pared, suspendieron la diligencia. En el dia 16 de dicho mes y año de 1579 mandó el propio gobernador á Pedro Saler, cantero, que tentase la dicha pared para saber si estaba hueca: y dando golpes con un martillo donde estaban las armas (que es un castillo dorado), sonó hueco. Y quitando la pintura que estaba sobre la dicha piedra, se halló otra piedra de cerca de media vara de largo y una tercia de alto, que se meneaba y estaba floja. Y dicho cantero, presentes muchos vecinos de la villa, la quitó, y dentro habia un hueco grande á manera de capilla, en la cual estaba un arca, clavada la cubierta con dos clavos. Y sacada, la pusieron junto á las gradas del altar, donde se desclavó, y pareció dentro de ella un lienzo muy delgado y sano, sin ninguna rotura, en el cual estaban envueltas las dichas cabezas, algo

A. de J. C. tros lectores pensarán del suceso lo que mejor y mas acertado les parezca.

Luego que Balkin ben Zeiri supo la muerte de Alhassan ben Kenuz y la partida de Abdelmelek, entró de nuevo en los estados de Almagreb en nombre del califa fatimita y apoderóse de Fez y de las principales fortalezas. Almanzor apresuróse á enviar á Africa numerosas tropas que tomaron por asalto á Fez, ó á lo menos el cuartel de los Andaluces, pues la otra parte de la ciudad se obstinó en su resistencia, y no pudo ser subyugada hasta el año siguiente. Desde entonces en las mezquitas de Fez hízose otra vez la *chotba* por los Omeyas de España.

La política andaluza, en la imposibilidad en que se hallaban los califas españoles de ejercer en Africa una dominacion absoluta, consistia en conservar sobre el país una soberanía nominal, ó por decir mejor, espiritual, que no dejaba de tener cierta semejanza con lo que por este nombre se entendia en las naciones donde existia entonces el sistema feudal. En la historia del Magreb, vemos constantemente á un jefe del país investido de la soberanía temporal, mediante el homenage y el tributo prestados á uno ú otro de ambos califas riva-
987. les, y así fué como en 377 (987), cierto Zeiri ben Atiya, de la tribu de Magaravi, que habia sido nombrado emir de los Zenetas en 368 (978), mostrando gran celo por los intereses del califa Hixem y de su hagib Almanzor, fijó su residencia en Fez para ejercer allí la soberanía bajo el alto protectorado del califato de Córdoba. En esta posicion Zeiri ben Atiya extendió su imperio por todo el Magreb, afirmó su dominacion sobre las tribus nómadas, lo mismo que sobre las que habitaban en ciudades, y aprovechó las discordias que dividian á los jeques de las varias tribus de que se componia entonces como ahora la poblacion del África septentrional. Siempre en nombre y en interés del califa ommiada, Zeiri se apoderó de Telencen y de todas sus dependencias, extendió por todas partes su dominacion á expensas de Abul Behar, que despues de reconocer por algun tiempo á Almanzor, habia enarbolado otra vez su antigua bandera fatimita, y dueño de casi toda la Mauritania, dió parte de sus victorias al hagib de Córdoba y le envió magníficos presentes. De todo se complació mucho Almanzor y le escribió en nombre del rey y de su parte, dándole gracias y renovándole los pactos de proteccion sin mas condiciones ni cargos que los de homenage, de obediencia y respeto. Así fué como á la dinastía de Edrís sucedió en el Magreb la de los Zeiríes, llamada así de Zeiri, su fundador.

Las victoriosas armas del califa no descansaron en la Península á pesar de estos sucesos para daño de los cristianos. En el mismo año 986, célebre por la toma de Barcelona, Almanzor volvió sobre Castilla y se apoderó sin gran resistencia de Sepúlveda y Zamora; pero la noticia de grandes movimientos por los valles del Pirineo oriental, con objeto de recobrar á Barcelona, obligaron al incansable hagib á encaminar sus pasos hácia Cataluña. En efecto, el conde Borrell II, desde la comarca de Manresa, á donde acudió con pronto ánimo la flor de la nobleza de Cataluña con sus gentes, envió embajadores al pontífice Esteban y al

---

deshechas, desmolidas y descoyuntadas del largo tiempo, aunque las quijadas y cascos están de manera que claramente se conoció ser cabezas antiguas, que estaban en la dicha arca. Y vistas por mucha parte de los vecinos de aquella villa, y otros, el dicho gobernador mandó al oficial tornase á clavar el arca, y él lo verificó con cinco ó seis clavos en la cubierta, dejando dentro las dichas cabezas, y volviendo á poner el arca en la capilla y lugar donde antes estaba.»

emperador Luis solicitando socorro, al mismo tiempo que concedió libertad, A. de J. C.
franqueza, honor y título militar hereditario á los que acudiesen á valerle con armas y caballos á su costa y gastos propios en aquella guerra. Dícese que acudieron bajo sus banderas hasta nuevecientos aventureros (1), y con ellos y con las fuerzas que habia ya reunido, marchó á la reconquista de la capital que perdiera poco tiempo antes. En vano se apresuró el caudillo musulman á evitar el golpe de aquella gente; cuando llegó á Barcelona sus soldados la habian ya evacuado conociendo la imposibilidad de defenderla; la ciudad estaba ya en poder de Borrell, por quien habia peleado el buen caballero san Jorge, dicen nuestras sencillas crónicas, y Almanzor, á pesar del espanto que su nombre inspiraba, hubo de limitarse á vencer á los cristianos en algunos encuentros de escasa importancia, y á volver á Córdoba con algunos despojos de su correría.

En aquel entonces acaeció en Francia la revolucion memorable que hizo pasar la corona de la casa de Carlo Magno á la de Hugo el Grande. Lotario habia muerto en 2 de marzo de 986 y le sucedió su hijo Luis, que murió en 22 de junio de 987. Entonces subió al trono Hugo Capeto, hijo de Hugo el Grande, y fué consagrado en Reims en 3 de julio de 987. Sus descendientes han ceñido hasta nuestros dias la corona de Francia.

Almanzor fué este año (987) mas afortunado en Galicia de lo que lo fuera el año anterior en la España oriental; corrió la tierra, ocupó Coimbra que dejó al fin abandonada, llegó hasta Santyak, es decir, hasta una de las iglesias ó lugares de este nombre, tan numerosos en España, tomó grandes despojos y muchos cautivos, y volvió vencedor á Córdoba por Talavera y Toledo (2). Los autores cristianos dicen que Coimbra permaneció siete años desierta y abandonada, pasado cuyo tiempo los Musulmanes la poblaron otra vez, hasta que la conquistó el rey don Fernando en 1064, como á su tiempo veremos.

Ignórase lo que hizo Almanzor en 988: ni árabes ni cristianos nos lo dicen; 988
pero en cambio unos y otros mencionan en el año 989 la toma de tres ciudades 989
en la frontera de Castilla. Almanzor, nos dicen los árabes, corrió este año las fronteras de Castilla y de Galicia, quemó y destruyó á Osma y Alcoba, volvió por Atienza y derribó sus muros (3). Estas tres ciudades, situadas en los límites de ambos estados, parecen haber sufrido ya cien veces los rigores de la guerra y haber sido á cada paso tomadas, perdidas y recobradas por cristianos y musulmanes durante aquellos veinte y cinco años de incesante lucha.

---

(1) Estos nuevecientos caballeros y sus sucesores fueron llamados *Homens de Paratge* (Hidalgos de Parage). Segun algunos, se les dió este nombre por haber estado prontos y dispuestos *(paratus)* al llamamiento de su soberano; segun otros, por haber sido hechos iguales *(paris)* á los militares, y Bofarull por fin en su obra *Los Condes de Barcelona vindicados* dice que se llamarian seguramente *homines de paratico* por ser de lugar conocido ó de casa solariega.—Daba Cataluña el nombre de *Homens de Paratge* á una de las distinguidas clases del Brazo Militar, que con el Eclesiástico, compuesto de los prelados y síndicos de los cabildos, y el real, de los procuradores de las ciudades y villas con voto, eran los tres Estamentos que formaban las antiguas cortes del Principado. Tomaban asiento los *Homens de Paratge* en su Brazo despues de los títulos, Barones y Nobles, Militares y Donceles; asistian á las justas y torneos con los demás nobles, vestian como ellos, y estaban inscritos en la Cofradía de San Jorge, que era una verdadera maestranza en Cataluña desde que el *Ceremonioso* D. Pedro dictó las primeras ordenaciones de la caballería de *Mossen Sent Jordi.* (Bofarull, en la obra citada, t. I., p. 168.)

(2) Conde, P. 2.ª, c. LXXXXIX.

(3) Conde, l. c.

A. de J. C. 990. En el año 990, ocurrió en Castilla la rebelion de Sancho contra su padre el conde García Fernandez, y en Galicia la de Gonzalo Menendez contra el rey Bermudo. ¿Eran estas rebeliones suscitadas ó fomentadas por el hagib de Córdoba? Nada lo prueba históricamente, pero autores hay que lo sospechan. De la primera solo poseemos dos cortas noticias, sacadas de uno de los volúmenes de la obra de Florez (1). Acerca de la segunda, ilústranos la donacion de algunos lugares, hecha por Bermudo á la iglesia de Santiago en 993 (2), precioso documento que nos explica las particularidades todas de esta rebelion, sobre lo cual callan los demás guias del historiador. Tres esclavos ó siervos del rey, uno de los cuales se llamaba Hatita, probablemente árabes é influyentes en alguna tribu inmediata al teatro de la rebelion, huyeron cerca del rebelde Gonzalo Menendez, quien se hizo su rey y se negó á volverlos al servicio de su señor. Mientras se dirigia á Galicia, Bermudo mandó prender al hijo de este mismo Gonzalo, llamado Rudesindo, quien obtuvo luego la libertad con la condicion de lograr de su padre la entrega de los siervos ó de volver á su prision en caso de no conseguirlo. De esta promesa se constituyeron fiadores con sus bienes algunos magnates, y como no fué cumplida en ninguno de sus extremos, pasaron dichos bienes en poder del monarca, quien hizo de ellos donacion á la referida iglesia.

Por aquel tiempo sufrió Almanzor rudo golpe, no en sus armas, sino en sus mas caras afecciones de familia. Su hijo Abdallah y Abderrahman ben Motarrif, wali de Zaragoza, tramaron una conjuracion con el designio de alzarse el segundo con la soberanía de Aragon y el primero con la de Córdoba y del resto de España. Contaban ya con algunos generales y wazires, cuando Almanzor supo frustrar sus proyectos con su astucia y resolucion. Mandó decapitar al rebelde wali, y apoderado de la persona de su hijo, quiso atraerle á mas benévolos sentimientos á fuerza de halagos y amabilidad, pero todos sus esfuerzos se estrellaron en el carácter obstinado de Abdallah, que halló medio de pasar secretamente á Castilla prometiendo al conde García Fernandez ayudarle contra su padre. Almanzor reclamó enérgicamente del conde castellano la entrega de su hijo, pero García se negó á sus intimaciones, y Abdallah permaneció á su lado por espacio de un año entero. Llegado no obstante el otoño de 990, alarmado el conde por las pretensiones de su propio hijo Sancho y perdidas las ciudades fronterizas antes mencionadas, hubo de convenirle desenojar á Almanzor, y envióle con buena escolta el fugitivo Abdallah. En su camino halló este al esclavo Sad, enviado por su padre para recibirle, y al ver la deferencia y respeto que le merecia, abrigó por un momento la esperanza de hallar piedad en el ofendido regente. No tardó en desvanecerse su ilusion: al llegar á las márgenes del Duero intimáronle los soldados de Sad que se dispusiera á morir, y Abdallah entregó sin inmutarse su cuello al alfange del verdugo. El infeliz mozo contaba apenas veinte y tres años.

Nada sabemos de las expediciones de Almanzor contra cristianos durante
991.–992. este año, ni los siguientes de 991 y 992, y á lo que parece, se limitaria á correr y

(1) Era MXXVIII (990) rebellavitque Sancius Garsia ad patrem suum comitem Garsia Fernandez die II feria VII idus junii (Annal. Complut., p. 311).—Reveló Sancho con la tierra á su padre el Conde Garci Fernandez era MXXVIII (Anales toledanos, p. 383).

(2) Florez, España Sagrada, t. XIX, p. 382.

devastar la tierra sin apoderarse de ciudad alguna importante, pues á ser de otro modo habríanlo sin duda consignado las crónicas cristianas ó los escritores árabes. A. de J. C.

En dicho año de 992, en 30 de setiembre, murió en Barcelona el conde Borrell II, sucediéndole sus dos hijos Ramon Borrell III en el condado de Barcelona y Ermengaudo ó Armengol en el de Urgel (1). Borrell II dedicó los últimos años de su gobierno á restaurar á Barcelona de la última catástrofe sufrida, y á devolverle su esplendor primitivo, y parece que, excepto algunos encuentros de poca importancia con los capitanes de las fronteras, sus armas no pelearon otra vez con los Musulmanes desde que los expulsó de Barcelona (2).

Mientras tenian lugar estos varios acaecimientos, esforzábase Almanzor en unir mas y mas el Africa á la España.

Zeiri ben Atiya, si bien continuaba en el antiguo reino de los Edrisitas sumiso en apariencia al califa Hixem y á su hagib, consolidaba cada dia su poder y preparaba así el encumbramiento de su dinastía. Sus parientes, amigos y deudos ocupaban los empleos todos, gobernaban en todas las fortalezas; las tribus aliadas de su familia ó adictas á su fortuna habian plantado sus tiendas al rededor de Fez y acampaban en la vasta y feraz campiña inmediata á la ciudad; en una palabra habia crecido tanto el poder del nuevo emir, que Almanzor concibió recelos y quiso hacerle comprender su dependencia. Bajo pretexto de honrarle, confirióle en nombre del califa Hixem el título de walí de Córdoba, y le llamó á España en 992. Zeiri, que nada sospechaba, embarcóse para Andalucía dejando el gobierno del Magreb á su hijo Moez, al cual mandó residir en Telencen. Acompañábanle trecientos ilustres caballeros y otros tantos servidores, y con este séquito y con magníficos y raros regalos, llegó á Córdoba y á presencia de Almanzor, quien le dispensó honrosa y cordial acogida. Sin embargo, dice la crónica, en estos cumplimientos y delicadezas de cortesanía se vinieron á ofender y enemistar uno con otro, porque naturalmente se avienen mal y no pueden vivir juntos dos genios grandes y soberbios como aquellos (3). Por esto fué que Zeiri se apresuró á abandonar á Córdoba luego que llegaron noticias de haber ocurrido en sus estados algunas turbulencias, y aunque Almanzor y él se separaron con todas las señales de firme amistad, bullian ya en el pecho del segundo los proyectos de odio y de elevacion que á no tardar habia de poner por obra.

Los sucesos del Magreb y sus dobles expediciones anuales contra cristianos 994
ocuparon á Almanzor hasta 994, sin que de estas sepamos particularidad alguna. Consta sí que en la campaña de dicho año contra la trabajada tierra de Castilla tomó á Avila, Coruña del Conde y San Esteban de Gormaz, fortalezas tomadas y recobradas mil veces durante aquella época desafortunada. En 995 par- 995
tió Almanzor para la frontera oriental, y fué tanta la celeridad de su marcha,

(1) El condado de Urgel continuó en la línea de Armengol hasta que se incorporó otra vez con el de Barcelona en 1314 reinando Jaime II, en virtud del testamento de Armengol Cabrera X, que murió sin sucesion.

(2) La relacion que pretende haber sido Barcelona tomada de nuevo en 993, muriendo entonces el conde Borrell con quinientos caballeros que con él habian tenido que encerrarse en el castillo de Ganta, es calificada de fábula despreciable por el erudito Bofarull en su excelente obra citada tantas veces *Los Condes de Barcelona vindicados*.

(3) Conde, P. 2.ª, c. LXXXXIX.

que antes de entender los cristianos su salida de Córdoba, se encontraba ya en sus tierras. Sin embargo, tantos desastres sufridos habian acabado por enardecer los ánimos de los cristianos acallando sus discordias intestinas, y entre Alcocer y Langa encontró el hagib dispuestas á combatirle las tropas castellanas y navarras. Mas aun no habian acabado de reunirse las fuerzas todas que allí se esperaban, cuando atacadas por la caballería musulmana empeñóse una pelea que fué sostenida con gran vigor por una y otra parte durante todo el dia. La noche separó á los combatientes, pero todo indicaba que la lucha continuaria mas terrible al despuntar de la aurora. Almanzor señaló el órden de batalla para el dia siguiente, y como los cristianos se apoyaban en collados que hacian muy ventojosa su posicion, mandó á la caballería y á los arqueros que debian dar principio á la lucha que peleasen en retirada á fin de atraer á los cristianos al llano. García Fernandez de Castilla capitaneaba la hueste cristiana, y segun hace presentir un pasage de Rodrigo de Toledo, Sancho, que segun sabemos, se habia rebelado contra su padre, marchaba tambien entonces él y sus hombres de armas bajo su obediencia (1). Aquella misma noche ocurrió en el campamento árabe un poético incidente, muy conforme á la índole de aquellos hombres. Uno de los literatos que seguian el ejército, Said ben Alhassan, presentóse al hagib llevando atado á un ciervo, al que daba el nombre de García, y recitando versos en los que vaticinaba la victoria para el siguiente dia y el cautiverio del caudillo cristiano, que seria humillado y atado como el ciervo de su nombre. Almanzor aceptó el ciervo y los versos con alegría, y pasó aquella noche con sus generales hablando de la próxima pelea.

A la venida del alba, hizo el hagib su oracion invocando el auxilio de Dios sobre las armas musulmanas; recorrió despues las banderas de su hueste, y dada la señal del combate con añafiles y trompetas, se principió la batalla con igual denuedo y algazara, cubriendo el aire un torbellino de flechas y espesas nubes de levantado polvo. Los capitanes de la vanguardia musulmana, á tenor de las órdenes recibidas, se fueron retrayendo, como que cedian á su pesar el campo á los cristianos; y animados estos con la aparente ventaja descendieron de sus cuestas, dice la crónica, como impetuosos torrentes con espantosa vocería que resonaba en los distantes valles. Sin embargo, cuando parecia en verdadero desórden la delantera de los Sarracenos y vacilante su centro de batalla, entonces la caballería de la zaga y de las alas acometió por ambos lados á los cristianos. Envueltos por todas partes, caudillos y caballeros pelearon con obstinado valor, pero abatido el ánimo de la multitud con aquella no esperada acometida, empezó á huir y á ofrecer fácil cebo á las lanzas musulmanas. La matanza fué horrible, y el número de prisioneros inmenso; entre ellos, como si Said ben Alhassan, dice la crónica, hubiera alcanzado por ciencia á saber lo que Dios alto y poderoso tenia dispuesto en los eternos secretos de su providencia (2), hallábase el conde García Fernandez, tan gravemente herido, que mu-

(1) Cumque comes Garsia Ferdinandi talia percepisset (devastationes Sarracenorum in Castella) magnanimitate pulsatus, licet gens sua in eum et filium esse divisa, eligens pro patria mori, cum Arabibus decertavit (Roder. Tolet., de Reb. Hisp., l. V, c. XVI).

(2) Conde, P. 2.ª, c. C.

rió al quinto dia á pesar de los solícitos cuidados que le prodigó Almanzor. Fué esta memorable cuanto fatal jornada en 25 de mayo del año 995, y la muerte del conde en 30 del mismo mes. Su cuerpo fué trasladado á Córdoba y depositado interinamente en la iglesia llamada de los Tres Santos. Almanzor mandó ponerlo en una caja labrada, envuelto en un precioso paño de escarlata y oro para enviarlo á los cristianos, y luego que llegaron á Córdoba algunos caballeros en su busca con muchas riquezas para rescatarle, entregóselo sin querer recibir nada de sus ricos presentes, y lo hizo acompañar por una escolta de honor hasta la frontera de sus estados. A. de J. C.

Esta caballeresca cortesía no impidió á Almanzor volver á emprender la guerra llegado que fué el otoño de aquel año. En octubre ó noviembre venció de nuevo á los cristianos, nos dicen las crónicas arábigas (1), pero esta vez ocurrió su derrota en tierras de Leon, contra las cuales no habia directamente guerreado el hagib hacia muchos años. Despues de su vencimiento, el rey Bermudo envió embajadores á Almanzor para celebrar con él un tratado, lo cual sin duda no fué posible de momento, en cuanto uno de los wazires del divan de Córdoba, Ayub ben Ahmer, acompañó á los enviados cristianos para tratar con Bermudo. Las lluvias que por entonces sobrevinieron obligaron á Almanzor á poner fin á su expedicion y á regresar á la capital, donde fué recibido con grandes demostraciones de alegría. Ayub ben Ahmer regresó en breve de su embajada, pero Almanzor no quedaria muy contento de los tratos que habia concertado con los cristianos, ni del modo como cumpliera sus instrucciones, en cuanto le mandó encarcelar luego de su llegada, sin que le devolviera la libertad mientras le duró el poder y la vida.

García Fernandez dejó tres hijos de su esposa Ava (2): Sancho que le sucedió en el condado, Elvira que fué esposa de Bermudo II de Leon, y Urraca que tomó el velo de religiosa en el monasterio de Covarrubias.

Las crónicas de aquellos tiempos están mudas acerca de las empresas de 996.
Almanzor en 996; pero en cambio en 997 tuvo lugar la mas célebre entre todas 997.
las expediciones del hagib, la que dirigió contra Santiago de Compostela, la Jerusalen de los Españoles, segun calificacion de Lafuente. Antes de ella, empero, encontramos mencionada en Conde á principios de este año otra excursion de un carácter singular hecha á un país y en una estacion que indican haberla motivado muy poderosos intereses.

En la luna de safar del año 387 (de 12 de abril á 12 de marzo de 997), Almanzor, dice la crónica arábiga, hizo entrada y tala en tierra de Alava, y repartió á sus tropas toda la presa y el quinto que al califa pertenecia por haberla hecho en tiempo de frio y lluvias (3). ¿Contra quién iba dirigida esta expedicion, emprendida con circunstancias tan contrarias á las costumbres del hagib y de sus hombres de guerra? Los raros monumentos que de la historia de Navarra

(1) Conde, P. 2.ª, c. C.

(2) Omitimos por fabulosos los amores del conde García Fernandez con Argentina y Sancha que nos cuenta Mariana, así como las trágicas escenas que mediaron entre Sancho y su madre por achacar aquel á esta, cómplice de los Sarracenos, la muerte de su padre. Estas aventuras que ha hecho populares el genio de Zorrilla, nuestro gran poeta, son desechadas por Morales, Yepes, Mondejar y otros autores.

(3) Conde, P. 2.ª, c. CI.

y de Vasconia en aquella época nos restan, no lo expresan; pero en cambio sabemos todas las circunstancias y detalles de la terrible expedicion verificada poco despues contra Santiago de Compostela, con gran matanza y dolor para los cristianos. Los condes de Galicia rebeldes á Bermudo, á cuya cabeza se hallaba Rodrigo, hijo de Velasco, cuya madre habia solicitado el auxilio de Alhakem contra Sancho el Craso, si no provocaron, auxiliaron por lo menos la entrada del guerrero musulman. Bermudo habia algun tiempo antes reemplazado al turbulento obispo de Compostela Pelayo, sucesor del guerrero Sisnando, colocando en su lugar á Pedro de Mansorio, venerable monge, lleno de virtudes, y no se habia necesitado mas para que el padre de Pelayo se pusiera al frente de la rebelion é hiciera á la patria tan nefando ultraje. El Makari es el que ha dado de esta campaña una relacion mas completa, y por esto es que la traducimos aquí: «Gazua de Almanzor contra la ciudad de Schant Yakub, extremo el mas remoto de Galicia y principal santuario de los cristianos del Andalos y de la parte de la gran tierra al mismo contiguo. Su iglesia era para ellos lo que es la Kaaba para nosotros. Por ella juran, y á ella acuden en peregrinacion desde Roma y otros muy distantes paises. El sepulcro que allí visitan encierra, segun dicen, el cuerpo de Yakub el apóstol, uno de los doce, el mas amado de Issa (1) (salud y paz sobre él y sobre nuestro profeta!), y tambien le llaman hermano de Issa porque estaba siempre en su compañía. Jacob que en su lengua es lo mismo que Yakub era obispo de Jerusalen, y recorriendo la tierra para llamar á los hombres á la religion, llegó á estas apartadas tierras; luego se volvió á Siria, y allí murió á la edad de ciento veinte años solares. Sus discípulos tomaron su cuerpo y lo enterraron en aquella iglesia, lugar extremo de sus excursiones.

«Ningun príncipe del islamismo se habia atrevido nunca á penetrar por aquel país á causa de su distancia y de su suelo áspero y quebrado, pero Almanzor lo eligió por punto de su expedicion sagrada de la estacion de verano en el año 387, y partió de Córdoba el 23 de jumada (3 de junio de 997). Era aquella la cuadragésima octava de sus irrupciones periódicas. Encaminóse por Coria, y en el lugar de Ghalycia (probablemente Gallegos, lugar situado en los campos de Argañin á pocas leguas de Ciudad Rodrigo), uniéronsele muchos condes sometidos á su autoridad, con sus hombres de armas, espléndidamente equipados.» El historiador árabe se extiende al llegar aquí en difusos detalles acerca de los obstáculos que tuvo que superar el ejército para pasar ciertos rios y atravesar ciertas montañas, y nos lo presenta el miércoles 2 de javan (16 de agosto) al pié de los muros de la santa y célebre ciudad. «Los Musulmanes, dice, que hallaron la poblacion sin habitantes, apoderáronse de cuantas riquezas habia en ella, destruyeron sus edificios, sus murallas y su iglesia, é hicieron desaparecer hasta sus restos; pero Almanzor colocó guardias al rededor del sepulcro para preservarle de todo atentado. La iglesia formaba un sólido edificio y fué arrasada hasta el punto de no poderse sospechar su anterior existencia. Devastado el país, el ejército avanzó hácia la Coruña y Betanzos por lugares que jamás hollara planta musulmana, hasta que llegando á un punto en que los caballos no podian moverse, ordenó Almanzor la retirada atravesando el país ocupado por Ber-

(1) Jesus.

mond (1) (por Lugo sin duda); precedíale el saqueo y la devastacion, hasta que llegado á las provincias de los condes aliados, mandó respetar su territorio. En el castillo de Balyka (Vallecos, á poca distancia de Ciudad Rodrigo) hízose presentar los condes cada uno segun su rango, colmólos de presentes y los envió á sus tierras.»

El mismo historiador, cuya relacion confirman en casi todas sus partes los escritores cristianos, nos dice que sentado en el sepulcro del apóstol encontró Almanzor á un venerable monge que lo guardaba y que ante su inalterable actitud se contuvo el guerrero como por un misterioso y secreto impulso, y respetó el depósito sagrado.

Almanzor hizo su entrada triunfal en Córdoba precedido de cuatro mil cautivos mancebos y doncellas, y de multitud de carros cargados de oro y plata y de objetos preciosos cogidos en la terrible campaña. En hombros de cautivos iban las campanas pequeñas de la catedral de Santiago, que trofeos de victoria fueron colgadas para servir de lámparas en la gran mezquita (2).

Nuestros historiadores no cuentan su regreso de un modo tan feliz. Dicen que el santo en castigo del ultraje inferido á su templo, envió á los infieles una terrible epidemia que los hizo morir por el viage á centenares y millares, de suerte que muy pocos llegaron á Córdoba, y aun estos perseguidos por cuerpos de infantería ligera, que les fueron picando las espaldas (3).

Así pues Bermudo solo débilmente pudo oponerse á la invasion del hagib, y se limitó á inquietar su retirada, no pudiendo pelear con él á campo abierto. Despues del desastre dedicóse á restaurar el santo templo con la magnificencia posible, lo mismo que á reparar las maltratadas fortalezas y ciudades de sus estados. No puede negarse, empero, que fuese desgraciadísimo el reinado de Bermudo: la catástrofe de Leon señaló su principio, y todo él fué una triste série de reveses y derrotas. En su tiempo fueron destruidas las mejoras fortalezas y devastados los mas ricos monasterios de la España cristiana, y Córdoba se enriqueció con sus despojos; pero esto no es razon para prorumpir como Pelayo de Oviedo en invectivas contra este rey infeliz, á quien afea con todos los vicios, llegando á considerar castigo del cielo por los desórdenes del monarca las calamidades que sobrevinieron en su tiempo. El monge Silense que escribió mucho antes que Pelayo y que goza de mayor autoridad entre los críticos, nos lo pinta bajo muy distintos colores. Dice que fué príncipe juicioso y prudente, que obraba con clemencia y justicia, que amaba la virtud y aborrecia la maldad; confirmó las leyes del insigne Wamba, mostró gran celo por la observancia de los antiguos cánones de la iglesia gótica, y puso todo su empeño desde los primeros dias de su reinado en abatir el orgullo de los infieles: ¿pero qué podia hacer contra un enemigo del talento y temple de Almanzor en las circunstancias fatales en que por la rebelion de sus propios súbditos se vió colocado muchas veces?

Tuvo Bermudo dos esposas, Velasquita y Elvira, con la última de las cua–

(1) Bermudo.

(2) Campanas minores in signum victoriæ secum tulit et in Mezquita Cordubensi pro lampadibus collocavit, quæ longo tempore ibi fuerunt (Roder. Tolet., de Reb. Hisp., l. V, c. XVI).

(3 Conde pone esta expedicion tres años antes; pero su relato truncado y sin detalle alguno, no puede prevalecer contra el de El Makari confirmado por todos los cronistas cristianos.

A. de J. C. les se casó despues de repudiar á la primera, á lo que parece, por causa de próximo parentesco. De Velasquita tuvo á Cristina que, casada despues con el infante Ordoño, dió orígen á la familia de los condes de Carrion; de Elvira, hija, como hemos dicho, del conde de Castilla García Fernandez, naciéronle varias hijas y un hijo varon que le sucedió en el trono con el nombre de Alfonso V.

En reposo dejó Almanzor al desafortunado reino de Leon durante los dos últimos años del reinado de Bermudo, pues no consta que desde 997 á 999 llevara otra vez allí sus victoriosos pendones. La enfermedad habitual de Bermudo, la gota, habíase agravado de tal suerte que no le permitia ni siquiera cabalgar, debiendo ser conducido en hombros de una parte á otra. Al fin sucumbió á un ataque de aquel mal despues de un trabajoso reinado de diez y siete años en uno
999. de los últimos meses del año 999, en un lugar del Vierzo llamado Villabuena. Su cuerpo sepultado en el mismo lugar de su muerte fué trasladado despues por disposicion de su hijo á la catedral de Leon, donde se lee todavía su epitafio y el de su segunda esposa Elvira, que le sobrevivió algunos años.

El principio hereditario en la sucesion á la corona iba echando cada dia mas hondas raices entre los sucesores de aquellos Godos que tan celosos se mostraran por la eleccion de sus monarcas. No habia aun una ley fija de sucesion al trono, ni estaba establecido el principio de la primogenitura, pero la costumbre y el consentimiento habian hecho poco á poco mirar como hereditaria la corona. Y tenia ya esta costumbre tanta fuerza, que se aplicaba aun en aquellos casos en que como el presente solo habia dejado el rey difunto un niño de pocos años para guiar á la pelea á un pueblo guerrero y para ceñir una corona que mas que nunca habia de ser de hierro para los monarcas leoneses, expuestos sin cesar á las acometidas de sus terribles enemigos de Córdoba. Alfonso V de este nombre, hijo de Bermudo, solo contaba cinco años cuando en virtud de lo dicho fué llamado á suceder á su padre; á causa de su tierna edad fué puesto bajo la tutela del conde de Galicia Menendo Gonzalez y de su muger doña Mayor, y dirigíanle al mismo tiempo durante los primeros años de su reinado su tio materno Sancho de Castilla y su madre Elvira, muger, á lo que parece, de enérgico carácter y de mucha experiencia. Esto nos manifiesta una vez mas haber caido en desuso la ley de los Godos que condenaba á reclusion á las viudas de los reyes.

El extraño reposo de que en los dos últimos años gozaron en Leon y Castilla, fué debido sin duda á la guerra que por aquel entonces se empeñó en territorio africano. Zeiri ben Atiya, dice la crónica, mantenia en público su amistad y buena inteligencia con Almanzor, hasta que engreído ya con su mucho poder principió á manifestar el ódio que ocultaba en su corazon. Mientras habia estado ocupado en edificar la ciudad de Wahda, su nueva capital, habia disimulado el Africano sus ambiciosos proyectos, pero en el año 997, mandó suprimir en la oracion pública el nombre del regente de España conservando únicamente el del califa Hixem. Almanzor supo la ofensa hecha á su persona cuando se disponia á partir para su expedicion de Santiago, y envió á Africa á uno de sus caudillos con un cuerpo de caballería y mucho dinero para procurarse soldados entre las tribus enemigas del emir. Ambas huestes se encontraron en Wadi Radat y empeñaron una sangrienta batalla, que fué seguida de otras muy crueles; así pelearon tres meses con varia fortuna, hasta que debilitadas las tropas anda-

luzas por falta de refuerzos, hubieron de ceder al número y refugiarse en Tánger, desde donde su caudillo escribió al regente su apurada situacion. Almanzor recibió esta noticia al volver de su campaña de Santiago, y cuando apenas habian terminado los festejos dispuestos en celebracion de la misma. Infatigable, sale de Córdoba y se dirige á Algeciras, allega tropas, y confia su mando á su hijo Abdelmelek Almudafar, con órden de exterminar á Zeiri. A. de J. C.

Temeroso este de la tempestad que le amenazaba, pidió refuerzos á las tribus aliadas y con ellos partió en busca de sus enemigos. Encontrolos en Wadi Mena en confines de Tánger, y se trabó atroz batalla que nunca, dice la crónica, se oyó de otra semejante. En lo mas recio de la pelea, fué contra Zeiri un mancebo negro llamado Salem, á quien el emir habia muerto un hermano, y ardiendo en deseos de venganza, le causó con su alfange tres profundas heridas en el cuello, y no le acabó creyendo que eran mortales. Difundida esta noticia entre las tropas de Abdelmelek, dieron con mayor esfuerzo en los contrarios, quienes faltos de la asistencia de su jefe se desordenaron y pusieron en fuga. La confusion y el desórden llegó hasta el real donde curaban las heridas á Zeiri, que se vió forzado á huir con sus principales caballeros, dejando su campo y sus riquezas en poder de sus enemigos. Repuesto de esta primera derrota, sostuvo por algun tiempo la campaña, pero siempre con pérdida, hasta que rechazado por los habitantes de Fez, entre los cuales pretendia refugiarse, huyó al desierto con su familia y algunos partidarios. Almudafar llegó poco despues delante de la ciudad, y recibido en triunfo por los moradores, hizo en ella su solemne entrada el dia 3 de noviembre de 997 (1).

La noticia de estos acaecimientos que ponian dignamente fin á un año tan glorioso para el islamismo, colmó á Almanzor de alegría, y quiso que la carta en que su hijo los anunciaba fuese leida en los alminbares de las principales ciudades españolas. Poseido de júbilo al ver la constancia de su buena fortuna, mandó dar libertad á mil ochocientos cautivos cristianos, repartió muchas limosnas, y pagó deudas de gente pobre y honrada. Pronto sin embargo, para bien de España, habia de sonar para Almanzor la hora del infortunio.

En esta parte del Estrecho Almanzor habia abierto de nuevo las hostilidades contra los afligidos cristianos. En el año 390 (1000) vémosle invadir la España oriental, arrollar á las tropas de las fronteras, destruir fortalezas, incendiar lugares, quedando yerma, dice la crónica, aquella tierra poco antes tan poblada. Era aquella una lucha de exterminio, y la crónica arábiga nos dice que los cristianos lo devastaban y quemaban todo á la aproximacion de los invasores. Al otoño siguiente hízose la guerra en el norte, y Almanzor se apoderó de Aguilar en la provincia de Portus-Calle, y de una ciudad llamada Montemayor. Transcurrió el año 1001 sin suceso alguno notable en España ó que tal pareciera á lo menos á nuestros historiadores, puesto que nada de este año nos refieren. En Africa, Zeiri ben Atiya llegó á tierra de Zanhaga, que halló revuelta contra el emir Badis ben Mansur ben Balkin, por discordias suscitadas despues de la muerte de su padre. Zeiri allegó sus parciales, y apoderándose de varias ciudades siempre en nombre del califa Hixem de Córdoba, puso cerco á Medina Axia-

1000.

1001

(1) Conde, P. 2.ª, c. CI.

A. de J. C ra, capital de aquellos pueblos. Allí habia de encontrar la muerte: despues de pelear todo un dia se le encrudecieron en la agitacion de la pelea las heridas que le causara el negro Salem, y de ellas murió poco despues.

1002 Llegó en tanto el año 1002, que tan gran suceso iba á presenciar en nuestra península, y Almanzor, libre ya de los cuidados que el Africa le inspirara, resolvió dar el último golpe á esa Castilla cuya obstinada resistencia le era ya enojosa, y á la que queria de una vez agregar al imperio muslímico. Para ello mandó desembarcar en Algeciras numerosos escuadrones berberiscos, mientras que los walies de Santaren, Mérida y Badajoz reunian todas las tropas de sus respectivos gobiernos. Las banderas se reunieron en gran número en Toledo, y todo se dispuso para una formidable invasion.

La noticia de los aprestos de Almanzor y de los grandes refuerzos que de Africa habia recibido cundió entre los cristianos sembrando entre ellos no el temor, sino el deseo de correr á las armas y un sentimiento de union contra el comun enemigo. El rey de Leon Alfonso V., hijo de Bermudo, solo contaba entonces ocho años, pero tenia por tutores y consejeros á hombres de valor y experiencia, y entre ellos á Sancho García, hermano de Elvira madre de Alfonso, hijo y sucesor de García Fernandez. Reinaba en Pamplona otro Sancho Garcés el Mayor (1), apellidado Cuatro Manos por su intrepidez en los combates, y era yerno del mismo Sancho García de Castilla, cuyos estados amenazaba Almanzor con una total ruina. La necesidad de la union fué reconocida por los tres soberanos que eran al propio tiempo tan cercanos parientes; las antiguas discusiones cesaron, pactóse la alianza, y las fuerzas de Leon, de Castilla y de Navarra, que desde mucho tiempo no se habian juntado, marcharon todas á oponerse á las empresas de Almanzor. El punto de reunion general fué señalado en las inmediaciones de la antigua Numancia, hácia las fuentes del Duero, entre Soria y Coruña del Conde. Allí reunieron sus pendones leoneses, castellanos y navarros, entre quienes marchaban varios condes de la otra parte de los Pirineos. Numerosa y lucida era la hueste: cuantos hombres en los tres reinos habian podido empuñar las armas, acudieron en auxilio de la patria amenazada. Conducia las banderas de Leon, Asturias y Galicia el conde Menendo á nombre de Alfonso V; mandaban las de Navarra y Castilla sus respectivos soberanos, y tambien los pueblos vascones habian llevado su estandarte con sus tres sangrientas manos á los campos de Castilla. Hasta los sacerdotes ciñeron la espada, y así fué como se reunió el ejército cristiano mas numeroso que se habia opuesto nunca á los pasos de Almanzor.

Este era el ejército cristiano; oigamos ahora el relato de los Arabes.

Los Musulmanes partieron de Toledo divididos en dos cuerpos, Andaluces y Africanos, y corrieron la tierra hasta el nacimiento del Duero sin hallar la menor resistencia, hasta que por fin en un lugar llamado Kalat-al-Nosor (2) (Calatañazor), avistaron el campamento de los cristianos. Su hueste, dice la cró-

(1) El poder de Sancho se extendia por la otra parte de los Pirineos á todo el territorio llamado por los romanos Novempopulania y segunda Aquitania hasta la ciudad de Tolosa, la mas importante de la Galia meridional. Además varios condes del Langüedoc que no habian reconocido la nueva dinastía de los Capetos, prefirieron prestar homenage á Sancho que al antiguo duque de Paris. Para todo lo referente al reino de Navarra, véanse Briz, Martinez, Sandoval, D. Bousquet, etc.

(2) Altura del buitre ó montaña del águila.

nica, estaba partida en tres *almafallas* ó grandes divisiones, que cubrian los campos con su muchedumbre como las esparcidas bandas de langosta. Cuando los campeadores muslimes descubrieron el campo de los infieles tan extendido, se asombraron de su inmenso número y avisaron á Almanzor, quien con los mismos campeadores reconoció la posicion de los enemigos y dió sus disposiciones para la batalla. Hubo aquel dia algunas escaramuzas que interrumpió la noche, y en la corta tregua que esta les concedió á favor de sus sombras, continua el escritor arábigo, los caudillos musulmanes no gustaron del dulce reposo: inquietos y dudosos con el temor y la esperanza, miraban á las estrellas y al cielo á la parte de la aurora; y la venida de aquel rubor y claridad del alba, que suele alegrar á los hombres, oscureció entonces los corazones de los tímidos, al tiempo que el toque de trompetas y añafiles hacia estremecer á los mas animosos. Almanzor hizo su oracion del alba, los caudillos ocuparon sus puestos, y los cristianos pusieron en movimiento sus bien ordenadas haces. Temblaba la tierra debajo de sus piés, y los clamores de ambos campos, el estruendo de atambores y trompetas, el relinchar de los caballos resonaba en los cercanos montes y parecia hundirse el cielo. La batalla se trabó con enemigo ánimo y con igual denuedo, y se mantuvo por ambas huestes con admirable constancia: los cristianos con sus caballos cubiertos de hierro, peleaban, dice el cronista, como hambrientos lobos, sus caudillos parecian en todas partes animando á los suyos. Almanzor revolvia á todas su feroz caballo, semejante á un sangriento pardo; atropellaba con sus caballeros á aquellos hombres cubiertos de crugientes armas, y entrando en lo mas recio y ardiente de la pelea, se indignaba de aquella desusada resistencia y *bárbaro valor de los infieles*. Con el polvo que se levantó en toda la extension del campo de batalla, el sol se oscureció antes de su hora, y la noche que se anticipó con sus tenebrosas alas de oscuridad, separó los enemigos pueblos sin que ninguno hubiese cedido un palmo de terreno. El campo quedó cubierto de montones de palpitantes cadáveres, la tierra se empapó en sangre humana, y ninguno de los combatientes osaba atribuirse la victoria. Retirado en su tienda, esperaba Almanzor que acudirian á su lado como de costumbre los caudillos de su ejército, pero viendo que no llegaban preguntó: «¿Cómo no vienen mis valientes?—Señor, le contestaron, todos han muerto ó están heridos.» Entonces conoció el estrago que los suyos habian padecido y dió órden para levantar el campo antes de rayar el dia, pasando el Duero en órden de batalla por si los enemigos quisieren perseguirle. Los cristianos vieron el movimiento de los Musulmanes y recelando que fuese para renovar la lid, salieron armados de sus tiendas; pero seguros de su retirada, no se movieron cansados aun de la lucha pasada y por la gran pérdida que tambien habian padecido (1).

Abatido y apesarado Almanzor por su derrota, la primera que habia experimentado, no quiso beber ni comer, y no cuidó de sus heridas, que se enconaron cruelmente con la agitacion y tristeza de su ánimo. No pudiendo sostenerse á caballo, fué conducido en una silla en hombros de sus soldados durante catorce leguas, hasta las fronteras de Castilla é inmediaciones de Medina Selim (Medinaceli). Allí encontró á su hijo Abdelmelek, que enviado por el califa Hixem, iba

(1) Conde, P. 2.ª, c. CII.

á saber noticias de su padre, y allí mismo espiró el insigne guerrero musulman un lunes tres dias por andar de la luna de ramazan del año 392 (9 de agosto de 1002), á la edad de sesenta y tres años. Difundida entre los soldados la noticia de su muerte, lloráronle todos con gran dolor y amargura, y el ejército entero acompañó hasta Medinaceli sus restos mortales, que fueron allí sepultados, cubriéndolos con el perfumado polvo que en cien batallas habian recogido sus vestidos.

Este fué el fin de Muhamad ben Abdallah ben Abi Ahmer Almanzor, en una edad que podia aun permitirle grandes esperanzas y vastos pensamientos, y cuando su poder habia llegado al mas alto grado de esplendor. Las memorias arábigas abundan en alabanzas suyas y en anécdotas de las cuales es él el protagonista. «El hagib Almanzor, dicen, gobernó el estado con mucha gloria y ventajas para el Islam durante veinte y cinco años. La reina Sobeya, madre del califa Hixem, le encargó todos los negocios de paz y de guerra y no se hacia nada en el reino sin su consentimiento, de manera que no le faltaba sino el nombre de califa; pero en verdad que á su prudencia, valor y fortuna se debieron grandes prosperidades y conquistas. Siempre fué vencedor de sus enemigos: no vió hueste de infieles que no rompiese, ni cercó ciudad ó fortaleza que no se le rindiese, dilatando las fronteras de los Muslimes á los extremos de España de uno á otro mar. En todo el tiempo de su gobierno no se alteró la felicidad del estado, pues con el temor que todos le tenian, no hubo quien suscitase la mas leve sedicion ni desobediencia, como las que antes habian abrasado á España. En su tiempo fué el estado tan floreciente, que nunca habia llegado á tan alto grado de poder y grandeza. Pasaron de cincuenta las jornadas victoriosas que hizo contra cristianos, tanto que sus reyes intimidados le enviaban á rogar la paz y que no los acabase. Cuando la infausta nueva de su muerte se supo en Córdoba fué un dia de luto y general desconsuelo, así en esta ciudad como en las demás del reino, y en mucho tiempo no pudieron consolarse de tan grave pérdida (1).»

Este fué Almanzor, figura histórica colosal, dice Lafuente, gigante que desde su aparicion asombra, y á quien, sin embargo, se le vé siempre creciente; político profundo, ministro sabio, guerrero insigne, el Alejandro, el Anibal, el César de los Musulmanes españoles. Incierto como un cometa errante, dice en otra parte el mismo autor, terrible como el trueno, rápido como el rayo, no se sabe nunca donde irá á descargar el siniestro influjo de este astro de muerte, si al norte, si al este, si al oeste de la España cristiana. Todo lo recorre el valeroso Musulman, y allí se deja caer como una lluvia de fuego donde menos se le espera. Los cristianos pelean con valor, pero ¿quién resiste á la impetuosidad del Mahometano? Cada estacion señala un triunfo para el guerrero árabe, y sus victorias se cuentan por el número de sus campañas (2). ¡Calamitosos tiempos aquellos para los infelices cristianos de España que se ven reducidos á la cuna de su independencia como en los dias de la conquista! Flora, religiosa de Leon, cautivada con tres compañeras cuando la toma de aquella ciudad, nos ha dejado

(1) Conde, l. c.
(2) Lafuente, Hist. gen. de Esp., P. 2.ª, l. I, c. XXV.

MUERTE DE ALMANZOR

en sentidos lamentos consignadas las tribulaciones de aquella época aciaga. «Los pecados de los cristianos, dice, atrajeron la gente sarracena sobre toda la region occidental para devorar la tierra, pasar á todos al filo de sus aceros, ó llevar cautivos á los que quedaron con vida. Nuestra constante acechadora la antigua serpiente les dió la victoria: destruyeron las ciudades, desmantelaron sus muros y lo conculcaron todo: los pueblos quedaron convertidos en solares, las cabezas de los hombres cayeron tronchadas por el alfange enemigo, y no hubo ciudad, aldea, ni castillo que se librara de la universal devastacion.» Por esto los cronistas cristianos celebran la muerte de Almanzor como la caida de su mas terrible enemigo, y por esto árabes y cristianos inventaron leyendas y consejas acerca de su fallecimiento, como sucede con todos los grandes hombres y con todos los grandes sucesos.

Como la mayor parte de los Beni Omeyas, Almanzor no fué solamente un general mil veces victorioso, sino que añadia á esto, segun antes hemos dicho, un gusto y una aficion decidida por las letras y por aquellos que las cultivaban. Aquel á quien nos representamos cubierto de armas, rodeado de generales, seguido de bélico acompañamiento, y complaciéndose únicamente en conversaciones militares y en planes de futuras campañas, vémosle por el contrario gustar con preferencia en todo el tiempo que residió en Córdoba de la compañía de los poetas, sabios y literatos. Su palacio era una academia abierta constantemente á los sabios de todos los paises, y á ella concurrian así de Africa, de Egipto, de Siria y de Persia, como de las tierras de Afranc y de Galicia. Durante su gobierno continuaron en muy floreciente estado las ciencias y las letras, y la medicina en especial y las demás ciencias positivas, llegaron entonces á un grado de elevacion y cultura que generalmente no se cree (1).

En los últimos tiempos de una carrera empezada, como hemos visto, por los suplicios y las proscripciones, Almanzor, al crecer en años, suavizóse como Augusto y ejerció el poder con moderacion luego que pudo ejercerlo sin obstáculo y hubo derribado ó reducido al silencio á todos sus rivales. No se crea, empero, que reinara sin disgustos y sobre todo sin inmenso trabajo: su historia por el contrario nos revela los grandes esfuerzos que hubo de emplear para mantenerse en cierto modo á su propia altura, y una anécdota que El Makari nos refiere atestigua sus contínuas vigilias y sus gloriosas fatigas. Entre los sabios y poetas que con mas intimidad le trataban hallábase uno llamado Schallah, quien haciendo presente al regente que sus vigilias se prolongaban demasiado y que el cuerpo necesitaba de reposo, recibió de Almanzor la siguiente contestacion: «¡Schallah! el príncipe no debe dormir cuando los súbditos duermen. Yo te prometo que si durmiera cuanto tengo gana no quedaria en esta gran ciudad un ojo que pudiera cerrarse.»

---

(1) Véanse sino las obras de Abulcasis, médico de Almanzor, en las que se hallan indicados gran número de procedimientos útiles ó ingeniosos de aquellos que el arte de curar puede emplear con ventaja en todos tiempos. De las mismas resulta que la litotricia, que se presenta como invencion moderna, era ya conocida en Córdoba en la segunda mitad del siglo x. Puédese ver además el tratado de medicina veterinaria por Gharyb ben Said; el tratado de botánica y el de fisiología patológica por Talyf Abu Zakarya ben Muhamed; varias obras sobre astronomía, matemáticas y química de Moslema ben Ahmed de Madrid, etc.

CAPÍTULO XVII.

Continuacion y fin del reinado de Hixem.—Gobierno de Abdelmelek, hijo de Almanzor.—Sus campañas contra los cristianos; su muerte.—Gobierno de su hermano Abderrahman —Principio de la guerra civil.—Toma de Córdoba por Muhamad el Mahady.—Muerte de Abderrahman ben Almanzor.—Muhamad anuncia la muerte de Hixem y se hace proclamar califa.—Sublevacion de los Berberiscos de la guardia.—Batalla de Gebal Quintos.—Suleiman se apodera del califato con auxilio de los Castellanos.—Muhamad recobra el trono con ayuda de los Catalanes.—Batalla de Akbatalbacar.—El esclavo Wadha saca á Hixem de su retiro.—Suplicio de Muhamad el Mahady.—Toma y saqueo de Córdoba por los Africanos.—Desaparicion de Hixem.—Suleiman se apodera otra vez del trono.—Su muerte.—Disolucion del califato de Córdoba.—Partidos, guerras, destronamientos, usurpaciones, crímenes.—Ultimos califas: Alí, Abderrahman IV, Cassim, Yahia, Abderrahman V, Muhamad III, Yahia por segunda vez, Hixem III.—Fin del imperio ommiada.

Desde el año 1002 hasta el 1031.

Muerto Almanzor, pasó el gobierno á su hijo primogénito Abdelmelek, que acababa de regresar á Córdoba al frente de las veteranas tropas de su padre que habian podido salir ilesas de la gran matanza de Calatañazor. La madre de Hixem, Sobeya, vivia aun (1), y logró sin esfuerzo que el califa, acostumbrado á obedecerle en todo, confiriese el cargo de primer ministro al hijo de Almanzor, confiando hallar en él las prendas que tanto enaltecian á su padre. Y en efecto, Abdelmelek heredó el valor y prudencia del caudillo cuya muerte lloraban todos, pero no su fortuna, á pesar de los vaticinios de los astrólogos que al nacer pronosticaron haber de llegar España bajo su autoridad á su mas alto grado de grandeza. Hixem continuó no tomando en el gobierno parte alguna, contento con reinar sobre sus esclavos y compañeros en los jardines de Zahara.

Los primeros tiempos del gobierno de Abdelmelek fueron sin embargo prósperos y bonancibles. Confirmó á Moez, hijo de Zeiri ben Atiya, en el emirato del Magreb, y Moez, en cambio, hizo proclamar á Hixem y á su hagib en toda la extension de sus dominios, obligándose á pagar á España un tributo en armas, dinero y caballos, y enviando á Córdoba su hijo Moansir como en prenda y garantía del cumplimiento de sus promesas.

Deseoso Abdelmelek de seguir las gloriosas huellas de su padre, resolvió hacer anualmente como él dos excursiones á tierra de los cristianos. En la pri-
1003. mera campaña, en 1003, obtuvo una victoria en las inmediaciones de Lérida; y despues de un corto descanso en Córdoba, atravesó con un gran ejército las fronteras de Galicia. Los Arabes refieren que venció en una batalla á los leoneses, que se apoderó otra vez de la capital, y destruyó cuanto habia quedado en pié de la

(1) Segun Conde sobrevivió muy poco tiempo á Almanzor.

conquista de su padre; pero esta relacion contradice lo que nos cuenta Rodrigo A. de J. C.
de Toledo acerca de esta tentativa de Abdelmelek (1). En los años siguientes continuó Almudafar sus expediciones á la España oriental y occidental sin mucha gloria ni grandes resultados para las armas musulmanas, hasta que en 1005 1005.
celebró una tregua con los cristianos de Leon.

En este mismo año una armada sarracena, salida de los puertos de España, llegó á la costa de Italia, hizo un desembarco en Salerno, y puso esta ciudad á contribucion; pero mientras los Musulmanes desprevenidos esperaban en la playa el rescate convenido, los de la ciudad salieron contra ellos obligándolos á volver á sus naves, no sin dejar en la arena muchos y esforzados soldados.

En este tiempo, dice Conde, vinieron á Córdoba algunos cristianos muy principales que huian de su tierra por desavenencias intestinas; pidieron al hagib Almudafar que les diese licencia para morar en la ciudad ó fuera de ella, y el califa les mandó dar casas y jardines en que pudiesen vivir en seguridad y á su placer (2). La crónica árabe no nos dice á qué provincias de España pertenecian estos cristianos, si bien puede conjeturarse que serian de Castilla, enemigos del conde Sancho, contra quien el hagib continuó la guerra, al tiempo que se estipuló la tregua antes dicha con los cristianos de Leon, á instancias, segun los autores árabes, del walí de Toledo Abdallah ben Abdelaziz. Este antiguo y fiel caudillo de Almanzor, habíase mostrado siempre terrible enemigo de los cristianos, pero últimamente habia entrado en relaciones con el monarca de Leon, y segun los usos caballerescos de la época, enviábanse recíprocamente magníficos regalos. Cuéntase que en una de sus algaras Abdallah redujo á cautiverio á una hermosa cristiana, que no tardó á su vez en cautivar su corazon, pero habiendo sabido por los demás prisioneros que era hija de Bermudo y hermana de Alfonso V, que reinaba entonces en Leon, se la envió junto con sus compañeras, sin querer admitir por su rescate precio alguno (3). Este noble proceder, conforme con las ideas galantes de la época, ha dado sin duda orígen á lo que cuentan algunos del matrimonio de la hermana de Alfonso con Abdallah y del prematuro fin del Moro, por haber querido contra la voluntad de su esposa gozar de las caricias de Teresa, que así se llamaba la princesa cristiana.

Muerto Abdallah, y espirado el tiempo de la tregua, Almudafar entró por
tierras de Galicia llegado que fué el otoño del año 1007, y destruyó cuan- 1007.
tas fortalezas habian ido los Castellanos y Leoneses reparando; desmanteló á Avila, llegó á Salamanca, avanzó hasta el interior de Galicia y Lusitania, regresó por las márgenes del Duero y volvió victorioso á Córdoba, despues de arrasar
los fuertes de Gormaz y de Osma. En la primavera del siguente año 1008, mar- 1008.
chó otra vez á Galicia llevando en su compañía al jóven Moansir, hijo del emir del Magreb. Iba Almudafar, dice la crónica arábiga, al frente de cuatro mil caballeros armados de corazas y cotas de malla brillantes como estrellas, cubiertos sus caballos con caparazones de seda de dobles forros; seguia en pos la caballería de andaluces y africanos, gente aguerrida que se habia distinguido en las

(1) Anno sequenti (Arabum 394), cum super Legionem exercitum congregasset à christianis turpiter effugatus, turpiter est reversus (Roder. Tolet., Hist. Arabum, c. 32).

(2) Conde, P. 2.ª, c. CIII.

(3) Id., l. c.

mas peligrosas ocasiones..... Acometieron á los cristianos, añade Conde, y aunque eran los héroes de su tiempo, que todos habian entrado en muchas batallas y estaban avezados á los horrores de las peleas, los atropellaron, rompieron sus almafallas, y obligáronlos á emprender desordenada fuga, dejando el campo regado de sangre. Sigue Abdelmelek el alcance con su caballería, y reparados los cristianos en unos recuestos y pasos difíciles, se renovó la cruel batalla: los cristianos pelearon como rabiosos tigres, y allí los Muslimes padecieron mucho. La venida de la noche puso fin á la sangrienta pelea: á favor de su oscuridad los cristianos se retiraron á sus ásperos montes, y los musulmanes, al ver la notable pérdida que habian sufrido, se volvieron á las fronteras y de ellas á Toledo y á Córdoba (1).

Esta fué la última campaña de Almudafar, y de las palabras de su cronista puede colegirse que no alcanzó gran victoria. A ella sobrevivió muy poco Abdelmelek, y apenas estuvo de regreso en Córdoba, fué atacado de la grave enfermedad de que murió en el mes de safar del año 399 (octubre de 1008), no sin sospechas de haber sido envenenado. Su muerte fué muy sentida por todos los buenos Musulmanes, y la ceremonia de su entierro reunió por última vez á los jeques y walíes árabes. Gobernó el estado seis años y cuatro meses, no sin prudencia y alguna felicidad.

No podremos decir lo mismo de su hermano Abderrahman, que le fué dado por sucesor, merced á la influencia de las antiguas hechuras de Almanzor que llenaban el palacio de Zahara. Hixem, dice Conde, que no tenia mas voluntad que la de sus siervos, nombró á propuesta de estos por su hagib al hermano de Almudafar, Abderrahman, que era capitan de la guardia del califa, esperando hallar en él las prendas y fortuna de su padre y hermano; pero por lo comun los hombres se engañan en sus juicios y en sus esperanzas, que solo Dios es sabedor (2). La elevacion del hermano de Abdelmelek fué al momento saludada por Moez ben Zeiri con el envío de ricos presentes, entre los cuales habia ciento cincuenta caballos de pura raza. Agradecido á este testimonio de afecto, Abderrahman correspondió á él con otros regalos, y envió á Moez su hijo Moansir que hasta entonces habia permanecido en Córdoba. Esto obligó mas y mas á Moez, y recogiendo los mejores caballos de Berbería, enviólos en número de mil á España, preciosa dádiva, dice la crónica, como nunca habia llegado otra del Magreb. Regalo era este muy á propósito para el nuevo hagib, ginete consumado, muy dado á los juegos y festines, que pasaba los dias en ejercicios de caballería y las noches en banquetes y galanteos. Tal era en efecto el nuevo ministro: con las maneras y la fisonomía de su padre, lo cual le habia granjeado el favor popular, era de relajadas costumbres, muy dado al vino y á las mugeres, sin aptitud para los negocios graves ni disposicion para gobernar. Esto no obstante, poseido de aviesa ambicion, supo persuadir al califa Hixem, que no tenia hijos, que le nombrara su walí alhadi ó futuro sucesor, habiendo llegado su audacia, segun Rodrigo de Toledo, hasta el punto de amenazar al califa con la muerte en caso de negarse á su demanda. De todos modos es lo cierto que tomó el pomposo nombre de Alnasir Ledinallah, como Abderrahman III, lo que revela su ex-

(1) Conde, P. 2.ª, c. CIII.
(2) Id., c. CIV.

traordinaria presuncion; y para que su nombramiento no causara tanta sorpresa, resolvió dilatar su declaracion solemne hasta despues de su primera campaña contra los cristianos, en la que contaba hacer famoso su nombre y manifestar cuan digno era de su gran fortuna. Por mas que estas cosas se tratasen en secreto en los salones mas recónditos del alcázar, no dejaron de hacerse públicas y de despertar la indignacion de los Meruanes, muy numerosos en Córdoba, sobre todo de Muhamad ben Hixem primo del califa y biznieto de Abderrahman III, á quien lisonjeaba la esperanza de ocupar el trono. Para mejor impedir el efecto de las maquinaciones del hagib, salió de Córdoba, pasó á las fronteras de Castilla, y atrayendo á su causa á muchos alcaides de aquel país, marchó hácia Andalucía manifestando á las tribus las orgullosas pretensiones de Abderrahman ben Almanzor á la herencia de los Beni Omeyas. No se necesitaba mas para exaltar á los nobles árabes adictos á esta familia, y en pocos dias el Ommiada Muhamad, descendiente en línea recta del magnánimo Abderrahman III, lo mismo que el califa reinante, hallóse á la cabeza de un numeroso ejército, con el cual emprendió decidido el camino de Córdoba. A. de J. C.

Sabedor de la tempestad que contra él se habia formado y de la marcha de Muhamad, Abderrahman salió de Córdoba y se dirigió al encuentro de su enemigo con la caballería africana y la guardia del califa. Sin embargo, apenas hubo salido de su capital, súpolo Muhamad por un wazir de su parcialidad, y avisado tambien del escaso número de tropas que en la ciudad habian quedado, dividió las suyas, tomó por extraviadas veredas, y llegando con su caballería á la capital, hízose dueño de Hixem, y publicó la deposicion del hagib Abderrahman y su propio nombramiento para el elevado puesto que quedaba vacante. Al saber Abderrahman lo que sucedia en Córdoba, quitó las vallas á su ira, y contra el dictámen de sus caudillos, dió luego vuelta á la ciudad, muy confiado, dice la crónica, en el aura popular, que no debiera. Ninguna resistencia encontró en las puertas de la capital, pero llegado á la plaza del alcázar, se le opusieron en gran número los partidarios de Muhamad con los principales jeques y mucha gente menuda de la poblacion. Empeñóse entonces una sangrienta y desigual pelea, y aun cuando la caballería de Abderrahman arrolló y acuchilló á la muchedumbre, al ver el hagib que el amotinado pueblo ningun caso hacia de su voz, sino que por el contrario sus oleadas y su gritería crecian sin cesar, ordenó él mismo la retirada. Al procurar abrirse paso entre el apiñado gentío, sus caballeros hicieron en el pueblo terrible matanza, pero la mayor parte acabaron por ser derribados de sus caballos y por ser víctimas de la enfurecida muchedumbre. Igual suerte le cupo al infeliz Abderrahman, y su cabeza clavada en un palo, fué paseada por las calles entre la befa y el escarnio del versátil y olvidadizo pueblo. Así pereció el segundo hijo de Almanzor á 18 de la luna dejiumada postrera del año 399 (16 de febrero de 1009), despues de ejercer el poder poco 1009.
mas de cuatro meses. Sus bienes fueron confiscados, sus parciales hubieron de ocultarse, y su nombre no se pronunciaba sino con apodos de menosprecio (1).

Muhamad distribuyó los principales cargos del estado entre los hombres de

---

(1) Los cronistas cristianos le llaman *Sanciolo*, *Sanchuelo*, equivalente que dan al apodo *Schandjul*, empleado en las historias árabes.

su confianza, y tomó con notable prontitud cuantas medidas le parecieron necesarias para afirmarse en el poder. Su elevacion habia tenido lugar á mediados de febrero, y llevado por su ambicion ardiente, hizo publicar en 22 del mismo mes que Hixem habia adolecido de una grave enfermedad que dejaba muy pocas esperanzas á sus fieles servidores. El pueblo se interesó muy poco por el califa á quien nunca veia y á quien consideraba como un vano fantasma, y esto junto con la opinion unánime del consejo de Estado de que solo él habia de suceder al califa creido muribundo, inspiró á Muhamad el vil proyecto de asesinar á Hixem. Sin embargo, el esclavo Wadha, camarero de Hixem y muy adicto á la familia de Almanzor, le disuadió de semejante idea; díjole que para lograr lo que pretendia no era necesario derramar la sangre del inocente califa, que retirado y oculto y bien guardado no estorbaria sus intentos, y persuadido Muhamad, encerraron con gran secreto al infeliz soberano. Buscaron un hombre muy semejante á Hixem en edad, estatura y fisonomía, diéronle muerte, y colocado en el regio lecho, celebróse como por órden suya la declaracion y reconocimiento como futuro sucesor de su hagib Muhamad, de la ilustre estirpe de los Beni Omeyas. Los walíes y wazires se reunieron, publicóse la declaracion, y pocas horas despues la muerte del califa. Creyólo el pueblo, y el supuesto Hixem fué sepultado con gran pompa en el primer patio del palacio junto á Abderrahman III y á Alhakem II, á los 25 de jiumada postrera del año 399 (23 de febrero de 1009).

Aquel mismo dia fué proclamado en Córdoba Muhamad ben Hixem, quien tomó el título de Mahady Billah (pacificador por la gracia de Dios), título que como observa un historiador contrastó de un modo singular con las turbulencias que acompañaron su reinado y fueron causa de que cayera arruinada la monarquía de los Beni Omeyas españoles. Hízose oracion por él en todos los alminbares de España, y se acuñó moneda en su nombre.

A lo que parece, Muhamad el Mahady habia hallado á la guardia africana muy poco favorable á sus ambiciosos proyectos, y por espíritu de venganza ó para granjearse el afecto del pueblo de Córdoba, que detestaba á los Zenetas africanos, intimóles luego de su elevacion la órden de salir inmediatamente del palacio y de la ciudad sin dilacion ni excusa. Los generales de la guardia, ofendidos por tan repentino é inmerecido destierro, resolvieron desobedecer á toda costa la órden comunicada, y empuñaron las armas para oponerse á ella. Prorumpiendo en quejas y amenazas contra el nuevo califa, á quien llamaban pérfido y asesino de su soberano, dirigiéronse al alcázar, y pidieron á gritos la cabeza del usurpador. Este con su guardia andaluza salió contra los conjurados, y empeñóse una sangrienta lucha en que el pueblo tomó partido contra los Africanos. Dos dias duró el combate, y por fin los Zenetas hubieron de retirarse, despues de perder á su esforzado caudillo Hixem ben Suleiman, que cayó herido en poder de los Andaluces. Llevado en presencia de Muhamad, este mandó sin piedad decapitarle, y su cabeza fué arrojada por encima de los muros al campamento de los Africanos, expulsados ya de la ciudad, como para intimidarlos con aquel acto de rigor. Sin embargo, no fué este el efecto que en ellos produjo: ardiendo en encono y en deseos de venganza, eligieron por caudillo y vengador á Suleiman ben Alhakem, primo del difunto, quien harto débil para poner sitio á

la ciudad y aun para sostener la campaña contra Muhamad, levantó el campo el jueves 5 de javal del año 399 (2 de junio de 1009), dirigiéndose á las fronteras de Castilla, donde prometió al conde Sancho su amistad y cierto número de fortalezas si consentia en ayudarle contra Muhamad el usurpador, que tomaba injustamente el título de califa de Córdoba (1).

Acogió favorablemente el conde castellano la proposicion, y Suleiman, con un cuerpo de caballeros cristianos acaudillado por el mismo Sancho, tomó otra vez el camino de Córdoba, donde sus Berberiscos deseaban ejercer terribles represalias. Sabedor Muhamad por sus espías de los movimientos del enemigo, participó el peligro á los Cordobeses, y en pocos dias reunió un numeroso ejército con el cual salió al encuentro de los Castellanos. Ambas huestes se avistaron á mediados de la luna de rebie primera del año 400 (5 de noviembre de 1009) en Gebal Quintos, y trabaron cruel batalla, que principiaron los Andaluces con su caballería. La pelea fué atroz, y en pocas horas quedaron tendidos en el campo veinte mil Cordobeses entre muertos y heridos.

Muhamad, vencido por los Castellanos de Sancho, huyó con los restos de su ejército, atravesó la sierra y se dirijió hácia Toledo á ampararse cerca de su hijo, que era walí de aquella capital, mientras que Suleiman se encaminaba á Córdoba con sus victoriosos auxiliares. Los habitantes quisieron en un principio resistirse, pero por consejo de Wadha abriéronse las puertas á los vencedores. Esto no obstante receloso Suleiman de los moradores, así por la enemistad antigua contra sus Africanos como por el terror y odio que habia producido la reciente matanza de Gebal Quintos, mantúvose bajo diferentes pretextos por los alrededores de la ciudad hasta el dia 6 del próximo mes de diciembre, en que ocupó con su caballería africana el palacio de Córdoba é hízose proclamar califa con el sobrenombre de Almostain Billah (el protegido de Dios).

Su autoridad empero distaba mucho de ser universalmente reconocida. Los pueblos de las fronteras de Castilla, desde Tortosa al oriente hasta Lisboa al occidente, seguian su bando, mientras que Valencia, Murcia y las tribus alpujarreñas se declaraban contra él. Dos partidos igualmente poderosos y enconados dividian la España musulmana: los Arabes de pura raza y sus auxiliares por una parte y los Berberiscos por otra; estos eran especialmente odiados en la España meridional, y á pesar de la elevacion de su caudillo en Córdoba, estallaron repetidas insurrecciones contra ellos en varios puntos de Andalucía. Suleiman no se atrevia á residir en Córdoba, y con sus auxiliares castellanos ocupaba el palacio de Zahara, desde donde destituyó á los alcaides de muchas fortalezas para poner en su lugar á hombres de fidelidad probada y de adhesion reconocida á la causa de los Africanos. Su poder empero no se afirmaba mas ni era por esto menos vacilante, y hasta en su propio partido encontró enemigos y competidores. Un primo suyo llamado Meruan se rebeló contra él, pero Suleiman halló medio de reprimir la conjuracion, encerrando á su primo en una torre y mandando decapitar á cincuenta de los principales sediciosos (2). Entre sus propias tropas era la insubordinacion extrema y los malos pensamientos comunes, y así

(1) Conde, P. 2.ª, c. CV.
(2) Id., c. CVI.

A. de J. C. fué como un berberisco, probablemente de elevado rango, quiso persuadirle de que mandando asesinar á los soldados cristianos que le habian sentado en el trono ganaria el amor y confianza de los pueblos de Andalucía y de todos los buenos Musulmanes. Opúsose Suleiman á tan bàrbaro proyecto alegando noblemente la fe jurada y la gratitud debida, pero recelando que contra su voluntad se lanzasen sus tropas á un desman, invitó á sus aliados á que volvieran á sus tierras, lo cual hicieron ellos de muy buen grado colmados de ricos presentes (1). Tales fueron los primeros actos de este Suleiman, arrastrado por la fuerza de las cosas á desempeñar entre los suyos tan terrible papel y á verter la sangre de infinitas víctimas. Y prueba mas y mas que no carecia de elevados sentimientos la contestacion que dió á Wadha al descubrirle este el secreto de la vida del califa Hixem, aconsejándole que le colocase otra vez en el trono. «Wadha, le dijo, mucho lo desearia, pero no es esta ocasion para confiarnos á manos tan débiles; esperad, su hora llegará.»

En esto Muhamad el Mahady, que segun hemos visto se habia refugiado cerca de su hijo Obeidallah, walí de Toledo, valióse de algunos jeques y negociantes judíos que hacian con frecuencia el viaje de Toledo á Barcelona para solicitar el auxilio de los condes de Afranc, Bermond y Armengudi (Ramon Borrell III conde de Barcelona, y Armengol que lo era de Urgel), quienes mediante pactos y convenios consintieron en prestarle el apoyo de sus armas, y en unirse á las tropas que sus alcaides habian levantado en las provincias de Toledo, Valencia y Murcia. Muhamad habia permanecido seis meses en Toledo para estas negociaciones, quedando hechos todos los preparativos en mayo ó junio del año 1010. Su
1010 ejército se componia de treinta mil musulmanes y de nueve mil cristianos catalanes á cuyo frente marchaban los condes Ramon Borrell y Armengol, reputado por uno de los mas aventajados guerreros de su siglo, y los obispos Aecio de Barcelona, Arnulfo de Vich, Oton de Gerona y otros magnates, acaudillando sus respectivas huestes. Estas fuerzas tomaron á mediados de junio el camino de Córdoba, y por primera vez, dice un historiador, los estandartes de Cataluña reflejaron en las aguas del Guadalquivir. Era tal la situacion de Suleiman, que á pesar de saber hacia mucho tiempo los proyectos y preparativos de Muhamad, solo á duras penas pudo reunir un ejército suficiente para oponerse al paso de su competidor: los Cordobeses se negaron á seguirle, y únicamente algunas tropas de Algarbe y de Mérida se unieron á los guerreros africanos que constituian la principal fuerza de su partido. Esto no obstante Suleiman salió de Córdoba para combatir á su enemigo, al que esperó en los campos llamados de Akbatalbacar (la colina de los bueyes.) Llegó en efecto el Mahady, y antes que su ejército se hubiese preparado para la batalla, atacáronle los Berberiscos tan impetuosamente y causáronle tales pérdidas, que por un momento se creyó vencido. Sin embargo, la hueste catalana entró entonces en accion, y despues de restablecer el combate en toda la línea, puso en derrota á Suleiman, quien abandonó el campo á favor de la oscuridad de la noche y huyó á Zahara, no atreviéndose á penetrar en Córdoba,

(1) Roder. Tolet, Hist. arab., c. 33; Conde, l. c.

temeroso de sus habitantes (1). La batalla de Akbatalbacar dada seguramente en 21 de junio del año 1010, fué de las mas sangrientas que menciona la historia de aquellos tiempos, y así Muhamad como sus auxiliares cristianos compraron muy cara la victoria. En ella perecieron además de muchos nobles musulmanes de uno y otro bando, los obispos de Barcelona, de Vich y de Gerona; y el esforzado Armengol I de Urgel, que por esta razon fué llamado el Cordobés, quedó tambien en el campo ó murió poco despues en alguna escaramuza ó de resultas de las heridas recibidas (2).

Ni aun en Zahara consideróse seguro el vencido Suleiman. Habia experimentado la fuerza de sus enemigos, y sabia el odio que le profesaban los Cordobeses desde la jornada de Gebal Quintos, y desesperando de poderse defender allí, mandó reunir las riquezas del alcazár, mientras que sus soldados contra su expresa voluntad devastaban bárbaramente el encantado palacio y la mezquita, y tomó á grandes jornadas el camino de Algeciras con intencion de trasladarse á África. Muhamad entró en Córdoba despues de su victoria y fué recibido con aclamaciones de triunfo por los moradores, que le llamaban su vengador y libertador. Nombró al esclavo Wadha hagib de su casa por la confianza que le merecia, y sin permanecer mas que dos dias en la ciudad salió al alcance de los Africanos. Estaban estos acampados en los campos del Guadiaro, y con la confianza de la pasada victoria, Muhamad los acometió sin dar tiempo á que descansaran sus tropas; esto hizo mas venturosa la suerte de Suleiman y de sus Berberiscos, quienes sin poder abrigar esperanza de salvacion sino en la victoria, arremetieron con tan impetuosa furia, que los perseguidores se convirtieron en perseguidos y hubieron de regresar desordenadamente á Córdoba. Algunos autores dicen haber sucedido en este desgraciado combate la muerte de Armengol y de los obispos catalanes. De todos modos las batallas de Akbatalbacar y del Guadiaro son célebres en los fastos de los Arabes andaluces, y la época en que se dieron, á causa de la intervencion de los cristianos de Cataluña, es designada con el nombre *de año de los Francos*, que así llamaban á los Catalanes.

Amenazado Muhamad hasta dentro de los muros de Córdoba, reparó las torres y abrió un profundo foso al rededor de la ciudad; los habitantes trabajaban noche y dia en las fortificaciones, y la plaza se halló pronto en estado de resistir á los ataques de los Berberiscos; pero en ella, lo mismo que en toda la España musulmana bullian, los bandos y parcialidades. Los Slavos dominaban principalmente en el gobierno, investido como se hallaba su compatriota Wadha de un poder absoluto, y además de ocupar los principales puestos del estado, desterraron á muchos jeques y wazires con pretextos de discursos sediciosos y de supuestas conjuras (3). Queria el califa conservar á su lado á los auxiliares

(1) Conde, l. c.

(2) El conde habia hecho su testamento dos años antes y en él legaba su espada y su tahalí guarnecido de oro á la iglesia de Santa María de Puy, dos tazas de plata á la de San Vicente de Castro, cinco onzas de oro para comprar libros á la de Santa María de Gosal, sus bueyes al monasterio de San Saturnino, y su ajedrez á la abadía de San Gil. El cuerpo de Oton obispo de Gerona fué hallado entre los muertos por uno de sus fieles soldados, y fué trasladado primeramente á Córdoba y luego al monasterio de San Cucufate del cual era abad.

(3) Conde, P. 2.ª, c. CVII.

A. de J. C. catalanes, pero habiéndose propalado la voz por los que aspiraban á ejercer en su corte una completa dominacion, de que trataba de faltarles al seguro con pretexto de revuelta popular, desarmarlos y quitarles la vida, resolvió Ramon Borrell volverse á Barcelona á pesar de las protestas de su aliado. Así lo hizo en efecto, si bien no parece que marchara de Córdoba indispuesto con Muhamad, en cuanto dice Conde haberse encargado de una carta para el hijo del califa, Obeidallah, walí de Toledo, á quien llamaba su padre en auxilio de Córdoba sitiada por los Africanos (1).

Muhamad y Wadha pidieron tambien socorro á los walíes de Mérida y Zaragoza y á los alcaides fronterizos, pero todos se excusaron bajo diversos pretextos, siendo como era opinion popular que Dios no habia de ser favorable á la causa de Muhamad, á causa de su alianza con los infieles, y preocupados como estaban todos con el deseo de apropiarse algun despojo de un imperio que veian desmoronarse.

1011. Semejante estado de cosas se prolongó durante todo el año de 401 (1011). Los Africanos, acostumbrados á la vida nómada, invernaron este año en las alturas de Córdoba, y llegada la primavera llevaron sus algaras á todos los puntos donde habia algo que saquear ó alguna venganza que satisfacer. Andalucía sufria además de los estragos de la guerra civil, los horrores de la peste; en Córdoba faltaban víveres, agravábase el malestar y el descontento general; los habitantes que podian abandonar la ciudad huian á los montes ó aldeas inmediatas, y Muhamad desesperado no sabia á quien recurrir ni qué partido tomar. En tan apurada situacion, Wadha no tomando á lo que parece consejo sino de sí mismo, sacó de su prision al desgraciado Hixem el domingo 7 de la luna de dilhagia del año 402
1012. (29 de junio del año 1012), y lo presentó al pueblo en la maksura de la gran aljama; toda la ciudad se conmovió al oir que Hixem vivia aun, y al verle, á todos parecia un sueño lo que por ellos pasaba. La inmensa multitud aclamó á su antiguo califa con sincero entusiasmo, y asustado Muhamad con aquellos gritos de júbilo, ocultóse en el aposento mas recóndito de su palacio. Preso y conducido á los piés del trono que poco antes ocupara, Hixem le reconvino duramente por su deslealtad, y le dijo, segun la crónica de Conde: «Ahora gustarás el amargo fruto de tu desmedida ambicion,» despues de lo cual mandó cortarle la cabeza, que un wazir á caballo paseó, clavada en su lanza, por todas las calles de Córdoba. Su cuerpo fué despedazado en la plaza pública, y la cabeza enviada á Suleiman que se encontraba en Citava, como para manifestarle la suerte que le esperaba en caso de persistir en su rebelion.

Suleiman recibió la cabeza de Muhamad como un rico presente, y mandándola enbalsamar, la envió á Obeidallah junto con diez mil mitkales de oro y una carta en que le decia: «Así recompensa Hixem á los que le sirven y le restituyen el trono: esta es la cabeza de Muhamad tu padre; guárdate de caer en manos de ese ingrato y cruel tirano. Si deseas tu seguridad y venganza, Suleiman será tu compañero.» Esta carta causó en el ánimo del aflijido hijo todo el efecto que Suleiman esperaba; contestóle Obeidallah prometiéndole amistad y odio eter-

(1) Conde, l. c.

no al califa Hixem, y anuncióle su próxima llegada á Andalucía con las tropas de su provincia. A. de J. C.

Hixem confirmó al slavo Wadha en su cargo de hagib, y este hizo algunas venturosas salidas contra los Africanos de Suleiman; pero sabiendo que Obeidallah ben Muhamad se habia unido á ellos con numerosa hueste, dejó el mando de Córdoba á los generales slavos Zahor y Hambar, y se dirigió á Toledo á la cabeza de un escogido cuerpo de caballería. Conocedor de cuanto valia el auxilio de los cristianos, solicitólo del conde Sancho de Castilla, pero Suleiman que ya una vez habia triunfado merced á las lanzas castellanas, negociaba entonces con igual objeto cerca del conde, haciéndole muy ventajosas proposiciones. «Seis fortalezas en la frontera me ofrece ya Suleiman para marchar á su socorro, contestó Sancho á los mensageros del hagib; si Wadha me promete otras tantas, prefiero combatir por Hixem que por Suleiman.» Duélenos, dice un historiador, ver á un soberano de Castilla adjudicar su poderosa espada en favor del mejor postor de entre los competidores musulmanes, pero así era por desgracia. Wadha otorgó cuanto el conde le exijió y ambos marcharon contra Toledo, de la cual se apoderaron fácilmente con ayuda de los cristianos. Al saber estas noticias, Obeidallah volvió contra sus enemigos, pero vencido y hecho prisionero con sus principales caudillos en un combate empeñado en los alrededores de Maqueda, fué llevado con buena escolta á Córdoba, donde Hixem, que de imbécil y mentecato se habia convertido en juez severo y justiciero, le mandó decapitar y arrojar al rio, en febrero ó marzo de 1013. Obeidallah estaba en la flor de su edad, 1013.
y cuando el pueblo entendió que habia sido preso en pelea contra cristianos, se vituperó al hagib Wadha, y se murmuró del califa y de sus caudillos llamándolos hereges y malos Musulmanes. Confió Wadha el gobierno de Toledo al poderoso y noble jeque Abu Ismail Dilnum, que fué el tronco de los emires de los reyes independientes de Toledo y mas tarde de Valencia hasta la reconquista de ambas ciudades por los cristianos, y despues de colmar á los cristianos de presentes y de poner en su poder cuatro de las fortalezas prometidas (San Esteban, Coruña del Conde, Osma y Gormaz) y cincuenta rehenes en seguridad de las demás, tomó contento de su victoria el camino de Córdoba. El califa le recibió con grandísimos honores y otorgó á sus Slavos y Alameríes alcaidias y tenencias perpétuas en la España meridional, datando de entonces los principados independientes de aquella parte de la Península, entre otros los de Tadmir, Cartagena, Alicante, Almería, Denia, Játiva, etc. Confirmó tambien en otros á aquellos que ya los poseian, pues desde el tiempo de Almanzor se habia introducido, á imitacion de los estados cristianos, la costumbre de señalar á los guerreros tierras ó beneficios militares, concediéndoles perpétuamente el gobierno de los territorios donde se hallaban situadas sus propiedades. Este paso, dice Lafuente, cuyas consecuencias no se conocieron durante la vigorosa administracion del célebre ministro, fué un ejemplo funesto para el porvenir, para cuando el imperio hubo caido en manos mas débiles que las suyas (1), y en él hemos de ver el principio y fundamento de los reinos independientes que no habian de tardar en nacer.

---

(1) Hist. gen. de Esp., P. 2.ª, l. I, c. XXV.

Rechazado Suleiman por Wadha de los alrededores de Córdoba donde habia acampado hasta entonces, devastaba con sus Africanos los campos de Ecija, de Carmona y de otras poblaciones regadas por el Guadalquivir. El hagib envió contra él á los generales slavos Zahor y Hambar, quienes obligáronle á trasponer Sierra Morena, y á ejercer sus acostumbradas correrías por los campos de la Mancha y Calatrava. Esto empero fué de muy escaso alivio á los males de Andalucía y sobre todo de su capital, afligida por el hambre y la peste, y Suleiman resolvió sacar partido de situacion tan deplorable. Sabia el estado de Córdoba, el descontento de los nobles árabes á causa de la omnipotencia de los Slavos y Alameries, los recelos que abrigaba el califa respecto de sus parientes y de sus mas leales servidores, y sobre todo el exceso de las calamidades públicas. La ocasion era propicia para intentar un golpe decisivo, y ofreció á los walíes de Calatrava, Guadalajara y Zaragoza el gobierno á título hereditario de sus respectivas ciudades si consentian en ayudarle contra los Slavos que tiranizaban á Córdoba. Estas condiciones que elevaban á los valíes al rango y á los derechos de los barones feudales europeos sus vecinos, no podian menos de seducirlos, y asistieron á Suleiman con sus personas y banderas. Alarmóse el gobierno de Córdoba á la noticia de este suceso, y no sintiéndose con fuerzas bastantes para resistir á aquel ejército, aconsejó Wadha al califa llamar en su auxilio á los walíes edrisitas de Ceuta y Tánger y de Algeciras y Málaga, ambos hermanos, á quienes sabia desavenidos con Suleiman. Hixem siguió este consejo y escribióles que si venian con todo su poder en su ayuda, haria al mayor de ellos sucesor futuro del trono. Escritas las cartas, la reflexion cambió las ideas de Wadha, y no las envió, ya juzgase harto peligroso aquel auxilio, ya creyese no ser aquel momento oportuno para solicitarlo. Pronto veremos el triste fruto que dió para Wadha aquel acto que solo puede calificarse de prudencia.

El hambre que reinaba en Córdoba arrojaba de la ciudad á sus habitantes, los cuales buscaban un asilo en las aldeas de la sierra y hasta en el campamento africano. Suleiman al frente de imponentes fuerzas habia tomado otra vez posicion en Medina Zahara con sus aliados de la España oriental, y de nuevo habia puesto cerco á la capital del califato. Por medio de los fugitivos de la plaza, Suleiman mantenia inteligencias con algunos vecinos, y propalóse la voz de que el mismo Wadha se hallaba en relaciones con el jefe de los sitiadores, hecho que reputan imposible los mas de los historiadores musulmanes. «Avisaron al rey Hixem, dice el autor traducido por Conde, que su hagib comunicaba con sus enemigos, meditando entregarles la ciudad; el califa, que lo creia todo y de todo temia, mandó prender al leal hagib y le mandó cortar la cabeza por haberle hallado las cartas que él habia escrito para los walíes edrisitas, olvidando así en una hora de funesta ira los buenos servicios de muchos años (1).» Hixem, cuyo nuevo y enfermizo vigor acababa de descargar así contra el anciano ministro á quien era deudor de la vida, mostróse acertado en el nombramiento de su sucesor; al lugar que ocupaba Wadha fué elevado el walí de Almería, Hairan, Slavo tambien, esforzado y prudente guerrero, y muy á propósito para salvar al califa, si su fortuna, dice el escritor fatimista, no hubiese llegado ya al último pla-

(1) Conde, P. 2.ª, c CVIII.

zo (1). Benigno y generoso, pudo el nuevo hagib contener algunas órdenes tiránicas de Hixem, que, receloso de todo, no permitia al pueblo de Córdoba reunirse sino en las mezquitas, sospechando conjuras en las mas inocentes diversiones de los vecinos. Esta pública opresion y general descontento favorecian á Suleiman, que desde Zahara habia extendido el bloqueo á todos los lados de la ciudad. Hairan, que veia aumentar diariamente el número de banderas y de campamentos al rededor de los muros, y que observaba en el enemigo cierto movimiento, indicio de próximos ataques, resolvió cumplir ciegamente con su deber, y defender la plaza hasta su último suspiro. Sin embargo, no se conserva una ciudad que no quiere guardarse, y mientras Hairan con sus guardias peleaba en rechazar á los Africanos que allanaban el foso por la puerta oriental, los descontentos de la ciudad arrollaban á las tropas fieles que defendian la segunda puerta, y daban así entrada á los enemigos. Hairan acudió con sus soldados al lugar del peligro, y obligado á replegarse hasta el alcázar del califa, empeñóse allí una sangrienta lucha que duró gran parte del dia; por fin, al llegar la noche, cayó el noble caudillo acribillado de heridas, y en pos de él cayeron hasta el último cuantos nobles y caballeros encerraba la ciudad. Los vencedores se apoderaron de las torres y lugares fortificados, y por espacio de tres dias fué entregada la plaza á todos los horrores del saqueo, pereciendo bajo los aceros africanos personas muy principales de todos los partidos y atropellando los haremes de los señores de Córdoba, lo cual, dice la crónica, los hizo mas odiosos que todas sus crueldades. Fué este horroroso acaecimiento á 6 de javal del año 403 (20 de abril de 1013).

Hairan, empero, respiraba todavía, y vuelto en sí en medio de la noche y rodeado de palpitantes cadáveres, pudo evitar ser visto por sus enemigos entregados al saqueo, y refugiarse en la casa de un pobre y honrado vecino, donde se curó de sus heridas. En breve verémosle desempeñar muy importante papel en la presente historia.

Suleiman, que llevaba ya el título de Almostain Billah, fué de nuevo proclamado con el de El Dhafer Bihulallah (vencedor por el poder de Dios); los Slavos y otros leales servidores del depuesto califa suplicaron á Suleiman que le perdonase la vida, en lo que parece haber consentido. «Lo que hizo de él se ignora, dice Conde, pues nunca mas pareció vivo ni muerto, ni dejó sucesion sino de calamidades y discordias civiles.»

Hixem ben Alhakem, solo contaba unos cuarenta y siete años de edad al ser tomada Córdoba por las tropas de Suleiman; la primera época de su reinado, inaugurada en 976, no fué mas que una prolongada minoridad de treinta y tres años y cinco meses, durante la cual fué ejercido el poder soberano por Almanzor y sus dos hijos: su segundo reinado, que empezó al ser restituido por Wadha á la libertad y al trono, duró poco menos de once meses, desde el 22 de junio de 1012 hasta el 20 de abril de 1013, dia de su desaparicion.

Sosegadas las cosas de Córdoba, despidió Suleiman á sus auxiliares despues de confirmar las avenencias que con ellos hiciera, y depuso á muchos Ala-

(1) Conde, l. c.

A. de J. C. meries de sus cargos y gobiernos para darlos á los jeques y caudillos de sus tropas africanas. A todos sus parciales hizo mercedes y dió posesiones y tenencias á título hereditario, enagenaciones perpétuas de los gobiernos de ciudades y provincias que constituyeron uno de los hechos mas notables de la presente época en la España musulmana, y que, como hemos dicho, hicieron nacer una especie de feudalismo de entre las ruinas del califato de Córdoba, cuya agonía estamos ahora presenciando.

Implacable el vencedor en su venganza y proponiéndose afirmar por medio del terror su dominacion, perseguia por todas partes á las facciones contrarias á la suya; los Slavos y Alameries se apresuraron á abandonar sus tierras, y entonces fué cuando Hairan, curado ya de sus heridas, salió secretamente de Córdoba á fin de evitar la saña de sus enemigos. Refugiado primeramente en Orihuela entre sus amigos y parciales, logró con las tropas que estos le proporcionaron apoderarse de su ciudad de Almería, cuyo nuevo walí defendió contra él el alcázar durante veinte dias, hasta que los habitantes le dieron muerte á él y á sus dos hijos. Hairan empleó poco mas de un año en realzar su partido en la
1015. España meridional, y en 405 (1015), pasó por mar á Ceuta, donde gobernaba Alí ben Hamud el Edrisita. El objeto de su viage era persuadir á Alí de que viniera á España, donde reunido con su hermano Cassim, walí de Algeciras, y con ayuda de otros Alameries, alcaides de las fortalezas de la region meridional, lograrian expulsar de Córdoba á Suleiman, que reinaba en ella contra la voluntad de los Andaluces. Hablóle del infeliz califa Hixem y de las cartas que les habia escrito para que fuesen en su ayuda, en las que les ofreció la sucesion del trono; y como si todavía el triste hijo de Sobeya viviera encerrado, cuando ya seguramente, dice la crónica, nada esperaba ni temia, le ponderó el peligro grande en que estaba en manos de tan cruel enemigo, y en su nombre le rogó que ya que no llegase á tiempo para librarle de la muerte oscura que sus enemigos le darian, tomase á lo menos á su cargo la venganza de su sangre, lo cual le tocaba por ser descendiente de una misma é ilustre prosapia (1). Encendido Alí con estas palabras en deseos de venganza y en ambiciosos afanes, aceptó la mision con que le brindaba Hairan, y escribió á su hermano Cassim para que uniera sus tropas con los Alameries de Andalucía y socorriera al oprimido Hixem. Cassim dispuso sus fuerzas, y Alí con sus gentes de Ceuta y Tánger pasó á Málaga, cuyo acceso en vano intentó privarle el alcaide Ahmer ben Feth.

La noticia de estos sucesos llegó á Córdoba y sumió á Suleiman en viva inquietud: escribió á sus generales, envió mensageros á sus aliados, y algunos dicen que entonces asesinó á Hixem, creyéndole autor del levantamiento; pero Dios lo sabe, dice la crónica; solo es constante que no se supo mas de él desde la tercera entrada de Suleiman en Córdoba (2). Suleiman dejó á su padre Alhakem el gobierno de la capital durante su ausencia, aun cuando el anciano se negaba á tomar sobre sí semejante cuidado, y allegando su caballería salió al encuentro de sus enemigos. En tanto Hairan con sus tropas de Almería y Alí con las de Ceuta, Tánger, Algeciras y Málaga se reunieron en Almuñecar, y jun-

(1) Conde, P. 2.ª, c. CIX.
(2) Id., l. c.

tas allí sus banderas juraron los caudillos entronizar al califa Hixem y obedecerle como su verdadero señor, hijo de sus antiguos emires. Esto, dice Conde, hicieron delante de sus tropas con mucha solemnidad, porque habia entre ellos gran desconfianza y se decia libremente que no iban por el califa Hixem, sino por intereses particulares de los caudillos y por sus propias querellas y venganzas. Disponíanse los aliados á emprender la marcha hácia Córdoba cuando supieron la llegada de Suleiman, con un campo volante de escogida caballería, y aun cuando era sin duda la intencion de este fatigarlos con rebatos y escaramuzas mas que pelear con ellos á campo abierto, para lo cual eran sus fuerzas muy escasas, Hairan y Alí supieron no sin trabajo y muchas estratagemas obligarle á empeñar una batalla general, en la que fué vencido y arrollado hasta Córdoba á fines del año islamita de 406 (junio de 1016). Esto no obstante, la guerra continuó en Andalucía; pero la fortuna se mostraba cada dia mas adversa á Suleiman; las tropas que sacaba de Córdoba y de sus dependencias le servian muy de mal grado, y compañías enteras se pasaban á sus enemigos. Sus aliados de la España oriental no acudian á su auxilio, fundados en diferentes pretextos, y todo su ejército se reducia á sus Africanos, alguna caballería de Mérida, Carmona, Ecija, Sevilla y de los pueblos de Algarbe, á quienes mandaba su hermano Abderrahman. La hueste de Alí, con numerosos refuerzos llegados de Africa, habíase trasladado de Almuñecar al bajo Guadalquivir, cuyo rio habia pasado, y siguiendo su márgen derecha se dirigia á Córdoba cuando encontró al enemigo en las cercanías de Medina Talca (Ocsonoba) en tierra de Sevilla. Pelearon los Africanos con bárbaro valor, esforzados del ejemplo de sus animosos caudillos y sobre todo de su animoso general en jefe, pero abandonados al llegar la tarde por sus compañeros andaluces que unieron sus armas á las de los contrarios, hubieron de ceder al número y retirarse hácia Córdoba aprovechando la oscuridad de la noche. Suleiman y su hermano cubiertos de heridas y desmontados cayeron en poder del enemigo, que al dia siguiente entró en Sevilla sin encontrar la menor resistencia. Con la misma facilidad se apoderó de Córdoba, pues el anciano Alhakem, sabiendo por los fugitivos africanos la desgracia de sus dos hijos, no quiso detener el triunfante paso del vencedor Alí ben Hamud, cuyo genio violento y despótico le era conocido.

A. de J. C. 1016

Alí mostró desde un principio su índole feroz. Mandó comparecer á su presencia al walí Alhakem y á sus dos hijos Suleiman y Abderrahman, casi exánimes estos de resultas de sus heridas, y preguntó al anciano qué habian hecho él y los suyos del califa Hixem y donde le tenian. Alhakem contestó que nada sabia de él. «Vos le habeis muerto, replicó entonces Alí.— No por Dios, dijo Alhakem; no le hemos muerto, y no sabemos si vive ni donde está.» Entonces dijo Alí sacando su espada: «Yo ofrezco estas cabezas á la venganza de Hixem y cumplo su encargo.— Hiéreme á mí solo, que estos no son culpables,» exclamó Suleiman alzando los ojos á Alí; pero este sin atender á sus palabras los decapitó sucesivamente á los tres con su propia mano. Fué la muerte de Suleiman y de su padre y hermano el domingo 23 de muharram del año 407 (1.° de julio de 1016). Diéronse luego todos por órden de Alí á buscar á Hixem por las estancias y subterráneos del palacio, y por las casas de la ciudad, pero todo fué vana diligencia y nunca mas apareció. Entonces anuncióse públicamente la muerte del califa, mas

el vulgo no quiso darle crédito, y esto originó por espacio de muchos años gran copia de cuentos y consejas.

El califato de Suleiman fué notable por el gran progreso experimentado por la marina musulmana española, y por varios señalados viages que por la misma fueron emprendidos. Refiere Conde durante este reinado, que ochenta habitantes de Lisboa se embarcaron en busca de nuevas tierras por lo interior del Océano atlántico, pero no pudieron pasar de unas islas en que fueron embestidos por gran multitud de azores, y se volvieron contando de su viage cosas maravillosas.

Esta primera excursion á las tierras que baña el Océano, tierras sobre las cuales solo se tenian noticias vagas mezcladas con dichos fabulosos, indujo á otros moradores de la misma ciudad á ir en busca de aventuras por el mar de las Tiniebias (1). Ocho hombres todos parientes se embarcaron y salieron al mar, y despues de haber abordado á una isla donde solo encontraron numerosos rebaños, llegaron á otra despues de treinta y tantos dias de navegacion, y en ella vieron habitantes y campos labrados. Conducidos los navegantes por los naturales á una ciudad de la costa, vieron hombres rojos, de pocos pero largos cabellos, de alta estatura, y mugeres extraordinariamente hermosas. Allí supieron que reconocido tambien aquel mar por algunos habitantes de la isla, navegaron en su extension durante algunos meses, hasta que les faltó luz y se tornaron sin aprovechar su viage. Presos luego los atrevidos exploradores, fueron conducidos atados y con los ojos vendados á una playa distante tres dias de navegacion de la isla, y en ella fueron abandonados, hasta que los libraron de sus ataduras ciertos hombres que se presentaron, y que conocieron ser Berberiscos. Uno de ellos les preguntó: «¿Sabeis cuanto hay entre nosotros y vuestra tierra?» Los navegantes le contestaron que no, y aquel repuso: «Pues entre nosotros y vuestra tierra hay camino de dos meses.» Entonces el principal de la gente exclamó: «¡Wasafi! ¡oh que pena!» y desde aquel entonces aquel lugar se llamó Asafi, que es un puerto al extremo del Magreb (2).

La relacion de este viage prueba que las islas Azores, Madera y las Canarias fueron conocidas por los Árabes españoles cuatro siglos antes de su definitiva conquista, y que ya en el siglo x los insulares del Océano atlántico habian emprendido un viage de exploracion hácia el polo antártico.

Durante las turbulencias de este reinado, por los años de 1016, Mugehid Edin ben Abdallah, walí de Denia, hombre astuto y de grande ánimo, quiso aprovechar la precaria situacion de las cosas de España, y abandonando su gobierno á Abdallah ben Obeidallah, príncipe ommiada, que no tardó en tomar el título de emir y en acuñar moneda en su nombre, equipó en Denia una armada, reunió tropas, se embarcó con ellas y se apoderó de las islas Yevisas y Mayorcas, donde estableció su residencia. El walí que dejara en Denia, descendiente en línea directa de la ilustre estirpe de los Ommiadas, gobernó aquel principado hasta que Mugehid presentóse de nuevo á reclamarlo y á despojarle de él bajo el reinado de Hixem III, el último Ommiada cuya historia referiremos luego. En consideracion á sus virtudes y á su noble raza, dice la crónica, los pueblos de la

(1) Así llaman los Arabes al Océano atlántico.
(2) Conde, P. 2.ª, c. CIX.

jurisdiccion de Denia le juraron obediencia, dijeron por él la *ehotba* en los almimbares de sus mezquitas, y él labró moneda con su propio cuño. Al siguiente año de 497 (1016—1017), Mugehid, que aspiraba á dominar el Mediterráneo ó mar Romano, hizo vela para la Cerdeña (la gran isla de los cristianos llamada Sardinia), y por fuerza de armas se apoderó de casi todo su territorio y de muchas fortalezas; pero el insaluble clima de la isla, las quejas de sus soldados que solicitaban volver á su patria ó á lo menos á las islas Baleares, y sobre todo la llegada de un ejército cristiano sostenido por las naves de Pisa, determinaron á Mugehid á desistir de sus proyectos de ocupacion y á reembarcarse con las riquezas, cautivos y rebaños que habia recogido. Sorprendida su armada por una tempestad luego despues de abandonar el puerto, muchas naves se estrellaron en las rocas de la costa, y cuantos náufragos pudieron librarse del furor de las olas, fueron reducidos á cautiverio por los cristianos, que miraban desde la playa el desastre de sus enemigos. Sosegada la tormenta y recogidas las reliquias de la flota, volvió el emir á las islas Yevisas, donde descansó y se reparó de aquella grave calamidad. A. de J. C.

La Cerdeña habia sido conquistada en el año 1002 por los Sarracenos de Africa, que dueños de Cagliari, habian llevado sus incursiones hasta el territorio de Pisa y las inmediaciones de Roma. La ciudad de Pisa habia caido en su poder en el año 1005 y no pudo ser recobrada por los Pisanos hasta el año 1006. En 1012 una armada musulmana salida de un puerto de España, penetró por la desembocadura del Arno y subió por el rio hasta el centro de la ciudad, á la que los Arabes pasaron á sangre y fuego. Los Pisanos y los Genoveses reunidos habian arrancado la Cerdeña á los Sarracenos de Africa en el año 1016, de modo es que la contienda entre los aspirantes á la dominacion mediterránea estaba ya encendida hacia ya algunos años cuando Mugehid se mezcló en ella, y es probable que de Denia saliera la armada que en 1012 devastó la ciudad de Pisa. El papa Benedicto VIII, que preveia y temia los peligros con que la proximidad de aquellos piratas musulmanes amenazaba los estados cristianos, mandó predicar una cruzada contra ellos, y su legado el cardenal de Ostia reunió un ejército que fué el que obligó á Mugehid á regresar á las Baleares. En 1020 renovó este caudillo sus tentativas contra la península de Italia, apodérose del castillo de San Juan, perteneciente al obispo de Milan, y conquistó de nuevo la Cerdeña, donde los Genoveses y Pisanos le dejaron imperar hasta el año 1022. Mugehid, llamado por los cronistas cristianos Muguet, Musat, Muzeit, etc., fué el fundador y el tronco de los reyes árabes de Denia y de Mallorca, y otro de los emires ó régulos musulmanes que se dividieron la España á favor de las generales turbulencias, estableciéndose sobre las ruinas del califato de Córdoba, del cual este episodio nos ha distraido mas de lo que hubiéramos deseado.

Aunque dueño de Córdoba por la muerte de su competidor, Alí ben Hamud el Edrisita no se hizo proclamar califa luego de su entrada y no se atrevió á ello hasta el 13 de jiumada segunda del año 407, tomando entonces los títulos de 1017.
Motuakil Billah (el que confia en Dios) y de Anasir Ledinallah (el defensor de la ley de Dios). Era Ali descendiente de la ilustre estirpe de los Edrís y el heredero designado por Hixem, pero todos estos títulos no bastaron para darle una soberanía indisputada; asi fué que muy pocos de los walíes á quienes escribió

A. de J. C. para ser reconocido contestaron á su voz del modo que deseaba, y los de Sevilla, Toledo y Zaragoza ni siquiera respondieron á sus cartas.

De carácter soberbio y altivo, no tardó Alí en indisponerse con el mismo Hairan, quien ofendido al verse relegado á su gobierno de Almería, formó una liga con objeto de restablecer en el califato á un miembro de la familia de los Beni Omeyas, en cuya liga entraron los walíes y alcaides que no habian reconocido al nuevo califa, esperando sin duda asegurar á favor del general desórden la independencia de sus pequeños reinos. Reunidas en Guadix las banderas de los conjurados, juraron todos pelear hasta poner en posesion á un Omeya del califato de Occidente, y nombrado Hairan de comun acuerdo general del ejército, púsose este en marcha hácia Córdoba. Alí sale á su encuentro, le ataca y le vence, y descontentos unos de otros, los confederados se separan. Hairan levanta un segundo ejército, y aunque sitiado en Jaen por las tropas de Alí, hace proclamar califa á Abderrahman, walí de dicha ciudad y nieto de Abderrahman III (1) (408—1017). Valencia, Tortosa, Tarragona, Zaragoza y toda la España meridional le reconocen y le dan el título de Almortadi Billah (el que es agradable ó acepto á Dios). Hairan marcha luego contra Alí, pero vencido y arrollado á la otra parte de las Alpujarras ha de encerrarse en Almería, donde no tarda en verse sitiado por una parte de las huestes enemigas, mientras que la otra contenia á Abderrahman dentro de los muros de Jaen. Herido y hecho prisionero en una salida, Hairan fué llevado delante del terrible Alí, quien le cortó la cabeza con su espada, como antes lo hiciera con Suleiman y con su padre y hermano.

Alí regresó á Córdoba contento de su triunfo y esperando que aquella muerte pondria fin á la rebelion. Disponíase á marchar en persona contra Almortadi su competidor, que continuaba en Jaen, cuando tres Slavos de su propio palacio, ganados á lo que se dice por los Arabes cordobeses adictos á los Ommiadas, le ahogaron en un baño el dia 10 de dilcada del año 408 (30 de marzo
1018. de 1018). Alí el Motuakil habia ocupado el califato solo ó en competencia con Abderrahman por espacio de un año y nueve meses, y contaba la edad de cuarenta y ocho años. Rígido y severo, habíase atraido por su crueldad el odio de sus enemigos y de los mismos Cordobeses.

Muerto Alí, el partido africano proclamó en Córdoba á su hermano Cassim, walí de Algeciras y de Málaga, bajo el título de El Mamun, (el famoso, el ilustre). La crueldad del nuevo califa hizo olvidar muy pronto la de su antecesor, y bajo el pretexto de vengar la muerte de su hermano, ejerció en Córdoba las mas grandes violencias. Pero alzóse contra él otro enemigo, su propio sobrino Yahia, hijo de Alí y gobernador de Ceuta, que luego de saber la muerte de su padre se trasladó á España seguido de su ejército, compuesto de los feroces negros del desierto, de esa raza belicosa y bárbara que nunca habia pisado nuestro suelo, y empezó por apoderarse de Málaga. Cassim envió una hueste contra su sobrino, y este incidente complicó mas y mas la situacion.

La muerte de Alí, el sanguinario despotismo que ejercia Cassim en Córdoba, el levantamiento de su sobrino y por fin la guerra que fué su consecuencia, todo redundaba en ventaja de Abderrahman Almortadi, cuyo ejército au-

(1) Abderrahman era hijo de Muhamad, hijo de Abdelmelek, hijo de Abderrahman Alnasir.

mentaba cada dia y que habia vencido varias veces al walí de Granada, que sostenia contra él la campaña. Esto hizo que Cassim y Yahia, que temian, á continuar en sus disensiones, quedarse uno y otro sin imperio, se concertasen y conviniesen en que Yahia ocuparia á Córdoba mientras que Cassim continuaria en el país de Jaen la guerra contra Abderrahman, y que una vez reducido este, tio y sobrino se repartirian amistosamente el imperio. Cassim partió para llenar el encargo que sobre sí habia tomado, esto es la reduccion de Abderrahman, pero antes quiso cumplir con un piadoso deber acompañando á Ceuta el cuerpo de su hermano para darle sepultura. Yahia empero que habia entrado en Córdoba con su guardia de negros el 28 de rebie del año 412 (10 de agosto de 1021), hízose proclamar califa faltando á lo convenido con su tio, y los Cordobeses, que aborrecian á Cassim, se prestaron á ello con grandes demostraciones de alegría. El nuevo soberano declaró que su tio no tenia derecho alguno al califato de España, y que no tendria parte en el gobierno sino la que él tuviese á bien concederle, declaracion que fué confirmada por todos los jeques, alcatibes y alcaides que se hallaron presentes en la ciudad de Córdoba.

A. de J. C.

1021.

De regreso á Málaga, supo Cassim con asombro y enojo la perfidia de su sobrino, y al tiempo que encargó á dos de sus alcaides la continuacion de la guerra contra Abderrahman, dirijióse él hácia Córdoba con las tropas de Algeciras, Málaga y Sevilla, á fin de obligar á su sobrino á cumplir lo prometido. Yahia, que carecia de tropas, pues las habia enviado casi todas contra su competidor Ommiada, juzgó prudente no esperar en Córdoba la llegada de su tio, y por senderos extraviados huyó á Algeciras, donde llegó á fines de la luna dilcada del año 413 (febrero de 1023). Allí se fortificó y envió en busca de refuerzos á sus posesiones africanas.

1023.

Cassim entró en Córdoba sin que nadie se lo impidiese, pero como los habitantes no salieron á recibirle, como no se oyó á su paso aclamacion ninguna, vengóse de aquel glacial recibimiento entregándose de nuevo á sus pasadas crueldades. Aborrecido por ellas mas y mas cada dia, los principales jeques de la ciudad no tardaron en tramar una conspiracion contra él, y, segun todo lo indica, en favor de Abderrahman Almortadi.

Cassim habia enviado sus principales fuerzas á su general Gilfeya, que guerreaba en las Alpujarras, y aprovechando los conjurados aquella coyuntura, armaron al pueblo, tocaron una noche á rebato y acometieron el alcázar donde moraba Cassim. La valerosa defensa de la guardia africana impidió á los sublevados penetrar en él, pero apoderados de las puertas de la ciudad y de los muros, bloquearon estrechamente el palacio durante cincuenta dias. Cassim y sus soldados, reducidos al último extremo por falta de provisiones, resolvieron abrirse paso á toda costa, y una mañana á la luz del alba, se precipitaron furiosos contra los sitiadores. Pocos sin embargo lograron su objeto; casi todos perecieron en manos del irritado pueblo, y Cassim hubiera sido tambien despedazado sin la generosidad de algunos caballeros que le hicieron salir de la ciudad y le dieron escolta hasta Jerez, cerca de cuyo walí, que gozaba de su absoluta confianza, se refugió el destronado califa en marzo ó abril de 1023.

Mientras tenia lugar en Córdoba esta revolucion, la hueste africana, engrosada con los refuerzos que le enviara Cassim, descendió á la vega de Granada

A. de J. C. en busca de las tropas de Abderrahman Almortadi. Encontráronse ambos ejércitos en aquel espacioso campo, y como de comun acuerdo se acometieron con igual denuedo y trabaron atroz batalla mantenida por ambas partes con bárbara constancia. En lo mas recio de la refriega, cuando la victoria se manifestaba por los Alameríes, una saeta, flechada, dice la crónica, por la mano del destino enemigo de los Omeyas, hirió tan gravemente á Abderrahman, que espiró en la misma hora que le anunciaron que sus tropas y aliados perseguian victoriosos á sus enemigos. Así murió Abderrahman cuando su partido triunfaba en Córdoba lo mismo que en el campo de batalla, y cuando se preparaban arcos triunfales para recibirle en la capital, libre por segunda vez de la tiranía de Cassim. La noticia de esta desgracia desalentó á todos, y temíase en Córdoba ver renovarse los horrores de las entradas de los Berberiscos y las calamidades de la guerra civil (1).

Los Alameríes y los partidarios de los Omeyas proclamaron en la capital y en su comarca á Abderrahman ben Hixem, hermano de Muhamad el Mahedy y biznieto de Abderrahman III, siendo reconocido por los walíes, wazires y alcatibes reunidos en Córdoba el 15 de ramazan del año 414 (noviembre ó diciembre de 1023). Era el nuevo elegido de veinte y dos ó veinte y tres años, de gentil estatura y hermoso semblante, de buen ingenio y de rígidas costumbres, y en la aclamacion le distinguieron con el título de Almostadir Billah (el que confia en el amparo de Dios). Esperábase de este insigne mozo, dice la crónica, la reparacion de los males que padecia el imperio muslímico en España; pero ¡cuán vanas, añade, son las esperanzas de los hombres! Ofendido por esta eleccion y preferencia, su propio primo Muhamad ben Abderrahman juró en su ánimo vengarse de los nobles Cordobeses y derribar del trono á su primo, y como este tratase de reprimir la ilimitada licencia de su guardia andaluza y slava, que se permitia por la ciudad toda clase de excesos, aprovechó esta disposicion de los descontentos para tramar una conjuracion que estalló el dia 27 de dilcada (9 de
1024 febrero de 1024). Antes que el califa abandonara el lecho, vió su palacio asal-

(1) Esta es la relacion de Conde, c. CXIV, tomada de Aben Hayan y confirmada por Cassiri; pero el orientalista holandés Dozy en su obra titulada: *Investigaciones sobre la historia política y literaria de España durante la edad media*, Leyden, 1849, en la cual con desapiadado rigor, destruye todo ó la mayor parte de cuanto han dicho acerca de este período los orientalistas nacionales y extranjeros, cuenta el presente suceso del modo siguiente. Dice que Hairan (á quien supone todavía con vida) y Almondhir, walí de Almería el uno y de Zaragoza el otro, conocieron no ser Almortadí el califa que les convenia, en cuanto cuidándose muy poco de los derechos de los Omeyas, solo combatian por un príncipe de aquella familia con la esperanza de reinar ellos bajo un señor débil é impotente. Almortadí, de natural altivo y fiero, no quiso someterse á semejante papel ni contentarse con una sombra de soberanía, y esto hizo que ambos caudillos escribiesen al walí de Granada, excitándole á atacar á Abderrahman en su marcha á Córdoba, prometiéndole abandonar á su califa luego de empeñada la lid. La pelea duró muchos dias, pero habiendo las compañías de Hairan y Almondhir vuelto la espalda al enemigo, este pudo alcanzar fácilmente completa victoria, haciendo cruel matanza en el partido andaluz, que jamás pudo ya reunir un ejército. El infortunado Abderrahman llegó fugitivo á Guadix, donde fué descubierto y asesinado por los emisarios de Hairan.—Para impugnar en todas sus partes el relato de Conde y de Cassiri, supone Dozy acaecido este suceso en el año 1018. Sin inclinarnos á una mas que á otra de ambas versiones, pues ambas son igualmente verosímiles y se dicen fundadas en textos originales é igualmente respetables, diremos con Lafuente que la fecha indicada por Conde nos parece concertar mejor con los sucesos anteriores y posteriores, como hasta ahora los conocemos.

tado por una multitud armada, que asesinó á los pocos guardias que se le mantuvieron fieles; por algun tiempo se defendió Abderrahman con su espada, pero por fin cayó á los golpes de sus adversarios, que despedazaron inhumanamente su cadáver, corriendo luego las calles con sus cimitarras ensangrentadas, asesinando y robando á los jeques y wazires del partido contrario. El pueblo, los generales y los principales habitantes asistieron sorprendidos é intimidados á esta proclamacion, sin que hubiese en tan populosa ciudad union, fuerza, ni ánimo para oponerse á la tumultuosa turba, ni para castigar á los asesinos del infeliz Almostadir, que digno de mas venturosa suerte, solo ocupó el trono cuarenta y siete dias.

El usurpador Muhamad ben Abderrahman recibió de sus parciales el título de Mostacfi Billah (aquel á quien basta Dios), y sus tesoros derramados con prodigalidad, le granjearon en un principio los ánimos de la plebe y de las tropas. Aumentó mas aun las prerogativas de sus guardias, dióles mas expléndidas mesas y mas preciosos vestidos, confió cargos y gobiernos á sus partidarios, y creyéndose ya en seguridad, ocupóse únicamente en las reparaciones que mandó hacer en el alcázar y en los jardines de Zahara, sin que, entregado á los placeres, á la poesía y á la música, atendiese al gobierno de las provincias y á la defensa de las fronteras. Los walíes y alcaides se consideraban como señores absolutos y disponian libremente de las rentas y de los productos de toda especie. Nada se enviaba á Córdoba, ni las rentas llamadas del azaque, procedentes del diezmo de los frutos de la tierra y productos de la industria y cria de ganados, ni las del charague ó derechos de entrada y salida, ni tampoco las del toadil ó capitacion, cobradas en las ferias y mercados. Esto y las liberalidades del califa hicieron que en breve se encontrara exhausto el tesoro; las inmensas riquezas particulares de Muhamad apenas bastaban á las prodigalidades de la corte, y á pesar de la miseria pública, los recaudadores de las rentas del estado oprimian á los pueblos de Andalucía con nuevas y desconocidas gabelas. Todo esto producia general malestar, y aunque Muhamad, dice la crónica, sentia las vejaciones é injusticias que se cometian, no era bastante á remediarlas. Aunque por naturaleza liberal y hasta pródigo, cuando todo se apuró y cesaron las acostumbradas larguezas, fué acusado de codicioso y avaro por el pueblo y por sus guardias, por el uno, á causa de lo que pagaba, y por los otros, á causa de lo que no recibian. El pueblo mismo, dice la crónica, mal acostumbrado en todas partes, se hizo enemigo de los que le regian, y deseaba la inquietud, las conjuraciones y revueltas, por tener ocasion de robos y venganzas con la impunidad que acompaña siempre á las revoluciones populares. Los mismos que faltando á sus obligaciones habian puesto á Muhamad en el trono, estaban ya impacientes y dispuestos á derribarle de él, y Andalucía encontrábase en un violento estado, calificado por Conde de enfermedad política, que á no tardar habia de producir nuevas desgracias y motines. Y en efecto, así sucedió; la muchedumbre empezó por pedir la destitucion de algunos wazires y las cabezas de otros, y concluyó por reclamar á gritos las del califa y sus ministros. Los pocos caudillos de la guardia que le permanecieron fieles, avisaron á Muhamad del peligro que corria, y acompañáronle con una reducida escolta, que se quedó casi toda por el camino, cuando aquella noche abandonó con su familia el palacio de Zahara. Refugióse en la

A. de J. C. fortaleza de Ucles en tierra de Toledo, cuyo alcaide le amparó y recibió muy
1025. bien, pero al poco tiempo murió envenenado, sin que sepamos por qué mano, despues de un reinado de diez y seis meses y veinte y dos dias.

Con la nueva de las inquietudes y revueltas que habia en Córdoba, los partidarios del ex-califa Yahia ben Ali ben Humud volaron á Málaga, y excitaron á este príncipe á que fuese con sus tropas á ocupar la ciudad de Córdoba y apoderarse del califato, que le pertenecia, decian, á consecuencia de las postreras disposiciones del califa Hixem á favor de su padre. Yahia gobernaba sus estados de Málaga, Algeciras, Ceuta y Tánger con gran moderacion y justicia, y sus pueblos, que le amaban y deseaban su engrandecimiento, se ofrecieron á ponerle en el trono de Córdoba. Así pues, mas por voluntad de sus parciales, que por la suya propia, marchó Yahia á la capital, cuyos principales moradores, cansados de la anarquía que los devoraba, le recibieron con grandes demostraciones de alegría, creyendo que sabria poner término á los males que los agobiaban. El primer cuidado del nuevo califa fué escribir á los walíes de las provincias para que acudieran á Córdoba á jurarle obediencia; pero los mas distantes se excusaron con aparentes pretextos, y los mas cercanos manifestaron abiertamente no reconocerle por su soberano. Entre los que así contestaron, hallábase el walí de Sevilla Muhamad ben Ismail, apellidado Abul Cassim, á quien rivalidades de vecindad animaban particularmente, á lo que parece, contra el señor de Algeciras. Quiso este castigar su desobediencia de un modo que sirviera de ejemplo á los demás, y al mismo tiempo que marchó á Sevilla con las tropas y la caballería de Córdoda, dió órden á los alcaides de Jerez, Málaga, Sidonia y Arcos que se le reunieran con todas las suyas.

Muhamad ben Ismail, á quien nos representa la crónica como el mas opulento, liberal, sabio, esforzado y poderoso caballero de Andalucía, del cual nos dice que era de ingenio agudo, de ánimo constante y de aparente candor, y que siempre alcanzó sus propósitos con entera seguridad, supo que Yahía marchaba contra él, é instruido por sus espías de que la hueste habia de pasar por las inmediaciones de Ronda, colocó en emboscada algunas compañías, y con el resto de sus tropas se adelantó él al encuentro de su adversario. Avistados ambos ejércitos, fingió el de Sevilla ceder terreno, á fin de atraer al enemigo al lugar de la celada. Entonces volvieron rostro y quedaron envueltos por todas partes los caballeros de Córdoba. En lo mas recio de la pelea Yahía recibió una lanzada que le clavó á la silla de su caballo, y herido de otras muchas lanzas, cayó por fin exánime y sin vida. Esta fué la suerte del último vástago del último califa edrisita, que en dos veces que reinó solo ocupó el trono año y medio. Fué
1026. esta batalla el dia 7 de muharram del año 417 (27 de febrero de 1026).

Al saber la derrota y la muerte de Yahía, reuniéronse en Córdoba los principales jeques, y á propuesta de Abu Huzam ben Gehwar, uno de los wazires mas influyentes de la ciudad, proclamaron califa á Hixem ben Muhamad, hermano de Abderrahman Almortadí, y biznieto por consiguiente del gran Abderrahman III. Habia nacido Hixem antes que su hermano Almortadí, y contaba entonces cincuenta y tres años; cuando las últimas turbulencias se habia refugiado cerca de un amigo, alcaide de la fortaleza de Albonte (quizás Alpuente), y allí se hallaba aun cuando le anunciaron su eleccion. Sabio y moderado, en vez de

alegrarse manifestó su pesar por la carga que querian imponer sobre sus hombros, y solo las repetidas instancias de sus parciales le hicieron aceptar las insignias y el título de iman. Difirió no obstante cuanto pudo su entrada en Córdoba, de la cual le alejaba, á lo que parece, una antigua y funesta impresion, y abandonando el gobierno á Gehwar, á quien nombró su hagib, formó un ejército fronterizo ó de *algihed*, púsose á su cabeza á principios del año 1027, y por espacio de tres años hizo con varia fortuna la guerra á los cristianos, que á favor de las últimas guerras civiles habian ensanchado mucho sus fronteras, aunque no tanto como habrian podido hacerlo, así por la parte de Cataluña como de Castilla y de Galicia La lucha fué muy viva en esta última comarca, y en ella delante de Viseo perdió la vida, segun veremos, el rey de Leon Alfonso V. A. de J. C.

Durante su permanencia en las fronteras, Hixem fomentó mucho la institucion de los *rahbits*, especies de monges guerreros, en los cuales ven muy equivocadamente algunos autores el orígen de las órdenes militares tan célebres en la cristiandad. Aunque la institucion de unos y otros tenia cierta semejanza, pues los rahbits se consagraban tambien voluntariamente al ejercicio de las armas y á la defensa de las fronteras contra los cristianos, no puede encontrarse analogía alguna entre su instituto y la gran idea que presidió á la creacion de las dos grandes órdenes militares del Temple y de San Juan de Jerusalen, á cuyo ejemplo nacieron luego en España nuestras esforzadas y famosas órdenes. Mas que en estas vagas semejanzas ha de buscarse el orígen de estas grandes instituciones así entre los cristianos como entre los musulmanes en el espíritu de aquella época religiosa y guerrera ante todo, en que la religion y las armas iban hermanadas en todos los corazones, lo mismo que aparecian unidas en casi todos los campos de batalla.

La prolongada permanencia del califa en el país de Toledo, y sus escasos deseos de mandar como soberano de la España musulmana, satisfecho con ser su iman espiritual y con defender sus fronteras, apresuró que no retardó la disolucion definitiva del imperio. En efecto, mientras Hixem sostenia el honor de las armas agarenas, los antiguos lazos gerárquicos se relajaban mas y mas; los walíes de las provincias se mostraban mas altaneros é insumisos cada dia, y no enviaban á la capital contribuciones ni rentas de ninguna clase. Gehwar, que gobernaba en Córdoba con gran acierto y moderacion, y que á diferencia de los demás walíes hizo los mayores esfuerzos para impedir la separacion de las fuerzas musulmanas, comprendió los peligros de la situacion, y resolvió intentar un postrer esfuerzo para salvar y realzar el califato de Occidente en la persona de Hixem. Escribióle ponderándole la necesidad de que fuera á la capital, y el califa accediendo á sus instancias, hizo en ella su entrada el dia 8 de dilhagia del año 420 (17 de diciembre de 1029), siendo recibido por la poblacion con 1029.
sinceras demostraciones de alegría. Desde aquel momento él y Gehwar se aplicaron con toda la energía de que eran capaces á devolver al poder su antigua fuerza, y en parte lograron su objeto. La condicion noble y generosa del califa, su afabilidad y su celo por la justicia ganáronle todos los corazones, calmaron la zozobra y contuvieron á los sediciosos. Benéfico y caritativo, ejerció sin embargo á su llegada algunos actos de rigor político, destituyendo á varios empleados conocidos por sus ideas desfavorables al califa.

A. de J. C. Faltaba reducir á obediencia á los walíes de las provincias, y si bien las cartas afectuosas y persuasivas de Hixem hicieron volver á algunos á la senda del deber y de la lealtad, la mayor parte, sin desconocer su autoridad de iman, continuaron hallando pretextos para no enviarle tropas ni dinero. Entonces resolvió emplear la fuerza contra los mas inmediatos, y encargó á Obeidallah ben Abdelaziz la reduccion de los Algarbes, donde dominaban hechuras y parciales de Yahía ben Alí. Obeidallah sujetó á los alcaides de Libla, Ocsonoba, Silves y otras ciudades; pero los walíes de Granada, Málaga, Zaragoza, Denia y Almería no pudieron siquiera ser atacados; los de Sevilla, Carmona y Sidonia se hallaban en rebelion abierta, y el padre de Obeidallah, Abdelaziz, á quien Hixem confiara el gobierno de Huelva, se alzaba con el señorío del país. Por espacio de dos años hizo el califa la guerra á los rebeldes, mas la suerte de las armas le fué casi siempre contraria, y hubo de celebrar con ellos un tratado que le enagenó la popularidad de que gozaba en Córdoba. Aquel pueblo que, segun decia Hixem, no sabia mandar ni obedecer, calificó de debilidad la moderacion del califa é imputó á su mala estrella el éxito poco lisonjero de la guerra, llegando á tal punto el descontento, que siendo muy inminente una crísis, Gehwar aconsejó al califa que se retirase á Zahara. Confiado Hixem en su conciencia, cre-
1031. yó no deber salir de Córdoba, pero amotinado el pueblo, pidió á grandes gritos la deposicion del califa y su destierro. Gehwar fué de los primeros en anunciarle la voluntad de la inquieta y alborotada plebe, é Hixem sin alterarse dijo: «Gracias á Dios que así lo quiere.» Y á la venida del dia, aquel príncipe, que con repugnancia habia aceptado un trono, salió sin pesar de Córdoba con su familia y una pequeña escolta, y se retiró á un castillo de Sierra Morena, que él mismo mandara construir, llamado Hisn Aby Scheryf. Hasta allí le persiguió el encono de sus enemigos, y causando quizás su proximidad á Córdoba cierta inquietud al que se apoderó de la herencia de los antiguos califas, á aquel mismo Gehwar de quien hemos hablado, fué perseguido y sitiado. Entonces con muchos de los nobles y literatos que habian querido seguirle á su destierro, buscó un asilo cerca de Suleiman ben Hud, walí de Lérida, donde terminó tranquilamente sus dias en noviembre ó diciembre del año 1036. En él acabó la dinastía de los Omeyas en España, que principió en Abderrahman ben Moaviah, año 138, y terminó en Hixem III, año 422. Esta dinastía ocupó el solio doscientos ochenta y cuatro años musulmanes, ó sean doscientos setenta y seis años solares. Así pasó el estado y fortuna de los Omeyas, dice la crónica, como si jamás hubiesen sido. ¡Feliz, añade, quien bien obró y loado sea siempre aquel cuyo imperio jamás acabará (1)!

(1) Conde, P. 2.ª, c. CXVII.

CAPÍTULO XVIII.

Leon bajo el reinado de Alfonso V.—Desavenencias del monarca leonés con Sancho de Castilla.—Concilio de Leon del año 1020.—*Fuero de Leon.*—Fueros de Castilla otorgados por el conde Sancho.—Su muerte.—Borrell III y Berenguer Ramon I en Barcelona.—Muerte de Alfonso V.—Bermudo III.—García, sucesor de Sancho de Castilla, es asesinado por los Velas.—Horrible castigo que estos sufrieron.—Guerra entre Bermudo III de Leon y Sancho el Mayor de Navarra.—Casa la hermana de Bermudo con Fernando de Navarra y toma este el título de rey de Castilla.—Conquistas de Sancho el Mayor de Navarra.—Su muerte.—Fuero de Nájera.—Guerra entre Ramiro de Aragon y García de Navarra.—Contienda entre Bermudo III de Leon y Fernando I de Castilla.—Bermudo muere sin sucesion y se extingue en él la línea masculina de los reyes de Leon.—Fernando I reune las coronas de Leon y Castilla.

Desde el año 1002 hasta el 1037.

Veamos ahora cual era en aquel entonces la situacion de los cristianos que moraban al norte del Duero. Por mucho que fuera nuestro deseo de explicar en los capítulos anteriores lo que entre ellos sucedia, presentando así un cuadro general de la historia de la Península, los vaivenes sufridos por el califato de Córdoba que habíamos de referir con toda extension, no se hallaron tan unidos á los sucesos de los estados cristianos para que la historia de los unos pudiese consentir la de los otros. Por esto hemos indicado apenas algunos puntos de la última, y creemos indispensable ahora consagrarle un capítulo especial para los hechos particulares, además de las acciones de guerra ya mencionadas.

Despues de la batalla de Calatañazor en que quedó humillado el poder del gran capitan sarraceno, no siguieron los cristianos en la buena senda emprendida; para ellos fué desgraciadamente mudo el hecho de haber vencido á Almanzor la primera vez en que deponiendo sus odios y enconos, habian unido sus banderas y la fuerza de sus armas. Como si no quedasen ya en España extranjeros que expulsar, enemigos de su fe que combatir, como si la independencia de la patria fuese para ellos asunto de poca monta, dividiéronse otra vez, volviéronse á sus respectivos reinos, y solo pensaron en emplear las fuerzas de su inteligencia y de su brazo en servicio de sus parcialidades y de otros mezquinos intereses.

Hemos dejado en el trono de Leon al tierno Alfonso V, bajo la tutela del conde Menendo de Galicia y de su esposa, y de su madre Elvira, y así la regencia como el monarca en los primeros años de su mayor edad, ocupáronse

A. de J. C. con recomendable devocion y celo en reparar en su reino los pasados estragos, en curar las heridas que en él abriera la vencedora espada de Almanzor, y en fundar y dotar iglesias y monasterios. El Cartulario y el Tumbo de Leon abundan en pergaminos de aquella época expresando las muchas fundaciones hechas por el jóven y piadoso monarca.

Así durante el tiempo de la regencia, tiempo de gran prosperidad, debida, á lo que parece, al buen gobierno de los tutores del rey y á las cualidades superiores de doña Elvira, como en los primeros años de la mayor edad de Alfonso, los Arabes, presa de intestinas discordias, no hicieron excursion alguna al reino de Leon, y hasta parece haber sido ellos los que solicitaron paz, segun se desprende de un antiguo documento del año 1013 conservado en los archivos del monasterio de Sahagun (1).

Por aquel mismo tiempo alteró la tranquilidad del reino de Leon un levantamiento contra el rey, cuya causa se ignora, de parte de algunos nobles que, no contentos con rebelarse, llamaron á los Sarracenos en su auxilio. De este suceso no tenemos otras noticias que las que nos proporcionan por incidencia los documentos en que recompensó el rey á los hombres fieles y poderosos que le ayudaron á sofocar la sublevacion y á recobrar el castillo de San Salvador, que habia caido en poder de los rebeldes.

La ciudad de Leon debe á Alfonso V haber nacido otra vez de sus ruinas. Desde de la invasion y conquista de Almanzor hasta la época de que estamos tratando, habia quedado la capital del reino asolada y casi yerma; no parecia, dice Morales, una ciudad viva, sino el cadáver de una ciudad. Alfonso, á quien conserva la historia el título de repoblador de Leon, dedicóse con firme ahinco á levantar de sus escombros la antigua ciudad de los legionarios, emprendió obras de construccion y reparacion, atrajo á ella nuevos pobladores é hízole recobrar en lo posible su grandeza y esplendor primitivo. Una vez lo hubo logrado, trasladó á su iglesia los cuerpos de todos los reyes sepultados en otros puntos del reino de Leon, y entre ellos el de su padre, que hizo conducir desde el Vierzo.

1017. En el año 1017 ó poco antes, suscitaríanse graves disensiones entre Alfonso y su tio Sancho de Castilla, en cuanto en un documento de dicho año trata el rey al conde de inícuo y de desleal, le llama su enemigo y le acusa de no pensar noche y dia sino en hacerle daño (2). Acaso fué la causa de estas contiendas, dice Lafuente, la proteccion que solia dar el castellano á los criminales que desde el reino de Leon pasaban á sus dominios; pero sea como fuere, es lo cierto que Alfonso creyó deber castigarle con todo el rigor de las leyes, despojándole de varias posesiones que tenia en su reino para darlas en presencia de todos los grandes de palacio á mas leales servidores.

1020 Por aquel tiempo, en el año 1020, verificóse en Leon un gran acaecimiento, cual fué la congregacion de una importante asamblea político-religiosa, como

---

(1) In præsentia, dice, qui ubi fuit Zacbascorta Ebembacri, quando venit de Cordova pro pace confirmare ad Romanos in Domnos Sanctos.

(2) Infidelissimo et adversario nostro Sanctioni, qui die nocteque malum perpetrabat apud nos. Cartular. de Leon, fól. 188.—Esp. Sagr., t. XXXVI, ap. XII.

las que tanto esplendor dieran á la monarquía visigoda. Ella fué la primera en la época de la reconquista en que se trataron las altas cuestiones del gobierno de los pueblos y se hicieron leyes para el mejor régimen de todos, y testimonio insigne del encadenamiento y enlace de las épocas y de las sociedades, porque revela la herencia que la España de la restauracion habia recibido de la España gótica, causó una verdadera revolucion social en el país, introdujo un nuevo órden de cosas en lo civil y en lo político, y mejoró notablemente la condicion de los hombres de aquella sociedad (1). Abrióse el concilio el dia 1.º de agosto del año indicado en presencia del rey y de su esposa doña Elvira en la iglesia de Santa María, con asistencia de los obispos, abades y próceres del reino, é hiciéronse en él cincuenta y ocho cánones ó decretos, de los cuales son relativos los siete primeros á la disciplina eclesiástica, mandándose en uno de ellos que en los concilios que en adelante se celebraren, se trate primero de las causas eclesiásticas, en seguida de las del rey, y en último lugar de las del pueblo. Los demás cánones son verdaderas leyes políticas y civiles para el gobierno de toda la monarquía, esto es, de Leon, de Asturias y Galicia. Varios cánones tienen por objeto la ciudad de Leon, y especialmente el XX, para favorecer la repoblacion de la misma, establece que no pueda ser expulsado de ella mercader ni hombre alguno que quiere establecerse en su recinto.

Entre otras disposiciones de esta célebre asamblea, son notables las que disponen que el *hombre de benefactoría* puede ir libre con sus bienes y heredades á donde quisiere (cán. 13) (este hombre de benefactoría, de donde se ha derivado la palabra *behetría,* era el que tenia derecho ó facultad de sujetarse al señor que mas le acomodase, para que le defendiese é hiciese bien, con la libertad de mudar de señor siempre que le pareciere); la que manda ir al *fosado* con el rey, con los condes ó con los merinos *(majorinus)* á aquellos que lo han acostumbrado, pues en muchos puntos se habia conmutado el servicio personal del fosado con una contribucion llamada *fonsadera.* La jurisdiccion de la capital fué extendida á muchos distritos territoriales que se expresan en el cánon XXVIII, y en el mismo se dispuso que todos los moradores de aquellas tierras hubiesen de acudir á Leon, en caso necesario, á defender y á reparar los muros al igual que los ciudadanos.

Las disposiciones que siguen son tambien particulares á la ciudad y á los habitantes de Leon.

Los habitantes de *intra* y de *extramuros,* dice el cánon XXIX, se reunirán en la iglesia de Santa María el primer dia de cuaresma, para fijar el peso y precio del pan, del vino y de la carne, el precio de los jornales y el modo como mantendrán entre sí la justicia durante aquel año.

Los panaderos que defraudaren el peso del pan serán azotados por la primera vez, y por la segunda pagarán cinco sueldos al merino del rey (cán. 34).

Las causas y pleitos de todos los vecinos de Leon y su término han de decidirse precisamente en la capital (cán. 28).

En Leon y en todas las ciudades del reino residirán jueces nombrados por el rey (cán 18).

---

(1) Lafuente, P. 2.ª, l. I, c. XXVI.

Ni merino ni sayon pueden entrar en casa de hombre alguno sin su permiso, ni extraer nada de ella si no fuese siervo del rey (cán. 38).—Esta disposicion tendia á cortar los abusos que con el nombre de *fuero de sayonía* se habian introducido por los jueces y sus ministros, que hacian visitas domiciliarias sin causa ni motivo conocido.

La última disposicion del concilio es un terrible anatema contra los transgresores de aquellas leyes. «Si alguno de nuestra prosapia ó de otra cualquiera intenta quebrantar á sabiendas esta nuestra constitucion, cortada la mano, el pié y la cabeza, arrancados los ojos, sacadas las entrañas y exparcidas por tierra, herido de lepra, juntamente con la espada de la excomunion, pague la pena de su delito en condenacion eterna con el diablo y los ángeles malos.»

Las actas del concilio leonés fueron justamente célebres bajo el nombre de *foros,* y figuran entre los primeros honoríficos títulos mencionados en el epitafio de Alfonso (1). Sus leyes se mantuvieron en observancia por espacio de muchos siglos, y así, dice Lafuente, se iba modificando sin abolirse ni dejar de regir el Fuero Juzgo, la jurisprudencia heredada de los Visigodos, con arreglo á las nuevas condiciones en que se iba encontrando la sociedad española (2).

Del reinado de Alfonso data, pues, el primer derecho escrito, modificativo del código visigodo, cuyo texto ha llegado hasta nosotros. Por todas partes nacen entonces por la misma fuerza de las cosas, aquellos fueros locales particulares á España; cada estado, casi cada ciudad quiso fijar por escrito sus derechos, sus privilegios, sus obligaciones; los señores alentaban por todas partes al estado llano á poblar y á defender del enemigo las ciudades fronterizas, y de ahí esa legislacion foral especial á España, que tan vigoroso carácter le ha impreso entre las demás naciones europeas, legislacion, que si puede considerarse local por una parte, pues que muchas de estas cartas se daban á ciudades y villas particulares, es general por otra, atendida la poca variedad en las exenciones y el espíritu de libertad que en todas dominaba.

Como Alfonso y aun antes que él, el conde Sancho concedió fueros y cartas-pueblas á las principales ciudades de Castilla, y la mas antigua de que tenemos noticia es la otorgada en el año 1012 á Nave de Albura, en la márgen izquierdo del Ebro, dándonos á creer varios indicios que la concedió para granjearse el afecto de aquellos habitantes, que tiempos pasados, teniendo á su cabeza á un jefe llamado Vijila, por contraccion Vela, habian resistido á las pretensiones que sobre ellos manifestara el abuelo de Sancho. Los hijos de Vela (3) habian continuado la oposicion de su padre, y en el intérvalo que medió desde el año 1012 hasta el 1017 habian estallado entre ellos y el conde castellano vivísimas disensiones. El monarca leonés que, segun hemos visto, habia concebido tambien hácia su tio violento encono, acogió á los Velas en su corte, los colmó de honores, dióles tierras y posesiones, y esto acabó de agriar al conde castellano contra su sobrino de Leon.

(1) H. jacet Rex Adefonsus qui populavit Legionem, post destructionem Almanzoris, et dedit ei bonos foros, etc.

(2) Lafuente, Hist. gen. de Esp., P. 2.ª, l. I, c. XX.

(3) Los Velas eran tres, segun testimonios auténticos, y se llamaban Bermudo, Nepociano y Rodrigo.

El que precediera á Alfonso V en la concesion de cartas-pueblas, si bien las del conde no formaban como las del rey un cuerpo de derecho escrito, el conde de los *buenos fueros*, el que dió, segun expresion del arzobispo don Rodrigo, mejor nobleza á los nobles y templó en los plebeyos la dureza de la servidumbre, el conde Sancho de Castilla murió en el año 1021, dejando por su sucesor á su hijo García, muy jóven aun, pues habia nacido el mismo año en que su padre entró en Córdoba como aliado de Suleiman (1009).

Poco antes, en 25 de febrero de 1018, habia descendido al sepulcro Ramon Borrell III, conde de Barcelona, el cual, despues de su expedicion á Córdoba en favor de Muhamad el Mahady, dedicóse con firme celo á restaurar á su capital, que empezaba entonces á renacer de entre los escombros y ruinas en que la hundiera el terrible Almanzor. Con levantado ánimo capitaneó varias veces á sus hombres de armas para ensanchar sus fronteras hácia el Ebro y el Segre, y dejó por sucesor al hijo que habia tenido de su esposa Ermesindis, llamado Berenguer Ramon, primero de este nombre, á quien se dió el sobrenombre de Curvo, bajo la tutela de su madre.

En los primeros tiempos de su gobierno, Ermesindis llamó á los Normandos, que corrian el Mediterráneo en busca de aventuras bajo el mando de Roger, para que la auxiliaran en librar las costas catalanas de los Sarracenos que las infestaban, Sarracenos que no eran otros que los soldados de Mugehid el emir de Denia y de las Baleares. Roger los venció en varios encuentros, hízolos tributarios de los condes de Barcelona, y recibió por premio de sus triunfos la mano de la hija de la condesa (1).

El gobierno de Berenguer Ramon I poco notable ofrece á no ser los graves disturbios de familia que por desmedida ambicion de la madre ó por inexperiencia y flaqueza del hijo alteraron la paz doméstica de nuestros condes, y fueron quizás orígen de las sangrientas catástrofes que sobrevinieron despues. No fué Berenguer un príncipe guerrero, así es que durante su vida nada se cuenta de guerras y batallas; esto no obstante, si no ensanchó las fronteras de sus estados, debiéronle estos, dice Piferrer (2), haber empezado á sentir la fuerza blanda de la ley, dando asiento y forma al imperio heredado de sus mayores. En 1027 reunióse un concilio en Vich, cuyos cánones parecen referirse exclusivamente á asuntos eclesiásticos, y tambien este conde, como todos sus coetáneos, concedió privilegios á muchas ciudades y villas, dando así principio á una nueva jurisprudencia á imitacion de lo que en el resto de España sucedia. En 26 de mayo de 1035 terminó su vida, segun algunos, en batalla contra moros en Baltarga, y segun otros, contra Wifredo, conde de Cerdaña, dejando de dos mugeres que habia tenido, Sancha de Gascuña y Guisla de Ampurias, cuatro hijos, que fueron Ramon, Sancho, Guillermo y Bernardo. Al primero legó los condados de Barcelona y Gerona; á Sancho parte del primero mas allá del Llobregat hasta tierra de *paganos*, y á Guillermo, el condado de Ausona.

---

(1) Exanimati vicinæ Hispaniæ Sarraceni cum rege suo Museto pacem a comitissa Barzelonensi Ermesende petunt, et annuum tributum persolvere spondent....., et Rotgerio filiam suam sociaverat Adhemar. Cabanens., in March. Hisp., ad ann. 1018).

(2) *Recuerdos y Bellezas de España*, Cataluña, p. 95.

A. de J. C. El glorioso gobierno de Ramon Berenger I, apellidado el Viejo, no puede ser explicado en este capítulo en cuanto excede en mucho del límite de tiempo que el mismo comprende, y hablaremos de él en los capítulos sucesivos. Volvamos ahora á Leon y á Alfonso V.

1026. La guerra acababa de encenderse otra vez en las fronteras entre Arabes y cristianos. El califa Hixem III, el último Beni Omeya, fué su promovedor, y de ella no sabemos otra circunstancia sino la desgraciada muerte del rey Alfonso V. El monge Silense, que habla de este príncipe como de un monarca misericordioso, gran enemigo de los bárbaros, es decir de los musulmanes, y le llama esforzado conquistador de sus ciudades, nos da algunos detalles sobre aquel triste acaeci-
1027. miento. En la primavera del año 1027 Alfonso llevó la guerra al sur del Duero, quizás despues de tomar y restaurar la ciudad de Tuy y otras de aquella comarca, y puso sitio á Viseo, que mas que una ciudad era entonces una fortaleza. La plaza estaba próxima á rendirse, combatida y casi vencida por el hierro y por el hambre, cuando Alfonso en un reconocimiento que hizo al rededor de los muros, sin llevar coraza, ni otra defensa ni abrigo á causa del calor, recibió un flechazo que le derribó del caballo y ocasionó su muerte pocas horas despues. Alfonso habia reinado veinte y siete años y meses, y murió á la temprana edad de treinta y tres años. De su esposa Elvira, hija de su tutor Menendo, tuvo un hijo y una hija, Bermudo y Sancha, el primero de los cuales fué llamado á suceder á su padre.

Bermudo III, mozo en edad, pues solo contaba diez y seis ó diez y siete años, pero esclarecido en saber (1), casó, á pesar de su poca edad, con Urraca Jimena Teresa, hija del conde Sancho de Castilla, y hermana de García, heredero de este condado, y aun algunos aseguran haberse verificado este enlace en vida de Alfonso V. García tenia además otra hermana llamada doña Mayor, casada con Sancho de Navarra, de modo que Sancho, García y Bermudo estaban emparentados en igual grado de afinidad, parentesco que no ha de ser echado en olvido para la mejor apreciacion de los hechos sucesivos.

En los primeros tiempos del reinado de Bermudo ocurrió un trágico suceso, uno de los mas memorables de esta historia, ya por sí mismo, ya por las consecuencias que produjo y los cambios que del mismo resultaron en el órden de sucesion de las familias soberanas que reinaban en la España cristiana.

Para estrechar mas aun los lazos de parentesco que unian á estas familias, los condes burgaleses se reunieron en consejo y acordaron solicitar de Bermudo la mano de su hermana Sancha y el título de rey de Castilla para el conde García. Bermudo acogió favorablemente su demanda, y consintió en el doble favor que le pedian, así es que los diputados de Burgos, de regreso á su ciudad, instaron á García para que visitara al rey de Leon y estipulara con él las cláusulas del enlace proyectado. Bermudo en tanto habia marchado á Oviedo en cumplimiento de un voto, y su esposa y hermana quedaron en Leon, donde llegó en efecto á prin-
1029. cipios de mayo del año 1029 el conde García, acompañado de la flor de la nobleza castellana. Alojado en el palacio real, resolvió detenerse allí muy pocos dias y partir luego para Oviedo, deseoso como estaba de tratar cuanto antes con Bermu-

(1) In ætate parvus, in scientia clarus. Anon. de Sahagun.

do de los asuntos que habian motivado su viaje. Sin embargo, los hijos del conde Vela, de quienes antes hemos hablado, hombres, dice Mariana, por la larga experiencia de cosas arteros y sagaces, no habian olvidado las afrentas que á su entender les hiciera el padre del jóven conde, y con deseo de vengarlas reunieron á gran número de sus parciales en las montañas de Leon, y marchando toda una noche sin descanso, sorprendieron la ciudad al despuntar de la aurora. García se encontraba entonces en la iglesia de San Juan Bautista, y al salir de ella y en la misma puerta, acometiéronle sus enemigos con las espadas desnudas. Rodrigo Vela, que en los tiempos de su amistad con el conde Sancho, sacó de pila á García cuando le bautizaron, fué quien con saña cruel le descargó el primer golpe secundándole los demás hasta acabarle. Muchos Castellanos y Leoneses que acudieron en defensa del conde perdieron tambien la vida á los golpes de los Velas, quienes viendo que la multitud se rebullia y que el pueblo se amotinaba para vengar la sangre derramada, juzgaron prudente emprender la fuga y se retiraron con su gente al castillo de Monzon. Sancha derramó abundante llanto sobre el cadáver de su futuro esposo, é hizo que le dieran honrosa sepultura junto á su padre Alfonso en la iglesia de San Juan de Leon. Este fatal acaecimiento sucedió en martes 13 de mayo del año 1029.

La muerte de García fué causa, hemos dicho, de una série de revoluciones que cambiaron en España la faz de las cosas, é hicieron pasar á una sola familia y casi á una sola persona el poder soberano. El poderoso Sancho de Navarra, que habia llegado al sexagésimo año de reinado al acaecer la muerte de Alfonso, era yerno del difunto Sancho de Castilla, y por causa de su esposa podia aducir pretensiones al condado. Así lo hizo en efecto, y penetrando con un ejército en Castilla, tomó de ella posesion como de cosa propia. Pero no olvidó el castigo de los aleves asesinos de su cuñado, y pasando á poner sitio al castillo de Monzon, situado en tierra de Campos, á orillas del Carrion, tomólo por asalto, pasó á cuchillo á todos sus defensores excepto á los hijos de Vela, á quienes mandó quemar vivos. Hecho esto, el heredero y vengador de García se dirigió á Burgos, y se hizo prestar juramento por los condes y grandes del país en calidad de conde soberano, de duque ó de rey de aquella tierra que habia hecho independiente el conde Fernan Gonzalez.

Este fué el efecto inmediato del asesinato de García, hijo de Sancho, hijo de García, hijo de Fernan, hijo de Gonzalo, para recordar á manera de los Arabes la genealogía y série de los condes de Burgos y Castilla, cuya raza se extingue en García. Desde aquel momento Sancho de Navarra hallábase ser el mas poderoso entre los reyes y condes de la España cristiana, así como era el de mayor ambicion y el que sentia mayor sed de conquistas. Sus dominios de Castilla confinaban con los de Leon, y al ver estos en manos de un niño, sintió deseos de llevar á ellos sus banderas y de ensanchar sus estados cuanto lo permitiese la debilidad de sus vecinos. El siguiente suceso, aunque no de autenticidad positiva, dicen algunas crónicas haber dado motivo al monarca navarro para romper las hostilidades contra el territorio de Leon.

Cazaba un dia el rey Sancho con sus montañeses por las márgenes del Pisuerga, cuando un jabalí herido y acosado por la jauria, se hundió en lo mas espeso del bosque. El rey le persiguió por un lugar subterráneo, pero al levantar

A. de J. C el brazo para herir á la fiera, sintióle inmóvil y muerto. Entonces observó que en la gruta habia un altar y en este una imágen de San Antolin, y persuadido de que la repentina parálisis de su brazo podia ser castigo de su desacato, pidió mentalmente perdon al santo y prometióle levantarle una iglesia en aquel mismo lugar. Al momento recobró el uso de su brazo, y sabedor Sancho de que allí habia estado situada la antigua Palencia, arruinada por las guerras, resolvió reedificar la ciudad y construir en ella el prometido templo en honor de Antolin, santo mártir de las primeras persecuciones gentílicas en España, encargando la direccion de los trabajos á Poncio, obispo de Oviedo, ilustre personage, cuya intervencion en este asunto no ha sido bien explicada, como tampoco sus relaciones con un rey extrangero, casi enemigo ya de su propio soberano.

El obispo Poncio dió principio por órden de Sancho á la reedificacion de Palencia, mas Bermudo se opuso á ello, pretendiendo ser aquel lugar dependiente de su corona; el Navarro aseguraba ser propio del condado de Castilla, y la guerra estalló entre los dos soberanos. Sancho, mas avisado y experimentado en las armas que el rey de Leon, penetró en los estados de su enemigo y se apoderó de todo el territorio que se extiende desde el Pisuerga hasta el Cea, en ocasion en que se hallaba Bermudo en Galicia ocupado en reprimir dos sediciones que allí habian movido dos nobles del país. El momento de invadir su reino no podia haber sido mejor elegido, así es que Sancho se apoderó en pocos dias y con facilidad de toda la parte oriental, pasó el Cea y avanzó hasta los llanos de Leon. Allí empero encontró resistencia; los Leoneses se habian levantado y armado en defensa de su rey, quien por su parte acudió presuroso al lugar del peligro al frente de un ejército reclutado en Galicia. Ambos reyes se hallaron muy próximos á empeñar una batalla general, pero los obispos que seguian á uno y otro ejército manifestaron calurosamente á sus soberanos los males que acarreaban sus discordias á la causa comun del cristianismo y de la patria, y celebráronse las paces estipulándose que el príncipe Fernando, hijo segundo del Navarro, se casaria con Sancha, hermana de Bermudo, y que este le cederia en dote todo el país conquistado al principio de la campaña entre el Pisuerga y el
1032. Cea. El matrimonio pactado se verificó con gran solemnidad en el año 1032, y Fernando tomó el título de rey de Castilla.

No bastó esto para poner freno á la ambicion del rey de Navarra, que no lo ha tenido ni lo tendrá nunca la ambicion de los conquistadores. Apenas habia
1034. transcurrido un año, cuando renovó las hostilidades contra el reino de Leon, apoderándose de Astorga, á lo que se cree, por fuerza de armas, y gobernó como dueño y señor el reino de Leon y de Asturias, hasta las fronteras de Galicia. Entonces fué sin duda cuando mandó abrir el camino de que hablan todos los historiadores, para ir de la Galia y Navarra á Santiago de Compostela, á fin de evitar á los peregrinos los largos rodeos que habian de dar por las crestas de las montañas para no caer en manos de los Sarracenos.

Así por su valor y ambicion formóse el anciano Sancho un vasto reino que se extendia en el último año de su vida desde los Pirineos hasta las fronteras de Galicia donde se habia refugiado Bermudo, y era tal su poderío que pudo ser el primero en tomar el título de emperador, ó á lo menos se lo aplicaron despues

de su muerte (1). Cargado de años, segun expresion del monge Silense, pero no agobiado de vejez, á pesar de contar sesenta y cinco años de reinado, Sancho, que sentia próximo su fin, hizo entre sus hijos aquella distribucion de reinos que tan célebre habia de ser por las discordias que produjo. Al primogénito García, que se hallaba entonces en peregrinacion ó en embajada en Roma, dió el reino de Navarra, los estados adyacentes de la parte de Francia que comprendian la actual Vizcaya francesa, el Bearne y parte de la Guiena, añadiendo á esto la Vizcaya española y parte de la Rioja, á una de cuyas ciudades habia trasladado Sancho su capital; á Fernando le fué señalado cuanto se entendia entonces por condado de Castilla, con Burgos por capital, y además las tierras adquiridas por su padre entre el Pisuerga y el Cea; á Ramiro, el territorio, muy limitado entonces, que habia formado hasta aquel momento el condado de Aragon dependiente de la corona de Navarra, y finalmente á Gonzalo el señorío de Sobrarve y Ribagorza. El mejor dotado en apariencia era García, pero en realidad y para lo porvenir éralo Fernando, en cuanto habia de heredar en caso de que Bermudo muriere sin hijos, los reinos de Leon, Asturias y Galicia. A. de J. C.

Los historiadores refieren de diverso modo la muerte de este famosísimo rey. Dicen unos que fué asesinado yendo á visitar en peregrinacion el templo y las reliquias de Oviedo; usan otros de expresiones que hacen creer haber fallecido de muerte natural, pero si consideramos que se hallaba en medio de los amigos y parciales de Bermudo, cuyo trono habia usurpado, y á cuyos súbditos quizás oprimia, parecerá quizás mas verosímil la primera version. Pero sea de esto lo que fuere, es seguro que murió en febrero del año 1035 despues de un 1035.
dilatado reinado de sesenta y cinco años.

Conquistador y guerrero, no olvidó sin embargo Sancho el Grande de Navarra la organizacion interior de su reino; como los demás soberanos cristianos de la Península, hizo los primeros esfuerzos para reconstituir el estado político y civil de sus pueblos sobre ciertas y seguras bases, que sin destruir las antiguas, al contrario confirmándolas y mejorándolas, eran un grande adelanto en aquellos tiempos de conquista y por lo mismo de incertidumbres y trastornos. Á este monarca se debe el celebrado fuero de Nájera, que, como dice Lafuente, hubiera bastado para darle renombre aun cuando no hubiese quedado de él otro monumento alguno.

Como era natural atendida la humana flaqueza y ambicion, á la muerte de Sancho se siguió una guerra que dice Masdeu ser la mas escandalosa de las que se leen en nuestras historias, entre hermanos y cuñados. Ramiro, primer rey de Aragon, cuyos estados sitos en los Pirineos, solo contaban muy reducido número de villas pobres y pobladas por rudos montañeses, descontento del lote que le cupiera, tomó las armas contra su hermano García de Navarra, ausente entonces en Roma, segun hemos dicho. Para suplir la escasez de sus fuerzas llamó en su auxilio á los emires ó regulos musulmanes de Zaragoza, Huesca y Tudela con cuyos estados confinaban los suyos, y á la cabeza de sus súbditos y de los Árabes auxiliares, puso cerco á la ciudad de Tafalla. Algunos autores ven en

(1) El epitafio de su esposa doña Mayor decia: *Hic requiescit famula dei domna Mayor regina uxor Sancii imperatoris.*

A. de J. C. esto motivo para vindicar á Ramiro de la nota de bastardo que otros le atribuyen, y aun para decir que Sancho le habia quitado la primogenitura condescendiendo á los ruegos de una segunda esposa; pero ni las razones, suponiendo que se hallase por él el buen derecho, ni las armas pudieron valerle. García, que al saber la muerte de su padre se habia apresurado á volver á sus estados, hallábase muy cerca de Pamplona cuando le participaron la invasion de su hermano, y reuniendo á toda prisa un ejército, arrojóse con tanta intrepidez contra el campamento de Tafalla, que dió muerte en la accion al mayor número de las tropas enemigas, y puso al resto en desordenada fuga. El mismo rey de Aragon, para no caer en poder de su hermano, hubo de montar descalzo y casi desnudo en un caballo sin silla ni jaeces y sin mas brida que una cuerda, y así Arabes como cristianos abandonaron al enemigo sus tiendas, sus tesoros y cuanto encerraba su campo. Rodrigo de Toledo añade que el vencedor persiguió al vencido mas allá de los límites de Navarra y que le despojó de sus estados de Aragon; pero en caso de que así sucediera, ajustaríase luego la paz entre los dos hermanos, recobrando Ramiro su reino, pues es indudable que lo poseyó despues pacíficamente.

En tanto Bermudo que, retirado en Galicia, ocupaba su ardor en guerrear contra los Sarracenos habiendo hecho, segun la crónica de Coimbra, prisionero á uno de sus reyes, resolvió aprovechar la discordia de los hijos de Sancho y recobrar con las armas los estados que habia perdido. La empresa era tanto mas fácil en cuanto los pueblos sufrian con impaciencia el yugo navarro y deseaban volver á la dominacion del descendiente de sus antiguos reyes. Los hechos prueban sin dejar lugar á duda la facilidad con que recobró Bermudo el territorio conquistado por Sancho, pues en 4 de febrero de 1035 vemos por varios documentos que el rey de Navarra era aun dueño de Leon, y en 16 del mismo mes y año, Bermudo ó sus condes habian entrado otra vez en posesion del mismo.

Dado este primer paso y restablecido en sus derechos al oeste del Cea, no parece que Bermudo llevara inmediatamente la guerra á los estados de su cuñado
1036 Fernando, y en el año 1036, vémosle ocupado aun pacíficamente en administrar justicia en su reino. Ignórase qué motivo tuvo el jóven rey para atacar á Fernando, pero es lo cierto que allegando un ejército de Leoneses y Gallegos avanzó con él hasta tierras del condado de Castilla, limítrofes de Leon, proyectando recuperar toda aquella parte de su antigua herencia que cediera á Fernando cuando su enlace con su hermana Sancha. Guerra fué esta fecunda en resultados, y en la que ambos soberanos podian creer tener por su parte la razon y el buen derecho: el Castellano por haber encontrado aquella provincia en poder de su padre y haberle sido confirmada su donacion por contrato matrimonial, y el Leonés porque habia firmado el tratado casi por fuerza y en edad de poca reflexion y sufrido recientemente los mas graves atentados contra su dignidad real de parte de Sancho el Mayor. Fernando, que se vió atacado por fuerzas superiores á las suyas, pidió auxilio á su hermano García rey de Navarra, quien acudiendo á la cabeza de numerosa hueste, marchó con Fernando al encuentro del monarca leonés. Halláronle en las márgenes del Carrion en el valle que se llama de Tamaron y empeñóse allí una sangrienta batalla. Ambos ejércitos pelearon con igual arro-

jo y esfuerzo, y Bermudo mas atrevido que todos, confiado en su edad y valor y A. de J. C.
en la agilidad de su caballo, quiso arremeter en lo mas recio de la pelea entre las filas enemigas para desafiar á don Fernando, pero su intrepidez le perdió. Fernando y García le recibieron en la punta de sus lanzas, y cayó derribado de su caballo, acribillado de heridas y muerto, y con él otros siete guerreros que acudieron volando á su defensa. La pelea duró todavía por algunos momentos, pero la noticia de la muerte de su rey desalentó á los Leoneses, y se retiraron dispersos hácia Leon. Tuvo lugar esta batalla á primeros de junio del año 1037, segun 1037.
lo indican varios monumentos, y entre otros el epitafio que se puso en el sepulcro de Bermudo en Leon (1), donde fué su cuerpo conducido. El reinado de este monarca, á contar desde su elevacion hasta el 22 de junio de dicho año 1037 en que fué coronado su sucesor en la capital de la monarquía leonesa, fué de diez años un mes y diez y siete dias.

Bermudo III en quien se extinguió la línea varonil de los reyes de Leon, fué príncipe bueno y piadoso, amante de sus súbditos y muy celoso de la gloria de Dios: restableció muchas iglesias y monasterios de los destruidos en las guerras pasadas, guerreó contra los infieles, mostróse sobre todo exento de los vicios de la juventud, reformó las costumbres é hizo administrar á todos una justicia igual; por lo justo y benéfico era el consuelo de los pobres, y con sus leyes y oportunos castigos logró reprimir en gran parte la licencia y disolucion que se habian introducido en el reino. Así nos lo pintan los antiguos historiadores, y uno de ellos, el monge Silense, se muestra al relatar su fin como agobiado de pena.

Ganada la batalla en que Bermudo perdió la vida, continuó Fernando su marcha á la cabeza de su ejército hasta el pié de los muros de Leon, cuyos ciudadanos, por amor á su jóven rey y por odio á los Navarros, le cerraron al principio las puertas; pero considerando luego que muerto Bermudo sin hijos, pues de Urraca su esposa solo habia tenido uno llamado Alfonso, que sobrevivió muy pocos dias á su nacimiento, no quedaba otro heredero del reino que doña Sancha, muger de Fernando, y no queriendo atraerse el encono de quien tarde ó temprano habia de ser su soberano, franquearon el paso al vencedor, que entró en la ciudad con banderas desplegadas entre las aclamaciones de sus soldados y de una parte del pueblo, haciéndose ungir y coronar solemnemente aquel mismo dia 22 de junio de 1037 en la iglesia catedral de Santa María por el obispo Servando. Fernando reunió desde entonces el título de rey de Leon al de rey de Castilla que llevaba hacia dos años y cuatro meses cumplidos, á no contar sino desde la muerte de su padre. Para evitar toda equivocacion bueno es no perder de vista que no toda Castilla formaba parte de los dominios de Fernando, sino que en la division de sus estados que hizo Sancho entre sus hijos, diéronse al rey de Navarra García algunas porciones de territorio del antiguo condado; de ahí que en algunos monumentos tomen ambos hermanos el título de reyes de Castilla, y que Fernando, para distinguirse de su hermano navarro, se llame á veces rey de Burgos.

De este modo llegaron á reunirse las coronas de Castilla y Leon por haber

(1) H. L. E. Conditvs Veremvmdvs ivnior rex Legionis filivs Adefonsi regis. Iste habvit guerram cvm cognato svo rege magno Fernando et interfectvs ab illo in Tamara preliando era MLXXV.

recaido ambas en hembras, «accidente y cosa, dice Mariana, que todos suelen aborrecer asaz, pero diversas veces antes deste tiempo vista y usada en el reino de Leon; si dañosa, si saludable, no es deste lugar disputallo ni determinallo (1).» El hijo segundo de Sancho el Mayor de Navarra fué quien las ciñó en su frente, y en su tiempo cobró grandes creces el poderío cristiano en España; su reinado se halla mezclado á los acaecimientos mas interesantes, y él preparó el esplendor y los triunfos de Alfonso VI, el conquistador de Toledo, el monarca del Cid.

(1) Hist. de Esp., l. VIII, c. VII.



CAPÍTULO XIX.

Estados que se formaron en España despues de la disolucion del imperio ommíada.—Reinos independientes de Toledo, Sevilla, Zaragoza, Badajoz, Valencia, Almería, Murcia, Denia, Mallorca, etc. —Emirato de Gehwar en Córdoba.—Gehwaritas, Tadjebitas, Alameríes, Edrisitas, Zeiritas, Beni-Huditas, etc.—Guerras entre los Musulmanes andaluces.—Supuesta reaparicion del califa Hixem II.—Sucesos de Málaga.—Revolucion de Zaragoza.—Muerte de Gehwar en Córdoba.—Continua la guerra entre los emires.—El de Sevilla se apodera de Córdoba.—Muerte de Muhamad hijo de Gehwar.—El emir de Toledo despoja al de Valencia.—Muerte del emir de Sevilla.—Guerra entre el de Toledo y el de Sevilla auxiliados por los cristianos.—El emir de Toledo se apodera de Córdoba.—Su muerte.—El de Sevilla recobra á Córdoba.—Sus conquistas.—Revolucion en Toledo.

Desde el año 1031 hasta el 1080.

Destruida la obra de los primeros conquistadores de España á la que tanto esplendor diera Abderrahman ben Moaviah, ilustre fundador de la no menos ilustre dinastía de los Beni Omeyas, campeando ya libremente en la Península los muchos elementos de division que habian traido los invasores, y que el tiempo y los acaecimientos sucesivos habian multiplicado que no disminuido, deshecha por fin y rota á pedazos la unidad de la España musulmana, tócanos ahora ver la suerte que cupo á las diferentes comarcas, en lo cual si complica de un modo grande nuestra tarea, hemos de ver la visible proteccion de la Providencia en favor de la causa de nuestros mayores, que así dividia á sus enemigos, ya que ellos, hombres al fin y mal aconsejados, no acertaban sino por cortos intervalos á deponer sus mútuos rencores para dirigir todas sus fuerzas contra los dominadores de su patria. Fraccionado, dividido el inmenso poder que los Arabes habian logrado levantar en Córdoba, es ya permitido prever mas ó menos lejos el dia en que la península española será toda ella propiedad de sus hijos, sin que en sus ciudades floten mas enseñas que los pendones de Cristo.

Y en efecto, aquellas tribus enemigas, aquellos partidos enconados cuyo intestino furor era mal contenido por los gobernadores del califa de Oriente primero, y despues por la robusta autoridad constituida en Córdoba, van á encontrar, ahora que cada ciudad es un reino y cada walí un monarca, ancho campo para desbandarse, para luchar con sus contrarios, y finalmente para morir á los repetidos golpes de los cristianos. Esas guerras, ese estado social en que apenas se reconocia un lazo comun, pues ya hemos dicho que la religion distaba mucho de serio entre los conquistadores de España, es la tarea á que nos toca dar comienzo ahora.

Hacia muchos años, dice el orientalista Dozy (1), que las provincias de la España musulmana se hallaban abandonadas á sí mismas. El pueblo en general se afligia por ello y pensaba con espanto en el porvenir que le esperaba. Los capitanes extranjeros fueron los únicos que se aprovecharon de la descomposicion total de la Península: los generales berberiscos dividiéronse el mediodía; los Slavos reinaron en el este, y el resto tocó en lote ya á advenedizos, ya al reducido número de familias nobles que por su feliz estrella habian resistido á los golpes que descargaran contra la aristocracia Abderrahman III y Almanzor.

Los Edrisitas ó Hamuditas, despojados del califato, eran, pero únicamente de nombre, los jefes del partido berberisco; pretendian tener derechos sobre toda la parte árabe de la Península, pero en realidad solo poseian la ciudad de Málaga y su territorio. Sus mas poderosos vasallos eran los príncipes de Granada, Zawi (2), y su sobrino Habus que le sucedió. Habia tambien gobernadores ó príncipes berberiscos en Carmona, en Moron y en Ronda, y los Afthasidas que reinababan en Badajoz pertenecian á la misma nacion, pero atribuíanse un orígen árabe y ocupaban una posicion bastante aislada.

Los hombres mas eminentes del opuesto partido eran Zohair, príncipe de Almería, y Mugehid, príncipe de las Baleares y de Denia. En Valencia donde gobernaban otros Slavos, habia sido proclamado rey Abdelaziz, nieto del célebre Almanzor, y en Zaragoza, como á su tiempo veremos, alcanzó el poder otra noble familia árabe, la de los Beni-Huditas. Finalmente, sin contar con otros muchos pequeños estados, nació tambien el reino de Toledo, donde reinaba Ismail ben Dilnum. De todos ellos tendremos ocasion de hablar mas extensamente en este mismo capítulo. Digamos ahora lo que sucedia en Córdoba.

Destruido el califato, reuniéronse los principales habitantes y resolvieron confiar el poder á Gehwar ben Muhamad, cuya capacidad era universalmente reconocida. En un principio negóse á aceptar la dignidad con que se le brindaba, y cuando por fin cedió á las instancias de la asamblea solo lo hizo diciendo que queria gobernar con la cooperacion de todos, para lo cual estableció una especie de gobierno aristocrático formado por un divan ó consejo cuya presidencia se reservó.

El primer cónsul, segun le llama Dozy, gobernó la república con equidad y prudencia. Cuanto se establecia y mandaba aparecia en nombre del consejo, y al solicitarse un favor de su presidente, contestaba: «No soy yo quien puede concederlo; esto es incumbencia del senado, y yo no puedo hacer mas que ejecutar sus órdenes.» El primer cuidado de Gehwar fué introducir gran economía en los dispendios del gobierno, cuyos gastos habian llegado á un grado sumo en la pasada corte, y con ello se granjeó el afecto del pueblo de Córdoba, y ganó, dice Conde, los ánimos de los mas altos y granados del lugar. Hombre Gehwar de relevantes dotes personales y de ilustres ascendientes, jamás tomó ínfulas de príncipe, y en vez de habitar el palacio del califato, continuó residiendo en su modes-

(1) Historia de los Musulmanes de España hasta la conquista de Andalucía por los Almoravides, t. IV—Leyden, 1861.

(2) Este Zawi, á lo que dice el citado Dozy, elevó á Granada al rango de capital.—Hasta entonces lo habia sido Elvira, pero muy maltratada esta ciudad por la guerra civil, sus habitantes la abandonaron en 1010 y se trasladaron á Granada.

ta casa. De rígida y escrupulosa probidad confió la custodia del tesoro público á los hombres mas respetables de la capital, y aun cuando económico y hasta avaro, segun algunos, hizo de su fortuna particular la mas colosal de Córdoba, empleó muy laudables esfuerzos para restablecer la prosperidad pública. Abolió la delacion y creó cierto número de procuradores asalariados para las acusaciones públicas, y la ciudad de Córdoba en especial fuéle deudora de muchas y acertadas medidas de policía que le hicieron olvidar en parte las catástrofes recientemente sufridas. Expulsó de ella á los médicos empíricos que sin experiencia ni saber ejercian el arte de curar, y estableció un colegio de sabios para examinar á los que pretendiesen ejercer la medicina; dividió con puertas todos los cuarteles de la ciudad á fin de poder perseguir mejor á los malhechores, y confió el órden de la misma á los principales habitantes, cierto número de los cuales entraban de servicio por la mañana, y entregaban á la mañana siguiente las armas y la relacion de lo ocurrido á los que habian de relevarlos. Las acertadas disposiciones que se tomaron para la provision del mercado de Córdoba atraian á él mercaderes de toda España, y esto hizo que bajara considerablemente el precio de los artículos de primera necesidad y que se aumentara la poblacion con muchos y nuevos habitantes, que reconstruyeron algunos de los cuarteles demolidos ó incendiados por los berberiscos cuando el último saqueo de la capital. Esto no obstante, Córdoba no recobró su preponderancia, y el primer papel pertenecia en adelante á Sevilla.

Dominaba en esta ciudad Muhamad ben Ismail llamado Abul Cassim, quien ayudado por los principales jeques de la provincia, habia logrado adquirir gran preeminencia sobre todos los emires de Andalucía, aumentándose mas y mas su poder desde su victoria contra Yahía ben Alí. Por agüeros de sus astrólogos disponíase á hacer la guerra á los walíes de Carmona y Ecija erigidos tambien en soberanos independientes, cuando recibió las cartas que Gehwar dirigia desde Córdoba á todos los walíes de España, haciéndoles saber su elevacion y reclamando su obediencia. ¡Vana tentativa! Lo mismo que casi todos los gobernadores, el de Sevilla hizo como si nada hubiese recibido y continuó sus preparativos para la campaña que meditaba.

Almondhir el Tadjebi, apellidado Almanzor por sus altos hechos, dominaba en Zaragoza y desoyó tambien las excitaciones que en pro de la causa musulmana le dirigiera Gehwar. Sus parientes, que dominaban en Huesca y en Tortosa, erigiéronse tambien en soberanos independientes. En Almería sucedió á Hairan, muerto en 1028, su hermano Zohair, quien fué muerto en una batalla despues de un reinado de diez años. Abdelaziz de Valencia quiso entonces apoderarse de Almería, pero Mugehid de Denia acudió entre tanto á Valencia, y Abdelaziz hubo de volver á su capital dejando en Almería á su cuñado Abul, que siguiendo las ideas del tiempo y obedeciendo á la indisciplina comun, no tardó en declararse independiente. Los Alameríes y Tadjebitas dominaban tambien en Mérida y en casi todo el Portugal.

Este era á grandes rasgos el estado de la España musulmana cuando á consecuencia de la expulsion del último Ommíada sucedió en Córdoba lo que llevamos referido. En este confuso caos de soberanías, en esta complicada y contradictoria relacion de tantos autores es muy difícil al historiador descubrir la ver-

A. de J. C. dad, y mayormente referir tan prolijos sucesos con la brevedad que una historia general exige (1). Hemos presentado, empero, en este somero cuadro lo que creemos mas probable y lo que con nuestro objeto se armoniza, abandonando para los estudios particulares aquellos hechos que, sin dejar de tener su importancia, no tuvieron relacion alguna con los acontecimientos generales de nuestra patria.

Al considerar tan prodigiosamente dividida la España musulmana, pues de sus régulos y pequeñas soberanías solo hemos dicho la menor parte; al ver á los diferentes jefes tan divididos en intereses y en ambiciosas miras, tan distantes de aceptar una supremacía cualquiera, compréndese que no pueden tardar en lanzarse al combate unos contra otros, y que de esta situacion habrán de nacer guerras y alianzas infinitas, incidentes múltiples y nuevos, y un estado social en fin en que las pasiones, la energía y grandeza de los caractéres, el valor de los individuos y de las masas van á desempeñar el principal papel y á desplegarse con toda libertad.

El emir de Sevilla Abul Cassim fué, segun hemos insinuado, quien dió prin-
1034 cipio á la lucha. En 1034 atacó al emir de Carmona, El Bersily, y mantúvolo en una especie de bloqueo cuyos rigores acabaron por ser intolerables. Temeroso de caer en manos de su enemigo, El Bersily pudo fugarse con algunos de los suyos, y fué á implorar el apoyo del emir de Málaga Edris ben Alí, al tiempo que envió á su hijo cerca de Habus, emir de Granada, quienes le facilitaron tropas para atajar los ambiciosos proyectos del Sevillano. No se descuidó Muhamad ben Ismail, y sabiendo el aparato de tropas que contra él se juntaba, envió á su hijo Ismail con numerosa hueste al encuentro de sus enemigos, á quienes venció el príncipe en dos combates antes de que hubiesen podido reunir sus fuerzas. No fué tan feliz en la batalla general que se trabó algunos dias despues: los Sevillanos tornaron brida y con gran desórden abandonaron el campo, pereciendo en la retirada Ismail, hijo de Muhamad. Los soldados de Málaga le cortaron la cabeza y la enviaron á su emir, que andaba enfermizo y estaba entonces en los montes de Yebaster (2).

La gravedad del peligro inspiró entonces al emir de Sevilla un pensamiento que hubiera sido grande y patriótico, á no haber sido inspirado en parte por la ambicion. Para impedir que los Berberiscos, cuyo poder aumentaba sin cesar, aprovechasen su victoria para unirse y reconquistar el terreno perdido, era necesaria la union de los Arabes y de los Slavos bajo un solo jefe, único medio para librar al país de la reproduccion de los males pasados. El emir así lo comprendia, pero al tiempo que deseaba formar una gran liga en la que entrasen los enemigos todos de los Africanos, queria ser su único jefe. Para realizar su proyecto publicó que el califa Hixem II, á quien se creia muerto, habia aparecido en Calatrava, que el desgraciado príncipe habia implorado su socorro, y que él, despues de darle asilo en su alcázar, habia prometido restablecerle en el califato y servirle como á su legítimo soberano. Anuncióse oficialmente esta reaparicion á los jeques y adelantados de las provincias, y algunos que por credulidad

(1) Para mas noticias sobre el particular véanse á Conde, Gayangos y las dos obras citadas de Dozy, en las cuales, si bien muchas veces de un modo contradictorio, se hallarán cuantas pueden desearse.

(2) Conde, P. 3.ª, c. I.

ó política creyeron ó fingieron creer lo dicho por Abul Cassim, le prometieron A. de J. C
obediencia y se declaron en su favor. Para mejor acreditar la fábula rezóse en varios puntos la *chotba* por Hixem, y acuñóse en Sevilla moneda en su nombre. 1036
En vano los mas astutos y políticos despreciaron esta invencion; el pueblo que conservaba gran respeto y cariño al ilustre nombre de los Beni Omeyas, no dejó de admitir y creer durante muchos años en la reaparicion de su califa, y contaba con gran entusiasmo y fe la historia siguiente: Hixem, decia, habia podido evadirse de manos de Suleiman y se habia dirigido á la Meca, provisto de una bolsa llena de dinero y piedras preciosas. Habiéndole esta sido robada por unos negros de la guardia del emir, pasó sin comer dos dias y dos noches, hasta que un alfarero, movido á compasion, le preguntó si sabia preparar la arcilla. Hixem contestó que sí, y el ollero le dijo: «Pues si quieres entrar á mi servicio, te daré un dirhem y un pan cada dia.—De buen grado lo acepto, respondió Hixem, pero por favor dadme en seguida un pan porque he estado dos dias sin comer.» Por espacio de algun tiempo Hixem, aunque trabajador no muy activo, ganó su sustento en casa del ollero, hasta que disgustado al fin de su oficio, se escapó y unió á una caravana que se ponia en marcha para la Palestina. Su estado era de lo mas miserable al llegar á Jerusalen, y un dia que se paseaba por el mercado detúvose delante de una tienda viendo trabajar á un esterero. «¿Por qué me miras con tanta atencion? le preguntó aquel hombre; ¿acaso sabes mi oficio? —No, contestó tristemente Hixem, y lo siento, pues no tengo medio alguno para subsistir.—Pues quédate conmigo, repuso el esterero; irás á buscarme juncos y te pagaré tu trabajo:» Hixem aceptó con alegría la proposicion y poco á poco aprendió á fabricar esteras. Así se pasaron muchos años, y en 1033 regresó á España; despues de permanecer en Málaga llegó á Almería en 1035, pero expulsado poco despues por el príncipe Zohair, fué á establecerse á Calatrava (1).

Y en efecto vivia en aquel tiempo en Calatrava un esterero llamado Khalaf, cuyo país nadie sabia, que tenia con Hixem extraordinaria semejanza, y de él se sirvió Abul Cassim para sus ambiciosos proyectos, debiendo decir que impostura ó no (y en favor de lo primero están unánimes los mas autorizados testimonios), sirvióle maravillosamente aquel suceso en beneficio de sus intereses.

En tanto el ejército de los príncipes aliados de Málaga, Granada y Carmona, acampó delante de Alcalá del Rio en la provincia de Sevilla. Muhamad ben Abdallah el Bersily ocupó de nuevo á Carmona, y junto con sus aliados llevó sus algaras hasta el arrabal de Triana. Ayub ben Ahmer, general sevillano, logró rechazarlos con graves pérdidas, y descontentos los aliados del mal suceso, y culpándose unos á otros de la poca ventura de la guerra, se desunieron y cada uno se tornó á su casa. Ayub creyó poder pagarse á sí mismo sus servicios alzándose con la soberanía de Huelva, así como su hermano Ahmed tenia la de Niebla.

En el año 1039 acaeció la muerte de Edris ben Alí, emir de Málaga, y Ya- 1039
hia ben Edris, conocido bajo el nombre de Hassan, le sucedió en el trono. El Slavo Nadjah que gobernaba en Ceuta, no aprobó empero la eleccion y pasó el Estrecho con ánimo de coronar al jóven Hassan ben Yahia á quien habia educado,

(1) Dozy, *Historia de los Musulmanes de España*, t. IV.

prometiéndose reinar él en Ceuta y en Málaga á la sombra de su discípulo. Apoderado de la capital hizo dar muerte á Yahia, y Hassan, el príncipe que habia traido de Africa, no tardó en sucumbir al veneno que le proporcionó su propia esposa, en venganza de la muerte de Yahia, de quien era hermana. Entonces Nadjah creyó poder prescindir de todo disimulo, y quiso poseer no solo la autoridad sino tambien el título de soberano; dió muerte al hijo de Hassan, que era todavía muy jóven, encarceló á su hermano Edris, y se presentó á los Berberiscos como soberano tratando de hacerlos suyos con deslumbrantes promesas. Aunque profundamente indignados de su increible audacia y de su ambicion sacrílega, dice la crónica, los Berberiscos creyeron deber esperar para castigarle un momento mas favorable, y juraron obedecerle. Nadjah quiso entonces arrebatar Algeciras al Hamudita Muhamad que allí reinaba, pero como en los primeros encuentros con el enemigo conoció no poder contar con sus soldados, dió la órden de retirada, meditando deshacerse, luego de llegar á su capital, de los principales Berberiscos. Sus enemigos empero supieron ó adivinaron su plan, y
1043 al atravesar un desfiladero le dieron muerte (5 de febrero de 1043). Los Berberiscos vieron caer á Nadjah con gritos de júbilo, mientras que los Slavos, temerosos de igual suerte, se dispersaban y tomaban la fuga. Algunos caballeros se adelantaron al ejército y entraron en Málaga gritando: « Albricias! Albricias! el usurpador ha muerto». Asesinaron luego al lugarteniente de Nadjah, y proclamaron califa á Edris, hermano de Hasan. Desde entonces acabó en Málaga la influencia de los Slavos, pero la tranquilidad, por un momento restablecida, no fué de larga duracion (1).

Estos acaecimientos estorbaban, dice la crónica, las intenciones de reunion y de paz que abrigaba Gehwar de Córdoba, que con gran pesar veia encenderse mas y mas el fuego de la guerra civil. Dividida y tiranizada España por tantos reyes de tayfas cuantas eran las divisiones territoriales, era imposible toda medida de justicia y de interés general. Nadie se ocupaba sino en su interés particular, y lo que la astucia no lograba, obteníalo la violencia. Abul Cassim de Sevilla, aun cuando habia visto reconocido á su pretendido Hixem por algunos gobernadores, no pudo tampoco llevar á cabo su pensamiento de union, pues era aquel un reconocimiento puramente nominal, que no impedia á los walíes obrar con absoluta independencia. En semejante estado de cosas resolvió Gehwar someter por medio de la fuerza á sus enemigos mas inmediatos y menos poderosos, y envió tropas para ocupar la comarca de El Sahlah, que tenia como suya propia Hudail ben Racin. No fué afortunado el Cordobés en su empresa: el señor de El Sahlah imploró el auxilio de Ismail ben Dilnum, emir de Toledo, quien tomó su defensa con ahinco. Reunidas sus tropas arrollaron á las de Córdoba, y recobraron todas sus posesiones.

Iguales turbulencias agitaban á los Musulmanes de la España oriental. Una revolucion sangrienta derribó en 1039 á los Tatjebitas de Zaragoza, y les sustiyó los Beni Huditas, siendo el fundador de esta dinastía Suleiman ben Muhamad, walí de Lérida, cerca del cual hemos visto refugiarse al último Ommíada. Al-

(1) Para la relacion de estos sucesos nos hemos servido de la obra de Dozy antes citada, que hemos creido preferible á la de Conde.

mondhir el Tadjebi reinaba en Zaragoza con todas las prerogativas del poder absoluto entre los Arabes; habíale sucedido su hijo Yahia, y aliado este de Ramiro rey de Aragon, á quien habia auxiliado contra su hermano García de Navarra, parecia el árbitro de la España oriental, cuando en la época dicha su primo Abdallah ben Alhakem le dió muerte en su palacio quizás sobornado por el walí de Lérida. Indignado el pueblo expulsó de Zaragoza al asesino, quien hubo de refugiarse en el inexpugnable castillo de Rotah el Yehud, del cual era alcaide, mientras la plebe continuaba en la capital entregándose á toda clase de excesos. Suleiman de Lérida puso fin á ellos, y empuñó las riendas de aquel gobierno, perdido en adelante para los Tatjebitas.

Esta revolucion produjo el mismo efecto en todos los miembros de esta dinastía. El emir de Huesca perdió tambien su gobierno y se refugió cerca de Abdelaziz de Valencia, pereciendo poco despues en una tempestad al dirigirse en peregrinacion á la Meca. Por aquel tiempo sucedió en Almería lo que antes hemos referido entre Abdelaziz de Valencia y Mugehid de Denia. Abul Abbas Man, que fué dejado por Abdelaziz, como gobernador de aquella ciudad, declaróse independiente, y muerto en 1041, le sucedió su hijo Mohamed, llamado Almotacin, príncipe que, aunque no guerrero ni conquistador, ha dejado en la historia muy envidiable renombre. Reinó hasta 1091, y gracias á él los Tadjebitas, pues era nieto del depuesto walí de Huesca, pudieron realzar su estirpe en la España meridional.

En esto Abul Cassim de Sevilla, viendo que sus enemigos se habian desunido, no quiso ya valerse de la fábula del rey Hixem, y divulgó la noticia de su muerte publicando unas cartas en que le declaraba sucesor de su imperio y vengador de sus enemigos. Estas cosas, dice Conde, aunque valian poco entre los poderosos, servian bastante para con el vulgo y con los Alameríes que amaban hasta las fábulas y sombras de la autoridad de los Omeyas, y así fué que toda la parte meridional de España se puso de parte del Sevillano y mantenian con él secretas y públicas inteligencias.

El poderío del emir de Sevilla era entonces igual si no superior al de todos los soberanos nacidos de entre las ruinas del califato; sus alianzas se extendian hasta las islas Baleares, y su hijo Abed era yerno de Mugehid, rey de Denia, de las Baleares y de Castellon de la Plana. En 1041 nació un hijo de esta union, y habiendo formado su horóscopo los astrólogos sevillanos, anunciáronle infortunios y dolores en los últimos años de su vida. Esto causó tanta pesadumbre á su abuelo creyendo ver en ello el término de su dinastía, que consumido por su afliccion, falleció en 24 de enero de 1042, trasladándole la muerte de los alcázares de Sevilla á los del paraiso (1). Sucedióle su hijo Abed, llamado El Motadhid, príncipe hermoso en su persona y de admirable ingenio, pero muy voluptuoso, amigo de mugeres y no menos cruel que su padre y poco observador de los preceptos del Coran. En el alcázar de Sevilla guardaba en una alacena muy preciosa varias tazas guarnecidas de oro y de jacintos, hechas de los cráneos de las principales personas descabezadas por su propia mano ó por la de su padre.

Aunque los sucesos de la guerra que Gehwar de Córdoba hacia contra el

(1) Conde, P. 3.ª, c. II.

A. de J. C. señor de El Sahlah y su aliado Ismail ben Dilnum, rey de Toledo, no eran muy venturosos, los de Córdoba y sus comarcas, dice Conde, se esforzaban cuanto podian en servir á su señor, ofreciéndose gustosos á los peligros de una sangrienta guerra, obligados de su benéfico y sabio gobierno y de su admirable justicia. Porque si la dura necesidad de la guerra les ofrecia justos y honrosos peligros en la frontera, en lo interior estaba todo en suma seguridad y quietud, y como en la mas tranquila paz, habia en todos sus pueblos abundancia y buen órden, de manera que no cesaban de bendecir su nombre y le llamaban padre del pueblo y defensor del estado (1). Por desgracia acaeció su muerte en 6 de
1044. muharram del año 435 (1044).

Celebrados sus funerales, que siguieron con lágrimas todos los vecinos de Córdoba, fué proclamado su hijo Muhamad Abul Walid, varon virtuoso y prudente y digno hijo de tan buen padre, pero de salud quebrantada y enfermiza. Su primer cuidado fué entrar en negociaciones de paz con los soberanos de Toledo y de El Sahlah, pero desechadas sus pacíficas proposiciones, tuvo de continuar la
1045. guerra sin notable resultado. Esto sucedia en el año 436 de la hegira (1045), y en el mismo año murió en su ciudad de Denia el emir Mugehid, señor de Mallorca y de Castellon de la Plana.

Entre tanto Suleiman ben Hud, rey de Zaragoza, mantenia con mucha constancia la guerra que le hacian los cristianos de la parte de Afranc y fronteras
1046. orientales de España. Muerto en el año 438 (1046), sucedióle su hijo Ahmed Abu Giafar llamado Almoctadir, que imitó las virtudes de su padre y fué muy esforzado y venturoso caudillo. En las crónicas cristianas nada hallamos que confirme estas guerras de que nos habla la crónica musulmana.

El emir El Motadhid de Sevilla hizo de nuevo guerra al emir de Carmona y á sus aliados los de Málaga y Granada, siendo ahora auxiliado por Muhamad de Algeciras, á pesar de su parentesco con Edrís II el Malagueño. Apoderado Muhamad de Málaga, fué vencido y hecho prisionero por el pueblo, quien repuso en el trono á su emir Edrís. Este se limitó á desterrar á Larrache á su desleal pariente, y poco despues Muhamad, nunca arrepentido, pagó su generosidad destronándole de nuevo y haciéndole morir en una cárcel.

Por otra parte el de Toledo, que veia sin cesar asoladas sus tierras por las tropas cordobesas, resolvió hacer un poderoso esfuerzo y penetrar á su vez en el territorio de sus enemigos. Para ello escribió á sus alcaides y aliados, ajustó treguas con los cristianos de Galicia y de Castilla, y allegó poderosa hueste á
1048. cuya cabeza invadió los estados del emir de Córdoba, venció á sus generales en diferentes encuentros y apoderóse de muchas fortalezas de la frontera. Muhamad, que conoció no poder resistir solo á tan poderoso adversario, buscó tambien la alianza de sus vecinos y escribió á Abed de Sevilla y á Muhamad ben Afthas, emir del Algarbe. Los dos acogieron favorablemente sus proposiciones de alianza y celebróse entre ellos pacto de amistad en la luna de rebie primera del año 443
1051. (1051), para ayuda y recíproca defensa de sus estados contra los enemigos exteriores que quisieren oprimir la libertad de los pueblos y soberanos de Andalucía, pero sin mezclarse en cosa alguna del gobierno interior de los mismos.

(1) Conde, P. 3.ª, c. III.

Este tratado de paz fué maduramente discutido en una asamblea reunida en Sevilla á la que asistieron los gobernadores de muchos pequeños estados, pretendiendo todos ser reconocidos como independientes, á cuya pretension se opuso el emir de Sevilla, que los consideraba como vasallos suyos. Ni el de Córdoba ni el del Algarbe quedaron muy satisfechos de los términos del convenio por redundar todo él en beneficio del Sevillano, pero disimularon por entonces por la necesidad que de su ayuda tenian. A. de J. C.

Conforme á lo tratado, el emir de Sevilla envió un cuerpo de quinientos caballeros, mandados por Aben Omar de Ocsonaba, en auxilio del de Córdoba contra sus enemigos de Toledo, y lo mismo verificó el emir de Badajoz. Los señores de Huelva, de Niebla y Santa María de los Algarbes ofreciéronse, sin solicitar de nadie permiso, á marchar tambien en auxilio del emir de Córdoba, y de ello se aprovechó El Motadhid para apoderarse de las tierras de aquellos aspirantes ó soberanos. Expulsado de Niebla Abu Zaid Abdelaziz refugióse en Córdoba, donde fué muy bien recibido, y su principado fué dado en feudo por el de Sevilla á su hijo el general de caballería Abdallah ben Abdelaziz, no porque su padre lo hubiese poseido, sino como recompensa de sus buenos servicios. El príncipe de Huelva experimentó igual suerte y perdió sus estados; el de Carmona, Muhamad el Bersily, hubo igualmente de emprender otra vez la fuga ante las vencedoras tropas de Sevilla y refugiarse en Ecija, única ciudad que de su pequeña soberanía le quedaba, desde donde imploró el auxilio de su constante aliado el emir edrisita de Málaga.

Ambos marcharon contra las fuerzas de Sevilla, las cuales, evitando una batalla general, solo se presentaron para escaramuzas en que se peleaba con varia fortuna, y sin que pudieran recobrar á Carmona, objeto de la expedicion, Edrís se volvió á Málaga y Muhamad á Ecija.

Así iba extendiendo Aben el Motadhid el predominio de sus armas por las regiones meridionales, y apenas hubo Edrís descansado de su expedicion en auxilio del de Carmona, cuando le fué forzoso salir en ayuda de su amigo y aliado Habus de Granada, quien le comunicó las tramas que contra ellos suscitaba Aben el Sevillano y fomentaban casi todos sus parientes. Pronto, empero, hubo de volver á sus estados invadidos por el señor de Algeciras con un ejército compuesto en su mayor parte de negros africanos; venciólos, se apoderó de Algeciras, y desterró á Africa á su enemigo Muhamad.

En el año 452 (1060) falleció Abdelaziz Almanzor, emir de Valencia, y sucedióle su hijo Abdelmelek Almudafar, yerno de El Mamun de Toledo, y aunque mal de su grado hubo de enviar sus gentes á la guerra de Andalucía que continuaba encendida como nunca. 1060

El Toledano El Mamun, sucesor de Dilmun, que habia entrado en territorio de Córdoba con poderoso ejército, tomó ciudades y fortalezas, venció en repetidos encuentros á las tropas del emir de Córdoba á pesar de los refuerzos que recibieron de sus aliados de Sevilla y Badajoz, y en una sangrienta batalla que duró todo un dia, empeñada en las márgenes del rio Algodor, así llamado por los ardides y estratagemas que desplegaron los generales de ambos partidos, derrotó completamente al ejército de la liga y lo persiguió hasta las inmediaciones de Córdoba. La nueva de esta catástrofe difundió la consternacion en la capital y

puso en cuidado, dice la crónica, al distraido príncipe Abdelmelek, que en vez de estar al frente de las tropas de su padre, se holgaba con gran descuido en los alcázares de Medina Zahara y jugaba al gerid y á las cañas con los jóvenes de Córdoba, que no pensaban sino en juegos y deleites. Todo mudó de faz, añade Conde; las cañas se volvieron lanzas, las azadas y hoces se convirtieron en espadas, y Abdelmelek corrió á Sevilla á implorar mayor socorro de aquel emir aliado. El Sevillano, jóven aun como el príncipe de Córdoba, pero artificioso y astuto, entretúvole en obsequios y ofrecimientos, y le despidió con grandes promesas y el escaso auxilio de doscientos ginetes. De regreso Abdelmelek á las cercanías de Córdoba, halló á la ciudad cercada por las victoriosas tropas de Toledo, y esto le obligó á detenerse en Medina Zahara, esperando los refuerzos de Sevilla, que sin embargo tardaban mas de lo que hubiera deseado. En tanto encontrábase la ciudad en graves apuros, sin provisiones, sin gente, enfermo el emir; Abdelmelek y el auxilio de los Sevillanos eran las únicas esperanzas de los Cordobeses, y en tan apurado trance lograron algunos mensageros atravesar el campo sitiador para llevar al Sevillano de parte del consejo de Córdoba la expresion de sus afanes. Así instado, no quiso El Motadhid perder la ocasion que se le ofrecia, y envió á Córdoba á su hijo Muhamad, y al caudillo Aben Omar ó Ammar con poderoso ejército y secretas instrucciones. La hueste llegó delante de la ciudad sitiada y acampó á la vista de los enemigos, en tanto que los mas valientes de ambos bandos trababan combates parciales con tan ardiente porfía que se hubiera hecho general la pelea á no estorbarlo la venida de la noche. Al dia siguiente salieron todos de sus tiendas, y empeñada la accion, los de Valencia emprendieron la fuga y los Toledanos los imitaron en breve. A favor del desórden y mientras los Cordobeses secundando á sus aliados incendiaban el campamento enemigo, Aben Omar entró con sus fuerzas en la ciudad, ocupó las puertas y fortalezas, apoderóse del alcázar, y puso guardia en la estancia que ocupaba el moribundo emir que, no pudiendo resistir á aquel golpe, falleció á los pocos dias. En esto volvió el príncipe Abdelmelek que habia salido al alcance de los Toledanos, y llegado á las puertas de la ciudad, que encontró cerradas, vióse rodeado por la caballería de Sevilla que intimó á él y los suyos la órden de rendirse. Sin tomar consejo sino de su desesperacion y valor, el príncipe, que conoció la perfidia de sus aliados, arrójose contra ellos á pesar de su crecido número sin otro ánimo que morir matando; herido al fin de muchas lanzadas, cayó de su caballo, fué hecho prisionero y llevado á una torre donde murió de pesar mas que de sus heridas. Cuéntase que exhaló el último suspiro lamentando la traicion de Abed su falso amigo, pidiendo al Dios de las venganzas que diese igual fortuna al hijo del desleal, y maldiciendo sobre todo la veleidad del pueblo, cuyas aclamaciones de alegría festejando al Sevillano, llegaban hasta él entre las angustias de su muerte.

Las mercedes que hizo El Motadhid á los principales jeques de Córdoba, las fiestas y espectáculos de fieras con que entretuvo al pueblo, no acostumbrado á estas diversiones (1), facilitáronle sumisa obediencia é hicieron olvidar la me-

(1) Observa el historiador Romey ser esta la primera vez que se mencionan en las memorias arábigas los combates de fieras. Para vergüenza de la sociedad española han subsistido hasta nuestros dias, á pesar de las voces generosas que se han levantado y se levantan cada dia contra esta bárbara y pagana costumbre.

moria del pacífico y benéfico Ben Gehwar y de su sabio gobierno. Acaeció esta revolucion en el año 452 (1060) en el décimo octavo del reinado de Muhamad ben Gehwar. Con él se extinguió la dinastía de los Gehwaritas y tambien la independencia y grandeza de la insigne ciudad de Córdoba, que por espacio de tres siglos habia sido la metrópoli del islamismo en España, «la madre de los sabios, la antorcha de la fe, la lumbrera de Andalucía,» cayendo desde aquel momento al rango de las ciudades secundarias. A. de J. C.

No podia olvidar el emir de Valencia la afrenta que experimentaron sus banderas delante de Córdoba, y allegando nuevas tropas, disponíase á vengarla junto con su suegro el poderoso emir de Toledo. Sin embargo, variando de pronto de consejo, y conociendo que no le convenia tener por enemigo á un soberano como el de Sevilla aliado con los señores de Castellon, Murviedro, Játiva, Almería y Denia, contestó con pretextos y excusas á su suegro cuando este le instó para que se pusiera en marcha. Semejante proceder irritó vivamente al Toledano, quien, sin comunicar con nadie su resolucion, dirigióse á Valencia con su caballería; entró en la ciudad sin que nadie le esperase, ocupó los muros y las fortalezas, y desterró á su yerno al gobierno de Jelba. Este hecho inesperado tuvo 1065.
lugar en 9 de dilhagia del año 457 (10 de noviembre de 1065). El de Toledo puso por walí de Valencia, dependiente de su autoridad, á Abdelaziz ben Lebun, jeque que gozaba de toda su confianza. Hecho esto regresó á su capital llevando consigo á la principal nobleza de Valencia, cuyo auxilio le era necesario para sostener dignamente la guerra de Andalucía (1).

Entre tanto Abed el Motadhid gozaba de la prosperidad de sus venturosos sucesos: dueño de Sevilla, Carmona y Córdoba, de lo mejor de los Algarbes, de Niebla, Huelva, Ocsonoba y Jilves, su ambicion no estaba satisfecha todavía. Dispuso sus tropas para hacer frente al emir de Toledo, y envió á su hijo El Motamid al país de Ronda para hacer la guerra á los de Granada y Málaga, auxiliares del de Ecija. Con ocasion de esta jornada armó á su hijo caballero y le dió escudo de color azul celeste orlado de estrellas de oro y en medio de él una media luna, tambien de oro, con alusion á las mudanzas y vicisitudes de la fortuna de las armas. Por aquel tiempo llegó á España la fama de los Almoravides y de sus conquistas en Africa, nueva que puso en gran temor á los Edrisitas de Málaga por sus tierras en la otra parte del Estrecho, y al emir de Sevilla por sospechar que aquella gente seria la que amenazaba á sus hijos en su horóscopo. Mientras el rey de Sevilla, dice la crónica, continuaba acrecentando su estado, destruyendo á los príncipes de Málaga y Granada y á todos sus vecinos sin ninguna ventaja para los Muslimes ni para la defensa de su ley, Aben Húd rey de Zaragoza, imitando las virtudes de sus mayores, se ocupaba sin cesar en la santa guerra, y en el año 460
(1067) venció y derrotó con horrible matanza á los cristianos, recobró de ellos la 1067.
ciudad de Barbaster, y para mayor gloria suya y general consuelo de los Muslimes, mató en la batalla al rey Radmir de los cristianos (2).

---

(1) Así lo refiere Conde (P. 3.ª, c. V); Dozy en sus *Investigaciones* hace de estos sucesos un relato del todo distinto. En la imposibilidad de poner de acuerdo á los diferentes autores, y de insertar sus varios relatos, nos limitamos á adoptar el que creemos mas probable, observando en los hechos principales la discrepancia que con él están otros autores de nota.

(2) Conde, P. 3.ª, c. V.

A. de J. C. Nuevas revoluciones estallaron en Málaga, y el anciano emir Edris ben Yahia fué depuesto sin dificultad ni contradiccion alzándose con el mando su primo Muhamad ben Alcasim, gobernador de Algeciras. Edris murió encerrado en una torre, y el nuevo emir continuó la guerra contra los Beni Abed de Sevilla. Así mismo falleció en este tiempo Habus el de Granada, y sucedióle su hijo Badis, quien, valiente y esforzado como su padre, estuvo siempre en guerra con los emires de Sevilla, reprimió las tentativas de independencia de muchos alcaides de sus dominios y supo mantener la integridad de su territorio y de su poderío. Luego despues de su elevacion, declaró por su sucesor á su hijo Habus, y asoció en el gobierno á su sobrino Abdallah, jóven de excelentes cualidades, en el cual se cifraban muy lisonjeras esperanzas.

Tambien llególe su hora al ambicioso Abed el Motadhid de Sevilla, y mu-
1069. rió el dia 2 de la luna de jiumada postrera del año 461 (2 de abril de 1069), á la edad de cincuenta y siete años, de los cuales habia reinado veinte y ocho. El sentimiento que le causó la pérdida de una hija suya muy querida, llamada Tairah, de florida juventud y singular hermosura, le llevó al sepulcro, segun unánime opinion de todos los autores musulmanes, pues aquel hombre codicioso, astuto, lujurioso y cruel, amaba á los suyos con amor entrañable. Así murió el emir mas poderoso de España en aquel tiempo, el cual, segun la crónica de Conde, era magnífico, tímido, supersticioso y voluptuoso hasta el punto de tener en su harem ochocientas mugeres. Entre ellas, empero, concedia notable preeminencia á su principal esposa, hija de Mugehid, el conquistador de las Baleares, y de ella habíanle nacido su hija Tairah y el hijo que le sucedió en el reino. Uno de los mas eficaces encargos que á este hizo fué guardarse de los Almoravides, para lo cual habia de conservar con gran cuidado las llaves de España, Gebal Tarik y Algeciras, y sobre todo procurar reunir en su mano el dividido imperio de la Península que le pertenecia como señor de Córdoba.

Muhamad, su hijo y sucesor, contaba entonces veinte y nueve años, y fué proclamado con el título entre otros de El Motamid Billah (el fortalecido ante Dios). Esforzado, liberal, magnífico y humano en la victoria, protector, como su amigo el emir de Almería, de cuantos cultivaban el campo de las letras, el nuevo emir poseia todas las cualidades de su abuelo y de su padre, excepto la crueldad del último. Mal musulman como este, era poco observador de las prácticas del Coran, y tenia en alto grado la insaciable ambicion y la astuta política de sus antepasados. Los cristianos y judíos de sus estados formaban su sociedad habitual, y á su tiempo veremos las relaciones que tuvo con los de Leon y Castilla por medio de su hija Zaida. Entre los reyes musulmanes mas distinguidos de la época, y dignos émulos de los Beni Abed de Sevilla, aunque de un poder mucho mas reducido, ha de mencionarse á los señores de Santa María de Oriente (Albarracin), y de El Salah, pequeño territorio entre la Mancha, Córdoba y Calatrava, conocidos con el nombre de Beni Razyn.

Allí reinaba entonces, segun puede colegirse entre la oscuridad que envuelve este complicado período, Abdelmelek Abu Meruan, sobrino de Hadzail, el que negara la obediencia á Gehwar al ser elevado este al trono cordobés. Abdelmelek, príncipe cabal y ornamento de su dinastía, célebre poeta y experimentado guerrero, construyó muchas fortalezas, embelleció sus ciudades con nuevos edi-

ficios, y acumuló considerables riquezas. Como sus antecesores, mantúvose fiel á la alianza de Toledo, y luego que esta ciudad hubo caido en poder de Alfonso, guerreó en Aragon contra los cristianos en auxilio de Amed ben Hud sitiado en Huesca, y allí fué derrotado junto con los señores de Játiva y Denia en la batalla de Alcoraz, donde los Arabes aragoneses hacen morir á los cuatro reyes moros cuyas cabezas figuran en el antiguo escudo de Aragon.

Pero no anticipemos los acaecimientos y digamos algo de las guerras que por aquel entonces sostuvo el de Toledo contra el de Sevilla, guerras complexas en que se revelan vivamente el genio y carácter de los Arabes andaluces en aquellos tiempos de anarquía.

Al saber la muerte de Abed de Sevilla, quiso El Mamun de Toledo probar fortuna contra su hijo Muhamad, y con las tropas de Valencia y Albarracin, y algunos refuerzos de Galicia y Castilla entró en el país de Murcia y de Tadmir, cuyos valíes se habian aliado con el emir de Sevilla. Muhamad el Motamid estaba entonces ocupado en la guerra de Granada y Málaga, pero esto no obstante envió en auxilio de sus aliados á su general y favorito el astuto Aben Ammar. Este llegó á Murcia, y despues de animar con sus promesas á los principales jeques de la ciudad, pasó á Barcelona para entablar negociaciones con Ben Raymond (así llaman los Arabes al conde de Barcelona). Este le acogió favorablemente, segun la crónica musulmana, y mediante los pactos entre ellos celebrados consintió en prestarle auxilio contra los Toledanos. La armonía entre Catalanes y Arabes no fué de larga duracion, y el conde ó sus generales, al considerar las escasas fuerzas de Ammar que no podian luchar con las de Toledo, que tenian la ventaja del número y de la posicion, se retiró con los suyos antes de empeñarse la batalla en las cercanías de Murcia, que perdieron los de Sevilla dejando el campo cubierto de cadáveres (1). Al acaecer la derrota de sus tropas, Muhamad les llevaba de Jaen numerosos refuerzos, pero detenido por las aguas del Segura, no pudo llegar á tiempo de impedirlo. Solo le fué dable reunir á los dispersos, y volver con sus tropas á Jaen, pues la derrota sufrida por sus compañeros las habia de tal modo desmoralizado que era imposible llevarlas al combate (2).

Contento El Mamun del venturoso suceso de la batalla, apoderóse de la ciudad de Murcía que quedó bajo su fe y amparo, y tornó á Toledo donde remuneró con liberalidad régia á los caudillos así muslimes como cristianos que le habian auxiliado en su empresa, mientras que Aben Ammar llevaba á Barcelona un rico presente de treinta mil doblas de oro para rescatar al príncipe Rachid de Sevilla, que habia quedado en rehenes cerca del conde cuando se separó de los Sevillanos por no haberle cumplido lo que le prometieran.

No estuvo mucho tiempo en inaccion el esforzado El Mamun de Toledo: favorecido de la fortuna y excitado de su propia ambicion, dispuso entrar con poderosa hueste en tierra de Córdoba sin dar lugar á que El Motamid se recobrase

---

(1) Conde, P. 3.ª, c. VI.

(2) Dozy dice haber ocurrido estos hechos mucho despues de la muerte de Abed, en 1078, y por consiguiente sienta que el conde de Barcelona cuyo auxilio imploró el caudillo sevillano fué Ramon Berenger II *Cap de Estopa*.

A. de J. C. de las pasadas pérdidas de Murcia. Congregó, pues, sus alcaides y jeques; su aliado el rey de Galicia le auxilió con escogida caballería cubierta de hierro, y como una terrible tempestad de truenos y relámpagos, dice la crónica, penetró su ejército en territorio de Córdoba, desbandando y destruyendo las poblaciones.
1075. Merced á sus inteligencias en la capital, pudo introducir en ella sus tropas durante una oscura noche de enero de 1075, y el príncipe Abbad, otro de los hijos de El Motamid, que mandaba allí en nombre de su padre, fué de los primeros en caer cubierto de heridas en la desesperada pelea que se trabó en los patios del alcázar. Su cabeza paseada por las calles en la punta de una pica, hizo que arrojaran las armas los soldados de la guarnicion apelando á una precipitada fuga, y los Cordobeses, aunque adictos en su mayor parte al Sevillano, apresuráronse por miedo á prestar juramento de fidelidad á El Mamun. Aquel mismo año, despues de seis meses de permanencia en Córdoba, este murió envenenado (1), declarando antes por su sucesor á su hijo Hixem Alcadir Billah, confiando su tutela, pues era muy jóven todavía, á Hariz ben Hakem, á otros walíes de su confianza y al rey de Galicia, su amigo.

Traladémonos ahora á la corte de Sevilla y figurémonos el dolor de El Motamid al recibir la noticia doblemente fatal de la pérdida de Córdoba y de la muerte de su hijo. Por espacio de tres años los esfuerzos que hizo para recobrar la una y vengar la otra, quedaron inútiles, hasta que tomó á Córdoba por asal-
1078. to el mártes 4 de setiembre de 1078. En la toma de la ciudad murió peleando Ben Ocacha, aquel que habia facilitado á los Toledanos la entrada en la ciudad y habia descargado al príncipe gobernador el golpe mortal. La conquista de Córdoba fué seguida de la de todo el país toledano que se extiende entre el Guadalquivir y el Guadiana.

No contento con haber salvado el reino de Sevilla, Aben Ammar, quiso extender tambien sus límites, y siendo el reino de Murcia lo que mas tentaba su ambicion, reunió un cuerpo de tropas escogidas, y con ellas se apoderó de Alicante y Cartagena, de Lorca y Orihuela, y poco despues de la misma ciudad de Murcia, ayudado por una insurreccion popular. Aben Ammar quedó encargado del gobierno de la nueva conquista, y político hábil y astuto procuró desde allí
1079. granjearse amigos y suscitar adversarios á la causa de su rival. Visitó al rey de Galicia para apartarle de la amistad del de Toledo, vió otra vez á su antiguo amigo el conde de Barcelona, y pidióle auxilio en caso de que los Toledanos quisieran continuar la guerra; de paso visitó á su amigo el walí de Lérida El Motemin Ben Hud, hijo de Almoctadir, rey de Zaragoza, y de todas estas mensagerías, dice la crónica, salió muy bien, pues sabia enlabiar á todos los príncipes que trataba con su política, su elocuencia y sus elegantes poesías (2). Sin embargo, entonces fué cuando entre él y su soberano empezó á formarse la tormenta que habia de arrastrar al favorito á muy deplorable fin. En tanto El Motamid hacia cruda guerra á Muhamad de Málaga, y despues de ocupar muchas ciudades de su dependencia rompióle y desbaratóle delante de Baza. El rey Muhamad quiso entonces pasar á Africa para traer tropas de aquellos estados, pero murió en Má-

(1) Dozy, Hist. de los Musulmanes de España, t. IV.
(2) Conde, P. 3.ª, c. VII.

laga dejando ocho hijos varones, el mayor de los cuales, Cassim Almustalí, le sucedió en el reino que fué perdiendo en pocos años. El Sevillano no le dió un momento de reposo y perdidas las ciudades de Málaga y Algeciras hubo de pasar con su familia á la península africana. A. de J. C.

Aquel mismo año hubo en España un espantoso terremoto que destruyó gran número de edificios y causó la muerte de infinitas personas.

Las crónicas arábigas hacen mencion en el año 472 (1080) de una subleva- 1080.
cion del pueblo de Toledo contra su emir Alcadir ben Mamun, quien pudo evadirse con gran pena y refugiarse en las ásperas fronteras del reino de Valencia (1). Las crónicas no expresan la causa de este movimiento, si bien parece haber sido el encono que sentian los Muslimes por la tutela que sobre su emir ejercia el rey cristiano de Galicia. El pueblo aclamó en lugar de Hixem á su hermano Yahia, animado de una política y de principios distintos, y esto hizo que tuviera por natural enemigo al rey de los cristianos, tutor de su hermano despojado. Entonces fué cuando el monarca de Leon dió principio contra el reino de Toledo á los ataques y agresiones periódicas que terminaron cinco años despues con la gloriosa conquista de la antigua capital visigoda.

---

(2) Conde, P. 3.ª c. VII

CAPÍTULO XX.

Reinado de Fernando I apellidado el Grande.—Situacion y principales divisiones territoriales de la España cristiana en la época de su advenimiento.—Reinos de Navarra, de Aragon y de Castilla. —Condado de Barcelona.—Principales señoríos de Cataluña —Concilio de Coyanza.—Confirmacion de los fueros de Castilla y de Leon.—Guerra entre Fernando y su hermano García de Navarra.—Batalla de Atapuerca y muerte de García.—Su hijo Sancho ciñe la corona de Navarra. —Guerras de Fernando contra los Sarracenos.—Campaña de Fernando en Portugal.—Toma de Cea, Viseo, Lamego y Coimbra.—Gobierno de Ramon Berenguer I el Viejo en Barcelona.—Consagracion de la nueva catedral de Barcelona.—Empresas de los soberanos catalanes y aragoneses contra el rey moro de Zaragoza.—Roberto Guiscardo.—Campaña de Fernando de Castilla contra Sevilla.—Testamento de Fernando.—Divide el reino entre sus cinco hijos.—Campaña contra Valencia.—Toma de Barbastro por los Normandos.—Muerte de Fernando I.

Desde el año 1037 hasta el 1065.

Luego que Fernando primero de este nombre hubo ganado la batalla en que murió Bermudo (8 de junio de 1037) llevó sin pérdida de momento su ejército victorioso delante de Leon, cuyos habitantes, segun hemos dicho, vacilaron durante algunos dias en abrirle las puertas de su ciudad; sin embargo, excepto un corto número que por fidelidad ó temor prefirieron refugiarse entre los Musulmanes á reconocer á un rey por cuya causa acababa de morir su soberano legítimo, último príncipe de la raza de Alfonso el Católico, reflexionaron la mayor parte que Fernando poseia de derecho la corona por su esposa Sancha, hija y heredera de Alfonso V (1), y resolvieron reconocerle por rey y allanarse al afortunado competidor de Bermudo, el cual entró en Leon con banderas desplegadas y entre las aclamaciones del ejército. Ungido y consagrado, como ya hemos dicho, en la iglesia de Santa María en 22 de junio de 1037, Fernando tomó desde entonces el título de rey de Leon, dos años y cuatro meses despues de su elevacion al trono de Castilla, quedando con esto el mas poderoso de los reyes cristianos de España. El primer cuidado del monarca fué conquistar los corazones de sus nuevos súbditos, y no contento con confirmar los *buenos fueros* que les habia otorgado Alfonso V, añadió á ellos otras leyes con igual espíritu y conforme á las costumbres de la época. Aunque navarro y rey de Castilla, estableció su capital en Leon, y antepuso en muchos diplomas el título de rey de Leon al de Castilla, si bien posterior aquel á este respecto de su persona, y le conviniese mas el segundo puesto que lo tenia por herencia de su padre y no por su espo-

(1) Asi lo dicen las crónicas de la época, y estas palabras nos manifiestan ser ya el principio hereditario universalmente reconocido en la transmision de la corona.

sa, cosas todas que no dejaron de halagar á los Leoneses y de contribuir en gran parte á que abandonaran sus antiguas prevenciones.

Esto no obstante, algunos poderosos magnates, llevados de su natural espíritu de insurreccion, ó de su odio contra un rey á quien consideraban extranjero, causáronle al principio de su reinado vivísimas inquietudes. El conde Lain Fernandez fué otro de los rebeldes, y entre los bienes que le fueron confiscados hallábase el monasterio de San Juan de Leon, que dió el rey á su hija doña Urraca.

Para comprender bien la historia de este glorioso reinado conveniente es que dirijamos una mirada general á la situacion de la Península en la época que nos ocupa. En Leon, como acabamos de ver, reinaba Fernando, hijo de Sancho el Mayor de Navarra; García, hermano primogénito de Fernando, poseia Navarra y Cantabria; Ramiro, hermano de Fernando y García, Aragon, y otro hermano mas jóven llamado Gonzalo, cuya existencia es sin embargo algo problemática, el reino de Sobrarve y de Ribagorza, que pasó en breve por un cúmulo de circunstancias cuya autenticidad tampoco es cierta, á manos del rey Ramiro de Aragon. Los tres hermanos llevaban todos el título de rey por voluntad de su padre. En Barcelona, Ramon Berenguer I llamado el Viejo se distinguia por la energía de su carácter, por su acertado gobierno y por su valor militar. De él tendremos ocasion de hablar mas adelante.

Al mismo tiempo Cataluña estaba dividida en gran número de principados ó condados que á título de vasallage dependian todos del conde de Barcelona. Ramon, casado con Adala, era ya conde de Cerdaña en tiempo de Alfonso V y Bermudo III y conservó esta soberanía bajo el reinado de Fernando y aun tres años despues hasta 1068. En el condado de Besalú, Guillermo el Gordo gobernó hasta 1052, segun el historiador anónimo de Ripoll, en cuyo monasterio fué sepultado, pero de un documento de la época despréndese que hubo de vivir hasta 1055. Su hijo y sucesor Bernardo, bueno y caritativo, casado con Ermeniarda, muger igualmente muy piadosa, vivió hasta 1011 y fué sepultado en Ripoll. Como no tuvo hijos, nombró para sucederle en sus estados al conde de Barcelona. Los condados de Ampurias y de Perelada en los años 1030, 1035 y siguientes estaban en poder de Hugo I, quien, aunque casado con Guisla, de la cual tuvo un hijo llamado Pons, parece haber muerto sin sucesion, en cuanto durante los años de 1044 á 1054 vemos poseido el condado de Ampurias por otro Pons hijo de Gocefredo I, conde de Rosellon. El sucesor de Pons en ambos condados fué Hugo II, sin duda su hijo, y parece haber gobernado doce años desde 1079 hasta 1091. El primer conde de Rosellon cuyo nombre ha llegado hasta nosotros llamábase Goceberto, y en 1030 le sucedió su hijo Gocefredo, á quien acabamos de nombrar; á este sucedió su hijo Gocefredo II, casado con Azalaida, excelente príncipe que gobernó veinte y cinco años á lo menos, desde 1044 hasta 1069, y que fundó la nueva catedral de Elna, con la forma y las dimensiones del templo de Jerusalen. El condado de Pallars parece haber sido desmembrado del de Urgel en el año 1010 en que murió Armengol I. El conde de este territorio, llamado en un antiguo diploma del año 1030 Ramon hijo de Armengol, era probablemente hijo de aquel. A él sucedió en 1056 su hijo Ramon II, quien vivia aun en 1079. De Valencia su esposa, hija de Arnaldo de Miron y de doña Ar-

A. de J. C. senda, tuvo dos hijos, Pedro, que le sucedió en el condado, y otro llamado Arnaldo como su abuelo. Muerto Ramon II, parece que el condado de Pallars fué dividido en dos señoríos, uno de los cuales tocó á Pedro, heredero del conde difunto, y el otro á la familia de Arnaldo de Miron, quien en 1078 conquistó de los Moros la ciudad de Ager y otras muchas villas y fortalezas. Pedro era todavía conde de Pallars en 1100, al propio tiempo que Artal, hijo y heredero de Arnaldo de Miron. Los condados de Ausona, Manresa y Gerona pertenecian á los condes de Barcelona ó á señores que recibian de ellos la investidura. Desde 1035 hasta 1056 vemos el último en poder de Ermesindis, la turbulenta y ambiciosa madre de Berenguer Ramon I y abuela de Ramon Berenguer el Viejo, en cuya fecha vendió á su nieto y á su esposa doña Almodis los derechos que al mismo tenia. El señorio de Cardona pertenecia en 1040 á Heribaldo, obispo de Urgel, y el de Berga en 1050 al conde Bernardo que habia auxiliado á Ramon Berenguer I en sus guerras contra Ramon, conde de Cerdaña. Pero entre todos los condes subalternos de Cataluña fueron los mas célebres los Armengoles de Urgel. A Armengol I el Cordobés sucedió su hijo Armengol II, llamado el Peregrino, por haber muerto en 1038 en peregrinacion á Jerusalen. Obtuvo por su muerte el condado su hijo Armengol III el de Barbastro, esforzado guerrero que auxilió al conde Ramon Berenguer I en todas sus compañas así contra cristianos como contra moros, á quienes hizo tambien la guerra por su propia cuenta y venció en diferentes encuentros hasta obligarlos á pagarle tributo y prestarle homenage. Su valor le hizo hallar la muerte bajo los muros de Barbastro, plaza que tenia sitiada. Un ejército musulman acudió en auxilio de ella, y el conde, que le atacó con sus tropas ya fatigadas, perdió gloriosamente la batalla y la vida en el año 1065 á la edad de treinta y tres años. Las crónicas cristianas nos dicen que el emir vencedor recogió como un precioso tesoro la cabeza del conde, que la hizo embalsamar y encerrar en una caja de oro, y que la llevaba en todas sus expediciones entre sus bagages como trofeo y glorioso testimonio de su valor y esfuerzo. Finalmente el imperio musulman, segun hemos visto en el capítulo anterior, hallábase dividido en casi tantos reinos como eran las grandes ciudades, y en cuanto lo permite la naturaleza de nuestro trabajo y la contradiccion de los documentos, hemos procurado dar su historia ó á lo menos una noticia tan completa como nos ha sido posible y hemos creido necesario.

Estas eran las principales divisiones de la Península al ceñir la corona leonesa Fernando, hijo de Sancho, y durante su reinado. Expliquemos ahora este y veamos los acaecimientos que durante el mismo se verificaron.

Desde el año 1037 hasta el 1054, Fernando empleó, á lo que parece, toda su actividad en pacificar y organizar sus antiguos y nuevos estados, en restaurar las venerandas leyes góticas, la disciplina eclesiástica, el órden y las buenas costumbres. La historia no nos ha conservado las particulares medidas que adoptó para conseguir estos saludables objetos, pero hallámoslas como compendiadas en el concilio que se reunió en el año 1050 en la villa de Coyanza (Valencia de
1050 Don Juan) siendo papa Leon IX, *ad restaurationem nostræ christianitatis*. Asamblea político-religiosa como las antiguas de Toledo, asistieron á ella los obispos de Oviedo, de Leon, de Astorga, de Palencia, de Huesca (esta ciudad estaba aun en poder de los Arabes), de Calahorra (que se hallaba en el mismo caso), de

Pamplona, de Lugo y de Compostela, y muchos abades y magnates. Ordenáronse trece cánones, relativos unos á materias eclesiásticas y otros al órden político y civil; como todos son por algun título interesantes, creemos muy útil insertarlos á continuacion.

I. Se manda á todos los obispos y á sus clérigos residir en sus diócesis respectivas.

II. Los abades y abadesas de los diferentes monasterios observarán la regla de San Benito y estarán sujetos en todo á su obispo. No podrán recibir á monges ó religiosas de otros monasterios sin permiso de su abad ó abadesa.

III. Los eclesiásticos no reconocerán otra jurisdiccion que la de su obispo, y lego ninguno tendrá autoridad sobre ellos ni sobre las iglesias. Estas habrán de estar bien servidas y tener el personal, los libros y los ornamentos necesarios, sin sacrificar en cálices de madera ó de tierra. Los hábitos del presbítero para el santo sacrificio serán: la sotana, el alba, el cíngulo, la estola, la casulla y el manípulo; los del diácono, los mismos y además la dalmática (especie de capa cuyo nombre indica su orígen, y que usaban tambien los guardias slavos de los califas de Córdoba). El altar deberá ser todo de piedra y consagrado por el obispo; la hostia amasada de buen trigo y entera, el vino puro y el agua clara; el altar habrá de estar adornado con decencia y cubierto con un mantel de lino. Los presbíteros y diáconos que sirvan las iglesias no podrán usar armas y llevarán siempre la corona abierta y la barba afeitada. No podrán tener en su casa á ninguna muger á no ser su madre, su hermana, su tia ó su madrastra. Su vestido será de un solo color y decente.

IV. Los arcedianos y presbíteros llamarán y exhortarán á la penitencia, conforme á los sagrados cánones, á los adúlteros, incestuosos, ladrones, homicidas y malhechores y á aquellos que se manchan con el contacto de los animales. Si se niegan á hacer penitencia sean anatematizados y separados de la comunion de los fieles.

V. Prohíbese á los arcedianos presentar para recibir las órdenes á aquellos que no sepan perfectamente los himnos, los cánticos, las epístolas, las oraciones y los evangelios. Los clérigos no asistirán á las bodas para comer, sino únicamente para echar su bendicion. Los clérigos y legos invitados á los banquetes mortuorios harán alguna buena obra para el descanso del alma del difunto, é invitarán á los pobres y desvalidos á participar de su comida.

VI. Excitamos á todos los cristianos á asistir á las vísperas los sábados por la tarde, á acudir á la iglesia en la mañana del domingo, á la misa y á las horas canónicas y á abstenerse de toda obra servil. No emprendan viaje los dias de fiesta, á menos que sea para peregrinar, para enterrar muertos, visitar enfermos, obedecer al rey ú oponerse á una invasion de Sarracenos. Ningun cristiano vivirá en la misma casa que un judío ni comerá con él. El infractor de nuestra ley sobre este punto hará penitencia por espacio de siete dias. Si se niega á ello y es noble *(major persona)* será privado de la comunion de los fieles durante un año entero; si es persona de clase inferior *(inferior persona)* recibirá cien azotes.

VII. Exhortamos á todos los condes y merinos *(majorini)* reales á gobernar con justicia y equidad á los pueblos que les están sometidos; no oprimirán injus-

tamente á los pobres y no recibirán otro testimonio que el de las personas que hayan visto ú oido los hechos sobre los cuales hayan de declarar. Los testigos convencidos de falso testimonio serán condenados al suplicio que manda aplicarles el Libro de los Jueces.

VIII. Mandamos que en Leon y su término, en Galicia, en Asturias y en Portugal se juzgue con arreglo á lo establecido por el rey Alfonso para los homicidios, robos y todas las demás caloñas. En Castilla adminístrese la justicia de la misma manera que en los dias de nuestro abuelo el duque Sancho.

IX. Exceptuamos formalmente á las iglesias de la ley trienal de prescripcion, de modo que, conforme disponen los cánones y manda la ley gótica, puedan en cualquier tiempo recobrar sus bienes.

X. Quien cultive tierras ó viñas acerca de las cuales penda litigio, recoja los frutos, y si el labrador pierde, entregará la cosecha ó su valor al legítimo propietario.

XI. Los cristianos ayunarán todos los viernes hasta una hora conveniente sin dejar de atender á sus negocios.

XII. Prohibimos á todos sin distincion de personas arrancar de la iglesia al hombre que en ella se haya refugiado por cualquier falta que haya cometido, ni causarle daño alguno á treinta pasos á la redonda. Sobre este punto se observará lo dispuesto por la ley gótica, y quien de otro modo obrare, será anatematizado y pagará al obispo mil sueldos de plata.

XIII. Mandamos que todos, grandes y pequeños, no solo respeten la justicia del rey, sino que sean fieles y rectos como en los tiempos del señor rey Alfonso y se rijan de la misma manera que entonces, como tambien que los Castellanos sean para el rey como fueron para el duque Sancho. El rey por su parte los gobierne como el mencionado conde Sancho.—Y confirmo, dice el rey al terminar, todos aquellos fueros que á los moradores de Leon otorgó el rey Alfonso, padre de la reina Sancha mi esposa. El que esta nuestra constitucion quebrantare, rey, conde, vizconde, merino, sayon, eclesiástico ó seglar sea excomulgado, separado de la comunion de los santos y condenado al suplicio eterno con el diablo y los ángeles malos, y privado en este mundo de todas sus dignidades (1).

Vemos, pues, que la iglesia en la época de la reconquista, lo mismo que en la época visigoda, no cejaba en su obra civilizadora. Aquellos mismos obispos que arrastrados por los vicios del tiempo conculcaban quizás en sus diócesis la disciplina establecida por los sagrados cánones, condenábanse á sí mismos, afeaban su propia conducta, mostrando que á pesar de los abusos el fuego santo ardia siempre en el santuario, que allí se proclamaba, se inculcaba sin cesar la ley. Jamás, dice Balmes al tratar de estas materias, se vió tan prolongada, tan tenaz lucha del derecho contra el hecho; jamás como entonces se vió por espacio de largos siglos á la ley colocada cara á cara con las pasiones desencadenadas, y mantenerse allí firme, inmóvil, sin dar un paso atrás, sin permitirles tregua ni descanso hasta haberlas sojuzgado, (2). Y no se contenta con legislar sobre su

(1) Aguirre, Collect. Max. Conc. Hisp.

(2) El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea, t. I, c. II.

disciplina, con extender á sus miembros su benéfica influencia, sino que haciéndose como siempre abogada de los débiles y oprimidos, eleva su voz hasta los que ejercen el poder para predicarles la justicia y la equidad, organiza aquella confusa sociedad, y ya tomando la iniciativa, ya auxiliando con todas sus fuerzas, como en el caso presente, la obra bienhechora de los reyes, da y confirma leyes para aquellos pueblos que de toda norma carecian sin que nada los defendiera contra las violencias de los poderosos. El concilio de Coyanza nos manifiesta ser muy vivas aun en la época de la reconquista las tradiciones de la monarquía goda. Como á los de Toledo vemos á los padres de Coyanza animados del mismo espíritu en favor de los pueblos, con iguales deseos de sentar algo que les sirva de amparo y defensa, rodeando del mismo respeto y veneracion el principio de autoridad que representaba el monarca. A. de J. C.

Así estaba el reino de Leon en el año décimo tercero del reinado de Fernando. Las turbulencias interiores á que antes hemos aludido, los trabajos de organizacion, y los cuidados que le imponia la educacion de sus hijos no le habian permitido aun como habria deseado llevar la guerra al territorio agareno. En efecto, entre 1037 y el año que ahora nos ocupa, su esposa Sancha le habia dado un hijo llamado Sancho, que le sucedió en el trono de Castilla, una hija llamada Elvira, y otros dos hijos, Alfonso, á quien veremos reinar gloriosamente en Leon, en Galicia y en Castilla, y García, que murió en una cárcel. Antes de ceñir la corona leonesa, en 1034, Fernando habia tenido otra hija llamada Urraca.

Nada omitió Fernando para la buena educacion de sus hijos, á quienes desde su mas tierna edad hizo aprender cuantas ciencias y artes se conocian y estimaban en aquellos siglos. Amaestró además los varones en el manejo de las armas y caballos y en el ejercicio de la caza, é hizo que supieran sus hijas todas las labores propias de su sexo, por miedo, dice el monge anónimo, de que se viciasen en la ociosidad.

Mientras ocupaban á Fernando estos pacíficos cuidados, su hermano el rey de Navarra se consagraba á análogos trabajos. Dedicábase tambien á la buena educacion de su hijo Sancho, y en union con su esposa Estefanía, á embellecer con grandes edificios y suntuosos templos, entre otros el de Santa María, la ciudad de Nájera á que habia trasladado su corte de Pamplona. No obstante, la prosperidad de los reinos de Leon y Castilla bajo el gobierno de su hermano menor era para él motivo de secreto enojo, que estalló por fin en el año 1053, es- 1053.
tando conformes todos los historiadores en atribuirle las primeras sinrazones.

Fué el caso que habiendo enfermado García en Nájera, creyóse Fernando en el deber fraternal de visitarle; pero apenas llegado, supo por un amigo haberse expedido por su hermano órdenes contra él, que tendian, segun algunos historiadores, á realizar el criminal proyecto de deshacerse de su persona. Solo tuvo tiempo Fernando para volver apresuradamente á sus estados, y habiendo á su vez caido enfermo, García le devolvió la visita, no movido por consideraciones de cariño, sino, á lo que se dice, para desvanecer las sospechas que sobre él hubiesen recaido. Entonces Fernando que, á lo que parece, adquirió nuevas pruebas de los desleales proyectos que abrigaba su hermano, le mandó prender y conducir al castillo de Cea, de donde el Navarro no tardó en fugarse, volviendo á sus estados poseido de indignacion y saña.

A. de J. C. Desde aquel momento solo pensó García en promover guerra á su hermano, y sediento de venganza, devastó á mano armada las indefensas fronteras.

Al recibir la nueva de tamañas violencias, Fernando reunió en Galicia un numeroso ejército y se dispuso á vengar el ultraje inferido á su corona. Antes, empero, quiso apurar los medios de conciliacion, y envió embajadores á García para decirle y recordarle que por las venas de ambos corria una misma sangre, que á los dos interesaba la conservacion de la paz, y que todos podian vivir con honra y tranquilidad en sus reinos. García, sin embargo, iracundo é irritado por aquellas representaciones, mandó prender á los enviados; pero revocando inmediatamente sus órdenes, los envió ignominiosamente á Fernando, diciendo que una vez hubiese vencido á su señor, sabria hacerlos prisioneros y traerlos otra vez á Navarra como ovejas de un rebaño. García hablaba así, observa el monge Silense, confiado en sus huestes, que eran considerables y compuestas de los mejores guerreros de la época, en su propio valor y habilidad, que así hacian de él un buen soldado como un entendido general, y en una numerosa tropa de Sarracenos á quienes habia logrado atraer á su partido.

1054. Despedidos los embajadores, marchó García al encuentro de su hermano y estableció su campamento en el valle de Atapuerca, á cuatro leguas de Burgos, á la vista del ejército castellano. Una vez allí, ambos hermanos vacilaron en trabar la pelea, y Fernando sobre todo renovó sus tentativas de pacificacion é hizo cuanto en él estuvo para disuadir á su hermano de sus hostiles proyectos. San Ignacio, abad de Oña, y santo Domingo de Silos marcharon de su parte con este designio al campamento de García, mas sus esfuerzos fueron vanos. El Navarro rechazó con dureza las proposiciones de su hermano, y trató muy mal á sus enviados á pesar del doble y sagrado carácter de que se hallaban revestidos, de sacerdotes y embajadores.

La batalla se hizo entonces inevitable, y al asomar el otro dia pusiéronse en movimiento ambos ejércitos, trabando el combate los arqueros, segun costumbre de la época. A poco se mezclaron los macizos escuadrones, y un grupo de caballeros leoneses, parientes y deudos del difunto rey Bermudo, instigados, á lo que dice el monge Silense, por la reina doña Sancha, que ardia en deseos de vengar á su hermano, que cayera bajo los golpes de García en los campos de Tamaron, abriéronse paso con sus lanzas á través de ambos ejércitos hasta encontrar al rey de Navarra, y le derribaron herido del caballo á pesar de la heróica resistencia que él y los suyos opusieron, y de las órdenes de Fernando para que no se causara á su hermano daño alguno. El desafortunado Navarro solo tuvo tiempo para confesarse con el santo abad de Oña y sucumbió á sus heridas.

La noticia de su muerte difundió la consternacion entre los Navarros, que no tardaron en declararse en fuga. Los soldados de Fernando salieron en su persecucion, si bien su rey les habia encargado que se diera tiempo á los Navarros para salvar sus vidas, y que únicamente fuesen acosados de cerca y sin piedad los auxiliares musulmanes. Fernando mandó recoger y trasladar el cuerpo de su hermano á Nájera, donde no tardó en entrar como vencedor, y mandóle dar sepultura con todos los honores debidos en la iglesia de Santa María. Esta batalla empeñada en los campos de Atapuerca, que la tradicion designa to-

davía con el nombre de *lugar de la Matanza,* fué dada en 1.° de setiembre del año 1054. A. de J. C.

Así murió García de Navarra despues de un reinado de diez y nueve años y siete meses. De su esposa Estefanía, que le sobrevivió tres años, dejó ocho hijos, cuatro varones y cuatro hembras, llamados Sancho, Ramiro, Fernando y Raimundo, y Urraca, Ermesinda, Jimena y Mayor. Aun cuando Fernando hubiera podido aprovechar su victoria para apoderarse y hacer suyo el reino de Navarra, obedeciendo sin embargo á la moderacion, dejólo al primogénito de García, á quien consideró bastante castigado con la muerte de su padre, y se limitó con ocupar la ciudad de Nájera y algunas tierras de la derecha del Ebro.

Libre de la rivalidad del turbulento García y de las discordias intestinas, Fernando no tuvo otro deseo que combatir contra los bárbaros y robustecer la iglesia de Jesucristo, segun expresiones del monge Silense; y luego que hubo
llegado la siguiente primavera, pasó el Duero y el Tormes, y penetró en Portugal 1055.
con su ejército por los alrededores de Almeida. Una vez allí, tomó por asalto la fortaleza de Sena, hoy Cea, cuya guarnicion pasó á cuchillo, y desde aquel punto continuó durante todo el verano sus excursiones á una y otra parte, asolando los campos y conquistando muchas ciudades de la comarca, cuyos nombres no
han llegado hasta nosotros. Lo mismo hizo en el siguiente verano de 1056, con- 1056.
sagrando la estacion fria y lluviosa á los cuidados del gobierno. Desde este momento no cesó de mover guerra á los infieles en uno ú otro punto, y el número de ciudades que de ellos conquistó en sus siguientes campañas fué tal, que el monge Silense renunció á enumerarlas y tomó el partido de nombrar únicamente las principales, las que bajo la dominacion cristiana fueron ciudades epis-
copales. En 1057 atrevióse ya Fernando á poner sitio á Viseo, al pié de cuyos mu- 1057.
ros hallara la muerte treinta años antes el rey Alfonso V. La ciudad estaba defendida por un cuerpo de ballesteros que lanzaban sus flechas con tanta destreza y violencia que, sin errar jamás el tiro, atravesaban los cascos y corazas mejor templados, y esto obligó á los sitiadores á armarse de escudos forrados de madera y de triples corazas. La resistencia fué terrible, pero inútil: los cristianos entraron por asalto en la plaza, cuyos habitantes fueron parte pasados á cuchillo y parte reducidos á servidumbre. Entre los últimos hallóse el arquero que diera muerte á Alfonso V, y Fernando le mandó cortar ambas manos, venganza poco noble, é indigna de un monarca cristiano y caballero.

Sin pérdida de momento marchó el vencedor á poner sitio á Lamego, que á pesar de la elevacion y fortaleza de sus muros no pudo resistir por mucho tiempo al ardor y poderosos medios de ataque que desplegaron los cristianos. Fernando tomó la plaza por asalto y consagró lo mejor de los despojos en honra del Señor que le concedia sus victorias, á las iglesias y á los pobres de Cristo. Continuando en sus triunfos, apoderóse en la misma campaña de la fortaleza de San Justo y del castillo de Taroca, que algunos historiadores creen ser las villas de San Martin y de Taranza, lo mismo que de otros muchos castillos de las cercanías, los cuales hizo arrasar hasta el suelo á fin de quitar á los Sarracenos todo medio de conservar aquella frontera. La toma de Viseo se verificó en 25 de julio y la de Lamego en 29 de noviembre.

Estos triunfos animaron á Fernando, y concibió el proyecto de conquistar á

A. de J. C. Coimbra, que dependia, pero solo nominalmente, de los emires de Badajoz, y era por mas de un título la ciudad preponderante de aquella extrema frontera de los reinos árabes de Andalucía. Animado con este designio, Fernando se dirigió al sepulcro del apóstol Santiago para implorar por su intercesion el auxilio divino
1058. en favor de las armas cristianas, y en 20 de enero de 1058 presentóse con su hueste al pié de los muros de la ciudad que esperaba devolver á su patria y á su fe. No han llegado hasta nosotros los detalles del sitio, y solo sabemos que fué difícil, que duró seis meses, y que la ciudad se rindió por capitulacion, ya el hambre hubiese reducido á los moradores al último extremo, ya el mal estado de sus muros, batidos sin cesar por el ariete, les hubiese quitado toda esperanza de victoria. La ciudad se rindió el viernes 24 de julio, víspera de San Cristóbal, y empleados dos dias en determinar las condiciones de la capitulacion, los habitantes salieron de la plaza con sus mugeres é hijos y el dinero necesario para su viage, mientras que el rey hacia en ella su solemne entrada el domingo 26 de julio, acompañado de la reina Sancha, de los obispos de Iria, Lugo, Viseo y Mondoñedo, y de sus principales caudillos y capitanes.

El rey confió el gobierno de su nueva conquista y de cuantas tierras al sur del Mondego se le sometieron á consecuencia de la misma, á un alto y poderoso personage que nos aparece con un carácter singular, y cuya biografía á ser mejor conocida aclararia muchos puntos oscuros de las relaciones que mediaban entre cristianos y musulmanes. Hecho prisionero en Portugal por Abed, emir de Sevilla, y llevado á esta última ciudad, este personage, que tenia por nombre Sisenando, habia llegado á obtener la privanza del emir, hasta el punto, dice el monge Silense, que hacia de él mayor estima que de los mas grandes de su reino y de su religion. Sisenando vivió así muchos años en Sevilla, hasta que habiéndose separado de Abed, entró en relaciones con Fernando, quien por sus luces y su mérito, no menos que por el conocimiento que tenia de la lengua y costumbres de los Arabes, le confió el gobierno de su nueva conquista. Sisenando usó el título de *alvasir*, españolizando el título árabe de wazir, y parece haber gobernado sabiamente aquel territorio hasta el fin de su vida, haciéndose respetar igualmente de musulmanes y cristianos. Bajo su administracion engrandecióse y embelleciose Coimbra con magníficas iglesias y otros edificios.

Durante este tiempo gobernaba, como ya sabemos, el condado de Barcelona Ramon Berenguer I, apellidado el Viejo, no por sus años, sino por su valor y prudencia. De muy tierna edad el príncipe en el año 1035 en que sucedió á su padre Berenguer Ramon, mostró ya desde un principio lo que con el tiempo habia de ser, y por esto dice Bofarull que no siempre costaron lágrimas en la península española las menores edades de los príncipes que la Providencia destinó para gobernarlos (1). Sabemos ya las relaciones que tuvo Ramon Berenguer con los Arabes de Sevilla, y hemos visto á sus tropas en las llanuras de Murcia (2). En las mismas buenas relaciones estaba con el emir soberano de Denia Alí ben Mugehid, de quien dependian tambien las islas Baleares, como lo prueba el haber permitido

(1) Los Condes de Barcelona Vindicados, t. II, P. I.

(2) Recuérdese que, como hemos dicho, algunos autores atribuyen este hecho al hijo y sucesor de Ramon Berenguer I, Ramon Berenguer II *Cap de Estopa*.

este que se sometieran á la jurisdiccion episcopal de Barcelona en un documento que lleva la fecha del año 1058 todas las iglesias de su principado, incluso las de Mallorca, Menorca é Ibiza.

La turbulenta ambicion de la abuela del conde, Ermesindis, que aprovechando la prematura muerte de su hijo y la menor edad de su nieto, volvió á su tenaz propósito y prurito de mandar, causaron disturbios y rencores en la familia, hasta llegar á ligas y confederaciones de unos contra otros y á la excomunion del conde y de su segunda esposa doña Almodís por el papa Victor II, pero poco antes de morir la anciana condesa en 1056 celebróse una avenencia y volvió á quedar todo en paz, levantando el Pontífice la excomunion fulminada.

En este mismo año, el XIV de las calendas de diciembre (18 de noviembre de 1058), ocho obispos del condado ó principado de Ramon Berenguer, á saber, cinco obispos catalanes y tres de la Francia meridional, Guillermo, obispo de Urgel, otro Guillermo, obispo de Ausona, Berenguer, obispo de Gerona, Paterno, obispo de Tortosa (esta ciudad se hallaba todavía en poder de los Arabes), Guislaberto, de Barcelona, Guifredo, arzobispo de Narbona, Reamballo, arzobispo de Arlés, y Arnaldo, obispo de Elna, reuniéronse en Barcelona al efecto de consagrar la nueva catedral colocada bajo la invocacion de la Santa Cruz y de la santa vírgen Eulalia, cuyo templo empezó á fabricar el conde Ramon el año 1046 en vida de su primera muger Isabel, y quedó concluido en este de 1058 (1). Los obispos reunidos confirmaron en todas sus partes los privilegios consentidos por Alí á favor de la sede de Barcelona, tributaron grandes elogios al conde y á su esposa por su sabio gobierno y fijaron de un modo preciso los límites del obispado de Barcelona. Con notable prevision, determinóse deber pertenecer al mismo obispado el territorio que se conquistara por la parte del Segre, y poseidos aun los ánimos de respeto por el gran nombre de Tarragona, dijose que si algun dia los príncipes barceloneses la sacaban del estado de humillacion en que se hallaba, se le devolverian por ellos ó sus sucesores los antiguos honores que le eran debidos y seria restablecida en todos sus derechos metropolitanos (2). Esto tenia lugar en 18 de noviembre, y en 5 de setiembre anterior habíase celebrado una liga entre el conde de Barcelona y el de Urgel Armengol contra el emir de Zaragoza, que era Ahmed El Moctadhir Billah, hijo de Suleiman ben Muhamad, y segundo príncipe de la dinastía de los Beni Hud (3). Los primeros esfuerzos de la guerra, á juzgar por la mencion que se hace del territorio de Balaguer en el acta citada antes, debian dirigirse hácia aquel lado y tender, segun los deseos del conde de Barcelona, á agregarlo definitivamente al principado. Ambos condes se obligaron á ayudarse mútuamente contra el moro de Zaragoza, proporcionando el de Barcelona las máquinas de guerra y saetas, y Armengol que, á lo que parece, habia estado antes en relaciones con el emir, se obligó á no hacer en

(1) Esta catedral no pudo ser, como algunos suponen, la grandiosa que hoy existe, obra del siglo XIII, sino otra mas reducida, situada, segun parece, en el punto ó terreno que ocupa ahora el coro de nuestra catedral.

(2) Archivo de la Santa Iglesia de Barcelona, lib. I de sus antigüedades, p. 14.

(3) En el acta original es llamado Alchagib, del título de hagib que quizás habian tomado los emires Beni Hud cuando el último califa ommíada de Córdoba se refugió en 1031 cerca de Suleiman, el fundador de su dinastía.

A. de J. C. adelante paz ni tregua, ni á tratar con él sin consentimiento del conde Ramon y de la condesa Almodís (1). Un tratado análogo celebró poco despues nuestro conde con Ramon de Cerdaña, y así fué como los cristianos catalanes empezaron á hostilizar el reino de Zaragoza por la parte del este, y á acercarse á Barbastro y Huesca, ganando palmo á palmo el territorio, de valle en valle, de roca en roca, ó, segun el lenguaje de la época, de *puig* en *puig* (2). Por la parte del norte pesaba tambien sobre los dominios de Ahmed el poderío de Aragon, constituido en reino bajo el gobierno de Ramiro en los valles superiores del Cinca y del Gállego. Jaca era su capital, y Ainza, edificada al extremo de una dilatada llanura, lo era del reino de Sobrarve unido recientemente al de Aragon, y era tambien el punto mas inmediato á los dominios de Ahmed. Este poseia aun Lérida, Balaguer, Barbastro, Huesca, Loharre, Ayerve etc., pero los cristianos le estrechaban por el norte y en toda la línea de los Pirineos, se fortificaban y se disponian para la conquista.

En este mismo año 1058, Roberto Guiscardo, caballero normando y duque de Pulla y de Calabria, expulsó á los Sarracenos de Sicilia, que dió á su hermano Rogerio, y este fué el principio de los reinos de Nápoles y Sicilia, que entraron en breve en la esfera de accion del reino aragonés. Pero tiempo es ya de que volvamos á la monarquía de Leon.

De regreso á sus estados, Fernando fué á dar gracias al apóstol Santiago por su feliz conquista de Coimbra, y convocando luego á sus magnates en asamblea general para deliberar con ellos sobre la situacion del reino, resolvióse llevar la guerra contra los Musulmanes que al oeste de la provincia cartaginense y del reino de Zaragoza, guarnecian los castillos situados en las márgenes del Duero, desde donde ejecutaban periódicas invasiones á las tierras cristianas.

1059 Luego, pues, que llegó el tiempo favorable á la guerra, Fernando, reorganizado su ejército, atacó las fortalezas árabes situadas en aquella frontera, y marchando en la direccion del noroeste al sudoeste, apoderóse ante todo de San Esteban de Gormaz, conquistada esta vez por los cristianos para no volverla á perder, y en seguida de Vadum-Regis (Vado Regio), Aguilar y Berlanga. Destruyó el castillo de Guermos, lo mismo que todas las torres ó atalayas que, segun su costumbre, habian levantado los Arabes de distancia en distancia, é incendió los aduares y poblaciones que se hallaron á su paso. Con ello terminó esta campaña, que duró probablemente todo el verano del año 1059.

1060 En la primavera del siguiente año (1060) aseguró la frontera de Cantabria contra las incursiones de los Sarracenos, que desde la provincia celtibérica y el reino de Toledo mantenian en ella contínuas alarmas. Cristianos y musulmanes cultivaban la tierra con el arco en la espalda y la lanza al alcance de su mano como los hijos de los patriarcas, y esta era la suerte comun á todos los pueblos fronterizos. Con un aguerrido ejército en el que se contaban numerosos cuerpos

---

(1) La condesa Almodís es nombrada mas de quince veces en el acta con las mismas fórmulas de consideracion y respeto que Ramon Berenguer, y esto prueba el gran aprecio y consideracion que las condesas de Barcelona merecieron á sus esposos, no menos que la intervencion que estos les daban en todos sus negocios.

(2) *Puig*, altura, montaña.

de honderos, Fernando invadió la provincia cartaginense con la idea de conquistarla ó de asolarla á lo menos, como habia hecho con el territorio del Guadarrama en su anterior campaña. Como leon hambriento que ve de lejos la multitud de rebaños diseminada por la descubierta campiña, así el rey castellano, sediento de conquista, se lanzó, dice la crónica, contra la tierra musulmana. Traspuso Somosierra, taló los campos de Uceda y Talamanca, ciudad muy rica entonces por los establecimientos agrícolas de sus cercanías, y sin dar reposo á sus soldados ni á sus enemigos, hizo sentir el peso de sus armas á Alcolea, á Madrid, á Guadalajara, y en general á todas las poblaciones musulmanas diseminadas ó establecidas entonces con sus tiendas y ganados en las riberas del Henares y del Manzanares. Así llegó delante de la antigua Complutum, llamada vulgarmente en tiempo del monge Silense con el nombre de Alcalá que le habian dado los Arabes. El rey le puso cerco, no sin haber antes asolado á sangre y fuego la campiña y los pueblos comarcanos. A. de J. C

Al-Kalaa-en-Nahr, fortaleza ó altura del rio, no estaba situada como la moderna Alcalá de Henares en la orilla derecha de este rio, sino en la opuesta y en la cima de uno de los dos collados que se elevan á la izquierda del Henares, al sudoeste de la ciudad actual. En la época de nuestro relato era una de las ciudades mas importantes del reino de Toledo, y atacada rudamente por el rey cristiano, los habitantes despacharon una embajada á su emir El Mamun, instándole para que cuanto antes los socorriera, si no queria mirarlos rendidos. Harto débil, empero, para contrarestar al enemigo, El Mamun tomó el partido mas prudente, y presentándose en persona á Fernando, ofrecióle inmensa cantidad de oro, de plata y de piedras preciosas, y se declaró su vasallo y tributario. No dió Fernando entero asentimiento á la sumision del Agareno, dice la crónica, pero, como se acercaba la estacion fria y deseaba regresar á sus estados, recibió el dinero y los presentes, y volvió á Tierra de Campos cargado de botin.

De regreso de su victoriosa expedicion consagróse Fernando por algun tiem- 1061.
po á las mejoras interiores de sus pueblos. Restauró la ciudad de Zamora, arruinada como Leon por Almanzor, mandó reconstruir de cal y canto la iglesia de San Juan Bautista de la última ciudad que era de tierra, y para complacer á Sancha su muy amada esposa, destinóla para panteon de su familia, á pesar de sus deseos de ser sepultado en San Pedro de Arlanza, mandando trasladar á ella los restos de su padre Sancho el Mayor y de su cuñado Bermudo.

Realizados estos trabajos y hallándose en paz con el emir de Toledo, y qui- 1062.
zás de acuerdo con él, pues por aquel mismo tiempo entró el Moro en campaña, Fernando llamó á la guerra santa contra el emir de Sevilla á todos los hombres hábiles de sus estados. Resolvióse penetrar en Andalucía por Extremadura, ó sea por aquella parte de Lusitania al sur del Mondego conquistada dos años antes, y matando, talando y devastando llegó el ejército leonés y castellano á tierras de Sevilla. Aben Abed que allí imperaba, si bien era el monarca mas poderoso de Andalucía, creyó prudente seguir el ejemplo que le diera El Mamun, y dirigiéndose al campamento cristiano, ofreció á Fernando muy ricos presentes y rogóle que dejara de hostilizar sus tierras. El monarca dejóse conmover por el venerable aspecto que daban al emir su frente surcada de arrugas y sus cabellos blancos, pero creyó deber consultar su demanda con sus prelados y magna-

A. de J. C. tes. Todos le aconsejaron usar de mansedumbre hasta con los enemigos de la fe, y resolvióse exigir del de Sevilla un tributo anual y la entrega á los embajadores que Fernando le enviaria del cuerpo de santa Justa, vírgen martirizada y sepultada en aquella ciudad en tiempo de Diocleciano. Aben Abed aceptó estas condiciones, y Fernando se volvió á Leon, desde donde envió á Sevilla una embajada compuesta de Alvito, obispo de Leon, de Ordoño, que lo era de Astorga, y de un jefe militar llamado Nuño con numeroso séquito, y encargada de recoger las reliquias de la santa.

Sin embargo, no fué la voluntad de Dios, dice un piadoso escritor (1), que aquel santo cuerpo abandonara su patria y la compañía de su hermana Rufina, su compañera en el martirio. Los santos restos no pudieron hallarse, pero en cambio, á consecuencia de haberse aparecido á Alvito el doctor de las Españas Isidoro, mandándole reclamar su cuerpo en vez del que habian venido á buscar y que no hallaban por disposicion del cielo, los enviados trasladaron á Leon las sagradas reliquias de Isidoro, y tambien el cadáver de Alvito que, segun el santo se lo predijera, habia muerto pocos dias despues del feliz hallazgo de aquel tesoro. Fernando lo tenia todo dispuesto para recibirle, y mandó depositarle en
1063. la iglesia de San Juan Bautista que desde aquel dia tomó el nombre y advocacion de aquel santo. Con motivo de este suceso ocurrido en 21 de diciembre de 1063, hubo en Leon fiestas y regocijos, y el rey y su familia, en prueba de humildad y devocion, sirvieron á la mesa á todos los individuos del clero leonés á quienes invitaron á un suntuoso banquete.

Esta piadosa ceremonia habia atraido á Leon á los principales personages de ambos reinos, y Fernando, que era ya anciano y abrigaba quizás presentimientos de un próximo fin, reuniólos en asambla con el objeto de dividir su reino entre sus hijos, á fin, dice la crónica, de que acaecida su muerte llevasen estos si posible era una vida tranquila (2).

La division que entonces hizo Fernando de sus estados entre sus cinco hijos reclama toda nuestra atencion. Dió á Alfonso, que si no era el primogénito era el mas querido, los Campos Góticos y todo el reino de Leon; nombró á Sancho, el primogénito, rey de Castilla, y á García le señaló el territorio gallego. Urraca recibió en absoluta soberanía la ciudad de Zamora, y Elvira su hermana la de Toro, donándoles además todos los monasterios de su reino á fin de que viviesen célibes durante sus dias.

Hecho esto, pareció no tener el piadoso monarca otros cuidados que el servicio de la iglesia de Dios. Adornó con gran esplendidez la nueva iglesia dedicada á san Isidoro, para hacerla digna del santo bajo cuya invocacion la habia puesto, y en ella pasaba muchas horas en oracion, mezclando su voz con la de los sacerdotes que entonaban los cánticos sagrados. Su mano liberal favoreció y enriqueció tambien con sus dones á la iglesia del Salvador de Oviedo y á la del apóstol Santiago, lo mismo que á otros muchos monasterios así del reino como de fuera de él. Los pobres y afligidos le llamaban padre, y tan humilde como

---

(1) D. José Ortiz y Sanz, párroco de San Felipe de Játiva.
(2) Monac. Silens. Chr., n. 103.

benéfico, comia y residia muchas veces entre los monges de Sahagun, á cuyo monasterio dispensaba especial afecto. A de J. C.

La última expedicion guerrera de este glorioso reinado verificóse en el año 1065. Ordenadas todas estas cosas, dice el mejor informado de los historiadores de Fernando, pasó con un ejército á la provincia de Celtiberia con objeto de llevar otra vez el terror de sus armas á las tierras sarracenas. De una á otra parte paseó sus victoriosos pendones arrollando siempre al enemigo, y llegó delante de Valencia, donde reinaba el débil é indolente Abdelmelek, que habia sucedido á su padre Abdelaziz en 1061. La ciudad fué sitiada, pero conociendo que el sitio seria largo y difícil, recurrieron los Castellanos y Leoneses á un ardid para privarla de sus defensores. Fingieron emprender la retirada, y entonces los Valencianos salieron en su persecucion vestidos con sus trajes de gala, tan fácil creian la victoria. Su audacia les costó muy cara, pues envueltos de pronto por los cristianos cerca de Paterna, la mayor parte fueron pasados á cuchillo y su rey solo debió su salvacion á la velocidad de su caballo (1). Desde aquel momento redobló Fernando sus esfuerzos para apoderarse de Valencia, pero atacado de súbita enfermedad, hubo de regresar á Leon, llevando como glorioso trofeo de su campaña el cuerpo del santo mártir Vicente, hermano de Sabina y Cristeta, que se encontraba en Avila. No quedó á Abdelmelek mucho tiempo para felicitarse por ello, pues su suegro El Mamun de Toledo que hasta entonces le habia protegido, destronóle en breve é incorporó á sus estados el emirato de Valencia. 1065.

Por aquel tiempo unas compañías normandas, mandadas por Guillermo de Montreuil, entonces general en jefe de las tropas del papa, á quien sin duda llamaria en su auxilio el soberano de Aragon, apoderáronse de la fortaleza de Barbastro. Terrible fué la suerte de los vencidos: á pesar de haber capitulado fueron casi todos pasados á cuchillo, é igual suerte experimentaron seis mil habitantes. Tambien ellos habian obtenido el *aman* y se disponian á salir de la ciudad, cuando Guillermo, á quien su gran número inspiró inquietudes, dió órden de aclarar sus filas, no cesando la matanza hasta que seis mil personas hubieron quedado sin vida. En seguida se mandó volver á la ciudad á cuantos poseian una casa, y los Normandos lo dividieron todo entre sí: «Cada caballero que recibia una casa en lote, dice un autor árabe de la época, hacia suyo además cuanto ella contenia, hombres, mugeres, niños, dinero, etc.» Por fortuna para los Musulmanes, Guillermo y sus rudos compañeros no tardaron en abandonar á España para ir á gozar á su patria de las inmensas riquezas que habian reunido; solo quedó en Barbastro una guarnicion muy débil, y el emir de Zaragoza, que habia recibido quinientos caballos del de Sevilla, aprovechó esta circunstancia para recobrar la plaza en la primavera del siguiente año 1065 (2), que volvió á perder poco despues, como á su tiempo diremos.

En breve libró la muerte á los Sarracenos de su mas terrible adversario. Por su valor, por su piedad y la pureza de sus costumbres Fernando, habia sido modelo de reyes; una muerte digna y santa fué el hermoso término de una vida tambien santa y digna. Llegado á Leon el sábado 24 de diciembre, apresuróse

(1) Dozy, Hist. de los Musulm. de Esp., t. IV.
(2) Id., l. c.

á visitar la iglesia que dedicara á san Isidoro, convencido de que estaba cercano el momento en que descansaria en ella para siempre. En seguida tomó en su palacio algunas horas de reposo, pero llegada la noche, volvió á la iglesia donde los sacerdotes celebraban con solemnes cantos la fiesta de la Natividad del Señor, y cuando, segun la liturgia de Toledo que se usaba entonces, entonaron el último nocturno de los maitines *Advenit nobis,* mezcló á la suya su voz debilitada. Al asomar el alba oyó misa, y despues de recibir la sagrada Eucaristía, hízose acompañar á su lecho apoyándose en sus servidores. Al dia siguiente llamó á su lado á los obispos, abades y religiosos de la corte para que fortificasen su espíritu en el supremo instante, y en su compañía hízose llevar á la iglesia revestido del manto real y ceñida la corona. Arrodillado ante el altar, levantó los ojos al cielo, y con voz aun fuerte y clara dijo estas palabras: «Vuestro es el poder, vuestro es el reino, Señor! Vos sois rey de reyes, y á Vos están sujetos los imperios del cielo y de la tierra. Devuelvo, pues, el que me disteis y he conservado mientras lo ha querido vuestra divina voluntad. Os ruego únicamente, mi Señor y mi Dios, que en este supremo trance recibais en paz y en vuestro seno á mi alma, arrancada de los abismos de este mundo.» Dicho esto, despojóse de la clámide real, puso en el suelo la corona que ceñia su frente, y con lágrimas y sollozos, prosternado en las baldosas de la iglesia, imploró el perdon de sus pecados, recibió la Extremauncion de manos de un obispo, y envuelto su cuerpo en un cilicio, cubierta la cabeza de ceniza, esperó la muerte leyéndose en sus ojos su fe y resignacion. El dia siguiente martes, á la hora sexta del dia, en que se celebra la fiesta de San Juan Evangelista, entregó su alma á Dios, ó por mejor decir, se durmió, tal calma y sonrisa conservó su rostro (1). Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de san Isidoro. Habia reinado veinte y ocho años seis, meses y doce dias en los reinos reunidos de Leon y Castilla, y treinta en el segundo de dichos reinos.

Su esposa doña Sancha, muger superior, muy piadosa y amable, segun dice uno de sus historiadores, le sobrevivió solo dos años y fué enterrada en la misma iglesia al lado de su esclarecido esposo. De ella, segun hemos dicho, le habian nacido cinco hijos entre los cuales dividió sus estados, cometiendo, dice un autor, este inocente yerro político por exceso de amor paternal y por el deseo de imitar á su respetable padre don Sancho el Mayor, que habia formado tantos reinos cuantos eran sus hijos, con las fatales consecuencias que, cegado del sobrado amor, no temió don Fernando en los suyos, habiéndolas experimentado en sí mismo (2).

El reinado de Fernando, como lo manifiestan los hechos explicados, se distinguió por un carácter original y particular. Por medio de la guerra exterior y de conquista, realzó el prestigio del nombre cristiano y ensanchó los límites de la dominacion española, principalmente hácia el sudoeste hasta mas allá del Mondego, en cuya empresa le secundaron muchos hombres de gran mérito y extraordinario valor.

Además del concilio de Coyanza de que hemos hablado al principio de este

---

(1) Monach, Silens., n. 106.
(2) Masdeu, Hist. Crit. de Esp., t. XII, p. 365.

capítulo, reunióse en 15 de enero de 1056 un sínodo provincial en Compostela al que asistieron tres obispos y algunos abades. En él se hicieron varios cánones, la mayor parte sobre materias eclesiásticas, y entre otras cosas se mandó que los obispos y presbíteros celebrasen diariamente el sacrificio de la misa, y que los canónigos llevasen cilicio los dias de ayuno y de letanías mayores. Impúsose á los fieles la obligacion de saber de memoria la oracion dominical y el credo, y se prohibió á los cristianos la práctica de los agüeros y de los encantamientos. Finalmente, no olvidando jamás la iglesia la mision que tenia en aquellos tiempos turbulentos, recomienda en un cánon á los poderosos y á los jueces no ejercer opresion ninguna sobre el pueblo, templar el rigor de sus juicios con un espíritu de misericordia, no aceptar antes del juicio regalos ni ofrendas, y limitarse despues á la remuneracion permitida por la ley.

Tal fué el reinado que preparó la gloria de los que le siguieron, y sentó sobre mas sólidas bases la preponderancia de los reinos de Castilla y Leon sobre los Musulmanes. En adelante, á pesar del entusiasmo de los Almoravides y de los Almohades que vendrán á su vez en auxilio de los Sarracenos españoles, el poder musulman decaerá siempre en la Península. Con razon pues se ha dado el renombre de Grande al monarca á quien se deben tantos beneficios y que fué en cierto modo el precursor de tan memorable acaecimiento (1).

(1) No hemos mentado ni para refutarlas siquiera las pretensiones que en este tiempo se dice haber aducido el papa y el emperador para que Fernando les prestara vasallage, ni las palabras y hazañas que con este motivo se atribuyen á Rodrigo Diaz el Cid en unas cortes reunidas en Castilla y en una supuesta campaña á Francia, pues todo ello ha sido reconocido ya como pura invencion por los críticos mas autorizados.



CAPÍTULO XXI.

Reinado de los hijos de Fernando en Castilla y Leon.—Reinado de Ramiro en Aragon.—Su muerte. —Guerra entre Sancho de Castilla, Sancho de Navarra y Sancho de Aragon.—Guerras de rivalidad entre Sancho, Alfonso y García, de Castilla, Leon y Galicia.—Despoja Sancho á sus hermanos de los reinos de Leon y Galicia.—Fuga de Alfonso á Toledo.—Su amistad con el emir musulman. —Guerras de Sancho contra sus hermanas Elvira y Urraca.—Sitio de Zamora.—Muerte de Sancho.—Alfonso VI es proclamado rey de Leon, de Galicia y de Castilla.—Juramento que le exige el Cid.—Alianza de Alfonso VI con El Mamun de Toledo.—Toman á Córdoba.—Descontento de los Toledanos y alianza de Alfonso con El Motamid de Sevilla —Resuelve Alfonso la conquista de Toledo.—Sitio y toma de esta ciudad.—Concilio celebrado en ella.—Consecuencias de esta conquista.—Abolicion del misal gótico-mozárabe é introduccion de la liturgia romana.—Continuacion del reinado de Ramon Berenguer el Viejo en Barcelona.—Concilio de Gerona.—Los Usatges.—Introdúcese en Cataluña el Breviario romano.—Asesinato de la condesa Almodis.—Muerte de Ramon Berenguer el Viejo.—Ramon Berenguer II Cabeza de Estopa y Berenguer Ramon II el Fratricida.—Asesinato de Ramon Berenguer II.—Sancho Ramirez de Aragon.—Su piedad.—Sus conquistas.—Sancho Garcés de Navarra muere asesinado.—Únense Aragon y Navarra.

Desde el año 1065 hasta el 1085.

El mismo dia en que murió Fernando fueron proclamados sus hijos en la capital, Sancho rey de Castilla, Alfonso rey de Leon y García rey de Galicia, y y aun cuando parece que los tres se hallaban descontentos de la herencia que su padre les legara, vivieron en un principio en buena inteligencia cada uno en sus estados, ya quisieran antes de emprender la guerra experimentar la fidelidad de sus súbditos y asegurarse de sus fuerzas, ya, como algunos creen, los contuviera el respeto que á su madre profesaban y el temor de amargar los últimos dias de su vida. Si esta fué la causa, es probable que la paz duraria entre ellos dos años á lo menos, hasta fines de 1067 en que murió doña Sancha.

El reino de Aragon merece en este tiempo particular atencion. Sabemos ya que Ramiro, hermano de Fernando, gobernaba aquel territorio desde el año 1035, y bajo él constituyóse en reino y empezó á adquirir cierta importancia. Carecemos de monumentos que nos ilustren acerca de los primeros tiempos de su reinado, y solo en 1035 le vemos presidir un concilio celebrado en el monasterio de San Juan de la Peña. Las actas de esta asamblea están sin duda alguna truncadas, pero lo que de ellas queda manifiesta que allí como en los demás puntos de España tenian los concilios un carácter político y civil tanto como religioso. Otro concilio mas importante aun celebróse por Ramiro en la ciudad de Jaca, apellidada entonces, segun algunos, Aragona, en el año 1063. Las actas de este concilio son natabilísimas, y semi-religiosas, semi-políticas, aparece de ellas que el pueblo en masa fué llamado por primera vez á dar á los decretos del concilio una especie de sancion, tomando parte con sus aclamaciones en lo

que se resolvia. Abierto el concilio, el rey declara el objeto del mismo, y dirigiéndose á los hombres sometidos á la jurisdiccion real que siguen las divinas leyes de la religion cristiana, Ramiro y su hijo Sancho exponen porqué han convocado en el lugar llamado Jaca por sus primeros habitantes, un sínodo de nueve obispos, en presencia y con el consentimiento de los primados y magnates de su principado: tratábase de la restauracion de la iglesia de Jaca y del restablecimiento de los sagrados cánones, palabra que lo decia todo y abrazaba así la ley civil como la religiosa. Entre las disposiciones referentes particularmente á esta, restablécese la solemnidad de las ceremonias de la iglesia, durante mucho tiempo interrumpidas ó caidas en desuso por el desórden de las guerras; censúranse una á una las costumbres depravadas de la época y hácense revivir las sabias instituciones antiguas; declárase que han de observarse las fiestas instituidas por los decretos y ordenanzas de la iglesia católica romana, pero lo que sobre todo es notable en los decretos de este concilio es la completa sumision que en ellos se profesa á la iglesia de Roma. El rey y su hijo dan y conceden á Dios y al *beato pescador* (san Pedro) el diezmo de sus derechos, del oro y de la plata, de los frutos, del vino y de las cosas de toda especie que voluntaria ó forzosamente les pagaban así los cristianos como los Sarracenos de su reino; dan y conceden igualmente á Dios y á san Pedro el diezmo de todos los tributos que se les pagan ó podrán pagárseles en lo sucesivo mediante Dios, y dan y conceden á la iglesia de Jaca la tercera parte y el diezmo de las otras dos de lo que puedan conquistar con el auxilio del Señor sobre los Musulmanes de Zaragoza y Tudela.

A lo que parece leyéronse las actas del concilio al pueblo reunido, pues así lo hace pensar el artículo IX que dice: «Lo que habiendo oido todos los habitantes de Aragon así hombres como mugeres, todos alabando al Señor con voz unánime, lo confirmaron diciendo: no hay mas que un Dios, una fe y un bautismo. Demos gracias á Cristo celestial y al benignísimo y serenísimo príncipe Ramiro, que tanto procura por la restauracion de nuestra Santa Madre Iglesia; concédale Dios victoria señalada contra sus enemigos y larga y dilatada vida, y goce despues de su muerte en el paraiso de la felicidad de los vivos en los siglos de los siglos. Amen.»

Hemos visto la rivalidad que estalló en 1036 entre Ramiro y su hermano García de Navarra, y la derrota que sufrió el primero. A consecuencia de ella perdió por un momento su reducido reino de Aragon (1), situado en la parte central de los Pirineos entre los valles de Roncal y de Gistain; pero no tardó en recobrarlo, y dícese que entonces fué cuando Sobrarbe y Ribagorza pasaron bajo su dominacion por la muerte de un hermano dudoso que se le atribuye llamado Gonzalo, quien, volviendo un dia del monte fué asesinado, ignórase por que causa, por un caballero vasallo suyo llamado Ramon de Gascuña. Esto sucedia en 1038, y en 1045 empiézase á hacer mencion del infante Sancho que tuvo Ramiro de su esposa Ermesenda, hija de Bernardo Roger, conde de Bigorra (2).

(1) Llamado así del rio de este nombre, propiamente *agua que corre*, del artículo céltico *ar* y del sustantivo *avon*, *aven*, *gaven*, segun las varias pronunciaciones.

(2) Zurita, Anal. de Aragon.

La mayor parte de historiadores fijan la muerte de Ramiro en 1067, y algunos en 1063, dando la razon á los primeros la crónica de Conde, pues el año 460 en que dice haber sido muerto el rey Radmir, corresponde exactamente á la fecha primero indicada. Ramiro reinó, pues, no sin gloria en Aragon, Sobrarbe, Ribagorza y Bigorra por espacio de veinte y ocho ó treinta y dos años, y en este intervalo le atribuye la historia varias expediciones guerreras contra los Moros de las cercanías acerca de las cuales, empero, carecemos de noticias de autenticidad incontestable. La campaña de Lérida, las excursiones á tierras de Zaragoza, la victoria alcanzada contra el emir de Huesca que se mencionan en los anales de Aragon, no se encuentran en documento alguno de irrefutable autoridad, y tambien es muy incierta la toma de Benabarre y Loharre que á este rey se atribuye. Tampoco merece gran aprecio de parte de los críticos lo que se dice en las memorias de San Juan de la Peña acerca de una liga de Ramiro de Aragon con su sobrino Sancho de Navarra en 1057 contra su hermano y tio Fernando de Castilla y Leon, pues además de que ambos reyes no eran muy buenos amigos, nada podian temer de Fernando, ocupado como estaba en la guerra de Portugal; quizás háyase confundido esto con la alianza que celebró Sancho de Navarra con su primo Sancho de Aragon, hijo de Ramiro, en 1066, contra el belicoso Sancho de Castilla, de que luego hablaremos. De todos modos un hecho domina á todos los demás en la historia de Ramiro, y es que Aragon adquirió en su tiempo bastante importancia para pesar en adelante en la balanza de los estados cristianos de la Península. La falta de antiguas memorias nada positivo permite decir acerca de las circunstancias que acompañaron la muerte de Ramiro. Segun unos, hallábase sitiando el castillo de Grados (Graus) en el condado de Ribagorza, entonces en poder del emir de Zaragoza, cuando su sobrino Sancho de Castilla, aliado del rey moro, fué contra él con poderoso ejército, quedando Ramiro en el campo con muchos de los suyos. Otros y estos son los que suponen acaecida la muerte de Ramiro en 1063, dicen que El Moctadir Billah de Zaragoza reunió un poderoso ejército para combatir á Ramiro, y que luego de avistadas ambas huestes, trabóse encarnizada batalla que duró todo el dia con gran desventaja y pérdida para los Musulmanes. Lamentábase el emir del mal éxito de la jornada, cuando un guerrero llamado Sadadah, que oyó sus palabras, le dijo que no desconfiara, pues aun le quedaba un recurso. Aquel hombre que vestia el traje cristiano y háblaba muy bien su lengua en cuanto vivia en su vecindad y se mezclaba muchas veces con ellos, penetró en el campamento cristiano, y espiando al rey Ramiro, hirióle de una lanzada en un ojo, único lugar que dejaban en descubierto las armas que le cubrian. Ramiro cayó boca abajo en tierra y murió de su herida el dia 8 del siguiente mayo. Su cuerpo fué sepultado en San Juan de la Peña junto al de su esposa Ermesenda Gisberga, muerta en 1049. De ella habia tenido cuatro hijos, á saber: Sancho, que le sucedió en el reino, García, que fué obispo de Jaca, y Teresa y Sancha, que casaron con los condes de Provenza y Tolosa. Hijo natural de Ramiro fué tambien otro Sancho á quien legó el señorío de Aybar, Javierre y Latre y el de Ribagorza con el título de conde.

Volvamos ahora á los reinos de las regiones centrales de la Península, á Castilla y á Leon.

No tardó allí en manifestarse el genio turbulento y ambicioso de Sancho, y A. de J. C.
mientras pensaba quizás en despojar á sus hermanos, ensayóse en otra empresa, que fué querer privar á su primo Sancho de Navarra del reino que Fernando le
habia dejado. Para ello dirigióse con sus huestes al Ebro, pero apenas habia 1066
pasado este rio, en el llano donde se levantó mas adelante la ciudad de Viana, lugar llamado *Campo de la Verdad* por acostumbrar salir á él los nobles en desafío, halló á su primo el Navarro, que junto con Sancho Ramirez de Aragon le esperaba para oponerse á sus agresiones. Los tres Sanchos empeñaron batalla que terminó con la derrota del de Castilla, quien solo se libró de caer en manos de sus enemigos por medio de una precipitada fuga. Merced á esta victoria pudo recuperar el rey de Navarra las plazas de la Rioja, perdidas á consecuencia de la batalla de Atapuerca.

En 1067 murió, como hemos dicho, la reina doña Sancha, y ya viera des- 1067.
aparecer Sancho el único freno que su ambicion contenia, ya fuese aquel el momento en que llegaron sus planes á conveniente sazon, es lo cierto que se lanzó contra su hermano el monarca leonés, y sin darle tiempo para recibir los socorros que pidiera á sus primos de Aragon y Navarra, presentóle batalla, que Alfonso hubo de aceptar, en un sitio llamado Plantada (Llantada), junto al rio Pi-
suerga. Esto acontecia en julio de 1068, y los Leoneses, despues de pelear con 1068.
gran valor y de causar muchas pérdidas á sus enemigos, hubieron de retirarse á su capital abandonando el campo á los Castellanos. Nada se sabe de las consecuencias de esta batalla, y ya cediera el reino de Leon al de Castilla parte de sus fronteras, ya se reconciliaran ambos reyes merced á la mediacion de sus hermanos ó de otras personas influyentes, es seguro que no menciona la historia hostilidad alguna entre ellos por espacio de tres años consecutivos.

Los dos hermanos empuñaron de nuevo las armas en 1071 sin que apa- 1071.
rezca la causa de su rompimiento, ni por quien fué provocado. Con sus ejércitos fueron ambos á acampar á las fronteras de sus respectivos reinos cerca de un pueblo llamado entonces Vulpecularia y luego Golpejar, en las márgenes del Carrion. La batalla que allí se empeñó fué mas encarnizada y sangrienta que la de Llantada y tambien mas decisiva: los Castellanos hubieron de abandonar sus tiendas y de volver la espalda al enemigo, á pesar de los esfuerzos de Sancho para volverlos al combate. Deseoso Alfonso de evitar el derramamiento de sangre cristiana, prohibió á sus soldados perseguir á los fugitivos, y pareció quedar todo decidido.

Por aquel tiempo, dice Lucas de Tuy, habia aparecido cierto guerrero llamado Rodrigo Diaz, muy diestro en el ejercicio de las armas, quien habia quedado vencedor en todas sus empresas. Era este guerrero el Cid, del cual es esta la primera mencion que hallamos en las historias antiguas, y ayudadas sus palabras con la fama de que ya gozaba, infundieron al rey Sancho nuevo esfuerzo. «Señor, le dijo, aun es tiempo de recobrar lo perdido; los Leoneses reposan confiados en nuestras tiendas; caigamos sobre ellos, y antes de que salga el sol nuestra será la victoria.» Sancho aceptó el consejo; á las primeras luces del alba, lanzóse con los restos de su vencido ejército sobre el campamento de Alfonso, y los Leoneses, sorprendidos en su sueño, ni siquiera pudieron hacer uso de las armas. Muchos fueron degollados, los demás tomaron la fuga, y Alfonso,

hecho prisionero en la iglesia de Santa María de Carrion donde buscara un asilo, fué conducido desde allí al castillo de Burgos. Ocurrieron estos hechos en julio de 1071.

Sin detenerse marchó Sancho con sus tropas hácia la capital del reino de Leon, de la cual se apoderó con facilidad y sin resistencia alguna. El conde Pedro Ansurez, obrando en nombre y por consejo de Urraca, logró que Sancho diera libertad á Alfonso con la condicion de que vistiera este el hábito monacal, lo que verificó el destronado monarca muy á pesar suyo en el monasterio de los Santos Facundo y Primitivo de Sahagun. Sin embargo, ayudado por el mismo Ansurez, escapó de allí á favor de un disfraz y se dirigió á la ciudad muzárabe por excelencia, á la real Toledo, donde El Mamun, que en ella mandaba, le recibió con los brazos abiertos. Allí permaneció cerca de un año, y en este tiempo contrajo acendrada amistad con el emir, quien le trataba y amaba como un hijo.

En su destierro tenia Alfonso junto á sí á los tres hermanos Pedro, Gonzalo y Fernando Ansurez, nobles y fieles servidores de Urraca, que con tierna solicitud habia procurado esta buena compañía al hermano que mas queria entre todos. El rey hacia con ellos la guerra á los emires árabes enemigos de El Mamun, y en tiempo de paz entregábase á los placeres de la caza en los montes inmediatos. En uno de sus ejercicios de montería llegó á un sitio llamado Brioca, hoy Brihuega, y aun cuando solo habia en él un caserío de poca importancia, la hermosura del lugar, la abundante caza con que le brindaban los inmediatos bosques, todo sedujo y enamoró á Alfonso, quien de regreso á Toledo pidió y obtuvo del emir la concesion de aquella tierra. Allí estableció una especie de colonia de montañeses y cazadores cristianos, de modo que, segun confesion del mismo El Mamun, quedó el lugar bajo la autoridad de Alfonso.

Cierto dia que Alfonso paseaba con El Mamun por los jardines de Brihuega, y que los Arabes que formaban la corte del emir se hallaban sentados en círculo debajo de los árboles, empezaron á tratar en alta voz de los medios de que podrian valerse los cristianos para reconquistar la importante plaza de Toledo. En breve, dice Rodrigo, tendióse Alfonso al pié de un árbol, y como por un efecto de la Providencia divina le creyesen dormido, dijo El Mamun hablando libremente con sus Arabes, que no creia fuerza humana capaz de apoderarse de la inexpugnable ciudad. A ello contestó uno de los asistentes que podria en efecto ser tomada si por espacio de siete años consecutivos eran asolados sus alrededores de modo que careciese absolutamente de víveres. Estas palabras, añade el cronista, no fueron perdidas para Alfonso, quien las conservó en el fondo de su corazon.

Mientras esto sucedia en Toledo, Sancho no se habia contentado con apoderarse de Leon, sino que despojando á su hermano García del territorio de Galicia, reunió así en su cabeza las coronas de los tres reinos. A lo que parece, García era muy odiado de sus súbditos, y solo reinaba sobre ellos por medio del terror. En enero de 1071, los Portugueses se habian rebelado contra él, acaudillados por el conde Nuño Menendez (hijo sin duda de Menendo Gonzalez), y vencedor García de sus enemigos, entregóse mas libremente á sus tiránicos excesos. Tenia á su lado cierto Vernula, á cuyas delaciones prestaba siempre ciega fe, y exasperados los nobles viendo que ni súplicas ni representaciones bastaban á

despojar de la privanza del monarca á aquel enemigo de todos, diéronle muerte A. de J. C.
cierto dia á la presencia y casi en los mismos brazos del rey. El furor de García degeneró entonces en demencia y no conoció límites, así es que al presentarse Sancho en Galicia obtuvo con facilidad la sumision de los Gallegos cansados del yugo de su hermano. Al acercarse los soldados castellanos y leoneses, García, seguido únicamente de trecientos hombres de armas, pasó á tierra de los Arabes en demanda de auxilio que estos le negaron, y con su banda aumentada con algunos nuevos reclutas empezó á infestar las provincias, ocupando sucesivamente diferentes lugares y entre otros Santaren, ó por mejor decir, su campiña. Allí le salió al encuentro su hermano Sancho, quizás como aliado de algun emir de las inmediaciones, del de Lisboa por ejemplo, ó del de Badajoz, y habiéndose empeñado batalla entre las tropas de ambos hermanos, García fué hecho prisionero, despojado definitivamente de sus estados y encerrado en el castillo de Luna, de donde salió luego de prestar á Sancho sumision y vasallage, refugiándose en Sevilla.

No satisfecha aun la ambicion de Sancho, dirigia sus miradas á los dominios independientes de sus hermanas, y bajo pretexto de que mantenian inteligencia con Alfonso, el desterrado de Toledo, dirigió contra ellos numerosa hueste. Elvira no le opuso en Toro resistencia alguna; pero Urraca, encerrada en Zamora, se dispuso á defenderse con esfuerzo varonil secundada dignamente por la poblacion entera. El esforzado Arias Gonzalo, caballero noble y principal que habia sido preceptor de la reina, recibió el mando supremo de la plaza, y resistió con energía á los ataques de Sancho, que renovaba cada dia, aunque inútilmente, sus asaltos y rebatos. El sitio se prolongaba hacia ya algun tiempo cuan- 1072
do un soldado llamado Bellido Dolfos salió de la plaza y fingiendo querer revelar á Sancho una noticia importante, logró que este marchara solo con él á reconocer el muro. Entonces, y aprovechando un momento de distraccion del monarca, le atravesó con su lanza, y corrió á refugiarse en la ciudad. Rodrigo Diaz, que vió la accion de Bellido, salió al momento en su persecucion; pero el soldado tuvo tiempo de llegar á la plaza cuyas puertas se cerraron á sus espaldas cuando iba á alcanzarle la lanza del Cid. La muerte de Sancho difundió la consternacion por el campamento, y si hemos de creer á Rodrigo de Toledo, fué causa de afliccion hasta para los mismos sitiados. El ejército sitiador desbandóse luego que la supo; los Gallegos y Leoneses volviéronse á su tierra, y solo los Castellanos permanecieron en sus puestos. Colocando el cuerpo de su rey en un sarcófago, trasladáronle de un modo lúgubre, llenando el aire con sus lamentaciones, y segun algunos, peleando valerosamente con la hueste de Zamora que habia salido en persecucion suya, al monasterio de Oña donde le dieron honrosa sepultura (1).

Sancho era de bella apostura y valiente hasta ser temerario, valiéndole esta cualidad al renombre de Fuerte; fué el segundo rey de Leon que llevó el nom-

(1) En uno de los lados de su sepulcro se puso el epitafio siguiente: *Sanctivs forma paris et ferox Hector in armis clavditvr hanc vrna iam factus in vmbra. Femina mente dira soror hvnc vita expoliavit. Ivre quidem dempto non flevit fratre redempto.*

Y en el otro:—*Rex iste occisvs fvit proditore consilio sororis svae Vrracae apvd Nvmantiam * civitatem per manvm Belliti Adelphis magni traditoris in era MCX nonis octobris rapvit me cvrsvs ab horis.*

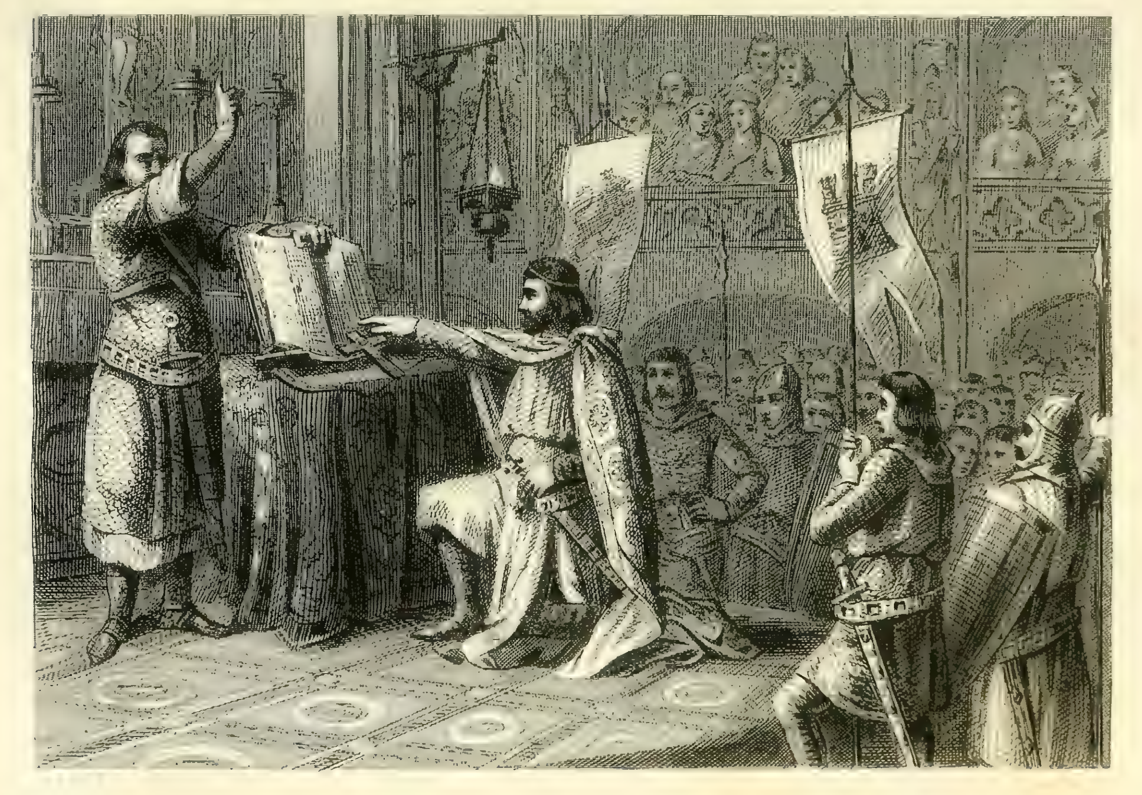
* El autor del epitafio como de su época profesaba el error comun de que Zamora era la antigua Numancia.

bre de Sancho, y estuvo casado con Alberta (cuya patria se ignora), de la cual no tuvo sucesion. Recibió la herida que causó su muerte en 6 de octubre de 1072, cuando habia reinado en Castilla seis años nueve meses y diez dias, y en Leon, desde la batalla de Golpejar, un año dos meses y veinte y dos dias (1).

Terminados los funerales, reuniéronse en Burgos los magnates de Castilla, y considerando que el rey Sancho no habia dejado hijos, eligieron unánimemente á Alfonso por rey y señor con la condicion de que jurara no haber tenido participacion ninguna en la muerte de su hermano. Al momento enviaron secretamente embajadores á Toledo, al tiempo que Urraca, despues de reunir á los prelados y nobles de Leon y Zamora, despachaba tambien nuncios á Alfonso excitándole á ir á tomar posesion de los reinos de su hermano. Encargó á los embajadores que tuvieran secreta su mision, por temor de que divulgada la noticia de la muerte de Sancho, los Musulmanes quisieran retener prisionero al soberano de tres reinos cristianos, ó cuando menos le impusiesen condiciones onerosas en cambio de su libertad. Los enviados de Urraca y de los Castellanos llegaron casi á un tiempo á Toledo, y llevados á presencia de Alfonso por Pedro Ansurez, que salia diariamente á pasear á caballo por los alrededores de la ciudad, deliberaron si era mejor revelar ú ocultar el suceso al emir de Toledo. Perplejos estaban sobre ello, recelando peligros por todas partes, pues El Mamun podia saber la noticia por otra conducto, cuando Alfonso exclamó: «Me ha recibido con honra, me ha provisto de todo, me ha tratado como un hijo, y no debo ocultarle el feliz suceso que me devuelve mi reino.» Y dirigiéndose al instante al encuentro de El Mamun, confióle con noble franqueza cuanto acababan de participarle los enviados de Zamora y Burgos. El Mamun lo sabia ya todo, y al escuchar la leal relacion de Alfonso dijo: «Gracias sean dadas á Dios omnipotente que te ha inspirado la idea de confiarte á mí, pues me ha librado de una infamia y te ha salvado de un peligro cierto. Si hubieses marchado de aquí sin participármelo, nada habria podido sustraerte á la prision ó á la muerte; ahora, empero, puedes partir; vé á recobrar tu reino, y acepta de mí cuanto te sea necesario, dinero, armas y caballos.» Este generoso proceder llevó á su colmo la amistad de los dos reyes, y como tratasen de sus futuras relaciones, El Mamun pidió entre otras cosas á Alfonso que le renovase el juramento que ya le hiciera de respetar su reino y de ayudarle en caso necesario contra los Arabes sus vecinos. Igual juramento le pidió en favor de su hijo primogénito, pero El Mamun tenia otro hijo de corta edad del cual nada se dijo en el tratado y con quien no contrajo Alfonso obligacion ninguna. Convenidas estas cosas, El Mamun con los principales personages de su corte acompañó á Alfonso hasta el monte de Velatoma donde le colmó de presentes, y Alfonso, despues de dirigir una cordial despedida al emir y á los suyos, emprendió á toda prisa el camino de Zamora.

---

(1) Hemos pasado en silencio la supuesta embajada del Cid á Zamora al frente de quince caballeros para determinar á la infanta á trocar su ciudad por otra de menor importancia; la asamblea que con este motivo se reunió en Zamora; la contienda y reconciliacion entre Sancho y Rodrigo; el desafío de Diego Ordoñez de Lara con los tres hijos de Arias Gonzalo y otros episodios que del célebre cerco de Zamora se refieren y que han sido reputados fabulosos por los críticos mas autorizados



EL CID RECIBE EL JURAMENTO DE ALFONSO VI EN SANTA GADEA.

Urraca lo tenia allí todo dispuesto y los caballeros leoneses le proclamaron rey. Partió luego para Burgos para recibir el juramento de los Castellanos, que estos no querian prestarle hasta haber recibido de él el que antes hemos mencionado. Nadie, empero queria ó se atrevia á tomárselo, hasta que Rodrigo Diaz en la iglesia de Santa Gadea dirigió al monarca aquellas célebres palabras: «Rey don Alfonso, venides me vos jurar que non fuisteis vos en consejo de la muerte del rey don Sancho, mio señor; é si vos mentira jurades prega á Dios que vos mate un traidor, que sea vuestro vasallo.» «El rey, añade la historia, dixole estonce amen, era é mudósele toda la color..... é por tres veces exigió el Cid el juramento al rey don Alfonso, que desde allí en adelantre le desamó (1).»

A. de C. J. 1073.

Con legítimo y sagrado orgullo, diremos con un autor contemporáneo, recordamos este heróico pasage de nuestra historia, que tan de relieve jamás se vió la nativa hidalguía de nuestros antepasados, y pocas veces en la historia del mundo se ofrece rasgo tan heróico que revele esa religiosidad moral de la vida de un pueblo, que no quiere que quepa sospecha en el que ciñe su corona. Con razon nuestro romancero y nuestros poetas han celebrado á porfía esta página de la historia patria, y con justicia se ha visto en aquel solemne instante personificada en el Cid la magestad y la virtud de la raza castellana (2).

Oido el juramento victorearon todos al monarca, y Alfonso ciñó la triple corona de Castilla, Leon y Galicia.

García, ex-rey de esta última comarca, abandonó las tierras de Sevilla al saber la elevacion de Alfonso, mas para él fué un momento muy desgraciado aquel en que así lo pensó: preso por Alfonso, fué encerrado en el castillo de Luna, donde permaneció hasta su muerte, acaecida en 22 de marzo de 1090. A lo que puede comprenderse, Garcia no disfrutaba de cabal juicio y era incapaz de empuñar el cetro. Su hermano le trató siempre con las mayores consideraciones, y al morir mandó celebrar por su alma magníficos funerales.

«Alfonso, dice Rodrigo de Toledo, era noble y grande, de preclaras virtudes, ilustre y glorioso; durante su reinado abundó la justicia y la servidumbre cesó; en su tiempo los desvalidos hallaron consuelo, la fe se aumentó, la patria se hizo grande, el pueblo esforzado, los enemigos quedaron confundidos, el Africa tembló, el llanto y los lamentos de España cesaron; su diestra fué apoyo y defensa de la patria y protegió á los pobres y sostuvo á los magnates. Su gran corazon sentíase estrecho y como oprimido en las antiguas fronteras asturianas, y sus delicias eran las fatigas y azares de la guerra, considerando como perdido el tiempo que en ella no empleaba. Gran monarca, buscó su fuerza en el Señor y halló gracia ante sus ojos, y exaltó su santo nombre multiplicando las iglesias y restaurando las cosas sagradas.» Poco tiempo transcurrió sin que manifestara Alfonso á El Mamun de Toledo lo agradecido que habia quedado á sus finas atenciones y la fe con que guardaba sus promesas. En guerra el Toledano con El Motamid de Sevilla, dueño tambien de Córdoba, Alfonso se dispuso á marchar en socorro de su buen amigo, y ambos, penetrando en el territorio cordobés, 1078

(1) Dicen algunos haberse verificado este acto, no en Burgos, sino en Zamora, y otros muchos no ser exacto que el Cid tomara al rey el juramento por tres veces, sino que se limitó á una sola.

(2) Discurso de recepcion leido en la Universidad de Valladolid por el Dr. D. Francisco de Paula Canalejas.—1861.

A. de J. C llegaron á apoderarse de la capital, donde murió El Mamun, segun antes hemos explicado. Al regresar de esta expedicion Alfonso se apoderó de Coria.

Aquí empieza la confusion mayor que puede imaginarse, y los hechos de este período que dieron por resultado la toma de Toledo por los cristianos, hállanse envueltos en sombras que no es posible desvanecer del todo. Cada autor los refiere á su modo, y no solo en los incidentes varian, sino en el fondo de los sucesos y hasta en los personages que de ellos fueron autores. Sin embargo, del detenido exámen que de ellos hemos hecho, adoptando lo que nos ha parecido mas justificado y rechazando aquello que sientan los escritores menos acreditados, puede deducirse con muchos visos de certeza que la verdad de los hechos fué la siguiente.

Hixem ben El Manum no reinaba ya en Toledo; los habitantes sublevados le habian expulsado de la capital, quizás por su amistad con los cristianos, y en su lugar habian aclamado á Yahia, hijo tambien de El Mamun, príncipe, á lo que parece, cruel y vicioso, que no tardó en atraerse el odio de todos sus súbditos, y en especial de los Mozárabes y Judíos. Estos hicieron llegar sus quejas hasta Alfonso, quien, no ligándole pacto ninguno con el hijo segundo de El Mamun, empezó desde aquel momento á acariciar el gran proyecto de apoderarse de Toledo.

No fueron los vecinos cristianos de la real ciudad los únicos que excitaban al monarca leonés á llevar sus armas contra el Toledano. La insaciable ambicion de El Motamid de Sevilla, nos dice Conde, no hallaba sosiego sino en nuevas adquisiciones y triunfos, y envió segunda vez á su wazir Aben Omar (Ammar, segun Dozy) con embajada para Alfonso ben Ferdeland rey de Galicia con el fin de negociar una torpe alianza. Esta se verificó á costa de crecidas sumas, pues al de Sevilla le convenia suscitar enemigos al emir de Toledo para extender sus dominios por los codiciados territorios de Lorca y Murcia y por Jaen y Baeza. Dícese que la hermosa Zaida, hija de El Motamid, con muchas ciudades y fortalezas que llevó en dote, formó parte del precio que puso Alfonso á su alianza, y que el rey cristiano tomó á la Mora *quasi pro uxore,* segun el cronista de Tuy, á pesar de estar entonces casado con Constanza de Borgoña, suceso que si califican de torpe y abominable los autores árabes, no habríamos de vituperar y lamentar menos los historiadores cristianos, á no tener la plausible explicacion que diremos á su tiempo. Así excitado pues, y allanado el camino, Alfonso resolvió en su ánimo la gran empresa de la conquista de Toledo y dispuso
1078 para realizarla los necesarios preparativos.

Mas de dos años empleó en reunir la gente, las provisiones, las armas y
1081 los aparatos bélicos, y por fin en 1081, á la cabeza de un ejército compuesto de hombres reclutados en todas las provincias de sus reinos, y además de muchos aventureros aragoneses y franceses, pasó los montes que separan á las dos Castillas, talando los campos, destruyendo poblaciones, y sembrando el terror por la comarca entera, volviéndose á sus estados cargado de despojos y seguido de
1082 innumerables cautivos. Llegado el siguiente año (1082), volvió al reino de Toledo por las montañas de Avila, junto á las cuales repobló y fortificó á Escalona para que le sirviera de refugio en caso necesario; apoderóse tambien de Talavera, y en tanto su aliado El Motamid guerreaba muy á su salvo en Andalucía, y

segun expresion de Conde, acrecentaba su estado levantando las altas torres de su vanidad y ambicion sobre las ruinas de otros príncipes muslimes. En efecto, en 1078 habíase apoderado de Murcia, y ahora se apoderaba de Calatrava y de otras ciudades de la Mancha, y conquistaba los pueblos que habia de llevar en dote su hija Zaida, que eran, segun nuestros cronistas, Cuenca, Huete, Ocaña, Velez, Mora, Valera, Consuegra, Alarcos y algunos otros. A. de J. C.

En la siguiente campaña (1083), Maqueda, Santa Olalla y todo el país que se extiende á lo largo de los montes desde Talavera hasta Madrid pasaron bajo la dominacion de Alfonso, quien puso por fin sus reales ante la fuerte ciudad, baluarte del islamismo en Occidente. 1083.

Está situada Toledo sobre una elevada peña que rodean las aguas del Tajo, excepto por la parte del Norte, formando una especie de península; además del rio defiéndela una muralla de escarpadas rocas de muy difícil acceso, y por esto decia Tito Livio estar fortificada Toledo por su propia situacion, *munita loco.* Por esto, pues, en los tiempos de turbulencias y guerras que atravesara España, habia sido Toledo una ciudad importante: hemos visto su esplendor en la época visigoda, y bajo el dominio de los Sarracenos habia competido con Córdoba como centro del lujo y de las artes y era ahora la émula y rival de la encantada Sevilla.

De esta ciudad habia prometido apoderarse Alfonso, y al llegar delante de la ciudad muzárabe, á la vista de aquellos muros en cuyo recinto recibiera hospitalidad tan generosa, hubo de sentirse sin duda dominado por viva emocion. El monarca cristiano estableció su campamento al norte de la ciudad y dió principio á sus ataques por el muro que por aquel lado la defiende, al propio tiempo que ocupaba la ribera opuesta del Tajo á fin de impedirle todas las comunicaciones con la campiña. Al saber el peligro que corria la real ciudad conmovióse toda la España musulmana, pero únicamente Almoctadir de Zaragoza preparóse con sus tropas para ir en auxilio del Toledano, cuando la muerte detuvo sus pasos. Entonces Yahia, que entregado únicamente á los juegos y placeres nada se atrevia á intentar contra los cristianos, pidió auxilio al emir de Badajoz, Omar ben Muhamad, apellidado El Motawakil; su socorro, empero, llegó demasiado tarde, y no pudo combinarse con una salida de los sitiados, así es que el walí de Mérida, que mandaba las tropas de Badajoz, hubo de volver á su país despues de experimentar una completa derrota. Entonces fué cuando, perdida toda esperanza de ser socorridos y apurados por el hambre, la mayoría de los habitantes de Toledo junto con los cristianos muzárabes y los judíos que constituian una parte muy notable de la poblacion, aconsejaron á Yahia entrar en negociaciones con Alfonso. Los mensageros toledanos salieron con ricos presentes, segun era costumbre, y despues de recordar al rey de Leon la antigua amistad que le uniera con el padre de su emir, ofrecieron declararse sus vasallos y pagarle tributo con tal que levantara el sitio. Alfonso, sin embargo, se negó á todo tratado que no tuviera por base la entrega de la ciudad y aunque, segun la crónica, algunos nobles musulmanes quisieron en su dolor morir en defensa de su libertad y de los paternos muros, el pueblo alborotado y la multitud mal sufrida pedia á voces la capitulacion. Cediendo á la imperiosa necesidad, partieron nuevos enviados al campamento sitiador, y mostrándose Alfonso tan blando en las condiciones como duro

A. de J. C. se mostrara en su propósito de apoderarse de la plaza, convinieron en las siguientes: Alfonso tomaba bajo su proteccion la vida y los bienes de los Toledanos, que podrian á su arbitrio permanecer en la ciudad ó abandonarla, exigiendo únicamente de ellos una capitacion fijada de antemano; la gran mezquita habia de dejarse á los vencidos para el ejercicio de su culto, lo mismo que sus jueces ó cadíes para que les administrasen justicia conforme á sus propias leyes; los Musulmanes que quedasen en la ciudad no habian de pagar al rey otros tributos que los que satisfacian á sus emires; Yahia podia ir libre á Valencia, y Alfonso se obligaba á ayudarle para cobrar aquel reino. Con estas condiciones consignadas en un tratado del que se hicieron cuatro copias en árabe y en latin, que firmaron Alfonso y los principales personages eclesiásticos, civiles y militares que se hallaban en su campamento, ocuparon los cristianos las puertas de la plaza, el alcázar, los puentes y la huerta llamada del Rey, y Alfonso hizo su en-
1085. trada en la ciudad el dia 25 de mayo del año 1085, fiesta de San Urbano. El emir Yahia y sus principales caudillos salieron al mismo tiempo de la ciudad y se fueron á Valencia, llevando consigo sus mas preciosos tesoros. Así se perdió, dice Conde, aquella ínclita ciudad y acabó el reino de Toledo con grave pérdida del Islam, y así volvió, diremos nosotros, á poder de cristianos la fuerte é ilustre ciudad de los concilios despues de 374 años que se hallaba bajo el dominio sarraceno (1).

El rey estableció su residencia en su campamento fuera de ciudad, es decir que vivió en su tienda hasta que, habiendo tranquilizado á la poblacion musulmana acerca de sus intenciones, pudo contar con el favor del pueblo; entonces se trasladó al alcázar con toda su corte, y desde allí gobernó en adelante, y Toledo fué la capital del imperio cristiano de España.

La toma de Toledo puede considerarse como un triunfo capital: con ella perdieron los Arabes su ciudadela y su principal punto de apoyo, y su poderío declinó, al tiempo que los cristianos tomaban la amenazadora actitud que varia del todo el aspecto de la lucha. Apoyados en Toledo, contando con un nuevo y avanzado baluarte, pudieron nuestros mayores poblar, asegurar y conservar todo el territorio que se extiende desde Atienza, Berlanga, Sigüenza y Osma, hasta las ciudades de Coria, Plasencia, Salamanca, Ciudad-Rodrigo, Avila y Segovia, ciudades y pueblos que, si antes habian caido en poder de los cristianos, eran y habian de ser muy en breve perdidos; desde que Toledo estuvo bajo su dominacion, todo cambió para ellos de aspecto, y no fué únicamente su madre, como dice un historiador particular de aquella ciudad, sino tambien su ciudadela, su escudo y su amparo.

La caida de Toledo es atribuida generalmente por los historiadores musul-

(1) Dozy cuenta este glorioso suceso de un modo del todo distinto, que no es posible en manera alguna armonizar con las relaciones mas ó menos contradictorias de los demás historiadores. Dice que cansado el pueblo de Toledo de la tiranía de su emir, que les habia exigido un crecido tributo para comprar el auxilio de los cristianos, se rebeló contra él, le expulsó de la ciudad y aclamó á Motawakil de Badajoz. El fugitivo Yahia imploró en 1080 el auxilio de Alfonso, y con él volvió á entrar en Toledo en 1084. Desde aquel momento no cesó el rey de Leon de exigirle crecidas sumas, asolando con sus huestes los alrededores de Toledo cuando no le eran satisfechas, hasta que por fin sus exigencias crecieron tanto y tanto que Yahia hubo de cederle su reino con las condiciones dichas.

manes á la política y maquinaciones de Aben Ammar, el ministro favorito del emir sevillano, y no era posible, dice uno de ellos, que el autor de estas desgracias gozase con tranquilidad del fruto de sus pérfidas negociaciones. Todos los alcaides de España le aborrecian y buscaban su perdimiento, ofreciéndonos el infeliz Aben Ammar otro ejemplo de aquellas deslumbrantes fortunas que, fundadas en el mudable afecto de los reyes, infunden al desplomarse espanto general, trocando en lástima y piedad el odio y la envidia que excitara el valido en su puesto inmediato al trono. Acosado Aben Ammar por muchos y poderosos enemigos, y entre ellos por la esposa y el hijo del emir El Motamid, calumniado quizás é imputándosele gravísimos delitos, cayó derrumbado de su omnímoda privanza, y encerrado en un calabozo, pereció bajo la propia cimitarra de su antiguo amigo y soberano.

A fines del año 1085, viendo Alfonso el próspero estado de su nueva conquista, convocó en ella á los obispos y grandes, llamados por Rodrigo *regni proceres et majores, episcopos et abbates, et viros religiosos,* y el XV de las calendas de enero, 18 de diciembre, reunidos todos en la ciudad real, eligieron unánimemente por arzobispo al abad de Sahagun Bernardo, de nacion francés, que, junto con dos monges de Cluni, se hallaban en el campamento con la reina Constanza su protectora. Con este motivo el rey dotó la antigua silla metropolitana con gran esplendidez, y hecho esto partió para Leon donde le llamaban urgentes atenciones.

Tócanos hablar aquí de un negocio eclesiástico al que se dió entonces y aun ahora por determinados escritores considerables proporciones, mayores quizá de las que el asunto requeria. Era el tiempo en que la Iglesia extendia su influjo á todos los imperios y príncipes cristianos, de cuyo hecho, uno de los que mas vivamente caracterizaron á los siglos medios, habremos de decir algunas palabras, no aquí para no interrumpir el órden que hemos adoptado en la presente historia, sino en los capítulos que al final de esta parte consagremos á la vida social por decirlo así de los pueblos españoles. Los pontífices romanos, deseosos de extirpar los abusos que la confusion de los tiempos habia introducido en la vida de la Iglesia, de establecer la unidad de su poder no desconocido en ninguna parte pero muy débil en algunas, obedeciendo á un sistema político y social que aquí no calificaremos, pero que no tendia, como se ha dicho á menudo, á fundar una monarquía universal en que todos los príncipes y reyes fuesen vasallos del Papa; llevados por un legítimo afan de determinar las relaciones y los límites de las dos potestades, resolvieron la reforma y empezaron la predicacion de sus teorías, que dieron por resultado la animada lucha con algunos poderes temporales, é indudablemente la mejora de la ruda y violenta sociedad de aquellos siglos. Demostrado dejamos ya que la absoluta independencia que algunos suponen en la Iglesia gótica respecto de la Santa Sede, no pasa de ser un error histórico muy grave cuando no es un arma de partido; sin embargo, investidos los soberanos visigodos de latas prerogativas en lo que toca á asuntos eclesiásticos, es claro que estas habian de ser mayores aun en favor de los famosos soberanos de la reconquista, y que los papas ya expresamente ya con su tácito asentimiento habian de dejar con gusto muchas prerogativas en aquellas manos que guerreaban sin cesar con los infieles y eran los valerosos adalides de la civilizacion cris-

tiana contra la barbarie oriental. Esto y el continuo estado de guerra en que se halló nuestra península desde principios del siglo VIII produjo naturalmente el privilegiadísimo estado de la Iglesia española, en el cual, repetimos, han visto algunos autores un completo aislamiento entre ella y su cabeza y una absoluta carencia de intervencion de la Santa Sede en los negocios eclesiásticos de España. Hemos dicho todo esto, no porque lo creamos necesario para la explicacion del hecho para nosotros muy sencillo y natural de la abolicion del rito mozárabe é introduccion del romano, sino porque nuestros lectores, que quizás hayan visto las ideas con que acompañan la relacion de este hecho historiadores que, repetimos, le dan proporciones que no tiene, puedan rectificar si lo creen justo aquel modo de considerar las cosas.

Ceñia en 1064 la tiara pontificia Alejandro II, y él, sin otra idea que la natural tendencia á la unidad que ha caracterizado siempre á la Iglesia católica, fué el primero en emprender gestiones para que la liturgia de la Iglesia española se asimilase á la que observaban las demás iglesias de Europa. En ellas usábase el breviario y ritual romano, y en nuestra península el rito y breviario gótico ó mozárabe inalterablemente conservado desde los primeros tiempos de la Iglesia goda. Con este objeto envió en dicho año á Aragon al cardenal Hugo Cándido, quien fué recibido muy favorablemente por el monarca aragonés; pero ya fuese que los asuntos de la guerra, ó las reclamaciones que, sabedoras de lo que ocurria, hicieron por aquel entonces Navarra y Castilla en favor del rito mozárabe, es lo cierto que hasta 1071 no quedó este abolido en Aragon, comenzando á usarse el romano en el monasterio de San Juan de la Peña, *primera brecha,* exclama un historiador rindiendo culto á ideas que son ya de otra época, *que se abrió en España á la preponderancia de la corte pontificia, preponderancia que habia de ir acreciendo, y que monarcas y pueblos inútilmente se habian de esforzar despues por atajar.*

Castilla sin embargo, encariñada con lo que consideraba como su culto nacional, envió tres obispos al concilio que se reunió en Mantua en 1067, para que hablaran en su defensa, y el concilio, como no podia menos de suceder, lo declaró legítimo y católico, si bien quedaban en pié las mismas cuestiones de utilidad y conveniencia que habian determinado la conducta de Alejandro II. Así quedaron las cosas, y conservábase el rito mozárabe en los reinos de Leon, Castilla y Navarra, á pesar de no haber abandonado su proyecto la corte pontificia, para cuya realizacion le auxiliaban eficazmente los monges de Cluni, entonces ya muy influyentes en España, cuando en 1073 ocupó el trono pontificio el inmortal Gregorio VII. Con el ardor y constancia que presidia á todas sus empresas, trató de resolver la que con respecto á España le habia dejado su predecesor, y escribiendo á Alfonso, enviando legados, haciendo que los monges de Cluni y la reina Constanza, que como francesa se inclinaba mas á la liturgia romana, secundaran sus esfuerzos, logró que en 1085 se reuniera un concilio en Burgos, bajo la presidencia de su legado el cardenal Ricardo, en que se decretó solemnemente la abolicion del rito mozárabe. Antes empero, segun nuestras antiguas crónicas, remitióse la decision á la prueba del duelo peleando dos campeones en defensa del oficio romano el uno y del mozárabe el otro. Este último, que se llamaba Juan Ruiz de Matanzas, venció á su adversario; pero como quier, dice Ma-

riana, que los de la parte contraria no se rindiesen, ni vencidos se dejasen vencer, parecióles que por el fuego se averiguase esta contienda, echándose al fuego ambos misales y prevaleciendo el que saliera ileso de la llamas. El mozárabe, dícese, no se quemó, al paso que el romano saltó del fuego chamuscado, todo lo cual no fué obstáculo para que el concilio de Burgos, á instancia del Papa y del rey tomara la resolucion dicha (1). De aquí, dice el buen Mariana, nació en España aquel refran muy usado: allá van leyes do quieren reyes.

Antes de pasar á referir los sucesos que en nuestra península siguieron á la toma de Toledo, es necesario que volviendo atrás en nuestro relato digamos algo de lo que habia acontecido hasta la época presente en los demás reinos cristianos de España.

Hemos dejado en 1065 á Ramon Berenguer el Viejo gobernando sabiamente el condado de Barcelona y ensanchando sus fronteras á expensas de los Sarracenos sus vecinos. En 1068, con aprobacion del papa Alejandro II, mandó reunir un concilio en Gerona, al que asistieron diez obispos y el cardenal legado Hugo Cándido, y en él se hicieron muy sabios cánones para la reforma de la disciplina eclesiástica y se confirmó la *tregua de Dios,* aquel sabio y benéfico medio ideado por la Iglesia para reprimir las violencias de la época. Aquel mismo año convocó en Barcelona á los condes, vizcondes y barones principales de Cataluña, y de acuerdo con ellos llevó á cabo su obra mas honrosa, que constituye una de las páginas mas brillantes de la historia de nuestro principado. Hablamos de las nuevas leyes entonces publicadas con el nombre de *Usatges,* sabia compilacion que los ilustrados monges de San Mauro calificaron de la mas sistemática é íntegra de cuantas se conocian. Habia regido en Cataluña hasta aquella época el código visigodo, pero alteradas muchas de sus leyes por el transcurso del tiempo, inaplicables otras á las circunstancias de entonces, habian nacido nuevos usos y costumbres que llegaron á adquirir fuerza de ley, de modo que era necesario una reforma en la legislacion, acomodando las leyes escritas á las nuevas condiciones sociales y á lo que por costumbre se venia practicando. Los *Usatges,* de los cuales diremos algunas palabras en la parte que á la legislacion española consagremos, no abolieron las leyes góticas, sino que las reformaron en varios puntos, quedando estas subsistentes en aquellos que no sufrieron derogacion ó cambio.

A este mismo conde fué debida en 1071 la derogacion de la liturgia mozárabe ó toledana y su sustitucion por la romana, secundando en esto los esfuerzos del Pontífice y de su legado Hugo Cándido, que habia obtenido ya igual concesion en el reino aragonés. Dicen las crónicas que la esposa del conde doña Almodis, que como francesa tenia aficion al breviario romano, contribuyó mucho á que el conde, lejos de oponerse á la reforma que por Roma se pedia, procurara por el contrario realizarla por cuantos medios estuvieron á su alcance.

No fueron estos los únicos beneficios que dispensó á Cataluña el gobierno de este conde. No contento con librar del yugo sarraceno muchos lugares comarcanos, vióse dueño, merced á su habilidad y destreza, de cuantos estados le pertenecian en la otra parte de los Pirineos por derecho de herencia de su abue-

(1) El rito mozárabe continuó usándose por privilegio especial en algunas iglesias de Toledo.

la Ermesindis, de los cuales se hallaban indebidamente en posesion algunas familias poderosas. Carcasona, Tolosa, Narbona, Cominges, Conflent, Foix y otros condados de aquellas regiones transpirenaicas quedaron bajo su dominio y pasaron á sus sucesores, si bien habremos de decir con el erudito Bofarull que para la casa de Barcelona fué siempre agitada la posesion de los estados de Francia.

Hallábase, pues, el conde Ramon Berenguer en el apogeo de su gloria y grandeza cuando empezaron desgraciadamente en su mismo palacio y familia los disturbios y odios que terminaron con una sangrienta catástrofe. De su primera esposa Isabel, hija del conde de Biliers, tuvo tres hijos Berenguer, Arnaldo y Pedro Ramon, muertos los dos primeros en su mas tierna infancia, y vivo el último, como dice un escritor, para desgracia de su padre y del estado. Fallecida la condesa Isabel en 1050, hay vehementes sospechas de haber contraido el conde segundas nupcias con una señora llamada Blanca, que repudió en 1053 para tomar por esposa á Almodis, hija de los condes de la Marca en el Lemosin. Este acto de repudio fué causa sin duda de la excomunion fulminada por el Pontífice contra el conde y su tercera esposa, en una época en que los grandes señores solian deshacerse de sus mugeres cuando se les antojaba á pretexto de parentesco, con tanta frecuencia y escándalo que no pocas veces hubo de recurrir la Iglesia á sus mas terribles anatemas para defender la santidad del matrimonio. Fué el caso que desde un principio empezaron á llevarse muy mal el primogénito y su madrastra, á pesar de los prudentes esfuerzos del buen conde, y ya sospechase el entenado que doña Almodis por amor á sus hijos propios indujera á su padre á privarle de su herencia, ya se enconaran los odios y rencores por otras causas que la historia no ha consignado, es lo cierto que el desatentado mozo manchó sus manos con la sangre de la esposa de su padre á la que emponzoñó ó degolló en 17 de noviembre del año 1071. Desde aquel momento cayó el conde en mortal tristeza, y murió en 27 de mayo de 1076, á los cincuenta y dos años de su edad y cuarenta y uno de gobierno. Su cuerpo junto con el de su tercera esposa fueron sepultados en el claustro de la antigua catedral, segun la costumbre de aquel siglo, que no permitia enterrar dentro de las iglesias, y descansan hoy en nuestra iglesia catedral en dos urnas de madera cubiertas de terciopelo carmesí en el lienzo de pared interior que media desde la sacristía á la puerta que da salida al caustro, á unos quince palmos de elevacion del pavimento (1).

No terminaron aquí los infortunios de la casa condal de Barcelona. De su último enlace habia tenido el conde dos hijos y dos hijas, llamados los primeros Ramon Berenguer *Cap de Estopa,* á causa de la abundancia y hermosura de su cabello, y Berenguer Ramon II, apellidado despues el Fratricida. A ambos hermanos gemelos dejó su padre *pro indiviso* el gobierno de sus estados (2), pare-

(1) Dice Bofarull que el sarcófago de mármol que sirve de pila de fuente en el patio de la casa de la dignidad del arcediano mayor en Barcelona puede ser muy bien el de Ramon Berenguer el Viejo y no el de Cneo hijo de Pompeyo, como algunos creen.

(2) Ignórase cual fué la suerte y paradero de Pedro Ramon despues de su criminal arrojo; pero se cree que murió en Jerusalen cumpliendo la penitencia que le impusieron el papa y el colegio de cardenales.

ciendo olvidar que el solio no sufre compañía, y que, segun dice Lafuente, una sola corona para dos cabezas habia de convertirse en manzana de discordia. Unidos, al parecer marcharon al principio los nuevos condes, pues Ramon Berenguer, de condicion pacífica y apacible, prestábase á cuanto queria su activo y belicoso hermano. Apenas muerto su padre exigió el segundo á presencia de varios obispos y magnates que su hermano le prometiera con un acto público y solemne que repartiria con él los estados y alodios de la manera dispuesta por el difunto conde, debiendo luego en 1078 ratificar en otra escritura la anterior promesa. Esto manifiesta la poca armonía, desconfianzas y amagos que mediaban entre los dos hermanos, que hiciéronse luego mas evidentes con el extraño pacto que propuso en 1079 Berenguer Ramon, consistente en que, habiendo de partirse el gobierno en lo posible, habitasen medio año cada uno en el palacio condal, reservándose en garantía el que no viviese en él el Castillo del puerto. A todo condescendia el bondadoso Ramon Berenguer, pero nada lograba contentar á su ambicioso hermano, si atendemos al asesinato del infeliz *Cap de Estopa*, que cometió ó mandó cometer Berenguer Ramon el dia 6 de diciembre de 1082, en un bosque solitario que habia entre las villas de San Celoni y Hostalrich, camino de Gerona. Acababa de nacerle al desventurado conde un hijo de su esposa Mahalta, hija del normando Roberto Guiscardo, duque de Calabria, y aun cuando causó indignacion general en toda Cataluña la nueva del horrible crímen, aun cuando acusaban todos al hermano de la muerte del hermano, el temor en unos y la duda en otros, y por otra parte el testamento de Ramon Berenguer I, que concedia el gobierno al hermano que sobreviviese, acallaron por entonces todas las voces, y el conde fratricida quedó encargado del gobierno y de la tutela del hijo de su víctima en 1085. Esto, emperó, no sucedió sin que el animoso vizconde de Cardona Ramon Folch se declarase en 1083 vengador del fratricidio, y sin que otros obispos y barones imitasen su generoso ejemplo; sin embargo, nada pudieron los esfuerzos de unos pocos servidores contra la habilidad y pujanza de Berenguer Ramon, y, segun hemos dicho, permitió Dios que realizara el comenzado empeño y que quedara solo en el gobierno de los estados catalanes. En la época á que de nuestro relato hemos llegado su frente ciñe todavía la corona.

En Aragon reinaba Sancho, hijo del desgraciado Ramiro, y esforzado en las lides como su padre hizo cruda guerra á los Musulmanes; en union con su suegro el conde Armengol de Urgel conquistó á Barbastro en 1065, y desde aquel momento pudo ya correr con sus huestes la tierra llana en que hasta entonces habian vivido los Sarracenos con toda seguridad y sosiego. En union con su primo de Navarra hémosle visto pelear contra Sancho de Castilla en los campos de Viana, y por sus hazañas se dilataron los términos de sus dominios mucho mas de lo que eran cuando él los heredara.

Tan deferente y respetuoso á la silla pontificia como esforzado guerrero puso bajo la proteccion de Roma todos los monasterios de su reino, y Alejandro II y Gregorio VII concediéronle numerosas exenciones, y felicitáronle por su devocion y piedad.

En esto, en 4 de junio de 1076, Sancho, hijo de García rey de Navarra, muere en Peñalen á manos de su hermano, que le precipita desde lo alto de un monte donde estaban cazando. La historia no expresa si Ramon dió muerte á su her-

mano para arrebatarle la corona ó en un momento de ira; pero es seguro que no recogió el fruto de su delito. Al saber el asesinato de Sancho, el rey de Aragon Sancho Ramirez, y el rey de Castilla y de Leon pretendieron ambos heredarle y entraron en Navarra á la cabeza de sus huestes; Alfonso se apoderó de la Rioja, de Calahorra y de otras plazas fronterizas; el rey de Aragon marchó á Pamplona, donde los Navarros le aclamaron rey, y ambos soberanos dividieron tácitamente entre sí el territorio de Navarra, conservando cada uno aquello de que se habia apoderado. El asesino Ramon, odiado por los Navarros, se refugió en Zaragoza, y un hijo de Sancho, que temió en los primeros momentos sufrir igual suerte que su padre, huyó á Valencia donde casó con una hija del Cid.

Con la adquisicion de los dominios de su primo Sancho Garcés, Sancho Ramirez hízose un monarca muy temible á los infieles sus vecinos, y en su tiempo dióse fin á la gloriosa obra empezada por su padre Ramiro I. El emir de Zaragoza El Mutamen, que habia sucedido á su padre Almoctadir, tuvo que sufrir principalmente el empuje de sus victoriosas armas, lo mismo que el emir de Huesca á quien derrotó en sangrienta batalla. Apoderóse Sancho del castillo de Monzon, taló los campos de Zaragoza, construyó los castillos de Ayerve y de Loharre, y tambien los de Castellar y de Montearagon, desde los cuales tenia en respeto toda aquella comarca mahometana.

Este era el estado de los reinos cristianos de la Península al acontecer el gran suceso de la toma de Toledo, que sin duda en el estado de descomposicion en que se hallaba el imperio muslímico, habria sido inmediato precursor de la expulsion de los árabes de España, si el Africa, que tan funesta ya le fuera, no hubiese arrojado sobre ella nuevo enjambre de conquistadores.



CAPÍTULO XXII.

La España musulmana despues de la toma de Toledo.—Apurada situacion de los Sarracenos.—Rompimiento entre Alfonso y El Motamid de Sevilla.—Carta de Alfonso á El Motamid y contestacion de este —Los emires andaluces se reunen para oponerse al poderío de Alfonso y resuelven llamar en su auxilio á los Almoravides de Africa.—Negociaciones que mediaron para ello.—Yussuf rey de los Almoravides se apodera de Algeciras y entra en España.—Se reune con los emires de Andalucía y marchan juntos contra Alfonso.—Movimientos de ambos ejércitos.—Batalla de Zalaca.—Los Almoravides y su rey Yussuf.—Acaecimientos que en la España musulmana siguieron á aquella funesta jornada.—Los Almoravides dominan en España.

Desde el año 1085 hasta el 1094.

Conquistada Toledo nada igualó en España el poderío de Alfonso á no ser la bajeza y humillacion de los príncipes musulmanes, que se apresuraron á enviarle embajadores para felicitarle y rendirle homenage, sin que Alfonso, *el soberano de los hombres de ambas leyes,* como se titulaba el mismo, ocultase el desprecio que todos le inspiraban. Tomada Toledo, tenia Alfonso que castigar á los emires de Zaragoza y de Badajoz por la enemistad que le habian mostrado, así fué que en los últimos meses del año 1085, corrió y devastó sus tierras causando en todas partes los estragos de las tempestades. En seguida llegó su vez á Valencia, donde disputábanse el poder dos hijos de Aben Abdelaziz, el emir de Zaragoza y Yahia el vencido de Toledo. El triunfo quedó finalmente por este último partido, pues Yahia, á cuyas espaldas marchaba un ejército castellano, era sin duda el que mejores títulos podia aducir. Elevado al trono, los Valencianos representáronle que estando dispuestos á servirle, ninguna necesidad tenia de las tropas cristianas que les costaban seiscientas monedas de oro cada dia; Yahia empero, que no ignoraba el odio de que era objeto, y que sabia que los antiguos partidos no habian renunciado á ninguna de sus esperanzas, conservó junto á sí á los Castellanos, y para pagarles gravó á la ciudad y su territorio con un tributo extraordinario. Ni esto bastó aun para satisfacer las exigencias de los cristianos que acabaron con permiso de Yahia por establecerse en el país y adquirir vastas posesiones, desde donde hacian frecuentes excursiones á los países inmediatos con gran daño y sentimiento de los Musulmanes. Así, pues, Valencia se hallaba en realidad en poder del invencible Alfonso, y aun cuando llevaba Yahia el título de rey, la mayor parte de la tierra pertenecia á los Castellanos, y para incorporar aquella ciudad á sus estados el monarca de Leon no habia de pronunciar mas que una palabra (1).

(1) Dozy, Hist. de los Musulm. de Esp., t. IV.

A. de J. C. Tambien llegó su vez á los estados de Sevilla, y El Motamid, que habia sido el instigador de aquellas conquistas y el aliado de Alfonso, fué el que por ellas salió mas duramente castigado. No tardó en sentir recelos por lo que habia obrado, y al ver que Alfonso se adelantaba hasta las fronteras de sus estados, pensó que era ya tiempo de poner fin á sus amenazadoras conquistas. Escribióle en consecuencia para detenerle en la embriaguez de sus triunfos y recordarle los tratados que los unian; pero Alfonso le contestó estar pronto á auxiliarle contra sus enemigos conforme á lo estipulado entre ellos, y sin esperar respuesta, presentóse en persona en Andalucía al frente de mil quinientos caballeros. Aquella tropa cubierta de hierro penetró sin resistencia por los campos de Sevilla y se dirigió á Sidonia donde se hallaba El Motamid, quien, profundamente contrariado por la presencia de semejantes huéspedes, en vano les manifestó estar en vísperas de celebrar la paz con sus enemigos de la costa meridional y los instó para que volvieran á sus hogares. Alfonso no se apresuró á complacerle, y corriendo la tierra en todas direcciones, adelantóse hasta Tarifa, donde metiendo su caballo en el mar hasta que el agua le llegó á la silla, exclamó: «Este es el término de la Andalucía, y yo he llegado hasta él!» En seguida regresó á Toledo; pero aquella audaz excursion habia bastado para cambiar del todo las disposiciones de El Motamid, y desde aquel dia empezó á meditar en su ánimo la ruina del monarca cristiano que con tanta resolucion le habia ofrecido su peligroso auxilio en el seno de sus propios estados.

1086 Esto no obstante, la política impidió que estallara la rivalidad de ambos monarcas, y Alfonso continuó sus excursiones contra el emir de Zaragoza y el de Badajoz, quien amenazado de inminente peligro por la proximidad de sus tierras á las últimamente conquistadas por los cristianos, contestó con la siguiente carta en los primeros meses del año 1086 á las intimaciones de Alfonso para que le entregara algunas fortalezas y le pagara tributo:

«En nombre de Dios clemente y misericordioso, di:

«Dios es único, Dios es eterno; no engendra ni ha sido engendrado y na-«die puede serle comparado.

«De parte de Omar ben Muhamad El Motawakil, confiado en Dios, emir del «Garb del Andalos, al rey Alfonso, señor de Djalykya.

«Hemos recibido una carta del poderoso rey de los cristianos, en que lleno «de orgullo y presuncion en su poder y en la grandeza que Dios incomprensible «le ha dado, despide rayos y truenos contra nos y sin ninguna razon plausible «nos amenaza con sus grandes ejércitos, con su poder y sus victorias; no sabe, «empero y no comprende que Dios tiene tambien ejércitos con los cuales favore-«ce y hace triunfar la verdad de su ley y la doctrina de su profeta Mahoma «(salud y paz sobre él), ejércitos con los cuales ayuda y socorre á los Musulma-«nes que hacen justa guerra á los cristianos segun sus santos mandatos; y en «cuanto al desprecio y á la burla que hace de los Musulmanes á causa de nues-«tras desgracias y de nuestra mala ventura, sepa que reconocemos la causa de «ello en nuestros pecados, contiendas y rivalidades, pues si nos uniéramos y con-«federásemos, haríamos experimentar á tí, rey Alfonso, y á tus cristianos los «mismos terrores que nuestros padres hicieron sentir á los tuyos. Sabe, sin em-«bargo, que no perdemos la esperanza en Dios, y que no renunciamos á creer

«que te haremos gustar y beber hasta las heces las mas amargas bebidas que «jamás hayas gustado y conocido. Entre tanto acuérdate de Almanzor y de aque«llos tratados en que tus mayores le ofrecian sus propias hijas y se las envia«ban en tributo. En cuanto á nosotros, si bien verdaderamente ha disminuido el «número de nuestra nacion y á nadie tenemos para guiarnos al combate, sabes «bien que entre nosotros no existe mar que nos separe, ni nada que nos impida «vernos. Nuestras espadas pueden cruzarse con las tuyas, y su corte alcanzar «la cabeza y la garganta de tus soldados. Confiado en Dios omnipotente y mise«ricordioso espero hallar auxilio contra tí en él y en sus ángeles revestidos de «formas humanas. Solo de Dios esperamos favor; solo á él podemos recurrir; «solo en él encontrar asilo, y si Dios está por nosotros, ¿quién podrá estar contra «nosotros? En una palabra, solo esperamos una de estas dos cosas, que son am«bas muy grandes felicidades: ó una victoria gloriosa contra tí (¡concédanos «Dios esta dicha!), ó una muerte mas gloriosa aun en servicio del Señor (¡Dios «nos conserve esta beatitud!). En el Señor Dios están el premio y la recompen«sa de todos los trabajos terrestres; él favoreció las armas de nuestros padres, «y de él esperamos el martirio ó una victoria que nos redima y libre de nues«tras pasadas calamidades. Quiera Dios, ó rey Alfonso, que te hagamos experi«mentar la misma suerte con que nos amenazas.»

Despues de semejante carta era necesario prepararse á la guerra, y Omar ben Muhamad hizo un desesperado esfuerzo é intentó en vano recobrar á Coria, tomada por los cristianos en 1077.

Aunque muy esforzado, conoció la inferioridad de sus fuerzas, y adoptando la idea natural á todos los Andaluces volvió sus ojos al Africa y fué de los primeros en reclamar el auxilio del poderoso jefe que allí se elevara.

El peligro era inminente y grande en todas partes, dice la crónica: Zaragoza era sitiada ó iba á serlo, y Alfonso habia jurado apoderarse de ella. En el otro extremo de España García Gimenez, que defendia con muchos caballeros el castillo de Aledo, cerca de Lorca, hacia sin cesar incursiones por el reino de Almería, y el de Granada tenia que sufrir iguales violencias, como lo prueba que en la primavera del año 1085 los Castellanos llegaron hasta el pueblo de Nibar, á una legua de la capital, y allí vencieron en batalla á los Musulmanes. El desaliento y el temor corrian parejas con el peligro, y los Arabes no se atrevian ya á luchar con los cristianos ni en la proporcion de cinco contra uno. Ultimamente un cuerpo de cuatrocientos caballeros de Almería se habia desbandado delante de ochenta Castellanos, y era evidente que si los Arabes de España permanecian abandonados á sí mismos habrian de elegir entre la sumision al rey de Castilla ó la emigracion en masa. Muchos en efecto opinaban por salir de España, y un poeta de la época cantaba: «Poneos en marcha, Andaluces; permanecer aquí seria locura (1).»

En esto estalló el rompimiento de tanto tiempo previsto entre Alfonso y El Motamid de Sevilla y la causa que á él dió lugar fué la siguiente: el rey de Leon envió una embajada á su aliado para cobrar el tributo que anualmente le pagaba, embajada que se componia de muchos caballeros y de un judío llamado Ghalib

(1) Dozy, Hist. de los musulm. de Esp., t. IV.

para recibir el dinero, pues en aquella época los judíos servian regularmente de intermediarios entre los musulmanes y los cristianos. Los embajadores levantaron sus tiendas fuera de la ciudad, y El Motamid hízoles llevar la suma reclamada por algunos oficiales á cuya cabeza iba el primer ministro Aben Zeidun. Parte del dinero no era de ley, pues el emir no habia podido reunirlo todo á pesar de haber impuesto á sus súbditos un tributo extraordinario, y Ghalib, que lo conoció, negose á aceptarlo diciendo: «¿Me creeis tan estúpido que no conozca la moneda falsa? Este año solo tomo oro puro; el año próximo exigiremos ciudades.» Transportado de cólera El Motamid al saber estas palabras, mandó encarcelar á los embajadores y crucificar al judío, é instruido Alfonso de semejante hecho, juró por la Santa Trinidad y por todos los santos del paraiso tomar de él terrible venganza. Sin embargo, no pudiendo abandonar á su suerte á los caballeros castellanos que gemian en los calabozos de Sevilla, hizo preguntar á El Motamid con qué condiciones los pondria en libertad. El emir exigió la restitucion de Almodovar, y apenas estuvieron de regreso á su patria, preparóse Alfonso á cumplir sus amenazas. Entonces, dicen las crónicas arábigas, envió á El Motamid el siguiente mensage (1):

«Del emperador y señor de las dos leyes y naciones, el excelente y poderoso rey don Alfonso hijo de Fernando, al rey El Motamid Billah Aben Abed, que Dios fortifique y alumbre su entendimiento para que se determine á seguir el verdadero camino que os conviene: salud y buena voluntad de parte de un rey engrandecedor de reinos y amparador de pueblos, al cual han encanecido los cabellos en el conocimiento y prudencia de las cosas, y en el ejercicio y destreza de las armas y en perpétua consecucion de victorias; en cuya casa nació la consecucion de sus deseos y el cumplimiento de su voluntad, en cuyas banderas está de asiento la victoria, el que hace blandir las lanzas á sus caballeros con esforzadas manos, el que hace vestir de luto á las doncellas y dueñas muslímicas, el que hace ceñir las espadas en las cintas de sus campeadores y llenar de lamentos y alaridos vuestras ciudades. Bien sabeis lo que ha pasado en la ciudad de Toledo, cabeza y corte de toda Epaña, y lo que ha sucedido á sus moradores y á los de su comarca en el cerco y entrada de ella, y si vos y los vuestros habeis escapado hasta ahora, ya os viene vuestro tiempo y este no se ha dilatado sino por mi voluntad y por mi buen querer, y si ahora estais quietos y en sosiego advertid que la prudencia y cordura del hombre está en guardarse á sí mismo y mirar bien lo que le conviene antes de caer en el lazo y calamidad que despues no pueda remediar; pues en verdad si no mirara á los conciertos que hay entre nosotros y palabras que nos hemos dado, pues no hay en mí cosa mas presente que guardar mi palabra y fe prometida, ya os hubiera entrado la tierra, y á sangre y fuego os echara de toda España sin dar lugar á demandas y respuestas, y no habria entre nosotros mas embajador que el ruido y tropel de las armas, el fiero relinchar de los caballos, y el estruendo de los tambores y

(1) Damos cabida aquí á este documento, como la hemos dado á la carta del emir de Badajoz y la daremos á la contestacion de El Motamid, por verlos consignados en todas nuestras crónicas é historias, pero segun observa muy juiciosamente Dozy, no hemos de tener en ellos absoluta confianza, en cuanto en los siglos XII, XIII y XIV, muchos retóricos se complacian en confeccionar cartas, que suponian escritas por personages históricos.

trompetas de la batalla. Os quiero adelantar este aviso para quitaros toda disculpa y advertid que no se apresura sino el que teme que los sucesos no correspondan á su voluntad. Envíoos esta embajada con El Karmud el Barham, porque confio en él que sabe tratar y disponer los negocios, y conferir con personas de su discrecion; por lo mismo puedes decirle cuanto le quieras comunicar; trátale con confianza, que tiene prudencia para cualquiera cosa que gustes exponerle en lo que conviene á tu persona y vasallos, y conforme hicieres, verás despues las obras y sus efectos. Salud.»

A lo que parece estaba encargado el embajador de exigir la restitucion de Almodovar y la entrega de otras varias fortalezas, pero El Motamid, obedeciendo únicamente á la voz de su resentimiento y desoyendo las palabras de sus wazires que le aconsejaban acceder á la demanda de Alfonso y disculparse por el desman pasado achacándolo á la presion popular, dirigió á Alfonso una belicosa respuesta, en que la prosa alternaba con el verso segun costumbre de los Orientales. Decia así:

«Del rey victorioso y grande, el amparado con la misericordia de Dios y confiado en su divina bondad, Muhamad Aben Abed, al soberbio enemigo de Alá, Alfonso hijo de Fernando, al que se intitula rey de reyes y señor de las dos naciones y leyes, que Dios quebrante sus títulos vanos, y salud á los que siguen el camino recto...... ya despertamos de nuestro sueño y nos levantamos de nuestra flojedad y pasado descuido. Hasta ahora pensábamos pagarte tributo, y tú no te contentas con él y quieres ocupar nuestras ciudades y fortalezas; pero ¿cómo no te avergüenzas de tales peticiones, y quieres que se entreguen á los tuyos y nos mandas como si fuéramos tus vasallos? Maravíllome mucho de la diligencia y prisa con que urges para que se cumpla tu vana y soberbia voluntad: te has envanecido con la conquista de Toledo sin mirar que no la debes á tu poder, sino á la fuerza y voluntad divina que así lo habia determinado en sus eternos decretos. Bien sabes que tambien nosotros tenemos armas, caballos y esforzada gente que no se espanta del estruendo de las batallas, ni vuelve la cara á la horrorosa muerte, y que puestos en la pelea nuestros caballeros saben salir airosos del empeño...... y porque veas que esto es así como te digo, ya te tienen preparada respuesta de tu demanda y de comun acuerdo te previenen aceradas y limpias espadas y gruesas y agudas lanzas...... Es verdad que hubo entre nosotros conciertos y capitulaciones para que no moviésemos nuestras armas el uno contra el otro porque yo no ayudase á los de Toledo con mis fuerzas y consejo, de lo que pido perdon á Dios, y de no haberme opuesto antes á tus intentos y conquistas, aunque, gracias á Dios, toda la pena de nuestra culpa la ha cifrado en las palabras vanas con que nos insultas; pero como estas no acaban la vida, confio en Dios que con su ayuda me ampará contra tí, y sin tardanza verás entrar mis tropas por tus tierras, que Dios favorece y ampara á los que conocen la verdad y la siguen y se apartan de la falsedad y de sus engaños (1).»

---

(1) En verso le añadia, entre otras cosas, lo siguiente, segun la traduccion que se lee en Conde P. 3.ª, c. XIII:

Abatimiento de ánimo y vileza
en generoso pecho no se anida,
ni cabe bien, ni el corazon consiente
por mas que deudo ó amistad nos ligue,
á que temamos vanas amenazas

Despues de esto no era ya posible una avenencia, y los Musulmanes españoles conocieron acercarse el dia de su completa derrota. Sin embargo, no todo estaba perdido para ellos, y muchos esperaban recibir auxilio de Africa. Habíase propuesto por algunos recurrir á los Beduinos de Ifrikia, pero habíase objetado que aquella gente se habia distinguido tanto por su ferocidad como por su valor, y era de temer que una vez en España robasen y matasen á los Musulmanes en vez de pelear con los cristianos. Pensóse entonces en los Almoravides, pero si bien la idea de llamarlos á España sonreia principalmente á los ministros de la religion, que conocian ser los soberanos andaluces incapaces de salvar el estado, los príncipes, por el contrario, vacilaron durante mucho tiempo. Algunos de ellos tales como El Motamid y El Motawakil mantenian sí relaciones con Yussuf ben Tachfin y aun le habian rogado diferentes veces que los auxiliara contra los cristianos; pero en general los príncipes andaluces, sin exceptuar á los dos dichos, tenian pocas simpatías por el caudillo de los rudos guerreros del Sahara, y veian en él un rival peligroso mas que un auxiliar. Con todo, como el peligro crecia cada dia, fué preciso apelar al único medio de salvacion que quedaba, y así lo juzgó El Motamid cuando su contienda con Alfonso llegó al punto que llevamos dicho.

En vano su hijo Rachid, que tomaba ya parte activa en el gobierno del reino, le manifestó los peligros de llamar los Almoravides á España; su padre le contestó: «Todo cuanto dices es cierto, pero no quiero que la posteridad pueda acusarme de haber sido yo causa de la pérdida de Andalucía, y de haberla hecho morada de infieles y herencia de cristianos; no permita Dios que mi nombre sea maldecido en todos los alminbares musulmanes, y si me es forzoso elegir entre una de ambas cosas, prefiero guardar camellos en Africa que cerdos en Castilla.»

Resuelto ya, comunicó su proyecto á sus vecinos El Motawakil de Badajoz y Abdallah de Granada (1), rogándole que se asociaran á él y enviasen sus cadíes á Sevilla con el fin de tratar en comun de la salvacion del islamismo. Todos opinaron por llamar á España al rey de los Almoravides, y solo Abdallah ben Yacud de Málaga dijo no convenir de modo alguno abrir las puertas de la Península á aquella gente salvage, acostumbrada á vagar por los desiertos africanos; que menos peligroso seria hacer venir los tigres y leones que aquellas regiones

de tu soberbia, como vil esclavo
el furor teme de su airado dueño.
El miedo es torpe y vil, de vil canalla
es el pavor, y si por mal un dia
parias forzadas te ofrecí, no esperes
en adelante sino dura guerra,
cruda batalla, sanguinoso asalto,
de noche y dia sin cesar un punto,
talas, desolacion á sangre y fuego.
....
Armate pues, prevente á la batalla,
que con baldon te reto y desafio.
El sol en negras nubes eclipsado
baña su faz en lágrimas de sangre,
entre nosotros solo guerra y muerte
habrá de hoy mas, y espanto en toda España.
....

(1) Badís habia muerto en 1073 y sus estados se habian dividido entre sus dos nietos, Abdallah y Temin. El primero recibió Granada y el segundo Málaga.

engendran, y que si bien Yussuf romperia quizás las cadenas con que los sujetaba Alfonso, oprimiríalos en cambio con mas férreo yugo que no podrian sacudir. No fueron oidas las palabras del prudente jeque, y entre dos peligros igualmente grandes, elijió la asamblea el mayor, materialmente hablando, pero el menor segun su fe. Nombráronse embajadores para llevar al rey de Marruecos la expresion de los deseos de los soberanos andaluces, si bien debian tratar con Yussuf bajo ciertas condiciones que se ignoran, entre ellas la de que jurara no despojar de sus estados á los príncipes de Andalucía.

Yussuf recibió la embajada en Medina Fez, y despues de consultar á los miembros de su consejo, y de prestar el juramento que los Andaluces le exigieron, tratóse del lugar del desembarque. Aben Zeidun propuso á Gibraltar, pero Yussuf manifestó preferir Algeciras, plaza que habia de serle cedida. El wazir de El Motamid contestóle no estar autorizado para acceder á semejante demanda, y desde entonces trató Yussuf á los embajadores con bastante frialdad, y solo les dió contestaciones evasivas y ambiguas, tanto que al separarse de él ignoraban por completo qué partido tomaria. No habia prometido venir á España, pero tampoco se habia negado absolutamente á ello.

Así pues, los príncipes andaluces se hallaban sumidos en gran perplejidad, cuando los sacó de ella un suceso que les fué muy desagradable, y que manifestaba no haber sido vanas sus sospechas y temores. Yussuf, que por lo regular, nada emprendia sin consultarlo préviamente con su divan ó consejo, habíale tambien sometido ahora la respuesta que le dieran los enviados andaluces, y el consejo declaró primeramente estar obligado á marchar contra los Castellanos, y luego que si necesitaba Algeciras y se negaban á cedérsela, podia muy bien tomarla. Con semejante consejo Yussuf dió á varios cuerpos de tropas la órden de embarcarse en Ceuta en un centenar de buques y hacer rumbo hácia Algeciras, de modo que esta ciudad se vió de pronto rodeada por imponentes fuerzas, que no solo pedian víveres, sino tambien la entrega de la plaza. Radhi, otro hijo de El Motamid, que mandaba en ella, se apresuró á proporcionar víveres á los Almoravides, pero como aquel caso no habia sido previsto, al propio tiempo que se dispuso para rechazar la fuerza con la fuerza, escribió á su padre pidiéndole órdenes. La contestacion de El Motamid no se hizo esperar mucho tiempo; habíase decidido muy pronto, pues comprendió haberse adelantado ya demasiado para retroceder, y que le importaba sufrir con paciencia lo que no podia evitar. Mandó por lo tanto á su hijo que evacuara á Algeciras y se retirara á Ronda (1).

La multitud de los Almoravides, que era tanta, dice la crónica, que solo su criador podia contarla, desembarcó en la Isla Verde y acampó en sus playas, derramándose luego por las costas occidentales de la bahía de Gibraltar. Luego que todo el ejército hubo atravesado el estrecho, Yussuf, acompañado de Ibrahim su hijo, pasó á su vez á la cabeza de sus generales y grandes capitanes. Dícese que al poner el pié en su nave levantó las manos al cielo y dijo: «Dios mio, si ha de ser mi pasage para bien de los Muslimes, aplaca y sosiega este mar, pero si no ha de serles de provecho, ponle embravecido y tempestuoso y no me

(1) Hemos seguido al dar cuenta de estos sucesos la relacion de Dozy en su Hist. de los Musulm. de España.

permitas su paso.» En aquel mismo instante, dice Conde, sosegó el Señor el mar y la nave de Yussuf pasó el estrecho con extraña velocidad. La travesía fué en efecto rápida y feliz, pues habiéndose embarcado en Ceuta á la hora del mediodía del jueves 30 de junio de 1086, llegó á tiempo á Algeciras para decir la oracion prescrita para la hora siguiente. Su primer cuidado fué poner en buen estado las fortificaciones de la ciudad, proveerla de municiones de boca y guerra y establecer en ella una numerosa guarnicion, y luego con el grueso de sus fuerzas tomó el camino de Sevilla. El Motamid salió á su encuentro rodeado de los principales dignatarios de su reino, y llegado que fué á su presencia, quiso besarle la mano; pero Yussuf se lo impidió abrazándole afectuosamente. Los presentes de costumbre no quedaron olvidados, y el Sevillano los ofreció en tan gran cantidad al caudillo de los Almoravides, que este pudo dar alguna cosa á cada soldado de su ejército, y concibió una idea muy elevada de las riquezas que encerraba España. En su ardiente deseo de humillar al poderoso Alfonso, El Motamid no cesaba de admirar la muchedumbre de escogida gente que traia Yussuf y se extasiaba á la vista de su marcial y casi salvage aspecto, que le hacia presagiar muy venturosa campaña. Por su consejo precedian al ejército los camellos llevando barcas y balsas para pasar los rios, y llegado que hubieron cerca de Sevilla hicieron alto. Allí se reunieron á los Almoravides los dos nietos de Badis, Abdallah de Granada y Temin de Málaga, el primero con trescientos caballeros y el segundo con doscientos; El Motacim, de Almería envió un cuerpo de caballería mandado por uno de sus hijos, manifestando su pesar por no permitirle acudir en persona la amenazadora vecindad de los cristianos de Aledo. Ocho dias despues el ejército tomó el camino de Badajoz, donde se les reunió el Motawakil con sus tropas, y tomó luego el camino de Toledo.

La noticia del desembarque de los Almoravides llegó á Alfonso cuando tenia puesto á Zaragoza apretadísimo cerco, y obligóle á levantarlo y á volver á Toledo, despues de mandar á todos sus condes que se le reunieran con sus banderas, y de pedir auxilio á Sancho de Aragon y á Berenguer Ramon de Barcelona, el primero de los cuales sitiaba á Tortosa mientras que el segundo corria por tierras de Valencia. Ambos acudieron con sus huestes en defensa de la cruz amenazada, y juntándose con las tropas de Castilla y Leon y con gran número de caballeros de Francia y de la Italia subalpina, deseosos de medir sus armas con los Sarracenos, compusieron un ejército que algunos autores árabes hacen subir á cuarenta mil caballos y á mas de cien mil infantes (1). Dícese que además marchaban con la hueste cristiana treinta mil Arabes de caballería ligera, y cuarenta mil Judíos al servicio de Alfonso, vestidos con un traje particular y turbante negro y amarillo.

Yussuf ben Techfin habia escrito á Alfonso intimándole que le pagara tributo, abrazara la religion mahometana ó saliera á combate. Este orgulloso mensage excitó la cólera del rey cristiano, quien encargó al enviado portador de la arrogante misiva decir al emir su señor que no se cansara en andar, pues que él

(1) Esto no obstante, los autores ó quienes traduce Dozy dicen que las fuerzas cristianas, segun opinion de los Musulmanes, se elevaban únicamente á cincuenta ó sesenta mil hombres al paso que las de sus adversarios solo llegaban á veinte mil.

saldria á su encuentro. Y en efecto, luego que hubo reunido en Toledo todas sus tropas, anuncióles el objeto de la expedicion, y marchó hácia Extremadura al encuentro de Yussuf y del ejército musulman.

Alfonso llegó á la orilla derecha del Guadiana despues de haber experimentado, á lo que parece, alguna defeccion en su hueste, y cuando Yussuf acababa de establecer su campamento en la márgen izquierda á cuatro leguas al este de Badajoz, en los llanos llamados de Zalaca (1). El ejército musulman hallábase dividido en dos cuerpos, de Españoles el uno y de Africanos el otro, mandando el primero El Motamid de Sevilla y el segundo Yussuf ben Techfin. Desde ambas orillas, los campeones prontos á llegar á las manos se observaban con curiosos ojos, y el característico y agreste traje de los Morabitas admiraba sobre todo á los guerreros de Alfonso, para quienes era enteramente nuevo.

La cruz brillaba en las banderas de Castilla y Leon, y en las banderas y estandartes de Yussuf veíanse escritos varios versículos del Coran.

Yussuf intimó por segunda vez á Alfonso que abandonara la fe cristiana ó se hiciera su vasallo, á lo cual contestó el monarca leonés dirigiendo al mensagero estas solas y expresivas palabras: «Vé, y dí á tu señor que no se oculte, que en la batalla nos veremos.»

Tres dias enteros pasáronse así enviándose heraldos, segun costumbre de la época, hasta que acordaron dar la batalla el lunes 14 de regeb del año 479. Segun las crónicas árabes, este dia fué elegido á demanda de Alfonso, quien habia dicho el jueves no deberse empeñar la batalla al dia siguiente por ser fiesta de los muslimes, el sábado por serlo de los judíos, y el domingo por serlo de los cristianos. A pesar de este convenio, El Motamid, que con los Andaluces formaba el cuerpo de vanguardia, no se hallaba muy tranquilo temiendo una sorpresa, y ya fuese que las tropas ligeras que envió para observar á los cristianos, hubiesen trabado escaramuzas con estos, ú otra causa cualquiera que se ignora, es lo cierto que el viernes 23 de octubre de 1086 á la hora del alba los numerosos batallones de Alfonso pasaron el rio y atacaron el campamento árabe. El Motamid fué el primero en experimentar su choque, y se apresuró á enviar mensageros á Yussuf solicitando inmediato auxilio. El Africano, empero, no satisfizo al momento su demanda, y muy poco inquieto de la suerte de los Andaluces dicen que exclamó: «¿Qué me importa que esas gentes sean arrolladas? Todos son enemigos.» Abandonados así á sus propias fuerzas, los Andaluces no pudieron resistir al ataque y tomaron la fuga; solo los Sevillanos, estimulados por el ejemplo de su rey, dieron pruebas de gran esfuerzo sin cejar un palmo de terreno, cuando por fin llegó en su auxilio una division de Almoravides. Desde aquel momento el combate fué menos desigual, pero la sorpresa de los Sevillanos fué grande cuando vieron á los enemigos emprender de pronto la retirada, pues el refuerzo recibido no era bastante considerable para que pudieran lisonjearse de haber alcanzado victoria. Lo que habia sucedido era que Yussuf con el grueso de sus fuerzas habia atacado el campamento de Alfonso, habia muerto ó dispersado á los que lo guardaban, y habíalo entregado á las llamas. Los que escaparon de la matanza corrieron á participar aquella triste nueva á su rey, que vió llegar

(1) *Sacralia*, dicen los autores cristianos.

fugitivos á sus caballeros, y en pos de ellos á Yussuf, con gran algazara y estrépito de armas y banderas desplegadas. Como la hueste que le atacaba por la espalda era mas numerosa que la que tenia delante, hubo de dirigir contra aquella sus principales fuerzas, y entonces, dice la crónica, sopló el torbellino impetuoso del combate como nunca se vió ni oyó semejante. El emir africano recorria sus filas excitando á los suyos á la pelea, y todos, cristianos y árabes, combatian con rudo encarnizamiento sin que la victoria se declarara aun por una ni otra parte. De pronto volvieron á la pelea los Andaluces que antes huyeran y que habian logrado rehacerse en el camino de Badajoz; Yussuf lanzó contra los Castellanos su guardia negra que tenia de reserva y que hizo prodigios, á lo que se cuenta. Un negro se acercó lo bastante á Alfonso para herirle en un muslo de una puñalada, y por fin á la caida de la noche la victoria, por tanto tiempo disputada, se declaró por los Musulmanes. La mayor parte de los cristianos yacian muertos ó heridos en el campo de batalla, otros se habian desbandado y el mismo Alfonso, seguido únicamente de quinientos caballeros, hubo de tomar la fuga perseguido por los vencedores, quienes sin cesar en la persecucion de los dispersos heríanlos por los montes y los valles, y en todas partes espigaban como las palomas espigan los granos, hasta tanto que se les entrepuso la noche con su negro y tenebroso velo (1). Los Musulmanes, que habian perdido tres mil hombres, pasaron aquella noche en el campo de batalla, buscando, cautivando y amontonando los despojos y armas de los vencidos, y al dia siguiente cuando cortaron las cabezas de los cadáveres cristianos, los montones que de ellas se formaron cubrieron las mas elevadas picas, enviándose (si bien esto le parece imposible al mismo escritor arábigo), diez mil á Sevilla, diez mil á Córdoba, diez mil á Valencia, otras tantas á Zaragoza y Murcia y cuarenta mil á Africa (2).

Aquel dia fué saludado Yussuf en el mismo campo de batalla con el inusitado título de emir de los emires de España, y difundida la noticia de aquel gran triunfo por los países musulmanes, en todos fué celebrada con fiestas y grandes demostraciones de regocijo.

Hora es ya de que digamos lo necesario para la inteligencia de esta historia acerca del nuevo pueblo que habia renovado para los cristianos españoles los amargos dias del Guadalete y de las funestas campañas de Almanzor. Justo es que expliquemos, como lo hemos venido practicando con todos aquellos que han llegado á nuestra península, el orígen de los nuevos conquistadores y cómo se habian elevado á tal grado de pujanza y poderío.

Los Almoravides, como la mayor parte de los Arabes, tenian su orígen en el Yemen; su tribu, que se llamaba Lamtunah, arrojada de este país por otras tribus rivales, habia dejado el continente de Asia y despues de largas peregrinaciones se habia fijado en el desierto del Africa occidental á la otra parte de los montes de Daren, en donde llevaba una vida nómada, sin nocion alguna de cultivo, y sin otro alimento que carne y leche. Aun cuando los Lamtuníes habian aceptado con los primeros conquistadores la religion de Mahoma, habian quedado casi del todo extraños á la inteligencia de su moral y de sus dogmas cuando llegó á su país

(1) Conde, P. 3.ª, c. XVI.
(2) Id., l. c.

Abdallah ben Yasim, morabita de Sus, afamado por su ciencia y santidad (año 414 de la hegira—1026 de J. C.). Este iman se convirtió muy pronto por la superioridad de sus conocimientos en árbitro del príncipe y de la nacion; su palabra era escuchada como un oráculo, su dictámen recibido como una órden de Dios, y poco le costó convertir en conquistadores á hombres belicosos poseidos de entusiasmo. Abdallah ben Yasim empezó por dirigir la guerra contra algunas tribus berberiscas que se habian mantenido fieles á sus antiguas creencias, y logró que los Lamtuníes llevasen la religion del profeta á los lugares mas inaccesibles de aquellas regiones, por lo cual les dió el nombre de Almorabith, *hombres de Dios.*

Aprovechando el entusiasmo de los recien convertidos, Abdallah los condujo á la otra parte del desierto y pasó con ellos el Atlas, llevando siempre delante de sí el terror de sus armas. El territorio de Sigilmesa y de Darah fué el premio de sus primeras victorias, y despues de establecer sus tiendas en Sahel ocuparon la pequeña ciudad de Agmat. Abdallah ben Yasim fué muerto en Korifala en el año 451 (1059) y sucedióle en el mando supremo Abu Becre ben Omar, á quien antes de morir encargó el cuidado de dirigir la regeneracion religiosa que él habia comenzado.

Abu Becre acabó de someter á los pueblos berberiscos, afirmó su autoridad en Agmat, convertida en centro á donde acudian de todas partes las poblaciones atraidas por la reputacion de la justicia y santidad de los Almoravides, y disponíase á fundar una nueva capital) tanto habia crecido el número de sus prosélitos) cuando recibida la noticia de que sus compatriotas que quedaron al otro lado del Atlas, se veian amenazados por sus vecinos, volvió á tomar el camino del desierto, dejando el cargo de proseguir su obra en el Magreb á su primo Yussuf ben Tachfin. Los jeques morabitas sancionaron unánimemente la eleccion de Abu Becre y juraron obedecer á Yussuf, cuya religiosidad, valor y rectas intenciones conocian, como habian obedecido á aquel. Ambos emires dividieron entre sí el ejército morabita que constaba de ochenta mil soldados, y la mitad de ellos pasaron al Magreb en pos de su nuevo caudillo, mientras que los otros al mando de Abu Becre volvian á Zahara (453—1061).

Yussuf tenia todas las cualidades del hombre destinado para grandes cosas. Robusto de cuerpo y de alma indomable, de aspecto grave, con un talento vivo y penetrante, costumbres austeras é inalterable equidad, era generoso para los demás y severo para consigo mismo, á lo cual reunia un valor á toda prueba, una prudencia no menor, y finalmente la dignidad que impone y la afabilidad que encanta. Despues de revistar su ejército y de confiar el mando de sus divisiones á experimentados caudillos, púsose en marcha, y sometió en poco tiempo á sus armas todo el Magreb el Aksah.

Así pues el Magreb iba á experimentar una nueva dominacion, y es fuerza que digamos algunas palabras de la dinastía que allí imperaba entonces, desde la muerte de Zeiri ben Atiya, su fundador, acaecida en el año 1001, en que acaban las noticias que hemos dado sobre ella.

A Zeiri sucedió su hijo Moez y este, despues de reconciliarse con Almanzor, volvió á poseer la ciudad de Fez y los demás estados de su padre.

La sucesiva historia de los Zeiríes ofrece pocos acaecimientos notables, y

bastará traducir aquí el resúmen que traza de su gobierno el historiador Aben Abdelhalim á la conclusion de su historia.

La soberanía de las familias de Maghrawa y de los Beni Yafrun en el Magreb, dice, duró cien años, desde el 362 (972) hasta el 462 (1069). En su tiempo fué muy embellecida la ciudad de Fez, y bajo su imperio reinaron sin interrupcion la abundancia y la seguridad hasta la época en que aparecieron en el Magreb las tribus almoravides. Entonces el imperio de los Maghrawis empezaba á declinar y su poder á debilitarse, al propio tiempo que se entregaban ellos á toda clase de vejaciones contra sus súbditos, apoderándose de sus bienes, derramando su sangre y violando el honor de sus mugeres. El país cesó de ser frecuentado, difundióse el terror por todas las provincias, los víveres escasearon, y la escasez sucedió á la abundancia, el temor á la seguridad y la tiranía á la justicia. Los últimos tiempos de su dominacion fuéronlo de violencia, de esclavitud y de hostilidades contra los mismos súbditos del imperio. Esta conducta, dice el historiador granadino, atrajo sobre ellos la cólera de Dios, quien los despojó de su imperio y suscitó contra ellos los Almoravides para que aniquilaran su poder y los expulsaran para siempre del Magreb.

Ya se comprende que en semejante situacion habian de ser fáciles las conquistas de Yussuf y de sus decididos soldados, y en efecto, puede decirse que marcharon de triunfo en triunfo, apoderándose de las ciudades de Fez, Talencen y Argel, volviendo luego triunfantes al país de Agmat á comenzar la construccion de la capital proyectada, á la que se dió despues el nombre de Marruecos.

Por aquel entonces volvió del desierto Abu Bucre despues de haber pacificado los disturbios que allí le llamaron. Sabedor de las hazañas de Yussuf, conoció no poder disputar con las armas un imperio para cuya conquista nada habia hecho, y viendo que Yussuf no se hallaba dispuesto á cedérselo, resolvió abandonarle el gobierno del Magreb y retirarse á Zahara donde murió en 480 (1087). Ocurrido su fallecimiento, Yussuf quedó único dueño de todo el imperio de los Almoravides.

Desde aquel momento su poder aumentó cada dia con la sumision de nuevas tribus y de nuevos territorios, al tiempo que se establecia y fortificaba por las regiones mediterráneas. En el año 1078 apoderóse de Tánger, en 1080 de Melilla y de todo el país del Riff y en 1084 de la fortaleza de Ceuta. Yussuf se holgó mucho de esta nueva conquista, permaneció algun tiempo en la plaza, y desde lo alto de su atalaya se complacia en contemplar el Estrecho y la admirable bahía de Algeciras. Desde aquella ciudad, con el presentimiento quizás de que ejecutaria pronto alguna gran empresa, tomó varias medidas de organizacion interior, y puso sobre todo sus ejércitos bajo un pié formidable, siendo el primero que introdujo en ellos el uso de tambores y banderas. En vano algunas comarcas intentaron rechazar su yugo; en vano forcejearon bajo la mano poderosa del Berberisco; no les quedó otro arbitrio que doblegarse á sus leyes ó ir á vivir bajo la de los califas fatimitas, puesto que en breve las fronteras de Egipto fueron los únicos límites de su poder. En una de sus numerosas excursiones apoderóse de Bujia y de Tunez, hizo á muchos príncipes tributarios, y al volver victorioso á su capital de Marruecos, fué proclamado por sus jeques, walíes y alcaides, á pesar de su modestia, emir de los musulmanes y defensor de la religion.

Esta fué la época del mas alto poderío de Yussuf; sus ejércitos crecieron extraordinariamente, y la fama de su grandeza y de sus hazañas militares llenó el Africa, pasó el estrecho de Gibraltar y los Pirineos y llegó á las extremas regiones de Oriente. Este era el pueblo, este el hombre á quien hemos visto invadir la España y que acaba en Zalaca de sumir en luto á todos los reinos cristianos de la Península.

Sin embargo, no recogieron los Musulmanes de aquella jornada todo el fruto que de ella podia esperarse. Aunque Yussuf abrigaba sin duda la intencion de penetrar por las tierras cristianas, renunció á ponerla por obra al recibir la noticia de la muerte de su hijo primogénito, á quien dejara enfermo en Ceuta. Contentóse, pues, con dejar á las órdenes de El Motamid una division de tres mil hombres bajo el mando de Abu Becre, uno de sus mejores generales, y volvió á Africa con el resto de sus tropas.

Libres los príncipes andaluces de la vergonzosa obligacion de pagar tributo á Alfonso, y defendidas las fortalezas del oeste por los soldados que Yussuf dejara á El Motamid, todo el país resonó con aclamaciones de júbilo; el nombre del héroe africano estaba en todos los labios; ponderábase su piedad, su valor, sus conocimientos militares; saludábase en él al salvador de Andalucía y de la religion musulmana, y se le proclamaba el primer capitan de su siglo.

No obstante, el triunfo, por glorioso que hubiese sido, distaba mucho, repetimos, de ser decisivo. Así á lo menos lo juzgaban los Castellanos, y á pesar de las pérdidas experimentadas, no desesperaban de restablecer el poderío de sus armas. Sabian muy bien el grave riesgo que corrian dirigiendo sus ataques por la parte de Badajoz y de Sevilla, pero tampoco ignoraban que el este de Andalucía podia ser fácilmente objeto de sus talas y devastaciones y quizás tambien de sus conquistas. Los principados de Valencia, Murcia, Lorca y Almería eran en efecto los mas débiles de cuantos existian en la Península, y los cristianos ocupaban en el centro de los mismos una posicion muy fuerte que ponia el país á merced suya. Era esta la fortaleza de Aledo que, situada entre Murcia y Lorca en un escarpado monte y capaz de contener una guarnicion de doce ó trece mil hombres, se consideraba justamente como inexpugnable. De ella partian los Castellanos para someter á sus impetuosas incursiones los países comarcanos; varios cuerpos destacados habian puesto sitio á Almería, Lorca y Murcia, y todo anunciaba que, á no ser prontamente socorridas, acabarian estas ciudades por caer bajo su dominacion (1).

En tanto el ejército africano á las órdenes de su general corria las fronteras de Galicia, recobrando las ciudades y fortalezas que los cristianos habian ocupado. Con él estaba, seguido de un cuerpo de caballería equipado y mantenido á sus expensas, el emir de Badajoz, mientras que el de Sevilla, que comprendia mas en provecho propio lo que las circunstancias exigian, invadia el territorio de Toledo y reconquistaba las fortalezas de Uclés, Huete, Cuenca, Consuegra y otras cedidas á Alfonso en virtud de los anteriores tratados. Entonces supo la gravedad del peligro que le amenazaba por la parte oriental de la Andalucía, y resuelto á poner un dique á las incursiones cristianas, tomó á toda prisa el ca-

(1) Dozy, Hist. de los Musulm. de Esp., t. IV.

A. de J. C. mino de Lorca. Llegado á esta ciudad supo que un escuadron de trecientos cristianos, acaudillado, dicen, por Rodrigo Diaz, corria por aquellas cercanías, y mandó á su hijo Motadd que saliera á combatirle con tres mil caballeros de Sevilla. Una vez mas, empero, habia de mostrarse la superioridad de los cristianos sobre los Sarracenos: á pesar de ser diez contra uno, los Sevillanos experimentaron una completa derrota.

Las tentativas de El Motamid para reducir la ciudad de Murcia donde gobernaba su rival Abdelaziz ben Rashi, no fueron tampoco mas felices. Abdelaziz supo poner de su parte á los Almoravides que se encontraban en el ejército sevillano y El Motamid hubo de regresar á su capital sin haber alcanzado cosa alguna.

Era, pues, evidente que así despues como antes de la batalla de Zalaca los Andaluces no se hallaban en situacion de defenderse, y que á menos que Yussuf viniera por segunda vez á auxiliarlos, acabarian por sucumbir. Así era que al palacio de Yussuf llegaban sin cesar faquíes y personages notables de Valencia, de Murcia, de Lorca, de Baza y de otros puntos, quejándose sobre todo los Valencianos de Rodrigo Diaz que, erigido en protector de Yahia despues de haberle obligado á pagarle un tributo mensual de diez mil ducados, devastaba el reino bajo pretexto de reducirlo á la autoridad del emir; los moradores de otros puntos no se mostraban escasos al referir las vejaciones con que les oprimian los Castellanos de Aledo, y todos unánimemente declaraban que si Yussuf no acudia en su auxilio caeria inevitablemente la tierra andaluza en poder de los cristianos. Sus lamentos, empero, parecian producir muy poco efecto en el ánimo del monarca, que si bien prometia pasar el Estrecho llegada que fuera la estacion propicia, no hacia para ello preparativo alguno y dejaba comprender, aunque no lo decia, que esperaba un paso directo de parte de los príncipes. El Motamid se decidió entonces á darlo, desvanecidas ó al menos muy debilitadas las sospechas que antes concibiera sobre los secretos disignios del Africano. Excepto la ocupacion de Algeciras, Yussuf nada habia hecho que pudiera herir la susceptibilidad de los príncipes andaluces ni justificar sus temores, y por el contrario varias veces habia manifestado que luego de haber visto á Andalucía habia conocido ser exagerada la gran idea que se habia formado de la hermosura y riqueza de su suelo. El Motamid se hallaba, pues, casi tranquilo, y como el peligro que amenazaba á los Arabes en España era en realidad muy grande, decidióse á pasar á Africa con el fin de exponer á Yussuf su situacion y la esperanza de que le confiaria el mando en jefe de las tropas almoravides.

El emir africano le dispensó muy honrosa acogida, pero habiendo penetrado su pensamiento y sus deseos le prometió que sin tardanza pasaria á España y trataria de arrancar de raiz la causa de la opresion que á los Muslimes angustiaba. Con esto le despidió, y habiendo emprendido con gran vigor los necesarios preparativos, pasó el Estrecho con sus tropas, desembarcó en Algeciras en
1088 la primavera del año 1088, y luego de haberse reunido con El Motamid invitó á los príncipes andaluces á acudir á su lado para conquistar la fortaleza de Aledo. Temin de Málaga, Abdallah de Granada, El Motacin de Almería, Abdelaziz de Murcia y otros señores de menor importancia respondieron á su voz y dieron principio al cerco. Las máquinas de guerra fueron construidas por operarios de

Murcia y convínose en que los emires atacarian la fortaleza alternativamente, cada uno en un dia señalado. Esto no obstante adelantábase muy poco; los defensores de Aledo que eran en número de trece mil, entre ellos mil caballeros, rechazaban con buen éxito cuantos asaltos se intentaban, y por esto y porque la plaza era muy fuerte, los Musulmanes hubieron de resolverse á convertir el sitio en riguroso bloqueo.

Por otra parte los sitiadores se ocupaban menos en el cerco que en sus intereses personales, y su campamento era un foco de intrigas y maquinaciones. Por varios lados estimulábase la ambicion de Yussuf, pues conviene saber que al decir que España no habia correspondido á lo que de ella imaginaba, el emir no habia sido sincero: la verdad era que este país le habia gustado mucho, y que ya por amor de las conquistas, ya por otros móviles mas nobles, pues ejercian en él gran fuerza los intereses religiosos, deseaba llegar á dominarlo, deseo de no difícil realizacion. En efecto, muchos Andaluces opinaban que su patria no podia salvarse sino reuniéndose al imperio africano, idea que, justo es decirlo, no era la de las clases superiores de la sociedad. Para estas, Yussuf, que ni siquiera sabia correctamente el árabe, era un rústico, un semi-bárbaro, y en un país científico y letrado como era Andalucía, donde las cortes eran otras tantas academias y los literatos los favoritos de los príncipes, semejantes defectos valian por todo. Sin embargo, si el Africano contaba con escasos partidarios en las clases elevadas y eruditas, contábalos en gran número entre las inferiores. En general el pueblo estaba con razon muy descontento; casi cada ciudad era una corte que habia de ser mantenida y que costaba mucho, pues por lo regular rodeábanse los príncipes de un lujo deslumbrador. Y aun si á fuerza de tributos hubiera podido adquirirse la seguridad y la calma; pero no sucedia así: los emires eran casi todos harto débiles para proteger á sus súbditos contra sus vecinos musulmanes y con mas razon contra los cristianos. No podia gozarse de un momento de reposo, nadie estaba seguro de su vida ni de sus bienes, y natural era que las clases laboriosas deseasen el término de tan intolerable situacion. Antes no habia medio de salir de ella, pues con motines y rebeliones solo se habia logrado agravarla; pero ahora era muy distinto: hallábase en España un monarca justo y poderoso que habia alcanzado de los cristianos una notable victoria, y que parecia enviado por la Providencia para devolver á Andalucía su grandeza y esplendor. Sometámonos, pues, á su dominacion, decíase, y nos libraremos además de muchos tributos vejatorios, pues Yussuf ha abolido en sus estados cuantos no se hallan prescritos por el Coran, y lo mismo practicará en España.

Así raciocinaba el pueblo, y bajo cierto punto de vista necesario es decir que lo acertaba; únicamente echaba en olvido que andando el tiempo no podria prescindir el gobierno de los tributos que hubiese abolido; que al unir su suerte á la del Magreb, Andalucia se exponia á sufrir los efectos de las revoluciones que en aquel reino estallaran; que la dominacion de los Almoravides seria un yugo extranjero, y por fin que los soldados de Yussuf pertenecian á una raza que España habia siempre detestado, y que como muy indisciplinados que eran podian llegar á ser verdugos en vez de defensores. Además el deseo de un cambio era mas vivo en unos estados que en otros; en Granada era el deseo unánime de toda la poblacion árabe y andaluza, que no habia cesado de abor-

recer á sus tiranos berberiscos: en los estados de El Motamid habia tambien muchos descontentos, pero no sucedia lo propio en Almería, en cuanto el príncipe que allí reinaba era muy justo y clemente y trataba á su pueblo con paternal bondad.

Los doctores, los cadíes, los ministros de la religion y de la ley eran casi en todas partes los partidarios mas decididos y ardientes del monarca almoravide, en cuanto temian y aborrecian mas que todos el triunfo de los cristianos y deploraban mas profundamente los vicios y liviandades á que se habian dado los señores andaluces. Uno de ellos, el cadí de Granada, Abu Giafar, hallábase en el campamento de Aledo y tuvo con Yussuf varias conferencias secretas, cuyo objeto se deja fácilmente adivinar. El Africano abrigaba escrúpulos de conciencia á causa del juramento prestado, y Giafar le manifestó que los doctores andaluces podian absolverle de su juramento, y hasta declarar que los príncipes habian perdido sus tronos á causa de sus faltas y delitos, y de su impotencia para defender á sus pueblos.

Todo esto iba acompañado de la imprevision mas incomprensible por parte de los príncipes andaluces; acusábanse recíprocamente cerca de Yussuf, le tomaban por árbitro en sus contiendas, y mientras el de Almería procuraba perder al de Sevilla, este trataba de hacer caer en desgracia á Abdelaziz de Murcia. Para conseguirlo no cesaba de repetir á Yussuf que Abdelaziz habia sido aliado de Alfonso, que habia prestado grandes servicios á los cristianos de Aledo y que sin duda se los prestaba aun, y haciendo luego valer sus derechos á la soberanía de Murcia, pedia que fuese puesto en su poder el que se habia alzado con ella. Yussuf dispuso que su consejo entendiera en el negocio, y luego que hubo dado razon á El Motamid mandó prender á Abdelaziz y lo entregó al de Sevilla prohibiéndole, empero, condenarle á muerte. Este suceso tuvo muy fatales consecuencias, pues irritados los Murcianos abandonaron el campamento y se negaron á proporcionar al ejército los operarios y víveres que le eran necesarios.

Así, pues, la situacion de los sitiadores no era en modo alguno lisonjera y amenazaba serlo menos aun, puesto que se acercaba el invierno, cuando súpose que Alfonso se dirigia á socorrer la plaza con un ejército de diez y ocho mil hombres. Los de Afranc habian hecho tambien algunos movimientos que denotaban su intencion de apoyar á los Castellanos, y todo esto obligó á Yussuf á levantar sus tiendas despues de cuatro meses de cerco y á retirarse hácia Lorca y Almería, desde donde pasó otra vez á Mauritania, muy irritado contra los reyes árabes de España. Alfonso corrió entonces la tierra de Murcia, y no juzgando posible conservar la fortaleza de Aledo, enclavada como estaba en territorio agareno, retiró de ella los hambrientos restos de su esforzada guarnicion, y mandó desmantelarla y abandonarla, volviendo satisfecho á Toledo por creer ya desvanecidos los peligros con que le amenazara la alianza de los príncipes andaluces con los Almoravides.

Aun cuando la campaña habia terminado con escasa ó ninguna gloria para las armas africanas, los parciales de Yussuf cuidaron de que su popularidad no disminuyese en lo mas mínimo, é iban diciendo que si el emir de los Almoravides no habia obtenido ahora tan gran triunfo como la vez pasada, habia de acha-

carse toda la culpa (y en esto les asistia gran parte de razon) á los príncipes andaluces que, por sus intrigas, sus celos, sus eternas discordias, impedian al gran monarca hacer todo el bien que habria realizado á ser el único soberano. En general los que profesaban estas ideas se mostraban mas activos que nunca, y así debia de suceder, pues los príncipes habian empezado á observar sus intrigas, y por lo mismo los amenazaban gravísimos peligros. El cadí de Granada lo experimentó por sí mismo y solo pudo librarle de la muerte la fama de virtud y de santidad de que gozaba. Esto manifestó á todos que no habia tiempo que perder, y los cadíes y faquíes decretaron que los príncipes de Granada y Málaga habian perdido todos sus derechos por varios delitos que enumeraron, pero no atreviéndose á declarar lo mismo respecto de los otros príncipes, se limitaron á presentar á Yussuf una súplica para que intimara á los soberanos andaluces que volvieran á la senda de la ley y no exigieran mas tributos que los que el Coran prescribia. A. de J. C.

El emir africano hallábase ocupado en las atenciones que exigia el gobierno de su vasto imperio, cuando estos sucesos y las noticias que le comunicó su lugarteniente Abu Becre sobre las incursiones cada vez mas audaces de los cristianos de las fronteras, le indujeron en 1090 á pasar por tercera vez á España, 1090.
no ya para auxiliar á los emires andaluces, sino con intenciones muy distintas. Luego de su desembarco en Algeciras, púsose sobre Toledo, obligando á Alfonso á encerrarse en la ciudad y devastando la comarca; hecho esto mandó á los príncipes la abolicion de los pechos y tributos con que oprimian á sus súbditos, y se dirigió hácia Granada, acompañado de formidable hueste de Moros zenetas, mazamudes, gomeles y gazules. No declaró sin embargo la guerra á Abdallah, de modo que este no sabia aunque adivinaba sus intenciones. Príncipe algo instruido, pero pusilánime é indolente, no acertaba con el partido que habia de tomar, y en este estado de incertidumbre se hallaba todavía cuando en 10 de noviembre de 1090 llegó Yussuf delante de Granada. Conociendo entonces la imposibilidad de resistirse, salió al encuentro del Africano solicitando perdon en caso de haberle ofendido, y aunque Yussuf le dispensó amistosa acogida, mandó poco despues cargarle de cadenas. Presentáronsele en seguida los principales habitantes de la ciudad, y les dijo que nada tenian que temer de él, que del cambio de dinastía que iba á verificarse reportarian grandes beneficios, y en efecto, luego de haber hecho su entrada en la ciudad entre las aclamaciones populares, publicó un edicto declarando abolidos todos los tributos no prescritos por el Coran.

Despues de este suceso los príncipes andaluces habrian debido, al parecer, cesar en todas sus relaciones con Yussuf, y sin embargo no lo hicieron. Por el contrario, El Motamid y Motawakil se dirigieron á Granada para felicitar al Africano, y El Motacim envió en su lugar á su propio hijo. ¡Cosa singular! la ceguedad de El Motamid era tal que abrigaba la esperanza de que Yussuf cederia Granada á su hijo Radhi en recompensa de Algeciras de que habia sido despojado. Yussuf le sacó pronto de su error, y su acogida glacial, la conducta que observó con el hijo de El Motacim á quien mandó encarcelar, hizo caer á los emires la venda de los ojos. Desde aquel momento concibió el Sevillano vivísimos temores, y cuéntase que dijo á su compañero de Badajoz: «Al llamar á ese hombre á nues-

A. de J. C. tra tierra cometimos muy grave falta, y sospecho que nos dará á beber el mismo cáliz que á Abdallah.» Pretextando luego que los cristianos amenazaban de nuevo las fronteras, ambos emires pidieron á Yussuf permiso para emprender la marcha y se apresuraron á volver á sus estados, desde donde se concertaron con los demás emires que reinaban en España para defenderse contra los Almoravides cuyas intenciones no eran ya un secreto para nadie, conviniendo todos en negar á Yussuf tropas y víveres y en celebrar alianza con Alfonso.

Por su parte Yussuf se dirigió á Algeciras, pues queria reembarcarse y abandonar á sus generales la odiosa empresa de destronar á los príncipes andaluces. En su camino despojó á Temin, hermano de Abdallah, del pequeño principado de Málaga, y advirtió á los faquíes que, habiendo llegado el momento, esperaba de ellos una declaracion explícita. Los doctores se apresuraron á satisfacerle; declararon que los príncipes de Andalucía entregados á todos los vicios habian corrompido con su ejemplo á los pueblos, á quienes eran incapaces de defender; que habian percibido contribuciones ilegales, y que á pesar de las órdenes de Yussuf las habian mantenido; que para colmo de iniquidad habian celebrado alianza con el rey de Castilla, es decir con el enemigo mas implacable de su ley, y que por consiguiente habíanse hecho indignos de reinar sobre los Musulmanes, quedando Yussuf absuelto de cuantas obligaciones hubiese con ellos contraido, y en el derecho y hasta en el deber de destronarlos.

Yussuf, que queria dar á esta declaracion una autoridad mas grande aun, hízola aprobar por sus faquíes africanos y envióla luego á los mas célebres doctores de Egipto y de Asia á fin de que confirmasen con su opinion la de los doctores de Occidente.

Podíase ya prever cual seria el carácter de la guerra que se preparaba; sitios y no batallas habian de ser sus episodios, y así fué que ambas partes se prepararon, la una para atacar, y la otra para defender las plazas fuertes. El ejército africano, mandado en gefe por Abu Becre, dividióse en varios cuerpos, y mientras uno de ellos se dirigió á poner sitio á Almería, marcharon los otros á los estados de El Motamid. Tarifa sucumbió en el mes de diciembre de este año 1090, y poco despues los soldados de Yussuf empezaron el sitio de Córdoba, donde mandaba un hijo de El Motamid llamado Fath. La antigua capital del califato no opuso muy prolongada resistencia; sus propios habitantes la entregaron á los Almoravides, y Fath, que con algunos de los suyos quiso abrirse paso entre los
1091. enemigos, pereció en la pelea (26 de marzo de 1091). Baeza, Ubeda, Almodovar, Segura y Calatrava se sometieron á su vez, y Carmona fué tomada el dia 10 de mayo Entonces pudo empezarse el sitio de Sevilla, y dos ejércitos marcharon contra ella, estableciéndose el uno al este y el otro al oeste. El Guadalquivir separaba al último de la ciudad, la cual por aquella parte estaba defendida por la escuadra Así pues, la posicion de El Motamid habia llegado á ser muy crítica, y solo cifraba su esperanza en el auxilio de Alfonso á quien habia prometido entregar las plazas que constituian la dote de Zaida y además todas las nuevas conquistas que hiciera luego de haberle librado de la opresion en que gemia. Temeroso el monarca cristiano de los rápidos triunfos de los Africanos, y quizás por un resto de afecto hácia el padre de Zaida, accedió á lo que le pedia el inconstante emir y envió á Andalucía un ejército de sesenta mil hombres á las órde-

nes de Alvar Fañez. Por desgracia los cristianos fueron derrotados por las tropas de Abu Becre cerca de Almodóvar, y El Motamid, sumido desde aquel momento en profunda postracion, abandonó á su hijo Rachid el cuidado de la defensa.

En tanto los descontentos que deseaban entregar la ciudad al enemigo se agitaban y conspiraban para que estallara una sedicion. El Motamid los conocia, pero no quiso darles muerte como le aconsejaban sus generales para no poner fin á su reinado con tan terrible acto de rigor, y se limitó á mandar que se ejerciera sobre ellos severa vigilancia. Sin embargo, no seria esta bastante activa cuando hallaron medio de comunicar con los sitiadores, y ayudándolos á abrir una brecha, el martes 2 de setiembre, algunos Almoravides penetraron por ella en la ciudad. Advertido de lo que pasaba, El Motamid empuñó una espada, y sin detenerse en embrazar un escudo ni en vestir una coraza, monta á caballo y se precipita contra los enemigos, seguido de unos pocos. Delante de su arrojo los Africanos retrocedieron y la brecha fué reparada al momento. Conjurado el peligro por un instante, no tardó en renacer mas terrible: aquel mismo dia los Almoravides incendiaron la escuadra, y sumidos los sitiados en consternacion, pues no ignoraban que desde aquel momento la defensa era imposible, solo pensaron en salvar su vida. Muchos se arrojaron al rio tratando de pasarlo á nado, otros se precipitaron desde lo alto del muro, y en esto el domingo 7 de setiembre dieron los sitiadores el último y decisivo asalto. Los soldados de la muralla se defendieron con gran esfuerzo, pero, agobiados por el número, cayeron á los golpes de los Almoravides que se derramaron por la ciudad cometiendo toda clase de excesos.

El Motamid se hallaba en su alcázar rodeado de sus mugeres desechas en llanto y de sus amigos que le instaban para que se rindiera; pero él, deseoso de encontrar la muerte, reunió unos pocos soldados, y se precipitó desesperado contra un batallon africano que habia penetrado en un patio del palacio, logrando arrollarle hasta llegar al rio. En la lucha cayó muerto su hijo Malek, pero él no recibió herida alguna. Vuelto al alcázar, abrigó por un momento la idea de darse la muerte, pero creyendo que esto seria ofender á Dios, renunció á este proyecto y determinó rendirse. Llegada la noche, envió á su hijo Rachid cerca de Abu Becre, esperando poder obtener aun condiciones, pero tambien quedó frustrada su última esperanza, y se le manifestó que habia de entregarse á discrecion. El Motamid aceptó el único partido que le quedaba, y despidiéndose de su familia y de sus compañeros de armas, púsose con Rachid en manos de los Almoravides. El alcázar fué saqueado como lo habia sido la ciudad, y anuncióse á El Motamid que él y su familia no podian salvar la vida sino mandando á sus hijos Radhi y Motadd, que gobernaban el uno en Ronda y el otro en Mertola, rendirse sin dilacion á las divisiones almoravides que los sitiaban. El Motamid consintió en hacerlo, y triunfando en Radhi y Motadd el sentimiento filial del deseo de resistirse hasta el último extremo, abrieron sus fortalezas á los sitiadores mediante una capitulacion que fué violada en ambos puntos: Radhi pereció traidoramente asesinado, y Motadd fué despojado de sus bienes aun cuando se habia pactado que los conservara.

La toma de Sevilla apresuró la rendicion de Almería. El emir Izza Dola,

A. de J. C. que solo habia reinado tres meses, obedeció á lo que dispusiera su padre El Motacim en su lecho de muerte y se refugió en Bujia luego de saber la rendicion
1092 de Sevilla. Los Almoravides se apoderaron de Murcia, Denia y Játiva, y luego dirigieron sus armas contra el reino de Badajoz. Durante el sitio de Sevilla, Motawakil creyó evitar su ruina aliándose con los Almoravides y aun auxiliándolos, dícese, para apoderarse de la capital de El Motamid; despues, cuando sus aliados hubieron empezado á devastar sus fronteras, habíase arrojado en brazos de Alfonso y comprado su proteccion, cediéndole Lisboa, Cintra y Santaren, por lo cual, descontentos sus súbditos, habian llamado ellos mismos á los Almoravides. Abu Becre, que habia sido nombrado gobernador de Sevilla, envió un ejército
1094 contra Motawakil á principios del año 1094, y estas tropas conquistaron el país incluso la capital con tanta facilidad y rapidez, que ni siquiera pudo Alfonso acudir en auxilio de su aliado. Motawakil cayó en poder de sus enemigos, y despues de sufrir toda clase de torturas para que revelara el sitio donde ocultaba sus tesoros, fué muerto junto con sus dos hijos. Valencia donde reinaba Yahia, el antiguo emir de Toledo, fué tomada tambien por los Almoravides. Abandonada por los cristianos que sostenian al emir, el cadí de la ciudad Ahmed ben Gehaf la entregó á los Africanos y Yahia sucumbió desastrosamente. Sin embargo, apenas el grueso del ejército conquistador hubo salido de la ciudad dejando en ella una guarnicion, los cristianos penetraron en la misma por medio de un atrevido golpe de mano, y la conservaron, como veremos, hasta el año 1102. Las Baleares cayeron tambien en poder de los Almoravides, y en la España musulmana solo quedó el estado de Zaragoza sin ser incorporado al nuevo imperio de los Almoravides. Reinaba allí El Mostain que, príncipe rico, afable y muy querido de sus pueblos, sostenia con heróico valor una gran parte de la España oriental en la que se comprendian, además de Zaragoza, las importantes ciudades de Medinaceli, Calatayud, Daroca, Rueda, Huesca, Tudela, Barbastro, Lérida y Fraga; dueño del curso inferior del Ebro, de Tortosa y del puerto de los Alfaques enviaba sus naves á Africa, á Alejandría y al mar de Siria, y recibia á su regreso mercancías de Oriente, de India, de Persia y de Arabia. Era el mas rico de los reyes árabes de España , y así como Yussuf no se atrevió á enojarle, él por su parte, que vió á los Almoravides tan cerca de sus estados, procuró captarse su alianza por medio de riquísimos presentes, y en efecto lo consiguió, pudiendo salvar de pronto de la general conquista, no solo sus estados, sino tambien los de Sahla que pertenecian á los Beni Racin.

Y mucho le importaba á El Mostain hacer semejante alianza y falta le hacian los auxilios que le suministraron los Almoravides, en cuanto desde 1088 el rey don Sancho Ramirez de Aragon y su hijo don Pedro no cesaban de hostilizarle y de arrebatarle una á una las fortalezas de las fronteras; habíanse apoderado de Monzon y Huesca y luego de Barbastro y Fraga, aquella tantas veces perdida y recobrada. Cuarenta mil Musulmanes habian perecido al filo de las espadas cristianas en la última expedicion del rey aragonés, cuando con la llegada de los Almoravides cambió del todo el aspecto de la guerra, segun en su lugar veremos.

El Motamid, el último emir de Sevilla, murió miserable y preso en la fortaleza de Agmat en el año 1095. Dice la crónica que al embarcarse con los restos

de su familia , al perder de vista las torres de sus alcázares y al ver desaparecer como un sueño su pasada grandeza, sus mugeres, sus hijos que cambiaban una vida de placeres por las miserias del destierro, saludaron con desgarradores lamentos aquella tierra que no habian de volver á pisar. En su prision las hijas del infortunado emir, descalzas y cubiertas de harapos, hubieron de ganar hilando su sustento, pero dícese que resplandecia aun en su rostro la majestad real, y que bajo aquellos humildes vestidos se descubria aun su delicadeza y hermosura. La dinastía de aquellos reyes de Sevilla habia durado setenta y tres años. En la misma fortaleza acabaron sus dias Abdallah y Temin de Granada y Málaga.

El horóscopo del nieto de Abul Casim quedaba cumplido y no solo su dinastía, sino el mayor número de las de la España musulmana habian caido derribadas al soplo abrasador del viento del desierto. Nuevos Cartagineses, segun los llama un autor, los Almoravides se habian convertido en dominadores y tiranos de los mismos que los habian invocado como salvadores. En los capítulos sucesivos veremos si Andalucía fué feliz bajo su dominacion, y si lograron los nuevos elementos que de Africa habian traido detener por mucho tiempo la marcha civilizadora de la cruz.



CAPÍTULO XXIII.

Continuacion del reinado de Alfonso VI.—El Cid.—Su historia.—Sus campañas, sus proezas.—Contiendas entre él y el conde Berenguer de Barcelona.—Conquista á Valencia y á Murviedro.—Su muerte.—Su esposa Jimena.—Los Almoravides toman á Valencia.—Casamiento de las hijas de Alfonso Urraca y Teresa.—Campañas de Sancho Ramirez de Aragon y su muerte delante de Huesca.—Proclamacion de su hijo Pedro I.—Batalla de Alcoraz.—Toma de Huesca.—Muerte de Pedro I.—Sucédele su hermano Alfonso el Batallador.—Berenguer Ramon II el Fratricida, conde de Barcelona.—Toma de Tarragona.—Acusacion y reto por el fratricidio.—Berenguer desaparece de Cataluña.—Ramon Berenguer III el Grande.—Alí ben Yussuf es reconocido en Córdoba como sucesor de su padre.—Instrucciones que de este recibe para el gobierno de España y de Africa.—Muere Yussuf y sucédele su hijo Alí emperador de Marruecos y emir de España.—Expedicion de Temin ben Yussuf por órden de su hermano Alí.—Batalla y rota del ejército cristiano en Uclés.—Muerte del príncipe Sancho único hijo varon de Alfonso.—Muerte de Alfonso VI de Castilla.—Las cruzadas.

Desde el año 1085 hasta el 1109.

Hemos dejado á Alfonso VI en la cima de su poder, dueño de Toledo é imponiendo con sus armas la ley á toda la España musulmana. La irrupcion de los Almoravides habia interrumpido la série de sus victorias, pero aunque derrotado en Zalaca, no habian podido los vencedores hacer retroceder en lo mas mínimo las fronteras cristianas. Tanto como en sus pasados triunfos cífrase la gloria de Alfonso en haber sabido así con su política como con sus armas mantener ileso y aun aumentar en mucho el reino que heredara ante el nuevo y formidable enemigo que habian suscitado contra él los emires andaluces.

Antes, empero, de continuar el relato de los acaecimientos del reinado de Alfonso VI, hemos creido ser este lugar oportuno para explicar en pocas páginas la historia de la figura que mas sobresale en esta época, del caballero cuyo nombre goza de universal celebridad y que hâ eclipsado á tantos héroes como produjo la España de la edad media, de Rodrigo Diaz de Vivar, llamado el Cid Campeador.

¿Quién fué el Cid? ¿Cómo ha venido á ser el héroe de tantas leyendas y cantos populares? No nos detendremos en impugnar el dicho de varios historiadores que consideran un mito la existencia de este personage histórico, y deplorando que el inmoderado deseo de decir cosas nuevas y peregrinas arrastre á veces tan lejos á escritores por otra parte muy autorizados, nos limitaremos á consignar que la existencia histórica de este personage queda fuera de toda duda y está reconocida en el dia por la crítica mas escrupulosa, que, merced á los modernos estudios sobre memorias y manuscritos árabes, lo mismo que sobre

antiguos documentos latinos y castellanos, puede, si no con completa claridad, con mayor luz á lo menos, distinguir la parte verdadera y cierta de la historia del héroe castellano, de la inventada y fabulosa, que fuerza es decirlo, tomó desde el siglo XII hasta el XVI grandísimas proporciones.

Y hablando ante todo del título de Cid Campeador que se da á Rodrigo, diremos que *Cid*, equivalente á señor, era un título árabe latinizado y dado comunmente desde el siglo X á los principales señores de entre los cristianos, que vemos unido en muchos documentos de este siglo bajo la forma casi puramente árabe á los nombres de varios compañeros de los reyes de Leon. Campeador equivale á *retador, peleador,* de la palabra teutónica *champ*, duelo y pelea. Los Arabes solo designan al Cid bajo la denominacion de El Kambytur, corrupcion de Campiductor, como le llamaban los cristianos.

La existencia del Cid, repetimos, se acredita plenamente por el combinado testimonio de árabes y cristianos, testimonio corroborado además por la viva tradicion popular, que sirvió despues de base al romance del Cid. ¿Quién era sin embargo este personage acerca del cual se tienen datos positivos sí, pero escasos? Sobre ello vamos á decir algunas palabras.

El distinguido Quintana manifiesta exactamente, á nuestro modo de ver, las causas que elevaron al héroe castellano tan alto en la opinion popular despues del suceso de Santa Gadea. Nacen todas de la misma situacion de la sociedad española en aquella época, y del estado feudal en que se encontraba: en efecto, fácil es imaginar, á pesar de la oscuridad de los tiempos y de las contradicciones de los escritores, cual hubo de ser el destino del Cid cuando Alfonso á consecuencia del hecho antes mencionado le desterró de su reino. En un país dividido en pequeños estados enemigos ó rivales unos de otros, vense con frecuencia hombres que fundan su existencia en la guerra y su independencia en la fortuna. Si la victoria corona sus primeras empresas, la fama de su nombre y de su gloria atrae bajo sus banderas á gran número de guerreros, quienes consolidan su poder al aumentar el número de sus soldados. Reyes sin reino estable ni fijo, su corte es el campamento y sus súbditos todos aquellos que los temen. Los pequeños soberanos que necesitan de sus armas compran su amistad y su auxilio á fuerza de presentes, y héroes para los unos, bandidos para los otros, ya mueren miserablemente, cuando con su ejército queda destruido su poder, ya hijos mimados de la fortuna suben las gradas del trono. Tales fueron algunos generales alemanes durante las guerras del siglo XVII; tales fueron los *condottieri* italianos, y tal fué probablemente el Cid, aunque con mayor gloria y mayores virtudes, entre las cuales sobresalió la fidelidad á su soberano.

No pudo el rey Alfonso perdonar á Rodrigo Diaz la ofensa que á su entender le hiciera en la iglesia de Burgos, y aunque al principio disimuló su enojo, le desterró despues de su reino; entonces comenzó el Cid á guerrear por su cuenta en tierras de Barcelona y Zaragoza, aliado de El Motamin contra su hermano Almondhir, emir de Lérida y Tortosa. A este defendian Sancho Ramirez de Aragon y Navarra y Berenguer Ramon II de Barcelona, y este último con los condes de Cerdaña y Urgel y con los señores de Vich, del Ampurdan, del Rosellon y de Carcasona habia puesto sitio al castillo de Almenara entre Lérida y Tamarit. El Cid corrió allí con sus hombres de armas, y despues de derro-

A. de C. J. tar á la hueste sitiadora hizo prisionero al conde Berenguer que llevó á Zaragoza á presencia de El Motamin, si bien le devolvió la libertad al cabo de cinco dias. Desde aquel momento fué el Cid el personage mas influyente en la corte del emir zaragozano.

Reconciliado en apariencia con el rey de Castilla cuando el conde Gonzalo Salvadores y otros muchos caballeros fueron víctimas de la deslealtad de Abbofalak, gobernador de Roda, que habia prometido entregarles la plaza, no tardó en conocer no haberse extinguido el enojo aun en el ánimo de su rey, y se volvió á Zaragoza.

Desde allí con un reducido ejército que solo á él obedecia, hizo rápidas y felices excursiones por tierras de Aragon, volviendo siempre sus soldados cargados de botin y seguidos de infinitos prisioneros. Puso sitio á Morella que pertenecia á Almondhir, reedificó y fortificó el castillo de Alcalá de Chisvert, y en 1085 venció á las huestes agarenas y navarras que trataban de oponerse á su paso.

Por aquel entonces, como ya sabemos, reinaba Yahia en Valencia sostenido por las tropas castellanas de Alfonso, cuando privado de este auxilio á consecuencia de la invasion de los Almoravides y de la funesta jornada de Zalaca, hallóse expuesto sin defensa á los ataques de Almondhir de Lérida y Tortosa, dueño ya de Játiva por traicion de su gobernador. En tan apurada situacion, Yahia hizo alianza con Yussuf emancipándose del soberano de Castilla, pero como la fortuna de los Almoravides pareciese amenguar despues de Zalaca, y el Cid y sus caballeros derrotasen á los sarracenos en territorio de Murcia, Yahia encontróse otra vez abandonado y mas expuesto que nunca á las irrupciones de Almondhir, que llegó á poner cerco á la capital. Yahia solicitó entonces el auxilio de Alfonso de Castilla y tambien de El Mostain de Zaragoza, sucesor de su padre El Motamin, y de acuerdo este con Rodrigo resolvió la conquista de la ciudad, conviniendo en que la plaza habria de quedar para el emir y todo el botin para el guerrero castellano.

Almondhir apresuróse á levantar el sitio, y al presentarse El Mostain y Rodrigo delante de los muros de Valencia, no hallaron enemigos con quienes combatir. Esto no obstante queria el de Zaragoza llevar adelante su proyecto de apoderarse de la plaza, pero Rodrigo le manifestó que siendo Yahia vasallo del rey de Castilla, quitarle su ciudad equivaldria á quitársela á Alfonso y que él no podia ayudarle en semejante empresa. Despechado El Mostain, volvióse á pesar suyo á Zaragoza, y manejándose entonces el Cid, dice Lafuente, con la maña y astucia de un gran político, entreteniendo con buenas palabras á Almondhir de Lérida y á El Mostain de Zaragoza, penetró en Valencia como auxiliar de Yahia
1089 (1089), y dió principio por aquella comarca á las atrevidas excursiones que difundieron el espanto entre los Musulmanes, todo con el beneplácito de Alfonso, á quien habia representado que, vasallo suyo como era, no obraba ni guerreaba sino en interés de su soberano.

El Mostain, que vió no poder contar con Rodrigo para la toma de Valencia, alióse con Berenguer de Barcelona, quien fué con su ejército á poner sitio á la ciudad. Rodrigo se hallaba entonces ausente en Castilla donde habia recibido de Alfonso el dominio y señorío de cuantas fortalezas y pueblos tomara á los Musulmanes, y á su regreso, al frente de una hueste de siete mil hombres, Be-

renguer levantó el cerco y se volvió á Barcelona. Yahia y Rodrigo pactaron entonces, á lo que parece, que este defenderia á aquel contra todos sus enemigos, moros ó cristianos, mediante el pago de mil dinares mensuales. A. de J. C.

Otra vez se indispuso el Cid con Alfonso en el año 1090 cuando los Almoravides pusieron cerco al castillo de Aledo. El rey dióle órden para que acudiera en auxilio de los sitiados, pero por un cúmulo extraordinario de circunstancias no pudo Rodrigo cumplirlo. Entonces Alfonso, que aun sentia vivo en su corazon el rencor hácia Rodrigo, revocó el derecho de señorío que le concediera sobre las fortalezas que conquistara, le privó hasta de sus bienes propios, y redujo á prision, si bien por poco tiempo, á su esposa y á sus hijos.

El Cid volvió á guerrear por su cuenta: tomó á Polop, devastó el territorio de Tortosa y se apoderó de Mora. Atacado en aquel territorio por Almondhir, Berenguer de Barcelona, y tambien por El Mostain de Zaragoza, venció en reñida pelea á sus enemigos é hizo por segunda vez prisionero al conde de Barcelona con otros nobles catalanes. De la batalla salió el Cid gravemente herido.

Con poca generosidad trató el castellano al vencido conde, pues á la humillacion de la derrota añadió otras que hicieron sentir á Berenguer toda la extension de su desventura. Por fin obtuvo libertad por la enorme suma de ochenta mil marcos de oro de Valencia, y los demás prisioneros la obtuvieron igualmente en cambio de cantidades mas ó menos crecidas.

Entonces llegó á ser el Campeador el árbitro de aquella tierra cuyos príncipes todos le pagaban tributo; cincuenta mil dinares el de Tortosa, hijo de Almondhir, muerto poco hacia, doce mil el de Valencia, diez mil el de Albarracin, otros diez mil el de Alpuente, seis mil el de Murviedro, seis mil el de Segorbe, cuatro mil el de Jerica, y tres mil el de Almenara.

En 1092 reconcilióse de nuevo el Cid con su soberano Alfonso, y á excita- 1092
cion de la reina Constanza abandonó el sitio de Liria cuando estaba á punto de rendirla para ir con su hueste en auxilio de Alfonso en la expedicion que preparaba en Andalucía contra los Almoravides. Sin embargo, el rey y el caballero no tardaron en indisponerse de nuevo, y ya obedeciese Alfonso á las sugestiones de envidiosos cortesanos, ya á su propio resentimiento, dirigió á Rodrigo palabras ásperas de enojo y aun manifestó intencion de prenderle. El Cid disimuló, pero durante la noche levantó su campo, y abandonado por muchos de los suyos que abrazaron el partido del rey, marchóse á tierras de Valencia y luego de Zaragoza para defender á El Mostain, con quien se habia reconciliado, contra los ataques de Sancho Ramirez. Allí, con la intencion sin duda de formar un establecimiento reconstruyó el castillo gótico de Pinacastel, forticólo y lo proveyó de víveres y armas para una prolongada defensa, y desde allí el terror de su brazo le sometió todos los reyezuelos de la provincia (1).

Entonces fué cuando ocurrieron en Valencia los sucesos que en otra parte llevamos referido. Los Almoravides se habian apoderado de Murcia, de Denia y de

(1) El viajero que remonta el rio Martin, divisa á la derecha en el fondo de un estrecho valle que confina con el territorio de Villarroya y Montalban, un antiguo castillo desierto, construido en una alta y escarpada roca, desde donde se domina todo el valle. Aquello es cuanto queda del establecimiento de Rodrigo Diaz, aquella es la peña del Cid.

A. de J. C. Alcira, y el cadí Ben Gehaf, deseoso de sentarse en el trono, facilitóles la entrada en la ciudad. El infeliz Yahia fué asesinado por el usurpador, el cual, protegido por los Africanos, fué elevado al poder supremo.

El ejército africano abandonó en breve aquella region dejando algunas tropas para guarnecer la ciudad nuevamente conquistada, y avisado de todo el Cid por los partidarios del monarca asesinado, acudió presuroso desde Zaragoza á las inmediaciones de Valencia. A la cabeza de sus soldados y de todos los fugitivos de la ciudad dió principio á sus algaras por el territorio valenciano, arrebatando hombres y ganados y no dejando á los moradores un instante de reposo. Erigiéndose en vengador del asesinado Yahia escribió al rebelde cadí reprendiéndole su traicion y reclamándole el trigo que habia dejado en los graneros de Valencia. Finalmente, tomado el arrabal de Villanueva, apoderado luego de la Alcudia, rindióse la ciudad por capitulacion en la que se estipuló que los Almoravides abandonarian la ciudad, que Ben Gehaf pagaria á Rodrigo el valor del trigo de que se habia apoderado, con mas diez mil dinares mensuales y todo lo atrasado, y que el Cid podria tener su ejército en Cebolla, fortaleza inmediata que él habia conquistado.

Poco duró la paz y buena armonía: los Almoravides atacaron otra vez al Cid á excitacion, segun se dice, de los Valencianos, pero, derrotados y obligados á
1093 abandonar la empresa, puso aquel sitio á la ciudad en 1093. Estaban los cristianos tan cerca de la ciudad que arrojaban piedras á mano sobre ella; el hambre hacia cada dia mas estragos, y despues de haber comido las bestias de carga y los animales inmundos, registrábanse los sumideros para buscar el desperdicio y el rampojo de la uva. En tan angustiosa situacion y no esperando auxilio alguno, los habitantes obligaron á Ben Gehaf á entrar en pactos con los sitiadores, conviniéndose por fin en el siguiente tratado: los Valencianos pedirian socorro al rey de Zaragoza y al general de los Almoravides, que se encontraba en Murcia; si estos no los auxiliaban dentro el término de quince dias, Valencia se rendiria al Cid con la condicion de que este dejara á los habitantes la vida, la libertad y sus bienes, y á Gehaf el título de walí y el gobierno de Valencia por cuenta de los emires coaligados de Santa María de Albarracin y de Murviedro, enemigos aun entonces de los Almoravides, y cuyo decidido auxiliar habia sido el Cid en aquellas circunstancias. Los quince dias transcurrieron sin variacion ninguna, y Valencia abrió sus puertas á Rodrigo, quien verificó en ella su entrada el jue-
1094. ves dia 15 de junio del año 1094. Rodrigo gobernó Valencia con poder soberano y, segun confesion de los mismos árabes, con gran justicia y mansedumbre; dejó á Ben Gehaf que continuara desempeñando sus funciones de supremo cadí; pero pasado un año, cuando menos se esperaba, mandó prenderle junto con toda su familia á fin de obligarle á revelar el sitio en que habia ocultado los tesoros que robara al asesinado Yahia. En vano empleáronse para ello amenazas y tormentos, y dispuso el Cid ahondar un hoyo en medio de la plaza en el cual fué metido el antiguo cadí de modo que quedaran solamente descubiertas la cabeza y las manos. En derredor de la fosa pusiéronse haces de leña á las cuales se prendió fuego, y en este horrible suplicio, pereció aquel desventurado manifestando una serenidad verdaderamente estoica. El Cid queria quemar tambien á la familia y parientes del cadí, pero cristianos y musulmanes lograron, aunque

con trabajo, salvarlos de tan cruda suerte. Rodrigo arregló entonces lo concerniente al gobierno de la ciudad que hizo ocupar por los cristianos, relegando á los Arabes á los arrabales, y su poder, dice un escritor árabe hablando del Cid, fué siempre creciendo, de modo que pesó sobre las altas y las bajas comarcas y llenó de terror á nobles y á plebeyos. A. de J. C.

En 1096 hicieron los Almoravides una nueva tentativa para recobrar á Valencia, pero fueron vencidos y arrollados por el Cid, quien se apoderó de su campamento; esta expedicion fué notable por haberse indispuesto Rodrigo con sus antiguos aliados de Albarracin y de Murviedro, quienes habian aceptado ya sin duda la dominacion de los Almoravides, y por lo mismo mostraríanse hostiles al Campeador en la ocasion expresada. Atacólos en 1097 y púsose sobre Murviedro, cuyos moradores pidiéronle un plazo de treinta dias á condicion de rendirse si no eran en este intervalo socorridos. El Cid se lo concedió, y en vano el emir pidió auxilio á Alfonso de Castilla, á El Mostain de Zaragoza, á los Almoravides y al conde de Barcelona. Nadie le socorrió, y Rodrigo alargó generosamente el plazo hasta el dia 24 de junio. En dicho dia verificó su entrada en Murviedro. 1096. 1097.

No podian resolverse los Almoravides á dar por perdida á Valencia, que era para ellos, dice un escritor, una arista en el ojo. Vencedores de Alvar Fañez, pariente y compañero del Cid, en las inmediaciones de Cuenca, avanzaron hasta Alcira, donde derrotaron tambien á parte del ejército de Rodrigo. Sabedor este de tan triste nueva, él, dice la crónica, que jamás habia sido vencido, murió de pesar en julio de 1099. 1099.

Este fué el héroe sobre el cual tanto han inventado romanceros y poetas, y estos son los únicos hechos de su vida que con alguna verosimilitud pueden considerarse como históricos. En su existencia hallamos principalmente mezclada la de cierto Garci Ordoñez, personage singular, á quien el Cid parece haber profesado decidido encono y á quien retó á batalla cuando una de sus excursiones á tierras de la Rioja. A lo que parece, Garci Ordoñez era conde de Nájera, gobernador de la Rioja por el rey de Castilla, y el segundo personage del estado por la nobleza de su cuna, por su alianza con la familia real, y por su riqueza y eminentes servicios. Sin embargo, implacable enemigo del Cid y envidioso de su gloria, él era quien mas irritaba al rey contra Rodrigo y él fué causa siempre de los disturbios y desavenencias entre el soberano y el caballero (1).

Esto únicamente puede decir la historia de la figura colosal que tal como ha llegado hasta nosotros con todas las invenciones de la leyenda y todas las galas de la poesía, ha venido á ser, segun algunos, la personificacion del pueblo español y el símbolo vivo de nuestra historia. Nuestro pueblo creó en torno suyo una tradicion heróica, eco sin duda de sus hazañosos hechos, que se repite de generacion en generacion. Esta figura, tal como nos la pinta el poema, con su humildad cristiana, con su heróica caridad, con su valor á toda prueba, con su generosidad sin límites, con su lealtad imponderable, ha llegado á resumir la historia española. Religion, sentimientos, vida pública, deseos y aspiraciones del pueblo

(1) Así lo dice Quintana, pero este conde Garci Ordoñez á quien se supone aliado de la familia real y gran favorito del rey, peleaba por aquel tiempo contra los cristianos en las filas de los Almoravides.

A. de J. C español, todo lo entraña, dice un moderno escritor, esa gigantesca figura que nace en el siglo XI y que vivirá en tanto exista la nacionalidad de nuestra patria.

La historia empero, no puede decir lo mismo que el poema, y sin pretender despojar al Cid de muchas de las grandes cualidades que se le atribuyen, hemos de consignar que no existen hechos probados que las manifiesten, de modo que quien quiera llegar á conocer la existencia de aquel hombre que ha llegado á ser real á fuerza de ficciones, no ha de acudir á la historia, sino á la leyenda y á las tradiciones populares.

Muerto Rodrigo, su esposa Jimena, digna consorte del famoso héroe, continuó defendiendo á Valencia contra los ataques de los Almoravides. Por mas de dos años defendió sus muros con los restos de las antiguas compañías de Rodri-
1102. go, hasta que en 1102 envió al obispo Gerónimo á solicitar el auxilio de Alfonso. Este marchó allá con numerosa hueste, pero pensando que Valencia se hallaba harto distante de sus estados para que pudiera disputarla por mucho tiempo á los Sarracenos, salió de ella con toda la guarnicion, despues de haberla puesto fuego. Los Almoravides la ocuparon pocos momentos despues.

El cuerpo del Cid fué llevado procesionalmente al monasterio de Cardeña, donde fué sepultado. En él halló tambien sepultura junto á su esforzado esposo, Jimena, fallecida en 1104. El único hijo varon que tuvo el Cid, llamado Diego Rodriguez, fué muerto por los moros en Consuegra, y sus dos hijas, Cristina y María, casaron la una con Ramiro, infante de Navarra y señor de Monzon, y la otra con Ramon Berenguer III, conde de Barcelona.

Explicada la historia del héroe castellano, fuerza es que dirigiendo sucesivamente la vista á los varios reinos cristianos de la Península, digamos lo que habia sucedido en los años que aquella abraza.

Por los años de 1092 Alfonso casó á sus hijas Urraca, nacida en 1080 de su matrimonio con Constanza, con el conde Raimundo de Borgoña, y Teresa, nacida de la union declarada ilegítima de Alfonso con Jimena Nuñez, con Enrique, de la misma familia, pues era nieto de Roberto de Borgoña. El deseo de pelear con los infieles los habia llevado á España, y Alfonso, antes de elevarlos á yernos suyos, hizo con ellos varias campañas contra los Sarracenos, confiándoles especialmente la custodia de las fronteras musulmanas. Raimundo y Enrique de Borgoña, convertidos en troncos de dos familias reales de Castilla y Portugal, desplegaron su valor en la Extremadura portuguesa y castellana, y acompañaron á Alfonso cuando, yendo en auxilio de El Motawakil de Badajoz, se apoderó por los años de 1093 de Santaren, Lisboa y Cintra, que quedaron bajo el gobierno de su yerno Raimundo, esposo de su hija Urraca.

La feliz campaña de los Almoravides contra los estados de Badajoz hizo que Alfonso volviera á perder parte de aquellas adquisiciones, pero las funestas noticias que de la parte de Valencia llegaron á Abu Becre, obligáronle á dirigir hácia allí todas sus fuerzas, y á dejar en pacífica posesion de las fronteras á los dos condes franceses, despues de sostener con ellos algunos combates de escasa importancia. Así en el año 1097 vemos á Enrique dominando todo el territorio comprendido entre el Miño y el Tajo, y á Raimundo en posesion de lo que hoy abraza la moderna Galicia.

En Aragon hemos dejado á Sancho Ramirez, rey tambien de Navarra, pe-

leando con los Agarenos y dilatando cada dia las fronteras de sus estados. Aunque contrariado algunas veces por las armas del Cid, venció á sus enemigos en repetidos encuentros, y dueño de Monzon, pensaba ya en poner cerco á Zaragoza. El Mostain reunió sus fuerzas para oponerse á los cristianos que habian sentado sus reales al pié de los muros de Huesca, baluarte de los infieles y su principal escudo contra las armas de Aragon, y poseidos de confianza ambos ejércitos en el valor y habilidad de sus generales, hijos de la guerra, furiosos leones, dice la crónica, empeñaron la batalla, que fué muy obstinada y sangrienta, sin que ninguno volviese la espalda á la horrorosa muerte. Los cristianos rompieron por fin los escuadrones muslímicos, y sus espadas se cebaron en los fugitivos hasta la llegada de la noche. El Mostain con algunos de los suyos refugióse en Huesca.

Sancho apretó entonces mas y mas el cerco de la plaza, que era grande, rica y muy poblada, y estaba defendida por una guarnicion intrépida, mandada por un esforzado guerrero, llamado Abderrahman. La tienda de Sancho se elevaba en una pequeña colina que tomó desde aquel tiempo el nombre de Pueyo de Sancho, y como el monarca saliera de ella cierto dia para reconocer el muro y buscar el punto por donde podria combatir con buen éxito á los obstinados Sarracenos, una flecha disparada del adarve penetróle por el escote de la loriga en el acto de levantar el brazo señalando á sus compañeros el lugar que creia á propósito para aquel designio. La herida era mortal, y llamando el rey á sus hijos Pedro y Alfonso, á los grandes y prelados, hízoles prestar á todos juramento de no levantar el sitio hasta que la ciudad quedase bajo su dominio; recibió los sacramentos, y luego espiró al arrancarle el dardo (6 de julio de 1094). Su cadáver fué depositado en el monasterio de Montearagon, que el mismo habia fundado, y tomada Huesca, trasladáronlo al de San Juan de la Peña donde fué sepultado. Su hijo primogénito Pedro I de este nombre fué reconocido por su sucesor.

Muerto Sancho, continuó el sitio con igual ahinco y perseverancia. El Mostain en tanto logró evadirse de la plaza y auxiliado por los emires de Santa María de Albarracin, de Játiva y de Denia y por el conde Garci Ordoñez (singular y oscura existencia sobre la cual en vano buscaríamos noticias positivas), dirigióse contra el ejército cristiano. Sabedor de este suceso Pedro, digno sucesor de Sancho, levantó el sitio de Huesca y marchó al encuentro de los enemigos. Avistólos en los alrededores de la fortaleza de Alcoraz (Hisn-el-Korasch), en tan gran número que cubrian todo el camino desde las riberas del Ebro hasta las del Gállego. La batalla duró todo el dia, y en ella, segun relacion de sus propios historiadores, experimentaron los Musulmanes grandísimas pérdidas. Por esto y porque su hueste se componia de gentes diversas que se culpaban unas á otras del mal suceso, no quisieron esperar al dia siguiente la suerte del nuevo combate, y unos por una parte y otros por otra se retiraron aquella noche, dejando muchos muertos y heridos para agradable pasto de las fieras y de las carnívoras aves (1). El rey El Mostain se retiró á Zaragoza perdiendo la esperanza de conservar á Huesca, que pocos dias despues se entregó á los cristianos por capitulacion. De esta batalla, que acaeció en 18 de noviembre de 1096, data haber

(1) Conde, P. 3.ª, c. XVIII.

tomado los reyes de Aragon por armas la cruz de San Jorge, á causa de haber acaudillado este santo, dicen nuestros piadosos cronistas, los aragoneses batallones, y cuatro cabezas que representan los cuatro reyes ó caudillos moros que se suponen muertos en aquella jornada.

En 25 del mismo mes hizo don Pedro su entrada triunfal en Huesca con sus tropas, con los obispos y los grandes de su reino, y fijó en ella su residencia. La gran mezquita fué purificada y consagrada á Jesus y á su madre Santa María, y el obispo de Jaca volvió á intitularse de Huesca como antes de la conquista sarracena. Urbano II al tener noticia de esta victoria, confirmó los privilegios que Alejandro II y Gregorio VII concedieron al rey don Sancho para que pudiesen los reyes distribuir las rentas de las iglesias de los lugares que ganasen de los Moros y de las que de nuevo se edificasen en su reino ó por capellanías ó monasterios, exceptuando las catedrales, é igual facultad se dió á los ricoshombres que levantasen iglesias en los lugares de Moros, mientras hiciesen celebrar los oficios divinos por personas competentes (1). Extendióse la fama de esta victoria que el rey don Pedro hubo de los infieles por toda la cristiandad, dice Zurita, y, segun el papa Urbano escribe en sus letras apostólicas, dió grande esperanza á la empresa que se habia tomado en el concilio que tuvo en Claramonte en el reino de Francia para la expedicion de la Tierra Santa.

Aliado luego con el Cid, hizo don Pedro una expedicion á Valencia y de regreso á sus estados continuó guerreando contra los Moros con constante y decidida fortuna. Apoderóse en 1099 de los castillos de Calasanz y de Pertusa, en 1100 de la importante plaza de Barbastro, llegando en 1104 hasta el pié de los muros de Zaragoza, talando y devastando la campiña de la ciudad que habia de ser muy pronto capital de la monarquía aragonesa. Aquel mismo año, empero, y en 28 de setiembre, don Pedro terminó su vida, muy llorado de los suyos, sucumbiendo á la temprana edad de treinta y cinco años al profundo dolor que en él causara la pérdida de un tierno príncipe de su mismo nombre que habia tenido de su esposa Berta. Sucedióle en el trono su hermano Alfonso que por sus altos hechos y ánimo esforzado habia de merecer el nombre de Batallador.

En Barcelona gobernaba la última vez que de este país hemos hablado Berenguer Ramon II, apellidado el Fratricida, por derecho propio y en calidad de tutor de su sobrino Ramon Berenguer III. Aunque manchado el conde con el alevoso crímen que en su lugar explicamos, no cabe poner en duda sus relevantes dotes de guerrero y á vueltas de los funestos dias que dió á sus estados en sus malhadadas contiendas con el Cid Campeador, con las cuales así Rodrigo como el conde causaron inexplicable daño á la causa de la religion y de la patria, dió tambien á esta dias de gozo y de gloria con sus conquistas contra los Sarracenos. En aquellas manifestó sí, nuestro conde su gran valor y ánimo marcial, pues aunque el azar de la guerra quiso que fuese vencido y preso el Barcelonés en el sitio de Almenara y en la batalla de Tovar del Pinar por el héroe castellano, diremos con Bofarull tomándolo de Ercilla:

No es el vencedor mas estimado
De aquello en que el vencido es reputado.

(1) Zurita, Anal. de Aragon., l. I, c. XXXII.

Sin embargo, la gran empresa del conde Berenguer Ramon II, aquella por la cual merece de esta tierra perpétuo agradecimiento á pesar de la criminal sombra que le ofusca, fué la conquista de la célebre ciudad de Tarragona, punto avanzado que poseian los Musulmanes en el oriente de España, del cual salian todas sus expediciones marítimas. Tiempo hacia que el clero catalan se esforzaba para que se acometiera tan patriótica empresa, y ya en el reinado del conde Ramon Berenguer el Viejo habíase pensado en dirigir un ejército contra la antigua metrópoli de la España citerior. Esto, empero, no se realizó, y Berenguer Ramon II, ya obrara por granjearse el afecto del pueblo á quien veia enemigo por su pasado crímen, ya temiera las penas y censuras de la Iglesia, cosas todas que nada quitan al mérito de la empresa, fué el que devolvió Tarragona y todo su Campo á la dominacion cristiana. Auxiliado por el papa Urbano II, que concedió iguales gracias á los que acudiesen á la reconquista de Tarragona que á los que se cruzasen para Palestina, Berenguer á la cabeza de numerosa hueste, no solo de catalanes, sino tambien de muchos guerreros de los paises limitrofes, avanzó hácia Tarragona en el año 1090. El sitio no fué de larga duracion, y los cristianos entraron en la ciudad por asalto, lanzando á los Moros de la comarca á lo mas áspero de las montañas de Prades, y allanando el camino para las futuras conquistas de Tortosa y Lérida. El conde hizo donacion de su conquista al apóstol san Pedro y á los pontífices sus sucesores, devolviendo Urbano II á Tarragona la dignidad de metrópoli de todos los obispados que habian sido antes sus sufragáneos, en nada obstante la oposicion del arzobispo de Narbona que ejerciera aquellos derechos desde la conquista de Cataluña. Berenguer de Rosanes, obispo de Ausona, uno de los mas celosos promovedores de la empresa, fué entonces su primer arzobispo teniendo por sucesor en la prelacía al ínclito san Olegario.

En 1095 nuestro conde puso sitio á Oropesa, y en 1096 hizo algunas tentativas contra la ciudad de Tortosa; pero en aquel entonces habia ya cumplido el príncipe Ramon Berenguer la edad de quince años, siendo ya apto para armarse caballero y regir sus estados, y debiendo cesar por lo mismo la tutela de su tio. Entonces ocurrió en el condado de Barcelona otro de aquellos hechos que caracterizan la época, manifestando el alto aprecio con que querian ver los gobernados al que ejercia la alta mision del poder y el modo como sabian pedirle cuentas cuando por sus vicios ó crímenes se hacia indigno del encargo divino que estaba destinado á cumplir en la tierra. Los magnates catalanes no habian olvidado que el conde Berenguer Ramon tenia la corona por medio de un fratricidio, y aunque la liga del año 1085 no tuvo entonces el objeto que los coligados se propusieron, luego que el hijo del asesinado Cap de Estopa llegó á la edad de calzar las espuelas de caballero, Bernardo Guillermo de Queralt, Ramon Folch de Cardona y Arnaldo Miron retaron como buenos al Fratricida al uso de aquellos siglos, obligándole á fuer de caballero á presentarse al reto en la corte de Alfonso VI de Leon y I de Castilla, donde al fin *per batallam* ó judicialmente fué convencido y comprobado el conde Berenguer de su traicion y alevosía, segun fué público y notorio en toda la tierra (diciembre de 1096) (1).

---

(1) Bofarull, los Condes de Barcelona Vindicados, t. IV, p. 137.

A. de J. C. Ignórase cual fuese el paradero del conde Berenguer despues de la batalla ó sentencia, y únicamente sábese de positivo que desapareció de Cataluña abandonando, como otra cosa no podia hacer, patria y corona. Créese con muchos visos de fundamento que el animoso cuanto infeliz y delincuente conde tomó la cruz y marchó á Palestina, donde, despues de muy famosos hechos de armas, encontró la muerte peleando contra los enemigos de su Dios. Sin duda su heróico fin borró ante el eterno Juez su antiguo y alevoso crímen, como han debido tambien borrarlo ante los hombres sus hazañosos hechos y su ejemplar castigo.

Proclamado conde el jóven Ramon Berenguer III, llamado despues el Grande, cesaron, á lo que parece, ó quizás habian cesado ya antes, los rencores que habian dividido á la casa de Barcelona y á Rodrigo Diaz del Vivar, en cuanto vemos á aquel casado con María, hija del Cid y de Jimena, de la cual solo tuvo una hija que casó con Bernardo, último conde de Besalú, llevándole en dote el condado de Ausona y otros castillos, estados que volvieron todos á Ramon Berenguer junto con los hereditarios de Bernardo, Besalu, Ripol, Vallespir, Funullá y Perapertusa, por haber muerto este último sin sucesion (1). Muerta María, casó el conde de Barcelona en segundas nupcias con doña Almodis por los años de 1106, de cuyo enlace no le nació vástago alguno.

Así estaban las cosas de España cuando Yussuf vino por cuarta vez á ella
1103. en el año 1103, en compañía de sus dos hijos Abu Tahir Temin y Abu Hassan Alí, el cual, aunque menor que su hermano, era el predilecto de su padre por su talento y valor. Yussuf recorrió con ellos todas las provincias y le agradó sobremanera la disposicion y naturaleza de la tierra, que comparaba toda á un águila, diciendo que la cabeza era Toledo, el pico Calatrava, el pecho Jaen, las uñas Granada, la Algarbia el ala derecha y la Axarquia el ala izquierda, entendiendo todo esto de la importancia del gobierno y guarda del estado que en cada parte convenia (2). Acabada su visita, convocó á los jeques y principales caudillos almoravides y trató con ellos de declarar futuro heredero de sus estados á su hijo Alí que estaba en Córdoba, mandando que todos le jurasen obediencia y le reconociesen por su señor despues de su muerte. Celebróse la jura con mucha solemnidad y gran concurrencia de la nobleza y caballería de Africa y de España, y Yussuf mandó á su wazir Abu Muhamad que escribiese la carta y pacto de sucesion en los siguientes términos: « Alabanza á Dios que usa de misericordia con lo que le sirven en las herencias y sucesiones; que creó á los reyes cabezas de los estados por causa de la paz y concordia de los pueblos: como el emir Yussuf ben Tachfin sabe y conoce que Dios le ha hecho cabeza, guarda y defensor de tantos pueblos que sirven á Dios y son fieles, temeroso de que el dia de mañana le puede Dios pedir cuenta de lo que le ha confiado y dado en guarda, y hallar que no ha procurado dejar en su lugar un sucesor que los ampare como rey y los gobierne en paz y justicia..... Tanteó las fuerzas de los dos extremos de sus lanzas y el temple y agudeza de los filos cortantes de su espada, y despues de bien meditado halla que su hijo menor Abu Hassan Alí es mancebo mas bien dispuesto para las grandes y altas cosas, y por esto mas acomodado

(1) Bofarull, los Condes de Barcelona Vindicados, t. IV.
(2) Conde, P. 3., c. XXIII.

para llevar en sus hombros el peso de la administracion del reino, y por lo mismo le señala y distingue, le llama, proclama y eleva á la majestad y alteza del trono y al gobierno del reino, habiendo tomado antes consejo de hombres sabios y prudentes de todas partes, así de los cercanos como de los distantes, y todos de comun acuerdo con los nobles jeques y caballeros del reino han manifestado libremente que aceptan y reciben contentos y bien satisfechos esta declarada sucesion, puesto que su propio padre de ello se contenta y complace..... (1)» A. de J. C.

Entonces fué llamado el príncipe Alí á la presencia de su padre y del consejo, y habiéndosele manifestado las condiciones bajo las cuales era declarado sucesor de su padre, dijo aceptarlas y juró observarlas. Yussuf dirigió una vehemente exhortacion á su hijo encomendándole cuanto le pareció conveniente para cumplir sus grandes obligaciones, y el príncipe repitió sus promesas y deseos de servir á Dios y cumplir los intentos de su padre. El secretario de Estado certificó que todos los presentes se hallaban satisfechos, aceptaban y confirmaban aquella sucesion, y firmóse por todos el acta de esta ceremonia, que se verificó en Córdoba en setiembre de 1103.

Las condiciones y ordenanzas que Yussuf puso á su hijo para al gobierno de España fueron que los gobiernos y alcaidías de provincias, ciudades y fortalezas las confiase siempre á los Almoravides; el cuidado de las fronteras y la guerra contra cristianos la hiciese con los Muslimes andaluces como mas ejercitados y prácticos en la manera de pelear que convenia en España; que premiase con armas y caballos á los que se distinguiesen en su servicio guerreando con los enemigos, y les repartiese vestidos y dinero en ciertas ocasiones y que mantuviese en España diez y siete mil caballeros almoravides repartidos en diferentes partes determinadas, de modo que en Sevilla hubiese siete mil, en Córdoba mil, en Granada tres mil, cuatro mil en la España oriental y el resto en las fronteras occidentales (2). Díjole además que evitara emprender la guerra sin necesidad así en España como en el Magreb, que tratara siempre honrosamente á los Musulmanes andaluces, y que se abstuviera sobre todo de entrar en lucha con los Beni Hud de Zaragoza, que eran como el baluarte del islamismo.

Acabadas estas cosas Yussuf se dirigió á Ceuta, deteniéndose en todas las ciudades y pueblos del tránsito para escuchar las quejas y administrar justicia. Llegado á Africa y habiéndose retirado totalmente de los negocios, principió á sentir debilidad, que era ya muy viejo, dice la crónica. Llegado á Marruecos, su dolencia se agravó cada dia hasta tanto que sus fuerzas desaparecieron del todo y quedó sin movimiento alguno, en cuyo estado espiró á la salida de la luna de muharram entrado el año 500 (lunes 3 de setiembre de 1106), á la edad de cien años cumplidos y treinta y ocho de reinado, á contar desde su entrada en la ciudad de Fez. 1106.

Próximo á morir, Yussuf llamó á su hijo el príncipe Alí y renovóle las instrucciones que le diera para el gobierno de España. Tal fué Yussuf ben Tachfin fundador de Marruecos, vencedor de Zalaca, emperador temporal de los Almora-

(1) Conde, P. 3.ª, c. XXIII.

(2) A cada uno de los caballeros de este cuerpo escogido se daban cinco escudos mensuales además de su manutencion y de la de su caballo.

A. de J. C. vides, y sumiso en lo espiritual al iman descendiente de Abbas, que reinaba en Bagdad. El entronizó la raza africana é hizo que en España y Africa predominara sobre la raza árabe. Llamáronle el excelente, la estrella de la religion y el defensor de la ley de Dios.

Alí ben Yussuf nacido en Ceuta en 1084 de madre cristiana, fué proclamado en Marruecos luego despues de la muerte de su padre. Era blanco y colorado, de hermosos ojos, barba suave, cabello lacio y negro, de bien proporcionada
1107. nariz, preciosa boca, de mediana estatura y buena complexion. En 1107, despues de poner en órden los asuntos de Mauritania y de haber sometido á su sobrino Yahia hijo de Abu Becre ben Yussuf que se negara á reconocerle, pasó á España y recibió en Algeciras á los cadíes de las aljamas, á los walíes y gobernadores de las ciudades y á los principales caballeros. En seguida volvióse á Africa resuelto á continuar en nuestra península la obra empezada por su padre, y para ello envió á su hermano Temin á la cabeza de un numeroso cuerpo de Africanos, confiriéndole el gobierno de Granada. Hasta entonces Alfonso no tuvo otra guerra con los Arabes sino las ordinarias escaramuzas en las fronteras del reino de Sevilla, pero en este tiempo tomó la lucha un aspecto mas decidido y grave. Temin propúsose tomar la ciudad y castillo de Uclés que defendia una
1108. numerosa guarnicion castellana, y en el año 1108 le puso cerco y la tomó á viva fuerza. Los cristianos se refugiaron en la ciudadela, y al saber Alfonso la apurada situacion de los suyos, disponíase, aunque enfermo, á salir á campaña. Impidióselo sin embargo una herida recibida en otra anterior batalla, que pudo ser la de Zalaca, pero que algunos autores y entre ellos Dozy, suponen acaecida en 1106 en un lugar de Estremadura llamado Salatrices (1). En su lugar envió, pues á sus mas esforzados condes, y en su compañía quiso que marchara Sancho su único hijo, quien, aun cuando solo contaba once años, habia sido armado caballero y sabia manejar su caballo, confiándole á la guarda especial del conde García de Cabra. El ejército africano, que habia querido, poseido de temor, retirarse ante los cristianos, no halló medio para verificarlo, y arremetió contra el enemigo con valor desesperado; larga y sangrienta fué la lucha, pero el triunfo se declaró al fin por los Musulmanes, despues de quedar en el campo veinte mil cristianos, entre ellos el tierno heredero del trono, el infante don Sancho. Cuenta el arzobispo don Rodrigo que en lo mas recio de la pelea el niño gritó á su ayo: «¡Padre, padre! Mi caballo está herido.» El conde García acudió presuroso á su lado en el momento en que el animal herido caia arrastrando consigo al ginete, y apeándose del suyo, cubrió al niño con su escudo mientras que con su espada procuraba hacerse lugar entre los enemigos que por todas partes le rodeaban. Como era de gran corazon y de muy fuerte brazo, mantenia en respeto á todos sus contrarios hasta que habiéndole cortado un pié el golpe de una cimitarra, no pudo sostenerse, y se tendió sobre el príncipe á fin, dice el historiador, de que

(1) Dícese que de ella salió Alfonso derrotado y herido en una pierna, y que como viese retirado en Coria llegar á varios nobles que creia muertos y entre ellos al obispo de Leon don Pedro con el roquete salpicado de sangre sobre las armas, exclamó: «Gracias á Dios que si los caballeros se han vuelto clérigos por los mios pecados, los clérigos hacen lo que habian de hacer los caballeros.» Con lo primero aludia al conde Garci Ordoñez y á los condes de Carrion que se habian portado en la batalla cobardemente, y añade Sandoval que resentido el conde García Ordoñez de aquellas palabras, se pasó á los Moros y fué causa de grandes calamidades en Castilla.

le mataran antes que á él. Los demás magnates y guerreros quisieron sustraerse á la muerte por medio de la fuga, pero alcanzados de nuevo por los Arabes en el lugar llamado de los Siete Condes, experimentaron nueva derrota, en la que murieron siete magnates. Por esto llamaron los moros á aquel sitio desfiladero de los Siete Cerdos (1), nombre que se cambió despues en el mas honroso que ahora lleva. Los vencedores entraron luego por asalto en el castillo de Uclés, no sin que muchos, al decir de sus crónicas, lograsen aquel dia la corona del martirio.

Los caballeros que escaparon con vida llevaron á Alfonso, que permanecia en Toledo, la triste nueva de lo acontecido. El monarca traspasado de dolor y de amargura en cuanto veia desvanecidas las esperanzas que cifrara en su único é idolatrado hijo, prorumpió en sollozos que desgarraban el corazon, y en el lenguage que, segun un antiguo autor, se usaba entonces exclamó: «¡Ay meu fillo! ¡Ay meu fillo! Alegría de mi corazon é lume dos meus ollos, solaz de miña vellez; ay meu espello, en que yo me soya ver, é con que tomaba moy gran pracer. ¡Ay meu heredero mayor! Cavalleros; ¿hu me lo lexastes? ¡Dadme meu fillo, condes!» Mientras el infeliz padre pronunciaba estas palabras, contemplábanle los suyos confusos y avergonzados, sin que nadie se atreviese á contestarle, pero como hubiese repetido: «dadme meu fillo, condes!» el señor de Candespina Gomez Gonzalez, mas atrevido que sus compañeros, dijo: «Señor, ¿por qué nos pedis vuestro hijo si no lo confiasteis á nosotros?—Si no lo confié á vuestra guarda, repuso el rey, os envié con él para sostenerle y defenderle, como amparadores de su persona. Aquel á quien le confié ha muerto defendiéndole y escudándole con su cuerpo; pero vosotros que lo desamparasteis ¿qué venis á buscar aquí? —Señor, dijo resueltamente Alvar Fañez, desde que reinais habeis trabajado rudamente en la guerra y ganado con el sudor de vuestro rostro las ciudades y castillos que ahora poseeis, prodigando para esto vuestra sangre en las batallas. Dios ha querido dar esta vez el triunfo á los Musulmanes y á nosotros la derrota, y viendo que nosotros todos, que pudimos salir ilesos de la batalla, no éramos en bastante número para vencer aquel campo, pareciónos que seria mayor daño vuestro perecer allí todos en vano, y que no os quedara con quien poder defender la tierra y las ciudades, fortalezas y castillos que con tanto trabajo habeis ganado. Esto nos hizo venir aquí, señor, esperando que Dios, que sin duda por nuestros pecados ha permitido que cayera sobre nosotros este golpe de mala fortuna, nos concederá en breve mejor suerte segun su santa voluntad.» Nada, empero, bastaba á consolar al rey, que como la madre de la Escritura, no quiso ser consolado porque su hijo ya no existia. *Et noluit consolari quia non sunt.* De un mismo golpe perdió el rey Uclés, Huete, Cuenca, Ocaña, Consuegra y otros lugares de la dote de Zaida, que pasaron en poder de los victoriosos soldados de Alí.

Dícese que viendo el rey que sus caballeros habian perdido la fuerza y el valor antiguos, procuró investigar la causa que esto producia, y consultó el hecho con sus médicos, la mayor parte Arabes y Judíos, quienes le dijeron: «Señor, usan con exceso de los baños, se entregan sin freno á los placeres, y no se ejercitan en las armas como en los pasados tiempos; de ahí su molicie.» Oido esto, el rey mandó destruir inmediatamente los baños, dictó varias disposiciones pa-

---

(1) Fedj-Sabah-al-Keniziyr.

A. de J. C. ra la reforma de las costumbres, y dispuso que sus caballeros estuviesen sin cesar ocupados en ejercicios bélicos (1).

La mayor parte de los historiadores colocan despues de la derrota de Uclés el matrimonio de la infanta doña Urraca, viuda de Raimundo en 1107, con su primo Alfonso de Aragon, pero es casi seguro que no se verificó hasta tiempo despues. En los últimos años de su vida Raimundo de Borgoña habia caido en desgracia cerca de su suegro por haber sabido este el odio que profesaba aquel á Zaida, y el proyecto que con el conde Enrique formara para heredar la corona arrebatándola á su tiempo á su querido hijo Sancho.

Rodrigo de Toledo nos dice que entonces crecia en Galicia bajo los cuidados del conde Pedro de Trava, el infante don Alfonso, hijo del conde Raimundo y de doña Urraca. Alfonso Raimundez habia nacido en 1104 en un lugar llamado Caldas que por su permanencia se llamó despues Caldas del Rey, y Alfonso no curaba de él, segun nos dice la crónica, por el enojo que sentia aun contra su difunto padre.

Alfonso, enfermo ya, como hemos dicho, al enviar á su hijo á la guerra, se debilitaba mas y mas. Por consejo de los médicos, montaba diariamente á caballo creyendo que el ejercicio habia de serle favorable, acostumbrado como estaba
1109. á los trabajos y fatigas de las campañas; pero á fines de junio de 1109 sintióse mas postrado y enfermo que de ordinario. Entonces mandó llamar al arzobispo don Bernardo y á algunos monges de san Benito, y en su compañía pasó los últimos dias de su existencia. Por fin, en la noche del miércoles 30 de junio espiró colmado de gracias y de dias á la edad de setenta y cuatro años y á los cuarenta y tres y seis meses de reinado. Su muerte llenó á Toledo de dolor y angustia; los ciudadanos prorumpian en llanto y exclamaban: «¿Por qué abandonas tus ovejas, oh pastor? Los Sarracenos y los malhechores podrán acometer ahora el rebaño encomendado á tu guarda.» Los condes y guerreros así nobles como meros hombres de armas, mezclados con los ciudadanos, con los cabellos en desórden y los vestidos desgarrados, y las mugeres con la cabeza cubierta de ceniza, hacian llegar al cielo sus gemidos y dolorosos clamores (2). El cuerpo del monarca estuvo expuesto por espacio de veinte dias, pasados los cuales fué trasladado con gran solemnidad como el mismo dispusiera al monasterio de Sahagun, donde habia tomado provisionalmente el hábito monacal en dias de desventura, donde yacian los cuerpos de sus esposas, y del cual se habia manifestado en vida gran protector y devoto.

Alfonso habia tenido seis esposas, y, á lo que puede colegirse con visos de certeza de entre lo mucho y contradictorio que sobre esta materia se ha escrito, fué la primera Inés, hija de Guido Guillermo, duque de Aquitania y conde de Poitou; casóse con ella en 1074 y la repudió en 1077, sin haber tenido de ella sucesion. A fines de este mismo año ó á principios del siguiente, tomó por esposa á su prima Jimena Muñoz, de la cual tuvo á Teresa y á Elvira, que hubieron de nacer en los años 1078 y 1079, pues Alfonso, amenazado por la justa cólera del papa Gregorio VII, hubo de separarse de su nueva esposa, contrayen-

(1) Luc. Tud. Chr., p. 102.
(2) Pelag. Ovet. Chr., n. 15.

do en 1080 enlace con Constanza, hija de Roberto duque de Borgoña, y viuda de Hugo II, conde de Chalons. De ella nacióle aquel mismo año Urraca, esposa de Raimundo de Borgoña y luego de Alfonso de Aragon. Constanza murió en 1092, y entonces á consecuencia de antiguos compromisos ó de un amor nacido de un modo que se ignora, casó Alfonso con Berta, esposa *relicta* de Enrique IV, rey de Germania, repudiada en 1069, é hija de Oton, marqués de Italia. En tanto vivia en la corte Zaida, la hermosa hija de El Motamid de Sevilla, segun unos, como consorte de Alfonso, segun otros en concepto mas equívoco y menos honroso. Sin embargo, no consta que el rey quebrantara nunca la ley cristiana que prohibe la bigamia, ni que mantuviera con Zaida escandalosas relaciones. Entregada por su padre como prenda al celebrar alianza con el rey de Leon, la jóven mora que contaba entonces doce ó trece años concibió por el caballaresco y belicoso Alfonso una pasion que fué mas que amor, admiracion y respeto. El rey por su parte amaba tambien tiernamente á aquella niña como á una pupila confiada á su guarda, y Zaida, muchos motivos hay para afirmarlo, vivia en un estado de completa pureza. En esto murió Berta en 1095, y Zaida impulsada, quizás tanto por la conviccion como por el afecto que á Alfonso profesaba á abrazar la religion verdadera y á recibir el Santo Bautismo con los nombres de María Isabel (1), fué llamada á compartir con el rey de Castilla el tálamo y el trono. De ella tuvo Alfonso un hijo, el único varon que le habia nacido en sus diferentes enlaces, lo cual llevó hasta un grado indecible el amor que á Isabel profesaba, y además dos hijas Sancha y Elvira, casadas despues la una con el conde Rodrigo Gonzalez de Lara y la otra con Rogerio I, rey de Sicilia. Isabel murió en 1107, y deseoso el rey de lograr inmediata sucesion varonil, determinó, á pesar de su provecta edad, de sus achaques y de sus amarguras, contraer nuevas nupcias con Beatriz, que le sobrevivió, y cuya patria se ignora, si bien dice don Rodrigo que era *expartibus Gallicanis*. De ella no tuvo sucesion.

El reinado de Alfonso divídese en dos épocas, la una de las cuales abraza el tiempo que reinó en Leon y la otra el que reinó en Castilla. La primera empieza á la muerte de su padre en 1065, y la segunda á la de su hermano Sancho en 1072. Como rey de Leon reinó seis años, y, excepto un año que permaneció desterrado en Toledo, han de contarse los demás como de su reinado en Castilla.

Alfonso se mostró muy aficionado durante toda su vida á las personas y cosas de Francia, como lo prueban sus varias esposas, los hombres á quienes eligió por yernos, y los prelados á quienes confió las principales iglesias de España. Era gran admirador y devoto de la regla de San Benito, y era tal el afecto que á esta ínclita órden profesaba y en particular al monasterio de Cluni, que en 1093 hizo construir á sus expensas la iglesia del monasterio, para lo cual envió al mismo considerables sumas. Autores hay que hasta suponen haber abrigado el pensamiento de tomar en él el hábito. En España dotó y protegió con extremado celo las iglesias y monasterios servidos por monges de San Benito, casi todos procedentes de Francia. Reedificó en la orilla izquierda del Tajo el monasterio de San Servando y San Germano, hermanos mártires, y en Toledo edificó dos monasterios de Benedictinas bajo la invocacion, el uno de San Pedro,

(1) El rey la nombraba siempre con el segundo y con el mismo es conocida en todos los documentos.

y el otro de Santo Domingo de Silos. Bajo la misma regla fundó y dotó en Burgos el monasterio de San Juan.

Alfonso fué el padre y defensor de las iglesias de España, dice Pelayo de Oviedo, y manifestóse tan terrible para los malhechores, añade el mismo, y llegó á ser tanto el órden que reinó en su tiempo, que una muger llevando su dinero en la mano, podia atravesar sola toda la tierra de España, así los lugares habitados como los desiertos, así los campos como los montes, sin encontrar quien le causara daño alguno (1).

El conquistador de Toledo ocupa en la historia muy alto lugar y mereció el sobrenombre de lumbrera y escudo de España. *Vir bellicosus et sapiens,—rex et miles strenuissimus*, dicen las crónicas francas. Dió en persona treinta y nueve batallas campales á los Arabes y quedó vencedor en casi todas. El fué el primer rey de España que tomó el título de emperador, y vemos que en muchos documentos se titula y firma: *Rex et Imperator totius Hispaniæ.*

El fin del reinado de Alfonso correspondió al gran suceso de los Cruzadas, y en los últimos años del siglo XI, tuvo lugar la gran epopeya de la conquista de Asia. La España tomó poca parte en aquel universal movimiento, pues tenia en su propio territorio el enemigo que los cruzados iban á combatir á Oriente. Sin embargo, algunos Españoles, inflamados del mismo celo que arrastrara á Palestina á los compañeros de Godofredo de Buillon, tomaron la cruz y marcharon á Siria; de este número fueron Guillermo Jordan, conde de Cerdaña, que murió de un flechazo defendiendo un castillo en las inmediaciones de Trípoli, Gerardo, conde de Rosellon, Guillermo de Canet, y otros muchos barones catalanes, que se cruzaron en 1096 (2).

El ejemplo de estos caballeros fué imitado despues por otros muchos, y hubieron de intervenir los papas para encauzar aquel extraviado celo. Urbano II el fogoso promovedor de las cruzadas orientales, hubo de contener mas de una vez el ardor de los Españoles prontos á lanzarse á ellas, señalándoles como objeto expulsar de su Península á los Sarracenos que poseian todavía sus mejores y mas ricas tierras; su sucesor Pascual II observó igual conducta, y en 1105 publicó una bula mandando á los Españoles que habian tomado la cruz para la Tierra Santa cumplir su voto peleando contra los infieles que oponian el Coran al Evangelio en su propio país. Así, pues, mientras los peregrinos de Occidente combatian con los Musulmanes en Asia, España, por un efecto de su destino excepcional, luchaba con ellos dentro de sus mismas fronteras y continuaba en su propio territorio la cruzada inaugurada antes que todas por Pelayo en Covadonga hacia cuatrocientos años.

---

(1) Pelag., Ovet. Chr., n. 12.

(2) Una donacion de Guillermo Berenguer, canónigo de Barcelona, fechada en Trípoli de Siria en 1111, por lo cual dispone en favor de su iglesia de una propiedad que poseia en Monjuich, está firmada por varios caballeros catalanes que combatian entre los cruzados, á saber: Guillermo Jofre de Servia, Cuculo, su hermano, Pedro Gueraus, Arnaldo Guillem, Ramon Folch y Pedro Mir ó Miron.—Existe tambien en favor de la misma iglesia el testamento de una noble dama, llamada Adelaidis, del distrito de la Roca, que en traje guerrero partió en 1104 con las tropas que se embarcaron en Barcelona para la cruzada. Esta ciudad proporcionó muchos hombres y socorros á las primeras cruzadas, y uno de sus hijos, llamado Pedro, murió en este mismo siglo, siendo arzobispo de Tiro despues de haber sido prior del Santo Sepulcro: en los *Gesta Dei per Francos* se habla de él del modo siguiente: Dominus Petrus, natus Hispaniæ: civitate Barchinonæ, nobilis secundum carnem, sed spiritu nobilior.

CAPÍTULO XXIV.

Los Almoravides se apoderan de Zaragoza.—La España musulmana bajo la dominacion de los Almoravides.—Reflexiones sobre este suceso y consecuencias del mismo.—Reinado de doña Urraca en Castilla.—Su enlace con don Alfonso I de Aragon —Disturbios y guerras que afligieron al reino.—Empresas de los Almoravides.—Guerras entre Castellanos y Aragoneses.—Batallas de Candespina y Villadangos.—Alfonso Raimundez es proclamado en Galicia.—Continua encendida la guerra civil.—Se declara nulo el matrimonio de Alfonso con Urraca.—Don Alfonso se retira á Aragon.—Los Musulmanes intentan de nuevo apoderarse de Toledo.—Muerte de Alvar Fañez.—Muerte de Enrique de Portugal.—Continua en Castilla la guerra civil.—Motin en Santiago.—Triunfos y hazañas de Alfonso I el Batallador, rey de Aragon.—Toma de Zaragoza.—Otras conquistas de los Aragoneses.—Expedicion de Alfonso á Andalucía.—Ramon Berenguer III el Grande en Barcelona.—Sus guerras con los Moros.—Conquista de las Baleares.—Expedicion del conde á Génova y Pisa.—Tentativa contra Tortosa y Lérida.—Muerte de doña Urraca de Castilla.—Aparicion del elemento popular en España.

Desde el año 1109 hasta el 1126.

Hemos visto á toda la España musulmana bajo la dominacion de aquellos mismos á quienes llamara en su auxilio, excepto algunos estados de la parte oriental, entre los cuales eran los mas notables los de Zaragoza y de Albarracin. Los emires que gobernaban en el último no tardaron en ser despojados, pero El Mostain de Zaragoza que, como hemos dicho, supo granjearse el favor de los nuevos conquistadores por medio de ricos presentes, conservó su trono mientras le duró la vida. Sin embargo, acaecida su muerte en 24 de enero de 1110 cambiaron las cosas enteramente de aspecto; sucedióle su hijo Abdelmelek, llamado Amad-Dola, pero los habitantes de Zaragoza se negaron á reconocerle á no ser que licenciara á los soldados cristianos que servian en el ejército, condicion muy dura, en cuanto desde hacia un siglo eran los cristianos las mejores tropas de la hueste zaragozana. Eran además los mas seguros apoyos del trono, y si Abdelmelek los licenciaba, era evidente que no habia de tardar en sucumbir, puesto que gran parte de sus súbditos suspiraban por la dominacion africana. A pesar de todo consintió el príncipe en prometer y cumplir lo que de él se exigia, pero entonces sucedió lo que habia ya previsto: los descontentos se apresuraron á entrar en relaciones con Alí ben Yussuf y á instarle para que se apoderase del reino. La inminencia del peligro hizo que Abdelmelek alistara y armara de nuevo á los cristianos, pero esta medida tardía no hizo mas que llevar á su colmo la exasperacion de sus súbditos, quienes, al informar á Alí de lo que habia sucedido, redoblaron sus súplicas para que los socorriera. Alí interrogó á los faquíes de Marruecos para saber si le asistia derecho de consentir en su demanda, y habiendo recibido una contestacion afirmativa, expidió órden al gobernador de

1110.

Valencia para que tomara posesion de Zaragoza. Ningun obstáculo se opuso á su cumplimiento, pues Amad, que no se creia seguro ya en su capital, la habia evacuado para encerrarse en la fortaleza de Rotah-el-Yehud. Sin embargo, antes de partir escribió á Alí una muy tierna carta, conjurándole por la amistad que entre sus padres existiera á dejarle sus estados, en cuanto nada habia hecho para motivar de su parte acto alguno de hostilidad. Esta carta causó gran impresion en el emir africano, tanto mas en cuanto, como sabemos, habíale recomendado su padre en su lecho de muerte vivir en paz con los Beni Hud. Sin pérdida de momento envió contra órden al gobernador de Valencia, pero su mensage llegó demasiado tarde: los Almoravides habian entrado ya en Zaragoza (1).

Lo que el pueblo y los faquíes musulmanes tanto habian deseado quedaba cumplido: el rey de Marruecos tenia bajo su cetro toda la parte de nuestra península sujeta á la ley del Coran. Entonces fué la época del mayor poder é influencia del clero y doctores musulmanes en la administracion pública, y ellos eran los que disponian de todos los empleos y favores, recogiendo por esta parte cuantos frutos habian podido prometerse. Esto, empero, justificó los temores que antes de esta revolucion habian concebido los literatos y en especial los cristianos ó muzárabes, y al paso que los primeros no hallaban ya Mecenas que los protegieran, deploraban la decadencia del gusto y maldecian la barbarie que habia invadido su país, los cristianos y judíos hubieron de sufrir mucho mas aun, haciéndose mas fuerte y mas envenenado cada dia el odio que los faquíes y el pueblo alimentaban contra ellos. Al clero sabio de los buenos tiempos del califato de Córdoba habian sucedido doctores muy poco versados en el estudio del Coran y de las tradiciones mahometanas, que solo conocian los escritos de los discípulos de Malek considerándolos como autoridades infalibles de las cuales era imposible separarse. Muchas iglesias cristianas fueron demolidas, y entre ellas la que cierto noble llamado Gudila habia mandado levantar cerca de Granada, llegando á tanto las vejaciones que hubieron de sufrir los Muzárabes, que suplicaron por fin al rey de Aragon Alfonso el Batallador, que acudiera á librarlos del intolerable yugo que pesaba sobre ellos. Alfonso accedió á sus súplicas, y, como en su lugar veremos, púsose en marcha en setiembre de 1125 con cuatro mil caballeros seguidos de sus hombres de armas, llegando hasta las puertas de Córdoba y alcanzando una gran victoria en las inmediaciones de Lucena. Su expedicion, empero, no produjo el resultado apetecido, pues, proponiéndose tomar á Granada, hubo de volver á sus estados sin haberlo conseguido. Fuera del territorio el ejército aragonés, los Musulmanes castigaron á los muzárabes del modo mas cruel; diez mil de ellos lograron sustraerse á su furor y fueron á establecerse en los estados de Alfonso, pero los restantes, privados de sus bienes, fueron encarcelados ó condenados á muerte. Muchos fueron trasladados á Africa sobrellevando insoportables sufrimientos, estableciéndolos en los alrededores de Saleh y de Mequinez.

Así pues aquel gobierno era para muchos muy duro y tiránico; mas ha de tenerse en cuenta que los cristianos, los judíos, los literatos y poetas no formaban sino la minoría, minoría sin duda considerable é influyente en cuanto

(1) Dozy, Hist. de los Musulmanes de Esp., t. IV.

en ella estaban casi todos los hombres de talento, pero que no era al fin la masa de la poblacion. Lo que esta esperaba del nuevo gobierno podia formularse en estos términos: el órden en el interior, la proteccion contra los enemigos exteriores, la disminucion de los tributos, y el aumento de la prosperidad pública. ¿Cumpliéronse estos deseos? Sí, podremos contestar, durante el reinado de Yussuf y en los primeros años del de su sucesor, pues en aquel tiempo no se alteró el órden, los caminos eran seguros, los cristianos no se atrevian á devastar el interior de Andalucía, y en un principio á lo menos, no exigió el gobierno contribuciones ilegítimas. En general, pues, el pueblo no quedó engañado, pero si habia creido que los Almoravides alcanzarian contra los cristianos decisivas victorias y devolverian á la España musulmana la grandeza y poderío que tuviera bajo Abderrahman III, Hixem II y Almanzor, sus esperanzas quedaron frustradas. Y esto que las circunstancias eran favorables para conseguirlo, pues acaecida la muerte de Alfonso VI, la España cristiana, como luego veremos, fué presa de la discordia y de la guerra civil. Los Almoravides, empero, no supieron aprovechar aquella situacion: todos sus esfuerzos para recobrar á Toledo fueron vanos, y si se apoderaron de algunas ciudades menos importantes, quedaron estos triunfos compensados con exceso con la pérdida de Zaragoza.

Además no pudo por mucho tiempo felicitarse el pueblo por la revolucion verificada: gobierno, generales, soldados todo se corrompió con prodigiosa rapidez. Al llegar á España eran los generales almoravides rudos é ignorantes sí, pero piadosos, esforzados, probos y estaban acostumbrados á la vida parca y frugal del desierto. Enriquecidos por los tesoros de los príncipes andaluces que Yussuf les repartiera, perdieron en breve sus virtudes, y solo pensaron en gozar tranquilamente de los bienes adquiridos. La civilizacion de Andalucía fué para ellos un espectáculo del todo nuevo, y avergonzados de su barbarie, quisieron iniciarse en ella y tomaron por modelos á los príncipes á quienes habian destronado. Por desgracia era su rudeza mucha para que pudieran apropiarse la delicadeza, el gusto, la finura de los Andaluces, y todo llevaba en ellos el sello de una imitacion servil y rastrera. Quisieron proteger las letras, hacíanse leer poemas y dedicar libros, pero todo ello lo ejecutaban torpemente, sin gracia y sin gusto, de modo que continuando semi-bárbaros, solo tomaron la mala parte de la civilizacion andaluza. Los soldados no eran mejores que sus generales, y sus caracteres distintivos eran la insolencia hácia los Andaluces y la cobardía delante del enemigo. Esta era en efecto tanta que Alí, á pesar de su aversion por los cristianos, hubo de armar y regimentar á los que su almirante Aben Mamun, que hacia una verdadera caza de hombres, le llevó de las costas de Galicia, de Cataluña, de Italia y hasta del Imperio bizantino. Su insolencia no conocia límites, trataban á la Andalucía como país conquistado, y el gobierno era impotente para contenerlos. Á la influencia dura, pero rígida, de los doctores africanos habia sucedido en la general corrupcion, la influencia femenil, y el gobierno, dice un autor, hízose despreciable y ridículo. El ejército y el pueblo se burlaban de él en cuanto revocaba hoy las órdenes que ayer diera; los magnates aspiraban al trono y decian públicamente que gobernarian mejor que el débil é impotente Alí, quien, sin energía, sin vigor, solo sabia deplorar los males

que sobre su estado habian caido, sin pensar en aplicarles remedio ni lenitivo alguno.

Así pues, pasados muy pocos años de prosperidad, el pueblo andaluz habia ganado con la revolucion que saludara con tanto entusiasmo un gobierno impotente y corrompido, una soldadesca cobarde, indisciplinada y brutal, numerosas bandas de malhechores que devastaban ciudades y campiñas, la paralizacion casi completa del comercio y de la industria, la carestía de los víveres por no decir la escasez, y por fin, como explicaremos, frecuentes y triunfantes invasiones de los cristianos. Todas las esperanzas quedaron desvanecidas, y maldecíase de aquellos mismos Almoravides en quienes se veian antes los salvadores del país y de la religion: justo castigo de aquellos pueblos que ven en el extranjero el remedio de sus males. En este estado empezaron á estallar las rebeliones y sobre todo á anunciarse en Africa el gran acaecimiento que habia de destruir en España el imperio de los Almoravides.

Hemos dado fin en el capítulo anterior á nuestra historia del reino de Castilla con el fallecimiento del esforzado Alfonso VI, y ahora que vamos á entrar en el relato de los hechos acaecidos allí bajo su sucesor, lastimoso cuanto oscuro y complicado período de la historia patria, no podemos menos de decir con Lafuente que parecia pesar sobre España una sentencia fatídica que la condenaba á alternar entre un reinado vigoroso y fuerte y otro débil y menguado; á que tras un príncipe grande, poderoso y temible viniese un monarca, ó apocado, ó imprudente, ó desaconsejado. Tales reinados, dijo Sandoval al tratar del de doña Urraca, hija y sucesora de Alfonso, deberian ser descartados de la série de los que constituyen nuestra historia nacional, y de buen grado á estar en nuestra mano seguiríamos su consejo, que además de torpe, turbulento, desconcertado y anárquico, es el presente período uno de los mas confusos y embrollados de nuestra historia nacional por la lamentable discordancia que se observa entre los autores que nos han transmitido los sucesos, así en el modo de referirlos, como en el juicio que forman acerca de los personages que en ellos intervinieron.

Mariana y otros hacen recaer sobre la reina la responsabilidad de cuanto daño acaeció entonces en Castilla, y dice aquel autor que Urraca, con grave mengua suya y de su marido, andaba mas suelta de lo que sufria el estado de su persona; que, muger recia de condicion y brava, pesábale de haberse casado porque el casamiento enfrenaba sus apetitos desapoderados y sin término, y no podia sufrir las reprensiones por sus mal encubiertas deshonestidades. Otros y entre ellos el maestro Florez rechazan como calumnias cuanto se ha dicho contra la reina Urraca, y se deshacen en cargos contra Alfonso, llamándole maltratador de su esposa, perseguidor de sacerdotes, profanador de templos, robador de haciendas y atentador á la vida del tierno príncipe hijo de Urraca. Igual contradiccion en los juicios vemos acerca del prelado de Compostela Diego Gelmirez, personage que, como veremos, desempeñó muy importante papel en los sucesos de la época. Era hombre prudente en gran manera, de grande ánimo y de singular destreza, dice Mariana, cuyos elogios sobrepujó aun la Historia Compostelana, diciendo haber sido Gelmirez dechado de santidad y virtud como apóstol, como guerrero, como consejero del niño Alfonso, y favorecido por lo mismo de Dios con larga série de extraordinarios favores. «El arzobispo, dice en cambio Masdeu,

ciego por Francia, aborrece á España... se dedicó á la milicia mas que á la Iglesia... fué codicioso y usurpador de lo ageno... fué inquieto y litigioso... infiel á sus dos reyes Alfonsos y á su reina doña Urraca... disipador de los bienes eclesiásticos... destructor de la disciplina... traidor y vengativo... famoso por su excesiva ambicion... insigne por sus sacrílegas simonías (1).» A. de J. C.

En presencia de tales contradicciones, el historiador que no puede tener á la mano los medios de rectificar la verdad de los caracteres y de las apreciaciones y de reducir á su justo valor el probable apasionamiento de unos y otros, no puede hacer mas que referir extrictamente los hechos, dejando que cada uno deduzca de ellos las consecuentes alabanzas ó vituperios, segun crea unas ú otros mas conformes á la lógica y á las reglas de su criterio.

Declarada doña Urraca heredera del trono por su padre Alfonso VI poco antes de su fallecimiento, contentó á Leoneses y Castellanos en los primeros meses de su reinado, confirmando por consejo de su ayo y tutor el anciano Pedro Ansurez, los fueros de Leon y Carrion y dictando algunas medidas que podian hacer prever un reinado próspero y feliz, en cuanto lo permitia el estar confiadas á la débil mano de una muger las riendas del gobierno en aquella época ruda de guerras y turbulencias. Ya en vida de Alfonso VI habíase tratado de que Urraca pasara á segundas nupcias con el monarca aragonés Alfonso el Batallador, mas parece, á pesar de lo que en contrario sustentan algunos autores, que las bodas no llegaron á verificarse hasta el mes de octubre de 1109, en que, recelosa la nobleza castellana del poderío de Alfonso ó deseosa de que aquel rey tan famoso ya como guerrero, la guiase á los combates, instó á su soberana para que dividiera con él el tálamo y el trono. Urraca condescendió á ello muy contra su gusto, dicen algunos, y á pesar del parentesco en tercer grado que con Alfonso la unia, y el matrimonio se verificó. Sin embargo, no habia de tardar la discordia en estallar entre los régios consortes, y despues de haber hecho juntos en 1110 una expedicion 1110.
á tierras de Nájera y Zaragoza, dieron principio entre ellos, ya por la dureza del rey, ya por la liviandad de la reina, á escandalosas escenas que llenaron de dolor á la córte y á la nacion entera. El clero castellano, que siempre habia mirado con repugnancia este enlace por el parentesco que á los consortes unia, aconsejó á la reina el divorcio para salir de tan angustiosa situacion, pero llegándolo á entender Alfonso, que consideraba estar de su lado la razon y el buen derecho, y que no consentia en abandonar el reino que tenia por suyo, encerró á Urraca en la fortaleza de Castellar en 1111, y puso guarnicion aragonesa en Toledo y en las 1111.
principales ciudades de Castilla.

No se necesitó mas para que los Castellanos diesen al olvido los favores que debian al benéfico gobierno de Alfonso y lo mucho que le habian querido, y uniéndose con los señores de Galicia, donde se criaba Alfonso, hijo de Urraca, que hacia tiempo andaban revueltos y mostrábanse grandes enemigos de los Aragoneses, dieron principio á sus rebeliones contra el rey de Aragon, y á aquella série de disturbios que tan tristemente célebre han hecho este reinado.

Hemos dicho que los dos yernos de Alfonso VI Raimundo y Enrique habian tratado aun en vida de aquel de sucederle en el reino, y aun cuando la muerte

(1) Hist. crit., t. XX.

de Raimundo, acaecida en 1107, vino á trastornar aquellos planes, la excitada ambicion de Enrique resolvió realizarlos por sí solo. Una vez sentada Urraca en el trono leonés, pasó á Francia para reclutar gente con que hacer la guerra á su cuñada, pero, frustrados sus esfuerzos por circunstancias imprevistas, regresó á España en ocasion en que acababa de estallar el rompimiento entre Aragoneses y Castellanos, y se declaró por Alfonso en sus estados de Portugal esperando sacar buen partido de aquellas disensiones.

Urraca por su parte al verse privada de libertad, escribió á los magnates que rodeaban en Galicia á su hijo el príncipe Alfonso y en especial al conde Pedro de Trava que proclamaran rey al tierno niño en aquellos estados, ya que su madre se veia imposibilitada de ceñir la corona. Entonces reconciliáronse repentinamente el rey y la reina, y esto fué causa de que estallara la guerra civil en el mismo territorio de Galicia entre aquellos que querian pasar adelante en la proclamacion de Alfonso, entre los cuales se contaba Enrique de Portugal, separado ya del monarca aragonés, y aquellos que se oponian á ella por afecto á Urraca ó al Batallador, entre los cuales desempeñaban muy principal papel los hermanos Pedro Arias y Arias Perez. Estos atacaron la fortaleza de Santa María de Castrello donde se encontraba el infante bajo la guarda de la condesa de Trava, la que se defendió valerosamente y pidió auxilio al obispo de Compostela Gelmirez, quien no se habia decidido hasta entonces por ninguno de los partidos, pero al considerar el peligro que corria el príncipe, púsose decididamente á su lado. Príncipe, condesa y prelado quedaron todos prisioneros, pero de esto mismo resultó la concordia en Galicia: la tierra de Santiago tomó las armas en favor de su obispo, y puesto este en libertad, logró formar de aquellos partidos uno solo que reconocia por rey al hijo de doña Urraca.

Para que el reino de Castilla llegara al colmo de la desventura, los Almoravides habian dado otra vez principio á sus ataques contra las fronteras, y á sus sangrientas algaras por tierras de los cristianos. Alí ben Yussuf habia pasado de Ceuta á España en el año 1109, seguido de un poderoso ejército que la crónica arábiga hace ascender á cien mil caballos, y despues de detenerse un mes en Córdoba se encaminó á la comarca de Toledo, siendo tal el estrago y espanto que causó en aquella tierra, que los pueblos huian de sus casas y se acogian á los fuertes, á las ciudades y á los montes ásperos é inaccesibles, quedando todo el país asolado y desierto. Alí puso sitio á la real ciudad despues de apoderarse de veinte y siete fortalezas de su comarca, pero, defendida aquella por el valeroso Alvar Fañez, resistió á todos los esfuerzos que para tomarla hicieron los Muslimes. En una vigorosa salida Alvar entregó á las llamas las máquinas de los sitiadores, quienes resolvieron por fin levantar el cerco, viendo que se perdia el tiempo, dice la crónica, porque la ciudad es tan fuerte que no era posible entrarla por fuerza (1). Madrid, Guadalajara y Talavera cayeron en poder de los Musulmanes, y debiéndose contentar con estas conquistas, pues que se habia frustrado el objeto principal de la expedicion, Alí se volvió á Africa, mientras que su caudillo Abu Becre, que corria el Algarbe, tomaba á Lisboa y todas las ciudades que tenian ocupadas los cristianos ó no habian tomado la voz de los Almoravides.

---

(1) Conde, P. 3.ª, c. XXV.

De nuevo estalló la division y las turbulencias á ella consiguientes entre los consortes que reinaban en Castilla. Las íntimas relaciones que continuaba manteniendo doña Urraca con el conde Gomez Gonzalez de Candespina con grave escándalo de todos acabaron por producir pública y formal separacion entre la reina y el rey, llegando las cosas al estado de material hostilidad. Pedro Ansurez, Gomez Gonzalez de Candespina, Pedro Gonzalez de Lara, que dividia con aquel, segun opinion popular, los favores de la reina, y casi todos los nobles castellanos se declararon por Urraca mientras que el veleidoso Enrique de Portugal lo hizo por el monarca aragonés. Castellanos y Aragoneses se encontraron en el campo de Espina, cerca de Sepúlveda, y trabaron allí encarnizada pelea que perdieron los de Castilla con gran mortandad de los suyos, y entre ellos el famoso conde de Candespina. Desde aquel momento casi todo el reino reconoció la autoridad de Alfonso, quien, vencedor de sus enemigos, quiso asegurar su triunfo tomando contra ellos rigurosas medidas. De entonces datan los destierros de obispos, el suplicio de algunos parciales de Urraca y otros actos de violencia de que muchos historiadores hacen cargo al Batallador, y la reina, reducida al último extremo, llamó á su defensa á sus parciales, y consintió quizás como único medio de salvacion en que su hijo Alfonso Raimundez fuese aclamado rey en Galicia y ungido en la catedral de Compostela por el obispo Gelmirez. En seguida resolvieron los nobles gallegos llevar al niño á Castilla al lado de su madre á fin de realzar su partido, pero Alfonso les salió al encuentro en Viadangos (Villadangos) y despues de un reñido combate los puso en desordenada fuga, debiendo el niño Alfonso su salvacion á la intrepidez del obispo Gelmirez que le arrebató del lugar de la pelea y le llevó al castillo de Orcillon donde se hallaba su madre, mientras los restos de la hueste gallega se refugiaban y hacian fuertes en Astorga. Entonces llegó al extremo la apurada situacion de la reina, que casi sola, sin mas compañía que la del obispo y algunos parciales, atravesó montes y breñas, huyendo á Santiago para evitar el encuentro de los vencedores soldados de Aragon. A. de J. C.

Desde allí dirigieron Urraca y su hijo un nuevo llamamiento á los pueblos, y reunido un ejército marcharon en auxilio de los de Astorga, acaudillando sus tropas Enrique de Portugal, que otra vez habia mudado de partido por haberle prometido algunos nobles castellanos que si tal hacia la reina repartiria fraternalmente con él parte de los estados de Alfonso VI. El Batallador, que tenia puesto sitio á Astorga, lo levantó á la llegada de sus enemigos y se retiró á Peñafiel, segun unos y á Carrion segun otros, donde le siguieron Castellanos y Gallegos. 1112.
Por aquel entonces llegó al campamento de Urraca su hermana Teresa, esposa de Enrique, y como esta instase á su marido para que ante todo exigiese de la reina el cumplimiento de lo que le prometiera y no expusiese su vida quizás sin fruto alguno, origináronse disgustos y recelos que dieron por resultado el levantamiento del cerco. Tambien Urraca y Alfonso habian entrado en secretas negociaciones, y junto esto con la llegada de un legado del pontífice Pascual II que, para poner término á tantas calamidades, estaba encargado de pronunciar la disolucion del ilegítimo matrimonio de la Castellana y el Aragonés, dió por resultado una avenencia en que se dividieron las ciudades y castillos entre la reina y el rey con pacto de no hostilizarse uno á otro y de contentarse con las plazas que se les habian señalado.

A de J. C En la ejecucion de este tratado suscitáronse nuevos motivos de discordia. La reina acusó á su esposo de querer lanzarla del reino y de apoderarse de tierras que no le pertenecian, y habiendo juntado numerosa hueste de nobles castellanos que logró poner de su partido, obligó á Alfonso á abandonar la Tierra de Campos y á refugiarse al castillo de Burgos, de donde le expulsó tambien obli-
1113 gándole á volverse á sus estados. Entonces (1113) declaróse selemnemente la nulidad del matrimonio en un concilio celebrado en Palencia, presidido por el legado pontificio, y desde aquel momento, aun cuando continuaron ocupados por los Aragoneses muchos lugares de Castilla y el nombre del Batallador fué aclamado varias veces por bandos y parcialidades, Alfonso dando pruebas de rara moderacion y manifestando que si habia peleado habia sido movido por su dignidad de esposo, no por ambicion de conquistador, no volvió á turbar con sus armas el reino de Castilla, dirigiéndolas únicamente con inmarcesible gloria, como luego veremos, contra los enemigos de Cristo.

En este mismo año hicieron los Musulmanes una nueva tentativa contra la ciudad de Toledo, y Mazgali, que los acaudillaba, devastó á sangre y fuego la comarca, tomó la fortaleza de Oreja, pero como antes, hubo de retroceder delante del invencible esfuerzo de Alvar Fañez. Este gran guerrero, terror de los Sarrace-
1114. nos, murió en el siguiente año á manos de los Segovianos en una expedicion que hizo á esta ciudad; partidario y servidor del monarca aragonés, no bastaron sus hazañas en aquellos tiempos de civiles discordias á librarle de la saña de sus enemigos.

Tambien murió en el mismo año y en 1.° de mayo el mudable Enrique de Portugal, sin haber logrado el fruto que se prometiera de sus repetidas veleidades. Urraca se limitó á entregarle el castillo de Cea, desentendiéndose del cumplimiento de cuantas promesas le hiciera, y el Portugués, enemigo del rey tanto como de la reina, hubo de retirarse á sus estados donde le sorprendió la muerte entregado aun á sus sueños de dominacion en Castilla y á sus ambiciosos planes.

No cesaron por esto las calamidades y discordias que afligian á la monarquía castellano-leonesa, manifestándose de ahí que no reconocian su orígen, como pretenden algunos, en la ambicion y genio avieso del monarca de Aragon. Urraca, que veia cesado ya el peligro, no queria dar lugar á que el reino se gobernase en nombre de su hijo, mientras que muchos nobles, irritados por la liviandad de la reina, que estaba en escandalosas relaciones con don Pedro Gonzalez de Lara (1), no querian consentir en tener mas rey que Alfonso Raimundez: de ahí intrigas, atentados, excesos, venganzas y desmanes, mejorando cada una de las partes su pretension con tanto furor y estruendo de armas cuantas se pudieran prevenir si las hubieran de emplear contra los Sarracenos. En
1115. el año 1115, instruida la reina de lo que en favor de su hijo se preparaba en Galicia, marchó á aquel país decidida á desvanecer el bando que contra su autoridad allí se habia formado y á castigar al obispo Gelmirez, reputado como el principal instigador de todo. Sin embargo, halló á sus enemigos tan prevenidos y armados, que hubo de desistir de su proyecto volviéndose á Castilla, si no ven-

(1) De él tuvo un hijo que se llamó Fernando Perez *Hurtado*.

cida, humillada. Esto alentó á los descontentos, y arrojando del todo la máscara, A. de J. C.
Gelmirez, el conde de Trava, Gomez de Manzanedo y muchos barones de Galicia declaráronse abiertamente en favor del príncipe, y tomaron con él el camino
de Santiago. Activa y resuelta Urraca, marchó precipitadamente á aquella ciudad 1116.
con cuantas tropas pudo reunir, y sus habitantes, que aborrecian á su obispo, abriéronle las puertas y la recibieron con aclamaciones. No estaba allí, empero, su hijo ni sus principales partidarios, y Urraca, que salió en su persecucion, sitiaba ya al conde Gomez Nuñez, que tenia por él algunos castillos en Soberoso, cuando se vió á su vez cercada por un nuevo é impensado enemigo, por las tropas de su hermana Teresa, que, sin renunciar á las pretensiones de su difunto esposo, se habia aliado con los parciales de su sobrino. Difícil fué á la reina escapar de aquel peligro, pero á favor de una vigorosa acometida pudo romper la línea de los sitiadores y retirarse á Leon.

Un pacto de reconciliacion celebrado en Sahagun en 1117 por mediacion 1117.
del obispo Gelmirez, parecia haber de poner término á tantas intestinas guerras. Madre é hijo juráronse paz lo mismo que los condes sus parciales, mútua fidelidad y apoyo por espacio de tres años, y firmaron el tratado treinta nobles por cada parte. La reina marchó á Galicia con deseo de abrazar á su hijo, quien la recibió tambien con demostraciones de gran contento, y en seguida dirigióse aquella á Santiago á fin de castigar á sus moradores que se habian rebelado contra su obispo. Entonces estalló en la ciudad un motin que tomó grandísimas proporciones; la reina y el obispo hubieron de refugiarse en una torre del palacio episcopal, y, atacados allí por los sediciosos, hubieron de salir de ella, la reina maltratada y golpeada por la furiosa muchedumbre, y el obispo con la capa de un pobre, merced á cuyo disfraz pudo refugiarse sin ser conocido en la iglesia de Santa María. Para alcanzar su libertad prometió Urraca que daria á la ciudad otro obispo y todo se gobernaria en ella á satisfaccion de sus habitantes, pero una vez se hubo incorporado con las tropas de su hijo y del conde de Trava que, acampadas fuera del recinto de los muros, no se atrevian á atacarlos por temor de que se cometiese un desman contra la reina, olvidó todas sus promesas y se dispuso para imponer á los sediciosos ejemplar castigo. Su resuelta actitud intimidó á los moradores, quienes, depuestas las armas, consintieron en recibir á su obispo, en disolver lo que llamaban su *germanía,* en dar en rehenes cincuenta jóvenes de las familias mas principales, y en jurar fidelidad á la reina y al obispo, accediendo aquella por su parte en indultarlos de la pena de muerte, y este en levantar la excomunion que contra ellos fulminara. Unicamente fueron desterrados ciento de los principales revoltosos é impúsose á la ciudad una fuerte contribucion de guerra.

Algun tiempo despues, en 1120, alcanzó el obispo Gelmirez del papa Calix- 1120.
to II, hermano de Raimundo de Borgoña y tio de don Alfonso, que fuese elevada su silla á la categoría de metropolitana, trasladando la metrópoli de Mérida á Santiago y confiriendo al nuevo arzobispo la legacía apostólica sobre los obispados de Mérida y Braga. Temerosa Urraca en vista de semejante concesion de que el papa, que solo á fuerza de ruegos y dádivas habia accedido á ello, hubiese exigido al obispo Gelmirez nuevos compromisos en favor de su sobrino, marchó á Galicia, deseosa de poner á prueba la fidelidad del prelado en la campaña que

meditaba contra su hermana Teresa, que á favor de las pasadas turbulencias se apoderara de los estados de Tuy y Orense. Gelmirez siguióle á la guerra con sus hombres de armas, y juntos penetraron en Portugal, llevando sus victoriosas armas hasta sitiar á Teresa en el castillo de Lanioso. Entonces, empero, recibió la cuestion un desenlace inesperado. El arzobispo, á quien sin duda ligaban compromisos con la de Portugal y que no veia con gusto los progresos de las armas de Urraca, quiso volverse á su país pretextando asuntos muy urgentes, y esto obligó á la reina de Castilla á ceder á su hermana muchas tierras y lugares en los distritos de Zamora, Toro y Salamanca, jurando en cambio la de Portugal defenderla contra todos sus enemigos. No olvidó doña Urraca que debia la humillacion de este tratado á lo que casi podia llamarse traicion del arzobispo, y luego que los hombres de armas de Galicia hubieron pasado el Miño y que quedaron únicamente en la orilla ella, el obispo y los caballeros castellanos, mandó prenderle y encerrarle en un castillo.

Los Compostelanos, tan enemigos antes de Gelmirez, se levantan ahora y empuñan las armas en su favor, sin que la historia nos proporcione medios para aclarar y explicar este fenómeno histórico. A ellos se unieron el rey Alfonso, el conde Trava y los nobles gallegos, y la reina hubo de poner en libertad al arzobispo. No acabó esto la contienda: Gelmirez y sus diocesanos exigian la devolucion á su iglesia de cuantas tierras y castillos se le habian usurpado, y la reina se negaba á consentir en ello. Ambas partes apelaron á las armas, y auxiliaban al arzobispo Alfonso y sus caballeros. Acampaban los ejércitos cerca de Monsacro y se preparaban para venir á batalla, cuando á propuesta del arzobispo se firmó entre todos un tratado, por el cual fueron devueltos sus bienes á la iglesia compostelana y se renovaron paz madre é hijo.

Al llegar aquí apartemos los ojos por algunos momentos del desconsolador espectáculo que nos ofrece la monarquía leonesa, y fijémoslos sucesivamente en Aragon y Cataluña, donde presenciaremos acaecimientos que han de regocijar mas nuestro corazon de cristianos y españoles.

Alfonso el Batallador, hemos dicho, luego que pudo apartarse con decoro de la contienda que sostenia en Castilla, solo pensó en hacer sentir á los infieles todo el peso de sus armas y en extender sus dominios á expensas de la media luna. Ya antes habíalos expulsado de Egea, lugar principal de la frontera de Navarra, que denominó de los Caballeros en honor de los que le acompañaron á la guerra, y tomado el lugar de Tauste, junto á las riberas del Ebro, el cual, segun las crónicas, se ganó por la valentía y grande esfuerzo de don Bacalla, y la ciudad de Tudela en la ribera del Ebro, en cuyo sitio pereció de una lanzada El Mostain de Zaragoza, que con los suyos habia marchado en auxilio de la plaza (1110). Esta fué dada en feudo de honor al conde de Alperche, y se concedieron y señalaron grandes términos y libertades á los moradores de ella, á quienes fué otorgado que fuesen juzgados por los fueros antiguos de Sobrarve (1). Por aquel tiempo apoderóse tambien el rey de la fortaleza de Castellar, donde tuvo presa despues á su esposa doña Urraca, y puso en ella gente práctica en la guerra y

(1) Zurita, Anal. de Aragon, l. I, c. XXXXII.

muy ejercitada en ella que llamaban Almogavares (1), para que estuviesen en frontera contra los moros de Zaragoza.

La toma de esta ciudad era desde mucho tiempo la idea favorita de Alfonso, y, libre de los cuidados que le habian agobiado por su enlace con la reina de Castilla, resolvió consagrar á ella todas sus fuerzas y no cejar hasta haberla conseguido. Reunió pues sus huestes, y en 1114, despues de haber sostenido rudos combates con los Musulmanes de Zaragoza, Lérida y Fraga, que pretendian impedirle el paso, llegó delante de aquella ciudad y le puso apretadísimo cerco, con intencion de no levantarlo hasta que se le rindiese. La fama de esta empresa, no menos que la del gran monarca que la acometia, llevaron á su campo á muchos señores extranjeros de Bearne y de Gascuña, y entre ellos uno muy señalado: Beltran de Tolosa, señor de Trípoli, hijo del conde Raimundo, yerno de Alfonso VI de Castilla, que tanta prez ganara en las guerras de Palestina. El conde Beltran, como deudo que era de Alfonso, hízose su vasallo con el objeto de recobrar sus estados que su hermano Alfonso le usurpara durante su ausencia, y puso bajo de su señorío, no solo el condado de Tolosa, sino tambien los de Rodas, Narbona y Carcasona. Alfonso le prometió su ayuda para recobrar estos estados y se los dió á título de feudo, y el conde y caballeros franceses continuaron en el campo para ayudar al monarca en su magnánima empresa.

Habia llegado el año 1118 y los Almoravides que guarnecian á Zaragoza la defendian con no visto esfuerzo. Almudevar, Sariñena, Robles y otros pueblos en las riberas del Gállego habian caido ya en poder de los sitiadores, que dominaban tambien en el burgo de la ciudad y en todas las aldeas comarcanas. Talada la vega, reducidos los sitiados al recinto de los muros, sufrian la escasez y toda clase de penalidades, y era evidente que á no recibir refuerzos y auxilio habrian de rendirse en breve al esfuerzo y constancia de los cristianos. En este estado enviaron estos aviso á don Alfonso que, segun dice la crónica, se hallaba en Castilla para que, atendido la estrechez en que tenian la ciudad, fuese á gozar de la gloria del vencimiento, como lo requeria semejante empresa. El rey llegó al campo durante el mes de mayo, y los rigores del cerco se hicieron aun mas excesivos. Entonces indispusiéronse con el monarca los Francos auxiliares, y se volvieron á su país, quedando únicamente en el campo los condes, vizcondes y demás capitanes aragoneses. Perseverando Alfonso en el cerco y combate de la ciudad, dice Zurita, y estrechándola mas cada dia, los Moros se vieron perdidos, porque no tenian tal gente con que poder salir al campo, y la que habia perecia de hambre. El pueblo por esta causa estaba muy alterado, y no teniendo otro recurso ni remedio, toda su esperanza se cifraba en el socorro de los suyos. No les faltó este, aunque no fué muy eficaz: las tropas africanas de Andalucía mandadas por Temin, acudieron en defensa de la ciudad amenazada, pero luego que llegadas á la ribera del Guerba, á tres leguas de la ciudad, hubieron visto la gran fuerza del ejército cristiano, levantaron de noche sus reales y volviéronse por el mismo camino por donde habian venido. En esto pasó todo el estío, y en diciembre apa-

(1) Almogavares, hombres de algarada, de la palabra árabe *alghawra*. Dábase este nombre á los soldados que iban á la descubierta y por extension á los mas emprendedores y aguerridos.

A. de J. C. reció un nuevo cuerpo auxiliar africano encargado de abastecer y reforzar á la diezmada guarnicion. Alfonso salió á su encuentro, y en la batalla que se dió junto á Cutanda cerca de Daroca, venciólos con gran matanza y los obligó á desistir de su propósito. Desesperados entonces los Zaragozanos de todo socorro y remedio, entregaron la ciudad á los 18 de diciembre del mismo año, y Alfonso hizo en ella su triunfal entrada aposentándose en el palacio real que llamaban de la Azuda, junto á la puerta de Toledo. La mezquita mayor fué convertida en iglesia bajo la invocacion del Salvador, y restauróse en ella la antigua sede catedral, siendo su primer obispo el venerable Pedro Librana.

Alfonso gratificó á los ricos hombres y caballeros que en aquella guerra le habian servido, y porque entre todos fué muy señalado el esfuerzo y constancia de Gaston, vizconde de Bearne, le hizo merced de la parte de la ciudad habitada por cristianos cuando los moros la poseian, que eran ciertos barrios de la parroquia de Santa María la Mayor, para que la tuviese en feudo; dió al conde de Alperche otro barrio y parte de la ciudad, repartió muchas posesiones y rentas eclesiásticas, y concedió grandes privilegios y exenciones á los vecinos y pobladores de su nueva conquista (1).

Despues que el rey don Alfonso ganó la ciudad de Zaragoza del poder de los infieles, dice la crónica, fué cada dia desistiendo mas de la empresa de Castilla, y convirtió todas sus fuerzas contra los moros que estaban muy enriscados y fuertes en casi toda la Celtiberia, que es tierra muy áspera y fragosa. Ganó á Tarazona, á las faldas del Moncayo, Alagon, Epila, Borja, Magallon, Mallen y otros muchos lugares de las riberas del Ebro, y continuando la conquista, apoderáronse los Aragoneses de los pueblos que riega el Jalon hasta poner cerco á Calatayud, que ganaron el dia de san Juan Bautista de 1120. Alfonso puso grandísima diligencia en poblarla de gente de guerra para que fuese valla contra los moros de las serranías de Cuenca y Molina y contra el reino de Valencia, y tambien porque era frontera de los reinos de Toledo y Castilla. Bubierca, Alhama y Ariza en las márgenes del Jalon, Daroca y Monreal en las del Jiloca cayeron sucesivamente bajo sus vencedoras armas, y desaparecido casi del todo el emirato de Zaragoza, el poco antes tan reducido reino de Aragon llegaba ya á las fronteras de Valencia y de Castilla.

1122 Con estar Alfonso tan ocupado en sus guerras de la Península, vémosle en 1122 llevar sus victoriosos pendones á la otra parte de los Pirineos y penetrar en la Gascuña francesa, si bien de estas empresas se halla en nuestras memorias muy corta relacion. Sábese únicamente que el conde Centurio de Bigorra hízose su vasallo, que reconoció tener en su nombre aquel estado y todo lo que pudiese conquistar en adelante, y el Aragonés le hizo merced del castillo y villa de Roda en las márgenes del Jalon, de la mitad de Tarazona con su término y de la ciudad de Santa María de Albarracin cuando la pudiese ganar de los infieles.

De vuelta de su expedicion á Gascuña, prosiguió poderosamente la guerra contra los moros que se defendian en los castillos y lugares fuertes de las riberas del Cinca y del Segre; entrándose por aquellas regiones, destruyó sus pueblos,

(1) Zurita, Anal de Aragon, l. I, c. XXXXIV.

taló las vegas y campiñas, ganó Alcolea y causó gran daño á los musulmanes de A. de J. C.
Lérida y Fraga, siéndole en esta expedicion de importancia suma haberse ya conquistado la ciudad de Balaguer que tenian los condes de Urgel en mucha defensa dominando todo aquel territorio. Por aquel tiempo llegaron á él las súpli- 1125.
cas de los infortunados Muzarábes de Andalucía, y resolviendo con varonil esfuerzo llevar sus armas allí donde jamás habian tremolado aun los pendones cristianos, verificó la atrevida excursion de que hemos hablado en otro lugar de este capítulo. Precedido del terror y del estrago, entró en el reino de Valencia, pasó el Jucar, taló la vega de Denia, tomó camino de Almería y asentó sus reales sobre Alcaraz al pié de una montaña, celebrando allí la fiesta de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo. No contento aun, penetró por el reino de Granada, y fué discurriendo por Andalucía hasta llegar á la comarca de Córdoba, donde parece haber ganado de los Moros una sangrienta batalla. Las nieves y las lluvias contrarian los esfuerzos de Alfonso contra la poblacion granadina, y despues de diez y siete dias de cerco, tiene que levantar el campo; pero en vez de retirarse á Aragon, emprende decidido el camino del mar; llega á Motril, corre la campiña de Velez Málaga y cuenta la crónica árabe que, embarcado en una lancha, quiso surcar las aguas que bañan la tierra africana. Desde allí retrocede, vuelve otra vez á la vega de Granada donde los Almoravides no le daban una hora de reposo, y siguiendo la parte oriental de España, entra otra vez por Murcia y Játiva combatiendo siempre con nubes de Sarracenos que hostigaban su retaguardia, y con los elementos que en aquel quebrado país parecian haberse conjurado contra él. Diez mil Muzárabes andaluces, como hemos dicho, siguieron al rey aragonés á su regreso á su tierra, y despues de una expedicion que si no fué muy fecunda en resultados materiales, fuélo sí por el espanto que difundió entre los Musulmanes y por la gran fama que dió al nombre cristiano volvió, Alfonso á sus dominios, habiendo vencido á once caudillos sarracenos que habian querido oponerse á su camino (1126). 1126.

Ramon Berenguer III, el hijo de *Cap de Estopa*, continuaba poseyendo el condado de Barcelona, y desde los primeros años de su reinado pudo ya poner á prueba contra los Musulmanes su animoso corazon y sus cualidades de guerrero. En 1109, Muhamad ben Alhag hizo por órden de Temin una terrible incursion á tierras de Cataluña, pero, sorprendido á su regreso por los soldados del conde y por los montañeses catalanes en las fragosidades de los montes, dejó allí casi todos los suyos, y con dificultad pudo él librarse de la muerte. El walí de Murcia corrió despues la tierra de Barcelona, taló sus campos, quemó las alquerías y robó los ganados y frutos en veinte dias que acampó en su comarca, hasta que al volver á tierra de Zaragoza le salieron al encuentro Catalanes y Aragoneses, y trabada sangrienta y reñida batalla, setecientos Muslimes alcanzaron la corona del martirio (1). Antes, en 1104, como aliado de Pedro Ansurez, abuelo y tutor del niño Armengol de Urgel, llamado despues el de *las Aldabas* (2), hijo de otro Armengol, llamado de Gerp, habia arrebatado á los Moros la ciudad de Balaguer.

---

(1) Conde, P. 3.ª, c. XXIV.
(2) Llamábase así por haber arrancado él solo en medio del dia y á pesar de los Sarracenos,

Muerta la segunda esposa del conde, doña Almodis, sin dejarle sucesion, casó en terceras nupcias en 3 de febrero de 1112 con doña Dulcia, hija y heredera de los condes de Provenza, con cuyo suceso cayó bajo la dominacion de nuestros condes el ilustre país de la gaya ciencia (1). La muerte sin sucesion del último conde de Besalú aumentó tambien con este territorio los dominios de Ramon Berenguer, á cuyo acaecimiento siguió en breve el formal reconocimiento que Atto de Carcasona hízole de vasallage y feudo. Con esto el condado de Barcelona, al igual que los demás reinos de la Península, iba cobrando cada dia mayores creces y mayor poderío, permitiendo á Ramon Berenguer pensar en mas grandes empresas que así habian de eternizar su nombre como dar á su patria jornadas de gloria.

Una de ellas fué la conquista de Mallorca, emprendida por nuestro conde en 1114 en union con Genoveses y Pisanos. Estos habian ya desembarcado otra vez en la isla en 1106 á excitacion del Pontífice romano, pero aun cuando quedaron sus armas vencedoras, parece que se limitaron á hacer tributarios á los Moros sin reportar de su expedicion todo el fruto que se habian prometido. Los Musulmanes de Mallorca volvieron á sus piraterías que tenian en contínua alarma á los habitantes de la costa mediterránea, y nuestro conde resolvió librar sus estados de tan ruin vecindad. Para mejor lograr lo que pretendia previno las cosas que le eran necesarias para la guerra y alióse con los señoríos de Pisa y Génova, muy poderosos entonces por mar para que le ayudasen y valiesen con sus navíos armados (2). Estos así lo hicieron, y Ramon Berenguer III, acompañado de muchos é ínclitos caudillos, del obispo de Barcelona Guillermo Ramon y de otros varios prelados, y seguido de numerosa hueste, se embarcó en junio de 1114 para las islas Baleares. La primera que sucumbió fué Ibiza, y en 10 de agosto, demolidos sus últimos baluartes, marcharon los cristianos á Mallorca, cuya capital atacaron al momento por diferentes partes. Largo fué el cerco, dice un escritor contemporáneo, los combates muchos, varios los azares, disputados los asaltos y sensibles las pérdidas; pero fué mayor la constancia, y el conde tuvo buenas y muchas ocasiones de mostrar allí su denuedo y lo que valia su espada. Por fin, en febrero de 1115, despues de rudos asaltos y de no menos crueles padecimientos durante la mala estacion, despues de sensibles pérdidas, entre otras la del obispo de Barcelona, entraron los cristianos por fuerza en la ciudad á cuyos defensores pasaron á cuchillo.

No podian por aquel entonces los Catalanes conservar aquella conquista en cuanto carecian de la marina necesaria para ello; pero aquella victoria de un efecto moral inmenso, proporcionó gran prestigio á las armas catalanas y habia

las aldabas de una puerta de Córdoba en una expedicion qne por aquella tierra hizo con Alfonso VI de Castilla.

(1) Lo que refieren algunos autores de haber sido dado el condado de Provenza al conde Ramon Berenguer por el emperador de Alemania porque combatió en campo cerrado para salvar el honor de la emperatriz que era acusada alevosamente de adulterio, y que del padre de doña Dulcia solo heredó el condado de Aymillan que era patrimonio suyo, además de tener todos los visos de las leyendas á que tan aficionados eran nuestros cronistas de los siglos medios, no se halla justificado por ningun historiador de nota, y por esto no le hemos dado cabida en nuestra relacion.

(2) Suponen algunos autores, quizás con mucho fundamento, que los Genoveses y Pisanos solos se dirigian otra vez en 1113 á la conquista de aquellas islas cuando una tempestad los arrojó á la costa oriental de Cataluña. Divulgado entonces el objeto de su expedicion, el conde Ramon Berenguer se asoció á ella y fué nombrado general en jefe de las fuerzas aliadas.

de inspirar á los naturales de esta tierra el deseo que fué seguido de próxima realizacion, de llegar á ser poderosos y temidos por mar: en ella ganaron además inmensas riquezas, la libertad de numerosos cautivos, la comunicacion y tráfico con los Italianos y la quietud y paz de aquellos mares.

Ganada la ciudad de Mallorca, dice Pujades, estando ya nuestro conde gozando de la victoria y repartiendo los despojos, que eran muchos y ricos los que habian hallado dentro de aquella famosa ciudad, recibió aviso de que los comarcanos y tributarios de su condado habian roto la guerra y hacian gran destrozo y tala por la comarca de Barcelona, sin duda para distraerle de su expedicion marítima; presuroso el conde llegó á su capital, y reuniendo sus nobles y barones, salió al encuentro de los enemigos. Quiso su fortuna que pudiera atacarlos en los estrechos pasos del Congost, y allí hizo en ellos tal matanza, que de la sangre derramada bajaron las aguas del Llobregat teñidas hasta el mar.

No en vano hemos dicho que en breve habian de ver los Catalanes realizado su deseo de acrecentar su marina, en cuanto en 1116 vemos ya surcar el Mediterráneo una flota catalana que llevando á su bordo al conde don Ramon Berenguer, se dirigia á los puertos de Italia para afirmar mas y mas la alianza que mediaba entre Catalanes por una parte y Genoveses y Pisanos por otra, y obtener del papa Pascual II que concediese los beneficios de cruzada á la guerra que proyectaba mover nuestro conde contra los Moros de Cataluña. Recibido el conde con magníficos honores en las ciudades de Génova y Pisa, envió desde este último punto una embajada al Pontífice, quien accedió gustoso á lo que se le pedia.

A su regreso supo Ramon Berenguer que el castillo de Fosis, perteneciente al condado de Provenza, se habia apartado de la debida fidelidad y obediencia, y saltando á tierra con sus barones castigóle de su rebelion.

Por aquel tiempo, por muerte sin hijos del conde Guillermo de Cerdaña, volvió á incorporarse este estado al de Barcelona á semejanza de lo que sucediera con el condado de Besalú. Así la guerra, los enlaces y las defunciones iban realizando el providencial destino de la paulatina unidad de nuestra península.

De vuelta á sus estados Ramon Berenguer III dedicóse con ahinco á los preparativos que exigia la empresa que meditaba, que no era otra que la conquista de Tortosa, avanzado baluarte de la morisma en la España oriental. Para ello dedicóse á fortificar los puntos comarcanos, entre otros el castillo de Amposta y la ilustre Tarragona que continuaba abandonada y casi desierta, expuesta á los ataques de los Almoravides. El santo obispo Olegario, trasladado de Barcelona á aquella sede arzobispal, fué quien mas le ayudó en su restauracion, y luego que este volvió de Roma con los honores de legado pontificio y una bula promoviendo la cruzada para libertar las iglesias españolas, resolvió nuestro conde en 1120 llevar sus armas á la comarca de Tortosa, secundado por las naves de Génova y Pisa. Con gran sigilo y diligencia fué llevada la empresa, y cercados en un instante los muros de Tortosa, pusieron su ciudad bajo la obediencia del conde y la hicieron tributaria suya. Esto no obstante, no parece que se la entregaran, y no creyendo quizás Ramon Berenguer ser prudente por entonces llevar su rigor mas adelante, contentóse con aquellos pactos, que tambien exigió del gobernador de Lérida, á cuyo territorio llevó en seguida sus armas

victoriosas. Las mejores fortalezas de la comarca, excepto las dos ciudades dichas, recibieron guarnicion catalana, y el conde prometió en cambio al walí de Lérida algunos honores en Barcelona y Gerona y proporcionarle en el siguiente verano las naves necesarias para transportar á Mallorca doscientos caballos y su servidumbre.

Por los años de 1125 ocurrieron disturbios y enemistades entre el conde Alfonso, que poseia el condado de Tolosa por haber abandonado sus pretensiones su hermano Beltran, y Ramon Berenguer, á causa del castillo de Bellcaire y otras fortalezas del condado de Provenza; pero cuando amenazaba tomar la contienda grave sesgo y haber de ser decidida por la via de las armas, recibió pacífica solucion merced á los esfuerzos que para ello hicieron los prelados y magnates de ambas cortes.

Dedicóse nuestro conde á dar varias y prudentes leyes para el mejor gobierno de sus estados y extirpacion de los abusos que á favor de la turbulencia de los tiempos se habian introducido por dó quiera. Y así vemos que en esta época se juntaron en el palacio condal de la ciudad de Barcelona *ad tractandum de communi utilitate terræ* muchos obispos y barones con asistencia del conde Ramon Berenguer y de su hijo primogénito.

La prosperidad de que gozaba esta tierra fué turbada por la rota y malhadada batalla que los Moros dieron á los nuestros en Corbins en este mismo año de 1125. Ocupado estaba el conde en Provenza en hacer el concierto ya dicho, cuando los Musulmanes aprovechando la paz en que por aquella parte les dejaba la expedicion de Alfonso de Aragon á Andalucía, entraron en Cataluña por la frontera de las ciudades de Lérida y Balaguer, quemando y talando todos los campos y lugares de las riberas del Segre y de la Noguera Ribagorzana. Al saberlo el conde volvió apresuradamente á Barcelona, y reuniendo su hueste salió al encuentro de los enemigos, encontrándolos delante del castillo de Corbins, entre las dos ciudades antes expresadas. Mucho mas numerosos que los nuestros eran los Musulmanes, y empeñada la batalla quedó por ellos el triunfo, con gran matanza de los Catalanes, quedando únicamente de su ejército cortas y despedazadas reliquias.

La inminencia del peligro manifestó á los monarcas de Cataluña y Aragon la necesidad de una estrecha alianza y de combinar sus operaciones, y así fué que luego de haber regresado Alfonso de la España meridional se avistaron ambos príncipes y celebraron un tratado obligándose á marchar unidos contra el enemigo comun. En este mismo año, hallándose en guerra las señorías de Génova y Pisa, acordóse despues de algunas diferencias el primer tratado de comercio entre Cataluña y la república genovesa, siendo aquella bastante poderosa para llegar á imponer leyes á la ciudad que habia aspirado y casi obtenido hasta entonces la dominacion del Mediterráneo.

Refiramos ahora, para poner fin á este capítulo, los últimos episodios del complicado drama que se representaba en Castilla. La paz ajustada en Monsacro entre el rey, la reina, el arzobispo y los condes de uno y otro bando no fué de larga duracion. Siguiéronse á ella desazones y disturbios en los que tuvo muy buena parte Teresa de Portugal, muger ambiciosa, que logró merced á lo revuelto de los tiempos y á sus hábiles evoluciones, sentar los primeros cimientos

de la independencia de aquel territorio, que en la época á que de nuestro relato hemos llegado, esto es, en el último año del reinado de Urraca, se encontraba considerablemente acrecido por la parte de Galicia y por las actuales provincias de Beira y Tras-os-Montes. El papa Calixto hubo de enviar un legado para mantener entre tantos y opuestos intereses la armonía aparente á lo menos, y madre é hijo quedaron en Castilla ya reinando juntos, ya cada uno de por sí. Era una situacion anómala, dice Lafuente, pues lo que en rigor habia era una reina madre tolerada por un hijo tambien rey y un monarca hijo tolerado por una madre tambien reina (1). Tan lastimoso estado de cosas tuvo fin con la muerte de doña Urraca acaecida en marzo de 1126 en el lugar de Saldaña y con la solemne proclamacion de su hijo Alfonso Raimundez bajo el nombre de Alfonso VII. La muerte de la reina está envuelta para la historia en misteriosas circunstancias, y ha sido contada por algunos de un modo muy desfavorable á su reputacion, suponiendo haber fallecido en el acto de dar á luz un hijo, cosa no muy verosímil en la edad que ya contaba. Los autores que defienden la memoria de doña Urraca dicen que legitimó casándose con el conde don Pedro de Lara las intimidades que con él tenia; pero de todos modos es lo cierto que esta reina oscureció con deplorables flaquezas, de las cuales justo es decir que tuvo ya en este mundo un ejemplar castigo con las amarguras de toda clase que sobre ella cayeron, las virtudes varoniles de que por otra parte estaba dotada. Su cuerpo fué sepultado en San Isidoro de Leon.

En el capítulo siguiente, en que empezaremos á referir el glorioso reinado de Alfonso VII, única bandera inocente y pura, como dice un escritor, que se habia enarbolado entre tantos y tan manchados estandartes, nos ofrecerá Castilla mas grato espectáculo que el que acabamos de contemplar, lleno todo él por las discordias civiles y las luchas intestinas. No pondremos sin embargo fin á este capítulo sin hacer observar á nuestros lectores que durante él dejóse sentir con mayor fuerza que antes, empezando á revelarse en actos de violencia, el elemento popular en pugna con las clases poderosas. El motin de Santiago que hemos referido y el no menos atrevido del pueblo de Sahagun contra los monges, sus señores feudales, aquellas *hermandades ó germanías* que empiezan á brotar, manifiestan el cambio que habia empezado á sufrir en Castilla lo que se llamaba el tercer estado, é introducen un elemento nuevo en la organizacion nacional. Notable suceso que contribuyó con otros varios á que España y aun la Europa toda tomara diferente aspecto al llegar el siglo XII, fecundo en acaecimientos y precursor de aquellos que habian de poner fin á la edad media para dar principio á nuestra edad moderna.

(1) Lafuente, Hist. gen. de Esp., P. 2.ª, l. II, c. IV.

CAPÍTULO XXV.

Alfonso VII de Castilla y Leon.—Tratado con Teresa de Portugal.—Sujeta á algunos condes rebeldes.—Alfonso Enriquez de Portugal.—Triunfos de Alfonso VII en Galicia y Portugal.—Su enlace con Berenguela de Barcelona.—Su avenencia con Alfonso I de Aragon.—Los Aragoneses abandonan definitivamente el reino de Castilla.—El emir Safad-Dola se hace su vasallo.—Campañas de Alfonso VII contra los Sarracenos.—Su entrada en Aragon.—Llega á Zaragoza.—Ciñe la corona imperial.—Su alianza con Ramiro de Aragon.—Alianza entre García de Navarra y Alfonso Enriquez de Portugal.—Campaña de Galicia.—Tratado de Tuy.—Irrupcion del Emperador á Andalucía.—Toma la fortaleza de Aurelia.—Batalla de Ourique.—Tratado de Carrion entre el rey de Castilla y el conde de Barcelona.—Paz de Calahorra entre el Navarro y el Castellano.—Conquista de Coria.—Muerte de Safad-Dola.—Principio del reino de Portugal.—Toma de Almería.—Muerte de la emperatriz doña Berenguela.—Los hijos del Emperador.—Muerte del rey García de Navarra —Nuevo tratado entre el Emperador y Ramon Berenguer para la particion del reino de Navarra.—Segundo enlace del Emperador.—Ultima campaña de Alfonso VII.—Pérdida de Almería.—Muerte de Alfonso VII.—Alfonso I de Aragon toma á Bayona.—Sitio de Fraga: su muerte; su testamento.—Eleccion de Ramiro el Monge.—Aragon y Navarra se separan de nuevo.—Diferencias entre Aragoneses y Navarros.—Tratado de Vadoluengo.—La *Campana de Huesca*.—Abdicacion de don Ramiro.—Desposorios de su hija Petronila con Ramon Berenguer IV, conde de Barcelona.—Aragon y Cataluña se unen y forman un solo Estado.—Ramon Berenguer III de Barcelona profesa de Templario y muere.—Ramon Berenguer IV el Santo establece en Cataluña la órden de los Templarios.—Estos y las órdenes del Sepulcro y del Hospital de Jerusalen hacen cesion á don Ramon Berenguer de la herencia que les legara Alfonso I.—Toma de Tortosa, Lérida, Fraga y Mequinenza.—Paz entre Ramon Berenguer y García de Navarra.—Casamiento del conde de Barcelona con doña Petronila de Aragon.—Nacimiento de Ramon I hijo del príncipe de Aragon.—Otras conquistas de Ramon Berenguer.—Asuntos de Provenza.—Tratado de Lérida entre el Emperador y Ramon Berenguer.

Desde el año 1126 hasta el 1157.

Alfonso Raimundez, proclamado bajo el nombre Alfonso VII, contaba veinte y un años al acaecer la muerte de su madre, y habíase granjeado ya de los suyos merecido aprecio por las insignes prendas y virtudes que habia tenido ocasion de manifestar en su corta cuanto azarosa existencia. Coronado solemnemente en la iglesia catedral de Leon, reconociéronle y prestáronle homenage los condes de Asturias, Leon y Castilla, y como no pudiese ver impasible que no practicasen lo mismo los de Portugal marchó á Zamora donde se encontraba su tia doña Teresa, que se titulaba ya reina, junto con su hijo Alfonso Enriquez. En Ricobayo, pueblecillo de aquella comarca, avistáronse la tia y el sobrino, pero limitándose á ajustar la paz por un determinado número de tiempo, nada estipularon acerca de lo principal, esto es , las relaciones entre Portugal y Leon , quizás porque conocieron ser inconciliables sus respectivas pretensiones y no creyeron llegado aun el caso de ventilarlas con las armas.

Además, no faltaban al jóven Alfonso VII otros motivos de desazon y

desasosiego, y sin duda que no era aquella ocasion oportuna para comprometerse en una guerra con tan respetable enemigo. Muchos condes, ya alzando pendones por el rey de Aragon, ya obedeciendo á sus hábitos de indisciplina, se negaban á reconocer al hijo, acostumbrados como estaban á una absoluta soberanía durante el mal gobierno de la madre. Pedro Gonzalez de Lara, el afortunado favorito, y Rodrigo su hermano, fueron entre todos los principales en agitar el fuego de la rebelion, y ayudados por los parciales del Batallador lograron apoderarse de Palencia. De ella los expulsó Alfonso VII luego que hubo reducido á los rebeldes de menos importancia, y el conde de Lara, despojado de sus feudos, reducido á mísera condicion, fué á ampararse cerca del monarca aragonés cuando este sitiaba á Bayona, y allí mismo murió de las heridas que recibiera en duelo con don Alfonso Jordan, conde de Tolosa. Su hermano Rodrigo que habia logrado fugarse á Asturias, quiso en vano hacerse fuerte en sus tierras y castillos. Atacado por el rey, hubo de someterse humildemente al arbitrio de su soberano, quien generoso le conservó sus bienes y además le confió la importante tenencia de Toledo, en la cual le prestó el agradecido Castellano grandísimos servicios.

A. de J. C.

Sujetadas estas parciales rebeliones, Alfonso VII volvió sus ojos al estado de Portugal, cuya gravedad aumentaba cada dia. El tratado de Ricobayo nada habia determinado, y doña Teresa, que veia secundada su obra por todos los hidalgos y caballeros portugueses animados de un instinto y un deseo de nacionalidad que iba arraigándose á cada momento que pasaba, continuaba en Galicia fortificando sus castillos y levantando otros nuevos como decidida á hacer frente á la tempestad que con su obstinacion provocaba. Con numeroso ejército avanzó Alfonso hácia Galicia y Portugal, y despues de apoderarse de muchos castillos y fortalezas, tuvo la infanta ó reina, que ambos títulos le daban, que reconocer la supremacía y superioridad de la monarquía leonesa. Por aquel tiempo, ofen- 1128
didos los Portugueses por las íntimas relaciones que mediaban entre doña Teresa y Fernando Perez, hijo del conde de Trava, y sin duda tambien por la humillacion que habian sufrido sus armas, proclamaron abiertamente por su soberano al jóven Alfonso Enriquez, hijo de Teresa y del difunto Enrique de Borgoña, que acababa de calzar las espuelas de caballero. Los parciales de uno y otro bando apelaron á las armas para decidir la contienda y halláronse en los campos de San Mamed, cerca de Guimaranes; las tropas de doña Teresa quedaron vencidas, y la reina tuvo que abandonar el país junto con el conde su privado. Alfonso Enriquez recibió entonces el homenage de todo el territorio, pero atacado á su vez en aquella misma ciudad por la hueste de Castilla, hubo de declararse vasallo de la corona leonesa. Un hidalgo del país llamado Egas Moniz salió por fiador del tratado, y Alfonso volvió á Leon por Compostela, cuyo arzobispo Gelmirez le habia acompañado con sus hombres de armas á aquella expedicion.

En este mismo año de 1128 casó Alfonso VII con doña Berenguela, hija del conde de Barcelona Ramon Berenguer III y de su esposa doña Dulcia, condesa de Provenza. Las antiguas crónicas se deshacen todas en ponderar la hermosura, el talento y las virtudes de esta princesa de quien nos dicen que fué para el monarca en todas ocasiones ilustrada consejera en los mas árduos negocios del estado. La nueva esposa fué conducida por mar á Saldaña á causa de los distur-

A. de J. C. bios de Aragon, y allí mismo, como hemos dicho, se celebró la boda (1).

Alborotadas en efecto andaban por este tiempo las cosas de los paises aragoneses fronterizos á Castilla. Don Alfonso el Batallador, luego del fallecimiento de su esposa Urraca, volvió á sus pretensiones no bien definidas sobre la monarquía leonesa; algunos condes habian levantado pendones por él, varios pueblos le habian aclamado y las guarniciones aragonesas de algunas ciudades y lugares de Castilla mantenian viva la agitacion. Alfonso VII, de corazon animoso y ávido de gloria, no podia consentir la permanencia de una bandera extraña en su propio territorio, y luego que hubo sofocado las disensiones intestinas de su reino, apoderóse de muchos lugares poseidos por los Aragoneses. El Batallador
1129. por su parte se aprestó para defender lo que creia su derecho, y ambos salieron á campaña. Entrando el de Aragon por tierras de Castilla y llegando hasta la fortaleza de Moron, Aragoneses y Castellanos se encontraron en Almazan dispuestos á combatir; pero viendo los prelados que iban en ambos ejércitos los daños grandes que de aquella guerra se seguian, fueron medianeros entre los dos poderosos príncipes y procuraron reducir sus diferencias á buena concordia. Alfonso de Castilla, habida consideracion á la edad del monarca que tenia el título de esposo de su difunta madre, consintió generoso en humillarse ante él y en pedirle que le dejase su tierra y mandase que se le entregasen sus castillos. Holgóse mucho el Aragonés de semejante acto, y correspondiendo á la nobleza de su entenado, dispuso que le fuesen devueltas al momento cuantas fortalezas poseia aun en Castilla. «Nada quiero conservar de lo que le pertenece,» dicen que exclamó, y retiróse á Aragon y nunca mas entró en Castilla.

Este feliz suceso dejó del todo desembarazado á Alfonso VII para atender al gobierno interior de su reino, y aquel mismo año reunió cortes ó un concilio en Palencia, en el cual acordáronse muchas y acertadas disposiciones conducentes á aquel digno objeto.

1130. Abdelmelek Amad Dola murió por aquel entonces en su castillo de Rotah-el Yehud, último asilo en su desgracia despues que Almoravides y Cristianos habian conquistado su reino de Zaragoza. Su hijo Abu Giafar Ahmed, llamado Safad Dola (la espada del Estado), le sucedió en su limitadísimo gobierno, y cansado del vasallage en que del rey de Aragon vivia, reconocióse vasallo del rey de Castilla, y cedióle dicha fortaleza de Roda y los pocos castillos que además poseia. Apellidóse El Mostain Billah (el protegido del Señor), y en mal hora se llamó así, dicen las crónicas árabes, en cuanto Dios no quiso auxiliarle ni favorecerle á causa de sus vergonzosas alianzas con los cristianos. En él acabaron los emires Beni Hud, tan poderosos en los tiempos pasados. Mientras estas cosas sucedian, Tachfin ben Alí continuaba en España las algaras por las fronteras cristianas, por muerte de su tio Tenim en 1126. Alfonso salió contra él, y en una reñida y peligrosa batalla le venció con gran matanza de los enemigos, que muy pocos Almoravides, dice la crónica, escaparon aquel dia de su vengadora espada. Los cristianos se apoderaron del real de los muslimes, y Tachfin se mantuvo con pocos de los suyos sufriendo con admirable constancia los mas peligrosos

(1) En las montañas de Leon dura aun y se usa el requiebro de *es una Berenguella* en elogio de una jóven agraciada ó hermosa.

encuentros de la caballería castellana cubierta de hierro; á pesar de su valeroso A. de J. C
ánimo no le fué posible restaurar la batalla, y sin aterrorizarle el horror de la cruel matanza, ni el riesgo de su propia persona, se retiró peleando como un bravo y herido leopardo á quien persigue ardiente tropa de cazadores (1).

En 1133, Alfonso, resuelto á penetrar hasta el corazon de la Andalucía, reunió un poderoso ejército, y con él puso á sangre y fuego los alrededores de Córdoba, Sevilla y Carmona, tomó á Jerez y penetró hasta lo que se llamaba entonces la torre de Cádiz, es decir, hasta las columnas de Hércules. Su nuevo vasallo Safad Dola servíale de guia en esta expedicion, y cuenta la Crónica Alfonsina, que al hallarse el ejército cristiano junto á los muros de Sevilla, los moradores de esta ciudad enviaron á decir al descendiente de los Beni Hud: «de acuerdo con el rey cristiano haced que quedemos libres del yugo almoravide; si así lo haceis, pagaremos al soberano de Castilla un tributo mas considerable aun que el que nuestros padres pagaban á los suyos, y vos y vuestros hijos reinareis sobre nosotros (2).» Esto manifiesta el sumo descontento á que habian llegado los Arabes españoles; los cristianos tuvieron por un momento como antes de la llegada de Yussuf ocasion para aniquilar el poder de la media luna, pero una circunstancia semejante á la venida de los Almoravides suspendió nuevamente, segun veremos, la libertad de la Península. Los Almohades triunfaban en África, y sus victoriosos batallones no tardaron en pasar á España y en restablecer por algunos momentos la igualdad de la pelea. 1133.

Algunas revueltas en Asturias promovidas por los condes Gonzalo Pelaez y Rodrigo Gomez distrajeron por un momento á Alfonso VII de la guerra contra los infieles. Allí marchó con su hueste, y ambos condes hubieron al fin de darse á partido y de pedir humildemente perdon de sus desmanes. En esta expedicion hubo Alfonso una hija natural que se llamó Urraca de cierta dama asturiana llamada Gontranda, hija del conde Pedro Diaz.

Así las cosas, acaeció en 1134 la funesta muerte de Alfonso I de Aragon, y 1134
en las agitaciones y turbulencias que á este suceso siguieron, resolvió el de Castilla hacer expiar á aquel reino las amarguras y sinsabores que antes le habia causado. Deseoso de alzarse con gran parte de la herencia que el Batallador dejara, alegó el derecho que pretendia asistirle como biznieto de Sancho el Mayor de Navarra, y apoderóse de Nájera y de las demás plazas de la Rioja que habian poseido otros reyes de Castilla. Pretextando además querer socorrer á Zaragoza contra los ataques de los Sarracenos, fué acercándose á dicha ciudad sin hallar en parte alguna resistencia, en cuanto Ramiro y García de Aragon y Navarra (pues, como luego veremos, ambos reinos se habian otra vez dividido), lejos de pretender oponérsele buscaban cada uno la amistad del Castellano, temiendo ambos y buscando auxiliares para la guerra que amenazaba producir la reciente separacion de Aragoneses y Navarros. El rey don Ramiro, refugiado en las montañas de Sobrarve, se hallaba en el castillo de Monclús, con el título de rey de Aragon, Sobrarve y Ribargoza, y en tanto Alfonso VII llegaba á Zaragoza por el mes de diciembre, y obraba desde allí como rey y señor. No pararon en esto las

(1) Conde, P. 3.ª, c. XXXII.
(2) Chron. Adefonsi Imper., c. XXVI.

A de J. C. desgracias del reino aragonés, sino que Ramiro cedió á Alfonso la ciudad de Zaragoza, se reconoció su feudatario y se declaró su vasallo por todas las ciudades y lugares que poseia á la derecha del Ebro, que así son instables y varios los destinos de las naciones lo mismo que los de los individuos y que así trocóse en vasallage para Aragon la pujanza que poco antes hiciera temblar á Castilla. A Zaragoza acudieron entonces todos los soberanos de la España oriental, los condes de Barcelona, de Urgel y de Pallars y otros muchos señores de Francia y de Gascuña, y todos hicieron confederacion y amistad con el soberano de Castilla. El nuevo rey de Navarra visitóle tambien luego que Alfonso se halló de regreso á sus estados de Leon, y temeroso del Aragonés, se declaró igualmente su vasallo.

Con esto llegó al colmo la gloria y poderío de Alfonso Raimundez, el hijo de Urraca, que tan azarosa infancia pasara en las montañas de Galicia, y viéndose señor de tan poderosos príncipes, quiso ceñirse la corona imperial. Reunidas
1135 cortes en Leon el dia de la Pascua del Espíritu Santo del año 1135, á las que asistieron la reina doña Berenguela, doña Sancha, hermana del rey, de quien suponen nuestras crónicas que tuvo gran valimiento en los negocios del Estado, el rey de Navarra García, Raimundo, sucesor de Bernardo en la silla toledana, y otros muchos prelados y magnates, Alfonso VII fué proclamado emperador en la iglesia de Santa María. Con el manto y la corona imperial, fué acompañado procesionalmente á palacio, donde se puso fin á la suntuosa ceremonia con banquetes y regocijos. Los prelados y magnates de la asamblea acordaron con este motivo algunas prudentes medidas religiosas y políticas para el mejor régimen de la Iglesia y del Estado.

A esta época ha de referirse la gran dilatacion é incremento tomado por la legislacion foral de Castilla, comenzada en el siglo x por el conde Sancho García, y ampliada en el xi por el rey Alfonso VI. El fuero municipal que este otorgó á los pobladores de Toledo fué hecho extensivo por Alfonso VII á todos los lugares de la jurisdiccion de la capital y á otros partidos y merindades de Castilla la Nueva, añadiéndole nuevos y preciosos privilegios, y convirtiendo así el fuero particular de una ciudad en regla casi general de gobierno del reino. El emperador concedió además otros muchos fueros, entre otros los de Escalona, Santa Olalla, Miranda de Ebro, Lara, Oviedo, Benavente, Pampliega, Avilés, Baeza y el célebre de Burgos, con el que se habia de formar mas tarde el Fuero Viejo de Castilla. Bastan aquí estas someras indicaciones acerca de la marcha de la legislacion durante el reinado en que nos estamos ocupando, que en su lugar correspondiente nos proponemos trazar un cuadro, aunque reducido, completo de la historia de la legislacion española durante la época que abraza esta parte de nuestra historia.

Al par que en estos laudables y pacíficos cuidados, ocupábase Alfonso VII en los negocios de Aragon y de Portugal que distaban mucho de estar en perfecta bienandanza. El primero de dichos reinos continuaba presa de discordias y turbulencias entre Aragoneses y Navarros, y Ramiro el Monge, muy poco seguro en su vacilante trono, esforzábase por todos los medios posibles en granjearse la
1136 amistad del Castellano. En la entrevista que tuvo con él en Alagon, cedióle Calatayud y los demás pueblos conquistados por el Batallador en la derecha del Ebro, devolviéndole en cambio Alfonso la ciudad de Zaragoza. Dícese que allí convinie-

ron ambos monarcas en casar á Petronila, hija del Aragonés, con Sancho, hijo primogénito del Castellano, enlace que, como veremos, no llegó á verificarse por no venir en él los Aragoneses, que no querian que se juntase su reino con el de Castilla. A. de J. C.

Por su parte el rey de Navarra que, á pesar de sus esfuerzos, no habia podido recabar la alianza del emperador contra su rival de Aragon, buscó auxilio en el belicoso y resuelto Alfonso Enriquez que no habia abandonado ninguna de sus pretensiones á la soberanía independiente de Portugal. Fácilmente se avinieron García y Alfonso, y mientras el Portugués, á favor de la traicion de algunos condes, se apoderaba de Tuy y de las fortalezas de aquel distrito, el Navarro 1137
rompia las hostilidades por la parte de oriente. Las tropas fronterizas castellanas fueron vencidas por Alfonso Enriquez en Allariz y en Cerneja, quedando dueños los Portugueses de los distritos meridionales de Galicia. Sus fuerzas, empero, fueron llamadas á otra parte por los Musulmanes que habian entrado á sangre y fuego en la fortaleza de Leiria y que habian conseguido en Thomar una notable victoria, por la cual, agobiado y angustiado el rey, consintió en todo lo que el emperador exigió, luego que con numerosa hueste se presentó en las fronteras gallegas despues de haber peleado y vencido en varios encuentros á las tropas del Navarro. El tratado de Tuy que se celebró en 4 de julio de 1137 manifiesta la apurada situacion de Alfonso Enriquez, al propio tiempo que las ideas de la época no muy rígidas ni severas acerca de lo que ahora llamaríamos rebelion y entonces se llamaba independencia. Como dice Lafuente (1), el tratado de Tuy, aunque humillante para el príncipe portugués, distó mucho de corresponder á lo que podia esperarse de la severidad de un emperador victorioso, que dictaba la ley del vencedor á un súbdito que se habia alzado en armas contra su soberano y le negaba ó esquivaba la obediencia. Obligábase Alfonso Enriquez por dicho tratado á ser amigo leal del emperador, á defenderle contra todos sus enemigos, á respetar el territorio del imperio castigando él mismo á cualquiera de sus barones que se atreviese á invadirlo, y á restituir él ó sus sucesores los honores que el emperador le daba en cualquier tiempo que le fuesen pedidos. Ciento cincuenta magnates portugueses juraron estos pactos á presencia de varios obispos, pactos que mas que una paz definitiva no fueron, segun veremos, sino una momentánea tregua.

Y quizás al emperador y al príncipe de Portugal moviéronlos á consentir en ella las expediciones de los Almoravides, que cual una luz que se apaga, parecian hacer inauditos esfuerzos para reponer el honor de sus armas en vísperas de su expulsion. En España, dice la crónica arábiga, continuaba el príncipe Tachfin sus expediciones contra los cristianos con harta ventura, y en el año de 530 (1136) hubo una sangrienta batalla con ellos en Fohos Atia y los desbarató y venció con horrible matanza; tomó muchos cautivos y despojos, y recobró muchas fortalezas que los cristianos habian ocupado (2). Para vengar este desas- 1138
tre, reunió el emperador las milicias de Segovia, Avila, Osma, Salamanca, Zamora y Ciudad Rodrigo, y penetró con ellas en Andalucía, devastando las comarcas

(1) Hist. gen. de Esp., P. 2.ª, l. II, c. IX.
(2) Conde, P. 3.ª, c. XXXIII.

A. de J. C. de Jaen, Baeza, Ubeda y Andújar. Su victoriosa expedicion únicamente fué contrariada por la desgraciada suerte de un cuerpo de Extremeños que, separados del grueso del ejército por la crecida que durante la noche experimentaron las aguas del Guadalquivir, fueron pasados á cuchillo á la vista de sus compañeros imposibilitados de prestarles el menor auxilio. A su regreso á Toledo el emperador intentó, aunque en vano, apoderarse de Coria.

1139 Llegado el siguiente año, salió Alfonso otra vez á campaña contra los infieles, pero esta vez no con objeto de correr sus tierras, sino con el deliberado propósito de apoderarse de la famosa fortaleza de Aurelia (Oreja), que tenian los moros á ocho leguas de Toledo y desde la cual causaban incesante daño á los cristianos de la comarca. El sitió empezó en abril, y todo anunciaba que habria de ser largo y sangriento, atendida la vigorosa defensa que oponia la guarnicion sarracena; muchos meses se pasaron en efecto en contínuos asaltos y rebatos, hasta que al fin, extenuada y diezmada la guarnicion, hubo de solicitar un armisticio, pasado el cual ofrecieron rendirse si no recibian socorro. Esperáronlo en vano, pues aun cuando á pesar de la apurada situacion de los Almoravides acudieron de Africa algunos miles de ginetes que juntos con las tropas de Aben Gania de Valencia formaban una respetable hueste, esta en vez de correr en auxilio de los sitiados se dirigió contra Toledo, esperando quizás que la ausencia del emperador le permitiria sorprender á la ciudad. No lo consiguió, y con este motivo refieren nuestras crónicas un suceso muy curioso entonces ocurrido. Cuentan que la emperatriz Berenguela, al verse sitiada por los Musulmanes, envió á sus caudillos el siguiente mensage: «Es mengua de caballeros y esforzados capitanes guerrear contra una muger cuando tan cerca de aquí se encuentran el emperador y sus soldados. Id á Aurelia si quereis pelear; allí podreis acreditar que sois valientes y honrados.» Añaden que los Musulmanes vieron entonces en una galería del palacio á Berenguela, revestida del manto imperial y rodeada de doncellas que cantaban al son de cítaras y salterios, y maravillados y avergonzados dirigieron un saludo á aquella señora y volvieron á su tierra sin honor y sin victoria. Es lo cierto que los de Aurelia no recibieron socorro dentro del plazo señalado y que en octubre se rindieron á Alfonso con la condicion de que les permitiera retirarse á Calatrava.

Tambien el Portugués aprovechó el tratado ó la tregua de Tuy para reparar las catástrofes de Leiria y de Thomar, y en julio de este mismo año pasó el Tajo con numeroso ejército, devastando los campos sarracenos. El dia 25 de julio de 1139, época fausta en la historia portuguesa, encontráronse ambas enemigas huestes junto al castillo de Orik (Ourique), cerca de la sierra de Monchique, y empeñóse sangrienta pelea que terminó con la completa derrota de los infieles, que dejaron tendidos en el campo gran número de los suyos (1). Las crónicas suponen derrotados cinco caudillos musulmanes, que ellas llaman reyes, en esta famosa batalla, que ha sido calificada de piedra angular de la monarquía portuguesa.

De vuelta el emperador, á sus estados recibió en Carrion la visita de su sue-

(1) Entre los cadáveres halláronse muchas mugeres, pues era costumbre de los Almoravides que estos los acompañasen á las batallas y peleasen á su lado.

gro, el conde de Barcelona, que preocupado con los asuntos de Aragon que entonces eran ya suyos propios, iba á proponerle un tratado de alianza ofensiva contra García de Navarra, con objeto de despojarle de sus estados y devolver á la monarquía aragonesa sino todo el reino que de ella se separara, una parte á lo menos, quedando el resto como premio del auxilio que para ello le prestaria el Castellano. Así se convino en efecto, y ambos príncipes prometieron no hacer treguas con el de Navarra sin mútuo consentimiento; concertaron que fuesen del emperador cuantos lugares poseia Alfonso VI el dia de su muerte, y del príncipe de Aragon sin prestar homenage alguno cuantos habian tenido los pasados reyes Sancho y Pedro. En cuanto al territorio del reino de Navarra, las dos terceras partes habian de ser para el príncipe, mediante homenage, y la otra para el emperador, incluyéndose en esta el castillo de Estella y en aquellas la ciudad de Pamplona; igual pacto se hizo para lo demás que se conquistase, y sin pérdida de momento dióse principio á la guerra. A. de J. C.

Sin embargo, no era García hombre que se dejara despojar tan fácilmente, y teníalo todo dispuesto para la defensa, cuando despues de un ligero choque con las tropas de Ramon Berenguer celebró avenencia con el emperador. Fué el 1140
caso que Alfonso Jordan de Tolosa pasó por el territorio navarro de vuelta de una peregrinacion á Compostela, y á su mediacion y á la de varios otros condes y magnates debióse que Alfonso y García se avistaran entre Calahorra y Alfaro á 25 de octubre y celebraran la paz, pactándose como prenda de ella que el infante don Sancho, hijo primogénito del emperador, casaria luego que la edad se lo permitiera, con doña Blanca, hija del rey de Navarra.

En 1142 volvió Alfonso otra vez sus armas contra los Musulmanes, y tomó 1142
á Coria, luego de haber transcurrido en vano el término de un mes que concediera á los defensores de la plaza para pedir socorro á Córdoba y Sevilla. Andalucía presenció otra vez las victoriosas correrías de los Castellanos, cuyos campeadores talando y devastando llegaron hasta las cercanías de Córdoba, Sevilla y Carmona.

En el siguiente año (1143), rompió otra vez Alfonso por las fronteras mu- 1143
sulmanas, sin que en esta campaña hiciera seguramente otra cosa que correr y devastar la tierra; de ella no nos quedan noticias especiales, y solo sabemos haber perecido en un combate que trabaron algunos caballeros cerca de Mora con una partida de caballería musulmana, el animoso Nuño Alfonso, de cuya bravura y esfuerzo singular hacen grandes elogios las crónicas de la época.

Deseoso el Navarro de estrechar mas y mas su alianza con el emperador en quien veia su único amparo contra las pretensiones del príncipe de Aragon, y
encontrándose viudo de su primera esposa doña Margelina, solicitó la mano de 1144
Urraca, la hija que Alfonso tuviera en 1133 ó poco antes de Gontranda, dama asturiana. Para celebrar las bodas fué García á Leon, y en julio se verificó la ceremonia con grandísima solemnidad y pompa. Dícennos las crónicas que compañías de farsantes entretuvieron en aquellas fiestas á la brillante corte, que coros de mugeres cantaban acompañadas de órganos, cítaras y flautas, y que los caballeros lucian su esfuerzo y gentileza *juxta morem patriæ,* corriendo cañas y lidiando toros.

Por aquel tiempo discordias intestinas desgarraban á la España musulmana

poniéndola al borde del precipicio. Los encarnizados combates entre los Arabes españoles y los Almoravides, los ataques de los cristianos de Castilla y Portugal, la guerra civil, en fin, que desolaba cada comarca, hacian del antiguo imperio de los Ommiadas un triste teatro de desórdenes y calamidades. Tachfin habia sido llamado á Africa y asociado al imperio por su padre Alí, que veia desmoronarse su poder á los golpes de los Almohades, y su partida habia sido en España la señal de repetidas insurrecciones. Córdoba, Valencia, Murcia, Almería, Málaga y las principales ciudades se habian rebelado, y aclamaban á á los Almohades, ó elevaban régulos ó emires parciales. El emperador hallóse mezclado en estas contiendas, como á su tiempo veremos, y Safad Dola, el último Beni Hud, el aliado de Alfonso VII, fué proclamado emir en Córdoba y luego en Murcia y Valencia. Con tropas cristianas apoderóse de Baeza, Ubeda y Jaen, pero creyendo poder prescindir luego del auxilio de los cristianos cuya proteccion tenia, despidió á sus soldados con mil protestas de respeto hácia el emperador. Este concibió gran enojo al considerar que Safad Dola así se apartaba del vasallage que le debia, y envió una hueste contra él; encontráronle los cristianos en las inmediaciones de Albacete, y empeñada una encarnizada lucha, quedaron arrollados los Sarracenos, y su jefe el infeliz Beni Hud tendido sin vida en el campo de batalla.

Antes de dar cuenta de la principal empresa guerrera que bajo este reinado se verificó, importa que expliquemos un importante suceso acaecido en la parte occidental de España, cuyas consecuencias se experimentan aun hoy dia. Aludimos á la formacion del reino de Portugal, pues aun cuando es imposible fijar una fecha cierta en que pueda decirse con seguridad: Portugal es desde hoy un reino independiente, puede haberse visto aquel suceso lento, insensible é indefinido en las tendencias y hechos que llevamos mencionados, y mas aun se verá en los que explicaremos ahora.

Hemos dejado á Alfonso Enriquez vencedor de los Agarenos en Ourique, despues de cuya victoria aumentó sus estados con toda la provincia de Alentejo. Envanecido con sus triunfos, quiso, al propio tiempo que ensanchaba su territorio á expensas de los Sarracenos, hacer un nuevo esfuerzo para realizar su mas ardiente deseo, la absoluta independencia del mismo, y sin respeto por lo tratado en Tuy rompió en 1140 por las tierras de Galicia, sosteniendo varios combates con las guarniciones fronterizas, en uno de los cuales salió herido de una lanzada que le imposibilitó por algun tiempo de ajustarse la armadura. Fernando Joannes, el esforzado alcaide de Allariz, participó lo que ocurria al emperador, que por entonces andaba ocupado con los sucesos de Aragon y Navarra, y desembarazado de ellos por la paz de Calahorra, marchó á Portugal por las ásperas sierras que desde Galicia penetran en la provincia de Tras-as-Montes. Establecidos sus reales al pié del castillo de Peña de la Reina, no tardaron en aparecer los Portugueses en los cerros de Valdevez que dominaban el campamento castellano, y al momento, segun costumbre de la época, trabáronse por los campeadores y los mas apuestos caballeros de ambas huestes combates parciales que convirtieron aquella tierra en un vasto campo de torneo. No fueron, empero, estos duelos presagio como siempre de una batalla general, y los dos primos, cediendo á las instancias de los prelados y magnates influyentes que los acompañaban,

consintieron en un tratado, del cual salieron por fiadores los principales caballeros de ambos ejércitos hasta que se celebrara la paz definitiva. Era mas propiamente una suspension de hostilidades, dice Lafuente, mas ya no con las condiciones de la de Tuy, tan desventajosas para el Portugués, sino igual para los dos y con mútuo cange y entrega de prisioneros y castillos, lo cual nos manifiesta cuan respetable, si no temible, se habia hecho para el emperador el poderío del príncipe de Portugal.

Desde aquel momento observamos un completo cambio en la situacion de Portugal respecto á Castilla: los pendones portugueses no se unen ya á los castellanos en la guerra contra los Musulmanes, sus magnates no acuden ya á las asambleas del reino castellano, Alfonso Enriquez tomó ya abiertamente el título de rey en todos sus diplomas á lo cual nunca antes se habia atrevido á pesar de darle el pueblo aquel título, y todo, en fin, demostró que aquel territorio quedaba de hecho, si no de derecho, separado del antiguo reino de que formara parte.

Con ánimo esforzado, cualidad que reconocen todos los historiadores en Alfonso Enriquez, y que los hechos hacen evidente, aprovechó el nuevo rey la paz en que el de Castilla le dejaba para hacer cruda guerra á los Sarracenos del Algarbe; vencido unas veces, pero vencedor las mas, agregó á su reino muchos lugares y fortalezas, y entonces fué cuando, habiendo reclamado el auxilio de una armada francesa que navegaba para la Tierra Santa y que el temporal habia obligado á arribar á aquellas costas, acometió la empresa de apoderarse de Lisboa, pero muy bien defendida y guarnecida la plaza, hubieron de contentarse los cristianos con vencer á los Musulmanes fuera de los muros en repetidos encuentros, y recoger abundante botin en todos los pueblos de las cercanías. Alfonso Enriquez reconstruyó por aquel tiempo el derruido castillo de Leiria, amparo de aquella frontera, y levantó tambien el fuerte de Germanello.

No podia el emperador mirar impasible los reiterados actos de absoluta soberanía ejercidos por el rey de Portugal, y habia de desear que tuviera aquel negocio la solucion definitiva que aplazara en el tratado de Valdevez. Despues de su campaña contra los Sarracenos de 1143, Alfonso VII marchó á Zamora, á donde acudió tambien el príncipe de Portugal, y allí en presencia del cardenal Guido, legado de Inocencio II, trataron ambos reyes del asunto que tanto les interesaba. Sin embargo, no parece que resultara de la conferencia un resultado definitivo, pues todo se limitó á reconocer el emperador en su primo el título de rey y á cederle á título de feudo el señorío de Astorga, quizás para que así constara mas el vasallage en que el de Portugal quedaba. Nada, empero, se resolvió para el porvenir, ni se dijo qué derechos conferia á Alfonso Enriquez el título que en él se reconocia, y la cuestion quedó, en apariencia á lo menos, en el mismo estado que antes. No satisfacia esto los deseos del Portugués, y por lo mismo resolvió acudir á la autoridad pontificia haciéndole homenage de su reino y ofreciéndole pagar un tributo anual, esperando así obtener del Papa, el soberano que gozaba entonces de mayor, de inmensa autoridad moral, el reconocimiento de los derechos que pretendia asistirle. Lucio II, empero, que por muerte de Inocencio II y Celestino II habia ocupado la sede pontificia en 1144, prescindiendo de entrar en una cuestion que consideraba pendiente todavía y que únicamente

A. de J. C. podian resolver las partes mas interesadas, limitóse con sumo tacto á absolver al príncipe por no haber acudido en persona, segun costumbre para tales casos, á la capital del orbe católico, y á elogiar su devocion por el homenage que prestaba á la Santa Sede; nada en las palabras pontificias revelaba la menor confirmacion ni siquiera reconocimiento de la autoridad que Alfonso se atribuia, y Lucio se limitaba á llamarle *dux portucallensis* y á designar su reino con el nombre genérico de *tierras*.

No se mostró menos cauto el sucesor de Lucio, Eugenio III : el emperador, que supo las negociaciones de Alfonso de Portugal, escribió al Papa en 1147
1147. quejándose de que el arzobispo de Braga se negase á reconocer la primacía del de Toledo, y de que la sede apostólica tratase de perjudicar los derechos de su corona con sus tratos con el Portugués. En cuanto á lo primero contestó el Papa en términos muy explícitos, y dispuso que el arzobispo de Braga lo mismo que los demás prelados españoles reconociesen aquella primacía, pero en cuanto á lo segundo, limitóse, sin entrar en el fondo de la cuestion, á negar que hubiese protegido en lo mas mínimo á Alfonso de Portugal.

Así quedó por mucho tiempo la cuestion, sin que aparezca que ninguno de ambos soberanos hiciese gestion alguna para aclarar aquel confuso estado de cosas, y el reino de Portugal independiente de hecho fué transmitido á los sucesores del hijo de Enrique de Borgoña.

Alfonso VII meditaba y se preparaba en tanto para una atrevida empresa. La ciudad marítima de Almería era en poder de los Musulmanes una madriguera de piratas que, como hace poco tiempo los de Argel, renovaban anualmente sus devastaciones por las costas de España, de Francia y de Italia, haciendo en ellas numerosos cautivos. El Embalatur (como llamaban los Musulmanes á Alfonso) resolvió apoderarse de ella, pero como necesitaba buques para atacar la plaza por mar al propio tiempo que por tierra, envió á don Arnaldo, obispo de Astorga, en embajada cerca de Ramon Berenguer, conde de Barcelona y príncipe de Aragon, para que solicitara el auxilio de su armada. Con igual mensage habia de dirigirse luego á Guillermo, duque de Montpeller, y á las repúblicas de Génova y Pisa, representándoles cuanto importaba á sus intereses el exterminio de aquellos piratas, y solicitando auxilios marítimos. El obispo embajador obtuvo de Ramon, de Guillermo y de ambas repúblicas la cooperacion que habia ido á pedirles, y alcanzó de ellos la promesa de que el dia 1.° de agosto se hallarian sus bajeles bien armados delante de Almería. Hecho esto, el embajador tomó otra vez el camino de España.

Seguro ya de aquel auxilio, el emperador convocó á principios de abril á todos los condes y magnates de sus estados con órden de hallarse con sus tropas en Toledo á últimos de mayo, y al mismo tiempo rogó á su yerno de Navarra y á Armengol, conde de Urgel, que acudieran con las suyas para el mejor éxito de una empresa que tanto interesaba á todos. Un mes despues vióse llegar á don Fernando Joannes con las tropas de Galicia, á don Ramiro Flores de Guzman con las de Leon, á don Pedro Alfonso con las de Asturias, al conde Ponce y á don Fernando Ibañez con las de la Alta y Baja Estremadura, á don Martin Fernandez con las de Hita y Guadalajara, á don Gutierre Fernandez de Castro y á don Manrique de Lara con las de Castilla la Vieja, á don Alvaro Rodriguez

con las de Castilla la Nueva y á Armengol, conde de Urgel, y á don García de A de J. C.
Navarra con las suyas respectivas.

Reunidas estas tropas, el emperador salió á campaña, entró en Andalucía, acampó en las inmediaciones de Andújar, tomó las fortalezas de Baños, Cazlona y Baeza, y fué á poner sitio á Almería el dia 1.° de agosto, como así se habia convenido, al tiempo que las naves de Barcelona, de Montpeller, de Génova y de Pisa se presentaron á la vista de la plaza, formando una formidable armada. Solo las águilas podian entrar en la ciudad, dicen las crónicas árabes, tan estrechamente la bloquearon y cercaron los cristianos, y mientras el emperador dirigia los ataques y batia los muros por la parte de tierra con toda clase de máquinas, los bajeles la hostilizaban desde el mar. Esto no obstante, como la guarnicion era numerosa y estaba provista de todo lo necesario para sostener un largo sitio, ocupó las fuerzas del emperador y de sus aliados hasta el 17 de octubre de 1147 en que la plaza se rindió. El número de muertos y cautivos fué considerable, y el botin que recogieron los cristianos inmenso. De él solo quisieron los Genoveses un precioso plato de esmeralda que llevaron y conservaron como un glorioso trofeo, y Ramon Berenguer se llevó á Barcelona las puertas de la ciudad conquistada que colocó en el antiguo portal de Santa Eulalia.

La alegría que en el emperador y en la España toda habia producido este memorable triunfo, fué entibiada por la muerte de la emperatriz doña Berenguela,
acaecida en febrero de 1149. Princesa esclarecida tanto por sus virtudes como por 1149
su talento, fué al propio tiempo que amante esposa del monarca y protectora de cuantos desvalidos se albergaban en su reino, prudente consejera en todos los negocios del estado. Nuestras crónicas é historias no se muestran parcas en ensalzarla y ponderarla, y la colocan entre las mas grandes reinas que han ceñido la corona de Castilla. Entonces fué cuando Alfonso VII confirió solemnemente á sus dos hijos Sancho y Fernando el título de reyes que ya antes habian usado en algunos documentos públicos. Alfonso amaba á los dos tiernamente, pero observábase que profesaba mas entrañable afecto al menor llamado don Fernando, y de esto se valieron los dos ministros Manrique de Lara y Fernando de Castro, conde de Trastamara. Aunque secretos enemigos, pusieron freno á su odio para que ninguno de los dos suplantara al otro bajo un nuevo reinado, y persuadieron al emperador de que su hijo Fernando merecia tambien una corona, conviniendo entre sí en que don Manrique se quedaria cerca de don Sancho y el conde de Trastamara se retiraria con don Fernando. Alfonso muy inclinado, como ya hemos dicho, en favor de su hijo menor, prestó oido á estos consejos, y declaró á don Sancho rey de Castilla y de Toledo y á don Fernando rey de Leon y de Galicia, conservando él el supremo poder imperial, y elevándose sobre sus hijos, que nunca se cansaron de obedecerle, ni quisieron prevalerse con el nombre augusto de rey contra los derechos de su padre.

Por aquel entonces, en 1150, murió el rey García de Navarra, dejando de 1150
su primera esposa Margelina, hija de Rotron, conde de Alperche, un hijo llamado Sancho que mereció despues el renombre de Sabio y dos hijas Blanca y Margarita, desposada la primera con el infante don Sancho de Castilla y casada la segunda con Guillermo, rey de Sicilia. No embargante, dice Zurita, que el emperador habia asentado con el rey don García una muy confirmada paz con gran-

A. de J C des prendas, por la pretension que tenia en los lugares que el rey de Navarra habia ocupado que fueron del rey don Alfonso su abuelo, y como tambien el príncipe don Ramon persistiese en su demanda en el derecho del reino de Navarra, que los reyes de Aragon pacíficamente habian poseido, tornaron de nuevo á proseguir sus pretensiones, y sobre esta razon tuvieron vistas en Tudilen, junto á
1151. Aguas Caldas, en el reino de Navarra, á 27 de enero de 1151, para tomar sobre ello algun asiento (1). El emperador y el príncipe renovaron allí el tratado que celebraran once años hacia en Carrion, y convinieron además en que de las tierras que se hallaban aun en poder de Sarracenos, tuviese el príncipe de Aragon, Valencia y Murcia con toda la tierra que hay desde el Jucar hasta los límites del reino de Tortosa con la ciudad de Denia y todo aquel señorío, con pacto y condicion de poseer estos lugares por el emperador, con el mismo reconocimiento y homenage que los reyes de Aragon don Sancho y don Pedro hicieron al rey don Alfonso de Castilla por el reino de Navarra. El emperador y el rey don Sancho su hijo, que se hallaba presente, prometieron ayudar á Ramon Berenguer en la conquista de Navarra y además ¡condicion singular que vemos en Zurita y que confirma Lafuente! el rey don Sancho habia de tener desde el dia de san Miguel á su esposa la infanta doña Blanca consigo y dejarla cuando al príncipe de Aragon bien le estuviese y fuese su voluntad y le requiriese sobre ello, en cuyo caso se apartaria de ella perpétuamente: «lo cual el rey don Sancho ofreció de cumplir y se hicieron pleito y homenage los unos á los otros en sus manos propias al fuero y costumbre de España (2).» Las villas y castillos de Alagon, Ricla, María y Belchite con todos sus términos y derechos que estaban en poder del emperador, fueron entregados al príncipe de Aragon en seguridad de lo pactado.

Sin embargo del pacto á que antes hemos hecho referencia vemos que en este mismo año el príncipe don Sancho con asistencia de los soberanos de Castilla, Navarra y Aragon tomó por esposa en Calahorra á la infanta Blanca de Navarra.

Urraca, la viuda de García, volvió á Castilla, y su padre le señaló el gobierno
1152 de Asturias. En el siguiente año 1152 casó el emperador en segundas nupcias con Rica, hija de Ladislao, duque de Palonia, y de Inés, de la casa de Austria, y con este motivo se hicieron grandes fiestas en Castilla, y se armó caballero don Sancho, hijo primogénito del emperador.

El tratado que celebrara este en Tudela con Ramon Berenguer de Barcelona, no tuvo mas resultado que el de Carrion, y parece, segun dicen las crónicas, que el emperador no proseguia lo tocante á la guerra de Navarra con el ánimo y firme propósito que con el príncipe habia tratado, sospechándose que de secreto daba favor al rey don Sancho para que no recibiese daño de parte del reino de Aragon, pues de otra suerte, segun expresa Zurita, si el emperador hubiese querido con llaneza hacer la guerra y proseguirla con su poder, no habria sido bastante el rey de Navarra para defenderse. En efecto, razon tenian los Arago-
1153. neses para sospechar de la buena fe del emperador, en cuanto en 1153 vémosle

(1) Zurita, Anal. de Aragon, l. II, c. X.
(2) Id., l. c.

dar la mano de su hija doña Sancha al nuevo rey don Sancho de Navarra. Por A. de J. C.
este mismo tiempo casó á su otra hija doña Constanza con el rey de Francia, Luis VII el Jóven.

Con motivo de este matrimonio, refiere Lafuente que habiéndose exparcido en Francia rumores desfavorables acerca de la legitimidad de la princesa castellana y de la grandeza y gloria de su padre el emperador, quiso el rey Luis cerciorarse por sí mismo de la certeza ó falsedad de estas voces, y vino á España
con pretexto de ir en romería á Santiago de Galicia (1155). Alfonso, que supo el 1155.
verdadero objeto del viage de su yerno, lo dispuso todo para hacerle un magnífico recibimiento, y convocó en Toledo á todos sus magnates y caballeros, á los príncipes moros sus tributarios, y en una palabra, á cuantos podian dar mayor realce á las fiestas que preparaba para agasajar á su huésped. Ramon Berenguer de Barcelona fué tambien á aquella ciudad con numeroso cortejo de Catalanes y Aragoneses, y cuéntase que al ver aquella lucida corte, á que no estaban acostumbrados los monarcas franceses, quedó Luis admirado y manifestó repetidas veces cuanto excedia lo que estaba viendo á cuanto habria podido imaginar. Cerciorado además el Francés del nacimiento legítimo de su esposa, volvió satisfecho á su reino, muy obsequiado y llevando muy preciosos regalos.

En el año 1155 en que tuvo lugar este viaje, hizo Alfonso VII una expedicion á tierras musulmanas en que se apoderó de Pedroche, Andújar y Santa Eufemia, en tanto que el príncipe de Aragon habia dado principio á las hostilidades contra el Navarro por el valle de Roncal; pero aprovechando Sancho la ausencia del príncipe, llamado á la otra parte de los Pirineos por los asuntos de Provenza, invadió á su vez los estados de su enemigo. Á esta noticia volvió Ramon Berenguer apresuradamente á España y marchó á Lérida, á cuya ciudad se
habia dirigido tambien el emperador, noticioso de lo que ocurria (mayo de 1156). 1156
Allí se tornaron á ratificar los pactos celebrados seis años antes en Tudela sobre la reparticion del reino de Navarra, y concertóse tambien el desposorio del infante don Ramon, hijo del príncipe, que contaba apenas cuatro años de edad, con doña Sancha, hija del emperador y de su segunda esposa Rica, que apenas podia contar dos. Sin embargo, no produjo este nuevo tratado mas efectos que los anteriores, y no atinamos qué objeto se podia proponer el emperador al ser tan solícito en prometer al Catalan la destruccion del Navarro, como en obsequiar á este, á quien hizo su yerno, y en no ofenderle de modo alguno. La conducta de Alfonso VII sobre este punto solo puede explicarse diciendo que aun cuando deseaba de todas veras la posesion del territorio navarro que por aquellos tratados le habria tocado, no queria llevar á efecto la reparticion convenida en cuanto habria dado nuevo poder al conde de Barcelona, tan poderoso y rico ya por sus dilatados dominios en esta y en la otra parte de los Pirineos, por su pujante marina y por sus numerosos feudatarios. Reunida ya la gente del príncipe para entrar por Navarra, segun así estaba convenido, el emperador, fiel á la conducta que se propusiera seguir, no solo no acudió con sus tropas, sino que procuró que su aliado dejase las armas por aquel verano, diciendo haber de acudir á la guerra de los Moros que hacian daño en su tierra. Túvose el príncipe por engañado con esta respuesta, dice Zurita, y el emperador, para asegurarle mas, prometió de nuevo que no favoreceria en dicho ni en hecho al rey

A. de J. C. de Navarra, tornando á ratificar las posturas de confederacion que tenian entre sí, y ofreciéndole que para la fiesta de San Martin ó antes seria con él contra el rey don Sancho (1).

Y en efecto, por aquel tiempo Abdelmumen, emperador de Marruecos, habia enviado de Africa numerosas huestes para reconquistar á Almería, y esta noticia hizo que Alfonso volara á Andalucía, acompañado de su hijo don Sancho y de muchos caballeros y prelados, entre otros de don Juan, arzobispo de Toledo. Reunido el ejército cristiano, marchó al encuentro de los Africanos, que mandados por Cid Abu Said, habíanse unido ya con las tropas que tenian en España y formaban considerable hueste. Aquella fué la última expedicion de Alfonso: sabedor
1157. de que los enemigos se adelantaban para presentarle batalla, apresuró su marcha para evitarles la molestia de buscarle mucho tiempo, y una vez los avistó, dió sin pérdida de momento la órden de trabar la pelea. Esta fué reñida y sangrienta, como lo eran siempre todas entre aquellos dos pueblos irreconciliables, pero al fin despues de perder los Almohades la flor de su gente, tomaron la fuga y abandonaron á los vencedores el campo de batalla. Apenas vió el emperador ceñida su frente con los nuevos laureles que acababa de conquistar, cuando sintió la proximidad de la muerte, y la naturaleza desfallecida rehusó su auxilio á una vida que todas la fuerzas musulmanas de Africa y España habian respetado siempre en medio de los sitios y batallas. Los últimos momentos del glorioso monarca fueron acibarados con la noticia de que Almería, reducida al último extremo, se habia rendido por falta de socorros, en cuanto su enfermedad habia privado al ejército, condenándole á la inaccion, de reportar de su victoria los frutos que esta sin duda habria producido. Mas agobiado bajo el glorioso peso de sus fatigas y conquistas que bajo el de los años, una fiebre violenta le atacó cerca del puerto de Muradal en un sitio llamado Fresneda, y no pudiendo pasar adelante, erigiéronle allí una tienda debajo de una encina; allí entregó su alma á Dios el dia 21 de agosto, despues de recibir de manos del arzobispo de Toledo todos los sacramentos de la iglesia con edificante piedad. Así murió don Alfonso VII, rey de Leon y de Castilla y emperador de España, á los cincuenta y un años de su edad. Sabio y prudente, gobernó á sus súbditos con dulzura y bondad; consagró sus cuidados y vigilias á la exaltacion de la religion cristiana: fundó varios monasterios de la órden cisterciense, y favoreció los ya fundados bajo la regla de san Benito; en su reinado se reunieron el sexto concilio de Compostela, el cuarto de Palencia, el primero de Burgos, el segundo y tercero de Valladolid, el undécimo de Toledo y el primero y segundo de Salamanca. Alfonso castigó severamente el vicio, sus enemigos cedieron á su valor, y Navarra y Aragon tuvieron á honor prestarle homenage, lo mismo que la mayor parte de los príncipes musulmanes. No solo recobró del rey de Aragon las plazas de Castilla de que este se habia apoderado con motivo de su enlace con la reina Urraca y que habia conservado aun despues de la disolucion de su matrimonio, sino que tambien conquistó de sus sucesores parte del territorio aragonés y navarro. «Pocos reyes se han mostrado mas dignos del trono, dice un historiador; el nombre de emperador no fué para él un objeto de ambicion vulgar, y á falta de la unidad mo-

(1) Zurita, Anal. de Aragon, l. II, c. XVII.

nárquica, para la cual la España no estaba todavía en sazon, le dió por lo menos la unidad feudal.»

Hemos explicado hasta ahora en el presente capítulo lo ocurrido en los reinos de Castilla y Leon; hemos asistido á los primeros pasos hácia la independencia dados por el pueblo portugués, y por solo lo que á este relato interesaba hemos hablado de lo que ocurria en los tres reinos orientales de la Penísula, Navarra, Aragon y Cataluña. Y esto no obstante algunas palabras de nuestra relacion, algunos hechos que hemos debido mencionar habrán sin duda manifestado haber ocurrido en ellos muy graves y trascendentales acaecimientos. Tiempo es pues ya, de que volviendo los ojos hácia esta parte de España, expliquemos su historia hasta la época que en este capítulo se abraza.

Hemos dejado á Alfonso I el Batallador despues que con su atrevida incursion á Andalucía habia llenado con la gloria de su nombre la cristiandad entera, y sabemos cómo se terminaron luego de acaecida la muerte de doña Urraca las diferencias que mediaban entre él y su entenado Alfonso VII de Castilla. El mismo año en que se verificó esta concordia guerreó contra los Sarracenos en las comarcas de Molina y Cuenca, y atento así al buen gobierno de sus estados como á ensanchar sus fronteras, dictó varias disposiciones para repoblar los lugares que de los Moros conquistaba; mandó poblar, dice Zurita, el Burgo de Pamplona que entonces llamaban Irunia, en el llano de San Cerni, y dió aquella poblacion á los Francos, concediéndoles las mismas leyes y fueros que se concedieron á los que poblaron á Jaca.

De sus expediciones contra los Musulmanes, que parece fueron casi contínuas en estos últimos años de su reinado, distrájole en octubre de 1131 una expedicion á la otra parte de los Pirineos, cuya causa no se sabe, apoderándose en ella de la ciudad de Bayona. De allí volvió por las algaras que se habian permitido los Moros de las fronteras, y en seguida movió guerra á los príncipes de Lérida y Fraga, determinado á correr las riberas del Segre y del Cinca y á hacer en sus comarcas todo el daño que pudiese. En junio de 1133 rindióse á sus armas la importante fortaleza de Mequinenza, y en el siguiente mes de julio púsose Alfonso con su campo en Escarpe, resuelto á combatir á Fraga, lugar muy fuerte que no se podia entrar ni combatir sino con gran ventaja de los Moros. Hé aquí como refiere este suceso la crónica arábiga: «Ufano con sus triunfos, que le hacian muy poderoso en las riberas del Cinga y del Seguire, salió con buena hueste de Mequinenza el enemigo de Dios Alfonso ben Sancho y vino á poner cerco á Medina Fraga. Esta ciudad es de gran fortaleza por la natural disposicion del sitio rodeado de quiebras y puesta sobre tajadas rocas: así por esto como por el valor de los Muslimes que la defendian, no hacia cosa de provecho y se alargaba el cerco. Salian los Muslimes algunas veces contra el campo de los cristianos y se trababan reñidas escaramuzas. Como el walí Aben Gania, que estaba en Lérida, entendiese lo que pasaba en el cerco de Fraga, salió con una escogida compañía de caballeros á correr la tierra y estorbar las provisiones que se conducian al campo de los cristianos, y quiso Dios que estando los Muslimes de Medina Fraga en recia escaramuza con los cristianos en su propio campo, sobrevino la caballería y gente de guerra que traia Aben Gania. El rey Alfonso, viendo aquel tropel de caballeros que venian á toda rienda á herir en los suyos, sacó

parte de su batalla y les salió á encontrar, pero no fueron poderosos para contener el ímpetu de la caballería de Aben Gania. Aquellos valientes Almoravides rompieron y atropellaron á los cristianos que huyeron vencidos despues de horrible matanza, escapando muy pocos de la muerte, y entre ellos y de los primeros murió el rey Alfonso, cruel enemigo de los Muslimes. El campo quedó cubierto de cadáveres para pasto de aves y fieras. Los Muslimes robaron el campo de los cristianos en donde hallaron muchas riquezas y persiguieron á las miserables reliquias de sus vencidas huestes (1).» Acaeció este funesto suceso á 7 de setiembre de 1134. Con el esforzado monarca cayeron sus mas animosos caballeros, los hijos del de Bearne, Aimerico de Narbona, don Gomez de Luna, los obispos de Rosas y Jaca y otros muchos señores principales.

Don Alfonso, que se veia sin hijos que pudieran sucederle, y era gran admirador de las órdenes religiosas de caballería que, fundadas en Tierra Santa, llenaban ya el orbe con su fama, en su testamento otorgado en 1131 dispuso de su reino por partes iguales en favor del Santo Sepulcro y de los caballeros del Templo y del Hospital de Jerusalen, ordenando que fuesen sus herederos y sucesores en el señorío que tenia sobre toda la tierra de su reino y en el principado y derecho que le competia sobre todos los súbditos y vasallos, prelados y eclesiásticos, ricoshombres y caballeros, grandes y pequeños, con la misma ley y condicion que los reyes don Sancho su padre y don Pedro su hermano y él lo habian tenido: legó en particular á la caballería del Templo su caballo y armas, y declaró que en caso que se ganase á Tortosa fuese para el Hospital de Jerusalen, dejando todo lo que entonces poseia, así lo que heredó de sus antecesores como lo que él habia adquirido y de allí en adelante se ganase de los Moros, á estas órdenes para que lo tuviesen y poseyesen en tres iguales partes, y fuese de aquellas órdenes y del Santo Sepulcro tan en propiedad como lo era suyo (2).

Luego de acaecida la muerte de Alfonso I y de publicado este singular testamento, suscitóse gran division entre los ricoshombres y universidades de los reinos de Aragon y Navarra por las diferentes pretensiones que á la herencia se adujeron, considerando todos como irrealizables las disposiciones del difunto monarca. Recelábase sobre todo que si don Alfonso de Castilla sucedia en estos reinos, como lo pretendia por ser hijo de doña Urraca, biznieta de don Sancho el Mayor, serian tratados los Aragoneses como inferiores á los Castellanos, perdiendo sus fueros y libertades, y por esto, para poner fin á semejante estado de incertidumbre, siguiendo la costumbre antigua de sus predecesores, trataron de hacer eleccion de un príncipe que los gobernase en paz y justicia y se amparase de la defensa de la tierra contra cualquiera fuerza de los que tiránicamente presumiesen de ocuparla (3). Convocados, pues, á cortes en Borja los ricoshombres, mesnaderos, caballeros y procuradores de ciudades y villas de ambos reinos (esta es la primera vez que se menciona la asistencia del brazo popular á las cortes

(1) Conde P. 3.ª, c. XXXIII.—Cuentan algunos autores que don Alfonso no murió en la batalla, sino que apesarado de verse vencido él que siempre habia sido vencedor, no quiso parecer en su reino y se fué á Jerusalen donde murió; otros suponen que terminó sus dias en el monasterio de San Juan de la Peña.

(2) Zurita, Anal de Aragon, l. I, c. LXII.

(3) Zurita, Anal de Aragon, l., I., c. LIII.

del reino) para tratar de la eleccion, esta recayó en don Ramiro, hermano del Batallador, monge que era entonces de San Ponce de Tomeras cerca de Narbona, desechando las pretensiones de cierto caballero llamado Pedro de Atarés, que nieto, aunque bastardo del rey don Ramiro I, era hasta entonces el que mas probabilidades habia tenido de ceñir la corona. Esto parece haber sido causa de gran disgusto para los Navarros que decian no ser apto don Ramiro para defender la tierra contra el rey de Castilla, que habia puesto cerco á Vitoria y tomado algunos lugares de Navarra, y juntos en Pamplona resolvieron darse otra vez un rey propio, eligiendo al infante don García, hijo de Ramiro, el que casó con la hija del Cid, y nieto de don Sancho, muerto en Peñalen por su hermano. En la corte de Monzon los Aragoneses ratificaron lo acordado en Borja, y con dispensa del papa (1), Ramiro, que habia sido abad de Sahagun y despues obispo electo de Burgos, Pamplona, Roda y Barbastro, ciñó la corona y celebró matrimonio con doña Inés, hermana del conde de Poitiers, todo esto en el mismo año en que acaeció la muerte del Batallador. Navarra y Aragon quedaban, pues, separados de nuevo despues de haber formado un solo reino por espacio de medio siglo.

La debilidad en que estos sucesos sumieron al reino fué aprovechada por don Alfonso de Castilla, segun en otro lugar hemos explicado, hasta penetrar en Zaragoza y reclamar vasallage de la monarquía aragonesa.

García y Ramiro, aunque de poder escasos para resistir á Alfonso, cuya amistad solicitaban ambos, lo tenian bastante para hacerse entre sí la guerra y causarse grandes daños en los lugares de las fronteras. Los Aragoneses consideraban á Navarra como porcion integrante de su territorio, y los Navarros por su parte, deseosos de independencia, alegaban que don Ramiro era inhábil para ceñir la corona, negándose por lo mismo á reconocerle; la guerra se habia ya encendido cuando se interpusieron entre ambos reyes para tratar de la paz y concordia algunos prelados y ricoshombres, quienes eligieron de cada reino tres jueces que decidiesen en aquella demanda y querella. Juntáronse estos seis árbitros en Vadoluengo y decidieron que el rey don Ramiro fuese estimado y tenido como padre y don García como hijo, pero que cada uno gobernase su reino, siendo los límites de Aragon y Navarra los mismos que en otro tiempo habia señalado don Sancho el Mayor, y el rey don Ramiro mandase sobre todo el pueblo y don García sobre los caballeros y diese las batallas. Evidente era que esta sentencia, lejos de aclarar habia complicado mas y mas la situacion; pero recibida y acatada de pronto, don Ramiro fué á Pamplona, donde el rey don García le recibió con gran honra y fiesta, declarando ambos confirmar aquel asiento. No eran sinceras, empero, las protestas de García, y avisado Ramiro de que aquel trataba de apoderarse de su persona aquella misma noche, teniéndole preso hasta tanto que le alzase el homenage que le habia rendido por su tierra, salió á toda prisa de Pamplona con solo cinco servidores, y llegó al monasterio de San Salvador de Leire, en donde se detuvo tres dias esperando á los suyos.

García de Navarra, conociendo que la guerra era consecuencia inevitable de lo que habia sucedido, empezó á reunir sus gentes, y para ganar las voluntades de los Navarros, les hizo nuevas donaciones y mercedes. Ramiro por su par-

(1) Dicen unos haberla concedido el papa Inocencio II y otros el antipapa Anacleto.

te hacia en Huesca iguales preparativos, y como por naturaleza ó por necesidad de los tiempos fué este rey muy liberal y dadivoso con los ricoshombres y caballeros que le siguieron, entre quienes repartió casi todos los castillos y lugares que en su reino le quedaban, escríbese que vino á ser tenido en poco y menospreciado sin que nadie acudiese á su servicio para auxiliarle con su brazo ó sus consejos, cosas ambas que tanto necesitaba en su apurada situacion. Entonces envió una embajada al emperador Alfonso implorando su auxilio contra el Navarro, y en la entrevista que tuvo con aquel en Alagon, cedióle, como hemos dicho, Calatayud y los otros lugares conquistados por el Batallador á la derecha del Ebro, en cambio de un socorro muy poco ó nada eficaz, pues Alfonso observaba ya la política que le hemos visto seguir en todo este asunto, consistente en no descontentar al Aragonés y en no ofender tampoco al Navarro. Dicen algunos que Ramiro dió en rehenes al emperador ó á lo menos le prometió para mayor seguridad de lo pactado la mano de su hija Petronila, que acababa de dar á luz su esposa, para don Sancho, hijo primogénito del Castellano.

A esta época (1136) refiérese el sangriento suceso llamado de la *campana de Huesca*. El autor mas antiguo que tenemos de las cosas de Aragon escribe que al verse Ramiro menospreciado sin ser bastante á sosegar las alteraciones y discordias que ardian en el reino, envió secretamente un mensagero al abad de su antiguo monasterio en cuya prudencia tenia gran confianza, pidiéndole consejo de lo que debia hacer en aquellas críticas circunstancias. El monge por toda respuesta llevó al mensagero al huerto del convento, y en su presencia anduvo cercenando y sacudiendo las cabezas y pimpollos mas altos que en el jardin habia, derribando primero los mas lozanos y crecidos, y encargando al enviado referir al rey lo que habia visto. Ramiro entendió lo que aquello significaba, y, segun en aquella historia antigua se dice, mandó llamar á los ricoshombres, mesnaderos y procuradores de las villas y lugares para que se juntasen á cortes en la ciudad de Huesca. En ellas propuso la peregrina idea de fundir una campana que se oyese por todo su reino: y en un dia señalado, teniendo en su antecámara gentes de su confianza, mandó comparecer á los ricoshombres á quienes queria castigar. Uno á uno hízolos pasar á la estancia donde los verdugos los esperaban, y así perecieron hasta quince de los principales magnates de Aragon. Sus cabezas, colgadas en una bóveda subterránea, que aun se conserva, fueron enseñadas al público, y dícese que hicieron mas cautos y comedidos á los perturbadores del reino. Semejante hecho que no está apoyado en testimonio alguno fehaciente, y que la mayor parte de historiadores cuentan para contradecirlo ó á lo menos con cierta desconfianza, desdice enteramente de lo que sabemos acerca del pacífico carácter de Ramiro. En efecto, es positivo que este rey carecia de valor para las cosas de la guerra y que no tenia mas habilidad para gobernar un estado, y así fué que en aquellas cortes de Huesca declaró su voluntad de abandonar la corona, pues tenia heredero que sucediese en el reino, y de volver á la vida religiosa que dejara. Los Aragoneses pensaron entonces en casar á Petronila con quien pudiese empuñar con mano firme las riendas del gobierno, y abandonando el proyecto de unirla con el primogénito de Alfonso de Castilla por no olvidar sus recientes discordias con los Castellanos y no querer que su reino pudiera llegar á incorporarse con la monarquía castellana, pusieron los

ojos en don Ramon Berenguer IV de Barcelona, que por sus virtudes no menos que por su esfuerzo, ocupaba muy distinguido lugar entre los mas grandes príncipes de la cristiandad. Intervino en las negociaciones que para llevar á buen fin este negocio hubieron de celebrarse, un varon muy principal, que era senescal de Cataluña y se llamaba Guillen Ramon, quien con este motivo volvió á la gracia de su soberano que habia perdido por cierta causa que se ignora, recibiendo entonces en feudo la baronía de Moncada. En 11 de agosto de 1137 verificáronse en Barbastro los desposorios de la infanta doña Petronila, que contaba entonces dos años de edad, con Ramon Berenguer, que tenia entonces veinte y cuatro, dando Ramiro á su yerno todo el reino de Aragon de la manera y con los límites que lo habian poseido don Sancho su padre y don Pedro y don Alfonso sus hermanos, salvos los usos y costumbres de los Aragoneses y reservándose el honor y título de rey. El conde prestó pleito homenage que no enagenaria el reino, el cual quedaria en los sucesores que tuviera de doña Petronila, y los burgeses de Huesca y los prelados y ricoshombres que se hallaban presentes prestaron todos juramento de obediencia y fidelidad al conde de Barcelona. En 27 del mismo mes de agosto y en 13 del siguiente noviembre, en presencia de los ricoshombres de Aragon, confirmó Ramiro en Zaragoza su abdicacion absoluta del reino á favor de Ramon Berenguer, y expidió cartas para todos los gobernadores y alcaides de sus estados, mandando que de allí en adelante los castillos y fortalezas que tenian en su nombre los tuviesen por el conde de Barcelona y le obedeciesen y reconociesen como á él en todo con contínua fidelidad. Hecho esto retiróse don Ramiro, á quien llamaba la deslenguada plebe rey Cogulla y rey Carnicol, al monasterio de San Pedro el Viejo de Huesca, donde pasó en la oscuridad todo el resto de su existencia, que se cree haberse prolongado hasta el año 1154. Créese que su esposa Inés abrazó tambien la vida religiosa, si bien se ignoran por completo las circunstancias de su vida. Así pues en tiempo de tres años, dice Zurita, el rey don Ramiro fué elegido por los Aragoneses, y le dieron muger, y en ella hubo la hija que casó con el conde, y renunció el reino, y se retrajo á Huesca.

Así se extinguió en Aragon la línea de los reyes descendientes de los primitivos soberanos de Navarra, sucediéndoles el linage del conde Wifredo de los condes de Barcelona; desde el principio del reino, esto es, desde don Ramiro I, hasta que don Ramiro el Monge abdicó la corona, habian pasado ciento cuatro años. Al llegar aquí la historia de Aragon se confunde con la de Cataluña, y antes de seguir adelante en ella hasta la época que este capítulo comprende importa explicar lo que habia sucedido en nuestro Principado antes del fausto suceso que unió á dos pueblos semejantes en costumbres y aspiraciones, haciendo del reino de Aragon en aquella época uno de los estados mas prepotentes de Europa.

La última vez que en los sucesos de Cataluña nos ocupamos reinaba en ella Ramon Berenguer III, y acababa de celebrar en 1125 un tratado de union con Alfonso I el Batallador y un convenio mercantil con la república de Génova. En 1127 vémosle tratar con Rogerio, príncipe y duque de la Pulla y Sicilia, su cercano pariente, con objeto de dilatar las conquistas cristianas por las tierras y mares de España. En aquel mismo año ó en el siguiente, sometió á su autoridad al conde Hugo Ponce de Ampurias, que habia quebrantado el pacto feudal, ne-

gando á su señor la obediencia debida, levantado nuevas fortalezas, rompiendo por las tierras del condado de Besalú, y haciéndose, segun nuestras crónicas, pirata y corsario en el mar y salteador en los caminos.

En 1130 llegaron á Barcelona dos religiosos caballeros del Templo, Hugo Rigalt y Pedro Bernardo, y tanto se agradó de ellos el conde Ramon Berenguer, que poseido de admiracion por sus heróicos hechos, quiso vestir el hábito de una órden que tales héroes producia. A esta resolucion quizás no fué extraño el estado de viudez en que se hallaba, como tampoco la postracion de su salud que le anunciaba el próximo fin de su existencia. En 8 de julio de 1130 hizo profesion de hermano templario en manos del caballero Hugo Rigalt, donando al propio tiempo á la órden el castillo de Grañena para que en él se estableciera y fuese una contínua amenaza para los Moros de Lérida. Desde aquel momento agravóse sensiblemente la enfermedad que padecia, y sintiendo que se acercaba su última hora, mandó que le llevaran enfermo como estaba al hospital de Santa Cruz y Santa Eulalia, donde murió en una pobre cama en 19 de julio de 1131. Yacia su cadáver en el real monasterio de Santa María de Ripoll, segun en su última disposicion dejó ordenado (1).

La restauracion de la ciudad y campo de Tarragona, sus expediciones y conquistas de Mallorca y otros muchos pueblos y territorios, la fama que durante su reino adquirió la marina catalana; sus tratados, negociaciones y alianzas con casi todos los reyes de la cristiandad adquirieron á Ramon Berenguer III el renombre de Grande. Sucedióle su hijo primogénito Ramon Berenguer IV, apellidado el Santo, en los condados de Barcelona, Tarragona, Ausona, Manresa, Gerona, Perelada, Besalú, Vallespir, Fonollet, Perapertusa, Cerdaña, Conflent, Carcasona y Rades, y su otro hijo Berenguer Ramon, en el condado y señorío de Provenza y de Aymillan. Tuvo este príncipe varias hijas: la mayor doña Berenguela casó con Alfonso VII de Castilla; la segunda Jimena, con Roger III, conde de Foix; Mahalta, y Almodis, esposa esta del conde Poncio de Corbera.

Uno de los primeros actos del nuevo conde fué sancionar el definitivo establecimiento de los Templarios en Cataluña, y en 1133, en el concilio que presidió san Olegario en Barcelona, determinóse la solemne admision de aquella benemérita milicia, á la que dió el conde el castillo de Barbará, fronterizo de Lérida y Tortosa.

Por aquel entonces fué cuando estallaron en Aragon los desórdenes á que dió lugar la funesta muerte del Batallador delante de Fraga y su singular testamento. Castilla aspiraba al engrandecimiento de sus estados con la reunion de Navarra y Aragon, que gemian en orfandad por falta de rey y sucesor legítimo; los Navarros y Aragoneses, segun hemos visto, andaban encontrados y divididos sobre el sucesor que en tal conflicto les convenia elegir, y mientras que los primeros ceñian en Pamplona la diadema á García Ramirez, en Monzon los segundos trocaban el sayal y báculo de Ramiro por la púrpura y cetro que la

(1) Dice Bofarull que en 6 de julio de 1803 trasladóse el sepulcro de este conde, que estaba antes en el claustro, dentro de la iglesia para su mejor y mas decente conservacion, y se halló el cadáver entero, de nueve palmos y medio, con todos sus dientes, barba larga y cabello algo rubio.

muerte de su hermano Alfonso habia dejado vacantes, precisándole á entrar en un rango y estado tan ageno de su profesion monástica y episcopal. Todo en fin era desunion y discordia entre los Epañoles cristianos, que extendiéndose hasta los Santos Lugares de Jerusalen, hubiera necesariamente traido la ruina universal de la Península si los Arabes, situados en las provincias meridionales y occidentales de ella, no hubieran afortunadamente, como veremos, padecido igual contagio. En tan crítica situacion de nuestros mayores, dice Bofarull (1), fué cuando la Providencia señaló al conde de Barcelona Ramon Berenguer IV por iris de paz de la desolada y vacilante España, con los esponsales que celebró con doña Petronila de Aragon, segun queda antes explicado.

Desde aquel momento tomó nuestro conde el título de príncipe de Aragon, y, como dijimos, puede considerarse una la historia de aquel pueblo y la del nuestro. Poco antes de que la unidad española sufriese el gran menoscabo de haberse erigido independiente el territorio de Portugal acontece la reunion de Aragon y Cataluña, de que tan importantes consecuencias habian de resultar para el porvenir.

Sus contiendas con García de Navarra, su deseo de reincorporar el territorio navarro al reino aragonés, ocuparon gran parte de la vida de Ramon Berenguer, y fueron causa de las gestiones, tratados y alianzas que celebrara con su cuñado el emperador, con el escáso resultado que en su lugar hemos dicho.

Luego que se supo en Jerusalen la muerte de Alfonso el Batallador y sus disposiciones testamentarias, vino á España Ramon maestre del Hospital para que su derecho se prosiguiese, ó procurase, segun el estado en que las cosas se hallasen, aquello que mejor estuviese al Santo Sepulcro y al convento del Hospital y caballería del Temple. Sin embargo, al llegar el Maestre á la Península, ya estaba apoderado de la mayor parte del reino el conde de Barcelona, y considerando, dice Zurita, que si se llevara por contencion de juicio no estaba tan fundado aquel derecho que se tuviese por firme la disposicion que el Batallador hizo en perjuicio de los que pretendian derecho en la sucesion, ni á ello se daria lugar por los naturales del reino, ni por la union de él, por lo que á sus libertades convenia, y atendido que estando tan lejos no eran menester menos fuerzas y autoridad para defender la tierra de los Moros que la de un príncipe muy poderoso, acordaron ceder su derecho al conde de Barcelona. Con consejo, pues, y asentimiento de los priores y caballeros que en España estaban y de los ricoshombres de Aragon que habian jurado cumplir y guardar el testamento de don Alfonso, el Maestre se inclinó á tener por mas útil la concordia, y á 16 de setiembre de 1140 se dió y transfirió la parte legada al Hospital, reteniendo ciertos honores en las ciudades de Zaragoza, Huesca, Barbastro, Daroca, Calatayud y en las demás que se ganasen de los Moros, con obligacion de tener que marchar á la guerra contra ellos. En la misma forma se tomó luego asiento con el patriarca del Santo Sepulcro de Jerusalen y con el Maestre de los Templarios, confirmado todo por el pontífice Adriano IV, y entonces tuvo orígen el convento de canónigos regulares de la órden del Sepulcro fundado en Calatayud y otros muchos en diferentes ciudades. En justa compensacion, el príncipe cedió en 27

(1) Bofarull, los Condes de Barcelona vindicados, t. II, p. 185.

de noviembre de 1143 á los Templarios, establecidos ya en Cataluña, los castillos de Monzon, Moncayo, Xaula, Pera, Remolins y Corbins con varias rentas y derechos para que pudieran mantenerse y dirigir contra los infieles la obstinada guerra que era otra de las prescripciones de la órden. Todo esto fué determinado en la indicada fecha en el concilio ó cortes celebradas en Gerona en presencia de Guido, cardenal apostólico, con asistencia de muchos obispos y magnates.

Sabemos ya los efectos que para el reino de Aragon produjo la paz de Calahorra entre el emperador y el Navarro; emparentado este con Alfonso VII, volvió todo el poder de sus armas contra las fronteras del reino aragonés, causando grandes y crueles daños en todas aquellas comarcas. Mas no parece que aquella guerra pasara por entonces adelante, y sí por el contrario que se celebró una tregua en 1146 entre el Catalan y el Navarro, aun cuando no bastaron el influjo y diligencia de poderosos medianeros, entre ellos el emperador, para extinguir del todo el fuego que ardia en el pecho de los dos contrarios y hacerles celebrar una paz definitiva. Y aun la tregua se asentó por el poderoso motivo de querer marchar ambos á la conquista de Almería, en cuya empresa tuvo Ramon Berenguer mucha y gloriosa parte.

De regreso á sus dominios trató de poner en ejecucion la importante empresa que fuera el norte de los deseos de su padre y abuelo, la toma de Tortosa. Sitiada la ciudad por tierra y por mar, combatida con toda clase de máquinas, en vano opuso desesperada resistencia; los socorros que de Valencia esperaba no llegaron, y en diciembre de 1148 hubo de abrir sus puertas á los sitiadores. El conde Ramon Berenguer al arrancar aquel terrible baluarte de poder de los infieles, añadió á sus títulos el de marqués de Tortosa. El papa Eugenio III habia otorgado los privilegios de cruzada á los que concurriesen á la santa empresa, y así fué que, además de los Catalanes, Aragoneses y Provenzales, de sus aliados los Genoveses y de los Templarios de la tierra, seguian el ejército de nuestro conde muchos caballeros y barones italianos y franceses, deseosos de pelear con los infieles. Los prelados de Tarragona y Barcelona acompañaban tambien al conde, quien dió un tercio de la ciudad conquistada al señorío de Génova, y otra parte igual á don Guillen Ramon de Moncada, que con su gente se habia aventajado mucho en aquella campaña.

En seguida y poseida la hueste de belicoso ardor, fué discurriendo por las riberas del Ebro y del Cinca, y puso cerco á Lérida y Fraga, cuyos defensores, perdido el ánimo con lo que habia sucedido en Tortosa, se rindieron en un mismo dia á 24 de octubre de 1149. En este mismo año se ganó de nuevo Mequinenza, lugar muy importante por la posicion que ocupa, y de entonces puede decirse que data la completa independencia del territorio catalan.

En tanto no cesaba García de Navarra de hostilizar las fronteras de Aragon, aprovechando, que no debiera, la cruda guerra que hacia el príncipe á los infieles de su territorio. El Navarro se apoderó de la villa de Tahuste y de otros lugares, y obligó á Ramon Berenguer á marchar contra él para oponerse á sus progresos. No parece sin embargo, que llegaran á las manos, y en 1.° de julio de este mismo año 1149 vémoslos celebrar un tratado de paz en que el príncipe de Aragon, sin reparar en el solemne compromiso con Petronila contraido, promete tomar por esposa á Blanca, hija del Navarro, sin duda, dice Bofarull,

por hallarse agriado el conde con el emperador su cuñado, que se habia llevado á Castilla á su prometida doña Petronila con idea de casarla con su hijo don Sancho. Los Aragoneses reclamaron entonces la princesa á pretexto de recobrar su salud, y todo esto, junto con la conducta de Alfonso VII con el Navarro, nos manifiesta las intrigas, recelos y desconfianzas que mediaban entre aquellas cortes. Por fin, y á pesar de tantas y tan grandes contradicciones y obstáculos se efectuó este dichoso enlace á mediados del año 1150 ó principios del 1151, cuando doña Petronila contaba unos quince años de edad y el conde de treinta y seis á treinta y siete.

La muerte de García de Navarra acaecida por aquel entonces renovó entre el príncipe de Aragon y el emperador los tratos y negociaciones para la division de aquel reino, y celebróse entre ellos, segun sabemos, el tratado de Tudela, que por de pronto no produjo efecto alguno.

En abril de 1152 dió á luz doña Petronila en la ciudad de Barcelona un hijo que se llamó Ramon todo el tiempo que vivió su padre, y que despues fué conocido con el nombre de Alfonso. Estando la reina en los críticos momentos del parto, ordenó su testamento, por el cual dejaba al hijo que naciese heredero en todo el reino de Aragon de la misma manera que lo habia tenido don Alfonso, reservando el usufruto y gobierno de él al conde su esposo por durante su vida. En caso de ser hembra el hijo, declaraba que habia de quedar libre el reino en poder de su marido, sin mas obligacion que la de casar y dotar á aquella honorífica y convenientemente.

Prosiguió el príncipe don Ramon, luego que todos estos asuntos se lo permitieron, la conquista contra los infieles extendiendo su territorio por las montañas de Prades. Los condes de Urgel y de Moncada habian ya ganado los castillos de Seros, Aitona y Gehud, cuando el príncipe se apoderó de la fortaleza de Ciurana, que asentada en una montaña muy alta y escarpada, casi parecia inaccesible. Esto sucedia en el año 1153, y en 24 de agosto del mismo año, ganó Ramon Berenguer el castillo de Miravete, que era de las mas importantes plazas que tenian los moros en las riberas del Ebro y que para mayor seguridad fué dado á la órden de caballería del Temple.

El hermano de nuestro conde Berenguer Ramon tomó posesion del condado de Provenza luego de acaecida la muerte de su padre, pero en breve le disputó la corona con las armas en la mano cierto Ramon de Baucio, ilustre y principal caballero, casado con una hermana de doña Dulcia, madre de los condes de Provenza y Barcelona, fundado en que gran parte de la hacienda de su suegro habia de corresponder á su esposa. Don Ramon Berenguer acudió al momento en auxilio de su hermano y con sus tropas sosegó el país que andaba muy inquieto y agitado, reduciéndolo otra vez á la obediencia de su hermano y dejando únicamente á Ramon de Baucio el castillo de Trencataya en feudo, por el cual le prestó vasallage. Esto habia de ser causa de nuevas turbulencias y disensiones. Muerto el conde de Provenza en 1146 asesinado por los Baucios, dejó un hijo de muy pocos años llamado Ramon Berenguer, por lo cual nuestro conde hubo de pasar de nuevo á aquel territorio para tomar al mozo bajo su proteccion y amparo. Llegado allí, puso en órden todos los asuntos del gobierno, tomó el carácter de regente, y todos sin réplica ni contradiccion le prestaron juramento

de homenage y fidelidad, dándole el título de marqués de la Provenza; mas apenas hubo regresado á Barcelona cuando Ramon de Baucio y sus hijos, cuyo crímen, quizás no muy seguro, no habia sido descubierto, volvieron á su antigua porfía, y saliendo otra vez á campaña empezaron á hostilizar á la ciudad de Arlés, que entre todas se distinguia por su fidelidad á su jóven príncipe y al conde de Barcelona. Sin embargo, tampoco entonces salieron bien librados de los combates que empeñaron con las tropas catalanas, y Ramon de Baucio hubo de venir á Barcelona á ponerse á merced de nuestro conde. Con él, ó con su esposa Estefanía y sus hijos, segun dicen algunos autores que suponen haber fallecido aquel, celebróse un tratado de paz en que los Baucios abandonaban todas sus pretensiones al condado de Provenza, y reconocian al príncipe de Aragon y conde de Barcelona y á su sobrino el conde Ramon Berenguer, conservando en feudo el castillo de Trencataya.

Otra vez reclamó la Provenza la presencia de nuestro conde por los años de 1154, que como habia allí tantos señores poderosos, dice la crónica, jamás acababan de sosegarse, antes bien parecian las cabezas de la hidra que, cortada una, salian muchas. El conde Ramon de San Gil de Tolosa fué ahora quien en guerra contra el vizconde de Carcasona Ramon Trencavello, deudo y vasallo del de Barcelona, turbó la tranquilidad de la tierra y puso en armas todo el país. El príncipe de Aragon, ayudado por el rey de Inglaterra, su gran amigo, aquietólo todo, é hizo que cada uno volviese á la senda de su deber, en cuya empresa confirmáronle mas y mas sus súbditos el nombre de Justiciero que le daban. Por esta gran fama suya acudieron á él entonces los grandes y potentados del vizcondado de Bearne poniéndose bajo su amparo y proteccion, ya que su difunto vizconde Pedro habia muerto dejando hijos de muy corta edad. Los Baucios movieron por entonces nuevos alborotos y contiendas, fundados en un privilegio del rey Conrado y en otro del emperador Federico Barbarroja, en los cuales daban en feudo á Hugo Baucio y á sus hermanos todo el estado que habia sido de sus abuelos Sisberto y Gisberga. Don Ramon Berenguer atacó á sus primos hermanos con numerosa hueste, tomó á fuerza de armas muchos castillos, entre ellos el de Baucio, pero no pudo apoderarse del Trencataya, á pesar de haberle puesto sitio, por su gran fortaleza y la constancia de sus defensores.

En tan gloriosas empresas se hallaba entretenido cuando, con noticia de haber invadido sus estados el nuevo rey Sancho de Navarra, hubo de volver precipitadamente á Cataluña, celebrando en Lérida en mayo de 1156 el nuevo pacto que llevamos indicado con su cuñado el emperador.

La llegada de la hueste africana que se proponia reconquistar la ciudad de Almería, ó la poca voluntad del emperador hizo que tuviera este tratado el mismo efecto que los demás. Para conseguir su cumplimiento, envió á Toledo al obispo de Zaragoza, y entonces fué cuando ocurrió la sensible muerte del emperador despues de su glorioso triunfo contra los Almohades, que hemos señalado como término del presente capítulo.

CAPÍTULO XXVI.

Los Almohades.—Su orígen.—Doctrina y predicaciones de Muhamad Abu Abdallah el Mahedi.—Su muerte.—Eleccion de Abdelmumen.—Situacion de los Almoravides en España bajo Tachfin, hijo de Alí, hijo de Yussuf.—Guerras entre los Almohades y los Almoravides en Africa.—Sublevacion contra estos últimos en los Algarbes, en Sevilla, en Valencia y en otros lugares.—Muerte de Alí ben Yussuf.—Proclamacion de su hijo Tachfin.—Continuacion de las turbulencias y guerra civil entre las dos grandes fracciones musulmanas que se disputaban Africa y España.—Muerte de Tachfin ben Alí.—Ibrahim ben Tachfin.—Los Almohades llegan á nuestra península.—Sus primeras conquistas.—Fin del imperio almoravide en Africa.—Toma de Córdoba.—Muhamad hijo de Abdelmumen es proclamado su sucesor.—Toma de Granada.—Los Almohades dominan en España.

Desde el año 1126 hasta el 1157.

Por el relato que acabamos de hacer de lo que sucedia en los reinos cristianos de España, se habrá venido en conocimiento de que una profunda revolucion se habia obrado en los estados de los Musulmanes españoles. Hemos hablado de un nuevo pueblo, de nuevos conquistadores; á los Almoravides han sucedido los Almohades, y es imposible que pasemos adelante en nuestra historia sin explicar quienes eran estos, de donde venian, que luchas habian debido sostener para llegar hasta nuestra península, y como pudieron penetrar en ella. Este será el objeto del presente capítulo.

Hácia el año de 1116, Muhamad Abu Abdallah, hijo del hombre que tenia á su cargo encender las luces en la gran mezquita de Córdoba, pasó á Oriente despues de estudiar las ciencias en la antigua capital del califato de Occidente y llegó á Bagdad, donde explicaba el filósofo Abu Ahmed Algazalí. Cuéntase que este vió entrar un dia en su escuela á un hombre sin barba y con un bonete de paño en la cabeza, y conociendo que era forastero, le preguntó: «¿De qué país eres?—de Sus al Aksah, en tierras de Occidente, contestó el recien llegado. ¿Has estado en Córdoba, la mas célebre escuela de todo el mundo?—Mucho tiempo.—Pues tendrás noticia de mi obra titulada: *Resurreccion de las ciencias y de la ley.*» El desconocido contestó que sí, y al oir que el maestro le preguntaba que opinion se tenia de la obra en Córdoba y demás tierras de Poniente, no se atrevió á responder y quedó como avergonzado. Su confusion excitó mas y mas la curiosidad de Algazalí, quien le instó para que se explicara con franqueza, y entonces el forastero le refirió como su libro habia sido declarado herético y quemado públicamente despues de ser examinado por la academia de Córdoba de órden del emir Alí ben Yussuf. Al oir esto Algazalí mudó de color, y tendiendo sus manos al cielo, con temblorosos labios hizo oracion á Dios contra los consultores y contra el soberano que habia mandado quemar su libro, diciendo:

«¡Dios mio, despedaza y destruye sus reinos como él ha despedazado mi libro y quítale el señorío de ellos!» Abu Abdallah añadió entonces: «Ruega á Dios, oh iman, que por mis manos se cumpla tu peticion.»

Muhamad Abu Abdallah descendia del califa Alí por su hijo Hossein, y su familia habia residido en las montañas de Sus entre los Masmudah, donde se estableciera en la época de la primera invasion musulmana (siglo VII de nuestra era); las crónicas arábigas le representan como un jurisconsulto distinguido, muy conocedor de la ley y de las tradiciones del profeta, y muy instruido en los diferentes ramos de la antigua literatura arábiga. Era piadoso y observador de las prácticas religiosas, y luego de acaecida la escena de Bagdad que acabamos de referir, concibió el atrevido pensamiento de destruir el imperio de los Almoravides y de sustituirle otro, de que fuese él jefe.

Volvió pues á Africa, y la austeridad de su vida, la singularidad de sus acciones no tardaron en atraerle las miradas de la muchedumbre. Llamóse *el Mahedi* (el conductor), y dándose á predicar en las plazas públicas, censuraba amargamente los placeres de los ricos, las injusticias de los grandes y los vicios de los ministros de la religion, enseñando al pueblo una doctrina tan simple, tan sencilla y fácil de comprender, como severa y difícil de practicar (1).

Como llegase á cierta aldea á confines de Telencen, encontró á Abdelmumen ben Alí, mozo de buena disposicion y hermoso de rostro, que estaba de camino para Oriente en compañía de un tio suyo que le llevaba á estudiar. El Mahedi se concertó con él prometiendo enseñarle las ciencias que tan lejos iba á buscar, y en breve reconoció en el jóven un carácter noble y elevado que le hizo presentir el grado de poderío y autoridad á que con el tiempo habia de llegar. Muhamad continuó predicando en su camino el amor á la virtud y el horror al vicio, y habiéndosele juntado otro mozo llamado Abu Muhamad Bekir, llegaron todos á Marruecos, residencia del emir de los Musulmanes, Alí hijo de Yussuf. En la capital era la corrupcion mayor que en cuantos paises habia recorrido, así es que no le faltaron ocasiones para declamar contra la desmoralizacion de los Muslimes. Sus prosélitos aumentaron, y el maestro no tardó en adquirir reputacion de santidad, y un dia en que todo el pueblo se hallaba reunido en la mezquita, el Mahedi se adelantó hasta la primera fila delante de todos y ocupó el sitio destinado al emir. La sorpresa fué general, y un ministro de la mezquita le advirtió del error en que sin duda habia incurrido; pero Muhamad volvió á él el rostro con severidad y le contestó con aquellas palabras del Coran: «Los templos son únicamente de Dios.» Al llegar Alí poco despues levantáronse todos para dirigirle el oportuno acatamiento, y solo Abu Abdallah no se movió del sitio que habia tomado sin alzar los ojos para mirar al emir, ni revelarse en él la mas mínima mudanza. Terminada la oracion, fué el primero que se levantó á saludar al soberano y le dijo: «Remedia los males é injusticias de tus reinos porque Dios te pedirá cuenta de todos tus pueblos.» Alí nada le contestó, y las palabras de

(1) Enseñaba á sus discípulos esta sola plegaria: «Oh señor Alah, el mas misericordioso de los misericordiosos; tú conoces nuestros pecados, perdónalos; tú conoces nuestras necesidades, haz que sean satisfechas; tú conoces nuestros enemigos, aparta de nosotros el mal que pueden hacernos. Nos basta contigo que eres nuestro señor, nuestro criador y nuestro apoyo.

Abdallah, dice la crónica, causaron el efecto que él deseaba en los ánimos leves del pueblo. Mas atrevido cada dia, derribó del caballo en la plaza de Marruecos á la hermana del emir, reprendiéndola porque ella y sus esclavas llevaban el rostro descubierto (1). De ello tuvo noticia el emir y se puso en algun cuidado, mucho mas entendiendo que el Mahedi predicaba públicamente contra el lujo y deleites excesivos, así en las plazas como en las mezquitas, haciéndose en todas partes muy notable y llevando tras sí gran muchedumbre de pueblo que le escuchaba con admiracion. Entonces mandó á sus alimes que le examinasen y viesen que concepto podia formarse de él, y citado el innovador á presencia del consejo, empeñóse una grave discusion sobre todos los ramos de la ciencia humana. Dícese que ninguno de los doctores pudo refutar los argumentos con que Muhamad defendió sus doctrinas, así fué que le representaron al emir como un hombre muy peligroso, diciéndole uno de ellos: «Señor, pon á ese hombre en hierros y cadenas sino quieres que te haga oir mañana los atambores en campaña.» Sin embargo, no siguió Alí este consejo, y Muhamad continuó sus predicaciones con su acostumbrada libertad, reprendiendo los vicios y el libertinage. Llamado otra vez á presencia del emir, díjole este: «Hola, buen hombre, ¿qué es lo que de tí me han contado?» Y el Mahedi con mucho reposo y gravedad respondió: «¿Qué te pueden contar de mí sino que soy un pobre que anhela por la otra vida y nada quiere de esta? Yo no tengo en este mundo mas negocio que el mio propio, que no es en verdad de este mundo.» Desterrado por fin de la ciudad por los alborotos que en ella movia, Muhamad con su discípulo Abdelmumen se retiró á un cementerio inmediato, construyó una cabaña entre los sepulcros, y principió de nuevo sus predicaciones delante de una muchedumbre inmensa que acudia de todas partes á su ermita. La fama de su virtud y santidad se divulgó de tal modo, que le rodeaban de contínuo mas de mil quinientos hombres, dispuestos á seguirle á donde fuese y prontos á cumplir su voluntad. Ponderaba la irreligion y livianas costumbres de los Almoravides, hablando con osadía así de los vicios del vulgo, como tambien de los que afeaban á los príncipes, en que hallaba harta materia, segun dice la crónica, y añadia que él era el Mahedi prometido por Dios, que venia al mundo á reformar las costumbres estragadas de los hombres, á darles instrucciones rectas y á enseñarles que solo Dios es el verdadero Señor.

Alí conoció por fin el peligro con que las doctrinas del innovador amenazaban la tranquilidad del estado y dió órden de prenderle, pero avisado de ello el Mahedi huyó á Agmat seguido de sus mas fervorosos discípulos, y desde allí á Timmal en tierra de Sus (1120). Allí predicaba con entera libertad sus nuevas opiniones y ceremonias, siguiéndole muchedumbre de gentes, hasta que conociendo que ya era tiempo de predicar armas, violencias y guerra á los que él llamaba tiranos y hereges, dirigióse un dia acompañado de diez discípulos armados á la gran mezquita de Timmal, y desde su púlpito recordó los preceptos del islamismo, expuso las alteraciones que habian experimentado y los progresos realizados por la injusticia y el crímen. Añadió que no se podia por mas tiempo obedecer á los príncipes que entonces gobernaban, sino que por el con-

(1) Tal era la costumbre de los Almoravides; al paso que los hombres se cubrian la boca con un lienzo, las mugeres aparecian en público con el rostro descubierto.»

trario era preciso combatirlos y obligarlos á cambiar de conducta; entusiasmó á sus oyentes hablándoles de la venida del Mahedi á Occidente, y díjoles que, nacido en el último occidente (el Magreb el Aksah), habia de llenar la tierra de justicia y de equidad. Entonces aquellos diez hombres, entre los cuales estaba Abdelmumen, exclamaron: «Señor nuestro, la descripcion que nos has hecho del prometido Mahedi á tí solo conviene: tú eres nuestro Mahedi.» Y le prestaron juramento en calidad de tal.

Muhamad anunció entonces solemnemente al pueblo reunido que él era el Mahedi cuya venida esperaban y que Mahoma anunciara; excitólos á reconocerle por soberano, lo que ejecutaron al momento los moradores de Timmal y de los pueblos comarcanos, y en seguida encargó á muchos de sus discípulos que, diseminándose por todo el país, reclutaran el mayor número posible de partidarios.

El Mahedi vióse así al frente de un partido poderoso, pues la tribu de Hentata, la mas numerosa de todo el país, se sometió á su autoridad. Dió á sus discípulos el nombre de Almoahhedyn, *Unitarios,* y compuso para ellos en lengua berberisca un libro de su doctrina, diciéndoles que quien no sabia leerlo no era verdaderamente unitario sino infiel. Procediendo á la organizacion de su nuevo pueblo, hizo como sus decemviros de los diez varones que le habian acompañado en su solemne proclamacion, y distribuyó á los demás en otras nueve clases, entre las cuales se juntaban otros dos consejos, uno de cincuenta individuos y otro de setenta. En su libro enseñaba á sus discípulos á portarse bien los unos para con los otros, á contentarse con modestos vestidos y aborrecer el lujo, al propio tiempo que los excitaba á hacer la guerra á sus enemigos y á expulsar á los malos de su seno.

Resuelto á convertir con la punta de la espada á los que habian resistido á la luz de su palabra, bajó repentinamente de las montañas á la cabeza de una tropa de salvages fanáticos, imitando al fundador de la monarquía de los Almoravides, y Alí acababa de apaciguar una insurreccion promovida en Córdoba por la insolencia de sus soldados contra los moradores, cuando supo las novedades que en sus estados ocurrian (1121). El Mahedi, cuyo partido aumentaba cada dia, reunió en breve bajo sus órdenes mas de veinte mil hombres que se obligaron á pelear por él hasta la muerte contra los Almoravides, y eligiendo entre ellos á diez mil, enviólos contra la ciudad de Agmat. El walí de Sus salió contra ellos, pero derrotado su ejército, los Almohades persiguieron á los fugitivos hasta las puertas de Marruecos. Igual suerte sufrió un segundo cuerpo de Almoravides mas considerable que el primero, y por último, un ejército entero mandado por el hermano de Alí, por Temin, que habia sido llamado de España, fué tambien completamente destrozado. Despues de esta triple victoria que llenó el Magreb y hasta la España con la fama del Mahedi, este y sus soldados se establecieron en las vertientes de los montes de Daren, y fortificados en Timmal, ciudad inexpugnable, hacian desde allí contínuas irrupciones en el llano. Al cabo de tres años que emplearon en acrecentar sus fuerzas (1125), los Almohades bajaron de Timmal en número de treinta mil hombres con intencion de alzarse con la capital y el imperio; Alí fué á su encuentro á la cabeza de todas sus tropas, y á pesar de la superioridad del número que en su favor tenia, fué vencido tambien por los discípulos del nuevo profeta,

que le sitiaron en su capital. Los Almohades, empero, mas bravos en el combate que diestros en la estrategia, dice un autor, se dejaron sorprender durante la noche y fueron hechos trizas en su mismo campamento. Un corto número de ellos que se salvaron por la prudencia y valor de Abdelmumen ganaron en su fuga el fuerte de Timmal, y cuéntase que al saberlo el Mahedi exclamó: «Si Abdelmumen se ha salvado, nada ha perdido nuestra causa; él será quien conquiste el país, y los muertos han perdido la vida porque su hora era llegada.» A. de J. C.

El Mahedi habia enfermado durante este tiempo, y su mal se agravó al tener noticia de aquella derrota. Entonces congregó á su pueblo, predíjole la extension de sus conquistas y la duracion de su poder, anuncióle su muerte que debia acaecer aquel mismo año, entregó á su discípulo Abdelmumen el libro de su fe que él habia recibido de manos de Algazalí, proclamó á aquel emir el mumenin, y murió á la edad de cincuenta y un años, en diciembre de 1129. 1129.

Abdelmumen fué aclamado por todo el pueblo segun la voluntad del difunto profeta, y recibió en la gran mezquita de Timmal el juramento solemne de los cincuenta jeques Almohades, y en seguida de todos sus soldados. Esta fiesta fué celebrada bajo muy felices auspicios, dice un autor árabe, y aquel dia oscurecióse la estrella de los Almoravides; su fortuna los abandonó. Luego que el nuevo emir hubo atendido á lo que primeramente exigia el buen gobierno de Timmal y de las tribus que le obedecian, dirigió sus cartas á los jeques y reunió sus tropas para marchar á la guerra santa contra el emir de Marruecos. Su ejército componíase de treinta mil hombres, y fueron sus armas tan felices, que yendo de victoria en victoria y de conquista en conquista, hallábase dueño en 1132 de cuantas tierras se extienden entre las montañas de Darah y la ciudad de Saleh. 1132.

Las calamidades de esta guerra desgraciada agotaron los tesoros de Alí, disminuyeron las rentas por la pérdida de gran número de tributos, y en todo el Magreb habia gran escasez y general descontento. En tan triste situacion, los nobles Almoravides aconsejaron á Alí que declarase por futuro sucesor del imperio á su hijo el príncipe Tachfin, muy famoso ya por sus hechos de armas en Andalucía, y el emir consintiendo en ello, escribióle para que regresara á Africa á oponerse al victorioso caudillo de los Almohades.

En el año 1134 celebró Abdelmumen la fiesta solemne de su jura, y mandó acuñar moneda, que por diferenciarse de los Almoravides, hizo que fuese cuadrada. 1134.

No era muy próspera en tanto la situacion de los Almoravides en España, odiados por las poblaciones y hostilizados sin cesar por los monarcas cristianos.

La partida del príncipe Tachfin fué la señal de una insurreccion que no tardó en generalizarse, arrancando la España de su poder y dominio. Un aldeano de la provincia de los Algarbes llamado Aben Cosay, despues de haber pasado algunos años en la escuela de un iman de Almería, volvió á su país y empezó á predicar la doctrina de Algazali condenada como herética por los doctores musulmanes. Con su palabra fácil y elocuente juntó taifa de socios y secuaces, pasó á Sevilla, sublevó las vecinas aldeas, y engrosándose su banda con los indígenas que detestaban la dominacion africana, pronto se halló en estado de arrojar á los Almoravides de la provincia y hasta de hacerles pasar el Guadia-

A. de J. C. na. La noticia de la rebelion despertó en los Arabes el deseo y la esperanza de sacudir el yugo de los Africanos, cuya conducta altanera y violenta habia exasperado á todos. Córdoba fué la primera en levantarse, degollando el pueblo á sus jefes y nombrando nuevos magistrados; siguió su ejemplo Valencia y en seguida Murcia, Granada y Ronda, y mientras los Almoravides, retirados en sus fortalezas, se defendian valerosamente contra los pueblos sublevados, espantosa anarquía acompañaba en las ciudades á la revolucion general.

Aben Gania, el jefe de los Almoravides en Andalucía no sabia á donde dirigir sus armas, pues luego de encaminarse á un punto sabia haberse insurreccionado el que dejaba á sus espaldas. En Córdoba fué proclamado Abu Giafar Hamdain,
1143 que se hacia llamar emir Almanzor Billah, del cual cansado el pueblo pasados catorce dias, aclamó á Safad Dola, el aliado de Alfonso VII y último emir de Zaragoza. Su real prosapia, su política y grandes riquezas, facilitaron esta novedad en el populacho de Córdoba, dice la crónica, y le proclamaron llamándole El Mostansir Billah. Safad Dola entró en la antigua capital del califato, siendo recibido con extremosas demostraciones de júbilo; pero á los ocho dias le fué forzoso salir de la ciudad, perseguido por el inconstante pueblo cuyas esperanzas no habia satisfecho.

En tanto Abdallah, sobrino de Aben Gania y gobernador de Valencia, de donde habia sido expulsado, hacia desde Játiva grandes algaras y correrías por los alrededores de la ciudad, talando sus campos y deliciosas huertas. Los de Valencia, para defenderse de sus entradas y contener sus estragos, acudieron al ilustre caudillo Abu Abdelmelek Meruan ben Abdelaziz, rogándole que los amparase y defendiese; pero este noble jeque se excusó porque recelaba de la inconstancia del pueblo y de las intenciones de los principales, hasta que por fin se dejó vencer y aceptó el peligroso mando que el pueblo le ofrecia (1143), dirigiendo desde luego todos sus esfuerzos á la custodia de las fronteras contra los Almoravides (1).

Hamdain, que habia logrado ganar por segunda vez el pueblo de Córdoba, volvió á entrar en ella doce dias despues de su salida, y sus parciales le proclamaron en varias ciudades de Andalucía.

Murcia nombró á Giafar, Ronda reconoció á Hamdain, y en cada poblacion caian y se elevaban nuevos jefes segun el capricho de la multitud, árbitro supremo en aquellos momentos de anarquía.

Los secuaces de Hamdain, que moraban en Granada, alborotaron al pueblo contra los Almoravides, sin que fuese parte para contenerlos la autoridad y presencia del walí de aquella ciudad Abu ben Abi Bekir. Ocupado Aben Gania y casi todo el ejército africano en combatir la insurreccion de los Algarbes, habia dejado desguarnecidas las plazas de Andalucía, y entre ellas Granada, de modo que los caudillos almoravides, no pudiendo contener al alborotado pueblo, hubieron de retraerse á la alcazaba y asegurarse en aquella fortaleza.

Hallábase la España muslímica en completa descomposicion, y no iban mejor en Africa los asuntos de los Almoravides. Esperaba Alí que la fortuna y valor de su hijo remediaria la suerte de la guerra y pondria una valla á los victoriosos Almohades; pero aunque Tachfin llevó de Andalucía las mas aguerridas tro-

(1) Conde, P. 3.ª, c. XXXIV.

pas y cuatro mil mancebos cristianos muy diestros en las armas, no tuvieron sus expediciones la misma felicidad que las que emprendiera en España. Muchas veces quedó vencido, dice Conde, perdiendo mucha gente de los suyos y experimentando cada dia mas contraria la fortuna. Su padre, que vió fallidas sus esperanzas y no recibia de su campo sino nuevas de vencimiento y derrotas, tomó de ello tanto pesar que adoleció de grave enfermedad, nacida de su profunda tristeza, hasta que se le acabó la vida en la luna de regeb del año 539 (1143), despues de haber reinado treinta y nueve años y siete meses.

Fallecido Alí ben Yussuf, su hijo Tachfin ocupó el trono de los Almoravides. Escribió á todas las provincias su proclamacion, exhortando á los pueblos á que continuaran en su obediencia y lealtad; asimismo escribió á los principales caudillos almoravides de España, que luego le enviaron sus cartas de parabien y enhorabuena, y desde entonces únicamente se oyó su nombre en las oraciones públicas de las mezquitas. Abdelmumen en tanto, que se veia poderoso de gentes y caballos, se atrevió á descender de los montes de Tadela y sierras de Gomera, talando la tierra llana, cautivando, matando y haciendo grandes estragos por todas partes. Encaminóse esta desoladora tempestad á las sierras que están entre Fez y Telencen, al mismo tiempo que algaras de veloces caballos corrian todas las cabilas moradoras de uno y otro lado. Deseoso de contener su soberbia, Tachfin allegó numerosa hueste y salió contra aquellas sangrientas tropas que, como hambrientos tigres, desolaban cuanto delante se les ofrecia (1). La fortuna se le manifestó esta vez favorable, y envolviendo á los Almohades con su numerosa caballería hizo en ellos gran matanza, persiguiéndolos hasta los inmediatos montes. Aldelmumen se rehizo en breve en la fragosidad de la sierra, y, segun dice la crónica, oteaba desde las altas cumbres cuanto pasaba en los llanos, y no temia de tan numerosas huestes ni le ponian pavor sus infinitas banderas de diferentes colores, ni el estruendo de sus atabales que estremecian la tierra y hacian retumbar los apartados montes. En efecto, Tachfin, que luego de la pasada victoria quiso continuar la campaña sin volver á la capital, habia recibido de las tribus numerosos refuerzos, de modo que aquellas tropas reunidas con las suyas llenaban aquellos campos, y parecian tendidas bandas de langosta en que bien se echaba de ver el poderío de los reyes de Marruecos. Alegre, maravillosa y estupenda vista, exclama la crónica, si no estuviera tan cercana la destruccion de tanta grandeza. Proponíase Tachfin acometer al enemigo, y socorrer y fortificar la ciudad de Telencen, que era entonces la mas amenazada; para ello dispuso que parte de sus tropas subiesen á la sierra donde estaban los Almohades, pero rotas y desbaratadas por estos, descendieron despeñándose por aquellos riscos, é introdujeron la confusion y el espanto en el grueso del ejército, que quedó derrotado sin haber siquiera combatido.

Despues de esta desgraciada batalla escribió Tachfin á todas sus provincias para que fuesen á servirle en la guerra, y no tardó en llegar nueva gente de Sigilmesa y de Bujía, y poco despues llegó tambien de Andalucía su hijo Ibrahim con escogida caballería de Almoravides y cristianos de su guardia. Reunióse así un considerable ejército que fué, segun un cronista, el último esfuerzo

(1) Conde, P. 3.ª, c. XXXVI.

A. de J. C. de los príncipes almoravides, y como Abdelmumen hubiese movido su campo hácia Telencen, Tachfin hizo lo mismo para atajarle, y obligarle á venir á batalla. Dióse esta en las inmediaciones de aquella ciudad, y terminó con la completa derrota de los Almoravides, teniendo Tachfin que acogerse dentro de los muros de la plaza. Cercáronle allí los victoriosos batallones almohades, pero como despues de muchos asaltos y rebatos conociera Abdelmumen la dificultad de apoderarse de la ciudad, levantó su campo, y partió hácia Oran, dejando alguna gente para mantener el cerco. Tenia Tachfin muy fortificada la ciudad de Oran y la miraba como el único asilo que le podia quedar en el mal estado de sus cosas, para en caso necesario hacerse allí fuerte y pasar á España. Además habia mandado conducir á aquella plaza sus tesoros, y el alcaide de Almería le tenia siempre apercibidas en aquel puerto diez buenas naves para lo que pudiera ofrecerse. No podia, pues, consentir en que cayera Oran bajo el poder de sus enemigos sin intentar para salvarla un supremo esfuerzo, y así que Abdelmumen hubo partido con el grueso de sus fuerzas, salió Tachfin de Telencen con escogida gente y rompió el campo de los Almohades que cercaba la ciudad. Llegado á las cercanías de Oran asentó su campamento á vista de sus enemigos y aun logró penetrar en la plaza infundiendo así nuevo aliento á los sitiados; pero como viese que el cerco iba largo, que sus salidas y rebatos no hacian mudar de propósito á su enemigo que le apuraba con recios combates, perdió la esperanza de poderse sustentar en el reino de Marruecos y determinó pasar á España. Falto de consejo y desesperado salió de secreto y de noche de la ciudad con ánimo de ganar la fortaleza del puerto grande, donde esperaba que irian á buscarle sus naves; era la noche muy oscura y el emir estaba muy turbado para guiar con acierto su caballo, y ya fuese que este se espantara al oir los bramidos del mar, ya que el ginete no acertara á ver el terreno que pisaba, es lo cierto que caballo y caballero se despeñaron por aquellos precipicios, hallándose á la mañana siguiente sus cuerpos hechos pedazos en la orilla del mar. Al saber esta noticia los Almoravides de la plaza la rindieron á los Almohades, y Abdelmumen hizo
1145. en ella su entrada en el mes de muharram del año 540 (junio de 1145). Algunos dias antes de su desgraciada muerte, el infeliz Tachfin habia hecho reconocer por sucesor suyo á su hijo Ibrahim Abu Ishak.

En tanto continuaba en Andalucía la guerra contra los Almoravides con implacable encarnizamiento. La medida habia llegado á su colmo, y entre el estrépito del imperio que por todas partes se desmoronaba, oíanse sin cesar en las calles y en las mezquitas injurias y maldiciones contra los antiguos salvadores del islamismo en España. «Los Almoravides nos arrebatan nuestros bienes, nuestras mugeres y nuestros hijos. ¡Levantémonos contra ellos, no haya cuartel!» Decian unos, y otros: «Lo primero es hacer alianza con el emperador de Leon, aunque sea pagándole tributo como practicaban nuestros padres.—Sí, sí, gritábase en todas partes, todos los medios son buenos con tal que nos libremos de los Almoravides.» Y se invocaba la bendicion del cielo sobre los planes que se formaban, y Andalucía entera se levantaba como un solo hombre para dar muerte á sus opresores. ¡Triste y palpable ejemplo de la veleidad de los hombres y de las cosas humanas! Medio siglo habia apenas trascurrido desde la época en que los Almoravides eran aclamados por los Musulmanes españoles como los salvadores del islamismo en la Península.

Abdallah, el sobrino de Aben Gania, hubo por fin de rendirse en Játiva en 1145, no pudiendo resistir por mas tiempo, solo y abandonado como estaba, á los esfuerzos de los alcaides de Valencia y Murcia, y se dirigió á Almería con ánimo de pasar á Mallorca á no mejorar el aspecto de los sucesos. En Granada no se habia apagado la rebelion, y como los Almoravides se defendian bien en la alcazaba, pidieron los rebeldes socorro á los de Córdoba y Murcia para completar el vencimiento de sus enemigos. Hamdain y Giafar no desoyeron las instancias de los Granadinos y marcharon á su auxilio con una buena hueste de caballería. Atacados, empero, por un cuerpo de Almoravides que durante la noche habia salido de la alcazaba de Granada, fueron arrollados y vencidos, y Giafar quedó sin vida en el campo, sucediéndole en el gobierno de Murcia el noble jeque Abderrahman ben Tehir (1). Málaga se rindió tambien por aquel entonces á los sublevados, mientras que los de Valencia, cansados ya del gobierno de su emir Meruan ben Abdelaziz, meditaron su deposicion: tanta es, dice Conde, la inconstancia del aura popular, que al que solicitaron con ansia para su señor, á poco tiempo le aborrecen y desechan, haciéndoseles intolerable su política y gobernacion. Los principales de la ciudad conspiraron para dar el gobierno á un alcaide de las fronteras llamado Aben Ayadh, y alborotado el pueblo, Meruan hubo de salir de la ciudad disfrazado, cayendo luego en poder de Abdallah Aben Gania, que despues de tenerle mucho tiempo en prision, le llevó consigo á Mallorca.

Safad Dola se hallaba en tanto en Jaen, gozando de gran amistad con aquel alcaide, y juntos marcharon á Granada víctima hacia mucho tiempo de la guerra civil dentro de sus propios muros, pues los Almoravides por una parte y los sublevados por otra, no le daban un momento de reposo. Safad Dola púsose al frente de la rebelion, pero como conociese al cabo de poco tiempo que se hallaba cansado el pueblo de los males y afanes de la guerra que tan sin fruto hacian, abandonó á los Granadinos y se fué á otra vez Jaen. Allí recibió una diputacion del pueblo de Murcia, que inconstante y veleidoso entre todos habia destituido á su gobernador y le rogaba que se encargase del mando. Safad Dola aceptó la oferta, y con tropas castellanas entró en Murcia y luego en Valencia. Enemistado poco despues con Alfonso VII, sabemos ya el triste fin del postrer emir de la España oriental.

Con lo dicho basta para manifestar el deplorable estado de anarquía á que habia venido á caer la España musulmana; mucho mas podríamos alargar la relacion de estos motines parciales y de estas escenas de sangre á no considerar que es suficiente lo explicado, que por otra parte constituye los acontecimientos principales, para que nuestros lectores se formen una idea exacta de la situacion de los Musulmanes de España. Veamos ahora los esfuerzos del principal caudillo almoravide para detener el impetuoso torrente de la sublevacion.

Aben Gania, dice la crónica, que sabia el mal estado de las cosas de sus reyes en Africa, procuraba sostener en Andalucía el vacilante estado así por fuerza de armas como con prudente política: corria las provincias, exhortaba á los pueblos á la union y á la obediencia á sus legítimos soberanos, y donde no valia

(1) Conde, P. 3.ª, c. XXXVII.

A. de J. C. la persuasion empleaba con oportunidad la fuerza y el rigor. Así mantenia en obediencia á muchas principales ciudades, pero viendo que se multiplicaban los rebeldes y que Aben Cosay luego de haber entrado Abdelmumen en Oran le habia enviado cartas y embajadores, invitándole á pasar á Andalucía á guerrear contra los Almoravides, á quienes trataba de hereges y malos Muslimes, pensó en aliarse con los cristianos, desesperando de triunfar ya con solas sus fuerzas de la rebelion triunfante. Aprovechando además la especie de preeminencia á que aspiraba Aben Cosay, valiéndose del título de emir del Algarbe que le confiriera Abdelmumen, procuró sembrar la division y discordia entre los caudillos rebeldes, y consiguiólo en parte separando de su parcialidad á algunos de sus generales. Aben Cosay, que vió así disminuir sus fuerzas, alióse con Alfonso Enriquez, príncipe de Portugal, y juntos entraron por tierras de Beja y de Mérida, haciendo los cristianos grandes estragos en los lugares y pueblos de los Musulmanes. Esto produjo gran descontento entre los suyos, y nuevos bandos y nuevas divisiones empaparon en sangre aquellas regiones.

Entre tanto no cesaba en Africa la reñida guerra entre Almoravides y Almohades. Muerto Tachfin, fué proclamado, como hemos dicho, su hijo Ibrahim Abu Ishak, pero poco tiempo duró al nuevo emir su casi ya nominal imperio. Despues de ocupar Abdelmumen varias ciudades y fortalezas, revolvió sobre Telencen, y la entró por fuerza de armas, haciendo en los moradores espantosa matanza. Sus caudillos entraron por capitulacion en Mequinez y pusieron cerco á la gran ciudad de Fez, que defendia valerosamente un hijo del difunto Alí, llamado Yahia Abu Becre. El sitio amenazaba ser largo y sangriento, por lo que Abdelmumen se dirigió allá en persona, disponiendo para entrar en la ciudad una extraña estratagema que le valió mas que todas las otras máquinas con que en vano la combatia. Allegó gran cantidad de leña y troncos de árboles, y con ellos mandó labrar un murallon que atajase el rio de estrecho y profundo cauce que entra por en medio de la ciudad; en breve se levantaron las aguas á considerable altura, formando un pantano que parecia un mar, y rota de una vez aquella muralla, con ímpetu y horroroso estruendo fué la inundacion á dar en los muros de la ciudad y se llevó y arrancó hasta los cimientos de gran parte de ellos, destruyendo tambien muchos edificios, casas y puentes que la ciudad tenia (1). Aun entonces defendieron los sitiados la brecha con obstinado vigor, hasta que por fin abrieron las puertas á los sitiadores el dia 14 de dilcada del año 540 (1145) y fué proclamado en ella el emir de los Almohades.

1146. Entrado el año 541 (1146) ocupó Abdelmumen por avenencia las ciudades de Agmat y Saleh, quedando únicamente al espirante imperio almoravide su ciudad y corte de Marruecos.

Acabadas con tanta ventura aquellas conquistas, se dispuso Abdelmumen para dos jornadas que traia en el pensamiento, y para ellas apercibió sus gentes con gran aparato de armas, caballos, provisiones, máquinas y cuanto para la guerra es necesario. Era la una la total destruccion de sus enemigos los Almoravides, y la otra la conquista de España que le prometiera Aben Cosay, y pareciéndole que la primera reclamaba aun su presencia y que á ella habia de diri-

(1) Conde, P. 3.ª, c. XXXIX.

gir sus principales esfuerzos, resolvió quedarse en Africa y encomendar la segunda á uno de sus mas acreditados generales. Así, pues, Abu Amran Muza ben Said con diez mil caballos y doble infantería pasó el estrecho, y desembarcando en las playas de Algeciras, puso cerco á la ciudad que luego se le rindió, no esperando su guarnicion socorro ni auxilio alguno. Gibraltar, Jerez, Sevilla y Málaga imitaron en breve el ejemplo de Algeciras, y el estandarte de los Almoravides casi desapareció de España.

Pero ni aun esto pudo poner fin á la guerra civil que desolaba á la España meridional: el príncipe de Valencia se apoderó de Murcia, donde dió muerte á Abdallah el Thogray de Cuenca, que habia entrado en la ciudad con un cuerpo auxiliar de cristianos, y así en Algarbe como en Andalucía y Valencia encrudecíase y se ensañaba la guerra entre los sectarios de Mahoma, Arabes, Almoravides y Almohades.

Mientras la guerra civil desolaba así la España invadida por los generales Almohades, Abdelmumen despues de someter á Fez y su provincia, habíase dirigido á Marruecos y emprendido con grandes fuerzas el sitio de la capital del imperio. Era Marruecos una de las ciudades mas grandes y populosas de Africa, y reinaba en ella Ibrahim ben Alí, mozo de pocos años. Corria el año 1146 cuando el ejército almohade estableció sus reales delante de aquellos muros en un montecillo situado al occidente de los mismos. El sitio se prolongó por espacio de once meses, durante los cuales diéronse repetidos asaltos, é hizo la guarnicion gran número de salidas, hasta que al fin quedaron reducidos los moradores á la posicion mas lastimosa á causa de la falta de víveres. La mortandad fué tal que estaban las plazas y calles llenas de cadáveres, y los vivos diferian poco de los muertos. Murió toda la infancia y juventud, dice la crónica, mas de doscientas mil personas. En aquella ciudad tan populosa reinaba un espantoso silencio: tan horrenda calamidad acompañaba la caida de los Almoravides. Habia en Marruecos un cuerpo de tropas francas, que, viendo que el cerco se prolongaba, tuvieron secreta inteligencia con Abdelmumen y concertaron que le darian entrada por la puerta de Agmat con tal que les prometiese respetar su vida; y en efecto el sábado 18 de la luna de javan á la hora del alba, arrimaron los Almohades sus escalas á la infeliz ciudad sin que nadie se lo impidiera, y entraron por ella como rabiosos lobos en redil de tímidas ovejas. La defensa fué corta, y solo hubo alguna resistencia en el alcázar donde residia el rey, el cual, llevado con los principales jeques á presencia de Abdelmumen, postróse á sus piés anegado en llanto, y le suplicó que le perdonase la vida: «Miserable, exclamó escupiéndole en el rostro uno de los caudillos almoravides que se hallaba presente; ¿piensas por ventura dirigir tus ruegos á un padre amoroso y compasivo que se apiadará de tí? Sufre como hombre, que esta fiera no se aplaca con lágrimas ni se harta de sangre.» Estas palabras despertaron en Abdelmumen terrible cólera, y á pesar del compasivo interés que manifestara antes por Ibrahim, mandó conducirle á la muerte, lo mismo que á todos sus jeques y caudillos. En tres dias no cesó la matanza, dice la crónica, y cuéntase que murieron mas de setenta mil personas en aquella miserable ciudad. Abdelmumen permaneció dos meses en la casa que durante el sitio mandara levantar para él en su campamento, y desde allí daba las oportunas disposiciones para convertir en centro

A de J. C. de su poder la antigua capital de los Almoravides. Purificada segun doctrina del Mahedi luego que hubieron pasado tres dias de horrible saqueo, derribáronse sus mezquitas para construir otras nuevas, y Abdelmumen, que tomó el título oriental de emir el mumenin ó caudillo de los creyentes, mandó embellecerla con magníficos edificios. Así acabó el imperio de los Almoravides, cuya dinastía habia reinado durante setenta años bajo los príncipes Yussuf, Alí, Tachfin é Ibraim.

En Andalucía el caudillo almoravide Aben Gania, por todas partes hostigado, habia logrado realizar su alianza con el emperador Alfonso VII; con su auxilio recobró á Baeza y fué á poner sitio á Córdoba, donde imperaba el rebelde Hamdain, que, incapaz de resistir, se refugió en Andújar. Almoravides y cristianos penetraron juntos en la antigua capital del califato, y cuéntase que estos se gozaron en profanar las aljamas y reliquias de los Musulmanes, entre otras cosas el precioso ejemplar del Coran, traido de oriente por Abderrahman I, en venganza de los excesos cometidos por las tropas de Almanzor en la basílica de Compostela. Poco sin embargo pudieron permanecer allí; los Almohades habian entrado en Sidonia y en Sevilla, y se dirigian á Córdoba, esperándolos el pueblo con ansia disgustados como se hallaban de Aben Gania por su alianza con los cristianos. Todo esto hizo que al presentarse delante de Córdoba, abandonada ya por los cristianos y los Almoravides, se les abrieron sin oposicion las puertas, haciéndose la *chotba* por Abdelmumen en todas las iglesias de la ciudad.

1147. En esta sangrienta crísis fué cuando el emperador emprendió su expedicion contra Almería, mientras que su aliado Aben Gania corria la tierra de Andalucía y sojuzgaba á los pueblos procurando con beneficios mitigar el enojo y descontento de los moradores; pero, á pesar de todo, no logró realzar su partido, mayormente cuando abandonado por los cristianos, luego que estos hubieron recibido por premio de sus servicios la fortaleza de Baeza, hubo de sostener solo la campaña.

En Africa, Abdelmumen hubo de sofocar algunas rebeliones que se suscita-
1148. ron ya al principio de su poder, y continuó sus conquistas entrando en Tánger y en Ceuta, cuyos muros mandó derribar. Su ánimo se hallaba compartido entre estos bélicos cuidados y las grandiosas obras que hacia ejecutar en su capital de Marruecos.

La estrella de los Almoravides declinaba rápidamente en España, y retirado Aben Gania en Granada, sabia cada dia de nuevos pueblos y fortalezas que se apartaban de su dominacion. En estado semejante, no queriendo á lo menos perecer sin combatir, imploró de nuevo el auxilio de Alfonso, quien le envió un refuerzo de caballería, mandado por el conde Manrique de Lara. Con él peleó algun tiempo con sus enemigos por territorio de Jaen, hasta que apoderados los Almohades de Carmona, entraron á sangre y fuego en la vega de Granada. Entonces aventuróse Aben Gania á empeñar contra ellos una batalla campal, en la que pereció atravesado de muchas lanzadas el viernes 21 de javan del año 543 (1148). El vencedor de Fraga, el mismo que diera muerte, segun dicen, al gran Alfonso de Aragon, cayó á los golpes de los Almohades, y los partidarios de la dinastía de Yussuf lloraron en él al último Almoravide.

1149. En el siguiente año de 544 (1149), ocuparon los Almohades otras muchas

ciudades de Andalucía y entraron por avenencia en Jaen, donde se hizo la *chotba* A. de J. C.
por el emir Abdelmumen, mientras que Alfonso VII de Castilla, que Alfonso Enriquez de Portugal y Ramon Berenguer IV de Aragon y Barcelona arrancaban cada uno nuevas plazas á la España musulmana, haciendo de nuevo tremolar en sus muros la enseña de la cruz.

Abdelmumen continuaba en tanto en Africa ocupado en los asuntos interiores de su vasto reino y en sojuzgar ciertos levantamientos que se habian suscitado en la parte oriental de la península africana, prometiendo siempre pasar cuanto antes á España, y no realizándolo nunca. A las repetidas embajadas que para conseguirlo le enviaron las ciudades de Córdoba y Sevilla, contestaba siempre con dilaciones y pretextos, limitándose en 1151 á enviar á nuestra patria con 1151.
numerosa hueste á su hijo Abu Said con encargo especial de reconquistar á Almería. La plaza fué cercada por mar y tierra, y á pesar del ardor de los sitiadores, se defendió por largo tiempo, siendo precisos, segun hemos visto, seis años y repetidas expediciones desde Africa para cansar su constancia. Antes de que Alfonso VII marchara en persona en socorro de la plaza en 1157, parece que envió distintas veces en su auxilio varias divisiones que contribuyeron en mucho á mantener el buen ánimo de los sitiados.

Entrado el año 549 (1154), dispuso Abdelmumen la declaracion y jura de 1154.
su hijo Muhamad como sucesor suyo en el imperio de los Almohades, señalando además los gobiernos de Ceuta y Tánger á su hijo Abu Said y el de Sevilla y sus comarcas á su otro hijo Yussuf Abu Yacub.

En 1157 cayó el último baluarte de los Almoravides en España: Granada 1157.
se rindió á los Almohades, y despues de numerosas y sangrientas escaramuzas, los Almoravides que en Andalucía quedaban, perdida toda esperanza de sostenerse en su tierra, refugiáronse á la isla de Mallorca, mientras unos pocos permanecieron en las quebradas peñas de las Alpujarras. Sublevados poco despues, fueron exterminados, y puede decirse que á mediados del año 1157, dueños los Almohades de la España musulmana, poseian enteramente el vasto imperio de Yussuf.

Este cambio de dominacion no varió en nada la suerte de las poblaciones árabes. Siempre sometidas á las razas berberiscas, siempre tributarias de Africa, sufrieron los males de una segunda conquista y pasaron bajo un yugo mas duro y humillante aun. Los sucesores de Yussuf, cuyos antepasados habian venido del Yemen, recordando su orígen, conservaban para con los Arabes las atenciones de una antigua fraternidad; pero los Almohades, Africanos puros, incultos y feroces, los trataban sin compasion. Aquellos Arabes, tan orgullosos antes de su nacimiento, ocultaban cuidadosamente aquel antiguo título de honor convertido ya en título de proscripcion; confundidos con el nuevo pueblo, desaparecieron poco á poco, y desde esta época únicamente puede darse el nombre de Moros á los dominadores de la España musulmana (1).

---

(1) Viardot, *Hist. de los Arabes y de los Moros de España.*

CAPÍTULO XXVII.

Breve reinado de Sancho III de Castilla y de Fernando II de Leon.—Institucion de la órden de Calatrava.—Muerte de Sancho de Castilla.—Menor edad de su hijo Alfonso VIII.—Los Castros y los Laras.—Institucion de la órden de Santiago.—Muerte de Ramon Berenguer IV, príncipe de Aragon y conde de Barcelona.—El falso don Alfonso el Batallador.—Ramon V ó Alfonso II.—Cortes de Zaragoza.—Continuan los bandos de los Castros y los Laras en Castilla.—Fernando II de Leon toma por esposa á doña Urraca infanta de Portugal.—Toma de Evora y de Badajoz.—Diferencias entre Fernando II de Leon y Alfonso Enriquez de Portugal.—Toma Alfonso VIII de Castilla el gobierno del Estado.—Cortes de Burgos y casamiento de Alfonso con Leonor de Inglaterra.—Tratado de alianza entre Alfonso de Castilla y Alfonso de Aragon.—Disolucion del matrimonio entre Fernando II de Leon y Teresa de Portugal.—El Castellano y el Navarro someten sus diferencias al fallo del rey de Inglaterra.—Fundacion de la órden de Alcántara.—Toma de Cuenca.—Alzase á Aragon el feudo de Castilla.—Sitio de Santaren.—Derrota y muerte de Yussuf.—Muerte de Alfonso Enriquez, primer rey de Portugal.—Muerte de Fernando II de Leon.—Sucédele su hijo Alfonso IX.—Campañas de Alfonso II de Aragon contra los Moros y contra Sancho de Navarra.—Toma de Silves por unos peregrinos ingleses unidos con los Portugueses.—Alianza entre los reyes de Leon, Portugal, Navarra y Aragon.—Irrupciones de Alfonso VIII de Castilla á Andalucía.—Entredicho fulminado contra los reinos de Leon y Portugal.—Reto que dirigió el rey de Castilla al emperador de Marruecos.—Rota de Alarcos.—Guerra entre los reyes de Leon y de Castilla.—Muerte de Alfonso II de Aragon.—Sucédele su hijo Pedro II en Aragon y I en Cataluña.—Enlace de Alfonso de Leon con Berenguela de Castilla.—Alianza de Sancho el Fuerte de Navarra con el emir de los Almohades.—Pierde gran parte de su territorio.—Anula el Papa el nuevo matrimonio de Alfonso de Leon con doña Berenguela.—Matrimonio de doña Blanca de Castilla con Luis, hijo de Felipe Augusto de Francia, y de doña Urraca, su hermana, con el príncipe don Alfonso de Portugal.—Paz general en la España cristiana.—Alfonso VIII rompe otra vez las hostilidades contra los Sarracenos.—Muerte del infante don Fernando.—Pedro II de Aragon es coronado en Roma por la mano del Papa.—Opónense los Aragoneses á que sea el reino tributario de la Santa Sede.—Enlace de Pedro II con María de Montpeller.—Nacimiento de Jaime I de Aragon.—Campaña de Pedro II contra los Sarracenos.—Guerra de los Albigenses en Francia.—Prepárase Alfonso VIII de Castilla para una gran campaña.—Rogativas públicas en Roma.—Ejército cristiano.—Ejército musulman.—Los cristianos toman á Calatrava.—Llegan á Sierra Morena.—Memorable batalla de las Navas de Tolosa.—Toma de Baeza y Ubeda.—Consecuencias de la derrota de los Almohades.—Sucesos de Leon y Portugal.—Ultimas campañas de Alfonso VIII.—Continua la guerra de los Albigenses.—Muerte de Pedro II de Aragon y de Alfonso VIII de Castilla.

Desde el año 1157 hasta el 1214.

Muerto el emperador Alfonso VII, quedaron reinando sus hijos Sancho III en Castilla y Fernando II en Leon. Breve y efímero fué el reinado de Sancho III el Deseado, tan deseado, dice un cronista, por lo mucho que tardó en nacer como por lo poco que tardó en morir. A juzgar por los elogios que á este príncipe tributa el arzobispo don Rodrigo, habria sido su reinado uno de los mas felices de aquel tiempo, á no haberle la muerte arrebatado cuando solo habia tenido tiempo para descubrir sus altas prendas.

El fallecimiento del esforzado Alfonso VII habia infundido nuevos brios á

los conquistadores africanos que, no contentos con recobrar la mayor parte de las plazas que en Andalucía perdieran, entre otras Pedroches, Andújar y Baeza, quisieron llevar sus armas al reino de Toledo, y Abdelmumen envió para ello á España numerosa hueste. La plaza de Calatrava, la mas expuesta á los ataques de la gente africana, habia sido dada luego de su conquista á los caballeros Templarios, que tambien se habian establecido en Castilla, con encargo de defenderla contra los Musulmanes; pero esta vez no creyeron poder sustentarla contra las fuerzas de los Almohades, y la devolvieron al rey de Castilla para que dispusiera de ella á su voluntad. A este suceso se debe la fundacion de la órden de Calatrava: luego que los Templarios la hubieron abandonado, hizo Sancho publicar un edicto diciendo que al caballero que quisiera encargarse de la defensa de Calatrava le cederia la plaza con todos sus honores, prerogativas y dependencias. Hallábase entonces en Toledo san Raimundo, abad de Fitero en Navarra, con otro monge de su órden llamado fray Diego Velazquez, que habia ceñido espada antes de vestir el hábito, y viendo este que nadie se presentaba para defender á la ciudad amenazada, rogó á su abad que tomara sobre sí semejante cuidado. En un principio creyó Raimundo temeraria la demanda, pero habiendo insistido Velazquez, causaron sus razones tan profunda impresion en el ánimo del abad, que, despues de encomendar á Dios el buen resultado de la empresa, pidió Calatrava al rey y este se la concedió (1). Bien hizo el abad en confiar en Dios y en tomar sobre sí tan árdua empresa: á sus ardientes predicaciones acudieron mas de veinte mil hombres armados, y unidos estos con muchos monges del monasterio de Fitero, que llevaron á la plaza abundancia de ganados y todo género de provisiones, hallóse Calatrava en estado de resistir victoriosamente á los ataques de los Sarracenos. Entonces Raimundo, conociendo que de ningun modo se mantendria mejor el buen espíritu de aquellas gentes que uniéndolas con un voto solemne de religion, instituyó á semejanza de las ínclitas órdenes del Templo y de San Juan de Jerusalen, una órden militar que se llamó de Calatrava, á la cual dió el instituto cisterciense. El pontífice Alejandro III la aprobó y confirmó en **1164**, y desde entonces los caballeros de esta órden prestaron útiles servicios á la religion y á los reyes de España.

Cansado el rey Sancho de las contínuas incursiones que hacian los Sarracenos por las fronteras de sus estados, tomó sus disposiciones para salir á campaña, lo cual alarmó de tal modo al rey de Leon, temeroso de que su hermano tratara de despojarle, que le envió una embajada diciéndole hallarse pronto á prestarle homenage por sus estados como á su primogénito que era. Sancho, empero, nunca habia pensado en conculcar la voluntad de su padre ni en humillar á su hermano, así es que le contestó: «No quiera Dios que un hijo del victorioso emperador don Alfonso reconozca en la tierra superior ninguno, ni que haga yo la guerra al hijo de mi padre, mientras por su parte conserve él conmigo un cariño de hermano (2).» A pesar de estas palabras púdose temer por un momento que cesara la buena armonía entre los dos monarcas, y Sancho hizo ademan de invadir

(1) Roder. Tolet., de Reb. Hisp., l. VII, c. 14.
(2) Id., l. c.

A. de J. C. los estados de Fernando; pero todo terminó felizmente con un abrazo fraternal en Sahagun.

El rey de Navarra creyó ocasion oportuna la muerte de Alfonso VII para alegar añejos derechos á las plazas de la Rioja, y atravesó las fronteras á la cabeza de su ejército. Otra vez hubo de volver á su reino vencido por las tropas castellanas; pero Sancho, sin aprovecharse de aquella victoria y deseoso únicamente de dirigir sus armas contra los Sarracenos, celebró una entrevista en Al-
1158 mazan con su pariente de Navarra y asentó con él las paces. En seguida avistóse en Naxama con su tio don Ramon de Barcelona, y luego de convenir en que cesarian entre ellos todas las diferencias, procedentes sin duda de la falta de cumplimiento por parte de Castilla de los tratados de Carrion y de Lérida, determinóse que fuesen del príncipe de Aragon y de sus hijos cuantas posesiones caian á la ribera derecha del Ebro, reconociendo por ello homenage al de Castilla, y debiendo de asistir Ramon Berenguer ó sus descendientes á la coronacion de los monarcas castellanos para tener el estoque real desnudo durante la ceremonia (1).

Por aquel entonces llegó de Africa con considerable ejército el hijo de Abdelmumen Yussuf Abu Yacub, con designio de llevar la guerra á los estados cristianos, y Sancho dispuso que salieran á su encuentro por la comarca de Sevilla las compañías de Avila y Extremadura. Los Sarracenos se adelantaron contra ellas, pero los esforzados cristianos, aunque en menor número que los Almohades, aceptaron con decision la batalla, y pelearon con tanto denuedo, que el ejército musulman fué arrollado y vencido, y sus generales quedaron muertos en el campo.

Sancho III murió en la flor de su edad, en 31 de agosto de este mismo año 1158, atribuyendo algunos su muerte al pesar que le causó la de su esposa doña Blanca de Navarra. Dejó un hijo único, llamado Alfonso, que le sucedió á la edad de tres años, y puede decirse que solo á una série de prodigios debió la conservacion de la corona y la vida, pues nunca minoridad alguna habia sido tan tormentosa y agitada.

Su padre nombró al morir á don Gutierre Fernandez de Castro ayo y tutor de su hijo, y confirmó á todos los magnates en los empleos que ocupaban hasta la mayor edad del mismo, disposicion que escitó en Castilla una verdadera tempestad, merced á los esfuerzos de don Manrique de Lara para concitar contra el regente á grandes y á pequeños.

Manrique de Lara, cuya ambicion no conocia límites, no perdonaba al difunto monarca la eleccion que hiciera para regente en otro que no él, y sublevando á toda su familia contra su rival, Castilla se dividió entre los Castros y los Laras, queriendo los unos que el testamento del rey don Sancho fuese ejecutado literalmente, y no pudiendo sufrir los otros que fuese don Gutierre árbitro soberano de todo. En una palabra, enconáronse de tal modo los bandos, que era inminente una guerra civil.

Don Gutierre, de quien nos dicen unánimemente las crónicas no abrigar mas aspiraciones que las conducentes al bien del estado, conmovióse á la vista de los

(1) Zurita, Anal de Aragon, l. II, c. XXVII.

males que iban á caer sobre Castilla é hizo dimision de su elevado cargo, quedando el rey confiado á don García de Aza, hijo del conde don García de Cabra, muerto en la batalla de Uclés, tio materno de don Manrique de Lara. Aza era honrado y probo, pero sin ningun talento; é ignorando los primeros elementos de la política, dejóse persuadir por don Manrique de que debia confiarle á él la educacion del soberano. Así se verificó en efecto, y Gutierre, que no tardó en conocer la falta que cometiera al desprenderse del gobierno, instado por muchos nobles á quienes destituyeron los Laras á pesar de la expresa voluntad de don Sancho, resolvió de nuevo apoderarse de él. Los Laras y sus partidarios se opusieron á sus pretensiones, y por ambas partes se apeló á las armas. En esto murió don Gutierre (1159), pero no por esto cesaron los conflictos y turbulencias. 1159.
Don Manrique, dueño absoluto del reino, entregóse contra los Castros y sus parciales á los actos mas despóticos, y los sobrinos de don Gutierre acudieron á Fernando, rey de Leon, para que los protegiera contra tamañas violencias. Fernando entró en Castilla al frente de numerosa hueste, exigiendo, para poner fin á las calamidades que afligian al reino, que los Laras le entregasen la persona del rey su sobrino, de cuya educacion ofrecia encargarse. Las tropas leonesas invadieron con preferencia los estados de los Laras, quienes se retiraron á Soria con el rey; allí se dirigió Fernando, que habia consentido en entrar en negociaciones, y convínose en que los Laras entregarian el rey de Castilla á su tio el de Leon, con la condicion de que don Manrique administraria el reino bajo la direccion de don Fernando, y que este devolveria á su sobrino los estados que le pertenecian luego que hubiese llegado á su mayor edad.

Sin embargo, ya fuese que no tuvieran los Laras intencion ninguna de cumplir lo que habian prometido, ya viesen ó fingiesen ver en Fernando un torcido designio, ello es que, hallándose reunidos en Soria para llevar á efecto lo tratado, un caballero de su familia, llamado Pedro Nuñez de Fuente Almejir, sacó secre- 1160.
tamente al real niño del palacio y lo llevó á la fortaleza de San Esteban de Gormaz, poseida por los Laras. Irritado el rey de Leon por semejante proceder, púsose en marcha para apoderarse del rey de Castilla, pero don Pedro Nuñez tuvo tiempo para trasladarle á Atienza y desde allí á Avila, de modo que el rey de Leon, para no causar mayores turbulencias en Castilla, hubo de dejar la educacion del rey á don Manrique, no sin apoderarse de muchas plazas de aquel territorio, que conservó y gobernó en calidad de tutor de Alfonso y en su nombre.

Los Laras, sin embargo, creyendo que su poder seria muy limitado mientras se hallasen aquellas plazas en poder del leonés, trataron de recobrarlas por medio de las armas, y con este designio levantaron tropas cuyo mando se confió á don Nuño, hermano de don Manrique. El rey don Fernando, que supo lo que sucedia, salió otra vez á campaña, y habiendo encontrado al Castellano en lo que antes se llamaban Campos Góticos (Tierra de Campos), le puso en completa derrota.

Esto sucedia en el año 1160, y en el siguiente tomó orígen la órden militar 1161.
de Santiago para defender de los Sarracenos á los peregrinos que se dirigian á visitar el sepulcro del Apóstol. Doce caballeros de Leon, arrepentidos de la vida aventurera y licenciosa que hasta entonces habian llevado, determinaron unirse en forma de congregacion para atender al indicado objeto; era su jefe un caba-

A. de J. C. llero llamado don Pedro Fernandez, de Fuente-Encalada en la diócesis de Astorga, hombre que nos pintan las crónicas muy esforzado y entendido, y este puso á su hermandad bajo la regla de San Agustin y la proteccion del apóstol Santiago. Unidos á los canónigos regulares de San Eloy, que tenian un monasterio en Galicia y habian fundado algunos hospitales para hospedar á los peregrinos, comenzaron los nuevos freires á llenar el objeto de su órden, que fué confirmada y aprobada por el papa Alejandro III en 1175.

1162. En 6 de agosto del siguiente año 1162 murió el conde de Barcelona y príncipe de Aragon á los cuarenta y siete años de su edad, en el burgo de San Dalmacio de Génova, viajando para Turin, á donde iba á conferenciar con el emperador de Romanos Federico Barbarroja sobre el casamiento de su sobrino Ramon Berenguer de Provenza con doña Rica, viuda del difunto emperador de Castilla Alfonso VII, que acababa de concertarse ó verificarse, segun Diago, con aprobacion de dicho emperador, que cedió al sobrino del conde todos sus derechos en el condado de Provenza. Los últimos años del reinado de este buen príncipe fueron singularmente agitados: asentadas treguas con el Navarro en 1158 y puesto por entonces fin á la contienda tan funesta para entrambas coronas como escandalosa para la cristiandad, pudo el Barcelonés dedicarse por completo á los asuntos de Provenza, que otra vez andaban inquietos y alborotados. Aliado y gran amigo del rey Enrique de Inglaterra, con cuyo hijo Ricardo habia concertado el matrimonio de su hija Leonor, auxilióle en la empresa que dirigió este contra Tolosa, que decia pertenecerle por causa de su esposa doña Leonor. Frustrada esta empresa por los socorros que el rey de Francia envió al Tolosano, el Inglés se dirigió á Normandía, y el Catalan penetró en Provenza, donde los Baucios perseveraban en su porfía y hacian contínua guerra desde sus castillos á los pueblos y lugares sumisos al príncipe. Ramon Berenguer los venció en varios encuentros y les tomó mas de treinta fortalezas, siendo muy señalado en aquella campaña el cerco del fuerte castillo de Trencataya del que se apoderó en 1161, á causa de la gran máquina de madera que para combatirle se labró, en la que cabian hasta doscientos caballeros. Por esta guerra se trabó entre el príncipe y el emperador Federico gran amistad y deudo, y tratado, como hemos dicho, el matrimonio de la emperatriz doña Rica, pariente del emperador, con el conde de Provenza, confirmó Federico el feudo de dicho condado al jóven don Ramon Berenguer, debiendo por todos estos asuntos emprender tio y sobrino el viaje á Italia, que tan funesto habia de ser para el primero.

Don Ramon Berenguer IV, á quien se da comunmente el nombre de Santo por sus costumbres puras, su amor á la justicia, su celo por la religion, su obediencia á la Iglesia y su acendrada lealtad, dejó de su esposa doña Petronila cinco hijos llamados Ramon ó Alfonso, Pedro, Sancho, Dulcia y Leonor ó Berenguela. En su testamento, que otorgó de palabra poco tiempo antes de espirar, pues la agudeza de su enfermedad no le permitió otra cosa, legó al primogénito los dominios de Aragon, Barcelona y demás, escepto los señoríos de Cerdaña, Carcasona y Narbona, que legó á su segundo hijo Pedro, con obligacion de prestar por ellos homenage á su hermano, y con la expresa cláusula de que los poseyera este hasta que llegara Pedro á la edad de armarse caballero. A ambos les sustituyó su hijo menor don Sancho, y á la reina doña Petronila, su esposa, le dejó para

su manutencion las villas y castillos de Besalú y Ribas. Puso á todos sus hijos bajo la tutela de Dios y del rey de Inglaterra, su gran amigo, disponiendo sobre todo que su cadáver fuese sepultado en el monasterio de Santa María de Ripoll. Dulcia, hija de este conde, casó con Sancho I de Portugal, y de la segunda doña Leonor ó Berenguela, nada se sabe con exactitud. Un hijo, natural de este príncipe, llamado Ramon Berenguer, fué abad del monasterio de Montearagon. A. de J. C.

Vuelto el conde de Provenza á Cataluña, doña Petronila convocó cortes en Huesca, para que allí declarasen los prelados y ricoshombres que fueron con el príncipe difunto, lo que este dejó ordenado de sus estados y señoríos, y entendida su disposicion fuese cumplida y guardada (1). La reina viuda aprobó y confirmó la última voluntad de su esposo, tomó á su mano el gobierno del reino durante la menor edad de su hijo Ramon, cuyo nombre cambió en el de Alfonso, y quedó por gobernadora general del condado de Barcelona y de los señoríos de Cataluña don Ramon Berenguer de Provenza. Don Bernardo Tort, arzobispo de Tarragona, fué con este motivo enviado á Inglaterra para participar á aquellos príncipes la muerte de don Ramon y lo que en su testamento habia dispuesto respecto á ellos, y renovar la alianza y amistad que mediaba entre aquella casa y la de Barcelona. Doña Petronila, amante de la paz, y conociendo que durante la menor edad de su hijo no era tiempo oportuno para sostener guerras extrañas, sino para dirigir á la union las fuerzas todas del reino, fué bastante afortunada para asentar paces con el rey de Navarra por espacio de trece años.

Por aquel entonces puso en conmocion á la gente baja del pueblo y á los aficionados á novedades y á trastornos la aparicion de un hombre que se decia ser don Alfonso el Batallador, muerto, como sabemos, al pié de los muros de Fraga hacia veinte y ocho años. El falso don Alfonso, segun le llaman unánimemente todas las crónicas y monumentos, referia con mucha gravedad que no pudiendo tolerar la ignominia de verse vencido por los Moros, él que habia sido siempre vencedor, se fué para Asia como peregrino, hallándose en muchas batallas que los cristianos tuvieron con los Turcos, y pasando infinitos trabajos. Nombraba á muchas personas de Aragon y Castilla á quienes decia conocer familiarmente, quejábase de la ingratitud de su patria que le desconocia despues de haber pasado por tantos peligros, y con esto, dice Zurita, llegó á ganar tanto crédito, que á dicho de los mas ancianos, era habido y reputado por el mismo don Alfonso, á cuya memoria eran generalmente aficionados. La gente popular empezaba á agitarse y á seguirle, y creciendo el número de los que esta voz y opinion tenian, el supuesto don Alfonso fué preso y ahorcado en Zaragoza, con cuya ejecucion y castigo, añade el citado cronista, se sosegaron los ánimos de muchos que deseaban nuevas causas de alteraciones y bullicios (2).

En 18 de junio de 1164, despues de cumplir Alfonso catorce años, su madre doña Petronila, hallándose en Barcelona, dimitió la regencia y tutela de su hijo, haciéndole donacion de todo el reino aragonés con las ciudades, villas y castillos, iglesias y monasterios y todo lo que pertenecia á la corona. Ratificó de 1164.

(1) Estas disposiciones, dice Bofarull, confirman que el conde no reconocia en su esposa el derecho á los estados de Aragon.

(2) Zurita, Anal. de Aragon, l. II, c. XXII.

nuevo el testamento de su marido sin retener para sí voz ni dominacion de ningun género, y se quedó en la ciudad de Barcelona, en la cual y en el condado de Besalú moró hasta su muerte, acaecida en 13 de octubre de 1173, dejando á su hijo el gobierno del reino y de los estados de Cataluña.

Inmediatamente pasó Alfonso II á Zaragoza, donde, convocadas cortes para la fiesta de san Martin, á las que asistieron los prelados y ricoshombres, mesnaderos é infanzones del reino, y los procuradores de Huesca, Jaca, Tarazona, Calatayud y Daroca, prestó ante todos juramento de que de allí en adelante hasta el dia en que fuese armado caballero, echaria de la tierra á cualquier persona, de cualquier dignidad que fuese, que no diese y entregase las fuerzas y tenencias de los castillos que eran de la corona, y le quitaria lo que tuviese de heredad y por merced de honor: y si alguno quebrantase la paz y tregua que estaba puesta así con cristianos como con infieles, que hiciese robos ó fuerza alguna, y no hiciese enmienda de ellos dentro de quince dias, requerido por parte del rey ó de su corte, fuese juzgado como reo de crímen de lesa majestad y saliese del reino, perdiendo sus bienes y la tierra que tuviese en honor. Esto juró el rey en presencia de todos, y los ricoshombres juraron que con todas sus fuerzas lo harian guardar y cumplir (1).

En tanto continuaban en Castilla y Leon los funestos bandos de los Castros y los Laras, y las tristes discordias que eran consecuencias de los mismos habian ensangrentado ya, como hemos visto, la tierra castellana. Para vengar la derrota de los Campos Góticos, don Manrique de Lara intentó apoderarse de Toledo, pero Fernando acudió á ella con gran diligencia, y penetrando en la ciudad, le impidió realizar su proyecto. En este mismo año de 1164, Fernando contrajo matrimonio con doña Urraca, infanta de Portugal é hija de Alfonso Enriquez, con gran contentamiento de todos y en especial del príncipe portugués. Por aquel tiempo restauró y repobló el rey de Leon Ledesma y Ciudad Rodrigo, y esto dió lugar á que los habitantes de Salamanca que, á lo que parece, habian comprado aquellas ciudades por una suma considerable, tomaran las armas contra el rey y los magistrados de Ledesma; Fernando, al ser de ello sabedor, marchó contra los sublevados con sus caballeros y los obligó por fuerza á volver á su ciudad.

La rivalidad entre Laras y Castros que lo sacrificaban todo á sus desatentados rencores, animóse mas y mas, y tomó cada dia mayores proporciones. Resuelto Manrique á despojar á los Castros de todos sus feudos y especialmente de la plaza de Huete, cuyos habitantes les eran muy adictos y en la que tenian su principal punto de apoyo, se encaminó contra ella á la cabeza de sus tropas, haciendo marchar á caballo junto á sí al rey que contaba únicamente ocho años. Fernando de Castro no esperó al enemigo, sino que salió á su encuentro, y ambas huestes se avistaron en Garcinaharros, á dos leguas de Huete. Fernando de Castro, que sabia cuanto deseaban los Laras su muerte, despojóse de las insignias que podian darle á conocer en la pelea, y en efecto, no fué vana su prevision: los soldados enemigos mataron en lugar suyo á otro caballero, cuyo traje parecia ser de un general, pero habiendo sucumbido en la refriega el mismo tutor del

(1) Zurita, Anal. de Aragon, l. II, c. XXIII.

rey, don Manrique de Lara, pusiéronse los suyos en completa dispersion, y don Fernando de Castro quedó dueño del campo de batalla. A. de J. C.

En este mismo año de 1164, los Anales Toledanos hacen mencion de la batalla de Libriella, pero de tan lacónica manera que no es posible acertar entre quien se empeñó (1); sin embargo, la conjetura mas plausible es haber sido dada por el rey de Leon contra los Laras, y que de ella no saldria el primero enteramente bien librado. En efecto, vémosle poco despues celebrar la paz con los Laras, lo que es probable que no hubiera hecho á quedar sus armas victoriosas. Sea como fuere, don Fernando y los Laras se reunieron otra vez en Soria, y convinieron en que para poner á Toledo á cubierto de las armas sarracenas, darian á los caballeros Templarios la plaza de Uclés, situada en los confines de Andalucía.

Luego que el rey de Leon hubo celebrado la paz con su sobrino y los Laras, Fernando de Castro, vencedor de Manrique de Lara, no quiso entregar las plazas que estaban en su poder hasta que el rey de Castilla hubiese llegado á la edad prescrita por el testamento de su padre don Sancho. Entonces los Laras formaron un numeroso ejército para arrebatar á los Castros cuantos castillos poseian en el reino de Toledo, y don Nuño, que habia sucedido en el cargo de tutor del rey á su hermano don Manrique, puso sitio á la plaza de Zorita, situa- 1166.
da en las márgenes del Tajo y una de las mas importantes de aquel territorio. Defendíala don Lope de Arenas, é hizo tan vigorosa resistencia, que, desesperando don Nuño de entrarla á viva fuerza, pagó á un criado del gobernador para que le diera muerte. Hecho esto, Zorita se rindió (2).

Esta conquista dió tanto aliento á la parcialidad de los Laras, que el rey de Leon, receloso de que rompieran la paz estipulada, alióse con don Sancho de Navarra para intimidar á aquellos orgullosos magnates, y de este modo pudo dirigir sus armas contra los Almohades, á quienes tomó Alcántara y Alburquerque.

Orgulloso don Nuño de Lara con la toma de Zorita, quiso arrebatar al gobierno de los Castros la importante plaza de Toledo, mas no esperando lograrlo por la fuerza de las armas, entabló secretas relaciones con cierto caballero toledano, llamado don Esteban Illan, quien introdujo en la plaza al rey de Castilla y á sus tropas, sin que don Fernando de Castro tuviera de ello conocimiento alguno. De pronto apareció en la torre de San Roman la bandera de Alfonso mientras que sus soldados gritaban: *¡Toledo, Toledo por el rey de Castilla!* La ciudad entera se conmovió y contestó á estas aclamaciones, de modo que don Fernando de Castro, despues de una vana tentativa para apoderarse de la torre, hubo de tomar la fuga con algunos de los suyos y refugiarse entre los Sarracenos.

En este mismo año la ciudad de Evora en Portugal fué tomada á los Musulmanes por Giraldo, apellidado *Sin miedo*, á la cabeza de una tropa de bandidos, sus compañeros. Giraldo sorprendió la ciudad durante la noche, la saqueó y la entregó á Alfonso I de Portugal, quien, luego de haber purificado su mezquita, puso en la antigua capital de Sertorio un obispo llamado Suero. El rey apo-

(1) Fué la batalla de Livirielle, era MCCIII (Ann. Tolet. 1os, p. 391.)
(2) Roder. Tolet., de Reb. Hisp., l. VII. c. 14.

A. de J. C. deróse poco despues, sin que la historia diga si Giraldo y sus compañeros, convertidos á una vida mejor, le auxiliaron en la empresa, de Mauro y de Serpa, y mandó reedificar Alconchel y el castillo de Coluchi. Monarca ya muy poderoso con las conquistas de Santaren, Cintra y Lisboa, dueño de un vasto estado que conquistara con la punta de su espada, Alfonso Enriquez de Portugal aprovechó
1168. desde 1166 hasta 1168, las turbulencias que tenian ocupadas las fuerzas de los reyes de Leon y Castilla, y se apoderó de varias plazas pertenecientes á la corona leonesa. La repoblacion de Ciudad Rodrigo, inmediata á su territorio, habíale causado grandísimos recelos, sospechando que su yerno la fortificase para molestar desde ella el territorio portugués, y dirigió contra la misma una expedicion mandada por su hijo el príncipe don Sancho. Acudió el Leonés en auxilio de la plaza amenazada, y en un encuentro que tuvo con las tropas portuguesas, púsolas en completa derrota, haciendo gran número de prisioneros. Despechado el Portugués, entró por tierras de Galicia, se apoderó de Tuy y de otros muchos cas-
1169. tillos, y en la primavera del año 1169, acometió la plaza de Badajoz poseida por los Sarracenos, pero que por varios títulos y pactos habia de ser incorporada en caso de conquista á la monarquía de Leon. Esto no obstante Alfonso Enriquez, sin respetar aquellas convenciones ni los lazos de parentesco que le unian con Fernando, atacó la plaza y queria hacerla suya. Habíalo casi logrado, y los Musulmanes habian sido arrollados á un extremo de la poblacion cuando Fernando II se presentó con sus huestes y atacó á Alfonso en las calles de Badajoz. El Portugués, que conoció la imposibilidad de sostener la lucha, quiso huir á uña de caballo, pero al pasar la puerta pegó contra uno de los hierros que la guarnecian y se rompió un muslo. Fernando trató á su suegro prisionero y ya muy anciano con gran nobleza y generosidad, y le hizo curar por sus mejores médicos. Esta campaña dió por resultado un tratado de paz entre ambos reyes, en virtud del cual recobró Alfonso la libertad con la sola condicion de que devolveria al Leonés las ciudades que en sus dominios le usurpara.

Dueño Alfonso VIII de Toledo, y acercándose el ansiado momento en que habia de empuñar las riendas del Estado y poner fin á las agitaciones y disturbios que á favor de su minoridad se habian promovido en Castilla, reuniéronse
1170. cortes en Burgos en 1170, y en ellas se le confió el gobierno de sus pueblos y se trató de la esposa que habia de dársele, acordándose que fuese esta la princesa Leonor, hija del rey Enrique II de Inglaterra, sin duda, dice Lafuente, con la esperanza de que por este medio viniese á él el condado de Gascuña que poseia el monarca britano, y que confinaba con los dominios del de Castilla por la parte de Guipúzcoa. Concertadas las bodas, y deseoso Alfonso de ir á esperar á Aragon á su futura esposa, marchó á Sahagun donde se hallaba ya el monarca aragonés, y entre los dos convínose allí en dar por terminadas ciertas contiendas que entre ambos se habian suscitado, y celebrar perpétua paz y union entre sí y sus ricoshombres contra cualesquiera príncipes y reyes, esceptuando al de Inglaterra, entregándose recíprocamente algunos castillos y fortalezas. Ambos reyes marcharon luego á Zaragoza, desde donde el de Castilla envió á Burdeos á varios prelados y magnates en busca de Leonor de Inglaterra, y llegada esta con gran séquito de barones y caballeros, determinóse celebrar las bodas en la ciudad de Tarazona. Verificáronse estas en setiembre del año 1170 con no vista

solemnidad, y el rey señaló en arras á su esposa muchas ciudades y castillos. A. de J. C.
Luego marcharon á Burgos los recien casados que apenas contaban quince años el uno y catorce la otra, y Alfonso entró de lleno en el goce de la soberanía. En 1171, nació ya de aquel enlace la infanta Berenguela, que su padre hizo recono- 1171.
cer como heredera del trono.

La alianza del Castellano y del Aragonés redundó, como siempre solia acontecer, en perjuicio del rey de Navarra, y ambos monarcas determinaron invadir los estados de Sancho, el uno por Tudela y el otro por Logroño. Sin embargo, preveni- 1172.
do como estaba el Navarro, Aragoneses y Castellanos recogieron de esta campaña escasísimo fruto, hasta que en el siguiente año quebrantó Alfonso de Castilla 1173.
el pacto celebrado, recobrando otra vez la plaza de Ariza, que era la mas importante de las tres que por su parte garantizaban la seguridad de lo acordado. Ofendido el Aragonés, negóse á celebrar las bodas hacia tanto tiempo tratadas con doña Sancha de Castilla, hasta que por fin zanjadas las diferencias que se habian suscitado entre ambos monarcas, dieron otra vez principio á las hostilidades contra el Navarro, apretándole y reduciéndole al último extremo en el castillo de Leguin, y recobrando el de Castilla las disputadas plazas de la Rioja. Las bodas de Alfonso II de Aragon con Sancha de Castilla, tia de Alfonso VIII, celebráronse por fin en Zaragoza en 1174, estrechándose así mas aun la alianza y 1174
amistad de ambos reyes.

Por este tiempo los Almohades de España recibieron gran refuerzo con la llegada del emir Yussuf Abu Yacub con un poderoso ejército, parte del cual marchó contra el territorio portugués, mientras que el emir invadió con la restante los estados de Castilla, adelantándose hasta las inmediaciones de Toledo; no pudo, empero, apoderarse de plaza ninguna, y hubo de volver á Andalucía sin mas trofeos de su campaña que algunos cautivos y despojos. Llegado el siguiente año avanzó todavía mas y puso sitio á la plaza de Huete, pero una copiosa lluvia que cayó el 19 de julio de 1172 inundó de tal modo sus trincheras, que quedaron inutilizados cuantos trabajos habia hecho. El cardenal Jacinto, legado del Papa, se hallaba entonces en Toledo, y merced á sus esfuerzos reunióse un numeroso ejército, que los sitiadores no esperaron, y Yussuf se retiró á Sevilla.

No fueron los Arabes mas felices en Portugal de lo que lo habian sido en Castilla. Vencidos por el esforzado Alfonso Enriquez, dirigiéronse en 1173 contra los estados de Leon, intentando apoderarse de Ciudad Rodrigo; pero don Fernando, que supo su marcha, encerróse sin vacilar en la plaza con las escasas tropas que pudo reunir en Leon, en Zamora y en otros lugares de Galicia, dando órden al resto de su ejército de reunirse con él cuanto antes. Todas las apariencias manifestaban que seria vencido, mas por la intercesion del apóstol Santiago, dicen nuestros piadosos cronistas, que fué anunciada por San Isidoro á un canónigo de Leon, los infieles fueron derrotados y solo pudieron conservar su libertad aquellos que apelaron á una inmediata fuga. Entre los cautivos hallóse Fernando de Castro, el gobernador de Toledo que se habia refugiado en territorio musulman en 1166, y conmovido el monarca leonés por sus desgracias y agradecido á los servicios que en otro tiempo le prestara, le admitió otra vez á su servicio colmándole de bienes y honores. Esto proporcionó al magnate ocasion de vengarse de los Laras sus antiguos é irreconciliables enemigos, pues en breve acudieron á su

A. de J. C. lado los parciales de otro tiempo. Los Laras por su parte reunieron tambien los suyos, y en 1174 encontrarónse de nuevo ambas facciones en Tierra de Campos, empeñándose una reñida pelea, en la que perecieron muchos é ilustres personages de uno y otro bando. Los condes don Alvaro y don Osorio fueron de este número: don Nuño y don Rodrigo Gutierrez quedaron prisioneros, y don Fernando de Castro concibió tal enojo al ver al primero, que era su suegro, en el bando de los Laras, que repudió á su esposa y casó con una hija bastarda del difunto emperador Alfonso, llamada Estefanía.

1175. Diez años hacia (1175) que don Fernando de Leon estaba casado con doña Urraca, infanta de Portugal, hija del rey don Alfonso Enriquez, con quien vivia en perfecta inteligencia, teniendo de ella un hijo llamado Alfonso como su abuelo paterno, pero informado el papa de que los consortes eran parientes en tercer grado, pues ambos eran nietos de Urraca y Teresa, hijas de Alfonso VI, obligólos á separarse amenazándolos con las censuras eclesiásticas, con gran sentimiento y pena del monarca de Leon, que casó algun tiempo despues con doña Teresa, hija del conde don Nuño de Lara.

1176 No podia resignarse don Sancho de Navarra con la estrechez á que por el Castellano habia sido su reino reducido, y otra vez suscitáronse cuestiones sobre las tan debatidas plazas de la Rioja. Prelados y ricos hombres intervinieron para evitar la guerra, y ambos soberanos convinieron en someter sus respectivas pretensiones á la decision arbitral del rey de Inglaterra, dándose cuatro castillos en mútua garantía de lo que pactaban, y estipulando una tregua de siete años. «Por aquel tiempo, dice Mateo París, Alfonso de Castilla, yerno del rey de Inglaterra Enrique II, y Sancho de Navarra, su tio, enviaron al rey de Inglaterra diputados prometiendo diferir á su arbitramiento en una cuestion que entre ellos se habia suscitado. Los diputados fueron introducidos en Westminster en presencia del rey, de los obispos, condes y barones. Los que defendian la causa del rey Alfonso pretendieron que Sancho de Navarra, aprovechando la posicion en que se encontraba dicho rey de Castilla, entonces huérfano y en tutela, le habia arrebatado castillos y tierras en el reino de Leon, entre otros Navarrete, Aptol, Antelna y Agesen (1) con sus dependencias, y esto con injusticia y violencia, puesto que el padre de Alfonso los poseia el dia de su muerte, y él los habia poseido pacíficamente muchos años despues. Los encargados de hablar en favor del rey Sancho nada contradijeron de lo sentado por sus adversarios, pero afirmaron que Alfonso habia despojado á Sancho por fuerza é injustamente de los castillos de Lerin, Portel y Godin. La parte adversa no dijo tampoco lo contrario, y el rey de Inglaterra, oido el parecer de los obispos, condes y barones, considerando que ninguna de las partes habia negado la violencia aducida por la otra, y que nada se oponia á las mútuas restituciones solicitadas por los embajadores, pronunció su fallo, mandando que cada uno de los contendientes restituyese al otro las villas, tierras y castillos de que injusta y violentamente se habia apoderado; que la tregua jurada por ambas partes fuese mantenida hasta el término fijado, y que en beneficio de la paz, el rey de Castilla pagaria liberalmente al de Navarra la suma de tres mil morobatines de año en año durante el término de diez años,

(1) Todos estos nombres han sido desfigurados por Mateo París.

excitándolos por fin á celebrar mútuamente la paz y á unirse por los lazos de una perpétua amistad (1).» A. de J. C.

Como siempre habia sucedido, Alfonso abandonaba enteramente al entrar en negociaciones al monarca de Aragon, á quien parecia proponerse la política de Castilla impedir toda adquisicion en territorio navarro.

De este año data la fundacion de otra órden militar célebre en los fastos españoles. Existia entonces en España una reunion de caballeros llamados de *San Julian del Pereiro* con el objeto de pelear contra los enemigos del nombre cristiano, y en 1176 fué esta reunion confirmada como órden militar religiosa por el pontífice Alejandro III y recibió sus constituciones de la regla de San Benito, como las habia recibido la de Calatrava, pero mitigándola y acomodándola á su instituto militar. Los caballeros de San Julian del Pereiro se llamaron despues de Alcántara, cuando en 1218 cedióles aquella villa la órden de Calatrava.

Terminadas por de pronto las cuestiones entre Alfonso de Castilla y Sancho 1177. de Navarra, dirigió el primero todas sus fuerzas contra los Musulmanes, y fué á sitiar á Cuenca, plaza muy fuerte por su situacion, por los numerosos soldados que la guarnecian y las abundantes provisiones que encerraba en su recinto. El sitio fué largo y mortífero, de tal modo que los hombres y los víveres empezaron á faltar en el campamento cristiano; el hambre hacia tambien estragos en la ciudad, y en este apuro, el rey de Castilla pidió auxilio al de Aragon que acudió al momento á su lado con muy buena hueste y muchos víveres y municiones de guerra. Igual demanda dirigieron los sitiados al emir de los Almohades Yussuf Abu Yacub, quien sin pérdida de momento mandó á los alcaides de Andalucía enviar á Cuenca cuantas tropas y víveres tuviesen á su disposicion. Un ejército sarraceno se presentó delante de la plaza, pero la hueste sitiadora le pareció tan brillante y superior en número que no se atrevió á entrar con ella en batalla, y limitóse á hacer una diversion por tierras de Castilla, llegando con terrible estrago hasta las puertas de Toledo. Don Gudiel y don Alfonso, alcaides de aquella plaza, hicieron una salida contra ellos, en la que fueron derrotados y muertos, pero esto no obstante Cuenca capituló poco despues, y el rey de Castilla hizo en ella su entrada en octubre de 1177. Agradecido al servicio especial que el rey de Aragon le prestara, le relevó del homenage que por la ciudad de Zaragoza y toda la parte de Aragon situada al oeste del Ebro tributaba á la corona de Castilla.

La toma de Cuenca facilitó á Alfonso los medios de alcanzar sobre los Musulmanes importantísimos triunfos; tomó á Alarcon y otras fortalezas mientras que el monarca aragonés llegaba por su parte hasta los muros de Lorca, pero detuvo sus pasos la repentina invasion que hizo en sus estados el monarca leonés, cuyas causas son un misterio para los historiadores. Fernando se apoderó de Castrojeriz y de Dueñas antes que el rey de Castilla hubiese podido poner estas plazas en estado de defensa, y este encontró, ignórase por qué causa, un aliado dispuesto á auxiliarle en el rey de Portugal (1178), que envió al mo- 1178 mento á su hijo Sancho contra su suegro de Leon. Poco ó nada se sabe de esta guerra, que seria sin duda de muy corta duracion, puesto que durante el otoño

(1) Mat. Paris, Hist. maj. Angl., ad ann. 1176.

A. de J. C. de este mismo año vemos al infante de Portugal hacer la guerra á los Almohades,
y á Alfonso de Castilla celebrar nuevos tratos con el Aragonés, nunca escarmen-
tado de tales alianzas, contra Sancho de Navarra. Alfonso VIII y Alfonso II rom-
pieron otra vez la guerra contra Sancho, pero habiéndose avistado el Castella-
1179 no y el Navarro en 1179 entre Logroño y Nájera, acordaron otra vez la paz sin
beneficio alguno para el Aragonés, reconociéndose en el de Castilla el dominio de
Logroño, Entrena, Navarrete y otros lugares de la Rioja, que habia de retener
como en depósito y prenda de alianza y amistad por espacio de diez años la per-
sona que el de Navarra designase.

1180 En el siguiente año avistáronse en Tordesillas, donde pusieron fin á sus di-
1181. ferencias, los reyes de Leon y de Castilla, y en 1181, por muerte de la reina doña
Teresa de Lara, casó don Fernando II en terceras nupcias con doña Urraca Lo-
pez, hija del conde don Lope Diaz, señor de Vizcaya, Nájera y Haro, muger alti-
va y ambiciosa que amargó los últimos años de la vida del rey.

La paz de que gozaba el rey de Castilla con los príncipes cristianos permi-
1182. tióle en este tiempo dirigir de nuevo sus armas contra los Sarracenos; marchó
á Calatrava donde reunió un ejército y con él puso sitio á Sietfila de la que se
apoderó, volviendo cargado de botin de la expedicion que hizo despues á las
1183 fronteras de Andalucía. En el siguiente año penetró á sangre y fuego en el reino
de Murcia, sin querer apoderarse de ninguna plaza á causa de los considerables
gastos que habria debido hacer para su conservacion y defensa.

Las conquistas del rey de Castilla parecen haber sido una de las causas que
1184 en 1184 llevaron á Yussuf á España á la cabeza de un numeroso ejército en el que
venian hasta treinta y siete walíes, llamados reyes por nuestras crónicas. Sin embargo, ya fuese que no se atreviera á invadir los estados de Alfonso VIII, ya que quisiera hacer una diversion entre los príncipes cristianos, dirigió sus armas contra el territorio portugués, estableciendo sus reales bajo los muros de Santaren, con ánimo de apoderarse de la plaza, una de las mas gloriosas conquistas de Alfonso Enriquez. Desde los primeros dias del cerco, los Sarracenos dirigieron contra la ciudad repetidos asaltos y emplearon contra ella todos los medios destructores de que disponian; los sitiados rechazábanlos siempre con decidido ánimo, pero era evidente que habrian de sucumbir á no recibir socorro y á perseverar los sitiadores en su obstinacion y empeño. En vano el príncipe Sancho y el obispo de Porto llegaron con buen socorro de gente é hicieron no poco daño á los enemigos; en vano acudió tambien con tropas de Galicia el arzobispo de Santiago: los de Santaren se hallaban cada dia en mayores apuros, tanto que, rotas las murallas, ocupaban ya los Almohades una parte de la ciudad. Un destacamento salido del campo sitiador con objeto de atacar el castillo de Alcobaza y distraer así á los cristianos, dió muerte en su marcha á diez mil mugeres y niños que habian cautivado en las cercanías de Santaren, como en venganza de las pérdidas que en el sitio habian sufrido. Los cristianos que defendian el castillo de Alcobaza se defendieron vigorosamente, y en una salida que verificaron, dieron muerte á tres walíes y pusieron en fuga su ejército. La ciudad de Santaren en tanto continuaba resistiéndose hasta que en julio de este mismo año súpose que acudia en su auxilio el rey de Leon con numerosas tropas. Receloso Alfonso Enriquez de las intenciones de su antiguo suegro, envióle á decir que no pasara adelante, mas Fernan-

do le tranquilizó diciéndole que su único intento era pelear con los Sarracenos. A. de J. C.
Dispuesto y armado Yussuf para la batalla, montó á caballo, pero en el acto cayó sin sentido derribado y cadáver al suelo, ya tirado por el animal, ya acometido de repentino accidente, ya herido de una flecha disparada desde el muro. Muerto el emir, su ejército tomó la fuga, abandonando todas sus riquezas (1).

Poco tiempo habia transcurrido de este feliz suceso, cuando en 6 de diciembre de 1185, falleció el ilustre fundador de la monarquía portuguesa, Alfonso Enriquez, despues de un glorioso y dilatadísimo reinado, sucediéndole su hijo Sancho, conocido ya por el esfuerzo que desplegara en casi todas las guerras sostenidas por su difunto padre. 1185

Mientras los Moros eran así vencidos y arrollados por los reyes de Leon y Portugal, el de Castilla marchaba á grandes jornadas hácia Extremadura, donde se apoderó de Trujillo y de Medellin, dos plazas entonces de gran fortaleza é importancia; pero atacado algun tiempo despues por los Mahometanos de Andalucía cerca de un lugar llamado Sotiello, quedó vencido con gran pérdida de los suyos. En el siguiente año 1186, entró en campaña con numeroso ejército, é Inhiesta, 1186 importante plaza en los confines de los reinos de Valencia y Murcia, cayó bajo los esfuerzos de sus armas; desde allí penetró por el interior de la tierra y volvió victorioso á sus estados, cargado de ricos despojos (2).

No olvidaba Alfonso VIII en medio de sus bélicas ocupaciones el gobierno y administracion interior de su reino en el tiempo que le dejaban libre sus campañas contra los Sarracenos; y aun en medio de estas vémosle recorrer las varias comarcas de sus dominios administrando justicia, extirpando abusos y manifestando su gran devocion y piedad, ya con las donaciones y mercedes que hacia á las iglesias y monasterios, ya fundándolos y reedificándolos. A él se debió en 1186 la fundacion de la ciudad y catedral de Placencia en una comarca de la Extremadura superior llamada Ambroz, y en 1187 la del famoso monasterio de 1187 las Huelgas de Burgos. Siguiendo el impulso dado por sus predecesores, las necesidades de los tiempos y las ideas entonces dominantes, otorgó fueros á varias ciudades, entre otras á la de Santander, que repobló y cercó de muros; y favorecedor del clero tanto como de los vecinos de las ciudades, eximióle de todo servicio, pecho ó tributo que pagase al rey.

Hemos dicho que el rey de Leon habia casado en terceras nupcias con doña

(1) Radulfo de Diceto, escritor casi contemporáneo; Mat. Paris; El Makkari.—Conde y El Kartas, historia del Magreb, cuentan este memorable suceso de un modo enteramente distinto. Dicen que Yussuf, despues de muchos é inútiles asaltos dados á la plaza, mandó á su hijo Abu Ishak, gobernador de Sevilla, que con el ejército andaluz marchara el dia siguiente á hacer una diversion contra la plaza de Lisboa. La noticia de esta órden se difundió entre los jefes, quienes creyeron que se trataba de aprovechar la noche para retirarse á Sevilla el ejército entero Muchas tropas emprendieron la marcha á favor de las tinieblas, y cuando al asomar el dia Abu Ishak levantó su campo y se puso en camino con su division, otras le siguieron y el emir de los Musulmanes quedó abandonado sin saberlo. Los sitiados vieron con alegría desde lo alto de los muros desaparecer una á una las blancas tiendas de los sitiadores y quedar únicamente las del emir y su guardia. Saliendo entonces en gran número, precipitáronse contra la reducida hueste sarracena á la que dispersaron y llegaron á la tienda del emir que cayó acribillado de heridas. A los gritos de los combatientes acudieron parte de las tropas que se habian puesto en marcha, y despues de rechazar á los cristianos, pudieron librar á su soberano, que murió de sus heridas transcurrido poco tiempo.

(2) Roder. Tolet., de Reb. Hisp., l. VII, c. 14.

A. de J. C. Urraca Lopez, la que, conociendo que se acercaba el término de la vida de su esposo, quiso elevar al trono de Leon á don Sancho, su hijo primogénito, y al de Galicia á don García, su otro hijo, en perjuicio de don Alfonso su hermano, que tuviera don Fernando de doña Urraca, infanta de Portugal. Para lograr su designio, sostenia que el nacimiento de Alfonso era ilegítimo en cuanto habia sido anulado el matrimonio de su padre, y este, anciano ya y agobiado bajo el peso de sus achaques, dejóse seducir por semejantes razones y desterró de su corte á su hijo primogénito. Este destierro fué un triunfo para la reina que, aprovechando la ausencia de su entenado, hizo todos los esfuerzos imaginables para acercar á sus hijos al trono de su padre; los señores leoneses le opusieron, empero, una resistencia invencible, y para mayor desgracia para la ambiciosa Urraca, el rey Fernando II de Leon, de quien unánimemente nos dicen las crónicas que fué es-
1188 forzado, benéfico, liberal y piadoso, murió en Benavente en 21 de enero de 1188 á los treinta y un años de su reinado.

Acaecido este suceso, la reina se esforzó en vano para hacer coronar á su hijo primogénito don Sancho, pues don Alfonso llegó de Portugal, á donde se habia refugiado, y sus pueblos le recibieron con los brazos abiertos. Doña Urraca, que vió frustrados sus vastos designios, se retiró á Nájera, donde vivió en prolongada viudez, devorada por una ambicion estéril, sin esperanza de ver reinar á sus hijos.

Hemos dejado á Alfonso II de Aragon luego de haber tomado en su mano las riendas del estado en las cortes de Zaragoza, y transcurrido poco tiempo vemos considerablemente aumentadas las posesiones de la corona aragonesa. Por haber muerto sin sucesion su primo Ramon Berenguer (1166), heredó Alfonso el rico condado de Provenza; en 1170 hízole reconocimiento doña María por el feudo de Bearne y Gascuña, y en 1177 heredó el Rosellon por haber muerto sin hijos el conde Gerardo, de modo que se titulaba rey de Aragon, conde de Barcelona y Rosellon y marqués de la Provenza.

Sabidos son ya de nuestros lectores los pactos y convenios del Aragonés con Alfonso VIII de Castilla, pactos y convenios que terminaban siempre en beneficio para este y en perjuicio para aquel; mas el constante deseo que animaba á Alfonso II de unir otra vez á Aragon el territorio navarro, no le impidió por aquel mismo tiempo hacer á los Moros cruda y obstinada guerra. Encaminándose con sus huestes á las riberas de Alhambra y Guadalaviar, rindió muchos lugares y castillos de la comarca, y volviendo luego con su ejército hácia las montañas de Prades, donde se habian levantado los infieles que las habitaban, los echó de la comarca, y pobló y fortificó á Teruel que dió en feudo á un ricohombre aragonés llamado Berenguer de Entenza (1171). La muerte de Aben Lop le alentó á avanzar hasta los muros de Valencia, y penetró hasta Játiva talando toda aquella tierra (1172), pero hubo de desistir de su empresa por haber sabido que el rey de Navarra, quebrantando las treguas que poco antes asentaran, habia invadido sus estados aprovechando su ausencia. Alfonso corrió á conjurar el peligro, y entrando en tierras de su contrario por la parte de Tudela, destruyó lugares y castillos é hizo suya la fortaleza de Arguedas en la que dejó guarnicion.

Otro de los objetos que habian motivado la alianza de los reyes de Aragon y Castilla, era la singular posicion que ocupaba en Albarracin cierto ricohombre,

llamado don Pedro Ruiz de Azagra, que habiendo obtenido aquel territorio por donacion que le hiciera el rey moro de Murcia, habíalo poblado de cristianos, consiguiendo que su iglesia de Santa María fuese erigida en sede episcopal, y vivia allí como un reyezuelo sin reconocer la soberanía de los monarcas de Aragon ni de Castilla, y favoreciendo en secreto á don Sancho de Navarra. Los dos soberanos aliados convinieron en repartirse aquellos dominios, pero tampoco por entonces tuvo efecto lo estipulado, por la infraccion que de ello hizo Alfonso VIII. Esto, como hemos dicho, enojó tanto al Aragonés, que, desentendiéndose del compromiso que desde la infancia contrajera con doña Sancha de Castilla, solicitó la mano de la hija de Manuel, emperador de Constantinopla, quien se holgó mucho de semejante demanda y apresuróse á enviar á su hija á Aragon con numeroso séquito. Sin embargo, llegado que hubo esta á Montpeller, hallóse con la singular noticia de que Alfonso, reconciliado con el Castellano, habia casado ya con doña Sancha; la burlada princesa dió allí mismo la mano de esposa á Guillen de Montpeller, señor de aquel estado.

Alfonso II continuó sus guerras contra los infieles y contra su constante enemigo de Navarra. En este mismo año de 1174 apoderóse del castillo y villa de Milagro, situado en lo alto de un cerro entre Calahorra y Alfaro, y hémosle visto en 1177 auxiliando al de Castilla en la toma de Cuenca y llegar hasta Lorca. Tambien trató de arrojar á los Moros de las islas Baleares, pero esta gloriosa empresa estaba reservada para él no menos glorioso Jaime.

Estos cuidados y las negociaciones y tratos en que habia de estar contínuamente con los señores feudales de la otra parte de los Pirineos ocuparon á Alfonso II hasta el año 1188 á que de nuestro relato hemos llegado. A 11 de agosto de 1184, pereció con muchos de los suyos el conde Armengol de Urgel, hijo del conde de igual nombre que llamaron de Castilla, acosados por los Moros de Valencia al regresar de una victoriosa entrada que en su territorio hicieron. En 1186 vemos que los reyes de Aragon y de Castilla celebraron una nueva conferencia en Agreda para tratar de lo que habia de hacerse contra el señor de Albarracin que persistia en su absoluta independencia, pero como era notorio que aquella tierra, en caso de conquista, habia de pertenecer al Aragonés, queria mas el rey de Castilla, á pesar del rencor que abrigaba contra don Pedro Ruiz de Azagra, que estuviese en manos de este que en las del rey de Aragon. Por esto, entonces como antes se separaron sin tomar medida alguna eficaz, limitándose á determinar que no recibiesen de allí en adelante ni acogiesen en sus reinos á don Pedro ni á ninguno de sus hermanos ni gentes, excepto á don Gonzalo Ruiz de Azagra, vasallo del rey de Castilla.

Proclamado Alfonso rey de Leon (1), jóven que contaba entonces diez y siete años, fué su primer cuidado tributar á su difunto padre los últimos honores, y visitar á su madre Urraca en Fermosella, á donde se habia retirado. En seguida, para captarse la benevolencia de su primo el rey de Castilla, presentóse en las cortes que este celebró en Carrion el mismo año de la muerte de Fernando, y en

(1) A este Alfonso le tocaba ser el VII de Leon, pero como reinaba ya un Alfonso VIII en Castilla y los dos reinos se unieron despues en una misma casa real, la generalidad de los autores adoptaron el número de unos reyes para la série de los otros, haciendo de todos una misma numeracion cronológica.

A. de J. C. ellas fué armado caballero por la mano de Alfonso VIII que besó en señal de deferencia, acto de que se arrepintió sin duda mas tarde por pretender el de Castilla que con él le habia reconocido como soberano.

En las mismas cortes fué armado tambien caballero por Alfonso VIII el príncipe Conrado de Suavia, hijo del emperador Federico Barbaroja, desposado con doña Berenguela, hija primogénita del rey de Castilla. El príncipe habia venido á España para la realizacion del matrimonio que en efecto se verificó, si bien no llegó á consumarse por oposicion de doña Berenguela, que decia haberse celebrado sin su consentimiento, y alegaba el parentesco remoto que entre ella y Conrado mediaba. La Santa Sede conoció de este negocio, y una sentencia del pontífice dejó libres á ambos jóvenes y disolvió el lazo que los habia unido.

Por aquel tiempo los dos reyes de Leon y de Castilla aliáronse con el emir almoravide de Mallorca, é hicieron guerra á los Almohades, á quienes tomaron
1189. Reina, Magacela, Baños y otras muchas plazas (1189). No satisfechos con estas conquistas, pasaron Sierra Morena, pusieron á sangre y fuego los alrededores de Sevilla, llegaron hasta el mar, y en su retirada se apoderaron de Calasparra. Acabada esta expedicion indispusiéronse ambos soberanos por las razones que despues diremos.

«Aquel mismo año, dice Mateo Paris, algunas naves procedentes del Norte que recorrian el Océano británico se aliaron con unos peregrinos ingleses, y estos partieron de Troe ó Trou (Portsmuth) quince dias antes de las calendas de junio, llegando á Lisboa despues de varios lances y alternativas, embarcados en treinta y siete buques de transporte. El rey de Portugal, viendo que las naves de aquellos extranjeros estaban bien provistas de hombres y de armas, rogó á los recien llegados que le socorrieran y le ayudaran á tomar una ciudad llamada Silves, prometiendo secundarlos con otras treinta y siete galeras y otros buques. Bajo la fe del juramento celebróse entre ellos un tratado, conviniéndose en que los extranjeros conservarian para sí cuanto oro, plata ú otros objetos recogiesen en el saqueo de la ciudad, reservándose únicamente el rey la ciudad misma. La expedicion salió de Lisboa, y despues de una corta y feliz navegacion, entró en el puerto de Silves. Los Portugueses y sus aliados, en número de tres mil quinientos hombres de armas, saltaron á tierra y dieron principio á las operaciones del sitio apoderándose al tercer dia de los arrabales, y obstruyeron con tierra, heno y piedras la fuente que proveia de agua la ciudad. Agobiados por la sed, los Sarracenos no pudieron resistir al ímpetu de los cristianos, quienes habiendo forzado con indomable valor las puertas de la plaza, hallaron en ella mas de sesenta mil paganos que fueron pasados todos á cuchillo, excepto trece mil de ambos sexos. La ciudad quedó purgada de los vicios de la idolatría; el obispo de Porto dedicó á la madre de Dios la gran mezquita de los Sarracenos consagrada á Mahoma, y estableció en ella por obispo un presbítero llegado de Flandes en compañía de los peregrinos (1).»

Alfonso de Leon no podia ver sin inquietud la fundacion de la nueva ciudad de Placencia que, segun hemos visto, hacia el rey de Castilla en la Extremadura superior, y por esto es que no considerándose bastante fuerte para resistir él

(1) Hist. maj. Angl., ad ann. 1189

solo á su poderoso primo entró en la confederacion de los príncipes cristianos españoles que por aquel entonces empezaba á formarse contra Alfonso VIII de Castilla. La fortuna, dice un escritor, con que el Castellano habia ido engrandeciendo su poder, excitó los celos de los soberanos sus vecinos, los cuales por otra parte no estaban satisfechos de la escrupulosidad del de Castilla en la observancia de los pactos y alianzas. Sancho de Portugal fué el primero en proponer su alianza á Alfonso II de Aragon, enviándole embajadores á las cortes que celebró en Huesca en 1188, alianza que fué aceptada por el Aragonés. El rey de Navarra, reconciliado momentáneamente con este, entró poco despues en la liga, conducta que imitó, como hemos visto, el monarca de Leon, prometiendo los aliados no hacer paz ni tregua sino de voluntad y consentimiento de todos. Para estrechar mas sus relaciones con el Portugués, Alfonso IX, tomó por esposa (1190) á su hija mayor Teresa, agraciada y discreta doncella de quien nuestras crónicas hacen unánimes elogios. La liga de los cuatro monarcas no se sabe que produjera por de pronto mas resultado que aislar completamente al Castellano, si bien es posible que ocurriera entonces, mientras Alfonso VIII con ánimo esforzado hacia atrevidas irrupciones por las tierras de Andalucía, causando gran daño á los Moros de Ubeda, Jaen y Andújar, la entrada de Alfonso II en tierras de Castilla, cuya fecha no declara ningun historiador antiguo. Limítanse únicamente á dar cuenta de este hecho, y añaden que habiendo Alfonso VIII talado las fronteras aragonesas por via de represalias, Alfonso II le salió al encuentro por la parte de Ágreda, alcanzando completa victoria en la batalla que allí se empeñó (1).

Segun varias veces hemos podido observar en el decurso de esta historia, los pontífices de aquella edad se mostraban inexorables, movidos por altos intereses morales y políticos, en el cumplimiento de las disposiciones disciplinarias que prohiben el matrimonio en cierto grado de consanguinidad. Clemente III, que ocupaba entonces la sede pontificia, no quiso mostrarse mas blando con Alfonso IX de Leon de lo que lo fueran sus predecesores con otros monarcas cristianos, y luego que supo su enlace con su prima hermana, mandó á su legado que declarase la nulidad del matrimonio y procediese á su disolucion. No quisieron consentir en ella Alfonso ni Teresa, pretextando que el impedimento de que se trataba era puramente civil y podian ellos mismos dispensarlo. El Papa resolvió enviar entonces á España al cardenal Jacinto en calidad de legado para proceder contra los reyes de Leon en caso que resistieran á sus órdenes, pero así las cosas, murió Clemente, y Jacinto fué elevado á la silla de san Pedro bajo el nombre de Celestino III. Su primer cuidado fué enviar á Leon al cardenal Gregorio de San Angelo, quien al ver la oposicion de Alfonso, convocó un concilio en Salamanca, al que fueron invitados todos los obispos de ambos reinos de Leon y Portugal. El matrimonio fué declarado nulo, pero los obispos de Leon, de Astorga, de Salamanca y de Zamora, que no asistieron al concilio, sostuvieron la validez de aquel, fundándose en la doctrina de que el impedimento de consanguinidad en el grado de que aquí se trataba no era de derecho divino ni de derecho eclesiástico, sino puramente civil y político, establecido por los reyes, que por lo

(1) Zurita, Anal. de Aragon, l. II, c. XLIV.

A. de J. C.

1190.

1191

1192.

A. de J. C. mismo podian dispensarse de observarlo. El legado excomulgó á los cuatro obispos y amenazó á los reyes de Leon y Portugal con poner en entredicho sus reinos si desobedecian por mas tiempo al concilio. Los régios consortes no se apresuraron á acatar esta disposicion, y el cardenal Gregorio, despues de apurar la persuasion y la amenaza, fulminó un entredicho contra los dos reinos, lo cual causó entre los pueblos conmocion grandísima. En vano partió para Roma el obispo de Zamora á fin de alcanzar del Papa la dispensa del impedimento que hacia nulo el matrimonio; lo único que del Pontífice pudo recabar fué que
1193 le absolviera á él de la excomunion, y que levantara el entredicho por lo tocante á los pueblos, limitándose á prohibir la celebracion de los divinos misterios en presencia del rey y de la reina (1).

Mientras el rey de Leon andaba así ocupado en este grave asunto de familia, el de Castilla, libre ya de los ataques de Alfonso II de Aragon, en caso de que á esta época hayan de referirse los que antes hemos mencionado, dirigia de nuevo todas sus fuerzas contra los Almohades. Don Martin de Pisuerga, arzo-
1194 bispo de Toledo, penetró en Andalucía (1194) causando en los enemigos incalculable estrago, mientras que Alfonso á la cabeza de sus soldados avanzaba intrépidamente á sangre y fuego por los dominios musulmanes. El emir Yacub ben Yussuf se hallaba entonces ausente y enfermo en Africa, y, segun confesion de las mismas crónicas árabes, no habia un rincon de tierra que no talasen y devastasen las tropas cristianas, no hallando los Muslimes consejo ni remedio para contener tantas violencias. Alfonso, de levantado y caballeresco ánimo, soñó por un momento en que era él el destinado por la Providencia para expulsar á los infieles de España, y cuéntase que desde las playas de Algeciras escribió á Yacub, apellidado Almanzor, la siguiente carta: «En nombre de Dios clemente y misericordioso: el rey de los cristianos al rey de los Muslimes: puesto que no puedes venir contra mí ni enviar tus gentes, envíame barcos, que yo pasaré en ellos con mis soldados á donde estén estas y pelearé contigo en tu misma tierra, con la condicion de que si me vencieres seré tu cautivo, habrás grandes despojos, y tú serás el que dará la ley, y si yo salgo vencedor, entonces todo estará en mi mano y la daré al Islam.»

Leida que fué esta carta por Yacub Almanzor, dice la crónica, le acaloró y encendió el religioso celo de vengar los oprobios que al islamismo se hacian; mandó que se leyese á sus Almohades, á los Arabes, á las cabilas zenetas y masamudes y á todos los jeques que se hallaban presentes, y todos se ensañaron, encendieron, tumultuaron y previnieron para la venganza, manifestando sus ardientes deseos de pasar á la guerra santa. Yacub llamó á su hijo y futuro sucesor Cid Muhamad, y mandóle escribir lo siguiente á la vuelta de la carta del maldito Alfonso: «Alá omnipotente ha dicho: revolveré contra ellos y los haré polvo de podredumbre con ejércitos que no han visto, y los sumiré en humillacion y envilecimiento.» Almanzor entregó la carta á un mensagero, y mandó sacar el pabellon rojo y la espada grande y poner en marcha sus escuadrones de Almohades. Escribió á Ifrikia y á todas las provincias del Magreb que congregasen sus gentes para la santa guerra, y á su voz acudieron los hombres de to-

(1) Roder. Tolet. de Reb. Hisp., l. VII, c. 14.

das edades y regiones, los moradores de los valles profundos y de los altos montes (1). A. de J. C.

Yacub salió de Marruecos el jueves 18 de jiumada primera del año 591 (1195), y aquella infinita muchedumbre, que no bastaba la tierra para sustentarla 1195
ni los rios para abrevarla, caminó sin que ninguno volviese la cabeza, poseidos todos de un mismo ánimo y de resolucion igual. Atravesó la hueste el mar con facilidad suma, y despues de un dia de descanso en Algeciras, Yacub dió otra vez la órden de marcha, que no queria que se enfriara el ardor que animaba á sus tropas.

Alfonso se hallaba otra vez en Toledo cuando supo el desembarco de la innumerable morisma, y escribió á los reyes de Leon, Portugal, Aragon y Navarra (ceñia esta corona Sancho VI el Fuerte, hijo y sucesor de Sancho V el Sabio, fallecido por aquel entonces) para que deponiendo sus mútuos rencores acudiesen en su auxilio, pues en ello iba la causa de la religion y de su comun libertad. Prometiéronle aquéllos príncipes reunirse con él en Toledo con todas sus fuerzas, pero ya fuese que por torcida política y ambiciosas miras hubiesen resuelto abandonar al Castellano al furor de los infieles, segun insinua Rodrigo de Toledo, historiador contemporáneo, ya que su tardanza no reconociese otras causas que los indispensables preparativos para tan gran empresa, ello es que Alfonso VIII salió solo al encuentro del enemigo, desoyendo con impaciencia ó quizás con desordenado amor de gloria los prudentes consejos de sus capitanes, que le instaban para que no midiera sus fuerzas con el enemigo hasta que hubiesen llegado las de sus aliados.

El emir africano supo que Alfonso se hallaba con su ejército delante de Medina Alarcos, y confiado en Dios y en su favor poderoso, púsose al momento en precipitada marcha sin detenerse en parte alguna, sin entrar en las ciudades ni villas, sin atender á los que quedaban rezagados, tal era su ansia por pelear con los cristianos, y en jueves 3 de javan del año 591 acampó á dos cortas jornadas del lugar en que se encontraba Alfonso.

Allí celebró un consejo de guerra para determinar el órden que habia de seguirse en la batalla y acordar todas las disposiciones necesarias. Venido el sábado 5 de javan se puso el emir en su pabellon rojo, destinado para los dias de batalla, y empezó á moverse el campo, determinados todos y ordenadas ya las haces para el próximo combate. El miércoles 9 de javan (19 de julio) llegó el ejército á la vista de la hueste cristiana que ocupaba todo el territorio inmediato á Alarcos, así llanos como cerros y colinas. Abu Yahia, que mandaba el cuerpo de vanguardia, compuesto de Andaluces y de escogidas tropas africanas, apenas tuvo tiempo para formar sus soldados en batalla: los cristianos impacientes y ardorosos tambien destacaron una columna de siete ú ocho mil hombres de caballería, cubiertos todos de hierro así ginetes como caballos, que rechinando y crugiendo las broncíneas armas y como sedientos de sangre, acometieron denodados y embistieron con todo el ímpetu de su fortaleza á la hueste de los Muslimes. «Compañeros musulmanes, gritó Abu Yahia al ver llegar aquella masa de hierro erizada de lanzas y espadas, estrechad las filas; nadie abandone su pues-

(1) Conde, P. 3.ª, c. LII.

to. Poned vuestros pensamientos en Dios y esperad en él. Orad con fervor desde el fondo de vuestra alma, pues la ocasion es bella: de una parte el martirio y el paraiso, y de otra la victoria y abundantes despojos.» En esto llegó la impetuosa hueste con tal denuedo, que el pecho de sus caballos llegó á tocar los escudos musulmanes; la línea enemiga no pudo sin embargo ser rota, y otra vez volvieron los nuestros á la carga, y otra vez se estrellaron su denuedo y empuje delante de los apiñados batallones africanos. Por tercera vez se disponian al terrible encuentro y Ben Senadid, jefe de los Arabes, gritó: «Afirme Alá vuestros piés contra esta acometida. ¡Animo y constancia!» Nada pudo resistir entonces al choque de los caballeros cristianos. Rotas y desbaratadas las líneas musulmanas, los cristianos penetraron hasta el centro donde se hallaba Abu Yahia, matando y destrozando, y oscurecióse el dia, dice la crónica, con la polvareda y vapor de los que peleaban, que parecia noche. Allí cayó Abu Yahia acribillado de heridas y con él perecieron cuantos caudillos le rodeaban. Pronto sin embargo habia de variar el aspecto del combate. Repuestos los Musulmanes del primer estupor, volvieron todos con nuevo ardor á la pelea, y mientras unos rodeaban al esforzado escuadron que tan bien habia principiado la batalla, dirigiéronse otros acaudillados por Senadid con innumerable muchedumbre á la colina en que estaba Alfonso con el grueso de sus tropas, que las crónicas árabes hacen subir á trecientos mil hombres entre caballeros y peones; gran exageracion sin duda, si se atiende á que solo los Castellanos entraron en esta batalla. Allí fué el combate sangriento y la matanza horrible, y las órdenes militares españolas alcanzaron inmarcesible lauro: cuando el terror empezó á dispersar á los soldados de Castilla, solo ellas y algunos cuerpos de caballeros ofrecian impenetrable muro á la hueste sarracena, y casi todos sus freires sellaron aquel dia con su sangre el voto que hicieran de defender la cruz. En tanto los cristianos que combatian en el llano, diezmados y cercados por todas partes, quisieron retirarse hácia los reales de Alfonso, mas no pudieron romper la línea de sus enemigos, y casi todos perecieron despues de vender muy cara su vida. El resultado de la batalla no era ya dudoso, y mucho menos lo fué cuando se presentó el emir africano y su ejército de Almohades, cuyos alaridos, unidos al estruendo de sus atambores, acabaron de hacer pavoroso y terrible el cuadro que aquellos campos presentaban. Alfonso se adelantaba entonces con designio de cargar á los Musulmanes con todas sus fuerzas cuando vió los blancos estandartes de los Almohades y los nuevos batallones que entraban en línea: «¿Qué es esto, preguntó?—Es el emir africano que llega con su retaguardia, le contestaron; con su vanguardia únicamente has combatido hasta ahora.» Dios, dicen las crónicas musulmanas, puso entonces gran terror en el corazon de los infieles, y todos volvieron la espalda y tomaron desalada fuga, seguidos y alcanzados por la caballería vencedora; los cristianos caian bajo los aceros como las espigas bajo la hoz de los segadores, y Alfonso, que con la nobleza de Castilla y los caballeros de Calatrava, de Santiago y San Julian, mantenia aun con heróica constancia la horrorosa lid, hubo á su vez de abandonar el campo al encontrarse casi solo: los denodados caballeros habian casi todos perecido.

Los Musulmanes cercaron la fortaleza de Alarcos creyendo que el rey de Castilla se habria refugiado en ella, pero el infiel, el maldito, el enemigo de Dios,

segun le llaman, habia entrado por una puerta y salido por otra de la parte A. de J. C.
opuesta. Los vencedores pusieron fuego á las puertas y entraron por asalto en Alarcos, apoderándose de cuantos tesoros, armas, utensilios, caballos y provisiones habia en la fortaleza y en el campamento cristiano. El número de los que murieron y de los que quedaron cautivos solo Dios lo sabe, dicen los autores musulmanes; los cristianos lo hacen ascender á mas de veinte mil; pero generoso y noble Yacub Almanzor, dió en el acto libertad sin rescate ni condicion alguna á veinte y cuatro mil caballeros y hombres de armas que habian quedado prisioneros.

Tal fué la famosa rota de Alarcos, la mas funesta que habian experimentado los cristianos despues de la de Zalaca. La fama de tan gran desastre llegó á todos los paises cristianos, y en todos ellos produjo profundo sentimiento de indignacion y espanto.

El victorioso ejército musulman corrió luego la tierra cristiana tomando ciudades y fortalezas, quemando aldeas y alquerías, robando, matando y cautivando, hasta que no hallando enemigos que se atrevieran á hacerle frente, tomó el camino de Sevilla, donde entró triunfante Yacub Almanzor. Su primer cuidado fué disponer la construccion de una magnífica aljama con un alto minarete (la Giralda), á cuyas obras consagró toda la parte que le habia tocado en el botin de la campaña. En el siguiente año en 592 (1196), salió el emir á otra expedicion y tomó las 1196
fortalezas de Calatrava, Guadalajara, Madrid, Alcalá de Henares y Uclés; penetró luego en territorio de Toledo, y aun cuando puso cerco á la ciudad y aplicó contra sus muros terribles máquinas de guerra, hubo de desistir de su empeño conociendo su fortaleza y limitarse á quemar sus huertas y talar sus contornos. Pasó luego á Salamanca y la entró por fuerza de armas; sus moradores fueron pasados á cuchillo, y sus mugeres é hijos llevados cautivos, y despues que el emir, terrible como las atronadoras tempestades, hubo incendiado la ciudad y asolado sus muros, tornó á Sevilla en primero de safar del año 593 (23 de diciembre de 1196), ocupando de paso muchas fortalezas, entre ellas las de Albalete y Trujillo. Dió luego prisa para terminar la aljama y su alto alminar; mandó hacer la grande y hermosa manzana cuya grandeza es tal que, segun la crónica de Conde, no tiene semejante, y en seguida se volvió á Africa, llegando á Marruecos en junio ó julio de 1198. (1) 1198

Con los restos de su destrozada hueste, Alfonso VIII habíase retirado á Toledo, donde encontró ya al rey de Leon con su ejército, y descontento el uno por no haber sido esperado y ofendido el otro por el vencimiento padecido, es lo cierto que ambos soberanos, entre los cuales no existia, como ya sabemos, muy cordial amistad, se separaron completamente hostiles; y como si no bastara la desolacion que habia caido sobre España, cuyas provincias meridionales recorrian

(1) Un pasage intercalado en la crónica de Mateo Paris en el manuscrito de Cecil, señala una causa muy singular al regreso de Yacub á Africa, que manifiesta bien las ideas de la época. «Los bárbaros supieron, dice, que el papa habia reunido un concilio proponiendo la predicacion de una cruzada general contra ellos, cuyo jefe habia de ser el ilustre rey de Inglaterra Ricardo, cuya fama habia llenado el Oriente é inspirado gran terror á los Africanos. Habian sabido su prision y su libertad, y tambien lo que hiciera contra el rey de Francia, y por esto aquellos infieles volvieron á su país.»

en todos sentidos las triunfadoras huestes africanas, vemos á los dos reyes cristianos de Castilla y Leon, secundado este por el de Navarra, en abierta enemistad. Los dos aliados invaden Castilla por dos puntos á la vez, mientras que el Castellano penetra en el reino de Leon y se apodera de Carpio, de Castro Verde, de Valencia de Don Juan y de otros lugares, marchando luego á poner sitio á la misma capital, si bien le obligó á retirarse la heróica defensa de sus habitantes, contentándose con destruir el arrabal en que habitaban los Judíos. No fué mas feliz en el sitio de Astorga, y hubo de volver á su corte satisfecho con haber causado todo el daño posible á un príncipe cristiano, pariente suyo, en una época en que los infieles devastaban la mayor parte de sus estados.

Por aquel tiempo, en 25 de abril de 1196, falleció el rey de Aragon en Perpiñan de una grave dolencia que hacia algun tiempo le aquejaba, teniendo sus reinos y señoríos en completa paz, no solamente los de esta parte de los Pirineos, sino tambien el condado de Provenza y demás estados de Francia, y reconociéndole como á señor soberano Bearne, Gascuña, Bigorra, Comenge, Carcasona, Beses y Montpeller. Poco antes de su muerte, hallándose en la ciudad de Lérida, cedió á la órden del Temple, á la que como su padre habia dado durante su reinado muchas muestras de predileccion, las villas y castillos de Alhambra, Orrios y la Peña del Cid. De su esposa doña Sancha tuvo tres hijos: Pedro, que le sucedió en el reino de Aragon, en los estados de Cataluña, en los condados de Rosellon y Pallars y en todo el derecho que le pertenecia desde la ciudad de Beses hasta los puertos de Aspa; Alfonso, que recibió los condados de Provenza, Aymillan, Gavaldá y Redon ó Roda, y el derecho que competia á su padre sobre el señorío de Montpeller; Fernando, que fué monge del monasterio de Poblet; Constanza, que casó primero con Emerico, rey de Hungría, y luego con Federico II, emperador de Alemania; Leonor, esposa de Ramon IV, conde de Tolosa; Sancha, que lo fué de Ramon V del mismo condado, y Dulcia, religiosa del monasterio de Sixena, del cual fué fundadora la reina doña Sancha su madre, que tambien se retiró al claustro y profesó despues de la muerte del rey en el mismo monasterio, donde murió en 1208. En el testamento que otorgó este monarca en 1194, en el cual estableció algunas de las disposiciones dichas, eligió su sepultura en el real monasterio de Nuestra Señora de Poblet, cuya fábrica, que habia empezado su padre el conde Ramon Berenguer IV en 7 de setiembre de 1153, se concluyó durante este reinado (1); legó al mismo monasterio su real corona y la dominicatura de Vinaroz; hizo varios legados á la iglesia y al pontífice romano, á los Templarios, Hospitalarios y al Santo Sepulcro de Jerusalen, á las órdenes del *Cistell* ó Cister, Grandimontis y Cartuja y á infinidad de iglesias y monasterios, entre ellos el de Scala Dei *quod de novo ædificare facio,* y al de Santa María de Ripoll *in recuperatione sepulturæ meæ.* Sustituyó el un hijo al otro por órden de primogenitura y á sus hijas, que no nombra, en falta de los hijos, previniendo que si llegaba á verificarse la sucesion de sus hijas, se casasen con voluntad y consejo

(1) Alfonso II fué el primer rey de la casa de Aragon que se enterró en aquel monasterio, dejando la antigua sepultura de San Juan de la Peña de los antiguos soberanos de Sobrarve y Aragon, y la de Nuestra Señora de Ripoll, donde solian enterrarse los primitivos condes de Barcelona.

de sus albaceas y magnates del reino, y dejó finalmente á sus hijos bajo la tutela de su esposa doña Sancha, á don Pedro hasta la edad de veinte años y á don Alfonso hasta la de diez y seis (1). Su continencia mereció á este rey el renombre de Casto.

En 16 de marzo de este mismo año, dice Zurita, se celebraron en Zaragoza las honras y exequias del rey don Alfonso, y el mismo dia fueron por el infante don Pedro su hijo confirmados los fueros, usos, costumbres y privilegios del reino de Aragon que el rey don Alfonso I, el rey don Ramiro y el príncipe don Ramon Berenguer le habian concedido. Convocadas cortes en la villa de Daroca para el mes de setiembre siguiente, con asistencia de los prelados y ricoshombres, mesnaderos, caballeros y procuradores de las ciudades y villas del reino, don Pedro tomó posesion del mismo y se intituló rey, tornando á confirmar los fueros, costumbres y privilegios. Tomó entonces á su mano todos los honores y feudos de las ciudades y villas de la corona real que tenian los ricoshombres, para repartirlos y confirmarlos segun le pareciere (2). Determinó socorrer al rey don Alfonso de Castilla en guerra con los reyes de Leon y Navarra, al tiempo que devastaban las fronteras de sus estados las tropas sarracenas, y esto nos manifiesta haberse roto ya antes ó en aquel momento la liga que contra el Castellano dijimos haberse celebrado entre los reyes de Aragon, Navarra, Leon y Portugal.

En la siguiente campaña, Alfonso de Castilla penetró con todas sus fuerzas en el reino de Leon y corrió á sangre y fuego los alrededores de Alba de Tormes, de Salamanca y de Zamora; pero sin atreverse á atacar ninguna de estas plazas, limitóse á apoderarse de Alba de Lista, que se rindió sin gran resistencia lo mismo que Castro Gonzalo.

Así hostigado el rey de Leon, marchó al encuentro del de Castilla con ánimo decidido de presentarle batalla; ambos ejércitos se hallaban ya dispuestos para llegar á las manos, cuando los prelados y magnates considerando, dice la crónica, que de cualquier parte que la victoria se declarase no podia menos de ser fatal á la religion cristiana por las ventajas que proporcionaria á los infieles la humillacion del rey que quedase vencido, terciaron para terminar una guerra que solo era efecto del capricho y de la animosidad de ambos reyes. Don Pedro Fernandez de Castro, en calidad de primo de ambos príncipes fué encargado de negociar la paz. El rey de Leon pareció dispuesto á celebrarla, pero no así el de Castilla, lo cual obligó á Castro á marchar á Valladolid para interesar en sus esfuerzos á la reina doña Leonor, que deseaba tambien ardientemente la terminacion de una contienda cuyo único resultado habia de ser la ruina de ambos reinos. Tuviéronse varias conferencias, y se decidió por fin que el medio mas seguro para poner en paz á los dos soberanos era el matrimonio del rey de Leon con la infanta de Castilla doña Berenguela, la desposada en otro tiempo con el príncipe Conrado de Alemania. Es de advertir aquí que en 1196 habíase disuelto definitivamente por medio de una bula pontificia el matrimonio de Alfonso de Leon con Teresa de Portugal, bula que acabaron por acatar ambos consortes, temerosos de la inquietud que en su reino se mostraba á consecuencia de las censuras

(1) Bofarull, los Condes de Barcelona Vindicados, t. II, p. 215.
(2) Zurita, Anal. de Aragon, l. II, c. XLVIII.

A. de J. C. eclesiásticas, y tambien de la excomunion contra ellos fulminada. De este matrimonio habian nacido tres hijos: Fernando, que murió en la infancia, y Sancha y Dulcia, que sobrevivieron.

El enlace de que ahora nuevamente se trataba, ofrecia tambien el inconveniente de ser ambas partes parientes en próximo grado, pero lisonjeándose la reina y sus parciales de alcanzar fácilmente la dispensa del papa para un matrimonio así celebrado *ob publicam causam*, pasaron adelante en su proyecto, y la paz y el casamiento se realizaron en diciembre de 1197 con gran satisfaccion de los principales interesados, excepto del rey de Castilla, quien consintió en él de muy mal grado y solo para condescender con los deseos de la reina y de la corte.

De este tiempo data la famosa alianza de Sancho el Fuerte de Navarra con el emir de los Almohades, que contrajo sin duda al verse abandonado por el Leonés á la saña de sus constantes enemigos, los reyes de Castilla y de Aragon. Esta alianza produjo, como era natural despues de la sensacion que en la cristiandad hiciera la rota de Alarcos, gravísimo escándalo, y el pontífice romano Inocencio III, por medio de su legado el cardenal Rainerio, intimó á Sancho bajo las penas de excomunion y entredicho que se apartara de la amistad que con los infieles contrajera para guerrear contra el reino castellano. Pero no era esta la única mision que traian los legados pontificios: la Santa Sede, que habia obligado á Teresa de Portugal á descender del trono de Leon por el grado de parentesco que entre ella y el soberano existia, no podia consentir en que lo ocupara una princesa pariente en igual grado de Alfonso, y por esto es que el cardenal estaba encargado de anular y disolver el recientemente celebrado enlace. Grandes fueron las dificultades que se opusieron al cumplimiento de esta doble mision.

Sancho de Navarra, lejos de apartarse del mal camino á que le empujara una falsa política, empeñábase y se internaba cada vez mas en él. El justo rigor de la corte pontificia no logró hacerle desistir de su alianza con el emir almohade:
1199 al contrario, para estrecharla mas y mas tomó en 1199 la resolucion de avistarse con el Mahometano, unos dicen en Africa y otros en Sevilla. Por aquel tiempo habia muerto Yacub ben Yussuf, y su hijo Muhamad recibió al Navarro con grandes obsequios y no menor magnificencia. Las crónicas árabes cuentan muy singulares circunstancias de este viage, pero bástanos para nuestro objeto decir que Muhamad le detuvo algun tiempo, haciéndole mucha honra y ofreciéndole preciosas dádivas como á tan noble rey convenia. Dichas crónicas no expresan lo que se trató entre el rey cristiano y el emir sarraceno, y únicamente sabemos que aquel se tornó muy contento y pagado á su tierra de la honrosa acogida que se le habia hecho.

Y sin embargo, motivos tenia para deplorar haber emprendido aquel viage: durante su ausencia los reyes de Aragon y de Castilla, á quienes vemos otra vez unidos para alcanzar el constante objeto que ambos se proponian, esto es la conquista ó á lo menos la desmembracion de Navarra, penetraron cada uno por su parte en el codiciado territorio, y mientras Alfonso VIII se apoderaba de Alava, Vizcaya y Guipúzcoa, Pedro II incorporaba á Aragon Aybar y todo el valle de Ron-
1200 cesvalles. Púsose luego el Castellano sobre la ciudad de Vitoria, cuyos moradores le opusieron obstinada resistencia, si bien al fin hubieron de solicitar de él un plazo para informar á su soberano de lo que ocurria y saber su voluntad. Con-

cediósele el rey de Castilla, y en su virtud el obispo de Pamplona, regente del reino en ausencia del monarca, pasó á informar á este de lo que sucedia. Don Sancho dió órden para que se entregara la ciudad, lo cual se verificó luego del regreso del prelado. Las provincias sometidas quedaron incorporadas á la corona de Castilla, jurando antes el rey guardar sus fueros y privilegios. A. de J. C.

No fueron menores los obstáculos con que hubo de luchar el cardenal al pretender anular el matrimonio de Alfonso de Leon con Berenguela, pues además de que el soberano leonés amaba tiernamente á su esposa, sabia que al consentir en la disolucion de su enlace tendria que devolver las plazas que la infanta le llevara en dote, y esto de ningun modo queria consentirlo. El cardenal legado, hombre prudente y contemporizador, no quiso fulminar el anatema sin que los reyes de Castilla y Leon enviasen embajadores á Roma á fin de obtener del Sumo Pontífice las dispensas necesarias para la validez del matrimonio. Inocencio, empero, se mantuvo inflexible: queriendo sin duda enseñar una vez por todas á los príncipes y poderosos, que harto entonces lo necesitaban, que la santidad del matrimonio es igual para todos ante los ojos de la Iglesia, se negó á acceder á las repetidas súplicas de ambos reyes, que decian depender la paz entre dos reinos de la confirmacion de este enlace. Los prelados de Toledo y Palencia, que habian ido á Roma por parte del rey de Castilla, y el obispo de Zamora, que fué allí por el de Leon, hubieron de regresar sin haber alcanzado cosa alguna, mientras que el Papa reiteraba á su legado la órden de cumplir su mision en términos tan categóricos, que el cardenal hubo de declarar nulo el matrimonio, prohibir á los esposos la cohabitacion, y fulminar contra el reino de Leon las censuras eclesiásticas que se hicieron luego extensivas á Castilla, por no cooperar Alfonso VIII á la separacion con todo el celo que el Papa le exigia.

Alfonso IX accedió por fin á lo que el Pontífice le mandaba, y se separó de
su segunda esposa como se habia separado de la primera, conviniéndose 1.° que 1204
los hijos serian considerados como legítimos, atendiendo á la buena fe de los esposos; 2.° que los cuarenta y tantos lugares y castillos que el rey de Castilla habia cedido á Berenguela le serian devueltos lo mismo que cuanto le habia dado por razon de arras, hasta que por fallo de jueces árbitros ó del mismo Pontífice se determinase á quien pertenecian. Los obispos de Toledo, Santiago, Palencia y Zamora absolvieron por comision del Papa á los régios consortes, y Berenguela se retiró á Castilla á la corte de su padre, donde por sus virtudes grangeóse el amor de los Castellanos. En los seis años que habia permanecido unida con el monarca de Leon habia tenido cinco hijos, siendo el primogénito Fernando, el santo guerrero, el conquistador de Sevilla, que fué reconocido y jurado como sucesor de Alfonso IX en las cortes reunidas poco despues de la separacion de sus padres.

El año que puso fin al siglo XII celebróse el matrimonio del delfin de Francia, que habia de ser despues Luis VIII, con la infanta de Castilla doña Blanca, hija de Alfonso VIII, que «blanca de corazon y de rostro, de linage real por su padre y por su madre, dice Guillermo el Breton, excedia por la nobleza de su alma á la nobleza de su orígen.» Este matrimonio fué otro de los pactos del tratado de paz que por aquel entonces celebraron Felipe Augusto de Francia y el rey britano Juan sin Tierra, cuñado de Alfonso VIII, y habiendo consentido este en el enlace proyectado, marchó Blanca á Inglaterra. Juan y Felipe reu-

A. de J. C. niéronse despues entre los castillos de Boutavant y de Gaillon, y ejecutaron allí las condiciones estipuladas, devolviendo el de Francia al de Inglaterra la ciudad y el castillo de Evreux, así como las demás tierras de que se apoderara durante la guerra, así en Normandía como en las demás provincias británicas; el rey Juan diólas en el mismo acto al príncipe Luis de Francia con su sobrina en matrimonio, recibiendo por ellas su homenage, y pasándose en seguida á la celebracion del casamiento, que se verificó en Portmort (Normandía) por manos del arzobispo de Burdeos.

Este matrimonio, empero, no impidió que Alfonso VIII, que se veia dueño de Álava y Guipúzcoa, reclamara de su cuñado el rey de Inglaterra ciertos paises que constituian el dote de doña Leonor su esposa, y que entrase para reivindicarlos en tierras de Gascuña, apoderándose de casi todo el condado.

A esta misma época corresponde el matrimonio de Urraca, la segunda de las tres hijas de Alfonso VIII de Castilla y de Leonor de Inglaterra, con Alfonso, hijo de Sancho, rey de Portugal, que reinó despues bajo el nombre de Alfonso II.

1206 En 1206, el tratado de Cabreros entre los reyes de Leon y Castilla vino á poner definitivamente término á las cuestiones y altercados que se habian promovido á consecuencia del disuelto enlace de Alfonso con Berenguela. En él se expresaron nominalmente cuantos castillos, tierras y lugares quedaban en propiedad de doña Berenguela, y cuantos cedia esta y su padre el de Castilla al príncipe don Fernando de Leon.

Desalentado debió quedar Sancho el Fuerte de Navarra al volver á sus estados, viendo de cuan poco le habia servido la funesta alianza que le hiciera incurrir en las censuras de la Iglesia y en el enojo y abandono de todos los príncipes cristianos, sin haberle siquiera librado de la pérdida de sus estados. Esto
1207 hizo que en 1207 solicitara de Alfonso VIII seguro para verse con él en Guadalajara, en cuya entrevista convínose entre ambos soberanos en una tregua de cinco años, obligándose el de Castilla á trabajar por que el Aragonés se aviniese tambien con el Navarro. En efecto, Alfonso procuró con gran porfía la concordia que en su ánimo meditaba para tomar gran venganza de la rota de Alarcos y dirigir contra la morisma todo el esfuerzo de sus armas. Antes, empero, vémosle dedicado á pacíficos trabajos en el interior de su reino, fomentando y protegiendo las letras, cuyo renacimiento empezaba entonces en España. A este monarca
1209 se debe la fundacion en Castilla de la universidad de Palencia (1209), á la que hizo venir de Francia y de Italia los mas sabios maestros que, en union con los españoles, enseñasen las materias eclesiásticas y cuantas ciencias en aquel tiempo se cultivaban. Como un buen agüero para las letras españolas vemos suceder á Martin de Pisuerga en la sede arzobispal de Toledo al erudito Rodrigo Ximenez de Rada, el prelado historiador tantas veces citado en la presente obra.

¡Sorprendente cuanto halagüeño espectáculo ofreció entonces la España cristiana! Reinaba la paz entre sus grandes monarcas que, libres de sus intestinas y prolongadas discordias, parecian destinados á hacer dar un paso mas á la causa de la regeneracion patria. Hiciéronselo dar en efecto, y esta vez fué gigantesco.

Habia espirado la forzosa tregua á que Alfonso habia debido suscribir lue-

go de la funestísima jornada de Alarcos, y los caballeros de Calatrava, por órden A. de J. C.
del monarca, dieron otra vez principio á las hostilidades, entrando á sangre y fuego por las tierras de Jaen, Baeza y Andújar. En la primavera del siguiente año 1210 el príncipe Fernando, hijo de Alfonso VIII, que acababa de ser ar- 1210.
mado caballero en Burgos, repitió aquellas algaras con mayor número de gente y mayores estragos, mientras que su padre, aquel mismo año ó á principios del siguiente (1211), atravesaba las fronteras de Valencia, y con tropas reunidas en 1211.
Madrid, Guadalajara, Huete, Cuenca y Uclés, destruia é incendiaba los lugares abiertos hasta muy adentro del reino de Murcia, al tiempo que hacia poblar y fortificar la ciudad de Moya, en la extrema frontera de los estados musulmanes.

Estas irrupciones despertaron la cólera de Muhamad ben Yacub, quien mandó predicar la guerra santa en todos sus dominios, acudiendo á su voz innumerable muchedumbre de Musulmanes, tanto que, segun sus crónicas, no podia siquiera aproximadamente contarse. Dispuestas sus tropas, partió de Marruecos á su cabeza en 19 de javan del año 607 (15 del febrero de 1211), y dando principio en 17 de marzo á la operacion siempre difícil del embarque de su hueste, la terminó el dia 14 de mayo. Desembarcado el emir en la playa de Tarifa, dió audiencia á todos los alcaides y faquíes de España, y despues de tres dias de descanso en aquella ciudad, dirigióse hácia Sevilla, seguido por su formidable ejército, que cubria y llenaba los montes y los llanos como nubes de langosta, siendo estrechos los valles para contenerlo y los rios para abrevarlo. Enorgullecido Muhamad Alnasir á la vista del gran número de sus soldados, prometiase la conquista de la España toda y consideraba imposible encontrar quien le resistiera. Con no menos brio y ánimo esforzado el ilustre Almanzor, ceñida su frente con los laureles de cien combates, habia llegado á los campos de Calatañazor, y allí sin embargo fué vencido por las armas españolas, que nunca habian cedido estas al empuje de la morisma, cuando unidos sus reyes y depuestos sus rencores, habiánse propuesto por único objeto el triunfo de la religion y de la patria. Muhamad dividió su hueste en cinco grandes cuerpos de ejército, formados el primero por los Arabes, el segundo por las tribus de Zenetah, de Gomerah, de Masmudah y por las demás cabilas berberiscas del Magreb; el tercero por los voluntarios (al Motawatyn), en número de ciento sesenta mil infantes y ginetes; el cuarto por los alcaides de España con sus tropas respectivas, y el quinto en fin por los Almohades propiamente dichos. El emir dispuso que cada division acampase separadamente, y con estas fuerzas formidables llegó el dia 1.° de julio á Sevilla, donde se detuvo para tomar sus disposiciones ulteriores.

Púsose otra vez en marcha el dia 14 de julio y llegó al pié de los muros de Serbater (Salvatierra), magnífica fortaleza situada en la cima de un alto y escarpado monte, á la que solo se llegaba por una senda de muy difícil y penoso acceso. Muhamad cometió la falta de detenerse allí en vez de llevar el terror de sus armas al reino de Toledo, y esto se debió, segun las crónicas musulmanas, á consejos del wazir y hagib Abu Said ben Gamea, hombre de baja extraccion y muy odiado por la nobleza almohade. Cierto Ben Muneza dividia con Abu Said la privanza del emir, y cuéntase que ambos, al llegar al pié de aquella fortaleza, le dijeron: «Oh emir de los fieles, no pases adelante sin haber reducido y tomado esta plaza. Mediante el querer de Dios omnipotente, esta ha de ser nuestra prime-

ra victoria.» Segun su consejo, Alnasir estableció su campo al pié de Salvatierra, á la que cercó en vano por espacio de tanto tiempo, que las golondrinas, dice la crónica, anidaron en su tienda, pusieron sus huevos, empollaron y volaron los pajarillos. Con la inesperada detencion, que pasó de ocho meses, vino el invierno, se encrudeció la estacion, faltaron las provisiones y pasto para las caballerías, y perecieron muchos soldados así de la intemperie como por falta de mantenimientos: todo el ejército estaba disgustado de aquella detencion (1). Y en efecto, el tiempo perdido delante de Salvatierra fué tanto mas fatal á los Musulmanes en cuanto debilitó en mucho el terror que su llegada habia por todas partes esparcido; al verlos por tanto tiempo ocupados y obstinados en el sitio de una plaza avanzada y secundaria, cuya toma no podia producir ningun resultado político importante, el pánico que por un momento sintiera la cristiandad hizo lugar á la justa apreciacion del peligro.

En tanto hallábase Alfonso VIII en Madrid en compañía de su hijo Fernando ocupado en poner en estado de defensa todas las plazas de la provincia y en tomar cuantas disposiciones le parecian propias para conjurar el gran peligro que amenazaba á la península española. La jornada de Alarcos le hiciera prudente, y esta vez no se atrevió con solas sus fuerzas á salir al encuentro de los invasores, ni á socorrer á los heróicos defensores de Salvatierra, y dirigió embajadores á todos los reyes cristianos de España para que le acudiesen en aquel solemne trance. Ocupado se hallaba en estos gravísimos cuidados cuando su hijo Fernando cayó enfermo á consecuencia de las fatigas de la anterior campaña, y en 14 de octubre de 1211 el jóven príncipe descendió al sepulcro, con indecible sentimiento de su padre, que cifraba en él las mas lisonjeras esperanzas. Celebráronse en honor suyo magníficos funerales, y el cuerpo del infante fué trasladado al monasterio de las Huelgas de Burgos.

Abandonemos por algunos momentos á Alfonso VIII, entregado á su dolor por la pérdida de su hijo primogénito, y á los preparativos militares necesarios para hacer frente al peligro que le amenazaba, y fijemos los ojos en el reino de Aragon, que mucha parte tomará en el gran acaecimiento que regocijó en breve á la nacion española y á la cristiandad entera.

Reinaba en él don Pedro II de Aragon y I de Cataluña. Desde el principio de su reinado, dice Zurita, nació gran disension y discordia entre él y la reina doña Sancha su madre, de que se recrecieron grandes alteraciones en el reino. Doña Sancha se habia recogido á los lugares fuertes que eran suyos y se habian alzado por ella, apartándose de la obediencia y señorío del rey, hasta que el último dia del mes de setiembre del año 1200 avistáronse madre é hijo en Ariza con asistencia de Alfonso VIII de Castilla, poniéndose fin en la entrevista á las pasadas diferencias. Convínose en que la reina dejase los castillos y villas de Ariza, Embite y Epila, orígen y causa de la contienda, porque con dichos lugares situados en las fronteras castellanas se conocia que la reina queria tener libre entrada y salida para las cosas de Castilla, y ocasion era esta de que el rey recelara de su madre; en cambio recibió doña Sancha varias villas y castillos de Cataluña, entre ellos la ciudad y fortaleza de Tortosa. No pararon aquí las des-

(1) Conde, P. 3.ª, c. LXV.

avenencias, y en el siguiente año hubieron de intervenir los ricoshombres para poner en paz á la madre y al hijo, lo cual parece que por fin consiguieron. En las negociaciones que para este asunto tuvieron lugar vemos intervenir como otro de los ricoshombres de la corte aragonesa á don Pedro Fernandez de Azagra, señor de Albarracin, sucesor en este estado de su padre Fernan Ruiz, y esto nos manifiesta haber sido ya dichos señores recibidos en gracia de los monarcas aragoneses, desistiendo los unos de sus pretensiones de independencia absoluta y los otros de sus ideas de conquista.

Pedro II marchó luego á Provenza para concordar al conde Alfonso su hermano y á Guillermo, conde de Folcalquer, quienes dejaron sus diferencias á lo que el rey determinase. Pedro II permaneció en Aguasmuertas hasta el verano de 1204, ordenando que se armasen algunas galeras para pasar con ellas á Roma como lo tenia deliberado. Por memorias antiguas aparece, dice Zurita, que en este mismo año (1204) se vió don Pedro con el rey de Castilla en el Campillo que llamaban Susano, entre Agreda y Tarazona, siendo estas vistas para concertar las diferencias que tenian sus súbditos sobre la division de los términos de aquellas fronteras. Nombráronse dos ricoshombres por parte para que decidieran la cuestion, y segun sentencia de estos, quedó incluido en el reino de Aragon todo el monte de Moncayo (1).

Los reyes de Aragon, continúa el mencionado analista, no acostumbraban antiguamente recibir la corona del reino al principio de su reinado con las ceremonias y pompa que despues se usaron, salvo armándose caballeros cuando eran de edad de veinte años, ó al tiempo que se casaban; desde entonces tomaban título de reyes y comenzaban á entender en el regimiento de su reino en guerra y paz con consejo y parecer de los ricoshombres de la tierra. Esto no obstante, parecióle al rey don Pedro que convenia á la dignidad de su estado coronarse con la solemnidad y fiesta que se requiere á príncipe que tiene el poder, representacion de supremo señorío, y quiso recibir la corona de mano del Sumo Pontífice, obteniendo la concesion de que pudiesen recibirla sus sucesores del arzobispo de Tarragona, que era el metropolitano de su reino, como se usaba en otros reinos y señoríos de la cristiandad (2). Pensaba además dirigir sus armas contra las islas Baleares, para lo cual trataba de marchar á Génova y Pisa y celebrar con aquellos señoríos un tratado que le permitiese hacer con mayor facilidad la guerra, y por todas estas razones envió embajadores al Papa, que era entonces Inocencio III, suplicándole que enviase un legado que interviniese en aquellos asuntos. Recibió el Pontífice benignamente á los embajadores, y respondió al rey que le estaria mejor hacer el viaje en persona á Roma donde mas convenientemente podrian tratar de tales negocios. Con esto Pedro, que era muy devoto y humilde á la Santa Sede, partió de Provenza con lucido séquito de Catalanes y Provenzales y saltó á tierra en el puerto de Génova, donde se le hizo gran recibimiento y fiesta. De allí siguió su viaje y entró en el puerto de Ostia en el mes de noviembre del mismo año (1204), pasando luego con gran acompañamiento de cardenales y de señores romanos á aposentarse en el mismo palacio de San Pedro.

(1) Zurita, Anal. de Aragon, l. II, c. L.
(2) Id., c. LI.

Tres dias habian pasado de su llegada á Roma cuando fué ungido con gran solemnidad y ceremonia por manos de Pedro, obispo portuense. Coronóle luego el papa entregándole las insignias reales, manto, colobio, cetro, globo, corona y mitra, y el rey juró serle fiel y obediente, defender la fe católica, perseguir la heregía y amparar los derechos eclesiásticos en toda su tierra y señorío. En seguida recibió de manos del Papa la espada de caballero, y entonces cedió su reino á san Pedro, príncipe de los apóstoles, y al Papa y sus sucesores, para que fuese censatario de la Iglesia, obligándose á pagar perpétuamente cada año doscientos cincuenta masmodines, y segun añade un autor muy antiguo, cedió además á la Santa Sede el derecho de patronato que tenia sobre todas las iglesias de su reino. Inocencio en cambio otorgóle el privilegio de que los reyes de Aragon pudiesen en lo sucesivo coronarse en Zaragoza por manos del arzobispo de Tarragona, y le nombró confalonier ó alferez mayor de la Iglesia, disponiendo que en honra de la casa real de Aragon, sus colores, esto es, el encarnado y amarillo, que lo habian sido ya de los condes de Barcelona, fuesen en adelante los del estandarte de la Iglesia. Hecho esto, volvió don Pedro á Provenza, sin que las crónicas nos digan qué asiento se tomó por lo que toca á la alianza con las repúblicas de Génova y Pisa.

Era don Pedro, segun nos dicen las crónicas y nos demuestran sus hechos, magnífico y dadivoso en demasía, tanto que hacia grandes mercedes con las rentas reales, disminuyendo y menoscabando notablemente su patrimonio, por lo que fué preciso introducir un nuevo género de tributo que se llamó monedage, tributo que pesaba sobre todos los bienes, muebles y raices, y habian de pagarlo todos los del reino sin exceptuar á ninguno, aunque fuese infanzon. Por esto y por causa del censo que de nuevo se habia reconocido á la Sede Apostólica y por el patronazgo que el rey habia renunciado, se concordaron y confederaron para la defensa de sus derechos ricoshombres y caballeros, y tambien las ciudades y villas del reino. Excusóse el rey diciendo haberse limitado á renunciar sus derechos y no los agenos, pero fué tanta la resistencia de los nobles y de las ciudades, que el tributo á la Santa Sede no llegó jamás á pagarse, quedando limitado á cierto derecho que llamaron de coronacion, que se cobraba de algunas universidades ó comunes y de aquellos á quienes se daba el nombre de villanos. Igual causa que el tributo de monedage reconoció la venta del castillo y villa de Gallur, hecha por don Pedro al rey de Navarra por el precio de veinte mil maravedís de oro.

En las paces que se convinieron entre el Navarro por una parte y el Aragonés y el Castellano por otra, estipulóse el matrimonio de don Pedro con una hermana de don Sancho, pero este matrimonio no llegó á verificarse por haberse opuesto á él la autoridad pontificia á causa de mediar entre los esposos próximo parentesco de consanguinidad. Tratóse entonces de que don Pedro tomara por esposa á María, hija y sucesora de la reina Isabel y del marqués Conrado, reyes de Jerusalen. Los barones de la Tierra Santa, que se veian sin cesar hostigados por los Turcos, buscaban entre los príncipes cristianos un caudillo animoso y entendido que los condujese á las batallas, y como de tal gozaba fama nuestro rey don Pedro, ofreciéronle cetro y esposa con tal que acudiese á su defensa. Las cosas pasaron tan adelante que María juró en presencia de los prelados, ba-

rones y grandes maestres recibir por esposo al de Aragon, siempre que este cumpliera lo que los embajadores que se le habian enviado debian exigirle en beneficio de la Tierra Santa. Sin embargo, esto se trataba en setiembre del año 1206, y en el mismo año de su coronacion en Roma, en 1204, habíase efectuado ya el matrimonio del rey de Aragon con doña María, señora de Montpeller, hija de Guillermo y de Eudoxia, la hija de Manuel Commeno I, desposada, como hemos visto, con Alfonso II de Aragon. Con este enlace adquirió Pedro, despues de jurar sus franquicias y privilegios, el señorío del estado de Montpeller (1).

---

(1) Como muestra de los fueros y privilegios que tenian en aquel tiempo varias ciudades de los señoríos de esta tierra y de la otra parte de los Pirineos, damos á continuacion un extracto de las costumbres de Montpeller, cuya observancia hubo de jurar Pedro II al adquirir aquel estado. Durante toda la edad media formaron estos fueros ó costumbres la constitucion política y el derecho civil de las ciudades.

Segun dicha constitucion, la ciudad de Montpeller es independiente de todas las demás, y tiene sus leyes, su hacienda y sus hombres de armas. En ella domina el principio electivo, que se aplica indistintamente á los legisladores, á los administradores y á los magistrados; la guardia urbana, organizada por cuarteles y mandada por seis capitanes, hace el servicio interior de la ciudad y toma parte en las campañas emprendidas aun fuera de su territorio.

El poder legislativo es totalmente distinto del judicial: el primero reside en los cónsules y en el señor; el segundo en el tribunal de justicia del señor.

Todos los ciudadanos de Montpeller son dueños de su persona y de sus bienes, y cado uno ejerce libremente su profesion y escoge la que le acomoda. Todo privilegio injusto es nulo de derecho y no puede prescribir. Están prohibidos los monopolios, los préstamos forzosos, los alojamientos tambien forzosos y los derechos de peage.

Los extranjeros son libres en Montpeller así en tiempo de paz como en tiempo de guerra, y queda garantida su libertad para su persona y sus bienes; pueden abandonar el país cuando les plazca, y si se establecen en Montpeller, quedan libre de todo homenage respecto de su señor.

Si un ciudadano de Montpeller ha experimentado perjuicio de un habitante de una ciudad extranjera, cualquier ciudadano de la misma ciudad que se halle en Montpeller es responsable del daño.

Montpeller solo tiene un señor, que por la voluntad de Dios gobierna su pueblo y su señorío (*).

El señor de Montpeller ha de jurar en la iglesia ó en la plaza pública en presencia de todo el pueblo cumplir y guardar las libertades, franquicias y costumbres de la ciudad, hacerlas observar en todo tiempo, no infringirlas, ni permitir que sean infringidas. El señor no tiene derecho alguno sobre la libertad ni las propiedades de nadie, y no puede oponerse á que los bienes de los ciudadanos sean libremente vendidos, donados, permutados, legados ó constituidos en dote. No puede obligar á muger alguna á tomar marido, y le está expresamente prohibido intervenir en casamientos, á no ser con la voluntad de la muger y de sus parientes mas cercanos.

El señor nombra al baile despues de tomar consejo de los cónsules y conforme con su expresa voluntad, y ha de prestar juramento de administrar razon y justicia á todos aquellos, así ricos como pobres, que se presenten ante su tribunal. Para este ha de nombrar á hombres probos y honrados, amantes de la justicia y de la misericordia, que por precio, por préstamo, por dones, por favores, por amistad ó por odio no puedan faltar á la justicia ni á la misericordia.

El señor ha de amar á los habitantes de Montpeller, ha de protegerlos y evitar toda ocasion de perjudicarlos en su persona ó en sus bienes; y si los habitantes de Montpeller crecen y se multiplican en haber y en honor, el señor debe alegrarse por ello y ayudarlos á crecer y multiplicar en haber y en honor.

En ausencia del señor hace sus veces un lugarteniente.

Los cónsules son á la vez legisladores y administradores de la ciudad; forman el consejo del señor que no puede decidir cosa alguna sin someterla á su deliberacion y aprobacion; tienen la iniciativa en todo y deciden en cuanto se refiere á la cosa pública; señalan los gastos, hacen las leyes y reglamentos, modifican é interpretan las costumbres, y proveen varios empleos públicos, entre otros los de hacienda y policía.

Los cónsules son nombrados por los habitantes y renovados cada año, pudiéndose nombrar

(*) Un sols es senher de Montpeylier que enaissi ab voluntat de Dieu governa son pobol é sa honor.—Unus solus est Dominus Montispessulani qui sic suum Domino favente regit populum et honorem. (Art. de las Cost.)

Aunque era María una de las mas excelentes princesas de su tiempo, no tardó el monarca aragonés en apartarse de ella y en distraerse con otras damas de la ciudad con desvío manifiesto de su legítima esposa. Esto no obstante, de ella tuvo un hijo varon, que por disposicion divina fué concebido, dice Zurita, para propagar la república y religion cristiana, como lo prueban las proezas que despues hizo. Hé aquí como refiere estos sucesos el soldado historiador Ramon Muntaner en su crónica catalana, pues, aun cuando sea su relato quizás algo largo y difuso, tememos, al mutilarle, hacerle perder la gracia y el carácter particular que le distingue. Dice así:

«Es el caso que el referido señor En (1) Pedro tomó por esposa y por reina á mi señora doña María de Montpeller, tanto por la gran nobleza de su linage y por su bondad, como porque de este modo adquiria un aumento, cual era Montpeller y su baronía, que tenia en franco alodio. Mas adelante, y despues de haber tomado dicha esposa el mencionado señor rey En Pedro, que era jóven todavía, se apasionó de otras gentiles damas, y vino á resultar que no se dejó ver mas con la dicha mi señora doña María de Montpeller, en términos que algunas veces iba á la poblacion y ni siquiera se acercaba á ella, de lo que estaban muy sentidos y descontentos todos sus súbditos y en especial los prohombres de Montpeller.

«Sucedió una vez que el referido señor rey fué á Montpeller, y estando allí, se enamoró de una gentil dama de la poblacion, y por ella torneaba, hacia armas y lanzaba á tablado (2), llevándolo á tal extremo, que á todo el mundo lo daba á conocer. Al saber esto los cónsules y prohombres de Montpeller, llamaron á sí á un caballero, que era privado de dicho señor rey en tales negocios, y le dijeron que si queria ejecutar lo que le propusieren, habian de hacerle para siempre hombre rico y dichoso. Contestó el caballero que le dijesen lo que les pluguiera, porque nada en el mundo habia que él no pudiese hacer en honor de ellos, salvando, empero, su lealtad. De tales palabras pidieron unos y otros que se guardase el secreto.—¿Sabeis lo que os queremos decir? dijeron los prohombres al caballero; es el caso, que vos sabeis que mi señora la reina (*madona la regina*) es una de las mugeres mas buenas, mas santas y honestas que hay en el mundo; que el señor rey no ha vuelto en su compañía, lo que es en gran mengua y daño de todo el reino; que dicha mi señora reina se porta como honrada muger y nada hace de que se la pueda tildar; pero el daño es

---

solo á uno de una misma familia: aquellos que dejan su cargo no pueden ser inmediatamente reelegidos

Cada clase de ciudadanos tiene un cónsul que la representa en el gobierno; así, nómbrase un cónsul de la clase letrada, otro de la clase de mercaderes, tenderos, etc., otro de la clase de carpinteros, albañiles, labradores, y lo mismo en las demás clases.

Una vez reelegidos los cónsules, juran en manos de sus antecesores regir y gobernar fiel y buenamente, segun los usos y costumbres, la universidad de Montpeller, y velar por la conservacion de la Santa Fe Católica. Celebran sus sesiones en la casa del consulado, y se reunen al sonido de la campana de la iglesia de Santa María.

En un principio eran los cónsules en número de doce, pero luego fueron reducidos á seis, á cuatro, etc.

(1) En Cataluña y demás estados que hablaron su idioma, usaron siempre los soberanos y los nobles del dictado *En* como equivalente del don, si bien aquellos lo emplearon alguna vez indistintamente por la influencia de Aragon, cuyo reino usaba ya del don antes de unirse con Cataluña El femenino de *En* era *Na*, ó la *N* unida á la vocal siguiente, como en Nisabel.

(2)..... E per aquella bornava, é anava ab armes, é treya á taulat.

para nosotros, porque si dicho señor muriese sin dejar heredero, resultaria gran daño y perjuicio en todo el país, y particularmente á la reina y á Montpeller, pues seria preciso que pasase á otras manos, y nosotros por ninguna razon quisiéramos que Montpeller saliese jamás del reino de Aragon; así, pues, si vos quereis, nos podríais dar sobre ello algun consejo.—Contestó el caballero:—Os digo, señores, que cuanto de mí dependa, y en cuanto pueda dar consejo, lo he de hacer de buena gana, siendo en honor y provecho de Montpeller, de mi señor el rey y de la reina mi señora doña María, y de todos sus pueblos.—Ya que tan bien hablais, os diremos, pues, que nos consta que vos estais en el secreto del señor rey respecto á ese amor que tiene á la dama de que hemos hablado, y que os empeñais en que la logre. Lo que ahora os suplicamos es que digais al rey que el negocio queda listo, que la dama será suya, y que irá á encontrarle secretamente á su cámara, pero que á fin de que nadie la vea, quiere que no haya absolutamente luz en tal parage. El rey tendrá de esto un gran placer, y cuando estará acostado y se habrá despedido la corte, vos nos vendreis á encontrar aquí en la casa del consulado de Montpeller, donde estaremos los doce cónsules, con otros doce entre caballeros y ciudadanos de los principales de Montpeller y su baronía; y aquí tendremos á la reina nuestra señora doña María que llevará en su compañía doce damas de las mas distinguidas de la poblacion y doce doncellas, é irá junto con nosotros al encuentro de dicho señor rey. Vendrán además dos notarios, los mejores de Montpeller, el oficial del obispo, dos canónigos y cuatro religiosos de reconocida bondad, cada uno de los cuales, así como cada una de las damas y doncellas, llevará un cirio en la mano, que encenderá cuando dicha mi señora doña María entrare en la cámara y estuviere con el rey. De este modo aguardarán todos reunidos junto á la puerta, hasta que rayare el alba; entonces vos abrireis la cámara, y abierta que sea, entraremos nosotros llevando cada cual un cirio en la mano. Al vernos quedará el rey maravillado, y entonces le explicaremos todo el hecho, manifestándole que la persona que tiene cerca es dicha mi señora doña María reina de Aragon, y que tenemos fe en Dios y en Nuestra Señora Santa María que aquella noche hubieron de engendrar tal fruto, del cual Dios y todo el mundo ha de quedar satisfecho, al paso que su reino quedará provisto si Dios así lo quiere.

«Cuando el caballero oyó y se hizo cargo de que la intencion que llevaban era santa y justa, contestó que estaba dispuesto, que cumpliria todo cuanto le habian dicho, y no dejaria de hacerlo por temor de perder el amor del rey, ni aun de perder su propia persona; añadiendo que tenia fe en Nuestro Señor, verdadero Dios, que aquel asunto se llevaria muy bien á cabo tal como lo habian tratado y discurrido, pudiendo todos estar muy seguros de ello.—Sin embargo, dijo el caballero, ya que tan bien lo habeis pensado, os ruego y aconsejo, señores, que por mí hagais algo mas.—A esto contestaron ellos benignamente, y dijeron:—Dispuestos estamos á hacer todo cuanto nos querais aconsejar.—Entonces os ruego y aconsejo, señores, en honor de Dios y de Nuestra Señora Santa María de Vallvert, hoy que es sábado, y hemos empezado á tratar estos negocios, que el lunes próximo, en honor de Nuestra Señora Santa María, empiecen todos cuantos presbíteros y ordenados haya en Montpeller á cantar misas de Nuestra Señora Santa María, y que esto dure por espacio de siete dias, en honor de los siete gozos

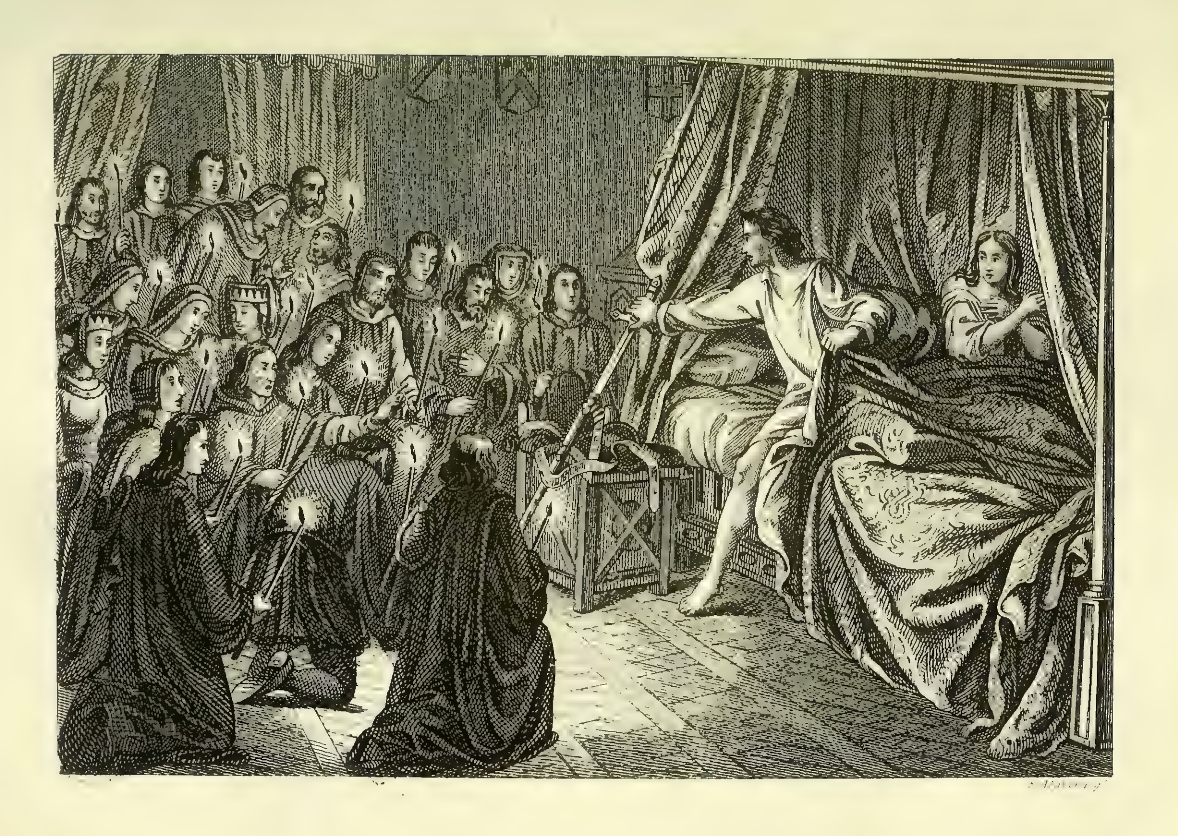
que ella tuvo de su amado hijo, para que le plazca que Dios nos dé gozo y alegría de lo que hemos tratado, y tal fruto resulte que por él se vean el reino de Aragon y el condado de Barcelona y de Urgel y de Montpeller y todas las demás tierras bien provistos de buen señor.—Dijo tambien que su opinion era que el domingo siguiente, á hora de vísperas, se ejecutase todo conforme lo habian tratado, y asimismo que se hiciesen cantar misas en Santa María de les Tanles y en Nuestra Señora Santa María de Vallvert, en lo cual estuvieron todos acordes.

«Ordenaron además que el domingo, cuando se haria esto, fuese toda la gente de Montpeller por las iglesias, y allí estuviesen todos velando y haciendo oraciones mientras la reina se estaria con el señor rey, previniendo que el sábado ayunasen todos á pan y agua; lo que se hizo del mismo modo que se habia ordenado.

«Convenidos ya, se fueron todos juntos, conforme se hallaban reunidos en concejo, á ver á mi señora doña María de Montpeller, reina de Aragon, y le dijeron todo cuanto tenian dispuesto y ordenado. Mi señora doña María les contestó que ellos eran sus naturales, y era muy cierto lo que se decia por todas partes de que el concejo mas sabio del mundo era el de Montpeller; y pues así lo justificaban, que habia de darse por muy satisfecha por el consejo que le daba, en términos que tomaba su visita por la salutacion que el ángel Gabriel hizo á Nuestra Señora Santa María; deseando que así como por aquella satisfaccion se consiguió salvar el linage humano, pudiese su plan y acuerdo llegar á buen fin, para que fuese grato á Dios, á Nuestra Señora Santa María y á toda la corte celestial, y en honor y provecho de las almas y de los cuerpos del señor rey, de su propia persona y de todos sus súbditos; y ¡ojalá que así se cumpliese! Amen.

«Partieron, pues, con grande alegría, y ya podeis comprender y pensar que durante aquella semana estuvieron todos en oracion y ayunando, en especial la señora reina.

«Podremos decir ahora, ¿cómo fué posible que, haciéndose rogativas tan públicamente aquella semana por el suceso de que hablé, y habiéndose mandado ayunar á todo el mundo, no llegase á conocer el señor rey el objeto por que se hacia? A esto respondo y digo, que por toda la tierra de dicho señor rey se habia ordenado que se hiciese oracion cada dia, especialmente para que Dios pusiese en paz y buen amor á dicho señor rey con la señora reina, proporcionando tal fruto, que fuese grato á Dios y beneficioso al reino; sobre todo, siempre que el rey iba á Montpeller, se hacia una lucida procesion, y cuando se lo decian, su contestacion era esta:—Hacen bien: será lo que Dios quiera.—Sucedió, pues, que esta buena palabra que el señor rey decia con otras muchas y tan buenas que decian la señora reina y sus pueblos, hizo Dios que se cumplieran, por ser, en realidad, lo que quiso Nuestro Señor. Ya vereis mas adelante porqué de las oraciones que se hacian y decian no pensó nada el señor rey, así como nadie sabia tampoco lo que se preparaba, salvo, empero, los que habian estado en el concejo. Las oraciones, misas y demás ejercicios piadosos se fueron diciendo, por espacio de siete dias, aquella semana; y entre tanto el caballero se ocupó del negocio, y lo llevó á buen fin, tal como ya sabeis que se habia tratado. El domingo por la noche, cuando en el palacio estaban todos recogidos, los mencionados veinte y cuatro prohombres, los abades y priores, el oficial del obispo y los



PEDRO II DE ARAGON Y SU ESPOSA MARIA DE MONTPELLER

religiosos, y las doce mugeres con las doce doncellas, entraron en el palacio, cada cual con un cirio en la mano, acompañados asimismo de los dos notarios; juntos de este modo, llegaron hasta la puerta de la cámara del señor rey, y aquí entró mi señora la reina, quedándose todos los demás afuera, de rodillas y en oracion. Se solazaron entonces el rey y la reina, creyendo el señor rey que la dama que tenia junto á sí era aquella de quien estaba enamorado; y entretanto, y durante toda aquella noche, estuvieron todas las iglesias de Montpeller abiertas, rogando á Dios la gente que en ellas habia, como anteriormente se dijo que se habia ordenado; mas cuando llegó el alba, todos los prohombres, prelados y religiosos, junto con las mugeres, entraron en la cámara, llevando cada cual su cirio encendido. Al verlos el señor rey, que estaba acostado con la reina, maravillóse en extremo, y de un salto se puso en pié sobre la cama, empuñando la espada. Arrodilláronse todos entonces, y llorando le dijeron:—Señor, sírvase vuestra merced ver quien es la persona que á su lado yace.—Y levantándose la reina, reconocióla el señor rey, y los demás le contaron todo lo que habian tratado; á cuyas palabras contestó el señor rey diciendo, que, pues así habia sucedido, pluguiese á Dios que la idea que habian llevado se cumpliese.

«Sin embargo de lo sucedido, el señor rey montó á caballo aquel mismo dia y marchó de Montpeller; pero los prohombres se quedaron con seis caballeros de los que mas amaba el señor rey, y todos juntos, como lo habian estado antes para tratar de su plan, ordenaron que no se separasen del palacio ni de la reina, ellos ni sus esposas, que eran las que habian asistido, ni las doncellas que tambien asistieron, hasta que se hubiesen cumplido nueve meses, así como los dos notarios, quienes delante del señor rey, levantaron escrituras públicas de lo acontecido, extendiéndolas aquella misma noche; y además el caballero antes mencionado, que tampoco se separó de mi señora la reina. Así estuvieron todos juntos y alegremente con la señora reina, y fué mucho mayor su contento cuando vieron que á Dios placia que su proyecto llegase á buen fin, pues se dejó ver que la reina estaba en cinta, y al cabo de nueve meses, segun ley de naturaleza, dió á luz un bello y gracioso infante, el que mas á gusto de cristianos y mayormente de sus pueblos pudiera nacer, pues no nació jamás otro señor á quien Dios dispensase mayores gracias ni mas señaladas. Su bautismo se hizo con grande alegría y contento en la iglesia de Nuestra Señora Santa María de les Taules de Montpeller, y el nombre que le pusieron fué por la gracia de Dios En Jaime, el cual reinó por mucho tiempo, con grandes victorias y con grande aumento que proporcionó á la fe católica, y en especial á todos los que eran sus vasallos ó súbditos (1).»

Así refiere el leal y verídico cronista el nacimiento de don Jaime, que achaca á milagro y á obra de Dios. El niño que habia de llegar á ser tan gran monarca nació el dia 2 de febrero de 1208, y segun él mismo nos cuenta en la historia que de su propia vida escribió, su madre, que queria ponerle el nombre de un apóstol, mandó fabricar y encender doce cirios de igual peso y tamaño con los nombres de aquellos santos, haciendo voto de que pondria á su hijo el nombre

(1) Chrónica ó descripció dels fets é hazanyes del inclyt rey don Jaume primer rey Daragó, de Mallorques é de Valencia, compte de Barcelona é de Muntpesller, é de molts de sos descendents, feta per En Ramon Muntaner, c. 3.°, 4.°, 5.° y 6.°;—Trad. de don Antonio de Bofarull.

del que durase mas tiempo: fué este el de san Jaime, y por esto, dice el ilustre Conquistador, Nos por la gracia de Dios nos llamamos Jaime.

No bastó este suceso para desvanecer el desamor que Pedro profesaba á la reina, y fundándose en el primitivo matrimonio que habia esta contraido con el conde de Cominges, del cual tenia dos hijas, acudió á Roma solicitando el divorcio. Inocencio III no quiso prestarse á tan injusta demanda, pero como obstinado el rey persistiese en su empeño, siguióse un largo y complicado pleito que duraba aun al acaecer la muerte del monarca.

En este mismo año de 1208, en el mes de noviembre, falleció la reina doña Sancha, madre de don Pedro, que se habia ya recogido y profesado en el monasterio de Sixena.

En la época á que de nuestro relato hemos llegado, murió sin sucesion Armengol, conde de Urgel, y Guerau de Cabrera, hijo de la hermana del conde, tomó posesion de sus estados sin prestar homenage á Pedro, que era su señor soberano. No contento aun con semejante desacato, hizo al rey grandes injurias, dicen las crónicas, y por esto el rey fué con su ejército contra Balaguer y el castillo de Lorenz, apoderóse de una y otro, hizo prisionero al conde y su familia, que envió al castillo de Loharre, y sometió la mayor parte del condado de Urgel á su dominacion.

A Inocencio III debióse el arreglo del matrimonio de Constanza, hermana del rey de Aragon y viuda del de Hungría, con don Federico, rey de Sicilia, quien envió embajadores á Aragon con plenos poderes para tratar de este asunto. Los esponsales se celebraron en Zaragoza, y luego en diciembre de 1208 don Pedro acompañó á su hermana á Barcelona, donde los esperaba ya don Alfonso de Provenza que llevó su sobrina á Palermo, con grande séquito de ricoshombres y caballeros catalanes y aragoneses. En aquella ciudad celebráronse las bodas con extraordinaria pompa, siendo este matrimonio causa de haber llegado la casa de Aragon á reinar en Sicilia y á dominar el Mediterráneo. Alfonso pudo gozar muy pocos dias del contento que naturalmente habia de inspirarle aquel suceso: el cambio de aires fué fatal para él, y murió á los pocos dias de su arribo á Sicilia. De su esposa, nieta del conde de Folcalquer, dejó un hijo llamado Berenguer, que le sucedió en el condado, y una hija que casó con el conde de Saboya.

En 1210 resolvió don Pedro dirigir sus armas contra los infieles del reino de Valencia, para lo cual el año anterior habiase avistado con el rey de Navarra en Mallen, recibiendo de él prestada la cantidad de veinte mil maravedís de oro, dándole en prenda las villas y castillos de Pina, Esco, Pitilla y Gallur. Así, pues, las muchas y diversas atenciones que sobre don Pedro pesaban, así en su reino como fuera de él, no le distrajeron por completo de lo que habria debido ser la preocupacion constante de los reyes españoles, y entrando por tierras musulmanas ganó por combate y fuerza de armas los importantes castillos de Adamuz, Castelsavib y Sartella. En seguida continuó la guerra por aquella frontera con gran terror y espanto de los Musulmanes, pero distrájole de ello para su daño los alborotos que en Francia y en las comarcas á ellos limítrofes movia entonces la heregía de los Albigenses (1).

(1) En el capítulo que consagraremos á los asuntos eclesiásticos diremos en qué consistia esta heregía; baste saber por ahora que era una rama ó derivacion de la de los Maniqueos.

Esta secta habia hecho grandes progresos en Francia, sobre todo en el Languedoc y en el condado de Tolosa, y por un momento llegó á penetrar en España. Alejandro III, en 1164, habia hecho predicar una cruzada contra estos sectarios, mas no se obró enérgicamente contra ellos hasta los tiempos de Inocencio III que, viendo en sus doctrinas la ruina de la sociedad y de la Iglesia, los calificaba de peores que los Sarracenos. Por de pronto se contentó Inocencio con enviarles á Rainerio y Guidon, monges los dos del Cister, á quienes encargó que viesen de volverlos por medio de la predicacion al seno de la Iglesia católica; dos ilustres españoles, don Pedro de Azebes, obispo de Osma, y Santo Domingo de Guzman, llevados de su celo por la pureza de la fe ortodoxa, acompañaron á Francia á los legados del Pontífice, y entonces puso Domingo los cimientos de su tan famosa órden de predicadores. Sin embargo, estrelláronse sus esfuerzos contra la obstinacion de los hereges, y tampoco produjo resultado alguno el consejo que dieron á los legados pontificios para que, despidiendo su comitiva, se presentasen con pobreza apostólica y procurasen de nuevo por este medio la conversion de los hereges. Este pensamiento fué abrazado con ardor por los nuevos legados Pedro de Castelnau y Raul, que pasaron allá con los piés descalzos y con un aparato del todo evangélico, sin lograr por ello mejor éxito que sus antecesores. Pedro de Castelnau fué asesinado, y quizás no sin fundamento se acusó de este crímen á Ramon IV, conde de Tolosa, reconocido generalmente como protector de aquellos hereges, y que, segun parece, habia tenido con el legado algunas diferencias. Inocencio mandó entonces predicar una cruzada contra los Albigenses por Arnaldo, abad del Cister, y por unánime consentimiento de los legados apostólicos y de los barones y caballeros alemanes, franceses, ingleses é italianos que á esta guerra habian concurrido, fué elegido por capitan del ejército de la Iglesia Simon, conde de Montfort. Los cruzados emprendieron la guerra contra el conde de Tolosa y Ramon Roger, vizconde de Carcasona, que eran los principales valedores de la heregía, y dieron principio á sus operaciones con el sitio y toma de esta ciudad (1209). Pedro II, que era de ella señor soberano, marchó al campo de los católicos, vió al abad del Cister y á los jefes del ejército y solicitó su gracia en favor de Ramon Roger, su amigo, su aliado y su vasallo; pero no habiendo podido apartarlos de su resolucion ni reducir al vizconde á que aceptara los pactos que de su parte le propuso, volvió á sus estados sin haber alcanzado cosa alguna. Ramon de Tolosa, al verse reducido al último extremo, prometió obedecer á la Iglesia, dió en prenda siete fortalezas, hizo penitencia en público y hasta tomó parte en la cruzada; pero no tardó en conocerse la falsedad de su sumision, que solo el temor le habia apartado momentáneamente de la causa de la heregía. Aquel mismo año fué tomada por asalto la ciudad de Beziers poseida por los Albigenses, y muchos de sus habitantes fueron degollados sin distincion de edad ni de sexo, desplegando ambas partes en esta guerra la saña y el encono que acompañan siempre á las luchas religiosas. Cataluña y Aragon, tan inmediatos á los paises infestados por la heregía, no podian menos de experimentar el contagio, y como pasasen por aquel tiempo los Pirineos algunos Albigenses predicando sus errores, Pedro II que temió para sus reinos de España las calamidades que afligian á sus reinos de Francia, convocó cortes en Lérida á las que asistieron casi todos los obispos y magnates del reino, siendo su resultado un edicto

de 21 de marzo de 1210 contra los excomulgados que persistieren en no volver al seno de la Iglesia católica en el término de un año. Los que así no lo verificasen eran declarados infames, castigados con penas pecuniarias, y considerados inhábiles para heredar y testar, reconociéndose en el edicto, como no podia menos de suceder, la facultad exclusiva que de absolverlos se habia reservado el Pontífice. En las mismas cortes decidióse dar de nuevo principio á las hostilidades contra los Sarracenos, por lo cual reuniendo don Pedro sus tropas á la caballería del Temple, mandada esta por su gran maestre don Pedro de Montagudo, hizo en su compañía, con algunos obispos y muchos nobles catalanes y aragoneses, la feliz campaña que llevamos explicada por la parte de Valencia.

Segun hemos dicho, distrájole de esta guerra el nuevo aspecto que tomaban los asuntos de Francia. Los condes de Tolosa y de Foix manifestáronle que habian de celebrar en Narbona una conferencia con los legados del Papa y el conde Simon de Monfort acerca de las cuestiones que los dividian y que importaba mucho su asistencia á ella. Pedro accedió á sus deseos, y marchando á Narbona encontró allí reunidos á los legados del Papa, á muchos obispos y abades y á los condes de Tolosa y Foix. Abrióse la conferencia tratando del conde de Tolosa, de quién únicamente se exigia que expulsara de sus estados á los hereges que los infestaban; pero Ramon no quiso consentir en ello á pesar de cuantas instancias y súplicas le hicieron. Pasando luego al conde de Foix, que estaba excomulgado, púsosele por condicion para alzar las censuras eclesiásticas en que habia incurrido, que prestara juramento de obedecer en todo las órdenes del Papa, y de no hacer armas en adelante contra el conde de Montfort y sus cruzados. Tambien se negó este conde á lo que se le proponia, y Pedro, en vista del estado de la contienda, adoptó el término medio de poner guarnicion aragonesa en la ciudad de Foix y en el territorio dependiente de su corona, jurando que no se haria en él la menor demostracion hostil contra el ejército católico. Prometió además que si el conde de Foix persistia en mantenerse separado de la comunion católica, entregaria al conde Simon de Montfort dentro del plazo señalado el condado de Foix con las mismas condiciones con que entonces lo poseia el herege, de modo que ha de convenirse en que Pedro, sin abandonar absolutamente á sus amigos y vasallos, mostróse animado en esta ocasion de gran celo por los intereses de la Iglesia romana. Recibió además el homenage del conde Simon de Montfort por el condado de Carcasona, del cual se habia hecho este dueño y señor en virtud de la conquista que de él hiciera en nombre del pontífice Inocencio III, si bien dependia feudalmente de la corona de Aragon.

El rey y el conde tuvieron luego otra entrevista en Montpeller en la que se convino en que, para estrechar mas aun los lazos de la alianza celebrada en Narbona, el príncipe don Jaime casaria con la hija del de Montfort; á ello se obligaron ambos con juramento, y el rey entregó al conde su hijo, que apenas contaba dos años, para que dirigiera su educacion. Como en su tiempo veremos, la principal condicion de este tratado no llegó á cumplirse.

Así estaban las cosas de la monarquía aragonesa, que con sus alianzas, sus grandes feudatarios, su rico y extenso territorio, la importancia de las cuestiones en que se hallaba mezclada, anunciaba ya la gran influencia política que habia de alcanzar entre las naciones occidentales y meridionales de

Europa, hasta el punto de llegar á ser la primera nacion marítima y de intervenir en todos los grandes movimientos de la política europea, lo mismo en Occidente que en Oriente. Sin embargo, el órden cronológico que aquí seguimos nos obliga á diferir por algunos momentos el relato de los últimos episodios que para don Pedro tuvo la cuestion de los Albigenses, y á fijar nuestra atencion en el reino de Castilla, donde se preparaba un inmenso triunfo para la causa de la religion y de la patria. A. de J. C.

Hemos dejado á Alfonso VIII en Madrid llorando la temprana muerte de su hijo don Fernando y ocupado en fortificar plazas y en reunir tropas para resistir al poderoso ejército llegado de Africa. Su voz, que en nombre de la fe amenazada solicitaba auxilio, transmitida por medio de sus embajadores al Papa y á los reyes cristianos de Occidente, *ultra citraque montes,* despertó profundo eco en toda la cristiandad. El obispo de Segovia fué enviado á Roma á impetrar del papa Inocencio III el favor apostólico para aquella guerra sagrada; el ilustre don Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, pasó á Francia y á Alemania para invitar á todos los príncipes cristianos á que tomasen parte en la cruzada española, y pontífice y príncipes todos se apresuraron á disponer lo necesario para contrarestar y vencer á la barbarie africana. Todo anunciaba estarse preparando uno de aquellos acaecimientos que deciden de la suerte de los pueblos.

Inocencio publicó una bula derramando el tesoro de las indulgencias sobre cuantos acudieren á la guerra santa de España, y mandó en Roma un ayuno de tres dias á pan y agua para obtener del cielo el triunfo de las armas cristianas. El miércoles siguiente á la Trinidad (23 de mayo de 1212), dispuso que se hicie- 1212.
ran rogativas públicas: las mugeres se reunieron en Santa María la Mayor, vestidas de luto y con los piés descalzos, y pasando por San Bartolomé dirigiéronse á la plaza de San Juan de Letran. Los monges, los canónigos regulares, los párrocos y los demás eclesiásticos acudieron á la misma plaza por el arco de Constantino, y el resto del pueblo dirigióse al mismo sitio con la cruz de San Pedro, pasando por San Juan y San Pablo, y se colocó en el lugar opuesto al que ocupaban las mugeres. Mientras esto se vericaba, el Papa, acompañado de los cardenales, de los obispos y de toda la corte pontificia, encaminóse á la iglesia de San Juan de Letran, y tomando la venerada reliquia llamada *signum crucis,* trasladóse con su séquito al palacio del cardenal Albani. Presentóse luego en el balcon, y desde allí dirigió á los asistentes una vehemente plática, exhortándolos á implorar de Dios, por sus oraciones y buenas obras, piedad para los cristianos de España y favor para sus armas contra el poder de los Sarracenos. Terminada la alocucion, dirigiéronse las mugeres á la iglesia de Santa Cruz, donde un cardenal celebró misa; Inocencio volvió con su corte y el clero á San Juan de Letran, y allí se dijo otra misa, despues de lo cual todos con el Papa, que marchaba descalzo á su cabeza, se dirigieron procesionalmente á Santa Cruz, los seculares despues de los eclesiásticos y de los regulares, terminando las rogativas con las oraciones ordinarias (1).

Mientras el pontífice romano invocaba así el favor y la misericordia de Dios sobre los cristianos de España, Alfonso VIII reunia cortes en Toledo, no para la

(1) Reynaldi, Decretalia, ad ann. 1212.

formacion de nuevas leyes, sino para acordar las disposiciones necesarias para el buen éxito de la gran campaña. Designóse aquella insigne ciudad como la plaza de armas y el punto de reunion á que habian de concurrir así las tropas de las diversas provincias como las extranjeras que venian á ganar las gracias espirituales concedidas por la Sede Apostólica, y un edicto real prohibió á los soldados de á pié y de á caballo presentarse con vestidos de oro y seda, con arreos de lujo y con ornatos superfluos que desdijeran del ejercicio militar. A la voz elocuente del arzobispo don Rodrigo muchos guerreros de Francia, de Italia, de Alemania y de otros paises extranjeros habian tomado el camino de España y de Toledo, llegando por aquel entonces y formando juntos un total de dos mil caballeros con sus pajes de lanza, diez mil soldados de á caballo y cincuenta mil infantes. Venidos á excitacion del rey, este se mostró con ellos tan espléndido que, segun sabemos por don Rodrigo de Toledo, daba á cada ginete veinte sueldos diarios y cinco á cada soldado de á pié (1), suma tan crecida para aquella época que el hecho pareceria increible á no afirmarlo un autor contemporáneo tan digno de fé como Rodrigo.

Aquella milicia cristiana no pudo tener cabida en el recinto de la ciudad y parte de ella acampó en los jardines llamados la Huerta del Rey en las márgenes del Tajo; multitud poco disciplinada y compuesta de gentes de varias naciones, no dejó de ocasionar algunos desórdenes, y creyendo, segun las ideas vulgares de la época, hacer una obra meritoria, acometió á los Judíos que en gran número vivian en Toledo. Decian aquellos israelitas que su establecimiento en la ciudad era muy anterior al nacimiento de Jesucristo, y que, consultados por sus correligionarios de Jerusalen acerca de si habia de darse muerte á Jesus de Nazaret, habian opinado por la gracia del Justo. En 1085 habian presentado á Alfonso VI, conquistador de Toledo, la carta de los Judíos de Jerusalen y su contestacion en hebreo y en árabe, como testimonio de que en nada habian participado en la muerte del hijo de María (2). Los cruzados francos arremetieron contra los Judíos toledanos, dieron muerte á muchos de ellos, y en mayor número habrian perecido si no hubiesen tomado su defensa los moradores de Toledo, lo cual habria producido una lamentable lucha (3), á no haber intervenido los prelados y rabinos. Ocho dias despues el rey de Castilla Alfonso VIII y el de Aragon Pedro II, que se habian reunido en Cuenca, hicieron su solemne entrada en Toledo, y luego de reunir los víveres necesarios para un ejército tan formidable al que seguian, dice el arzobispo don Rodrigo, setenta mil carretas, y acompañado, segun otros autores, por igual número de acémilas, la hueste se puso en marcha el dia 21 de junio. Los ultramontanos ó auxiliares extranjeros formaban la vanguardia á las órdenes de don Diego Lopez de Haro, que llevaba consigo á los arzobispos de Burdeos y Narbona, al obispo de Nantes, á Teobaldo Blascon, origi-

(1) El sueldo era una denominacion monetaria ficticia; en tiempo de Alfonso la moneda mas usual era el pepion; diez pepiones formaban la metala y diez metalas el maravedis, cierto número de los cuales constituian el sueldo.

(2) Alfonso VI mandó traducir estas cartas en latin y depositarlas en los archivos de la ciudad. Pueden leerse en romance en Sandoval, Cinco Reyes, p. 71.

(3) E moviéronse los dultrapuertos, é vinieron á Toledo en dia de Cinquesma, é volbieron todo Toledo, é mataron de los judíos muchos dellos, é armáronse los caballeros de Toledo, é defendieron á los judíos (Ann. Teled. 1.os, p. 395).

nario de Castilla, á Godofredo de Oldebraya, á Ricardo de Poypesand, al conde de Benevento, al vizconde de Turena, á Centullo de Estarat, á Hugo de Arenta, á Martin de Abrion y á otros muchos caballeros. Componíase este cuerpo de diez mil caballos y cincuenta mil infantes.

Venian luego los reyes de Castilla y de Aragon, en dos distintos campos para no entorpecer el uno los movimientos del otro. Con don Pedro II marchaban don García Frontin, obispo de Tarazona, don Berenguer, obispo electo de Barcelona, don Sancho, conde de Rosellon, don García Romeu, don Jimeno Cornel, don Guillen de Peralta, don Miguel de Luesia, que llevaba el estandarte del rey, don Nuño Sanchez, hijo del conde don Sancho, don Lopez de Ferrenchel de Luna, don Pedro Maza, don Jimeno de Aibar, don Rodrigo de Lizana, el conde de Ampurias, don Ramon Folch, don Guillen de Cervera, don Pedro Moya, don Guillen de Cardona, el vizconde de Rocaberti, don Bernardo de Santa Eugenia, don Guillermo de Sarra, don Bernardo de Cabanyas, don Galceran de Cruillas, don Ramon Xalmar, don Pedro de Pau, don Galceran de Puigvert, etc. El conde de Pallars, el vizconde de Cardona y el conde de Foix, habian llevado á su señor soberano sus mejores hombres de armas. Con el conde Pallars estaban el vizconde de Villamar, Guillen de Gallera, Arnaldo de Darchan Aleman y Ramon de Mompansar; con el vizconde de Cardona, Pedro de Moncada, Guillen de Cervells, Ramon Aleman, Galceran de Pinós, Lucas de Mataplana, Galceran de Angresola, Ramon de Cervera, Guillen Durs, Pons de San Pau, Marcos de Villamany, etc. Con el conde de Foix en fin marchaban los señores de Mirapoix y de Montes Ibiu, Beltran de So, Guillen de Castellnau, Ramon de Caret, Pedro de Bernet, Guillen de Calastany, Ramon de Ribes, Ramon Torrelles, Pedro de Varbaran, Tomás de Lupia, el señor de Montesquieu, Ramon de Vives, el senescal de Moncada y otros (1).

El séquito del rey castellano era entre todos brillante y numeroso, y en él figuraban los nombres mas ilustres de la monarquía. Veíanse en él á don Rodrigo Jimenez de Rada, el prelado historiador, á don Tello, obispo de Palencia, á otro Rodrigo, obispo de Sigüenza, á don Menendo, obispo de Osma, á don Domingo, obispo de Placencia, y á don Pedro, obispo de Ávila. El estandarte de Santiago era llevado por don Pedro Arias de Toledo, á quien acompañaban muchos caballeros de su órden, entre ellos don Sancho Fernandez, don Martin Nuñez, don Iñigo de Mendoza y don Gonzalo Nuñez de Lara. Venian luego don Gutierre Hermenegildo, gran prior de San Juan, con los caballeros de su órden; don Gonzalo Ramirez, maestre del Temple, don Gonzalo Gomez, don Fernan García de Lerma, don Juan Lopez de Amaya, don Sancho Fernandez de Cañamaro, don García Gonzalez de Candomio, primer comendador de Leon, caballero de Santiago y uno de los trece del capítulo de la órden; don Pedro Gonzalez de Aragon, comendador de Oreja, don Ruy Gonzalez de Mancilla, comendador de los hospitalarios de Toledo y miembro del capítulo, don Fernan Estéban, comendador de Villarrubia,

---

(1) Aun cuando algunas crónicas dicen haber acudido á la cruzada española el conde de Urgel, no puede entenderse de Arnaldo Armengol que habia fallecido cuatro años antes, dejando únicamente una hija. Hemos visto que el condado de Urgel habia pasado casi todo á poder de don Pedro II, y aquellos escritores habrán querido nombrar quizás á don Guerao de Cabrera, que se titulaba conde de Urgel y residia en Castilla despues de alcanzada su libertad.

don Pedro Gomez, comendador de Viedma, don Ordoño Garcés de Aya, comendador del Hospital de Cuenca, Ruy Gutierrez de Villagarcía, comendador de Monreal, Juan Fernandez de Osonilla, comendador del Espíritu Santo de Salamanca, don Arnaldo Ferrenchel, comendador de Montalban en Aragon, Alonso Fernandez de Valladares, comendador de la Barca, etc.

La retaguardia era mandada en nombre del rey de Castilla por Gonzalo Rodriguez Giron, acompañado de sus cuatro hermanos; el pendon real era llevado por el conde don Alvar Nuñez de Lara, á quien seguian el conde don Fernando, don García Manrique, don Alfonso Perez, don Fernan Gonzalez, don Rodrigo Perez de Villalobos, don Guillen Gonzalez, don García Ibañez, que fué despues gran maestre de Calatrava, don Fernan Gutierrez de Castro, de la ilustre casa de los condes de Lemos, don Diego Ruiz, señor de Cameros, don García Ordoñez y don Juan Gonzalez de Ucero. La órden de los Templarios estaba representada por Juan Gelmirez, Alfonso Meneses, Dalmacio de Creixell, natural de Ampurias á quien se confió el mando de la caballería á causa de su gran experiencia militar. Entre los mas ilustres figuraban muchos caballeros de las montañas de Burgos y Vizcaya, y entre ellos se citan Sancho de Velasco, Gonzalo y Sancho de Vergara, Juan Ruiz de Briviesca, Alfonso Nuño de Castro Urdiales, Pedro de Socobio, Gonzalo de la Sota, Gonzalo de los Aqueros, Martin Martinez de Turricios, Domingo Gomez de la Calzada, Arias Perez de Valdivieso, Juan Perez de Bustos, Pedro de Serralta, Pedro Martinez de Espinosa, nombres todos muy conocidos en las altas y bajas montañas de Cantabria.

Los caballeros llegados del reino de Galicia no eran menos numerosos, y la historia menciona á Fernan García de Caamaño señor de la casa y estados de Rubianes, á don Suero Yañez de Noboa, comendador y despues gran maestre de Calatrava, á don Fernan Lopez de Ulloa, á don Payo Mendez de Sotomayor, á Gonzalo Paez de Tavera, á Ruiz Fernandez Cordoniz, á Rodrigo de Salgado, y á Rodrigo de Figueroa, Sancho Gonzalez de Reinosa y Martin Fernandez de Ceballos que añadieron una cruz á sus armas por haber visto la que se dice que apareció en el cielo durante la memorable batalla. Nómbranse además á Sancho Roman de Lugo, ricohombre del rey Alfonso de Leon y su montero mayor; á Aznar Pardo, ilustre caballero de Galicia que añadió á sus armas tres tizones encendidos por haber sido él quien puso fuego á las empalizadas enemigas, á don Ruiz Diaz de Yanguaz, sexto gran maestre de la órden de Calatrava, seguido de sus caballeros, á don Benito Suarez Sujerio, segundo gran maestre de la órden de Alcántara con sus esforzados freires, y á otros muchos campeones que fuera prolijo enumerar, ilustres progenitores de muchas familias que hoy se honran con los títulos de nobleza que dieron á sus casas aquellos animosos caballeros. Seguian tambien la bandera real de Castilla los consejos ó comunidades de san Estéban de Gormaz, de Aillon, de Atienza, de Almazan, de Soria, de Medinaceli, de Segovia, de Avila, de Medina del Campo, de Olmedo y de Arévalo, lo mismo que los de Madrid, Valladolid, Guadalajara, Huete, Cuenca, Alarcon y Toledo, habiendo quedado los demás para la custodia de las fronteras. Toda aquella muchedumbre guerrera llevaba el signo de la redencion en el hombro derecho como los cruzados orientales, y los monges, á ejemplo de Pedro el Ermitaño, y como siempre habian practicado en España, figuraban tam-

bien en gran número en el ejército de Alfonso para bendecir y exhortar á los guerreros. Algunos, empero, habian ceñido la espada y vestido la coraza, y mas de un benedictino y de un trinitario portóse en la pelea con el esfuerzo de un héroe. Entre los últimos se hallaba Rodrigo de Peñalva, que, recibido de doctor en la universidad de París, enseñaba teología en Burgos.

Al tener noticia de este poderoso armamento no permanece inactivo Muhamad ben Yacub, y aunque á la cabeza del formidable ejército con que le hemos visto entrar en España, dirigió desde sus campamentos de Salvatierra enérgicas exhortaciones para la guerra santa á cuantos paises profesaban la ley del profeta. El Africa entera se conmovió desde el mar hasta el desierto, é inumerables voluntarios de todas las tribus vinieron á aumentar la hueste de Muhamad, formando el mas numeroso ejército que hubiesen pisado jamás los campos españoles.

Tres dias despues de su salida de Toledo llegó el ejército cristiano á Malagon, distante de aquella ciudad catorce leguas. Los habitantes se retiraron á un castillo situado en una escarpada colina, mas los auxiliares extranjeros lo entraron por asalto, pasando á cuchillo á cuantas personas encontraron en su recinto. Desde allí avanzaron los cruzados hácia Calatrava, y observando que los Musulmanes habian sembrado los campos lo mismo que el cauce del Guadiana de aceradas puntas de hierro á fin de imposibilitar la marcha de los peones y caballos, enviáronse cuerpos de exploradores para que limpiasen y desembarazasen el camino. Los cristianos atacaron luego aquella plaza fuerte que estaba defendida por el caudillo Abul Hegiag ben Kadis con setenta caballeros muslimes y gran número de soldados. Apretado el cerco y combatidos los muros con toda clase de máquinas, la ciudad fué tomada por asalto, mientras que Abul Hegiag y los suyos se retiraron á la ciudadela. Allí se defendieron durante algun tiempo, expidiendo cada dia un correo al emir de los Musulmanes informándole de su apurada situacion y pidiéndole socorro. Sin embargo, ninguna de sus cartas llegaba á Muhamad: el ministro se las ocultaba cuidadosamente, pues empeñado como estaba en tomar á Salvatierra, temia que aquellas noticias le hicieran levantar el cerco. En tanto Hegiag ben Kadis y los suyos se defendian con mucho valor y constancia, hasta que agotados todos los recursos, sin provisiones y sin flechas, temeroso el gobernador de la suerte que esperaba en caso de un asalto á los pacíficos habitantes, mugeres y niños, que se hallaban en la ciudadela, pidió entrar en negociaciones con Alfonso para la rendicion de la plaza. Con este motivo hubo varios pareceres en el campamento cristiano: los extranjeros insistian en que no se diese cuartel á los infieles, pero los dos reyes y los barones castellanos y aragoneses, deseosos de no perder un tiempo precioso delante de la plaza, creyeron deber aceptar la capitulacion; en su consecuencia los Musulmanes evacuaron la ciudadela, y don Diego Lopez de Haro los escoltó hasta dejarlos en lugar seguro, por temor de que en menosprecio de lo convenido fuesen mal tratados por los soldados extranjeros.

Poco faltó para que aquella conquista fuese funesta á los vencedores, porque los caballeros de ultramontes, descontentos de que se hubiese entrado en pactos con los Mahometanos de Calatrava, y sobre todo de que no se hubiese entregado al pillage la plaza conquistada, pretextaron el calor excesivo que empezaba

á sentirse y manifestaron su resolucion de pasar otra vez los Pirineos. En vano los reyes de Aragon y Castilla emplearon toda su influencia para hacerlos desistir de su propósito, y les representaron la vergüenza de su retirada cuando se hallaban tan próximos al enemigo: nada pudo detenerlos, y solo algunos, entre ellos el arzobispo de Narbona y Teobaldo Blascon, se quedaron con el ejército. El resto tomó el camino de Toledo, cuyos moradores les cerraron las puertas, llamándolos desde los muros desleales, traidores y excomulgados, y marcharon en seguida en pelotones hácia los Pirineos, devastando cuanto encontraron á su paso. Alfonso dió la plaza de Calatrava á los caballeros de la órden y dividió el botin entre los Aragoneses y los pocos extranjeros que continuaban bajo sus banderas, no reservándose para sí sino la gloria de la conquista.

No fué bastante esta defeccion para desalentar á los cristianos españoles, que con la confianza que inspira siempre una primera victoria, marcharon desde Calatrava hasta Alarcos, lugar de funestísimo recuerdo, pero que esta vez habia de serlo de ventura. Los Sarracenos abandonaron la plaza luego de acercarse los cristianos, y ambos reyes hicieron en ella una triunfante entrada. Allí, como si el cielo hubiera querido indemnizarlos del abandono de los extranjeros, reunióse con ellos el rey de Navarra, con quien ya no contaban, al frente de la lucida nobleza de su reino y de aguerridos batallones. Su llegada causó indecible alegría en el campo de los cruzados, y los tres reyes partieron de Alarcos y se adelantaron hasta Salvatierra, que habia ya caido despues de una heróica defensa en poder de los Musulmanes. En los alrededores de aquella plaza pasaron á sus huestes revista general, y al ver el ardor que á todos inflamaba, el apuesto y marcial continente de caballeros y soldados, resolvieron no entretenerse en el cerco de Salvatierra y continuar su marcha hasta encontrar al enemigo.

Este en tanto habia visto disminuir en mucho los brios y el número de su gente, así por las fatigas y combates del cerco de Salvatierra, como por la discordia que en sus filas se habia introducido. El esforzado Ilegiag ben Kadis, el animoso alcaide de Calatrava, habíase dirigido dominado por sombríos presentimientos al campamento del emir, y en efecto el wazir Abu Said mandó prenderle luego de su llegada, y pagó con una afrentosa muerte los grandes servicios que prestara aquel ilustre caudillo. Todo el ejército se horrorizó y llevó muy á mal este procedimiento, y en especial los jeques andaluces, que abandonaron el ejército africano y formaron un campo separado. Muhamad Alnasir, dice la crónica, sintió mucho la pérdida de Calatrava, y fué tanta la pesadumbre que por ella tomó, que en algunos dias no pudo comer ni beber de ira y de despecho. Por esto resolvió tomar á toda costa á Salvatierra y, redoblando sus esfuerzos, rindióla por capitulacion en 1.° de junio de 1212.

Satisfecho ya, puesto que habia conseguido lo que con tan perjudicial obstinacion se propusiera, pensó en oponerse á los esfuerzos y á la marcha de los cristianos, sin que por un momento dudara del triunfo, mayormente despues de haber sabido la defeccion de los extranjeros. Determinado á combatirlos, sentó sus reales en Baeza y envió algunos escuadrones para cerrarles los desfiladeros y pasos de Sierra Morena.

El ejército de la cruz llegó el dia 12 de julio al puerto de Muradal, cuyos

pasos halló defendidos por las tropas sarracenas, y don Diego Lopez de Haro encargó á su hijo don Lope Diaz y á su sobrino don Sancho Fernandez y á don Martin Nuñez de Hinojosa que con algunas compañías de gente escogida ocuparan las alturas de la sierra. Partieron estos para desempeñar su cometido, y fueron atacados cerca de Castro Ferral por un cuerpo de caballería musulmana apostado en la angostura; rechazáronlo empero vigorosamente, lo pusieron en fuga, y ocuparon el puerto, á donde aquella misma tarde llegaron los tres reyes con todo el ejército.

El dia siguiente, viernes 13 de julio, pusiéronse en marcha algunos batallones que hallaron á otras tropas musulmanas dispuestas á impedirles el paso; por una y otra parte peleóse con extraordinario valor, hasta que los Arabes, cediendo al esfuerzo de los cristianos, tomaron el partido de retirarse. Sin embargo, en el lugar de Losa habia concentrado el enemigo considerables fuerzas, y en la crítica y apurada situacion en que los cristianos se encontraban entre aquellos inexpugnables riscos en poco estuvo que emprendiesen la retirada. Reunido el consejo para determinar lo que debia hacerse, muchos, considerando que el puerto de Muradal era harto angosto para poder ser forzado, y tanto mas peligroso en cuanto con escasa gente podia ser derrotado un considerable ejército, opinaban porque la hueste deshiciera el camino andado, asegurando que podrian entrar en Andalucía por caminos y pasos mas seguros y evitar así los peligros que ofrecian aquellos desfiladeros. Alfonso de Castilla y Pedro de Aragon hallaron sin embargo gravísimos inconvenientes en lo que se proponia: dijeron que la opinion entraba por mucho en las cosas de esta naturaleza, y que el enemigo al atribuir su retirada al miedo, sentiria crecer su valor tanto como se disminuiria el de los soldados cristianos; que la costumbre de los guerreros de la cruz era en casos semejantes no considerar los obstáculos materiales, sino cifrar toda su confianza en Aquel ante quien tiemblan las legiones angélicas, se ciegan los abismos y se humillan las montañas, y que por lo mismo, despues de implorar el auxilio divino, habia de intentarse el paso de los montes que se interponian entre los cristianos y sus enemigos. Así se resolvió, y en su consecuencia don Lope Diaz, que casó despues con doña Urraca, hija del rey Alfonso de Leon, púsose al frente de respetables fuerzas y apoderóse del lugar de Ferral, situado en uno de los puntos mas elevados del puerto, desde donde atacando de improviso á los Musulmanes, logró introducir alguna confusion en sus filas. No se atrevió sin embargo á atacarlos en su posicion de Losa, así por la aspereza del lugar como por las numerosas tropas que la defendian.

Así pues, la perplejidad de los cristianos era suma, cuando un hombre que dijo llamarse Martin Halaja, desconocido de todos, vestido en traje de pastor ó de campesino, se presentó en su campamento, y dijo que, habiendo apacentado mucho tiempo sus ganados por aquellas sierras, conocia muy bien todas las sendas y sabia un camino cómodo y seguro en la ladera del monte, que los conduciria á un lugar oportuno para la batalla, sin que fuera necesario ocultarlo al enemigo, que lo veria y no seria bastante á impedirlo; para afirmar mas sus palabras dijo que en el sendero encontrarian una cabeza de vaca comida de lobos, pero ni aun así consintieron los jefes del ejército en seguirle, temerosos de que fuera aquello una estratagema para conducirlos á un mal paso. Así lo prescribia la pru-

dencia, pero como de la verdad de aquella nueva dependia el buen resultado de la campaña, don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya y don García Romeu, caballero aragonés, ofreciéronse, á pesar de los peligros de la empresa, á seguir al pastor y á averiguar el hecho por sí mismos. Tomáronle por guia, y el pastor los condujo en efecto por un sendero lateral de la montaña á una extensa y vasta planicie, las Navas de Tolosa, capaz de contener al ejército entero (1).

Las palabras del pastor eran exactas, y don Diego Lopez de Haro y don García Romeu avisaron á los reyes que podian subir libremente con todo el ejército, lo cual verificaron al dia siguiente, sábado 14, despues de comulgar devotamente. La guardia avanzada que ocupaba el lugar de Ferral lo abandonó como inútil, y los enemigos volvieron á ocuparlo con gritos de victoria, creyendo que los cristianos renunciaban á pasar por el desfiladero de Losa, y en su consecuencia á pelear; pero en breve salieron de su error al ver á los cristianos llenar y establecer sus tiendas en la cumbre del monte. Aunque de pronto sorprendidos no se desalentaron, y en aquel mismo dia Muhamad Alnasir hizo formar su ejército en órden de batalla, provocando á los cristianos á un combate general. Estos, empero, cansados por el largo camino andado no salieron de sus tiendas, y achacándolo el emir á miedo y cobardía, escribió á Baeza y á Jaen que tenia sitiados á tres reyes y á sus ejércitos y que dentro de tres dias serian todos prisioneros.

El dia siguiente, domingo 15 de julio, el pabellon rojo del emir, destinado para las horas solemnes de las batallas, fué de nuevo desplegado, y el Rey Verde, como le llaman nuestras crónicas porque vestia de este color, sentóse dentro de él sobre su escudo, sujetando las riendas de su caballo, mientras que los Sarracenos se presentaron en buen órden en la llanura como la víspera, y permanecieron hasta mediodía en la actitud de un ejército que espera un ataque. Sin embargo, los cristianos, ya por la festividad del dia, ya por tomarse tiempo para reconocer bien las fuerzas y la disposicion del ejército musulman y preparar las suyas, persistieron aun en no salir á batalla, contentándose con ejercer suma vigilancia en su campamento á fin de evitar toda sorpresa. Los tres reyes, empero, dispusieron que todos sus soldados se hallasen prontos para el dia siguiente, lunes 16 de julio, pues en este dia habian resuelto empeñar el combate.

A media noche, la palabra de fe y de vida resonó en todas las tiendas de los cristianos, y por medio de los heraldos mandóse que todos se armaran por la causa del Señor. Capitanes y soldados asistieron á la celebracion de los divinos misterios, y armados todos espiritualmente con los sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía, pasaron la noche en devotos ejercicios, en disponerse y en alentarse los unos á los otros. Al romper del alba, y entre el alegre sonido de trompetas y atambores, todo el campo se puso en movimiento, y en virtud de las disposiciones tomadas en el consejo celebrado entre los tres reyes y los principales caudillos, el aguerrido don Dalmacio de Creixell ordenó las haces en la forma siguiente:

En el centro ó cuerpo de batalla estaba el rey de Castilla con sus tropas formando cuatro divisiones: la primera, que constituia la vanguardia, era mandada

(1) Este camino pasa por lo que se llama en el dia Puerto Real ó Puerto del Emperador, y guia á las llamadas poblaciones de Sierra Morena, partido de la Carolina.



BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA.

por don Diego Lopez de Haro, que llevaba á sus órdenes á sus hijos don Lope y don Pedro y á sus sobrinos don Sancho Fernandez y don Martin Nuñez de Hinojosa; don Pedro Arias de Toledo era su primer portaestandarte. Don Gonzalo Nuñez de Lara mandaba el segundo, en el cual militaban los regimientos de las órdenes militares con sus grandes maestres, y las compañías de Cuenca, Huete, Alarcon y Ucles. Al frente del tercero estaba don Felipe Diaz de Cameros, acompañado de don Alvar su hermano, de don Gomez Perez el Asturiano, de don García Ordoñez y de don Juan Gonzalez de Ucero. Allí estaban las banderas de San Estéban de Gormaz, de Almazan, de Aillon, de Atienza y de Medinaceli. Alfonso habia tomado el mando del cuerpo de reserva, y tenia junto á sí á todos los obispos de su reino, á los hermanos Girones, á don Rodrigo Perez de Villalobos, á don Suero Tellez, á don Fernando García, señor leonés, y llevaba su estandarte, en el que se veia la imágen de la Vírgen, el alferez don Alvar Nuñez de Lara. De esta última division formaban parte las divisiones de Valladolid, de Medina del Campo, de Olmedo, de Arévalo y de Toledo.

Sancho de Navarra mandaba el ala derecha, llevando á sus órdenes á los nobles don Almoravid de Agoncillon, don Pedro Martinez de Lete, don Pedro y don Gomez García, su portaestandarte. Con sus hombres de armas que, á lo que parece, no eran en bastante número para formar una division, marchaban las tropas castellanas de Soria, de Segovia y de Avila, un cuerpo de caballeros gallegos y portugueses y otros muchos voluntarios.

El ala izquierda en fin iba mandada por el esforzado rey de Aragon don Pedro II, siendo sus lugartenientes los principales caballeros que le habian seguido á la cruzada, don García Jimenez, don García Romeu, don Jimeno Cornel, don Pedro Moya, don Gaston de Cruilles, don Bernardo de Pons, don Guillen Folch, don Pons de Cabrera, don Bernardo de Centellas, don Pedro de Sentmanat, don Arnaldo de Rajadell, los condes de Ampurias y de Foix, el marqués de Mirepoix, etc. Este cuerpo estaba exclusivamente formado de tropas catalanas y aragonesas.

El ejército de Muhamad Alnasir salió á la llanura como en los dias anteriores en forma de media luna. Repartíase en cinco divisiones: cuarenta mil negros, armados de lanzas y escudos, se colocaron en círculo al rededor del príncipe almohade: multitud infinita de horroroso aspecto, dice don Rodrigo, sus largas lanzas clavadas en tierra verticalmente, formaban como una empalizada de aceradas puntas. Detrás de los negros habíanse puesto trecientos camellos, unidos unos con otros por medio de gruesas cadenas de hierro, y en la vanguardia, formando el cuerpo de batalla, los Almohades y los Berberiscos de las principales tribus del Magreb, casi todos á pié. Las tropas andaluzas, separadas del campo almohade desde la cruel ejecucion del alcaide de Calatrava, formaban detrás de los Berberiscos, y por fin la indisciplinada muchedumbre, reclutada en todas las regiones del Magreb, habia sido relegada á retaguardia y cubria llanos y montañas. Los testigos presenciales de esta batalla convienen todos en que la caballería era muy poca ó ninguna en el ejército mahometano.

Dentro de la viviente fortaleza, formada por los negros y camellos, hallábase en su roja tienda, ya sentado, ya en pié el emir Muhamad, rodeado de régio fausto, llevando sobre sus espaldas el negro albornoz que sirviera á su abuelo Ab-

delmumen. Junto á su caballo estaba el camello ricamente enjaezado que llevaba el tabernáculo, conteniendo el venerado Coran del califa Otman, hallado en Córdoba; abierto el libro ante sus ojos, Muhamad leia en alta voz las promesas de su profeta, que aseguran la felicidad eterna á los que mueren peleando.

Al despuntar de la aurora, Diego Lopez de Haro, que mandaba la vanguardia cristiana, dió principio á la batalla acometiendo á los cuerpos voluntarios que constaban, segun los autores árabes, de ciento setenta mil hombres. Los cristianos llegaron, dicen los Musulmanes, como nubes de langosta, y empeñóse un horrible combate. Por algun tiempo permaneció este indeciso, y aun se cuenta que los cristianos temieron por un momento la derrota: don Sancho Fernandez de Cañamero, que llevaba el pendon de Madrid, huyó con él en vergonzosa retirada, pero Alfonso VIII le obligó lanza en ristre á volver á la batalla. Por fin los voluntarios no pudieron resistir al choque impetuoso de los caballeros cristianos y fueron exterminados hasta el último, dicen los autores árabes, á la vista de los Almohades, de los Arabes y de los jeques andaluces á la cabeza de sus tropas, que no hicieron movimiento alguno. Los cristianos revuelven luego sobre los Almohades; la pelea se hace cada momento mas reñida; los caballos cubiertos de hierro de los cristianos no aciertan á romper las apretadas líneas musulmanas, y entre el fragor de la pelea y los clamores de los combatientes semejantes al rugido de las olas del mar cuando el huracan las levanta, la inquietud y el temor empezaron á agitar el corazon de los españoles, y hasta el rey de Castilla no pudo librarse de cierto desaliento. «*Arzobispo, arzobispo,* exclamó dirigiéndose á don Rodrigo de Toledo, *yo é vos aquí muramos.—Non quiera Dios que aquí murades,* le contestó el prelado, *antes aquí habedes de triunfar de los enemigos.*» Entonces dijo el rey: «*Pues vayamos aprisa á acorrer á los de la primera haz que están en grande afincamiento.*» En todas estas circunstancias, añade don Rodrigo, atestiguo ante Dios que el noble rey no cambió *nin en la color, nin en la fabla, nin en el continente,* antes bien, como hombre de corazon y de valor, semejante á un leon que de nada se asusta, permaneció inquebrantable en su resolucion de vencer ó morir.

Fernan García, soldado valeroso y experimentado, quiere en vano contener al rey, que se lanza á lo mas recio del combate. Don Domingo Pascual, canónigo de Toledo, da al aire el pendon del arzobispo que llevaba, y apretando los hijares á su caballo, métese por entre las filas sarracenas, seguido de todos los obispos, caballeros y soldados que, en el colmo del ardor y del entusiasmo, derriban cuanto se les pone por delante. Los Navarros y Aragoneses, haciendo tambien prodigios de valor, envuelven á los Musulmanes, cebando sus espadas en sus apiñadas filas. Entonces en lo mas recio de la batalla, cuando el polvo y la sangre cubrian á los combatientes de ambos ejércitos, los caudillos andaluces y sus tropas, tornaron brida y se salieron huyendo del combate. Esto hacian, dice la crónica de Conde, por el odio y enemistad y deseo de venganza que tenian en sus corazones con ocasion de la injusta muerte del esforzado y noble caudillo Aben Kadis, y en aquella importante y terrible ocasion quisieron vengarse de los desprecios de Aben Gamea y de sus injustas altanerias contra ellos.

Este movimiento decidió la victoria: los Almohades, Alarabes y otras tribus berberiscas que vieron la fuga de los Andaluces, que ni un hombre quedaba ya

de los cuerpos voluntarios, que todo el peso de la batalla cargaba sobre ellos, y que á cada momento se aumentaba el ímpetu de los cristianos, principiaron á desordenarse tambien y á huir, convirtiéndose el combate en un degüello general de aquella inmensa morisma. Entre rios de sangre y montones de cadáveres llegaron los cristianos á la línea circular que defendia la tienda de Alnasir, y los negros como un muro de bronce resistieron en un principio á todos sus esfuerzos. Sujetos los Etiopes por las cadenas, no podian avanzar ni retroceder, y su inmovilidad frustraba cuantos ataques dirigian contra sus haces los guerreros cristianos. De pronto vese aparecer entre las negras filas africanas el penacho de un caballero que, blandiendo su espada, formaba á su alrededor ancho y sangriento círculo; era el rey de Navarra, que habia saltado con su caballo el impenetrable muro. Don Alvar Nuñez de Lara habia hecho lo mismo por otro lado, y Castellanos, Aragoneses y Navarros, animados con este ejemplo, revolvieron sus feroces caballos que ofrecian las ferradas ancas á las lanzas de los negros, y así, dando estocadas de revés, lograron romper la inespugnable valla.

Desde aquel momento no hubo ya combate, sino una general carnicería. Los heraldos de Alfonso corrian gritando: «¡No haya cuartel! ¡El que se presente con un prisionero será muerto junto con él!» y por esto no se hicieron cautivos y quedaron aquellos campos materialmente cubiertos de cadáveres. En tanto Alnasir se hallaba en su tienda embargado en la lectura del Coran, cuando presentóse á él un Arabe montado en una yegua y le dijo: «Príncipe de los creyentes, ¿hasta cuándo permanecerás aquí sentado? Los decretos de Dios han sido ya cumplidos, y los Musulmanes perecen.» Alnasir se levantó entonces para montar el caballo que junto á sí tenia, pero el Arabe bajó de su yegua y le dijo: «Monta este animal que sabe sacar siempre con bien al hombre que en él cabalga, y quizás Dios te librará, que en tu vida consiste la felicidad de todos.» Montó en la yegua Alnasir y el Arabe en su caballo, y huyeron, dice Conde, envueltos en el tropel de la gente que huia, miserables reliquias de sus vencidas guardias. Siguieron los cristianos el alcance, y duró la matanza hasta la noche, terribles momentos en que despotizaron sobre ellos las espadas de los cristianos hasta no dejar uno con vida de tantos millares (1). Nada quedaba de aquel inmenso ejército de medio millon de hombres: la pérdida de los Musulmanes fué, segun el arzobispo don Rodrigo, de doscientos mil hombres, y la de los cristianos ¡cosa que rayaria en prodigio! solo de veinte y cinco hombres, que algunos otros testigos presenciales elevan hasta cincuenta; y aun cuando la exageracion de ambos cálculos parece manifiesta, si nos figuramos una multitud de hombres vestidos ligeramente, al uso de los Moros, rotos y dispersos en medio de guerreros cubiertos de hierro que no concedian cuartel, concebiremos fácilmente el prodigioso número de víctimas que debió cubrir el campo de batalla (2).

En medio de aquel inmenso triunfo, sabemos por el arzobispo de Toledo que dirigiéndose al rey de Castilla, le habló con estas dignas y severas palabras:

(1) Conde, P. 3.ª, c. LV.

(2) Suponen algunos, y esto es lo mas verosímil, que el número de muertos de los cristianos seria de veinte y cinco mil, naciendo el error de nuestros cronistas de no haber entendido bien el texto del arzobispo don Rodrigo, que dijo veinte y cinco, omitiendo mil por contraposicion á los doscientos mil antes expresados.

«No olvideis que la gracia de Dios ha suplido á todo lo que en vos faltaba, y os ha levantado del oprobio en que yaciais (1). No olvideis tampoco que debeis al brazo de vuestros guerreros la gloria que en este momento os rodea.» Palabras dignas de un sacerdote, que, segun el historiador Romey, autor nada sospechoso en esta materia, tanto que nos parecen un contrasentido en su pluma, revelan bien la superioridad del poder espiritual sobre un rey del tiempo y de la materia. En seguida el mismo prelado, junto con los demás obispos castellanos Tello de Palencia, Rodrigo de Sigüenza, Menendo de Osma, Domingo de Plasencia y Pedro de Avila, entonó á coro con ellos el *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur,* á que contestó con voz conmovida el ejército entero.

Los que se distinguieron particularmente en la batalla, segun el arzobispo don Rodrigo, además de los tres reyes, que lucharon personalmente como simples soldados y se lanzaron á los lugares de mayor peligro, fueron Jimeno Cornel que, con sus compañías descargó los primeros golpes; García Romeu y Aznar Pardo á la cabeza de los Aragoneses, los freires de Calatrava y Santiago, el gran maestre de los Templarios, y el animoso canónigo Pascual. Los obispos que seguian al ejército se mostraron todos animados del mayor celo (2), y Castellanos, Aragoneses, Catalanes, Navarros y extranjeros, todos se portaron con igual valor. Los Catalanes y Aragoneses, empero, se mostraron en la matanza los mas vigorosos y terribles, y luchando en agilidad con los enemigos, alcanzábanlos en su fuga, y derribaron á sus golpes á miles de hombres. Si quisiere referir detalladamente las proezas y altos hechos de cada uno, dice el arzobispo don Rodrigo, mi mano se cansaria de escribir antes que la materia me faltara. Todos estaban armados de la gracia divina, y no habia uno solo que no deseara el martirio ó la victoria. Terminadas felizmente todas estas cosas á la puesta del sol, añade el digno prelado, nos sentamos fatigados bajo las tiendas de los Agarenos, tan alegres con nuestra victoria, que nadie volvió á nuestro campamento á no ser los criados *(famuli)* en busca de nuestros equipages. La extension del campo que ocupara la hueste sarracena era tanta, que apenas pudimos ocupar la mitad. Los amantes del pillage encontraron allí toda clase de preciosidades, oro, plata, vestidos, suntuosos muebles y joyas de gran valor, sin contar el dinero y muchos vasos preciosos; sin embargo, los principales caballeros, aquellos á quienes ennoblecia su celo por la fe, el respeto á su rey ó su natural esfuerzo, despreciando aquellos despojos, persiguieron á los enemigos hasta cerrada la noche, impulsados principalmente por la amenaza de anatema que el arzobispo de Toledo habia fulminado el dia anterior contra los que se detuvieren en saquear el campamento enemigo en caso de que la Divina Providencia se dignare concederles la victoria. Imposible es enumerar siquiera aproximadamente los camellos, las acémilas y las provisiones de toda clase que se hallaron en el campamento de los Arabes, y en él, añade el arzobispo, testigo y actor en este

(1) Estas palabras del arzobispo aludian sin duda á la humillacion en que quedara Alfonso por la rota de Alarcos, y no, segun supone Romey, á los amores del rey para con una judía de Toledo, amores mas que problemáticos

(2) Los obispos se mostraron en toda esta guerra, dice Rodrigo, *in solicitudinis vigiles, in consiliis providi, in necessitatibus largi, in exhortationibus seduli, in periculis strenui, in laboribus patientes.*

glorioso drama, nos detuvimos aquella noche y todo el dia siguiente para descansar de la fatiga. Los carros, las riquezas, las provisiones de toda clase que nosotros despreciamos, preocupados con las ideas de la guerra, fueron recogidas por nuestros siervos, y lo que apenas parece creible, aunque es verdad, es que durante estos dos dias solo quemamos para el uso de todos las astas de las lanzas y flechas sarracenas, y solo pudimos consumir la mitad, aun cuando no solo las quemábamos para nuestras necesidades, sino que las arrojábamos expresamente al fuego para que las consumiera (1).

La tienda de seda y oro del emir fué enviada á Roma para que sirviera de trofeo en la gran basílica de san Pedro; Burgos conservó la bandera del rey de Castilla, Toledo los pendones ganados á los infieles, y el rey de Navarra las cadenas que rodeaban la tienda de Muhamad y una preciosa esmeralda que le tocó en la reparticion del botin (2).

Esta fué la memorable batalla de las Navas de Tolosa, que los Arabes llamaron de Alacab (la colina), en la que dice un escritor se decidió el triunfo del cristianismo contra los bárbaros del Mediodía, así como en los Campos Cataláunicos se habia resuelto la causa de la civilizacion del mundo contra los bárbaros del Norte. Su memoria se celebra aun en la cristiandad el dia 16 de julio con la fiesta del Triunfo de la Cruz, y desde ella puede ya colegirse con certeza que la gran cruzada empezada en Covadonga clavará su gloriosa bandera en el último baluarte del islamismo en España. El terror que ella causó entre los Musulmanes se revela de un modo evidente en todas las crónicas de aquella época: así quedó destruido en Andalucía el poder de los Muslimes, dicen, para no levantarse ya mas; despues de ella nada les salió bien, y los enemigos la enseñorearon y ocuparon casi toda (3). Por el contrario la Europa cristiana celebróla como un fausto acontecimiento, como una série contínua de milagros: díjose ser un ángel el pastor que guiara á los cristianos á través de los desfiladeros de Sierra Morena; refirióse que una cruz roja semejante á la de Calatrava habia aparecido en el cielo durante la pelea; que en medio de tanta mortandad y carnicería de los Agarenos no se habia encontrado en el campo rastro alguno de sangre; que los infieles habian quedado aterrados y sin accion al mirar en los pendones de Castilla la imágen de la Vírgen, y no es extraño: en aquella época de acendrada fe religiosa en que se atribuian á intervencion del cielo cuantos sucesos propicios acontecian al hombre, no podia creerse obra puramente humana, como sin duda no lo era, aquella que libraba á España y quizás á toda la Europa meridional de una esclavitud y embrutecimiento mucho mayor de la que habian traido los primeros Arabes.

El soberbio emir El Mumenin (Miramolin) llegó en su fuga á Sevilla, donde se vengó de los Andaluces, á quienes atribuia la pérdida de la batalla, haciendo decapitar á gran número de jeques; y agobiado de vergüenza y de despecho, pasó á Africa, aun cuando allí inspirase tambien á sus súbditos escaso interés y respeto.

---

(1) Roder. Toled., de Reb. Hisp., l. VIII, c. 10.—Luc. Tud.—Ann. Tolet.—Chr. Calat.—Zurita.—Conde.—El Kartas, etc.

(2) Las cadenas y la esmeralda ganadas en esta memorable jornada figuran en el escudo de armas de Navarra y pasaron despues al de Francia.

(3) Conde, p. 3.ª, c. LV.—El Kartas.

Los cristianos permanecieron dos dias en el campo de las Navas, como acabamos de decir, y el tercer dia despues de la batalla, apoderáronse de los castillos de Ferral, Vilches, Baños y Tolosa, que el rey de Castilla fortificó y pobló con los suyos. Desde allí pasaron á Baeza, que hallaron desierta, á excepcion de algunos viejos y enfermos refugiados en la mezquita. Poseidos aun del furor de la batalla, los Españoles pusieron fuego á la ciudad, y entre las llamas murieron la mayor parte de aquellos infelices.

Los cruzados marcharon luego hácia Ubeda, donde se habian refugiado los destrozados restos del ejército de Muhamad y los moradores de Baeza y otras plazas inmediatas. Sin pérdida de momento asaltaron la plaza los cruzados, poseidos aun del entusiasmo de su triunfo, pero fueron rechazados con pérdida y hubieron de establecer el cerco. Cierto dia, el octavo despues de la batalla, en que los Aragoneses dieron un asalto por la parte de su campamento, el esforzado Juan de Mallen llegó al adarve, y su vista asustó tanto á los sitiados que ofrecieron un millon de escudos y perpétuo vasallage al rey si les otorgaba la vida, la libertad y la conservacion de Ubeda. Los monarcas y magnates, deseosos de volver á sus hogares y temerosos al mismo tiempo de las calamidades con que amenazaba al ejército la escasez de víveres que empezaba á sentirse, se inclinaban á aceptar esta proposicion; pero los obispos les recordaron el juramento que hicieran de no tratar con los infieles, y apretóse mas el cerco, resueltos todos á no levantarlo hasta haberse apoderado de la plaza. Por fin fué esta entrada por fuerza de armas, y, segun Conde, no quedó en ella Muslim con vida, chico ni grande. El ejército cruzado continuó su marcha triunfadora y se fué apoderando de otras tierras y de las principales ciudades, sin quedar en manos de los Musulmanes, dice la crónica, sino una pequeña parte de Andalucía y aun esta perturbada por contínuas desavenencias. Por fin los rigores de la estacion produjeron entre los soldados enfermedades peligrosas, y entonces resolvieron los reyes emprender la retirada. Al llegar á Calatrava encontraron al duque de Austria que venia con mucha y lucida gente á tomar parte en la guerra santa, pero hallando la campaña terminada, emprendió el regreso á sus estados acompañando al rey de Aragon, que allí se separó tambien del Castellano y del Navarro.

Estos llegaron á Toledo, donde los prelados que los habian precedido, los recibieron á la cabeza del clero y de todos los habitantes, y los acompañaron procesionalmente á la iglesia catedral á dar gracias á Dios por la victoria concedida á las armas cristianas. Despues de descansar algunos dias en Toledo, Sancho de Navarra se separó de Alfonso y tomó con sus tropas el camino de sus estados, habiéndole aquel restituido en señal de afecto quince plazas que habia retenido hasta entonces en su poder bajo diferentes pretextos (1).

Las poblaciones cristianas dejadas en Vilches, Baños, Castro Ferral y Tolosa se hallaban muy internadas en las tierras musulmanas para gozar de prolongado reposo. Poco despues que el ejército cruzado se hubo retirado y disuelto, los walies almohades de Jaen, Granada y Córdoba reunieron sus tropas con algunos restos de la hueste vencida en Alacab, é intentaron, aunque en vano, la recon-

(1) Muret. Antigüedades de Navarra.

quista de Baños, Tolosa y Ferral. En seguida pusieron sitio á Vilches y la combatieron incesantemente por espacio de veinte y dos dias, hasta que se retiraron delante de los socorros enviados por Alfonso VIII á la plaza sitiada bajo el mando de los hermanos don Martin y don Gonzalo Nuñez. La hueste que con este motivo se formó, compuesta, segun los anales Toledanos, *de todo Toledo, peones é caballeros é ballesteros* y además de las compañías de Madrid y de Huete, hizo irrupcion por las tierras musulmanas y volvió cargada de despojos; sucedió esto en el mes de setiembre del año 1250 de la era española (1212), dos meses despues de la batalla de las Navas.

¿Porqué los reyes de Portugal y de Leon, yernos de Alfonso VIII, no habian acudido con sus hombres de armas á reforzar las banderas de la cruz, y á participar de su triunfo en las Navas de Tolosa? ¿Qué habia sucedido en aquellos reinos desde que los graves acaecimientos de Aragon y Castilla nos obligaron á apartar de ellos los ojos? Sancho I, segundo rey de Portugal, hijo de Alfonso Enriquez y padre de Alfonso II, esposo de Urraca de Castilla, habia muerto á principios de este mismo año 1212. Bajo su reinado, Portugal acabó de constituirse, y quedó señalado su gobierno por muchas y útiles medidas. Aumentó las rentas de las órdenes militares, y mostróse liberal favorecedor de los caballeros que mas se habian distinguido en las guerras anteriores contra los Moros, lo mismo que de los literatos que en su tiempo florecieron. Viseo, Cea, Guvea y Pennamacor, renacieron en cierto modo de sus ruinas, merced á la benéfica influencia de este soberano, y á él debieron sus privilegios y *foraes* (fueros). Alfonso II, sucesor de Sancho, príncipe de menos robusto temple y de no tan belicoso genio que su padre, andaba ocupado desde el principio de su reinado en gravísimas cuestiones eclesiásticas que agitaban entonces sus estados, y mas que todo preocupábale la idea de despojar á sus hermanas Teresa y Sancha de las villas y fortalezas de Montemayor, Esquerra y Alenquer que les legara su padre en su último testamento. Por esto, pues, limitóse á enviar á la guerra santa á los caballeros templarios junto con otros hidalgos, capitaneando tropas de infantería, que no desmintieron en las Navas la reputacion de buenos guerreros que los Portugueses se habian formado bajo las banderas de Alfonso Enriquez.

El rey de Portugal, que codiciaba las plazas poseidas por sus hermanas, solicitó de estas la cesion de las mismas, pero lejos Teresa y Sancha de consentir en ella, habíanse puesto en estado de defensa y reclamado el apoyo de los magnates que salieron fiadores del testamento de su padre. Alfonso obtuvo por medio de las armas lo que no pudo alzanzar con ruegos ni amenazas, y ambas hermanas, despojadas de sus patrimonios, apelaron al papa y á su pariente el monarca de Leon. Inocencio III ocupaba, como sabemos, la cátedra de Roma, y penetrado de la justicia que asistia á las infantas, encargó al arzobispo de Santiago y al obispo de Zamora que exigieran del rey de Portugal la restitucion de las plazas de que se habia apoderado y le excomulgaran en caso de resistencia. Los dos legados obraron en virtud de sus instrucciones, pero el rey envió un embajador á Roma encargado de aducir las razones que determinaran la conducta de su soberano, y obtuvo de pronto que se levantara el entredicho fulminado contra él, hasta que hubiesen fallado sobre el fondo de la cuestion los abades de Espina y de Osera, que de la misma conocian.

A. de J. C. Alfonso rey de Leon, obedeciendo á poco honrosos consejos y no pudiendo perdonar á Castilla la decidida supremacía que sobre Leon adquiriera, habia aprovechado la ausencia del Castellano, y lejos de acudir á su llamamiento y de enviarle socorros, invadió con su ejército las plazas de la dote de doña Berenguela que Alfonso VIII habia retenido, mientras que sus guarniciones se hallaban ocupadas en combatir con los infieles en las cumbres de Sierra Morena. Sin encontrar enemigos apoderóse de Rueda, Ardon, Castro-Tierra, Villalunga (Villalon), Castro Gonzalo, Luna, Arbolio y algunas otras, lo cual ha dado lugar á que se sospechase de su connivencia con los Musulmanes en contra del de Castilla; y en seguida, poniendo sus tropas al servicio de las despojadas infantas Teresa y Sancha, entró en tierras de Portugal por la parte de Ciudad Rodrigo. Apoderóse sucesivamente de Balsamalo, Ulgoso y Freijo, y mas adelante hubiera sin duda llevado sus conquistas á no obligarle los fuertes calores de aquel estío á volver á sus estados. A principios de setiembre salió otra vez á campaña, y entrando en Portugal tomó á Lanoso (hoy el castillo de Lindoso), Melgazo y Contrasta (Valencia del Miño), y obligó á Alfonso II á salir en defensa de su reino. Ambos ejércitos se encontraron en las inmediaciones de Portella de Valdevez, y Leoneses y Portugueses pelearon tres dias consecutivos: el primero en la provincia de Entre-Douro-e-Minho; el segundo cerca de Braga y el tercero en las cercanías de Guimaraens. En todas partes fueron vencidos los Portugueses, y los vencedores les tomaron sus bagages y guarnecieron con sus tropas las plazas de la frontera (1).

Esto sucedia poco tiempo despues del regreso de Alfonso VIII á Castilla, despues de su victoria de las Navas de Tolosa. Hallábase en Burgos á donde le llamaron los negocios del Estado, y á pesar de los justos motivos de resentimiento que podia abrigar contra el monarca de Leon, brindóle con una paz cristiana y le invitó á una entrevista que se celebró en Valladolid á principios
1213 del año 1213. Noble y generoso siempre el Castellano, no solo dejó al de Leon las plazas que ocupara, sino que le dió otras nuevas, á saber: Peñafiel, Almansa, Miranda de Hieba en Asturias, y los castillos del Carpio y de Monreal en territorio de Salamanca, con condicion de que habia de demolerlos. Al mismo tiempo invitó Alfonso al rey de Portugal á una entrevista en Plasencia para terminar amistosamente sus diferencias con el Leonés, y hacer de comun acuerdo la guerra á los Musulmanes (noble y constante preocupacion del Castellano) con todo el ascendiente que daba á las armas cristianas su última y brillante victoria.

Sin embargo, mal avenido con el reposo, no esperó esta entrevista para dar principio á las hostilidades, y con las compañías de Madrid, Guadalajara, Huete, Cuenca y Uclés salió á campaña en febrero de este año 1213. Dueñas, ciudad situada en la falda de Sierra Morena y defendida por una numerosa guarnicion, fué su primera conquista y la dió á los caballeros de Calatrava, á quienes antes habia pertenecido; apoderóse en seguida de Castel de los Rios, sometió á Riopar y el castillo de Eznavexor que dió á la milicia de Santiago, y se adelantó hasta Alcaraz, plaza entonces muy fuerte, en la cual mantenian los infieles numerosas tropas. Reforzado por las compañías de Toledo, Maqueda y Escalona,

(1) Luc. Tud.

emprendió el cerco de aquella plaza, hasta que despues de muchos asaltos que los sitiados rechazaron siempre con teson, entró en ella el miércoles 22 de mayo. El rey la pobló de cristianos, el arzobispo don Rodrigo consagró su mezquita, y el ejército tomó otra vez el camino de Castilla. En Santorcaz encontró Alfonso á la reina doña Leonor que salia á su encuentro, acompañada del infante don Enrique y de la reina doña Berenguela con sus dos hijos Fernando y Alfonso. En su compañía celebró la fiesta de la Pascua de Pentecostés, y luego continuaron juntos el viaje.

En este año, dicen los anales de Toledo, heló en octubre, noviembre, diciembre, enero y febrero, y no llovió en marzo ni en abril ni en mayo ni en junio. Jamás se habia visto tan mal año y no se cogió ni una sola espiga de grano. Las aldeas de Toledo quedaron desiertas; moríanse de hambre personas y animales; las bestias mas inmundas eran buscadas con afan, y hasta se dice que se robaban niños para devorarlos. Entonces se demostró la inagotable caridad del rey, y á su ejemplo y al que daban el arzobispo don Rodrigo y los demás prelados del reino, los magnates y ricoshombres se despojaron de muchos bienes en favor de los desgraciados.

Poco despues de haberse llevado á buen fin la campaña antes explicada, las compañías de Talavera de la Reina entraron en Andalucía por Extremadura, y llegaron resueltas hasta los alrededores de Sevilla. Al saber su incursion Abu Said, hermano de Muhamad y walí general de España, marchó contra ellos, los alcanzó é hizo en sus filas horrible carnicería el dia 8 de julio de 1213, perdiendo los cristianos cuatrocientos hombres de infantería y sesenta de caballería. El vencedor Abu Said entró entonces por tierras de Toledo, entregándose sus soldados á las mayores violencias, talando y devastando el país. Las tropas toledanas marcharon contra los infieles y los alcanzaron en Fegabraen, cuando se retiraban cargados de botin; el combate era inevitable, y los Musulmanes, despues de degollar á todos los cautivos para quedar mas libres en la accion, hicieron frente á los Toledanos. Poseidos estos de furor á la vista de tanta crueldad, los atacaron, los pusieron en fuga, recobraron sus ganados y volviéronse á Toledo *con muchas lorigas, é muchos caballos, é muchas cabezas*, el miércoles 18 de setiembre de 1213 (1).

En este mismo año, el papa á quien, como hemos dicho, habia apelado Pedro de Aragon para que anulara su matrimonio con doña María de Montpeller, declaró, de acuerdo con los cardenales, legítimo y válido este matrimonio y escribió al rey para exhortarle á que volviera á vivir con su esposa como buen marido, y á tratarla con todo el afecto y estimacion que merecia. Al propio tiempo mandó á los obispos de Avignon y Carcasona que empleasen las censuras eclesiásticas en caso de que don Pedro se negara á acatar esta decision.

En tanto continuaba la guerra contra los Albigenses y los valedores de la heregía.

Los condes de Tolosa padre é hijo, con quienes habia Pedro casado dos hermanas suyas, y los condes de Foix y de Bearne, estrechados por las tropas del conde de Montfort, recurrieron como única esperanza de salvacion al monar-

---

(1) An. Toled. 1os, p. 397.

ca aragonés, manifestándole que se hallaban perdidos á no acudir él en su auxilio. Pedro, que era su aliado por la sangre y la amistad, y que en esta cuestion se dejaba guiar por graves intereses políticos mas que por los religiosos, pasó á Francia con cuantos hombres pudo reunir á principios del año 1213. Luego de su llegada logró que se estipulara una suspension de armas, y en una entrevista que tuvo con el legado de la Santa Sede, reclamó en nombre de los condes de Tolosa, de Cominges, de Foix y de Bearne los lugares y fortalezas que les habian sido arrebatadas sin razon, atendido, dijo, que eran sumisos á la Santa Sede y estaban prontos á satisfacer á la Iglesia del modo que se exigiera por las faltas que podian haber cometido. Para deliberar con mas detencion sobre la demanda del rey, pidiéronle los legados que la formulara por escrito, lo cual verificó don Pedro el dia 15 de enero de 1213.

Los legados y obispos que en aquellos lugares se encontraban opinaron, reunidos que fueron por el arzobispo de Narbona, que el rey obraba en virtud de falsos dichos, que él tenia por otras tantas verdades, pero de los cuales era permitido dudar á los que como ellos habian experimentado repetidas veces que las protestas de los condes de Tolosa, de Foix y de Bearne, no tenian ni sombra de sinceridad y solo tendian á recobrar lo que dichos condes habian perdido. Reflexionado todo, desestimaron las proposiciones del rey y dieron su contestacion por escrito. Don Pedro acudió entonces á Roma, y obtuvo del papa lo mismo que los legados le negaran, escribiendo Inocencio III en consecuencia al arzobispo de Narbona y al conde Simon de Montfort. Estos, empero acudieron de nuevo al pontífice, y como le dijeron que sin duda habia sido mal informado y que los condes de Tolosa, de Foix y de Bearne solo querian ganar tiempo, no siendo en lo mas mínimo su intencion cesar de favorecer la causa de los Albigenses, mandó Inocencio al arzobispo de Narbona, legado apostólico, que convocara una asamblea de prelados á fin de tomar en este asunto una resolucion definitiva. El arzobispo convocó un concilio en Lavaur, y cuantos prelados á el asistieron opinaron no haber de consentirse en las demandas del monarca aragonés, y enviaron al papa una exposicion detallada de los cargos que se hacian á los condes de Tolosa, de Foix y de Bearne. En vista de ello Inocencio escribió á Pedro una carta en la que, despues de exhortarle á no abrazar la causa del conde de Tolosa y de sus aliados, le amenazaba con los rayos del Vaticano en caso de obrar de un modo contrario á la idea que abrigaba aun y esperaba poder abrigar por mucho tiempo acerca de su catolicismo.

Don Pedro, creyendo quizás de buena fe en las disposiciones de los condes, ó lo que es mas probable en vista de su ulterior conducta, sacrificando á mezquinos intereses políticos la causa de la Iglesia y su propia fama, manifestó luego de recibida la carta pontificia que no podia menos de defender al conde de Tolosa por el parentesco que con él le unia, y á los demás condes por otras razones de estado. Hallábase entonces el monarca en Cataluña, y levantando un ejército marchó resueltamente á Francia para recobrar los lugares que á sus aliados se habian quitado. «Encontrabase Simon de Montfort en el castillo de Muret, acompañado de ochocientos ó mil caballeros, nos dice en su historia el mismo hijo de don Pedro, y nuestro padre, que en aquella sazon estaba con él en guerra, marchó sobre aquel lugar llevando en su compañía á los nobles de Aragon don Mi-

guel de Luciá, don Blasco de Alagon, don Rodrigo Lizana, don Ladron y don Gomez de Luna, don Miguel de Rada, don Guillermo de Puya y don Aznar Pardo con otros de su mesnada (1) y muchos cuyos nombres no recordamos ahora, y á los Catalanes En Dalmacio de Creixell, En Hugo de Mataplana, En Guillermo de Horta y En Bernardo de Castellbisbal.» Los obispos, prelados y barones que con el conde de Montfort habian logrado introducirse en la fortaleza y reforzar la escasa guarnicion que en ella habia, quisieron intentar un postrer medio de conciliacion, y los obispos salieron descalzos para presentarse al rey aragonés y conjurarle en nombre de su religion y de su fama á abandonar aquella mala causa. Sin embargo, dice Mateo Paris, en el preciso momento en que se anunció al rey su llegada y en que las puertas de la plaza se abrian para facilitarles paso, mientras el conde de Montfort y los cruzados estaban sin armas, puesto que los obispos se dirigian al campamento enemigo para tratar de la paz, los hereges intentaron precipitarse en la ciudad y entrar en ella por traicion; pero, gracias á Dios, su esperanza quedó frustrada. El conde y los cruzados, enfurecidos por la audacia de los sitiadores, limpiáronse de sus pecados confesandolos con corazon contrito; armáronse en seguida, y presentándose al arzobispo de Tolosa, que hacia las veces de legado en nombre del arzobispo de Narbona, solicitaron humildemente permiso para verificar una salida contra los enemigos de la fe. El obispo se lo concedió, puesto que se habia desvanecido toda esperanza de conciliacion, y se formaron en tres cuerpos de batalla, mientras que los enemigos por su parte en numerosos batallones salieron de sus tiendas y formaron como un muro delante de ellas (2). Oigamos ahora la somera relacion que de estos sucesos nos hace el hijo de don Pedro. «Todos sus caballeros, á excepcion de don Gomez, de don Miguel de Rada y de don Aznar Pardo, con algunos de su mesnada que murieron honrosamente en el campo, todos volvieron las espaldas y abandonaron al rey en la refriega. Don Nuño Sanchez y En Guillen de Moncada, hijo de Guillen Ramon y de Guillen de Castellví, enviaron mensage al rey para que los esperase, pero el rey no quiso hacerlo y así no se hallaron en la batalla. La noche que precedió al combate habíala pasado folgando el rey don Pedro, de modo que, segun nos contaron despues su repostero Gil, que se hizo luego religioso del Hospital, y algunos otros que lo presenciaron, cuando oyó misa no pudo tenerse en pié, y hubo de sentarse mientras se decia el Evangelio. Antes de trabarse la lucha habia el de Montfort propuesto á don Pedro un convenio; pero nuestro padre no quiso admitir ningunas condiciones. Desesperanzados entonces el conde Simon y los que con él se hallaban dentro de Muret, confesáronse y comulgaron, resueltos á salir al encuentro á don Pedro, prefiriendo morir honrosamente en el campo que no encerrados dentro de la plaza. Embistieron, pues, y como las tropas del rey no supieron ordenar la batalla, ni conservarse unidas, peleando cada ricohombre por sí, contra ley de armas; tanto por esto, como por el pecado en que estaban, quiso Dios que fuesen rotos. En esta batalla murió nuestro padre

(1) Entendíase por mesnada una compañía de gente de armas que servia bajo el mando del rey, de algun ricohombre ó caballero principal. En otros paises se aplicaba este nombre á las compañías sueltas mercenarias levantadas por un guerrero cualquiera, pero en Aragon, segun veremos, las *caballerias de mesnada* constituian nobleza y eran dadas por el mismo rey.

(2) Mat. Paris, Hist. Angl., ad ann. 1213.

el rey don Pedro, siguiendo la divisa que han tenido siempre los de nuestro linaje y que Nos seguiremos siempre: «Morir ó vencer (1).» Con don Pedro murieron los esforzados campeones Aznar Pardo, Gomez de Luna, Miguel de Luesia y otros caballeros aragoneses y catalanes; los franceses fueron los primeros en abandonar el campo de batalla, y las crónicas hacen subir á veinte mil el número de los que perecieron en aquella desastrosa pelea. El cuerpo del rey fué entregado á los caballeros del Hospital, á cuya órden habia dado muchas villas y lugares, y lo llevaron al monasterio de Sixena en donde fué sepultado junto al de su madre doña Sancha. La reina doña María falleció en Roma en 1218 (2).

La muerte de don Pedro fué universalmente sentida así por sus aliados como por sus contrarios, y no hay cronista católico que en medio de las entusiastas palabras con que celebra la victoria de Muret no deplore amargamente y no considere como una gran desgracia la pérdida del monarca aragonés. Este rey, que mereció el primero el nombre de Católico por el amor, respeto y deferencia que profesó hasta los últimos años de su vida á la Sede Apostólica, fué, segun nos dice su hijo el rey don Jaime en su citada Historia, confirmada en esto por todas las crónicas y monumentos de la época, el rey mas cortés y afable que hubiese habido en España, tan liberal y dadivoso que gastó sus rentas y sus bienes; buen caballero como ninguno en el mundo, y de muy señaladas prendas. Afearon estas únicamente su excesiva liviandad, y el apoyo que en los últimos años de su vida prestó, sino á las peligrosas doctrinas de los Albigenses, á lo menos á los magnates que las sustentaban. Tuvo de su esposa doña María un hijo llamado don Jaime, que le sucedió en el trono, y dos hijos naturales Pedro, que fué canónigo y sacristan de la catedral de Lérida, y Constanza, que casó en 1212 con Guillen Ramon de Moncada, senescal de Cataluña, dándole en dote y franco alodio las villas de Serós, Aytona y Soses.

En tiempo de este príncipe sufrió grandes modificaciones la constitucion aragonesa segun á su tiempo explicaremos. Hasta entonces, los ricoshombres no solo habian tenido las rentas, sino tambien la jurisdiccion en los lugares que ocupaban de infieles, pero don Pedro II, al dejarles el dominio territorial, incorporó la jurisdiccion á la corona, con cuya medida disminuyó considerablemente el poder de los grandes y aumentó la autoridad real.

Volvamos ahora á Castilla para presenciar los últimos hechos del ilustre Alfonso VIII.

Celebrada la paz, como hemos dicho, entre el Castellano y el Leonés con el principal objeto de hacer la guerra á los Moros de Andalucía, convinieron en atravesar cada uno sus fronteras á la cabeza de su ejército. Alfonso VIII habia enviado á Alfonso IX á don Diego Lopez de Haro y á su hijo Lope Diaz, que se distinguieron entre los mas bravos en la batalla de las Navas de Tolosa; con

---

(1) Hist. del rey don Jaime I el Conquistador, escrita en lemosin por el mismo monarca, c. II. —Trad. de don Mariano Flotats y don Antonio de Bofarull.—Esta obra, escelente monumento de la época, fué titulada por sus editores: *Chrónica ó Commentari del gloriosissim é invictissim rey En Jacme rey de Arago, de Mallorques, de Valencia, compte de Barcelona, e de Urgell, e de Montpeslyer.*

(2) Doña María ganó antes de morir otro pleito que seguia sobre la sucesion del señorío de Montpeller contra Guillermo su hermano, que fué declarado bastardo. Por lo mismo quedó la reina señora de Montpeller como lo habia sido su padre, y en su muerte dejó por heredero á su hijo don Jaime.

ellos y con los seiscientos caballeros que los seguian, el rey de Leon y los suyos A. de J. C.
se apoderaron de Alcántara, que fué cedida á la órden de Calatrava; sitió luego á Cáceres, aunque vanamente, y desalentado volvió á Leon donde supo la muerte de su hijo el infante don Fernando, no el nacido de Doña Berenguela, sino el que tuvo de su primera esposa doña Teresa de Portugal.

En tanto Alfonso VIII habia llegado hasta Baeza, donde don Diego Lopez y sus caballeros se le reunieron, prometiéndole en nombre del rey de Leon que con sus tropas se incorporaria á su ejército entre Córdoba y Sevilla, allende el Guadalquivir. El Leonés, empero, no acudió á la cita, pero los Castellanos, sin desalentarse, *fueron en algara, é tomaron á Guliena, é mataron y muchos Moros é muchas Moras, é aduxieron gran ganancia* (1). Esto ocurria en noviembre de 1213, y durante todo el mes siguiente y tres semanas de enero estuvo ocu- 1214.
pado el ejército delante de Baeza, otra vez poblada y reedificada por los Mahometanos. En el cerco perdieron los Castellanos muchos caballos y casi todas sus acémilas; el hambre se cebaba en la hueste de una manera horrible, y Alfonso levantó el cerco y se retiró hácia Toledo. No por esto mejoró la condicion de aquellos infelices: el crudo invierno de que nos han hablado los anales Toledanos, hizo en el ejército que solo atravesaba áridos y desiertos campos, innumerables víctimas.

Esta fué la última campaña de Alfonso. De regreso á Toledo púsose en camino para Plasencia, deseoso de avistarse con su yerno Alfonso II de Portugal; pero al llegar á la aldea de Gutierre Muñoz, á dos leguas de Arévalo, sintióse atacado de la enfermedad que habia de conducirle al sepulcro. Su mal se agravó al saber que el Portugués se negaba á asistir á la entrevista de que tan felices resultados se prometia, y murió el dia 6 de octubre del año 1214, á la edad de cincuenta y siete años y á los cincuenta y cinco de reinado, despues de haber recibido los sacramentos de mano del arzobispo don Rodrigo. Su cuerpo fué sepultado en el monasterio de las Huelgas de Burgos, y su memoria se conserva viva en España entre la de los monarcas que mas contribuyeron á la independencia y regeneracion de nuestra patria. El retrato de este rey que se veia en el hospital del Rey en Burgos, obra de un artista contemporáneo, á juzgar por la rudeza del pincel, nos manifiesta que era de elevada estatura, de regulares y agraciadas facciones, de nariz aguileña, de frente ancha, y de barba y cabellos negros. Así como Alfonso VI eternizó su memoria con la toma de Toledo y á su nombre se añade siempre *qui cœpit Toletum*, Alfonso VIII es siempre designado por el suceso que domina é ilustra su historia, por el gran triunfo de las Navas de Tolosa.

Su esposa la reina Leonor le sobrevivió solamente veinte y cinco dias, y murió en Burgos en 31 de aquel mismo mes de octubre. Fué enterrada junto á su marido en las Huelgas, y en su sepulcro como en el de aquel no pusieron epitafio alguno, limitándose á grabar en él un leon de gules en campo de plata.

Al morir Alfonso VIII, corria el año 1252 de la era de César ó de España; Inocencio III ocupaba la cátedra de san Pedro; Federico II era emperador de Alemania en competencia con Othon IV; Enrique, hermano de Balduino, se sentaba

(1) Anal. Tolet., 1.os, p. 399.

en el trono del imperio latino de Oriente, elevado en Constantinopla, y Teodoro Lascaris en el del imperio griego residiendo en Nicea. Felipe Augusto ceñia la corona de Francia y diez dias antes de la muerte del rey de Castilla, suegro de su hijo Luis, padre de Luis IX, habia alcanzado contra Othon la memorable victoria de Bouvines; Juan, hermano de Ricardo, ocupaba el trono de Inglaterra; Alejandro II el de Escocia, y Valdemaro II el de Dinamarca. Casimiro II era duque de Polonia; Andrés II, duque de Hungría, y en la Península, en fin, como ya sabemos, Alfonso IX, último de este nombre en aquella corona, era rey de Leon; Jaime I de Aragon; Sancho VI de Navarra y Alfonso II de Portugal, mientras que la España musulmana, como luego veremos, sufria con impaciencia bajo diferentes jefes la opresion de los emires almohades de la dinastía berberisca de Abdelmumen y tendia en secreto á emanciparse de su yugo.

De su enlace con Leonor, hija de Enrique II de Inglaterra, que llevó á la corona de Castilla el derecho sobre el ducado de Gascuña (1), tuvo Alfonso los siguientes hijos:

Berenguela en 1171, casada con su primo Alfonso IX de Leon, de quien tuvo á Fernando II de este nombre. En el acto de su nacimiento, Berenguela fué reconocida como heredera de su padre en caso de que muriese este sin sucesion masculina; Fernando en 28 de junio de 1173, que hubo de morir seguramente pocos dias despues de su nacimiento; Sancho, nacido en Burgos en 4 de abril de 1180, y fallecido el año siguiente; Enrique, nacido dos años despues de Sancho, sucesor de su padre y el primer rey de España que llevó aquel nombre, que le fué dado por su madre en memoria de Enrique II de Inglaterra; Fernando, muerto poco antes de la batalla de las Navas; Urraca, nacida en 1187 y casada con Alfonso II de Portugal; Blanca, esposa de Luis VIII, hijo de Felipe Augusto, rey de Francia, y madre de san Luis, nacida en 1188; otro Fernando, que murió tambien muy jóven; Constanza, que falleció en 1243 siendo abadesa del monasterio de las Huelgas de Burgos, y Leonor, que casó despues con Jaime I de Aragon. La crónica general de Alfonso añade á esta enumeracion una hija llamada Mofalda, muerta soltera en Salamanca, y otras dos hijas que murieron niñas y cuyos nombres se ignoran.

El acaecimiento para siempre memorable de las Navas de Tolosa y la muerte de Alfonso VIII ponen fin al presente capítulo: al astro que alumbraba las prosperidades de Castilla verémosle sufrir otra breve eclipse en el pasagero y turbulento reinado del niño Enrique I, para reaparecer luego con mas brillante esplendor bajo el influjo del santo rey don Fernando.

---

(1) Este derecho se conservó en los reyes castellanos hasta la cesion que de él hizo Alfonso el Sabio al rey de Inglaterra en 1.º de noviembre de 1254, trasladándolo por completo á su hermana doña Leonor, casada con el príncipe heredero de la corona de Inglaterra.

CAPÍTULO XXVIII.

Ultimos años del reinado de Abdelmumen.—Su muerte.—Reinado de Yussuf Abu Yacub ben Abdelmumen.—Guerra civil entre los emires de la España oriental.— Irrupciones de los Almohades á las tierras de los cristianos.—Primera venida de Yussuf Abu Yacub á España.—Sus campañas contra los cristianos.—Incorpora á sus dominios los de Aben Said de Valencia, llamado el rey Lop.—Muerte de Yussuf Abu Yacub delante de Santaren.—Sucédele su hijo Yacub.—Su reinado.—Su muerte.—Califato del emir el mumenin Muhamad Abu Abdallah ben Yacub Almanzor, apellidado Alnasir Ledinallah.—Principio de su reinado en Africa.—Conquista las Baleares poseidas por los Almoravides.—Viene á España.—Embajada del rey britano Juan sin Tierra.—Muhamad Alnasir despues de la batalla de Alacab ó de las Navas de Tolosa.—Muerte de Muhamad en Marruecos.

Desde el año 1157 hasta el 1213.

En el capítulo anterior hemos referido los sucesos ocurridos en la España cristiana durante la época que el mismo abraza, y tambien los ocurridos en la España árabe relacionados directamente con aquellos. Sin embargo, otros hechos habian acontecido así en Africa como en las provincias sujetas al yugo sarraceno, que no por no estar en estrecha relacion con los sucedidos en la España cristiana, dejan por ello de interesar á la España en general. El historiador ha de dar noticia de ellos sino referirlos con la minuciosidad y detencion que exige la historia de nuestros reinos cristianos por la mayor importancia y trascendencia que los mismos tienen, y por esto es que en el presente capítulo nos proponemos explicar la suerte de la España musulmana desde el punto en que la hemos dejado, esto es, desde que los Almohades vencen á los Almoravides de Andalucía, hasta el fallecimiento del vencido de las Navas en cuya época empieza el desmoronamiento del poder almohade.

En el mismo año en que cayó Almería (1157) hemos visto sojuzgado por los Almohades el último baluarte de los Almoravides en Andalucía, la ciudad y fortaleza de Granada, mientras que el emir Abdelmumen continuaba en Africa sus victoriosas expediciones. Aquella fué la época feliz para el poderío almohade.

En tanto Valencia no era poseida ni por los Almoravides ni por los Almohades, sino que pertenecia á un rey llamado Abu Abdallah Muhamad ben Said ben Mordanisch, que en el año 1149, poco despues de la toma de Almería por los cristianos habia celebrado un tratado de paz y de comercio con la república de Génova, cuya traduccion latina existia en los archivos de aquella república (1). Boabdil, como se llama en dicho tratado á Abu Abdallah, habia llegado á

(1) Dicho tratado empieza con estas palabras:—Hæc est pax et conventio quam fecit Guillel-

A. de J. C. ser rey de Valencia por una série de vicisitudes cuya explicacion no nos ha conservado la historia. En la época en que terminaba la dinastía de los Almoravides, en el año 540 de la hegira, las ciudades de Valencia y Murcia, segun hemos explicado, habian sacudido el yugo de aquella familia, reconociendo por soberano á Abu Giafar Ahmed, apellidado Safad Dola, quien fué muerto aquel mismo año en una batalla contra Alfonso VII de Castilla. Hasta pasados veinte y cinco años, en 1170, no perteneció Valencia á los vencedores Almohades, y en este intérvalo dominó en ella el emir ó rey que antes hemos nombrado, el cual en 1157 vemos pelear en Granada en auxilio de los Almoravides.

1158. A principios del siguiente año 1158 verificóse la expedicion contra Mahadya (ciudad de Berbería inmediata á Tunez), cuya plaza, despues de siete meses de sitio, arrebató Abdelmumen á los cristianos que en 1145 se apoderaron de ella en nombre de Roger, rey de Sicilia. El emir habia resuelto someter al propio tiempo toda la parte oriental de Africa, y á este efecto reunió cuantos caballos y camellos halló en sus estados é innumerables legiones de infantes, partiendo de Saleh con direccion al este. El órden y disposicion de sus marchas eran como sigue: poníase en camino despues de la oracion matutina, que hacia en comun al frente de su ejército á la hora del alba, y dábase á la hueste la señal de partir dando tres golpes en un gran tambor destinado á este uso, cuyo sonido se oia á grandísima distancia. A esta señal poníase en movimiento todo el campo, que todos estaban ya apercibidos, y cada cabila seguia su bandera. Estas iban recogidas durante la marcha á no ser en la vanguardia, donde flotaba siempre un gran estandarte blanco y azul con lunas de oro. Las tiendas y pabellones eran llevados en acémilas y camellos, lo mismo que las provisiones, y además un ejército de pastores guiaba las boyadas y rebaños de carneros que iban para mantenimiento de las tropas. El ejército estaba dividido en cuatro huestes que marchaban separadas, y llevando la una á la otra un dia de delantera á fin de que no faltase á ninguna provision de agua ni comodidad de lugar. Llegado el mediodía se suspendia la marcha hasta el dia siguiente á la hora dicha, y con este lento paso tardó Abdelmumen desde Saleh hasta Tunez seis meses, siendo camino de setenta dias, dice la crónica, para gente suelta de á caballo. Cien jeques y caudillos marchaban delante del emir en hermosos caballos con jaeces bordados de oro con franjas y borlones de excelente labor, y con lanzas tachonadas de marfil y plata y con banderolas de cintas de varios colores. Abdelmumen hacia llevar delante de sí el famoso ejemplar del Coran que habian encontrado los Almohades en Córdoba, y cuéntase que para su adorno gastó todo un tesoro. Llevábase la caja que contenia el venerado libro sobre un camello, bajo dosel y entre cuatro banderas, en las cuales estaban escritos en letras de oro los pasages mas ca-

---

mus Lusius cum rege Valenciæ. In nomine Domine Amen; Cartam securitatis et pacis et amoris quam firmat et obligat rex Boabdele Mahometo filius Saidæ, Deus illum custodiat, inter se et homines Januæ, consules atque majores et cunctos alios sapientes et negociatores, cum legato illorum Guillelmo Lusio qui est missus ab eis; advenit nobis cum carta et cum sigillo, qui cognitus et notus; unum ex majoribus illum esse credimus civitatis Januæ. Venit quidem in loco afirmandi et obligandi terminum usque ad annos decem in unum continentibus, incipiens scriptura istius conventionis per mare adquo per terram, in cunctis eorum terris, usque in extremo illorum potestate. Super hoc quod Boabdele et cuncti ejus hominem pacem tribuant cunctis hominibus Januæ, in quantum est potestas, etc.

racterísticos de la ley mahometana. Al lado del emir iba su hijo primogénito; A. de J. C.
detrás venian los demás príncipes, y á estos seguian ordenadas las banderas de todas las tribus, y una tropa de atabaleros en grandes caballos con tambores de metal y los trompeteros con sus grandes trompas, añafiles y demás música de guerra. Marchaban luego los walíes, alcaides, wazires y ministros, y despues toda la demás tropa sin incomodarse ni estrecharse unos á otros. Luego que llegaba la hora de acampar se repartian en sus estancias con órden muy concertado, y ninguno podia salir de su alojamiento sin licencia de sus arrayaces. Así mismo era bien concertada la provision del campo y ninguno sentia la falta de su casa, pues estaban las provisiones necesarias tan abundantes como en los zoques *(mercados)* de las populosas ciudades. Con este inumerable ejército de Almohades, Alarabes y Zenetas corrió las tierras de oriente de Africa, y sojuzgó, con ayuda de Dios, la tierra de Zab y las fortalezas de estas regiones, humillándosele muchos pueblos rebeldes en las comarcas de la antigua Cartago (1).

Antes de llegar á Tunez salieron al encuentro del emir en embajada los moradores principales de la ciudad y le pidieron que los recibiese bajo su fe y amparo. Abdelmumen los concedió seguro para ellos, sus mugeres é hijos, pero dijo que sus bienes habian de repartirse entre sus soldados, respuesta que no satisfizo á los de Tunez y los movió á cerrar sus puertas. El emir puso cerco á la ciudad, y despues de permanecer tres dias delante de sus muros, pasó adelante dejando tropas que los mantuviesen cercados; entró en Cairvan, tomó tambien la ciudad de Susa y la de Safes, y desde allí se encaminó á la fuerte ciudad
de Mahadya. Sin embargo en su camino supo que Tunez se habia rendido á sus 1159.
soldados, y desandando lo andado presidió al saqueo de la desafortunada poblacion, y distribuyó entre sus soldados los ricos despojos que se recogieron. En seguida volvió sobre Mahadya, que, segun hemos dicho, poseian los cristianos de Sicilia, lo mismo que Sifakis y Bona en aquella costa. Seis meses y nueve dias duró el sitio, y despues de contínuos asaltos, fué entrada la plaza por fuerza de
armas en el año 555 (1160). 1160

Esta conquista decidió la rendicion de las demás ciudades y fortalezas de la costa, y quedó sojuzgada toda la tierra oriental de Africa, acatando la ley de los Almohades cuantas cábilas y pueblos moran y vagan desde Barcah hasta Telencen. Entonces el emir dedicó todos sus cuidados á la organizacion de sus vastos dominios; reparó y levantó los muros de muchas ciudades y fortalezas, y en todas edificó mezquitas, hospitales y colegios para enseñanza de los niños. Él fué el primero que mandó medir la Ifrikia y el Magreb, deduciendo una tercera parte de la superficie por los montes, asperezas, rios, lagos y rodeos necesarios de los caminos; el territorio medido fué dividido en fracciones para la imposicion de los tributos en trigo y en dinero, y destinó á un alcaide para el gobierno de cada una. Los límites y los respectivos territorios de las ciudades y pueblos fueron deslindados con exactitud, y por primera vez en aquella tierra hubo, en cuanto lo permitian la naturaleza del país y la índole de sus habitantes, una sombra de gobierno regular.

Aquel mismo año, segun las crónicas musulmanas, los cristianos tomaron

(1) Conde, P. 3.ª, c. XLIV.

A. de J. C. la fortaleza de Alcazar Alfetah, llamada de Abi Denis en Algarbe, y degollaron á sus defensores, Tambien entonces, dice el Kartas, mandó el emir de los Musulmanes construir una ciudad en el Gebal-el-Fath (Gibraltar) y rodearla de muros.

Acabada la conquista del oriente de Africa se encaminó Abdelmumen hácia Tanger con ánimo de pasar á Andalucía, pero llegado á Oran, los Arabes de Ifrikia y del país de Zab solicitaron licencia para volver á sus hogares. El emir se lo concedió y solo conservó á su lado á mil hombres de cada tribu con sus mugeres é hijos, con los cuales fundó la ciudad de Bateha, en el lugar donde se detuvo el camello que llevaba el cuerpo de cierto noble y leal jeque que pereció á los golpes de algunos conjurados contra la vida del emir. Sabedor de la conspiracion, púsose durante la noche en lugar de Abdelmumen, y fué víctima de su abnegacion y amor á su soberano.

1161 Llegado el siguiente año 1161, pasó Abdelmumen desde Tanger á España, y permaneció dos meses en Gibraltar, cuyas fortificaciones se habian llevado á feliz término por un célebre arquitecto andaluz. Allí fueron á visitarle los caudillos y walíes de Andalucía, y con ellos dictó varias disposiciones para el mejor régimen interior de las provincias musulmanas. Dióles órden de hacer la guerra en la frontera occidental de España, y reuniendo un ejército de Almohades y Andaluces, dió el mando de estas tropas á Muhamad Abdallah, quien tomó por fuerza de armas la fortaleza de Hisn Atarnikes en confines de Badajoz, y no perdonó vida de los cristianos que allí estaban. Alfonso salió de Toledo (1) en auxilio de los suyos y halló que la fortaleza estaba ya perdida: los Almohades le salieron al encuentro y le dieron batalla, que fué muy reñida y sangrienta, y terminó con la derrota de los cristianos que dejaron seis mil cadáveres en el campo y muchos cautivos en poder de los vencedores. En esta campaña se recobraron muchas fortalezas y las ciudades de Badajoz, Beja y Beira, y luego que Abdelmumen puso por walí de aquella tierra y frontera á Muhamad ben Alí, volvióse á Africa á descansar á Marruecos.

1162 Alentado por el éxito feliz de su anterior campaña, quiso en 557 (1162) hacer cruda guerra á los cristianos así por tierra como por mar, y dió órden de construir naves en todos los puertos de su reino. En las playas de Mamora se aprestaron ciento veinte; ciento en Tanger, Ceuta, Alhucemas y otros puertos de las costas rifeñas, ciento en los puertos de Ifrikia y ochenta en las ciudades andaluzas. Todo su vasto imperio resonaba con incesantes é inmensos preparativos de guerra: reuníanse caballos y cada dia se forjaban diez quintales de flechas, de modo, dice la crónica, que pudo llenar el carcaj de todos los arqueros de sus dominios.

Mientras así se preparaba en Africa tan horrible expedicion contra los reinos cristianos de la Península, los Musulmanes españoles no habian apagado aun la tea de sus intestinas discordias. En la provincia de Jaen el general Muhamad ben Said (el mismo personage á quien llaman rey de Valencia los escritores cristianos) allegó gente de armas de Guadix, de Almuñecar y de las Alpujarras,

(1) En el año en que dicen las crónicas árabes haber acontecido este suceso, hallábase Alfonso VIII de Castilla en su menor edad, y por lo mismo no es probable que fuera él en persona con las tropas que marcharon en socorro de la fortaleza.

y con numerosa hueste de escogida caballería é infantería que acaudillaba en A. de J. C.
compañía de otros alcaides almoravides, se dirigió hácia Granada para combatir á los Almohades. Cuando los de la ciudad lo entendieron salieron contra ellos con gran caballería y se encontraron ambas huestes en la vega el dia 28 de regeb, empeñándose al momento una pelea que fué, segun Conde, de las mas sangrientas que hubo en España. Por ambas partes se combatió con admirable valor y ardiente saña, pero la victoria se declaró al fin por los Almohades y solo las tinieblas de la noche salvaron de la muerte á los destrozados restos de la caballería andaluza. Los caudillos españoles se retiraron á las sierras con las reliquias de su gente, y poseidos de despecho y de ardiente sed de venganza, dirigieron un llamamiento á todos sus parciales, y en breve se hallaron rodeados de cuantos hombres de armas moraban en las Alpujarras, en Guadix y en las provincias comarcanas. No confiando aun en sus fuerzas imploraron el auxilio de los cristianos, quienes enviaron escogida caballería de tierra de Toledo. Los Almohades no descuidaban tampoco los preparativos, y ambas huestes se avistaron en las llanuras de Córdoba y se dieron cruel batalla en que todos pelearon como tigres y rabiosos leones. El valor de los Almohades triunfó al fin del esfuerzo de cristianos y muslimes, y el campo quedó cubierto de cadáveres (1). Esta sangrienta batalla, que fué la última convulsion del agonizante imperio almoravide y árabe en España, dióse el domingo 12 de la luna de javal del año
557 (1163). Los dos principales caudillos Muhamad y El Oski se retiraron este 1163
á Jaen y aquel á Murcia. Poco despues los Almohades entraron en Jaen por capitulacion, y El Oski se reunió con Ben Mordanisch en Murcia.

Entre tanto disponíase Abdelmumen en Africa para llevar la guerra santa á España, y á este fin partió de Marruecos y llegó á Rabat Alfetah, desde donde escribió á todas las tribus de su obediencia así de Oriente como de Poniente, exhortándolas á acudir al *algihed* de Andalucía. En poco tiempo se le juntaron mas de trecientos mil caballos, los ohenta mil de gente veterana y aguerrida y cien mil peones y ballestería; oprimia su muchedumbre la tierra que temblaba debajo de sus piés, dice la crónica, y sus campamentos cubrian altos, llanos y valles. Todo estaba pronto y solo se esperaba la señal de marcha cuando adoleció Abdelmumen de la enfermedad que le condujo al sepulcro. Cada dia se fué agravando su dolencia, y al sentir cercana su muerte, anuló las disposiciones que tomara en favor de su hijo Muhamad: hizo saber á todos que le despojaba del cargo de vicario que hasta entonces habia ejercido en el imperio, le declaró incapaz de sucederle, y esto, dice su cronista, porque no reconoció en él fuerzas bastantes para sostener el importante peso del califato (2). La enfermedad del emir llegó en pocos dias á su último período, y Abdelmumen murió en Saleh durante la noche del viernes 8 de giumada segunda (13 de mayo de 1163). Este suceso permaneció oculto por algun tiempo, sabiéndole únicamente los ministros; pero luego que el cadí Abu Yussuf ben Yussuf hubo escrito á Sevilla donde se hallaba el príncipe heredero Cid Yussuf Abu Yacub y que este acudió

(1) Conde, P. 3.ª, c. XLVI.

(2) Conde atribuye gratuitamente al parecer la destitucion de Muhamad á graves indicios de levantamiento que tenia su padre contra él, intentando anticiparse en la posesion del trono.

apresuradamente á Saleh, fué este príncipe proclamado el miércoles 11 de la luna giumada segunda, aunque no sin dificultades y desavenencias que su llegada bastó á disipar (1).

Abdelmumen contaba sesenta y tres años el dia de su muerte, y segun algunos autores, sesenta y cuatro; su cuerpo fué sepultado en Timmal junto al del iman Mahedi y reinó treinta y tres años cinco meses y tres dias. Dejó muchos hijos: Yussuf, que le sucedió en el califato; su hermano uterino Abu Hafas; Muhamad, el desheredado; Abdallah, príncipe de Bugia; Otman, príncipe de Granada; El Hassan, Husein, Suleiman, Abderrahman, etc. Entre sus hijos ha de contarse el ilustre y virtuoso Abu Hamram, que fué gobernador de Marruecos y se distinguió por sus conocimientos en literatura.

El reinado de Abdelmumen en España estuvo lejos de ofrecer el carácter de unidad y grandeza que sorprende en el de Yussuf ben Tachfin, si bien el Almohade siguió en muchos puntos las huellas del Almoravide, y ha dejado de su gloria y de su persona tan vivo recuerdo como este entre los pueblos musulmanes del norte de Africa. Era originario de la tribu de Zenetah é hijo de Alí, fabricante de vasijas de tierra, y sabemos ya su encuentro con el Mahedi y la manera como este le unió á su fortuna. Era, dice Conde, de color blanco bermejo, de muy hermosos ojos y cabello crespo, alto y grueso en buena proporcion, inquieto de pestañas, nariz bien hecha, suave y redonda barba, suelto y elegante, de buenas costumbres, elocuente, amante de los sabios y protector declarado de los buenos ingenios. Por su favor florecieron las letras y las artes en todos sus estados, y en especial en España, á pesar de las inquietudes contínuas de la guerra. Era de ánimo esforzado, pronto, impávido en los mayores peligros, sufridor de trabajos, frugal en su comida, de genio marcial, amante de las peregrinaciones y de la guerra, y conquistador y defensor del Islam en Africa y en España, en Oriente y en Occidente. Sus conquistas en España por fuerza de armas, fueron Almería, Evora, Beja, Baeza, Badajoz, Córdoba, Granada y Jaen, y en Africa todo su imperio. Obedecíanle tantas tierras que habia espacio de cuatro meses de camino en sus estados de Oriente á Poniente, esto es, desde Atrabolos (Tripoli) hasta Sus-el-Aksah, y de Norte á Mediodía, desde la ciudad de Córdoba en Andalucía hasta Sigilmesa, camino de cincuenta dias (2). Y esto no obstante, era de tal modo modesto, que al verle habríase podido creer que nada absolutamente poseia (3).

El emir El Mumenin Yussuf, hijo de Abdelmumen, era apellidado Abu Yacub y habia nacido en 1139. Era blanco y colorado, de buena estatura, de barba y cabello crespo, de ojos hermosos, bien proporcionada nariz, y en todo grave y majestuoso, muy liberal y compasivo. Al empuñar las riendas del califato adoptó el sistema de gobierno de su padre y dedicóse á seguir sus huellas y á imitar su conducta. Fué, dice Conde, el primero de los príncipes almohades que hizo en persona la guerra santa, y añade que conquistó muchas ciudades, mantuvo grandes ejércitos, y consiguió inmensos despojos y riquezas. Cuantos pueblos esta-

(1) Conde, P. 3.ª, c. XLVI.
(2) Id., l. c.
(3) El Kartas, Historia de los soberanos del Magreb y Anales de la ciudad de Fez.

ban comprendidos en los límites de su imperio pagaban con regularidad los ordinarios tributos, y en su tiempo aumentaron considerablemente las rentas del estado. Aseguró la tranquilidad de los caminos, restauró las ciudades y los puertos, y regularizó la administracion y el gobierno así en las capitales como en los pueblos y aldeas, resultado todo de su proceder prudente y justo, de su solicitud en favor de todos sus dominios así cercanos como distantes, y de su intervencion en todos los negocios sin fiarse de relaciones extrañas, ni influir en las disposiciones que tomaban sus hijos, ministros, ni privados. A. de J. C.

Inseguro como estaba en los primeros tiempos de su gobierno del ánimo de los pueblos respecto de su persona, en cuanto su hermano Muhamad parecia contar con algun partido y no haber de consentir de buen grado en la desheredacion que sufriera, hallóse Yussuf imposibilitado de realizar en España los proyectos de su padre, y uno de sus primeros actos fué licenciar el inmenso ejército de *aljihed,* reunido al rededor de Saleh. En honor de su proclamacion mandó dar la libertad á muchos esclavos y distribuir cuantiosas limosnas, y esto unido á su excelente gobierno, hizo que los jeques y alcaides de ambos continentes le prestasen todos obediencia. Su habilidad para conquistar los corazones fué tal que á fines del año 549 (1164), sus hermanos Muhamad y Abu Ab- 1164
dallah, walí este de Bujia, que hasta entonces le habian negado todo acto de sumision, se le presentaron arrepentidos, obedientes y dispuestos á prestarle juramento.

No era únicamente en España donde las tribus almoravides intentaban contrarestar la reciente y ya tan poderosa dominacion de los Almohades. Tambien en Africa se levantaban de vez en cuando contra ella, y á principios del reinado de Yussuf fueron las montañas de Gomera el teatro de la insurreccion. Mozdar, natural de aquel país, intentó reunir todas las tribus almoravides de Sanhaga contra los Almohades, y despues de allegar numerosa hueste y de recibir la sumision de varias tribus, apoderóse de la ciudad de Tarda y en ella se entregó á horribles crueldades. Mandó acuñar moneda con esta amenazadora leyenda: «El viajero llega con el auxilio de Dios,» palabras que prometian á la península africana un nuevo Abdallah, ó un nuevo Mahedi. Yussuf envió contra los sublevados numeroso ejército; empeñóse la batalla y quiso la suerte, dice el historiador magrebino, que Mozdar cayese á los primeros golpes. La cabeza del nuevo profeta enviada á Marruecos tranquilizó al emir de los fieles, justamente alarmado con aquella insurreccion, en cuanto por iguales medios se habia elevado su familia y no podia dudar de que son muchas veces camino del trono.

En el año 560 (1165) sucedió en España la batalla de Ajelab entre el cau- 1165
dillo de los Almohades Abu Said ben Abderrahman por una parte, y por otra los restos del bando árabe y almoravide, acaudillados por Mumahad ben Said ben Mordanisch, rey de Valencia, y auxiliados, segun la crónica, por trece mil soldados cristianos. Encontráronse estos ejércitos en un campo cerca de Murcia, en un espacioso y ameno sitio donde se celebraba cada año una gran feria, y de comun acuerdo y resolucion se dieron batalla, que fué muy terrible y sangrienta. Era tan horrísono el estruendo y alarido de los feroces combatientes que con igual denuedo y enemigo ánimo se acometian y despedazaban, que sus clamores y gritería espantosa se oyó á muchas leguas de distancia. La matanza fué atroz, y la llanura y los vecinos campos quedaron cubiertos de cadáveres. Aben

A. de J. C. Mordanisch fué vencido y la mayor parte de los suyos muertos, llamándose esta jornada de Ajelab ó de los Clamores por la inmensa gritería de los combatientes. Con el disgusto de esta desgraciada batalla Aben Mordanisch trató muy mal de palabra á los caudillos El Oski y Hamusek, su suegro, y ofendidos ambos le abandonaron. El Oski dejó abiertamente su partido; se retiró á Málaga y de allí, para seguir mas libre el partido de los Almohades, pasó á Marruecos.

1167. Esto fué causa de intestinas discordias entre los principales caudillos del partido de Muhamad ben Said. Este repudió á la hija de Hamusek, señor de Segura; pero arrepentido luego de su violencia y creyendo haber ido demasiado lejos, volvió á recibirla por esposa, y procuró reconciliarse con su suegro. Tambien escribió á El Oski excitándole á regresar de Marruecos y haciéndole magníficas promesas, y aquel jefe consintió en efecto en volver á Valencia, al tiempo que Mordanisch, que solo pensaba en aumentar sus fuerzas, continuaba en sus pactos y alianzas con los cristianos, tanto que tenia guarnicion de ellos en su capital, con gran descontento de sus moradores.

1169. En el año 565 (1169), Yussuf envió á su hermano Cid Abu Hafas á Andalucía para que hiciese guerra á los cristianos, acompañándole veinte mil caballos almohades, la flor de la caballería del Magreb. El príncipe desembarcó en Tarifa y marchó hácia tierras de Toledo, mientras que en la España oriental continuaba la discordia entre los parciales del rey de Valencia. Uno de los personages mas influyentes del mismo bando, Ahmed ben Muhamad ben Giafar, varon virtuoso, liberal y rico, que poseia y habia embellecido durante los últimos años la isla del Jucar donde se levanta hoy Alcira, se apartó de la obediencia de Aben Said y púsose bajo la proteccion de los Almohades, preparándose así la próxima sumision de la España oriental. Ahmed se fortificó en Gecira Jucar, á donde llevó á muchos de sus parciales y arrayaces de su confianza, y negó la obediencia á Aben Said, declarándole solemnemente depuesto como mal muslim y amigo de infieles (1).

1170. El emir Yussuf vino á España en el siguiente año 1170 con objeto de fortificar y asegurar sus fronteras y dar calor á la guerra contra los cristianos. Pasó venturosamente el mar, dice la cronica, y sin detenerse en otras excursiones de guerra, llegó á Sevilla donde fué recibido con grandes fiestas y aclamaciones. Allí recibió á los enviados de las provincias, y se informó de cuanto convenia á la seguridad, quietud y buena administracion de sus pueblos. Un año entero per-
1171. maneció así ocupado en los pacíficos cuidados del gobierno, hasta que en 1171 avanzó por tierras de Toledo, y teniendo que limitarse á devastar el país sin apoderarse de fortaleza alguna, volvió á Sevilla cargado de despojos.

En la parte oriental de España continuaba en tanto la guerra civil. Aben Said habia enviado á su hijo contra Ahmed ben Muhamad, que se habia fortificado en Jucar, y durante un mes cercó aquel caudillo la plaza con tanto rigor, que hubo de rendirse á sus armas. En tanto Aben Said, atacado por los cristianos por la parte de Tarragona, escribió á su hijo que fuera á auxiliarle por tierra y por mar á aquella frontera, y habiéndolo así verificado con cuantas tropas y naves pudo reunir, empeñáronse varias batallas con éxito vario entre Tortosa y

(1) Conde, P. 3.ª, c. XLVIII

Tarragona. El general Alí ben Cassim venció por mar á los cristianos é incendió su escuadra. A. de J. C.

Durante este mismo año dió principio Yussuf á la construccion de la gran mezquita de Sevilla, en la que pudo rezarse la *chotba* once meses despues, tanta fué la celeridad con que se llevaron las obras. Mandó tambien construir en el rio de Sevilla un puente de barcas encadenadas, con grandes barcazas que servian de almacenes en la entrada y en la salida. Edificó los muelles de piedra á ambas orillas del rio, trajo el agua desde el castillo de Gebir hasta la entrada de la ciudad, y en estas y otras obras de utilidad y recreo invirtió sumas considerables.

En 1172 volvió Yussuf á pasar con sus tropas las fronteras musulmanas, pero sin mejor éxito que el año anterior, aun cuando si no fué muy feliz contra cristianos, reportó en cambio grandes triunfos contra musulmanes. El famoso Aben Said de Valencia, llamado el rey Lob (Lobo) por nuestras crónicas á causa de su carácter emprendedor y valiente, murió por aquel entonces, y sus hijos, que temieron no poder conservar sus tierras, colocadas como estaban entre los cristianos que les hacian cruda guerra por una parte, y los Almohades que se la hacian por otra, tomaron el partido de ofrecer sus estados al emir de Marruecos, quedando así dueño este de todo el país oriental de España. Los Beni Said fueron acogidos con grandes distinciones y honores; el emir les dió muchas riquezas y nuevos estados, y algun tiempo despues en 1174 tomó por esposa á una hermana de aquellos príncipes. La dominacion almohade se extendió entonces á todas las provincias de la España musulmana y no hubo entonces en ella, si exceptuamos las Baleares, ciudad ni pueblo que les negara la obediencia. 1172

Las crónicas árabes hacen mencion en el año 1173 de una incursion del príncipe Cid Abu Beker, hijo de Yussuf, á tierras de Toledo, en la cual dicen haber llegado hasta la misma ciudad matando y cautivando gentes, destruyendo pueblos y quemando alquerías y aldeas. Añaden que entonces salió contra los Almohades un príncipe cristiano llamado Sanxo y conocido por Abulbarda, por causa de que solia usar de una preciosa silla de seda bordada de oro y adornada con inestimable pedrería. Ambas huestes trabaron batalla, y los Almohades rompieron y deshicieron los batallones de Sanxo Abulbarda, haciendo en ellos horrible matanza y quedando su caudillo cadáver en el campo. De toda su tropa y caballería apenas escapó uno, y dicen que el número de los muertos en esta gazua fué de veinte y seis mil hombres. 1173

De este desgraciado suceso no hallamos mencion ninguna en nuestras crónicas.

Tambien nos dicen que en 1174 el emir El Mumenin atacó la ciudad de Tarcuna (Tarragona); pero no pudo tomarla y se desquitó devastando su campiña, matando, cautivando é incendiando, y luego regresó á Sevilla. 1174.

Despues de cuatro años, diez meses y algunos dias de permanencia en España, Yussuf volvió á Mauritania, donde le obligó á abandonar su corte de Marruecos en 1180 la rebelion de cierto Ben Ziri en el territorio de Cafisa, ciudad de Ifrikia. La rebelion acabó con la muerte de su caudillo. Por aquel tiempo una horrible peste, que arrebató á varios hijos del emir y á muchos principales personages, hizo sentir sus rigores en la península africana y tambien en las provincias meridionales de España. 1179. 1180.

A. de J. C. 1183 A últimos del año 579 (1183), salió Yussuf de Marruecos con direccion á España para atajar las conquistas, cada dia mas audaces de los cristianos. Desde Ceuta presidió el embarque de sus numerosos batallones, y en 18 de ma-
1184. yo de 1184 desembarcó en Gibraltar, desde donde pasó á Algeciras y luego á Sevilla. El emir dirigió sus armas contra la ciudad de Santaren, y hemos explicado ya en el capítulo anterior su desgraciado fin delante de los muros de aquella plaza. Acaeció su muerte, segun el mayor número de historiadores, á 23 de julio de 1184, y su cuerpo fué llevado á Túnmal y sepultado junto al de su padre. Su reinado habia sido de veinte y un años un mes y seis dias, y durante él florecieron así en Africa como en España muchos sabios y literatos á quienes dispensó decidida proteccion. Entre ellos merece citarse el ilustre médico Ahmed ben Roschd (Averroes), natural de Córdoba, á quien tanto deben la medicina y la filosofía. El fué el primero que tradujo del griego al árabe las obras de Aristóteles, sobre las cuales hizo sabios y largos comentarios; cultivó é ilustró casi todos los ramos del saber conocidos por sus compatriotas, y así en vida como despues de su muerte gozó en Europa de fama universal. Puede decirse que fué el padre de la ciencia escolástica en la edad media, y sus obras eran la única guia para los estudios filosóficos. Tambien ha de citarse al doctor sevillano Abu Meruan ben Abdelmelek ben Zohar, lumbrera de la cirujía y del arte farmacéutico, y sus obras de medicina fueron ya en su tiempo traducidas al latin.

Yussuf dejó diez y ocho hijos, siendo el primogénito Yacub su sucesor en el califato.

Por disposicion de este ocultóse la muerte del emir hasta que la corte hubo llegado á Saleh, y allí, al propio tiempo que fué divulgada, procedióse á la proclamacion de Yacub, que fué apellidado Almanzor Bifadl Allah (el Victorioso por la gracia de Dios). Como sus predecesores, era de tez colorada, de mediana y justa estatura, de ojos hermosos y perfecta nariz, redondo de cara, pestañas largas, cejas unidas, cuello delgado y anchos hombros; de ánimo generoso y liberal, esforzado, elocuente, erudito, amigo de los sabios y de los hombres útiles á la religion y al estado. En su consejo tenia los hombres de mayor fama y los honraba en vida y en muerte, colmándolos de favores y visitando sus sepulcros. Su primer providencia, despues de celebrada su proclamacion y jura, fué sacar de su tesorería cien mil doblas de oro que mandó distribuir á los pobres, y escribir á las provincias para poner en libertad á los encarcelados por delitos leves. Perdonó las deudas que le debian sus vasallos y los atrasos de tributos á favor del erario; aumentó las pagas y sueldo de los cadíes y alfaquíes; visitó sus provincias, inquirió y averiguó el estado de sus pueblos; fortificó las fronteras y puso en ellas presidios de gente de guerra, pagando con mucha liberalidad á los soldados almohades. Sensato, inteligente y religioso, el fué el primer soberano de su dinastía que escribió al principio de sus cartas y mandamientos: *Alabanza á Dios único,* costumbre que aun se conserva en nuestros dias, y su época fué notable por el reposo, la seguridad y abundancia que por todas partes reinaron. Así en Africa como en Andalucía levantó mezquitas y abrió escuelas; instituyó hospitales para enfermos y dementes, y hospicios para leprosos y ciegos; dispuso la construccion de minaretes, puentes y acueductos, y en una palabra, dicen las crónicas, fué el suyo un reinado de felicidad para el pueblo del Islam, que bajo los

pendones de Almanzor, fué siempre victorioso y superior á sus enemigos. A. de J. C.

El mismo año de la muerte del emir Yussuf (580—1184) el señor de Mallorca Abu Ibrahim Ishak de la familia de los Ben Ganias, príncipe de los Almoravides, quiso aprovechar aquel acaecimiento para hostilizar á sus enemigos, y allegando poderosa armada pasó á Africa y puso cerco á Bujia. Despues de rudos y contínuos asaltos entró por fuerza en la plaza, y expulsando de ella al walí Suleiman ben Abdallah, nieto de Abdelmumen, y á todos sus Almohades, dispuso que se hiciera la *chotba* por Nair Eddin Allah califa de Bagdad, y sublevó las tribus y pueblos de aquella comarca.

Estos sucesos ocuparon á Yacub hasta el año 585 (1189) en que resolvió 1189.
hacer su primera campaña contra cristianos en tierra de Andalucía y en especial en su Algarbe. Llegó, pues, á España, y deseoso de vengar la desgracia de su padre en los mismos lugares que la presenciaron, marchó hácia Santaren y llevó sus algaras hasta Medina Lisboa, talando los campos, arrasando la tierra, estragando sus frutos, quemando mieses y poblaciones, matando y cautivando gente. Con tres mil mugeres y niños cautivos y muchos y ricos despojos, volvió Yacub á las playas africanas y á su ciudad de Fez, pero poco tiempo pudo lograr en ella el apetecido descanso: á poco de su llegada supo que el Mayorki (El Mallorquin), es decir Abu Ibrahim Ishak, habia aparecido en el reino de Ifrikia; el emir marchó sin dilacion á la ciudad de Tunez, pero halló aquel territorio enteramente tranquilo, en cuanto Abu Ibrahim se habia apresurado á retirarse luego que supo su viage.

En el año 586 (1190), los cristianos que inquietaban las fronteras de Algar- 1190
be entraron por fuerza de armas las ciudades de Silves, Beja y Evora, entendiendo que Yacub Almanzor se habia tornado á Africa con gran parte de sus tropas. Al recibir Yacub semejantes noticias, pesóle mucho por aquellas pérdidas, y con ira y descontento mandó sus cartas á los caudillos de las fronteras de Andalucía, y les ordenó, no sin reprenderlos por su descuido, llevar la guerra á las tierras cristianas mientras se disponia él á pasar el mar, que esperaba poder hacerlo pronto. En su consecuencia los alcaides de España se reunieron con Muhamad ben Yussuf, walí de Córdoba, quien partió con ellos al frente de un numeroso ejército de Almohades, Arabes y Españoles, y fué á establecer su campo delante de Silves, que entró por fuerza de armas despues de combatirla durante algun tiempo de dia y de noche (1). Conquistó luego el Alcázar de Abi Denis y las ciudades de Beja y Evora, y volvió á Córdoba llevando consigo tres
mil cautivos y quince mil cabezas de ganado (octubre ó noviembre de 1191). 1191
Lo que se llamaba Alcázar de Abi Denis ó por otro nombre Alcázar el Fetah, Castillo de la Entrada, comprendia, segun el Edris, Evora, Badajoz, Sariza, Mérida, Alcántara y Coria, y habia sido erigido en waliato señorial por el último de los Beni Abed en favor de su wazir y poeta Abdallah ben Moheb.

A principios del siguiente año (1192), en los primeros dias de muharram, 1192
el emir de los fieles partió de Telencen para Fez, atacándole en esta última ciudad grave dolencia que le duró siete meses. Recobradas sus fuerzas dirigió-
se á Marruecos y permaneció en su capital hasta el año 590 (1194), en que par- 1194.

(1) Conde, P. 3.ª, c. LI.

A. de J. C. tió para España con decidido ánimo de hacer la guerra á los cristianos á causa de la apurada situacion en que los Sarracenos se encontraban y del atrevido reto de Alfonso de Castilla, segun todo lo llevamos explicado en el capítulo ante-
1195 rior. La para nosotros funestísima jornada de Alarcos fué el resultado de aquella expedicion.

Sabemos ya lo que Yacub Almanzor hizo en España hasta mediados del
1198 año 1198 en que volvió á Marruecos, y como poco despues de su regreso á Africa se sintiese cansado de reinar, requirió á sus súbditos para que prestasen juramento á su hijo Muhamad Abu Abdallah y le reconocieran como su futuro sucesor; y en efecto, el príncipe á quien apellidaron Alnasir Ledinallah fué reconocido por todas las provincias así de Andalucía como del Magreb, desde Atrabolos hasta los postreros límites de Zahara confinantes con el país de los Negros. Desde aquel momento los edictos se expidieron en su nombre y con su firma aun en vida de su padre, y hacia poco tiempo que este habia cedido á su hijo el gobierno del imperio cuando le asaltó la enfermedad que habia de conducirle al sepulcro. El mismo dia de su muerte, sintiendo próximo su fin, dijo á sus wazires que de cuanto habia practicado durante su vida, solo de tres cosas estaba pesaroso: de haber dado entrada en el Magreb y en España á los Arabes nómadas de Ifrikia, por haberse convencido de que eran el orígen de todas las sediciones; de haber edificado á tanta costa y dispendio la ciudad de Rabat el Fath en las márgenes del Saleh, no solo por lo cara que le habia costado, sino porque preveia que jamás llegaria á ser una ciudad floreciente; y la tercera, en fin, de haber dado libertad en Alarcos á los veinte mil cristianos cautivos, cierto como estaba de que habian de volver sus armas contra los Musulmanes á la primera ocasion. Dicho esto murió á las ocho de la noche, luego de rezada la azala de Alaksa, el viernes 22 de la luna de rebie primera del año 595 (21 de enero de
1199 1199), en la alcazaba de Marruecos que mandara él construir.

Yacub ben Yussuf Almanzor fué el mas ilustre de los reyes almohades; virtuoso, magnánimo, espléndido y leal, dejó entre los suyos y extraños fama imperecedera. Su gobierno fué excelente, su poder grandísimo; sus acciones todas las de un gran rey, y su religion profunda (1).

Su hijo y sucesor Muhamad era de justa estatura, blanco, delgado de cuerpo, de hermosos ojos, larga y negra barba, cejas muy pobladas y largas pestañas, y miraba como pensativo. Era de mucha prudencia para los negocios de paz y guerra, y queria que prevaleciera siempre su opinion sobre la de todos los demás. Muerto su padre renovóse el juramento que Alnasir habia antes recibido; hízose por él la *chotba* en todas las mezquitas, y fué proclamado en las provincias sin oposicion, excepto en las montañas de Gomera, donde, como sucedia á la muerte de cada califa, se habia levantado el estandarte de la rebelion. Muhamad marchó allí en persona y sujetó á los rebeldes, despues de lo cual fijó su re-
1201. sidencia en Fez hasta el año 598 (1201). Estando allí recibió noticia de que el Mayorki (2) se habia apoderado de la mayor parte del reino de Ifrikia, y salien-

(1) El Kartas, Historia de los soberanos del Magreb y Anales de la ciudad de Fez.
(2) Trátase aquí de Yahia ben Ishak, hermano de Abdallah, rey de Mallorca en la época á que de nuestro relato hemos llegado.

do sin pérdida de momento para el teatro de aquellos sucesos, dispuso que marchara un ejército contra las fuerzas invasoras, mientras que él embarcándose en Gezahir Beny Mezgana (Argel), se dirigió con gran armada y numerosas tropas á atacar en su propio país al anemigo que así le hostilizaba en el suyo. La armada almohade llegó felizmente y en pocos dias á la vista de Mallorca, donde reinaba entonces Abdallah ben Ishak, sucesor de Abu Ibrahim Ishak. Era aquel el único reino poseido aun por los Almoravides, y á pesar de los esfuerzos de Abdallah, los Almohades desembarcaron en la isla, atacáronla vigorosamente y se hicieron dueños de ella en noviembre de 1203. Menorca é Ibiza se rindieron in- 1203
mediatamente despues por capitulacion, y Abdallah ben Ishak, hecho prisionero, no halló gracia entre los vencedores y fué decapitado. La poblacion en masa se sometió al emir musulman, que recibió á todos con gran benevolencia, y que despues de darles por alcaide al ilustre iman Abdallah ben Hutalah, regresó á Ifrikia para acabar con los restos de la faccion cuya cabeza acababa de derribar.

Al saber la derrota y muerte de su hermano y además el regreso del emir á Africa, el Mayorki huyó delante de él y buscó un asilo en el Zahara, habitual residencia de la tribu Sanhaga de la cual era originario y con la que habia conservado estrechas relaciones. Sin embargo, quedábale aun una ciudad en la costa marítima de Ifrikia, la de Almahadya, que gobernaba en su nombre el Hadji, el Peregrino, tan valeroso como experimentado guerrero. Alnasir sitió estrechamente la plaza por mar y por tierra y envió contra ella aparatos de un macanismo extraordinario, que algunos autores han tomado equivocadamente por el primer empleo de la artillería y de la pólvora. El Hadji se defendió animosamente, y por espacio de muchos meses frustró cuantos asaltos y estratagemas emplearon los sitiadores, hasta que, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos para sostenerse por mas tiempo, entró en negociaciones con Alnasir y entrególe la ciudad y le prestó juramento (1204). El emir le recibió muy favorablemente y 1204.
le elevó enseguida á las mas altas dignidades, en razon del valor é inteligencia que desplegara en servicio de su príncipe.

Muhamad Alnasir permaneció en el territorio recien conquistado hasta 1207, tomando varias disposiciones encaminadas á restablecer el órden en los 1207.
varios ramos de la administracion, cuando á su regreso al Magreb, al pasar el rio Gelaf fué atacado por Yahía el Mayorky á la cabeza de considerable hueste de Arabes sanhaguitas y zenetas, fieles á la memoria de los Almoravides. Empeñóse la batalla en las márgenes de aquel rio, y el Mayorky vencido y arrollado hubo de apelar á una precipitada fuga (23 de octubre).

Alnasir permaneció en su ciudad de Marruecos ocupado exclusivamente en la administracion de su vasto imperio durante el año 605 y el siguiente, cuando recibió aviso de que Alfonso *el Maldito* habia en España vuelto á levantar la 1208.—1209.
cabeza y corria las tierras de los Muslimes y talaba sus campos, estragaba sus frutos, quemaba los pueblos y ocupaba las fortalezas, cautivando y matando las gentes. Entonces resolvió llevar la guerra santa á Andalucía, mandó predicar el algihed en todas las mezquitas de sus estados, y despues de reunir el inmenso ejército de que en otro lugar hemos hablado, salió de Marruecos para España el dia 15 de febrero del año 1211. 1211.

Por aquel tiempo sin duda ha de fijarse una embajada recibida por el emir,

de un carácter no menos singular que la visita del rey Sancho de Navarra, de que en otro lugar hemos hablado; aludimos á la que envió á Muhamad Alnasir el rey britano Juan sin Tierra, en la época en que este indigno hermano de Ricardo Corazon de Leon se afanaba en busca de socorros contra el papa y contra los Ingleses. Mateo Paris, que sabia el suceso por Roberto, monge de la abadía de Saint-Albans, que habia formado parte de la embajada, la refiere del modo siguiente:

«En este mismo año, Godofredo, hijo de Pedro, gran justicia de Inglaterra, hombre muy influyente y poderoso, murió el dia 2 de octubre, siendo la suya gran pérdida para el reino del cual era el mas firme sosten. Lejos de amarle el rey Juan, le temia mas que á todos, pues Godofredo empuñaba verdaderamente las riendas del gobierno. Acaecida su muerte, Inglaterra quedó como un buque sin timon durante la tempestad, tempestad que empezó á declararse al ocurrir la muerte de Huberto, arzobispo de Cantorbery, hombre magnífico y leal. Despues de la muerte de estos dos hombres, Inglaterra no pudo respirar, y al anunciar al rey la muerte del justicia, exclamó: «¡Por los piés de Nuestro Señor Jesucristo! solo hoy empiezo á ser rey y soberano de Inglaterra.» Desde aquel momento contravino á los pactos y juramentos que habia prestado, arrepentido viva y amargamente de haber podido consentir en la paz que se le propusiera.

«Por esto envió á toda prisa un secreto mensage al emir murmelin, poderoso soberano de Africa, de Marruecos y de España, llamado comunmente Miramolin. Tomás de Hardington, Raul, hijo de Nicolás, ambos caballeros, y Roberto de Londres, clérigo, eran portadores de cartas del rey Juan, en las que ofrecia al miramolin renunciar á la fe cristiana y abrazar la ley de Mahoma, y ponerse á su disposicion él y su reino. Introducidos los embajadores á presencia del emir, le saludaron con respeto en nombre de su señor, y le manifestaron extensamente el objeto de su viage, presentándole además la carta de su soberano. Un intérprete que se hallaba presente tradujo las palabras del real escrito, y entonces el emir cerró el libro en el cual habia tenido fijos los ojos, pues habia estado leyendo cerca de una mesita. Por algun tiempo pareció entregarse á sus reflexiones, y luego dijo con cierta reserva: «Leia ahora un libro escrito por un Griego muy sabio que era cristiano y se llamaba Pablo: sus actos y sus palabras me complacen infinitamente, y esta lectura es mi mayor recreo; lo único que en él me disgusta es que abandonara la fe en que habia nacido. Y digo esto á causa de vuestro señor el rey de Inglaterra que trata de abandonar la santa y pura ley de los cristianos bajo la cual ha nacido, renunciando á ella como un hombre sin constancia ni solidez ninguna.» Luego añadió: «Dios todopoderoso que nada ignora, sabe bien que á estar yo sin ley elegiria la fe cristiana con preferencia á todas las demás y la adoptaria con todo mi corazon.» En seguida pidió noticias á los embajadores acerca de su monarca y de su reino, y Tomás, como el mas elocuente de los tres, tomó la palabra y dijo: «Nuestro rey es de ilustre nacimiento, y son reyes sus antepasados; su reino es rico y se contenta con sus bienes, pues abunda en tierras de cultivo, en pastos y en bosques. Hay en nuestro país minas de toda clase de metales, que la industria sabe fundir y utilizar. Nuestra nacion está dotada de mucho talento é ingenio, y en su lenguaje se sirve de tres idiomas que son el latin, el francés y el inglés. Está plena-

mente instruida en las artes liberales y mecánicas, y aunque nuestra tierra no produce cepas, olivos ni abetos, procúrase en abundancia el vino, el aceite y la madera por medio de su comercio con las naciones vecinas. El aire es en nuestro país salubre y templado, pues, situado este entre el Occidente y el Septentrion, toma del Occidente el calor y del Septentrion el frio, y esto produce una atmósfera muy agradable. Rodeada nuestra tierra por el mar, ha merecido el nombre de reina de las islas. Gobiérnala un rey ungido y coronado; es libre desde los tiempos mas antiguos, y no se reconoce en ella mas dominacion que la de Dios. La Iglesia y el culto de nuestra religion prosperan en nuestra patria mas que en otra parte ninguna del mundo, y rígenla pacíficamente las leyes del papa y del rey.» —Nunca he leido ni oido decir, contestó el miramolin con un suspiro, que un rey, poseedor de tan magnífico reino que le está sometido y le obedece, haya querido así aniquilar su autoridad, y hacer de un reino libre un reino tributario, de un reino que es suyo un reino extranjero, de un reino feliz un reino miserable, entregarse por fin á merced de otro, como un hombre que se confiesa vencido antes de haber peleado. Por el contrario, he leido y he oido decir con frecuencia que muchos hombres han derramado hasta la última gota de su sangre, lo que es muy laudable, en defensa de su libertad, y de aquí deduzco que vuestro rey es un desgraciado, un perezoso y un cobarde, un hombre que desea convertirse en esclavo, esto es lo mas ignominioso que existe en la tierra.» Preguntó luego en tono de desprecio qué edad contaba el rey y si era alto y vigoroso, y contestósele que tenia cincuenta años, que su cabeza estaba llena de canas, y que sin ser alto, eran sus miembros bien proporcionados y fornidos. A estas palabras el miramolin repuso: «La fuerza de la juventud y de la edad madura empieza á enfriarse y extinguirse en él; antes de diez años, suponiendo que viva hasta entonces, no será bueno para nada grande, y si ahora acometiese alguna empresa faltaríanle fuerzas y no saldria con bien de ella. A la edad de cincuenta años está gastado secretamente; á la de sesenta lo estará de un modo ostensible, y no tiene que hacer mas que estar en paz y permanecer tranquilo.» Reflexionando entonces sobre las preguntas que hiciera y las contestaciones que le habian dado los embajadores, quedó por algunos momentos en silencio, y dijo luego con cierta sonrisa que manifestaba toda su indignacion contra el rey Juan: «Ese hombre no es rey y es indigno de aliarse conmigo. No vengais mas á mi presencia, añadió, dirigiéndose á los embajadores; el nombre, ó por mejor decir, la mala fama de vuestro soberano, que es un apóstata y un loco, me llena el pecho de indignacion.» Los embajadores disponíanse á salir confusos y avergonzados, cuando el miramolin vió al clérigo Roberto en quien hasta entonces no habia reparado. Roberto, que vestia de negro, era de pequeña estatura, tenia un brazo mas largo que el otro, los dedos de la mano mal dispuestos y un verdadero rostro de judío, y pensando el rey que sugeto de tan repugnante apariencia no habria sido encargado de una mision importante como aquella á no ser muy inteligente y sabio; viendo además su cabeza tonsurada y conociendo por este distintivo su calidad de clérigo, hizo que se quedara á su lado y tuvo con él una larga y secreta conferencia que Roberto reveló despues á sus amigos. El miramolin le preguntó si el rey de Inglaterra Juan poseia en realidad algun mérito, si habia engendrado hijos vigorosos y si era hábil en las funciones generativas,

A. de J. C. añadiendo que si Roberto le ocultaba la verdad en sus contestaciones, nunca mas daria fe á la palabra de un cristiano y sobre todo de un clérigo. Roberto juró por Jesucristo contestar sin rodeos y con entera verdad á todas sus preguntas, y le declaró que Juan mas que un rey era un tirano, que sabia destruir mejor que gobernar, que era opresor de los suyos y valedor de extranjeros, y que leon para sus súbditos gozaba fama de oveja para los extranjeros y rebeldes. «Por su incuria, dijo, ha perdido el ducado de Normandía y otras muchas tierras, y en su rapacidad insaciable invade y devasta las posesiones de sus súbditos naturales. Ha engendrado pocos ó ningun hijo vigoroso, y tiene una esposa á quien detesta y que igualmente le aborrece; muger incestuosa, maléfica, hechicera, adúltera y convencida varias veces de todos los crímenes, el rey su marido ha mandado estrangular en su lecho á los amantes que con ella ha sorprendido. Por su parte el rey ha forzado á muchas mugeres de su corte, y en cuanto á la religion cristiana, ya podeis haber conocido cuan flaca y vacilante es su fe.» Al oir estas palabras de Roberto, el miramolin no se limitó ya como antes á despreciar al rey Juan, sino que le detestó y maldijo como se maldice en su ley y exclamó: «¿Cómo pueden consentir esos miserables Ingleses en que hombre semejante reine sobre ellos y los gobierne? Serán verdaderas mugeres ó verdaderos esclavos.—Los Ingleses, contestó Roberto, son los mas pacientes entre todos los hombres, hasta que se colma la medida de las sinrazones y ultrajes que se les dirigen; pero hoy se sienten dominados por la cólera como un leon ó elefante herido que mira correr su sangre, y se esfuerzan, aunque algo tarde, en sustraer sus cuellos al yugo que los oprime.» Oida esta explicacion, el miramolin extrañó la excesiva paciencia de los Ingleses, y despues de haber tenido con Roberto varias entrevistas, le despidió colmado de ricos presentes, sin haber querido admitir de nuevo á su presencia á los demás embajadores (1).»

Sabemos ya, por haberlo explicado en el capítulo anterior, lo que sucedió delante de Salvatierra, y esto nos manifiesta quizás que la entereza que Muhamad mostrara en los primeros tiempos de su gobierno se habia en parte relajado, y que confiaba demasiado en sus ministros, y sobre todo en su hagib Abu Said ben Gamea, que llegó á gozar cerca de él de un favor y privanza extraordinarios. Hemos explicado tambien la gran derrota de los Almohades en las Navas de Tolosa, ó sea en la batalla de Alacab, y la fuga de Muhamad á Sevilla,
1212 donde se entregó á sangrientas ejecuciones.

De regreso á Marruecos dispuso la jura de su hijo Cid Abu Yacub Yussuf, apellidado El Mostansir, ceremonia que se verificó á fines de la luna de dilhagia del año 609 (enero de 1213), y hecho esto, como si el pesar de su vencimiento
1213 le hubiera hecho aborrecible la vista y el trato de los hombres, abandonó enteramente á su sucesor los cuidados del gobierno y se encerró en su alcázar; allí vivió entregado á los placeres y delicias casi sin abandonar el lecho hasta el 11 de la luna de javan del año 610 (23 de diciembre de 1213) en que murió, á lo que se cree, envenenado por sus antiguos ministros. Así acabó Muhamad ben Yacub ben Yussuf ben Abdelmumen, apellidado Alnasir, el vencido de las Navas de Tolosa, despues de un reinado de quince años cuatro meses y diez y ocho dias.

(1) Mat. Paris, Hist. mag. Angl., ad ann. 1213.—A pesar de que el cronista coloca este hecho en el año 1213, le hemos asignado este lugar porque ocurrió durante el reinado de Juan y antes de la gran batalla de Muradal ó de las Navas. Ha de advertirse que algunos autores ponen en duda la autenticidad de este suceso, pero los mas autorizados no vacilan en admitirlo como verdadero.

CAPÍTULO XXIX.

Enrique I de Castilla.—Regencia de doña Berenguela.—Regencia de don Alvaro de Lara.—Turbulencias y guerra civil.—Muerte de don Enrique I.—Abdicacion de la reina doña Berenguela.—Fernando III el Santo, rey de Castilla.—Turbulencias que agitaron los primeros años de su reinado.—Guerras que hubo de sostener con su padre Alfonso IX de Leon y don Alvaro de Lara.—Fin de las mismas.—Casamiento de Fernando con Beatriz, hija de Felipe de Suavia, emperador de Alemania.—Nacimiento de Alfonso el Sabio.—Catedral de Burgos.—Nuevas turbulencias.—Cortes de Burgos.—Muerte de Alfonso II, rey de Portugal.—Sucédele Sancho II.—Primeras campañas de Fernando contra los Musulmanes.—Toma de Baeza —Catedral de Toledo.—Toma de Mérida.—Muerte de Alfonso IX de Leon.—Ciñe San Fernando las coronas de Leon y Castilla.—Continuan los cristianos sus conquistas en Andalucía.—Batalla del Guadalete.—Toma de Ubeda.—Muerte de Sancho el Fuerte de Navarra.—Teobaldo I.—Toma de Córdoba.—Principio del reino de Granada.—Casa Fernando en segundas nupcias con Juana, hija de Simon, conde de Ponthieu.—Nuevas conquistas de los cristianos.—Gloriosa y dramática defensa de la Peña de Martos.—Universidad de Salamanca.—Sumision del reino de Murcia.—Orígen del consejo real de Castilla.—Enlace de Alfonso, hijo de Fernando de Castilla, con Violante, hija de don Jaime de Aragon.—Triunfos del rey en Andalucía.—Muhamad de Granada presta fé y homenage al rey de Castilla.—Toma de Jaen.—Muerte de doña Berenguela.—Sitio y toma de Sevilla.—Otras conquistas.—Muerte de san Fernando.

Desde el año 1214 hasta el 1252.

La muerte de Alfonso VIII hizo pasar la corona de Castilla á las sienes del único hijo varon que al tiempo de su muerte le quedaba, niño de once años llamado Enrique, quien la ciñó bajo la regencia de su madre la reina doña Leonor; pero muerta esta, como hemos dicho, veinte y cinco dias despues de su esposo, pasó el cargo de regente á su hija mayor Berenguela en virtud de las disposiciones testamentarias de Alfonso VIII y de doña Leonor. Bajo el gobierno de la regente, el reino, si no hubiese extendido sus fronteras y adelantado en la buena administracion, habríase á lo menos conservado tranquilo, gozando en paz de los frutos de las pasadas victorias y preparándose para dar principio á nuevas conquistas para cuando se hallase el rey en estado de empuñar la espada, si la rivalidad y ambicion de algunos barones, y especialmente de los Laras, los mismos que agitaron á Castilla durante la minoridad de Alfonso VIII, no le hubiesen sumido en nuevas turbulencias y discordias. Los condes don Fernando, don Alvaro y don Gonzalo, hijos del conde don Nuño de Lara, fueron el alma de la agitacion propagada por entre algunos nobles castellanos que veian con malos ojos en manos de una muger las riendas del estado, y tanto y tanto maquinaron y tanto y tanto cuerpo dieron á esta opinion suya (que si bien fundada, puede creerse con fundamento que era entonces exclusivamente hija de su ardiente ambicion), que doña Berenguela, temerosa de los males que le representaban como inminentes,

consintió al fin en ceder la regencia al conde don Alvaro Nuñez de Lara, quien juró, no solo mirar por el reino y la persona del rey, sino conservar á las iglesias, órdenes, prelados y señores todos sus honores, posesiones y derechos, no imponer nuevos tributos y gabelas, ni celebrar tratados de guerra ni de paz sin el consentimiento de doña Berenguela.

Sin embargo, una vez en el poder, don Alvaro solo pensó en sus propios intereses y en satisfacer sus particulares rencores, demostrando con esto que no el bien del estado, sino una ambicion aviesa y desapoderada, habia dictado sus clamores contra la regencia de doña Berenguela. No contento con atropellar de mil maneras á los magnates que se mostraron enemigos de su parcialidad, apoderóse de los bienes y diezmos de la iglesias, pretextando las necesidades públicas y la seguridad de las fronteras. Con esto llegó á su colmo la exasperacion de los barones y prelados, tanto que excomulgado el regente por el dean de Toledo, y viendo que las quejas se hacian mas universales cada dia, convocó cortes en Valladolid á nombre del rey, á fin de aquietar en lo posible á todos y defender en ellas el derecho que alegaba á los patronatos legos de las iglesias. No sucedió, empero, como habia imaginado: muchos grandes y ricoshombres, entre ellos don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, don Alvar Diaz, señor de Cameros, don Alfonso Tellez de Meneses, los Girones y otros suplicaron á doña Berenguela que, encargándose otra vez de la regencia, librase al reino de la tiranía del de Lara. Este, que conoció formarse contra él un poderoso partido y que no cejaba ante resolucion alguna, por violenta que fuera, desterró del reino á la ilustre princesa, quien en union con su hermana doña Leonor hubo de refugiarse en Autillo, fortaleza que poseia don Gonzalo Ruiz Giron en tierra de Palencia; allí la siguieron muchos caballeros, unos por amor á su persona y otros por enemistad á los Laras, y otra vez hallóse el reino presa de encontrados bandos y de enemigas facciones.

La persona del rey era lo que todos deseaban y lo que daba toda la fuerza á la parcialidad de los Laras. Para mejor dominar el ánimo juvenil de don Enrique, don Alvaro cuidó de distrarle y divertirle hablándole de bodas, «que, segun dice un cronista, es lo que mas ruido hace en los pocos años para divertir pensamientos tristes.» Trató, pues, el regente de casar á su pupilo con Mafalda, hija del rey don Sancho de Portugal, y la infanta habia ya llegado á la corte de Castilla, cuando se opuso al enlace proyectado el legado del papa Inocencio III á causa del parentesco que entre ambos jóvenes mediaba. Dícese que don Alvaro elevó entonces sus pensamientos hasta la princesa á quien quiso tomar por esposa, pero Mafalda, que era pudorosa, dice don Rodrigo, y cuya altivez se avenia mal con semejante proposicion, rechazóla indignada y profesó de religiosa en un monasterio de Portugal (1). La contienda se envenenaba cada dia y tomaba mayores proporciones, que no era la agresiva y desatentada conducta de don Alvaro propia para aquietar los ánimos descontentos y enconados de la nobleza. En vano quiso el de Lara persuadir al pueblo de que doña Berenguela por medio de un mensagero habia tratado de envenenar al rey su hermano: nadie creyó en semejante fábula, pues doña Berenguela era muy querida y respetada. Esto sin

(1) Rod. Tolet., l. IX c. 2.

embargo sirvió de pretexto al de Lara para arrojar completamente la máscara y amenazar con las armas á la princesa y á sus parciales en caso de que no le abandonasen los castillos que poseian; negáronse ellos á semejante demanda, y la sangre habia ya corrido en algunos encuentros, cuando la muerte del monarca vino á poner fin á semejante estado de cosas. Hallábase el de Lara con el rey en la ciudad de Palencia, en cuyo palacio episcopal se alojaba, y un dia que el real niño estaba jugando en un patio con otros jóvenes de su edad, una teja desprendida ó una piedra lanzada inadvertidamente por un doncel de la corte, fué á dar contra su cabeza y le causó una herida y la muerte á los pocos dias, á la edad de trece años y tres meses, despues de un reinado de tres años escasos (6 de junio de 1217). 1217.

Poco antes, don Álvaro habia entrado en negociaciones con Alfonso de Leon para casar á Enrique con Sancha, hija de este rey y de su primera esposa Teresa Sanchez; la muerte del jóven monarca atajó todos sus ambiciosos planes, y para meditar lo que mejor le convenia en aquellas apuradas circunstancias, trató de ocultar el desgraciado suceso tanto como le fué posible. Desde Tariego, á donde trasladó el cadáver del rey, daba frecuentes y falsos avisos del estado de su salud, y aunque se ignora lo que con esto se proponia el astuto y ambicioso regente, es lo cierto que la resolucion y la prontitud con que obró doña Berenguela frustraron todos sus proyectos y esperanzas. Al acaecer la inesperada muerte de su hermano, la princesa y los señores de su parcialidad hallábanse en Autillo y en Cisneros con algunas fuerzas, indecisos sobre el partido que debian tomar, cuando, sabedora aquella de la muerte de Enrique, envió sin pérdida de momento y antes que se divulgara la noticia á don Lope Diaz de Haro y á don Gonzalo Ruiz Giron cerca de su esposo el monarca leonés, para rogarle que les permitiera llevar á su madre el infante don Fernando, pero sin explicarle nada de lo acontecido. No opuso á ello don Alfonso dificultad ninguna, y Berenguela, que se titulaba ya reina, con su hijo y los señores de su bando tomó el camino de Palencia, donde fué recibida entre las aclamaciones de todo el pueblo por el obispo á la cabeza de su clero. Desde allí pasó con su hijo y las tropas que á su alrededor se habian ya agrupado, á Dueñas, fortaleza de las inmediaciones en la que tremolaba el pendon de don Álvaro de Lara, y se apoderó de ella por asalto.

Algunos magnates quisieron entonces entrar en pactos con el conde Álvaro, pero este declaró que nada aceptaria á no ser que el infante don Fernando, futuro rey, quedase confiado á su custodia como lo estuviera su tio. Era esta condicion inaceptable para la reina y los barones, así es que continuando su marcha á Valladolid, se adelantaron hácia las Extremaduras del Duero, nombre que se daba á todo el país contenido entre aquel rio y la sierra que separa á ambas Castillas del reino de Portugal. Su viage no se presentó en un principio bajo favorables auspicios: llegados á Coca, los habitantes les cerraron las puertas y se negaron á recibirlos ni aun para darles un momentáneo asilo; detuviéronse en una aldea llamada San Justo, y allí se les dijo que igual recepcion les esperaba en Segovia, en Avila y en todas las demás ciudades de aquella comarca. Anuncióseles al propio tiempo que Sancho Fernandez, hermano del rey de Leon, marchaba contra la reina y su hijo á la cabeza de considerables fuerzas y se apresuraron á volver á Valladolid.

Sin desalentarse, envió la reina embajadores á las ciudades de las Extremaduras del Duero y á las de la otra parte de la sierra de Segovia para representarles la excelencia de sus derechos; que por dos veces habia sido declarada heredera de los estados de su padre á falta de sus hermanos, y que esperaba á los diputados en Valladolid segura de que no desoirian la voz de la fidelidad. Reuniéronse en efecto cortes en Valladolid, y así los diputados de las ciudades como los magnates y caballeros de Castilla, todos de comun acuerdo aclamaron por reina á doña Berenguela; pero esta con magnánimo desprendimiento hizo en el acto renuncia de su corona en su hijo don Fernando con beneplácito de todos. Levantóse entonces un estrado en la puerta meridional de la ciudad, y colocado en él don Fernando, fué solemnemente saludado como rey por su madre, por los prelados, por los ricoshombres y por la gran muchedumbre allí reunida, que llenaba los inmediatos campos. En seguida fué conducido procesionalmente el nuevo rey á la iglesia de Santa María, en medio de los cantos religiosos del clero y del pueblo, y allí fué de nuevo reconocido y proclamado con el nombre de Fernando III, y recibió los homenages y juramentos de fidelidad de todos los asistentes. Fernando contaba entonces la edad de diez y ocho años (31 de agosto de 1217) (1).

Grande es la historia del reinado que ahora nos toca referir. San Fernando, Jaime I son las dos colosales figuras que sobresalen y descuellan simultáneamente entre los grandes príncipes de la edad media española: expliquemos en este capítulo la vida del Santo, y en el capítulo siguiente referiremos los hazañosos hechos del Conquistador.

Solo Alfonso de Leon vió con malos ojos la elevacion de Fernando: ofendido por el disimulo con que respecto de él obrara su esposa y excitado por don Alvaro, preparó una expedicion para apoderarse de la corona de su hijo. Su hermano don Sancho llegó hasta Arroyo, á una legua de Valladolid, mientras que él, desoyendo las prudentes razones que le expusiera doña Berenguela por medio de los obispos de Burgos y de Avila, se adelantó hasta cerca de Burgos. Sin embargo, la imponente actitud de los caballeros y pecheros de la comarca le obligó á abandonar la empresa y á retirarse humillado á las fronteras de sus estados. Este suceso bajó sin duda la altivez del de Lara, que no se atrevió á negar á doña Berenguela los restos mortales del difunto don Enrique para darles honrosa sepultura en el monasterio de las Huelgas de Burgos junto á los de su hermano don Fernando. Ocupada estaba la reina en esta piadosa tarea, cuando dando principio su hijo á sus victoriosas campañas, rindió el castillo de Muñon que se le mantenia rebelde. Madre é hijo partieron luego para Lerma y Lara, y retirado el Leonés, tomados cuantos lugares y villas habian sostenido la causa de los Laras, presos sus mas granados parciales, podia creerse que las turbulencias y discordias habian terminado, y que amanecia para Castilla un dia de paz y bienandanza.

En este mismo año (1217) los Portugueses tomaron á Alcázar-do-Sal en el rio Salado, despues de hacer experimentar á los Musulmanes una completísima derrota, con el auxilio de un ejército de cruzados alemanes y flamencos que los

(1) Roder, Tolet., l. IX, c. 5.



LLAMAMIENTO DE RICOS HOMBRES Y DE VECINDARIOS EN NOMBRE DEL REY D. FERNANDO III EL SANTO

vientos contrarios obligaron á arribar á Lisboa. Las órdenes militares del reino A. de J. C. de Leon tomaron muy gloriosa parte en la conquista de la plaza, que fué cedida á los caballeros de Santiago.

Sin embargo, no habia terminado aun para Castilla la desventurada época 1218 de la guerra civil; el turbulento don Alvaro de Lara no se avino á sufrir resignado los golpes de su mala fortuna, y poniendo en movimiento á sus antiguos parciales y apoderándose de algunos lugares fuertes, comenzó á estragar la tierra y á cometer en sus moradores todo linage de desafueros, tanto que el rey y su madre se vieron en la necesidad de atajar aquellas alteraciones. Exhausto se hallaba el tesoro real con los vaivenes sufridos, y doña Berenguela hubo de vender para el pago y mantenimiento de las tropas sus joyas y vestidos mas preciosos. Madre é hijo salieron de Burgos para hacer frente á los rebeldes que se habian encastillado en Herrera, y como don Alvaro saliera de la villa con escasa gente para enterarse de la fuerza y disposiciones del ejército del rey, fué atacado y hecho prisionero por algunos caballeros castellanos. Este suceso puso fin á la campaña, y don Alvaro no alcanzó su libertad hasta empeñar su palabra de entregar al rey cuantas ciudades y fortalezas poseia, obligándose á hacer ejecutar lo propio por su hermano don Fernando.

En 1219 el rey de Leon, obedeciendo á las instancias de don Alvaro, que 1219 se habia retirado junto á él, hizo una nueva incursion á Castilla; los ejércitos de padre é hijo estaban á punto de empeñar la batalla, cuando por mediacion de algunos prelados y magnates concertaron Alfonso y Fernando una tregua, volviéndose cada uno á sus hogares. Esto causó á don Alvaro tanta pesadumbre, que abatido y sin esperanza de promover nuevos disturbios murió muy poco despues, reducido, dícese, á tan extremada pobreza, que no dejó con que pagar los gastos de su entierro (1). Su hermano don Fernando, privado de su apoyo, se refugió en Marruecos, donde falleció transcurrido algun tiempo, vistiendo el hábito de san Juan de Jerusalen como su hermano habia querido vestir el de Santiago. Este fué el fin de los condes de Lara, que tantas veces habian agitado el reino con sus elevadas pretensiones. La muerte de don Alvaro fué causa tambien de que Alfonso de Leon se reconciliara con su hijo y conviniera con él en prestarse mútuo apoyo en la guerra contra los Sarracenos.

En este mismo año (1219), predicóse en Castilla una cruzada contra los Musulmanes. Rodrigo, arzobispo de Toledo, legado apostólico para llevarla á efecto, púsose á la cabeza de los cruzados, y tomó á los infieles algunas é importantes plazas, al tiempo que Fernando, de edad entonces de veinte y dos años, casaba en Burgos con Beatriz, hija del emperador Felipe de Suavia, y prima hermana del emperador Federico II, de cuya hermosura y discrecion hace muy grandes elogios el arzobispo don Rodrigo. Mauricio, arzobispo de Burgos, y Pedro, abad de San Pedro, fueron los encargados de marchar á Alemania para solicitar la mano de la princesa, y despues de cuatro meses empleados en las indispensables negociaciones, pusiéronse en camino acompañando á Beatriz para regresar á España. A su paso por París, agasajólos espléndidamente el rey Felipe Augusto, y les

(1) Supliólos con cristiana piedad doña Berenguela, que envió tambien una tela de brocado para envolver el cadáver de su antiguo enemigo. El conde fué sepultado en Uclés.

A. de J. C. dió una escolta hasta la frontera española. Con brillante cortejo de obispos y de clérigos, de ricoshombres, de damas y caballeros, á cuya cabeza marchaba la reina doña Berenguela, recibió esta en Vitoria á la princesa alemana, y la acompañó hasta Burgos, en cuyas inmediaciones la esperaba el rey al frente de toda su nobleza. El dia 25 de noviembre hizo su entrada en la ciudad, y el 27 (tres dias antes de san Andrés), el obispo de Burgos celebró una misa solemne en la iglesia del real monasterio de las Huelgas. El prelado bendijo las armas con que el rey debia ser armado caballero; Fernando, como soberano, tomó él mismo del altar la gran espada de caballería y se la ciñó con sus propias manos; su madre por un acto de ternura ciñóle el cinturon de que pendia la espada menor que usaban ordinariamente los caballeros de la época, y tres dias despues, 30 de noviembre, fiesta de san Andrés, celebróse el matrimonio recibiendo los esposos la bendicion nupcial de manos del obispo Mauricio en presencia de los grandes y de casi todos los caballeros y principales ciudadanos del reino (1).

1221 El año 1221 fué notable en Castilla por el nacimiento del primer hijo de Fernando y Beatriz, nacido en Burgos el martes 23 de noviembre, dia de la fiesta de san Clemente, al cual se dió el glorioso nombre de Alfonso que ocho reyes castellanos habian llevado hasta entonces, y que él debia hacer mas ilustre aun con el sobrenombre de Sabio; y tambien por haberse comenzado en él uno de los monumentos mas magníficos del arte cristiano en la edad media, como fué la catedral de Burgos, cuya primera piedra colocaron en 20 de julio Fernando y Beatriz bajo la direccion religiosa del obispo Mauricio.

Nuevas turbulencias agitaban ya al reino castellano, que siempre era momentáneo y de corta duracion el reposo en aquellos tiempos de guerras y de constitucion social. Promoviólas esta vez don Rodrigo Diaz, señor de Cameros, que llamado á la corte para responder á los graves cargos que contra él se dirigian, negóse á entregar las fortalezas que tenia por el rey, hasta que al considerar la numerosa hueste que reunia Fernando para combatirle, dióse á partido mediante la suma de catorce mil maravedís de oro que le dió el monarca. Doña Berenguela no habia olvidado que don Rodrigo le prestara muy grandes servicios en la época de su regencia, y á su mediacion debióse principalmente el feliz término que para el magnate tuvo aquel asunto. Por aquel mismo tiempo Sancho Fernandez, descontento de Alfonso de Leon su hermano, concibió el proyecto de retirarse á Marruecos y cuarenta mil Españoles estaban dispuestos á seguirle, cuando la muerte del infante atajó este malhadado pensamiento.

Otra vez nos es preciso hablar aquí de los Laras, que de nuevo levantaron pendones contra su soberano; don Gonzalo, tercer hermano de don Alvaro, habia ido á reunirse con su hermano don Fernando, y desde Africa incitó al señor de Molina á rebelarse contra el rey; y era tal el poderío é influencia de aquella familia, que antes de llegar á las manos, Fernando consintió en entrar en pactos con ella y en celebrar la paz, y Mafalda, hija de Gonzalo, que habia regresado á España, casó durante este mismo año con Alfonso, hermano del rey de Castilla.

(1) El arzobispo don Rodrigo que nos dice que Beatriz era *nobilis, pulchra, composita, prudens, dulcissima*, la califica en su relacion de *Domicella*.

En 1222 reunió Fernando en Burgos las cortes de Castilla para que fuese reconocido como sucesor y heredero de la corona su hijo don Alfonso, nacido el año anterior. Con este motivo hizo bendecir su espada y su estandarte por el obispo de la ciudad y manifestó su designio de consagrarse sin tregua ni descanso á hacer la guerra á los Sarracenos. En este año hablan las crónicas de una campaña del rey de Leon contra los infieles, si bien parece haber desistido de su empresa por una suma de dinero. A. de J. C. 1222.

En 25 de marzo de 1223 murió Alfonso II, hijo de Sancho, tercer rey de Portugal. Por algunos malos tratos inferidos al arzobispo de Braga, Alfonso habia sido excomulgado y su reino puesto en entredicho, pero poco antes de su muerte habia sido absuelto de aquellas censuras. Sucedióle su hijo Sancho II que reinó hasta 1248, y que se apellidaba Capelo porque su madre, Urraca de Castilla, le habia hecho vestir en su niñez el hábito monástico por devocion. 1223.

Llega el año 1224, y podemos decir que aquí comienza la época gloriosa de Fernando III. 1224.

Sin perjuicio de explicar en un capítulo especial los acaecimientos ocurridos en la España musulmana despues de la muerte del vencido de las Navas, baste saber aquí que, como en la época de la caida de los Beni Omeyas, vióse nuevamente el imperio mahometano dividido en pequeñas fracciones, y que durante la horrible anarquía que produjeron querellas intestinas de sucesion, durante los sangrientos desórdenes que la ambicion del poder causaba tanto en las menores provincias como en la capital del imperio, fué cuando los Españoles, si no unidos, á lo menos en paz entre sí y fuertes con las pasadas victorias, empezaron el ataque general de las provincias musulmanas. San Fernando partió de Toledo en la primavera del año 1224, mientras que las compañías de Cuenca, Huete, Uclés y Alarcon habíanse arrojado en tropel por tierras de Valencia, de donde volvieron cargadas de despojos. Acompañado el monarca del arzobispo don Rodrigo de Toledo, de los maestres de las órdenes y de sus principales caballeros, transpuso Sierra Morena, y arrojóse desde luego, á lo que parece sin plan determinado, á través de la Andalucía central, asolando los campos y demoliendo muchas fortalezas despues de hacerlas experimentar los horrores de la guerra. Los paises atacados no podian esperar socorros de Africa ni asistencia de sus vecinos; cada provincia se hallaba reducida á sus propias fuerzas, y el walí de Baeza Muhamad, expuesto mas especialmente á los ataques de los cristianos, tomó el partido de la sumision. Ofreció al rey de Castilla la soberanía de sus estados con la cuarta parte de las rentas y la asistencia de sus tropas, y para garantizar aquel convenio le entregó, además de algunos rehenes, la ciudad de Andujar. Ajustado el pacto en Guadalimar, pasó adelante la hueste castellana; tomó por fuerza de armas á Quesada, hizo lo mismo con una fortaleza de Sierra de Víboras, desmanteló otros varios pueblos y volvió á sus hogares cargada de botin, obligada á ello por el rigor de la estacion. A su regreso á Toledo encontró Fernando en aquella ciudad á Juan de Brienne, rey de Jerusalen y emperador de Constantinopla, que habia venido á España en demanda de auxilio y á cumplir el voto que hiciera de ir en peregrinacion al sepulcro del apóstol Santiago. Agasajado espléndidamente, dirigióse luego á Galicia, y á su vuelta y al pasar por Burgos casó con Berenguela, hija de Alfonso de

A. de J. C. Leon y de Berenguela de Castilla, y hermana por consiguiente de Fernando. Es-
1225.—1226. te continuó en 1225 y 1226 sus triunfantes algaras por Andalucía, mientras que su padre el rey de Leon corria la Extremadura, talaba los campos de Cáceres, avanzaba por aquel lado hasta cerca de Sevilla, batia allí á los infieles en union con los Castellanos, y regresaba por Badajoz destruyendo fortalezas enemigas. Fernando se apoderó de varias plazas en la vertiente de los puertos de Muradal, entre otras de la torre de Albrit (quizás Castellar), de San Estéban del Puerto, de Isnatorafe, de Chiclana, etc.

1227. En la siguiente campaña, pues el monarca, luego de pasar el invierno en Toledo hacia cada año una entrada en Andalucía, se apoderó Fernando de Burgalimar, de Salvatierra, de Capilla y de toda la provincia de Baeza, debiendo Muhamad retirarse á Córdoba, que le estaba tambien sometida. El dia de san Andrés brilló la cruz en las almenas de Baeza y en celebridad del dia se puso en las banderas el aspa del santo. Los campeadores cristianos llegaron hasta las puertas de Jaen, y movidos á espanto los Musulmanes que aquella ciudad defendian, procuraron desarmar á Fernando por medio de cierto Castellano que entre ellos militaba, llamado Alvar Perez de Castro, ofreciéndose á entregarle cuantos cautivos cristianos tenian en sus cárceles. Aceptó el santo rey la tregua, y mil trecientos infelices que gemian en las Torres Bermejas recobraron el goce de su libertad. Cáceres rindióse tambien por aquel tiempo á las armas leonesas, y á ejemplo de ambos monarcas, Sancho II de Portugal precipitóse tambien contra las tierras musulmanas y tomó á Duromeña, Elvas y otras plazas. ¡Magnífico espectáculo! Vencida la morisma en Castilla, en Leon, en Portugal, y tambien en Aragon, como á su tiempo veremos; ensanchadas cada dia mas y mas las fronteras de la patria; cada año campañas y cada campaña victorias; y en medio de todo esto, hermanando el
1228. santo rey la piedad y la magnificencia con la actividad en las conquistas, pone la primera piedra de la catedral de Toledo tal como en el dia existe, de aquella magnífica obra que, segun el escritor de las memorias del santo rey, celebramos hoy con las plumas y admiramos con los ojos (1).

La conquista de las tierras musulmanas por las dos coronas de Aragon y de Castilla realízase en adelante con un ardor, con una actividad y con tan excelentes resultados que no es posible ya la duda acerca del porvenir de la península: la España pertenecerá á los cristianos. El rey de Leon expulsó á los Arabes
1230. de Mérida y Montanches en 1230, y en este mismo año su hijo Fernando entró en Andalucía, redujo al Sevillano á la necesidad de pagarle tributo, asoló los campos de Jaen, y puso cerco á la ciudad. En él estaba ocupado cuando por cartas de su madre doña Berenguela supo la muerte de su padre Alfonso IX de Leon que, al dirirgirse á Santiago de Compostela para dar gracias al glorioso apóstol por su gran triunfo de Mérida, fué acometido en Villanueva de Sarria de una aguda enfermedad que le ocasionó la muerte en 24 de setiembre. Las crónicas de la época nos representan á este monarca como gran amante de la justicia y aborrecedor de los vicios; para quitar la ocasion al soborno y al cohe-

(1) Hasta entonces los cristianos se habian servido de la aljama de Toledo, purificada y erigida en templo cristiano. El arzobispo don Rodrigo contribuyó á la obra de la nueva iglesia, segun él mismo nos lo manifiesta en su crónica.

cho asalarió á los jueces, y pareciéndole blandas y suaves las penas con que eran castigados los criminales, añadió á las terribles de decalvacion y ceguera del código de los Visigodos, otras mas atroces aun, como las de sumergir á los reos en el mar, precipitarlos de las torres, quemarlos, cocerlos en calderas y hasta desollarlos. Alfonso IX, último rey de Leon, fué sepultado en la iglesia metropolitana de Compostela junto al lugar donde descansaba su padre Fernando II.

Alfonso instituyó en herederas de su corona á sus hijas Sancha y Dulcia, nacidas de su invalidado matrimonio con doña Teresa de Portugal, y esto que la generalidad de autores atribuyen á desamor y resentimiento hácia su hijo don Fernando hasta mas allá de la tumba, para cuyos sentimientos no encuentra la historia causa ni motivo alguno, se explica mejor mirándolo como efecto de las ideas del difunto rey de Leon, que eran entonces las dominantes de la época. Amantes los Leoneses de su independencia y recelosos sobre todo de la preponderancia que en toda la parte occidental de España habia tomado Castilla, natural era que temiesen la pérdida de aquella y su completa absorcion por el pueblo castellano á ceñir su corona el monarca que ceñia ya la de Castilla. Por esto, á pesar de haber sido Fernando jurado en Leon heredero del trono á poco de su nacimiento y reconocido como tal por los prelados y barones del reino, no quiso Alfonso que á sus disposiciones se debiera la extincion de la monarquía leonesa. Y este es el carácter singular que presenta la unificacion de nuestra península: á pesar de los reyes que no la quieren, á pesar de los pueblos que en su mayoría la rechazan, España llega á alcanzar la unidad. Leon deja de formar una nacion separada; sucede lo propio á Navarra; Cataluña y Aragon pierden su codiciada independencia; Portugal es incorporado tambien por algun tiempo á la corona de Castilla, y ¡cosa singular, que demuestra que la unidad española entraba en los designios de la Providencia para el cumplimiento de los destinos á que estaba llamada esta parte de la humanidad! verificáronse estos hechos, como tendremos ocasion de ver y vemos ahora en Leon, contra la voluntad de reyes, de magnates y de pueblos.

La infanta Dulcia, educada cerca de Sancho de Portugal, su abuelo, habia vuelto á Leon luego de acaecido el fallecimiento de este; y su hermana mayor doña Sancha, que habia residido mucho tiempo en Castilla, encontrábase igualmente en Leon al ocurrir la muerte de su padre, y en muchos actos de los últimos años de su vida manifestó Alfonso su intencion de declararlas herederas.

La noticia de la muerte de Alfonso y la de que las tropas castellanas habian invadido ya las fronteras leonesas, dividieron al reino en dos fracciones casi igualmente poderosas. Las ciudades de Leon, Astorga, Oviedo, Lugo, Mondoñedo y Coria con sus obispos se declararon por san Fernando; Compostela, Tuy y Zamora por las infantas doña Dulcia y doña Sancha, cuya causa habia abrazado casi toda la nobleza gallega y asturiana, y los caballeros de Santiago, fundándose los partidarios del rey de Castilla en el juramento qne le habia el reino prestado de reconocerle como heredero del trono, y los parciales de las infantas en el testamento de Alfonso y en la obligacion que se habian impuesto de cumplirlo y hacerlo cumplir. El conde don Diego Diaz entró á mano armada en la iglesia de san Isidoro de Leon y se apoderó de ella en nombre de las infantas, mientras que el obispo y otros caballeros guarnecieron de tropas la catedral á los gritos de *¡Viva*

Fernando! Todo era desórden, cuando san Isidoro, dice el piadoso escritor Ferreras, protegiendo los justos derechos del santo rey de Castilla, logró de Dios que el conde don Diego Diaz fuese castigado por su atrevida empresa. Agobiado de pronto de extraordinarias dolencias, el conde se prosternó humildemente ante el cuerpo del santo apóstol y abandonó la parcialidad de las infantas, quedando con ello toda la ciudad de Leon sumisa y obediente á Fernando.

El correo enviado por Berenguela á Fernando instándole á que, abandonándolo todo, se apresurase á ir á tomar posesion del reino leonés, encontróle en Daral Fecia, y al momento partió para reunirse con la reina su madre, que por su parte habia salido á recibirle hasta Orgaz. Desde este punto madre é hijo tomaron el camino de Toledo, y no juzgando prudente detenerse allí, prosiguieron por Avila, Medina del Campo, Tordesillas, Villálar y Magan, cuyo gobernador les entregó el castillo. Fernando pasó luego á Villar de Frades donde recibió á los diputados que le enviaban los moradores de Toro para rogarle que tomara posesion de su ciudad; hízolo así, y despues de haber sido recibido en Toro con grandes aclamaciones, tomó el camino de la capital, pasando por Villalon, Mayorga y Mansilla.

Al saber su llegada, los prelados magnates y ciudadanos que se habian declarado en su favor acudieron á recibirle y formáronle entusiasta acompañamiento. Llegado á Leon junto con su madre, su esposa y sus hijos, dirigióse procesionalmente á la iglesia catedral y allí fué proclamado entre cánticos y aclamaciones generales, luego de haber jurado respetar y mantener los derechos y privilegios del reino. Desde aquel momento Fernando fué llamado rey de Castilla y de Leon, y en su frente se reunieron para no separarse ya las dos coronas (1).

Esto no obstante, para llevar la cuestion á buen fin eran necesarias algunas negociaciones entre Fernando y sus hermanas paternas, y Berenguela se encargó de reducir á estas y de transigir tan opuestas pretensiones. Para ello propuso una entrevista á Teresa, madre de las infantas, que vivia entonces retirada en el monasterio de Lorvao en Portugal, y aceptada la propuesta y señalado el lugar que fué Valencia de Alcántara, Teresa y Berenguela, ambas viudas del difunto rey de Leon, dirigiéronse á él llegada la época prescrita. Berenguela expuso los derechos de Fernando su hijo con el celo y energía que sabia poner en todas las cosas. Fernando, segun ella, tenia incontestables derechos á la corona de su padre, primeramente en calidad de varon, y en seguida por haber sido declarado sucesor de Alfonso desde su mas tierna edad, al efectuarse la separacion de los consortes; manifestó que el difunto rey al desheredar á su hijo habia cometido una suprema injusticia, y tanto y tanto alegó y tantas razones adujo, que los prelados y hombres distinguidos que acompañaban á Teresa acabaron por convencerse y aconsejar á la que tenian por soberana que desistiera de los pretendidos derechos de sus hijas. Y en efecto, el derecho estaba todo por Fernando, quien, agradecido sin embargo al desistimiento de sus hermanas, les señaló una renta de quince mil doblas de oro á cada una. Celebrado este convenio, el rey se dirigió á Valencia de Alcántara y desde allí, dice don Rodrigo de Toledo, marchamos todos á Benavente, donde se hallaban tambien las hijas de doña Teresa

(1) Roder. Tolet., l. IX c. 15.

y donde el rey, de acuerdo con su madre, señaló á sus hermanas la renta vitalicia de que hemos hablado (11 de diciembre de 1230) (1). A. de J. C.

Con la cooperacion de los obispos, Fernando se apoderó sucesivamente *sine effusione sanguinis* de las ciudades y villas que en un principio se negaron á reconocerle. Algunos nobles gallegos, harto comprometidos por la causa de las infantas, no se fiaron, empero, en su generosidad y emigraron; de este número fué cierto Lorenzo Suarez que pasó al servicio del emir Aben Hud, y de él se hace mencion en las crónicas arábigas bajo el nombre de Suar. Durante todo el año 1231 estuvo ocupado Fernando en estos asuntos sin poder salir á su ordi- 1231
naria campaña contra los infieles, y á solicitud suya, el papa Gregorio IX confirmó los pactos celebrados entre él y la reina doña Teresa en una carta muy afectuosa para el rey y su familia y los Españoles todos.

Las ciudades de Zamora, Salamanca, Ledesma, Ciudad Rodrigo y Alba fueron las últimas en someterse al rey, y su sumision se debió principalmente á las persuasivas palabras del arzobispo don Rodrigo. Como para recompensarle de sus esfuerzos, Fernando dió á su iglesia la villa de Caseata (Quesada) con la condicion de que el arzobispo la conquistara de los Moros que últimamente la habian recobrado y hecho renacer de sus ruinas. Don Rodrigo, tan ilustre en las armas como en las letras, marchó contra aquella villa á la cabeza de muchos 1232
hombres de armas, y vencedor de los Sarracenos que la ocupaban, hízola fortificar, puso en ella guarnicion, y pasando adelante llegó á Cazorla, que redujo tambien á la obediencia del rey de Castilla (2).

Aun no habia vuelto el arzobispo de su campaña, cuando por órden del rey 1233
salió tambien contra los infieles el infante don Alfonso su hermano, acompañado del castellano Alvar Perez de Castro, el mismo á quien hemos visto servir antes á los Moros en la ciudad de Jaen. El infante y don Rodrigo reunieron sus tropas, y aprovechando el profundo estado de descomposicion en que se hallaba el imperio musulman, penetraron sin hallar quien les estorbase el paso hasta tierras de Sevilla y de Jerez. El noble rey Aben Hud, dice la crónica musulmana, se dolia mucho de estos males que sus pueblos padecian, y olvidando las ventajas que conseguia su nuevo rival en tierra de Granada, preparó sus gentes para salir contra los cristianos, apellidó la tierra, y allegó muy poderosa hueste de á pié y de á caballo, que cubria su muchedumbre montes y llanos. Con ella partió Aben Hud en busca de los enemigos de Alá, que estaban acampados en las riberas del célebre Guadalete cerca de Jerez, y allí tenian sus ricas presas de cautivos y ganados (3). Empeñada allí mismo la batalla, la sangre musulmana enturbió entonces las aguas del mismo rio que se tiñera quinientos años antes con la sangre de los Godos; á pesar de su número y de la confianza que en la victoria les animaba, los Muslimes no pudieron resistir al choque de los Castellanos, y muchos

(1) Roder. Tolet. l. c.

(2) Este fué el principio del *Adelantamiento* de Cazorla de que gozaron por mucho tiempo los prelados de Toledo.—Fernando, segun algunos, y su padre Alfonso IX, segun otros, fué quien instituyó la nueva dignidad de *Adelantado*, que, segun la ley de Partida, *tanto quiere decir como home metido adelante en algun fecho señalado por mandado del rey*. Los adelantados reemplazaron á los condes y fueron en tiempo de paz los presidentes ó justicias mayores de una provincia ó distrito y en época de guerra como los gobernadores militares.

(3) Conde, P. 4.ª, c. III.

A. de J. C. perecieron alanceados por aquellos olivares. Las crónicas y leyendas refieren mil hazañosos hechos de los caudillos Alvar Perez y García Perez de Vargas, que dió muerte al emir de los Gazules, que desde Africa habia venido en auxilio de Aben Hud. Allí fué donde ganó su nombre de *Machuca* el famoso toledano Diego Perez de Vargas, hermano de García, de quien cuenta la crónica que, despues de haber inutilizado y roto matando moros su lanza y su espada, desgajó una rama de un olivo y con ella empezó á herir á una y á otra parte, á diestro y á siniestro, sirviéndose de ella como de una maza. Alcanzóse esta victoria en setiembre ú octubre del año 1233, y la hueste triunfadora, cargada de despojos, encaminóse á Palencia, donde se encontraba el soberano.

1234. En el siguiente año (1234), Fernando puso sitio á Ubeda, plaza fuerte que contaba con numerosa guarnicion y abundantes provisiones. Sin embargo, tan estrechamente la cercó y tantos combates dió á sus muros, que los sitiados solicitaron en breve capitular, y entregaron la ciudad con la única condicion de salvar la vida. Los pendones castellanos tremolaron en Ubeda el viernes 29 de setiembre, dia de San Miguel, y por esto la ciudad tomó por armas la imágen del Arcángel. El santo rey otorgó á los nuevos moradores el fuero de Cuenca, por haber sido los de esta ciudad los que principalmente la poblaron.

1235 Tomada Ubeda, Fernando regresó á Toledo. En el siguiente año (1235) no vemos que hiciera la guerra á los Musulmanes, sin duda á causa de la muerte de doña Beatriz, acaecida en Toro en 5 de noviembre, y tambien por exigir su atencion el gobierno político del estado y especialmente del reino de Leon. En efecto, vémosle por aquel tiempo ampliar, otorgar ó modificar los fueros de Badajoz, Cáceres y Castrojeriz y dictar otras providencias de administracion interior. Por otra parte, quizás tampoco fué extraña á la inaccion del Castellano la elevacion de un príncipe extranjero á las puertas de Castilla. Expliquemos este acaecimiento.

Sancho VI el Fuerte, rey de Navarra, habia muerto el dia 9 de abril del mismo año en que Fernando conquistara á Ubeda. Su hermana Blanca ó Sancha, hija de Sancho V el Sabio, habia casado con Teobaldo III, undécimo conde de Champaña y de Brie, quien, habiendo tomado la cruz en 1199, murió en 1200 segun unos, y en 1201 segun otros, cuando se disponia á partir para la Tierra Santa, dejando en cinta á su esposa. Esta dió á luz un hijo, llamado Teobaldo como su padre, y apellidado el Póstumo, el Grande y tambien el Trovador, que empezó á reinar luego despues de su nacimiento bajo la tutela de su madre, siendo el duodécimo conde de Champaña. Por aquella era sobrino del rey de Navarra que acababa de morir y tenia incontestables derechos á su sucesion, así fué que, á pesar de la momentánea oposicion del rey Jaime I de Aragon por las causas que luego explicaremos, Teobaldo fué proclamado rey el dia 8 de mayo de 1234 en la ciudad de Pamplona, que fué en adelante la residencia de la nueva dinastía. Teobaldo de Champaña vendió aquel mismo año á san Luis el señorío de los condados de Blois, Chartres y Sancerre, reservándose únicamente Champaña y Navarra, que gobernó desde aquel momento como digno émulo de sus contemporáneos san Fernando y don Jaime de Aragon.

Desde el sitio de Ubeda no habia vuelto Fernando á Andalucía, cuando
1236 en 1236 fué llamado á ella por una circunstancia extraordinaria que puso en sus

manos la real ciudad de Córdoba. Don Rodrigo de Toledo refiere el suceso del modo siguiente:

Algunos Sarracenos ofendidos por los principales de la ciudad fueron al encuentro de los guerreros que el rey dejara mas allá de los puertos de Sierra Morena para la custodia de las plazas sometidas á su dominacion, y les ofrecieron espontáneamente su persona y el barrio oriental de la ciudad (Axarquia). Aquellos guerreros á quienes los Arabes daban el nombre de Almogavares, oyeron sus palabras con alborozo, y aun cuando no tuvieron gran confianza en el éxito de la empresa, resolvieron intentarla, por mucho que fuera el peligro que en ella se corria. En su consecuencia, aprovechando el silencio de la noche, llegaron hasta el muro de la parte oriental de Córdoba, hallaron á los centinelas dormidos y mudos, aplicaron sus escalas al adarve, y una vez estuvieron en él sin haber encontrado obstáculo alguno, ocuparon varias torres despues de dar muerte á sus defensores, é invadieron el recinto llamado Axarquia, esto es el barrio oriental, no sin matar á muchos de sus moradores. La audacia de los Castellanos llegó hasta el punto de que una compañía mandada por Domingo Muñoz penetró por sorpresa en las calles y las recorrió á caballo, si bien tuvo que retroceder hasta el barrio ocupado por los suyos, á causa de la lluvia de saetas que sobre ella caia (1).

A la hora del alba, dice la crónica de Conde, se entendió en la ciudad aquella sorpresa y acudieron los mas esforzados á combatir la torre; pero era tan fuerte y estaba tan bien defendida, que todos sus esfuerzos fueron vanos (2). Apurada era sin embargo la situacion de los cristianos á no llegarles pronto refuerzos, y por esto es que se apresuraron á enviar un correo á las tropas fronterizas que mandaba en Andujar el caudillo Ordoño Alvarez. Este, con Alvar Perez de Castro, acudió al momento con gente de Extremadura y de Castilla, despues de haber despachado á su vez un correo al monarca, instándole para que sin pérdida de momento se pusiera en marcha con suficientes tropas para apoderarse definitivamente de la plaza. El mensagero anunció la buena noticia por todos los puntos de su tránsito, y numerosos voluntarios empuñaron las armas y se dirigieron á Córdoba en auxilio de sus hermanos. Hallábase el rey en Benavente é iba á sentarse á la mesa, y apenas hubo leido las cartas que le traia el enviado y hubo oido de sus labios la relacion del suceso, sin darse apenas tiempo para tomar algun alimento y expedir las órdenes necesarias para la reunion y marcha de su hueste, montó á caballo y á la cabeza de unos cien caballeros tomó el camino de Córdoba, oponiendo sérios obstáculos á su impaciencia las lluvias é inundaciones que en aquella estacion habian sucedido. Por esto hubo de encaminarse por Ciudad Rodrigo, Alcántara, Medellin, Magacella, Bienquerencia, Dos Hermanas y Guadaljacar, sentando sus reales en el puente de Alcolea, para interceptar los auxilios que pudiese recibir la plaza. En su camino su reducido ejército se habia aumentado con algunas fuerzas, pero estas distaban mucho de ser bastantes para el objeto que se proponia. Las comunidades, los barones y los grandes maestres de las órdenes militares, por mucho que fuera su celo, no habian podido reunir sus tro-

(1) Roder. Tolet., l. IX, c. 16.
(2) Conde, P. 4.ª, c. III.

pas tan pronto como habrian deseado: la mala estacion, los malos caminos y las contínuas lluvias retardaban la marcha de los bagages; pero, vencidos estos obstáculos, en breve acudieron al campamento del rey numerosas compañías de á pié y de á caballo, municiones, carros, máquinas de guerra, y lo que en aquellos tiempos acompañaba siempre á los grandes ejércitos, esto es inmensas boyadas y rebaños de carneros.

Aben Hud á la cabeza de los suyos se habia dirigido á Ecija para auxiliar á los Musulmanes de Córdoba, y á pesar de cuanto le habian escrito los Cordobeses sobre las escasas fuerzas de los cristianos, no podia creer en Fernando tanto arrojo ó temeridad. Conservaba en la memoria el recuerdo de las dos batallas que en los años anteriores perdiera en Mérida y en Guadalete, y no se habia recobrado todavía del estupor en que le sumiera su mala fortuna. No se atrevió, pues, á atacar el campamento cristiano, y á fin de saber exactamente el número y disposicion de sus fuerzas fióse para que de ello le informara del gallego Lorenzo Suarez, que se hallaba á su servicio con algunos vasallos suyos desde que saliera de los estados de Fernando cuando el convenio de este con sus hermanas las infantas de Leon. Suarez partió con otros tres cristianos como espías, pero, desleal á su nuevo señor, presentóse á Fernando, y de acuerdo con este, que le volvió á su gracia, regresó al campamento árabe ponderando á Aben Hud el gran poder de la hueste de Castilla y añadiendo que tendria por temeridad grande intentar cosa alguna contra el ejército de Fernando. Dió el caudillo musulman entero asentimiento á la relacion de Suarez, y como al propio tiempo recibió un mensage de Aben Zeyan, rey de Valencia, y solicitando su auxilio contra las armas cada dia mas audaces de don Jaime de Aragon, prometiendo si se lo daba declararse su vasallo, Aben Hud resolvió levantar el campo y marchar en socorro del Valenciano, ya le obligase á ello el desaliento de sus tropas, ya confiase en la fortaleza de Córdoba que no podrian vencer los cristianos, ya en fin siguiese, segun la crónica musulmana, el impulso irresistible de la fatalidad que estaba grabada en tablas de diamante por la mano de la eterna providencia.

Estos sucesos ocuparon á cristianos y árabes durante los primeros meses del año 1236. La Axarquia, tomada en 6 de febrero de este año, continuaba en poder de los cristianos, pero Córdoba se resistia valerosamente á sus ataques, é incesantemente se daban recios y sangrientos combates. Reforzado por las compañías que cada dia llegaban á su campamento, Fernando pudo por fin dar nueva actividad á los trabajos del sitio, pero hasta llegado el mes de junio no contó con fuerzas bastantes para llevar la empresa á buen fin. Hambrientos, atacados por todas partes y sin esperanza de ser socorridos, los Cordobeses pidieron por fin capitulacion; Fernando consintió únicamente en concederles la vida, la libertad de ir á donde quisieren y la facultad de conservar los bienes que pudieren llevar consigo, y el dia 29 de junio, fiesta de los bienaventurados apóstoles san Pedro y san Pablo, evacuaron la ciudad, en cuyos muros se clavaron los pendones de Castilla. Juan, obispo de Osma y canciller del rey (1), y los obispos Gonzalo de Cuenca,

---

(1) El oficio de *canciller mayor* de Castilla que ejercia el obispo de Osma á nombre de don Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, lo ejercieron desde entonces por mucho tiempo los prelados toledanos. Las atribuciones del canciller eran, segun la ley de Partida, *ver antes que las sellen todas las cosas que él ha de librar por cartas*, *de cualquier manera que sean*, *para guardar que no sean dadas*

Domingo de Baeza, Adam de Plasencia y Sancho de Coria tomaron posesion de la gran mezquita de Córdoba, que sobrepujaba, segun expresion de don Rodrigo, por la grandeza y magnificencia á todas las demás mezquitas de los Arabes, y plantaron en ella la cruz salvadora. El obispo Juan, que representaba al arzobispo primado de Toledo, que entonces se encontraba en Roma, celebró en ella la primera misa despues de purificarla y de erigir un altar en honor de la Vírgen María. Así se perdió la principal ciudad de Andalucía, exclaman las crónicas árabes; los tristes Muslimes salieron de Córdoba (¡restitúyala Dios!) y se acogieron á otras ciudades de Andalucía, y los cristianos se repartieron sus casas y heredades (1).

A peticion del obispo de Osma el rey dotó á la nueva iglesia, y lo mismo hizo el arzobispo don Rodrigo á su regreso de Roma, dándole, además de algunas rentas, la villa de Lucena en toda propiedad. Fray Lope, monge de Fitero, fué el primer obispo de la recien conquistada iglesia; y eran tales la abundancia, amenidad y fertilidad del terreno, segun las mismas expresiones del docto prelado, que á la voz del pregonero llamando á los moradores de todos los puntos de España á poblar la gran ciudad desierta de sus antiguos habitantes, muchos, abandonando su casa nativa, acudian á ella como á bodas reales, de modo que se llenó en poco tiempo de ciudadanos, hasta el punto que, para hablar como Rodrigo, no eran los habitantes los que faltaban á las casas, sino las casas á los habitantes (2). La toma de posesion de la tierra y de los edificios, de los cuales la conquista acababa de despojar á los Musulmanes, fué total y completa, é hízose su distribucion entre el rey, los obispos, los señores y los nuevos colonos. En la gran mezquita se hallaron las campanas de la iglesia de Santiago, de que se apoderara Almanzor en la calamitosa época de la humillacion del poderío cristiano, y que desde entonces sirvieron de lámparas suspendidas en las bóvedas de la aljama; Fernando hizo que fueran devueltas á la iglesia de Compostela, y, segun una tradicion que no confirma de un modo muy explícito el relato de Rodrigo, quiso que cautivos musulmanes las trasladasen en hombros desde Córdoba á Compostela en represalias de haber hecho Almanzor que las llevasen cautivos cristianos desde Compostela á Córdoba.

La toma de Córdoba hizo á los cristianos dueños de todas las plazas que dependian de su territorio: Almodovar, Astapa y la misma Ecija, apenas distante tres jornadas de Sevilla, se rindieron á los destacamentos del ejército español, y don Fernando, despues de conceder varios fueros y privilegios á los nuevos pobladores de los lugares conquistados y de nombrar á don Alvar Perez de Castro para la custodia de aquella frontera y á don Alfonso Tellez de Meneses para el gobierno de Córdoba, se volvió á Castilla á fines de setiembre. Desde aquel momento añadió á los títulos que ya llevaba de rey de Castilla y de Leon, los de rey de Córdoba y Baeza.

La conquista de Córdoba por San Fernando fué en su reinado lo que habia sido la de Toledo en el de Alfonso VI. La cristiandad entera participó del regocijo

---

contra derecho. De ahí y del verbo latin *cancellare*, romper, cancelar, tomó orígen el nombre de canciller. Atribúyese la creacion de esta dignidad al emperador Alfonso VII.

(1) Conde, P. 4.ª, c. IV.

(2) Roder. Tolet., l. IX, c. 7.

A. de J. C. de los Españoles, y el papa Gregorio IX en una bula *ad hoc* felicitó con elevadas expresiones de alborozo al rey y á las tropas que habian arrancado del yugo mahometano la patria del eminente Osio y del confesor Eulogio, la católica Córdoba. En muestra de gratitud al santo rey, el Pontífice le otorgó por tres años sobre los bienes eclesiásticos de sus estados un subsidio de veinte mil doblas de oro para la continuacion de la guerra contra los infieles (1).

En aquella época, tan fatal para la media luna, varía completamente, como á su tiempo veremos, el aspecto de la España musulmana. Muerto Aben Hud, quien reinara sobre ella casi solo, fórmanse en Andalucía diversos estados: Muhamad ben Ali Aben Hud, llamado por nuestras crónicas Aben Hudiel, es aclamado emir en Murcia, y Muhamad ben Alhamar lo es en Arjona, Jaen, Granada, Huescar, Málaga, Guadix y en todo el país que formó despues el reino de Granada, que aparece en el horizonte político é histórico de la Península en el mismo momento en que Córdoba desaparece de él. La toma de Córdoba coincide con la formacion del nuevo reino que despues de la toma sucesiva de Valencia, Murcia y Sevilla que nos toca referir todavía, ocupará solo la escena frente á frente con los dos grandes reinos de Castilla y de Aragon, por los cuales Granada será alternativamente atacada hasta que al fin caerá bajo sus repetidos y combinados golpes.

Hemos visto á Fernando, viudo de su primera esposa Beatriz de Suavia á fines del año 1235, ocupado completamente el siguiente año en la campaña de Andalucía, y al regresar de esta, temerosa su madre doña Berenguela «de que no estragase el rey con deleites deshonestos el vigor de su edad en que estaba, dado que al juicio de todos no habia persona ni mas santa ni mas honesta que él (2),» pensó en hacerle contraer nuevo matrimonio, y á este fin solicitó para él la mano de una noble dama francesa llamada Juana, hija de Simon conde de Ponthieu y biznieta de Luis VII rey de Francia. Por ella pasó el nombre de Juana á la casa real de España, y el matrimonio se celebró con gran pompa en
1237 Burgos en el año 1237. La nueva reina, dice el arzobispo cronista, que termina su historia con esta noticia, era de tan notable belleza y de tan gran modestia, que no solo poseia todas las gracias á los ojos de su esposo, sino tambien á los de Dios y de los demás hombres. La dicha doña Juana, segun el rey Sabio, *fué recibida del rey á la costumbre de los reyes, et fechas sus bodas muy honradas. Et fué alzada del rey por reina ante toda la corte, et otorgáronlo todos. Mas diz, que fué grande de cuerpo, et fermosa además, et guisada en todas buenas costumbres, et por tal se probó ante todos los omes buenos que la conoscen* (3).

Las violencias inseparables de la conquista, las talas y devastaciones, la falta de cultivo y tambien la aglomeracion de moradores en Córdoba y su territorio fueron causa de que, á pesar de la natural fecundidad de aquella tierra, se experimentase en aquella ciudad y su comarca escasez suma y hasta hambre, debiendo Alvar Perez de acudir personalmente al rey para manifestarle la angustiosa situacion de los cristianos. No los desamparó Fernando, y ade–

---

(1) Bulario de Raynaldi, n. LX.
(2) Mariana, Hist. de Esp., l. XIII c. I.
(3) Crón. Gener., fol. 411.

más de dictar varias disposiciones para que se enviasen allá desde Castilla toda clase de mantenimientos, abrió su tesoro y procuró con dádivas y larguezas remediar el daño. En uno de los viages que Alvar Perez hizo á Castilla á causa de estos acaecimientos, dejó á su esposa en el castillo de Martos, llave de toda aquella comarca de Andalucía, con solos cuarenta caballeros capitaneados por don Tello su sobrino. Este, jóven y esforzado, salió con los suyos á correr la tierra dejando la plaza abandonada, de lo cual se aprovechó Alhamar de Arjona para ponerse sobre ella con toda su gente. La castellana y sus damas probaron entonces no haberse extinguido aun en el pecho de las mugeres españolas el valor y resolucion que en los pasados tiempos inmortalizaron esta tierra, y trocando la toca por el yelmo y la rueca por la lanza, subieron al muro decididas á resistir los ataques de los infieles, mientras que enviaban un secreto mensage á don Tello para que las librara de tan apurado trance. Varios asaltos se habian dado á la fortaleza y todos sin fruto, cuando llegaron cerca del campamento sitiador don Tello y sus caballeros con algunas fuerzas en su camino reclutadas. Al ver el gran número de Moros que á su paso se oponian hubo algunos que pensaron en desistir de la empresa, pero don Diego Perez de Vargas, el llamado Machuca, que entre ellos se encontraba, inspiró á todos decision y aliento, y aunque con pérdida de algunos hombres, logró aquel refuerzo penetrar en la fortaleza, librando así de un triste fin á sus esforzadas defensoras. Alhamar, conven- 1238
cido de la imposibilidad de tomarla, levantó el cerco transcurrido algun tiempo.

A. de J. C.

La muerte de Alvar Perez acaecida por aquel entonces en Orgaz de vuel- 1239.
ta de una conferencia que habia tenido con el rey en Toledo, obligó á Fernando á partir para Córdoba, llevando consigo á sus dos hijos don Alfonso y don Fernando, mozos de excelentes naturales y de edad á propósito para tomar las armas. En las correrías que entonces hizo por la tierra ganó, unas por fuerza de armas, otras dándosele á partido, las ciudades y villas de Moratilla, Montora, Cazalla, Osuna, Zafra, Marchena, Aguilar, Porcuna, Corte, Moron y algunas otras; dió la fortaleza de Martos á los caballeros de Calatrava, y en seguida regresó á Castilla, llamado por la rebelion de don Diego Lopez, señor Vizcaya, que terminó poco despues poniéndose el magnate á merced de su soberano.

En el año 1240, no sabemos de Fernando otra cosa notable sino la dispo- 1240.
sicion que tan fecunda habia de ser para las letras españolas, trasladando ó incorporando la universidad de Palencia á la escuela de Salamanca, fundada en 1223 por su padre Alfonso IX de Leon. Así vemos aparecer paulatinamente en esa edad media, tan rica en grandes instituciones, casi todas aquellas que han dado á la sociedad europea su fisonomía especial, y que son todavía su mayor título de gloria. Una enfermedad que por aquel entonces aquejó al santo rey (1241) privóle de continuar sus expediciones por Andalucía y le retuvo por al- 1241.
gun tiempo en Burgos. En tanto el obispo de Coria, Santiago Sarmiento, con tropas levantadas á sus costas, segun uso de los ricoshombres *de pendon y caldera* (1), arrebataba á los musulmanes Zalamea, Llerena y algunos otros lugares al norte de Sierra Morena hasta las riberas del Guadalmena, y el infante

(1) Ricoshombres de pendon y caldera, es decir que podian tener hombres bajo su pendones y mantenerlos á sus expensas.

A. de J. C. don Alfonso mantenia frontera en Andalucía por encargo de su padre.

En este tiempo, dicen las crónicas musulmanas, los de Murcia andaban divididos en bandos y parcialidades; los alcaides estaban apoderados de las ciudades y fortalezas, y disputaban cada dia los términos de sus *amelias* con grave daño de los pueblos, que no sacaban de sus contiendas sino muertes y desolacion, de suerte que todos vivian fatigados y estaban descontentos de aquella desavenencia. De todos los jefes musulmanes, Alhamar de Granada era entonces el único que conservaba algun poder y dignidad, y mientras san Fernando dejaba descansar por un momento sus armas victoriosas, sitió estrechamente en Murcia á Muhamad, hijo de Aben Hud, quien, próximo á caer en manos del rival de su padre, hostigado por los Aragoneses, desobedecido por los suyos, prestó homenage al rey de Castilla y le instó para que fuese á tomar posesion de sus estados. El infante don Alfonso fué quien recibió sus embajadores, y concertando con ellos las condiciones del vasallage que le ofrecian, firmaron sus cartas de avenencia en Alcaraz en nombre de dicho rey de Murcia los alcaides de Alicante, Elche, Orihuela, Alhama, Aledo, Aceca y Chinchilla, negándose á venir en este concierto el walí de Lorca y sus parciales los alcaides de Mula y de Cartagena. El infante don Alfonso pasó inmediatamente á Murcia, donde fué recibido él y sus tropas con grandes demostraciones de regocijo, tomó á Cartagena y Lorca, y cubrió la provincia entera de guarniciones cristianas.

Esta expedicion que entregaba á los cristianos toda la parte oriental de la Península, pues don Jaime de Aragon habia extendido sus conquistas hasta los sitios en que la de Alfonso comenzaba, ponia al walí de Granada en una desesperada posicion, encerrándole entre los dominios del rey de Castilla. Rodrigo Alfonso, hijo bastardo de Alfonso IX de Leon y hermano del rey, secundado por los caballeros de Calatrava que habian conquistado á Alcaudete, creyó que no debia hacer mas que atacarle para destruirle; pero Alhamar le venció y arrojó al territorio de Córdoba, pereciendo en la desbandada fuga que los cristianos
1243. emprendieron muchos freires y distinguidos caballeros. De aquel momento datan los fundamentos de la grandeza de Granada.

1244 Todo esto hizo que Fernando, luego de restablecido de su enfermedad, se aprestara para pasar á Andalucía, y verificólo en 1244 llevando consigo á la reina doña Juana, á quien dejó en Andujar. Con su hueste siguió él á sangre y fuego por los campos de Jaen y de Arjona, rindió esta última ciudad, ocupó entre otras las villas y fortalezas de Pegalajar, Bejijar y Carchena, penetró por las tierras de Alhamar y hasta le tuvo algunos dias sitiado en Granada; pero lo avanzado de la estacion y sobre todo la resistencia de los Moros, que llegaban hasta atacarle en su campamento, le obligaron á abandonar aquella empresa cuyo buen éxito hubiera necesariamente adelantado dos siglos la total expulsion de los Musulmanes.

Por aquel tiempo nace en Castilla una gran institucion política que habia de durar hasta los postreros tiempos de nuestra monarquía, antes de experimentar esta las grandes transformaciones que en nuestra época hemos presenciado. Fernando el Santo creaba un consejo de doce sabios que le acompañasen y guiasen con sus luces para el mejor acierto en la administracion de justicia, y es-

te fué el principio y fundamento del ilustre tribunal que mas adelante y con mayores atribuciones habia de ser el Consejo Real de Castilla. A. de J. C.

Descansaba Fernando en Córdoba de su anterior campaña, en tanto que su hijo Alfonso se apoderaba de Mula en tierra de Murcia y perseguia sin descanso á los walies rebeldes que se habian negado á entrar en pactos con él á instigacion del emir de Granada. Entonces, para prevenir las fatales contiendas que podian nacer entre Castellanos y Aragoneses respecto á los antiguos reinos musulmanes de Valencia y Murcia, Fernando y Jaime, de acuerdo con los prelados y magnates, formaron un pacto de alianza por el cual se obligaron á auxiliarse en cuanto pudiesen en vez de perjudicarse. Además, para afianzar sus relaciones amistosas, resolvióse el matrimonio del infante Alfonso, heredero de la corona de Castilla, con Violante, hija del rey de Aragon. La infanta aragonesa no llegó hasta dos años despues á Valladolid, lugar señalado para el matrimonio, que se celebró en los primeros dias de noviembre de 1246. Violante habia sido desposada á la edad de siete años, y en aquel momento no contaba mas que diez, pues era muy usado en aquel tiempo celebrar un matrimonio difiriendo la época de su consumacion. La dote que Fernando y Alfonso constituyeron á la joven esposa fué considerable, y, á lo que parece, hubo de fijarse despues de la muerte de la reina madre doña Berenguela, en cuanto formaron parte de ella muchas ciudades y villas de su patrimonio; componíase de Valladolid, Palencia, San Estéban de Gormaz, Astudillo, Aillon, Curiel, Bejar y otros lugares de que se apoderó tiempo despues su hijo don Sancho IV. Fernando no habia estado en tanto ocioso; desde principios del año 1245 habia puesto sitio á Jaen y la resistencia que le opuso el walí de la plaza Abu Omar Alí ben Muza le permitió asolar los contornos, apoderarse de Alcalá la Real, incendiar y destruir Illora, y matar ó reducir á cautiverio á gran número de Musulmanes. Alhamar marchó contra él con cuanta gente pudo allegar, y le atacó en Hisn Bolullos á doce millas de Granada. La batalla fué muy sangrienta, pero, dice la crónica, como la mayor parte de la gente granadina era allegadiza y poco acostumbrada á las armas y horribles combates, decayeron de ánimo y empezaron á huir, de manera que le fué forzoso ceder el campo y padeció notable matanza en la retirada. Fernando volvió entonces sobre Jaen y estrechó mas y mas la ciudad; el rigor de la estacion, la valentía de los sitiados, nada pudo hacerle desistir á de su propósito, y, segun las crónicas, fué aquel cerco uno de los mas terribles y encarnizados de la época. Los Moros hicieron inútiles durante mas de un año todos los esfuerzos de los vencedores de Córdoba; sin embargo, sus murallas se arruinaban, y el hambre, mas poderosa que las máquinas de guerra, empezaba ya á hacer estragos. Entonces el emir Muhamad Alhamar tomó un partido desesperado como su situacion, pero el único capaz de impedir la total ruina del Islam. Para atajar los vencedores pasos de Fernando y poder dirigir todas sus fuerzas contra una faccion enemiga, llamada de los Oximeles, que le hostigaba en su misma ciudad, se trasladó sin acompañamiento al campo del rey de Castilla, se hizo conducir á su tienda y le besó la mano en señal de vasallage. El rey Ferdeland, dice la crónica, no quiso que Alhamar le excediese en generosidad y confianza, y le abrazó y llamó su amigo y no le quiso tomar nada de lo suyo, contento de recibirle por su vasallo y que

fuese dueño de todas sus tierras y ciudades (1). Aquella entrevista produjo un tratado entre ambos soberanos: convínose en que Jaen seria entregada á los cristianos y en que Muhamad conservaria el reino de Granada bajo la soberanía y proteccion de Fernando, con las condiciones de pagar un tributo anual de ciento cincuenta mil doblas (2), aprontar su contingente de tropas cuando el rey le requiriese, y asistir á las cortes como uno de sus grandes ó ricoshombres. Firmados estos pactos, Muhamad se despidió del rey y volvió á Granada, llevando consigo al walí de Jaen Alí ben Muza, á quien dió el mando de su caballería, y Fernando entró en la ciudad entre las aclamaciones de sus soldados en abril de 1246. El rey dotó espléndidamente á la sede episcopal que se erigió en su conquista, y otorgó grandes libertades y privilegios á los que fuesen á poblar la nueva ciudad cristiana.

Aun debia durar en el ánimo de Fernando el contento producido por su última conquista y por las bodas de su hijo con la infanta aragonesa, cuando cayó sobre él un amarguísimo pesar: su virtuosa y querida madre, la magnánima doña Berenguela, el espejo de Castilla y de Leon, segun le llama Alfonso el Sabio, murió en 8 de noviembre de 1246, muy pocos dias despues de haber presenciado el enlace de su nieto, sumiendo en llanto á los dos reinos que por tantos años y con tanto acierto gobernara. Casi al mismo tiempo descendió tambien al sepulcro el preclaro arzobispo de Toledo don Rodrigo Jimenez de Rada, gloria así de la Iglesia como de las letras y armas españolas (3).

Como para consolarse de tan cruentos pesares, resolvió el santo rey acometer la gran empresa que hacia tiempo meditaba: la toma de Sevilla. Desde la caida de los Beni Omeyas, durante el reinado de los dos Beni Abed y la dominacion de los Africanos, Sevilla habia llegado á ser la capital del imperio musulman de España, y la mas importante como la mas rica y populosa de sus ciudades. Las recientes victorias de san Fernando habian aumentado su poblacion con casi toda la de Córdoba: además la mayor parte de los habitantes del campo se habian refugiado igualmente dentro del recinto de sus muros al menor asomo de peligro, así es que no era fácil conquista la que se proponia el rey de Castilla.

Ocho meses habian transcurrido desde la toma de Jaen cuando Alhamar de Granada recibió aviso de Fernando para que, en virtud de lo anteriormente pactado, se dispusiera á auxiliarle en la empresa, para la cual tenia ya casi termina-

---

(1) Conde, P. 4.ª, c. XV.

(2) Las *doblas*, moneda introducida en España por los Arabes, no tenia valor propio; servian para espresar el valor décuplo de otras monedas de oro ó de plata que variaban casi en cada soberano de manera que, segun la época, tenian un valor muy desproporcionado. No sabemos su valor durante los califas Ommiadas. *Las doblas jusefinas* que fueron introducidas por el almoravide Yussuf á fines del siglos XI, no pasaban en los estados cristianos sino por cuatro sueldos reales (*cuatro reales de plata*, equivalentes á ocho reales actuales). Al contrario, las *doblas* halladas en el campo del rey de Fez Abu al Hassan, vencido en Tarifa en 1340, pesaban casi una libra de oro. Las *doblas jusefinas* podian aun usarse en tiempo del tratado de Alhamar y de San Fernando.

(3) Fué este prelado natural de Puente de Rada en Navarra. Estudió en la universidad de París y fué obispo de Osma antes que de Toledo. Hizo muchos viages á Roma y asistió á varios concilios generales. Era doctísimo y versado en las lenguas, pues sabia el italiano, el aleman, el inglés, el castellano y el vascuence, y escribió varias obras históricas aun en el dia muy apreciadas. Murió en 1247 en Francia al volver á su patria, despues de asistir al concilio general de Lion de 1245.

dos todos sus preparativos. Los Almohades dominaban en la ciudad andaluza y A. de J. C.
gobernaba en ella Cid Abu Abdallah, hermano del difunto emir de los fieles. Alhamar, que como andaluz odiaba á los Almohades, no se limitó á enviar su contingente, sino que se presentó él mismo, siendo el primero en penetrar por tierras de Sevilla al frente de quinientos caballeros. Las talas empezaron por la parte de Carmona; mieses, casas, alquerías y pueblos todo fué incendiado, mientras que don Pelayo Perez Correa, gran maestre de la órden de Santiago, despues de apoderarse de la villa de Alcalá de Guadaira, llegó bajo los muros de Sevilla al frente de sus formidables escuadrones que, segun la crónica, no habian dejado ni una hoja verde en todo el campo. Mientras que el gran maestre de Calatrava corria con igual furor la comarca de Jerez, el rey dirigia desde Alcalá todas las operaciones, y acúdia con refuerzos allí donde era necesario. Las tropas cristianas arrebataron sucesivamente á los Almohades Lora, Reina, Constantina, Guillena y Cantillana, y se reunieron por fin todas delante de Sevilla en 20 de agosto de
1247. El rey mandó ocupar la desembocadura del Guadalquivir por una armada 1247.
de trece naves, construidas, equipadas y mandadas por don Ramon Bonifáz, noble ciudadano burgalés, á quien el rey, que sabia su fama de hábil y entendido marino, habia dado aquella comision luego que pensó en llevar á cabo su plan de conquistar á Sevilla. Don Ramon Bonifaz fué el primer almirante de Castilla (1).

Los cristianos y sus auxiliares musulmanes pasaron largo tiempo en el cerco de Sevilla, y al llegar el invierno, lejos de levantar el sitio segun costumbre, estrecháronlo mas y mas. Con la vuelta del buen tiempo cobraron mayor vigor
las operaciones: el arrabal de Atrayana (Triana), situado en la márgen derecha del 1248
Guadalquivir, comunicaba con la ciudad por medio de un puente de barcas encadenadas, por el cual recibia la ciudad provisiones y socorros de toda clase, y el rey resolvió cortar aquellas comunicaciones destruyendo el puente. Mandó preparar para ello dos galeras pesadamente cargadas que, empujadas por el viento y la corriente, al chocar con violencia contra el puente rompieron las cadenas y los garfios de hierro que unian á las barcas de que estaba construido (20 de mayo). La rotura del puente, y por consiguiente la separacion de Sevilla y Triana, hizo mas difícil la posicion de los sitiados, pero esto no obstante, defendiéronse obstinadamente por espacio de otros seis meses. Pelayo Perez Correa se habia distinguido varias veces en el asedio con sus esforzados caballeros, y el dia de la festividad de la Vírgen de agosto rechazó victoriosamente á los moros de Aznalfarache y de Triana y al rey ó señor de Niebla que con la caballería de Algarbe fué en socorro de los Sevillanos. Los freires de Santiago peleaban al grito de: *¡Santa María, deten tu dia!* y el dia en efecto se prolongó, dicen nuestras crónicas, y permitió á Correa quedar vencedor del enemigo.

Otra vez se acercaba el invierno, y en vez de levantar el cerco, estrecháronlo los cristianos mas vivamente. Las salidas, los rebatos, las cabalgatas, escaramuzas y peleas que cada dia ocurrian de uno y otro lado del rio eran tantas y tan frecuentes, que las proezas é individuales hazañas á que

(1) La facilidad y presteza con que don Ramon Bonifaz llevó á cabo la construccion de estas naves y el aparejo de la escuadra en los puertos de Vizcaya y Guipúzcoa, manifiestan que el comercio marítimo y la navegacion debian estar muy adelantadas en las poblaciones litorales del reino mismo de Castilla.

dieron ocasion seria difícil enumerarlas. El rey tenia establecido su campo en Tablada, y en él se distinguian por su valor y arrojo el indomable Garcia Perez de Vargas y Gomez Ruiz Manzanedo, capitan de la gente del concejo de Madrid. En vano quisieron los Musulmanes incendiar las naves de don Ramon Bonifás dirigiendo contra ellas una gran balsa con materias inflamables; el almirante cristiano cargó tan rudamente á los que dirigian la operacion y á las pequeñas galeras sevillanas, que hubieron de volver escarmentados al punto de donde habian salido. Coincidió este triunfo con la rendicion de Carmona, que ocupó en nombre del rey don Rodrigo Gonzalez Giron, y esto permitió á los cristianos, cuyas espaldas quedaban libres de enemigos, dar mas y mas vigor á las operaciones del sitio. Cada dia llegaban nuevos refuerzos al campo sitiador, siendo el principal de ellos el que trajo el príncipe don Alfonso que, ordenadas las cosas de Murcia, se presentó en los reales con lucida hueste de Castellanos.

Por fin el peligro se hacia para Sevilla mas y mas inminente; el sitio duraba hacia quince meses y los moradores, fatigados del largo asedio y sin esperanza de que les fuese socorro de ninguna parte, trataron de rendirse á la necesidad y propusieron sus condiciones por medio de sus alcaides. Sin embargo, en ninguna quiso consentir el victorioso Fernando, obstinado en poseer libremente la ciudad, y solo accedió á que los habitantes salieran libres con sus mugeres é hijos y cuanto pudieren llevar consigo. En 23 de noviembre de 1248, dia de san Clemente, firmóse esta gloriosa capitulacion. Aun tardaron un mes los cristianos en posesionarse de la ciudad, que este plazo quiso concederles el santo rey á los vencidos á fin de que pudieran en este tiempo negociar sus haciendas y haberes y disponer su partida. Mas generoso todavía, puso á su disposicion acémilas y barcos de transporte para conducirlos á donde quisieren y ofreció al walí de la ciudad Abu Hassan, sobrino de Cid Abu Abdallah, quien sin duda habria muerto durante el sitio, pues ninguna mencion se hace de él en aquellas solemnes circunstancias, que le permitiria vivir en Sevilla ó allí donde mejor le acomodase, encargándose él de subvenir á sus necesidades; el walí, empero, como buen musulman, rechazó semejantes ofertas, luego que llegado el plazo hizo entrega de la ciudad. Entonces, dicen las crónicas, trescientas mil personas salieron de Sevilla y se refugiaron unas en Africa, otras en los Algarbes, y el mayor número en el reino de Granada. Así se ganó Sevilla, la ciudad de los Leandros é Isidoros, y así perdieron los Muslimes esta hermosa capital, exclaman á su vez los historiadores musulmanes: las torres y mezquitas se llenaron de cruces y de ídolos y se profanaron los sepulcros de los fieles Muslimes. Muhamad Alhamar se despidió del rey Ferdeland, que quedó ocupado en repartir las tierras y casas de los Muslimes á sus caballeros, y tornóse mas triste que satisfecho de las ventajas de los cristianos, que bien conocia que su engrandecimiento y prosperidades producirian al fin la ruina del estado de los Muslimes, y solo se consolaba con esperanzas que su imaginacion le ofrecia, de que tal vez tanto poder y grandeza mudando de señor se arruinaria y caeria de su propio peso, confiando en que Dios no desampara á los suyos (1). Cuando toda aquella poblacion proscrita hubo abandonado la ciudad, que fué en 22 de diciembre, el ejército cristiano, con-

(1) Conde, P. 4.ª, c. VI.

ducido en procesion por sus prelados, siguió al rey desde su campo á la gran A. de J. C
mezquita que ha venido á ser una de las mas hermosas catedrales del mundo, y el estandarte de Castilla fué plantado en la alta torre de la Giralda.

Hospedado san Fernando en el alcázar de los reyes árabes, restableció la iglesia metropolitana, nombrando por primer arzobispo á don Ramon de Lozana, prelado de Segovia; estableció un cabildo eclesiástico, dotó la iglesia con ricos heredamientos y presidió personalmente á la distribucion de las tierras y casas entre sus caballeros, que fueron todos recompensados magníficamente. Llamó á su última conquista nuevos pobladores, á quienes dió el fuero de Toledo, y tomó, en una palabra, cuantas disposiciones le parecieron acertadas para el buen órden y gobierno de su nuevo estado.

Sevilla habia estado sometida á las leyes del Coran quinientos cincuenta y tres años islamitas; hacia ciento cinco años que reconocia la dominacion particular de los Almohades y ciento cincuenta y siete años antes su último emir inpendiente habia sido expulsado por Yussuf ben Tachfin. En la época de la conquista encerraba en su seno mas de ochenta mil familias árabes, divididas en veinte y cuatro tribus.

Durante los años 1249 y 1250, el monarca de Castilla por sí ó por medio 1249.—1250.
de sus generales ocupó á Jerez, Arcos, Medina Sidonia, Rota, Sanlucar y Cadiz, é incansable y ganoso de gloria, y no teniendo ya en rededor enemigos que vencer, concibió Fernando el atrevido proyecto de pasar á Africa para perseguir en ella hasta su cuna á los antiguos dominadores de España. Despues de una nueva victoria naval, alcanzada por el almirante Bonifaz sobre la armada africana en
1251, disponíase á hacer un desembarco mas allá del Estrecho, y ya se encami- 1251
naban las tropas á los puertos de embarque, ya se habia celebrado una alianza con el emir de Fez, combatido por los Beni Merines africanos, cuando la muerte
de Fernando, acaecida en 30 de mayo de 1252, disipó la tempestad que amena- 1252
zaba al Africa, y puso fin á uno de los mas gloriosos reinados de la edad media, con el cual concluye el primer período de la obra nacional empezada por Pelayo cinco siglos antes. España habia sido reconquistada de los hijos del Yemen y del Magreb, que si al morir Fernando habitaban todavía las provincias de Murcia y de Granada y la extremidad occidental de Andalucía, eran en todas partes vasallos y tributarios de los cristianos.

Grande y gloriosa fué la vida de Fernando, pero mas grande y glorioso aun se mostró en los instantes de su muerte. Atacado en Sevilla de la hidropesía que le condujo al sepulcro, desapareció el guerrero para hacer lugar al santo. Postrado en el suelo con una soga al cuello, con transportes de fe y uncion recibió el santo Viático de manos del obispo de Segovia, y en seguida hizo que apartaran de su vista y de su cuerpo cuanto podia recordarle el elevado puesto que en el mundo habia ocupado. «Desnudo salí del seno de mi madre, exclamó, y desnudo he de volver al seno de la tierra.» Rodeado de su familia, que se deshacia en llanto, el santo rey dirigió tiernas y saludables lecciones á su hijo primogénito para el gobierno del reino; tomó luego un cirio encendido en la mano, y entonando el *Te Deum,* espiró entre los cánticos de los sacerdotes que llenaban la sala, á los cincuenta y cuatro años de su edad, á los treinta y cinco de su reinado en Castilla, y á los veinte y uno de haber ocupado el trono de Leon. Su

cuerpo fué sepultado en la catedral de Sevilla, y aun cuando los pueblos, testigos de sus cristianas virtudes, le tuvieron por bienaventurado desde el dia de su muerte, no le puso la Iglesia en el número de los santos hasta el año 1671 en que fué canonizado por el papa Clemente X.

De sus dos esposas Beatriz de Suavia y Juana de Ponthieu dejó Fernando los siguientes hijos: de la primera, Alfonso, que le sucedió; Fadrique, Fernando, Enrique, Felipe, Sancho, Manuel, Leonor, Berenguela y María, algunos de cuyos nombres aparecen por primera vez en la historia de España, como son los de Fadrique, Felipe y Manuel, que Beatriz introdujo en esta tierra en memoria de su padre Felipe, de su abuelo y de su primo Federico, y de Manuel, emperador de Oriente, de quien descendia por parte de su madre. De doña Juana tuvo á Fernando Alfonso, Juan, Luis y Leonor. Felipe, Sancho y Fernando Alfonso abrazaron la carrera eclesiástica; el primero fué arzobispo electo de Sevilla, el segundo de Toledo; el tercero volvió al siglo y casó en 1258 con Cristina de Noruega.

El reinado que acabamos de bosquejar es sin duda uno de los mas gloriosos, no solo de Castilla, no solo de España, sino tambien de la Europa toda en los borrascosos siglos medios. Nacionales y extranjeros, todos á porfía ensalzan la religion, el valor, la inteligencia, las puras costumbres del santo rey de Castilla, y esto que vivió en un tiempo en que florecieron un gran santo y un gran guerrero, san Luis en Francia y don Jaime en Aragon. A Fernando se debió la primera traduccion del código de los Visigodos del latin á la lengua castellana ó vulgar, que dió por fuero á la ciudad de Córdoba; y entendido gobernante tanto como conquistador famoso, en su reinado tuvieron orígen los primeros trabajos legislativos que habian de señalar en nuestra patria el renacimiento de las leyes generales y la formacion del romance ó idioma nacional. Ardoroso amante de la justicia, este monarca persiguió con gran rigor á los malhechores y animado de religioso celo perseguia con no menor severidad á los hereges albigenses, cuya secta se habia infiltrado en su reino. Y no se culpe por las atroces penas que empleaba á su carácter benéfico, compasivo, bondadoso y humano, sino únicamente á la rudeza de los tiempos y á las condiciones en que España se encontraba, lo mismo que el resto de Europa. A las penas de ceguera y decalvacion del código visigodo habian sucedido otras no menos terribles, y sabemos del padre de san Fernando Alfonso IX de Leon, que mandaba arrojar de las torres, desollar, quemar ó cocer en calderas á los ladrones y perturbadores de la paz pública. San Luis fué el hombre modelo de la edad media, dicen los escritores franceses, y otro tanto fundados en iguales títulos podemos decir de san Fernando nosotros los Españoles. Religioso, magnánimo, leal y esforzado, fué el hijo de Berenguela modelo de santos, guia de reyes y espejo de caballeros.

CAPÍTULO XXX.

Jaime I de Aragon.—Bandos y agitaciones en el reino.—Cortes de Tarragona y Lérida —Enlace de don Jaime con doña Leonor de Castilla.—Paulatina pacificacion del reino.—Asuntos de Urgel.—Cortes de Barcelona.—Preparativos para la expedicion de Mallorca.—Don Jaime se aparta de su esposa doña Leonor de Castilla.—Campaña y conquista de Mallorca.—Vuelve don Jaime á Aragon.—Alianza y pacto mútuo de sucesion entre él y Sancho rey de Navarra.—Conquista de Menorca.—Expedicion contra Valencia.—Toma de Burriana.—Toma de Peñíscola y otras plazas.—Casa don Jaime en segundas nupcias con doña Violante de Hungría.—Conquista de Ibiza.—Rendicion de Valencia.—Tratado con algunas ciudades de Italia.—Cortes de Daroca.—Diferencias entre don Jaime y su hijo don Alfonso.—Avenencia con Castilla.—Toma de Játiva —El reino de Valencia queda todo en poder de Aragon.

Desde el año 1214 hasta el 1253.

¡Despues de san Fernando de Castilla, don Jaime I de Aragon! Hermosa tarea para el historiador que así marcha de héroe en héroe y de un reinado glorioso y extraordinario á otro no menos extraordinario y glorioso. Como si la Providencia hubiese mirado á España como tierra de predileccion, al propio tiempo que san Fernando hacia dar á la reconquista de la patria y á la influencia de Castilla tan gigantescos pasos, el mundo admiraba la caballerosidad y esfuerzo de nuestro buen rey En Jaime.

Despues de la batalla de Muret en que murió el rey don Pedro II, los ricoshombres de Cataluña y Aragon, deseosos de vengar la muerte de su soberano, comenzaron á acaudillar sus gentes y hacer guerra al conde de Monfort desde Narbona y otros lugares de aquella comarca, en tanto que á instigacion y á expensas del obispo de Segorbe, que habia sido amigo particular de Pedro, dirigíase una embajada al pontífice, supremo árbitro entonces en todas las grandes cuestiones por su inmenso poder moral, para suplicarle que mandase al conde de Monfort que les entregase su rey y señor natural el infante don Jaime, que en aquel entonces se hallaba en Carcasona en poder de dicho conde, que, como ya sabemos, cuidaba de su educacion por el pacto que mediara entre él y el difunto don Pedro. Y si el conde no lo quisiere dar, añade Zurita, don Pedro Ahones, gran amigo que habia sido de don Pedro, debia desafiar al conde y reptarle de traidor en nombre de toda la tierra (1).

Aragon habia quedado, pues, sin soberano, y ya se comprenden las agitaciones y trastornos que en el reino ocurririan, desprovisto del único lazo que en aquellos tiempos y especialmente en estas tierras unia á tantos elementos rebeldes á toda autoridad y tan amantes de sus fueros é independencia. Y mas

(1) Zurita, Anal. de Aragon, l. II, c. LVI.

triste era aun el estado de Aragon y Cataluña en cuanto los dos hermanos del difunto don Pedro, don Sancho y don Fernando, olvidados al parecer de la existencia de don Jaime, pretendian cada uno el supremo poder y alzarse con la soberanía. Consumido el patrimonio real por los dispendios del anterior monarca, empeñadas las rentas de la corona en poder de Moros y Judíos, el reino de Aragon se encontraba en situacion muy penosa y precaria, lo cual no ha de echarse en olvido para señalar á don Jaime la parte de gloria que le corresponde, cuando al cabo de pocos años de haber ceñido él la corona veamos al reino tranquilo, feliz y poderoso. «Inocencio III, nos dice el mismo don Jaime en su historia, que era el mejor pontífice que desde cien años atrás hubiese ocupado la silla del Apóstol, que se hallaba dotado de natural ingenio y versado en todas las ciencias, envió cartas tan ejecutivas y tan apremiantes mensages al conde, que este hubo de acceder á nuestra entrega. Llevámonnos, pues, los Franceses hasta Narbona, y de allí salieron á recibirnos multitud de nobles y ciudadanos de Cataluña, á la sazon que Nos teníamos seis años y cuatro meses. Acordaron desde luego nuestros naturales confiar nuestra educacion al cuidado de Guillermo de Monredon, natural de Osona, que residia en Monzon, y era por aquel tiempo el maestre de los Templarios de Aragon y Cataluña (1).» Ya en su tierra el monarca arogonés, convocáronse cortes de Aragoneses y Catalanes en la ciudad de Lérida (2), á las que asistieron el legado pontificio Pedro de Benavente y todos los llamados, que fueron los prelados y ricoshombres de cada reino y diez síndicos de cada ciudad, excepto don Fernando y don Sancho que no habian abandonado sus ambiciosas pretensiones. Jurado el infante, á quien sostenia en brazos Aspargo, arzobispo de Tarragona (3), se disolvieron las cortes, y el maestre del Templo se llevó el real niño á Monzon, donde empezó para él un nuevo cautiverio. Encrudeciéronse entonces los bandos y parcialidades que dividian el reino: siguieron unos al conde de Rosellon don Sancho, aclamaban otros á don Fernando, y, segun nos dice el mismo don Jaime, de vez en cuando iban á verle á Monzon los de uno y otro partido, y cada uno de por sí le instaba para que saliera del castillo, y declarándose por los suyos, ayudase con su nombre y autoridad á destruir á sus contrarios.

¡Singular época aquella! Un rey niño encerrado en una fortaleza, sin rentas, segun él mismo nos dice, para mantenerse ni un dia, guardado en forzoso cautiverio, sin que se acierte por qué ni con qué objeto, puesto que todos los bandos deseaban su libertad; dos tios del monarca, disputándose el poder y reclamando

---

(1) Hist. del rey de Aragon don Jaime I el Conquistador, escrita por el mismo monarca.

(2) Las cortes de Lérida en que don Jaime fué jurado rey de Aragon son las primeras catalano-aragonesas de que hallamos mencion auténtica en la historia; sin embargo, antes las habíamos visto ya separadamente en Aragon y Cataluña.

(3) «Considerada la edad del infante, y las alteraciones y guerras que habia en el reino, trató el Legado que todos hiciesen homenage y prestasen juramento de fidelidad al infante: aunque, segun el Legado escribe al conde de Monforte, no se hallaba en memoria de aquellos tiempos que Aragoneses ni Catalanes, de ningun estado ó condicion que fuesen, hubiesen hecho esta salva ó juramento á ninguno de los reyes y condes pasados: y desde entonces se introdujo esta costumbre, que se guardó con los reyes que despues sucedieron: confirmando primero y jurando ellos de guardar los fueros, usos y costumbres, y otros privilegios que sus predecesores habian otorgado.» Zurita, Anal. de Aragon, l. II, c. LVI.

al propio tiempo el apoyo de aquel á quien pretendian despojar, y en medio de todo esto los ricoshombres aragoneses, turbulentos y ambiciosos, pero ganosos de franquicias é independencia, aprovechando la minoridad de su rey y las agitaciones del reino para cimentar aquella constitucion aragonesa, admirada de propios y extraños, en la que con el respeto y veneracion debida al supremo poder se conciliaban los fueros y libertades de todos. A. de J.C.

Dos años y medio permaneció don Jaime en el castillo de Monzon, y transcurrido este tiempo, su primo Ramon Berenguer V de Provenza, que dividia con él su cautiverio, halló medio de fugarse de la fortaleza favorecido por los suyos. Al saber los Templarios este suceso, deseosos de ver si se aplacaban las perturbaciones del estado, pero no sabiendo al propio tiempo á qué bando entregar la persona del rey, resolvieron permitir la salida de Monzon á don Jaime, quien por su parte escribió á algunos caballeros que le eran adictos para que acudiesen á buscarle, y con ellos salió en efecto de la plaza que le sirviera de cárcel. Llegaron aquel mismo dia á Berbegal, á pesar de haber dicho el infante don Sancho, nombrado ya procurador general del reino, que se opondria á su paso con todo su poder; entraron el siguiente en Huesca, y dirigiéronse desde allí á Zaragoza, donde fué el rey recibido con extraordinarias muestras de alegría. 1216

Rodearon al momento al jóven monarca los prelados y magnates que no podian ver sin desconsuelo el miserable estado del reino, entre ellos Aspargo, arzobispo de Tarragona, don Sancho Ahones, obispo de Zaragoza, don Bernardo, obispo de Barcelona y su canciller, y don Berenguer de Eril, obispo de Lérida y Roda, y con su consejo procuróse aquietar á los pueblos. A principios de julio de 1218, marchó don Jaime á Tarragona para celebrar cortes á los Catalanes, y de allí partió para Lérida, donde se juntaron tambien á cortes Catalanes y Aragoneses por el mes de setiembre; en ellas asentóse por fin la paz y concordia entre el rey y su tio don Sancho que, fundado en su calidad de procurador general del reino, era el que mas agitaba y alborotaba la tierra. El infante don Fernando asistió tambien á estas cortes, pero con él nada se estipuló, pues su parcialidad habia sucumbid antes en presencia de la de don Sancho, que era quien lograra el elevado cargo antes mencionado. El rey hizo merced á don Sancho del castillo y villas de Alfamen, Almudevar, Almuniente, Pertusa y Lagunarota hasta la suma de quince mil sueldos de renta, y además diez mil sueldos barceloneses sobre las rentas de Barcelona y Villafranca. Con esto el conde don Sancho dió al rey por libre de lo que pretendia acerca de la procuracion del reino y prestó juramento de serle fiel y leal servidor. 1218

En el siguiente año el mal estado del reino se agravó mas aun por la general sequía y esterilidad que se experimentó en toda España, á la que siguió gran hambre y mortandad. Por muerte de la reina doña María, acaecida entonces en Roma, heredó don Jaime el señorío de Montpeller con gran contentamiento de sus naturales. 1219.

Discordias y guerras intestinas es lo único que acierta á verse en los primeros años del reinado de don Jaime. Barones y ricoshombres, hostilizándose entre sí por causas á veces tan fútiles como un altercado promovido sobre un azor terzuelo que el de Cervellon no quiso dar á Nuño Sanchez, hijo del conde

A. de J. C. don Sancho (1), tal es la materia en que se ocupan los cronistas de la época; y grande hubo de ser el tacto, mucho el esfuerzo, mucha la política del niño que ocupaba el solio aragonés para no perderse en aquel intrincado laberinto de situaciones comprometidas, de críticos trances y de amargos conflictos. Don Jaime, mas que rey, capitan, hubo de tomar parte en estas parciales contiendas, ya en favor de unos, ya de otros; ya tomando castillos, ya peleando en campo abierto al frente de sus caballeros contra algunos ricoshombres rebelados. Ya era don Rodrigo de Lizana y don Pedro Fernandez de Azagra, ya don Guillen de Moncada, vizconde de Bearne, y don Nuño Sanchez, y cada dia se fraguaban contra el monarca nuevas confederaciones y conjuras.

Por aquel entonces, á instancias de su consejo, resolvió don Jaime tomar esposa y casó con doña Leonor, hermana de doña Berenguela, madre de san Fer-
1221 nando, á 6 del mes de febrero del año 1221. Celebradas las bodas en la villa de Ágreda, fué el rey con la reina á Tarazona, y en aquella ciudad se veló en la iglesia de Santa María y fué armado caballero ciñéndose él mismo la espada que estaba sobre el altar. «Entrábamos á la sazon en los trece años, y por falta de edad tuvimos que estar aun por espacio de uno en compañía de la reina sin cumplir con ella lo que todo marido está obligado á cumplir con su muger (2).»

Celebrado ya nuestro matrimonio, añade don Jaime, entramos con la reina en Aragon y Cataluña, donde era de ver como todos los ricoshombres se desvivian por alcanzar nuestra privanza, para que nos dejásemos guiar por sus consejos. En abril del mismo año celebró cortes de Aragoneses en Huesca, y en ellas confirmó por siete años la moneda jaquesa que su padre mandó labrar, jurando que no permitiria que se labrase otra nueva, ni que bajase de ley ni de
1222. peso. Otras cortes se celebraron en Daroca en marzo de 1222, pero nada bastaba á poner arreglo en las cosas del reino, que cada uno de los ricoshombres, segun nos ha dicho el monarca, procuraba poner la mano en el gobierno como antes, tener lugar de privado y ser principal en la casa del rey.

Don Fernando vuelve á aparecer ahora como promovedor de turbulencias, y ligado con don Pedro Ahones, uno de los mas poderosos señores de la tierra, y otros ricoshombres, se introduce en Alagon, donde se hallaba el monarca, y le lleva á Zaragoza. Allí permaneció por espacio de tres semanas preso y con centinelas de vista é irritado don Jaime, quiere que la reina se evada por una trampa y un sótano que en la casa habia, que él se abriria paso con la espada; pero la irresolucion de Leonor le obliga á prometer á don Fernando hacer enmienda á don Guillen de Moncada de los daños que se le hicieron en Cataluña, causa ó pretexto de la liga, y de allí en adelante quedó el rey con mas libertad, si bien estaba apoderado del gobierno su tio el infante don Fernando en contradiccion de
1224. muchos ricoshombres (1224) (3). Pasaban los años, y sin embargo no mejora-
1225. ba la situacion del reino, al contrario, y en 1225, so color de tratar del remedio de las guerras y daños que afligian al rey y al reino, confederáronse varios prelados y magnates, parando su amistad en repartirse á su capricho los honores

(1) Hist. del rey de Aragon don Jaime I, c. XIX.
(2) Id., l. c.
(3) Zúrita, Anal. de Aragon, l II, c. LXXIX.

del reino. Antes, Guerao de Cabrera, valido de algunos ricoshombres y de las turbulencias de la época, recobró el condado de Urgel con condicion de tenerlo por el rey en feudo.

Don Jaime marchó de Zaragoza á Tortosa, y al cabo de algunos dias que estaba en aquella ciudad, salióse de ella escondidamente sin que lo supiese el infante ni los del consejo, y fuése al inmediato lugar de Horta perteneciente á la órden del Temple, desde donde expidió letras de llamamiento á los ricoshombres para que acudiesen á Teruel con la gente que cada uno era obligado, por haber resuelto hacer una expedicion contra los Moros de Valencia. Muy pocos, empero, acudieron á la voz del monarca, y esto fué causa de que, á pesar de su ardor, y de tener cercado el castillo de Peñíscola, celebrase treguas con Cid Abu Said de Valencia, con la condicion de que este le entregara el quinto de las rentas de las ciudades de Valencia y Murcia. ¿Qué mas? Para conocer hasta que punto era desconocida la autoridad real y á cuanto llegaba la audacia de los ricoshombres, bastará referir el siguiente suceso: volvia don Jaime con su reducida mesnada de la expedicion de Valencia cuando cerca de Calamocha encontró á don Pedro Ahones que con cincuenta ó sesenta caballeros iba resuelto á entrar por tierras de Moros. Don Jaime manifestó deseos de hablar con él, y el conde, aunque con repugnancia, le acompañó hasta Burbaguena, donde le manifestó el rey que, habiendo debido celebrar treguas con el Valenciano á causa de las escasas fuerzas que habia reunido por la desobediencia de él y otros á su soberano mandato, queria y le ordenaba que tambien las observara. Resistióse don Pedro Ahones á la voluntad de don Jaime, y este dispuso que se diera á prision. Entonces el conde, como tratando de igual á igual, puso mano á la espada; pero fuerte aunque jóven el monarca, se la clavó en la empuñadura, y lo mismo practicó con la otra mano con que queria desenvainar la daga. Los que seguian al rey nada hicieron en su defensa, mientras que los caballeros de don Pedro Ahones penetraban en la estancia y sacaban á su señor de entre las manos de don Jaime, de las que él no habia podido desasirse, sin embargo de su vigor. Irritado, como era justo, el monarca salió con algunos de los suyos en persecucion del atrevido ricohombre, y á los gritos de *Aragon, Aragon,* le alcanzó en la cumbre de una pequeña colina, donde, desamparado Ahones por los suyos, cayó mortalmente herido de una lanzada. Al verle don Jaime en tierra, apeóse tambien de su caballo, y con lastimero acento le dijo: « En mal punto vinísteis á parar, don Pedro Ahones: valia mas que hubiéseis creido lo que Nos os aconsejábamos.» A tales palabras ni contestar pudo siquiera y se limitó á mirar al rey á la cara. Colocado con todo esmero en una caballería, espiró en el camino, siendo sepultado su cadáver decorosamente en Daroca por disposicion del rey.

La muerte del poderoso magnate no mejoró la situacion del reino. Las ciudades y villas de Aragon, excepto Catalayud, se alzaron contra don Jaime tomando la voz del infante don Fernando, á instigacion todo ello de don Sancho Ahones, obispo de Zaragoza, en venganza de la muerte de su hermano. Don Pedro Cornel y don Guillen de Moncada dieron á la insurreccion el auxilio de sus fuerzas, y por esto nos dice don Jaime haberse marchado á Almudevar, donde permaneció cerca de tres semanas, pasando luego á Pertusa en cuyo lugar se le reunieron Ramon Folch y Guillermo de Cardona con setenta caballeros. El rey en-

A. de J. C. vió entonces todas su fuerzas contra la hueste rebelde salida de Zaragoza, que en un encuentro habido junto á Castellar fué vencida con pérdida de trecientos hombres.

Apoderóse en seguida el rey de Aragon de Ponzano y pasó á poner cerco á Cellas junto á Pertusa. El gobernador de la fortaleza ofreció rendirse si dentro de ocho dias no era socorrido, y en este intervalo recibióse aviso de que el infante se dirigia á marchas forzadas en auxilio de sus parciales. Don Jaime mandó al punto ensillar los caballos, y como don Pedro Pomar instase al rey para que se retirara atendida la escasez de sus fuerzas, que apenas llegaban á setenta ú ochenta caballeros, hízole don Jaime esta animosa respuesta: «Nos somos rey de Aragon, y lo somos porque es nuestro derecho; aquellos que vienen contra Nos son nuestros naturales y hacen lo que no deben desde el momento que vienen á combatirnos; de consiguiente á Nos, que cumplimos con nuestro derecho, mientras que ellos hacen tuerto, nos ha de ayudar Dios, y por lo mismo no dejaremos la villa á menos que muramos, y los venceremos; con lo que por aquesta vez no seguiremos vuestro consejo.» El resultado fué, añade don Jaime en su propia historia, que tomamos el castillo, pues no comparecieron sin embargo de esperarlos.

Por aquel entonces el arzobispo de Tarragona Aspargo, al ver la deplorable situacion del reino, intentó intervenir entre el rey y los ricoshombres para ponerlos en paz, pero sus esfuerzos fueron vanos y hubo de desistir de su generosa empresa. Sin embargo, la toma de Cellas habia causado cierta sensacion en los rebeldes, y los moradores de Huesca hicieron su sumision al rey, quien entró en la ciudad entre las aclamaciones populares. No fué de larga duracion la alegría: el consejo de la ciudad se mostró hostil á don Jaime, alborotóse el pueblo, cerráronse las calles con cadenas, y solo á su arrojo y serenidad debió el rey evitar aquel peligro, tomando con solo cinco caballeros el camino de
1226 Isuela (1226).

Sin embargo, ricoshombres y ciudadanos andaban ya cansados de tantas alteraciones y trastornos que no les dejaban ni un momento de reposo. Los de Zaragoza, Huesca y Jaca que hasta entonces habian seguido la parcialidad del infante don Fernando, trataron de unirse y confederarse para ver si ponian remedio á los grandes daños que sufrian. Reunidos en Jaca los procuradores de estas ciudades á 13 de noviembre de este mismo año 1226, determinaron unirse y valerse con todo su poder contra cualesquiera personas, salvando en todo el derecho y fidelidad que debian al rey. Este pacto, que no era todavía una completa sumision, pero que manifestaba el deseo que tenian las ciudades de paz y concordia, fué precursor de otro mas decisivo. Al igual que los pueblos, los ricoshombres empezaban á agruparse al rededor del monarca, cuya varonil entereza, bizarría é inteligencia acabaron por sojuzgar á los mas, y esto hizo que los principales fomentadores de la agitacion, el infante don Fernando, don Guillen de Moncada y don Pedro Cornel solicitaran avistarse con don Jaime, vistas que se verificaron en la sierra que hay sobre Alcalá. Allí se presentaron, el rey con siete caballeros y los rebeldes con varios de su bando, y el tio del monarca dirigió á este las siguientes palabras: «Señor, aquí estamos á vuestra presencia para deciros que nos pesa en gran manera de la guerra que ha habido entre nosotros

y Vos. Nuestro objeto es hacer la paz, suplicándoos que nos perdoneis, pues intencion tenemos de serviros yo y En Guillen de Moncada y don Pedro Cornel y cuantos están en nuestro bando. Gran daño recibimos por Vos y grande es el que causamos tambien, pero grande es asimismo nuestro arrepentimiento, y vemos que si del mal que os hicimos debiéramos satisfaceros, imposible nos seria, por ser no menos grande la enmienda que seria menester. Ya veis, pues, que necesitamos de vuestra gracia. Sin esta, otro favor os pedimos aun, y es que sirviéndoos bien, nos hagais asimismo bien: á mí por el parentesco que tengo con Vos y á En Guillen de Moncada porque no hay rey en España que tenga tan honrado vasallo como vos teneis en él, ni hay tampoco quien pudiera prestarle tan buenos servicios.» Don Guillen habló tambien al rey con gran humildad, y luego que don Jaime hubo tomado consejo de los caballeros que le acompañaban, les contestó: «Con el arrepentimiento que mostrais y la devocion con que prometeis servirnos, nos damos por satisfechos; aceptamos vuestra buena voluntad por enmienda y os acogemos de nuevo en nuestra amistad y gracia.» Gran contento recibieron de ello los caballeros de ambas partes, y acordóse que las diferencias que entre el rey y aquellos ricoshombres mediaban fuesen sometidas al arbitramento del arzobispo de Tarragona, del obispo de Lérida y del maestre del Templo. Estos, habido consejo con muchas personas, el último dia de marzo del mismo año 1227 revocaron y anularon todas las confederaciones y conjuraciones que se formaron por esta causa entre caballeros y ciudadanos y entre caballeros y caballeros, y mandaron que el infante don Fernando hiciese homenage al rey y le prestase juramento de fidelidad, jurando tambien don Jaime que de allí en adelante el infante se podria confiar de él y que le perdonaba cualquier enojo y rencor que contra él alimentase. Asimismo ordenaron las cuestiones pendientes entre el monarca y don Sancho Ahones, obispo de Zaragoza, y con esto y con la completa sumision de las ciudades de Zaragoza, Huesca y Jaca, quedó el reino del todo tranquilo despues de tantas turbaciones y escándalos, y de tanto tiempo en que no prevalecia mas justicia que la que daban las armas.

A. de J. C.

Desde aquel momento pudo atender don Jaime á la pacificacion y bien universal de su señorío, cuando distrájole de aquella obra regeneradora la llegada á su corte de Aurembiaix, hija del último Armengol conde de Urgel, por el mes de julio de 1227, solicitando de él que la amparase y ayudase á recobrar el condado de su padre, que le tenia usurpado Guerao, vizconde de Cabrera. Sabemos que este poseia el territorio de Urgel que le diera en feudo el monarca, pero este habia reservado los derechos de la hija de Armengol, derechos que la condesa trataba ahora de hacer efectivos. Don Jaime la recibió muy benignamente, y despues de asentar con ella sus pactos y convenios, y de citar á don Guerao para que compareciese ante el tribunal del rey y estuviese á derecho en su corte con la condesa, resolvió en vista de la incomparecencia del vizconde, llevar sus armas á Urgel para reponer á Aurembiaix en los estados de su padre. Tomo á Albesa, Menargues y Liñola, y movió luego contra Balaguer, donde se hallaba el vizconde de Cabrera. Puesto cerco á la plaza y talada la vega, los moradores, que empezaron en breve á sentir escasez, entablaron tratos con la condesa, y pusieron en poder del rey la ciudad y el castillo. Agramunt, Oliana y otros lugares de la ribera del Segre cayeron tambien en poder de don Jaime, y la conde-

1227

sa hallóse en posesion del condado, que conservó quieta y pacíficamente todo el tiempo que vivió. Poco despues casóla el rey con el infante don Pedro de Portugal, y don Guerao de Cabrera hízose caballero templario. Su hijo don Ponce sucedió despues en el estado de Urgel, por haber muerto sin hijos la condesa.

Vamos á entrar ahora en un nuevo período de la historia de don Jaime, período brillante y glorioso que ilumina la pasada oscuridad de los primeros años de su gobierno, pues aun cuando hubo gloria y mucha en los esfuerzos é inteligencia que hubo de desplegar el monarca aragonés en aquietar y sosegar su tormentoso reino, gloria que se alcanza en discordias intestinas y combatiendo contra hermanos nunca aparece á los ojos de la posteridad con la pureza y brillantez que despide la que se adquiere venciendo á los enemigos de la patria. El rey don Jaime iba á conquistar á Mallorca, y hé aquí, segun él mismo nos lo explica , lo que fué causa inmediata de aquella expedicion.

«Despues de haber dado cima á los negocios del condado de Urgel, dice, estábamos Nos en Tarragona, y fué voluntad de Dios que, á pesar de no haber convocado cortes, concurriesen allí la mayor parte de los nobles de Cataluña, entre otros don Nuño Sanchez, hijo que fué del conde Sancho, En Guillen de Moncada, el conde de Ampurias, En Ramon de Moncada, En Gerardo de Cervellon, En Ramon Alamany, En Guillen de Claramunt y En Bernardo de Santa Eugenia, señor de Torroella. Tambien estaba entre estos En Pedro Martel, ciudadano de Barcelona y muy experimentado marino, el cual nos convidó un dia á comer á Nos y á todos los nobles que con Nos se hallaban, y á los postres y habiéndose entablado conversacion entre todos, preguntaron á En Pedro Martel, que habia sido cómitre de galeras, qué tierra era Mallorca y cuanta extension podria tener aquel reino.—Alguna razon puedo daros, contestó aquel; pues he estado allí una ó dos veces, y calculo que la isla tendrá trecientas millas de circunferencia. Hácia levante, y frontera á Cerdeña, hay tambien allí otra isla llamada Menorca, y hácia poniente otra que tiene por nombre Ibiza. Mallorca es cabeza de todas, y todas obedecen al señor que allí reside. Hay además otra isla llamada Formentera y habitada por Sarracenos, que está situada cerca de Ibiza, y la separa solamente de ella un canal de una milla de ancho.—Acabado el banquete se presentaron ante Nos y dijéronnos:—Señor, hablando con En Pedro Martel, le hemos pedido noticias (y creemos que no os disgustará saberlas) de una isla por nombre Mallorca, en la cual hay un rey que tiene además bajo su dominio otras islas llamadas Menorca é Ibiza. La voluntad de Dios no puede torcerse, y así quisiéramos que fuese de vuestro agrado pasar allá á conquistar aquella isla por dos razones: la primera, por lo mucho que en ello ganaríamos nosotros y vos, y la segunda, por lo que se admiraria el mundo de que os fuéseis mar adentro á conquistar un reino. —Plúgonos luego lo que nos proponian y les respondimos:—Mucho nos satisface que esteis formando tales proyectos; no se perderá por Nos que no se cumplan. —Y allí mismo resolvimos convocar para Barcelona nuestras cortes generales (1),

(1) «Por lo comun se daba el nombre de cortes generales á las que celebraba el rey á sus súbditos reunidos de Aragon y Cataluña, y mas adelante tambien de Valencia; pero algunas veces se llamaba tambien *corte general ó cortes generales* á las que se celebraban á los súbditos de uno solo de los estados por contraposicion á las juntas de consejeros y otros familiares que acompaña-

á las cuales debiesen concurrir en su dia el arzobispo de Tarragona, los obispos, los abades, los ricoshombres que antes hemos citado y los síndicos de las universidades de Cataluña (1).»

Concurrió con esto la nueva de que los Moros de aquella isla habian insultado á dos naves catalanas, que se vengaron apresando la tartana mallorquina que las ofendiera. En represalias el emir musulman á quien nuestras crónicas llaman rey de Mallorca, que tenia por nombre Abu Said el Raschid, apoderóse del primer buque catalan que apareció por las aguas de las Baleares, que era una nave barcelonesa que, con cargamento de ricas mercancías, se dirigia desde Bugia á Mallorca. No pararon aquí sus violencias, sino que pocos dias despues capturó en las aguas de Ibiza á otra embarcacion catalana que hacia rumbo para Ceuta.

Exasperados los Barceloneses con la pérdida de estas naves y por otros muchos agravios que los Mallorquines les habian inferido, elevaron sus quejas al rey, quien tomólas en consideracion y apresuróse á enviar un embajador al emir musulman, encargado de exigir la restitucion de las dos naves y una reparacion de los perjuicios que los Catalanes habian recibido de los suyos; pero apenas el embajador aragonés hubo expuesto su demanda en nombre del rey su señor, cuando el Mallorquin le preguntó con desden:—«¿Quién es el rey que esto me pide? —¿Quién? dijo con altivez el embajador. Es el rey de Aragon, En Jaime, hijo de En Pedro, aquel que en la memorable batalla de las Navas de Tolosa venció á un poderosísimo ejército de gentes de tu nacion.» Esta inesperada respuesta encendió la cólera del emir, que en poco estuvo, á lo que se dice, que violara el derecho de gentes, poniendo sus manos en el mensagero.

Cuenta Desclot que un Genovés que en aquel tiempo comerciaba en Mallorca, interrogado por el emir acerca del poder del rey aragonés y de si seria conveniente ó no devolverle sus dos naves, le apartó de que lo hiciera diciéndole que en nada habia de temer á Jaime, cuyo poder se exageraba mucho, en cuanto no habia podido apoderarse, habiéndolo intentado, de un mal castillo llamado Peñíscola. De ahí la arrogancia del emir, arrogancia que precipitó su ruina atrayendo sobre sus estados las armas aragonesas.

De regreso á Barcelona, el embajador dió cuenta al rey de su embajada, y don Jaime, justamente ofendido, resolvió no tomar descanso hasta haber destronado al emir de Mallorca.

Convocadas cortes en Barcelona segun la intencion manifestada por don Jaime, reuniéronse en diciembre del año 1227 en el antiguo palacio de los condes (2). La asamblea, compuesta de los prelados, de los barones de Cataluña y Aragon y de los hombres de las ciudades, se celebró bajo la presidencia del monarca, quien declaró á los asistentes el ánimo y voluntad que tenia de servir á Dios en la guerra contra los infieles de Mallorca por honra de la religion cristiana y en venganza de los robos y daños que los Moros hacian por los lugares de

---

ban siempre al rey y formaban su *corte particular*.»—Flotats y Bofarull, trad. de la Hist. de don Jaime I.—Nota.

(1) Hist. de don Jaime I, c. XXLV.

(2) Existia dicho palacio en la plaza del Rey, en el local que ocupa ahora la iglesia de Santa Clara, y se ven aun restos del mismo en la misma plaza y en la calle de la Tapinería. Don Jaime lo engrandeció y desde su tiempo fué conocido con el nombre de *palacio mayor*.

la costa de su señorío, y pidióles tres cosas: primera, que le auxiliaran con sus buenos consejos: segunda, que extinguieran entre ellos el fuego de la discordia y dejasen el estado tranquilo, y tercera, que le proporcionasen la suma necesaria para el mantenimiento de un ejército.

El discurso del rey produjo en la asamblea el efecto que esperaba: los tres brazos se separaron para deliberar cada uno de por sí, y reunidos de nuevo al tercer dia, Aspargo de Tarragona manifestó su entusiasmo con las palabras de Simeon: *ecce filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui,* y se encargó de aprontar mil marcos de oro, quinientas medidas de avena, doscientos caballeros bien armados y mil infantes armados de picas y ballestas, cuidando de su mantenimiento hasta la conquista de la isla. A pesar de su avanzada edad, quiso tomar parte personalmente en la expedicion, pero disuadido de ello por el rey, excitó á que siguieran el ejército todos los obispos y abades de su metrópoli.

Berenguer de Palou, obispo de Barcelona, prometió acompañar al rey con cien caballeros menos uno, y mil hombres de á pié á quienes proveeria de pan, de vino, de avena y de cuanto hubiesen menester. El obispo de Gerona prometió ir á la campaña con treinta caballeros y trecientos infantes, pagados y mantenidos por él. El abad de san Felio de Guixols ofreció cinco caballeros. El paborde de Tarragona se obligó á aprontar una galera armada, cuatro caballeros y su persona para acaudillarlos; el arcediano de Barcelona, cien caballeros, doscientos infantes mantenidos á sus expensas y su persona; y todos, abades, priores, canónigos, obligáronse, no solo á contribuir en lo que pudieren al mantenimiento de las tropas, sino tambien á tomar las armas y á no dejarlas de las manos hasta vencer y despojar de sus islas á los infieles mallorquines. Los Templarios quisieron tambien tomar parte en la empresa con treinta caballeros de su órden y veinte freires sirvientes armados de arcos y ballestas.

Los ricoshombres y barones aragoneses y catalanes no se mostraron animados de menor entusiasmo que el brazo eclesiástico. Nuño Sanchez, conde de Rosellon, de Conflent y de Cerdaña, otorgó paz, tregua y bovage (1) en todos sus estados, y ofreció salir á la guerra con cien caballeros armados á sus costas. El conde de Ampurias ofreció sesenta caballeros, ciento veinte ballesteros á caballo y mil sirvientes (2) de á pié. El esforzado vizconde de Bearne, En Guillen de Moncada, empezó por dar gracias á Dios por haberle proporcionado ocasion de servir á su señor, de quien hasta hacia poco se habia por su propia desgracia mostrado enemigo; ofreció acompañar al rey con todos los de su linage con cuatrocientos caballeros armados, sin separarse de su lado hasta que terminara del todo la conquista, y propuso luego, seguro de no ser desmentido, que para las necesidades del ejército y gastos imprevistos de la expedicion se pagara extraordinariamente al rey el derecho de bovage, «pues aunque lo hayais percibido ya otra vez de propia autoridad, dijo, como suelen y pueden hacerlo los reyes por

(1) El derecho de bovage era un servicio que el clero y las ciudades de Cataluña hacian en reconocimiento de señorío á los reyes al principio de su reinado. Pagábase á proporcion del número de yugadas de tierra que podia arar un par de bueyes, y de ahí tomó su nombre de bovage.

(2) Los *sirvientes* formaban la masa de los ejércitos feudales, pues se llamaban así todos aquellos vasallos que, sin tener bajo su jurisdiccion á otros feudatarios, debian en virtud de la concesion del feudo que les hiciera su señor, acompañar á este y servirle en sus huestes y cabalgadas.

una sola vez, os lo cedemos ahora graciosamente para atender mejor á las necesidades de la empresa.» A. de J. C.

Los demás barones siguieron el ejemplo general. En Guillen Ramon de Moncada, hermano del vizconde de Bearne, prometió veinte y cinco caballeros armados de todas armas y gran número de arqueros y ballesteros; Pedro Ramon Berenguer, de Ager prometió otro tanto; Bernardo de Santa Eugenia, de Torroella de Montgrí veinte caballeros y cuantos soldados de la montaña pudiese reunir y mantener, y por fin el sindicato de Barcelona en nombre de la ciudad puso á disposicion del rey cuantas galeras y naves poseia.

Las ciudades de Tarragona y Tortosa siguieron su ejemplo.

Don Jaime prometió por su parte concurrir con doscientos caballeros aragoneses, muy buenos y esforzados, provistos de excelentes caballos y de ricas armas, con quinientos donceles, y con cuantos infantes fuesen necesarios; añadió que haria preparar muchas máquinas ó aparatos de guerra, y juró á Dios que antes de un año, si vivia hasta entonces, habria pasado á Mallorca.

Prometió además que daria á los de á caballo y de á pié parte en la tierra y en el despojo, y que recompensaria á cada uno segun el gasto que se hiciese y conforme á los navíos y gente que llevasen, reservándose él para sí, además de aquello que justamente le correspondiese, los palacios y casas reales y el supremo dominio en los castillos y lugares fuertes. Para proceder á las particiones así de la tierra como de los bienes muebles, nombráronse jueces al obispo de Barcelona, á los condes de Rosellon y Ampurias, á los vizcondes de Bearne y Cardona y á Guillen de Cervera. El rey acabó por rogar á los barones que fijaran el tiempo en que todos se hallarian dispuestos.

Contestaron todos por unanimidad que se hallarian reunidos á mediados de mayo, en el puerto de Salou, y así convenidos, trájose el libro de los Evangelios, sobre el cual, rey, prelados y barones juraron el cumplimiento de sus promesas.

Y luego, dice cándidamente el cronista, el parlamento se separó y se fueron á comer *(e puig partis lo parlament e anaren manjar)*.

Esta escena parlamentaria, caballeresca, feudal y municipal á la vez tenia lugar en Barcelona la víspera de Navidad, y llegada la noche, el rey fué á orar con todos sus caballeros y otras muchas personas á la iglesia de Santa Cruz, iluminada por infinitos cirios y gran número de antorchas. Allí pasó la noche despues de oir la misa de la Navitidad en medio de los cantos y oraciones de la Iglesia, y no salió á la calle hasta que asomó la aurora. Aquel dia comieron todos los caballeros con el rey, é hicieron gran fiesta, despues de lo cual despidiéronse de don Jaime y cada uno volvió á sus tierras y dominios, á fin de prepararlo todo para la proyectada campaña (1).

El rey permaneció algun tiempo en Barcelona, y encargó á un noble de esta ciudad llamado Ramon de Plegamans que preparara los buques y galeras necesarios para el transporte de las tropas, y le nombró procurador general para las cosas marítimas, ó sea gran almirante de la corona aragonesa. Luego partió para su reino de Aragon (1228), y en Lérida encontró á Juan, cardenal legado 1228.
con el título de Santa Sabina, enviado por el pontífice á España, y á los embaja-

---

(1) Bernardo Desclot, c. XXX.

dores, ó quizás á él mismo en persona, de Cid Abu Said Muhamad ben Yacub Almanzor, biznieto de Abdelmumen, á quien Giomail ben Zeyan habia despojado de su reino de Valencia, fundado en el motivo ó pretexto de querer aquel convertirse á la religion cristiana. El destronado musulman invocó la ayuda del rey aragonés contra los rebeldes valencianos, y, á lo que parece, se concertó entre los dos que Jaime ayudaria á Abu Said, y que luego que este hubiese recobrado el reino, cederia á aquel la cuarta parte de sus villas y castillos.

Recibió don Jaime con grandes distinciones al enviado pontificio, quien quedó muy satisfecho á la vista del monarca, de su corte y de sus hombres de armas Hablaron de los asuntos del matrimonio del monarca, que eran los principales que habian llevado al legado á España, y don Jaime le refirió cuanto habia hecho y como lo tenia ordenado todo para trasladarse á Mallorca. El cardenal miróle atentamente, y al verle tan jóven, pues apenas contaba veinte años, maravillóse de que hubiese podido él concebir semejante designio, y le dijo: «Hijo mio, la idea de semejante empresa no ha podido nacer en vos, antes bien es obra de Dios que os ha inspirado y transmitido su gracia. ¡Ojalá que su voluntad sea que deis fin á la empresa como vuestro corazon desea!»

La presencia de los embajadores valencianos, con quienes, si bien el rey habia pactado lo que llevamos dicho, no parece que habia de ser seguido de inmediata ejecucion, inspiró á muchos caballeros aragoneses el deseo de dirigir sus armas mas bien contra Valencia que contra Mallorca, separada por el mar de las tierras cristianas, y rogaron al legado que así lo manifestara al monarca. Por esto fué que en las cortes que entonces se tuvieron en Lérida, luego que el rey hubo explicado con nobleza y energía el proyecto que meditaba y las causas que á ello le inducian, levantóse el cardenal y le manifestó las disposiciones de los barones aragoneses y de los ciudadanos de Lérida: «todos estaban dispuestos á cooperar con sus fuerzas, su gente, sus caballos y sus haberes á una campaña contra Valencia, pero ninguno deseaba ni cuidaba de marchar á la expedicion de Mallorca *(que del anar á Mallorques no han voluntat ne cura)* (1).» Replicó el rey que no desistiria del proyectado viage, que lo habia jurado y que nunca faltaria á su juramento. «Sígame quien quiera, dijo, que así hará su deber y yo seré su amigo; quien no lo haga, faltará al suyo, y me tendrá por adversario.» Y arrancando un cordon de lana que llevaba, hizo con él una cruz y rogó al legado que se la cosiera en el hombro derecho. El cardenal lo hizo, le dió su bendicion, y en nombre de la Santa Sede dijo conceder grandes indulgencias á los que acompañasen al monarca. Don Berenguer de Palou, obispo de Barcelona, el arcediano y el sacristan de su iglesia y otros muchos ricoshombres que habian llegado de Barcelona con él, recibieron tambien la cruz de manos del legado.

Al ver los ricoshombres de Aragon y los ciudadanos de Lérida, añade Desclot, que el rey se habia cruzado contra lo que esperaban, se sorprendieron y apesadumbraron porque la expedicion no se dirigia á Valencia, y de ello se vengaron no ofreciéndole su cooperacion y ninguno de los auxilios acostumbrados.

Don Jaime partió de Lérida y se dirigió á Aragon para reunir allí los caballeros y soldados que habian de acompañarle. El obispo de Barcelona marchó por

(1) Bernardo Desclot, l. c.

su parte á un lugar de sus dominios llamado Querol ó Terol, segun Desclot, y allí encontró á Guillen Ramon de Moncada, que le esperaba en compañía de sus caballeros; todos, al saber que el rey se habia cruzado en Lérida, pidieron á don Berenguer que les diera tambien la cruz, y la recibieron con alegría de manos del digno obispo. Desde allí marchó este á Barcelona, donde reunió lo gente, caballos, armas y municiones que se habia ofrecido aprontar, nombrando por jefes ó generales de su hueste á su primo Guillen Ramon de Moncada, á Ramon de Solsona, á Ramon Montañá y á Arnaldo Desvilar, caballeros, dice Desclot, honrados y valientes *(cavallers honrats é prous)*.

Hemos dicho que la principal causa de la venida á este reino del legado pontificio fueron los asuntos matrimoniales del rey, pues que este, tratando de apartarse de su esposa doña Leonor por grandes discordias que entre ellos hubo, hizo instancia á la curia romana, fundándose en el parentesco que entre él y doña Leonor mediaba por ser los dos biznietos del emperador don Alfonso. La gravedad del negocio hizo que congregara el cardenal en la ciudad de Tarazona á gran número de prelados y personas eclesiásticas muy señaladas en letras, y á la asamblea, que podemos llamar concilio, acudieron los arzobispos de Toledo y Tarragona, los obispos de Burgos, Calahorra, Segovia, Sigüenza, Osma, Lérida, Huesca, Tarazona y Bayona. Á su presencia manifestó el rey que habia creido legítimamente celebrado su matrimonio con la reina doña Leonor; que de ella habia tenido al infante don Alfonso su hijo, á quien, considerándole legítimo, habia declarado por heredero y sucesor en el reino, declaracion que entonces renovaba y ratificaba, legitimando á su hijo por su poder y preeminencia real en cuanto menester fuere, ignorante como estaba de lo que en aquella causa se determinaria. Los prelados pronunciaron sentencia de divorcio á fines del mes de abril de 1229, y el infante don Alfonso quedó declarado heredero del reino de Aragon, disponiendo el rey que el principado de Cataluña quedase á su libre disposicion para que le sucediesen en él los hijos que de otra muger tuviere. Sin embargo, esta nueva division de Aragon y Cataluña no llegó á verificarse no porque el rey no la deseara, como despues veremos, sino por la muerte prematura del infante.

Luego que se sintieron las primeras brisas de la primavera llenóse Cataluña de hombres de armas, y veíanse en todas sus ciudades claros indicios de bélicos preparativos. Aragon, si bien miraba la empresa con menos entusiasmo, no dejó de aprontar un considerable contingente, y el segundo domingo despues de Pascua hallóse congregada la armada en el puerto de Salou, y de todas partes empezaron á reunirse los soldados. El conde Nuño llegó llevando en su compañía á Jofre de Rocaberti, comendador del Templo, Oliverio de Termens, Ramon de Canet, Guillen Asbert de Barcelona, Ponce de Vernet, Pedro de Barberá, Bernardo Español, Bernardo de Montesquiu, y dos ricoshombres de Castilla cuyos nombres omite el cronista. El vizconde de Bearne Guillen de Moncada no llevaba menos ilustres compañeros, y entre ellos veíanse á Guerao de Cervellon, Ramon Alemany y Guillen de Claramunt, que habian combatido con don Pedro II en las Navas de Tolosa; á Hugo de Mataplana, Bernardo de Centellas, Guillen de Palafox y Berenguer de Santa Eugenia, caballeros todos muy principales y distinguidos de Cataluña.

El rey habia llegado á Tarragona el dia 1.° de mayo con los caballeros de Aragon y los barones de Cataluña, pero hubo de esperar allí los varios contingentes que no llegaron al lugar de la cita con la puntualidad que el monarca. En los dias inmediatos á Nuestra Señora de agosto halláronse todos reunidos, y despues que por los cuidados de Ramon de Plegamans hubieron recibido los buques las provisiones necesarias, y que se hubieron embarcado la gente, los caballos y las municiones de guerra, hallóse pronta la armada para darse á la vela. Componíase de veinte y cinco naves gruesas, diez y ocho taridas, doce galeras y hasta cien galeones, de modo que vinieron á ser ciento cincuenta y cinco leños mayores sin contar las embarcaciones pequeñas. El ejército constaba de quince mil hombres de infantería y de mil quinientos caballeros, y además de muchos voluntarios genoveses, provenzales y de otras naciones.

Llegado el dia señalado para la marcha, el rey y los nobles de su comitiva oyeron misa en la iglesia catedral de Tarragona, y recibieron la sagrada comunion de manos de don Berenguer de Palou. El resto del ejército oyó misa y comulgó en una capilla levantada á este efecto en el puerto, despues de lo cual dió el rey la señal de marcha. La nave que montaba el capitan Nicolás Bovet, en la que iba embarcado Guillen de Moncada, recibió órden de formar la vanguardia; la del capitan Carroz, la retaguardia, y las galeras la de formar círculo al rededor de las naves de transporte. Una galera de Montpeller, destinada para recibir al rey y á sus caballeros, fué la última en hacerse á la mar, pues Jaime hubo de diferir su salida para hacer embarcar en pequeños buques mas de mil voluntarios que llegaron en el preciso momento de partir. Era un miércoles por la mañana (6 de setiembre de 1228), nos dice el mismo don Jaime en su historia, cuando la armada empezó á moverse impelida por la ventolina al terral; tan largo tiempo habíamos estado en tierra, añade, que cualquier viento nos parecia entonces bueno como nos apartase de ella. Apenas distaban las naves veinte millas del puerto de Salou de donde habian salido, cuando se levantó una furiosa tempestad; asustados los pilotos, esforzáronse en recabar del rey la órden de volver al puerto, pero don Jaime se opuso á su intento y les dijo: «Eso sí que no lo haremos por nada del mundo. Nuestro objeto es volver un reino á la fe de nuestro Señor, y pues en su nombre vamos, en él debemos confiar que nos guiará.» Precisados á obedecer, disputaron sus naves á las olas hasta las dos de la tarde del siguiente dia, en que el mar pareció calmarse; pero llegada la noche, cuando ya se descubria la isla de Mallorca, encrudecióse la tormenta, arremolináronse las naves, y eran tan grandes las olas, que pasaban por encima de las galeras. Por un momento todos, hasta el mismo rey, temieron que allí acabaria su empresa (1), pero el viento calmó poco á poco, y al dia siguiente á las primeras luces

(1) Dícenos don Jaime que al hallarse en tan duro trance entróle gran tristeza y no tuvo mas recurso para buscar alivio que dirigirse á nuestro Señor y á su santa Madre, haciendo la siguiente oracion, que revela la ardiente fe de nuestro gran monarca: «Señor Dios, exclamó, harto conocemos que ha sido tu mano la que nos ha hecho rey de la tierra y de los bienes que nuestro padre tenia por tu gracia: este es el primer hecho grande y peligroso que emprendemos; en su buen éxito hemos querido confiar, ya sea porque desde que nacimos hasta ahora siempre sentimos la fuerza de vuestra ayuda, ya por ver que habeis querido que sirviesen á nuestra mayor honra aquellos mismos que querian contrastar con Nos: así, pues, Señor y Creador mio, tened la gracia de ayudarnos en tan gran peligro, y haced que no sufra mengua la hazaña que hemos emprendido, en lo que no

del alba, descubrióse nuevamente el deseado puerto. Querian los marinos abordar en Pollenza, pero el temporal los obligó á ganar la Palomera; la galera real atracó á un islote, ó por mejor decir, á una alta y escarpada roca llamada Pantaleu, que, adelantándose adentro del mar, forma una especie de península. El rey desembarcó con los suyos en aquel lugar que estaba entonces desierto, y mandó clavar las tiendas, bajo las cuales y junto á un pozo de agua dulce que allí encontraron, refrescaron caballeros, soldados y caballos, y descansaron de las fatigas de aquella corta aunque procelosa navegacion.

Los musulmanes de la isla, que divisaron las naves cristianas, se reunieron en gran número en la playa que, como á un tiro de ballesta, se extiende delante del islote de Pantaleu, con ánimo de impedir al rey y á su gente desembarcar en aquel punto. En esto una lancha se dirigió hácia tierra con ocho Almogavares catalanes (1), con objeto, al parecer, de buscar un lugar propio para el desembarque. A poca distancia de la orilla, siete se lanzaron al agua, y el octavo quedó guardando la barca. Los Sarracenos destacaron al momento un grupo de cuarenta á cincuenta hombres para castigar á aquellos temerarios, y empeñóse un porfiado combate, en que los Catalanes dieron muerte á tres Sarracenos é hirieron á muchos, no recibiendo ellos otro daño que la ligera herida de uno de los suyos. Los Sarracenos corrieron entonces hácia la orilla en numerosos grupos, pero los siete cristianos habian ya logrado reembarcarse antes que llegaran sus nuevos enemigos.

Cuenta Desclot de oidas á lo que dice á uno de los condes que formaban parte de la expedicion, que mientras el rey y los suyos se hallaban descansando en Pantaleu, un Sarraceno llamado Alí, intendente ó jefe de los siervos del emir de Mallorca, pasó á nado al campo de los cristianos, y postrándose ante don Jaime, le ofreció servirle por haber descubierto su madre, hechicera muy famosa, que por él se habia de conquistar aquella tierra. Dijo que el rey mallorquin tenia cuarenta y dos mil hombres bien armados, entre ellos cinco mil ginetes y los demás infantes; que hacia grandes preparativos para oponerse á su desembarque, y que por lo mismo convenia que lo verificara cuanto antes, sin dar tiempo al

---

seria yo solo quien perdiese, sino Vos, mayormente si se atiende á que este viaje lo hago solo por ensalzar la fe que Vos me disteis, y para rebajar y destruir á aquellos que no creen en Vos. Dignaos por ello, Dios poderoso, librarme de este peligro, y haced que mi voluntad se cumpla, ya que la empleo solo en vuestro servicio. Acordaos que ninguna gracia os he pedido que no me la hayais otorgado, mayormente si es para alguno de aquellos que tienen ánimo de serviros y padecen por Vos; y que yo soy ahora uno de tantos. Y Vos, madre de Dios, escuchadme tambien. A Vos, que sois puente y paso para los pecadores, á Vos os suplico por los siete gozos y los siete dolores que sufristeis por vuestro caro Hijo, que os acordeis de mí para suplicarle que me saque de esta pena y del peligro en que nos encontramos yo y todos los que van conmigo.» Trad. de Flotats y Bofarull.

(1) Bernardo Desclot describe así á los Almogavares: «Aquestes gents qui han nom Almugavers son gents qui no viuen sino de fet de armes, ne no estan en viles ne en ciutats, sino en montanyes é en boschs; é guerrejen tots jorns ab Serrayns. E entren dins la terra dels Serrayns una jornada ó dues, lladrunyant é prenènt del Serrayns molts é de llur haver; é de aso viuen E sofferen moltes malenances que els altres homens no porien sostenir, que be passaran á vegades dos jorns sens menjar, si mester los es; é menjaran de las erbes dels camps, que sol no s' en prehen res; é los adelits quels guien saben las terres els camins. E no apporten mes que una gonella, ó una camisa sia istiu ó ivern, é en las cames porten unes calses de cuyr, é als peus unes avarques de cuyr. E porten bon coltell é bona correja é un fogur á la cinta. E porta cascu una llansa é dos darts, é un seró de cuyr en que aporten llur vianda. E son molt forts é molt laugers per fugir é per encalsar. E son Catalans ó Aragonesos ó Serrayns.

rey musulman de salir á su encuentro. Don Jaime le dió gracias por su buen celo, y prometió protegerle á él y á los suyos.

Con esto el rey y los caudillos celebraron consejo, y resolvieron que aquella misma noche se costeara con gran silencio la ribera de la isla hasta encontrar un lugar á propósito para verificar el desembarque, que era imposible ya en la Palomera á causa de las fuerzas musulmanas que allí habian acudido. La armada, pues, levó anclas y bogó toda la noche hasta que al dia siguiente lunes divisaron un excelente puerto, llamado Santa Ponza. A la aparicion de las galeras corrieron á la playa como unos cinco mil moros de á pié y doscientos de á caballo, que estaban á la vista en sus tiendas; pero apresuráronse las naves con tanta furia que llegaron antes á tierra que ellos acudiesen ni les pudiesen defender la entrada. Fué el primero que saltó á tierra, segun de antiguas memorias aparece, un soldado catalan llamado Bernardo Ruy de Meya, que se llamó despues Bernardo de Argentona, que con pendon en mano, hizo señal á los de la armada para que le siguiesen. Setecientos hombres mandados por el conde Nuño Sancho, Ramon de Moncada, el maestre del Templo Bernardo de Santa Eugenia y Gilberto de Cruilles, apoderáronse de una escarpada colina que dominaba á Santa Ponza, y allí se hicieron fuertes, mientras que el resto del ejército se disponia para el desembarque.

En tanto los Sarracenos llegaron á la ribera y Ramon de Moncada, que bajó de la colina con los suyos á reconocerlos, los atacó, mató á mil quinientos hombres y puso á los demás en fuga. El rey, que supo al salir de su galera lo que sucedia, quiso tomar parte en esta primera victoria, y acudió á escape al lugar de la pelea, acompañado únicamente de veinte y cinco barones aragoneses, adelantándose tanto y tanto por entre los enemigos, que se halló solo con tres caballeros. En aquel momento pasó un árabe de marcial aspecto y bien armado, á quien el rey intimó en alta voz la rendicion, pero el Musulman contestó con arrogancia *le muley* (no señor), y puso en ristre su lanza. Viendo el Moro, dice el mismo don Jaime, que Pedro de Lobera se dirigia contra él, asestó tan violenta lanzada al caballo que le derribó en tierra junto con su caballero; entonces el rey y sus dos compañeros atacaron al intrépido Musulman y entre los tres le mataron, despues de haberle intimado varias veces que se rindiera con honrosas condiciones (1).

Hecho esto, logró el rey reunirse con sus tropas que halló reforzadas con trecientos caballos que habian desembarcado en el puerto de la Porrasa, y supo al propio tiempo por un ricohombre aragonés, llamado don Ladron, que el emir de Mallorca estaba acampado cerca de Porto Pi. A no escuchar mas que su ardor Jaime le hubiera atacado sin pérdida de momento, pero despues de detenida deliberacion, Guillen de Moncada, Nuño y otros varios señores experimentados opinaron esperar hasta el dia siguiente. Llegado este, que era miércoles, al asomar el alba, el rey y barones oyeron misa en su tienda, y todo el ejército se dispuso para la batalla, siendo tal el deseo de todos de llegar á las manos, que cinco mil hombres se desbandaron y marcharon contra el enemigo sin jefes y

(1) E com li deyam; «rent te;» ell deya: «Le muley;» que vol dir: no senyor (Chrónica de En Jacme, c. XLIII).

sin órden, inconsiderado movimiento que inspiró al rey vivísimas inquietudes. Ramon de Moncada y el vizconde de Ampurias con su caballería avanzaron apresuradamente contra los enemigos, quienes los recibieron á pié firme; el resultado del combate mostrábase incierto, y Nuño que luego de empeñada la accion, habia de hacer adelantar la retaguardia, se negó á dar la órden para que así lo verificara, diciendo que no convenia dejar expuesta la persona del rey á un peligro evidente para reforzar á los demás; y en ello hizo mal, dice el historiador de la conquista de Mallorca, pues los Sarracenos eran tan superiores en número á los cristianos, que sin su auxilio fué imposible vencerlos. Los Catalanes agobiados por la multitud de enemigos que tenian á su frente, hubieron de retroceder: Ramon de Moncada recibió en la pierna tan rudo golpe de cimitarra, que perdió un pié y cayó muerto su caballo; él ginete cayó con el y allí mismo fué rematado. Su hermano Guillen, Hugo Desvilar Hugo de Mataplana , y otros ocho caballeros principales quedaron tambien muertos en el campo.

Al propio tiempo el rey, impaciente de medir sus armas contra el rey de Mallorca, habia ido al encuentro del conde Nuño desde cuyo campamento divisábase al rey moro á la cabeza de brillante ejército, montado en un caballo blanco, y junto á él elevábase una bandera roja y blanca en cuya lanza figuraba clavada la cabeza de un hombre. El rey de Aragon marchó resuelto contra él, pero el conde Nuño, Pedro Pomar y Lope Jimenez de Luesia, cogieron la brida de su caballo y le detuvieron. En aquel entonces atacaron los Sarracenos un cuerpo de cristianos á quienes pusieron en fuga, y lanzando espantosos alaridos se dirigian hácia el lado donde se hallaba el rey. En aquel supremo instante, en que iba á decidirse de la suerte de la campaña, algunos caudillos se lanzaron entre los arrollados batallones gritando: «¡Vergüenza, vergüenza! El rey os ve; ¡á ellos!» Los fugitivos á estas voces se rehicieron, y como en aquel momento llegase el estandarte real escoltado por cien caballeros, el rey, los recien llegados, los antes dispersos escuadrones, todos en fin se lanzaron contra la morisma que, no pudiendo resistir á su impetuoso choque, abandonó el campo de batalla. El vencido emir quiso volver á Mallorca (1) por caminos extraviados, pero don Jaime, que penetró su designio, mandó ocupar cuantas sendas allí conducian, y en contra de la opinion de Ramon Alemany, que queria pasar la noche en el mismo lugar donde se habia alcanzado victoria, dispuso perseguir al enemigo en todas direcciones, y sobre todo á su emir; sin embargo, este llevaba mas de una milla de ventaja, y á pesar de la agilidad de los Aragoneses, pudo ganar las montañas que se levantan al norte de Palma.

Entonces fué cuando el obispo de Barcelona llevó al rey la triste nueva de la muerte de ambos Moncadas y de sus compañeros, que causó honda afliccion en don Jaime y en el ejército entero, y despues de mandar que se diera á los cadáveres honrosa sepultura, tomó el ejército el camino de Porto Pí y acampó en un llano á dos millas de Mallorca. Esta ciudad estaba entonces defendida con muy fuertes murallas y contaba una poblacion de ocho mil habitantes.

El rey de Mallorca, que se habia retirado á los montes, reunió allí hasta

(1) La capital de la isla que tiene hoy por nombre Palma, llamábase antes vulgarmente Mallorca.

ocho mil dispersos, y con ellos tomó las medidas necesarias para penetrar en la plaza. Para conseguirlo con mayor facilidad, avisó á los sitiados por medio de señales el lugar en que se hallaba, exhortándolos á inventar una estratagema para facilitarle el paso. La noche siguiente fué extremadamente oscura y los sitiados subieron en gran número al adarve, al lado opuesto al que los Aragoneses habian abierto la trinchera, llevando antorchas y dando grandes voces, segun su costumbre. Los sitiadores, que temieron verse atacados en su campamento, dirigieron todos sus fuerzas hácia el lado de donde creyeron que venia el peligro, y esto facilitó al rey sarraceno el medio de entrar en la plaza por una poterna de la muralla opuesta, á favor de la oscuridad y del tumulto.

El ejército habia emprendido el cerco con un ardor y buena voluntad superiores á todo encarecimiento, y la plaza era combatida por toda clase de máquinas; el ejemplo del rey y las exhortaciones de los religiosos que iban con el ejército llenaban á todos de entusiasmo, cuando, á pesar de todas las prevenciones, les sucedió lo que, segun don Jaime, no esperaban. Un pequeño riachuelo atravesaba su campamento y les proporcionaba el agua para sí y sus caballos, pero un destacamento salido de la plaza desvió el riachuelo y acampó en el mismo lugar en que lo cortara para impedir que los sitiadores volviesen á aprovecharse de él. Semejante suceso causó en un principio profunda inquietud al ejército, y por lo mismo don Jaime mandó al conde Nuño que tomara tres mil hombres, y fuese á devolver al arroyo su curso ordinario. Los Sarracenos intentaron oponerse á ello, pero el conde los cargó con tanta oportunidad y denuedo, que quinientos enemigos quedaron en el campo, y el precioso riachuelo volvió á poder de los cristianos. Don Jaime mandó descabezar á los muertos, y para intimadar á los sitiados, arrojó sus cabezas dentro de la ciudad.

Mientras esto sucedia delante de Palma, un sarraceno de la montaña, hombre muy rico y considerado, llamado Ben Abed, presentóse al rey de Aragon y le dijo que dominaba en ochocientas aldeas musulmanas de los montes que deseaban estar en paz y en buen acuerdo con él, y que estaban prontos todos á ofrecerle rehenes y á proveer á su ejército de toda clase de víveres y municiones, con tal que pudiesen ir y volver en seguridad de la montaña al campamento y del campamento á la montaña. El rey se apresuró á otorgar á los Sarracenos lo que solicitaban, y ellos le dieron en rehenes cierto número de sus hijos, no cesando desde aquel momento de proveer el campamento cristiano y de instruir á don Jaime de lo que practicaban los sitiados de Mallorca, inesperada alianza que fué para los cristianos de poderoso auxilio. Como primer acto de sumision, Ben Abed hizo al rey un presente de veinte caballerías cargadas de avena, cabritos, gallinas y uvas, y el rey en cambio le envió uno de sus pendones, con el objeto de que los mensageros mahometanos pudieran presentarse en la hueste cristiana sin ser maltratados. Pocos dias despues Ben Abed avisó al rey que otras dos porciones de la isla, que se llamaban partidas (1), deseaban someterse á su ley, sumision que fué aceptada con las condiciones ordinarias de la época. Ben Abed pidió al

(1) Dícenos don Jaime que los distritos ó partidos que habia entonces en Mallorca eran quince: Andraitx, Santa Ponza, Buñola, Sóller, Almerug y Pollenza en las montañas hácia la costa de Cataluña, y en la tierra llana Montverí, Canarrossa, Inca, Piedra, Muro, Felanitx, Santverí, Manacor y Artá.

rey que nombrase dos bailes cristianos que gobernaran en su nombre las partidas sometidas, y don Jaime encargó estas funciones á Berenguer Durfort de Barcelona y á Jaime Sans de Montpeller, ambos de su casa y servidumbre.

El rigor del cerco aumentaba cada dia, y los sitiados apelaron á un medio singular y bárbaro para oponerse á los ataques de los Aragoneses: habia en la ciudad gran número de cautivos cristianos, y pensando que sus hermanos vacilarian en llevar adelante sus trabajos si veian el peligro de darles muerte, atáronlos desnudos en cruces que clavaron en la parte mas combatida del muro. Esto, no obstante, no detuvo á los sitiadores: exhortados por los infelices cautivos, atacaron con mayor ardor, tanto que conociendo el rey sarraceno la inutilidad de aquel medio, mandó retirar á los cautivos de la muralla y volverlos á sus mazmorras.

Los sitiados habian perdido toda esperanza de salvacion, y el emir musulman, deseoso de entrar en capitulaciones, pidió al rey de Aragon que le enviara algunos hombres de su confianza para tratar del convenio. El conde Nuño fué elegido para la negociacion, y avistándose con el emir ofreció el Mallorquin pagar al rey de Aragon todos los gastos de la guerra desde el dia de su desembarco hasta aquel en que se retirase, con el pacto de no dejar en la isla ninguna guarnicion extranjera. Esta proposicion suya fué naturalmente rechazada, y supo con gran sentimiento que el monarca aragonés habia jurado por su corona y por la fe de Jesucristo que aun cuando se le diese tanta plata como pudiera caber desde las montañas hasta su campamento, no la recibiria sin tener la plaza á su discrecion. El Sarraceno añadió que ignoraba porque no habiendo hecho tuerto alguno al rey, se enconaba de tal modo contra él, que pretendia despojarle de su reino. Nuño le recordó entonces las arrogantes palabras que dirigiera á los mensageros del rey de Aragon encargados de obtener la restitucion de las dos naves capturadas por órden suya, y díjole que nada podia satisfacer á su soberano sino la rendicion de la plaza y de la isla. Reducido el Mallorquin al último extremo, añadió entonces: «Pues no os conformais con lo que os he dicho, oid ahora lo que quiero hacer. Decid á vuestro rey que desocuparemos la villa, y como con sus naves y leños nos pase á Berberia sin hacernos daño alguno, le daré por cada cabeza, ya sea de hombre, muger ó niño cinco besantes (1), y si alguno prefiriere quedarse en la isla, que pueda hacerlo.»

Alegre volvió don Nuño al campamento con esta proposicion, y reunidos los prelados y barones en presencia del rey, explicó el resultado de su mensage. Don Jaime consideraba aceptable y humilde en cuanto cabe la propuesta por el Moro, pero sus barones no fueron de su parecer. El obispo de Barcelona que fué consultado el primero, dijo que la oferta era en su opinion razonable, pero que se adheria á lo que resolviesen los caudillos del ejército, jueces mas competentes que él en semejantes materias. El conde de Rosellon habló en seguida y dijo: que emprendida la guerra para conquistar la isla y someterla á la dominacion cristiana, habíase alcanzado su objeto con la proposicion del rey musulman, y que consideraba oportuno evitar las fatigas y peligros que presentaba todavía la reduccion de

(1) El besante era una moneda de plata equivalente á tres sueldos y cuatro dineros barceloneses.

la plaza por la sola fuerza de las armas. Sin embargo, Ramon Alemany, tomando á su vez la palabra, sustentó opinion distinta, y manifestó que, puesto que Dios ponia en manos del rey la ocasion de vengar la muerte de tantos hombres honrados y principales que habian tomado generosamente las armas por él, no debia desperdiciarla. «Porque, en fin, dijo al terminar, si consentís en que esos bárbaros pasen á Africa, ¿quién os responde que no volverán luego con gran ejército de Sarracenos para reconquistar la isla? Mi opinion es, señor, que rechaceis cuanto proponen los enemigos de la fe de Jesucristo y de vuestro estado, y que continueis el cerco con mayor rigor que antes.» A tal razon y casi á una voz exclamaron á la par Gerardo de Cervelló y Guillen de Claramunt: «Señor, por Dios os suplicamos que os acordeis de En Guillen de Moncada, que tanto os amaba y servia, así como de En Ramon y de los demás ricoshombres que murieron con ellos en el campo de batalla.» Esta misma era la opinion de los demás barones y de todo el ejército, y por lo mismo don Jaime envió un mensage al emir sarraceno diciéndole que no esperase cuartel ni merced. Los habitantes resolvieron entonces vender cara su vida, y desde el muro empezaron á lanzar contra los sitiadores una lluvia de flechas, de dardos y de fuego.

El rey de Mallorca, á quien Conde llama Said ben Alhakem y la crónica de don Jaime Abohihe, exhortó á los suyos con vehemencia y les dijo en un discurso que don Jaime ha conservado en su historia, que desde hacia cien años los emires de Marruecos poseian aquellas islas, cuyo mando le habia sido confiado por el último de ellos; que allí estaban sus mugeres, hijos y parientes, y que su deber era defenderlas; y á su cabeza, dando á todos el ejemplo de una intrepidez que el mismo rey de Aragon se complace en reconocer, preparóse para sufrirlo todo antes que rendirse á los cristianos. Como prueba de su resolucion, mandó arrojar al campamento sitiador la cabeza de algunos de los cautivos que habia en la plaza, y desplegó en la defensa tanto ardor y arrojo, que hizo arrepentir á los barones del consejo que á su rey don Jaime habian dado.

Impaciente por poner fin á la empresa, don Jaime ordenó á los caudillos dar el asalto con todas sus fuerzas y no retroceder hasta que el estandarte real de Aragon fuese clavado en medio de la plaza; estas palabras produjeron tal efecto en el ánimo de las tropas, que de comun acuerdo juraron solemnemente sobre los Santos Evangelios que clavarian en la brecha los pendones de todos los capitanes; que en el asalto nadie, ricohombre, caballero ni peon, se volveria atrás ni se pararia, á menos de recibir golpe mortal; que no se recogeria á los muertos, ya fuesen condes ó caballeros; que los heridos serian arrimados á un lado, prosiguiendo los demás siempre adelante, sin volver atrás ni la cabeza ni el cuerpo; que quien lo contrario hiciese seria muerto por los suyos como cobarde y traidor á la patria y al rey; y finalmente, que al entrar en la ciudad nadie tomaria alojamiento hasta quedar enteramente rendida. El rey quiso jurar de los primeros la ejecucion de estos siete artículos, pero sus barones no lo consintieron, y el rey les dijo que, aun cuando no hubiese jurado, cumpliria por su parte lo mismo que si lo hubiese hecho.

Prestado por todos este juramento, dióse otra vez principio á batir los muros; los asaltos y rebatos se hicieron contínuos, y era evidente que se acercaba el momento del triunfo para los cristianos.

Era el dia anterior á la víspera de año nuevo, y don Jaime, resuelto á dar el dia siguiente el general y definitivo ataque, dispuso que al amanacer oyese misa y comulgase toda la hueste. Así verificado y siendo ya dia claro, dió el rey la voz de: *¡ Adelante en nombre del Señor !* y los apiñados batallones á los gritos de *¡Santa María, Santa María!* se acercaron á los fosos, donde habia acudido á estorbarles el paso el rey de Mallorca con todos los Sarracenos de la ciudad. Empeñóse entonces el combate, y en tanto unos arrimaban escalas y otros subian por ellas. El primero que llegó al adarve fué un escudero de Barcelona cuyo nombre no expresa la historia; seguido de algunos compañeros, desaloja á los Musulmanes de una torre, y agitando sus espadas y excitando á los que subian, precipitáronse contra los Agarenos á los gritos de *¡Via dins, via dins, que tot es nostre!* Los Sarracenos sorprendidos, pero no desalentados, renovaron el combate, primero en la muralla y luego en el interior de la ciudad; los habitantes peleaban exhalando horribles alaridos y á la voz de los muezines, que alentaban á los fieles desde lo alto de los minaretes, y hasta las mugeres y los niños arrojaban desde sus casas piedras, fuego y toda clase de proyectiles contra los cristianos. Por una parte el rey de Aragon, con la espada en la mano y á la cabeza de los suyos, corria á los lugares de mayor peligro, y por otra el emir de Mallorca al frente de sus diezmadas tropas, peleaba como acorralada fiera y gritaba á los suyos *¡roddo!* es decir, segun el historiador que nos sirve de guia «¡Valor, no huyais!» Sin embargo, imposible le fué resistir mucho tiempo: todo cedió ante el ímpetu de los Catalanes y Aragoneses, y la ciudad quedó sometida al rey don Jaime en la mañana del 31 de diciembre de 1228 (1).

El rey sarraceno, hallado por algunos soldados de Tortosa en el patio de una casa donde se habia refugiado, fué presentado á don Jaime, quien le aseguró que no tenia que abrigar temor alguno, porque, hallándose en poder nuestro, dice, podia contar salva su vida (2). El castillo de la Almudaina, donde habia buscado un asilo el resto de los vencidos, rindióse aquel mismo dia. Los tesoros que en él se encerraban fueron confiados por el rey á la custodia de los frailes predicadores, auxiliados de diez discretos caballeros y de sus escuderos. Uno de los primeros cuidados de los vencedores fué poner en libertad á los cautivos cristianos que en número de ciento ochenta gemian en la cárcel de Mallorca; al ser presentados á don Jaime arrodilláronse y besáronle las manos, *é el rey é cells que ab ell eren*, dice Desclot, *ploraren de pietat dels catius que tan mal havian passat.* Don Jaime dividió la tierra entre sus caballeros, segun su categoría y el número de hombres que cada uno habia llevado á la conquista, y otorgó á

(1) Algunos cronistas ponen la toma de Mallorca en 1229, pero ha de tenerse presente que estos cuentan los años desde la Encarnacion, y por lo mismo que todas las fechas desde el 25 de marzo hasta el 31 de diciembre llevan un año mas del que les corresponde segun la cuenta que ahora usamos

(2) El cronista Muntaner explica de otro modo la rendicion del rey de Mallorca, y refiere la circunstancia de haberle don Jaime cogido por la barba, circunstancia que no menciona el rey en su historia. Dice así: *Dins en lo carrer qui ara se apella sent Miquel era tan fort la batalla, que maravella era. E lo senyor rey conech lo rey sarrahi, é per força darmes acostas á ell, é pres lo per la barba. Y açó feu, per ço com ell habia jurat, que james no partiria daquell lloc, entro lo dit rey sarrahi hagues pres per la barba. E axí volch salvar son sagrament. E aquest sagrament feu lo dit senyor rey per ço com lo dit rey sarrahi hi avia gitats en la host ab trabuchs catius chrestians, perque plach a Nostre Senyor Jesu-Christ, que ell los ne venjas.* Cap. 7 y 8.

A. de J. C. la ciudad de Mallorca grandes privilegios, en los cuales fueron comprendidos á título igual los Cristianos, Sarracenos y Judíos. Por esta conquista don Jaime unió á la corona de Aragon el reino de Mallorca con todas sus dependencias, y desde aquel dia la gobernó con el título de rey.

A pesar de que era la voluntad de don Jaime salir al momento contra los Moros, que aun permanecian armados y amenazadores en los parages mas fragosos de la isla, hubo de acceder á las pretensiones del ejército, empeñado en que se hiciera almoneda de los Moros cautivos y de cuanto se habia ganado en la entrada. Esta operacion duró desde Carnestolendas hasta Pascua, y dió lugar á varios motines y alborotos, que logró apaciguar por fin la entereza del monarca. Este permaneció en la isla todo aquel verano dedicado á la persecucion de los Moros de las montañas, á fortificar muchos lugares de la costa, y, en una palabra, á dictar cuantas disposiciones creyó convenientes para el buen régimen de su conquista. Una enfermedad contagiosa que por aquel entonces se declaró en el ejército, causó la muerte de muchos y principales caballeros, y por esto, y porque importantes atenciones reclamaban su presencia en la Península, se embar-
1229 có para Tarragona (1229), despues de recibir vasallage de los almojarifes de Menorca é Ibiza (1).

Al llegar el rey don Jaime, á quien con justicia empezaba á darse el nombre de Conquistador, al puerto de la Porrasa despues de tres dias de navegacion, supo por don Ramon de Plegamans la muerte de Alfonso IX de Leon, y tambien los sucesos que en aquel reino se habian verificado aclamándose á Fernando de Castilla. Esto contrariaba los planes que sobre aquella corona tenia el rey aragonés, prometido esposo de doña Sancha, hija mayor de Alfonso; pero, segun nos dice él mismo, aunque le fueron muy dolorosas aquellas nuevas, consolóse luego pensando que en resúmen valia mas la conquista de Mallorca que acababa de verificar que todo el provecho que pudiera resultarle de la adquisicion de aquel reino, y que ya que tal no habia sido la voluntad de Dios, no debia entrometerse él en lo que el Señor no queria. Al dia siguiente embarcóse de nuevo para Tarragona, cuyos habitantes le recibieron con gran júbilo y banderas desplegadas. Allí en el monasterio de Poblet arregló con el obispo y cabildo de Barcelona lo perteneciente al nuevo obispado instituido en Mallorca, y en seguida partió para Aragon pasando por Montblanch y Lérida.

Negocios de muy distinta naturaleza llamáronle en breve á Navarra. Despues de la batalla de Ubeda ó de las Navas de Tolosa, Sancho el Fuerte, á causa de una grave dolencia cancerosa que en una pierna se le habia encendido, habíase retirado al castillo de Tudela sin dejarse ver de las gentes y sin atender á los negocios públicos por estar muy lisiado y doliente. En tanto don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, con quien en los pasados tiempos habia tenido graves diferencias por los lugares de Alava y Guipúzcoa, corríale la tierra y apoderóse de algunas fortalezas, favorecido por don Fernando de Castilla; y como don Sancho no se hallase en estado de resistir á tan poderosos enemigos, pensó en confederarse con el rey de Aragon, y propúsole avistarse con él en Tudela. Fué allí don Jaime, y despues de recibir muy cordial acogida por parte del rey

(1) Crónica de don Jaime.—Bern. Desclot.—Ramon Muntaner.—Zurita, etc.

Navarro, dirigióle este, segun nos cuenta el mismo don Jaime, las siguientes palabras: «Creo que no podeis ignorar, rey Jaime, cuanta amistad y cuan estrecho parentesco hay entre nosotros dos; pues á excepcion de nuestro sobrino el hijo de la condesa de Champaña, no tenemos otro pariente mas cercano; y aun en cierto modo nos consideramos mas allegado con vos, porque os amamos en mayor grado, ya que á pesar de todos los beneficios que le hemos hecho, dicho sobrino nos ha vuelto siempre mal por bien, y se porta tan mal con Nos, que ha llegado á conspirar con nuestros hombres de Navarra para destronarnos y alzarse rey. Este es el motivo de haberos enviado á buscar, porque preferimos que nos sucedais vos en el reino antes que él ni ningun hombre del mundo, y por esto he querido tambien que lo supiéseis directamente de mí sin intervencion de ninguna otra tercera persona. Mas, para que no digan las gentes que obramos de ligero y sin ningun motivo, es menester que al mismo tiempo que Nos os prohijaremos, nos prohijeis vos tambien, pues ya veis que no podeis perder en ello, toda vez que con nuestros setenta y ocho años es natural que muramos mucho antes que vos, que no contais aun veinte y cinco.» Plúgole mucho á don Jaime la proposicion, pero dijo haberla de consultar con los ricoshombres que le acompañaban, á causa de que su hijo don Alfonso habia sido proclamado y jurado su sucesor á la corona. Oido, pues, su consejo y tenidas nuevas pláticas con el Navarro, acordóse que don Jaime le sucederia en el reino inmediatamente despues de acaecida su muerte, y que Sancho solo heredaria al de Aragon en caso de que este y su hijo Alfonso muriesen sin hijos antes que él (2 de febrero de 1230) (1). Este convenio fué ratificado y jurado por los ricoshombres y síndicos 1230
de las ciudades y villas de ambos reinos, hecho lo cual cometióse á algunos ricoshombres de una y otra parte, unidos con algunos ciudadanos de Zaragoza, el cuidado de determinar el modo como habia de emprender el de Aragon la guerra contra el Castellano; pero no parece que llegaran ambos reyes acerca de este punto á amistoso acuerdo, por la repugnancia que mostraba Sancho en emplear para tan importante objeto los recursos de su tesoro, pretendiendo cargar en el Aragonés todo el peso de la guerra.

A. de J. C.

La conquista de Mallorca tuvo notables é inmediatas consecuencias, y permitió á don Jaime reunir algun tiempo despues á su corona el condado de Urgel. Hemos visto extinguida la línea masculina de aquellos soberanos, y poseer el condado Aurembiaix, que acababa de casar con don Pedro, tercer hijo de Sancho I, rey de Portugal, que, extrañado de su reino por las graves desavenencias que entre los hermanos habia producido la ejecucion del testamento de su padre, habia llegado al territorio aragonés despues de permanecer algunos años en Marruecos. La condesa murió transcurrido muy poco tiempo sin dejar sucesion, instituyendo por heredero en el condado de Urgel al infante su marido, y recelando el rey que este lo transfiriese á otra persona, procuró concertarse con él y cederle el reino de Mallorca en cambio de sus estados de Cataluña. El infante

(1) En el tratado de alianza y mútua arrogacion otorgado entre don Jaime y don Sancho que se lee en la obra de Zurita, no se hace mencion de don Alfonso segun expresa el mismo rey de Aragon en su crónica. Esto hace creer que el pacto á favor de dicho infante estableceríase en algun tratado secreto.

A. de J. C. recibió la proposicion con alborozo, y extendido un tratado en toda forma, en 29 de setiembre de 1230, la isla de Mallorca, bajo el nombre de reino, fué cedida al infante, reservándose el rey la Almudaina y otras fortalezas; don Pedro cedió por su parte al rey cuanto poseia en Cataluña, pero se convino en que la corona de Mallorca volviese á don Jaime ó á sus sucesores en caso de morir sin hijos legítimos el nuevo soberano. En su consecuencia don Pedro tomó posesion de Mallorca y reinó en la isla hasta 1244, en cuya época, como poco amigo de las armas que era, y debiendo vivir en contínua zozobra por la vecindad de los Moros africanos, abandonó aquella soberanía, cediéndola otra vez al rey don Jaime.

1231. Por aquel entonces (1231) tuvo que marchar este precipitadamente á Mallorca por haberse difundido la voz de que el rey de Tunez con poderoso armada se dirigia á la reconquista de la isla. Don Jaime embarcóse con sus caballeros en el puerto de Salou, y arribó á Soller despues de algunos dias de navegacion. La expedicion de los Africanos no llegó á verificarse ni se vió señal alguna de que por entonces pensaran en emprenderla, así es que determinó el rey llevar sus fuerzas contra los Moros de las montañas, que en número de tres mil hombres de guerra tenian todavía los castillos de Pollensa, Santverí y Alaró. Don Jaime rindió por avenencias á sus principales caudillos y dejando la isla si no del todo sosegada, mas tranquila, volvióse para Cataluña.

Otra vez se avistó don Jaime con Sancho de Navarra en el castillo de Tudela para determinar lo que importaba hacer en la guerra contra Castilla, que en su ardor de mozo y en su ánimo esforzado, no podia don Jaime comprender la inaccion del Navarro ante los repetidos agravios que el Castellano le inferia. Tampoco, empero, fuéle posible resolver cosa alguna en aquella entrevista, y conociendo, dice Zurita, la codicia del rey de Navarra, que ni era bueno para valerse en sus necesidades ni dar buena expedicion en sus propios negocios que le importaban tanto, determinó de alzar la mano de la guerra de Castilla para emplearse en la de los Moros.

1232 De nuevo hubo de pasar don Jaime á Mallorca en el año 1232, pues los Moros de las montañas, aunque tan vivamente perseguidos y estrechados en sus riscos, que solo podian sustentarse de yerbas, no querian rendirse ni darse á partido sino fuese á la persona del rey. Antes, empero, en 6 de mayo de este mismo año, reprodujo otra vez el rey hallándose en la ciudad de Tarragona la ceremonia de la legitimacion de su hijo el infante don Alfonso, instituyéndole por su heredero en los reinos de Aragon y Mallorca, en los condados de Barcelona y de Urgel y en el señorío de Montpeller, entendiéndose esto siempre que el rey de Castilla y la reina su tia entregasen el infante á sus tutores, y que si su hijo pretendiese en algun tiempo entrar poderosamente con gente extrangera para apoderarse del reino, pudiesen los ricoshombres de Aragon y Cataluña negarle obediencia. Ordenado esto y los que habian de sustituir al infante en caso de morir sin hijos, que eran su primo don Ramon Berenguer, conde de Provenza, y su tio don Fernando, hízose el rey á la vela desde el puerto de Salou, y despues de conquistar á su paso la isla de Menorca, recibió la sumision de los Moros que se mantenian aun rebeldes en los fragosos montes de la isla que primeramente conquistara. Estuvo el rey en Mallorca los meses de julio y agosto proveyendo á lo

que tocaba al repartimiento de la isla (1) y volvióse para Cataluña, meditando ya sin duda otra empresa que, como la toma de las Baleares, habia de dar á su nombre fama imperecedera. A. de J. C

En efecto, ocupado andaba aun don Jaime en las cosas de Mallorca, cuando Aben Zeyan, emir de Valencia, despues de despojar del reino á Cid Abu Said, habia entrado á correr su tierra y llegado á Tortosa y Amposta, robando y estragando los lugares de aquella comarca; don Jaime envióle mensageros diciéndole que se holgaria de tener paz y tregua con él como hasta allí la habia tenido, con tal que le pagase las quintas de Valencia y Murcia y además lo atrasado por valor de cien mil besantes. No quiso el Moro aceptar la oferta que le hacia el rey, y desde entonces, dice Zurita, quedó la guerra declarada. Además, en el constante deseo que animaba á don Jaime de llevar sus armas contra los infieles, alentáronle á intentar la conquista de Valencia el maestre del Hospital Hugo de Folcalquer y Blasco de Alagon, que, encontrándose el rey en Alcañiz á su regreso de Mallorca, representáronle toda la gloria y beneficios que de la campaña podian resultarle, pintáronle las excelencias del país, las discordias que dividian á sus dominadores, y don Jaime, que no necesitaba tanto, resolvió emprender sin dilacion la guerra.

El pontífice Gregorio IX otorgó para la empresa los privilegios de cruzada, y publicada esta en Monzon en las cortes allí celebradas, tomaron la cruz el rey, los ricoshombres y gran número de caballeros. A la voz de don Jaime se reunieron numerosas tropas, los prelados y nobles de Aragon y Cataluña, muchos voluntarios de Narbona y de Provenza, los Templarios y los caballeros Hospitalarios, y prontos y dispuestos todos á primeros de mayo de 1233, el monarca de 1233 Aragon dió principio á la campaña. La toma de Arés y de la importante plaza de Morella fueron los primeros triunfos de las armas cristianas, y descendiendo luego hácia el mar estragando la tierra sarracena, puso don Jaime sitio á Burriana, villa situada en fértil y abundoso campo, de donde se mantenian los lugares circunvecinos. Poco antes Cid Abu Said, el despojado emir de Valencia, habíale prestado de nuevo homenage, prometiéndole ser su valedor y ayudarle con su persona y gente contra sus propios enemigos.

Formalizado el cerco de Burriana, defendíase la plaza con tanto ardor y esfuerzo como era el que ponia don Jaime en combatirla con todas las máquinas de guerra en aquel entonces usadas. Grandes fueron los trabajos que en el sitio pasaron los cristianos, é infinitos los prodigios de valor que hizo don Jaime; cuatro saetas lanzadas del adarve lograron traspasar su armadura, sin que diera el rey un solo indicio de dolor, y siempre era él quien mas se acercaba al muro despreciando los tiros enemigos. Bien fortificada y provista Burriana, amenazaba ser el sitio muy largo y penoso, y varios ricoshombres, y entre ellos el infante don Fernando, aconsejaban al monarca que lo alzara y que no se expusiera á una completa derrota por una obstinacion que calificaban de temeraria. —«Acordaos, replicóles don Jaime con noble entereza, de que Dios nuestro Señor nos ha favorecido siempre otorgándonos muchísimas gracias durante nues-

(1) Ninguna mencion hacen nuestras crónicas de don Pedro de Portugal durante estos gravísimos sucesos, lo cual manifiesta lo efímero de su soberanía.

A. de J. C. tra juventud, de manera que cuantas cosas emprendimos, fiados en la merced de Dios, las llevamos á buen fin. Despues que en nuestra menor edad hemos ganado un reino que está sobre la mar y que hemos entrado en el de Valencia para conquistarle, ¿quereis que el primer lugar que sitiamos junto con vosotros, y un lugar tan insignificante como es este, que no es mayor que un corral, lo abandonemos ahora sin mas ni mas? ¡Oh! Creed que tal cosa no haremos; antes os rogamos, y por el señorío que sobre vosotros tenemos, os mandamos que nos ayudeis á ganarlo, y que el consejo que me dísteis jamás volvais á dárnoslo. Mal podria yo volver á Cataluña ni á Aragon, y vergüenza me seria si antes no cayera en mis manos el lugar de que os hablamos.» Al fin empezaron á escasear los víveres entre los sitiados, y solicitaron del rey una tregua de un mes, obligándose á rendir la plaza si en aquel tiempo no eran socorridos por los Moros de Valencia. Jaime les contestó que no aguardaria ni tres dias, cuanto menos un mes, y que si no les acomodase empezaran á disponerse para el asalto, cuyo resultado llorarian sin duda. Pidieron luego plazo por quince dias, y el rey les contestó que ni quince, ni ocho, ni cinco. Así estrechados, limitáronse á pedir que se les salvara la vida y la facultad de salir de la plaza con cuanto pudiesen llevar consigo; cinco dias les parecian necesarios para prepararse á la emigracion, y con estas condiciones ofrecian rendir la ciudad inmediatamente, y retirarse á Nules, ellos, sus mugeres é hijos, con tal que el rey les asegurase por medio de juramento que podrian hacerlo sin peligro. Aceptadas estas condiciones, si bien don Jaime solo les concedió cuatro dias para evacuar la plaza y no consintió en que se llevaran otros objetos que los que pudiesen transportar sobre sus personas, los Musulmanes de Burriana entregaron su ciudad el dia 15 de julio, y el rey don Jaime verificó en ella su solemne entrada despues de dos meses de sitio. Los moradores de Burriana, hombres, mugeres y niños se elevaban á siete mil treinta y dos, segun la cuenta que de ellos se hizo á presencia del vencedor (1).

Reducida Burriana, tomó el rey el camino de Aragon de donde hubo de regresar en breve por haber sido llamado por don Jimeno de Urrea, á quien encomendara la conquista de los castillos y lugares inmediatos. Los Moros de Peñíscola, desesperando sin duda de ser socorridos, ofrecieron rendirse al rey, y este en efecto los recibió á su obediencia bajo honrosas condiciones, entre otras la de permitirles vivir bajo su ley y religion. Castellon, Burriol, Cuevas y otras plazas se rindieron igualmente conservando sus libertades, y Alcocer, la única que opuso alguna resistencia, fué entrada por fuerza de armas por don Jimeno de Urrea; Chivet se rindió á los Templarios, Cervera á los caballeros de San Juan y Almazora fué tomada por los soldados de don Pedro Cornel.

1234. Esto sucedia en 1233, y en 1234 entró de nuevo don Jaime por la misma vega de Valencia, donde atacó y rindió las fuertes torres de Moncada y de los Museros, que él mismo califica de ojos de la ciudad. En 8 de setiembre y en la

(1) Chronica de En Jacme, c. 35 y 36.—E fo axi feyt, quen exissen tots dins cuatre dies ab ço que porrien levar en les costes e en les mans, e en aquesta manera haguem Borriana. E per tal que sapien les gens quants havia en Borriana entre homens, fembras e xichs, foren VII millia trenta dos: e durá lo seti ans que fo presa dos mesos.

ciudad de Barcelona, don Jaime casó en segundas nupcias con doña Violante hija de Andrés, segundo rey de Hungría, y de otra Violante hija de Pedro de Courtenay, emperador de Constantinopla. Con este motivo hubo de avistarse en el monasterio de Huerta, en confines de Aragon, con don Fernando de Castilla, sobrino de la divorciada reina doña Leonor. Don Jaime aseguró que su segundo enlace en nada menoscabaria los derechos de su hijo el infante don Alfonso, y añadió la villa de Ariza á los lugares que para su decoroso mantenimiento tenia ya señalados su primera esposa. A. de J. C.

Los negocios de Navarra ocuparon tambien por aquel tiempo al rey Conquistador. La muerte de don Sancho y la proclamacion de su sobrino Teobaldo hicieron que pensara por un momento en hacer efectivos los derechos que al reino de Navarra le daba el tratado de prohijamiento celebrado con el último monarca, pero su deseo de hacer la guerra á los infieles y sobre todo las dificultades que preveia en quererse alzar con el trono navarro á despecho de sus naturales, hicieron que desistiera de la empresa, segun ya en otro lugar llevamos dicho.

«Dos años habian transcurrido desde que se nos sometiera la isla de Menorca, nos dice don Jaime en su crónica, cuando se nos presentó en Alcañiz el sacristan de Gerona, que era arzobispo electo de Tarragona, y se llamaba En Guillermo de Mongrí, junto con En Bernardo de Santa Eugenia y su hermano, y despues de habernos pedido audiencia, nos dijo que si queríamos cederles la isla de Ibiza, él y los de su linage emprenderian aquella conquista; pues ya que Nos no la teníamos en nuestro poder y estábamos ocupados á la sazon en otras empresas, creia que no podíamos tener reparo en que él emprendiese aquel hecho de armas, para que se dijese que el arzobispo de Tarragona habia conquistado aquella isla, puesto que en todo caso él la tendria en feudo por Nos. Despues de haber deliberado sobre su propuesta, conociendo que nos honraba con conquistar aquella tierra y tenerla en feudo por Nos, accedimos á lo que nos pedia: y aprestándose él con todos los suyos, dispuso lo necesario para el pasage y mandó construir un trabuquete y un fundíbulo. Luego que el infante de Portugal y don Nuño tuvieron noticia de la proyectada empresa, ofreciéronse á acompañar al arzobispo, con tal de que este les diese parte en la conquista, á proporcion del número de caballos con que le auxiliasen. Fuéles otorgada su demanda, y emprendieron juntos aquella campaña.—Llegados á Ibiza, pudieron desembarcar sin que los de la isla les opusiesen ningun obstáculo, y dirigiéndose desde luego al puerto con los caballos armados, mientras se encaminaban tambien allá las naves y leños, asentaron su campamento y comenzaron el sitio. Armaron ante todo las máquinas; hicieron que el fundíbulo, que no alcanzaba tanto, asestase sus tiros contra la plaza y el trabuquete contra el castillo; hasta que viendo que los disparos del fundíbulo empezaban á hacer mella en el muro, resolvieron abrir algunas cavas. Cuando los de la hueste conocieron que habia llegado ya la hora del ataque, empezaron á trabar ligeras escaramuzas con los sitiados; mas luego armáronse todos, corrieron al asalto y se apoderaron de la primera línea de las murallas de la plaza, acobardando con esto á los Sarracenos, que pidieron luego capitulacion. Así se apoderaron fácilmente de la villa y del castillo, sin que el trabuquete hubiese disparado mas allá de diez piedras, y habiendo sido el primero 1235

A. de J. C. en entrar al asalto un hombre de Lérida llamado Juan Chicó. Despues de la toma de Ibiza se han dirigido muchas veces contra aquella isla galeras de Sarracenos; pero por merced de Dios han tenido que volverse siempre con mayor daño del que han podido causar en ella.»

Por aquel tiempo don Ponce de Cabrera, fundándose en el hecho de haber muerto sin sucesion la condesa Aurembiaix, reprodujo sus pretensiones al condado de Urgel, y llegó á apoderarse de algunos lugares del mismo. Don Jaime
1236 movió contra él á la cabeza de algunas tropas, pero á principios de 1236, hallándose en Tárrega, desistió el conde de los derechos que alegaba sobre las ciudades de Lérida y Balaguer, cediéndolos al rey, y recibió en cambio en feudo para sí y sus sucesores la villa y castillo de Agramunt, Linerola, Menargues, Albesa y otros castillos, y pudiendo usar lo mismo que don Jaime el título de conde de Urgel.

1237 La empresa de Valencia era la idea dominante del rey, y en mayo de este año creyó bastante adelantadas las operaciones preliminares para poder descargar los últimos golpes á la conquista que meditaba; antes, empero, quiso apoderarse de un puesto avanzado distante pocas millas de la ciudad, llamado Enesa por los Moros y por los cristianos Puig de Cebolla y despues de Santa María. El rey Aben Zeyan de Valencia que supo el proyecto de don Jaime, pensó frustrarlo mandando derribar la fortaleza; pero don Jaime, inmutable en sus resoluciones, acampó en el deseado cerro, y en menos de dos meses construyó un nuevo castillo que permitió á los suyos llevar sus algaras hasta las mismas puertas de Valencia. Terminada la obra, confió el rey su custodia á Bernardo Guillen de Entenza con algunos caballeros y peones, y marchó él á Burriana y otros puntos para atender á que no careciesen de víveres, cuya falta empezaba ya á sentirse, los que quedaban en la fortaleza (1).

Esto sucedió en julio, y en el mes de octubre reunió don Jaime cortes generales en Monzon para tratar de la campaña que á todos preocupaba, esto es, de la toma de Valencia, y entregado se hallaba á estas ocupaciones cuando recibió aviso del importante triunfo alcanzado por los suyos en el cerro de Santa María.

Sabedor el rey de Valencia y la comarca entera de que los soldados del rey de Aragon se habian establecido en Enesa para dañar á los Sarracenos y á sus tierras, reunió su consejo, dícenos el cronista cristiano, y envió mensageros y cartas á todos los jeques de sus dominios hasta Murcia, anunciándoles que los cristianos se habian establecido en las puertas de Valencia, y mandándoles que acudieran todos en un dia señalado á caballo ó á pié. Así reunió seiscientos ginetes y cuarenta mil infantes, y con ellos marchó contra la fortaleza de Santa María, creyendo encontrar desprevenidos á sus defensores, y apoderarse de ella sin que pudieran resistir al gran número de sus guerreros.

No sucedió, empero, como él lo habia imaginado. Unos diez hombres que habian ido á correr la vega de Valencia y estaban de vuelta en el Puig, dieron avi-

(1) Como rasgo característico del genio de don Jaime véase el siguiente curioso incidente que en sus memorias nos refiere: «Al tratar de levantar el campo vimos que una golondrina habia fabricado su nido encima de nuestra tienda, por cuyo motivo dimos órden para que esta no se quitase hasta que la avecilla hubiese desanidado con sus hijuelos, ya que fiada en Nos se habia establecido allí.» Cap. CLI.

so á Entenza de que el Moro iba á atacarlos con numeroso ejército, y con tal nueva, reuniéronse en consejo los caballeros, invitándoles el gobernador á decir lo que en aquel trance mejor creian para ellos y para el honor del rey. Algunos opinaron por retirarse, pues creian imposible resistir á la gran muchedumbre sarracena, pero opúsose á ello En Guillen de Aguiló con estas varoniles palabras (1):

«Señores, dijo, hemos venido aquí en honra de Dios y de Santa María, para que sea exaltado el nombre del Señor y celebrado su santo sacrificio, al tiempo que esa gente infiel sea destruida y confundida con todas sus torpezas. Aunque pocos nosotros, creed que seremos mas que ellos; Dios nos dará su auxilio, y por lo mismo importa que conservemos nuestro puesto con alegre corazon y firme voluntad. La bandera de Aragon jamás ha retrocedido, y tampoco retrocederá esta vez, que es preferible morir con honor que vivir en la deshonra. Si morimos en este trance, nuestras almas ascenderán á Dios, y si, por el contrario, nos deshonráramos en vida, perderíamos no solo nuestros cuerpos, sino tambien nuestras almas.»

En seguida habló don Bernardo Guillen de Entenza, y dijo: «Señores, lo que En Guillen de Aguiló acaba de deciros son palabras de gran verdad, prudencia y nobleza, y todos hemos de grabarlas en nuestros corazones. Es cierto que estamos aquí escasa compañía de caballeros y sirvientes, pero tengamos confianza en Dios por quien peleamos, y él estará con nosotros. Preparémonos lo mejor que podamos y ordenemos nuestra batalla, pues los enemigos como gente sin disciplina, se presentarán á nosotros en desórden, creyendo tenernos ya en su poder. Tenemos aquí ochenta caballeros cubiertos de hierro, buenos y esforzados; entre mulos y asnos contamos doscientos animales de carga, y además dos mil hombres de á pié. Los que carezcan de armadura, tomen sus cubiertas y pónganlas sobre los mulos y asnos, figurando así tantos ginetes como nos sea posible. Despleguemos tambien los pabellones y banderas de las tres galeras que nos han traido víveres, y llegada la mañana saldré yo contra los Sarracenos con cincuenta caballeros y mil infantes. En Guillen de Aguiló con el Temple y el Hospital mandarán la fuerza restante, que permanecerá detrás del Puig con todas las banderas y seis pares de trompas, para aparecer con banderas desplegadas y el mayor estrépito posible, luego que se haya empeñado la pelea. Los Sarracenos creerán ser aquello un gran ejército que ha venido en nuestra auxilio, acaudillado por el mismo rey, y sin duda emprenderán la fuga.»

Todo quedó ordenado segun habian dicho, añade Desclot, y recogidos todos, prepararon sus armas y se dispusieron para el combate. Despachóse un mensage á los hombres de las galeras que el rey habia enviado, con órden de bajar á tierra con los pabellones, trompas y armas de los buques, y llegada la mañana confesaron y comulgaron todos; luego comieron cada uno segun su apetito, y en seguida ocuparon su puesto de batalla. Bernardo Guillen de Entenza descendió del Puig con cincuenta caballeros y mil peones por la parte del mediodía, mientras que los Sarracenos se formaban en el llano en tan gran número que lo llenaban todo, tanto que daba espanto verlos, y que consideraban ya en su poder á

(1) Seguimos aquí, traduciéndola literalmente, la característica y completa relacion que Bernardo Desclot nos ha dejado de estos sucesos.

A. de J. C. los cristianos del Puig, y mas seguros que si los tuvieran en sus prisiones de Valencia.

Bernardo Guillen de Entenza, con los cincuenta caballeros y los mil peones, atacó á los Sarracenos con gran impetuosidad, y derribó á muchos á lanzadas. Los enemigos se defendieron con vigor con sus lanzas y ballestas, y creyeron haber experimentado el choque de todos los defensores de Santa María; pero de otra manera lo pensaron cuando de la parte opuesta del cerro hácia el norte vieron á Guillen de Aguiló con el resto de los caballeros y sirvientes, llevando á su frente muchas banderas y pabellones y el estandarte real desplegado. Entre hombres á caballo ó montados en mulos y asnos cubiertos de sábanas, eran los cristianos hasta dos mil doscientos sirvientes con seis pares de trompas, y atacando á los Sarracenos por la parte del norte, estos empezaron á desbandarse y á huir, de modo que los unos caian encima de los otros. Los cristianos los persiguieron por espacio de legua y media, hiriendo y matando, y al llegar como á media legua de la ciudad de Valencia, se volvieron al Puig y á sus trincheras con gran botin y muchos caballos, mulos, asnos y armas, no habiendo perdido sino tres hombres de á caballo y siete de á pié. Sin dilacion tributaron gracias á Dios por el favor que les habia concedido, tan grande que por un cristiano muerto habian perecido mil Sarracenos.

Así cuenta el cronista la famosa jornada del Puig de Santa María, que sucedió por agosto de 1237, en la que los cristianos, atendido su reducido número, hicieron prodigios de valor. El rey quiso ver inmediatamente á los valientes que acababan de hacer dar tan gran paso á sus proyectos sobre el reino valenciano, y dirigióse inmediatamente al Puig. Llegado allí, elogió mucho el esfuerzo por todos desplegado, hizo á todos mercedes, y de regreso á Aragon, mandó predicar la cruzada contra el reino de Valencia.

A este objeto se dirigian todos los esfuerzos de don Jaime cuando supo en Zaragoza la muerte del gobernador del castillo de Santa María; el esforzado
1238 Bernardo Guillen de Entenza acababa de morir en su cama (enero de 1238), y Jaime se dirigió sin pérdida de momento al Puig, á cuya guarnicion encontró sumida en la mayor tristeza y desaliento, desesperando de poder sostenerse despues de la pérdida de su general. El rey procuró infundir ánimo á todos, prometió auxiliarlos con fuerzas considerables luego que las habria reunido en Aragon, y hacia ya sus preparativos para la marcha, cuando un fraile de la órden de Predicadores que en la fortaleza se encontraba, dióle parte de que los defensores del Puig habian resuelto abandonarlo luego que él hubiese verificado su partida. Vivamente contrariado y pensando que seria en vano cuanto habia hecho hasta entonces á ponerse por obra la resolucion de sus caballeros, tomó el rey aquella misma noche un partido caballeresco muy propio de su carácter: reunió á los defensores de la fortaleza, y en pié delante del altar de la iglesia de Santa María, juró é hizo voto de no pasar Teruel ni el rio de Tortosa hasta que Valencia hubiese caido en su poder. Hizo mas, envió á buscar á la reina su esposa y á su hija, que fué despues reina de Castilla, para conservarlas á su lado hasta la realizacion de la proyectada conquista (1).

---

(1) Así explica don Jaime este suceso y las palabras que dirigió á sus barones: «Barons, les dijo,



TOMA DE MALLORCA POR Dn. JAYME EL CONQUISTADOR

Las palabras del rey devolvieron el ánimo á los defensores de Santa María é inspiraron á Aben Zeyan muy graves inquietudes, que aumentaban á medida que se acercaba lo primavera á la vista de los preparativos y de los movimientos de tropas ordenados por don Jaime en la frontera aragonesa, los cuales presidia en persona con un celo y ardor extraordinarios.

En efecto, luego del voto hecho delante de sus caballeros, voto que manifiesta los obstáculos en que tropezaba en la edad media la autoridad de los reyes y en particular la de los de Aragon, cuéntanos don Jaime como Aben Zeyan, sabedor de sus irrevocables proyectos, cobró gran temor y le envió un mensagero para tratar de la paz. Eligió para la negociacion á un hombre letrado y entendido llamado Alí Albatá, dióle sus instrucciones y le envió con plenos poderes cerca del rey cristiano. Alí habia mantenido en otro tiempo íntimas relanes y estrecha amistad con un caballero cristiano muy influyente y poderoso en la comarca de Teruel, llamado Ferrando Diez, y á él se dirigió primeramente, diciéndole: «Cid Ferrand, antes de decirte á lo que vengo, quiero que me jures por tu ley que á nadie descubrirás lo que voy á manifestarte, á no ser á la persona que yo te diré.»

Ferrando Diez lo juró sobre un devocionario que llevaba consigo y que contenia los Santos Evangelios, y Alí le explicó entonces la causa de su venida, rogándole que transmitiera sus palabras al rey.

«Despues de tal entrevista, nos dice el mismo don Jaime en sus Comentarios, don Ferrando Diez nos vino á ver, diciendo que queria hablar en secreto con Nos de cosa que tocaba mucho á nuestro pro. Apartámonos al oirlo á un extremo de la casa donde Nos dormíamos..... y don Ferrando nos dijo:—Sabed, señor, que os va á venir el mayor lucro y la mas grande honra que jamás obtener pudo ningun otro de vuestro linage, pues Zaen (Aben Zeyan) me ha enviado un mensage por Alí Albatá y me ha hecho jurar sobre los Santos Evangelios que á nadie lo descubriria sino á vos. De su parte me ha dicho que estaba pronto á cumpliros la siguiente promesa, á saber: que os daria todos cuantos castillos se encuentran desde Guardamar hasta Tortosa y desde Tortosa á Teruel; que os haria fabricar un alcázar en la Zaidia, y además que os daria todos los años y por siempre diez mil besantes de renta en la ciudad de Valencia como le dejáseis en paz (1).»

Jaime tuvo gran regocijo por este mensage, segun él mismo nos asegura, pues era en efecto un magnífico y bello territorio el que le cedia Aben Zeyan; esto no obstante no vaciló en rechazarlo. Nada mas característico que el pasage de

---

be conexem é creem que vos sabets, é tots aquells qui en Spanya son, la gran gracia que Nostre Senyor nos ha feyta a nostre jovent del feyt de Mallorques e de les altres illes, e daço que havem conquest de Tortosa ença; e vos altres tots sots aqui ajussats per servir Deus e nos. Ara frare Pere de Lleyda parlá esta nuyt ab nos, é dix nos que la major partida de vos altres sen volien anar, si nos nos enanassem. E marevellamnosen, que la nostra anada cuidavem fer a prou de vos altres é de la nostra conquesta: Mes puys entenem de la nostra anada, que pesa á vos altres, llevam nos en peus e dixem: Nos prometem aqui a Deus e al altar qui es de la sua Mare, que nos no passarem Terol ne lo riu de Tortosa tro que Valencia hajam presa. E enviam per la regina nostra muller, e per nostra filla (qui es ara regina de Castella), que vinguen per ço que entenats que major voluntad hich havem de aturar, e de conquerir aquest regne que sia servici de Deus (Jacme, Comentari, etc., l. III, c. LXXII).

(1) Hist. del rey don Jaime, c. CLXVII.

su crónica en que esto nos refiere. Dijo á Ferrando Diez que lo pensaria, y despues de meditarlo por largo tiempo, el necesario para andar una legua de camino, dijo: «Ferrando Diez, convencidos estamos y no podemos menos de creer que quisiérais nuestro pro y nuestro honor; pero ese tratado no nos conviene, y la razon es porque hemos llegado ya á tal punto y hora, que Valencia ha de ser precisamente nuestra: venga, pues, primero la clueca, y despues tendremos los polluelos.» Ferrando Diez, continúa el rey, no volvia en sí de su sorpresa, y dijo admirarse mucho de que tal cosa rehusaramos, pues (y esto manifiesta los progresos de la conquista) si tal oferta, dijo, se hubiera hecho en vida de vuestro padre ó de vuestro abuelo, saltarian ellos y bailarian de contento por tan gran ventura como les llegara.

Despues de esto solo hubo para don Jaime felices sucesos: Almenara, Uxó, Nules, Castro, Paterna, Betera, Bulla y otras muchas villas y lugares se le rindieron casi espontáneamente, á consecuencia de negociaciones que el Conquistador refiere en sus Comentarios con su estilo sencillo, pero siempre encantador. Sin embargo, si todas las tierras de esta parte del Turia (1) estaban abiertas á sus armas, no sucedia lo mismo con las de la ribera opuesta; para pasar el rio, llevar el campo cerca de Valencia y mantenerse en él con honor, eran necesarias fuerzas considerables. Acercábase entonces la primavera de 1238, y todos los esfuerzos del monarca tendian á reunir un ejército suficiente para dar cima á lo que habia empezado con tan buena fortuna.

Llegado el tercer mes del año 1238, empezaron á agruparse al rededor de su bandera cruzados de las diferentes provincias de España, de Francia, de Italia, de Inglaterra y de otras naciones. Impaciente, empero, por la lentitud con que acudian, resolvió dar principio al sitio de Valencia con sus solas tropas, aun cuando se componian únicamente de unos setenta caballeros que reunian el maestre del Hospital y los Comendadores del Templo, de Alcañiz y de Calatrava, de ciento cuarenta caballeros de la mesnada del rey, de ciento cincuenta Almogavares y de unos mil hombres de á pié. Con este menguado ejército se atrevió el rey don Jaime á sitiar á una ciudad que podia poner en campaña una hueste diez veces mas numerosa que la suya, y despues de pasar la Cuaresma y la Pascua en el Puig, pasó el Guadalaviar al este de Valencia á poca distancia del mar, por el sitio llamado el Grao (2), deteniéndose y plantando sus tiendas y pendones en varias casas situadas entre la ciudad y el Grao como á una milla de la primera. Su intento era esperar allí las compañías de Aragon y Cataluña, pero al dia siguiente trasladó su cuartel general á la Ruzafa, que no era entonces mas que una alquería, por haberse apoderado de ella algunos Almogavares sin noticia del rey. Desde aquel momento hallóse este á dos tiros de ballesta de la plaza sitiada.

Por fortuna iban llegando cada dia tropas de diversas naciones, deseosas de tomar parte en la conquista, y prelados, nobles y caballeros acudian á ella como antes á las cruzadas de Oriente. Pedro Amyell, arzobispo de Narbona, llegó con once caballeros y mil cien hombres de á pié; el gran maestre del Temple de Pro-

(1) Turia es el nombre céltico del rio de Valencia, que por sus aguas límpidas y poco profundas fué llamado por los Arabes el rio blanco ó claro, Wad-al-Abyadh (Guadalaviar).

(2) El Grao ó Grau, contraccion provenzal de *Gradus*, pasage.

venza llevó al sitio á muchos de sus Templarios, é igual cosa hicieron otros muchos personages franceses é italianos. De Aragon acudieron don Fernando, tio del rey, don Blasco y don Artal de Alagon, don Pedro Fernandez de Azagra, señor de Albarracin, Antonio de Correlia, Blasco Maza, Aton de Foces, Ladron Heredia, Lope Jimenez de Luesia, hermano de Ruy Jimenez muerto en la batalla del Puig, Fernando Perez de Pina, Sancho y García de Horta, y otros muchos principales caballeros. Otros dos aragoneses, Pedro Cornel y Fernando de Ahones, habian quedado en Burriana y en Peñíscola en calidad de gobernadores. No era menos considerable el contingente de ilustres personages procedentes de Cataluña; estaban allí con sus hombres de armas En Guillen de Cardona, hermano de Ramon Folch, Guillen de Cervera, Ramon Berenguer de Ager, García Romeu, Ramon Guillen, Arnaldo de Agudall, y otros muchos barones y caballeros. El obispo de Barcelona, Berenguer de Palou, llevó sesenta caballeros deudos suyos y ochocientos peones de sus dominios; don Berenguer obispo de Lérida capitaneaba tambien una lucida hueste de infantes y ginetes; el de Tortosa hizo lo propio, y don Bernardo de Montagudo, obispo de Zaragoza, sucesor de don Sancho Ahones, muerto en San Juan de Acre dos años antes, acaudillaba á todos los caballeros de su linage. Las ciudades que enviaron tropas fueron Teruel, Daroca, Calatayud, Zaragoza, Lérida, Tortosa y Barcelona (1), y en breve fué tal la multitud de guerreros que seguian la bandera de don Jaime, que se contaron en el campamento mil caballeros de alto linage y sesenta mil infantes de diversas naciones.

Entre los mas notables señores de su campo figuraba bajo el nombre de Vicencio Belviso Cid Abu Said ben Yussuf, el ex-emir almohade de Valencia, convertido al cristianismo, con muchos caballeros árabes de su parcialidad y gran número de cristianos que estaban bajo su vasallage.

Las tropas de los barones y villas fueron tomando posesion alrededor de Valencia, y para excitar mas vivamente el valor de todos, publicó el rey que la ciudad que entrase primeramente en la plaza daria los primeros habitantes y sus pesos y medidas á la municipalidad que en ella habia de establecerse. Muchos caballeros, así grandes como pequeños, solicitaron de don Jaime concesiones de territorio y heredamientos que les permitieran vivir en Valencia, mostrando cada uno pretensiones mayores ó menores, segun el número de hombres que llevaba consigo.

Formalizado el sitio de la plaza, emprendiéronse en toda la línea los trabajos necesarios. Mostrando don Jaime la misma inteligencia que manifestara desde el principio de la campaña, señaló contra el parecer de todo su consejo el punto del muro á donde habian de dirigirse los principales ataques. Armadas las máquinas de guerra, empezáronse á combatir las murallas, que defendian los sitiados con gran obstinacion y no menor esfuerzo. Los principales ataques dirigíanse contra la parte de la plaza que miraba al campamento del rey, y logróse abrir allí tres portillos, tan anchos dos de ellos, que por cada uno podian pasar holgadamente dos hombres. En tanto don Pedro Fernandez de Azagra y don Jimeno de Urrea atacaron por órden del rey y se apoderaron de Cilla, y Aben Zeyan, privado de

(1) Las compañías de esta ciudad fueron las que acamparon mas cerca de la plaza, y por esto se dió su nombre á la primera calle que allí se trazó cuando Valencia extendió su recinto por aquella parte.

todo apoyo en España desde el asesinato de Aben Hud, dirigió hácia Africa su última esperanza. Solo el emir de Tunez envió algunos buques en auxilio de la plaza; pero la armada catalana les impidió acercarse á la costa y cerró la entrada del puerto, así es que las naves tunecinas desaparecieron, dejando sumidos á los sitiados en mayor desaliento que antes de su aparicion. En un tiempo en que la fuerza formaba casi todo el arte de la guerra brilla el talento de un hábil capitan en todo el plan de campaña adoptado y seguido por don Jaime: Valencia se hallaba materialmente cercada é incomunicada con las demás plazas de la provincia, pues la toma de Burriana, al propio tiempo que habia asegurado las provisiones del ejército por el camino del mar, habia cortado enteramente la comunicacion con su metrópoli de las varias ciudades del norte, que, como hemos visto, cayeron sucesivamente en poder de los Aragoneses.

Esto no obstante, la defensa de los sitiados fué tal, que el sitio duró seis meses, en cuyo intervalo hubo muchos asaltos gloriosos, no pocos rebatos, é infinitos desafíos ó torneos de dos, de diez y hasta de cien Moros contra dos, diez ó cien cristianos. En uno de estos encuentros disparó contra el rey un ballestero, y atravesando el proyectil el casco de suela que llevaba, dióle en la cabeza cerca de la frente. «No fué la voluntad de Dios, dice el piadoso cuanto guerrero monarca, que nos pasase de parte á parte; pero se nos clavó mas de la mitad de la saeta, de modo que en el arrebato de cólera que nos causó la herida, con nuestra propia mano dimos al arma tal tiron, que la quebramos. Chorreábanos entonces por el rostro la sangre de la herida, teníamos que enjugárnosla con un pedazo de cendal que llevábamos, y con todo íbamos riendo para que no desmayase el ejército, y así entramos en nuestra tienda. Se nos entumeció desde luego la cara y se nos hincharon los ojos de tal manera, que hubimos de estar cuatro ó cinco dias teniendo enteramente privado de la vista el del costado en que habíamos recibido la herida; mas tan presto como hubo calmado la hinchazon, montamos otra vez á caballo y recorrimos el campo para que todos cobrasen buen ánimo(1).»

Con la independencia que caracteriza á los jefes militares de la época, don Pedro Cornel y don Jimeno de Urrea resolvieron cierto dia embestir la torre inmediata á la puerta de la Boatella, en la calle que se llamó despues de San Vicente, sin dar noticia de su proyecto al rey ni á ninguno de la hueste. Rechazados, empero, por los Moros, hubieron de retirarse, y aunque el rey les reprendió su atrevimiento, resolvió llevar á cabo lo que los suyos habian intentado con tan escasa fortuna. Para ello dirigió contra la torre numerosas fuerzas de ballestería, y aunque los Moros que la ocupaban se defendieron tan valerosamente como nadie hubiese podido defenderse, segun expresion del rey, era tal el acierto de los ballesteros y fueron tantas las piedras que se les dispararon, que quedaron reducidos á la impotencia sin poder siquiera, dice don Jaime, sacar una mano. A pesar de esto, desoyeron cuantas intimaciones les fueron dirigidas para que se rindieran, y perecieron todos entre las llamas que devoraron la torre.

La pérdida de aquella posicion causó gran espanto entre los sitiados, y no cesaron por una parte los contínuos disparos de las máquinas, y por

(1) Hist. del Rey don Jaime. c. CLXXXI.

otra las salidas y rebatos. En uno de estos penetraron en la plaza hasta cien caballeros cristianos y pelearon en las calles como en un campo abierto, viéndose en no pocos apuros para volverse á su campo. Finalmente, estrechado por mar y tierra en una ciudad en que escaseaban los víveres por razon de la mucha gente que se habia encerrado en ella, derruidos los muros en varias partes por el ariete enemigo, Giomail ben Zeyan entabló tratos de avenencia para la rendicion de la plaza. Dos caudillos de su mayor confianza se avistaron con el rey de Aragon, y convinieron con él en que la ciudad le seria entregada, ofreciendo seguridad á todos sus moradores y libertad para irse á donde quisieren con todos sus haberes, dándoles seguro hasta siete leguas de Valencia y cien millas por mar, prometiendo que los que permanecieren en ella tendrian el libre uso de su religion, leyes y costumbres, sin otra obligacion que pagar al rey los ordinarios tributos. Se convino además en que Zeyan se retiraria mas allá del Jucar, que este rio serviria de límite á ambos pueblos, y se firmó además una tregua de siete años. Firmado este tratado en 28 de setiembre de 1238 (1), salieron los Sarracenos de la ciudad en número de cincuenta mil entre hombres, mugeres y niños, llegando seguros á Cullera, merced á la entereza del rey que castigó mortalmente á algunos soldados que querian atropellarlos. Desplegada la bandera de Aragon en la torre que fué despues del Templo, dícenos don Jaime que fué á la rambla que habia entre el real y la torre y allí descabalgó, y vuelta la cara á Oriente, lloraron sus ojos y besó la tierra por la gran merced que Dios le habia hecho; y el dia siguiente 29, fiesta de San Miguel, el rey, la reina, los arzobispos de Tarragona y Narbona; los obispos de Barcelona, Zaragoza, Huesca, Tarazona, Segorbe, Tortosa y Vich, los barones y ricoshombres á la cabeza de sus tropas, entraron triunfantes en Valencia, en la ciudad que el Cid habia poseido un siglo y medio antes, y que entonces habia de quedar para siempre bajo la ley de Jesucristo. La mayor parte de sus mezquitas fueron inmediatamente convertidas en templos cristianos, y los despojos de los habitantes que abandonaron la ciudad fueron repartidos entre las órdenes militares y las nuevas iglesias.

Cobrada así Valencia de los Moros, mandó hacer el rey repartimiento de las casas y términos de la ciudad entre los prelados, ricoshombres, caballeros y concejos que en la guerra se hallaron, segun la compañía y gente que habian llevado, siendo heredados de aquella vez, sin los ricoshombres, trecientos ochenta caballeros de Aragon y Cataluña, los cuales y sus descendientes se llamaron caballeros de conquista. Á ellos quedó confiada la custodia de la ciudad conquistada, que fué poblada en su mayor parte de Catalanes procedentes de la comarca de Lérida y otros lugares; su iglesia quedó sujeta á la metrópoli de Tarragona, ordenóse el fuero que habia de regir á los nuevos moradores, y despues que el rey se detuvo entre ellos algun tiempo por entender en estos graves asuntos, mandó armar una galera, pues se proponia pasar á su ciudad de Montpeller. Antes de su marcha don Ramon Folch de Cardona, que no habia estado

(1) Algunos autores dicen haber acaecido la conquista de Valencia en el año 1239, y esta variedad ha de atribuirse ó á yerro de los copistas ó al diferente modo de contar los años, empezando unos por Navidad y otros por la Encarnacion.

A. de J. C. en el sitio, pidióle permiso para hacer con sus caballeros una cabalgada por tierras de Murcia. Don Jaime se lo concedió, y el baron catalan se apoderó de Villena y luego de Saix, pero la pérdida que en este punto experimentó su reducida hueste le obligó á volverse á Valencia cargado de despojos.

1239 El rey de Aragon sosegó en Montpeller graves turbulencias que entre sus moradores se habian suscitado, y hecho esto, y recibida la visita de los condes de Tolosa y Provenza y de otros muchos personages de aquella tierra, volvió el rey á Valencia, donde, como era natural en aquellos tiempos de indisciplina, habíase aprovechado su ausencia para promover graves disturbios. Don Guillen de Aguiló, con algunos caballeros, peones y Almogavares habíase lanzado á correr la tierra, causando tanto daño á los Sarracenos como á los cristianos (1), y esto hizo que se presentaran muchas quejas al rey luego de su regreso. La presencia de don Jaime bastó, empero, para aquietarlo todo, y los alcaides moros de algunos enriscados castillos, que no habian reconocido todavía la ley de los vencedores, se apresuraron á entregárselos.

Cuenta Zurita que por aquel entonces fué don Jaime requerido con grandes promesas por diversas embajadas del papa Gregorio IX y de las ciudades de Milan, Placencia, Bolonia, Faenza y por los que seguian su parcialidad contra el emperador Federico, para que fuese á Italia y tomase la proteccion del estado eclesiástico, al que hacia entonces dicho emperador crudelísima guerra. Era entonces la época de la reñida contienda entre los papas y los emperadores, deseosos aquellos de emancipar á Italia de la dominacion del imperio, y estos de someterla á su señorío; la causa de los emperadores, apoyada por algunas ciudades italianas, parecia en aquel entonces haber de conseguir el triunfo; Federico iba poco á poco apoderándose de Lombardía, y en este estado fué cuando, segun dicho analista, el rey, con acuerdo y consejo de su esposa doña Violante y de algunos prelados y ricoshombres, celebró un tratado con los embajadores de aquellas ciudades italianas, por el cual se obligó á ir en persona á Italia con dos mil caballeros en guisa de guerra, en ayuda y socorro de aquellos estados; á hacer guerra contra el emperador Federico y contra Cremona y Pavía y cuantas ciudades estuviesen en su obediencia y á no estipular paz ni tregua con el emperador sin voluntad de aquellos estados. Ofrecian los embajadores por esta causa dar al rey para su pasage ciento cincuenta mil libras moneda del imperio, y anualmente todo el tiempo de su vida los derechos y rentas que solian percibir los emperadores en Lombardía, y elegirle además por su señor, con juramento de fidelidad mientras viviese. Sin embargo, añade el expresado analista, la ida del rey, ó por el suceso que tuvieron las cosas de Italia, ó porque convino que se continuase la conquista de los Moros, no hubo efecto, aunque quedó el rey muy confederado con aquellos estados, y eran sus naturales mas conocidos y estimados debajo del solo nombre de Catalanes que de Españoles (2).

1240 El destronado rey de Valencia Giomail ben Zeyan hallábase en Denia, y pidió al rey don Jaime una entrevista que se celebró en la Rápita de Bairen. En ella pro-

(1) En una de sus expediciones se apoderó de Rebolledo, y de la batalla que dió á la morisma cerca de Chia se cuenta el famoso milagro de los Corporales de Daroca.

(2) Zurita, Anal. de Aragon, l. III, c. XXXII.

púsole el Moro que si le cedia en feudo la isla de Menorca y le daba además la suma de cinco mil besantes, le entregaria el castillo de Alicante cuyo señorío tenia; mas el rey de Aragon díjole no poder admitir aquella oferta, en cuanto por antiguos pactos y tratados quedaba Alicante comprendido en las tierras que en la conquista se habian señalado á Castilla. A. de J. C.

Hallábase don Jaime en Aragon cuando don Pedro de Alcalá, que habia entrado á correr la tierra de los Moros de Játiva, fué roto y hecho prisionero con cinco de los suyos. Don Jaime púsose al momento en camino con los caballeros 1241
de su mesnada y llegó delante de Játiva reclamando la restitucion de los prisioneros. Habia talado ya la vega y establecido su campamento junto á la ciudad con ánimo de tomarla, pero bien aconsejados los Moros, devolvieron al rey las personas de don Pedro de Alcalá y de los demás caballeros y rindiéronle además la fortaleza de Castellon, distante una legua de Játiva, jurando no entregar á otro que á él su ciudad y su castillo.

Vuelto el rey para Aragon, residió en él mas tiempo de lo que solia, y en el
año 1243 tuvo cortes á los Aragoneses en Daroca en las que, en confirmacion de 1243
lo que en otra parte de esta obra llevamos dicho acerca de las tendencias de reyes y pueblos por lo que toca á la division de los reinos, realizó la idea que hacia tiempo abrigaba, haciendo jurar al infante don Alfonso, habido de su primera esposa doña Leonor de Castilla, por su hijo y heredero en el reino de Aragon hasta las riberas del Segre, y reservando los estados de Cataluña al infante don Pedro, el mayor de los hijos que tenia de la reina doña Violante. Partió despues para Barcelona con propósito de que juraran los Catalanes al infante don Pedro; y en las cortes que con este motivo se reunieron en dicha ciudad en 21
de enero de 1244 mostráronse aquellos profundamente ofendidos por haber si- 1244
do desmembrada de Cataluña la ciudad de Lérida, que siempre habia pertenecido á ella. Estas justas reclamaciones obligaron al monarca á reformar lo anteriormente acordado, y á fijar en la conformidad pedida los límites del Principado desde Salsas hasta el Cinca. Igualmente se fijaron entonces los límites del reino de Aragon desde el Cinca hasta Ariza, y esto fué motivo para que se considerase agraviado el infante don Alfonso, y se temiese por un momento una guerra civil entre padre é hijo, ayudado este como estaba por su tio el infante don Fernando, por el infante don Pedro de Portugal, por el señor de Albarracin y por otros varios ricoshombres de Aragon y algunos lugares de Valencia. Esta situacion se complicaba con las conquistas que hacia en Murcia el infante don Alfonso de Castilla, hijo de Fernando III, que en otro lugar llevamos explicadas, y por esto es que don Jaime volvió por aquel entonces á Valencia, acercándose mas y mas á aquella frontera, pronto á cualquiera novedad que pudiere acontecer.

Entonces, acompañado de Hugo de Folcalquer, que era castellano de Amposta, y de toda su caballería, púsose de nuevo sobre Játiva, cuya conquista le importaba mas y mas á causa de los adelantos que por aquellas tierras hacian los Castellanos; sin embargo, tambien esta vez levantó el cerco sin haberse apoderado de la plaza, ignoramos con qué condiciones, y segun dice Zurita, por la en-
trevista que habia de tener en junio con el rey de Francia. Pasado mas de un año 1245
volvió el rey á Valencia, y los Moros de Algecira (quizás Alcira), recelosos de caer en poder de los Castellanos, dieron al Aragonés las torres que fortalecian

Á de J. C. aquella villa y prestáronle homenage con la condicion de que les dejaria vivir segun su ley. El monarca de Aragon puso sus alcaides en aquellas fortalezas, y Cristianos y Musulmanes vivian separados por un muro sin comunicarse y tambien sin ofenderse.

Aragon y Castilla se habian encontrado en aquella frontera, y, como hemos dicho, podíanse temer graves conflictos en perjuicio de la causa de la religion y de la patria. Sin embargo, hubo entonces entre los reyes buenos terceros, dice Zurita, y confederándose por este tiempo, vínose á un acuerdo que se robusteció mas y mas por el enlace del infante don Alfonso de Castilla con doña Violante, la hija mayor del rey, que se celebró en Valladolid en noviembre del
1246 año 1246, segun todo antes lo hemos explicado.

Como el rey, dice Zurita, habia acabado de sojuzgar á su obediencia todo lo que era de su conquista dentro de España, y lo tenia debajo de su señorío para el bien de la paz universal de este reino, que era la cabeza de todo lo que se habia conquistado, puso todo su cuidado y pensamiento en que se ordenase un volúmen de las leyes y fueros y se interpretasen y declarasen los que estaban en oscuridad por la antigüedad del tiempo. Para esto mandó convocar cortes generales á los Aragoneses en la ciudad de Huesca, y con consejo de los prelados y ricoshombres y de todos los que á ellas concurrieron, se declararon, reformaron y corrigieron los fueros antiguos del reino y se ordenó un volúmen para que de allí en adelante se juzgase por él, declarándose que en las cosas que no estaban dispuestas por fuero se siguiese la equidad y razon natural. Esta declara-
1247 cion se publicó en las cortes en la fiesta de la Epifanía del año 1247 (1). Para que nada faltara á su fama de gran rey, Jaime I unia á su esfuerzo de conquistador la benéfica influencia de los legisladores. El sabio obispo de Huesca, don Vidal de Canellas, fué el arreglador de esta célebre coleccion.

Por aquel tiempo confirmó don Jaime mas y mas y manifestó su decidida
1248 voluntad de dividir el reino entre sus hijos, y por tercera vez en enero de 1248, hallándose en Valencia, declaró al infante don Alfonso sucesor en el reino de Aragon, designando sus límites desde el Cinca hasta Ariza y desde los puertos de Santa Cristina hasta el rio que pasa por Alventosa, excluyendo de él el condado de Ribagorza, que se adjudicaba á Cataluña. De ella dejaba heredero al infante don Pedro con el reino de Mallorca y las islas adyacentes; á don Jaime señalaba todo el reino de Valencia, y á don Fernando, que era el hijo tercero que tuvo de la reina doña Violante, los condados de Rosellon, Conflent y Cerdaña con el señorío de Montpeller, ordenando que el infante don Sancho abrazase la carrera eclesiástica. En caso de nacerle otros hijos varones disponia que entrasen en la órden del Templo, y en caso de morir sin ellos sustituia á los hijos varones de su hija la infanta doña Violante con la expresa y precisa condicion de que sus reinos y estados no se juntasen jamás con los de la corona de Castilla. De esto resultó, como era natural, que no solo no se sosegaron las alteraciones que por esta causa se habian ya movido, sino que se encendieron mas y mas, y el infante don Alfonso y los ricoshombres de su parcialidad se valieron del rey de Castilla, al tiempo

(1) Zurita, Anal. de Aragon, l. III, c. XLII.

que andaban con sus compañías de gente de guerra conmoviendo y alterando las villas y ciudades del reino.

Estas novedades detuvieron á don Jaime por algun tiempo en Aragon hasta que, rota la tregua que antes celebrara con los Musulmanes de Játiva que habian atacado á sus guerreros sin provocacion ninguna, volvió el rey á Valencia decidido esta vez á acabar la conquista de la otra parte del Jucar. Desde Algecira mandó comparecer al alcaide sarraceno, y como su señor que era, mandóle dar cuenta de la violacion hecha á lo tratado. El alcaide, que se llamaba Yahia Ahmed Abul Husein, disculpóse diciendo que los cristianos á quienes atacara, no solo habian corrido las tierras de los Moros con que estaban en guerra, sino tambien las suyas propias; en vista de ello propúsole don Jaime nombrar un juez que dirimiese aquellas diferencias, á lo cual se opuso el Sarraceno. Desde aquel instante quedó declarada la guerra, y convocados los caballeros del reino de Valencia, pasó don Jaime á poner sitio á Játiva. Entonces encontróse con que su yerno Alfonso de Castilla mantenia secretas inteligencias con los sitiados, procurando ganar para sí la plaza, aunque perteneciente al territorio del rey aragonés, correspondiendo así muy mal á la lealtad que el Conquistador manifestara cuando no quiso admitir de Aben Zeyan el castillo de Alicante por pertenecer á Castilla. Esto no obstante, despues de mandar ahorcar á un secreto emisario de Alfonso de Castilla, formalizó el sitio; arrimó sus máquinas al muro y cada dia se verificaban repetidos torneos entre sitiados y sitiadores.

Un mes transcurrió en estas operaciones, cuando supo el de Aragon que la villa de Enguera, que era del señorío de Játiva, se habia rendido á su yerno don Alfonso, lo cual causó en él gran pesadumbre. En justas represalias acometió y tomó varios lugares que el Castellano miraba como de su conquista, y la guerra entre Aragon y Castilla era otra vez inminente. En este estado el infante don Alfonso solicitó de su suegro una conferencia, que se celebró en los campos de Almizra, asistiendo á ella el Aragonés y el Castellano seguidos de sus ricoshombres y además la reina doña Violante. Pedia don Alfonso que don Jaime le cediera la plaza de Játiva, fundándose en que se la habia prometido por medio de Ovieto García, que fué el tratador de la boda entre el de Castilla y la infanta de Aragon; don Jaime negó haber hecho jamás semejante promesa, y la primera conferencia, tenida entre don Jaime y los enviados del infante, terminó diciéndoles el rey que mas aprovecharia Castilla con su amistad que enemistándose con él, y que si no moderaban sus pretensiones, podian estar seguros de no alcanzar cosa alguna.

Los enviados del infante volvieron el otro dia y dijeron: «Convenid, señor, en ceder á don Alfonso la plaza de Játiva, pues de todos modos ha de ser suya, que si vos no se la cedeis, se la entregará el alcaide.—Pues si otra cosa no hay, contestó don Jaime indignado, ningun temor tenemos de que nadie nos la quite. Ni el alcaide osará entregarla, ni nadie se atreverá á tomarla; pues tened entendido que por encima de Nos habrá de pasar cualquiera que pretenda entrar en Játiva; que aunque vosotros los Castellanos pensais espantar á todos con vuestras amenazas, ponedlas por obra y vereis cuan poco las estimamos. Decid, pues, si algo mas teneis que manifestar y no se hable mas de tal asun-

A. de J. C. to. Nos seguiremos nuestro camino; haced vosotros lo que podais (1).»

Despues de esto hacia ya don Jaime sus preparativos de marcha, cuando su esposa con lágrimas en los ojos y los embajadores de Castilla suplicáronle que suspendiera por algunos instantes su partida, diciendo estos que verian otra vez al infante y procurarian terminar el negocio quedando ambos príncipes en buena amistad, y en efecto así mismo sucedió. Ante la entereza de don Jaime cedió completamente el infante don Alfonso, y desistiendo de sus pretensiones sobre la plaza de Játiva, convino en que se guardasen los anteriores pactos acerca del repartimiento de aquella tierra. En su consecuencia entrególe don Jaime los lugares de que últimamente se habia apoderado, y él cedió en cambio á su suegro Muxent y Enguera.

1249 Mas de un año permaneció aun el rey delante de Játiva, unas veces combatiendo la plaza y otras negociando con el alcaide su feudatario. Por fin el Sarraceno entregó la villa y el castillo menor, quedándose él con el mayor y principal por espacio de dos años, dándole el rey luego en cambio Montesa y Vallada. Los Musulmanes quedaron en libertad de residir en sus casas y en el libre uso de su religion, y con estos tratos tomaron posesion los Aragoneses del castillo menor y de la ciudad, y el rey dió la vuelta á Valencia.

Las disensiones entre el rey y su hijo don Alfonso, secundado este por el infante don Pedro de Portugal, continuaban en tanto vivas y encendidas, y por ello fué que el rey llamó á cortes en Alcañiz á Catalanes y Aragoneses en febrero de 1250, siendo Justicia de Aragon don Martin Perez de Artasona. El monarca pidió consejo á las cortes acerca del modo de remover la discordia que existia entre él y su hijo, proponiendo las quejas que de él y del infante de Portugal tenia, en cuanto no solo se habian negado ambos á acoger su gente en sus castillos como eran obligados en paz y en guerra, sino que desde ellos hacian crudo daño así á los Moros como á los cristianos que no eran de su parcialidad. Ofreció además el rey estar á derecho y justicia con el infante su hijo y cumplir aquello que fuese declarado por personas nombradas por la corte. Elegidos en esta conformidad jueces, que lo fueron varios prelados y ricoshombres, juraron todos que si el infante don Alfonso se negase á poner su querella en sus manos, ó una vez puesta, no quisiese estar á lo que ellos determinasen, le desampararian y seguirian al rey contra él. Para saber su voluntad enviáronse embajadores á Sevilla, donde se encontraban los infantes, quienes declararon consentir y estar en lo que el jurado decidiese. En su consecuencia retiráronse los jueces á la villa de Ariza para deliberar, y en setiembre pronunciaron su fallo, consistente en que el infante don Alfonso se pusiera á la obediencia del rey, y como á primogénito le diese este la gobernacion de Aragon y Valencia, reservando el principado de Cataluña para el infante don Pedro, hijo mayor de la reina doña Violante (2).

Acabado esto, partió el rey para Cataluña para que hiciesen los Catalanes homenage al infante don Pedro y le recibiesen por señor despues de su muerte.
1251. Congregadas cortes en Barcelona á 26 de marzo de 1251, don Jaime puso á su hijo (aunque reservándose su usufructo durante su vida) en posesion, no solo de

(1) Hist. del rey don Jaime, c. CCXXVII.
(2) Zurita, Anal de Aragon, l. III, c. XLV.

los estados de Cataluña, sino tambien de los condados de Rosellon, Conflent y A. de J. C.
Cerdaña, por haber muerto ya entonces su hijo el infante don Fernando, sustituyendo en lugar de don Pedro al infante don Jaime, hijo segundo de los que hubo con doña Violante. A este hizo donacion del reino de Valencia y del señorío de Mallorca, Menorca é Ibiza y Montpeller. Los Catalanes juraron y prestaron homenage á don Pedro en presencia del rey, y lo mismo hicieron los Valencianos con el infante don Jaime.

En 1252, estando el rey en la ciudad de Valencia, presentáronse á él dos Mo- 1252
ros de Biar y ofrecieron rendirle el castillo, que era el mejor de toda la frontera de Murcia. Con esta confianza partió el rey para Játiva y Biar, pero, llegado allí, vió que lejos de cumplir lo que se le ofreciera, estaban dispuestos los Musulmanes á resistirle con armas. Aunque no esperaba don Jaime este suceso, no quiso apartarse del castillo sin haberlo tomado, y sentando sus reales delante de los muros, empezó á combatirlos con sus máquinas y dar á ellos repetidos asaltos.
Cinco meses le entretuvo este cerco hasta que por fin en febrero de 1253 rindió- 1253
sele el castillo por capitulacion. Con esto y la posesion de Játiva y Denia, de que antes se apoderara el rey de Aragon, conocieron los Musulmanes del reino de Valencia la imposibilidad de defenderse contra tan poderoso soberano y rindieron todos los lugares y castillos que poseian desde el Jucar hasta las fronteras de Murcia, y de este modo las armas aragonesas dominaron y quedaron dueñas de todo el territorio valenciano. «En seguida, dice don Jaime, concedimos á todos los habitantes que pudiesen quedarse en el mismo país, y por este medio tuvimos que ya desde entonces lo dominamos todo.»

Al llegar aquí de la historia aragonesa, época en que, como hemos visto, ciñó la corona de Castilla el hijo de san Fernando, conviene que la suspendamos, y que antes de continuar de nuevo la relacion de lo ocurrido en los reinos cristianos de la Península, expliquemos hasta la misma fecha la historia de la España musulmana, pues, además del interés que en sí tiene, como varias veces hemos dicho, la una completa á la otra.



CAPÍTULO XXXI.

Emires almohades.—Anarquía y guerras.—Fin del imperio almohade en España.—Jeques andaluces que se declararon independientes: Giomail ben Zeyan en Valencia; Aben Hud en Murcia; Muhamad Alhamar en Jaen y Granada.—Contiendas civiles y guerras con los cristianos.—Muerte de Aben Hud.—Reino de Granada.—Su buen gobierno.—La Alhambra.—Caida de Sevilla.—Lamentos de los Musulmanes.

Desde el año 1213 hasta el 1252.

Luego que el vencido de las Navas de Tolosa, el emir Muhamad Alnasir, murió al año siguiente de su derrota, asesinado, segun se cree, por sus mismos ministros, fué proclamado su hijo Yussuf, apellidado El Mostansir y tambien Abu Yacub, niño que contaba entonces once años. Su mocedad y el escaso tiempo que ocupó el trono hicieron que viviese siempre gobernado por los jeques sus parientes, los cuales repartieron entre sí todas las provincias de España y Africa, no con intencion de gobernarlas y mantenerlas en justicia durante su menor edad, dice la crónica, sino para disfrutarlas y destruirlas con extrañas vejaciones que inventaba la codicia desmedida de los wazires y walíes, porque todos se cebaban en el general desórden, y no trataban sino de aprovechar la ocasion de enriquecerse y mantener con dádivas y presentes el inícuo mando que les confiaban. Durante este califato no se emprendió expedicion ni guerra alguna, y el poderío almohade dió un sensible paso hácia su completo aniquilamiento.

Pasados algunos años, quiso Yussuf gobernar por sí mismo y apartó de su lado á sus tios y á los jeques almohades que le habian conservado el trono, pero no hizo mas que reemplazarlos con extranjeros indignos de su confianza, y en tanto que su mal gobierno empobrecia á las provincias, los cristianos corrian y talaban los campos, quemaban los pueblos, mataban y cautivaban á los infelices moradores de Andalucía, ocupaban las fortalezas y quedaban sin defensa las fronteras musulmanas. El Mostansir entre tanto se ocupaba en criar rebaños de toda especie de ganados, siendo pastor en vez de defensor de sus pueblos, cuando la preciosa grey de los Muslimes de España era cada dia acometida y despedazada de rabiosos lobos (1). Por fin murió entre los cuernos de una vaca furiosa sin dejar sucesion ni en cinta á ninguna de sus concubinas (6 de enero de
1224 1224), despues de un reinado oscuro y desgraciado de diez años cuatro meses y diez dias, y su tio Abdelwahid hijo de Abu Yacub, ocupó el trono por la diligencia é intrigas de los jeques. Era Abdel wahid un anciano pacífico y virtuoso,

(1) Conde, P. 4.ª, c. I.

y durante dos meses rezóse en su nombre la *chotba* en todos los paises sometidos A. de J. C.
á los Almohades, excepto en Murcia, donde gobernaba su sobrino Cid Abu Muhamad, apellidado Aladel (el Justo), quien, aprovechando el descontento de los pueblos de Andalucía, se negó á reconocer á Abdelwahid y se proclamó emir de los Musulmanes. Los jeques de la provincia abrazaron su causa, y su hermano Cid Abu Alí Almamun, que era gobernador de Sevilla, reconocióle igualmente, arrastrando á todo el pueblo de la ciudad que gobernaba y á cuantos Almohades en ella se encontraban. Abu Muhamad escribió en seguida á los jeques de Marruecos, invitándoles á reconocerle y á obligar á Abdelwahid á una solemne abdicacion, prometiéndoles crecidas sumas y elevados empleos. Los jeques se dejaron seducir, y llegando cerca de Abdelwahid, le amenazaron con la muerte en caso de no abdicar y de no reconocer la soberanía de Aladel. El anciano emir consintió en todo, y el Murciano fué proclamado en Marruecos; pero esto no libró á Abdelwahid de su mala ventura, pues pasados trece dias los conjurados le ahorcaron en su propio palacio, siendo este el primer descendiente de Abdelmumen que fué destronado y muerto. Su reinado habia durado ocho meses y cinco dias.

Era entonces la época en que el santo rey don Fernando daba principio á sus victoriosas empresas, y como ya sabemos, el walí de Baeza Muhamad, viendo que no podia defender la tierra, ofrecióse por vasallo del rey de los cristianos. En estas críticas circunstancias fué proclamado Abu Muhamad, que, segun todas las crónicas, era recto y justo, prudente y religioso. Reconocido y aclamado por todos los Almohades, excepto por el gobernador de Valencia, Játiva y Denia, Abu Said, por su hermano Muhamad, gobernador de Baeza, y por los gobernadores de Ifrikia, durante su reinado puede decirse que estallaron los enconados bandos y parcialidades que, reproduciendo la escena acaecida cuando la caida de los Beni Omeyas, dividieron el imperio musulman en mil pequeñas fracciones. Aladel envió á su hermano Abu Alí contra el rebelde de Baeza, y este, al verse cercado en su capital por fuerzas muy superiores á las suyas, acabó por solicitar la paz que le fué generosamente concedida, despues de reconocer la autoridad de Aladel. Sin embargo, apenas Abu Alí hubo partido, cuando se rebeló de nuevo y solicitó el auxilio de Fernando, quien le envió un ejército de veinte mil hombres. Con él y con sus propios soldados, Muhamad salió de Córdoba, donde tambien dominaba, y se dirigió contra Sevilla; Abu Alí fuéle al encuentro á la cabeza de sus tropas, y empeñado un sangriento combate, el Sevillano fué completamente vencido y hubo de refugiarse en Sevilla, mientras que el de Baeza y los cristianos que le seguian entraban á saco en su campamento. Aladel, que vió la derrota de Abu Alí y la destruccion de su ejército, temió el poder del victorioso Muhamad, y confiando á su hermano el gobierno de Andalucía, marchó á Marruecos y se encerró en el palacio de los emires. Abu Alí gobernó la Andalucía
en nombre de Aladel hasta el año 624 (1227), en que se rebeló á su vez preten- 1227.
diendo escalar el emirato; el pueblo de Sevilla y los Musulmanes todos de Andalucía le aclamaron bajo el nombre de Almamun, y en seguida escribió á los Almohades del Magreb, participándoles la adhesion general de los Andaluces que, al proclamarle, habian pronunciado la deposicion de Aladel, y excitándolos en consecuencia á conformarse con estos sucesos, para lo cual les prometia regalos y empleos. Los Almohades vacilantes reuniéronse en consejo, y decidieron por una-

nimidad el destronamiento de su soberano; dirigiéronse, pues, á su palacio para intimarle el abandono del solio, y como Aladel se negase con noble entereza á lo que de él se exigia, sumergieron su cabeza en un estanque, diciéndole: «No te sacaremos de ahí hasta que hayas abdicado y proclamado á tu hermano Almamun: —Haced lo que mejor os plazca, contestó Aladel; pero es seguro que moriré siendo emir de los Musulmanes.» Entonces pasaron su turbante al rededor de su cuello y le ahogaron, dejando su cabeza sumergida en el agua hasta su último suspiro. Hecho esto, enviaron á Almamun su sumision escrita, pero, cambiando en breve de parecer y no reconociendo ya la soberanía de aquel por quien acababan de dar muerte á su soberano, proclamaron á Yahía ben Alnasir. El reinado de Aladel desde el dia de su proclamacion en Murcia hasta el dia de su muerte habia durado tres años siete meses y nueve dias (1).

Proclamado en España Abu Alí bajo el nombre de Almamun, este emir, siguiendo las huellas de su hermano Aladel, quiso corregir la ilimitada autoridad de los jeques almohades de los dos consejos, y principió por escribir un libro contra la política y leyes del Mahedí, exponiendo sus inconvenientes, los desórdenes y mal gobierno que de ellas procedian, y manifestando sus intenciones de corregir la institucion del gobierno de los Almohades. Era su wazir Abu Zacaria ben Abi, varon sabio y de profunda política, quien inspiraba estas novedades al emir, conociendo como él las enfermedades del estado y los remedios convenientes; y era opinion de ambos, dice la crónica, que en un gobierno absoluto y despótico no habia de haber otra autoridad ni otras leyes que las de Dios y la voluntad del soberano (2).

El ínclito príncipe Almamun atemorizó á los rebeldes, detuvo por algunos momentos la reconquista cristiana, y destruyó en lo posible la turbacion y anarquía que devoraban el imperio; pero esta vigorosa conducta, que fué ya prevista por los Africanos, siendo causa de que proclamaran, como hemos dicho, á Yahia ben Alnasir, suscitóle no pocos enemigos y grandísimos obstáculos en la tarea que se habia propuesto y que por un instante pudo creer realizada. Yahia ben Alnasir, sobrino de Almamun, solo contaba diez y seis años en la época de su proclamacion, y no inspiraba á los ambiciosos jeques temor alguno por sus prerogativas. Luego de sentarse en el trono vino á España con escogida gente de caballería con ánimo de deponer á su tio, á quien daba el nombre de usurpador. Almamun allegó tambien su hueste, y con auxilio de algunos caballeros cristianos que estaban en Sevilla, salió contra su rival á quien encontró en tierra de Sidonia. Ambos ejércitos tuvieron con varia suerte sangrientas escaramuzas hasta que vinieron á batalla campal, en la que Almamun venció y deshizo á las tropas de su competidor, que se vió obligado á huir á los montes para salvar la poca gente que le quedaba, desde donde, sin ser perseguido, pudo regresar á Africa. Almanum solo pensó desde aquel momento en sojuzgar á los Almohades de Marruecos que de aquel modo habian vendido su causa, y expidiendo un correo al rey de Castilla, solicitó de él auxilio para llevar la guerra al Africa. Fernando, segun la crónica musulmana, le contestó lo siguiente: «De buen grado te enviaré el

(1) El Kartas, Hist. de los soberanos del Magreb.
(2) Conde, P. 3.ª, c. XXI.

ejército que me pides, con tal que me entregues diez plazas fuertes inmediatas á mis fronteras, que yo mismo elegiré; además, si Dios está contigo y entras en Marruecos, habrás de levantar en aquella ciudad una iglesia cristiana en que los soldados que te habrán acompañado podrán practicar su culto, tocando las campanas en las horas de sus oraciones. Si un cristiano quiere hacerse musulman, lo rechazarás y lo entregarás á sus hermanos, quienes le juzgarán segun sus leyes; pero si un musulman abraza el cristianismo, nadie podrá oponerse á ello (1).» Aceptadas estas condiciones, envióle el rey de Castilla un ejército de doce mil soldados cristianos para que sirvieran á sus órdenes. Aquella fué la primera vez, dice la crónica, que tropas cristianas pasaron y guerrearon en el Magreb. Almamun dejó en Sevilla y en las demás ciudades á sus mas fieles caudillos, y á fines del año 624 se embarcó con su ejército para la península africana. A. de J.C.

Llegado allí, venció á su competidor Yahia en una sangrienta batalla, obligándole otra vez á abrigarse en las montañas, y entró luego en Marruecos donde despues de sangrientas ejecuciones, fué reconocido por todos los Almohades. Atropellando las preocupaciones del vulgo, abolió la ley del Mahedí y cuantas novedades religiosas creara para los Almohades, anuló tambien la constitucion política que el innovador diera á su pueblo, dispuso que se observaran las antiguas prácticas, prohibió pronunciar el nombre del Mahedí en las oraciones públicas, y hasta mandó quitarle de las monedas y raerle de las inscripciones públicas. Almamun permaneció cinco meses en Marruecos, y abandonó su capital para perseguir en los montes á Yahia y á sus Almohades, á quienes venció en una encarnizada batalla, enviando á Marruecos catorce mil cabezas. Por aquel tiempo obligáronle á volver á España los graves sucesos de que habia sido teatro Andalucía.

En efecto, apenas Almamun habia salido del territorio de España cuando se levantó en ella un poderoso partido contra los Almohades. Abu Abdallah Muhamad ben Yussuf Aben Hud, noble caballero que descendia de los antiguos reyes de Zaragoza, viendo la oportunidad que se le ofrecia para vengarse de los Almohades y recuperar los derechos de su familia, con su elocuencia y generosidad y por industria de sus parciales allegó un crecido número de valientes caballeros que se declararon por él y ofrecieron morir en su servicio. En Escuriante, lugar áspero y muy fortificado por naturaleza, se congregaron y de comun acuerdo le juraron y proclamaron rey de los Muslimes de España el 3 de agosto de 1228. 1228
Para acreditarse y animar á los Muslimes á que le siguiesen y se apartasen de la obediencia de los Almohades, publicó que trataba de restituir la libertad á los pueblos oprimidos con injustas vejaciones, y que estableceria los tributos legales aboliendo las voluntarias cargas que habian impuesto los pasados emires, á quienes llamaba tiranos. Los imanes y otros ministros de la religion, que habian abrazado su partido, predicaban contra los dominadores de España; decian que las mezquitas estaban profanadas, y para excitar mas el entusiasmo popular las bendecian y purificaban con lustraciones y públicas ceremonias, mientras que Aben Hud y sus parciales tomaban vestidos de luto como en muestra de afliccion y dolor. Al propio tiempo suscitó en Valencia otra revolucion en su provecho

(1) El Kartas, l. c.

A. de J. C. propio un noble jeque de aquella tierra, llamado Giomail ben Zeyan (1), obligando al walí Abu Said, hermano de Almamun, á salir huyendo de la ciudad, y á refugiarse cerca del rey de Aragon don Jaime, quien, como hemos visto, le hizo servir para sus proyectos de conquista; y á la fama de estos movimientos pasó otra vez á España y alióse con los sublevados, el obstinado competidor de Almamun, su sobrino Yahia ben Alnasir. El emir volvió entonces á Andalucía, y luego de renovar sus treguas con Fernando III de Castilla, dirigióse con cuantas tropas pudo reunir al encuentro de su enemigo. Su ejército encontró al de Aben Hud en los campos de Tarifa, y ambas huestes, con enemigo ánimo, y como sino fuesen hombres de una misma ley, dice la crónica, trabaron sangrienta batalla: gran parte del dia pelearon sin que se declarase la victoria por ningun partido, y á la puesta del sol, cansados de matarse, suspendieron de comun acuerdo la horrible pelea. A la hora del alba del siguiente dia comenzóse de nuevo la reñida contienda, pero los Almohades no pudieron sostenerla mucho tiempo por ser inferior su número al de los Andaluces, y Almamun quedó vencido con pérdida de sus principales caudillos, siendo herido su propio hijo Abul Hassan, que man-
1229 daba la vanguardia (6 de ramazan de 626 — 29 de julio de 1229). El emir Abu Alí Almamun no quiso probar otra vez la suerte de las armas y se retiró del campo vencido, pero respetable, sin que Aben Hud se atreviera á molestarle en su retirada.

Pensó entonces Almamun que le convenia pasar á Africa y juntar un poderoso ejército que con su muchedumbre le asegurase el triunfo sobre las afortunadas banderas de Aben Hud, y con este propósito, encomendadas las cosas de España á su hijo Abu Hassan y á su hermano Cid Abu Abdallah, partió para Marruecos.

Yahia ben Alnasir, al saber la victoria de Aben Hud contra el emir Almamun, envióle luego sus mensageros para felicitarle y ofrecerle su amistad y alianza, al tiempo que con sus parciales abandonaba el asilo que eligiera á su regreso á España, y lanzóse á correr el país; pero, dice la crónica, como ni en el imperio ni en el amor quieran los hombres compañeros, Aben Hud no le respondió como él esperaba, sino que, como diligente caudillo, adelantó un cuerpo de caballería que mandaba Aziz ben Abdelmelek, y por industria y valor de este arraez y de su cadi Abu Hassan, se apoderó de Murcia, favoreciéndole en esta expedicion ciertas compañías de caballeros cristianos. Luego pasó en persona á la ciudad, y fué proclamado en ella, manifestando al pueblo sus intenciones, que decia no ser otras que librar á España de la tiránica opresion de los Almohades, corruptores de las costumbres de los Muslimes, y orígen de las discordias y decadencia del estado. Las excelentes prendas de cuerpo y alma grangeáronle numerosos parciales, y en pocos meses fué dueño de aquella tierra. El pueblo dióle el sobrenombre de El Motawakil Alá.

Con la ausencia del emir Almamun, con la pasada victoria y felices sucesos de Murcia, todo parecia ya llano á los que seguian el bando de Aben Hud,

(1) Giomail ben Zeyan ben Mordanisch era nieto de aquel Abu Abdallah Muhamad ben Said ben Mordanisch llamado Lupus ó Lop por las crónicas cristianas, que fué el último rey de Valencia. Su familia fué tambien la postrera en doblegarse al poderío almohade.

y como entendiesen que el walí de Sevilla, hermano del emir, habia juntado A. de J. C.
gente é iba contra ellos, partieron á buscarle. Abu Abdallah, en efecto, habia convocado las tropas del Algarbe, y auxiliado por algunos cristianos de Galicia, encontró á los rebeldes cerca de Alhanje y empeñóse encarnizada batalla, que acabó con la derrota del Almohade, quien tuvo que refugiarse en Mérida (octubre ó noviembre de 1231). Entonces abrazaron el partido de Aben Hud to- 1231
dos los alcaides de aquella tierra, y hasta Sevilla se declaró por él. Lo mismo hizo la ciudad y tierra de Granada, excepto los lugares que en ella ocupaba su aliado Yahia ben Alnasir, que veia ya con envidiosos ojos la rápida fortuna de Aben Hud.

En tanto Abu Muza, hermano de Almamun, aprovechó el general desórden para declararse independiente en Ceuta; el emir marchó contra él y le sitió por algun tiempo en la plaza, pero sin fruto, y habiéndose prolongado su ausencia, Yahia, á quien encontramos otra vez en Africa ó alguno de sus generales, se apoderó de Marruecos, donde mandó demoler la iglesia levantada por los cristianos, dió muerte á muchos Judíos, y entró á saco en el palacio de sus antepasados. Al saberlo abandonó Almamun el sitio de Ceuta para acudir adonde el peligro era mas inminente, pero luego que se hubo retirado, Abu Muza pasó á Andalucía para someterse á Aben Hud y entregarle aquella plaza. Almamun no pudo resistir á tan crudos y repetidos golpes, y en su camino, luego que supo la traicion de su hermano, cayó gravemente enfermo y murió de pesar el
último dia de la luna de dilhagia del año 629 (16 ó 17 de octubre de 1232), 1232
despues de un reinado de cinco años tres meses y un dia. No cesó, dice la crónica, de estar en lucha con Yahia, y durante su reinado, los Almohades se hallaron divididos en dos bandos y su gobierno en dos gobiernos. Así era como iba pereciendo su dinastía, como se iba extinguiendo su gloria, sin que el hierro cesara de herirlos hasta quedar todos esterminados, y en verdad que si su época no hubiese sido trastornada por las turbulencias que llenaban la Andalucía y el Magreb, Almamun habria sido tan grande como su padre Almanzor, cuyas cualidades todas poseia (1).

La muerte de este príncipe, á quien los cristianos han llamado justo y virtuoso, acarreó la completa disolucion del imperio, cuya caida solo su mano habia retardado un instante. El trono de Marruecos que ocupó por espacio de diez años en perpétua inquietud su jóven hijo Abdelwahid, apellidado El Rachyd (2), vino á ser el sangriento palenque en que los partidos siempre renacientes se destruian sin poderse vencer. La anarquía se prolongó por tan largo tiempo, que hasta en 1270, despues de treinta y ocho años de combates, asesinatosy horrorosos desórdenes, la familia de los Beni Merines, venida del Atlas, no arrojó á los demás contendientes empezando una nueva dinastía. Los Almoravides y los Almohades, salidos del desierto con sus tribus salvajes, habian destruido ya sucesivamente los felices efectos de la dominacion de los Arabes, y devuelto á los Berberiscos sus primitivas costumbres, las de los antiguos Númidas: los Beni

(1) El Kartas, Hist. de los sober. del Magreb.
(2) Mariana le llama Arrasio, y equivocadamente hácele sucesor inmediato del rey Verde ó sea Muhamad Alnasir.

Merines, mas salvajes todavía que sus antecesores, acabaron de surmergir al Africa en el estado de barbarie estacionaria en que aun actualmente la vemos.

Para nuestra península acaba aquí el imperio de los Almohades, y si bien arrancada al yugo de Africa, podia aun la España musulmana, por medio de una estrecha union, formar una potencia casi igual á las varias de los cristianos, divididos como estaban estos en muchos estados; sin embargo sus diversas partes, lejos de formar una liga fraternal que la inminencia del peligro hacia tan urgente, se separaron con mas violencia que nunca. No fueron ya provincias gobernadas aisladamente por sus walíes, sino ciudades, fortalezas, simples aldeas, en que el cadi, el alcaide ú otro cualquiera, si tenia audacia para ello, se erigia en dueño y procuraba fundar á expensas de sus vecinos su efímero imperio. En medio de este transtorno universal aparecieron tres gefes, solo dignos de este nombre: Giomail ben Zeyan en Valencia, Aben Hud en Murcia y Muhamad Alhamar en Granada; pero estableciendo entre ellos la igualdad de su poder una rivalidad inevitable, emplearon su proximidad, no en formar una estrecha alianza, sino en atacarse sin descanso como irreconciliables enemigos. A los dos primeros les conocemos ya, y no hemos de tardar en ver aparecer al tercero.

Acaecida la muerte de Almamun, acabaron de perder toda esperanza los Almohades españoles. Yahia ben Alnasir esforzóse entonces mas y mas en hacer prevalecer sus pretensiones al trono, pero aunque su derecho era el mejor, dice la crónica, su partido valia mucho menos que el de Aben Hud, que ya de antes le miraba como su único rival; y entre tanto que ellos contendian y se disputaban la posesion de Andalucía, Giomail ben Zeyan procuraba dilatar su estado de Valencia y ocupó la ciudad de Denia, cuyo walí Yahia Ahmed Abul Husein, hubo de refugiarse cerca de su padre Ahmed ben Iza el Chazragi, que lo era de Játiva. Allí se encontraba aun habiendo sucedido á su padre en el gobierno, en la época en que la ciudad fué tomada por don Jaime de Aragon.

Yahia ben Alnasir reunió sus tropas, convocó á sus parciales y amigos, y con el auxilio de todos reunió en Arjona una muy lucida hueste, cuyo mando confió á su sobrino Muhamad Abu Abdallah ben Yussuf ben Alnasir, mancebo de admirables prendas, virtuoso y prudente como un anciano y valiente y diestro caudillo como el famoso Almanzor. Era este mozo conocido con el sobrenombre de Alhamar (El Bermejo), y muy estimado y célebre entre la juventud de Andalucía por su valor y gentileza. Deseoso de señalarse en servicio de su tio, fué con su caballería sobre Jaen, que tomó por asalto en este mismo año de 1232, siendo este el primer hecho notable por el cual se dió á conocer el hombre destinado para fundar el famoso reino de Granada (1). Cuatro años despues su tio

(1) Algunos autores cuentan de un modo del todo distinto el orígen del fundador del reino granadino. Supónenle hijo de unos labradores ó carreteros de Arjona y dicen que habia recibido una educacion superior á su fortuna. Distinguiéndose desde su juventud por su amor á las grandes empresas, llegó por su valor á inspirar temor y respeto, y por su dulzura y su austeridad de costumbres á captarse la estimacion general. Sirvió bajo los emires descendientes de Abdelmumen, y se hizo notable por su rectitud en los empleos administrativos y por su denuedo en las expediciones militares. Enemigo de los Almohades en la decadencia de su imperio, trabajó con Aben Hud por aniquilar su poder. Por fin se rebeló contra el mismo Aben Hud, y para hablar como las crónicas latinas, se elevó á rey, *surrexit rex*, en Arjona su patria, de donde era quizás gobernador.

Yahia fué muerto cerca de Marruecos, dejando á su sobrino el cuidado de su A. de J. C.
venganza y la herencia de sus tierras y pretensiones.

Por aquel entonces Fernando III de Castilla, considerándose ya sin duda libre de cuantos pactos pudo celebrar con los Almohades, invadió otra vez Andalucía con sus armas victoriosas, empeñándose en las márgenes del rio que tan fatal fué para los Godos la batalla que tan gloriosa habia de ser para los 1233
Castellanos. En la parte oriental de España, Giomail ben Zeyan, para vengar la derramada sangre de los Muslimes, corrió la tierra de Aragon talando los campos, quemando y destruyendo aldeas y lugares hasta la comarca de Amposta y de Tortosa, volviendo de la cabalgada con muchas riquezas y cautivos. Esto sucederia en el intervalo de las primeras expediciones que dirigió don Jaime contra el reino de Valencia.

Hemos explicado ya la manera como se apoderaron los cristianos de un barrio de la ciudad de Córdoba, y tambien las dudas y vacilaciones de Aben Hud, que acabó por abandonar á los Cordobeses y dirigirse en auxilio de Aben 1236
Zeyan de Valencia. A la cabeza de su hueste llegó á Almería con ánimo de embarcarse allí para el territorio valenciano, y el alcaide de aquella ciudad Abderrahman le alojó espléndidamente en la alcazaba, y dió en su honor un suntuoso banquete; pero aquella misma noche, despues de haberle embriagado, le ahogó pérfidamente en su propio lecho (15 de enero de 1238). Así acabó, dice 1238.
la crónica árabe, este ilustre rey, prudente y esforzado, digno de mejor fortuna, cuyo reinado fué una contínua lucha é inquietud, de gran ruido, vanidad y pompa, sin que de ella dejara á los pueblos en herencia mas que peligros y perdicion, ruina, calamidad y tristeza (1). Sabida la muerte de su rey y caudillo, desbandóse el ejército, dejando á Valencia sin socorro, y Lorenzo Suarez y los suyos, autores del consejo que tan fatal fuera al Sarraceno, marcharon á la corte de Castilla.

En tanto Muhamad Alhamar, teniendo secreta la muerte de su tio, habia ocupado en su nombre las ciudades de Guadix, Baeza, Huescar, Málaga y otras poblaciones de Andalucía, é igualmente respetado y estimado de los jeques y del pueblo, habíase formado un poderoso partido. Entonces divulgó la muerte de Yahia ben Alnasir, y fué proclamado emir el Mumenin en todos los lugares de su dominacion. Entonces fué cuando se declaró abiertamente enemigo de Aben Hud, cuya muerte no habia sucedido todavía.

Acaecida esta, proclamóse en Murcia á su hermano Alí ben Yussuf, apellidado Adid-Dola, pero á poco tiempo murió víctima de una sedicion popular, siendo elevado en su puesto un hijo del asesinado Aben Hud, mientras que Abderrahman de Almería, por dar cima á su deslealtad, hizo que los de aquella ciudad y su comarca se declarasen por Muhamad Alhamar, proclamándole con grandes fiestas y alborozo. Poco despues su walí de Jaen atrajo á su causa á los habitantes de Granada, y Muhamad fué tambien proclamado en aquella ciudad en 15 de mayo de 1238. Así empezaba ya á aparecer la futura grandeza de Muhamad I, apellidado Alhamar (2), fundador de la dinas-

(1) Conde, P. 4.ª, c. IV.
(2) Ignórase de qué procede el sobrenombre de Alhamar ó de Ben Alhamar (El Bermejo ó el

A. de J. C tía de los Nasrides y del nuevo reino de Granada, que llenará él solo la última época histórica de los Arabes y Moros andaluces.

La muerte de Aben Hud fué causa inmediata de un nuevo fraccionamiento del poder musulman. El país de Niebla y los Algarbes empezaron á gobernarse por jefes indígenas; cada ciudad, cada pueblo nombró á su gobernador y solo Sevilla conservóse por los Almohades; pero estos estados y otros infinitos, que ya habian nacido ó nacieron entonces, subsistieron poco tiempo, y fueron presa de los cristianos, ó se incorporaron al naciente reino de Granada.

En aquella época, tan fatal para la media luna, los Moros que habian perdido su antigua capital en el centro de Andalucía, perdieron tambien Valencia, su mas bella provincia en el oriente de España, y entonces, dicen las crónicas musulmanas, Muhamad Alhamar, rey de Granada, era la única columna del estado de los Muslimes en España. Así que, para remediar por su parte tan repetidas calamidades, luego que ordenó lo conveniente á la policía y buen gobierno de la ciudad de Granada, que encargó á wazires de mucha prudencia y muy estimados en aquella ciudad, hizo llamamiento de sus gentes y acudieron todos sus caudillos con muy lucida caballería. Salió entonces á correr la tierra de cristianos y fué á poner cerco á la fortaleza de Martos, asentando su campo delante de ella, sucediendo entonces lo que en otro capítulo llevamos referido. En seguida Alhamar, con el designio de reunir bajo su autoridad el resto de las provincias que la espada cristiana no habia arrebatado todavía al Islam, dirigió sus armas por la parte de Murcia contra el hijo de Aben Hud, Muhamad Alí, llamado por nuestras crónicas Hudiel, quien, como ya sabemos, amenazado por el Aragonés, hostigado por el Granadino, tomó la resolucion de hacer homenage de su reino
1241 al soberano de Castilla, tomando posesion el infante don Alfonso de la ciudad de Murcia y de sus principales fortalezas.

1243 Llegó el año 1243 y durante él consiguió Alhamar contra los cristianos una victoria que las crónicas musulmanas celebran y enaltecen con expresiones aun mas hiperbólicas que de costumbre, como para desquitarse de las repetidas y grandes catástrofes que sus armas padecian. Con tres mil caballos y algunos peones venció y arrolló el Granadino á algunas tropas castellanas que, acaudilladas por don Rodrigo Alfonso, hijo bastardo de Alfonso IX de Leon y hermano de san Fernando, corrian la tierra, despojándolas de cuanto botin habian recogido. De vuelta de su expedicion, fué saludado Muhamad Alhamar con el título de *Ghaleb* (vencedor) y su contestacion fué: *Wé lé ghaleb ilé Allah* (no hay otro vencedor sino Dios). Desde entonces estas palabras fueron la divisa de los reyes de Granada hasta la extincion de su monarquía, palabras reproducidas miles de veces en las paredes de la Alhambra, y que figuraron en letras de oro en la barra diagonal de azur que dividia el escudo con campo de plata adoptado por armas por el nuevo emir de Granada, á ejemplo de los reyes cristianos y de los sultanes contemporáneos de Egipto y de Siria (1).

---

hijo del Bermejo) que se le da comunmente. La mayor parte de los autores creen que fué llamado así á causa de la famosa Alhambra *(al-ahmra, la Bermeja)*, cuya obra empezó y casi concluyó este emir.

(1) Estas fueron las armas de Granada desde 1244 hasta 1492 y no la supuesta granada

El reposo en que le dejaron por algun tiempo las armas castellanas y la inaccion á que por la parte de Murcia le condenaba la presencia del infante don Alfonso, fueron empleados por Muhamad Alhamar en asegurar sus fronteras, en reparar los muros de sus fortalezas, y en edificar en su capital hermosos edificios. Para la custodia de sus fronteras destinó especialmente á los caballeros de una ó muchas tribus que de este cargo tomaron el nombre de *Seghrys*, de que sin duda tuvieron orígen los famosos *Zegríes*. Entonces fué cuando sentó los cimientos de la Alhambra entre el Darro y el Genil, en una colina situada al oriente de Granada. Bajo su direccion eleváronse tambien la torre de la V[illegible] fortaleza de la Alcazaba, que ensanchó hasta la torre de Comares, y aunque estas obras, dice la crónica, le obligaron á imponer algunas contribuciones temporales, como el pueblo veia la frugalidad de la casa del rey y que todo se empleaba en utilidad y provecho comun, no sentia pagar estos nuevos tributos. Labró fuentes públicas, hizo acequias para el regadío de las huertas, y procuraba con particular esmero que hubiese abundante y fácil provision de todo lo necesario para la vida. Al mismo tiempo se ocupaba en los consejos con sus jeques y cadíes, y daba audiencia á pobres y á ricos dos dias á la semana. Visitaba las escuelas, colegios y hospitales, y se informaba del servicio y asistencia de los médicos preguntando á los mismos enfermos y menesterosos. En el gobierno particular de su casa no era menos admirable..... (1), de modo que habremos de decir que Muhamad Alhamar era un gran príncipe, digno bajo todos conceptos del lugar á que se habia elevado, y capaz de consolar, si no de hacer olvidar á los Musulmanes de España los grandes infortunios que sobre ellos habian caido. Su política procuró cultivar la amistad de los emires mas poderosos de Africa, y envió cartas y embajadores al de Tunez Abu Zacaría Yahia, biznieto de Abu Hafas, ilustre general de Abdelmumen. Alióse igualmente con Yagmurassin ben Zian, que se habia elevado en Telencen, y con el emir merinita que reinaba en Fez, donde establecia entonces su dinastía sobre las ruinas de los Almohades.

En 1245 atacó el rey de Castilla la ciudad de Jaen, y ya no se considerase 1245.
Alhamar con suficientes fuerzas para ir en socorro de la plaza despues de la derrota que sus tropas habian experimentado en Bolullos, ya se viese amenazado en su propia capital por facciones enemigas, de las cuales tenemos escasísimas noticias, es lo cierto que determinó presentarse á Fernando III y declararse su vasallo, segun todo lo hemos explicado en otra parte de esta obra.

De regreso á Granada, y cuando Muhamad Alhamar continuaba dedicado á 1247.
su favorita ocupacion de hermosear y fortificar su capital, llegáronle cartas de Fernando reclamando su cooperacion para la conquista de Sevilla. Sabemos ya la parte activa que en la empresa tomó con sus caballeros granadinos, y el glorioso fin que aquella tuvo para las armas cristianas, así como tambien la penosa 1248.
impresion que, segun la crónica, causó en el ánimo de Alhamar, celoso y devoto Musulman.

La caida de Sevilla llenó de dolor y espanto á todos los Muslimes de Anda-

---

abierta, armas parlantes sin duda para los Españoles, pero no para los Arabes, que llaman *rumah* al fruto que nosotros llamamos *granada*.

(1) Conde, P. 4.ª, c. IV.

lucía, y la para ellos fatal noticia corrió con extraña rapidez por todos los paises musulmanes de Oriente y Occidente. Abu Beka Saleh, natural de Ronda, la lloró en sentidos versos, y segun El Makari, ninguno ante tan gran catástrofe dejó oir como él tan nobles y conmovedores acentos.

«Todo lo que se eleva á su mayor altura, declina, decia el poeta. ¡Oh hombre! no te dejes seducir por los halagos de la vida.

«Las cosas humanas experimentan contínuas revoluciones y trastornos. Si la fortuna te sonrie en un tiempo, en otro se te mostrará enemiga.

«Cuando nada hay estable en la tierra, ¿podria el hombre permanecer siempre en igual situacion?

«Por decreto del cielo la fortuna rompe las corazas contra las cuales se habian embotado las espadas y las lanzas.

«¿Dónde están los monarcas poderosos del Yemen? ¿dónde sus coronas y sus diademas?

«¿Dónde se halla la autoridad que Schedad ejerció en el Irem? ¿dónde el poder con que dominó en Persia la raza de Sasan?

«¿Qué se han hecho los tesoros que amontonara el orgulloso Karun? ¿qué ha sido de Ad, de Schedad y de Kathan?

«Sobre ellos ha caido el infortunio; han perecido, y sus pueblos han experimentado igual suerte.

«Reyes y reinos han sido como las vanas sombras que soñando ve el hombre.

«La fortuna se volvió contra Darío, y Darío cayó; dirigióse luego contra Chosroes, y su palacio le negó un asilo.

«¿Qué obstáculo puede haber que la fortuna no allane? ¿No pasó acaso el reinado de Salomon?

«Los golpes de la fortuna son variados hasta lo infinito, y en su seno encierra innumerables goces y aflicciones.

«Dolores hay que se toleran y que permiten consuelo; pero no le hay, no, para la desgracia que acaba de sufrir el islamismo.

«Un golpe horrible, irremediable, ha herido de muerte á España; ha resonado hasta en Arabia, y el monte Ohod y el monte Thalan se han conmovido.

«España ha sido herida en el islamismo y ha sido afligida hasta el punto que sus provincias y ciudades han quedado desiertas.

«¿Pregunta ahora á Valencia lo que ha sido de Murcia? ¿Dónde encontrar á Játiva? ¿dónde á Jaen?

«¿Dónde está Córdoba, la mansion del talento? ¿dónde los sabios que en su recinto brillaron?

«¿Dónde están Sevilla y sus delicias? ¿dónde sus rios de puras, abundantes y deleitosas aguas?

«¡Ciudades soberbias! vuestros cimientos son los firmes sostenes de las provincias. ¡Ay! ¡cómo las provincias podrán sostenerse si sus cimientos y sus fundamentos caen derribados!

«Como el amante que suspira por la ausencia de su amada, así el islamismo desolado llora el desastre de esta tierra abandonada y presa de la incredulidad.

«Nuestras mezquitas se han transformado en iglesias y solo se ven en ellas

cruces y campanas. Nuestros almimbares y santuarios, aunque de duro é insensible leño, se anegan en lágrimas y gimen por nuestro infortunio.

«Tú, que vives en la indolencia mientras que la fortuna te da sus avisos, sabe, si duermes, que la fortuna está despierta.

«Tú te paseas satisfecho y sin cuidados; tu patria te ofrece encantos todavía; ¿pero puede haber patria para el hombre despues de haber perdido á Sevilla?

«Esta postrera desgracia hace olvidar todas las otras, y el largo transcurso del tiempo no será bastante para borrar su memoria.

«¡Oh! vosotros, que montais ligeros y ardientes corceles que vuelan como águilas en los campos en que el acero ejerce sus furores;

«Vosotros, los que empuñais las aceradas espadas de India, que en medio de negros torbellinos de polvo brillan como ascuas;

«Vosotros, que del otro lado del mar veis correr vuestros dias tranquilos y serenos; vosotros que hallais en vuestra morada la gloria y el poder;

«¿Como no han llegado á vosotros nuevas de los moradores de España? Y sin embargo han partido de ella mensageros para informaros de su triste suerte.

«Sin cesar imploran vuestro socorro, y esto no impide que se los degüelle, que se los reduzca á cautiverio. ¡Cómo! ¿ni un solo hombre se levantará en su defensa?

«¿Qué significa esta division entre los Musulmanes? ¿Acaso vosotros, adoradores de Dios, no sois todos hermanos?

«¿No se alzarán en medio de vosotros algunas almas fuertes, generosas é intrépidas? ¿No vendrán guerreros á socorrer y vengar la religion?

«Los moradores de España se han cubierto de ignominia, ellos que se encontraban antes en tan floreciente y glorioso estado. Reyes ayer en sus viviendas, son esclavos hoy en el país de la incredulidad.

«¡Ah! si hubieses visto correr su llanto en el momento en que fueron vendidos, semejante espectáculo te habria penetrado de dolor, y tu razon se habria extraviado.

«Veríaslos ahora consternados, errantes, sin socorro y sin consuelo, y cubiertos de harapos que atestiguan su vergonzosa esclavitud.

«¡Oh Dios! ¿por qué has puesto una montaña entre la madre y sus hijos? ¿por qué has separado las almas de los cuerpos?

«Y esas doncellas tan hermosas como el sol cuando nace vertiendo corales y rubíes;

«¡Oh dolor! el bárbaro las arrastra para condenarlas á humillantes oficios; bañados están en llanto sus ojos y turbados sus sentidos.

«¡Ay! si todavía existe en nuestros pechos un resto de islamismo y de fe, desgárrense nuestros corazones á la vista de tan horrible cuadro.»

Tales eran los tristes lamentos de los Musulmanes españoles; pero la excitacion guerrera del poeta no fué oida, y solo la política pacífica por necesidad del emir de Granada logró impedir la dispersion de las fuerzas musulmanas que los cristianos rompian delante de ellos. Muhamad Alhamar, en los años que disfrutó de paz antes y despues de la muerte de san Fernando, hizo florecer las artes, el comercio y la industria en sus dominios; merced á su proteccion tomó

fomento la agricultura, multiplicáronse los productos de la tierra, perfeccionáronse las manufacturas, especialmente las de seda; cultivábase con provecho la minería, y con sabias leyes y prudente administracion, el pequeño reino de Granada recordaba el esplendor y brillo del antiguo imperio de los califas. Además, otro suceso contribuyó en mucho á la gran importancia alcanzada por el reino granadino, importancia que no guardaba armonía con su reducido territorio, y fué la gran aglomeracion de gente que lo ocupó procedente de Valencia y Andalucía, de donde iba la conquista desalojando á los Musulmanes. En efecto, Córdoba, Jaen, Sevilla, Valencia y Játiva le habian enviado gran parte de sus habitantes, y Alhamar, no satisfecho con dispensarles magnífica acogida, segun exigian sus infortunios, concedióles exenciones de tributos por algunos años y procuró por todos los medios consolarlos y adquirir útiles ciudadanos que pudiesen aumentar con el tiempo la riqueza y las fuerzas del estado.

Aquellos restos de un imperio que se habia extendido desde el Garona hasta el Atlas, no subsistieron íntegros largo tiempo, como luego veremos; el Algarbe, el territorio de Niebla, la provincia de Murcia fueron en breve definitivamente conquistados, y solo el reino de Granada prolongó muchos años su existencia; y si se extraña que los reinos de Castilla y de Aragon, tan empeñados hasta entonces en su noble empresa, dueños por sus victorias de ambos flancos del reino granadino, no hubiesen, en lugar de conceder la paz á aquellos amontonados restos de poblaciones musulmanas, reunido sus fuerzas para arrojarlos de aquel asilo y librar de ellos á nuestra patria, diremos que en esta época la España cristiana parece olvidar hasta cierto punto la presencia de los Moros cuya expulsion habia sido hasta entonces el principal objeto de sus afanes, para inmiscuirse en los negocios generales de Europa y mezclar su nombre y sus armas en todas las cuestiones y contiendas que por aquel tiempo agitaron al mundo. Este es lo que vamos á referir en los capítulos sucesivos.



CAPÍTULO XXXII.

Alfonso X el Sábio, rey de Castilla.—Renueva la alianza de su padre con el emir de Granada.—Altera el valor de la moneda.—Reclama de Alfonso III de Portugal las plazas del Algarbe.—Se las cede luego en feudo.—Proyectada expedicion á Africa.—Muerte del rey Teobaldo I de Navarra.—Empresas de Alfonso X sobre Navarra y Gascuña.—Defeccion de su hermano don Enrique y del señor de Vizcaya.—Conquistas contra los Musulmanes.—Nacimiento del infante don Fernando de la Cerda.—Alfonso es elegido emperador de Alemania.—Sus inútiles esfuerzos para hacer efectiva su eleccion.—Levantamiento de los Moros de Andalucía y Murcia.—Guerra entre el rey de Castilla y Muhamad de Granada.—Tratado de Alcalá de Ben Zaide.—Matrimonio de Fernando de la Cerda, hijo primogénito de Alfonso el Sábio, con Blanca, hija de san Luis.—Turbulencias en Castilla.—Pásanse los sublevados al rey moro de Granada.—Muerte de Muhamad I.—Término de la rebelion en Castilla y paz de Alfonso X con Muhamad II de Granada.—Muerte de Ricardo de Cornuailles, competidor de Alfonso en la corona imperial.—Nuevas tentativas del rey de Castilla para obtener la confirmacion de sus derechos.—Eleccion de Rodolfo de Habsburgo.—Concilio ecuménico de Lyon.—Entrevista de Alfonso X con el pontífice Gregorio X.—Llegada á España de los Beni Merines de Africa.—Muerte de don Nuño Gonzalez de Lara.—Id. del infante don Fernando de la Cerda.—Id. del infante don Sancho arzobispo de Toledo.—Tregua con los Moros africanos y andaluces.—El infante don Sancho es reconocido como heredero del reino.—Cortes de Segovia.—La reina y los infantes de la Cerda se fugan á Aragon.—Suplicio del infante don Fadrique.—Expedicion á Algeciras y destruccion de la armada castellana por los Moros.—Contiendas con Francia.—Guerra contra Muhamad II de Granada.—Tratos con el rey de Aragon.—Disensiones entre Alfonso y su hijo Sancho, apoyado este por los infantes, los nobles y el pueblo.—Cortes de Valladolid.—Tribulaciones que amargaron los últimos dias de Alfonso.—Llama en su auxilio á los Beni Merines de Africa y empeña su corona.—Muerte de Alfonso X.—Principales reformas acometidas durante su reinado.—Cualidades del rey Sábio.—Sus obras legislativas y literarias.

Desde el año 1252 hasta el 1284.

Alfonso el Sábio de Castilla, dice Lafuente, es un ejemplo insigne de que un monarca ilustrado y docto, dotado de grandes cualidades personales puede ser desgraciado en la gobernacion de su reino. Y en efecto, la gran lumbrera que apareció en el horizonte español, entre las tinieblas del siglo XIII, el hombre que admiró por su genio y erudicion vastísima, no solo á España, sino á la Europa toda, fué, si no un mal rey, un monarca muy desafortunado.

Alfonso fué proclamado y recibió el juramento de fidelidad como rey de Castilla y de Leon dos dias despues de la muerte de su padre (1.° de junio de 1252) á la edad de treinta y un años; y luego que Alhamar de Granada supo la noticia, envióle sus mensageros para darle el pésame y renovar con él sus tratados de paz y alianza en los mismos términos que los habia tenido con Fernando. Cien principales Moros, vestidos de luto, asistieron con cirios encendidos á los funerales del santo rey por encargo de Alhamar, y Alfonso no pudo menos de agradecerle esta deferencia y de reconocer de buena fe los pactos que entre Castilla y Granada mediaban.

Uno de los primeros actos del nuevo monarca fué alterar el valor de la mo-

A. de J. C. neda para remediar, decia, la escasez de dinero que por efecto de las guerras se hacia sentir. Pero esta disposicion, á la que tan aficionados se mostraban algunos monarcas de la edad media á consecuencia del atraso en que se hallaban sobre semejantes materias, produjo el efecto que produce siempre, esto es, un alza general en el precio de todas las cosas. Para remediarla acudió don Alfonso á la tasa ó á fijar el máximum de los valores, pero tampoco este medio empírico produjo mas resultado que un retraimiento general y una ficticia escasez y el desconcepto del monarca á los ojos de sus súbditos, en cuanto se vió obligado, transcurrido muy poco tiempo, á revocar todas sus disposiciones. Con mal pié emprendia Alfonso X la escabrosa senda de la gobernacion de los pueblos.

El mismo año de su proclamacion reclamó enérgicamente de Alfonso III de Portugal, hermano de Sancho II, llamado Capelo, las plazas del Algarbe de que decia haberle hecho donacion el último monarca en recompensa de haberle él ayudado, siendo aun príncipe, á recobrar sus estados, de que le habia despojado el mismo Alfonso su hermano. El aparato bélico con que hizo la reclamacion in-
1253 timidó al Portugés, quien consintió en 1253 en entregar al Castellano las plazas solicitadas, pactándose además el enlace de Alfonso III con doña Beatriz, hija bastarda de Alfonso de Castilla. El de Portugal, empero, se hallaba ya casado con Matilde, condesa de Bolonia, y el pontífice, que no podia consentir en el escándalo que daba el Portugués apartándose de su primera y legítima esposa, amenazó á Alfonso y á Beatriz con las censuras de la Iglesia si no disolvian cuanto antes su nefanda coyunda. Negáronse ambos á obedecer el mandamiento pontificio, y permanecieron excomulgados y puestos en entredicho hasta que en 1262, muerta ya la condesa, Urbano IV á instancia de los prelados y del pueblo de Portugal consintió en dispensar los impedimentos y nulidades del segundo matrimonio. Poco despues de este enlace, ambos esposos solicitaron del rey de Castilla que para ellos, sus hijos y sucesores, les cediese en feudo los lugares del Algarbe conquistados y por conquistar, y Alfonso X que, segun nos dicen las crónicas, amaba tiernamente á Beatriz, consintió en lo que le pedian, concediéndoles para ellos y sus descendientes el dominio y jurisdiccion del Algarbe con condicion de que le prestaran ciertos servicios y tributos.

Este negocio habia distraido al hijo de san Fernando de la idea que le ocupó desde que ciñera la corona, deseoso en esto de seguir las huellas de su ilustre padre. Quiso llevar la guerra al Africa, y para ello habia mandado construir una suntuosa atarazana en Sevilla para la construccion de bajeles, y obtuvo un breve del papa Inocencio IV, celebrando la empresa y exhortando á los clérigos y seglares á que le acompañaren y siguieren. Libre ya de los asuntos de Portugal, volvió de nuevo á preparar su proyectada empresa, é Inocencio á secundarle poniendo á su disposicion las rentas y diezmos eclesiásticos, y mandando á los Dominicos y Franciscanos predicar por todas partes la cruzada. Sin embargo, achaque del sábio rey habia de ser, á lo que parece, idear grandes empresas y no realizar ninguna, pues tambien esta vez hubo de abandonar su expedicion por los sucesos acaecidos entonces en Navarra y por la desavenencia que los mismos originaron entre él y su suegro el Conquistador (1).

---

(1) Supónese por algunos, fundados en la Crónica de don Alfonso el Sábio, que otra causa ha-

Habia fallecido poco antes, en 8 de julio de 1253, Teobaldo I el Trovador, A. de J. C.
el rey de Navarra tan famoso por su aficion á la gaya ciencia y su poético amor á doña Blanca de Castilla, madre de San Luis. Unido en 1239 á la cruzada que partió de Francia para rescatar el Santo Sepulcro, volvió á sus estados en 1240 cuando las disensiones de los cruzados le obligaron á desistir de su empresa. Por ciertas diferencias que tuvo con el obispo de Pamplona fué excomulgado por la Santa Sede, pero cediendo luego el rey de sus pretensiones, obtuvo la absolucion del Padre Santo en un viage que hizo á Roma. De su primera esposa Margarita, hija del conde de Dampierre, habia dejado dos hijos, Teobaldo II que le sucedió, Enrique y una hija llamada Leonor, y de su segunda esposa Inés de Bayeux una hija por nombre Blanca, casada con el duque de Bretaña Juan el Rojo. El nuevo rey Teobaldo II apenas contaba quince años al acaecer la muerte de su padre, y Margarita, que temió que Alfonso de Castilla renovara las antiguas pretensiones de sus antecesores al territorio navarro, acogióse á la proteccion de don Jaime el Conquistador, quien, caballeroso, prometió ayudar á su hijo y protegerle contra *todos los hombres del mundo* (frase de que se usaba por lo comun en aquella época), y dar su hija Constanza por esposa á Teobaldo ó á su hermano, asegurando además no casar á ninguna de sus hijas con los infantes de Castilla. La reina prometió tambien al Aragonés paz y alianza y ayudarle contra todos sus enemigos, y que nunca daria sus hijos en matrimonio á hermanas ó hijas del Castellano. Los prelados y ricoshombres de Aragon y Navarra juraron este pacto que habia de ser ratificado por el Sumo Pontífice. Tan cierto es lo que llevamos dicho acerca de la union de los reinos en que nuestra península se hallaba dividida, y tanto era lo que á todos preocupaban las aspiraciones que se suponian en los monarcas castellanos.

En efecto, apenas se hubieron ajustado las anteriores estipulaciones, cuando Alfonso X presentóse con su ejército en las fronteras navarras, pretendiendo apoderarse del reino y de los infantes. Don Jaime no se mostró remiso en acudir en auxilio de sus aliados, y entre suegro y yerno parecia inminente un rompimiento, cuando por mediacion de algunos prelados y ricoshombres ajustóse una tregua entre ambos reyes, que permitió al Navarro ceñir tranquilamente la corona
(1254). 1254

Por aquel entonces los Gascones, mal avenidos con el gobierno de los Ingleses, enviaron embajadores á Alfonso X ofreciéndole ponerse bajo su señorío si

---

bía ya puesto en desacuerdo á los reyes de Aragon y Castilla. Dicen que despues de seis años de matrimonio con Violante de Aragon, determinó don Alfonso tomar nueva esposa, disgustado de que aquella no le hubiese dado hijo alguno, y pidió la mano de Cristina, hija del rey Haquino de Noruega; este se la otorgó y la princesa llegó á España en 1254, pero ya entonces Violante se hallaba en cinta, y Alfonso habia por esto y por desenojar á su suegro abandonado la idea de separarse de ella. Entonces, perplejo y no queriendo causar una afrenta á la muger á quien hiciera venir de tan lejos, dióla por esposa á su hermano don Felipe que, aunque abad de Valladolid y obispo electo de Sevilla, no habia recibido aun la órden sacerdotal. El matrimonio, añaden, se verificó poco despues, pero Cristina murió en breve de pesar por no ser mas que infanta y princesa despues de haber soñado en ser reina.—El marqués de Mondejar en sus Memorias sobre Alfonso el Sábio, demuestra que en 1253 la reina habia dado ya á luz la infanta Berenguela, y que la venida de Cristina no se verificó hasta 1257, habiendo sido expresamente solicitada su mano para don Felipe ó cualquier otro de sus hermanos á quien la princesa eligiere, con el objeto de obtener Alfonso la alianza de Haquino, preocupado como andaba ya con la idea del imperio.

A. de J. C. prometia auxiliarlos en la guerra que meditaban. Alfonso les dió hombres y dinero y al momento se declaró por él casi toda Gascuña, que, como sabemos, habia ya pertenecido á la corona de Castilla como traida en dote por Leonor de Inglaterra, esposa de Alfonso VIII. Enrique III, lejos de mostrarse ofendido con el Castellano, envióle por el contrario solemne embajada, rogándole que cesara en sus hostilidades y pidiéndole al propio tiempo la mano de su hermana Leonor para su hijo primogénito Eduardo, con tal que le cediera en dote sus derechos al territorio disputado. Entonces se vió otra vez la facilidad con que el sábio rey cedia á cuanto de él se solicitaba aun en perjuicio de su propio reino, y la boda se celebró en Burgos en 1254. El rey de Castilla renunció en favor de su hermana á todas sus pretensiones á la Aquitania, de que los Ingleses habian estado hasta entonces en posesion de hecho, y Leonor llevó en dote á su marido los condados de Ponthieu y de Montreuil, que habia heredado de su madre. Las fiestas que se celebraron por este motivo y por haber armado Alfonso caballero á su cuñado Eduardo, fueron muy celebradas y de ellas se habla en todos los monumentos de la época.

Por aquel tiempo, ya que no marchara á Africa, resolvió don Alfonso hacer la guerra á los Musulmanes españoles. Escribió en su consecuencia á Muhamad de Granada para que le acudiera con sus gentes, y juntos pusieron sitio y tomaron sucesivamente en 1254 las plazas de Jerez, Arcos, Sidonia y Lebrija, que sin duda habian sacudido de nuevo la dominacion de Castilla. El gobierno de Arcos se dió á don Enrique, hermano del rey, á quien la plaza se habia sometido.

1255 En el siguiente año, impetró Alfonso de Alejandro IV un nuevo breve apostólico, para la expedicion á Africa, que produjo el mismo resultado que los anteriores, y tampoco tuvo mejor éxito ¡singular desgracia que parecia acompañar las acciones todas del rey Sábio! la pretension que adujo al ducado de Suavia en razon al derecho que á él tenia por su madre doña Beatriz, pretendiendo que se declarara al príncipe Coradino inhábil para poseerlo en atencion á estar en guerra con la Iglesia su tio y tutor Manfredo.

Aquí empieza la larga série de rebeliones y trastornos que tan infeliz y triste para el rey y para los pueblos habian de hacer este reinado.

Segun el derecho de la época, en virtud del cual todo vasallo del rey podia desnaturalizarse renunciando á los feudos que del soberano tenia, perdiendo este toda especie de derecho sobre su persona, don Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya, fué á ofrecerse al servicio de don Jaime de Aragon á causa de ciertas desavenencias con el rey. Su hijo Lope Diaz imitó luego su ejemplo con muchos caballeros vizcainos, y tambien hizo lo mismo el infante don Enrique, gobernador de Arcos y Lebrija, recibiéndolos á todos el Aragonés con grandes honras y distinciones, pues no eran tan cordiales las relaciones entre don Jaime y su yerno que despreciase aquel las ocasiones de suscitarle enemigos y obstáculos.

Acabábase por aquel tiempo la tregua que con el Castellano tenia, y segun cuentan las crónicas, estaba muy indignado con él, tanto que queria llevar sus diferencias á trance y juicio de batalla. Interpusiéronse, empero, los prelados y otras personas religiosas, y ambos monarcas se vieron entre Agreda y Tarazona. Sin embargo, nada se resolvió allí, y aunque quedaron de acuerdo en que el rei-

no de Navarra permaneciese bajo el amparo y custodia de don Jaime, como don Alfonso persistiese en su porfía, las cosas se inclinaron mas al rompimiento que á la concordia (1). Mas felices en el siguiente año avistáronse otra vez en Soria 1256 en el mes de marzo, y quedando allí confederados y conformes, renovaron las alianzas y amistades que los reyes sus antecesores tuvieron (2).

A. de J. C.

Aquel año de 1256 fuélo de felicidad para el monarca de Castilla, no solo por haber visto desvanecidos los temores que podia infundirle la actitud de su suegro de Aragon, sino tambien por el feliz nacimiento de su hijo el infante don Fernando, que se llamó de la Cerda por un largo cabello que al nacer tenia en el pecho. Además su fama, que era universal en Europa, proporcionóle por aquel mismo tiempo una gran satisfaccion á su legítimo orgullo de hombre y de monarca. El imperio de Alemania habia quedado vacante por muerte de Guillermo de Holanda, y la república de Pisa, reconociendo el derecho de Alfonso al ducado de Suavia, cuya familia habia ceñido por espacio de un siglo la corona imperial, aclamóle emperador, enviando á Castilla por medio de embajadores el acta de reconocimiento, que empezaba con estas palabras:

«En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

«Porque todo el Comun de Pisa, toda Italia y casi todo el mundo os reconoce á vos, excelentísimo, invictísimo y triunfante señor Alfonso por la gracia de Dios rey de Castilla, de Toledo, de Leon, de Galicia, de Sevilla, de Murcia y de Jaen, por el mas excelso de todos los reyes que son ó fueron nunca en los tiempos dignos de memoria; porque saben que amais mas que todos la paz, la verdad, la misericordia y la justicia, y que sois el mas cristianísimo y fiel de todos; sabiendo que habeis nacido de la sangre de los duques de Suavia, á cuya casa por privilegio de los príncipes y por concesion de los pontífices de la iglesia romana es notorio que pertenece digna y justamente el imperio, os aclama y nombra, etc.»

Sin embargo, la república de Pisa carecia de derecho electivo para el nombramiento de emperadores, así es que aquello solo podia considerarse como un acto espontáneo de oficiosa deferencia, sin carácter alguno que autorizara á don Alfonso para tomar aquel título. No tardó, empero, en recibir aquel acto autorizada con- 1257
firmacion: los electores se dividieron, y creyendo conveniente á la tranquilidad del imperio dar la corona á un príncipe extrangero, cuatro ratificaron en Tréveris los deseos de la república de Pisa, que eran los de todas las ciudades italianas, nombrando á Alfonso de Castilla, y tres dieron sus votos en Francfort á Ricardo de Cornuailles, hermano del rey de Inglaterra. Este, mas diligente que Alfonso, marchó sin dilacion á Aquisgran, donde tomó posesion de la corona imperial, mientras que los electores del de Castilla daban por nula su eleccion, apoyados en varias causas, algunas de ellas fundadas, y desde aquel momento Alfonso, empeñado en porfiada competencia y en incesantes reclamaciones, apuró en esta cuestion su longanimidad y sus caudales, para ver al fin desvanecidas sus ilusiones todas, conculcados sus indisputables derechos, y caer sobre sí el desamor de sus propios súbditos, que no fué esta una de las causas que menos contribuyeron al triste estado á que llegaron durante este reinado los pueblos de Leon y Castilla.

(1) Zurita, Anal. de Aragon, l. III. c. LI.
(2) Id. l., c.

A. de J. C. La dignidad imperial, que tanto halagaba el orgullo de Alfonso X, y por la cual tan grandes sacrificios hizo, no fué bastante para que olvidara del todo los asuntos de su reino. Tres años habian transcurrido desde la conquista de Jerez, cuando otra vez llamó á Muhamad Alhamar para que le ayudara en la guerra que queria llevar al Algarbe contra los Almohades, sus comunes enemigos, que se habian refugiado en aquel territorio como su postrer asilo. El emir de Granada expidió al momento sus órdenes á las tribus de Málaga, allegó sus caballeros y se reunió con las tropas de Alfonso, poniendo ambos sitio á Niebla, donde mandaba el walí Aben Muhamad, caudillo de los Almohades. La ciudad era fuerte, sus muros altos y bien torreados, todo de piedra bien labrada, y en ella habia mucha gente de guerra que hacia contínuas salidas contra los del campo, resistia á todos los combates y lanzaba piedras y dardos con máquinas y tiros de trueno con fuego (1). El sitio se prolongó por espacio de nueve meses, hasta que apurados por falta de provisiones y no esperando de ninguna parte socorro, las ciudadanos persuadieron al gobernador, á quien las crónicas musulmanas llamaron poco antes Aben Muhamad y ahora llaman Aben Obeid, y al que las nuestras dan el nombre de Aben Mafod, que negociara una capitulacion con el soberano de Castilla. Noble y generoso este, nada negó al Musulman de cuanto solicitara; estipulóse en la capitulacion que se rendiria todo el Algarbe, y el rey dió en cambio al walí muchas tierras y posesiones, entre ellas la algaba de Sevilla, la Huerta del Rey con sus torres, y además el diezmo del aceite de su Aljarafe, que producia una renta considerable. Por este precio quedaron dueños los cristianos de Niebla, Huelva y de casi todo el Algarbe (1257).

La cuestion del imperio atraia, empero, los principales cuidados de Alfonso: ya fuese su amor propio excitado, ya fundase en ella grandes combinaciones políticas, es lo cierto que para alcanzar una solucion favorable, empleó los recursos todos, excepto aquel que sin duda mas le hubiera aprovechado, que hubiera sido marchar á Alemania á permitírselo las agitaciones y disturbios que, como veremos, fomentaban en el reino su conducta por un lado y la ambicion de los nobles por otro. Cuando se resolvió á marchar, no solo habia pasado la
1256 sazon, sino que era ya caso desesperado. El inglés Ricardo no reportó tampoco de su título mayor utilidad que el castellano Alfonso, pues en 1258 ó 1259, agotados todos sus recursos en los gastos que hizo para atraerse parciales, hubo de volver á Inglaterra, y á su marcha siguieron la tibieza y el desvío de aquellos que mas ardientes se mostraran en la defensa de sus pretensiones. Buena ocasion era aquella para cualquier otro que no hubiese sido Alfonso, pero este, hombre de ley ante todo, aplicóse con preferencia aunque en vano, á recabar del sumo pontífice Alejandro IV la confirmacion de su dignidad. Ahí estuvo indudablemente para Alfonso el mayor de los obstáculos: los pontífices, que tenian por enemiga á la casa de Suavia, no podian ver con gusto la elevacion de aquel que fundaba sus títulos todos en su parentesco con ella; además, en las críticas circunstancias en que se hallaban entonces Italia y Alemania, era indispensable para no sumir á Europa en una guerra general y para no introducir en ella nuevos motivos de perturbacion, que el nombramiento de la persona

(1) Conde, P. 4.ª, c. VII.

que hubiese de ocupar el vacante trono imperial fuese unánime, ó cuando menos tan claro que no cupiesen sobre él dudas ni alteraciones. El *Interregno* (así fué llamada esta época) convenia además á los papas para extender su influencia por Alemania é Italia : el bando gibelino se encontraba así sin jefe, y la division y discordia intestinas de sus miembros servian admirablemente para la causa nacional de que los papas eran entonces los únicos valedores. Urbano IV, sucesor de Alejandro, murió sin haber tampoco confirmado á Ricardo ni á Alfonso, y convencido este de la inutilidad de sus esfuerzos para alcanzar la confirmacion pontificia, compró á costa de crecidas sumas y de no pocos sacrificios la alianza de los jefes gibelinos; dícese que señalaba á cada uno una renta anual de diez mil libras tornesas; pero, á pesar de esto, del apoyo que le prestaba san Luis, que temia el excesivo engrandecimiento de su rival de Inglaterra, y de estar decididamente en su favor muchas ciudades de Italia, Alfonso, que no pudo ó no quiso salir de España para trasladarse al lugar de los sucesos, veia su causa como paralizada, no constándole de otro modo su dignidad imperial sino por los diarios sacrificios de dinero que le exigian sus poco decididos partidarios. Semejante situacion no podia prolongarse por mucho tiempo sin producir en el reino funestos disgustos y perturbaciones, y en efecto los produjo, como en seguida explicaremos.

De regreso de su expedicion de Niebla, continuó Muhamad de Granada recorriendo sus estados, visitando las tribus y fortificando sus plazas fronterizas, pues comprendia la dificultad de conservar la paz con los cristianos, «naturales enemigos, dice la crónica musulmana, que con leve ocasion se mueven á dañarnos, que nunca el absintio ni la coloquíntida dejaron su amargura , ni se debe esperar que la zarza produzca uvas (1).»

Esto nos manifiesta que Muhamad agitaba en su mente el proyecto de sacudir el yugo que sobre él pesaba, y en efecto, hallándose en Gebaltaric, cuyos muros mandó reparar, presentáronsele varios Musulmanes de Jerez, de Arcos, de Medina Sidonia y de Murcia, ofreciéndose á reconocerle por su jefe si les ayudaba á sacudir la servidumbre en que los cristianos los tenian. Prometióles el emir contestarles muy en breve, y de vuelta á Granada consultó el negocio con sus wazires y consejeros; la mayor parte opinaron por socorrer á sus correligionarios y romper la paz con Alfonso, pero Alhamar, al propio tiempo que alabó su celo, representóles los peligros é inconvenientes de una guerra abierta con Castilla. Mañoso y astuto, díjoles empero, que seria bueno favorecer á los de Murcia, pero con disimulo; que la cercanía de la tierra facilitaba los medios de ayudarlos, y que los de Jerez y del Algarbe suscitasen su levantamiento á un tiempo mismo, pues al tener Alfonso que dividir sus fuerzas y atencion podíase esperar que le pediria el acostumbrado servicio, siendo entonces la ocasion de negarse con cualquier pretexto, de modo que apareciese que por culpa de los cristianos se habia alterado la buena amistad. Aprobóse este dictámen, y escribióse á los de Jerez, de Algarbe y de Murcia para que todos se alzasen en un mismo dia y echasen de sus ciudades á los cristianos que estaban en ellas de presidio; mas los principales motores de la revolucion, para animar á los suyos,

(1) Conde, l. c.

A. de J. C. hiciéronles creer que el emir granadino los habia ya tomado bajo su fe y amparo, y que al mismo tiempo entraba en tierras de cristianos, haciéndoles sangrienta guerra.

No fué menester mas, dice la crónica de Conde, para que el bárbaro pueblo se acalorase, y sin otra consideracion, añade, ciego y amigo de novedades y venganzas, tomó las armas, aclamó á Muhamad Alhamar, y acometió contra los cristianos. Murcia, Lorca, Mula, Arcos, Lebrija, las poblaciones todas desde Murcia hasta Jerez se sublevaron en un mismo dia, matando y echando fuera de las fortalezas á los cristianos que las tenian. En Jerez fué la matanza horrible, y el conde don Gomez, su gobernador, murió defendiendo el alcázar despues de haber visto caer á su lado hasta el último de sus soldados. En Sevilla intentaron apoderarse de la reina Violante, pero allí lo mismo que en Córdoba pudo la
1261. insurreccion ser sofocada (1261).

Sin pérdida de momento envió Alfonso sus tropas á los lugares de la rebelion, y requirió al emir de Granada para que acudiese á servirle contra los de Murcia. Muhamad se excusó fundándose en motivos de religion y de política, y atrevióse á decirle que para cumplir con sus pueblos, le seria preciso no estarse ocioso en aquella ocasion. Poco satisfecho Alfonso con semejante respuesta, dió órden á sus fronteros para que tratasen á los de Granada como á enemigos, y en seguida dieron principio á las hostilidades. Al saberlo, Alhamar salió de Granada y corrió los campos de Alcalá la Real (de Ben Zaide), mientras que Alfonso se adelantaba tambien por su parte, encontrándose ambas huestes á la vista de aquella ciudad. La pelea fué sangrienta, y los caballeros zenetas (1) que acompañaban al emir de Granada, enviados por el de Marruecos, propor-
1262. cionáronle aquel dia los honores del campo (1262).

El favor con que Alhamar distinguió en esta campaña á ciertos caballeros Zenetas y Zegríes ó de la frontera, disgustó á los walíes de Málaga, de Guadix y de Comares, y cuando el emir quiso socorrer á Murcia, atacada por los cristianos, excusáronse de marchar con él alegando ser su presencia necesaria en sus respectivas ciudades. No satisfecho aun su resentimiento, escribieron de comun acuerdo á don Alfonso, y acogiéndose bajo su fe y amparo, prometieron salir contra el emir de Granada y no celebrar con él paz ni tregua sin que él lo consintiese, con tal que prometiera ayudarlos y defenderlos contra el mismo emir en las ocasiones necesarias. Holgóse el rey Alfonso de esta embajada, y les propuso que sin tardanza comenzasen á guerrear contra el de Granada, pues que de ello pasaba noticia á todas sus fronteros para que los tratasen como sus apazguados y buenos servidores. Los walíes disidentes llevaron sus algaras hasta la vega misma de Granada, y don Alfonso pudo mas á su salvo hacer la guerra á los levantados de Andalucía y de Algarbe. Puso sitio á Jerez, ocupando durante el cerco las fortalezas y lugares inmediatos, y pasados cinco meses, los Musulmanes de la ciudad se rindieron por capitulacion, sin poder obtener otra cosa que la salvacion de su vida. El vencedor los expulsó de la plaza, que quedó por algun tiempo despoblada, y sus moradores pobres y miserables se esparcieron en pequeñas taifas por diversas partes de Andalucía; muchos pasaron á

(1) Nuestras crónicas los llaman *los ginetes.*

Granada y otros se embarcaron para Africa (1263). Sidonia, Rota, Sanlucar, A. de J. C. 1263
Lebrija y Arcos se rindieron igualmente, y de todas ellas hubieron de salir sus moradores sin otra cosa que su persona, en virtud de los rigurosos términos de las capitulaciones. En su mayor número se retiraron á tierras de Granada, asilo natural de las tribus arabo-andaluzas, pues aun cuando el Africa se lo ofrecia mas seguro, eran aquellas tribus españolas al propio tiempo que musulmanas, y el destierro era para ellas mas suave y llevadero en las risueñas márgenes del Darro y del Jenil bajo la proteccion del generoso emir que construia la Alhambra, que no en los estados de Yagmurassin y de Abu Yussuf. Muhamad veia aumentar así la poblacion de su territorio al tiempo que este disminuia, y esta fué quizás la causa mas principal de la prosperidad á que llegó el pequeño reino que conservó aun el islamismo en España por espacio de dos siglos despues de la muerte de su fundador. Por aquel tiempo recobró tambien la ciudad de Cadiz una armada castellana que de improviso apareció delante de su puerto, mandada por don Juan García de Villamayor.

En 1264 imploró Alfonso el auxilio de su suegro de Aragon, é hízole pre- 1264
sente cuanto le convenia para poder guerrear libremente con los Moros de Granada, estar seguro por la parte de Murcia. Rogóle por lo mismo, que diera fin á la conquista de aquel reino, quedándose él con los lugares que le pertenecian y poniendo á Castilla en posesion de los demás; el rey Jaime accedió á sus deseos, á pesar de los obstáculos que á ello se opusieron, segun en el capítulo si- 1266
guiente explicaremos; conquistó y sometió aquella provincia, y entregó generosamente á su yerno la porcion que de ella le correspondia, previniéndole que cuidase de guarnecer el reino y las fronteras. El rey don Alfonso nombró adelantado en aquel territorio á su hermano el infante don Manuel, yerno tambien de don Jaime.

Poco antes Alfonso, que pudo dirigir todas sus fuerzas contra los Granadinos, redujo á Muhamad á la necesidad de implorar la paz, y en las vistas que ambos soberanos tuvieron en Alcalá de Ben Zaide, convínose en una tregua bajo las condiciones siguientes: el rey de Granada y su hijo, á quien su padre habia declarado su sucesor y asociado en el gobierno, renunciaron á todas sus pretensiones sobre el reino de Murcia, y por su parte el rey de Castilla se obligó á no ayudar ni proteger la rebelion de los walíes de Málaga, Guadix y Comares. Pactóse además que Alhamar pagaria á Alfonso un tributo anual de doscientos cincuenta mil marcos en tiempo de guerra, en vez de acudirle con sus gentes, y que solo estaria obligado á asistir á las cortes que se tuviesen en Castilla de puertos aquende; obligóse por fin el Granadino á facilitarle el allanamiento de los de Murcia con ciertas condiciones, pero todo ello vino á quedar inútil por la conquista de aquel territorio verificada por don Jaime, y por la entrega que de él hizo al de Castilla.

Mientras esto sucedia, Alfonso X solicitaba la mano de Blanca, hija segunda de san Luis y de Margarita de Provenza, para su hijo primogénito don Fernando de la Cerda. Juan Martinez, fraile de la órden de san Francisco, electo obispo de Cadiz, y un caballero llamado Enrique Toscano, pasaron á este efecto á París, y el contrato se firmó en 28 de setiembre de 1266, si bien el matrimonio no se celebró hasta dos años despues á causa de la corta edad de los

A. de J. C. príncipes: Blanca, nacida en Siria durante la primera cruzada de su padre, solo contaba catorce años, y Fernando apenas contaba once, pues habia nacido á principios de 1256. Los dos futuros esposos eran parientes en tercero con cuarto grado de consanguinidad, pues descendian en línea directa de Alfonso VIII de Castilla; pero, impetrada y obtenida la oportuna dispensa, no hubo impedimento para el matrimonio (1).

La celebracion de la primera misa por el infante don Sancho, hijo de don Jaime de Aragon, promovido al sacerdocio y á la sede arzobispal de Toledo, fué causa de que el monarca aragonés visitara la corte de Castilla por la Natividad
1268. del año 1268. Don Alfonso salió á recibir á su suegro en los confines de su reino y le agasajó espléndidamente, consolidándose mas y mas el buen acuerdo que
1269 entre ellos existia. Otra vez repitió la visita en 1269 con motivo del enlace de su nieto don Fernando de la Cerda con Blanca, hija de san Luis. Las bodas se verificaron en Burgos (30 de noviembre) con extraordinaria pompa, y con gran concurso de personages principales, pues, además de los soberanos de Castilla y Aragon y de los infantes de ambos reinos, asistieron á ellas Felipe de Francia, hermano de Blanca, Juan de Acre, conde de Eu, los embajadores de Alemania, el príncipe Eduardo de Inglaterra, el emir Muhamad de Granada, y la emperatriz de Constantinopla, María de Brienne, hija de Juan, rey de Jerusalen, y de Berenguela de Leon, hermana de san Fernando, de modo, dice Zurita, que se pudo decir haber sido corte de reyes y de príncipes. Esta señora habia venido á solicitar de los reyes de Aragon y Castilla algunos auxilios para el rescate de su hijo único Felipe de Courtenay, á quien los Venecianos retenian cautivo en garantía de una suma considerable que habian prestado á su padre Balduino II. Alfonso quiso encargarse él solo del rescate de Felipe, y dió á su prima la cantidad necesaria (2). Durante la permanencia de don Jaime en Burgos, solicitaron su amistad algunos ricos-omes, y entre ellos don Nuño Gonzalez de Lara, descontentos de su soberano; pero el Aragonés, lejos de encender el fuego de la discordia, procuró apagarlo, si bien no auguraba nada bueno del estado en que veia los reinos de don Alfonso. Este le acompañó luego hasta Tarazona, junto con su esposa Violante, y allí don Jaime se despidió de ellos dando muy buenos consejos á su yerno para la gobernacion de sus estados.

No tardaron en cumplirse los vaticinios de don Jaime: graves turbulencias estallaron en Castilla, originadas por las dos causas que antes hemos señalado, esto es, la ambicion de la nobleza y las prodigalidades y mal gobierno del rey. En efecto, Alfonso X, en vez de seguir las huellas de su padre san Fernando, que habia procurado y logrado á fuerza de prudencia y energía cortar el vuelo de los poderosos magnates, aumentó, liberal y pródigo, las rentas y cuantías de los grandes, creyendo hacerlos mas afectos y mas leales servidores. Esto, junto con las crecidas sumas de dinero que salian del reino para Italia y Alemania, obligó al rey á sobrecargar al pueblo de tributos, y al propio tiempo que no hacia suyos á los nobles, deseosos cada dia de nuevas prerogativas, concitaba contra él el

(1) Igual dispensa habia concedido el papa Inocencio IV á don Alfonso X y á doña Violante, padres de don Fernando, parientes tambien en tercero con cuarto grado.

(2) Ascendia esta, segun se dice, á diez mil marcos de plata, equivalentes á un millon seiscientos mil reales.

disgusto y odio popular. Estas, á nuestro modo de ver, fueron las causas de A. de J. C. cuantas agitaciones y turbulencias afligieron al pueblo durante este período de tiempo.

El principal autor de los tristes sucesos que nos toca referir ahora fué el conde don Nuño Gonzalez de Lara, el mismo que antes habia buscado el favor del monarca aragonés, magnate poderoso y, como todos los suyos, de condicion inquieta, independiente y amante de los fueros del reino. El motivo ostensible del rompimiento (y decimos ostensible, porque con lo que llevamos dicho no habian de faltar al reino motivos de queja y á los próceres, grandes y quizás excesivas aspiraciones) fué el siguiente: el infante don Dionisio de Portugal, hijo de Alfonso III y de Beatriz de Castilla, llegó en 1269 á suplicar á su abuelo Alfonso X que relevara á sus padres del feudo y vasallage que por las plazas del Algarbe prestaban á Castilla. El rey, por amor á su hijo y por deferencia á su nieto, á quien acababa de armar caballero, inclinábase á acceder á aquella pretension, pero esto no obstante, quiso consultarlo con los infantes y próceres de su corte. El de Lara fué el único entre todos que contrarió los manifiestos deseos del monarca, y le dijo: *que vos tiredes de la corona de vuestros reinos el tributo que el rey de Portugal y su reino son tenudos de vos facer, yo nunca, señor, vos lo aconsejaré.* Este lenguage franco y leal fué lo que indispuso al monarca y al magnate, mayormente cuando los demás consejeros no se atrevieron á contrariar á Alfonso, que levantó desde entonces el feudo y vasallage que por el Algarbe le prestaba Portugal. Desde aquel instante estallaron el disgusto y los rencores antes reprimidos, y el bando de don Nuño no tardó en verse reforzado con gran número de ricos-omes y caballeros castellanos, que alegaban todos para rebelarse la precaria situacion á que habia venido el reino, agobiado de indebidos pechos y tributos. Diez y siete próceres y á su cabeza el de
Lara se reunieron en Lerma (1270), teniendo entre ellos al infante don Feli- 1270
pe (1) á quien habian logrado atraer á su causa, y despues de acordar que dicho infante pasara á Navarra con objeto de ganar en su favor á don Enrique, que gobernaba aquel reino en ausencia de su hermano Teobaldo II, formularon el memorial de los agravios y quejas que del rey tenia la nobleza y la satisfaccion que á ellos habia de darse. Los agravios que en nombre de la nobleza exponia el de Lara eran, segun Lafuente, los perjuicios que decian resultar á sus vasallos de los fueros que el rey daba á algunas villas; que no llevaba en su corte alcaldes de Castilla que los juzgasen, que se agraviaban los hijos-dalgo de la alcabala que pagaban en Burgos, que recibian daño de los *merinos*, *corregidores* y *pesquisidores* del rey, que se disminuyeran los servicios, etc.

En estas circunstancias no pudo ó no quiso el rey manifestar la energía que el caso requeria; en vez de dirigirse á Lerma para sofocar la rebelion, marchó á Alicante á verse con su suegro de Aragon para pedirle su parecer sobre si deberia favorecer al rey de Granada ó á los walíes disidentes, pues todos habian reclamado su auxilio, y tambien para quejarse á él de que algunos ricoshombres aragoneses habian hecho liga con los ricoshombres de Castilla. Don Jaime

(1) Este infante habia sido arzobispo electo de Sevilla, casando despues con Cristina de Noruega y últimamente con una señora de la casa de Lara.

A. de J. C. le aconsejó que no rompiese la tregua que tenia con el rey de Granada, y quedó entre ellos concordado que se socorriesen en obra y en consejo. Sin embargo, los sublevados se le habian ya anticipado: habian hecho suyo al emir de Granada, y aun cuando no pudieron recabar cosa alguna de Enrique de Navarra, conside-
1271 ráronse bastante fuertes para presentarse armados y amenazadores al rey, reclamando la satisfaccion de los agravios manifestados. Don Alfonso entró en negociaciones con ellos, y esto nos manifiesta ó la escasa fuerza con que contaba, ó la debilidad de su carácter en cuanto su suegro don Jaime habíale dicho en Tarazona los medios de destruir la parcialidad de los ricoshombres y caballeros cuando se alzasen y desobedeciesen, y no se ocultaba además á su claro entendimiento la causa primera de aquellos sucesos. *Y estos ricos-omes*, escribia el rey á su hijo primogénito, *no se movieron contra mí por razon de fuero, nin por tuerto que yo les ficiese: ca fuero nunca yo se lo tolli. E otro si, aun que tuerto se lo hubiera fecho el mayor del mundo, pues que gelo queria enmendar á su bien vista dellos, non avian por que mas demandar. Otrosi por pro de la tierra no lo facen... mas la razon porque lo ficieron fué esta, por querer siempre tener los reyes apremiados, y llevar ellos lo suyo.* A pesar de esto satisfizo Alfonso casi todas las demandas de los ricoshombres, pero de nada le sirvió. Otras reclamaciones sucedieron á las primeras, y á estas otras y otras, dirigidas muchas de ellas á la rebaja de los pechos y tributos, hasta que por fin, desavenidos y en abierta hostilidad los ricoshombres, despues de desnaturalizarse, salieron de Castilla y fueron á la corte del rey de Granada, que los recibió con
1272. grandes demostraciones de cariño y alborozo (1272).

Muhamad abrigaba tambien en aquel entonces gran rencor contra Alfonso á quien acusaba de proteger contra él á los walíes de Málaga, Guadix y Comares. El rey de Castilla además habíale pedido la cesion de Algeciras y Tarifa, pero el emir se habia negado á ello diciendo ser aquellas plazas las llaves de sus estados, así como á desistir de la guerra contra sus walíes como lo pretendia Alfonso. En estas circunstancias, dice la crónica musulmana, fué cuando Filibo, hermano del rey Alfonso, el zaim don Nunio y otros ilustres caballeros de Castilla se desavinieron con su rey, llevando á mal sus cosas porque se dejaba gobernar mas por su muger que por su buen consejo, y se vinieron á Granada al amparo de Alhamar, cuya nobleza tenian bien conocida (1). Recibiólos como á tan principales caballeros se debia, y todos fueron aposentados en los mejores palacios de la ciudad; ofreciéronse ellos á servir al emir en la guerra contra los rebeldes, y segun la crónica de Conde, le rogaron que excusase cuanto le fuese posible ir contra el rey de Castilla, pues solo contra él no le servirian. Muhamad Alhamar alabó su nobleza y luego partieron contra los de Guadix; los caballeros cristianos hicieron en esta guerra notables proezas en competencia con los mas esforzados Muslimes, y el emir les daba parte en las presas y en todas ocasiones los honraba mucho. Sin embargo, favorecidos los walíes por Alfonso, y debiendo Muhamad dividir infinitamente sus fuerzas, no se hacia en esta guerra cosa de importancia sino talar la tierra y devastar los pueblos. Cansado, pues, el Granadino de tan prolijo guerrear, resolvió solicitar el auxilio de Abu Yussuf

(1) Conde, P. 4.ª, c. VIII.

Yacub, soberano de Marruecos y de Fez, fundador de la dinastía de los Beni Merines de Africa, de donde tantas veces habia venido la salvacion y la servidumbre de los Musulmanes españoles. A de J.C.

Los walíes rebeldes hicieron por aquel entonces entrada en las tierras granadinas, y Muhamad montado en cólera quiso salir contra ellos en persona á pesar de su avanzada edad, sin esperar el auxilio de los Africanos. A la cabeza de su caballería y de los cristianos que estaban en su corte, salió el emir contra los rebeldes, y al trasponer la puerta, rompióse la lanza de uno de los caballeros que no cuidó de inclinarla. Esto hizo que el pueblo augurara muy mal de aquella expedicion, y en efecto, á media jornada de camino sintióse el emir atacado de grave accidente, y aunque los suyos trataron de volverle á Granada, espiró antes de llegar allí, en la tienda que desplegaron provisionalmente, teniendo á su lado al infante don Felipe, el dia 29 de jiumada postrera de 671 (21 de enero de 1273). Muhamad contaba la edad de ochenta años; habia reinado trein- 1273.
ta y seis en Granada y habia llevado cuarenta y dos el título de emir desde su primera proclamacion en Arjona. Difundida la noticia de su fallecimiento, todos lloraron la muerte de este rey, dice la crónica, como si á cada uno se hubiese muerto su propio padre. Su cuerpo fué llevado á Granada donde se le tributaron con extraordinaria pompa los últimos honores (1).

Muhamad II, el único hijo de Muhamad I que sobrevivió á su padre, habia recibido el título de emir el Mumenin mucho antes del fallecimiento de este. Luego que le hubo tributado los últimos deberes, paseó á caballo las calles de Granada y fué de nuevo proclamado en medio de los transportes de la mas viva alegría. Resuelto á tomar á su padre por modelo en todas sus empresas y á imitarle en todo, no introdujo cambio alguno en los empleos civiles y militares ni en el sistema de administracion introducido por el sabio emir. Conservó la guardia africana que habia tenido siempre por jefe á un príncipe de los Beni Merines ó de los Beni Zeyanes, y lo mismo hizo con la guardia andaluza que, á falta de un jefe de la casa real, era mandada por Aben Muza, el antiguo amigo de su padre. Algunos cortesanos, que vieron frustrada su esperanza de elevarse á principios del nuevo reinado, acusaron á su soberano de ingratitud y marcharon á unirse con los walíes rebeldes. Muhamad II marchó contra ellos en compañía de los caballeros cristianos, los venció cerca de Antequera, quitóles todo su botin y vol-

(1) Su hijo mandó escribir en su sepulcro el siguiente epitafio: «Este es el sepulcro del sultan alto, fortaleza del Islam, decoro del género humano, gloria del dia y de la noche, lluvia de generosidad, rocío de clemencia para los pueblos, polo de direccion, explendor de la ley, amparo de la tradicion, espada de la verdad, mantenedor de las criaturas, leon de la guerra, ruina de los enemigos, apoyo del estado, defensor de las fronteras, vencedor de las huestes, domador de los tiranos, triunfador de los impíos, príncipe de los fieles, sabio adalid del pueblo, escogida defensa de la fe, honra de los reyes y sultanes, el vencedor por Dios, el ocupado en el camino de Dios Abu Abdallah Muhamad ben Yussuf ben Nasir el Ansarí (¡ensálcele Dios al grado de los altos y justificados y colóquele entre los profetas, justos, mártires y santos y le sea misericordioso!)..... ¡Alabado sea aquel cuyo imperio no fina, cuyo reinar no principió, cuya duracion no tendrá fin! No hay mas Dios que él, el misericordioso y clemente.» El uso de los epitafios, contrario al espíritu del islamismo, fué desconocido por los Musulmanes de España hasta Muhamad, lo mismo que el de los escudos de armas.

Hemos dicho haber sido este emir quien empezó la prodigiosa obra de la Alhambra; durante su reinado construyóse el principal cuerpo del edificio, pero el conjunto de monumentos que han sido designados despues con aquel nombre no fueron terminados hasta mediados del siglo XIV, época en que la discordia y las guerras intestinas hicieron imposible la continuacion de los trabajos.

vió á Granada, donde recompensó generosamente con suntuosos regalos de armas, de vestidos, de caballos y de arneses el valor de los Castellanos que tanto habian contribuido á la victoria.

En este tiempo el infante don Fadrique, que habia tomado parte con su hermano Enrique en la guerra de la Italia meridional contra Carlos de Anjou, volvió á España desde Tunez á donde se habia dirigido luego que las tropas de Carlos ocuparon la isla de Sicilia. Allí vivió largo tiempo cerca del emir Abu Abdallah Muhamad el Mostansir, y no se separó de él hasta que concibió sospechas de que trataba de darle muerte. Amigo antiguo del emir de Granada, Fadrique manifestó á su hermano Alfonso cuanto reprobaba el apoyo que prestaba á los walíes rebeldes de Málaga, Guadix y Comares, é inspiróle el temor de que Muhamad recurriera á la proteccion del emir de Marruecos. Por esto quizás, deseoso Alfonso de congraciarse con sus pueblos, celebró cortes en Almagro en 1272 y los alivió de algunos tributos expresados en el memorial de los ricoshombres, y al propio tiempo envió mensageros á Granada, instando á su hermano Felipe y á los señores castellanos á que olvidando lo pasado, volviesen á sus tierras, y procurasen reconciliarle con su huésped Muhamad II. Por algun tiempo se prolongaron las negociaciones y otra vez pudo temerse que terminaran en un definitivo rompimiento, hasta que por fin se convino por todos en tener una entrevista general en Sevilla. El infante don Felipe, don Nuño Gonzalez de Lara, don Lope Diaz de Haro, cuantos caballeros seguian su bando, y Muhamad II de Granada llegaron á Sevilla durante el mes de setiembre de 1273; Alfonso, que se encontraba en aquella ciudad con la reina y los príncipes, salió á recibirlos con gran séquito, aposentó á Muhamad en su propio palacio, le obsequió con fiestas, saraos y torneos, le armó caballero á la usanza de Castilla, le abrazó como amigo, y por su mediacion concertó las desavenencias que tenia con su hermano y los demás caballeros, renovándose con él el tratado de Alcalá de Ben Zaide que dejaba á los vasallos de ambos reinos libres para comerciar entre sí y con iguales franquicias y seguridades. Muhamad se hallaba entonces en la flor de sus años y reunia á todas las gracias de la juventud una instruccion sólida y amena; hablaba con rara elegancia la lengua castellana, y en una de las conversaciones que tuvo con la reina Violante pidióle esta una gracia que él se apresuró á conceder sin saber cual fuese. La reina manifestóle entonces el deseo de que se añadiera á lo pactado un año de tregua para los walíes de Málaga, Guadix y Comares, y Muhamad, aunque á pesar suyo, vino en ello, pues las caballerescas ideas de la época no permitian faltar á la palabra que se diera á una dama; comprendió, empero, que el objeto de Alfonso era mantenerle siempre en alarma por medio de aquellos enemigos interiores que podia á su capricho suscitar contra él, y prometióse tomar el desquite luego que se le presentase ocasion propicia. El infante don Felipe, don Nuño de Lara y demás magnates castellanos fueron satisfechos en todos sus pleitos y posturas, y terminada así aquella ruidosa contienda, Muhamad se despidió de Alfonso y de toda la familia real y dió la vuelta á sus estados, acompañándole hasta Marchena los infantes don Fadrique, don Manuel y don Felipe.

Otras causas que las expresadas contribuyeron tambien á que don Alfonso se mostrara tan solícito en celebrar la paz. La muerte de Ricardo de Cornuailles,

acaecida algun tiempo antes (2 de abril de 1271), habia reanimado en él la esperanza del imperio. Clemente IV, sucesor de Urbano en la sede pontificia, no se habia mostrado mas favorable que sus antecesores á las pretensiones del rey de Castilla, y aun intentó que se retirasen ambos electos solicitando con especialidad de Alfonso que desistiera de sus reclamaciones á la corona imperial. Muerto Ricardo, parecia natural que los electores no se ocupasen en elegir á un nuevo emperador y que se reunieran para coronar á aquel á quien las circunstancias alejaron del solio durante la vida de su competidor. Sin embargo, no sucedió así, y la historia ha de reconocer que tuvo mucha parte en ello la conducta débil, irresoluta y floja del rey de Castilla, que permaneció por espacio de mas de dos años sin que las turbulencias de su reino le permitieran emprender cosa alguna formal fuera de sus estados para tomar posesion de la dignidad imperial. A. de J. C.

Así que Alfonso supo la muerte de Ricardo, envió embajadores á Viterbo para sostener sus derechos al imperio, embajadores que eran Ademaro de la órden de Predicadores, despues obispo de Avila, don Fernando Martinez, canónigo de Zamora y obispo electo de Oviedo, y Diego Perez Sarmiento. Al ser elegido Gregorio X, sucesor de Clemente, en 1.° de diciembre de 1271, hallábase en Palestina (1), y los embajadores castellanos le esperaron en Viterbo hasta fines de marzo de 1272. Gregorio fué consagrado en Roma el dia 27 de dicho mes, y los embajadores de Castilla pudieron por fin presentarle las cartas de Alfonso y defender de viva voz en su presencia la justicia de su causa. El objeto de su mision era principalmente solicitar del pontífice que fijara el dia para la consagracion y coronacion solemnes de su señor don Alfonso, rey de Castilla y de Leon, como emperador del santo romano imperio; pero Gregorio, segun el espíritu de sus predecesores, se negó á reconocer á Alfonso como rey de Romanos, rechazó todas sus demandas, y escribió al rey para que abandonara sus pretensiones, esforzándose en probarle que carecian de todo fundamento (2). Al propio tiempo escribió á los electores, por tanto tiempo divididos, que habian de considerar sus pasados nombramientos como no hechos, y que convenia que se reunieran para elegir entre los príncipes alemanes á un hombre cuyo mérito y talento pudiesen realzar al debilitado imperio, anunciando además la convocacion solemne de un concilio general en Lion para el año 1274 (3). Los electores desempeñaron su cometido en setiembre de 1273, y Rodolfo, conde de Habsburgo, tronco de la segunda casa de Austria, fué nombrado rey de Romanos entre acalorados debates y á pesar de la protesta de Ottokar, rey de Bohemia, que sostuvo como legítima la eleccion de Alfonso. El nombramiento de un hombre generalmente estimado por su valor é inteligencia fué aprobado por el pontífice y en seguida por el concilio de Lion. Los electores 1274.

(1) La Iglesia estaba privada de gefe hacia tres años, desde la muerte de Clemente IV, fallecido en Viterbo en 29 de noviembre de 1268. El cónclave reunido en aquella misma ciudad nombró por su sucesor, despues de largo tiempo de discordias y dilaciones, al arcediano Teobaldo Visconti de Plasencia, que se hallaba entonces en Tierra Santa, y que tomó el nombre de Gregorio X. De entonces data la reclusion del cónclave.

(2) La carta de Gregorio X á Alfonso lleva la fecha de 16 de las calendas de octubre de 1272 (16 de setiembre.)—Reinald., ann. 1272.

(3) Por aquel tiempo se extinguieron las dos lumbreras de la iglesia de la edad media: santo Tomás de Aquino murió mientras se dirigia al concilio, y san Buenaventura durante las sesiones del mismo.

eclesiásticos y el obispo de Spira, canciller de Rodolfo, repitieron delante del concilio en nombre de su soberano, la promesa de respetar las libertades eclesiásticas, de no invadir los estados de la Iglesia y de no hacer jamás la guerra al rey de Sicilia.

Gregorio X habia llegado á Lion en noviembre de 1273 y Felipe el Atrevido visitóle en febrero de 1274, aprovechando Gregorio la deferencia que le mostraba el rey de Francia para obtener Avignon y el condado Venesino, cedidos á la Santa Sede en 1289 por Ramon VII, pero devueltos luego al mismo por Gregorio IX. El concilio de Lion ecuménico XIV, cuyo objeto era socorrer á los cristianos de la Tierra Santa y reunir á las Iglesias griega y latina, se abrió en marzo de 1274 y se cerró en 17 del siguiente julio. El rey de Castilla habia esperado que en él Gregorio dispondria á su favor de la dignidad imperial que acababan de conferir los electores á Rodolfo de Habsburgo, y ofendido del reconocimiento público que su competidor habia merecido, protestó y resolvió por último sostener sus derechos con las armas. El conde de Vintimiglia y otros señores lombardos, los enviados de la república de Pisa y del marqués de Montferrato instábanle para que no abandonara su derecho y le aseguraban existir en Italia en su favor un poderoso partido que no habian bastado á destruir las decisiones del último concilio. Rogábanle en consecuencia que se trasladara en medio de ellos y los socorriera con hombres y dinero. Alfonso hizo un esfuerzo mas, y reuniendo cortes en Burgos á fines del verano de 1274, solicitó de ellas los medios de auxiliar á sus amigos de Italia. Los triunfos de Carlos de Aujou, la muerte de Coradino y otros antiguos agravios le obligaban, dijo, á empuñar las armas; pero las cortes secundaron, á lo que parece, muy débilmente estas miras, y trecientos ginetes y nuevecientos infantes fué toda la gente que de Castilla marchó á Italia para combatir al nuevo partido güelfo-imperial que se habia formado bajo las inspiraciones de Gregorio X. Sin embargo, estas escasas fuerzas unidas á los Genoveses y Lombardos, con el marqués de Montferrato y los de Pavía, pusieron en cuidado al papa, quien fulminó anatema contra los parciales del rey de Castilla, y excitó á Rodolfo á que pasara los Alpes cuanto antes. «Has de saber, le escribia, que tu competidor no duerme ni se desalienta. Considera cuan peligroso seria que manifestases debilidad al principio de tu reinado, y con cuanta facilidad perderias el afecto de los tuyos. Seria tambien posible (cosa mucho peor aun) que tus partidarios abrazasen la causa de tu rival, si Alfonso, continuando en prodigar promesas y persistiendo en sus reclamaciones, enviase mayores fuerzas de las que ahora vemos.»

A pesar de estas instancias, Rodolfo se negó á ir á Italia para recibir la corona, diciendo que ninguno de sus predecesores habia vuelto de aquella tierra sin pérdida de sus derechos ó de su autoridad; pero esto no fué obstáculo para que el Papa continuase mirando con singular benevolencia al nuevo emperador, tanto que habiéndose hecho esto evidente repetidas veces, concibió Alfonso mas vivamente que nunca el deseo de exponer personalmente sus derechos á Gregorio, ó cuando menos de protestar delante de él contra la injusta sentencia que le excluia del imperio. ¡Desacertado paso del cual solo habia de recoger un amargo desengaño! El Papa consintió en tener una entrevista con el rey, y convinieron ambos en encontrarse en Belcaire, que por su situacion intermedia entre la Espa-

ña y la Italia parecióles el lugar mas conveniente. Alfonso se puso en camino para A. de J. C.
Francia durante el invierno de 1274 con la reina y los infantes, á excepcion de su hijo primogénito Fernando, á quien encargó durante su ausencia la gobernacion del reino. Pasó por Valencia y Tarragona, y en esta ciudad encontró á su suegro el rey de Aragon, con quien marcharon juntos á Barcelona para pasar las fiestas de Navidad. Transcurridas estas, participó don Alfonso á don Jaime los motivos de su viaje, y el Aragonés, algo resentido entonces con el Papa, procuró apartarle de su propósito. Sin embargo, todo fué en vano, y el rey de Castilla, despues de dejar
á su familia en Perpiñan, llegó á Montpeller el dia de Pascua 14 de abril de 1275, 1275
dirigiéndose luego á Belcaire, acompañado del arzobispo de Narbona. Gregorio no tardó en llegar al lugar de la cita, y despues de muchas sesiones, Alfonso no pudo obtener de él cosa alguna: el Pontífice no solo desestimó sus pretensiones al imperio, sino tambien las que tenia al ducado de Suavia de que Rodolfo se habia apoderado, y hasta le negó la mano de la jóven heredera de Navarra para una de sus nietos, nacidos del matrimonio de su hijo Fernando con Blanca de Francia. Enrique, rey de Navarra y conde de Champaña y de Brie, habia muerto en 1274, dejando únicamente una hija llamada Juana aun en la cuna, bajo la tutela de su madre Juana de Artois, hermana del rey de Sicilia y prima de Felipe el Atrevido. Alfonso, que tenia pretensiones sobre aquel reino, deseaba á lo menos casar á uno de sus nietos con la heredera de aquella corona, pero Felipe de Francia cuyo interés estaba en que Juana de Navarra no tomase por esposo á un príncipe extranjero cuya influencia en los condados de Champaña y Brie hubiera podido contrastar á la suya en el mismo corazon de sus estados, lo tenia aun mucho mayor en asegurar á su sucesor inmediato la mano de la heredera de dos provincias y de un reino que tanto le convenian. Gregorio X secundaba en esto los planes del Francés, y por esto desestimó la demanda de Alfonso que, despechado y desairado en todo lo que al Pontífice pidiera, volvió á Castilla á fines del verano.

No por esto abandonó Alfonso su título de *electo rey de Romanos* y continuó en correspondencia con sus parciales de Italia y Alemania sin desistir de sus antiguas pretensiones; pero á fines de este mismo año 1275, el Papa mandó al arzobispo de Sevilla que conminara al rey con las censuras eclesiásticas si no abandonaba el título de rey de Romanos y las pretensiones que abrigaba á la corona imperial, ofreciéndole en cambio la décima de las rentas eclesiásticas de su reino para que continuase la guerra contra los Moros (1).

Así lo hizo Alfonso X y así terminó la ruidosa contienda con muy escasa gloria para nuestro monarca. Y no es que no le asistiera derecho y mucho para sus reclamaciones; la falta toda de Alfonso X estuvo en la manera como las condujo ó quizás, para ser justos, en la manera como las circunstancias le obligaron á conducirlas. En todo ello sin embargo, vese palpablemente la carencia en Alfonso de lo que ahora llamamos espíritu práctico, quedando bien justificadas aquellas palabras de Zurita de que este rey supo mas en el cielo y en el órden y movimiento de los planetas que en el gobierno de su casa y reino.

(1) «Vulgarmente las llamamos tercias á causa que la tercera parte de los diezmos, que acostumbraban gastar en las fábricas de las iglesias, le dieron para que della se aprovechase..... este fué el principio que los reyes de Castilla tuvieron de aprovecharse de las rentas sagradas de los templos.» Mariana, Hist. de Esp., l. XIII, c. XII.

Tiempo era ya de que Alfonso volviera á Castilla, pues en su ausencia habian sucedido muy graves acaecimientos.

Antes de su partida á Francia habia espirado la tregua de un año otorgada por Muhamad de Granada á los walíes de Málaga, Guadix y Comares, y la guerra se habia encendido al momento con variado suceso, si bien al saber la marcha del rey de Castilla resolvió el Granadino hacer un supremo esfuerzo para reducir á sus enemigos. Resolvió mas, y queriendo vigorizar en España el debilitado islamismo, que solo se sostenia á fuerza de política y de condescendencia, escribió á Yacub Abu Yussuf que, sucesor de su hermano Abu Yahia en el imperio de los Beni Merines (30 de julio de 1258), encontrábase á la edad de cuarenta y seis años en el apogeo de su poder sin enemigos á su alrededor á quienes combatir, é impaciente por lo mismo, como todo Musulman, de coronar su gloria con una expedicion religiosa contra cristianos. En esto, cuando acababa de reducirlo todo bajo su obediencia al rededor de Fez y de Marruecos (1), recibió la carta y los embajadores de Muhamad II, quienes pintáronle el funesto estado del islamismo en España y le rogaron que pusiera á ello el oportuno remedio; insistieron principalmente en el daño que á su señor causaban los walíes rebeldes de Málaga, Guadix y Comares que, unidos con los cristianos, le corrian y talaban la tierra, y á fin de determinar al monarca africano por medio de un beneficio inmediato ofreciéronle en nombre de su soberano, y este decia lo mismo en su carta, los puertos de Tarifa y Algeciras. Yacub recibió con alegría la invitacion y el ofrecimiento, y dispúsolo todo para llevar á España la guerra religiosa, empezando por enviar á su hijo Abu Zyan á la cabeza de cinco mil caballeros escogidos á que tomara posesion de las dos plazas que habian de servirle de arsenales y de puntos de desembarque. En 12 de abril de 1275 desembarcó el príncipe en Tarifa, y allí permaneció tres dias para que hombres y caballos descansaran de las agitaciones del mar, pues es de advertir que los Arabes hablan siempre de aquel corto viage como de una empresa nada fácil; avanzó luego como para sondear las disposiciones de la tierra, llegó saqueando y cautivando hasta los campos de Jerez, y volvió á Algeciras cargado de botin para esperar allí las órdenes de su padre.

La España entera se conmovió al saber la llegada de los Beni Merines, y los walíes rebeldes que temieron los primeros golpes de la expedicion que sabian provocada por Muhamad el Granadino, se apresuraron á celebrar con este una tregua, y juntos marcharon al encuentro del emir africano.

Yacub mostróse lento en los preparativos de la campaña que no quedaron terminados hasta á mediados del verano. Entonces hizo que con las acostumbradas precauciones pasara el Estrecho un ejército considerable, y el 15 de agosto de 1275, llegó él á Tarifa marchando aquel mismo dia á Algeciras, donde halló al emir Muhamad y á los walíes sus antiguos enemigos. El Africano reconvino á estos por su rebelion, tan perjudicial al bien del islamismo, y los reconcilió con Muhamad, en apariencia á lo menos. Los caudillos de las huestes andaluza y africana se reunieron en consejo para tratar del modo como habia de empezarse

(1) Yacub Abu Yussuf se habia apoderado de Marruecos en 1269 despues de vencer y dar muerte al último emir de la dinastía almohade.

la guerra contra los cristianos, y convínose en que Yacub operaria de acuerdo con las tropas de Muhamad de Granada y con las de los walíes de Málaga, Guadix y Comares.

El rey de Castilla se hallaba ausente, como ya sabemos, y era adelantado de la frontera principalmente amenazada el conde don Nuño Gonzalez de Lara, el antiguo jefe de la liga contra Alfonso y el huésped y amigo de Muhamad de Granada. Yacub, dice la crónica musulmana, avanzó con toda su santa hueste, que se derramó de improviso por tierras de Córdoba como *un torrente furioso ó un enjambre de hambrienta langosta*. En pocos dias reinó la desolacion en las tierras invadidas; los campos de Almodovar, Úbeda y Baeza fueron cruelmente devastados, bastando para esta ejecucion militar la vanguardia del ejército africano, compuesta de cinco mil ginetes y mandada por un hijo del emir, llamado Abu Yacub, á quien confiara su padre el tambor y las banderas. Las márgenes del Guadalquivir conservaron por mucho tiempo vestigios de aquella formidable irrupcion de bárbaros, que no dejaron un árbol en pié, una aldea sin destruirla, mieses sin incendiarlas, muger y niño sin reducirlos á cautiverio, y hombre á quien no diesen muerte. Así llegaron hasta el castillo de Bolea que tomaron por asalto, y luego que los Beni Merines se hubieron saciado de botin, mandó el emir reunirlo todo, siendo tantos los cautivos, los bueyes, carneros, caballos y animales de carga, que cubrieron valles y montañas. Todo el país fué entregado al incendio, de modo que parecia iluminado por los rojos fulgores de la aurora.

Hallábanse los Musulmanes acampados en las inmediaciones de Ecija, cuando supieron la próxima llegada de la hueste cristiana, que venia mandada por el conde don Nuño de Lara, orgulloso campeon, dicen las crónicas musulmanas, que jamás habia sido vencido, bajo cuyas banderas marchaban ufanas las tropas de Leon y Castilla. El ejército musulman constaba de doble fuerza que el cristiano; esto no obstante, don Nuño presentó batalla á los invasores. Bien caro pagó su temerario arrojo: allí perdió la vida con cuatrocientos escuderos que le escoltaban, y sus soldados, arrollados por todas partes por los numerosos batallones musulmanes, sembraron el campo con sus cadáveres, y pocos pudieron refugiarse en la inmediata ciudad de Ecija (mayo de 1275). Yacub escribió al emir de Granada la relacion de su victoria y envióle además la cabeza de don Nuño. Cuéntase que al verla, Muhamad ocultó el rostro entre sus manos, exclamando con acento de profundo pesar: «¡ Gualá ! amigo mio, que no merecias tal muerte.»

En tanto Fernando, hijo de Alfonso, habia convocado todo el país para la defensa comun. Desde Burgos hasta la frontera, numerosos correos avisaron á los señores y á los concejos de las ciudades que preparasen sus fuerzas, y el infante salió apresuradamente de aquella ciudad á la cabeza de su gente con direccion á Andalucía, recogiendo en su camino las tropas que de todas partes acudian á agruparse bajo la bandera del rey. Llegado á Villa Real (Ciudad Real), sintióse enfermo y sin fuerzas para seguir adelante, y despues de prodigarle en vano todos los auxilios del arte, murió al cabo de pocos dias (25 de julio). Antes de espirar, Fernando recomendó su esposa y sus hijos á don Juan Nuñez de Lara, rogándole *afincadamente* que nada omitiese para que su hijo Alfonso sucediera

en la corona luego de muerto su abuelo, y para obligarle mas estrechamente, confióle la tutela de su tierno hijo y el cuidado de su educacion.

Sin embargo, don Sancho, hijo segundo del rey, que habia dado ya pruebas de su gran esfuerzo, y que entonces apenas contaba diez y ocho años, habia por su parte reunido tambien un ejército y acudia desde Burgos á la frontera andaluza, cuando supo el fallecimiento de su hermano. Entonces apresuró su marcha á Villa Real, y confederándose con don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, que temia la preponderancia de los Laras en caso de que llegara á ceñir la corona su pupilo don Alfonso, y ganando á su causa á los ricoshombres y caballeros que allí se encontraban, comenzó á usar el título de *Hijo mayor del rey, sucesor y heredero de estos reinos,* al propio tiempo que haciendo frente al peligro que á España amenazaba, convocó á todos para la defensa de la tierra, envió refuerzos á las plazas y castillos de la frontera, con órden de poner en seguridad los ganados y efectos preciosos, y anunció su próxima partida para Córdoba.

Una nueva desgracia contristó por aquel tiempo á los cristianos españoles. La noticia de las estragos cometidos por el ejército africano hasta la comarca de Jaen y las puertas de Martos, que dependia del arzobispado de Toledo, llegó al prelado que ocupaba dicha sede, que era el infante de Aragon don Sancho; y obtenida de Gregorio X una bula concediendo las indulgencias de la cruzada á todos cuantos le siguieren á la guerra (1), el prelado reunió de Toledo, Talavera, Madrid, Alcalá, Huete, Guadalajara y otros consejos cuantas tropas le fué posible, y se dirigió á toda prisa hácia la frontera. Despues de trasponer Sierra Morena, detúvose algun tiempo en Linares, esperando algunas compañías de soldados que habian de reunírsele y allí fué donde el comendador de Martos, Alfonso García de la órden de Calatrava, participóle que los Moros habian aparecido de nuevo cerca de la plaza con gran presa de hombres, mugeres y ganados, exagerándole la facilidad con que podrian ser vencidas aquellas tropas estenuadas de cansancio.

Las fuerzas que el arzobispo llevaba consigo no eran bastante considerables para intentar la aventura, y un caballero aragonés llamado Sancho Duerta, opinaba por esperar á don Lope Diaz de Haro que con sus compañías habia de llegar á Jaen al siguiente dia. Por desgracia no fué seguido este prudente consejo á instigacion del comendador García, y la reducida hueste cristiana salió en busca de los Musulmanes, que se hallaban acampados delante de Martos. El impetuoso arzobispo cargó al enemigo á la cabeza de los suyos, pero envueltos, vencidos y arrollados los cristianos hubieron de ceder el campo con infinitas pérdidas. Sancho Duerta y el comendador García quedaron entre los muertos, y Sancho, reconocido por sus insignias, fué hecho prisionero. Los Africanos querian enviarle á su señor y los arrayaces de Andalucía á Muhamad de Granada, y de ahí se originó un altercado que por poco es causa de un nuevo combate entre los vencedores. Los auxiliares africanos se atribuian con orgullo todo el honor de la victoria, y decian que sin ellos nunca los Granadinos habrian visto las aguas del Guadalquivir; ofendidos los Andaluces, revolvian ya sus caballos, cuando el arraez Aben Nasar, de la servidumbre del emir de Granada, arremetió contra el prisionero y le pasó con su lanza exclamando: «No quiera Dios que por un per-

(1) Esta bula fué expedida en Belcaire á 3 de setiembre de 1275.

ro se pierdan tantos buenos caballeros.» El infeliz cayó muerto y le cortaron la cabeza y la mano derecha, llevándose los Africanos la cabeza y los Andaluces la mano con el anillo episcopal (21 de octubre). Una y otra fueron devueltas despues á los cristianos por Muhamad, y reunidas al cuerpo que habia sido hallado en el campo de batalla y sepultado con gran pompa en Toledo. Al dia siguiente llegó á Jaen don Lope Diaz de Haro, y sabiendo por los fugitivos la derrota y muerte del arzobispo, resolvió vengar una y otra atacando al enemigo, que envanecido con su triunfo se retiraba sin sospechar peligro alguno. Empeñada una sangrienta pelea, la noche separó á los combatientes sin haber alcanzado ninguno una decidida victoria, si bien los cristianos recobraron la cruz y el guion del arzobispo. En esta jornada empezó á distinguirse el jóven don Alfonso Perez de Guzman, que mas adelante habia de merecer el sobrenombre de *Bueno*. A. de J. C.

En tan triste estado halló el reino Alfonso X á su regreso de Francia. En su camino tuvo que llorar aun otras muertes de miembros de su familia, la de su hija Leonor y la de su sobrino Alfonso Manuel. El emir africano, despues de la batalla en que pereció don Nuño de Lara, no pudo tomar á Ecija, á pesar de haberlo intentado, y se retiró á Algeciras con su botin y sus prisioneros. Allí estaba aun al regresar Alfonso, en tanto que el infante don Sancho desde Córdoba dirigia los necesarios preparativos para salir contra el enemigo. Por órden suya las naves castellanas cruzaban el Estrecho, y no fué posible á Yacub volver á Africa; además, de Aragon habíanse puesto en marcha mil ginetes y cinco mil infantes en auxilio de Castilla; don Jaime disponíase para marchar en persona contra los infieles de Andalucía; la numerosa hueste musulmana empezaba ya á sufrir por la escasez de víveres, y antes de verse reducido á mas dura extremidad, tomó el emir el partido de enviar embajadores á Alfonso que acababa de llegar á Toledo, alcanzándole de él fácilmente una tregua de dos años. Firmada esta,
repasó el Estrecho (18 de enero de 1276) sin haber tomado consejo ni participado 1276
cosa alguna á Muhamad de Granada, que, segun la crónica, hubo gran pesar de estos tratos que no esperaba de la nobleza de Yacub. Este retuvo las plazas de Tarifa y Algeciras, y los walíes de Málaga, Guadix y Comares se retiraron á sus respectivos gobiernos, pero antes presentóse uno de ellos al rey don Alfonso á quien renovó en nombre de todos su sumision, excusándose en las grandes fuerzas del emir africano que los habia obligado á tomar parte en la última guerra (1).

Desvanecido así el peligro que amenazara al reino por parte de los enemigos de la fe, veremos en breve suscitarse otros nuevos á causa de intestinas discordias, que fueron estas muy abundantes durante el reinado que estamos explicando. No era bastante para el paternal corazon del rey Sábio la muerte de su hijo primogénito: reservados le estaban otros duros trances, otros amarguísimos dolores, y estos ocasionados por el afan de reinar que abrigaba Sancho, su segundo hijo.

Este marchó á Toledo sin pérdida de tiempo para solicitar de su padre que le declarase su sucesor inmediato con exclusion de los hijos de su hermano don

(1) La permanencia de Yacub Abu Yussuf en España habia sido de cinco meses y tres dias, desde el 15 de agosto en que desembarcó en Tarifa hasta el 18 de enero en que partió para la ciudad de Fez, á donde llegó en 2 de febrero de 1276.

Fernando, que por muerte de Juan Nuñez de Lara habian pasado bajo la tutela de su madre doña Blanca. La dificultad consistia en hacer aprobar por el monarca las pretensiones de Sancho, dificultad tanto mayor, en cuanto Alfonso habia dado fin á la redaccion de su célebre código de *las Partidas*, en que conforme al derecho romano, establecia que los hijos del príncipe que premoria á su padre representan la persona de este de tal modo que pasan á ellos todos los derechos del mismo (1). Esto no obstante, don Lope Diaz de Haro, con la libertad que su rango y su cuna le daban cerca del rey, ponderó los servicios prestados por el infante en ausencia del monarca, su mérito y la estimacion de que gozaba cerca de los grandes. Para decidir tan grave asunto reunióse el consejo, y el infante don Manuel arrastró las opiniones de todos, diciendo que «*el arbol de los reyes non se pierde por postura nin se desecha por ál al que viene por natura, é si el mayor que viene del árbol fallece, deve fincar la rama de so él en somo..... Ansí pues que el infante don Fernando finó, que era el primero heredero, é fincó don Sancho, que era el mas cercano del mayor de todos sus hermanos, este deve de heredar los reinos despues de los dias del rey é non otro ninguno* (2).» Estas consideraciones é instancias determinaron á Alfonso, que consintió en reconocer á Sancho por heredero del estado. Para dar mas solemnidad á este reconocimiento convocó cortes en Segovia, y el infante, que tenia por parciales suyos casi á todos los diputados, fué declarado unánimemente *hijo primero del rey y sucesor y heredero de sus reinos*, y como á tal le prestaron todos juramento.

Muchos cargos se dirigen á Alfonso por semejante acto, y Lafuente, haciéndose eco en esto de los historiadores franceses, acusa al rey Sábio de debilidad, de haber quebrantado sus propias leyes para salvar la tranquilidad del estado, y de pasar por encima de derechos establecidos para favorecer á aquel mismo hijo de quien no era difícil prever que habia de pugnar por heredar en vida á su padre. Nosotros no podemos ver todo esto en la resolucion del rey Sábio; diremos sí que se mostró inconsecuente consigo mismo, como sucede á muchos hombres teóricos, en cuanto consignaba en una obra suya una doctrina que sin duda creia la mejor, y en la práctica se inclinaba á otra contraria. Sin embargo, no acertamos á ver en ello nada de usurpacion, nada de despojo tiránico; tampoco podemos convenir en lo de haberse quebrantado leyes y pasado por encima de derechos establecidos, pues, como á su tiempo explicaremos, el código de las Partidas, expresion del derecho romano y de las decretales de los Papas, no tuvo fuerza legal hasta una época posterior al reinado de Alfonso X. Durante él rigió en el país la legislacion gótica que admitia el derecho de inmediacion y no el de representacion, de modo que don Alfonso, al reconocer como heredero suyo al infante don Sancho, no solo obedeció á altas razones de conveniencia pública, puesto que el infante habia sido reconocido por la mayor y mas poderosa parte del clero, de la nobleza y del pueblo como príncipe sucesor y heredero del trono, sino que acató en esto la doctrina legal recibida y observada en su tiempo.

---

(1) Ley 2ª, título XXV, Partida 2.ª—E esto usaron siempre en todas las tierras del mundo..... é aun mandaron que si el fijo mayor muriesse antes que heredasse, si dexasse fijo ó fija, que oviesse de su mujer legítima, que aquel ó aquella lo oviesse, é non otro ninguno.

(2) Cron. de don Alfonso el Sabio, c. LXIV.

Sancho que habia mostrado desde su infancia un espíritu firme y enérgico superior á su edad, tomó parte desde aquel momento en los negocios públicos y reinó en cierto modo simultáneamente con su padre, habiendo de perder Blanca la esperanza de ver reinar á sus hijos por la sola fuerza de las cosas. Al ver sus derechos desconocidos, púsose de acuerdo con la reina doña Violante, que profesaba á sus nietos especial cariño, y pretextando un viaje á Guadalajara, marchó con esta y sus hijos Alfonso y Fernando á ponerse bajo el amparo de don Pedro III que acababa de ceñir la corona aragonesa (1277). El hermano del rey, don Fadrique, aprobó y cooperó á esta fuga, pues otro nombre no puede dársele, y por óden suya don Simon Ruiz de los Cameros, su yerno, escoltó á la reina, á la infanta de Castilla y á los infantes, hasta las fronteras aragonesas, desde donde el nuevo rey don Pedro, hermano de Violante y tio de Blanca, los hizo conducir á su corte con grandísimos honores.

A. de J. C. 1277

Esta evasion de la reina y los infantes de la Cerda, que fué sin duda motivada por muy graves temores, pero que no se encuentran en la historia causas que la justifiquen, á no ser el deseo de implorar el auxilio de Aragoneses y Franceses contra lo obrado por el rey y las cortes de Segovia, fué sabida por Alfonso X con transportes de indignacion; calificóla de crímen de lesa majestad, y no fué necesario que Sancho le instase para castigar duramente á los parciales de los infantes. Mandó prender sin pérdida de momento al infante don Fadrique y á don Simon Ruiz de los Cameros, y sin forma de proceso, con incalificable saña que es un borron en la historia del rey Sábio, mandó ahogar al primero en Burgos y quemar vivo al segundo en Treviño (1). Despachó además embajadores al monarca aragonés para quejarse á él de la fuga de la reina y sus nietos, mas Pedro contestó que á nadie podia impedir refugiarse á sus estados, y mucho menos á la reina su hermana y á sus nietos, rogando por fin al monarca de Castilla que, por estar tan afligida Violante por las muertes del infante don Fernando su hijo y del arzobispo de Toledo su hermano, tuviese á bien que sus nietos estuviesen con ella para su consuelo todo el tiempo que en Aragon se detuviese (2).

Con esto pareció aquietarse algo el enojo de Alfonso contra el Aragonés, pero Felipe el Atrevido, rey de Francia, á quien se quejó su hermana doña Blanca por el agravio que decia haber recibido, pareció no haber de dejar el negocio en aquel estado, y además de procurar reducir al de Castilla á que revocara la declaracion hecha á favor de don Sancho, dispúsose á abogar con las armas por la causa de sus sobrinos. Impidióselo el pontífice Juan XXI, conminándole con pena de excomunion, y lo mismo hizo Nicolás III que ocupó en breve la sede pontificia. Los papas no querian que se turbara la paz entre los príncipes cristianos á fin de poder dirigir contra los infieles, mas y mas amenazadores en Oriente, todas las fuerzas de la cristiandad.

En tanto habia espirado la tregua de dos años, celebrada entre Alfonso y el emir Yacub, y el rey de Castilla resolvió apoderarse de Algeciras, llave de la

(1) Los anales Toledanos terceros dicen que uno y otro fueron muertos con cooperacion de la justicia *(mediante justitia)*, pero además de que no lo dice así otro ningun documento, el mismo género de muerte parece excluir toda idea de justicia regular.

(2) Zurita, Anal. de Aragon, l. IV, c. III.

A. de C. J. 1278 Península y lugar de desembarque para todas las invasiones africanas (1278). Para ello cercóla por mar y tierra, y llegó á reducir á grave apuro á los Musulmanes de la plaza desprovistos de provisiones. Componíase la armada castellana de veinte y cuatro navíos, ochenta galeras y muchos barcos ligeros, é iba mandado el ejército de tierra por el infante don Pedro, hijo tercero del rey. Sin embargo, si apurada era la situacion de los sitiados, no lo era menos la de los sitiadores que, faltos de víveres, presa de enfermedades contagiosas producidas por los rigores del clima, veian cada dia disminuir sus filas. Los jefes y soldados, á quienes no se habia pagado hacia muchos meses, abandonaban el campamento y se lanzaban á merodear por la comarca, y de ello, como despues se supo, no habia que achacarse al rey culpa ninguna: los caudales y rentas recaudados para el ejército de Algèciras, eran distraidos de su objeto por don Sancho que, ambicioso y mas amante de sus propios intereses que de la causa comun y de la gloria de la patria, los destinaba á adquirir parciales y á congraciarse con su madre doña Violante, á quien queria hacer volver á Castilla. Noticioso el emir de Marruecos, que se hallaba en Tanger, del desamparo en que tenian los cristianos las naves y de la triste situacion á que se hallaban reducidos, reunió catorce galeras bien armadas y tripuladas por gente escogida, que cayendo de improviso sobre la armada castellana, desbaratáronla y quemáronla con muerte de sus escasos defensores. Saltaron luego los Musulmanes á tierra, y contra su esperanza, dice la crónica arábiga, hallaron tan poca resistencia, que pusieron fuego á los reales del ejército sitiador al que obligaron á emprender precipitada fuga abandonando todos sus bagajes. Así, exclama el historiador musulman, se libró la Algecira Alhadra que estaba ya para perderse, y con pocos Muslimes se logró destruir á los enemigos y sacar á los vecinos de las angustias de la noche á la respiracion del dia (1). Este fué el fin del sitio de Algeciras, la empresa militar mas importante que habia intentado Alfonso X, quien al ver la desgracia que sobre sus armas habia caido, hubo de escribir á Yacub y concertar con él sus treguas.

En tanto la reina madre habia vuelto á Castilla quedando los infantes de la Cerda en Játiva en poder del Aragonés, con quien tuvo vistas don Sancho entre
1279 Requena y Buñol en setiembre de 1279, concertándose con él con grandes demostraciones de amistad y afecto. Esto contrarió vivamente á Felipe de Francia, quien consintió por fin, á instancias del pontífice, en celebrar una entrevista con Alfonso de Castilla para tratar del negocio de los infantes sus sobrinos. Marchó don Alfonso á Bayona con don Sancho y los infantes sus hermanos, y Felipe llegó hasta Salvatierra, enviando allí á su primo Carlos, príncipe de Tarento. Tratóse en la conferencia de dar á Alfonso, el mayor de los infantes de la Cerda, el reino de Jaen bajo el vasallage de Castilla, y aunque los Franceses parecian venir en ello, don Sancho, que no queria dar ningun lugar en el reino á su competidor, con gran prudencia y maña supo desavenir al rey y á los embajadores, procurando que aquel se concertase con don Pedro de Aragon, persuadiéndole que si le tuviese por amigo y aliado ningun daño podria recibirde los Franceses. La

(1) Conde, P. 4.ª, c. XI.

conferencia terminó sin que de ella resultase concordia ni avenencia alguna (1280). A. de J. C. 1280

Político, hábil y negociador entendido, don Pedro III de Aragon era el alma y árbitro de todo este negocio. Con la ventaja que le daba tener en su poder á los infantes de la Cerda asegurábase y tenia apremiado al infante don Sancho al propio tiempo que refrenaba al de Francia, pendiendo enteramente de su voluntad una negociacion tan importante como esta. Así era como Sancho y el Francés se afanaban por tenerle de su parte, esforzándose el primero en que se viese con el rey su padre para confirmar las posturas y amistades que tenian, y para esto, dice Zurita, se daba gran prisa porque se recelaba de la veleidad y poca constancia de don Alfonso, á quien algunos ricoshombres que estaban descontentos del infante procuraban apartarle de su amor y le aconsejaban que dividiese los reinos entre su hijo y sus nietos (1).

Antes de avistarse los dos reyes en el lugar del Campillo entre Agreda y Tarazona en marzo de 1281, habíase dado mayor impulso á la guerra contra 1281 Muhamad de Granada, que hasta entonces se habia limitado á frecuentes entradas de frontera por los campeadores de una y otra parte. Sancho acaudillaba la hueste y corrió la tierra talando viñas y olivares, pero habiendo caido los cristianos en una celada que les prepararon los Moros, murieron alanceados hasta tres mil Castellanos, entre ellos casi todos los caballeros de Santiago. Si no de prudente general, el infante don Sancho dió muestras aquel dia de valerosísimo soldado, y segun la crónica musulmana, estuvo siempre peleando en la delantera como un leon enfurecido.

Viéronse, pues, en el Campillo los soberanos de Aragon y Castilla, obedeciendo este á las instancias de su hijo, y asentaron entre ellos diversas capitulaciones, confederándose entre sí en muy estrecha amistad; hicieron pleito homenage de ser amigos de sus amigos y enemigos de sus enemigos, declarando que quien quebrantase la buena armonía incurriria en pena de veinte y cinco mil marcos de plata. Mas lo secreto de estas vistas, fué que se obligaron ambos soberanos á conquistar el reino de Navarra, poseido entonces por los Franceses, si bien el infante don Sancho, afanoso por congraciarse con su tio el de Aragon, renunció en él la parte que en la conquista le pertenecia, prometiendo entregarle lo que se ganase luego de acaecida la muerte de su padre. Al mismo deseo de don Sancho debiéronse las cesiones de tierras y castillos hechas al Aragonés, de modo que este fué quien mas beneficio reportó de los encontrados intereses que dividian al reino.

Llegado el verano, los Castellanos quisieron vengar su anterior derrota y penetraron en junio con poderosa hueste por la vega de Granada. Sin embargo, Muhamad, que estaba prevenido, salió contra ellos con cincuenta mil hombres y les dió sangrienta batalla. El infante don Sancho, aunque muy animoso en la pelea como siempre, hubo de ceder el campo con grave pérdida, y volvióse á sus fronteras. Entonces fué cuando se determinó la revuelta que desde mucho tiempo amenazaba á Alfonso. Desaciertos por una parte, ingratitud y ambicion por otra, mil encontrados intereses que no sabia encauzar la debilidad del monarca á pesar de su profunda sabiduría, grandes y pequeñas causas, todo pare-

(1) Zurita, Anal. de Aragon, l. IV, c. X.

ció haber llegado entonces á su punto y sazon para producir un cúmulo de calamidades é infortunios que le costaron á él la corona y la vida, y que han hecho de los últimos tiempos de su reinado una de las épocas mas tristes de nuestra historia, á pesar de ocupar el solio un genio cuyos destellos bastaban para alumbrar, no solo aquel siglo, sino los de mas ruda ignorancia.

Convocadas cortes en Sevilla durante este mismo año (1281), Alfonso, poco aleccionado en esto por la experiencia, propúsose alterar la ley de la moneda de su reino para remediar, decia, la penuria del tesoro y proporcionarse nuevos recursos para continuar la guerra de Granada. En ello consintieron los procuradores débiles ó serviles, pero no por esto dejó aquella disposicion de causar profundo malestar y descontento entre todas las clases, malestar y descontento que, uniéndose á los que ya se experimentaban, llegaron á hacerse intolerables. Además, no reinaba entre padre é hijo la buena armonía apetecible; el infante don Sancho impulsado por sus parciales, por todos los que en él cifraban la esperanza de un mejor gobierno y por su propia ambicion, habíase ido apoderando de las cosas y negocios de Castilla con mas autoridad de la que habia de permitir su respeto de príncipe y su veneracion de hijo, con gran descontentamiento de su padre el rey. Dominado este por tales impresiones, renovó sus tratos con el Francés acerca de sus nietos los infantes de la Cerda con promesa de darles parte en los reinos de Castilla y Leon, al tiempo que poco á poco se revelaban claramente el desafecto y rencores que entre padre é hijo mediaban. Como una provocacion al infante que á ello se oponia, fué condenado justamente y ejecutado el Judío que, distrayendo los fondos destinados al ejército de Algeciras y entregándolos á don Sancho, habia preparado una afrentosa humillacion al reino. Desagradables escenas habian ocurrido entre el rey y el príncipe, hasta que por fin amenazó Alfonso á su hijo con desheredarle y privarle del reino; *tiempo verná*, le contestó el infante, *que esta palabra la non quisiérades haber dicho*. Desde aquel momento comenzó públicamente Sancho á inducir á los pueblos contra el rey, publicando que los desaforaba y que él les devolveria las leyes y libertades de que gozaban en los tiempos antiguos; esplotó con habilidad el disguto que en el pueblo causaban las nuevas y elevadas ideas de Alfonso sobre organizacion política y civil que en el código de las Partidas se retratan; hizo suyos por medio de grandes concesiones y mercedes á los infantes y ricoshombres, apoderóse de los tesoros y joyas que el rey tenia así en Toledo como en otras partes, alióse con el emir de Granada y con Dionisio de Portugal, hizo entrar en sus intereses al monarca aragonés, ya muy dispuesto en su favor y ocupado en otras gravísimas empresas, y hallóse al frente de una poderosa liga en la que tomó parte toda la familia real, incluso la reina doña Violante que, por un notable cambio que la historia no explica bastante, favorecia ahora á su hijo despues de haber con tanto empeño favorecido á sus nietos.

Así abandonado y casi solo, el desafortunado Alfonso envió mensageros á su hijo, exhortándole á que se viera con él en Toledo, en Villa Real ó en cualquier otro lugar que eligiese el infante, para el cual le daba desde entonces seguro á él y á cuantos ricoshombres quisiere llevar consigo. El infeliz padre decia estar dispuesto con el parecer de los prelados y ricoshombres á revocar cuantos agravios hubiese hecho y á reducir su reino al estado mas pacífico que ser pu-

diese, y concluia por prometer al infante que si dudaba de sí en algo queria A. de J. C.
disminuir su honor, le daria seguridades tales, que se pudiese tener por bien satisfecho. Á este mensage contesta Sancho deteniendo contra su voluntad á los embajadores, mientras que sus parciales propalan manifiestos, allegan tropas y sostienen que no ha de obedecerse por mas tiempo á un rey injusto, violento y perjuro. Alfonso, sorprendido y desalentado, mira su corte desierta y sabe la sublevacion de todo el reino y la decision de las cortes reunidas por su hijo en
Valladolid (abril de 1282), las cuales por sentencia que dió el infante don Manuel, hermano del rey, á nombre de los caballeros é hijos-dalgo, declararon á don 1282
Alfonso privado de la autoridad real y depuesto del trono de Castilla, confiriendo á don Sancho el título de rey (1). El infante se negó á admitirle en vida de su padre por un resto de temor fial, contentándose con el de infante, heredero y regente del reino; recibió la investidura de todos los derechos y prerogativas de la dignidad real, tomó el ejercicio de la soberanía, é hizo con las rentas de la corona cuantiosas mercedes á aquellos que tan solícitos se mostraban en beneficio de sus intereses, viniendo así á quedar otra vez demostrado que nunca en revolucion ninguna ni en el cambio de soberano encuentran alivio y descargo los pueblos, sino que por el contrario á los pasados males han de añadirse los que ocasionan las prodigalidades del nuevo rey para satisfacer á sus encumbradores.

En tanto Alfonso, cuyos dominios habian quedado reducidos á la sola ciudad de Sevilla, rodeóse de los pocos prelados y señores que le permanecieron fieles, y en presencia de todo el pueblo declaró á su hijo don Sancho desheredado de la sucesion de sus reinos y señoríos, y le maldijo como hijo impío, parricida, rebelde, inobediente y contumaz (8 de noviembre de 1282). Al propio tiempo el papa Martino IV, á quien se habia dirigido, expidió un breve mandando volver á la obediencia de Alfonso á todos los prelados, barones, ciudades y lugares del reino que de ella se habian apartado, requiriendo á los reyes de Francia é Inglaterra que le diesen favor, y encargando al arzobispo de Sevilla y á otros dos eclesiásticos que fulminasen contra los rebeldes las censuras de la Iglesia. Así pues, los pueblos que seguian la parcialidad del infante fueron puestos en entredicho, y don Sancho fué excomulgado así por su rebelion como por el enlace incestuoso que habia contraido con su prima doña María, hija del infante don Alfonso
de Leon, señor de Molina (1283). Sin embargo, Sancho, lejos de intimidarse, hizo 1283
que en las cortes por aquel entonces reunidas en Córdoba fuese su padre otra vez condenado y depuesto, amenazó con pena de muerte á los portadores de las bulas pontificias y apeló de la sentencia ante Dios, ante el pontífice futuro ó ante el primer concilio que se celebrare.

(1) Las actas de las cortes de Valladolid puédense ver en Escalona. apéndice III, bajo el título de: *Hermandad hecha por los infantes, prelados, ricoshombres, concejos, órdenes y caballería de los reinos de Castilla, Leon y Galicia, sometiéndose al infante don Sancho, por quejas contra el rey don Alfonso su padre, etc.* Entre otras cosas dicen lo siguiente:—Que por los muchos desafueros, daños, fuerzas, muertes, molestias (despechamientos) sin ser oidos, deshonras y otras muchas cosas desmedidas que eran contra Dios, la justicia, los fueros y gran perjuicio del reino que habia hecho el rey, se habian juntado, de órden del infante don Sancho su señor, los infantes, prelados, etc., para que unidos con él pudiesen mantener los fueros, privilegios, cartas, usos, costumbres, libertades y franquezas que tenian desde el tiempo del rey don Alfonso que ganó la batalla de las Navas (VIII de Castilla), y del rey don Alonso que venció en la batalla de Mérida (IX de Leon) y otros soberanos.... etc.

A pesar de la excitacion pontificia, Alfonso vióse abandonado por todos los potentados de Europa, y solo, sin rentas, sin caudales, sin medios para atender al decoro de su persona, dícese que formó el desesperado proyecto de dejar patria y familia y de lanzarse en medio del Océano á merced de la Providencia; entonces fué cuando en su dolor impetró el auxilio del emir de Marruecos, enviándole su corona para que le prestase sobre ella alguna cantidad á fin de subvenir á sus necesidades, y el rey bárbaro dió á los príncipes cristianos una gran leccion del respeto que se debe al infortunio. Ocupado estaba en restablecer la fortificacion de Algeciras cuando recibió el mensage del rey de Castilla, y enviándole al momento sesenta mil doblas de oro, tomó el camino de Sevilla. Cuéntase que al recibir en medio de su ejército al monarca destronado, Yacub le cedió el lugar preferente, dirigiéndole estas memorables palabras: «Os trato así porque sois desgraciado, y me uno á vos solamente para vengar la causa comun de todos los reyes y de todos los padres.»

Temeroso de semejante alianza, Sancho cedió á Muhamad de Granada el fuerte de Arenas para que le ayudase, y viéronse entonces salir á campaña cristianos contra cristianos y musulmanes contra musulmanes. Desde Zahara, donde se habian reunido el rey de Castilla y el emir africano, marcharon á poner cerco á Córdoba, pero transcurrido un mes lo levantaron, estragaron los alrededores de Andujar y Jaen, fueron vencidos cerca de Ubeda por la caballería de Granada, y regresaron el uno á Sevilla y el otro á Algeciras.

Yacub se dirigió luego á Málaga y apoderóse de Cartama y de otros castillos pertenecientes al emir de Granada, quien recurrió entonces á la mediacion de Yussuf, hijo del emir de Marruecos. Este vino del Magreb, y consiguió allanar las diferencias que existian entre ambos soberanos, determinando á su padre á no tratar como enemigos sino á los cristianos. Yacub destruyó los lugares de los alrededores de Córdoba, alcanzó una victoria sobre el infante don Sancho, dejó su botin y sus bagages en Baeza, y despues de devastar todo el país hasta una jornada de Toledo, volvió á Algeciras con muchos prisioneros y despojos.

Su conducta, empero, habia excitado ya recelos, y como parecia no querer guerrear contra Muhamad de Granada y habia impedido que las tierras de este fuesen devastadas por los Castellanos que militaban en su ejército, sospecharon estos una traicion, y abandonando su campo y volviendo á Sevilla, inspiraron á su rey la desconfianza que habian concebido acerca de inteligencias entre los emires de Granada y de Marruecos. Alfonso lo creyó y escribió al último quejándose de lo mal que habia correspondido á su amistad; Yacub procuró tranquilizarle y de nuevo le dió su palabra de hacerle triunfar de todos sus enemigos; pero, llegado el otoño y llamado á sus estados del Magreb por asuntos importantes, volvió á Algeciras y desde allí á las costas de Mauritania el dia 24 de octubre de 1283.

Durante toda esta guerra Sancho habia evitado constantemente llegar á las manos con las tropas de su padre, y una vez que Fernan Perez Ponce de Leon al frente de novecientos caballos atacó y venció cerca de la ciudad de Córdoba, despues que, como hemos dicho, se hubo separado de Yacub, á una division de diez mil hombres del partido de Sancho, este recibió la noticia con mucha indi-

ferencia, sin manifestar indignacion sino contra los suyos por no haber respetado los pendones de su señor y padre. A. de J. C.

Con todo, ya fuese que las censuras pontificias produjeran en los Castellanos mejor acuerdo y reflexion, ya conociesen que nada iban á ganar en aquellos transtornos, ya en fin que fuese calificada de flojedad la conducta de Sancho, es lo cierto que el partido del infante comenzó á menguar sensiblemente, y que muchos ricoshombres y los infantes don Jaime, don Pedro y don Juan volvieron á la obediencia de Alfonso con grandes muestras de arrepentimiento. Don Juan ganó para su padre la ciudad de Mérida que su hermano Sancho no pudo recobrar, y hasta la reina de Portugal doña Beatriz volvió tambien pesarosa y confusa al seno de su atribulado padre.

Por efecto del enflaquecimiento del partido rebelde y de los esfuerzos de varios prelados del reino, púdose esperar por un momento la reconciliacion de padre é hijo. Hablóse de una entrevista y de dejar el cuidado de transigir sus diferencias á doña Beatriz de Portugal y á doña María de Molina, esposa de don Sancho; el rey habíase ya adelantado hasta Constantina y el infante hasta Guadacanal, desde donde uno y otro habian de hacer la mitad del camino para encontrarse y abrazarse; pero los favoritos de Sancho le impidieron pasar adelante, y en breve vióse el príncipe atacado en Salamanca de una peligrosa enfermedad que fué por todos considerada mortal. No lo fué sin embargo, pero sí la que acometió por aquel mismo tiempo á su padre don Alfonso, quien, vuelto á Sevilla, herido el corazon por el desvío de su hijo, enfermó y murió poco despues el dia 4 de abril de 1284 á la edad de sesenta y dos años cuatro meses y once dias. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Santa María, junto al de su padre don Fernando, segun así lo habia ordenado. 1284.

Tuvo don Alfonso X diez hijos legítimos de su esposa doña Violante, que fueron don Fernando de la Cerda, muerto antes que su padre; Sancho que le sucedió en el reino, Pedro, Juan, Jaime, Berenguela, Beatriz, Violante, Isabel y Leonor. Dejó tambien varios hijos naturales, que fueron Alfonso Fernandez llamado el Niño, Martin, Urraca y Beatriz, reina de Portugal.

Dejó Alfonso ordenados dos testamentos: en el primero, hecho en Sevilla á 8 de noviembre de 1283, decia que, segun el derecho antiguo y la ley y fuero de España, habia antes declarado en cortes por su heredero á su hijo don Sancho, pero que habiendo este olvidado tan gran merced y beneficio, dado pruebas de suma ingratitud procurando su muerte por ambicion y codicia de reinar, le desheredaba, maldecia y detestaba su memoria y le declaraba traidor, nombrando por sucesor suyo en el señorío de España á don Alfonso su nieto y despues de él á don Fernando su hermano, añadiendo que si muriesen sin hijos legítimos, los heredase el rey de Francia porque sucedia derechamente de la línea del emperador don Alfonso, queriendo que los reinos de Castilla y Leon quedasen unidos para siempre á la casa de Francia para ensalzamiento de la fe católica y destruccion de los infieles. En el segundo, otorgado cuando habian ya vuelto á su obediencia los infantes sus hijos, excepto don Sancho, aprueba y confirma lo ordenado en el anterior acerca de la sucesion de la corona, pero deja los reinos de Sevilla y Badajoz á su hijo don Juan, y el de Murcia á don Jaime, bajo el feudo de Castilla. Dicen algunos historiadores que antes de espirar perdonó á

su hijo don Sancho y á todos los naturales del reino que le habian seguido en su rebelion; pero otros sustentan que si bien otorgó perdon á sus súbditos rebeldes, exceptuó espresamente á don Sancho, á quien desheredó de nuevo y maldijo *in extremis* á él y á toda su posteridad.

Durante este reinado que, si fué famoso por la debilidad y desaciertos del monarca, no lo fué menos por sus infortunios y por la turbulencia é ingratitud de sus súbditos, el reino de Castilla, al par que todos los de Europa, va consolidando su organizacion interior: reconócense y consígnanse los principios de la monarquía hereditaria, robustécese el poder del jefe del estado, las cortes se reunen con mas frecuencia y se fijan épocas precisas de su reunion; pónese tasa á los gastos excesivos del rey, asignándole para comer las cortes de Valladolid de 1258 ciento cincuenta maravedís diarios, y en una palabra, en todos los ramos de la administracion empieza la luz á desvanecer las tinieblas que los envolvian. Los tributos, si bien aumentaron á consecuencia de las causas que llevamos explicadas, recibieron tambien una organizacion mas regular, y á las prestaciones feudales de las caloñas ó multas pecuniarias, la moneda forera, la martiniega, la fonsadera y el yantar agregáronse los derechos de cancillería, los portazgos, los diezmos de los puertos, las tercias reales, las salinas, la alcabala y la capitacion sobre los Moros y Judíos. Los tribunales no podian pasar desapercibidos para el rey legislador y todos les esfuerzos de este se dirigieron, aunque con escaso resultado á causa de las tendencias de la época, á dar unidad y centralizacion al poder judicial. Creó los alcaldes de corte en las de Zamora de 1274, é introdujo otras reformas en el modo de administrar justicia, que á su tiempo explicaremos.

Piadoso y devoto Alfonso como sus ilustres predecesores, fundó las sillas catedrales de Murcia, Cartagena, Badajoz, Silves y Cádiz, hizo grandes donaciones á las órdenes militares, y profesó á la Vírgen singularísima devocion, como lo prueban sus *Cántigas* y la órden militar de *Santa María* que fundó en su honra. Los escritores árabes prodigan tambien á Alfonso grandísimos elogios, y dicen, despues de ponderar su sabiduría, que era muy humano y franco y que á todos hacia bien. Falto de ardor belicoso, como sucede generalmente á todos los hombres dados á las letras, manifestóse en efecto Alfonso, segun expresiones de Lafuente, mas emprendedor que perseverante, mas afecto á comenzar que constante en proseguir, mas convidado por la suerte que aprovechador de las ocasiones que se le deparaban para ganar fama y prez, de modo que veleidoso, si así puede llamarse, en todo aquello que á las letras no se referia, acometió muchas empresas, y en rigor no llevó á remate ninguna. De entendimiento robustísimo, no puede decirse lo mismo de su carácter y temperamento, y de ahí procedieron la mayor parte de las faltas que cometió y de los infortunios que le agobiaron. Sin embargo, con todos sus defectos, fué Alfonso con su talento privilegiado un prodigio, un hombre superior al siglo en que le tocó vivir.

Tal fué el reinado del hijo de San Fernando, tal el hombre que la posteridad saluda todavía con el renombre de Sábio, que jamás ningun rey de ningun país ni de ninguna época ha merecido tanto como él. Genio portentoso, capaz él solo de hacer ilustre la edad media española, no hubo para él en su época ciencia que le fuese ignorada y sobre la cual no tuviese las mas altas concepciones. Astrónomo, matemático, químico, teólogo, historiador, poeta y sobre todo legis-

lador insigne, halló medio en aquellos tiempos tan rudos, á pesar de la guerra y de los afanes del gobierno, entre las tribulaciones de su trabajoso reinado, de escribir obras inmortales como lo será el nombre de su autor. La *Version de la Biblia* al idioma vulgar, la *Gran Conquista de Ultramar,* narracion de las guerras de las Cruzadas, tomada de Guillermo de Tiro; las *Tablas Astronómicas,* obra que aun admiramos, á pesar de los adelantos científicos; las *Cántigas* en alabanza de la Vírgen, escritas en dialecto gallego y en variedad de metros; las *Querellas,* de que solo se conservan dos estrofas; el libro *Del Tesoro,* obra de filosofía y de alquimia (1), y la célebre *Crónica general de España* fueron sus principales obras literarias (2); las legislativas son el *Espéculo,* el *Fuero Real,* y el grande y colosal monumento que le ha inmortalizado entre los mas insignes legisladores del mundo, su código de las *Siete Partidas.* Como legislador, dice Lafuente, Alfonso X de Castilla es uno de aquellos genios que forman época, no en un reino, sino en el mundo, uno de aquellos personages cuyo renombre va creciendo mas cuanto mas van quedando atrás los tiempos. Quizás, y mas que quizás es casi seguro que Alfonso no escribió por sí mismo todas las obras que llevan su nombre, y que de algunas no hizo sino dirigirlas ú ordenarlas; pero aun así, harta gloria le cupo y harto es digno de admiracion y de alabanza por haberlas promovido, por haber elegido con tino y alentado con solicitud á los sábios que podian formarlas, trazándoles el camino que debian seguir y tomando parte en sus trabajos, cosas todas que hizo el rey legislador.

Las obras de Alfonso forman época en la historia de las letras y de las ciencias españolas; con las literarias elevó el lenguage castellano á un grado de perfeccionamiento que no poseia aun ninguna lengua de Europa, y mostró prácticamente de cuanta belleza, claridad y dulzura era ya susceptible el habla castellana; con sus obras legislativas puso fin á la anarquía legal en que se hallaba el reino y propúsose formar un cuerpo de leyes único y general para toda la monarquía. Letras y legislacion tomaron, pues, nuevo ser á consecuencia de los escritos del rey Sábio, y por esto es que, sin entrar ahora en un exámen mas detenido de los mismos, tendremos ocasion de hablar de ellos cuando expliquemos á su tiempo la historia de la legislacion y de las letras castellanas durante este período. Séanos permitido, sin embargo, citar aquí las dos únicas octavas que nos quedan de las *Querellas* en que se lamentaba el rey de su mala ventura, que por la elevacion de su estilo, por lo sentido de sus conceptos, hacen deplorar mas y mas la pérdida de las restantes. Dicen así:

A tí Diego Perez Sarmiento, leal
Cormano é amigo é firme vassallo,
Lo que á mios omes de cuita les callo
Entiendo decir, plañendo mi mal:
A tí que quitaste la tierra é cabdal

(1) Creen algunos que no fué debida á Alfonso esta obra en cuanto se trata en ella de la transmutacion de los metales y de la piedra filosofal, cuestiones que preocuparon á todos los sabios de la edad media, siendo así que Alfonso en varias leyes de sus Partidas manifiesta no creer en la alquimia y tener su ejercicio por un punible engaño.

(2) Atribúyense además á su direccion ó á su pluma la *Vida de San Fernando*, el *Libro de las Armellas* ó *Tratado de la Esfera*, el *Cuadripartito de Ptolomeo* y varias traducciones del árabe.

Por las mias faciendas en Roma é allende,
Mi pendola vuela, escochala dende,
Cá grita doliente con fabla mortal:

Como yaz solo el rey de Castiella,
Emperador de Alemania que foe,
Aquel que los reyes besaban el pié,
É reinas pedian limosna é mancilla,
El que de hueste mantuvo en Sevilla
Diez mil de á caballo e tres dobles peones;
El que acatado en lexanas regiones
Foe por sus Tablas e por su cochilla.



CAPÍTULO XXXIII.

Continuacion del reinado de don Jaime I de Aragon.—Rebelion de los Moros valencianos —Su término.—Tratado de Corbeil: don Jaime cede á Francia varios señoríos de la otra parte de los Pirineos, con inclusion de Tolosa y Provenza.—Disensiones entre los infantes de Aragon.—Malestar del reino.—Institucion de la *Hermandad* de Ainza.—Nueva division de reinos entre los príncipes.—Enlace del infante don Pedro con Constanza, hija de Manfredo, rey de Nápoles y Sicilia, y de Felipe de Francia con Isabel de Aragon.—Dispónese don Jaime para socorrer al rey de Castilla contra los Moros rebeldes de Murcia.—Cortes de Barcelona.—Cortes de Zaragoza.—Oposicion de los ricoshombres.—Sus pretensiones.—Tregua entre el rey y los ricoshombres.—Toma de Murcia.—Expedicion de don Jaime á la Tierra Santa.—Su resultado.—Muerte de Teobaldo II de Navarra.—Turbulencias y discordias entre el rey de Aragon, sus hijos y los ricoshombres.—Asiste don Jaime al concilio general de Lion.—Muerte de Enrique I de Navarra.—Pasa esta corona á la casa real de Francia.—Sublévanse de nuevo los Moros de Valencia.—Muerte de don Jaime I.

Desde el año 1253 hasta el 1276.

El segundo período de los dos en que hemos dividido la historia del gran monarca aragonés empezo, como ya hemos dicho, con el caballeroso proceder de don Jaime para con la desvalida reina de Navarra doña Margarita, á quien hizo promesa de defenderla contra todos sus enemigos, incluso el rey Alfonso de Castilla, y el mismo monarca á cuya generosidad y desprendimiento debió Teobaldo I la corona, la afirmó en las sienes de su hijo Teobaldo II.

Ocupado se hallaba don Jaime en las cosas de Navarra y en los preparativos de guerra con su yerno de Castilla, cuando los Moros del reino de Valencia, á quienes se permitia residir en su territorio y vivir segun su ley, lanzaron el grito de rebelion y se apoderaron de varias plazas y castillos, acaudillados por un moro llamado Al Azark, que vendiéndose antes por amigo del rey y ofreciéndole que se tornaria cristiano, habia intentado apoderarse de su persona atrayéndole á una celada, de la cual por fortuna pudo librarse don Jaime. Sin pérdida de momento marchó el rey á Valencia, y al enterarse del lamentable estado á que la rebelion, ya muy general, habia reducido al reino, tomó la resolucion de echar de él á los Moros, maquinadores perpétuos contra la dominacion cristiana, y poblarlo de cristianos. Opusiéronse á esta determinacion los ricoshombres y caballeros que tenian vasallos en el reino, porque era en gran disminucion de sus rentas, pero el rey tenia de su parte á los prelados y ciudadanos, y luego que hubo enviado fuertes presidios á las principales plazas de guerra y recobrado los castillos de que los rebeldes se apoderaran, los Moros de Valencia en número de cien mil almas abandonarcn su tierra entre lágrimas y sollozos. Cruda, aunque corta, habia sido aquella guerra, y por no abandonar sus hogares armáronse has-

A. de J. C. ta sesenta mil hombres, mostrando en su arrojo tener mas horror al destierro que á la muerte. Reducidos por fin, llevóse á efecto la determinacion del rey, inspirado, segun él mismo nos dice, por la idea de que si entonces, no teniendo los Moros esperanza de socorro por mar habian empezado ya de aquel modo, era seguro que cuando fuese en aumento su poder, se levantarian todos contra los cristianos. Nunca, manifiesta el mismo rey en sus Comentarios, ni en la batalla de Ubeda habíase visto tanta morisma junta como el gentío que allí se replegó entre hombres, mugeres y niños, que ocupaba cinco leguas de camino desde las primeras hasta las postreras cuadrillas. Generoso don Jaime en medio de su rigor, permitióles llevar consigo todos los bienes muebles, y como ellos le hubiesen ofrecido la mitad de su valor por tener seguro el resto, contestóles que nunca lo tomaria, que harto perdian ya perdiendo sus casas, sus heredades y hasta su país natal, y que ya podian marchar confiados de que nada se les quitaria durante el camino. Menos desinteresado don Fadrique, hermano del rey de Castilla, que se hallaba entonces guardando la frontera en Villena, exigió á los desterrados un besante por cabeza. Aquellos infelices llegaron á Murcia, y de allí partieron los unos para Granada y otros á tierras del rey de Castilla, quedando de esta manera diseminados por todas partes.

Los que quedaron, acaudillados por Al Azark, mantuvieron la guerra con desesperado furor, y por espacio de tres á cuatro años pusieron el terror en el país, de modo que nadie se atrevia á viajar sino en numerosas compañías. Fuertes los rebeldes en sus enriscadas posiciones y tambien en la proteccion que les dispensaban el rey de Castilla y su hermano el infante don Manuel, atreviéronse á poner cerco á varios castillos y derrotaron á las compañías de algunos concejos que habian salido en su persecucion. Por fin, impotente para continuar la lucha, fué perdiendo Al Azark uno por uno todos sus castillos, y se dió á partido con la condicion de salir libremente del reino para no volver jamás á él
1257 (1257).

El tratado de Corbeil que tanto contribuyó á la grandeza de la casa de Francia, puso fin poco despues á las diferencias que mediaban entre san Luis y don Jaime de Aragon. El primero cedió á este cuantos derechos pretendia en los condados de Barcelona, Urgel, Besalú, Rosellon, Ampurias, Cerdaña, Conflent y Gerona, y por su parte el rey de Aragon cedió al de Francia los que tenia sobre Carcasona, Rades, Lussac, Beziers, Albi, Narbona, Nimes, Tolosa y otros lugares que habia poseido Ramon, último conde de Tolosa. Tambien cedió á Margarita, esposa del rey de Francia, el derecho que tenia al condado de Provenza, que era poseido entonces por Beatriz, hija de Ramon Berenguer, y su marido Carlos de Anjou. Con esto demostraba don Jaime su decidida intencion de concentrar sus fuerzas y evitar contiendas por derechos que pocos beneficios materiales habian reportado á la casa de Barcelona comparados con los sacrificios que de ella habian exigido; y mas aun lo probó cuando en 1271 falleció sin sucesion Juana, hija del último conde de Tolosa, casada con Alfonso de Poitiers, hermano de san Luis. Entonces el condado se agregó definitivamente á la corona de Francia, pero descontentos muchos Tolosanos, amantes de la casa de Aragon, requirieron al infante don Pedro para que se apoderase del señorío del condado. El infante allegó gente para tomar bajo su amparo aquel territorio que tan unido habia estado siem-

pre con el reino aragonés, y por cuya defensa muriera su esforzado abuelo. Don A. de J. C.
Jaime, sin embargo, leal á lo pactado y obedeciendo á distintas razones de política, requirió á los ricoshombres que de ningun modo valiesen á su hijo en aquella empresa, y el infante hubo de desistir de llevarla adelante. Así perdió Aragon sus grandes feudos en la otra parte de los Pirineos; para emitir una opinion acerca de este importante suceso seria indispensable podernos retrotraer del todo á aquellos tiempos, y poder apreciar las apremiantes razones que sin duda impulsaron á don Jaime al abandono de derechos de que tan celosos se mostraron sus antecesores y para los cuales no tenian los monarcas de Francia otro título que la cesion que les hicieran los descendientes del conde de Monfort, el enemigo de Pedro II. En las mismas conferencias, en 11 de mayo de 1257, celebráronse los esponsales de Felipe, hijo segundo de san Luis, que reinó despues bajo el nombre de Felipe el Atrevido, con Isabel, hija de don Jaime y de doña Violante.

En tanto las turbulencias y agitaciones que en el reino promoviera el infante don Alfonso, agraviado por la particion que hiciera su padre de sus estados, distaban mucho de haber llegado á buen fin, cuando el rey, por ver de sosegar á
sus súbditos, hizo en 1258 donacion del reino de Valencia á su hijo primogénito, 1258
absolviendo á los ricoshombres, caballeros y alcaides de aquel territorio del juramento que prestaron al infante don Jaime como á heredero del mismo. Ni esto, empero, fué bastante para calmar al mozo y á sus parciales, y ya fuese que le tratase el rey con visible desamor, ya estuviese dominado Alfonso por exagerada ambicion, mediaron entre padre é hijo sensibles desacuerdos, que solo termina-
ron con la muerte del infante acaecida en 1260, pocos dias despues de haberse 1260
tratado su matrimonio con Constanza, hija de Gaston de Bearne y nieta de Guillen de Moncada, muerto en la conquista de Mallorca.

Otras parcialidades se levantaron entonces en el reino; don Alvaro de Cabrera, que habia sucedido á su padre don Ponce en el condado de Urgel, apartóse de la obediencia del monarca, y le envió, como se decia entonces, *su desixement,* á causa de haber ocupado don Jaime algunos de sus castillos; muchos barones principales siguieron su partido é imitaron su conducta, y todo esto se complicó mas y mas por la division que surgió entre los infantes don Pedro y don Jaime, descontentos ambos de la particion de reinos que entre ellos se habia hecho, afectando estas disensiones así al pueblo como á los ricoshombres, divididos en parcialidades y bandos á favor del uno ó del otro príncipe. Las cosas llegaron al punto que, temiendo el infante don Pedro que el rey en su testamento ó de otra manera revocase la donacion que le habia hecho ó procurase con él que ratificase y aprobase mediante juramento alguna nueva donacion en favor de su hermano don Jaime, protestó en Barcelona á 15 de octubre de 1260 en presencia de varias personas, entre ellas de fray Ramon de Peñafort, de la órden de Predicadores, de que en caso que le mandase el rey tener por firme su testamento ó cualquiera donacion ó enagenacion que hiciese, no era su ánimo guardarlo ni cumplirlo, sino por miedo del rey su padre, que podria desheredarle en todo ó en parte, intentando en su indignacion, en caso que el infante se opusiera á su voluntad, alguna cosa que fuese en perjuicio del reino y señorío de Aragon. Con motivo de estas discordias y de la contínua guerra que ellas

A. de J. C producian, sin fuerza ni autoridad la justicia, llenóse el reino de ladrones y malhechores, y este daño iba extendiéndose tanto que fué necesario que las ciudades y villas del reino, para poner coto á los desmanes que se cometian, formasen una confederacion y junta que se llamó *Hermandad* de Ainza, institucion popular que con sus ordenanzas, su tribunal, sus capitanes y compañías de guerra, puso en breve fin á los malhechores que infestaban el país. Tambien el rey, para remediar la discordia nacida entre sus hijos, hizo nueva division de sus estados en 21
1262. de agosto de 1262 en presencia de varios prelados y ricoshombres que se habian reunido en Barcelona: dió á su primogénito don Pedro, Cataluña, Aragon y Valencia, y al infante don Jaime las Baleares, el señorío de Montpeller, y los condados de Rosellon, Colibre, Conflent y Cerdaña, con la condicion de que en estos corriese siempre la moneda de Barcelona y se juzgase por los usages y costumbres de Cataluña. Sustituyó el un hermano al otro para el caso de que muriesen sin dejar hijos varones y declaró que en caso de que la tierra de Rosellon, Colibre, Conflent y Cerdaña pasaran á personas extrañas por razon de matrimonio ú de otra manera, la tuviesen en reconocimiento de feudo por el infante don Pedro y sus sucesores, á no ser que este moviese guerra contra su hermano, sin querer estar á juicio de terceras personas.

En medio de estas turbulencias y agitaciones, en 13 de julio de 1262, celebróse el enlace del infante don Pedro, hijo de don Jaime, con Constanza, hija de Manfredo, enlace á que debió veinte años despues la casa de Aragon la corona de Sicilia. El hijo bastardo de Federico II, Manfredo, reinaba en la Italia meridional, y la fama de que gozaba indujo á Jaime á solicitar para el heredero de la corona de Aragon la mano de su hija Constanza, que Manfredo habia tenido de su primera esposa Beatriz, hija de Amadeo, conde de Saboya. Urbano IV se opuso vivamente al proyecto concebido por don Jaime, no queriendo que el rey aragonés se aliase con una hija de aquella raza de víboras *(de vipereo semine Federici secundi)*, y escribió á Jaime una carta citando los delitos que se atribuian á Manfredo, príncipe excomulgado y enemigo de la Iglesia.—«¿Cómo, decíale entre otras cosas, ha podido formar tu mente semejante proyecto? ¿Cómo la elevacion de tu alma ha podido descender hasta tal pensamiento? ¿Cómo has permitido que ni siquiera te propusiesen dar tu hijo en matrimonio á la hija de ese Manfredo? ¿Acaso es tu hijo despreciado por los otros príncipes del mundo, que no puede hallar una esposa digna de él entre las doncellas de estirpe real? Vergüenza seria para tí mancillar con tal enlace el esplendor de tu sangre, y cometerias una accion detestable uniendo con estrecho lazo á un hijo tan sumiso á la Iglesia con su enemigo y su perseguidor (1).»

El mismo san Luis al saber este proyectado enlace, manifestó, á lo que parece, cierto sentimiento por haber estipulado poco antes el matrimonio de su hijo segundo con una hija del rey de Aragon. Así á lo menos se dijo en Roma, y el Papa en una carta de 20 de julio felicitó al rey de Francia por haber renunciado á aliarse con un príncipe que unia su sangre á la de Manfredo el excomulgado (2). Sin embargo, las cartas del Papa llegaron demasiado tarde, y los dos

(1) Anal. Eccle., ann. 1262, t. XIV, p. 74.—La carta está fechada en Viterbo en 26 de abril de dicho año.

(2) Litter. Urbani ad reg. Franc., apud Raynald., ann. 1262, 13 kal. Augusti.

matrimonios se habian ya consumado. Mientras Urbano las expedia en Viterbo, A. de J. C.
Felipe, que contaba apenas diez y siete años, habia casado con Isabel, hija del rey de Aragon, en 28 de mayo, y Pedro, que contaba entonces veinte y cinco años, acababa de celebrar su matrimonio con Constanza, que solo tenia doce. Las bodas se celebraron en Montpeller en la época dicha, luego que Pedro hubo acompañado á su hermana y asistido á su enlace en Clermont. Con motivo del matrimonio de Felipe con Isabel, ambas coronas pusieron en ejecucion el tratado de Corbeil, que parece no haber sido hasta entonces mas que nominal. Por su parte Constanza llevó á Pedro su derecho eventual á la corona de Sicilia, derecho que las circunstancias se encargaron despues de convertir en hecho.

Por este tiempo acaecieron en Andalucía los graves sucesos que en el capítulo anterior llevamos explicados. Los Moros de Murcia y del Algarbe se habian sublevado favorecidos por Alhamar de Granada, y en semejante situacion sabemos que Alfonso de Castilla habia solicitado de su suegro don Jaime de Aragon 1264.
que le ayudara á hacer frente á la morisma, y principalmente á reducir á los Musulmanes rebeldes de Murcia, y generoso y noble, y movido tambien por su propio interés, segun él mismo manifiesta, el Aragonés olvidó por completo la conducta poco leal que con él observara su yerno cuando la rebelion de los Moros de Valencia. Hallábase el rey en el monasterio de Sijena el domingo de Ramos, segun él mismo nos dice, cuando le anunciaron un mensage de su hija doña Violante de Castilla; salió entonces para Agrañen y allí encontró á Beltran de Vilanova con una carta de su hija en la que, despues de manifestarle los temores que ella y su esposo abrigaban por la salud del reino, le conjuraba como á su único refugio y como á su padre y señor, que amparase á Castilla á fin de no ver ella en sus dias privados de su patrimonio á su marido y á sus hijos. Don Jaime dijo al enviado no poder darle inmediata respuesta, pero que la daria luego que hubiese consultado á su consejo. Como este negocio fué causa de graves alteraciones en el reino aragonés entre el monarca y los ricoshombres, como las escenas á que dió lugar son de las mas características y revelan bien al propio tiempo que el estado de Aragon, la política sagaz, pero noble de don Jaime, lo explicaremos con algun detenimiento, tomando por guia los Comentarios que ha dejado escritos el mismo padre de doña Violante.

En efecto fuése el rey al dia siguiente á Huesca, reunió á su consejo particular, compuesto de algunos prelados y barones, y poniéndoles de manifiesto la carta de la reina, solicitó su parecer sobre la conducta que en semejantes circunstancias habia de seguir. Todos fueron de parecer que no podia negarse el socorro á Castilla, pero aconsejaron al propio tiempo al rey que reuniera cortes de Catalanes y Aragoneses y pidiese á Alfonso, puesto que la ocasion era propicia, satisfaccion de los agravios que le habia causado ocupando la villa de Requena y otros lugares que eran de la conquista de Valencia. Don Jaime cerró la discusion con estas palabras: «Apruebo vuestro dictámen en cuanto á lo de reunir las cortes, y convocaré unas en Cataluña y otras en Aragon, en Barcelona las primeras y las segundas en Zaragoza; pero no creais que á ninguna de ellas les pida consejo en este negocio, porque no en todos los que á ellas concurren hay tanto saber y valor como se requiere, y nos consta ya por experiencia que resultan siempre encontrados sus pareceres, cuando se lo pedimos acerca de algun

negocio de importancia: lo que sí haré, será proponerles el asunto y suplicarles que en él me ayuden y favorezcan, ya que no puedo prescindir de tomarlo á mi cargo por tres razones: la primera, por no dejar abandonados á mi hijo y nietos á quienes se quiere quitar lo que les pertenece; la segunda, mas poderosa que cuantas vosotros habeis insinuado, porque aun cuando yo no tratase de ayudar al rey de Castilla por mi valor y por la obligacion que le tengo, deberia hacerlo por ser él uno de los hombres mas poderosos del mundo y porque si á pesar de mi negativa, salia él con bien de los apuros en que á la sazon se halla, tendria motivo bastante para reputarme siempre por su enemigo mortal, no habiéndole dado ningun auxilio en sus cuitas, y por ende me causaria siempre y con razon cuanto daño pudiera; y la tercera y última, que es tambien la que naturalmente se ofrece como de mayor peso, porque si el de Castila perdia su tierra no estaríamos Nos tampoco muy seguro en la nuestra. Mas vale de consiguiente que vayamos á defender ahora su reino, que no vernos obligados luego á defender el nuestro; y así no hay mas sino contestar á la reina que la auxiliaremos con todo nuestro poder, que nos iremos á celebrar cortes en Cataluña y las celebraremos tambien en Aragon, y que cuanto mas antes podamos volaremos en su ayuda.»

Congregadas en efecto cortes en Barcelona, quisieron los tres brazos, antes que discutir sobre la proposicion real, que el rey les enmendase los tuertos que les habia inferido (1). Entonces hízoles presente el monarca que quien tuviera de él alguna queja podia manifestarla, seguro de ser satisfecho, pero que no por esto habian de suscitarle estorbos en el hecho de que se trataba. Las cortes deliberaron de nuevo sobre aquel asunto, pero la respuesta que nos dieron, dice don Jaime, fué tan mala y peor que la vez primera. «Malamente mirais por lo que puede suceder en lo venidero, díjoles el monarca; pues si perdiese lo suyo el rey de Castilla, mas difícil nos seria luego á Nos y á vosotros conservar lo que ahora poseemos. ¿Reportareis por ventura alguna ventaja vosotros clérigos de que en las iglesias donde son adorados ahora Nuestro Señor y su Madre, lo sea luego Mahoma si por nuestra desgracia se pierden? ¿O contais acaso que se salvará lo vuestro si nosotros reyes perdemos lo nuestro? Tan mala y villanamente nos respondeis, que nunca hubiera podido imaginarlo; pues siempre habia creido que celebrando cortes á Catalanes alcanzaria de ellos cuanto estuviese puesto en razon, y mas aun si mucho se lo rogaba. Mas, ya que veo frustradas mis esperanzas, tendré que separarme mal contento de vosotros, tanto como señor alguno pueda estarlo de sus vasallos.» Enojado, disponíase ya don Jaime á salir de la ciudad cuando las cortes, atendiendo á la necesidad en que se hallaba el monarca,

(1) La satisfaccion y enmienda de los desafueros cometidos por el rey ó sus oficiales en el intervalo de una á otra legislatura, y la votacion de los subsidios que por via de donativo ó de empréstito debian concederse á la corona, eran las dos armas principales con que sostenian su poder parlamentario las antiguas cortes de los estados de Aragon. Usando de la primera, luego de constituidas y de haber hecho el monarca su *proposicion*, ó leido el *discurso del trono*, como decimos ahora, cada brazo presentaba en una de las primeras sesiones su memorial de agravios *(greuges)*, en el que enumeraba todos los que habia recibido del poder real desde la anterior legislatura, y pedia por ellos la correspondiente enmienda. Así debian ante todo ponerse de acuerdo el rey y las cortes sobre este punto, porque hasta que estuviese decidido no pasaban aquellas á tratar de ningun otro negocio.

y sin duda obedeciendo á la voz del gran cariño que en su mayor parte le profesaban, desistieron parcialmente de su derecho, y enviáronle comisionados que le dijeron que nunca habia sucedido ni sucederia tampoco entonces que habiendo pedido el rey consejo y ayuda á los prelados y ricoshombres de Cataluña, dejasen de prestárselos; que por ningun estilo trataban de darle motivo para que se apartase de ellos tan mal satisfecho; que atendiese á sus razones antes de llevar á mal lo que le habian dicho, y por último que accediese á lo que en nombre de todos habia pedido Ramon de Cardona, y que ellos tenian intento de otorgarle otra vez el bovage, aunque no tuviese derecho para ello por haberlo percibido ya dos veces, la primera cuando entró á reinar, y la segunda al emprender la conquista de Mallorca. «A pesar de todo, añadieron los enviados, estamos prontos á concedéroslo y á serviros en todo este negocio, de modo que os obliguemos á estarnos agradecido.»

Contento el rey con esta respuesta, partió para Aragon á celebrar cortes á los Aragoneses, y reunidas estas en Zaragoza en el convento de Predicadores, el rey tomando por tema las palabras de la escritura: *non minor est virtus quœrere, quam quœ sunt parta tueri*, hizo su proposicion en estos términos: «Aun cuando Nuestro Señor nos haya probado cuanto nos ama otorgándonos tan señalada honra en las empresas de Mallorca y de Valencia y en cuantas hemos corrido hasta ahora en nuestras tierras y otras partes, obligacion nuestra es defender lo que hasta aquí hemos conquistado, y por lo mismo tambien debemos estarle muy reconocidos porque nos escoge á Nos y á vosotros para remediar el daño que otro ha recibido, dándome ocasion para que con vuestro concurso pueda yo auxiliar al rey de Castilla, con quien tan estrechos vínculos me unen. Debemos además dar gracias á Dios de que la traicion y daños que han hecho los Sarracenos hayan recaido sobre el Castellano, porque mas vale que hayamos de ir á pelear á sus tierras que vernos obligados á defender las nuestras. Por esto os rogamos, tanto por el amor que nos debeis como por los bienes que otras veces nos habeis dispensado, como tambien por el estrecho deudo que hay entre Nos y vosotros, que tengais á bien auxiliarnos en esta empresa, pues serán insignificantes los subsidios que nos suministreis en comparacion de las recompensas con que estamos pronto á premiaros, ya que os hemos de dar luego diez maravedís por cada uno que vosotros nos concedais ahora. Sin embargo, no creais que lo que os pedimos tratemos de exigíroslo como una deuda; solamente os lo rogamos para que podamos llevar á buen fin este negocio, esperando que os hareis cargo de cuan honroso ha de ser para todos nosotros y que por lo mismo ningun sacrificio os ha de parecer costoso..... ahora, pues, si quereis que os declaremos de qué manera pensamos socorrer al rey de Castilla, vengan á Nos dos ricoshombres, y les manifestaremos aparte lo que tenemos ideado: sobre ello podreis luego deliberar y darnos vuestra contestacion, de modo que sea esta para mayor honra de Dios, de Nos y de todos vosotros.»

En vano levantóse acto contínuo un fraile franciscano y apoyó las palabras del rey con el relato de cierta vision que dijo haber tenido un compañero suyo; los obstáculos á los proyectos de don Jaime habian de ser en Aragon mucho mas difíciles de vencer que en Cataluña, y levantándose el primero don Jimeno de Urrea, anunció ya la oposicion que se preparaba diciendo, que bue-

nas eran las visiones, pero que ellos deliberarian sobre lo que el rey les habia propuesto, é irian despues á verle.

El rey, que conoció las dificultades con que tendria de luchar, llamó despues á su presencia á siete ú ocho ricoshombres y trató de ponerlos de su parte refiriéndoles lo sucedido con el clero y barones de Cataluña, ponderándoles los beneficios que de la empresa habian de reportar, pues no habiendo de ascender á cinco mil sueldos el servicio de aquel que mayor lo prestare, podria darle en recompensa hasta treinta mil, y diciéndoles por último que se comprometia solemnemente á que no pudiese servir de ejemplar en lo sucesivo lo que entonces le otorgasen. Dura por demás fué la contestacion de los ricoshombres. « Si quereis pegar fuego á cuanto yo poseo, contestó Ferran Sanchez, hijo natural del rey, podeis comenzar desde luego por el un extremo, y yo me saldré por el otro.—No he venido aquí para incendiar la tierra, exclamó airado el rey, sino para defenderla y heredaros en ella, como lo he hecho ya: estos son mis intentos y estas mis obras; no los que vos decís. » Encargáronse sin embargo aquellos señores de explorar la voluntad de los demás ricoshombres, y en otra entrevista, don Jimeno de Urrea manifestó al rey en nombre de todos que en Aragon no sabian qué cosa era bovage; que se maravillaban de que se nombrase semejante género de servicio nunca usado ni oido en la tierra, y que unánimes habian decidido no conceder tal tributo. «Mala gente sois, dijo entonces el monarca, y mucho nos sorprende que tanto os cueste comprender la razon, pues bien debiérais considerar la naturaleza é importancia de este negocio y el buen fin que en él nos proponemos. Al acometer esta empresa hacémoslo primeramente para el mayor servicio de Dios, luego para que se salve España; y finalmente para que Nos y vosotros seamos los que ganemos la honra y prez de salvarla. Por la fe que á Dios debo no podia esperar que vosotros, que todos teneis feudos por mí, quien de veinte, quien de treinta, quien de cuarenta mil sueldos, rehusáseis cumplir con la obligacion que teneis de ayudarme, cuando con él cumplen los de la mas honrada tierra de España, como es Cataluña, que es el reino mejor y mas noble que en ella existe, pues hay en él cuatro condes, que son el de Urgel, el de Ampurias, el de Foix y el de Pallars, y cuéntanse allí cuatro ricoshombres, cinco caballeros, diez clérigos y cinco ciudadanos honrados por cada uno que aquí tengais en cada clase. » A pesar de todas estas razones, los ricoshombres se negaron á acceder á lo que don Jaime les pedia, y conociendo este la imposibilidad de vencer su resistencia, llególes á proponer que no contribuyesen ellos en nada al servicio solicitado, pero que fingiesen acceder á su demanda delante de los demás para que á lo menos, movidos de su ejemplo, contribuyeran el clero, las órdenes y los caballeros. La proverbial lealtad de los ricoshombres de Aragon se sublevó ante esta propuesta no muy digna, y dijeron que antes de acceder á ella preferirian perder todos sus bienes. El rey sin inmutarse volvióse entonces al obispo de Zaragoza que le acompañaba, y echándose á reir, dijo: « Cierto que esos barones no nos contestan muy favorablemente; pero otra vez, si Dios quiere, nos contestarán mejor.»

La generacion presente que sale, por decirlo así, de la casi siempre templada, pero absoluta autoridad de los monarcas; que, á pesar de los rudos vaivenes que en estos últimos tiempos ha experimentado la soberanía, se ha avezado á consi-

derar tan centralizado, tan fuerte, tan omnímodo el poder central, apenas podrá concebir la audacia de aquellos patricios y la longanimidad del rey. La causa de todo estaba en la constitucion misma aragonesa, en los fueros y las condiciones mismas de aquella sociedad esencialmente aristócrata, hecha para amenguar y restringir la autoridad real. En vano Pedro II habia querido disminuir el poder de los ricoshombres disminuyendo su jurisdiccion; lo que con esta perdieran lo habian ganado en riqueza, y no habia sido mas afortunado don Jaime al crear con igual objeto los ricoshombres de mesnada: los ricoshombres *de natura*, siempre fuertes y poderosos con los fueros y prerogativas que la constitucion del reino les daba, siempre campeones indómitos de las libertades de su clase contra las usurpaciones del monarca, eran al propio tiempo, si bien manifestaron no pocas veces exageradas pretensiones, los defensores de la libertad de todos, en cuanto ella se consignaba en la constitucion y en los fueros, de los cuales eran ellos en interés propio incesantes guardadores. Esto explica no pocos fenómenos históricos que en este reino se revelan, y hace comprender como al contrario de lo que en Castilla y en otros paises de Europa sucedia, el pueblo aragonés se unió casi siempre á sus magnates contra la extension del poder del monarca, de modo que con fundamento puede presumirse que, á no haber sufrido tan rudo golpe la constitucion aragonesa con la union del reino á Castilla y á no haber abandonado sus barones y su pueblo las ideas que en política abrigaron durante el tiempo de su independencia, el pueblo unido con los magnates, en vez de haberlo hecho con el monarca contra estos á imitacion de las ideas castellanas, habria llegado á un estado social y político muy distinto del que tiene ahora, al que para hallarle analogías fuera de España, mas que á Francia habríamos debido recurrir á Inglaterra.

Llegadas las cosas á este punto entre don Jaime y los ricoshombres, los asistentes á las cortes se amotinaron, y á voz en grito resolvieron marchar á Alagon y luego á Mallen para resolver allí lo que debia hacerse. Unicamente dos caballeros quedaron con el rey, quien desde Calatayud manifestó á los conjurados por medio del obispo de Zaragoza la sorpresa que su rebelde conducta le causaba y la disposicion en que estaba de satisfacerlos de cualquier agravio que de él hubiesen recibido. Don Bernardo Guillen de Entenza, don Artal de Alagon y don Ferriz de Lizana llegaron, mediante salvoconducto, á la presencia del rey, y en la iglesia de Santa María, delante de un inmenso concurso de pueblo, expusieron á nombre de las cortes las quejas que del monarca tenian. Dícenos don Jaime en sus Comentarios que, entre otras que alegaron, fué una la de llevar él á su lado á algunos sábios en derecho, que eran los que juzgaban los negocios, y *algunos otros pretextos por el mismo estilo que no tenian piés ni cabeza, y con los cuales querian cohonestar su yerro.* Importa, empero, que las sepamos todas para ver hasta que punto llevaban entonces sus derechos ó pretensiones los ricoshombres de Aragon, y los agravios que entonces formularon, segun leemos en Zurita, fueron, además del ya expresado, los siguientes: «que el rey daba los lugares que eran de honor á extrangeros del reino que no podian ni debian ser ricoshombres; que, segun costumbre antigua de Aragon, los ricoshombres habian de juzgar los pleitos, siendo así que el rey los determinaba entonces por el derecho comun y decretos, gobernando á su albedrío las leyes del reino establecidas para que rigie-

A. de J. C. sen; que el Justicia habia de ser nombrado con consejo de los ricoshombres; que los mesnaderos habian de tener tales mesnaderías que pudiesen honestamente servir al rey, como se habia usado antiguamente. Decian que se hacian pesquisas é inquisicion en el reino, siendo contra fuero y contra la costumbre de Aragon; que se hacia tambien contra fuero en las salvas de las infanzonías embargándoseles las tierras que tenian en honor con concesion del rey y de los infantes sus hijos, lo cual no debia hacerse sin que fuesen primero oidos y se determinase por justicia; que en caso de abandonar un caballero por cualquier razon la tierra del reino, era fuero que su muger, hijos y vasallos hubiesen de quedar bajo el amparo del monarca, quien habia de defenderlos de cualquiera fuerza y agravio. Pretendian asimismo que el rey era obligado segun costumbre de Aragon á criar, casar y hacer caballeros á los hijos de los ricoshombres, y las infantas á criar y casar á las hijas de los mismos; tenian por gran agravio que el rey intentase introducir en Aragon el bovaje y el herbaje, imposiciones y tributos que nunca sus antecesores habian pagado, y por fin, pedian que les fuesen ratificados y confirmados los fueros antiguos de los Aragoneses, encomendados en el monasterio de San Juan de la Peña y sacados de allí por fuerza por el conde don Ramon Berenguer, príncipe de Aragon. Don Jaime satisfizo la mayor parte de estas quejas: dijo haber desistido en cuanto al herbaje y bovaje; que si habia dado tierras á personas que no podian ser ricoshombres, lo hizo porque ellos le faltaban y no le servian como era necesario; que nunca habia juzgado de causa venida á su corte sin consejo de los ricoshombres, excepto aquellos que eran parte; que donde habia fuero establecido de Aragon juzgaba por él y no por leyes ni decretos, y que á donde no se extendia ni bastaba el fuero se determinaba por igualdad y razon natural como así lo disponia el fuero. Opúsose el rey á la novedad que se pedia acerca del nombramiento del Justicia, y por fin, habiendo pedido á los enviados que se leyese el fuero palabra por palabra en los puntos en que se le acusaba de haberlo quebrantado, y oponiéndose ellos á que así se hiciera, concluyó don Jaime con estas palabras: «Barones, vosotros obrais á mi entender como obraban los Judíos contra nuestro Señor, cuando le cogieron el jueves, la noche de la cena, y llevándole delante de Pilatos para que lo juzgase, gritaban: *¡Crucifige! ¡Crucifige!* Lo mismo haceis vosotros quejándoos de que os quebranto los fueros, sin decirme en qué, y negándoos á aceptar la satisfaccion que os ofrezco; pues nunca ningunos vasallos movieron á su señor tales razones. Sin embargo, tened cuenta, barones, que solo dos cosas os favorecen para persistir en vuestra pertinacia y continuar rebeldes en nuestra tierra; la una, el habernos de ir á ayudar al rey de Castilla, á quien no podemos faltar por habérselo prometido; y la otra, nuestra prudencia, que nos retrae de marchar contra vosotros en semejante coyuntura. Si no fuese esto, no habria en el mundo monte ni llano, murallas ni peñas de donde no os arrojásemos.»

Otras entrevistas se celebraron, pero sin fruto alguno, y don Jaime determinó emplear la fuerza contra los rebeldes, mientras que para dar en parte satisfaccion á los agravios alegados por los ricoshombres, reunia nuevas cortes en Egea
1265 en abril de 1265, donde se establecian como leyes algunos de los puntos reclamados. Sin embargo, ni esto bastó para sosegar la rebelion, y fué preciso que el rey se apoderara á viva fuerza de los castillos de Rafals y de Maza y que pusiera

cerco al de Pomar para que los rebeldes mejor aconsejados ofreciesen darse á partido y fiar sus diferencias á la decision de los obispos de Zaragoza y Huesca. Vino en ello don Jaime obligándose á devolver sus feudos á los ricoshombres en caso de que así lo fallasen los obispos, estipulándose tregua hasta que el rey volviese de su expedicion al reino de Murcia, en la cual habian los ricoshombres de servirle, y quince dias mas (1). A. de J. C.

Con esto quedó libre el rey para acudir en socorro de su yerno como tanto habia deseado, y condujo en persona sus huestes hácia el reino de Valencia y las fronteras sarracenas, acompañándole sus dos hijos don Pedro y don Jaime, mientras que don Alfonso de Castilla guerreaba contra el emir granadino. Con una prudente mezcla de templanza y de rigor, logró el Aragonés apoderarse de villas y lugares, y segun nos dice el cronista, procuraba sosegar los ánimos de aquella gente y ganarlos al perdon, dejando memoria de su mansedumbre, porque creia, añade, que aquella es mas señalada y notable victoria de la cual quedan mas señales de clemencia que de castigo. Así ganó á Villena, Elda, Elche y Orihuela, y llegó por fin delante de la ciudad de Murcia, donde puso en fuga sin haber apenas empeñado la batalla á la hueste sarracena que se dirigia al socorro de la ciudad. Formalizado el sitio, empeñáronse los primeros dias algunas escaramuzas, pues la plaza, además de estar bien murada y defendida, se hallaba provista de todo lo necesario para sostener largo cerco. Esto no obstante, era tal el terror que inspiraba á los Sarracenos el nombre del victorioso monarca, que los Murcianos abrieron muy pronto negociaciones y consintieron en rendirse, obtenida seguridad de que les seria perdonada la rebelion y guardada la misma concordia que cuando se entregaron al infante de Castilla. El alcaide del rey de Granada fué expulsado de la ciudad, y el rey entró en ella en febrero de 1266. Don 1266.
Jaime la dividió en dos cuarteles, de los cristianos el uno y de los Musulmanes el otro; la mezquita mayor de la ciudad fué consagrada y dedicada á Nuestra Señora, y despues de asistir á la solemne funcion que en ella celebraron los obispos de Barcelona y Cartagena, aposentóse el rey en el alcázar. Desde allí, noble y leal, envió dos adalides al rey de Castilla avisándole como habia cobrado y tenia á su disposicion la ciudad de Murcia y veinte y ocho castillos de la comarca, previniéndole que cuidase de guarnecer el reino y las fronteras; dejó á don Artal de Luna y á don Jimeno de Urrea con ciento de á caballo para socorrer en lo necesario á los Castellanos, y por Orihuela y Alicante volvió el victorioso rey á Valencia.

De allí marchó á Montpeller, á donde por ser espirada la tregua que con los ricoshombres celebrara, llególe un mensagero de don Ferriz de Lizana con una carta en la que este le desafiaba. Rompiéronse, pues, de nuevo las hostilidades, y las tropas del rey se apoderaron de algunos castillos. Estas perturbaciones hiciéronse por aquel entonces extensivas á Cataluña á causa de la muerte del conde de Urgel don Alvaro de Cabrera, acaecida en marzo de 1268. Don Ramon Folch 1268
de Cardona, secundado por otros barones, se apoderó de parte de la tierra para tenerla por el conde Armengol hijo del conde don Alvaro; la casa de Moncada, empero, favorecia á Leonor, hija del primer matrimonio de don Alvaro, y califi-

(1) Hist. de don Jaime I de Aragon.—Zurita, Anal.

A. de J. C. caba de bastardo á Armengol y á los demás hijos habidos del segundo enlace. El rey intervino en la discordia en calidad de tercero, y con los derechos que le habia delegado don Guerao de Cabrera hermano del conde don Alvaro, que pretendia suceder en el condado de Urgel y vizcondado de Ager por sustitucion hecha en su persona en el testamento del conde don Ponce su padre, pretendió apoderarse de aquel estado, y marchando á Cervera con tropas, puso guarnicion á cuantos lugares se habian declarado por él.

El papa Clemente IV no cesaba por sus cartas de excitar á la guerra santa á los príncipes cristianos. San Luis habia anunciado su proyecto de llevar sus armas al territorio de infieles, y el rey de Navarra habia resuelto imitar su ejemplo. Don Jaime quiso tambien tomar la cruz, y en esta resolucion le confirmó mas y mas la embajada que recibió del Khan de Tartaria, que, convertido al cristianismo, solicitaba de él que le ayudase á la reconquista de la Tierra Santa, á la que concurriria tambien Miguel Paleólogo, emperador de Constantinopla. Segun se desprende de los Comentarios del gran rey, semejante embajada, que ningun monarca de Europa habia hasta entonces recibido, halagó justamente el orgullo de don Jaime, quien se encontraba entonces en Toledo invitado por su yerno don Alfonso para asistir á la primera misa del infante de Aragon don Sancho, arzobispo electo de aquella ciudad. Solo ocho dias permaneció allí don Jaime, deseoso de prepararlo todo para la gran empresa, y el rey de Castilla que á pesar de sus esfuerzos no habia logrado disuadirle de ella, quiso cooperar á lo menos á tan santo objeto con cien mil maravedís de oro y cien caballeros de Santiago al mando de su gran maestre don Pelayo Correa. El monarca de Aragon hizo disponer en Barcelona una armada de treinta naves gruesas y muchas galeras bien provistas de víveres, municiones y dinero, y nombrando al infante don Pedro lugarteniente general del reino durante su ausencia, hízose á la vela en 4 de setiembre de
1269 1269 con favorable viento.

Sin embargo, á los tres dias de navegacion una recia tempestad dispersó sus naves, que arribaron á donde pudieron muy averiadas y casi todas en la imposibilidad de continuar el viage; el rey tomó tierra en el puerto de Aguas Muertas, de donde algunos meses despues habia de partir san Luis para su funesta cruzada de Tunez, y viendo en aquel desgraciado suceso la expresion de la voluntad divina, que se oponia á la realizacion de su cruzada, volvió á su reino por Montpeller, dirigiéndose luego á Burgos para asistir al enlace del infante don Fernando de la Cerda con Blanca de Francia, hija de san Luis.

Algunas naves aragonesas habian llegado á San Juan de Acre á pesar de la tempestad, entre ellas la de los hijos del rey don Pedro Fernandez, y don Ferran Sanchez; su llegada fué de gran provecho á aquellos cristianos á quienes reanimaron y abastecieron de víveres; pero viendo que no parecia el rey ni menos las tropas de sus aliados los emperadores de Tartaria y Constantinopla, regresaron á Barcelona, tocando antes en las islas de Creta y de Sicilia, donde, magníficamente acogidos por el rey Carlos de Anjou, recibió don Ferran caballería de su mano. Esta fué otra de las causas que encendieron entre este hijo de don Jaime y su hermano el infante don Pedro el enconado odio que, segun veremos luego, produjo tan triste resultado.

San Luis partió luego despues para la cruzada con el rey de Navarra Teo-

baldo II que, como sabemos, confió á su hermano Enrique el cuidado de gobernar su reino en su ausencia. Famoso cuanto deporable es el fin que la expedicion tuvo: en 17 de julio de 1270 la armada cristiana llegó delante de Tunez; los cruzados desembarcaron y pusieron sitio á la plaza; san Luis y su hijo Juan sucumbieron víctimas de cruel epidemia en aquella inhospitalaria playa, y Carlos de Anjou, rey de Nápoles y Sicilia, levantó el cerco de la plaza despues de estipular que el rey de Tunez le pagaria un tributo anual. No acabaron aquí las desgracias del ejército: el rey de Navarra murió en Trapani el dia 5 de diciembre, y sus soldados, privados de su caudillo, regresaron á su patria. La reina viuda Isabel de Navarra, hija de san Luis, murió en 25 de abril del siguiente año, y Enrique, hermano de Teobaldo, heredó la corona.

A. de J. C. 1270.

Durante la permanencia de don Jaime en Burgos empezaron á manifestarse, como ya sabemos, los primeros síntomas de la agitacion que habia de estallar mas tarde entre los ricoshombres castellanos. El rey de Aragon, solícito en favor de los intereses de su yerno, procuró calmar á los descontentos y corregir con sus prudentes consejos el desacertado gobierno de Alfonso, pero sus esfuerzos, como hemos dicho, dieron escaso ó ningun resultado. Conflictos no menores, pesares no menos amargos esperaban al monarca aragonés al regresar á su reino.

La contienda entre don Jaime y los ricoshombres aragoneses distaba mucho todavía de haber llegado á feliz término, que entre la insistencia y pertinacia de los barones y las tendencias del poder real á consolidarse y extenderse, la lucha política, si no la material, estaba siempre perenne y encendida, cuando se complicó singularmente con los disturbios suscitados entre los mismos infantes, llenando de amargura los postreros dias del héroe aragonés. Entre don Pedro, hijo primogénito del rey, y Ferran Sanchez su hermano bastardo, habido de una señora de la familia de Antillon, reinaba odio profundo y mortal, especialmente desde que volviera el último de su viage á la Tierra Santa, odio que varias veces habia intentado satisfacerse por medio de un fratricidio. Acusaba Pedro á su hermano de haber intentado darle hechizos para deshacerse de él, y de estar en connivencia con los ricoshombres descontentos, con muchos barones catalanes y hasta con Carlos de Anjou, rey de Sicilia, para alzarse con la tierra; y á su vez el bastardo hacia cargos á su hermano, no solo de haber intentado asesinarle en Burriana, sino tambien de conspirar contra su padre comun pretendiendo heredar la corona antes de su fallecimiento. Gran pesar causaron al rey tan graves disensiones, y á lo que parece hicieron en un principio profunda mella en su ánimo las palabras de Ferran Sanchez, en cuanto despojó á don Pedro de la lugartenencia y de la procuracion general del reino que hasta entonces habia tenido (1272). Don Pedro sin embargo no llevó en paciencia la solucion que el rey pa- 1272
recia haber dado al asunto, y ante su padre y la corte acusó á su hermano de traicion y de haber conspirado contra la autoridad del rey. Don Ferran Sanchez no compareció ante este á responder al cargo que se le hacia, á pesar de haber sido llamado, y desde aquel momento don Jaime, reconciliado ya del todo con su hijo primogénito por mediacion del obispo de Valencia, declaróse abiertamente contra su hijo bastardo, quien por su parte no observó una conducta que le vindicase de los cargos que contra él fulminara su hermano. Estos sucesos, entre los disturbios que agitaban ya al reino, adquirieron una importancia que quizás

A. de J. C no habrian tenido en otro caso: los ricoshombres de Aragon tomaron la voz y se agruparon al rededor de Ferran Sanchez, y no solo se mostraban hostiles al rey don Jimeno de Urreá, don Artal de Luna y don Pedro Cornel de Aragon, sino que propagándose el movimiento á Cataluña, los condes de Ampurias y Pallars, el vizconde de Cardona y otros enviaron al monarca sus cartas de *desixement* apartándose de su obediencia y servicio para seguir la parcialidad de Ferran Sanchez.

Tan graves alteraciones llamaron toda la atencion del rey que se proponia romper la guerra con Enrique de Navarra para apoderarse de este reino á causa de haberse contravenido á lo pactado con la reina doña Margarita y despues con su hijo Teobaldo; aquellos sucesos, empero, pusieron freno á sus pretensiones, y estipulando con Enrique una larga tregua, consagróse exclusivamente á los espinosos asuntos de su reino. Aragon y Castilla ardian, pues, en bandos y parcialidades, y don Jaime lo mismo que don Alfonso en vano hacia publicar y prometia á los ricoshombres estar á derecho con ellos, guardarles sus franquicias y hacer justicia á los agraviados; al fin, merced á la intervencion de algunos prelados, pactóse una tregua, y quedaron sometidas las diferencias al fallo arbitral de ocho jueces, que fueron cuatro obispos y cuatro barones, convocando don Jaime cortes generales de Catalanes en Lérida para oir en ellas el fallo de los árbitros y poner definitivamente fin á tan complicadas como empeñadas cuestiones.

1274. Por aquel tiempo (1274), celebróse el concilio ecuménico segundo de Lion, famosa asamblea eclesiástica presidida por el pontífice Gregorio X, en la que se verificó la union de la Iglesia griega á la latina y se trató del deplorable estado en que se hallaban los cristianos de la Tierra Santa. El Pontífice invitó al rey á asistir á tan importante concilio, y don Jaime quiso satisfacerle á pesar de los graves cuidados que reclamaban en el reino su presencia. Marchó, pues, á Montpeller y luego á Lion, donde le dispensó Gregorio suntuosa y honorífica acogida. Hablaron largamente el Pontífice y el rey de la guerra contra los infieles, y aun cuando don Jaime ofreció pasar á Palestina con mil caballeros ó dar la décima de las rentas de sus dominios, prometiéndose en su esforzado ánimo llevar á buen fin la conquista, el decaimiento en que los demás se hallaban, es decir los maestres del Templo y del Hospital y otros caballeros, fué causa de que nada se decidiera en beneficio de la Tierra Santa.

Don Jaime, que tan señaladas muestras de aprecio y predileccion habia recibido de Gregorio, pensó cuan honorífico seria para él y su reino que le coronase el Pontífice en presencia de tantos y tan lucidos personages, y solicitólo así por medio de dos caballeros catalanes que tenian con el Papa extraordinario valimiento. A ello puso por condicion Gregorio que ratificase don Jaime el tributo sobre el reino de Aragon que le habia prometido don Pedro II al coronarse en Roma, y le satisfaciese las anualidades vencidas. Don Jaime recibió con gran disgusto la embajada, y dijo no parecerle razonable que le dirigiese el Papa semejantes demandas en ocasion en que acababa de darle consejo y ofrecerle socorros que tenian doblado valor del que le reclamaba. «En cuanto á firmarle escritura confesándonos tributario suyo, no lo haremos en manera alguna, dijo el rey, porque los servicios que Nos hemos prestado á Dios y á la Iglesia de Roma bien

merecen, á nuestro entender, que se renuncie respecto de Nos á tan mezquinas exigencias (1).» Con esto, añade el rey, renunciamos por entonces á nuestra coronacion.

Veinte y un dias permaneció don Jaime en la ciudad de Francia que acababa de presenciar tan gran acaecimiento, y á peticion suya el Pontífice le confesó y absolvió de sus pecados, sin imponerle otra penitencia, nos dice el rey, sino que perseverase en el bien y se apartase del mal. En seguida é hincándose de rodillas, y poniéndole el Papa la mano sobre la cabeza, dióle por cinco veces su bendicion apostólica. Al dia siguiente salió don Jaime de Lion para volver á sus estados.

El fallecimiento de Enrique I de Navarra, apellidado el Gordo, acaecido en julio de 1274, trajo nuevas complicaciones á Aragon. De su esposa, hija de Roberto, conde de Artois, hermano de san Luis, dejó únicamente Enrique una hija de dos años llamada Juana como su madre, á la cual habia hecho jurar poco antes de su muerte como heredera de sus estados.

Esto no obstante, acaecida aquella introdújose gran division así entre el pueblo como entre los ricoshombres, queriendo unos que la hija de Enrique fuese encomendada al rey de Castilla, otros, por complacer á la reina su madre, pretendian que se llevase á Francia, y otros, en fin, parciales de la casa de Aragon, aclamaban por rey á don Jaime. Por esto marchó á Navarra el infante don Pedro, y alegando los antiguos derechos de los monarcas aragoneses á la posesion de aquella corona, y reuniendo á sus parciales, requirió á los ricoshombres, ciudades y villas que recibiesen á su padre por su rey y señor natural, y le reconociesen á él en tanto como á gobernador del reino, entendiéndose, decian las cartas de don Jaime, que en caso que determinasen serles mas conveniente recibir por rey al infante, él se holgaria de ello y se conformaria con su voluntad, prefiriendo lo mejor para el bien público de la tierra. Por su parte tambien el rey de Castilla, al considerar la division que entre los Navarros reinaba, renovó sus antiguas pretensiones á Navarra enviando á su hijo don Fernando para que las defendiera con las armas, al propio tiempo que dirigia embajadores á su suegro suplicándole que le ayudase en aquella empresa en virtud de los antiguos tratados. Sin embargo, el rey que entendió, dice Zurita, cuan mañosamente trataban el rey de Castilla su yerno y el infante don Fernando su nieto en este negocio, y que sin el respeto que le debian querian entrometerse en él, usando con él de disimulo y artificio como si no tuvieran por competidor al infante don Pedro su hijo, para desengañarlos y que entendiesen la poca confianza que debian tener en él, excusóse con su yerno diciendo que ya el infante don Pedro su hijo habia ido á instancia de algunos ricoshombres de Navarra á declarar en su nombre el derecho que le pertenecia en aquel reino (2). Así las cosas, la reina viuda de Navarra, que temió por su propia seguridad y la de su hija en los disturbios que afligian al reino, marchóse con ella á Francia. Esto aumentó mas aun el partido del Aragonés, y aun cuando las alteraciones y guerras que en Aragon y Cataluña movian los ricoshombres no le permitian llevar tropas á Navarra, vióse en bre-

(1) Hist. de don Jaime, c. CCXCIX.
(2) Zurita Anal. de Aragon, l. III, c. LXXXIX.

A. de J. C. ve rodeado de numerosos parciales que en las cortes reunidas en Puente la Reina hicieron prevalecer su nombre sobre el de todos sus rivales. De las mismas cortes enviáronse embajadores á don Pedro para preguntarle en que manera pensaba gobernarlos y cual era la amistad que queria tener con ellos; contestóles el infante que se encargaria de la defensa del reino contra todos los hombres del mundo, que guardaria á los Navarros sus fueros y los mejoraria á conocimiento de la corte, que guardaria las donaciones hechas por los reyes pasados, y para mostrar que deseaba en todo acrecentarlas, disponia que las caballerías de Navarra, que eran de cuatrocientos sueldos, fuesen de quinientos. Prometió además que en sus ausencias y en las de su hijo don Alfonso nombraria por gobernador del reino al que la corte le aconsejase, que su expresado hijo Alfonso casaria con doña Juana, hija del difunto don Enrique, ó en caso de no ser esto posible, con una de las sobrinas del mismo; y todo esto prometido y aceptado, congregáronse en Olite los ricoshombres, caballeros y procuradores de las ciudades de Navarra, para ofrecer al infante que darian á su hijo don Alfonso la mano de doña Juana ó de alguna de las sobrinas del difunto don Enrique, que no consentirian en otro matrimonio alguno de la hija ó sobrinas de dicho Enrique con otro príncipe extraño, y en caso de que nada de esto pudiese cumplirse, obligabánse á pagarle doscientos mil marcos de plata, ayudar al rey su padre y á él con todo su poder contra todos los hombres del mundo, salvar al rey de Aragon, al infante y á sus sucesores cualquier derecho que tuviesen sobre el reino de Navarra, y prestar pleito homenaje á don Pedro. Así se juró, mientras que el príncipe de Castilla, requerido por los que seguian su opinion en Navarra, entró en ella con poderoso ejército, cercó á Viana, tomó á Mendavia y ganó la torre de Moreda. Con esto comenzó á moverse gran disension y discordia, por donde las cosas de aquel reino, dice Zurita, se pusieron en tanta turbacion, que la reina de Navarra, luego que convino con el rey de Francia Felipe el Atrevido casar á su hija con Felipe primogénito de este, valióse de su ayuda y favor para apoderarse poco á poco del reino, empresa fácil para ella en cuanto estaba todavía apoderada de las principales fortalezas. Los Navarros no cumplieron con don Pedro como se lo habian prometido, y así hubieron de aplazar otra vez Aragon y Castilla sus pretensiones al reino de Navarra, y así se incorporó aquella corona á la casa real de Francia.

1275 De todo punto frustradas salieron las esperanzas de paz y de concordia que se habian fundado en las cortes de Lérida para la terminacion de la empeñada contienda entre el rey y el infante por una parte y Ferran Sanchez y los ricoshombres por otra. Pedian estos que ante todo se devolviesen á Ferran Sanchez las villas y lugares que el infante don Pedro le habia tomado, y declarada infundada esta excepcion por los jueces antes nombrados, sin que por ello desistiesen los caballeros de oponerla, vínose otra vez á un abierto rompimiento. El infante entró por Aragon para hacer la guerra á su hermano Ferran Sanchez, y don Jaime salió con su hueste contra el conde de Ampurias. Vanos fueron cuantos esfuerzos se emplearon para desenojar al irritado padre y desviarle de emplear contra su hijo los últimos rigores: el rey, aunque no ignoraba el odio que Pedro profesaba á Ferran, incitábale mas y mas á mostrarse su activo y cruel perseguidor. Poseido don Jaime de cólera, juraba que, si Dios era de ello servido, purgaria de tal ma-

nera la tierra que mientras él viviese estaria en paz y despues de sus dias no tendria el infante tanta contienda con sus ricoshombres. No tardó don Pedro en alcanzar completo triunfo: cercado Ferran en el castillo de Pomar inmediato al Cinca, conoció la imposibilidad de defenderse contra las numerosas compañías de su hermano, y disfrazado de pastor, pensó evadirse mientras los suyos daban un rebato al campamento enemigo. Preso sin embargo por la gente del infante, este acalló en su pecho la voz de la clemencia para no escuchar sino la de su saña, y mandó ahogar en el Cinca al infeliz prisionero. «Antes de salir de Perpiñan (á donde habia ido para visitar á su hija doña Violante de Castilla), llegó á nuestros oidos, nos dice don Jaime con una dureza que contrasta con la reconocida generosidad de sus sentimientos, como el infante En Pedro, teniendo sitiado un castillo de Ferran Sanchez, habia preso á este y le habia hecho ahogar, de lo que nos alegramos por cierto, pues era dura cosa que, siendo él nuestro hijo y despues de haberle hecho tanto bien y honrado con pingüe patrimonio, se levantase aun contra Nos (1).» Grandes serian sin duda las culpas del hijo cuando hasta su padre se alegra de su muerte, pero grande tambien y excesivo habia de ser, como otras veces se ha probado en el decurso de este reinado, el cariño de don Jaime por don Pedro que así borraba en su pecho el amor que habia de profesar á sus restantes hijos.

Sabida la muerte de Ferran, todas sus villas y castillos se rindieron al infante; don Jaime continuó haciendo la guerra al conde de Ampurias, hasta que pasado poco tiempo comparecieron á su presencia los principales barones catalanes y ofreciéronle someter sus diferencias á lo que resolvieran las cortes del reino. Vino en ello el monarca y se convocaron cortes de Catalanes y Aragoneses en la ciudad de Lérida para el próximo dia de todos los Santos. Tampoco en ellas, sin embargo, se dicidió cosa alguna, pero la rebelion habia sufrido por aquel entonces un golpe mortal y no volvió á levantar la cabeza en vida del Conquistador.

Por aquel tiempo Muhamad II de Granada llamó en auxilio del islamismo á los Beni Merines africanos, y por algunos momentos vióse España amenazada de una invasion sarracena igual á la que retardara por tantos años el triunfo definitivo de la reconquista. Los graves sucesos de Andalucía produjeron gran sensacion en la monarquía aragonesa, y don Jaime, que se hallaba en Lérida, en cuyas cortes habian jurado los ricoshombres, caballeros y procuradores de las ciudades al infante don Alfonso como hijo y sucesor de don Pedro, mandó á este que con mil ginetes y cinco mil peones marchara sin dilacion al reino de Murcia en socorro del atribulado reino de Castilla. Sin embargo, no pudo ser su socorro tan eficaz como hubiera deseado: los Moros que quedaron en Valencia, alentados por las noticias que de Andalucía recibian y mas aun por la presencia de varias compañías de Zenetas que hasta su tierra se habian corrido, dieron de nuevo el grito de rebelion, y púsose á su cabeza Al Azark, el instigador de la sublevacion pasada. Los primeros que tomaron las armas fueron los Musulmanes de Montesa y de sus alrededores, siguiendo luego su ejemplo los

(1) Hist. de don Jaime, c. CCCV.

A. de J. C. de Finestrat, Tous, Gallinera, Alcalá, Pego, Turbena, Guadaleste y otros, que se apoderaron fácilmente de algunos castillos mal guardados.

1276 Don Jaime marchó sin dilacion á Valencia, y con la hueste que allí reunió marchó á guarnecer á Játiva, Cocentaina, Alcoy y los castillos inmediatos. Al Azark intentó apoderarse de Alcoy á viva fuerza, pero los cristianos le rechazaron con ventaja, y el caudillo moro pagó con la vida su atrevimiento; alentados los de la ciudad por este buen suceso, salieron en persecucion del enemigo, mas su excesiva confianza los hizo caer en una celada donde perecieron casi todos. Este triunfo aumentó los brios y las fuerzas de la rebelion, y nada bastaba ya á contener su audacia. Hallábase el rey en Játiva apenas convaleciente de una enfermedad que le habia sobrevenido, y su hueste al mando de García Ortiz de Azagra y del maestre del Templo, se dirigió á combatir á los enemigos que en número de cuatrocientos ó quinientos caballos y tres mil infantes ocupaban á Luxen. Los cristianos llegaron allí rendidos de calor y de cansancio, ellos y los caballos, y el resultado de la refriega fué tan desgraciado que murieron en ella don García Ortiz de Azagra, su hijo don Bernardo de Entenza, con muchos otros caballeros y peones, y cayeron al mismo tiempo prisioneros el maestre del Templo y muchos freires de su milicia. La ciudad de Játiva quedó casi yerma, tanta era la gente que de ella habia perecido (1).

Cuenta Muntaner que el rey estaba en cama al recibir tal noticia, y que al saberla gritó al punto de esta manera: «Traedme acá mi caballo y preparad mis armas, pues quiero ir contra los traidores Sarracenos que me creen muerto; pero que no se lo figuren, pues me sobra aun aliento para vencerlos á todos.» Y hasta tal punto le llevaba su voluntad contra ellos, que con la ira quiso levantarse en la cama, pero no pudo.

«Entonces, continua Muntaner, levantó el rey las manos á Dios y dijo:—Señor, ¿por qué os place que en tal ocasion me sienta yo sin fuerzas? Pero ya que no puedo levantarme, añadió luego, salga al punto mi señera, y llévenme á mí en andas hasta topar con los malvados Moros; pues tengo en la mente que bastará con que yo llegue allí y vean ellos las andas en donde vaya, para ponerlos luego en dispersion, que de seguro muertos ó presos habrán de quedar todos.— Y así se hizo, tal como el rey lo mandó; pero antes que llegase al pundo donde estaban los enemigos, dióse prisa el señor infante En Pedro, y los acometió, viniendo á ser la batalla sumamente áspera y cruel, lo que no es de extrañar, porque habia por cada cristiano cuatro Sarracenos. Con tal fuerza arremetió contra ellos el señor rey En Pedro, que quedaron vencidos, aunque perdió dos caballos en la embestida, pues dos veces tuvieron que descabalgar dos de sus caballeros y darle sus caballos, que él montaba en seguida, permaneciendo los otros á pié. El resultado fué que en tal dia los Sarracenos fueron muertos ó presos. Cuando los cristianos levantaban en el campo la señera del señor rey En Jaime, apareció este en sus andas, lo que disgustó mucho al señor rey En Pedro, por temer que el afan del señor rey su padre fuese en perjuicio suyo; y arremetiendo hácia él, vino á su encuentro, se apeó, y mandó que dejasen las andas en

(1) Dióse esta batalla en un martes del mes de julio, y desde entonces, segun Mariana, empezó el vulgo á considerar aquel dia de mal agüero y aciago.

tierra, así como la señera; y besando los piés y las manos á su padre, le dijo llorando:—Padre y señor, ¿qué es lo que habeis hecho? ¿no podiais pensar que yo estaba en lugar vuestro y que vos no hariais falta alguna?—Hijo, respondió el rey, no me digais esto. Decidme solo qué ha sido de los malvados Sarracenos.—Padre y señor, dijo el rey En Pedro, Dios y nuestra buena suerte los han muerto, vencido y preso á todos.—Hijo, ¿es verdad lo que me contais?—Sí, padre y señor.—Y entonces el padre levantó las manos al cielo y dió muchas gracias á Nuestro Señor y besando á su hijo tres veces en la boca, le dió repetidas veces su bendicion (1).»

Así refiere el gran monarca los últimos actos de su vida: «A causa de los trabajos que acabábamos de sufrir, permitió Dios que se alterase nuestra salud, pero con todo nos marchamos de Játiva y nos fuimos á Algecira, para poder desde allí enviar provisiones al infante y á los suyos. Agravóse con esto nuestra enfermedad, y así viéndonos por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo con buena y clara memoria, nos confesamos repetidas veces con los obispos y algunos frailes predicadores y franciscanos, con gran contricion de nuestros pecados y derramando abundantes lágrimas. Purgado así con la confesion de nuestras culpas mundanas, recibimos con suma alegría y satisfaccion el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

«Conociendo Nos entonces que continuaba agravándose de dia en dia nuestra enfermedad, enviamos un mensage á nuestro hijo el infante En Pedro, para que compareciese personalmente en Algecira, y sabiendo él en que estado nos hallábamos, salió en seguida de Játiva, vino á donde nos estábamos, y la misma noche que llegó se presentó á hacernos reverencia como debe hacerlo un buen hijo á su padre. Al dia siguiente volvió á vernos; juntos oimos misa, y luego de concluida esta, en presencia de muchos ricoshombres, caballeros y ciudadanos que allí habia, le dijimos: que Nuestro Señor nos habia favorecido muy particularmente en este mundo, mas que á todos nuestros enemigos, pues habia permitido que reinásemos en servicio suyo por espacio de mas de sesenta años, los cuales no habia memoria de que los hubiese reinado ningun rey, desde David ó Salomon; que fuese devoto de la Santa Iglesia, y que viese de que manera nos habíamos granjeado el afecto y amor de nuestros súbditos, de quienes habíamos sido muy honrado. Sin esto, le declaramos que todas esas mercedes conocíamos que no las habia dispensado Nuestro Señor Jesucristo, porque en cuanto alcanzaban nuestras fuerzas habíamos procurado siempre seguir su regla del mejor modo posible y cumplir sus mandamientos; y que por lo mismo debia él tomar ejemplo de Nos en todo lo bueno, para que, siguiendo el mismo camino, se viese igualmente favorecido. Finalmente, le mandamos y pedimos que amase y honrase á su hermano carnal, el infante En Jaime, á quien habíamos señalado ya determinada herencia, para evitar que tuviesen entre sí el menor altercado; pues podia tenerse por muy satisfecho toda vez que le dejábamos á él todo el gobierno y la porcion mas considerable de nuestros estados, mayormente si se hacia cargo de que el infante En Jaime le amaba á él y le obedeceria en todo lo que debiese como á su hermano mayor..... Recomendámosle asi-

(1) Crónica de Ramon Muntaner, c. XXVI y XXVII.

mismo á todos los de nuestra compañía, con quienes le encargamos que continuase los mismos buenos oficios que Nos les habíamos prestado, para que ellos le correspondiesen tambien del mismo modo; y por último, despues de haberle dado algunos otros consejos que seria largo referir dímosle como á hijo nuestra bendicion paternal.

«Seguidamente rogamos á nuestro hijo que se marchase y fuese á proveer de vituallas y demás necesario todos los castillos del reino de Valencia, encargándole que procurase continuar la guerra con vigor, y en particular que echase del reino á todos los Moros, ya que tan traidoramente se habian portado con Nos repetidas veces, puesto que del mismo modo que se habian esforzado en hacernos daño siempre que habian podido, en pago del bien que les dispensábamos, así tambien lo harian con él si les dejaba permanecer en la tierra. Suplicámosle por último, que si acontecia que Nos muriésemos de aquella enfermedad mientras él andaria ocupado en abastecer y guarnecer los castillos, no se distrajese en aquella sazon para sacarnos del reino, á fin de que la tierra no padeciese daño por su ausencia, sino que en caso de morir en Algecira, el obispo de Huesca y demás de nuestra comitiva nos enterrasen en Santa María de Algecira ó en Santa María de Valencia, conforme lo habíamos ya dispuesto; y que luego, terminada la guerra, nos hiciesen conducir á Santa María de Poblet, donde Nos dejábamos ordenado que se nos sepultase.

«Acogió el infante con sumision todos nuestros consejos y mandatos, como hijo obediente á su padre: accedió á nuestros ruegos, y nos prometió cumplirlo todo como acabamos de ordenarlo. Entonces, antes que partiese, delante de él y de todos los ricoshombres, caballeros y ciudadanos que habian oido nuestras palabras, renunciamos el reino á favor suyo, instituyéndole nuestro universal heredero en todas nuestras tierras; todo para mayor honra y gloria de Dios y de su bendita Madre, que tanto nos habia honrado y favorecido en este mundo, y en remision de nuestros pecados: vestímonos luego el hábito del Cister, é hicimos nuestra profesion en aquella órden. Cumpliendo en seguida nuestro hijo las órdenes que acabábamos de darle, se despidió de Nos y con él los ricoshombres y caballeros que le acompañaban, derramando todos abundantes lágrimas, y se volvieron todos á Játiva para guarnecer y guardar aquella frontera.

«Al cabo de algunos dias, constante en nuestro propósito de retirarnos á Poblet para servir á la Madre de Dios en aquel monasterio, salimos de Algecira y llegamos hasta Valencia; pero aquí se agravó nuestra enfermedad, y no permitió el Señor que continuásemos nuestro viage (1).»

Hasta aquí llegan los Comentarios escritos por la propia mano de don Jaime; lo que despues sucedió no pudo ser relatado por él. Los habitantes todos de Valencia salieron de la ciudad á recibir á su soberano, que fué conducido al palacio real. A poco de llegado allí, conocióse que su vida iba extinguiéndose por momentos, sin que esto alterase en lo mas mínimo la serenidad de su ánimo y la alegría que experimentaba por el buen fin que le otorgaba Dios. Recibió la extremauncion, y rodeado de su familia y de su corte, á quienes dió su postrera bendicion, cruzó las manos sobre el pecho, murmuró la oracion que Nuestro Se-

(1) Hist. de don Jaime I, c. CCCVIII, CCCIX, CCCX y CCCXI.

ñor dijo en la cruz y al concluirla espiró (27 de julio de 1276). Empezaron entonces por toda la ciudad, dice Muntaner, á oirse grandes llantos, gritos y lamentos, y no faltó un ricohombre, mesnadero, caballero ni ciudadano, y hasta las mugeres y doncellas, que no acudiese para ir, como fueron todos, llorando detrás de la señera y del escudo del difunto rey, despues de lo que seguian diez caballos con el rabo cortado. Cuatro dias duró en la ciudad este duelo. Dos años despues, en 1278, desocupado ya don Pedro de la guerra contra los Moros, fué trasladado el cuerpo de don Jaime al monasterio de Poblet, donde se le celebraron suntuosas exequias. «Allí, cuenta Muntaner, acudieron arzobispos, obispos, abades y priores, abadesas y prioras, hombres de órdenes, condes, barones, mesnaderos, caballeros, ciudadanos, hombres de villas, y por fin, gentes de todas clases y condiciones del reino, en tanto número que á la distancia de seis leguas no cabian en caminos y lugares. Acudieron tambien los reyes sus hijos, las reinas y sus nietos; ¿qué os diré? tan grande fué el gentío que allí se congregó, que no habia memoria de que nunca hubiese asistido igual muchedumbre á las exequias de ningun señor de la tierra (1).» En un sarcófago de madera colocado en el presbiterio conservóse el cadáver hasta el año 1390 en que, acabados los reales sepulcros que don Pedro el Ceremonioso mandara construir en aquella iglesia de Poblet, fué trasladado al panteon mas inmediato al presbiterio (2). En él descansó el Conquistador de Mallorca, de Valencia y de Murcia, el terror de la morisma, á la que, segun él decia, ahuyentaba con la cola de su caballo, hasta el año 1835, en que los modernos bárbaros dieron al viento sus restos y los de sus gloriosos descendientes. Recogidos los de don Jaime por algunas personas piadosas, guárdanse hoy en la catedral de Tarragona.

De su primera esposa doña Leonor de Castilla sabemos haber tenido don Jaime al infante don Alfonso, muerto en 1260; de la segunda, doña Violante de Hungría, tuvo á don Pedro que le sucedió en el reino de Aragon y condado de Barcelona; á don Jaime, á quien dejó el reino de Mallorca con las islas adyacentes, los condados de Rosellon y Cerdaña y el señorío de Montpeller; á don Fernando, que premurió al rey su padre, y á don Sancho, arzobispo de Toledo, muerto desgraciadamente á manos de Moros en 1275. Las hijas de don Jaime y doña Violante fueron: Violante, casada con Alfonso X de Castilla; Constanza, esposa del infante don Manuel hermano del rey Sábio, Sancha, que, segun varios autores, peregrinó en trage desconocido al Santo Sepulcro de Jerusalen y murió allí en opinion de santa; María, á la que Zurita hace religiosa, é Isabel, esposa de Felipe III el Atrevido, rey de Francia. La reina doña Violante habia muerto en Huesca á 12 de octubre de 1251, y durante su prolongada viudez tuvo el rey

(1) Crónica de Ramon Muntaner, c. XXVIII.

(2) En él se puso la siguiente inscripcion: *Anno Domini MCCLXXVI. Vigilia B. Mariæ Magdalenæ Illustrissimus ac virtuosissimus Jacobus Rex Aragonum, Majoricarum, Valentiæ, comesque Barcinonæ et Urgelli, et Dominus Montispesulani, accepit habitum Ordinis Cisterciensis in Villa Algeciræ, et obiit Valentiæ VI. Kal. augusti. Hic contra Sarracenos semper prævaluit, et abstulit eis Regna Majoricarum, Valentiæ et Murciæ, et regnavit LXII annis, X mensibus, et XXV diebus: et translatus est de Civitate Valentiæ ad monasterium Populeti, ubi sepultus fuit præsentibus Rege Petro filio suo, ejus uxore Constantia, Regina Aragonum, et Violante, regina Castellæ, filia Domini Regis Jacobi prædicti, et Archiepiscopo Tarraconæ, et multis Episcopis et Abbatibus, ac Nobilibus viris. Hic ædificavit Monasterium Bonifazani, et fecit multa bona dicto Monasterio Populeti. Ejus anima requiescat in pace.* AMEN.

amores con varias damas, especialmente con doña Guillerma de Cabrera y con doña Teresa Gil de Vidaure, que muchos autores cuentan como otra de sus esposas legítimas. Dícese en efecto que don Jaime dió á esta señora palabra de casamiento, pero que la repudió despues; doña Teresa, que llegó en algun tiempo á tener gran influencia en el ánimo del monarca y hasta en la gobernacion del estado, movió pleito en Roma á su esposo y llegó á obtener sentencia favorable, si bien no pudo lograr que hiciese el rey vida maridable con ella, limitándose á legitimar á sus hijos, que fueron don Jaime, señor de Egerica, y don Pedro, señor de Ayerbe, á quienes en su testamento, otorgado en Montpeller en 1272, sustituyó á don Pedro y á don Jaime en caso de morir estos sin sucesion. De una señora de la casa de Antillon tuvo don Jaime á Ferran Sanchez, baron de Castro, cuyo triste fin sabemos, y de otra señora aragonesa llamada doña Berenguela, á don Pedro Fernandez á quien dió la baronía de Hijar.

Don Jaime de Aragon no reconoce igual en la edad media como guerrero esforzado y entendido gobernante, y en su largo reinado de sesenta y tres años empezó y casi llegó á su colmo la preponderancia de la nacion aragonesa, así por sus empresas y triunfos militares, como por el afianzamiento de las instituciones que adquieren forma, importancia y seguridad, empezándose á crear el verdadero equilibrio entre los poderes del estado. «Don Jaime I de Aragon, dice Lafuente, el conquistador de Mallorca, de Valencia y de Murcia, fué uno de los mas grandes capitanes de su siglo: ganó treinta batallas campales á los Sarracenos, y su espada siempre estuvo desenvainada contra los enemigos de la fe. Tan piadoso como guerrero, fundó multitud de iglesias en paises arrancados de poder de los infieles (1), y siempre inculcó á sus hijos las máximas de la verdadera religion. Caballero el mas cumplido de su tiempo, condújose muchas veces con admirable generosidad con los reyes de Castilla y de Navarra, defendiéndolos y ayudándolos aun á costa de los intereses de su propio reino. Los ricos-hombres y barones de sus dominios se cansaron mas pronto de conspirar y de rebelarse que él de perdonarlos, y costábale trabajo y violencia y rehuia cuanto le era posible firmar una sentencia de muerte (2).»

Las relaciones diplomáticas de don Jaime con todos los soberanos de su tiempo y hasta con los soldanes de Alejandría y Babilonia, sus gloriosas conquistas, la fundacion de la milicia mercenaria y de otras grandes instituciones, entre ellas del anti guo Consejo de Ciento que dió á su ciudad de Barcelona (3),

---

(1) Dícese que erigió ó reedificó durante su reinado hasta el número de dos mil.

(2) Lafuente, P. 2.ª, l. III, c. I.—Este benévolo carácter que reconocen en don Jaime los historiadores todos, no se destruye por algunos actos de dureza ó crueldad, hijos de las circunstancias ó de sus impetuosas pasiones. Los principales de esta clase que de él sabemos son *la alegría* que recibió al saber la muerte de su hijo Ferran Sanchez, y el inhumano castigo que impuso al obispo de Gerona por haber este prelado, á lo que se dice, revelado á Inocencio IV lo que bajo el secreto de la confesion le habia confiado don Jaime acerca de la palabra de casamiento que diera á doña Teresa Gil de Vidaure. El rey mandó arrancar la lengua al obispo, y esto fué causa de que el Papa excomulgara á don Jaime. Este manifestóse, empero, sinceramente arrepentido de su impetuoso arrebato, y el Pontífice por medio de sus legados le absolvió de aquella censura, dándole una severa reprension é imponiéndole como penitencia algunas fundaciones piadosas.

(3) A 3 de las nonas de noviembre del año 1274, concedió á todos los hombres de *probidad* de la expresada ciudad de Barcelona, que pudiesen elegir cinco de entre ellos para consejeros del Veguer y del Baile, con obligacion de congregarse unos con otros todos los martes y sábados para tratar y disponer todo lo mas conveniente á la utilidad pública y fidelidad del rey; que luego que es-

le hacen digno de eterna memoria, y bien le pintó Lope de Vega cuando de él dijo:

De los Moros la arrogancia
Sujeta á mis plantas ví:
Tres reinas tienen por mí
Portugal, Castilla y Francia.
Gané á Mallorca y Valencia,
Ganara la Casa Santa,
Si el tiempo con furia tanta,
No me hiciera resistencia.

Segun el cronista Desclot, fué el monarca aragonés el hombre mas hermoso del mundo, un palmo mas alto que otro alguno, bien formado y perfecto en todos sus miembros: tenia la cara grande, sonrosada y fresca, la nariz larga y muy derecha, la boca grande, pero bella; hermosos y blancos dientes, los ojos negros y los cabellos rubios como hebras de oro; era de grandes espaldas, alto y esbelto, tenia los brazos gruesos y bien hechos, y las manos muy hermosas (1). Sus cualidades morales correspondian, como hemos dicho, á tan halagüeño retrato, y segun Cuadrado, «pocos hombres ha habido tan queridos por sus contemporáneos y tan encomiados unánimemente por la posteridad, como este rey don Jaime, y es difícil distinguir sus verdaderas cualidades en medio de la aureola de amor y gloria que le circuye. Jamás vieron los guerreros adalid mas bravo, ni las damas mas gentil caballero, ni los caballeros mas dadivoso señor, ni los vasallos rey mas justo y humano (2).» Pero lo que sobre todo ha de admirarse en don Jaime es su mesura y prudencia en medio de su poder, su escasa ambicion en medio de sus conquistas, y mas que esto todavía la sencilla cuanto ardiente fe que le animaba, el espíritu de devocion y de piedad de que se hallaba poseido, y la confianza en Dios que presidia á todas sus empresas. El gran guerrero vencedor siempre de los Sarracenos aparece mas grande cuanto mas se humilla en presencia de Dios, y esto hace del tipo de don Jaime uno de los mas hermosos y encantadores que la historia nos presenta. Despues de esto no nos ensañaremos como lo hacen algunos historiadores en los deslices sensua-

---

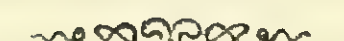
tuviesen elegidos y jurados, nombrasen estos cinco con dicho Veguer y Baile otros cien hombres de *probidad* con obligacion y juramento de guardar secreto, ayudar al Vicario y al Baile, y asistir al Consejo cuando fuesen llamados, y que este encargo durase tan solo un año, á saber, de fiesta á fiesta de san Andrés: que en este dia, todos los años, los cien jurados eligiesen doce de entre ellos, y que estos nombrasen los cinco consejeros, quienes eligiesen los ciento, y así sucesivamente todos los años por espacio de diez; y finalmente que el Vicario y el Baile jurasen no separarse nunca del consejo que les diesen los jurados bajo pena de ser castigados con todo rigor. Este cuerpo municipal de Barcelona se perpetuó despues con algunas alteraciones y mejoras, y existió hasta el dia 14 de setiembre de 1714, en que el primer Borbon don Felipe V lo extinguió, luego que hubo vencido á Barcelona en la guerra de sucesion.

(1) Aquest Rey En Jacme Daragó, dice, fó lo pus bel hom del mon, que ell era major que altra un palm, e era molt ben format e complit de tots sos membres, e havia molt gran cara e vermella e flamenca, el nas lonc e ben dret e gran boca e ben feta, e grans dents beles e blanques en semblansa de perles, els huys negres e bels cabells e rossos que semblaven fil daur, e grans espatlles e lonc cors e delgat, els brassos grosses e ben feyts, e beles mans, e beles cuxes e grosses, e beles cames e longues e dretes per lur mesura, els peus loncs e ben feyts e gint calsats, e fou molt ardit e prous de ses armes. (Desclot, Crónica, c. XII).—En el repartimiento de Mallorca se midieron muchas veces las tierras por *brazas del señor rey*, veinte de las cuales, segun dice el acta, equivalian á veinte y dos de las de cualquier otro hombre de regular estatura.

(2) Recuerdos y Bellezas de España, tomo de Aragon, p. 29.

les en que incurrió este monarca: ante sus grandes cualidades casi desaparecen, y su mera enunciacion basta.

Digno hijo don Jaime del rey trobador y émulo de su coetáneo don Alfonso el Sábio de Castilla, fué decidido amante y protector de las letras y cultivador y perfeccionador del lenguaje catalan. Por desgracia no han llegado hasta nosotros las obras que, á lo que se cree, escribió en verso, y únicamente poseemos del César aragonés, como acertadamente le llama un escritor, la historia de su propia vida. El estilo sencillo pero vigoroso en que está escrita, la importancia de los grandes hechos que relata, los sentimientos de generosidad y humilde fe que la misma respira, harán siempre de los *Comentarios* de don Jaime una de las obras mas interesantes y encantadoras para todos aquellos que sientan palpitar aun algo vivo y grande debajo de la letra muerta de los antiguos monumentos.



CAPÍTULO XXXIV.

Pedro el Grande III de Aragon y II de Cataluña.—Se corona en Zaragoza.—Subyuga á los Moros valencianos.—Levantamiento de los Catalanes.—Don Pedro hace feudatario suyo á su hermano el rey de Mallorca.—Conquista de Sicilia.—Antecedentes históricos: los Papas y los Emperadores; Federico II, Conrado, Coradino, Manfredo, Constanza, esposa de don Pedro de Aragon, Carlos de Anjou.—Batalla de Benevento.—Enrique de Castilla en Italia.—Batalla de Tagliacozzo.—Suplicio de Coradino.—Rivalidad de Pedro III de Aragon y de Carlos de Anjou.—Tiránico gobierno de Carlos de Anjou en Italia.—Resuelve don Pedro la expedicion á Sicilia.—Juan de Prócida.—Vísperas Sicilianas.—Expedicion de Pedro III á Africa.—Ofrécenle la corona de Sicilia.—Marcha á aquella isla.—Es proclamado rey en Palermo.—Sitio de Mesina.—Los Franceses abandonan la isla.—Combate naval de Nicotera.—Carlos de Anjou reta á don Pedro III.—La guerra se traslada á Calabria.—Terror que inspiran los Catalanes y Aragoneses.—Gobierno que dejó don Pedro en Sicilia durante su ausencia.—El infante don Jaime es declarado heredero del trono de Sicilia.—Duelo de Burdeos.—Triunfos de Roger de Lauria.—El Papa excomulga á don Pedro y da su reino á Carlos de Valois, hijo del rey de Francia.—Sucesos de Aragon: la *Union; el Privilegio general*.—Carácter distintivo de la monarquía aragonesa.—Favor con que miraba don Pedro á los Catalanes.—Cruzada contra el rey aragonés.—Los Franceses invaden el Rosellon.—Defensa del paso del Pirineo.—Sitio y capitulacion de Gerona.—Epidemia en el campamento francés.—La escuadra francesa es vencida y dispersada por el almirante Roger de Lauria.—Desastrosa retirada de los Franceses.—Muerte de Felipe el Atrevido.—Generosa conducta de don Pedro de Aragon.—Su muerte.

Desde el año 1276 hasta el 1285.

Digna continuacion del reinado anterior, aunque de caracteres muy distintos, es el que nos toca examinar ahora: la historia del reino aragonés personificada en don Pedro adquiere las proporciones todas de una epopeya, y segun dice Lafuente, pocos príncipes habrán merecido y á pocos les habrá sido tan justamente aplicado el sobrenombre de *Grande* como al hijo de don Jaime. En efecto, mientras él ciñó la corona, Aragon rebosando de robustez y vida, sin conquistas que hacer dentro de sus propios límites, se sale fuera de sí mismo, dice el indicado historiador, se derrama por Africa y Europa, hace sentir en todas partes el peso de sus barras, influye, obra ó interviene en todas las cuestiones del mundo, conmueve los imperios de Oriente y Occidente, concita contra sí con su audacia la tiara y las coronas y las resiste solo: redime y hace suya la Sicilia, domina y aterra en Calabria, intimida á Nápoles, cercena los dominios de Roma, vence á Francia, é Inglaterra hace vanidad y alarde de ser su amiga. Aragon asusta al mundo con sus empresas exteriores, con su política interior le admira y asombra. La magnitud de los pensamientos, la grandeza de los sucesos, el interés histórico de España en este período está mas en Aragon que en Castilla (1).

Luego de acaecido el fallecimiento del Conquistador, sus hijos Pedro y Jai-

(1) Lafuente, Hist. gen. de Esp., P. 2.ª, l. III, c. VI.

A. de J. C. me se coronaron reyes, cada uno de los estados que su padre le legara. El primero convocó cortes en la ciudad de Zaragoza, y marchando á ella desde el reino de Valencia donde se hallaba combatiendo con los Moros rebeldes, fué junto con su esposa Constanza el primer rey de Aragon que recibió el óleo y la corona de manos del arzobispo de Tarragona (16 de noviembre de 1276), dejando entonces, para tomar el título de rey, el de *infante heredero* que hasta entonces habia usado. Cuenta Zurita que don Pedro, por no perjudicar á sí ni á sus sucesores dando á creer con aquel acto que reconocia el tributo y censo que su abuelo concediera á la Santa Sede, declaró ante algunas personas principales que no recibia la corona de mano del arzobispo en nombre de la Iglesia romana, ni por ella ni contra ella. En seguida fué reconocido el infante don Alfonso como sucesor y heredero del reino, y las cortes le prestaron homenage y juramento de fidelidad. Verificada esta coronacion, dice Muntaner, el rey se vino á la ciudad de Valencia, donde fueron asimismo grandes las cortes que se celebraron, recibiendo en tal ocasion la corona del reino de Valencia. Marchó despues á la ciudad de Barcelona, á la que acudió gente de diversas partes, recibiendo en dicha ciudad con gran gloria y alegría la guirnalda por lo cual fué creado conde de Barcelona y señor de toda Cataluña (1).

La guerra de Valencia fué lo primero que llamó la atencion del monarca como llamara ya la del infante, y habiendo marchado en persona á dirigirla luego de su coronacion, redujo á los rebeldes en número de treinta mil á refugiarse en Montesa. Allí los siguió don Pedro con numerosa hueste, y despues de un largo y obstinado sitio, en que murieron muchos caballeros de ambas partes, rin-
1277. diéronse los Moros sin condicion ninguna en setiembre de 1277.

Esto dió muy buen sesgo á la guerra, pero no tanto que le permitiese acudir en persona á la sublevacion que por aquel entonces movieron los Catalanes, descontentos de que no hubiese confirmado el rey en cortes, segun era costumbre, los fueros y usos de la tierra. Los condes de Foix, de Pallars y de Urgel, el vizconde de Cardona y otros poderosos barones pusiéronse al frente de los sublevados y con sus hombres de armas talaban y causaban gran daño á los lugares del rey. Este que, repetimos, ocupado como estaba en la guerra de Valencia y en los asuntos de Castilla, no pudo dedicar á esta empresa ni su atencion ni sus fuerzas, procuró reducir á los magnates y á los pueblos con promesa de es-
1278 tar á derecho con ellos y de desagraviarlos en sus pretensiones (1278). Ni unos ni otros, empero, depusieron las armas, y algun tiempo despues de terminada la guerra de Valencia, abandonado el territorio de aquel reino por los últimos restos de las poblaciones musulmanas, don Pedro marchó á Cataluña para combatir la rebelion. Esta habia reunido sus fuerzas en la ciudad de Balaguer, y habiendo reunido el rey uno de los mayores ejércitos de que se hace memoria en aquellos
1280 tiempos, púsose sobre ella llegado el 10 de julio del año 1280. Era tambien numerosa y escogida la hueste que defendia la ciudad, pues se hallaba en ella la flor de la caballería catalana, y fué el cerco obstinado y notable por las sangrientas escaramuzas que se empeñaron; sin embargo, los barones, que conocieron la mala disposicion de los vecinos, temerosos del saqueo, pusiéronse desarmados á merced

(1) Crónica de Ramon Muntaner, c. XXIX.

del rey y le suplicaron que los tratase piadosamente. Don Pedro los entregó á su hijo el infante don Alfonso, y mandó encerrarlos en el castillo de Lérida, en donde estuvieron mucho tiempo. El conde de Foix, que se mostraba aun rebelde y enemigo del rey, fué llevado al castillo de Ciurana y puesto en mas estrecha y dura cárcel, hasta que por intercesion de la reina de Mallorca su hermana, cuyo esposo se habia hallado con el rey en aquella guerra, fué devuelto á la libertad y al goce de su condado.

Antes de esto habian andado muy desavenidos los reyes don Pedro y don Jaime á causa de la donacion que al último hiciera su padre de las Baleares, de de los condados de Rosellon y Cerdaña y del señorío de Montpeller. Pretendia don Pedro que era en su perjuicio, y que por ser inmensa y excesiva no se pudo hacer, y en la entrevista que para cortar estas diferencias tuvieron en Perpiñan ambos hermanos, el de Mallorca, que conoció la imposibilidad de resistir á las fuerzas del Aragonés, procuró desarmar á este reconociendo por sí y sus herederos ser feudatarios de los reyes de Aragon. Declaró que estuviesen obligados á prestarles homenaje y á entregar, siempre que fuesen requeridos, la ciudad de Mallorca en nombre del rey, á Puigcerdá por el condado de Cerdaña y á Perpiñan por el de Rosellon; que hubiesen de asistir á las cortes de Cataluña, y ayudar al rey de Aragon y á sus sucesores con todo su poder contra cualesquiera príncipes y personas del mundo. En el condado de Rosellon habian de guardarse los usages y leyes de Cataluña, no corriendo en él otra moneda que la de Barcelona, y con estas condiciones, tan depresivas para el Mallorquin, consintió don Pedro en aprobar la donacion hecha á su hermano y se obligó á ayudarle y valerle. Desde aquel momento mostráronse casi siempre enemigos ó cuando menos mal avenidos los dos hijos del Conquistador, pues Jaime solo habia obedecido á la opresion y fuerza, y creia lo convenido contrario á la voluntad y disposicion del rey su padre.

De los asuntos de Castilla, en los que no ignoramos cual fué el papel del monarca aragonés, y de los de Portugal donde habia puesto en paz al rey Dionisio con Alfonso su hermano, distrájose por aquel entonces el monarca de Aragon para consagrarse á la gran empresa que meditaba y que habia de ser el suceso mas importante de su reinado y de su época por las inmensas consecuencias que el mismo produjo. Hablamos de la conquista del reino de Sicilia.

Pocos serán entre nuestros lectores los que ignoren el gran lugar que ocupa en la historia de Italia del siglo XIII la lucha entre el sacerdocio y el imperio, lucha que en este siglo tuvo para España consecuencias tales, que no nos es permitido pasarla en silencio ni dejar de exponer sobre la misma algunas consideraciones. De ella por un encadenamiento de circunstancias extraordinarias nació la rivalidad de las casas de Francia y de Aragon, y las Vísperas Sicilianas, al colocar á Sicilia bajo la dominacion de Pedro III, reveló de pronto á Cataluña su importancia marítima, dióle el imperio del Mediterráneo que habia de conservar por espacio de dos siglos, y preparó, segun dice un escritor, los altos destinos que debia realizar mas adelante Fernando el Católico. En el movimiento general del mundo europeo, Aragon cuéntase desde aquel momento entre las naciones preponderantes; en la balanza de los estados occidentales pesa mas que Castilla, tanto como Francia; su accion es toda exterior, y en la época en que estamos su

historia es la de Nápoles y Sicilia, es la de todos los grandes sucesos que agitan al mundo; es la de los papas y de los emperadores, la de san Luis y de Felipe el Atrevido, la de la contienda entre Güelfos y Gibelinos, y en el fondo del cuadro dominan las Vísperas Sicilianas como causa y efecto á un mismo tiempo de la grandeza de Aragon y de la profunda política de su soberano.

Veamos, pues, qué conjunto de hechos, de intereses y de pasiones prepararon y realizaron la dominacion en Italia de la casa aragonesa, que esto, además de ayudarnos mucho ahora á comprender los acaecimientos que luego explicaremos, nos servirá tambien para saber como llegó tiempos despues nuestra patria á imperar como soberana en el suelo que fué cuna de la civilizacion europea.

¡Extraño destino el de Italia durante la edad media! La teoría política que allí regia era la del derecho imperial, derecho abstracto, mal definido, invocado alternativamente por la Italia contra la Alemania y por la Alemania contra la Italia, símbolo de grandeza y unidad al propio tiempo que de miserias y discordias, elevado por Dante casi á la altura de un dogma religioso, tan débil que nada pudo fundar, tan fuerte que ha existido hasta nuestros dias. Desde la invasion bárbara, la doctrina de la monarquía imperial fué el ideal político de Italia, la ilusion que acarició constantemente. La memoria del imperio romano, de su pasada grandeza, embriagó á la Italia de la edad media, y en sus oidos resonaban de contínuo aquellas palabras:

Tu regere imperio populos, Romane, memento.

La unidad material del imperio romano, restablecida un momento por Carlo Magno fué el tipo adoptado por la Italia, en cuanto esperaba recobrar para sí misma la supremacia en el mundo, y un partido numeroso, que recibió el nombre de gibelino, hízose el acérrimo defensor de la supremacia política de los emperadores en Italia, que les parecian herederos de los Césares romanos. Sin embargo, los Pontífices, aun cuando coronaban á los modernos Césares, no podian ver sin inquietud el colosal poder que, fundado en la teoría de que la autoridad temporal reconoce igual orígen que la espiritual teniendo ambas igual significacion, trataba visiblemente de esclavizar al pontificado y á la Italia, convirtiéndose en acusador y juez del uno despues de haber querido ser su *procurador*, y en tirano de la otra despues de presentarse como el autor de su regeneracion. De ahí la prolongada lucha entre el pontificado y el imperio, defensor el uno al propio tiempo que de la tierra de Italia que amenazaba ser absorvida y esclavizada por la Germania, de la dignidad de los pueblos oponiendo una valla al poder omnímodo á que aspiraban los emperadores, y sostenedor el otro de cuantas ideas tienden al predominio de la fuerza sobre el derecho y á la humillacion de la dignidad humana (1).

En oposicion al partido gibelino agrupáronse los Güelfos al rededor de los Pontífices, muchos de ellos quizás impulsados por la misma idea que á sus contrarios animaba, esto es, aspirando á la supremacia del mundo político en nombre

(1) Entiéndase que hablamos aquí en tésis general de las teorías del pontificado y del imperio sin descender á actos é interpretaciones particulares, por las que así pontífices como emperadores, arrastrados por las circunstancias y por el ardor de la lucha llevaron las cosas á un extremo que á veces se apartaba y era distinto de la causa que cada uno defendia.

de Roma cristiana. El elemento municipal de las ciudades oponíase tambien á los proyectos del imperio, y entre las aspiraciones de los unos y la resistencia de los otros, la Italia sentia á veces pesar sobre sí dos poderes igualmente fuertes, mientras que otras veces en las repulsiones del choque no reconocia ninguno.

Esta lucha llegó á su apogeo durante los reinados de Enrique VI y de su hijo Federico II, de la casa de Hohenstauffen, heredera del ducado de Suavia, y uno de sus efectos fué la destruccion del reino de las Dos Sicilias, fundado por los Normandos. Enrique VI habia casado con Constanza, hija de Roger I, rey de Sicilia, quien habia tenido por sucesores inmediatos á su hijo Guillermo el Malo, y á su nieto Guillermo el Bueno, sobrino de la emperatriz. Muerto Guillermo el Bueno sin sucesion, aclamaron los Sicilianos á Tancredo III, hijo natural de Roger, y á él sucedió su hijo Guillermo IV; pero Enrique VI, coronado emperador en 1191, reivindicó los derechos de Constanza, y en 1194 apoderóse de la Calabria, de la Pulla y de la isla de Sicilia, hizo dar muerte á Guillermo, último rey normando de la isla, y coronóse en Palermo el dia 3 de octubre. Enrique murió en Mesina en 1197, dejando un hijo llamado Federico, que contaba apenas dos años y medio y que fué despues Federico II. Su madre Constanza solicitó para él del papa Celestino III la investidura de la Sicilia, feudo de la Santa Sede, y la obtuvo; por lo cual agradecida dejó al morir á su hijo bajo la tutela de Inocencio III, y confió á este la regencia del reino y la educacion del jóven Federico. Inocencio, uno de los mas grandes pontífices que han ceñido la tiara, consagróse desde el principio de su pontificado á fortificar los Estados eclesiásticos, á librar á Italia de la dominacion extrangera, á separar á las Dos Sicilias de la Alemania, dogma político para la corte de Roma que lo creia condicion necesaria para su independencia, y á solidar la influencia que en aquellos tiempos pertenecia al jefe de la Iglesia. Tomó bajo su proteccion á la liga lombarda, alióse con las ciudades de Toscana, resueltas á defender contra el emperador su libertad y la Iglesia romana, y como en 1216 quedase vacante el imperio, logró que fuese nombrado su pupilo y discípulo para ceñir la corona. Sin embargo, Federico no realizó ni las esperanzas de su maestro, ni las solemnes palabras con que proclamó, lleno de reconocimiento, que debia á la Santa Sede todo cuanto poseia. Apenas fué emperador pensó como sus antecesores en fundar la omnipotencia y el absolutismo del imperio sobre los despojos de los derechos eclesiásticos y de las libertades municipales; dando todavía un paso mas, intentó establecer una iglesia particular de la cual él habria sido el jefe[1], con el no encubierto fin de arrebatar á Roma y conferir al poder de los reyes la supremacia religiosa, y por todo ello fué depuesto y excomulgado por Inocencio IV en el primer concilio general de Lion (17 de julio de 1245), como convencido de heregía, de sacrilegio y de criminal connivencia con los Sarracenos. Federico protestó y comunicó su protesta á todos los príncipes de Europa; mas las pruebas con que pretendió establecer que el Papa no podia castigar á los príncipes, hicieron tan poco eco como las vanas declamaciones de los partidarios de su absolutismo. Federico murió en 1250, á los cincuenta y dos años de su edad. Valeroso, muy versado en las letras, de gran talento natural y abundante en virtudes, habria sido un gran príncipe á no alimentar tambien muchos vicios, y á haber concebido y practicado mejor lo que

habia de ser la dignidad imperial. Antes de morir recibió la absolucion del arzobispo de Palermo, y entre los que firmaron su testamento figura el nombre de Juan de Prócida, el futuro vengador de su familia.

Muerto Federico, su hijo Conrado tomó el título de emperador á pesar de la oposicion del Pontífice, que confirmó en el imperio á Guillermo, conde de Holanda, elegido en 1247. Su padre le dejó en su testamento todos sus estados, entre otros el reino de Sicilia con el título de rey de Jerusalen, que han llevado despues sin interrupcion los reyes de aquella isla, y que Federico tomó en la ciudad santa cuando su viage á Palestina en 1229. Conrado tomó posesion de dicho reino arrostrando la excomunion de Inocencio IV, pero murió poco despues en 1254, envenenado, dicen los historiadores güelfos, por Manfredo, su hermano natural. De su esposa Isabel de Baviera solo dejó Conrado un hijo llamado Conradino ó Coradino, de edad de dos años.

Manfredo, hijo natural de Federico y el mas querido entre sus hermanos, habia nacido de Blanca, hija del marqués de Lancia, y contaba diez y ocho años al acaecer la muerte de su padre, quien le habia legitimado poco antes. Al morir Conrado encargóse él del gobierno de la Italia meridional en nombre del hijo de su hermano, y alternativamente en guerra y en paz con el Papa, rebelde hoy y sumiso mañana, tenia su principal apoyo en las colonias sarracenas que su padre habia establecido en la Pulla. Coradino en tanto se hallaba en Alemania, pues su madre al verle tan niño no se atrevia á enviarle á Italia, y Manfredo era en Sicilia soberano absoluto. Como príncipe de Tarento, habíase enlazado con una Griega de la ilustre casa de los Commenos, adquiriendo con este enlace un principado en la otra parte del Adriático, y tantó creció su poder que, habiéndose propalado el falso rumor de la muerte de Coradino, segun se dice por instigacion suya, tomó solemnemente en Palermo el título de rey de Sicilia en 1258. Una hija suya por nombre Constanza casó en 1262 , segun hemos visto, á pesar de la oposicion del Pontífice, con el infante de Aragon que habia de ser despues Pedro III.

Al saber la coronacion de Manfredo, Alejandro IV renovó la excomunion y puso el reino en entredicho; Manfredo llamó á sí á sus parciales, avanzó é introdujo en el patrimonio de san Pedro el ejército de sus Sarracenos de Nocera. Esto no obstante, entre el Papa y el rey de Sicilia abriéronse conferencias que aquel no pudo ver terminadas, pues murió en 1261. Su sucesor Urbano IV, de nacion francés, dotado de gran energía y acérrimo enemigo de la casa de Suavia, como los Pontífices todos de la época, citó á Manfredo para que se presentara en Roma, hasta que viendo que todo era en vano, predicó la cruzada contra él y los Sarracenos.

Además de las fundadas causas de enemistad, así religiosas como políticas, que habian de abrigar los Papas contra la casa de Suavia, preciso es convenir que el favor concedido á los Sarracenos en los estados de Manfredo, haberse atrevido á lanzarlos contra el territorio romano, y todo esto en un siglo en que el espíritu de las cruzadas era aun bastante poderoso para decidir á san Luis á emprender contra los infieles dos lejanas expediciones, habia naturalmente de producir gran indignacion en el jefe de la Iglesia y en la cristiandad entera. La guerra continuó encarnizada como nunca entre el Pontífice y el excomulgado; y no satisfecho aquel con perseguirle en sus alianzas, suscitóle por este tiempo un

terrible enemigo. La Sicilia era, en opinion de los Papas, feudo de la Santa Sede, y por lo tanto disponian de aquel trono como soberanos; diez años antes habíanlo dado á Edmundo de Inglaterra, hijo de Enrique III, pero este no pudo vencer los obstáculos que á su coronacion se opusieron (1), y no se presentó á reclamarlo, con lo cual declaraba implícitamente abandonar sus derechos. Urbano resolvió conferirlos á un príncipe de la cristiandad cuyo brazo y corazon estuviesen á la altura de aquella corona que los Papas daban, pero que habia de ser conquistada, y puso los ojos en Carlos de Anjou, hermano menor de san Luis.

De él nos ha dejado Villani el siguiente retrato, que creemos bastante exacto, y que está libre de las groseras pinceladas con que así los amigos como los enemigos de Carlos han procurado recargarle para hacerle ante la posteridad objeto de admiracion ú horror. «Carlos era mesurado y prudente en el consejo, animoso y fuerte en la pelea, severo y temido de los mismos reyes; tenia muy altos pensamientos que le hacian acometer grandes empresas, y perseverante y constante en la felicidad é inquebrantable en la adversa fortuna, era firme y fiel en sus promesas. Hablaba poco, obraba mucho, y casi nunca reia; circunspecto y grave como un religioso, odiaba á los mimos, á los trobadores y á los cortesanos. Católico celoso, y mas que severo, duro para administrar justicia, al tiempo que se manifestaba pródigo con sus caballeros, deseaba con ardor adquirir de cualquiera parte tierras, señoríos y dinero para atender á sus guerras y empresas. Su cuerpo era alto y nervudo; su tez aceitunada, su nariz grande, su mirada terrible. Permanecia doce ó quince horas á caballo y cubierto de sus arreos de guerra sin manifestar fatiga alguna; casi no dormia, y despertaba siempre pronto para el consejo ó la batalla (2).»

Anteriormente; en 1253, Inocencio IV habia ya ofrecido al conde de Anjou la corona de Sicilia, aun en vida de Conrado; pero Carlos se hallaba entonces en la cruzada con su hermano, y apenas se dió principio á las negociaciones, cuando fueron del todo abandonadas. Tambien fué ofrecida aquella corona á san Luis para uno de sus hijos, pero la rehusó, fundado en excelentes razones que sin duda no parecieron tales á Carlos de Anjou (3).

Este era precisamente el hombre que Urbano necesitaba para oponer á Manfredo. Tan esforzado como ambicioso, solo habia podido desplegar la primera de estas cualidades en la funesta cruzada de Egipto á la que acompañara á san Luis; un nuevo y mas vasto teatro abríase ahora á su ambicion: su frente podia ceñir una corona, é igualarse por el nombre de rey á lo menos con aquel su hermano de quien tanto se hablaba en el mundo cristiano. Carlos no pensó siquiera en rehusar lo que se le proponia, y en su proyecto alentóle la ambicion de su esposa Beatriz, la cuarta y última hija de Ramon Berenguer, conde de Provenza, que habia llevado á su marido los condados de Provenza y Folcalquer y la única entre sus hermanas que no tenia á un rey por esposo (4).

---

(1) Giov. Villani, l. VII, c. I.

(2) Giov. Villani, l. VII, c I.

(3) En las cartas de los papas ha de buscarse la verdadera idea, la opinion de san Luis en todo este negocio. Por una carta de Urbano á Margarita de Francia sabemos esta oferta hecha al santo rey.—(Reynald., ann. 1264).

(4) Ramon Berenguer conde de Provenza habia muerto en 19 de agosto de 1245. Beatriz habia

Sin embargo, las negociaciones fueron mas largas y espinosas de lo que el Pontífice sin duda se habia prometido. Encontráronse dificultades y escrúpulos cerca de san Luis, que no veia muy claro en todo aquel asunto, y que no queria perjudicar en modo alguno los derechos del legítimo heredero, el jóven Coradino de Suavia, y en falta de este de Edmundo de Inglaterra. Para vencerlas y tambien, á lo que parece, para allanar las que oponia el mismo Carlos de Anjou relativas á las condiciones de la investidura, Urbano IV envió á Francia á Bartolomé Pignatelli, arzobispo de Cosenza y enemigo irreconciliable de Manfredo. El embajador pasó á Inglaterra y obtuvo fácilmente de Enrique III y de su hijo la renuncia de una corona que no se hallaban en estado de conquistar y que legítimamente habian ya perdido por no haber llenado las condiciones de la concesion; esto no obstante, no adelantó mucho la conclusion del tratado, y fué precisa la habilidad consumada de Simon de Brie, cardenal obispo con el título de Santa Cecilia, enviado á Francia en calidad de legado *ad hoc*, para terminar el asunto á satisfaccion de Roma, y dar cima al tratado en el que se estipulaban las condiciones mediante las cuales era llamado el duque de Anjou al trono de Sicilia. Reconocíase en él la soberanía del Papa sobre el reino de Sicilia, establecíase que se le prestaria homenage á cada cambio, no solo de rey, sino de pontífice; decia el art. V que los reyes de Sicilia serian, no solo vasallos, sino tributarios de la Santa Sede; que pagarian anualmente el dia de San Pedro un censo de ocho mil onzas de oro, so pena de excomunion si el pago se diferia dos meses, de entredicho si se diferia cuatro y de deposicion y pérdida de todos los derechos al trono si la dilacion llegaba á seis meses; que además habian de dar al Papa una hacanea blanca cada tres años, á contar desde la época de la conquista... etc. Las negociaciones empezadas en tiempo de Urbano IV, en 1262, no quedaron terminadas hasta despues de su muerte, y la bula consagrando el tratado fué expedida por Clemente IV en 26 de febrero de 1265.

Solo quince meses otorgaba el Papa al conde de Anjou para tomar posesion de su reino, y Carlos entregóse sin pérdida de momento á los necesarios preparativos. Reune en Marsella una armada de veinte galeras, se embarca en mayo de aquel mismo año á la cabeza de mil caballeros escogidos y hace rumbo hácia Roma para recibir allí la corona que tanto habia deseado. A favor de una tempestad atraviesa sin ser visto la escuadra de Manfredo que cruzaba por el mar de Toscana, llega el 20 de mayo delante de Ostia, y sin entrar en el puerto que Manfredo habia mandado cegar, sube resueltamente por el Tiber, y entra el 24 en Roma, donde es solemnemente coronado junto con Beatriz su esposa el dia 6 de enero del siguiente año 1266. Esta dilacion habia sido necesaria á causa de los obstáculos que hallaba en la Italia superior, en su marcha por entre las poblaciones gibelinas, el ejército que debia reunirse con Carlos en Roma. Poco despues el conde de Anjou empezó la campaña, penetrando en busca de su rival por la tierra de Labor.

heredado el condado de Provenza cuando casó con el conde de Anjou y del Maine en 1246. Su padre la habia destinado al conde de Tolosa Ramon VII.—Margarita, su hermana primogénita, era reina de Francia; Leonor, esposa de Enrique III de Inglaterra, y Sancha lo era de Ricardo de Cornuailles, electo rey de Romanos.

Manfredo habia puesto su reino en estado de defensa; el conde de Caserta, su cuñado, estaba encargado de defender el Garellano, pero ya fuese debilidad, ya traicion, Carlos lo pasó á la fuerza y penetró en la Pulla. La Rocca d' Arci, fortaleza situada en escarpados montes, San Germano, Monte-Cassino caen en su poder, y la defeccion se extiende á todas partes. Carlos llegaba en nombre de la Iglesia y reivindicaba el reino de Sicilia en virtud de un título universalmente respetado. Nápoles entra en negociaciones y se rinde; Capua habla tambien sórdamente de abrir sus puertas á los Angevinos, y Manfredo marcha con su ejército á orillas del Vulturno para impedir su paso al enemigo. Este, empero, atravesólo sin dificultad en su orígen, y Manfredo entonces, temeroso de las malévolas disposiciones de los moradores de Capua, retrocede hácia Benevento, donde habian de reunírsele los refuerzos que esperaba de Alemania y de Africa. Carlos le sigue hasta allí y la batalla se hace inevitable; pero Manfredo, que no se consideraba con bastantes fuerzas para empeñarla con buen éxito, envia embajadores al campamento francés, portadores de palabras de paz. Carlos los recibió con altivez y á sus proposiciones contestó en lengua francesa: «Id, y decid al sultan de Nocera que hoy le enviaré al infierno ó ascenderé yo al paraiso.»

Trabada la pelea, que fué en un principio muy obstinada y sangrienta, vióse el de Sicilia abandonado por sus principales caballeros, con cuyo brazo y corazon contaba. Desde aquel momento su derrota fué segura, y rodeado Manfredo de sus fieles Sarracenos, cuyas filas veia disminuir á cada momento á los golpes de sus enemigos, tomó la heróica resolucion de morir como rey en la batalla antes que deshonrarse con la fuga. Lanzóse, pues, desesperado entre la caballería enemiga y allí cayó para no levantarse jamás; hasta pasados tres dias no fué reconocido su cadáver por un hombre de su servidumbre, quien lo llevó atravesado en un asno al campamento del nuevo rey, gritando: «¡Quién compra á Manfredo!» Sus restos fueron trasladados y arrojados á un campo inmediato al rio Verde, llamado hoy Marino, en los confines de Nápoles y de los estados romanos.

La infortunada suerte de Manfredo inspiró á Dante magníficos versos, los cuales revelan el interés que por él sentia el poeta, á pesar de los horribles pecados cuya confesion pone en su boca. En efecto, su juventud, pues solo contaba al morir treinta y cuatro años, su gallardía, sus gracias exteriores prevenian de pronto en su favor:

Biondo era e bello e di gentile aspetto.

Su valor y magnanimidad hicieron lo demás. Como su padre, Manfredo amaba á Italia y solo en ella se complacia; gustaba sobre todo de la deliciosa Campania, de aquellos campos celebrados por Virgilio, que se cubrian de rosas dos veces al año, *biferique rosaria Pœsti.* Era un hombre de grandes pasiones é interesante por su valor, su talento y sus modales caballerescos; pero irreligioso y casi impío, era odiado justamente por su alianza con los Sarracenos. Los historiadores güelfos nos lo presentan como un abominable tirano, mientras que los gibelinos hacen de él un gran monarca.

La victoria de Benevento, acaecida en 26 de febrero de 1266, dió á Carlos de Anjou el reino de Sicilia, y sus tropas mezcladas con los fugitivos entraron en la ciudad de Benevento. Célebres son los horribles estragos, robos, incendios,

violaciones y matanzas á que se entregaron los vencedores, degollando sin piedad á hombres, mugeres, viejos y niños, y para saber hasta que punto llevaron los Franceses su crueldad basta leer una carta de Clemente de 12 de abril de 1266, en que levanta con fuerza su voz contra tan negros delitos (1). Al fin de tan terrible carnicería, dice un historiador, las casas todas de Benevento quedaron desiertas, y en sus puertas y paredes se veian grandes manchas de sangre.

Los soldados de Carlos ejercieron por todas partes iguales devastaciones hasta llegar á Nápoles, donde su caudillo fué recibido en triunfo; las principales ciudades enviaron su sumision, y Sicilia imitó el ejemplo de la Pulla y de la Calabria. Únicamente se resistieron los Sarracenos de Luceria, entre los cuales se habian refugiado la esposa de Manfredo y sus dos hijos, Manfredino y Beatriz.

Las vejaciones y violencias á que los Franceses sometieron el reino, así en esta como en la otra parte del Faro, han sido descritas por los historiadores contemporáneos güelfos y gibelinos. Como una nube de hambrientos cuervos cayeron los vencedores sobre las ciudades y las tierras de sus enemigos. La isla de Sicilia sobre todo fué presa de su rapacidad, y el sistema de opresion y latrocinio que en ella organizaron las compañías aventureras de Francia produgeron y justificaron mas tarde las espantosas escenas de las Vísperas Sicilianas. Las quejas de los pueblos no podian traspasar el dintel del palacio ó de la tienda del rey, cuyo acceso habia este privado á todos sus súbditos, y si queremos saber el lamentable estado á que se hallaba el reino reducido, no hay mas que leer las sentidas cartas que escribia Clemente á su antiguo protegido, reprendiéndole con amargas palabras por su odiosa conducta y por los excesos de los suyos (2).

Estos multiplicados actos de opresion habian enagenado á Carlos, no solo los pueblos sicilianos, sino tambien los del reino de Nápoles. La memoria de los soberanos de la casa de Suavia habíase hecho otra vez grata á todos los corazones, y pensóse en el tierno vástago de Conrado, en Coradino, que vivia entonces con su madre Isabel en la corte del duque de Baviera. Contaba entonces quince años, y los antiguos amigos de su padre, Galvano Lancia y todos los suyos, Pietro degli Uberti, los desterrados gibelinos de Toscana, formaron en su favor un ardiente partido, cuya alma fué un ilustre aventurero, á quien encontramos aquí desempeñando un papel muy propio para su genio, que era todo agitacion y movimiento. Era este Enrique de Castilla, hermano de Alfonso X é hijo de san Fernando, quien, rebelde á su hermano poco despues de haber conquistado á Lebrija, pasó á Tunez en compañía de su hermano don Fadrique, y se unieron con viva amistad al emir musulman que allí imperaba. Enrique logró en su servicio adquirir grandes riquezas, y sabedor de la buena fortuna de Carlos en Italia, resolvió marchar allí movido por su afan de aventuras y por sus ambiciosos deseos. Muchos Castellanos descontentos se habian reunido con él en Tunez, y esto le permitió llegar á Nápoles á la cabeza de ochocientos caballeros españoles completamente armados. Carlos y Enrique vivieron en un principio en perfecta armonía; el Castellano prestó al Francés sesenta mil ducados de oro que habia colocado en el banco de Génova, y como señal de deferencia cedióle en cambio el

(1) *Thesaurus anecdotorum* de Martenne, t. II, p. 306.
(2) Raynald., t. II, p. 159.

de Anjou la senatoría de Roma. Pronto, empero, la ambicion convirtiólos en enemigos mortales: habia vacado por aquel entonces el trono de Cerdeña, del cual disponia el Papa, y ambos pretendieron ocuparlo, resultando de ahí amenazas de muerte y reñida enemistad. Enrique juró vengarse y destruir el poder de Carlos en Italia, y para ello lanzóse con pasion en el partido que formaban en la sombra los amigos de la casa de Suavia.

Enrique, senador de Roma, tenia bajo sus órdenes en aquella ciudad á trescientos Españoles ó Sarracenos, que desde Tunez habian llegado con él á Italia. Dominando, á lo que parece, en la ciudad eterna, donde segun nos dicen las crónicas, restableció la seguridad y el órden con su firmeza y justicia, hizo pública la alianza que con Coradino habia celebrado, y escribió á este príncipe que fuera cuanto antes á Roma. A sus activas excitaciones sublevóse la Sicilia, reuniéronse los descontentos, y al propagarse el movimiento, los Sarracenos de Luceria y de Nocera forzaron el bloqueo en que les tenian las tropas de Carlos, y se esparcieron por todo el país, que pronto ardió todo él en el fuego de la rebelion. Carlos se hallaba en Toscana haciendo la guerra á los Gibelinos al saber lo acaecido en sus estados, y dejando á su mariscal Guillermo de Belselve en Toscana para sostener al partido güelfo, dióse prisa á llegar á la Pulla, y marchó hácia Luceria en busca de los Sarracenos.

En tanto Coradino, al tener noticia de lo que en su nombre se habia hecho, pónese en marcha á pesar de su madre, acompañado de su tio el duque de Baviera, de su suegro el conde del Tirol, y de su primo el jóven Federico de Austria, y llega á Pisa en mayo de 1268. Sus parciales allanaron todos los caminos delante de él, y en vano el mariscal de Carlos intentó detener su marcha en las fronteras de Toscana; sus tropas fueron arrolladas y él hecho prisionero, mientras que Coradino continuaba su viage á Roma.

No explicaremos, por no ser este nuestro propósito, la marcha en cierto modo triunfal de Coradino á través de las poblaciones gibelinas de Italia. A pesar de las excomuniones pontificias fulminadas contra él y los suyos, llegó en pocos dias delante de la ciudad güelfa de Viterbo donde residian el Pontífice, los cardenales y todos los Güelfos de los territorios amenazados. El jóven hijo de Conrado no pensó siquiera en hostilizarlos, y cuéntase que Clemente IV, al verle pasar en compañía de Federico de Austria con bélico aparato por el pié de los muros de la plaza, dijo á las personas que le rodeaban: «¡ Pobre niño! no puedo sin amargura verle marchar al sacrificio.» El senador de Roma, Enrique de Castilla, recibió á Coradino con toda la pompa reservada á los emperadores; allí estaban reunidos ochocientos caballeros españoles y gran número de hombres de armas alemanes y de señores gibelinos, y despues de deternerse algunos dias en Roma para dar descanso á su ejército y apropiarse los tesoros de las iglesias, el jóven hijo de Conrado marchó en 18 de agosto hácia el reino de Nápoles á la cabeza de cinco mil hombres.

Por el camino de los Abruzzos, que era el mas seguro para él, penetró en la Pulla, y llegó á la vasta llanura de Tagliacozzo, donde estableció su campamento. Carlos acudió á su encuentro al frente de tres mil caballeros, y solo á los consejos de un anciano caballero francés, llegado de la Tierra Santa, debió no experimentar aquel dia una completa derrota. Empeñada la batalla, las tropas de

Coradino y en especial la division española de Enrique de Castilla, segun así lo cuentan las crónicas italianas, hicieron prodigios de valor, y en pocos momentos pusieron en fuga á dos cuerpos del ejército de Carlos, los únicos que habian entrado en accion. Creíanse ya vencedoras y haber dado muerte al rey, pues este habia hecho vestir sus insignias á uno de sus caballeros; los Alemanes se desbandaron persiguiendo á los fugitivos y despojando á los muertos, y todos descansaban ya de las pasadas fatigas, cuando salió al llano el cuerpo de reserva, compuesto de ochocientos caballeros angevinos, mandados por el mismo conde de Anjou. Coradino y los suyos no sospecharon que pudiese ser aquel un cuerpo de enemigos, así fué que apenas tuvieron tiempo de empuñar las armas para resistir á su choque. Trabada de nuevo la accion, los fugitivos acudieron de todas partes á agruparse bajo la bandera del rey, y mientras este veia aumentar de contínuo el número de sus soldados, Coradino veia disminuir el de los suyos, que combatian sin órden y sin jefes. La derrota era segura, y entonces, por consejo de sus barones, abandonó Coradino el campo de batalla en compañía del duque de Austria, escoltado por algunos caballeros gibelinos.

Otra vez debió Carlos la victoria á los consejos del experimentado caballero que habia arreglado sus haces: fogoso y ardiente, queria lanzarse en persecucion de los fugitivos, pero aquel detúvole en el campo é impidió que las tropas se desbandasen, diciéndole que sin duda no habia acabado todo aun. Así fué en efecto: Enrique de Castilla volvió con su division de dar el alcance á los Franceses, cuando encontró en el campo á la hueste de Carlos victoriosa y formada en buen órden. Harto buen caballero para huir sin pelear á pesar del superior número de sus enemigos, empeñóse allí mismo un nuevo combate que tuvo otra vez indecisa la victoria; los Españoles se mantenian tan firmes á caballo, dice un autor de aquel tiempo, que era imposible derribarlos, y estaban tan bien armados que las espadas se embotaban en sus cuerpos sin herirlos. Sin embargo, diezmados, agobiados por el número, ceden poco á poco el campo á sus enemigos y buscan un refugio en la direccion de Monte-Cassino.

Difícil seria explicar la crueldad desplegada por Carlos contra los prisioneros. A unos daba tormento de hierro ó de fuego, ahorcaba á otros, los ahogaba, les sacaba los ojos ó los mutilaba. Las ciudades que se habian declarado por Coradino á la noticia de su llegada fueron entregadas al saqueo, y los Franceses llevaron á ellas la desolacion, la ruina y el incendio. Aversa fué destruida, Potenza, Corneto y casi todos los castillos de la Pulla y de la Basilicata, saqueados y demolidos; Luceria se rindió, y la esposa é hijos de Manfredo cayeron en poder del vencedor, y no tardaron en ser víctimas de su cruenta saña.

Segun la opinion mas comun, Enrique de Castilla se refugió en el monasterio de Monte-Cassino, cuyo abad le entregó luego al rey mediante la formal promesa de que no habia de atentar á su vida. Coradino y los barones de su séquito, descubiertos al embarcarse con direccion á Sicilia, fueron presos y enviados á Carlos.

Dueño este de los dos reinos por medio de sus terroríficas medidas, restábale únicamente decidir cual habia de ser la suerte del infeliz príncipe y de sus caballeros. Consultado Clemente IV sobre ello, excitó al rey á la moderacion, y perplejo se hallaba este acerca del partido que tomaria, cuando se le instó á

tomar parte en la cruzada que meditaba san Luis contra la tierra dè Africa. Entonces, á lo que parece, no quiso dejar en su reino á su peligroso competidor, y reuniendo un simulacro de tribunal bajo la presidencia de Roberto de Bari, gran justicia y protonotario del reino (1), hizo condenar al príncipe y á sus compañeros á ser decapitados. Coradino subió abatido, pero sereno, las gradas del patíbulo; arrodillóse en él, oró, y esclamó luego acordándose de su triste madre: «¡Cuánto vas á sufrir por la noticia que te llevarán de mí!» En seguida arrojó un guante en medio de la multitud como para buscar un vengador, guante que, segun se dice, fué recogido por un caballero aragonés y llevado á don Jaime de Aragon, suegro de la hija de Manfredo. Coradino colocó su cabeza sobre el tajo, y cayó al golpe del hacha; su noble amigo Federico de Austria, y sus fieles consejeros, los Lancia y los Gherardesca, sufrieron igual suplicio el mismo dia y en el mismo patíbulo. Así murió Coradino á los diez y siete años de edad en la plaza del mercado de Nápoles ante una inmensa muchedumbre consternada y afligida, el 26 de octubre de 1269 (2).

La muerte de Coradino libró al rey de Nápoles de las pretensiones directas de la casa de Hohenstauffen, pero quedaba la hija de Manfredo casada con Pedro de Aragon, y Carlos, á quien el suplicio del infeliz hijo de Conrado parecia deber hacer dueño absoluto de la Italia meridional, experimentó en ella desde aquel momento una oposicion que hizo sus últimos años muy borrascosos y casi podríamos decir muy desgraciados.

Por aquel entonces san Luis, á instigacion del rey de Sicilia, dirigió la última cruzada de la cristiandad contra el emir de Tunez, que lo era entonces Muhamad el Mostansir Billah (3). Desembarcó en los mismos lugares donde se elevó antiguamente Cartago, y bien pudieron repetirse entonces á la vista del cadáver del santo rey, ante la flor de la nobleza francesa víctima del cruel clima africano, aquellas palabras del Pontífice: «¡O engañoso Oriente! ¡O fatal Egipto! ¡O Jerusalen cuya libertad ha costado tanta sangre! ¿Cuándo podrás al fin consolar á la Iglesia de los dolores que por tí ha sufrido?» Carlos de Anjou solo llegó á Africa para presenciar los funerales de su hermano y celebrar un tratado con el emir tunecino, del cual supo sacar grandes ventajas en provecho propio. De regreso á Italia, envanecido y orgulloso, redobló su tiránica opresion: creia, dice un autor, poder disponer de todo á su guisa, confiado en que nunca habia de acabarse la paciencia de sus pueblos. Temido de todos en sus estados de Italia, aumentó su poder, extendió sus relaciones por el exterior, y en breve se atrevió á aspirar al trono de Constantinopla para él ó para su familia.

El imperio latino de Oriente, fundado en 1203 por los Franceses y Venecianos, habia sido destruido en 1261, y Constantinopla habia vuelto bajo la dominacion de los Griegos. El emperador de Nicea Miguel Paleólogo entró en ella

(1) Fué este muerto de una estocada por Roberto, conde de Flandes y yerno del rey Carlos, que, á pesar de todo, no pudo contener su indignacion al escuchar la sentencia.

(2) En la época de la ejecucion no se habia aun nombrado pontífice que sucediera á Clemente IV, muerto en 1268, y Gregorio X, luego que en 1271 fué elevado á la Sede pontificia, se apresuró á condenar la inhumana conducta de Carlos de Anjou.

(3) El consejo de Carlos no fué desinteresado. Los emires de Tunez eran desde el tiempo del rey Roger tributarios de Sicilia, pero Muhamad habíase negado á satisfacer el tributo, y de ahí el deseo de Carlos de que fuese sometido.

por la puerta dorada en 25 de julio de aquel año, mientras que Balduino II, el emperador latino, buscó un asilo en Italia, donde no tardó en casar á su hijo Felipe con Beatriz, hija segunda de Carlos de Anjou.

Desde entonces concibió Carlos el proyecto de una restauracion del imperio de los latinos en Constantinopla, y Clemente IV, á cuya mediacion se debió el enlace de Felipe con Beatriz, manifestóse favorable á este proyecto tan conforme con la política romana. Sin embargo, sus sucesores aplazaron su realizacion por varias circunstancias, entre las cuales fué sin duda la mas poderosa la habilidad de Miguel Paleólogo que incesantemente dejó esperar á la Santa Sede la reunion de ambas Iglesias. El mismo Carlos vióse imposibilitado de llevar adelante su proyecto por las necesidades de su situacion, y tambien por influencia de los pontífices que llegaron á temer el excesivo aumento de su poderío.

Doce años habian transcurrido desde le batalla de Tagliacozzo sin que por un instante cesara el de Anjou de aplicar á su reino y sobre todo á la isla de Sicilia su sistema de opresion. «Creíamos recibir á un padre, esclama Bartolomé de Neocastro, y nos ha llegado el Antecristo de Sicilia.»

Las vejaciones de todo género eran inauditas é insoportables, y al tiempo que el rey disponia arbitrariamente de las herederas ricas á quienes daba en recompensa á sus Provenzales, todos los medios le eran lícitos para deshacerse de los hombres que le eran sospechosos. Sin embargo, todo lo habrian llevado con paciencia los Sicilianos, dice Nicolás Specialis, si los Franceses (cosa comun á todos los tiranos) no se hubiesen apropiado las mugeres agenas.

Era evidente que una gran revolucion se preparaba; el volcan habia sordamente reunido su lava y sus cenizas, y las señales precursoras de la explosion se manifestaban por todas partes.

«Carlos en tanto, dice Sismondi, anunciaba como una nueva cruzada la expedicion que disponia contra Constantinopla. Despues de reunir numerosos cuerpos de caballería y de reclamar el auxilio de todos sus aliados, armaba sus naves, enviaba á Canina un cuerpo de tres mil hombres y se preparaba para marchar en persona á la conquista de Oriente.»

La noticia de tan gran armamento llenó de terror á Miguel Paleólogo; pero en las circunstancias y en el genio y tenacidad de un hombre halló un auxilio mas eficaz que el que habria podido proporcionarle el ejército mas formidable.

Este hombre era Juan, ciudadano principal de Salerno, señor de Prócida y de otras muchas tierras.

En la entrada del golfo de Nápoles, destacándose sobre las azuladas aguas del Mediterráneo, aparecen las deliciosas islas de Capri, de Ischia y de Prócida, de la cual era señor Juan de Salerno, cuyo nombre habia tomado. Juan habia entrado muy jóven en la esfera de accion del partido gibelino, entonces tan poderoso en la Italia meridional, merced al emperador Federico II. Patrono ó protector de la escuela de Salerno, dícese que fué médico de Federico II y de Manfredo, á quienes sirvió con un celo y una adhesion que se manifestaron aun despues de su muerte. Bajo estos reyes elevóse su fortuna á considerable altura, pero esto no obstante, parece que despues de la batalla de Benevento entró ó permaneció al servicio de Carlos de Anjou. Parece tambien que derrotado Coradino en Tagliacozzo y sometido al tribunal que le condenó á muerte,

intentó Prócida una sublevacion en su favor, ó á lo menos profirió tales palabras de oposicion contra los actos del nuevo rey, que incurrió en su desgracia y fué condenado á destierro y á la pérdida de sus bienes (29 de enero de 1270). Las causas que esto produjeron han quedado en gran parte ignoradas, y quizás algunos motivos personales se mezclaron en su enemistad. Era, en efecto, opinion generalmente acreditada en el siglo XIV que Juan habia sido deshonrado en su esposa y en su hija por un cortesano de Carlos de Anjou, ó segun algunos por el mismo rey. Desde aquel momento la idea fija de Prócida fué derribar el trono de Carlos de Anjou.

Desterrado de Calabria y de Sicilia, despues de haber divagado mucho tiempo sin asilo y sin pan, Prócida vino á Aragon cuando aun vivia don Jaime el Conquistador, siguiendo el ejemplo de otros ilustres desterrados gibelinos, como Roger de Lauria y Conrado Lancia. En 1276, cuando Pedro III hubo sucedido á su padre, concibió Juan de Salerno el atrevido proyecto de sublevar la Sicilia contra la autoridad de Carlos para entronizar al rey de Aragon, que tenia derechos á aquella corona por parte de su esposa, y por su talento, por su ardoroso carácter que no excluia la prudencia, y por otras circunstancias apreciables, logró captarse el favor del nuevo monarca, que le dió en el reino de Valencia el señorío de algunas villas y castillos. Natural era en aquellos desterrados hablar en la corte de su patria y de la tiranía de Carlos y ofrecer á don Pedro la perspectiva de aquel reino que habia pertenecido al padre de su esposa, y la reina Constanza, deseosa de vengar la muerte de su padre Manfredo y de su primo Coradino, alentaba y favorecia sus esfuerzos. La idea de un desembarco en Sicilia era muy agradable al Aragonés, pero la dificultad estaba en los medios de ejecucion. Don Pedro hablaba con frecuencia de este proyecto con Roger de Lauria, Conrado Lancia y Juan de Prócida, pero lo esperaba todo del tiempo, cuando un cambio verificado en la política romana reanimó de pronto todas sus esperanzas. Ocurrido el fallecimiento de Gregorio X, bajo cuyo pontificado habia sido refrenada, aunque con mansedumbre, la ambicion de Carlos, no hubo intriga á que el rey de Nápoles no apelara para hacer prevalecer en el cónclave los candidatos de su partido, y así fué como triunfó en la eleccion de tres papas que murieron en poco mas de un año (1). Sin embargo, en 1277 el partido italiano dominó al partido francés, y á pesar de los esfuerzos de Carlos, elevó al pontificado á Nicolás III de la ilustre familia de Orsini.

Poseido de altos pensamientos, tan reservado en sus designios como en su realizacion ardiente, proponiéndose el noble objeto de engrandecer á la Iglesia y de librar á Italia de toda dominacion extraña, hase dicho que Nicolás III abrigaba el plan de constituir en la Península varios reinos confederados bajo soberanos de su familia. Para ello Carlos de Anjou y Rodolfo de Habsburgo, emperador de Alemania, le ofrecian un obstáculo igual, y el Pontífice combatia á Carlos por medio de Rodolfo, á Rodolfo por medio de Carlos, y á ambos por medio de la autoridad de la Iglesia.

Desde los primeros tiempos de su eleccion presentáronse graves motivos de disidencia entre el pontífice y el rey. Este fué despojado de la senatoría de Ro–

(1) Inocencio V, Adriano V y Juan XXI.

ma y del cargo y título de vicario del imperio, y Prócida, que espiaba cuanto en el mundo sucedia para explotarlo en beneficio de sus planes, supo con gozo semejante rivalidad. La reina Constanza, Roger de Lauria, Conrado Lancia y Prócida, todos instaron mas vivamente que nunca al rey de Aragon para que se declarara contra Carlos. Todo les parecia de favorable agüero: el descontento de los pueblos de la Sicilia y de la Pulla; la horrible tiranía del de Anjou; las conocidas disposiciones del Papa; los temores de Miguel Paleólogo, que tenia mucho oro y pocos soldados, al contrario de lo que pasaba en Aragon; en todo se fijaban y á todo atendian, y cada nuevo exceso de Carlos, dice el historiador güelfo continuador de Saba Malespina, promovia sonrisas de satisfaccion en los consejos del Aragonés.

Sin embargo, era preciso obrar, y en 1279 marchó Prócida á Constantinopla, donde Miguel Paleólogo, que veia próximo el gran peligro que le amenazaba, le recibió con los brazos abiertos, y prometió darle todos sus tesoros con tal que le librase de las armas del Angevino. De allí, disfrazado de fraile, partió para Sicilia, donde preparó con sus amigos una revolucion general en la isla y llevóse cartas de las principales ciudades en que pedian con gran instancia al rey de Aragon que los librara de la intolerable tiranía en que estaban, prometiendo recibirle por su rey y señor. Luego marchó Prócida á un castillo llamado Roca Suriana inmediato á Viterbo, en el cual residia el Papa, é indujo fácilmente á Nicolás, despues de explicarle los trabajos ya verificados, á que entrara en la proyectada liga.

Prócida continuó sus viages y negociaciones; cobró del emperador griego treinta mil onzas de oro para disponer la escuadra y el ejército, y presentó al rey de Aragon las cartas que traia y los tratados que habia celebrado; todo parecia estar pronto, la conjuracion iba á estallar, cuando la muerte del Papa, acaecida por aquel entonces (22 de agosto de 1280), y la eleccion de Martino IV, cardenal francés muy favorable á Carlos, pareció por un momento deber frustrar todos los planes del emperador griego, de los Sicilianos y del monarca aragonés. Este, empero, habia en su mente resuelto ya la empresa y quiso intentarla á toda costa. Con objeto de sondear las disposiciones del nuevo pontífice para con él, envióle á suplicar la canonizacion del venerable fray Raimundo de Peñafort, muerto en Barcelona en 1275; pero Martino se opuso á su demanda, y díjole que ninguna gracia habia de esperar de él hasta que le reconociese y pagase el censo y tributo que prometiera su abuelo á la Sede apostólica, añadiendo que quien no amara al rey Carlos de Sicilia era enemigo del Papa.

Poco despues empezó Pedro III sus preparativos de armamento. Arreglados los asuntos de Castilla, estipulada una tregua de cinco años con el emir de Granada que la habia solicitado, dirigió todos sus esfuerzos á prepararse en secreto para la conquista que meditaba. Sin embargo, en las condiciones políticas en que se hallaba entonces Aragon era obra muy difícil y considerable la reunion de un ejército, y Pedro no pudo hacerlo sin que la noticia se difundiera por todas partes. Los Arabes de España y Africa, escarmentados de las expediciones aragonesas, fortificaron sus tierras, y entre los príncipes cristianos, Carlos como por instinto manifestóse el mas receloso, temiendo igualmente por sus dominios de Italia y por su condado de Provenza y Folcalquer, agobiado de tributos y poseido en otro tiempo por los reyes de Aragon, cuyo gobierno habia sido siempre suave y

paternal. Eran tales sus temores, que escribió á su sobrino el rey de Francia y á los reyes de Castilla é Inglaterra; pero en aquellos primeros momentos las cosas no pasaron adelante, y Carlos se limitó á reforzar las guarniciones de las fortalezas de Sicilia, y á enviar su hijo primogénito, que fué llamado despues Carlos el Cojo, á la entrevista que por aquel tiempo celebraron en Tolosa los reyes de Aragon, de Francia y de Mallorca, con el declarado objeto de reunir hombres de armas para la expedicion á Oriente, pero en realidad para observar de cerca al Aragonés y velar por la sumision del país. A. de J. C.

Así estaban las cosas á principios del año 1282. A pesar de todo, Carlos 1282
habíase empeñado en la conquista de todo el Oriente para su yerno Felipe, hijo de Balduino y tambien para sí mismo; queria hacer efectivos sin dilacion los vanos títulos que llevaba de rey de Jerusalen y de príncipe de Acaya y de Morea, y disponíase á partir llegada que fuese la primavera. Esto consumó su pérdida: con los últimos preparativos para la guerra de Grecia aumentaron en Sicilia las violencias y exacciones, y por consecuencia el descontento popular. Los barones se veian obligados á aprontar, no solo su ordinario contingente feudal en soldados y municiones, sino tambien las naves; nobles y vasallos, así los libres como los obligados al servicio militar, eran arrastrados bajo las banderas; en todas partes resonaban gritos de desesperacion, y sin embargo, nadie pensaba en la resistencia, tanto era el terror que inspiraba Carlos, limitándose los Sicilianos á desahogar su ira en quejas y maldiciones.

En esto Juan de Prócida y Accardo, embajador que habia enviado Miguel Paleólogo, dejaron á don Pedro en Barcelona ocupado en los preparativos de la expedicion, y pasaron á Sicilia para excitar los ánimos á sacudir el yugo; sus palabras no fueron infructuosas, y el odio, por tanto tiempo concentrado, acabó al fin por estallar. Acercábanse las fiestas de Pascua, y Juan de Saint-Remi, gobernador de Palermo por el rey Carlos, creyó prudente prohibir á los Palermitanos el uso de las armas á causa del considerable gentío que con aquella ocasion se reunia; hasta los nobles hubieron de dejar la espada y la pequeña lanza que de ordinario usaban. Este exceso de precaucion fué fatal para los dominadores y precipitó la crísis. El lunes de la Pascua de Resurreccion era para los habitantes de Palermo dia de gran fiesta; á media milla de la ciudad, en las márgenes del riachuelo llamado Oreto, elévase una pequeña iglesia consagrada al Espíritu Santo, la que pertenecia en la época de que tratamos á un monasterio de la órden cisterciense; una vasta y risueña pradera separaba á la ciudad de la iglesia, y á ella se trasladaban los moradores todos en aquellos dias en que se celebra la resurreccion del Hijo del Hombre. Cantos y gritos de júbilo resonaban entre los grupos que la recorrian el dia 30 de marzo de 1282, cuando presentóse cerca de la iglesia una jóven de rara belleza, hija de un ciudadano muy principal de Palermo, llamado Maestr'Angelo, á quien su marido y sus hermanos acompañaban á vísperas. La hermosa Palermitana llamó la atencion de unos soldados provenzales que por allí divagaban, y uno de ellos, llamado Drouet, mas atrevido que los demás, acercóse á la jóven y bajo pretexto de que llevaba armas ocultas entre sus vestidos, entregóse á deshonestos excesos (1). La hija de Maestr'An-

(1) Quidam Gallicanus, nomine Drohettus, dice Bartolomé de Neocastro, c. 14, manu intrepidus,

gelo se desmayó. «¡Delito necesario! ¡Feliz enormidad! exclama Bartolomé de Neocastro, á los cuales la providencia del Señor supremo hizo suceder la terrible matanza de Franceses que realizaron nuestras manos.» Tanta audacia produce indignacion general; un jóven siciliano hiere á Drouet con un palo, y arrancándole la espada, le atraviesa el cuerpo con ella. Drouet cae muerto; la multitud se amotina; lánzanse algunas piedras y óyense generales gritos de mueran los Franceses (*¡moranu li Franzisi!*). Las campanas tocaban entonces á vísperas en la iglesia del Espíritu Santo, y en la llanura y á los primeros gritos de venganza, perdieron la vida mas de doscientos Franceses. La muchedumbre dirígese hácia Palermo enfurecida y sedienta de sangre; los habitantes que habian quedado en la capital unen sus fuerzas á sus fuerzas y su furor á su furor; era entonces á la caida de la tarde, y corriendo todos en busca de Franceses, presa muchos de ellos del sueño ó de la embriaguez, cércanlos en sus viviendas, y ya se resistan ó no les dan muerte. Cuantos se hallaban en Palermo, excepto el gobernador y su séquito que lograron salvarse en el castillo de Vicari, fueron muertos durante aquella terrible noche, y al dia siguiente, queriendo el pueblo regularizar el movimiento, eligió un gobierno provisional presidido por el mismo Rogiero Maestr'Angelo; desplegóse la antigua bandera de la ciudad, que era una águila de oro en campo de gules, á la que se añadieron, en honor de la Iglesia, las llaves y la tiara de san Pedro. La matanza continuó tan horrible como el dia anterior; ni las mugeres ni los niños hallaron gracia ante los ciegos vengadores de la pasada opresion; ni un francés se libró de sus golpes, y hasta se dice que abrieron el vientre de las mugeres sicilianas que habian tenido comercio con los opresores, buscando en sus entrañas el fruto de su amor. Los Palermitanos recorrian la ciudad en numerosas compañías, y en las calles, en las casas, en los conventos, en las iglesias, daban muerte á cuantos hablaban en francés. Espantosa fué la mortandad, é igual ira vengadora armó el brazo de los Sicilianos todos. El ejemplo de Palermo fué imitado por toda la isla y en diez dias toda la Sicilia, excepto Mesina, quedó libre de extrangeros. En ella se refugiaron cuantos Franceses pudieron evitar la mala suerte de sus compañeros, pues el vicario de Carlos, Erbert de Orleans, la ocupaba con numerosas tropas de infantería y caballería y un cuerpo de Calabreses. Solo dos Franceses fueron exceptuados de la matanza general: Felipe de Scalambre y Guillermo de Porsellets, salvado este por la sola fama de sus virtudes. Preso por los Palermitanos en Calatafini, de donde era gobernador, fué, no solo respetado, sino enviado honrosamente á Provenza junto con su familia. Unicamente una ciudad, Spirlinga, en el interior de la isla, negóse á abrazar la causa nacional, y los soldados Franceses que la guarnecian pudieron sostener en ella un prolongado sitio y por último salvar su vida.

Sin embargo, las miradas de los Palermitanos se hallaban fijas con ansiedad en la ciudad del Faro, la segunda de la isla por la importancia de su poblacion, pero la primera en aquellos momentos por la situacion que ocupa. El dia 3 de arbril los miembros de la municipalidad de Palermo escribieron en términos pe-

---

pectus infra vestes et ubera tangit illicite, simulans quod eam propenderet ipsa partere.—Nicolás Specialis es mas explícito todavía: Quidam, plus aliis furore vitiosæ libidinis forsitan excæcatus, dice, in unam ex mulieribus illis temerarias manus injecit, atque asserens eam pugionem viri sui sub vestibus abscondisse, temerarius illam in utero titillavit (Nic. Spec., c. 4).

rentorios á sus compatriotas de Mesina, cuyos ánimos fermentaban como todos los demás, y aunque las disposiciones del vicario de Carlos lograron retardar la explosion, no la evitaron. La matanza empezó el dia 28 de abril, y al dia siguiente no habia un solo francés en Mesina; algunos lograron salvarse en Calabria, y de este número fueron el gobernador Erbert de Orleans y el jefe de la division calabresa.

Tal fué la memorable revolucion popular conocida con el nombre de *Vísperas Sicilianas,* revolucion imprevista como casi todas en cuanto á la hora y al modo como habia de ejecutarse. Presentíase el suceso; veíanse señales de próxima tempestad; las excitaciones de Prócida habíanla hecho quizás mas inminente, pero ni él ni nadie habia determinado que estallara á la puerta de la iglesia del Espíritu Santo, ni al toque de vísperas. El movimiento fué espontáneo, y aunque sin Prócida habria tambien estallado, es probable que sin él hubiera sido muy distinto su resultado. En efecto, los Palermitanos encontráronse por un momento perplejos sin saber á quien aclamar ni recurrir luego de verse libres de los Franceses, cuando Prócida les anunció los recursos que, sin saberlo ellos, les habia preparado.

Las Vísperas Sicilianas fueron, repetimos, un hecho tan espontáneo é imprevisto que llenó de sorpresa y estupor á Europa, sobre todo despues de lo que por todas partes se decia del poderío del rey Carlos. El reino de Francia quedó consternado, y el parlamento y el Chatelet de París se vistieron de luto y suspendieron sus sesiones, consagrando una medalla á la memoria del terrible suceso.

Carlos se hallaba en Montefiascone, en la corte pontificia, cuando recibió la noticia del desastre de los suyos. Dícese que quedó aterrado, y el primer desahogo de su cólera fué prorumpir en furiosas imprecaciones y en horribles amenazas. Luego se calmó, y con una resignacion extraña en su carácter, levantó las manos al cielo y dijo: «¡Señor Dios! ya que despues de colmarme de tus dones quieres hoy hacerme probar la adversa fortuna, haz á lo menos que mi caida sea paulatina *(che il mio calare sia a petit passi!)* (1).» Pero á pesar de esta resignacion, que denotaba en él un triste presentimiento de su próxima ruina, pensó desde luego en reconquistar el perdido reino y abrigó la esperanza de sofocar fácilmente la sedicion popular. Todo no se habia perdido aun, puesto que su vicario ocupaba á Mesina, que califica en uno de sus decretos de puerto y puerta de Sicilia, y sin pérdida de momento se dirigió al encuentro del Papa y de los cardenales que se hallaban con él en Montefiascone, solicitando su ayuda y consejo. Estos, dice Villani, se lamentaron mucho con él, y le excitaron á emprender sin dilacion la reconquista de la isla por vias pacíficas primero y por medio de la guerra despues, prometiéndole en ambos casos toda clase de auxilios espirituales y temporales como á hijo y campeon de la Iglesia.

Por su parte los Palermitanos enviaron una embajada al Pontífice, para participarle lo que habia sucedido, y como la isla le habia elegido por su jefe bajo la autoridad y la santa guarda de Jesucristo. Admitidos los embajadores, que eran todos monges y religiosos, en presencia del Papa, habláronle con aquellas palabras de las letanías: *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis,* y

(1) Giov. Villani, l. VII, c. 56.

el que llevaba la palabra en nombre de sus compañeros repitió dos veces las sagradas palabras, añadiendo luego: *Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem.* El Papa, sin embargo, habíalos escuchado con irritado rostro, y respondióles, repitiendo tambien tres veces las palabras de la Pasion: «*Ave, rex Judœorum, et dabant ei alapam.* Los embajadores salieron consternados y volvieron á Sicilia para manifestar las poco benévolas disposiciones que respecto de ellos abrigaba el Pontífice.

Carlos permaneció algun tiempo en Nápoles, detenido, á lo que parece, por el temor de que la Pulla y la Calabria imitasen el ejemplo de Sicilia. Para evitarlo y para hacer prever á los sublevados un gobierno mas humano en caso de volver á su obediencia, expidió por consejo del legado pontificio varios decretos, condenando el rigor de los agentes fiscales ó moderando la dureza de algunas leyes; ocupado estaba en estos cuidados, cuando supo la pérdida de Mesina, y que aquella *puerta* en que tanto contara acababa de cerrarse para él. Entonces, segun las crónicas, entregóse el rey Carlos á indescriptible cólera, que exhaló en espantosas amenazas contra los Sicilianos; esto no obstante, hallábase aun en Nápoles el dia 9 de mayo experimentando algunas dificultades en reunir su gente, y segun todas las apariencias, muy desalentado y abatido despues del paroxismo de su fiebre furiosa.

Agobiado por aquel revés de fortuna y con el triste presentimiento de su pérdida, Carlos no se cansaba de pedir auxilios á Francia, á Provenza, á Roma, á las ciudades de Italia, y Martino IV expidió desde Orbieto una bula prohibiendo á todos los fieles clérigos y seglares favorecer de cualquier modo la rebelion siciliana, y fulminando contra los Palermitanos toda clase de castigos en sus almas, en sus personas y en sus bienes, en caso de persistir en su criminal conducta.

Armado con està bula, presentóse Carlos en Calabria á principios del mes de junio, acompañado del legado Gerardo de Parma con parte de las tropas y galeras que habia pensado dirigir contra el emperador Paleólogo. Acampado en Catona, desde donde podia distinguir la bandera blanca de Mesina con la cruz y las armas de san Pedro, Carlos reunió sus fuerzas, que consistian en cuarenta galeras genovesas y pisanas y en un ejército de sesenta mil infantes y de quince mil caballos franceses, angevinos, provenzales é italianos, así súbditos de Carlos como auxiliares güelfos de Toscana y Lombardía.

Los Mesineses habian aprovechado el tiempo y puesto su ciudad en estado de defensa. Sus galeras habian perseguido algunas naves enemigas que intentaron desembarcar gente en la costa septentrional, y en estos preparativos de ambas partes transcurrió todavía un mes. Por fin, en 25 de julio el rey se puso en movimiento, y luego que hubo embarcado sus víveres, sus caballos y sus tropas, montó él en una galera resplandeciente de púrpura y oro, preparada para conducirle á Constantinopla. Considerando inútil y peligroso en aquel momento el ataque del puerto de Mesina, abordó la armada á un lugar distante cuatro millas de la ciudad, y á su desembarque se entregaron los Franceses á sus habituales violencias. A ello les excitaba el rey Carlos, creyendo que la pérdida de sus bienes obligaria á los Mesineses á entrar en negociaciones, pero con su conducta solo consiguió un resultado contrario: los moradores redoblaron sus esfuerzos

para oponerse á sus armas, y hombres, ancianos, niños y mugeres trabajaban en las fortificaciones con un celo que ya entonces celebró un poeta (1). Las tropas de Carlos habíanse acercado á la ciudad, y durante los primeros dias de agosto intentaron asaltar sus muros, si bien fueron siempre rechazadas por el pueblo entusiasta. Sin embargo, antes que el sitio tomara este carácter de gravedad, habian sucedido en Aragon importantes acaecimientos, que importa exponer á la vista de nuestros lectores.

Desde el mes de abril, don Pedro III habia apresurado el considerable armamento que meditaba dirigir contra ignorados enemigos con general recelo de todos los estados. En los puertos de Cataluña y de Mallorca reinaba inexpicable actividad; construíanse galeras y numerosas naves de transporte, y segun dice el cronista Muntaner, todos se preguntaban á donde pensaria volar el rey con tan extensas alas. Fabricábanse armas, reuníanse provisiones, reclutábanse marineros, y prometíase sueldo y manutencion para un año á cuantos quisieren servir á caballo ó á pié. Mandó el rey que en Barcelona, Zaragoza y Valencia se hiciese provision de bizcocho, con cuyo motivo mandó llevar á Tortosa gran cantidad de avena y de trigo, siendo tanta la que llevaron, dice Muntaner, que ya no cabia en la ciudad, y fué preciso construir unas barracas ó casas de madera donde la metian. Al mismo tiempo escribió á todos los ricoshombres de Aragon, Cataluña y Valencia, llamándolos á tomar parte en la expedicion, con encargo de que solo cuidasen de los arreos de sus cuerpos, pues que el rey cuidaria de cuanto hubiesen menester durante todo el viaje. Además de lo que habia ordenado, tuvo prevenidos veinte mil almogavares, todos de la frontera, y mas de ocho mil ballesteros montañeses, mil caballeros, todos de solar distinguido, que habian de ir cerca de él, otros muchos ballesteros de Tortosa, Aragon y Cataluña, y los sirvientes de mesnada (2). Este aparato bélico era la preocupacion de todos, y no habia monarca que no temiera por su reino al ver los aprestos del soberano aragonés.

Decíase, pero nadie daba á ello completo asentimiento, que el cauto y reservado Pedro trataba de sostener al rey de Tunez contra su hermano, y por esto es que así Felipe de Francia como el Papa le enviaron embajadores, preguntándole si en realidad dirigia su expedicion contra los Moros ó contra el rey de Sicilia. A todos despidió el Aragonés con evasivas respuestas, diciendo que, puesto que armaba sin el auxilio de nadie, á nadie debia importar su silencio. Inglaterra y otros estados recibieron análogas contestaciones, y segun vemos en

---

(1) Villani nos ha conservado una estrofa de la cancion que por aquel tiempo se compuso con este motivo. Dice así:

Deh! com' egli é gran pietate
Delle donne di Messina,
Veggendole scapigliate
Portare pietre é calcina.
Yddio li dié briga, e travaglia
Chi Messina vuol guastare, etc.

(2) Crónica de Ramon Muntaner, c. XLVI.

las crónicas de la época, todo el mundo se removia y espiaba con anhelo é inquietud cuantos pasos daba el monarca de Aragon.

En tanto, imperturbable Pedro, empleó todo el mes de mayo en poner en órden los asuntos de su reino. Hizo mas, como para explorar los parages á que queria dirigirse y dar una idea de lo que podia realizar la marina aragonesa, destacó de su armada algunas galeras y enviólas á las costas de Africa bajo las órdenes de Conrado Lancia. Las galeras aragonesas corrieron la costa de Bervería contra los lugares y tierras de los soberanos de Tunez y Telencen, que hacia mucho tiempo que no pagaban al rey de Aragon el tributo debido. Conrado Lancia sostuvo con los Musulmanes diferentes encuentros, en los que alcanzó siempre la victoria, y volvió cargado de despojos.

Reunido, por fin, en Port-Fangós (los Alfaques) el ejército todo, Pedro dictó sus últimas disposiciones. Convocó cortes en Barcelona, nombró regentes del reino en su ausencia á la reina Constanza y á su hijo Alfonso, y otorgó su testamento instituyendo al mismo Alfonso por su heredero en los reinos de Aragon y Valencia y en el condado de Barcelona. Mas previsor aun, y temiendo las contingencias del porvenir, hizo en 2 de junio secreta abdicacion de la corona ante algunos caballeros, confiriéndola desde aquel momento á su hijo primogénito. Jaime Perez, su hijo natural, fué investido con el cargo de almirante general de la escuadra, si bien Ramon Marquet, muy práctico y diestro marino, fué el almirante efectivo.

En los últimos instantes no pudieron resistir los barones y ricoshombres á su deseo de saber el objeto de la expedicion, y cuenta Muntaner que en Port-Fangós se presentó Arnaldo Roger, conde de Pallars, y le dijo en nombre de todos: «Señor, todas nuestras gentes, así los que os acompañamos en este viage, como los que se quedan, os suplican humildemente que les digais y descubrais á donde teneis intencion de ir.—Conde, le contestó el rey, quiero que sepais tanto vos como los demás que aquí están, y aun aquellos que no están, que si Nos supiésemos que nuestra mano izquierda supiera lo que tenga intencion de hacer la derecha, Nos mismo nos la cortaríamos: de consiguiente no hableis mas de este asunto, y pensad solo cuantos tengais que acompañarnos en embarcaros desde luego (1).» Así lo hicieron todos sin insistir mas, y luego que el rey se hubo despedido de la reina y dado la bendicion á sus hijos, embarcóse á su vez entre lágrimas y sollozos, y la armada, compuesta de ciento cincuenta naves, se dió á la vela con próspero viento (3 de junio).

Veinte millas habria andado cuando el almirante Jaime Perez, embarcado en un ligero leño, entregó á todos los respectivos capitanes un pliego cerrado y sellado con las armas del rey, mandándoles al propio tiempo hacer rumbo hácia el puerto de Mahon, y previniéndoles que despues de haber salido de él, á diez millas mar adentro, entonces y no antes bajo pena de la vida, abriese cada cual el referido pliego y siguieran el rumbo que en él les marcaba el monarca.

La armada hizo escala en Mahon como se habia prevenido; permaneció allí dos semanas, y luego, en virtud de las instrucciones á todos comunicadas, arribó

(1) Ram Muntaner, Crón., c. XLIX.

el dia 28 de junio al puerto de Alcoyll (El-Qoll), en Africa, entre Bona y Bugía. ¿Qué iba á hacer allí el monarca aragonés? Cosa es esta que nos explican algo confusamente Ramon Muntaner y Desclot, y acerca de la cual procuraremos dar las mas claras noticias que nos sea posible.

En los últimos tiempos, el rey de Aragon habia tomado gran parte en los asuntos interiores de los Sarracenos de Africa; habia contribuido algunos años antes á la elevacion del emir de Tunez Abu Ishak, en perjuicio de un sobrino de este á quien sostenia otro de sus tios por nombre Abu Hafas. El nombre de Benu-Hafas era el patronímico de la casa de Tunez que empezara á reinar cuando la decadencia del imperio almohade, cuyo fundador habia sido Abu Hafas, ilustre general de Abdelmumen, venido á España en 1151 con el hijo de este Cid Abu Said. Abu Ishak era hermano del emir Muhamad Abu Abdallah, apellidado El Mostansir, que reinaba en Tunez en la época de la expedicion de san Luis, hijo de Abu Zacaria Yahia, y habiendo levantado pendones contra su hermano, acabó por refugiarse á Cataluña, donde residió largo tiempo, trabando amistad con los infantes de Aragon. El Mostansir tuvo por sucesor á otro Abu Zacaría Yahia en 1277, y á este habia destronado Abu Ishak con el auxilio del rey de Aragon, á quien, al parecer, impulsara, además de otras razones, la de privar á Carlos de Anjou del tributo que el Tunecino le pagaba. Nuevas disensiones se elevaron entre la familia de los Benu-Hafas, y en los últimos meses del año 1281, Pedro fué llamado á intervenir en las mismas de un modo beneficioso para su poder. Abu Hafas, expulsado de Tunez por haber tomado partido en favor de su sobrino Abu Zacaría, hijo de El Mostansir, se retiró á Bugía y á Constantina, desde donde se mantuvo en enemistad con su hermano; pero habiendo cesado en breve la guerra, cada uno conservó la soberanía de hecho que habia adquirido. Muerto Abu Hafas, dejó por rey de Bugía á su hijo primogénito Abu Zacaría, y por señor de Constantina á Bugron ó Abu Becre. Descontento el primero de esta particion, quiso apoderarse de los estados de Abu Becre, y este imploró entonces el auxilio del monarca aragonés. Para lograrlo con mas facilidad, envió á decir á don Pedro que deseaba hacerse cristiano, que luego que él llegase al puerto de Alcoyll, le entregaria la ciudad de Constantina junto con cuantas tierras poseia y se declararia su hombre (1), su hijo y su vasallo.

Así pues, las instancias de un príncipe africano y las promesas que él mismo hiciera habian sido las causas impulsivas de la expedicion de Pedro. Sin embargo, ¿habremos de decir que nada mas se proponia el rey de Aragon sino la conquista efímera siempre de un territorio de Africa? La importancia de la expedicion, el secreto con que la rodeó, los hombres que la dirigieron (Prócida y los demás desterrados de Italia), las negociaciones precedentes y los sucesos posteriores, todo nos manifiesta con entera evidencia que el político hijo de don Jaime emprendió la expedicion á Africa para mas adormecer la desconfianza de sus enemigos, si bien al propio tiempo que esto lograba no habia de disgustarle que su nombre adquiriese mayor gloria y sus armas mayor influencia de la que ya disfrutaban.

Esto no obstante, no sucedieron las cosas como don Pedro hubiera deseado;

(1) Esta expresion se empleaba en la edad media para indicar dependencia y vasallage.

á su llegada á Africa una revolucion habia tenido lugar en Constantina, dando á todo un aspecto inesperado. Para explicar este cambio preciso nos es retroceder y dar cuenta de un incidente ocurrido durante la travesía. La armada catalano-aragonesa habia hecho escala en Mahon, segun hemos dicho, capital de la isla de Menorca, que en virtud de antiguos tratados era poseida por un almojarife, tributario y vasallo de la corona de Aragon. El Sarraceno recibió con grandes honores á los cristianos, pero apenas hubieron partido, cuando sabedor ó sospechando el punto á que la expedicion se dirigia, despachó, para dar aviso á sus correligionarios, una nave que pasó desapercibida por entre la armada de don Pedro, y llegó antes que ella á Africa. Así á lo menos hubo de creerlo el rey cuando unos mercaderes pisanos, á quienes encontró en el abandonado puerto de Alcoyll, le manifestaron como dos dias antes habia llegado un buque sarraceno de Menorca; que los Musulmanes habian salido al momento de la ciudad, y que, sublevados en Constantina los principales jeques, habian decapitado á Bugron y á doce miembros de su familia, acusados de haber invocado el auxilio de los cristianos.

Tales noticias causaron al rey profundo disgusto; pero ya que se habia frustrado la empresa, quiso á lo menos imponer al enemigo con su actitud enérgica y audaz. Las fuerzas de Pedro bastaban para mantenerse en Alcoyll, y esperar los acaecimientos, pero no para tomar á Constantina ni para internarse por el país enemigo, lo cual habria sido temeridad mas que valor. El primer cuidado del rey fué asegurar la posicion de los suyos, y así mandó levantar una empalizada con palos y cuerdas, que se introducian por unos anillos, y de este modo quedó circunvalada, no solo la villa, sino tambien el campamento que habia debido establecerse junto á ella. Algunas compañías de almogavares ocuparon el monte que conduce á Constantina y construyeron en él un reducido fuerte para observar y contener al país. Aun se ocupaba la hueste en estos trabajos preliminares, cuando rodeáronla mas de treinta mil Sarracenos á caballo y tan gran número de peones que llegaban á cubrir el llano y las montañas. Los malditos Morabitas, dice Muntaner, iban por toda Berbería predicando y gritando, y no hacian mas que repartir absoluciones entre todos los de su mala raza, y así fué que aun no habia pasado un mes, se reunieron al rededor de Alcoyll mas de cien mil hombres á caballo é innumerable muchedumbre de peones.

En situacion semejante, los caballeros de la hueste, segun la costumbre de la época, empeñaban cada dia caballerescos combates con los enemigos. Los Almogavares solicitaban con frecuencia del rey permiso para desafiar á los Sarracenos, y salian del campamento á pié, como de ordinario, en número de dos, de tres ó de cuatro; segun él, gritaban á los Moros que salieran á pelear uno á uno, dos á dos, ó tres á tres, y de esto se seguian contínuos combates, en los cuales los nuestros, vencedores ó vencidos, manifestaban siempre gran esfuerzo. No se imagine siquiera, dice Muntaner, que jamás Alejandro, Roldan, Oliveros ni otro alguno pudiera hacer lo que hacia el señor rey aquí todos los dias, y despues de él lo que hacian los demás ricoshombres, caballeros, almogavares y marinos que allí estaban. Preciso era imponer por medio de una fiera actitud á aquellos Arabes de las ciudades y á los Berberiscos nómadas, que entonces como ahora, tan bien hacian la guerra de emboscadas y sorpresas.

Calcule cada cual, añade el cronista que quizás hacia allí sus primeras armas, que el obrar de este modo convenia tanto al señor rey como á su gente, pues estaban en un país donde no habia fortaleza alguna, antes al contrario era enteramente llano, sin foso ni muralla, á no ser la de la palizada ya descrita... de modo que si los cristianos llegasen á dormirse en las pajas, de mala manera los hicieran despertar, así es que les convenia no descuidarse por ningun estilo (1). San Luis y su hijo Felipe el Atrevido habian experimentado dos años antes, y casi en las mismas playas, con menos fortuna que don Pedro, cuan temibles eran aquellos enemigos.

El Aragonés conoció la imposibilidad de apoderarse de Constantina, y sin embargo, no abandonó el territorio africano, como si en él esperase algo; y en efecto, algo esperaba. Reunido su parlamento militar, expúsole el rey el intento que abrigaba de enviar embajadores al Papa para manifestarle el estado en que se encontraban en Berbería las fuerzas aragonesas, y pedirle el envío de refuerzos en hombres y caballos, al propio tiempo que dispensara los tesoros de la Iglesia á los que tomaran las armas en favor de aquella empresa, en la que se hallaba interesada la cristiandad entera. La política mas que el deseo de establecerse en Africa dictó seguramente á don Pedro semejante peticion, pues en caso de negativa ganaba tiempo, cosa que le importaba mucho, y si el Papa aprobaba la empresa y le concedia los honores de una cruzada, siempre habria lugar para decidir lo que habia de hacerse. Guillen de Castellnou y Pedro Queralt fueron enviados á Roma, y expuestas allí las demandas de don Pedro, no se mostró el Pontífice muy dispuesto á acceder á ellas, y sí, por el contrario, muy receloso del monarca de Aragon. Extrañó, entre otras cosas, segun ya previera Pedro, como el rey no le habia comunicado estando en Cataluña lo que ahora le decia, á lo cual respondió Castellnou que no era tiempo entonces de descubrir el secreto, puesto que su soberano habia jurado á Bugron no revelarlo á persona alguna. No bastó esta consideracion para aquietar la desconfianza de Martino, y político tambien y deseoso de no dar una contestacion definitiva hasta saber mas exactamente las intenciones del Aragonés, dijo que el hecho era árduo y dificultoso, que sobre él no podia decidirse sin detenido acuerdo y deliberacion, y finalmente que el tesoro de la décima no se allegaba para emplearse en Berbería sino en la conquista de la tierra santa.

Castellnou volvió á Alcoyll, y al saber el rey la contestacion que le traia, levantó las manos al cielo y exclamó: «Señor Dios verdadero, vos, que sois principio y jefe supremo de todas las cosas, plázcaos ayudarme en la idea que me anima; ya sabeis que mi deseo era venir aquí y morir en servicio vuestro, de consiguiente plazca á vuestra gracia y merced que querais enviar aquella sobre mí y sobre mis gentes, dándome consejo y ayuda.»

Pedro Queralt por su parte, y esto aclara mucho las cosas, dirigióse á Sicilia de incógnito, probablemente para sondear los ánimos, y dar impulso á lo que entre algunos Sicilianos principales se tenia preparado. Oportunamente invocaba don Pedro sobre su ejército el auxilio divino, pues á poco hubo de manifestar su esfuerzo en una sangrienta batalla. Sucedió un dia (á mediados de agosto),

(1) Ram. Muntaner, Crón., c. LI.

dice Muntaner, que se convinieron los Sarracenos para ir colocados en órden de batalla á la fortificacion del conde de Pallars, resueltos firmemente á tomarla, aun cuando hubiesen de perecer allí todos. Avisado el rey del ataque que se preparaba, dispuso á su gente, y al grito de: *¡San Jorge y Aragon!* se precipitó contra los enemigos, que no esperaban hallarle tan prevenido. El choque fué rudo; la pelea obstinada, pero al fin los Sarracenos tomaron la fuga, y los cristianos, despues de perseguirlos largo espacio, se volvieron á Alcoyll cargados de despojos.

Esto sucedia al tiempo que Carlos de Anjou llegaba al pié de los muros de Mesina, y pocos dias despues, el rey de Aragon, perplejo y ansioso, vió llegar de la parte de levante dos barcos armados, que con las señeras negras se dirigian en derechura al puerto. En ellos iban embajadores de Palermo, que, mientras Mesina sostenia con valor todo el esfuerzo de las armas angevinas, eran enviados á Africa al campamento de Alcoyll para ofrecer al rey de Aragon la corona de Sicilia y suplicarle que fuese á tomar posesion de su reino y á defenderlo de las agresiones de su competidor. Componian la embajada ocho personas, cuatro caballeros y cuatro ciudadanos, llevando poderes de las municipalidades de Sicilia, y admitidos en presencia del rey, explicáronle el objeto de su mision.

Disimulado don Pedro, empezó por manifestar vacilacion ante un trono con que ya contaba y que fingia no ambicionar; dijo á los embajadores agradecerles el amor que le mostraban y la confianza que en él ponian, pero evitando darles una contestacion categórica, pidió tiempo para consultar y deliberar con su consejo acerca de la mision que habian traido. Nada se habia resuelto aun, cuando cuatro dias despues llegaron de Sicilia otras dos naves armadas, con igual mensage que las anteriores. Una de ellas conducia á tres diputados de Mesina, mas y mas estrechada por las armas de Carlos, y en la otra iban dos síndicos de Palermo. A creer á Muntaner, vestian todos de negro y eran tambien negras las velas y señeras de sus buques, y llegaron «moviendo un llanto tal, que si el de los primeros valia como uno, este era cuatro veces mayor (1).»

La conquista de Sicilia era de mucho tiempo asunto resuelto en el ánimo del rey y de algunos caballeros de su confianza, pero al punto á que las cosas habian llegado y exigiendo los acaecimientos el desenlace de la situacion, comprendió don Pedro la necesidad de contar con la cooperacion de todos. Por esto manifestaba aun dudas y perplejidad, á pesar de las instancias que se le dirigian, á pesar de las demostraciones que de su derecho hacian los embajadores sicilianos. Con intenciones de conquistador, supo hacerse aclamar como libertador generoso, dice Lafuente, y sus mismos derechos al trono de Sicilia los proclamaban é invocaban los Sicilianos mas que él. Así pues, don Pedro, convocado que hubo á los magnates y caudillos del ejército, sometió á su exámen la proposicion de los embajadores de Sicilia, y abrióse una discusion general sobre las múltiples cuestiones que la misma suscitaba. Opinaron la mayor parte que el rey debia de acceder á las súplicas de los Sicilianos y aceptar un reino que le correspondia por herencia, del cual podria posesionarse sin efusion de sangre, llamado como era por los mismos naturales. Otros fueron de contrario parecer, y opusieron razones políticas al entusiasmo del mayor número; dijeron que atacando al rey Carlos, conci-

(1) Ram. Muntaner, Crón., c. LVII.

taríase Aragon la enemistad del Papa, de la Francia y de gran parte de Italia, y concluyeron por pedir al soberano que diera la vuelta á Cataluña, donde podria consultar aquel árduo negocio con las cortes generales de sus reinos.

Movido por tales razones, ó fingiéndolo á lo menos, el rey no las combatió directamente, sino que, con su especial habilidad, fué en secreto inclinando los ánimos á lo que se proponia y deseaba. Hizo mas: dijo poner sus destinos en manos de Dios y que la armada se dirigiria á Cataluña ó á Sicilia segun fuesen las primeras ráfagas de viento que llenaran sus velas.

Los Aragoneses abandonaron, pues, la tierra de Africa, poniendo así fin á aquella expedicion, nunca bien descifrada ni comprendida, y reembarcáronse ignorando todos la tierra que primeramente pisarian. Atentos permanecen a primer soplo de viento que hinchará las velas , hasta que una fresca ventolina nacida en la region del Atlas, alegra el corazon del rey y entristece á los pocos que tenian por temeraria y arriesgada empresa engolfarse en la adquisicion de extraños reinos. Don Pedro manda izar en su nave la señal de marcha, permite volver á sus hogares á los que, poco amantes de gloria, despreciaban la que la Providencia les venia ofreciendo, y sin mas dilacion las velas son dadas al viento, los mástiles crujen y la armada entera boga con buen tiempo hácia la isla de Sicilia.

Una nave con pabellon real recibió el encargo de marchar á Cataluña para dar á la reina y á los infantes la buena noticia. Llevaba tambien una carta de don Pedro para Eduardo I de Inglaterra, en que le explicaba su situacion é insistia particularmente en su embajada á la corte de Roma y en la contestacion del Papa, manifestando toda la importancia que á ello atribuia. En adelante quedaba libre de toda obligacion y creia poder ir, sin faltar á su conciencia, á sentarse en el trono que se le ofrecia.

El viage de Africa á Sicilia no fué turbado por contratiempo ninguno, si bien hízose con alguna lentitud por haber querido el rey llegar con toda la armada. Por fin el dia 29 de agosto, despues de cinco dias de navegacion, las naves aragonesas entraron en el puerto de Trápani entre el alborozo del pueblo y de los nobles, que veian en don Pedro su libertador. Los jefes populares fueron al encuentro del rey hasta su galera y le acompañaron al puerto, donde le esperaba un caballo ricamente enjaezado; uno de ellos le tuvo el estribo, y levantando sobre su cabeza en cuatro lanzas un rico paño de seda y oro, le escoltaron hasta la casa comunal, donde se hallaba todo dispuesto para recibirle, mientras que el pueblo en masa seguia detrás gritando: «*Bien venido sea nuestro señor el rey de Aragon y de Sicilia, enviado del cielo para librarnos de nuestro enemigo Carlos sin Piedad (Carles-sens-Merce)* (1).»

Al dia siguiente hizo don Pedro su entrada triunfal en Palermo, mientras que Ramon Marquet quedaba encargado de conducir allí las tropas y bagages. Jamás príncipe alguno, dicen las crónicas, habia sido recibido en aquella ciudad con tanta alegría y fiesta. Numerosos correos fueron despachados á todos los puntos de la isla para anunciar la llegada del nuevo rey y convocar en su

(1) Desclot, c. XC.

nombre un parlamento en la capital que pusiera con él en órden los asuntos del reino.

En efecto, en 8 de setiembre reuniéronse en Palermo los señores y diputados de las ciudades, y luego que don Pedro hubo prometido observar los usos y costumbres del buen rey Guillermo, los miembros todos de la asamblea le prestaron juramento de fidelidad á los gritos de *Vivat Rex,* y fué solemnemente proclamado rey por el obispo de Cefalú, en ausencia de los arzobispos de Palermo y Monreal que seguian el partido angevino.

Inmediatamente despues de este acto quisieron los Sicilianos exponer al Papa los motivos de su conducta, y le escribieron una carta en la que, despues de una larga exposicion de la horrible tiranía que sobre ellos ejercieran los Franceses, le recuerdan que la isla le habia proclamado á él por su soberano, y que solo en vista de su negativa habian recurrido al monarca de Aragon. «Nos juzgásteis indignos, le decian, de la gracia de san Pedro y de la vuestra, pero Aquel que cuida de los grandes y pequeños, ha enviado en nuestro auxilio á otro Pedro á quien por cierto no esperábamos (1).»

La atencion del nuevo rey se fijó ante todo en la ciudad del Faro, á la que hemos dejado sitiada por Carlos, rechazando á mediados de agosto los formidables ataques que contra ella dirigian las tropas angevinas. Despues de emplear la fuerza, quiso el de Anjou acudir á las negociaciones, y el cardenal legado, Gerardo de Parma, hombre recto, sencillo, é incapaz de engañar, que se hallaba en el campamento sitiador, solicitó de parte del rey hablar con los jefes de Mesina. El legado fué recibido con honores de príncipe y conducido á la catedral entre las aclamaciones populares, entregósele la llave de plata de la ciudad, rogándole, sin mencionar jamás el aborrecido nombre y la dominacion de los Franceses, que se encargara del gobierno de Mesina en nombre de la santa Iglesia Romana. Gerardo contestó que, conforme á su mandato, habia de reconciliar á Mesina con su rey, y que si aceptaba la llave, era solo para entregarla al hijo de la Iglesia, á cuyo yugo se habian indebidamente sustraido. Esto promovió de pronto alguna agitacion, pero nombrados treinta ciudadanos notables para tratar con mas madurez del asunto con el cardenal legado, sentáronse las siguientes bases: el rey habia de prometer olvido y perdon de lo pasado; habia de limitarse á exigir los tributos que pagaban los Sicilianos en tiempo de Guillermo el Bueno, y por fin habia de impedir á los Franceses la entrada en la ciudad, cuyo gobierno estaria confiado á un jefe latino nombrado por él mismo. Rechazó el de Anjou con soberbia lo que se habia convenido, y exigió que se pusieran á su disposicion ochocientas cabezas escogidas por él para que sirviesen de ejemplar castigo á la rebelion. Los Mesineses juraron antes morir que acceder á ello, y desde aquel momento sitiados y sitiadores redoblaron su furor; estos dieron cada dia nuevos asaltos á los muros, y aquellos, resistiéndose con no menos brio, vieron llegar el momento de la proclamacion del Aragonés en Palermo.

Pedro queria marchar al momento con sus tropas en socorro de Mesina, pero obedeciendo á sus consejeros, resolvió esperar que se hubiese reunido bajo su ban-

(1) Anon. Chr. Sic., c. 40.

dera un ejército siciliano. Al momento se publicó por toda la isla que los hombres de quince á sesenta años acudiesen con armas y pan por un mes á Randazzo, al pié del Etna, al propio tiempo que envió á Pedro de Queralt, á Ruiz Jimenez de Luna y á un juez, Guillen Aymerich de Barcelona, á intimar de su parte á Carlos, *rey de Jerusalen y conde de Provenza*, que le entregase la tierra de Sicilia, que era suya y de sus hijos, y que él por tanto tiempo habia dominado sin derecho con gran perjuicio de sus moradores. Envió además dos mil almogavares á la ciudad sitiada, y aun cuando los Mesineses no cifraron de pronto gran confianza en aquellos soldados de denegrido y enjuto rostro, de desordenado cabello y de rústico traje, no tardó la tropa catalana en manifestarles cuan precioso era su auxilio, atreviéndose luego bajo su amparo á hacer vigorosas salidas contra los sitiadores. En ellas, dicen las crónicas, fueron acuchillados hasta diez mil Franceses por los terribles soldados de Aragon. Quinientos honderos baleares uniéronse tambien á las fuerzas sitiadas, y la bandera aragonesa flotó desde entonces en los muros de Mesina.

El dia 13 de setiembre llegaron al campamento de Carlos los embajadores aragoneses, cuya recepcion se fijó para dos dias despues, y el de Anjou resolvió dar á su vista un asalto general y, segun él creia, decisivo á la plaza sitiada. El dia 14 al asomar el alba, el ejército francés, formado en buen órden, avanzó contra la ciudad, mientras que la escuadra intentaba penetrar en el puerto; mas el valor de los Mesineses, secundado por las tropas de Aragon, hizo aquel dia prodigios. Carlos, que vió las grandes pérdidas experimentadas por los suyos, mandó dar la señal de retirada, y entonces los almogavares, cayendo sobre los desordenados batallones, hicieron en ellos tan horrible matanza, que creyeron los Franceses haber combatido contra todas las fuerzas del rey de Aragon.

Carlos volvió á su tienda abatido y sombrío; no recibió al dia siguiente á los embajadores de Aragon, pero sí dos dias despues. Las altivas palabras que le transmitió En Pedro Queralt en nombre de su soberano causaron en Carlos uno de aquellos ataques nerviosos que tan familiares le eran. Por algun tiempo estuvo reflexionando, y luego, como herido de repentina idea, contestó que la tierra de Sicilia no era suya ni del rey de Aragon, sino de la Iglesia de Roma; pero que esto no obstante, hablaria con ellos mas detenidamente del asunto si solicitaban de los Mesineses en nombre del rey de Aragon una tregua de ocho dias, durante la cual reflexionaria lo que mejor le estaba. Consintieron en ello los enviados, pero no así los defensores de Mesina, que se negaron á conceder á su enemigo paz ni tregua, y esto fué causa de que Carlos prometiese á los embajadores darles su respuesta al dia siguiente, despues de consultar á su consejo.

El de Anjou detúvoles durante algunos dias con sucesivas dilaciones, y en tanto no habia medio que no empleara para conquistar á Mesina, descendiendo hasta intentar corromper al gobernador Alaymo de Lentini, y á celebrar pactos con algunos traidores que prometieron abrirle una de las puertas del muro. La trama fué con tiempo descubierta, y al ver frustrados todos sus designios, Carlos despidió á los embajadores, encargándoles decir á su rey que su audacia le habia sorprendido; que en aquel momento no queria darle otra respuesta, pero que se disponia á enviarle una cual á su dignidad convenia. Sin haber podido obtener

otra cosa, Pedro de Queralt y sus compañeros dejaron el campamento de Carlos el dia 24 de setiembre.

Conviene advertir que las pretensiones del rey de Aragon se limitaban por entonces á la isla de Sicilia, y que ninguna mencion se hace en las crónicas y monumentos de la época de la parte del reino de Manfredo situada mas allá del Faro, sobre la que Constanza tenia igual derecho hereditario. El Aragonés se reservaba invocarlo en ocasion mas propicia.

En tanto Pedro habia hecho tomar el camino de Mesina por el interior de la tierra á su ejército, aumentado ya en Palermo con numerosas tropas de varios puntos de la isla. En Randazzo se habia detenido esperando los demás reclutas sicilianos, mientras que sus naves hacian rumbo al estrecho, y en tan crítica extremidad, Carlos, renovando sus humillantes tentativas cerca de los Mesineses, manifestó con pueriles actos de desesperacion cuanto se arrepentia de no haberse mostrado generoso algunos dias antes. En efecto, á serlo, á mostrarse clemente con la ciudad sitiada, habríase esta sometido á su obediencia, y tomándola el de Anjou por base de sus nuevas operaciones, quizás habria logrado reponer en la isla la fortuna de sus armas. Sin embargo, su orgullo y saña le perdieron, y amenazado por los Aragoneses por tierra y por mar, temeroso de ver cortadas sus comunicaciones con la Calabria, que podia á su vez lanzar el grito de rebelion, resolvió no esperar á su enemigo y retirarse al continente. El sitio de Mesina fué levantado entre la confusion y el tumulto: Margarita de Borgoña, condesa de Tonnerre, segunda esposa del de Anjou, que habia ido allí pensando presenciar un triunfo, fué la primera en embarcarse; luego fueron expedidas las máquinas de sitio, operacion en que se invirtieron tres dias, y Carlos abandonó la isla el 26 de setiembre. Ausente el rey, quisieron todos precipitarse á las naves, que no bastando para transportar de una vez á tan considerable multitud, iban y volvian de Reggio á los varios puntos de la costa, ocupados por el ejército. Sabida en Mesina la fuga de los Angevinos, Mesineses y almogavares, cayeron sobre los restos rezagados de aquella hueste, tan vistosa poco antes, y arrollados en la playa, muchos hombres perecieron bajo los golpes del enemigo y otros en las aguas del mar. Habia sido tal la precipitacion de la retirada, que mas que retirada fué fuga, que no solo quedaron abandonadas las tiendas y efectos de campamento, sino que cada uno, pensando únicamente en salvar su persona, dejó armas, vestidos y hasta joyas. En el desierto campamento hallóse trigo en abundancia, vino, caballos y toda clase de arneses de guerra, recogiéndose tal botin, que de ello, segun Muntaner, Mesina fué rica por mucho tiempo y los almogavares así miraban los florines como si fueran dinerillos.

Recibió Pedro en Randazzo la noticia de tan imprevista retirada, y en un principio, pesaroso de ver defraudada la nueva gloria que él y los suyos anhelaban, no podia creer que Carlos, que tal fama tenia de esforzado y que se hallaba á la cabeza de trece mil buenos caballeros y de mas de cincuenta mil infantes, hubiese de aquel modo abandonado la partida.

Diferentes mensages no le permiten abrigar ya duda alguna; saludado por una diputacion mesinesa, rindió á su paso el castillo de Milazzo, y sin un enemigo en la isla, hizo su entrada triunfal en la ciudad del Faro (2 de octubre), donde duraron mas de quince dias las fiestas celebradas en honor suyo. El rey

mostrábase afable con todos, y todo en la ciudad, dice Neocastro, era contento, paz y alborozo (1).

La noticia de este regocijo aumentó en Reggio la desesperacion de Carlos, que veia á su rival, al vengador de Manfredo y Coradino, triunfante á una distancia de pocas leguas, mientras que á él le habian recibido casi con murmullos á su regreso á Calabria. Su orgullo, empero, habia procurado al llegar á Reggio paliar del mejor modo posible su retirada, y en 29 de setiembre escribió lo sucedido á los capitanes y magistrados de sus dominios de Italia, desde el Faro hasta el territorio de la Iglesia romana. «Para que la fama, veloz é inconsiderada mensagera de los rumores vulgares y siempre amante de novedades, decia, no altere la verdad al llevarte la noticia de nuestro regreso, queremos hacerte Nos mismo una relacion exacta de lo que ha pasado y explicarte la série de hechos que la han motivado.» Cuéntales en seguida cuanto habia obrado, envanécese sobre todo de haber devastado los alrededores de Mesina, de haber reducido la ciudad al último extremo, de modo que de nada habia de servirle el reposo que por algun tiempo le concedia, puesto que inevitablemente habia de hacerla suya. Manifestábales por fin como cercano el invierno habia tomado para comodidad de los víveres y seguridad de las naves, el partido de retirarse por algun tiempo mas allá del estrecho, para volver en breve en mejor estacion, con mas formidable aparato que nunca, á humillar el orgullo de quien fuese necesario y domar los brios de la rebelion. Carlos nada decia del monarca aragonés, pero, aun cuando hablaba de sí mismo mucho y en pomposos términos, no tardó con otros actos en revelar sus temores. Así, dispuso vigilar cuidadosamente las costas contra las incursiones de aquellos á quienes llamaba piratas, colocó en ellas atalayas, hizo que las recorrieran patrullas, y mandó que se hicieran señales de noche con hogueras y de dia con humaredas, en caso de que los Aragoneses quisieren intentar un desembarque.

El almirante de Aragon, Jaime Perez, habia entrado el 9 de octubre en el puerto de Mesina con toda la armada catalana. Carlos en tanto no se movia de Calabria, y solo de vez en cuando gran número de velas salian de Reggio y pasaban á la vista del Faro, dirigiéndose á Nápoles ó á Sorrento. Esto sugirió á Pedro de Queralt la idea de dar un gran golpe contra aquellos convoyes marítimos, y habiéndola comunicado al rey, este confirió al mismo Queralt su ejecucion, reteniendo á su lado, bajo pretexto de serle necesario para otros servicios, á su hijo el almirante Jaime Perez, que, aunque de corazon noble y valeroso, habia manifestado últimamente cierta incapacidad. Comunicadas las órdenes oportunas, los almogavares se embarcaron al grito de *¡Desperta ferro!* que lanzaban ordinariamente al marchar al enemigo, y las veinte y dos galeras catalanas se hicieron á la vela con direccion á Nápoles.

No podian comprender los Mesineses ni los demás Sicilianos que con el rey se hallaban, como don Pedro enviaba veinte y dos galeras contra las ochenta de que

---

(1) Hasta los escritores güelfos hablan de la entusiasta acogida que los Mesineses dispensaron á don Pedro, quien, segun Bartolomé de Neocastro, hubo de resistir entonces á seducciones de un carácter singular. Machalda de Lentini, esposa del gobernador de Mesina, enamoróse perdidamente de él y quiso vencerle con halagos, que don Pedro rechazó con varonil constancia.

se componia la armada de Carlos; pero no tardaron en conocer la superioridad de aquellos hombres á quienes en un principio despreciaron. A la altura de Nicotera avistáronse ambas escuadras, y dándose al momento en la catalana la señal de combate, amarráronse entre sí todas las galeras, de modo que las veinte y dos solo formaban una, y así entrelazadas, se adelantaron en línea de batalla contra la armada angevina. Esta no podia creer en un principio tanta audacia, mas conociendo al fin la inminencia del combate, los Pisanos fueron los primeros en largar sus velas y en tomar la fuga; imitáronles los Genoveses y Provenzales, y las cuarenta y cinco galeras de Nápoles quedaron solas para resistir al choque de los enemigos. Considerándose perdidas, arrójanse sobre la playa de Nicotera, pero sin darles tiempo de llegar á ella, los Catalanes las atacan, se apoderan de ellas y hacen mas de seis mil prisioneros. No contentos aun, lánzanse á la playa, entran en Nicotera, la devastan y entregan á las llamas, y dan muerte á mas de doscientos caballeros franceses que allí se encontraban. En esto anocheció, y despues de consagrar al reposo parte de la noche, los vencedores diéronse á la vela para volver á Mesina, que dista de Nicotera apenas treinta millas. Sus naves eran tantas, dice Muntaner, que privaban de ver el mar, pues además de las cuarenta y cinco galeras, leños y barcas que en la pelea habian apresado, hallaron en Nicotera muchas naves de transporte que conducian víveres al ejército de Carlos. De todas se apoderaron, y cuando al asomar el alba aparecieron delante del puerto de Mesina, los moradores asustados creyeron que sobre ellos venia todo el poderío de Carlos. El rey acudió tambien á la playa, no sin cierta inquietud, pero adelantándose una nave y saltando de ella el vice-almirante En Cortada, desvaneció los temores de todos, pregonando la buena noticia. Al oirla el rey se apeó de su caballo y se postró de hinojos sin proferir una palabra. Todos siguieron su ejemplo, y mientras los apartados ecos repetian la *Salve Regina* y el *Laudate Dominum* que entonaban millares de voces, los primeros rayos del sol iluminaban á las veinte y dos galeras victoriosas que, remolcando las naves capturadas, entraban en el puerto empavesadas, con el estandarte de Aragon enarbolado y empapando en el agua las banderas enemigas.

Generoso y político el rey de Aragon, separó entre los prisioneros á los Franceses y Provenzales y reunió á los Italianos en un campo fuera de la ciudad. Allí, en vigorosas palabras, díjoles no considerarlos como enemigos, que solo los Franceses lo eran suyos, que les daba libertad para volver á su país á donde los conducirian naves catalanas, y que, llevando á los hombres de la Calabria, de la Pulla y de la Basilicata la carta que les entregaba sellada con el sello de su reino, supieran todos quien era el monarca de Aragon. «Libre entrada tienen todos desde hoy en los puertos de esta isla y de mis reinos de España, dijo, si quieren llevar á ellos sus mercancías, no para que vayan á hacer mal; pero guardaos de pagarnos esta merced volviéndoos de nuevo contra Nos, porque si otra vez cayéseis en nuestras manos, no podria menos de condenaros á muerte.» Este noble y firme lenguage ganóle todos los corazones, y Desclot refiere que se elevaron mil voces exclamando: «¡Prolongue Dios tu vida, rey misericordioso! No emplearemos contra tí la vida que de tí tenemos.» Muchos tomaron servicio bajo la bandera aragonesa; los que prefirieron volverse á sus hogares recibieron víveres y una libra tornesa cada uno, con lo cual marcharon

alegres y contentos, deshaciéndose en elogios del nuevo rey de Sicilia.

Carlos supo en Reggio la pérdida de su armada y la conducta de Pedro respecto de los prisioneros italianos, con tales transportes de dolor que, segun dice una crónica, habria preferido morir (1). Pedro, despues que en dos semanas de permanencia en Mesina hubo hecho su posicion inexpugnable y arrebatado al enemigo toda esperanza de volver á la isla, partió el 16 de octubre para Catana, recibiendo mil demostraciones de afecto en todos los pueblos de su tránsito. En un parlamento reunido en la catedral de Catana, compuesto de los síndicos de todas las municipalidades de aquella parte de la isla, manifestó el rey por la libertad de los Sicilianos iguales sentimientos que mostrara en Palermo; suprimió tributos, rebajó otros y abolió el odioso derecho relativo al armamento de los buques. El parlamento concedióle varios subsidios para la continuacion de la guerra, y el rey volvió el 24 de octubre á Mesina, donde expidió un edicto dando fuerza de ley á todo lo hecho en el expresado parlamento.

Esta era la situacion de las cosas, cuando un singular incidente alejó á ambos reyes del teatro en que naturalmente habian de zanjar su contienda. A su regreso á Mesina, encontró Pedro á un religioso de la órden de Santo Domingo, fray Simon de Lentini, enviado por Carlos para repetirle lo que no cesaba de decir contra su enemigo, á saber, que Pedro, sin provocacion ninguna, le habia usurpado su tierra, la detentaba ilegítimamente en menosprecio de su derecho, de lo cual estaba pronto á convencerle en combate, tomando por juez su espada. Segun Muntaner, proponíase el Francés con este reto la ventaja inmediata de alejar á su competidor de la isla de Sicilia, y obtener así una tregua, en lo cual, segun veremos, se engañó, y quizás una reaccion en beneficio de su causa. A creer al citado cronista, pensaba: «Aplazada la batalla, lo sabrán las gentes, y así como ahora están sublevadas, cesarán desde luego y dirán: ¿Contra quién nos rebelamos? El rey de Aragon ha de ir á la batalla, y si quedase vencido, entonces nos podíamos ya contar todos por muertos con el poder que tiene el rey Carlos.—De este modo todos se mantendrán quietos hasta saber el éxito de la batalla, lo cual será un gran bien para Nos.» Contestó Pedro que no era aquella embajada para ser encomendada á personas religiosas, y por esto es que Carlos con tal pensamiento que, segun Muntaner, fué el mas sabio y elevado que jamás haya tenido señor alguno en apuros como este, eligió por mensageros á sus mas nobles caudillos, y los envió á Mesina con órden de no explicar su mensage, sino delante de la corte entera. «Rey de Aragon, dijeron, el rey Carlos nos envia á vos para deciros que habeis faltado á la fe y á la lealtad, en cuanto habeis entrado en sus tierras sin haberle antes desafiado.» Encendido en ira don Pedro, les contestó: «Decid á vuestro señor que hoy mismo estarán en su presencia embajadores nuestros que le contestarán en sus barbas, como vosotros habeis formulado esta acusacion en las nuestras.»

Los enviados se retiraron, y seis horas despues el rey de Aragon envió dos caballeros, quienes se presentaron á Carlos, y sin saludarle, le dijeron: «Rey Carlos, nuestro señor el rey de Aragon nos envia para preguntaros en su nombre si es verdad que habeis mandado á vuestros mensageros decir las pala-

(1) *Ribellimentu di Sicilia*, p. 274.

bras que en su presencia han dicho. »—«¡Sí que lo es, contestó Carlos, y quiero que el rey de Aragon, vosotros y el mundo todo sepan por nuestra propia boca que Nos les mandamos que las dijesen, y en vuestra presencia las repetimos aquí con nuestra propia boca.» A tal sazon levantáronse los enviados, que eran el caballero catalan Beltran de Canellas, y el juez de Mesina Reynaldo de Limogiis, y el primero dijo: «Rey, de parte de nuestro señor don Pedro de Aragon os respondemos que mentís por la gola, pues por nada de lo que él ha hecho puede decirse que haya faltado á su fe; antes dice el referido señor que sois vos quien faltásteis á ella cuando venísteis contra el rey Manfredo, y aun mas, cuando matásteis al rey Coradino. Y si esto pretendeis negar, sabed entonces que él os lo hará confesar luchando cuerpo á cuerpo, y si bien nada tiene que tacharos respecto de vuestra aptitud en caballería, pues sabe que sois buen caballero, con todo os dará ventajas en la eleccion de armas por los años que teneis mas que él. Si no quisiereis aceptarlo así, se batirá tambien con vos diez á diez, cincuenta á cincuenta, ó ciento á ciento, todo lo cual estamos prontos y dispuestos á firmarlo.»

Muy contento quedó el rey Carlos al oir esto, pues conocia que iba realizándose su plan, y dijo: «Barones, mis enviados volverán con vosotros para saber si el rey les dirá lo mismo que vosotros nos habeis dicho, y si lo hace, no tiene mas que asegurar delante de nuestros mensageros, jurando como rey sobre los santos Evangelios, que de cuanto haya dicho no se volverá atrás. Cuando lo haya cumplido, volved vosotros junto con nuestros mensageros, y Nos os aseguraremos del mismo modo y prestaremos igual juramento. Un dia me basta para escoger entre los tres partidos que me propone, y cualquiera que sea el que elija, dispuesto estoy firmemente á cumplirlo. En seguida nos convendremos él y yo para saber ante qué soberano ha de verificarse la batalla, y hecho esto tomaremos el tiempo mas breve y corto que podamos para acudir á la pelea.»—«Nos place cuanto habeis dicho,» dijeron los enviados, y en seguida marcharon á la presencia del rey de Aragon, acompañados de los mensageros de Carlos.

Estos cumplieron las órdenes de que eran portadores, y terminado que hubieron, el Aragonés les dijo: «Manifestad al rey Carlos que todo cuanto le dijeron nuestros mensageros lo dijimos Nos, y para que él y vosotros lo creais así, os lo repetiré de nuevo.» Y sin quitar ni añadir cosa alguna, pronunció las mismas palabras que sus embajadores. «Si es así, dijeron los Franceses, dadnos una prenda que lo atestigüe en presencia de todos.» El rey tomó entonces un par de guantes que tenia allí un caballero, y se los arrojó en presencia de todos; los enviados de Carlos los recogieron y añadieron: «Rey, jurad sobre los santos Evangelios de Dios, como rey que sois, que de cuanto habeis dicho no volvereis atrás, y que si lo hiciéreis, os declarareis vencido, falso y perjuro.» Don Pedro juró como se le pedia, y el de Anjou cumplió iguales formalidades que él respecto á la prenda y al juramento.

Carlos propuso luego que el combate fuese de ciento contra ciento, el juez Eduardo de Inglaterra, y el lugar la ciudad neutral de Burdeos, propiedad entonces de dicho monarca. Aceptólo todo el rey de Aragon, pero exigió que ambos prestasen juramento de no llevar á Burdeos otro séquito ni otras fuerzas que

los cien caballeros que debian entrar en la liza. En ello convino el de Anjou, y los dos juraron y firmaron solemnemente la carta de duelo en 30 de diciembre, firmándola además cuarenta caballeros por cada parte (1). A. de J. C.

Al principio de estas negociaciones, cuando ya se habia convenido el duelo, faltando únicamente fijar sus condiciones, Carlos envió á decir al de Aragon que si bien le parecia, podrian estipular una tregua hasta despues del combate; don Pedro, sin embargo, le contestó que no queria tener paz ni tregua con él, antes le hacia saber que le haria é imaginaria cuanto mal pudiere hacerle, pues cierto estaba de que lo mismo haria el rey Carlos; añadió que en breve tendria que habérselas con él en Calabria, y que por lo tanto no habria necesidad de ir á Burdeos para encontrarse frente á frente. En efecto, pocos dias despues rompió de nuevo las hostilidades. En 6 de noviembre, cinco mil almogavares fueron durante la noche transportados á la otra parte del estrecho; desembarcaron cerca del campamento que Carlos habia dejado en la Cotona, y sorprendiendo á los centinelas, hicieron en los Franceses horrible carnicería, pusieron en fuga á los que no cayeron bajo sus golpes, y se apoderaron de ricos despojos. En 11 del mismo mes el conde Federico Mosca fué enviado á Scalea, llamado por los habitantes, para recibir su sumision al monarca aragonés; fuertes destacamentos de almogavares se diseminaron por los antiguos bosques de Solano cerca de Reggio, y de ellos salian para correr la tierra y llegar á veces hasta el pié de los muros de la ciudad en que residia el Angevino. Entre los cuidados que le daban aquellos audaces guerrilleros firmó este la carta de duelo, y terminado así el sangriento año de 1282, Carlos abandonó la Calabria para ir á buscar cerca del Papa y de su sobrino Felipe el Atrevido socorros y consejos. En su ausencia quedó encargado de sostener la guerra su hijo el príncipe de Salerno, quien, atacado hasta en la propia ciudad de Reggio, abandonóla á su vez y se retiró con sus tropas á la llanura de San Martino, donde tampoco le dejaron en reposo los terribles almogavares. Don Pedro entró en Reggio el dia 14 de febrero de 1283, repitiéndose allí entonces las fiestas de Palermo y de Mesina, pero sin tomar descanso, siguió con su gente hácia el interior de la tierra. Muchas ciudades de la Calabria, Calanna, La Motta, Santo-Lucido, Santa Agata, Ponte-Datilo, Catanzaro y otras recibieron guarnicion aragonesa, y todo cuanto el rey recorria, dice Muntaner, caia en poder suyo. Los hombres de á caballo y los almogavares, continúa el mismo cronista, hacian correrías, en las que penetraban tres ó cuatro jornadas tierra adentro, y tenian encuentros con la caballería que el rey Carlos habia dejado por aquellos lugares. Pero ¿qué os diré de tales encuentros? Si los del señor rey de Aragon eran cien hombres de á caballo y quinientos de á pié y se encontraban con quinientos de á caballo de los otros y con tres ó cuatro mil hombres de á pié, á todos les daban muerte ó los hacian prisioneros, pues de tal modo los tenian amedrentados, que tan pronto como oian gritar *¡Aragon!* se tenian ya por muertos y se dejaban vencer. Quien quisiere relatar todos los hechos famosos de ar-

1283.

(1) Por la de Pedro firmáronla, entre otros ilustres caballeros, Alaymo de Lentini, el conde de Vintimiglia, Pedro Queralt, Roger de Lauria, Jimeno de Luna, los condes de Urgel y de Pallars, Guillen de Ballera, Ramon de Molina, Pedro Ferran y Jaime Perez, aquel sobrino y este hijo natural del rey.

mas que las gentes del señor rey de Aragon verificaban todos los dias en Calabria, no le bastaria el tiempo para escribirlos, y si señor alguno estuvo jamás alegre, este era el rey de Aragon, pues quince dias permaneció en Calabria, y en ellos se apoderó de toda la costa desde Tropea hasta Gerace (1).

En este último punto, la guarnicion francesa, que no pudo resistir á la poblacion levantada en favor del rey de Aragon, habíase retirado á la peña fortificada que domina la ciudad, donde fué en vano sitiada por Roger de Lauria; el rey marchó allí en persona para apresurar su rendicion, y entonces fué cuando supo la llegada á Sicilia de su esposa Constanza y de tres de sus hijos. Al empezarse á tratar los preliminares del duelo habia el rey don Pedro encomendado á Juan de Prócida y á Conrado Lancia que fuesen á Cataluña en busca de la reina, á quien deseaba confiar en su ausencia el gobierno de Sicilia, y Constanza llegó á Palermo el dia 12 de abril acompañada de los infantes Jaime, Fadrique y Violante. La presencia de la hija de Manfredo y de los infantes, de noble y agradable aspecto, despertó en el pueblo vivo entusiasmo; el dia 22 de dicho mes reuniéronse ambos esposos en Mesina, y en la misma ciudad convocó don Pedro un parlamento en el que expuso las disposiciones que habia adoptado para el gobierno de la isla en el tiempo que durase su ausencia. Dijo que despues de su muerte no quedaría unido el reino de Sicilia á los demás que formaban la monarquía aragonesa, sino que lo daria á su segundo hijo don Jaime, á fin de que tuviesen soberanos propios (2). Este infante y la reina Constanza fueron nombrados vireyes; Alaymo de Lentini recibió el cargo de gran Justicia del reino; Juan de Prócida el de gran canciller; Roger de Lauria el de primer almirante, y Guillen Galceran de Cartella, nombrado conde de Catanzaro, fué encargado del mando del ejército de tierra.

Al propio tiempo que sabia el rey en Gerace la llegada de Constanza tuvo otra noticia menos agradable: díjosele haberse tramado una conspiracion entre algunos barones sicilianos y el partido angevino para entregar de nuevo la isla al rey caido. En efecto, un hombre, segun la crónica siciliana, de ánimo ligero, envidioso y débil, Gualtero de Calatagirone, de acuerdo con el conde de Modica Federico Mosca, habíase comprometido á devolver á Carlos la soberanía de la isla, si luego de marchar don Pedro enviaba el príncipe de Salerno á un puerto del Val-di-Noto cincuenta galeras con un cuerpo de caballeros franceses. ¡Singular volubilidad de los hombres! Gualtero Calatagirone habia sido uno de los mas ardientes promovedores de la conjuracion de Prócida, y tres meses apenas habian transcurrido desde que solicitara como especial favor ser incluido entre los campeones de don Pedro. Este, acompañado de Alaymo y del infante su hijo, marchó sin pérdida de momento al territorio que se decia pronto á sublevarse, y en efecto, á su llegada habíase ya dado el grito de rebelion. No duró esta mucho tiempo: la actividad y destreza de Alaymo, la gran influencia que en

---

(1) Ram. Muntaner, Crón., c. LXXV.

(2) Bart. de Neoc., c. 63; Nicol. Spec., l. I, c. 25.—El primero dice haberse hallado en el parlamento y haber oido la alocucion de don Pedro.—Esto no obstante, la sucesion de don Jaime en el reino de Sicilia, si bien indudable y evidente, es, históricamente hablando, un punto muy confuso, en cuanto no se encuentra documento alguno que nos la explique y nos manifieste el título en que se apoyaba.

el país ejercia, hicieron apenas necesario el empleo de las armas. Reducidos á la obediencia los pueblos que se habian alzado, presos los principales conspiradores, y sumiso, en apariencia á lo menos, el inconstante Gualtero, dispuso el rey castigar con severidad aquellos primeros síntomas que amenazaban de nuevo sumir á Sicilia en las turbulencias pasadas; los caudillos de la rebelion fueron condenados á muerte, y Gualtero Calatagirone por su incierta y vacilante conducta quedó bajo rigurosa vigilancia.

Sofocada así en su principio esta sublevacion, tomadas todas las providencias necesarias para el buen gobierno de la isla, con gran contento y satisfaccion del patriotismo siciliano, que se veia con un rey propio y una corona hereditaria, Pedro se embarcó en Trápani el dia 11 de mayo, cuando solo faltaban veinte dias para el desafío de Burdeos, despues de despedirse allí mismo de su esposa y de sus hijos, y de recomendar otra vez las cosas del reino á Alaymo y á los demás á quienes habia encomendado su gobernacion.

Las cuatro galeras y el leño armado, mandadas por Ramon Marquet y Berenguer Mallol, de que se componia la escuadra real, bogaron en un principio á toda vela hácia occidente, pues el rey se mostraba temeroso de no llegar á tiempo. Al sur de Cerdeña el viento se le manifestó contrario, y don Pedro entonces, á pesar de las observaciones de su almirante, trasladóse desde el navío á una galera, hizo que pasaran á ella los mejores remeros, y dió órden de navegar contra el viento. Con grandes esfuerzos llegaron á Capo-Terra en el golfo de Cagliari; al dia siguiente una tormenta los arrojó hácia el Africa con gran sentimiento del monarca, pero al fin arribaron al Grao de Cullera el 17 de mayo, despues de siete dias de dura navegacion. A la mañana siguiente Pedro se hallaba en Valencia.

Desde su marcha de Reggio, Carlos no habia perdido el tiempo en Italia cerca del Papa, y en Francia cerca de su sobrino Felipe el Atrevido. Martino IV reprodujo la primera excomunion que en 18 de noviembre de 1282 fulminara contra Pedro desde Montefiascone por una bula de 13 de enero de 1283, que fué en breve seguida de otra dada en Orvieto en 21 de marzo. En esta, tratando del asunto desde su principio, hacia cargo á Pedro por sus primeros armamentos y por su expedicion á Africa; por sus mensages á los Palermitanos, excitándolos á la rebelion; por sus embajadas á la corte de Roma, que calificaba de pérfidas, y finalmente, por la ocupacion de la Sicilia que, perteneciente á la Iglesia, habia sido dada en feudo por esta al destronado Carlos. Insistia en un punto mas grave aun, pero que nunca fuera completamente reconocido, esto es en el vasallage de Aragon respecto de la Iglesia romana, en virtud del homenage prestado al Papa Inocencio III por su abuelo don Pedro II, y declarábale vasallo felon y desleal, le deponia en consecuencia de su reino de Aragon, reservándose investir con él á quien mejor le pareciere, le excomulgaba por tercera vez y privaba de los sacramentos y comunion de la Iglesia á los pueblos y lugares que le prestaren obediencia (1). Martino IV dice obrar así en virtud del consentimiento de sus hermanos los cardenales; pero, segun la historia de su mismo secretario, continuador de Saba Malespina, parece que tan grave disposicion fué por el contrario muy combatida por el Sacro Colegio. Respecto del duelo concertado, Martino, no

(1) Rayn. Ann. Eccl., t. XXII, p. 553.

solo no lo aprobó, sino que hizo cuanto estuvo en su mano para que no se llevase á efecto, hasta escribir á Carlos en 5 de febrero de 1283 para disuadirle de él, y expedir una bula de excomunion contra quien pensara en realizarlo. Severo para con el hijo de la Iglesia porque le amaba (estas eran sus palabras), condena aquellos pactos insensatos, reprobados por la religion, aquellos culpables anatemas lanzados contra los débiles, aquellos testimonios, no de valor y de razon, sino de vana jactancia y ferocidad. Como si la provocacion hubiese partido de Pedro (quizás el Papa lo creyó así en los primeros momentos como lo creyeron algunos historiadores), admírase de que Carlos hubiese caido en el lazo que el Aragonés le tendiera, pues la política, cuando no otra cosa, habria debido hacérselo evitar (1). Esta especie de combate, decia el Pontífice, está prohibido por la religion evangélica á las personas privadas, y con mas razon aun á los príncipes coronados que rigen y gobiernan á los pueblos. Ordenábale por lo tanto no acudir á la liza, para lo cual le absolvia de su juramento, y amenazábale en caso contrario con la excomunion y con las otras penas que contra él sabria encontrar su prudencia, inspirada por el Espíritu Santo y por los consejos de sus hermanos de la corte romana (2). Tambien escribió al rey Eduardo que, aliado y sincero amigo de ambos reyes, se habia negado á presidir la liza y á ser guardian del palenque, prohibiéndole bajo la acostumbrada pena de excomunion que en manera alguna guardase el campo ni permitiese á los combatientes la entrada en sus estados de Gascuña, y el rey de Inglaterra, en efecto, manifestólo así á Carlos de Anjou, al rey de Aragon y al príncipe de Salerno.

En tanto el infante Alfonso habia hecho inscribir en Aragon á ciento cincuenta campeones, que se habian ofrecido á mantener la liza, entre los cuales dícese que se hallaba un hijo del emperador de Marruecos, que habia ofrecido hacerse cristiano en caso de quedar triunfante don Pedro. Por su parte Carlos de Anjou habia reunido trecientos en Francia por igual motivo, y el mismo rey Felipe quiso figurar entre ellos. Era tal la curiosidad é interés que en todo el reino habia despertado el suceso, que en todas partes la nobleza montaba á caballo y se dirigia á Burdeos con la esperanza de tomar parte en la batalla, ó á lo menos de presenciarla; hubiérase dicho que se abria una campaña. Carlos llegó á Burdeos el martes 25 de mayo, y se apresuró á disponer la construccion de un gran palenque largo y estrecho, rodeado de gradas en forma de anfiteatro, con dos departamentos guarnecidos de empalizadas y fosos, destinado el uno, que no tenia salida, para el rey de Aragon y sus caballeros, y el segundo, que comunicaba con la única puerta por donde habia de entrar todo el mundo, para los campeones del rey Carlos. Esto y el armamento general de los vasallos del rey de Francia, que ocupaban militarmente los alrededores de Burdeos, sus palabras amenazadoras, el número de guerreros que acompañaron á Felipe, que los historiadores elevan á diez mil, todo hizo nacer la sospecha que creen muy fundada los escritores de aquel tiempo, de que los Franceses querian ocupar por fuera la única puerta del palenque y esterminar á los Aragoneses en caso de quedar estos vencedores.

(1) En el dia no queda ya duda ninguna de que la provocacion al duelo partió de Carlos, y en ello convienen hasta los mismos historiadores franceses.

(2) Rayn. Ann. Eccl., § 8 á 12, breve dado en Orvieto á 3 de abril de 1283.

Así estaban las cosas cuando Pedro llegó á Valencia, segun hemos dicho, el 18 de mayo. De allí marchó únicamente con tres servidores, y el 23 llegó á Tarazona, habiendo andado ocho jornadas en tres dias. Encontró allí á su sobrino Sancho, hijo de Alfonso de Castilla, rebelado ya contra su padre; tuvo con él una conferencia de algunos momentos, y emprendió otra vez su camino. Tenia que atravesar Gascuña, donde contaba muchos enemigos, y por grande que fuera su anhelo de no faltar al lugar de la cita al dia señalado, queria tomar algunas precauciones, pues hasta él habian ya llegado los alarmantes rumores de los preparativos que hacia la corte de Francia, y Eduardo habíale enviado diferentes mensages para disuadirle de exponerse á semejante peligro.

Esto no obstante, no quiso faltar á su promesa; pero previsor y prudente, tampoco quiso caer en un grosero lazo, é imaginó lo siguiente: dispuso que sus campeones se dirigiesen á Burdeos por caminos diferentes y en reducidas comitivas; envió á Gilabert de Cruilles al senescal del rey de Inglaterra con mision expresa de preguntarle si le aseguraria el campo, mientras que él con tres fieles compañeros Blasco de Alagon, Bernardo de Peratallada y Conrado Lancia, tomaron, disfrazados y á caballo, el camino de Gascuña, guiados por Domingo de la Figuera, natural de Zaragoza, traficante en caballos y muy práctico en los caminos de los Pirineos. Este habia jurado sobre los santos Evangelios guardarle el secreto, y nadie, ni el infante don Alfonso, supo entonces estas disposiciones. El rey se armó con una cota de malla debajo del vestido, y con un yelmo bajo el capuchon; se envolvió en una vieja capa azul, tomó en la mano un venablo de caza, y puso en la grupa de su caballo una maleta comun con su gramalla y dinero, de modo que parecia el criado del mercader; los demás disfrazáronse tambien humildemente, mientras que Domingo de la Figuera, vestido con un rico trage y manifestando noble aspecto, comia y se hospedaba en los lugares principales, servido muchas veces por el mismo don Pedro. Nada revelaba en él su dignidad real, dice Neocastro, sino su admirable estatura y su magestuoso continente, y así, evitando todas las celadas, si celadas habia, llegaron el 31 de mayo, dia anterior al señalado para el combate, á las puertas de Burdeos. Bernardo de Peratallada avisó al momento á su padre Gilabert de Cruilles, que, segun hemos dicho, se encontraba allí hacia algunos dias como embajador del Aragonés cerca del senescal de Inglaterra, que era entonces Juan de Greilly. Este, Gilabert de Cruilles y algunos caballeros salieron al encuentro de los recien llegados, y Pedro, que habia tenido la precaucion de que asistiera un notario á la entrevista, fingióse un nuevo enviado del monarca de Aragon, y preguntó otra vez al senescal si el rey de Inglaterra ó él le aseguraban el campo. Juan de Greilly contestó resueltamente que no, que allí estaban el rey de Francia y el rey Carlos con numerosas compañías de hombres de armas que se lo imposibilitarian aunque quisiera, y que así lo habia manifestado ya á Gilabert de Cruilles. Entonces rogó Pedro al senescal que le enseñara la liza, y echándose atrás la capucha, diósele á conocer; en vano le suplicó este que huyera prontamente, el rey quiso entrar á caballo en el campo que recorrió tres veces en todos sentidos, y deteniéndose en medio, dijo al senescal y al notario que habia llegado hasta allí para salvar su juramento, y queria que de todo lo sucedido se levantara la correspondiente acta. En seguida dejó sus armas al senescal, y partiendo por el ca-

mino de Bayona, volvió á España por Fuentarrabia, siendo recibido con extraordinarias demostraciones de contento.

Carlos permaneció en el campo desde la mañana hasta la noche, mientras que la hueste francesa se agitaba en Burdeos, disponiéndose sin duda para cumplir una traicion. Impaciente el de Anjou, llamaba ya al Aragonés cobarde y desleal, y al presentársele el acta de comparecimiento, entregóse á indecibles transportes de furor, y hasta llegó á poner preso al senescal de Inglaterra. Semejante acto de ciega ferocidad fué acogido con vivo disgusto por la poblacion de Burdeos, y Carlos vióse obligado á respetar mas los deberes de la hospitalidad que Eduardo le habia concedido. Finalmente, despues de desahogar su ira llamando al rey de Aragon diablo del infierno y otras cosas peores, y expidiendo correos por todos los caminos, pregonando mil injurias contra Pedro, Carlos salió de Burdeos el dia 11 de junio, quedando así terminado el ruidoso suceso que por espacio de algunos meses habia embargado la atencion de toda Europa.

En Sicilia y en el reino de Nápoles todo continuaba favoreciendo la política aragonesa. Alaymo de Lentini, Juan de Prócida, Roger de Lauria y Guillen Galceran regian con vigor y prudencia los negocios del reino, y esto que luego de haber marchado Pedro para el palenque de Burdeos, habíanse dirigido contra la Sicilia los esfuerzos todos de los Angevinos. En efecto, buen golpe habria sido para la política de Carlos recobrar la isla mientras don Pedro se batia en Burdeos, y todo indica que así lo habia imaginado. Al marchar de Roma á París habíase detenido en Marsella, y allí habia dado órden á su vicario en el condado de Provenza de armar á toda prisa veinte galeras y enviarlas á la Pulla llegado que fuese el mes de abril, ó á lo mas tardar el de mayo (1). Vuelto á Marsella poco despues y dispuestas ya las galeras, confió su mando á los Marselleses Guillermo Cornut y Bartolomé Bonvin, jurándole el primero que le presentaria muerto ó prisionero el almirante enemigo (2). Al propio tiempo el príncipe de Salerno armaba en la Pulla noventa naves (taridas y galeras), y dábales órden de marchar á Reggio á mediados de junio. A fines de abril habia abandonado el funesto campamento de San Martino, donde la escasez de víveres y la epidemia habian diezmado al ejército francés, contándose entre las víctimas Pedro, conde de Alençon, hijo segundo de san Luis y hermano del rey de Francia (3).

Antes de esto, el príncipe de Salerno habia reunido un parlamento, y conciliador y humano cuanto era su padre inflexible y cruel, habia devuelto á los pueblos algunas de las costumbres de Guillermo el Bueno ó del buen Normando, segun le llamaban familiarmente los Calabreses y Sicilianos (4). Al levantar su campo el jóven Carlos, proponíase acercarse al mar Tirreno á fin de preparar en un punto de aquella costa una expedicion marítima á Sicilia que coincidiese con la rebelion que se preparaba en la isla por aquel Gualtero de Calatagirone,

(1) Bart. de Neoc., c. 74.

(2) Ram. Muntaner, Crón., c. LXXI, Desclot, c. CX.

(3) Muntaner hace morir al conde de Alençon en la sorpresa de la Canota, mas parece indudable que no falleció de sus heridas ó de muerte natural hasta algun tiempo despues en el campamento de San Martino.

(4) La constitucion de Guillermo el Bueno fué, segun dice un autor, como la estrella polar de la Sicilia y la Pulla en la época de que tratamos; los Napolitanos la obtuvieron en las capitulares del papa Honorio IV y los Sicilianos en tiempo del rey don Jaime.

el mismo que preparara la insurreccion pasada. Sin embargo, así el príncipe como el arrebatado y voluble conspirador habian contado sin la presencia de los hombres de decidida y enérgica voluntad á quienes confiara Pedro la defensa de la causa aragonesa. Gualtero, sin esperar los socorros del príncipe de Salerno, derribó en Calatagirone la bandera de Aragon, dió muerte á cuantos no quisieron abrazar su rebelion, sembró el terror por medio de algunos hombres resueltos entre la poblacion del Val di Noto, y esperó.

El infante don Jaime, jóven de bella presencia, de agradable rostro y de maneras reales y atractivas, hallábase en la parte septentrional de la isla, cuyos pueblos le recibian con alborozo, cuando supo en Palermo la rebelion de Gualtero; y tales disposiciones tomó, y tan eficaz cooperacion le prestaron Guillen Galceran y Alaymo de Lentini, que en pocos dias volvió todo el país sublevado á su obediencia, y en 21 de mayo entró con Alaymo en Calatagirone. Pocos dias despues Gualtero y sus compañeros, cogidos con las armas en la mano, fueron ejecutados en el campo de San Julian; el dia 27 todo habia concluido, y el infante se hallaba de regreso en Mesina.

Las veinte galeras preparadas por Carlos en Provenza habian llegado á Nápoles á mediados de mayo; desde allí se habian dirigido á reunirse con el príncipe á Nicotera, é inútiles ya para el proyectado ataque en cuanto la rebelion con que contaban habia sido sofocada, fueron dirigidas al socorro del castillo de Malta, que un cuerpo de Aragoneses desembarcado en la isla, al mando de Manfredo Lancia (1), tenia estrechamente bloqueado. Sabido esto por la reina Constanza, avisólo inmediatamente á Roger de Lauria, que se hallaba en Mesina disponiendo una armada de veinte y una galeras catalanas y sicilianas para una expedicion á Calabria, y sin dilacion salió al encuentro del enemigo. Habia este llegado á Malta, y las tripulaciones de sus naves, creyéndose seguras al abrigo del puerto, dormian profundamente cuando llegó la armada aragonesa. Roger envió una nave á explorar el número y posicion de la armada provenzal, é hizo luego una cosa que, segun Muntaner, puede considerarse mas de loco que de hombre de seso. Mandó que las trompetas y las nácaras tocasen para despertar á los Provenzales, pues no queria que pudiera decirse que no los hubiera vencido á no encontrarlos durmiendo. Era aquella la primera batalla en que mandaba como almirante, y por lo mismo, dice el cronista, queria acreditar su valor y las proezas de que era capaz la gente que llevaba.

Sus galeras entraron en el puerto amarradas unas con otras á las primeras luces del dia, pero ni aun entonces quiso Roger que empezara el ataque. Esperó una hora mas para dar tiempo á que el enemigo hiciera sus preparativos, y en efecto, con las velas desplegadas, formadas en buen órden, y despues de reforzarse con los mejores hombres de armas del castillo, las naves de Guillermo Cornut se movieron contra las de Lauria. Unas y otras se encontraron y chocaron con tanta fuerza en medio del puerto, que casi todas las proas se rompieron, y la batalla empezó. Fué aquel uno de los combates navales mas sangrientos y terribles de la época; los Provenzales, segun confesion de sus propios historiadores, eran superiores en fuerzas por el número de hombres y de naves, pe-

(1) Manfredo Lancia era hermano de Conrado y cuñado de Roger de Lauria.

A. de J. C. ro inferiores en mucho á los Catalanes por el modo de combatir. Toda aquella mañana lanzáronse de una á otra parte flechas, piedras, cal y fuego griego sin ventaja decidida por ninguno de los combatientes. Roger esperaba el momento en que las armas arrojadizas faltarian á los Provenzales, y llegado este á los gritos de *¡Aragon, Aragon! ¡via sus, via sus!* precipitáronse los suyos al abordaje, arrollando por todas partes á los enemigos. En la galera almirante de Provenza peleaban Roger y Cornut, cada uno al frente de sus soldados; Roger recibió en el muslo un venablo que le arrojó Cornut, é iba á sucumbir á sus golpes, cuando un Catalan arrebató al Provenzal el hacha de las manos; entonces Roger arrancó de su herida el venablo, y con la misma arma atravesó el pecho de su enemigo. Así acabó la batalla. Quinientos Aragoneses fueron muertos ó heridos; ochocientos Provenzales muertos fueron arrojados al mar para pasto de los peces, y ochocientos sesenta quedaron prisioneros. Bonvin, con cinco galeras, únicos restos de la armada, llevó á Provenza la fatal noticia, y á consecuencia de esta victoria Malta y Gozzo se rindieron á las armas de Aragon. Roger tomó de nuevo el camino de Sicilia, y despues que desde Siracusa hubo despachado correos por toda la isla, anunciando el feliz suceso, entró en el puerto de Mesina remolcando las galeras capturadas en Malta con la popa hácia delante en señal de vencimiento, empavesadas con banderas de Aragon y Sicilia, y colgando en la proa las de Anjou y de San Victor de Marsella.

No satisfecho aun el bélico ardor del almirante, salió otra vez al mar con su armada, forzó la bahía de Nápoles, entregó á las llamas los buques, provisiones y efectos navales que en ella se encontraban, tomó por asalto los castillos de Caprea y de Ischia, y cargado de despojos, volvió á invernar á Mesina.

Sin embargo de todo esto, el Pontífice, cuyo obstinado empeño contra los Sicilianos y la casa de Aragon, como representante de la de Suavia, nada po-
1284 dia vencer, terminó en 1284 la obra empezada contra Pedro el año anterior, por la bula de 15 de marzo. Despues de calmar las turbulencias de Roma, dirigió todos sus rayos contra el monarca de Aragon, y no satisfecho con haber negado á Pedro todo derecho en la isla de Sicilia y de haberle declarado depuesto de sus reinos hereditarios, Martino IV, que tendia en todo á favorecer los intereses de Francia, expidió una nueva bula en 5 de mayo de 1284, en la que, despues de fulminar de nuevo contra Pedro los anatemas de la Iglesia, ofrecia la investidura de los estados de Aragon, Cataluña y Valencia al rey Felipe el Atrevido para cualquiera de sus hijos que no fuese el primogénito, haciéndole donacion de ellos en nombre de la Iglesia para que los poseyera perpétuamente por sí y sus sucesores como legítimo rey y señor, y prohibiendo á don Pedro tomar en adelante el título de soberano de aquellos reinos «á causa de sus muchos pecados.»

Al propio tiempo, Felipe el Atrevido, si bien no lograba que la república de Génova entrase en la liga que el Papa formaba contra Pedro, alcanzó por lo menos la promesa de que no prestaria al Aragonés socorro alguno de armas y de naves.

Durante este tiempo, el príncipe de Salerno no evitaba pena ni cuidado para mejorar la causa de su padre en la Italia meridional, y de su gobierno se conservan diferentes actos que manifiestan sus buenas cualidades y disposicio-

nes. No olvidando los preparativos militares, presidia á los grandes armamentos que se verificaban en todos los países que obedecian ó reconocian la influencia de Carlos de Anjou y del Papa. Queríase atacar directamente la isla de Sicilia, al tiempo que serian invadidos, por efecto de la última sentencia pronunciada por el Papa, los estados españoles de Pedro.

La amenazadora tempestad que en el horizonte se formaba revelóse al gobierno que, en ausencia del monarca, detenido en Aragon por graves cuidados, regia los destinos de Sicilia. Roger de Lauria propuso y se encargó de dar un gran golpe contra una de las dos escuadras preparadas contra la Sicilia, y en caso necesario contra las dos, y aprobado su plan por el consejo de regencia, púsose todo en movimiento para realizarlo cuanto antes. Armadas treinta galeras en el puerto de Mesina y embarcadas en ellas tropas escogidas, el almirante se dió á la vela, dirigiéndose hácia las costas de Nápoles, donde la armada angevina allí reunida esperaba á la que habia de salir por aquel tiempo de los puertos de Provenza. La vista de la bandera aragonesa, que con su audacia parecia insultar las fuerzas reunidas en Nápoles, conmovió los ánimos hasta el punto que todos, Franceses y Napolitanos, pidieron con repetidas instancias salir á su encuentro y combatirla. Un reconocimiento practicado por algunas naves napolitanas habia dado muy inexactas noticias acerca de las fuerzas de Roger al príncipe de Salerno, quien resolvió salir al mar solo con las galeras que tenia á sus órdenes, sin aguardar las cuarenta que de Provenza le enviaba su padre. Seguros del triunfo, caballeros y soldados se embarcan como si se dirigieran á un festin, y en vano el cardenal legado, que conocia el valor de los Aragoneses, intenta contener su imprudente entusiasmo: hasta el príncipe, sordo á sus acertados consejos, quiere tambien embarcarse para participar de la victoria. Roger de Lauria, que vé salir del puerto las naves enemigas, hace rumbo hácia el sur; los Franceses piensan que huye, y mas y mas se abandonan á las gratas ilusiones de que se hallaban poseidos, sin comprender que era aquella una estratagema del almirante siciliano para atraerlos lejos de la costa, seguro de que se desbandarian al correr en su persecucion. Los Angevinos búrlanse ya del ponderado valor de los fugitivos; los Aragoneses silenciosos continuan bogando, hasta que al llegar cuatro leguas mar adentro, se detienen y vuelven las proas. A la voz de Roger fórmanse en batalla veinte galeras, quedando las demás á retaguardia para no ser empleadas sino en caso de necesidad extrema; suenan las trompetas, y al grito de *¡Aragon y Sicilia!* precipítanse los Aragoneses contra el enemigo, sorprendido y aterrado por tan repentino ataque. Poco tardó en decidirse la victoria: las galeras de Nápoles y de Sorrento son las primeras en abandonar destrozadas la línea de batalla, y solo algunas, montadas por los caballeros franceses de la corte del príncipe, se defienden, no ya para vencer, sino para perecer con honra. Todas van rindiéndose una á una, hasta que por fin la del príncipe, perforada por un marino siciliano, iba á sumergirse, cuando con gran sorpresa de Roger, que no creia hacer tan buena presa, oyóse una voz que gritaba: «Vuestros somos; aquí está el príncipe. A vosotros se rinden las mejores espadas de Francia.» Carlos el Cojo se rindió á Roger de Lauria, que con los principales barones le hizo pasar á su galera, y le trató con todos los honores debidos á su clase.

Dice la crónica de Parma que los muertos de ambas partes eleváronse en aquella jornada á seis mil, y que quedaron prisioneros ocho mil Angevinos, entre ellos treinta y dos barones, con cuarenta y dos de sus galeras.

Refiere Muntaner que Roger de Lauria aprovechó al momento su victoria, y dijo al príncipe: «Si quereis conservar la vida, dos cosas teneis que hacer desde luego, y sino haced cuenta que ahora se vengará la muerte de Coradino. —Quiero, añadió, que hagais venir al punto á la hija del rey Manfredo, hermana de mi señora la reina de Aragon, que teneis vos encarcelada en el castillo del Huevo, y que me hagais entregar el castillo y la villa de Ischia.» Todo se hizo como el vencedor lo exigia, y apostadas cuatro galeras aragonesas en la entrada del puerto de Nápoles, nadie entraba ni salia sin pagarles tributo, lo que fué, dice el cronista, el mayor honor que rey alguno lograra sobre otro, teniendo que sufrirlo el rey Carlos á causa de las gentes de Nápoles, que se habrian consumido si no hubiesen podido vender ó dar salida á sus géneros (1). Las islas de Prócida y Capri prestaron tambien homenage al almirante aragonés, quien hizo su entrada en Mesina en medio del contento que puede imaginarse. El príncipe de Salerno fué alojado mas bien que encarcelado en el palacio de Matagrifone, y la reina, lejos de manifestar dura altivez por el triunfo obtenido, solo se conmovió al mirar á su hermana á quien nunca habia visto, y que apareció á sus ojos, dice Neocastro, como la forma visible de la victoria.

Mientras que así prosperaba en Italia la causa de Aragon, Carlos, ignorante de estos infortunios, llegaba de Provenza envanecido con la magnífica escuadra que llevaba contra los Sicilianos. Su dolor fué extremo cuando supo, al llegar á Gaeta el dia 7 de junio, la derrota y prision de su hijo, acaecida dos dias antes. Enfurecido, además, al tener noticia de que en Nápoles se habia gritado *¡Muera Carlos!* y *¡Viva Roger de Lauria!* saqueando el pueblo las casas de los Franceses por espacio de dos dias, quiso vengarse en la ciudad, entregándola á las llamas; insensato proyecto que habria quizás realizado á no ser por la vehemente oposicion del legado pontificio. Funestas noticias le llegaban de todas partes: las ciudades de ambas Calabrias y de la Basilicata se levantaban sacudiendo su dominacion; los soldados franceses, desalentados, abandonaban sus puestos y se refugiaban cerca del conde de Artois; las poblaciones en actitud amenazadora no ocultaban ya su odio por la dominacion francesa, y en todas partes se las veia agitarse y prontas á dar el grito de rebelion. Esto no obstante, Carlos no desesperó de su causa; dirigióse á Brindis donde dispuso la reunion de todas sus fuerzas de mar y tierra, y halló tener aun diez mil caballos, cuarenta mil infantes y ciento diez galeras, sin contar otros barcos menores, y con este poderoso ejército pasó á Calabria y puso sitio á Reggio (7 de julio). Mandaba en la plaza el catalan Guillen de Pons , y hallábanse en ella gran número de almogavares, que con sus incesantes é impetuosas salidas obligaron al de Anjou á levantar el sitio y á retirarse á la Catona, llegados que fueron los primeros dias de agosto. Como perseguido su ejército por la cólera divina, violentas tempestades de rayos, lluvia y granizo hiciéronle levantar su campamento y replegarse al interior del país, donde le siguieron partidas de almogavares y otro enemigo mas temible aun,

(1) Ram. Muntaner, Crón., c. CXIII.

como fué la absoluta falta de víveres y de forrage. Sus soldados desertaban por compañías, y así fué que no tuvo otro recurso que desarmar la escuadra y licenciar su ejército. En seguida marchó á Nápoles agobiado de pesares y de tristes presentimientos, confiando á su sobrino Roberto, conde de Artois, la defensa de la Basilicata y de las dos Calabrias.

Mientras así se ensañaba la desgracia en el hermano de san Luis, Roger de Lauria, cuya armada habia sido reforzada con catorce galeras procedentes de Cataluña, al mando de Ramon Marquet, vice-almirante de Aragon, habia atacado las costas inmediatas á Mesina, y desembarcando en varios puntos partidas sueltas de almogavares, levantó en favor de Aragon casi toda la tierra de Calabria, á pesar de los esfuerzos del conde de Artois. Luego, conociendo que ningun peligro amenazaba á Sicilia, dirigióse á las playas africanas, y en 12 de setiembre tomó á los Musulmanes la isla de Gerbes, en la que levantó una fortaleza y dejó guarnicion cristiana.

Abatido y triste Carlos, pasó el resto de aquel año sufriendo padecimientos de cuerpo y de espíritu, que le ocasionaron la muerte á la edad de sesenta y cinco años, y á los diez y nueve de su reinado, en 7 de enero de 1285, con gran pesar de los Güelfos, que le consideraban como su mas firme apoyo (1). Martino IV proveyó inmediatamente la vacancia del trono, instituyendo regente del reino á Roberto de Artois en nombre de Carlos, príncipe de Salerno, hijo y heredero del difunto, para cuya libertad habia dado principio á vivas gestiones.

Y sin embargo, no puede desconocerse que el príncipe corria en Sicilia inminente peligro de perder la vida. Los Sicilianos querian que se vengara en él la sangre de Coradino, y sometido á juicio, fué sentenciado á pena capital. El dia señalado para la ejecucion era un viernes, y al notificársele la sentencia mostró Carlos gran firmeza y resignacion, diciendo estar contento de dejar el mundo el mismo dia en que el Hijo de Dios consumó su sacrificio para la salvacion del linage humano. Cuando así se refirió á la reina, quedó esta por algunos instantes pensativa, é impulsada por un generoso sentimiento, «*no quiera Dios*, dijo, *que el dia que fué de clemencia y de misericordia para todos los hombres, lo convierta yo en dia de cólera y venganza. Si el infeliz Coradino cayó en manos de bárbaros, mostremos que el hijo de su verdugo ha caido en manos cristianas; viva ese infeliz, ya que tampoco fué él el culpable.*» Suspendióse, pues, la ejecucion del príncipe bajo el pretexto de consultar la voluntad de don Pedro, quien habia ya ordenado conducir el príncipe prisionero á Cataluña.

Tiempo es ya de que volvamos la vista al reino de Aragon, del cual nos han tenido por tanto tiempo apartados los asuntos de Sicilia, y que veamos lo que allí sucedia mientras las barras aragonesas se hacian célebres en el mundo por sus triunfos militares en mares y tierras extrañas. Tormentoso por mas de un concepto será el espectáculo que allí presenciemos. Primeramente vemos á los Franceses, cuyo rey, despues del duelo de Burdeos, habia roto completamente con don Pedro, invadir desde Navarra las fronteras aragonesas y apoderarse de

(1) Carlos de Anjou es llamado *primer rey de Nápoles*; en efecto él fué el primero que fijó en aquella ciudad su residencia por hallarse mas cerca de sus posesiones francesas. Desde entonces Nápoles, que no era antes sino una porcion del reino de Sicilia, tomó la denominacion de reino.

lugares y castillos; luego habremos de explicar las turbulencias interiores que agitaron al reino, turbulencias, efectos en parte de las causas incesantes que para ellas sabemos que existian en el reino de Aragon, é hijas tambien de las guerras que tan famoso hicieron este reinado, y que hasta ahora llevamos explicadas.

Dolíanse los Aragoneses de verse privados de los divinos oficios, de los sacramentos y demás bienes de la Iglesia por las terribles censuras que sobre el reino pesaban; parecíales ser temeridad querer tener contienda con los príncipes mas poderosos del mundo por el reino de Sicilia, que tan apartado estaba del señorío de España, y cuya defensa seria tan dificultosa. Disgustábales sobre todo la política reservada y misteriosa del rey, y el secreto que guardaba en sus empresas, calificado por algunos de gran prudencia, echábanlos ellos á la peor parte, acostumbrados como estaban bajo los reyes anteriores á que nada se emprendia sin acuerdo y consejo de los ricoshombres. Hallábanse en esto conformes infanzones, caballeros y gente popular, y al paso que todos sentian gran temor de que llegase á oprimirse con esto la libertad del reino, deploraban tambien y se indignaban por los nuevos tributos que sin cesar les eran exigidos, y por tener la guerra dentro de sus propias fronteras á causa de una empresa que especialmente en Aragon á muy pocos halagaba.

La necesidad de arbitrar nuevos recursos para sostener la guerra con la Francia, y hacer frente á las dificultades cada dia mayores de su posicion, obligaron á don Pedro á reunir cortes generales de Aragoneses en Tarazona á primeros de setiembre de 1283, y allí fué donde estallaron los resentimientos y quejas que todos abrigaban. Los prelados, ricoshombres y procuradores reunidos resolvieron manifestar al rey sus agravios, y despues de expresar que cada dia crecian los desafueros y opresiones que recibian de los oficiales reales, de los tesoreros y recaudadores que eran Judíos, y de jueces extrangeros de otras lenguas y naciones, pidieron que, puesto á todo el oportuno remedio, ni en la guerra con Francia ni en otra alguna procediese el rey sin consulta y acuerdo de los ricoshombres, como siempre se habia practicado, y por último exigian que se les confirmasen sus fueros y privilegios. Reprodujéronse estas demandas en las cortes de Zaragoza, tenidas en octubre del mismo año, y don Pedro, al ver la entereza y unanimidad de las reclamaciones, viendo que de nada le servian dilaciones ni subterfugios, él, el monarca político, el conquistador afortunado, acabó por ceder ante la formidable liga que, con el nombre de Union habian formado ricoshombres y ciudadanos, aristocracia y pueblo, convencidos todos, dice Zurita, de que Aragon no consistia ni tenia su principal ser en las fuerzas del reino, sino en la libertad: siendo una la voluntad de todos que cuando ella feneciese, se acabase el reino (1). Así pues el rey, que vió la resuelta actitud de los Aragoneses que, segun observa Lafuente, amenazados de una invasion extrangera, ellos, tan celosos de la independencia de su patria, casi consentian en que hollase su suelo un ejército enemigo antes que otorgar subsidios ni ayudar al monarca á rechazar la invasion mientras no les reparara los agravios y satisfaciera sus reclamaciones, el rey, decimos, acabó por otorgarles el famoso *Privilegio general,* base de las libertades de Aragon mas anchurosa y cumplida, dice el his-

(1) Anal. de Aragon, l. IV, c. XXXVIII.

toriador inglés Hallam, que la de la *Carta magna,* obtenida por los barones ingleses, y mas que nueva concesion de gracia, confirmacion de los privilegios y costumbres antiguas de los Aragoneses.

Aquí se manifiesta de nuevo y con tanta fuerza que es imposible desconocerlo, el carácter de la monarquía aragonesa que le distingue así de la castellana como de las demás que por aquel entonces iban constituyéndose en esta parte de Europa, carácter que hemos indicado en el capítulo anterior. É insistimos en ello porque, á nuestro modo de ver, los historiadores no han dado á este hecho la importancia que en sí tiene, ni lo han mirado con la atencion que debieran. Háblase de la monarquía española en general, sin atender á que durante la edad media fueron dos muy diferentes las principales monarquías que en España hubo: la castellana, cuyo robustecimiento se debió á la union del monarca con el pueblo contra los próceres y las clases privilegiadas, y la aragonesa, luchando casi siempre en vano con todo su pueblo, es decir contra infanzones, ricos hombres, caballeros y ciudadanos, empeñados en limitar su poder en beneficio de las libertades de todos. La primera absorvió á la segunda ; el poder absoluto de los monarcas prevaleció, á lo cual contribuyó no poco en España la caida de la nacionalidad de Aragon. Desde aquel momento reyes y pueblos allanaron á porfía, los unos cuanto hacia sombra á su poder, los otros cuanto creyeron contrario á su libertad; y al llegar el dia de la enemistad despues de la alianza, al querer todos levantar barreras que los preservaran de los excesos y opresiones de sus antiguos auxiliares, reyes y pueblos se han hallado impotentes para reconstruir por falta de materiales, puesto que todos los habian lanzado á los vientos. Esta, como tendremos ocasion de indicar en la presente obra, aunque no con el detenimiento que el asunto requiere, es la historia de las monarquías europeas, salvo muy cortas excepciones. Los hechos que hemos observado, el carácter particular de la monarquía de Aragon pueden hacer sospechar con fundamento que á concederle Dios la vida que á las demás ha dado, habria sido otra de estas excepciones.

Recelosos aun los ricoshombres, mesnaderos, caballeros y procuradores de las ciudades y villas del reino, reuniéronse durante el mismo mes de octubre, y renovaron las juras que habian hecho en Tarazona, esto es, que si el rey contra fuero procediese contra alguno de ellos sin prévia sentencia del justicia y consejo de los ricoshombres, solos, juntos y cada uno de por sí se defenderian, no estarian obligados á tenerle por rey y señor y recibirian al infante su hijo; y que si este no les hiciese justicia, tampoco le obedecerian á él ni á ninguno que de él viniese en ningun tiempo. En tanto dirigióse el rey á Valencia, y allí con arreglo á un privilegio de don Jaime el Conquistador, solicitaron muchos que pudiesen ser juzgados segun fuero de Aragon los que así lo quisieren. No vino don Pedro en ello, antes mandó salir del reino dentro de diez dias á los que no acatasen el fuero particular de Valencia, lo cual descontentó en gran manera á los ricoshombres de Aragon que tenian feudos en el reino. Pasó luego don Pedro á Cataluña que con tanta eficacia le habia auxiliado en sus guerras de Africa y Sicilia, y en enero de 1284 reunió cortes en Barcelona para proveer el modo como habia de resistirse al poder del rey de Francia. Para mantenerse propicios á los Catalanes confirmóles el monarca cuantos privilegios y fueros les habian otorgado los condes y reyes sus antecesores, los eximió del bovage y remitióles el tri-

buto de la sal. No satisfecho aun (ó quizas antes de las anteriores disposiciones), agradecido á los pasados servicios, ó queriendo bienquistarse á Cataluña en contra del reino aragonés, concedió á Barcelona en una constitucion muchas cosas concernientes al bien público conforme á lo que se averiguó y se le manifestó por los barones y personas ancianas y de letras que se habia antiguamente guardado y eran antiguas costumbres de la tierra (1).

Esto despertó mas y mas los recelos de los Aragoneses, quienes como viesen la dilacion que ponia el rey en guardar y cumplir lo que le habian pedido, y temiendo que llevase el rey contra ellos á la gente de Cataluña, enviaron mensageros á don Pedro y su hijo para decirles que no darian entrada en el reino á gente extrangera y que no esperara que fuesen en su servicio hasta que les cumpliese cuanto les habia prometido.

Grandes contrariedades eran estas sin duda para el monarca aragonés, pero á todas hizo frente su esforzado corazon. Acercábase el momento decisivo para la fortuna de don Pedro y de su reino.

El rey de Francia y su consejo habian aceptado el año anterior para Carlos de Valois (2) la investidura nominal de los estados de Aragon, Cataluña y Valencia, y dispusiéronlo todo para hacerla efectiva por medio de las armas. El legado de Martino IV puso su capelo de cardenal en la cabeza del jóven príncipe en señal de la investidura que le concedia la Iglesia (3); publicóse una cruzada contra el rey de Aragon, y aun cuando el infatigable Martino IV murió en marzo de 1285, su sucesor Honorio IV llevó adelante la empresa, hiciéronse en Francia todos los preparativos para pasar los Pirineos en la próxima primavera, el oriflama (4) fué sacado de san Dionisio, y señalése Tolosa para punto de reunion de los cruzados. Desde aquel momento el jóven Carlos, nacido en 1270, que contaba por consiguiente quince años de edad, empezó á usar el sello de Aragon con la leyenda: *Carlos por la gracia de Dios rey de Aragon y Valencia, conde de Barcelona, hijo del rey de Francia.* Obligábase para con la Santa Sede á conservar á sus nuevos súbditos sus fueros y libertades en todo lo que no fuese contrario á los sagrados cánones y á los derechos de la Iglesia; prometia no hacer paz ni tregua con don Pedro de Aragon ni con sus hijos sin consentimiento de la Sede romana; prestar al Papa y á sus sucesores homenage y juramento de fidelidad y pagarle un tributo anual de quinientas libras tornesas, con la condicion de que nunca la corona aragonesa podria unirse con las de Francia, Inglaterra ni Castilla. Con este motivo celebráronse grandes fiestas en París, si

---

(1) Esta fué la célebre constitucion conocida con el nombre de *Recognoverunt proceres* por las palabras con que empieza.—Romey y otros historiadores acogen la fábula acreditada por Carbonell en sus *Crónicas de España*, fábula que la historia y la sana crítica rechazan, acerca de los sucesos que dieron lugar á la expresada constitucion. Dicen que convocados los Catalanes para marchar á la guerra, presentáronse ante el rey, que habia dado á las llamas sus fueros y privilegios, con las vainas sin aceros y las lanzas sin hierro, y le digeron: «Señor, habeis destruido y quemado nuestras constituciones y fueros que nos habian sido otorgados para siempre, y en los que estribaba toda nuestra fuerza. Por ello venimos sin armas, fieles nosotros á nuestro juramento, os seguiremos á todas partes, aun cuando sea á la muerte.» Entonces el rey les otorgó la confirmacion de sus antiguas libertades.

(2) Fué el segundo hijo de Felipe el Atrevido y sobrino por parte de madre de don Pedro III.

(3) Por esto fué llamado comunmente *Rey del Chapeo*.

(4) Así llamaban los Franceses el estandarte real.

bien parece que algunos, y entre ellos Felipe, hermano primogénito de Carlos, que enlazado en 16 de agosto de 1284 con la princesa doña Juana de Navarra, habia tomado posesion de aquel reino, no consideraban muy por lo sério el título con que se envanecia el príncipe (1).

Crítica era sin embargo la situacion del monarca aragonés: los embajadores que envió el Pontífice para demostrarle lo injusto de sus sentencias y suplicarle que las revocara, nada pudieron alcanzar, y hasta fueron presos algunos de ellos por la gente del rey de Francia. Además, las cuestiones interiores de Aragon distaban mucho de haber llegado á buen término, y mientras el monarca sitiaba y combatia la ciudad de Albarracin, que se habia apartado de su obediencia, los de la Union, reunidos en Zaragoza, instábanle para que con arreglo al Privilegio general les satisfaciera los agravios alegados y cumpliera lo que habia prometido. Querian tambien que revocara el fuero particular de Valencia, que repusiera al Justicia que habia sido suspendido de oficio, segun ellos, sin causa suficiente, que les restituyese los bienes de que su padre los habia privado, y otras demandas análogas á que el rey hubo por fin de acceder jurándolo y confirmándolo todo con el infante don Alfonso, pues villas y lugares habian jurado no salir en hueste al servicio del rey hasta que todos las capítulos hubiesen recibido cumplimiento. Don Pedro no se manifestaba inactivo, y dirigia por todas partes su vista en busca de aliados. Muerto don Alfonso el Sábio, ceñia la corona de Castilla su hijo Sancho, entre el cual y su tio el Aragonés habian mediado siempre muy afectuosas relaciones; no se desmintieron en la ocasion presente, y avistándose ambos monarcas en Ciria, en las inmediaciones de Soria, prometió don Sancho á don Pedro valerle con todo su poder contra la Francia. El emperador Rodolfo de Alemania ofreció ayudarle en Italia y distraer las fuerzas de sus enemigos reclamando la corona imperial que los papas le negaban, y Eduardo I de Inglaterra, con quien habia pactado en 1282 el casamiento de su hija Leonor con el infante don Alfonso, si bien por la poca edad de la princesa y la oposicion de Martino IV se suspendió y no llegó á efectuarse, el rey de Inglaterra, decimos, no se atrevió á romper con Francia y permaneció neutral.

Las hostilidades habian empezado ya en Navarra á donde don Pedro hiciera una atrevida excursion contra el capitan francés Eustaquio de Beaumarchais, que regia el reino durante la ausencia de Felipe. La hueste del monarca aragonés taló y quemó lugares y campiñas, pero en tanto llegó el mes de abril y reunido ya en Tolosa todo el ejército francés, dióse la órden de marchar con direccion á Narbona. La multitud de peregrinos de ambos sexos que habian acudido de casi todos los puntos de Europa á la voz del legado para ganar las indulgencias, era inmensa (2), tanto que, segun Desclot, no podia moverse sin que hubiese á lo menos una legua entre su vanguardia y retaguardia. No cabia en ciudad alguna por grande que fuese, y los caballos de silla, de tiro, y de carga que llevaba ocupaban en reposo media legua de camino.

Habia en la hueste gente de todas las naciones, Franceses, Picardos, Tolosa-

(1) Ram. Muntaner, Crón., c. CIII.

(2) Habíase predicado con tal ardor la cruzada contra don Pedro de Aragon, que el vulgo sencillo creia que bastaba á falta de armas arrojar una piedra contra Pedro, y así decian al hacerlo: *«Je jette cette pierre contre Pierre d' Aragon pour gagner l' indulgence.»*

nos, Lombardos, Bretones, Flamencos, Borgoñones, Alemanes, Provenzales, Ingleses y Gascones, pero muchos solo iban armados de bordones y rosarios; algunos iban montados en asnos en señal de humildad, y el número de todos antes de llegar á Narbona era de seis mil seiscientos caballeros de noble linage, de cien mil infantes bien armados y de cincuenta mil peregrinos (1).

Aquella muchedumbre de hombres y mugeres púsose penosamente en marcha haciendo cortísimas jornadas. La reina María de Brabante, segunda esposa de Felipe el Atrevido (2), que junto con sus damas seguia á los cruzados para ganar las indulgencias, se detuvo en Carcasona, y mientras esto sucedia, á principios de abril, ocurria en Rosellon un suceso que importa saber para la inteligencia del presente relato.

Como ya sabemos, formaba el Rosellon un condado perteneciente á don Jaime, rey de Mallorca y señor de Montpeller. Ambos hermanos distaban mucho de hallarse en buena armonía, y don Pedro, que habia concebido sospechas de la amistad de don Jaime para con Felipe de Francia, envió á solicitar de él como á vasallo el oportuno auxilio. El rey de Mallorca dió á esta demanda contestaciones evasivas, y no tardó don Pedro en adquirir el convencimiento de que Jaime se hallaba en connivencia con sus enemigos mediante la promesa que le hicieran de cederle el reino de Valencia. Pedro resuelve entonces emplear la fuerza y la astucia para contrarestar los planes de su hermano; sale de Lérida con un cuerpo de tropas escogidas, y llega de improviso á la ciudad de Perpiñan, donde se hallaba el rey de Mallorca enfermo en su palacio. Apodérase de su persona, lo mismo que de Esclaramunda de Foix su esposa, de sus cuatro hijos, y de varios personages principales que con ellos estaban; ocupa luego la casa del Templo, donde aquel tenia sus alhajas y tesoros, y enviándole dos de sus caballeros, oblígale en virtud del homenage que le debia á hacerle entrega de todas las fuerzas y castillos del Rosellon, para defenderse en ellos contra sus enemigos. El rey de Mallorca pudo fugarse durante la noche por un camino subterráneo, dejando en poder de don Pedro su esposa y sus hijos; la primera fué devuelta generosamente á don Jaime, y los hijos fueron llevados en rehenes á Barcelona. Hecho esto y seguro ya del territorio del condado, el Aragonés regresó á Cataluña.

Desde Narbona, el innumerable ejército cruzado púsose en marcha hácia el Rosellon, y llegó á Salces, pueblo dominado entonces por un castillo del cual no quedan hoy mas que ruinas. Aquella era la extrema frontera de los dominios del rey de Mallorca, y los Franceses pensaban ser recibidos amistosamente en el pueblo. Pero los soldados y arqueros que en él estaban acogiéronlos á flechazos, obligándolos á retirarse con numerosas pérdidas. Al saber lo sucedido, creyó Felipe que el rey de Mallorca le habia vendido, y ordenó el asalto. Dos dias y tres ataques fueron precisos para reducir la fortaleza, y Felipe, dando principio entonces á los excesos y crueldades que habian de hacer su campaña tan tristemente célebre, dispuso que la guarnicion prisionera fuese pasada á cuchillo.

---

(1) Despues de la reunion de todos los cruzados en Narbona á fines de abril, su número, sin contar las mugeres ni los niños, se elevó á 230.000 hombres de á pié y á 24.000 de á caballo.

(2) Muerta Isabel de Aragon en 28 de enero de 1271, Felipe habia casado con Maria de Brabante, de la cual tuvo á Luis, conde de Evreux, y á dos hijas.

Hasta allí habian marchado las tropas confusamente y sin órden; tomada Salces, Felipe las dividió en seis cuerpos principales. Formaba el primero una muchedumbre de cerca de 60,000 hombres sin otras armas que palos y piedras; el rey de Francia daba á cada uno un tornés de plata diario, y tenian además lo que ganaban vendiendo sus servicios de toda clase á los caballeros y hombres de armas. Bajo las órdenes de mil caballeros formaba aquella gente menuda la vanguardia y estaba destinada á recibir los primeros golpes. Componíase el segundo cuerpo de las tropas de los senescales de Tolosa, de Carcasona y de Belcaire, del señor de Lunel y del conde de Foix, con quien estaban En Ramon Roger, hermano del conde de Pallars (uno de los mas fieles campeones de don Pedro) y 5,000 caballeros armados. A los flancos de estos dos primeros cuerpos marchaban divididos en compañías de igual fuerza 13,000 ballesteros á pié con armadura y capacete de hierro.

En el tercer cuerpo iban las tropas de Narbona, de Beziers, del condado de Saint-Gilles, y en general de todo el Languedoc *(e de totes las altres gents a qui dient Lenguadoch)*, á las que se habian unido los Borgoñones, llegando á un total de 70,000 hombres. Formaban el cuarto las tropas de Francia, de Picardía, de Normandía y del condado de Flandes, y muchos Alemanes y otros soldados escogidos, constituyendo la principal fuerza del ejército en número de 80,000 hombres. El cardenal legado acaudillaba el quinto cuerpo, compuesto de seis mil caballeros al servicio particular de la Iglesia cuyo estandarte llevaban. En el sexto, en fin, marchaban el rey de Francia, su hijo Felipe de Navarra, Carlos de Valois el *Rey del Chapeo*, y casi todos los nobles franceses. Contábanse en él 3,000 caballeros magníficamente armados, y llevaba por bandera un gran estandarte con las armas de Aragon, unidas á los lises de la casa de Francia (1).

Ordenado así el ejército, dirigióse hácia Perpiñan; pero antes de llegar á la ciudad, presentóse á Felipe Jaime de Mallorca con los caballeros de su casa y corte, poniendo á disposicion de los Franceses sus castillos del Rosellon. Esto no obstante, la ciudad de Perpiñan cerró sus puertas á los invasores, que hubieron de acampar en el llano, hasta que poco despues apoderáronse por sorpresa de la plaza. Elna, muy adicta á don Pedro de Aragon, opuso empeñada resistencia, y fué entrada por fuerza de armas, y su poblacion, como la de Salces, pasada á cuchillo (25 de mayo). Despues de este sangriento triunfo el rey de Francia pareció indeciso acerca del partido que tomaria; en efecto, el dia 3 de junio vémosle acampado todavía en las inmediaciones de Elna, y hasta el dia siguiente no resolvió intentar el paso por el collado de Panisars, entre Rosas y Castellon de Ampurias, considerado entonces como el punto de mas fácil acceso para penetrar en Cataluña.

Don Pedro en tanto iba desasosegado para proporcionarse medios con que resistir á sus poderosos enemigos. Pero en vano habia esperado auxilios extraños: el Castellano, obedeciendo á las sujestiones de Honorio y de Felipe, se desentendió del compromiso de Ciria, y tampoco respondieron al llamamiento los próceres y ciudades de Aragon; y así dice Muntaner «cuando llegó el caso, vióse el rey desamparado de todos sus amigos terrenales, por lo que, como sabio y esforzado

---

(1) Para todos estos detalles hemos tenido á la vista la crónica catalana de Desclot (c. CXXXVII).

señor que era, y el mejor caballero del mundo y el mas sabio, levantó los ojos al cielo y dijo:—Señor Dios verdadero, á vos encomiendo mi alma y mi cuerpo, á par que todas mis gentes y tierras; ya que me han engañado todos aquellos que me debian ayudar, plázcaos, Señor, ayudarme, y sed vos mi valedor para mí y para mis gentes (1).»

El pueblo de la Junquera fué señalado por don Pedro como punto de reunion á los que quisieren seguirle á la defensa de la patria, y el 10 de mayo hallábase él á todo evento con solos sus amigos, los hombres de sus dominios y algunos centenares de almogavares, guardando el collado de Panisars, cuyo paso con fundamento creia que intentarian los Franceses. Sus tiendas se elevaban en la montaña en cuya cima se construyó despues el castillo de Bellegarde, y desde allí dominaba á la vez los collados de Panisars y del Portús, este impracticable entonces. Pedro solo tenia á su lado en los primeros momentos al obispo de Huesca, á su fiel conde de Pallars, á Gerardo de Cervellon, á Gilabert de Cruilles, á Berenguer de Rosanes y á algunos otros barones catalanes con varias compañías del Ampurdan y de almogavares; pero tenia fe en sí mismo, y creia que á pesar de sus contiendas con sus naturales de Aragon, su patriótico celo habia de despertarse á la presencia del enemigo. Cumpliendo entonces noblemente la mision de los reyes, habíase puesto en el sitio de mayor peligro, mientras que su hijo don Alfonso recorria Aragon y Cataluña para excitar el ardor de los pueblos y ver de determinar á los caballeros del Temple y de San Juan de Jerusalen á tomar las armas por el rey, negociacion difícil á causa de la posicion delicada en que las censuras eclesiásticas habian colocado á don Pedro.

Así fué como el monarca aragonés con algunos barones y soldados catalanes defendieron al reino de la invasion mas formidable que presenciaron aquellas regiones desde la época de Carlo-Magno. Si no pudiese hacer otra cosa, estaba resuelto Pedro el Grande á morir como rey.

Por espacio de tres semanas contuvo al enemigo al pié de las vertientes que guian el collado de Panisars. A fin de que pareciese que tenia á sus órdenes un numeroso ejército mandaba cada noche encender grandes hogueras en todos aquellos picachos; muchos y corpulentos árboles habian sido derrumbados y obstruian del todo el estrecho sendero; enormes piedras, toneles llenos de arena rodaban sobre cualquiera que trepase por el monte. Esto no obstante, cuenta Muntaner, quisieron un dia los Franceses intentar la subida, pero jamás, añade el cronista, tan loca prueba hizo gente ninguna, que de repente se arrojaron entre ellos mas de cincuenta mil almogávares y sirvientes de mesnada (este número es sin duda exagerado, pero de todos modos manifiesta que los barones y las ciudades de Cataluña habian ido reforzando poco á poco el ejército de don Pedro), quienes acometieron su delantera de tal modo que hubierais visto caer y derrumbarse montaña abajo caballeros y caballos. Tan grande fué el daño que los Franceses recibieron aquel dia, que de hombres á caballo perdieron mas de mil, sin contar la gente de á pié, que era sin número (2).

(1) Ram. Muntaner Crón., c. CXX.

(2) Ram. Muntaner. Cron CXXI.—Cuenta el mismo cronista que al contemplar aquel destrozo, Felipe el Hermoso de Navarra volvióse á su hermano Carlos y le dijo: «Mirad ahora, lindo hermano,

Por aquel tiempo recibió Pedro en su tienda á los enviados del emir de Tunez Abu Hafas , y firmó con ellos en 3 de junio un importante tratado de paz y de comercio por 15 años, que aseguraba recíprocamente favor á los súbditos de ambos reyes (incluyendo expresamente á los Sicilianos) en sus dominios respectivos. Estipulóse además que Pedro recibiria en adelante el tributo que los reyes de Tunez pagaban antes á los de Sicilia, con inclusion de los atrasos del mismo que se debian á Carlos de Anjou desde antes de las Vísperas Sicilianas, y díjose que la reina Constanza y el infante don Jaime , que habia de heredar al rey en los estados de Sicilia, lo confirmarian por lo que tocaba á aquel reino, lo mismo que don Alfonso por los estados de Aragon, Cataluña y Valencia (1). Así pues, desde aquellos encumbrados riscos no descuidaba don Pedro los asuntos de su reino, y mientras tales tratados celebraba en beneficio de sus súbditos, dictaba las convenientes disposiciones para la guarda de la frontera navarra, disponia que se armaran nuevas galeras y que vinieran otras de Sicilia, y confiaba su mando á los reputados marinos Ramon Marquet y Berenguer Mallol.

Hasta mediados de junio estuvo detenido el ejército francés al pié de los Pirineos , y Felipe, desesperando ya de forzar aquel paso , hubo de retroceder yendo á acampar en las inmediaciones de Colibre , con la intencion, á lo que se supone , de abandonar su empresa , cuando reanimó su esperanza la revelacion que se le hizo de un desconocido sendero.

Cuatro monges de Tolosa (2) de un monasterio cerca de Argilers presentáronse al rey de Francia, y le ofrecieron, segun parece, de parte del rey de Mallorca, enseñarle un paso , que por lo mismo que era difícil y escabroso , estaba mal guardado por los Aragoneses. En él , dijeron , podíase abrir fácilmente un camino , y acogida la oferta por el rey de Francia , aquella misma noche marcharon al lugar indicado, guiados por los monges, mil caballeros y dos mil peones armados, con gran multitud de trabajadores provistos de toda clase de útiles y herramientas. Los soldados catalanes que aquel lugar custodiaban fueron sorprendidos y acuchillados , y solo cinco de cincuenta que eran pudieron evadirse y llevar la noticia á la hueste de Castellon en el collado de Banyuls. «Dió la casualidad , dice Muntaner , que en aquel punto el conde de Ampurias habia ido á Castellon para poner en estado de defensa los lugares y castillos de la comarca , marchando con él la mayor parte de la caballería y de los principales hombres de dicho pueblo. Los que estaban de guardia en el collado de Banyuls

---

que honrosa acogida os da la gente de vuestro reino.» Nada respondió Carlos á esto, tan afectado se encontraba; pero habiéndolo oido todo su padre, el rey de Francia, respondió con grande enojo: «Ved de callar, sire Felipe, que harto habrán de arrepentirse de lo que hacen.—Ah, sire, sire, dijo monseñor En Felipe, yo lloro por vuestra honra, por vuestro deshonor, y por vuestro daño, mas que no lo hacen el Papa y los cardenales, que tal beneficio os han buscado, y que han hecho á mi hermano rey del viento, pues estando ellos en sus pasatiempos y solaces, poco les importa el daño y peligro que os amenaza.»—Cuenta Desclot que en aquel entonces envió el legado un mensage al Aragonés requiriéndole que dejase el paso libre y entregase el señorío que la Iglesia habia dado á Carlos de Francia «Fácil cosa es, contestó don Pedro dar y aceptar reinos que nada han costado; pero como mis abuelos los ganaron á costa de su sangre, tened entendido que el que los quiera habrá de comprarlos á igual precio. *Qui'l volrá, costarli ha.*» (Cron. c. CXLIV y sig.)

(1) Arch. de la Cor. de Aragon, reg. del rey don Pedro III, let B, fól. 81.

(2) Así lo dice Muntaner , pero Desclot asegura que quien reveló el paso á Felipe fué el abad de un monasterio de monges negros situado en Cataluña, llamado de San Pedro de Rosas, y un caballero llamado Guillen de Pau.

marcharon entonces hácia el de la Masana, y levantando los ojos descubrieron gran multitud de gentes que estaba ya arriba. Juzgando entonces que nada podian hacer, trataron de volverse á Banyuls, y desde Tornavels allá, que estaba ocupado por algunos, levantaron las tiendas y se fué cada cual á su lugar enviando antes mensage al señor rey en el collado de Panisars para hacerle saber que los Franceses habian pasado por el collado de la Masana (1).»

Ocho mil caballeros franceses atravesaron aquel paso el dia 20 de junio, y al saber que los peones habian hecho el camino practicable hasta el punto de pasar por él carros cargados, Felipe mandó desplegar el oriflama, y el dia siguiente atravesó los montes con sus hijos y el legado, siguiéndole el resto del ejército.

Los ocho mil caballeros del rey de Francia que habian entrado primeramente en Cataluña ocupaban ya toda la parte oriental del Ampurdan, cuando recibió don Pedro noticia de lo sucedido, y enviando á la descubierta sin pérdida de momento un cuerpo de mil almogavares que acometieron al ejército francés con su habitual impetuosidad haciendo prisioneros á algunos principales caballeros, recibió por ellos confirmacion de la noticia. Aquella misma noche reunió á los caudillos de las tropas que con él estaban de Lérida, Barcelona, Gerona, Cervera, Montblanch, Tárrega, Villafranca y Manresa, y despues de comunicarles lo que habia pasado, mandóles levantar las tiendas y dirigirse al puente de Gerona, donde queria concentrar la defensa mientras que él y los suyos procurarian detener antes la marcha de los Franceses.

Así mismo se hizo, y mientras las diferentes compañías levantaban su campamento, don Pedro se dirigió á la Junquera y desde allí á Figueras, que habia sido abandonada por sus habitantes; indignado el rey de semejante conducta, quiso entregar la poblacion á las llamas, pero el obispo de Huesca, el conde de Pallars y otros ricoshombres que con él estaban lograron calmarle y disuadirle de ello. Don Pedro mandó comparecer allí al conde de Ampurias, de cuya lealtad sospechaba, pero convencióse de que ninguna connivencia mediaba entre el conde y los Franceses y de que no podia hacérsele cargo alguno por no haber defendido los lugares de su condado que se hallaban en poder del enemigo.

Luego que hubo pasado todo el ejército francés y que se halló reunido en San Quirze, dice Muntaner, adelantó la hueste en órden de batalla como si hubiesen todos de combatir, y de tal suerte dispuestos y armados marcharon directamente hácia Perelada, acampando desde Garriguella á la Garriga, de aquí á Valguarnera y de Valguarnera á Puyamilot. El ejército se desplegó en la hermosa huerta que se extiende al norte de Perelada, cuya villa cerró sus puertas al acercarse el enemigo.

En tanto don Pedro habíase retirado desde Figueras á la poblacion ahora amenazada, indeciso aun acerca del partido que tomaria; pero conociendo la imprudencia de arrostrarlo todo en un solo golpe, consultó á los barones que con él estaban, y todos le aconsejaron que ni él ni el infante habian de permanecer mas tiempo en aquel sitio. El monarca consintió en cuanto á él en lo que le acon-

(1) Ram. Muntaner, Crón. c. CXXII.

sejaban, pero no quiso que su hijo abandonara á sus caballeros, y despues de nombrar caudillo de todos al conde de Pallars, marchó el 25 á Castellon de Ampurias.

Imposible era defender á Perelada á pesar de los parciales triunfos que los sitiados habian conseguido, en los que se distinguió particularmente el infante don Alfonso; el vizconde Dalmacio de Rocaberti, señor del lugar, reunió al dia siguiente á los caballeros y habitantes, y despues de anunciarles que solo contaba con provisiones para quinientos hombres de armas por el tiempo de cinco dias, propúsoles abandonar Perelada durante la noche, entregándola antes á las llamas á pesar de la pérdida que esto causaria á él y á todos los habitantes. Con patriótico desprendimiento fueron aprobadas las magnánimas palabras del vizconde, y aquella noche, despues de poner fuego á la villa por distintos puntos, el infante, caballeros, hombres de armas, almogavares y habitantes de todos sexos y edades, abandonaron no sin lágrimas la villa que no fué en breve mas que un monton de humeantes ruinas (1).

Destruida así Perelada, los Franceses continuaron su marcha hácia Castellon de Ampurias, donde el infante, el conde de Pallars y sus compañeros se habian retirado cerca del rey don Pedro. Felipe el Atrevido y el legado prometíanse apoderarse de todos á la vez, pues, á lo que parece, se habian procurado inteligencias en la villa por medio del rey de Mallorca. Por fortuna, el proyecto de traicion formado por algunos moradores se frustró por circunstancias independientes de su voluntad. Los Franceses habian llegado al pié de los muros de la plaza, cuyas puertas habian de serles franqueadas, pero avisado el rey pudo salir seguido de todos los suyos, entre los cuales se contaba el mismo conde de Ampurias. No se hallaban todavía á un cuarto de legua de Castellon cuando la bandera de Francia y la del cardenal ondeaban ya en las murallas, en las que resonaban los gritos de *¡Francia, Francia! ¡Montjoie, Montjoie!* con fuerza tal que fueron oidos por don Pedro y sus caballeros. El rey tendiendo la mano al conde de Ampurias, de cuya fidelidad ya no dudaba, le dijo: «A fe mia, señor conde, que hemos hecho bien en no perder un momento. Los Franceses han entrado ya en Castellon (2).»

Despues de detenerse algunas horas en Torroella de Montgrí, Pedro llegó á Gerona aquel mismo dia, donde encontró á las compañías de Lérida, Barcelona, Manresa, etc., que estuvieron con él en Panisars. La poblacion no dejaba de abrigar algun temor de los Franceses, pero á parte de ella vióla el rey resuelta á secundar á los caballeros y á disputar á toda costa la ciudad á los invasores. Ramon Folch, vizconde de Cardona, gobernador de la plaza, se encargó de defenderla «de modo que él y su linage adquiriesen de aquel hecho eterna fama,» y dejándole dos mil quinientos almogavares y sobre ciento treinta caballos con víveres suficientes para detener al rey de Francia y sus cruzados por espacio de largo tiempo,

---

(1) Desclot, c. CL.—Perelada era la patria del cronista Muntaner, nacido en ella en 1255. Este cronista acusa á los almogavares del incendio de su villa natal. Con este motivo dice: *yo e daltres qui en aquella (Perelada) perdem gran res de so que haviem, no hi som tinguts tornar puix, an som anats per lo mon, cercant consell ab molt mal treball e ab molts perills quen havem passats, dels quals la major part ne son morts en las guerres aquestes de la casa Daragó (c. CXXV).*

(2) Desclot, c. CXLII.

don Pedro, instado por los suyos, marchó á Barcelona y su hijo el infante á Zaragoza, á fin de excitar el celo de los pueblos y ver de reducir á los Aragoneses á que contribuyeran á la defensa de la patria comun.

Rendido Castellon, el ejército francés avanzó por el Ampurdan sin encontrar el menor obstáculo á no ser en el castillo de Llers, que sufrió varios asaltos y se rindió por capitulacion despues de vigorosa resistencia. Aquel fué el primer lugar de Cataluña que ganaron los Franceses por fuerza de armas, y Desclot nos dice que el cardenal coronó en él solemnemente por rey de Aragon al príncipe Carlos de Valois. Despues los Franceses bajaron hácia Gerona, delante de la cual llegaron el dia 28 de junio, víspera de San Pedro y San Pablo. Al propio tiempo la armada de Felipe á las órdenes de su almirante Guillermo de Lodeva se habia apoderado de Rosas y de toda la costa hasta Blanes, y de ella habia de recibir toda clase de provisiones el ejército cruzado.

Desde el primer dia el vizconde de Cardona fué objeto de una tentativa de corrupcion: Felipe el Atrevido y el legado le ofrecieron hacerle el hombre mas rico que en España hubiese en caso de faltar á la fidelidad prometida, mas Ramon Folch, insensible á las promesas y amenazas, rechazó con noble altivez cuantas proposiciones estaba encargado de dirigirle su primo el conde de Foix.

Los Franceses, que acababan apenas de levantar sus tiendas en las márgenes del Ter, creian no haber de temer cosa alguna en aquellos primeros momentos, y el cardenal legado prometíase, á pesar de todo, reducir en breve á los sitiados. Ramon Folch por su parte como jefe experimentado y prudente, habia ordenado que nadie saliese de la ciudad bajo pretexto ninguno, pero en esto fué desobedecido por un cuerpo de ballesteros sarracenos á caballo del reino de Valencia que tenia á sueldo. No pudiendo salir por las puertas, practicaron un agujero en el muro, y marcharon durante la noche al campamento francés á donde llegaron sin ser apercibidos, y de donde volvieron despues de dar muerte á cinco caballeros y de hacer prisioneros á treinta y ocho principales caudillos. Desde aquel momento dióse principio á reñidas escaramuzas, en las que la sangre de los Franceses enrojeció varias veces la tierra; á mediados de julio nada hacia temer aun la pérdida de Gerona, que ni siquiera habia llegado á estar en inminente peligro.

En tanto hallábase don Pedro en Barcelona dado á las fiestas y placeres como si los extrangeros no se hallasen dentro del reino y combatiendo á Gerona. Extratagema suya era esta, dicen las crónicas, para ver si se despertaba el patriotismo de sus pueblos, que no se hallaba entonces en proporcion de la inminencia del peligro. Como don Pedro lo habia imaginado, así sucedió: los barones y municipalidades catalanas expusieron al rey no ser aquella época de fiestas sino de combates, á los que deseaban seguirle todos, y desde aquel momento dióse otra vez á dictar las medidas que le parecieron convenientes para la salvacion del reino. Habia mandado levantar al rededor de la capital una nueva línea de circunvalacion, defendida de distancia en distancia por castillos de madera, y en tanto el ardor de los pueblos crecia por momentos; la invasion extrangera habia desvanecido hasta la sombra de antiguas contiendas, y hasta los Aragoneses comprendieron la necesidad de dar eficaz apoyo al soberano. Congregados los de la Union, mesnaderos, infanzones y procuradores de las villas y lugares del reino

en la iglesia del Salvador de Zaragoza, concordáronse y convinieron, á pesar de no haberse cumplido las sentencias dadas por el Justicia en las cortes de Zuera, suspender toda querella y reclamacion, y decidieron que todos los ricoshombres, caballeros é infanzones que no estuviesen en las fronteras de Navarra, marchasen á servir al rey á la guerra. Con estos refuerzos que sin cesar le llegaban, don Pedro pudo ya pensar en cubrir los caminos y en hostilizar al enemigo. Asberto de Mendiona con sesenta caballeros y dos mil almogavares fué enviado á Besalú; los demás ricoshombres y compañías, mandados por el conde de Pallars, ocuparon á Hostalrich, y desde ambos puntos hacian diariamente correrías contra el campo de los Franceses y sorprendian sus convoyes, mientras que por el mar numerosos corsarios, en nada obstante la presencia de la escuadra francesa, sembraban el terror hasta las costas de Narbona.

Pedro cifraba gran confianza en su marina; el ejército francés recibia del golfo de Rosas sus provisiones de todas clases que eran llevadas allí desde los puertos de Marsella, de Aguas Muertas y de Narbona. Cortadas estas comunicaciones, la hueste invasora quedaba expuesta á los horrores del hambre, y por esto es que el rey habia llamado desde los primeros dias del peligro á la armada siciliana y á su terrible almirante Roger de Lauria. En tanto que llegaba, Ramon Marquet y Berenguer Mallol salieron al mar con doce galeras, y en los primeros dias de agosto fueron bastante afortunados para vencer y apresar veinte y cinco galeras francesas y hacer prisionero á su almirante Guillermo de Lodeva.

Apresuróse don Pedro á enviar á la reina, al infante don Jaime y á sus amigos todos de Sicilia la noticia de este feliz suceso, y al propio tiempo que les manifestaba su admiracion por la tardanza de la armada que tanta utilidad habia de reportarle, escribia á don Jaime que le enviase la persona del príncipe de Salerno, como instrumento de salvacion en caso de llegar á un desesperado extremo. Don Jaime, empero, difirió por algun tiempo obedecer á esta órden, y solo la obedeció á medias. Envió sí, la armada, compuesta de treinta galeras, pero no la persona del príncipe prisionero que creia necesaria en la isla. Las naves de Lauria acababan de tomar á Tarento, Cotrona y Galipoli en el Adriático, y prometíanse otras conquistas aun, cuando recibieron órden de marchar á España. La noche que precedió á la Asuncion de la Santísima Vírgen halló á la escuadra navegando por los mares de Cartago, y allí se reunió con ella una saetía que enviaba el rey á Sicilia para que apresurase su viage.

Mas de un mes habia transcurrido desde que los Franceses sentaron sus reales delante de Gerona. En vano habian dado á la plaza frecuentes asaltos que consumian sus fuerzas y su paciencia, cuando el excesivo calor de la estacion propagó en el campamento devoradora epidemia. El mal empezó á revelarse por unas moscas ó tábanos, engendrados por la corrupcion de los cadáveres; densas nubes de aquellos insectos fueron para el ejército sitiador una de las siete plagas de Egipto; en un principio solo atacaban á los caballos que á las pocas horas morian, pero luego emponzoñaron tambien á los hombres. La imposibilidad de dar sepultura á los muertos aumentó la infeccion y con ella la mortandad (1),

---

(1) Entre los muchos excesos y desmanes que cometieron los Franceses en Cataluña fué uno la profanacion del sepulcro de san Narciso, patron de la ciudad de Gerona, en la iglesia situada ex-

viendo los cruzados disminuir diariamente sus filas, mientras que los Catalanes y Aragoneses de Besalú y Hostalrich no cesaban de hostigarlos y diezmarlos en incesantes combates.

Don Pedro marchó entonces al teatro de la guerra, pero antes tomó á caballo y seguido de un solo escudero el camino del santuario de Nuestra Señora de Montserrat; pasó toda aquella noche en ferviente oracion al pié del altar de la Vírgen, y al dia siguiente, poseido de entusiasmo, como si su valor hubiese sido doblado por el auxilio divino, conduce quinientos caballeros y cinco mil infantes al sitio de Gerona. Con aquel puñado de hombres maniobra en presencia del enemigo y le reta, protegido únicamente por las aguas del Ter que le separan del campamento de Felipe. Luego, conociendo la imposibilidad de introducir las fuerzas en la plaza marchó á establecerse en Besalú, desde donde atacaba contínuamente los convoyes que desde Rosas conducian víveres al campamento de Gerona. El dia de Nuestra Señora de Agosto, dice Muntaner, iba el rey á Besalú, cuando á la hora del alba topó con una celada de cuatrocientos caballeros franceses, los cuales estaban allí para proteger un convoy. Iba el rey hablando con sus caballeros algo separado de doscientos almogavares que formaban su escolta, y los Franceses cayeron sobre él, dándole apenas tiempo para empuñar la espada; por fortuna los almogavares llegaron á los pocos momentos, y empeñóse un reñido combate en el cual hizo don Pedro prodigios de valor segun el relato de sus mismos enemigos. Los condes de Nevers y de Clermont cayeron muertos bajo la maza del rey, y fueron tantos los peligros que este corrió, que llegó á difundirse la noticia de su muerte. Murió en la pelea Guillen Escribá de Játiva, trobador excelente y *macip* (mancebo) de la casa del rey; este, empero, salió ileso del campo de batalla, pasó aquel dia en Santa Pau, y marchó el siguiente á Hostalrich.

Los víveres, sin embargo, empezaban á escasear en la plaza sitiada, y el rey de Francia que, segun Villani, habia jurado no abandonar el sitio sin haberla conquistado, aprovechó aquel momento para proponer á los sitiados una capitulacion honrosa, á cuyo efecto abrió negociaciones con don Ramon Folch por medio de su pariente el conde de Foix, y esto manifiesta cuanto habian cambiado las disposiciones de Felipe, en cuanto, segun la crónica de Saint-Bertin, habia rechazado poco antes, á instigacion del cardenal legado Juan Chollet, las proposiciones que por medio del arzobispo de Zaragoza se le hicieran para la rendicion de la plaza. La crónica expresada y otras francesas que hablan de este hecho dicen que el príncipe Felipe el Hermoso excitó á los sitiados á mantenerse firmes, puesto que los Franceses no podian permanecer allí por mas tiempo, y hasta le acusan de haber hecho traicion á su padre en aquella campaña.

Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que se hicieron proposiciones á Ramon

---

tramuros de la misma, y díjose que en castigo de tamaño sacrilegio salieron aquellas moscas del sepulcro del Santo.—Sitiando el ejército francés á Gerona en tiempo de Luis XIV, reprodújose el mismo hecho en 12 de julio de 1653. «Vuestras armas en Cataluña, dice Colbert en un parte á dicho rey, empezaron á hacerse temibles; tomasteis algunas plazas fuertes y habriais tomado tambien la ciudad de Gerona sin un milagro obrado por el cielo en favor de vuestros enemigos. Pusieron estos en la muralla la urna de un santo obispo de la ciudad, y al momento volaron al rededor tan gran cantidad de moscas que, cayendo sobre vuestro ejército, perdisteis toda la caballería..... viéndonos entonces obligados á levantar el sitio.» (Test. de Colbert, p. 91.)

Folch, y que este, considerando que Felipe el Atrevido trataba únicamente de salir con honra del mal paso en que se hallaba y que solo le detenia en Cataluña el juramento que hiciera de tomar á Gerona, consintió en entrar en negociaciones, seguro de que el Francés abandonaria despues su empresa, como quizás llegó á insinuárselo su primo el conde de Foix. Instruido don Pedro de todo, facultó al vizconde de Cardona para sentar las siguientes bases de capitulacion:

«Ramon Folch, despues de veinte dias contados desde el domingo 19 de agosto, es decir en 7 de setiembre, habia de entregar la ciudad de Gerona á un apoderado del rey de Francia; pasados otros seis dias despues del 7 de setiembre, los Franceses no podrian entrar en la plaza, dejando estos seis dias á la guarnicion para verificar su retirada con armas y bagages y cuanto quisiera llevar consigo; y finalmente, que si en el espacio de aquellos veinte dias el rey de Aragon ó cualquier otro en su nombre podia proveer la plaza á pesar del rey de Francia, quedarian nulos y de ningun valor los pactos estipulados.»

Tal fué la capitulacion de Gerona, la mas honrosa que se lee en los fastos militares de los pueblos, y desde aquel dia cesaron los Franceses en sus asaltos y rebatos, convirtiendo el sitio en bloqueo á fin de impedir que fuese la ciudad socorrida en el plazo señalado.

Pocos dias habian transcurrido y don Pedro se hallaba en Hostalrich ocupado en los medios de socorrer á los sitiados, cuando le anunciaron la llegada de Roger de Lauria á Barcelona, verificada el dia anterior 23 de agosto. El rey, que se hallaba entonces á caballo, dió evidentes muestras del contento que la nueva le causaba y partió aquel mismo dia para Barcelona. Llegó allí por la noche, y al dia siguiente dirigióse al puerto para contemplar las galeras libertadoras, que eran en número de treinta segun unos, y segun otros de cuarenta, aparejadas y dispuestas, dice Desclot, como no habia otras en el mundo. El rey y el almirante se abrazaron con efusion, y despues de tres dias pasados en fiestas y graves conferencias, la armada catalana salió al mar dirigiéndose al golfo de Rosas.

Al dia siguiente incorporáronse á la escuadra de Roger de Lauria las doce naves de Ramon Marquet, y poco despues cuatro galeras que un baron catalan llamado Montoliu habia llevado de Mesina, llegando á Barcelona poco despues de haber salido el almirante. Montoliu encontró á las naves francesas á la altura de san Felio de Guixols, y aunque el enemigo le dió caza, pudo escaparse y reunirse con el grueso de la escuadra.

La armada francesa en número de unas treinta velas, segun el mayor número de autores, habia vuelto á su fondeadero al este de Palamós entre el Cap-Grós y el cabo de San Sebastian, junto á los escollos ó islotes llamados Formigueras. Roger de Lauria llegó á aquellas aguas á la una de la madrugada, resuelto á dar principio al ataque sin pérdida de momento, y dispuso que diez y ocho galeras se lanzasen entre la tierra y el enemigo, mientras que él con el resto de sus naves daria el abordage. A causa de la oscuridad mandó encender fanales en la proa de cada galera, y dada la señal y á los gritos de *¡Aragon! ¡Aragon!* empezóse una terrible batalla. Los ballesteros catalanes, que no tenian en el mundo quien los igualara en el manejo de su arma, hicieron maravillas de valor, y llegando al abordage, el almirante aragonés embistió á una galera provenzal con tanta fuer-

za que lanzó al mar á cuantos hombres la tripulaban excepto cinco ó seis. Sorprendidos los Franceses, ofrecieron escasa resistencia; doce de sus galeras abandonaron el combate contrahaciendo las señales de sus contrarios, y gritando como ellos *¡Aragon! ¡Aragon!* Las trece galeras restantes fueron apresadas con cuantos hombres las montaban y los dos almirantes Simon de Tursia y Enguerrando de Bayeul. Las doce fugitivas fueron tambien capturadas al dia siguiente, apoderándose tambien los vencedores de la villa de Rosas y de cuantas embarcaciones francesas habia por aquellos puertos. Mas de cinco mil, entre Provenzales y Franceses, perecieron en la batalla; los prisioneros fueron muchos, y si hemos de creer á algunos historiadores, el rey ó Roger de Lauria con mengua de su fama vengó en ellos cruelmente las tropelías y excesos cometidos por los Franceses desde su entrada en Cataluña. Este combate dado en los primeros dias de setiembre sembró el terror entre la marina francesa, é influyó poderosamente en los acaecimientos sucesivos.

Al saber la derrota y destruccion de su armada, el rey de Francia, á quien tambien alcanzaron la epidemia y pestilencia que infestaban á su ejército, sintió tan profundo pesar que, agravado su mal, hubo de ser trasladado á Castellon de Ampurias. Los cruzados extenuados y enfermos se dispersaron siguiendo al rey por los desiertos campos inmediatos á Castellon, y solo quedó en el campamento una tercera parte de las fuerzas francesas bajo las órdenes del jóven Felipe el Hermoso. Espirado pocos dias despues el plazo para la rendicion de Gerona, Ramon Folch hizo entrega de la plaza en 7 de setiembre al senescal de Tolosa, y seis dias despues salió de ella seguido de todos los soldados y habitantes con armas y bagages, tremolando luego en el muro el pendon real de Francia. No pudo Felipe el Atrevido gozar de su triunfo, y únicamente sus hijos entraron en la ciudad cuya conquista tanto les habia costado; sin embargo, las graves noticias que de la dolencia de su padre recibieron, los obligaron á abandonarla en breve. Ramon Folch marchó á reunirse con el rey de Aragon que se encontraba en San Celoni, lugar perteneciente á los caballeros de San Juan de Jerusalen. El rey y su caballería permanecieron allí algunos dias, y supieron la enfermedad de Felipe y la retirada de los cruzados, que con los hijos del rey, el cardenal y el oriflama se replegaban abatidos y diezmados, dejando de guarnicion en Gerona doscientos caballos y cinco mil infantes al mando del senescal de Tolosa.

Por la parte del mar, Dios, dice un autor, no protejia menos en aquellos momentos al rey de Aragon y á su causa. Despues de la batalla de las Formigueras, Roger de Lauria corrió triunfalmente la costa hasta Narbona, capturando embarcaciones, entrando en Cadaqués y su bahía, de modo que desde cabo de Creus hasta Colibre era el nombre del almirante el terror de los Franceses. En vano quisieron estos, al preparar su retirada, obtener de él una momentánea tregua; Roger dice que jamás la tendrá con el rey de Francia, y á las amenazas de los embajadores para el porvenir dícese que contestó: «No soy desdeñoso ni esquivo (1) como suponeis, pero entre el rey de Francia y yo es imposible una tregua. Bien sé que vuestro soberano puede armar fácilmente en un año las trescien-

(1) *Esquiu*, asper, difficilis, de donde se ha hecho Montesquiu ó Montesquieu (monte escarpado).

las galeras con que me amenazais y aun mas todavía; pero he de deciros que no las temo; si el rey de Francia armase trescientas, yo armaria solo ciento, y con ellas, aunque me encontrara con trescientas ó mil, nadie se atreveria á esperarme ni á andar por los mares sin salvoconducto del rey de Aragon; los mismos peces no osarian mostrarse fuera del agua á no llevar un escudo con las armas de mi señor (1).»

Al saber el rey de Aragon, dice Muntaner, la resolucion que habian tomado los Franceses, partió al momento con todas sus gentes de á caballo y de á pié, que estaban por las fronteras, y se fué al collado de Panisars, á fin de que no se le escapase el rey de Francia y ni uno tan siquiera de su hueste. Felipe el Atrevido, gravemente enfermo, habia sido conducido pocos dias antes de Castellon de Ampurias á un lugar llamado Vilanova, en las inmediaciones de Perelada, y allí murió en los últimos dias de setiembre. Despues de despedirse con tiernas palabras de los dos hijos que le habian acompañado á su funesta expedicion, levantó los ojos al cielo, mandó que le trajeran el cuerpo de Jesucristo, que recibió muy devotamente, cruzó las manos sobre el pecho y exclamó: «Señor Dios verdadero, en vuestras manos encomiendo mi espíritu.» En seguida espiró dulcemente, evitándole así el Señor presenciar las nuevas y desgarradoras desgracias que habian de caer aun sobre su hueste (2).

Al propio tiempo que los Franceses perdian así á su caudillo supieron que Roger de Lauria habia subido con un cuerpo de marineros al collado de la Masana, por donde los Franceses penetraron en España, y que don Pedro ocupaba el paso de Panisars con numerosas compañías. La situacion se agravaba mas y mas por el desórden con que marchaba el ejército. No pensando sino en pasar los montes y en salvar sus personas, por todas partes iban dejando fardos, bagages, y todo lo que podia servirles de embarazo y estorbo, que harto embarazados iban

---

(1) Desclot, c. CLXVI.

(2) Desclot, los historiadores franceses y á su ejemplo muchos de nuestra nacion, entre ellos el moderno Lafuente, dicen haber muerto Felipe en Perpiñan en 5 de octubre de 1285. Muntaner, empero, al señalar el lugar de la muerte del rey de Francia en Vilanova de la Muga fija hasta la casa, con el nombre del dueño, en que aconteció tal suceso. El dicho del cronista catalan que hasta ahora habia sido objeto en esta parte de dudas é interpretaciones, está confirmado por el precioso documento que existe en el archivo de la Corona de Aragon (Reg.º n.º 47 del rey don Pedro III de Aragon, f.º 134 v.º), que ha puesto á nuestra vista el ilustrado don Antonio de Bofarull. Es dicho documento la carta que escribió el hijo del Conquistador á su sobrino Sancho IV de Castilla, en 2 de las idus de octubre (14) de 1285, participándole los sucesos de la guerra y el victorioso fin de la campaña. Despues de explicar don Pedro al Castellano los triunfos de su marina, dice.... . «Set rex predictus cum suis Gallecis *neronitzans more neronii* in flagellis induratus extitit, nec flagellum divinum cum paciencia recognovit et ob hoc iratus Dominus tam ipsum regem quam in suos severitatem ipsius vindicte suo justo judicio exercuit evidenter. Nam rex prefatus diu *in partibus istis infirmitate retentus viam universe carnis ingrediens diem clausit* extremum suosque complices hostes nostros, immo verius hostes Dei, de regni nostri finibus expellentes in illius virtute onus adjuti manu Saul ac David X mille percusserunt, die dominica post festum Sancti Michaelis et die lune sequenti vicimus.»

El epitafio que se escribió en el sepulcro de Felipe el Atrevido, que fija su muerte á III *nona octobris anno Domini* MCCLXXXV, no basta á nuestro modo de ver para destruir el dicho de don Pedro, pudiéndose de ahí deducir una de ambas cosas: ó el príncipe Felipe para mejor proteger al padre moribundo, envió al rey de Aragon la noticia de su muerte, lo que no es muy probable, ó continuando en el propósito que le atribuye Muntaner de tenerla secreta, no quiso divulgarla por honor de su nacion hasta hallarse fuera del territorio enemigo.

con el cadáver de su rey, y con los muchos barones enfermos que llevaban en literas ó en las pocas acémilas que les quedaban.

Muerto que hubo el rey de Francia, continua Muntaner, el rey Felipe mandó que se guardara el secreto, al tiempo que envió mensageros secretos tambien á su tio el de Aragon, haciéndole saber el fallecimiento de su padre y suplicándole que dejase el paso libre para él y sus gentes. Generoso don Pedro con un enemigo que tan crueles devastaciones habia ejercido en su tierra, y que conservaba aun en ella la ciudad de Gerona y otros lugares, contestó á Felipe el Hermoso que le concedia paso para él, su hermano y cuantos irian al rededor del oriflama y del cadáver del difunto rey; en cuanto á los demás nada prometia ni podia prometer atendida la actitud de su gente y la saña que la animaba.

Felipe llamó entonces á sus barones, y formó una delantera en que iban el conde de Foix con quinientos caballeros armados; seguian luego el rey, su hermano y el cardenal, con el oriflama y el cuerpo del Atrevido, escoltados por mil caballos, y cerraban la marcha las acémilas, la gente menuda de á pié, y los restos que de la caballería quedaban, en número de unos mil quinientos caballos armados. Pusiéronse así en movimiento el dia de san Miguel 29 de setiembre, con el designio de llegar aquel mismo dia á la Junquera.

Dios sabe, dice Muntaner, como pasaron los Franceses aquella noche; ninguno se quitó las armaduras ni durmió uno tan siquiera, antes bien durante toda ella no se oyeron mas que llantos y gemidos, pues los almogavares, sirvientes y hombres de mar embistieron los flancos, y no hacian mas que matar gentes y romper cofres, siendo mayor el estallido de cofres que se oia que si hubieseis estado en un bosque, donde hubiese mil hombres que no se ocupasen mas que en rajar leña..... El dia siguiente por la mañana, el señor rey de Aragon hizo pregonar que todo el mundo siguiese su señera, y que só pena de la vida nadie acometiese hasta que lo hiciese su señera y que tocasen las trompas y nácaras (1). En efecto, habian llegado los Franceses al punto mas difícil de la retirada, junto al inevitable desfiladero de mas de una legua que habia que atravesar en medio de peligros de todas clases. Habia que pasar por entre montañas cuya cima se hallaba cubierta de enemigos, que podian destruir á cuantos á sus piés se hallaban solo con hacer rodar las piedras que tenian junto á ellos, seguir un camino pendiente y rodeado de precipicios, donde solo podian marchar tres caballos de frente, y esto embarazados con la litera en que iba el cadáver del rey y con gran número de enfermos, todo lo cual nos explica el terror de que debia estar sobrecogido el ejército francés al emprender la peligrosa subida.

Con justo y legítimo gozo miraria don Pedro desde el *puig* en que se hallaba la luctuosa procesion que formaban sus enemigos, tan altivos poco ha y tan humildes entonces. Como dice el mismo en su carta, parecia haberse desplomado sobre ellos la mano de Dios. El domingo 30 de setiembre, levantaron los Franceses sus tiendas del valle de la Junquera y dispusiéronse á subir al collado de Panisars; su delantera pasó el Portús, mientras que toda la gente catalana gritaba: *¡Firam! firam!* (¡embistamos! ¡embistamos!), pero el rey contenia á todos con una hazcona montera que llevaba en la mano. Pasó despues el oriflama, el cuer-

(1) Ram. Muntaner, Crón. c. CXXIX.

po de Felipe, los príncipes y el cardenal, y aun cuando á su vista redoblaron los gritos y la furia de los Aragoneses, el rey de Aragon á caballo y al frente de sus barones, manteníalos á todos en el lugar que ocupaban. Don Pedro habia cumplido su promesa, y luego que hubieron pasado aquellos á quienes concediera merced, desplegó su bandera y dió el grito de ! *Aragon* ! ¡ *Aragon* ! Entonces caballeros, almogavares y sirvientes cayeron con poderoso empuje contra los Franceses de la retaguardia, á los que arrollaron y destrozaron á su voluntad. Dos dias duró la batalla ó por mejor decir la matanza, segun nos dice el mismo don Pedro en el documento antes citado, y en ella perecieron diez mil Franceses. Los despojos que reunieron los almogavares y sirvientes fueron bastantes, segun las crónicas, para dejar ricos á cuantos allí se encontraron (1).

El cortejo real halló cerca del Portús al rey de Mallorca que estaba allí esperándole con toda su caballería y muchos infantes de Rosellon, Conflent y Cerdaña. Tio y sobrino se abrazaron con efusion, y continuaron su precipitada marcha, pues hasta ellos llegaban los gritos y el estruendo de la batalla empeñada á sus espaldas, el rey hácia Boulou donde pasó la noche y el cardenal hácia Perpiñan. Dícese que fué tanto el miedo que este habia experimentado, que murió al cabo de poco tiempo. El nuevo rey, Felipe el Hermoso, apresuróse á licenciar los restos de su hueste, que dejaba en todos los caminos con cadáveres y enfermos evidentes señales de su paso, y llegado á Narbona dió sepultura al cuerpo de su padre.

Terminada así la campaña con tan escasa gloria y tanto daño para el monarca francés, bajó don Pedro al llano del Ampurdan, donde se le rindieron cuantos castillos habian conservado guarnicion francesa y últimamente Gerona. Tres semanas empleó en sosegar el país tan atribulado por la pasada tormenta, y en seguida consagróse del todo á una empresa que así halagaba á su política como á su resentimiento personal. Imposible era que perdonase á su hermano de Mallorca el decidido auxilio que prestara á su sobrino de Francia, y para vengarse de él y conquistar su reino, mandó á Roger de Lauria que preparase su armada, y aprestó un cuerpo de quinientos caballos á las órdenes de su hijo Alfonso. Todo se hallaba ya dispuesto para la expedicion; el Aragonés contaba ya con inteligencias y parciales en las Baleares; la armada iba á darse á la vela, cuando el dia 26 de octubre, al marchar el rey de Barcelona á Salou, fué acometido de una violenta calentura que le obligó á detenerse en el hospital de Cervellon; despues de un corto descanso obstinóse en continuar su camino y montó otra vez á caballo, pero, vencido por la enfermedad, hubo de ser trasladado en litera á Villafranca del Panadés. Allí se agravó mas y mas su enfermedad, difundiéndose la noticia por todo el país hasta que llegó á oidos del infante don Alfonso, que ya se habia embarcado. Volvió este sin dilacion al puerto para abrazar á su padre, quien era tanto lo que á pesar de su dolencia se hallaba preocupado

(1) Varios son los autores que cuentan este suceso diciendo que, á pesar y contra las órdenes del rey, que no pudo sujetarlos por mas tiempo, los almogavares y paisanos armados ávidos de botin y de venganza, lanzáronse á la desbandada contra el ejército francés. Además de contradecirlo las palabras con que el mismo don Pedro refiere el hecho á su sobrino de Castilla, Desclot lo cuenta del mismo modo que lo hacemos nosotros. Mucha fué la generosidad de don Pedro para con sus enemigos, para que queramos aumentarla con hechos no acreditados.

con la expedicion de Mallorca, que al verle le dijo: «¿Quién os ha aconsejado que vinierais á Nos? ¿Sois acaso médico para que nos podais dar vuestra opinion acerca de nuestra enfermedad? Aquí no haceis falta ninguna; de mí será lo que Dios quiera, y para honra del Señor y de vuestro reino conviene que os volvais á Mallorca, pues vuestra tardanza podria ocasionar gran daño.»

Obedecióle el infante, y sin dificultad sometió al reino de Aragon, como luego veremos, la isla de Mallorca. En tanto, conociendo don Pedro la fuerza progresiva del mal, quiso prepararse para el tránsito supremo y morir como cristiano. Convocó en su cámara al arzobispo de Tarragona don Bernardo de Olivella, á los obispos de Valencia y Huesca, á otros varios prelados y á sus ricoshombres, y entre ellos hizo las mayores protestas de su fe, adhesion y respeto á la Sede Apostólica, declarando que si habia ocupado la Sicilia era en virtud del derecho que á ella tenian sus hijos, y no en desacato y ofensa de la Iglesia; que como católico fiel reconocia que las sentencias de la Iglesia, justas ó injustas, debian temerse, y que por lo mismo pedia la absolucion de sus pecados y de las censuras eclesiásticas y prometia estar á lo que sobre aquel hecho determinara la Sede Apostólica. En seguida perdonó á sus enemigos, mandó poner en libertad á los prisioneros, excepto á aquellos que por su importancia podian servir para obtener la paz, como el príncipe de Salerno y algunos barones franceses, y consolado con la absolucion, recibió arrodillado en su lecho el cuerpo de Jesucristo. Antes de morir supo la llegada á Barcelona de Carlos el Cojo, y sin que pudiera manifestar la alegría que sin duda habia de causarle esta noticia, cruzó los brazos, levantó los ojos al cielo y espiró el dia 11 de noviembre, fiesta de San Martin, á los cuarenta y seis años de su edad y á los nueve de reinado. Su cuerpo fué sepultado en el monasterio real de Santas-Creus de la órden Cisterciense, conforme al deseo que en vida habia manifestado (1).

De su enlace con doña Constanza de Sicilia habia tenido á don Alfonso que le sucedió en los reinos de Aragon y Valencia y condado de Barcelona; á don Jaime, á quien dejó la soberanía de Sicilia (2); á don Fadrique, que fué tambien rey de aquella isla; á don Pedro, á Isabel, á quien los católicos veneramos en los altares, esposa de don Dionisio de Portugal, y á doña Violante, casada con Roberto rey de Nápoles. Tuvo además don Pedro varios hijos naturales, entre ellos don Jaime Perez, señor de Segorbe, don Fernando, señor de Albarracin

---

(1) En su sepulcro púsose el siguiente epitáfio: *Petrus quem petra tegit gentes et regna subegit, fortes confregitque crepit, cuncta peregit, audax magnanimus sibi miles quisque fit unus, qui bello primus inheret jacet hic modo imus, constans proposito verax sermone fidelis, rebus promissis fuit hicet strenuus armis, fortis justitia vivens æqualis ad omnes, istis laudatur vi mentis laus superatur, Christus adoratur dum penitet unde beatur, rex Aragonensis comes et dux Barcinonensis, defecit membris undena nocte novembris anno milleno centum bis et octuageno quinto, siste pia sibi tutrix virgo Maria.*—Devastado el monasterio en 1835, fueron sus cenizas esparcidas al viento. Su esposa Constanza, muerta en 1302, yacia en el convento de PP. Menores de Barcelona.

(2) Ya antes hemos dicho no constar esta cesion por documento alguno auténtico, y en efecto, segun observa Zurita y el traductor de la crónica de Muntaner, don Antonio de Bofarull, no existe ni se encuentra apuntado en los archivos de la corona de Aragon otro testamento de don Pedro que el otorgado en Port Fangós á 3 de las nonas de junio de 1282, antes de partir á la expedicion de Africa. En él instituyó á don Alfonso heredero universal en todos sus estados y señoríos, y legó al infante don Jaime todas sus tierras y derechos de Ribagorza y Pallars, con dependencia feudal de su hermano mayor. Cuanto dice Muntaner del testamento hecho por don Pedro en los últimos instantes de su vida, ha de ponerse en duda hasta que otra cosa se descubra por lo que antes llevamos dicho.

en 1284, luego que su padre hubo ganado aquella ciudad de don Juan Nuñez de Lara que la poseia por su esposa doña Teresa Alvarez de Azagra, don Pedro y don Sancho, este castellano de Amposta.

Así murió don Pedro III, rey de Aragon, de Valencia, de Sicilia y hacia pocos dias de Mallorca, conde de Barcelona, etc., en la fuerza de la edad, en el vigor de su espíritu, en el colmo de la fortuna, cuando veia al ejército francés destruido, en el trono de Francia á un nuevo rey, muy dispuesto á favorecer sus planes, al soberano de Mallorca humillado y despojado de su reino; á sus mayores enemigos, Carlos de Anjou, Martino IV y Felipe el Atrevido en el sepulcro; al nuevo rey de Nápoles encarcelado, y al paso que los dominios de este se hallaban turbados y sin fuerza, estaba la Sicilia sometida y feliz. La marina catalana dominaba el Mediterráneo; las disensiones intestinas de Aragon habíanse apaciguado, y una constitucion modelo en todos tiempos y mas aun en los que fué dada, regia en aquellos estados donde la libertad del individuo y la dignidad humana parecian tener su asiento. Don Pedro era de gran estatura, robusto y valeroso, de ánimo audaz, constante y capaz de ejecutar las mas grandes cosas sin desatender los mas pequeños detalles. Discreto, sagaz é infatigable, estuvo adornado de cuantas cualidades constituyen los famosos capitanes y los buenos políticos. Mereció de sus contemporáneos el sobrenombre de Grande; fué el mas estimado de cuantos monarcas reinaron en su tiempo, y hasta sus enemigos los historiadores güelfos, no pudieron menos de hacerle justicia. Dante celebró tambien sus altas cualidades, que nadie en Europa le negó en su tiempo. Amante de las letras y poeta tambien, don Pedro, en medio de las agitaciones de su reinado, fué otro de los que mas poderosamente fomentaron la literatura catalana.

Grande y heróico este reinado como el anterior, y quizás mas portentoso, distínguese sin embargo de él por una nueva política, por nuevas aspiraciones y tendencias. Don Jaime habia querido ser fuerte en su reino, y para ello concentró sus fuerzas y ensanchó sus fronteras españolas; don Pedro, por el contrario, dejando en paz á Navarros y á Moros, lanzóse á remotas expediciones, y aun cuando es innegable que fueron muy distintas las circunstancias en que padre é hijo se encontraron, la historia puede acaso asegurar que no hubiera don Pedro celebrado el tratado de Corbeil. Lo que habia de ser el hijo del Conquistador lo reveló ya á la muerte de la última hija del postrer conde de Tolosa; para él la gloria de Aragon lo era todo, y desde su reinado puede decirse que empieza para España la época de explendente grandeza que hizo de nuestra nacion la primera de todas: grandeza en cierto modo ficticia, es verdad; grandeza que casi siempre compran los pueblos á costa de su paz y dicha, y que si permite y favorece las espansiones del genio, las grandes acciones así en monarcas como en pueblos, demuestra tambien una vez mas que no el predominio, no la fuerza superior, no la elevacion desmesurada constituyen el bien, la felicidad para las naciones como no lo constituyen tampoco para los individuos.

CAPÍTULO XXXV.

Sancho IV el Bravo, rey de Castilla.—Su coronacion en Toledo.—Sublevacion de algunas ciudades castellanas.—Los Beni-Merines invaden á Andalucía.—Don Sancho marcha contra ellos.—Los Africanos se retiran á Algeciras.—Alianse con los walíes de Málaga, Guadix y Comares.—Paz entre don Sancho y el emir de Marruecos.—Descontento del infante don Juan y de don Lope Diaz de Haro.—Nacimiento de Fernando IV.—Negociaciones con Francia con motivo de los infantes de la Cerda.—Conferencias de Bayona.—Cortes de Palencia.—Agitacion promovida en el reino por la privanza de don Lope de Haro.—Cortes de Toro.—Trágica muerte del señor de Vizcaya en las cortes de Alfaro.—Los de Haro aliados con Aragon proclaman á don Alfonso de la Cerda.—Guerras y negociaciones.—Don Juan Nuñez de Lara.—Sancho el Bravo y Felipe el Hermoso de Francia se avistan en Bayona.—Paz entre Castilla y Aragon.—Guerra contra los Moros.—Toma de Tarifa por los cristianos.—El infante don Juan y los Sarracenos ponen sitio á aquella plaza.—Guzman el Bueno.—Última campaña de Sancho contra los Sarracenos.—Muerte de Sancho el Bravo.

Desde el año 1284 hasta el 1295.

El reverso de don Alfonso el Sábio, dice Lafuente, fué don Sancho el Bravo su hijo, y esto no obstante, si no fué un gran rey, ocupó con dignidad el trono de Castilla. Aspero y altivo, ingenioso é iliterato al mismo tiempo, llevaban impresos sus actos todos cierto sello de grandeza realzado por su indomable valor, famoso y reconocido en todo el mundo. Sancho recibió á los diez y ocho los sobrenombres de Fuerte y de Bravo y sostuvo y gobernó hábilmente el reino que por tan malos medios habia adquirido.

En Avila se hallaba cuando recibió la noticia de la muerte de su padre, y su primer cuidado fué celebrar en su obsequio magníficos funerales y tomar vestidos de luto. En seguida marchó á Toledo á tomar las insignias de la soberanía, y allí en compañía de su esposa doña María de Molina fué solemnemente proclamado rey, en 30 de abril de 1284. Abandonando el traje de luto por la corona y el manto real, fué saludado hasta por los mas ardientes parciales de su padre, y solo entonces tomó el título del poder cuyas prerogativas ejercia de hecho hacia dos años sobre la mayor parte de España. El pueblo, los próceres, los hombres de guerra le prestaron juramento como á su rey y señor, y las cortes declararon á su hija única Isabel, que contaba entonces dos años, heredera de las coronas de Castilla y Leon en caso que no tuviera hijos varones. Esto equivalia á excluir solemnemente á los nietos de san Luis los infantes de la Cerda, del trono que pretendian, y establecia otra vez la aptitud y el derecho de las mugeres á la sucesion de la corona.

Sancho tomó las riendas del gobierno en el mismo momento en que don Pedro de Aragon, su íntimo aliado, reducia en Albarracin al poderoso don Juan

Nuñez de Lara que, como sabemos, poseia aquel estado. Las tropas de la señoría de Molina perteneciente á una hermana de su esposa fueron enviadas para esta empresa en auxilio del Aragonés, y mientras esto sucedia, el infante don Juan reclamó la herencia que le legara su padre don Alfonso, consistente en los reinos de Sevilla y Badajoz. En vano rodeado de algunos parciales y de escaso número de hombres de armas, invocaba desde Sevilla el testamento de su padre; los ciudadanos, lejos de abrazar su causa, disponíanse á empuñar las armas contra él, acaudillados por don Alvar Nuñez de Lara, cuando llegó don Sancho y desbarató con facilidad los planes de su hermano, quien le quedó sometido desistiendo al parecer de sus ambiciosas pretensiones.

Allí recibió el nuevo rey una embajada del rey de Marruecos Yacub Abu Yussuf, quien aliado del padre envió á Abdalac á felicitar al hijo y á preguntarle que relaciones deseaba conservar con él. «Decid á vuestro señor, contestó Sancho, que si hasta ahora ha talado y corrido mis tierras con sus algaras, desde hoy ha de saber que me hallo dispuesto á todo, y que en una mano tengo el pan y en la otra el palo; á él le toca escoger (1).» Con esta expresion, dice muy bien un escritor, don Sancho se retrató á sí mismo. Yacub dejó sin contestacion tan altanero mensage, y como sus asuntos le retenian entonces en Africa, aplazó para la siguiente primavera, dicen los historiadores musulmanes, su cuarta expedicion á España. Sancho en tanto, que no desconocia el efecto que sus palabras habian producido, hizo preparativos para la guerra, y uno de ellos fué llamar de Génova al famoso marino Benito Zaccharia que antes habia prestado el auxilio de sus naves al emperador griego de Constantinopla y á don Pedro de Aragon. El Genovés llevó á Castilla doce galeras armadas, y el rey, además de nombrarle temporalmente su almirante con seis mil doblas mensuales, hízole donacion á título hereditario del Puerto de Santa María con obligacion de mantener perpétuamente en él á sus expensas una galera armada para el servicio del rey (2).

Durante su permanencia en Sevilla, convocó don Sancho cortes en las que anuló varios de los privilegios y exenciones que á los pueblos otorgara cuando siendo infante únicamente deseaba que le ayudasen á conquistar la corona. A primeros de octubre volvió á Castilla, y tuvo con su tio de Aragon la entrevista de Ciria de que antes hemos hablado, en la que prometió auxiliarle contra todos sus enemigos, aun contra el rey de Francia, pero solo en el caso en que no se hallasen sus armas ocupadas en combatir á Abu Yussuf. Marchó en seguida á Valladolid donde recibió con gran honor á don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, á quien debia en gran parte la corona, y sucesivamente le hizo mayordomo de la casa real y alferez mayor del reino (3); confióle despues la lugarte-

---

(1) Las crónicas árabes difieren acerca de los términos en que respondió Sancho, pero todas se hallan contestes en el sentido de sus palabras.

(2) Capmany, Memorias, etc. t., IV.

(3) Estos cargos hacian de la persona que los obtenia la primera del reino despues del rey y de los príncipes de la sangre. Una de las principales funciones del Alferez mayor era llevar á la guerra el estandarte de Castilla delante del rey, y mandar los ejércitos en ausencia del soberano; era gran maestre y caudillo de la caballería; decidia soberanamente en todos los puntos de honor; conocia de los hechos de caballería para premiarlos ó castigarlos, y privaba del título y prerogativas de ca-

A. de J. C. nencia de varias fortalezas, y restableció en su favor el título de conde y las funciones á él anexas que, segun hemos dicho, habia sido abolido en España desde el reinado de san Fernando. No satisfecha aun la ambicion del magnate y conociendo que el rey nada podia negar á sus señalados servicios, pidió una llave en la cancillería del rey y el adelantamiento de la frontera para su hermano don Diego (1), y casado ya con una hermana del monarca, suegro del infante don Juan, don Lope Diaz de Haro hízose tan poderoso en Castilla que, segun un historiador, llegó á ser igual al rey.

Algunas ciudades, indignadas por la derogacion de sus privilegios y obedeciendo las mas á la voz de sus señores, se sublevaron en los últimos meses del año 1284, y el jóven rey hubo de reducirlas por medio de las armas. De este número fué Soria, pero don Sancho con su gente de guerra restableció en breve su autoridad, haciendo en los revoltosos cruel escarmiento; *á los unos los mató*, dice la crónica, *á los otros desheredó y á los otros echó de la tierra y les tomó cuanto habian, en guisa que todos los sus reinos tornó sosegados.*

1285 El año 1285 empezó entre los bélicos preparativos de Felipe el Atrevido contra Pedro de Aragon, quien reclamó entonces de su sobrino don Sancho los auxilios que le prometiera. El de Castilla no estaba muy dispuesto á concedérselos; requerido por el Francés para que no lo hiciera, no entraba en sus intereses descontentarle, en cuanto deseaba llegar con él á un arreglo en la cuestion de los infantes de la Cerda. De tal compromiso le sacó la guerra que los Africanos movieron entonces en Andalucía, y esto le permitió mirar impasible la entrada de los Franceses en Cataluña sin romper abiertamente con su tio, al que le importaba mucho no tener por enemigo, puesto que en su poder se hallaban aquellos mismos infantes que podian introducir la turbacion en sus estados.

Dijo pues á su tio que el emir de los Beni Merines habia invadido su tierra, lo que le imposibilitaba de acudir á Cataluña; y en efecto, Yacub Abu Yussuf fundador de aquella dinastía, ofendido por la contestacion que diera Sancho á su embajada, pasó á Andalucía á principios del año 1285. Los Africanos corrieron la tierra de Sidonia, Alcalá y Jerez, haciendo, segun Conde, los estragos de las tempestades. Sancho, despues de hacer un llamamiento general á todos los concejos y milicias, dirigióse animoso á Sevilla, y desde allí, mientras la armada castellana al mando de Benito Zaccharia avanzaba hasta el Estrecho para cortar á los Africanos toda comunicacion con su país, la hueste castellana, guiada por el rey, dirigióse á libertar á la ciudad de Jerez que tenia el emir estrechamente cercada. Avisado de ello Abu Yussuf por los campeadores de su hijo que mandaba la delantera de la hueste, no quiso aventurar una batalla, dice la crónica musulmana, con aquella gente tan osada, conducida por un rey jóven y belicoso, lleno de esperanzas y sin género alguno de temor, y por esto fué que levantando su cam-

---

ballero á los que juzgaba haberse hecho indignos de este nombre. Las doncellas, las viudas, los huérfanos tenian al Alferez mayor por defensor y protector. Los reyes disminuyeron poco á poco la importancia de este cargo, hasta que en 1382 reunieron sus principales prerogativas á la dignidad de condestable (*comes stabuli*) á la vez mas antigua y mas moderna.—La dignidad de mayordomo (*major domi*) no era menos importante, y sin la firma del que la obtenia carecian de valor las gracias, dones y beneficios que otorgaba el monarca.

(1) Don Diego de Haro fijó su residencia en Jerez, que por su situacion al extremo de Andalucía, recibió el nombre de Jerez de la Frontera.

po se retiró á Algeciras. Hasta allí queria don Sancho perseguirle, pero el infante don Juan y el señor de Vizcaya se opusieron á que así lo hiciera, y hasta llegaron á amenazarle con retirarse ellos y sus hombres de armas en caso de pasar adelante. Don Sancho, pues, no tuvo mas recurso que retroceder y volver á Sevilla. A. de J. C.

En Algeciras quiso el emir magrebino, para mayor honra del Islam y sosiego de los Musulmanes españoles, concertar definitivamente cuantas diferencias entre ellos mediaban, y á este efecto convocó á una entrevista á Muhamad de Granada y á los valíes de Málaga, Guadix y Comares, que con tanta obstinacion defendian su autoridad contra las pretensiones del Granadino. El resultado de la conferencia, sin embargo, no correspondió del todo á lo que de ella podia esperarse: Muhamad volvió á Granada sin haber cedido en ninguna de sus exigencias, y los walíes entonces concertaron con Yacub de estar en su obediencia y pagarle cierto servicio. Con promesas ó amenazas logró el Africano que el walí le cediese el señorío de Málaga, y todo ello, como era natural, causó gran pesar á Muhamad, quien trató entonces de cultivar su amistad con el rey Sancho de Castilla, esperando que el tiempo y las circunstancias le ofrecerian oportunidad para reparar sus cosas. Al propio tiempo solicitó igualmente la paz el emir africano, que vió cerrado el Estrecho por la armada de Zaccharia, y obtuvo una tregua de tres años al precio de dos millones de maravedís, despues de avistarse con don Sancho en el lugar de Peñaferrada. No fué tan feliz Muhamad de Granada cuyas proposiciones de paz rechazó el Castellano por causas que no se expresan, si bien es regular que en ellas entrara por mucho la política que siempre habia seguido la corte de Castilla, consistente en favorecer á los walíes rebeldes, y esto fué causa de que el infante don Juan y don Lope Diaz de Haro, que habian opinado por la alianza con el Granadino, abandonaran momentáneamente la corte y marcharan al señorío de Vizcaya donde tomaron una orgullosa y hostil actitud que fué precursora de graves turbulencias.

Durante el año de la muerte de los cuatro reyes (1) (así era designado el año 1285), doña María de Molina dió á luz en Sevilla (6 de diciembre) un hijo que recibió el nombre hasta entonces afortunado de Fernando, y que sucedió despues aun muy niño al rey su padre. El cuidado de educarlo fué confiado á don Fernan Ponce de Leon, uno de los principales señores del reino, señalándose la ciudad de Zamora para residencia del maestro y del discípulo. Apenas contaba este un mes cuando el rey le presentó á las cortes reunidas en Burgos, para que fuese reconocido como sucesor y heredero de sus reinos (enero de 1286), acto 1286.
exigido entonces particularmente por las pretensiones de los infantes de la Cerda. Fernando era ilegítimo segun la Iglesia, á causa del grado de parentesco que mediaba entre sus padres, á quienes Roma jamás habia querido otorgar la conveniente dispensa mientras Martino IV habia ocupado la sede pontificia. Además, como ya sabemos, la casa de Francia consideraba á Sancho como usurpador del trono, perteneciente á los nietos de Alfonso el Sabio, y por todas estas razones importaba mucho al rey de Castilla bienquistarse con el hijo y sucesor de Felipe el Atrevido, de cuya amistad con Roma se prometia la dispensa, tantas veces solicitada en vano. Envió pues á Felipe el Hermoso embajadores, que lo fueron don

(1) Carlos de Anjou, Martino IV, Felipe III de Francia y Pedro III de Aragon.

Martin obispo de Calahorra, y don Gomez García abad de Valladolid, encargados de felicitarle por su elevacion al trono y de procurar por todos los medios posibles separarle del partido de los infantes. Sin embargo, todo fué inútil por el momento, y cuanto pudieron obtener se redujo á que ambos reyes se avistasen en Bayona para tratar de la cuestion de los infantes y de cuantos negocios se hallaban pendientes entre las dos coronas. El arzobispo de Toledo don Gonzalo, que gozaba de gran autoridad y que podia mucho por el ascendiente de su carácter, acompañó á don Sancho en su viaje á la frontera. Los dos reyes, ya fuese por mútua desconfianza ó por otras causas que se ignoran, no llegaron á reunirse; Sancho se detuvo en San Sebastian, Felipe en Mont-de-Marsan y tratáronse las cuestiones por medio de plenipotenciarios que celebraron sus conferencias en Bayona. En ellas se habló y discutió mucho, pero no se resolvió cosa alguna. Los Franceses en nada querian consentir sin que don Sancho accediera ante todo al repudio de doña María de Molina y á su enlace con una hermana de Felipe el Hermoso. El Castellano se ofendió gravemente de semejante proposicion, y sin querer saber mas, llamó á sus embajadores y marchó á Vitoria donde se hallaba la reina. El abad de Valladolid que, segun parece, prestaba oidos á esta proposicion del monarca francés, que le habia prometido en caso de ser aceptada la mitra arzobispal de Santiago, incurrió desde aquel momento en la desgracia del rey y de su esposa; ordenaron á don Gonzalo, arzobispo de Toledo, que le exigiera cuentas de las rentas reales cuya administracion tenia, y preso luego, murió misteriosamente en su cárcel.

Aquel mismo año, para cumplir un voto ó sencillamente por motivos de devocion, marchó don Sancho á Santiago de Galicia, y al volver de este piadoso viage, dice Ferreras, y al pasar por Palencia convocó cortes (2 de diciembre de 1286) á ruego de los procuradores de Castilla y de Leon. Entonces publicóse un edicto con nueve artículos principales, por los que se revocaban cuantas exenciones y privilegios habia concedido don Sancho durante la época de su regencia á las órdenes militares y á los ricoshombres cuando quiso hacerlos suyos para conquistar el reino; prohibíase á los próceres adquirir bienes raices, derechos y rentas en los lugares pertenecientes al rey, y declarábase que los bienes de los que muriesen *ab-intestato* habian de pasar íntegros á sus herederos sin que la cruzada pudiese pretender cosa alguna.

A fines de este mismo año el rey de Castilla envió una embajada al rey Alfonso III de Aragon, solicitando que continuaran las relaciones de amistad que con el difunto don Pedro habian mediado. Este era el objeto aparente, pero el real era obtener del nuevo monarca aragonés la entrega de los infantes de la Cerda. Previsor y prudente, Alfonso que deseaba conservar en su poder á los infantes para que nunca el de Castilla se ligase con el de Francia contra él, aplazó su contestacion sobre este punto, alegando la imposibilidad en que se hallaba de decidirlo solo, y prometiendo á los embajadores de Castilla hacer cuanto en su mano estuviere para complacer á su soberano.

Resuelto y bravo el monarca, así en la guerra como en los asuntos de la paz mostrábase sin embargo muy débil en todo aquello que á don Lope de Haro se referia, y á pesar de la actitud semi-hostil que el conde habia tomado desde lo acaecido en Sevilla, no pedia al rey gracia que no le otorgara ni habia honor

que don Lope no apeteciera, y así fué como llegó el señor de Vizcaya al grado de poder que antes hemos manifestado. Difícil era que no abusara de él y que el monarca no se arrepintiera de la elevacion en que le colocara, cosas ambas que todas sucedieron. Con la esperanza de casar al rey con una sobrina suya, hija del conde don Gaston de Bearne, procuraba indisponer á los régios esposos é inducia á don Sancho á la disolucion de su matrimonio. Esto produjo entre la reina y el favorito odio y enemistad profunda, en la que si empezó por triunfar el de Vizcaya, haciendo despedir de palacio á cuantos eran contrarios á sus planes, habia de reportar la de Molina la definitiva victoria. A. de J. C.

Orgulloso y altanero como pocos, el de Haro (1) habia conjurado contra sí á muchos ricoshombres, realmente agraviados unos y envidiosos otros de la privanza en que le veian. Todo esto unido con las disposiciones tan contrarias á la nobleza dictadas en las cortes de Palencia, produjo entre los señores universal descontento que se reveló en confederaciones y conjuras, llegando los amotinados
á amenazar la propia persona del monarca que se hallaba en Astorga (1287) y 1287.
que hubo de prometer cuanto se le pedia para librarse de los sublevados.

Numerosas eran y autorizadas las quejas que del poderoso valido recibia don Sancho cada dia, y hasta llegó á interesarse el rey Dionisio de Portugal para que pusiera fin á semejante estado de cosas. Desde aquel momento, convencido el rey de la justicia de lo que se le pedia y pesaroso tambien de que á tanto se elevase el poder de uno de sus súbditos, resolvió la pérdida del privado.

Aquel mismo año (1287) celebráronse cortes en Toro á las que asistieron el infante don Juan y el conde don Lope para tratar de la cuestion que traia entonces agitado al reino. Los reyes de Aragon y Francia, prosiguiendo en su antigua contienda, solicitaban ambos la alianza de Castilla, y don Sancho consultó á las cortes acerca de cual podia serle mas conveniente. El de Vizcaya, á quien secundó como siempre el infante don Juan, opinó por la de Aragon, y la reina su antagonista y otros ricoshombres por la de Francia. Esta opinion adoptó el rey, é irritado el magnate abandonó la corte, y tomó una actitud del todo hostil á su soberano. El infante don Juan desde Valencia, que tomó desde entonces su nombre, empezó á correr la tierra de Salamanca y de Leon con las compañías que tomó á sueldo, mientras que don Lope reunia tambien tropas en las fronteras de sus estados. Preguntóle don Sancho la razon de semejante proceder, y el de Haro le contestó no haber otra que su voluntad y que por su órden hacia el infante lo que hacia. El rey contuvo su resentimiento, y esperó con disimulo la ocasion de castigar tamaños desacatos. Con esta conducta logró que suegro y
yerno asistiesen á las cortes congregadas en Alfaro (mayo de 1288) para deci- 1288.
dir la cuestion que quedara en suspenso en las anteriores. Don Juan y don Lope acudieron á ellas con mucha gente de guerra y no era menor el número de caballeros que acompañaban al rey, de modo que podia preverse una inmediata catástrofe. Empezado habia la discusion, cuando el rey salió de la sala, sin duda para ver si se hallaba su gente prevenida; así lo consideraria, pues al volver al

(1) Su altivez en nada reparaba. Con motivo de una cuestion en que andaban desacordes el conde y el obispo de Astorga, don Lope buscó al prelado en su misma casa, y despues de haberle dirigido todo género de denuestos, *maravillome*, le dijo, *como no os saco el alma á estocadas*. Quizás á tanto se hubiera atrevido á no haber mediado dos ricoshombres que le acompañaban.

salon, preguntó: *¿Avedes ya acordado?* — *Entrad, señor,* le contestaron, *y deciroslo hemos.* — *Ayna lo acordastes,* exclamó el rey, *pues yo con otro acuerdo vengo, y es que vos ambos finquedes aquí conmigo fasta que me dédes mis castillos.* — *¡Presos nosotros!* gritó el conde levantándose *¡A mí los mios!* y desenvainando la espada corrió hácia la puerta en cuyo dintel se hallaba el rey. El infante don Juan empuñó tambien el acero é hirió á don Gonzalo Gomez de Manzanedo y á Sancho Martinez de Leiva, los cuales, pertenecientes á la guardia del rey, volvieron sus armas contra don Lope que se adelantaba furioso hácia la persona del soberano. Un recio mandoble cortóle la mano con que empuñaba la espada, y un violento golpe de maza de armas que recibió en la cabeza le tendió en el suelo sin vida. El infante don Juan halló á duras penas un refugio contra la cólera de Sancho en la cámara de la reina, y dícese que el soberano que andaba en su busca con la espada desnuda, descargó tres golpes con ella en la cabeza de don Diego Lopez de Campos dejándole por muerto (1). Tales fueron las cortes de Alfaro, cuyas sangrientas escenas no puede la historia con entero fundamento atribuirlas al rey; pues si no hay duda que este hizo de ellas una celada para apoderarse de la persona de don Lope y del infante, no es probable que previera el resultado que tuvieron.

Una nueva guerra civil fué el resultado de aquellos tristes sucesos. En su furor corrió el rey las tierras de la Rioja apoderándose de varios castillos del difunto conde, pero, calmado luego, hizo todo lo posible para atraerse á la viuda y á don Diego hijo de don Lope. Dijo á la primera que conservaria á este los mismos cargos y oficios que obtenia su padre si consentia en permanecer en paz y en no intentar cosa alguna para vengar su muerte, abandonándose por completo á la benevolencia y proteccion del rey. La viuda de don Lope, la condesa doña Juana de Molina, vaciló por un momento ante semejante oferta, sobre todo despues de haberle hecho decir el rey en santo Domingo de la Calzada, donde se habia retirado, que no habia sido su voluntad matar al conde, sino que las cosas habian sucedido por desgracia de tal suerte que don Lope se habia precipitado él mismo á la muerte. Instada por la reina su hermana, consintió primeramente en influir con Diego á fin de que aceptara el partido que le proponia el rey; mas abandonándose luego á su resentimiento, compartió con su hijo el deseo de venganza y aun le excitó á tomarla ruidosa y completa. El yerno de don Lope, el infante don Juan, fué preso en Alfaro y llevado al castillo de Burgos por órden del rey su hermano; pero su esposa doña María de Haro, hija del difunto conde, habíase refugiado al lado de su familia que la envió á Bearne cerca de su pariente el vizconde Gaston para solicitar de él que formase parte de su liga. Todos los Haros y sus deudos tomaron las armas contra el rey y reconocieron, tales cambios produce la política, la legitimidad de los infantes de la Cerda, que habian, no solo desconocido, sino combatido hasta entonces. Diego Lopez pasó á Aragon, pero si bien Alfonso III púsose de su parte, descontento como estaba de su primo don Sancho por la preferencia que este manifestara en favor de la alianza francesa, no consintió como los conjurados habrian deseado en poner de

(1) Así cuenta este trágico suceso la crónica de don Sancho; pero otros autores refieren que fué el mismo rey quien hirió á don Lope al ver que se acercaba á él con el brazo y acero levantados.

pronto en libertad á los infantes ni en declararse inmediatamente por ellos. Su política le aconsejaba esperar que las cosas hubiesen llegado á un punto mas favorable. En tanto Vizcaya y parte de Castilla la Vieja hácia el Ebro se habian levantado contra Sancho, quien reuniendo un ejército del mejor modo que pudo entró inmediatamente en campaña. Avanzó hácia Calahorra y Logroño que en vano intentó sorprender ; marchó luego hácia Treviño , pero la guerra de escaramuzas que sus enemigos le hacian cansaba á sus tropas sin resultado alguno decisivo , y la ciudad sometida la víspera volvia á sublevarse al dia siguiente. El rey pasó el Ebro y se presentó delante de Haro que le cerró sus puertas , pero el Castellano tomó la plaza por asalto , y abandonándose á su carácter iracundo y fiero , mandó pasar á cuchillo á la poblacion entera. Desde allí marchó á Vitoria , donde la reina que le acompañaba dió á luz un hijo que recibió el nombre de Enrique. Tambien recibió allí don Sancho embajadores de Felipe el Hermoso , que le convidaron á tener con él una entrevista en Bayona llegado que fuera el siguiente año ; el astuto Felipe sabia el ardor con que doña María de Molina deseaba ver á su esposo reconocido por la Francia como rey de Castilla al propio tiempo que aprobado su matrimonio por el Papa , á fin de asegurar la corona á sus hijos , y manteníalo anhelante sin satisfacerlo ni desalentarlo , con la mira política de tener así divididos á los reyes de Aragon y Castilla.

A. de J. C.

A principios de julio de 1288 , cuando se hallaban las cosas en este indeciso estado , elevóse contra Sancho un nuevo enemigo : don Diego , hermano de don Lope , adelantado que era de la frontera andaluza , no rompió abiertamente con el rey luego que supo los sucesos de Alfaro , y limitóse á retirarse desde Jerez á Carmona , donde se fortificó con algunas compañías que seguian su fortuna. A fuerza de gracias y honores, esperó don Sancho mantenérselo propicio, y por medio del gran maestre de Calatrava ofrecióle la sustitucion del estado de Vizcaya. Diego de Haro fingió dejarse seducir por tales promesas , y púsose en marcha con sus tropas como para reunirse con el rey ; pero llegado á Aranda , pasó la frontera y se retiró á Aragon cerca de sus parientes , declarando abiertamente la guerra al que traidor , decia , asesinara á su hermano atrayéndole á la celada de Alfaro. 1288

El peligro crecia á cada momento , pero esto no obstante , Sancho el Bravo continuó con buen éxito la guerra en la otra parte del Ebro : tomó por fuerza de armas á Orduña, Villamonte y Labastida, cuyos habitantes fueron esterminados , y advertido de que en su propio reino se notaban síntomas de rebelion, volvió á él para contenerlos, dejando el cuidado de continuar la guerra de Vizcaya á don Diego Lopez de Salcedo , uno de sus mejores generales , que continuó sometiendo por el terror de sus armas casi todos los lugares sublevados.

Sin embargo , lejos de abatir estos triunfos al partido de los infantes y al de Haro, que formaban entonces uno solo, cobraron por el contrario mayor brio, cuando declarándose abiertamente el monarca de Aragon puso en libertad á los infantes , y el primogénito fué proclamado en Jaca rey de Castilla y de Leon bajo el nombre de Alfonso XI (setiembre de 1288).

En paz el Aragonés con la Francia, firmado el tratado de Oleron, dirigióse á Daroca llegada que fué la primavera de 1289 , é hizo sus preparativos para ayudar con las armas á Alfonso de la Cerda. El vizconde de Bearne y los dos 1289

Diegos de Haro llevaron allí sus tropas, y por un momento pudo temerse una lucha encarnizada.

Nada mas confuso que la relacion de las alternativas de guerras y negociaciones que llenan este período del turbulento reinado de don Sancho. Para guiarnos por este laberinto histórico no tenemos mas que la crónica del rey de Castilla, escrita naturalmente en alabanza suya, y algunos raros fragmentos de las crónicas aragonesas. La causa de las marchas y contramarchas de Sancho no aparece en ellas muy claramente indicada, pero á pesar de todo, fuerza nos es seguirle en ellas. Vémosle á principios de 1289, al considerar la actitud del monarca de Aragon, dar órden de reunir tropas en la frontera para resistirle y dirigirse al propio tiempo al otro extremo de su reino, cerca de Dionisio, rey de Portugal, á fin de consultarle acerca de lo que mejor convenia á sus intereses. La entrevista se verificó en Sabugal, lugar situado en los confines de los reinos de Portugal y Leon, y Sancho pidió algunas tropas auxiliares á Dionisio, que se las proporcionó, sin que sepamos la causa que á ello podia determinarle. En seguida dirigióse el Castellano á Almazan á la cabeza de un ejército levantado á lo que parece con grandes trabajos, y confiando su mando á Alfonso de Molina, hermano de la reina, para que hiciera frente á los Aragoneses por aquella frontera, marchó él á la provincia de Guipúzcoa con tropas suficientes para contener á los Navarros, proponiéndose pasar á Bayona para avistarse con el rey de Francia, segun así lo habian convenido el año anterior. Sin embargo, tampoco esta vez pudo verificarse la deseada entrevista: llegado á San Sebastian, encontró don Sancho embajadores del Francés que se excusaba por diversas causas de acudir á la conferencia, aplazándola para una época mas oportuna. El motivo efectivo y real era que en vista del nuevo é imponente sesgo que las cosas habian tomado, queria Felipe esperar lo que resultaria.

En tanto el rey de Aragon habia reunido un considerable ejército en la frontera de Castilla, y Alfonso de Molina acampó en las inmediaciones de Monteagudo. Por espacio de algunos dias, ambas huestes permanecieron á la vista unas de otras sin querer ninguna aceptar el combate. El Aragonés no obstante se apoderó de Moron, y puso sitio á Almazan, hasta que atacado en Cataluña por su tio el rey destronado de Mallorca, levantó el cerco y marchó á donde el peligro era para él mas inminente. El rey de Castilla se reunió entonces con su cuñado, y considerando la coyuntura favorable, penetró por el territorio de Tarazona, y devastó el país hasta las márgenes del Ebro. Cargado, segun su crónica, de rico botin, volvióse victorioso á Agreda y de allí á Burgos, lo que parece significar que no se consideró con bastante fuerza para ocupar por mas tiempo el país enemigo contra las tropas que bajo el mando de don Diego de Haro (el hermano del asesinado, pues el hijo habia muerto) y de Alfonso de la Cerda, se preparaban á arrojarle de él. En efecto, poco despues vemos en Calatayud al pretendiente de Castilla rodeado de una verdadera corte de descontentos, permanecer amenazador en la frontera, sin atreverse, empero, á salir de los límites de Aragon.

La tregua de tres años celebrada con el emir de Marruecos acababa de espirar, y su hijo Yussuf Abu Yacub, que le habia sucedido en 1286, solicitó y obtuvo de don Sancho otra nueva mas ventajosa aun que la primera, lo cual causó gran disgusto al emir de Granada. Alfonso de la Cerda se aprovechó de

ello, y despues que en 27 de junio, para mejor asegurarse la proteccion de Alfonso III, hizo donacion del reino de Murcia á la corona aragonesa, contrajo secreta alianza con el emir de Granada, quien aceptó sí sus proposiciones, pero no quiso aun romper abiertamente con Castilla.

En este mismo año Diego de Haro recobró en Vizcaya cuanto habia perdido, y con sus compañías y un cuerpo de Aragoneses llegó hasta tierras de Cuenca y Alarcon, apoderándose de muchos ganados. Don Sancho envió contra él á algunos ricoshombres bajo las órdenes de Ruiz Paez de Sotomayor, y aun cuando los Castellanos alcanzaron á don Diego en Pasaron, los ricoshombres, harto altivos para obedecer á un jefe que no les parecia su superior natural y de quien decian que debia tan solamente su puesto al favor del rey, se negaron á atacarle. Ofendido por su negativa, el favorito resolvió cargar al de Haro con las compañías que de él solo dependian, y así en efecto lo hizo. La honrosa muerte que encontró en la pelea, justificó á lo menos la eleccion del monarca.

A esta especie de excursiones limitábase sin embargo la guerra de la liga contra don Sancho. Ocupado el rey de Aragon en negociaciones con su tio el rey de Mallorca y con la Francia, no pudo hacer mas que débiles esfuerzos en favor del partido de los infantes, y en breve la guerra degeneró en escaramuzas de los rayanos.

Por este tiempo el rey de Castilla rogó de nuevo al Papa por medio de embajadores que le concediera las dispensas necesarias para la validez de su enlace con doña María, y solicitó además que por la mediacion del Pontífice abandonase Felipe el Hermoso los derechos que reconocia en los infantes de la Cerda. Los tres embajadores, que eran un arcediano y dos religiosos franciscanos, se presentaron al Papa, mas no pudieron obtener de él otra cosa sino esperanzas y promesas.

Parecia destino de Sancho el Bravo, á pesar de la rudeza de su genio y de su indomable valor, verse siempre dominado por favoritos que mas que él eran los verdaderos monarcas. Al de Haro sucede ahora don Juan Nuñez de Lara, que despues de haberse hecho célebre en Aragon durante el reinado de Pedro III por las guerras y disturbios que allí promoviera en Albarracin primero, y en Navarra despues como aliado del de Francia, volvió este año á Castilla, donde no tardó en obtener la absoluta privanza del monarca. Devolvióle este todas sus dignidades, dióle además Moya y Cañete, y le nombró adelantado de la frontera de Aragon con gran enojo de algunos ricoshombres y no pocos celos y envidia de otros.

No faltaron al jóven rey de Castilla motivos de profunda desazon durante este año de 1289. Su competidor don Alfonso de la Cerda fué proclamado en Badajoz por un conjunto de singulares circunstancias, que cuando en un punto de un reino hay alzada una bandera de rebelion, á ella apelan y recurren, segun dice bien un autor, los descontentos de todas partes y los que temen el rigor de las leyes ó de la autoridad. Una contienda de vecindad originada por los límites de su territorio, habíase elevado entre los moradores de Beja y los de Badajoz. Difícil seria resolver de que parte la razon estaba, y es lo cierto que apelando á las armas, empeñaron ambos pueblos batalla en las orillas del Guadiana entre Beja y Badajoz. Los habitantes de la primera ciudad alcanzaron victoria; á con-

A. de J. C. secuencia de ella se apoderaron de la ciudad de los vencidos, y temerosos entonces de la ira de don Sancho proclamaron á don Alfonso de la Cerda y le enviaron diputados. Sin pérdida de momento, don Sancho dirigió contra la ciudad rebelde las fuerzas de las órdenes militares, que la ocuparon en breve por capitulacion, asegurando á los habitantes la vida y la conservacion de sus bienes. Esto no obstante, el rey obedeciendo á su saña «mandó que matasen á todos aquellos que eran del linage de los Bejaranos, y mataron entre omes y mugeres bien cuatro mil ó mas (1).»

Toledo, Talavera y Avila experimentaron poco despues los efectos de la saña del monarca. Garcí Alvarez, alcalde mayor de Toledo, y muchos ciudadanos principales fueron presos y muertos por órden del rey, sin que de las causas que motivaron estos sangrientos actos sepamos otra cosa sino la vaga acusacion de que los ajusticiados fomentaban la licencia, no castigando, como debieran, los excesos que en la ciudad se cometian.

Los envidiosos del favor de que gozaba don Juan de Lara trataron, hallándose la corte en Avila, de indisponerle con el rey, y lo consiguieron por medio de cartas anónimas y otros procedimientos viles. Dijeron al de Lara que el rey meditaba su muerte, y fuese ó no cierta la noticia, don Juan, que no ignoraba la suerte de don Lope de Haro, se retiró de nuevo á Aragon, celebró alianza con los infantes de la Cerda, é hizo cruda guerra á Castilla en los distritos de Huete y
1290 Cuenca. En 1290, mientras se hallaba el rey en Huete custodiando la frontera, su esposa dió á luz en Valladolid al infante don Pedro, feliz suceso que no tardó en ir seguido de una enfermedad del rey que le puso en peligro de muerte. Los Aragoneses aprovecharon esta coyuntura para continuar con nuevo brio las hostilidades por toda la frontera, y don Juan de Lara devastó particularmente Sigüenza, Atienza, Berlanga, Almazan y Molina. La reina fué á encontrarle á Cuenca á fin de procurar una reconciliacion entre él y el soberano, y el de Lara, que habia visto frustradas sus esperanzas de que le devolviera el de Aragon el señorío de Albarracin, consintió en volver á Castilla, exigiendo, empero, en rehenes los principales ricoshombres y caballeros que se hallaban en la fortaleza de Moya de la que él se habia apoderado, y además las tres plazas de San Esteban de Gormaz, Castrojeriz y Trastamara. Convínose tambien en que el hijo del de Lara casaria con Isabel, sobrina de la reina, la que habia de llevar en dote todos sus derechos al señorío de Molina.

En este mismo año (1290) verificóse por fin en Bayona la entrevista tantas veces frustrada entre Sancho y Felipe. Despues de muchas conferencias, ambos reyes resolvieron cuantos puntos se hallaban en litigio entre las dos naciones; Felipe renunció á toda pretension á la corona de Sancho en beneficio de Alfonso de la Cerda, y obtuvo en cambio para el infante el reino de Murcia con la condicion de rendir para siempre homenage al reino de Castilla. El rey de Francia aparentó en las pláticas celebradas gran celo en favor de los infantes, pero es evidente que, para adquirir en Castilla un aliado contra Aragon, abandonó en realidad la causa de su primo, habiendo convenido lo de Murcia únicamente para salvar las apariencias, como lo demostró el escaso empeño con que procuró

(1) Crón. del rey don Sancho el Bravo, c. VI.

su realizacion. Sin embargo, lo que mas complugo á doña María de Molina y á su esposo fué la promesa que les hizo Felipe y se consignó en un artículo especial del tratado, de emplear toda su influencia con el Papa para obtener las dispensas matrimoniales que por tanto tiempo, aunque en vano, habian solicitado, promesa que cumplió en efecto alcanzando poco despues para ambos esposos la dispensa tan deseada y le bendicion del Pontífice. A de J. C.

No habia aun terminado el año cuando el de Lara rompió de nuevo contra el rey. Receloso, altivo y amigo de novedades, buscó don Juan un aliado en el extremo opuesto del reino de Sancho, en uno de aquellos hombres valientes y batalladores como tantos habia entonces, que creen poderlo medir todo por la dimension de su tizona. Llamábase don Juan Alfonso de Alburquerque, y por su indisciplinable valor era digno amigo del de Lara, como lo demostró entrando á sangre y fuego por tierras de Galicia.

Aunque enfermo, resolvió don Sancho marchar á poner fin á semejantes excesos, y dirigióse primeramente á Santiago para encomendar al Apóstol la proteccion de su armas contra todos sus enemigos. Antes de partir puso en libertad, sin que sepamos de ello la causa, al infante don Juan que, encerrado primeramente en la cárcel de Burgos, habia sido trasladado despues al castillo de Curiel. A lo que parece, ambos hermanos estuvieron por un momento reconciliados, puesto que en Valladolid, á donde fué llevado en 24 de agosto de 1291, don 1291.
Juan prestó á Sancho juramento de fidelidad, y reconoció al infante don Fernando por heredero del trono. El rey marchó luego á Galicia, y fué allí tan hábil ó tan afortunado que en pocos dias redujo el país á su obediencia y sometió á Alburquerque, admitiéndole á su servicio. Volvió despues á Castilla, y á fines del año avistóse en la frontera portuguesa con el rey don Dionisio para convenir el matrimonio del presunto heredero de Castilla don Fernando, que contaba entonces seis años, con doña Constanza de Portugal, que acababa de nacer, hija de dicho Dionisio y de Isabel de Aragon.

La muerte de Alfonso III de Aragon, acaecida en 1291, dió nuevo giro á la política de aquel estado; su sucesor Jaime II, lejos de seguir en su enemistad con el Castellano, propuso á este su amistad y le pidió la mano de su hija Isabel, que apenas contaba nueve años. Ambos monarcas se avistaron en Soria, y allí acabó de ajustarse la boda proyectada, ofreciendo el de Aragon auxiliarle con once galeras armadas en la expedicion que contra los Moros proyectaba.

Esta expedicion fué el hecho mas glorioso del reinado de Sancho el Bravo, y á ella importa que dirijamos ahora nuestras miradas.

El emir merinita de Marruecos continuaba poseyendo en España los puertos de Andalucía, Algeciras, Tarifa y Gibraltar, á los que, como sabemos, habia añadido poco antes la ciudad de Málaga. Despues que Yussuf hubo partido para el Africa, el emir de Granada ganó con muchas dádivas á Omar el Batuy, walí de Málaga que la tenia por el emir de Marruecos, y le dió la fortaleza de Sulubenia en toda propiedad con la condicion de que se declarase su vasallo. Al propio tiempo, temeroso de que Yussuf volviese á Andalucía, renovó sus tratos con el rey Sancho de Castilla, que esta vez se manifestó mas dispuesto á prestar oidos á sus proposiciones. Eran estos hechos demasiado importantes para permanecer por mucho tiempo secretos, y Yussuf, que los entendió y que estaba profundamente

A. de J. C. irritado por la felonía del walí de Málaga, trató de venir á castigarla. Para ello allegó su gente, y desembarcando en Algeciras, entró la tierra y puso cerco á Vejer. Ocupado se hallaba en combatir aquella fortaleza, cuando sabedor de que don Sancho y Muhamad de Granada enviaban contra él considerables fuerzas y pretendian cortarle la retirada por mar, retrocedió á Algeciras y de allí secretamente á Tanger. Su primer cuidado fué reunir nuevas tropas de infantería y caballería para volver á España, pero dispuesto ya todo para el embarque de la hueste, compareció en aquel puerto la armada castellana al mando de Benito Zaccharia, y entregó á las llamas cuantos barcos se hallaban en la costa, sin que pudiese impedirlo el ejército sarraceno, que desde tierra lo estaba contemplando
1292 (1292). Yussuf, poseido de despecho, pero no desalentado, partió á Fez donde le llamaron otras urgencias del gobierno (1).

Don Sancho entonces, para aprovechar la retirada de Yussuf y la quema de su escuadra, resolvió apoderarse de Algeciras; dirigióse á Sevilla en compañía de su esposa para presidir á los preparativos todos de la expedicion, y allí en 28 de mayo nacióle otro hijo, el infante don Felipe. Hasta el 24 de junio permaneció don Sancho en aquella ciudad, y reunidas las tropas y galeras destinadas á la expedicion, descendieron estas el Guadalquivir, dieron la vuelta al cabo de Trafalgar, y se presentaron delante de Tarifa cuando el rey llegaba allí por tierra con numeroso ejército. No era aquella la plaza de que don Sancho queria apoderarse, pero la ocasion pareció propicia á los caudillos españoles, y sus caballeros persuadieron con facilidad al rey de que debia aprovecharla. En efecto, atacáronla los Castellanos con vehemencia tal por tierra y por mar, que la hicieron suya en 21 de setiembre. Don Sancho puso en ella fuerte presidio y encomendó su gobierno al gran maestre de Calatrava don Rodrigo Perez Ponce, hecho lo cual regresó enfermo á Sevilla, aplazando para la siguiente primavera la conquista de Algeciras.

Yussuf hizo varias tentativas aquel mismo invierno para recobrar á Tarifa, pero el gran maestre de Calatrava logró siempre rechazarle. Don Rodrigo Perez Ponce no conservó por mucho tiempo su puesto; para la defensa de Tarifa dábale el rey anualmente dos millones de maravedís, cantidad en aquel tiempo
1293 exorbitante, cuando en la primavera de 1293 ofrecióse un ilustre caballero á gobernar y defender la plaza por la suma anual infinitamente menor de sesenta mil maravedís, proposicion que el rey aceptó. Era aquel caballero Alfonso Perez de Guzman, señor de Niebla y de Nebrija, que habia adquirido en Africa una inmensa fortuna sirviendo al emir de Marruecos contra otros príncipes africanos, y que habia de ser llamado despues Guzman el Bueno. Con los estados que últimamente habia adquirido y la soberanía de San Lucas de Barrameda que de su padre heredara, era don Alfonso Perez de Guzman uno de los mas poderosos señores de Andalucía.

1294. Un año entero transcurrió sin guerra por aquella parte, y ocupólo don Sancho en mediar entre don Jaime II de Aragon y Carlos de Valois para el objeto que explicaremos en el lugar conveniente y tambien en sosegar las turbulencias que promovia en el reino el incorregible infante don Juan, secundado por don

---

(1) Conde, P. 4.ª, c. XII.

Lechard dib. y gr.

GUZMAN EL BUENO.

Juan Nuñez, hijo del otro que se habia tiempo antes refugiado en Francia. El de Lara no tardó en acogerse á la clemencia del soberano y lo mismo hizo su padre, siendo estos magnates los que hicieron mas cruda guerra al infante don Juan, que si bien refugiado en Portugal, continuaba obstinado en su rebelion y hacia frecuentes entradas por tierras de Castilla. Por fin, expulsado de Portugal en virtud de los tratados que entre Sancho y Dionisio mediaban, salió para Africa y buscó un asilo cerca de Yussuf con el inícuo propósito de volver á su patria seguido de soldados sarracenos. A. de J. C.

No hizo esto olvidar á Sancho la empresa que de algun tiempo se proponia, y preparábase de nuevo para llevar á cabo la toma de Algeciras. La armada castellana, reforzada con naves auxiliares de Aragon y Génova, ocupaba el Estrecho haciendo imposible un desembarque de tropas africanas, y Yussuf, que no esperaba poder defender aquella plaza de los ataques castellanos, dispuso que su gobernador la cediera al emir de Granada, con la condicion de defenderla y conservarla al islamismo. Los enviados granadinos tomaron posesion de ella en nombre de Muhamad II, y este fué el término de la dominacion africana en España.

Muhamad solicitó entonces del Castellano la restitucion de Tarifa, que el emir de Marruecos le habia en otro tiempo arrebatado. Contestóle don Sancho que Tarifa era su conquista, y que si valia alegar derechos antiguos de posesiones perdidas, podria él demandarle toda la tierra de Granada. Esta contestacion los desavino, y aun cuando por de pronto no se rompieron entre ellos las hostilidades, Muhamad no cesó de mantener con el emir magrebino relaciones secretas y hostiles al monarca de Castilla (1).

Yussuf, dicen las crónicas árabes, recibió muy bien al príncipe don Juan y le prometió su ayuda; el infante ofreció que si le daba tropas ganaria para él la plaza de Tarifa, y el emir puso á su disposicion cinco mil caballos. Despues de desembarcar en las playas andaluzas y de reunirse con la gente de Algeciras, cercaron y combatieron la ciudad con máquinas é ingenios. Defendíala bien don 1294.
Guzman, añaden, y apurado el príncipe por no poder cumplir la palabra que diera al emir, acordó de probar por otra via lo que por fuerza no era posible. Mandó cargar de cadenas á un tierno mancebo, hijo de aquel alcaide, de que se habia apoderado, segun unos en un inmediato cortijo, y segun otros en una salida ejecutada por los sitiados, y llevándolo al pié de los muros, intimó á Guzman que le rindiera Tarifa si no queria ver allí mismo la muerte de su hijo. Barbarie y saña tan inaudita como inútil para el objeto que el traidor se proponia, pero no para la gloria de España á la que dió uno de los timbres de que mas justamente blasona. *Antes querré que me mateis ese hijo y otros cinco si los tuviese, que non daros la villa del rey mi señor de que le hiciera omenage*, dijo el heróico Guzman, y desnudando su daga, la arrojó desde el adarve al campo. Los Muslimes, enfurecidos con estas palabras, descabezaron al mancebo, y con un trabuco lanzaron su cabeza al muro para que su padre la viese. Parcos aquellos siglos en tributar alabanzas á los que con su deber cumplian, nos han transmitido el nombre del defensor de Tarifa con el sencillo renombre de *Bueno*. La vista de la sangrienta cabeza

(1) Conde dice equivocadamente que esta desavenencia entre los reyes de Castilla y Granada fué posterior al sitio de Tarifa, siendo así que le procedió.

A. de J. C. animó mas á la guarnicion de Tarifa á persistir en su resistencia, hasta que cansados los sitiadores levantaron el cerco y se retiraron á Algeciras, desde donde los Africanos se volvieron á su tierra (1).

La heróica accion de Guzman resonó en España y en Africa y quitó á los Musulmanes y al príncipe don Juan el deseo de intentar cosa alguna contra una plaza que tenia tan determinados defensores.

Por aquel tiempo volvió á Castilla el infante don Enrique, hijo de san Fernando, el mismo á quien hemos visto desempeñar tan importante papel en los asuntos de Sicilia, despues de veinte y seis años de prision (2). El rey le dispensó magnífica acogida y le llevó consigo, junto con los hijos del de Lara, á la expedicion que hizo á Vizcaya para expulsar de allí á don Diego de Haro, que estaba aun alborotando la tierra.

Esto hizo quizás que don Sancho no pudiese, cual deseaba, dirigir sus armas contra los Sarracenos, aun cuando el Granadino hubiese tomado la ofensiva, atravesando la frontera, talando campos y viñas y robando ganados. Abu Becre ben Zeyan, frontero de Vera, corrió la tierra de Murcia con mil quinientos caballos, y peleó con los cristianos á quienes acaudillaba el infante don Juan, hijo de don Manuel, mancebo de doce años, pero valeroso y esforzado (3).

Esto sucedia en el mismo año de 1294, y acudiendo Sancho al puesto del peligro, llenó de terror á los Muslimes, segun confesion de sus propias crónicas; tomó á Quesada, Alcaudete y otros lugares del reino de Granada, y obligó á Muhamad, que habia salido á combatirle, á volver á su capital, debiéndose limitar á introducir refuerzos en las plazas fronterizas que por él se conservaban.

Esta fué la última expedicion militar de Sancho el Bravo. Una enfermedad de consuncion, fruto de las tribulaciones que amargaron su vida, le minaba hacia algunos años; la menor oposicion excitaba su cólera; conocia que la vida le abandonaba, y la perspectiva del agitado reino que á su tierno hijo legaba, contribuia á llenarle de inquietudes y temores.

Acercábase el invierno de 1294 á 1295, y el rey y su tio volvieron á Castilla. El doliente Sancho residió algun tiempo en Valladolid y en Burgos con Enrique á quien se complacia en oir contar la historia de sus aventuras y de sus hazañas en Italia. Marcharon luego á Alcalá de Henares, cuyo clima parecia mas favorable á la enfermedad del monarca; pero todo fué en vano: el mal se agravó, y sintiendo próxima su muerte, otorgó don Sancho su testamento en ene-
1295. ro de 1295, en presencia del arzobispo don Gonzalo, de otros muchos prelados, del infante su tio y de muchos ricoshombres y caballeros. En él señalaba por heredero del trono á su hijo primogénito don Fernando, que contaba apenas nueve años, nombrando por regente y reina gobernadora á su esposa doña María de Molina, cuya gran prudencia y entendimiento se tenia en mucho. Encargó además á don Juan Nuñez de Lara que no abandonase á su hijo hasta su mayor

(1) Crón. de don Sancho, c. X.—Conde P. 4.ª, c. XIII.—Suponen algunos autores que el hijo de Guzman no podia ser llamado aun mancebo como le llama Conde, y dicen que estaba criándose en aquellos alrededores.

(2) Habia sido preso, como sabemos, en 1269, y acababa de ser puesto en libertad por disposicion de Carlos el Cojo despues del tratado de la Junquera.

(3) Era este don Juan Manuel, el ilustre autor del *Conde Lucanor* y de una crónica que citaremos varias veces.

edad, y él ofreciólo así bajo juramento. A principios de febrero fué á Madrid, pequeña ciudad en aquella época, cuya residencia se encargaba á los enfermos, y un mes despues fué llevado en hombros á Toledo para ver si estos cambios de aire mejoraban algo su estado. No sucedió así; su enfermedad agravóse mas y mas, y recibidos con cristiana devocion los sacramentos de la Iglesia, espiró durante la noche del 25 al 26 de abril de 1295, á los treinta y seis años de edad no cumplidos, y á los once años y veinte y un dias de reinado. Su cuerpo fué sepultado en la catedral de Toledo junto al de Alfonso VII. De su esposa doña María de Molina tuvo cinco hijos y dos hijas: Fernando, que le sucedió en el trono; Alfonso, que murió poco antes que su padre; Enrique, Pedro, Felipe, que fué despues señor de Cabrera y de Ribera; Isabel y Beatriz. Fuera de matrimonio tuvo á Alfonso, Violante y Teresa.

En la trabajosa constitucion de la sociedad civil castellana distinguióse este reinado por el olvido en que se tuvieron las tradiciones de justicia que los anteriores reyes se habian esforzado en mantener y respetar. No guardó nuestros fueros, dice con amargura hablando de don Sancho un cronista de aquel tiempo, y su reinado no fué feliz. «Fué desgracia de Castilla. Desde que tuvo un rey grande y santo que la hizo nacion respetable, y un monarca sábio y organizador que le dió una legislacion uniforme y regular, los soberanos se van haciendo cada vez mas despreciadores de las leyes naturales y escritas, se progresa de padres á hijos en abuso de poder y crueldad, hasta llegar á uno que por exceder á todos los otros en sangrientas y arbitrarias ejecuciones, adquiere el sobrenombre de *Cruel,* con que le señaló y con que creemos que seguirá conociéndole la posteridad (1).»

Así se expresa Lafuente al tratar de este reinado y no le falta razon, y esto nos manifiesta una vez mas el opuesto camino que seguian las dos principales monarquías de la península española. Y cuenta que el monarca que, á pesar de su sobrenombre de Bravo, ha pasado á la posteridad con la poca envidiable fama que hemos visto, fué uno de los que mas complacientes se mostraron para con los procuradores de las ciudades. A ninguna de sus peticiones se negaba, y en las cortes que celebró en Valladolid en 1293 otorgó cuantas franquicias y exenciones le fueron pedidas, que en todos tiempos ha sido principio adoptado por los poderes despóticos favorecer y adular á una clase para oprimir y destruir á las demás, mientras esperan ocasion de alzarse sobre las ruinas de todas. ¡Error fatal que en Castilla no se comprendió, y del cual vemos en gran parte libre á la monarquía aragonesa! Y admira ciertamente y demuestra cuan difícil es mostrarse consecuente en historia y no recibir las apreciaciones ya hechas ver á Sancho IV condenado como déspota y conculcador de fueros por autores que, como Romey y otros, profesan los principios que han debido su definitivo triunfo en la sociedad europea tanto á la ceguedad de los pueblos como á la arbitrariedad y despotismo de los monarcas, cuya série puede decirse que inauguró Sancho en Castilla. Desde aquel momento esta, para decirlo de una vez, marchaba á nuestro modo de ver hácia la esclavitud, en tanto que Aragon, con sus municipalidades unidas con los ricoshombres siempre que se atentaba á los fueros que eran co-

(1) Lafuente, Hist. gen. de Esp., P. 2.ª, l. III, c VI.

munes á todos, limitando ellas solas las exageradas pretensiones de la nobleza, seguia la senda de la libertad. Como cosa particular de este reinado, hemos de decir que mientras favorecia don Sancho á lo que se ha llamado estado llano ó tercer estado y descargaba furiosos golpes á los próceres y magnates castellanos, jamás la nobleza, por una reaccion natural en aquellos momentos en que conservaba aun casi toda su fuerza, habíase mostrado tan altiva y audaz, tan envalentonada y exigente: de ahí el precario estado en que vemos entonces al poder real, supeditado siempre á la influencia de algun poderoso, y al reino presa de guerras, no ya de los magnates entre sí, sino de los magnates contra el trono.

Imitador don Sancho de muchos yerros de su padre, mandó acuñar moneda de baja ley, produciendo esto los mismos desastrosos efectos que en épocas anteriores. Bajo este reinado empieza á aparecer otra de las grandes instituciones de la sociedad española que han sobrevivido hasta nuestra época: la de los mayorazgos. «*Nos, habiendo voluntat de lo honrar e de lo ennoblecer,* dice don Sancho en real cédula de 1291, con motivo de haberle pedido su camarero mayor Juan Mathe que le hiciese ó permitiese hacer mayorazgo de sus bienes, *porque su casa quede hecha siempre, e su nombre non se olvide nin se pierda... e porque se sigue ende mucha pro e honra a Nos e a nuestros regnos que aya muchas grandes casas de grandes omes, por ende Nos, como rey y señor natural, e de nuestro real poderio, facemos mayorazgo de todas las casas de su morada, etc.* (1).» De esta institucion vemos ya claros principios durante el reinado de Alfonso X, de modo que, al propio tiempo que eran socavadas por los reyes las prerogativas de la clase noble, creábase la institucion á la que ha debido sin duda esta misma clase subsistir con cierto brillo hasta nuestros dias. Inconsecuencia singular, si no fué, como creen algunos autores, deseo en los monarcas de contrapesar el poder de otra clase, del clero, por medio de la nobleza, como contrapesaban el de esta por medio del elemento popular.

Ha de convenirse, empero, que una de las principales dificultades con que hubo de luchar don Sancho el Bravo procedia precisamente de la insegura posicion en que le colocaba su orígen. Elevado al trono contra la voluntad de su padre, y aunque en conformidad á las antiguas leyes, que así participaban de la eleccion como del derecho hereditario, en contra de los principios que los progresos de la monarquía habian hecho aceptar por algunos y que se hallaban consignados en el código de las Partidas, habia de quedar siempre enarbolada una bandera que sirviera de enseña y llamada á todos sus enemigos de dentro y fuera del reino. El derecho de primogenitura del hijo de su hermano era como la espada de Damocles suspendida sobre la cabeza de Sancho, y aun cuando era tanta la debilidad de los parciales del pretendiente, que nada pudieron alcanzar por la muerte de don Sancho y por la menor edad de su hijo, esto no impedia que tomando su nombre los muchos descontentos del reino y sirviéndose de él los reyes de Aragon y Francia como de un resorte que comprimian ó aflojaban á su voluntad, causasen al rey y al reino profundo malestar y sufrimiento.

Tócanos consignar aquí, antes de poner fin bajo el aspecto político al reina-

(1) Zúñiga, Anal. de Sevilla, p. 147.

do de Sancho IV, último rey de este nombre en España, la reunion del señorío de Molina á la corona de Castilla.

Sin ser una plaza de primer órden, la ciudad de Molina tenia entonces su importancia. Situado en los límites del reino de Toledo, el señorío de Molina, que comprendia la ciudad y sus dependencias, confinaba con Aragon, y formaba entre ambos reinos un territorio independiente de cierta extension, dominado al este por la sierra de Molina. Conquistado de los Arabes por Alfonso el Batallador, esposo de doña Urraca, una vez disuelto el matrimonio, quedó el señorío bajo el dominio de Castilla durante los reinados de Alfonso VII y de Sancho III; pero cuando subió al trono Alfonso VIII y reinaba en Aragon Alfonso II, suscitóse entre ambos monarcas una cuestion acerca de Molina por pretender ambos su dominio, diciendo el uno que habia sido ganada por un rey de Aragon, y replicando el otro que, si bien esto era cierto, lo habia sido por Alfonso como esposo de la reina de Castilla. Nombrado árbitro de la contienda don Manrique de Lara, á la vez vasallo del Castellano y gran amigo del Aragonés, vemos que por circunstancias que se ignoran, el señorío de Molina quedó adjudicado al mismo árbitro don Manrique. Este casó con Ermesenda, hija de Aymerich, señor de Narbona, y de este matrimonio nació don Pedro Manrique de Lara, quien tomó por esposa á Sancha, hija de don García, rey de Navarra, teniendo de ella á Gonzalo y Elvira Perez. Gonzalo tuvo por hijos á Pedro y á Mahalda Gonzalez, y sublevado contra el rey Fernando el Santo, solo obtuvo gracia y la devolucion de su señorío, con la condicion de renunciar en nombre de su hijo á todos sus derechos sobre el mismo, que habia de volver al acaecer su muerte á la corona de Castilla. Don Fernando donó por gracia especial los derechos que este tratado le conferia sobre el señorío, al infante don Alfonso su hermano y á sus descendientes, con la condicion de tomar por esposa á Mahalda, hija de Gonzalo Perez. Celebróse el matrimonio, y al morir Gonzalo gozó Alfonso del señorío con exclusion de Pedro Gonzalez. Blanca, única hija de Alfonso de Molina y de doña Mahalda Gonzalez, casó con Alfonso Fernandez, hijo natural de Alfonso el Sábio, y tuvo una hija llamada Isabel, que segun hemos dicho, fué dada por esposa á don Juan Nuñez el Mozo, señor de Lara, con el título de heredera presunta de Molina. Isabel murió sin hijos en vida de su madre doña Blanca, y esta heredó el señorío, pasando despues de su muerte á su hermana doña María, esposa del rey, y así por la expresa voluntad de dicha doña Blanca, manifestada en su testamento, como por disposicion del santo rey don Fernando, que quiso que volviera el señorío á Castilla extinguida la posteridad de Alfonso y de Mahalda, Sancho IV pudo añadir á sus títulos el de señor de Molina que han llevado constantemente sus sucesores.

Mas que iliterato rudo el rey don Sancho IV, (1) no se distinguió su reinado por los progresos de las letras; con todo, ha de hacerse sobre su época una observacion importante, que indica el punto de separacion que en la edad media divide en España respecto del lenguage los principios de la edad moderna

(1) Escribió no obstante para su heredero un libro de consejos del que se han conservado algunos fragmentos, pero que no es comparable en mérito á ninguna de las obras de su padre; tiene por nombre: *Castigos y documentos para bien vivir, ordenados por el rey don Sancho el cuarto, intitulado el Bravo.*

de la era bárbaro-latina. Despues de las tendencias y esfuerzos de san Fernando y Alfonso X en favor del romance ó lengua vulgar, nos hallamos en Sancho IV con un rey que ni hablaba ni entendia el latin, de modo que mandaba escribir sola y exclusivamente en castellano los documentos públicos y necesitaba de intérprete cuando los embajadores de otras naciones le hablaban en lengua latina (1). Castilla como los demás pueblos de Europa iba tomando en todo su fisonomía especial y propia.

---

(1) Cuéntase con este motivo la siguiente curiosa anécdota. Preocupados incesantemente los papas con la gran idea de llevar la guerra á Oriente contra los Sarracenos para librar al Occidente de sus terribles invasiones, el Pontífice, que como todos los hombres de aquella época tenia en mucho la bravura de Sancho, envióle embajadores para anunciarle que le habia elegido por jefe de la santa empresa y que le nombraba rey de Egipto. Introducidos los legados á presencia del rey, notificáronle estas disposiciones, que estaban concebidas en latin, á presencia de la corte entera, y esta prorumpió en aplausos luego de terminada su lectura. Don Sancho preguntó al intérprete que estaba sentado á sus piés, la causa de tanto alborozo, y aquel le contestó:

—Señor, aplauden porque el Padre Santo os ha proclamado rey de Egipto.

—Pues levántate, replicó el monarca, y proclama al Padre Santo califa de Bagdad.

Feliz agudeza, segun dice el Petrarca, pero tristes palabras tambien, en cuanto al oirlas compréndese haber pasado ya la época de las cruzadas, es decir del religioso y caballeresco entusiasmo para entrar en la de los intereses.

CAPÍTULO XXXVI.

Alfonso III de Aragon y II de Cataluña, llamado el Liberal.—Toma de Mallorca y de Ibiza.—Llega don Alfonso á la Península.—Opónense los Aragoneses á que se intitule rey de Aragon hasta que reciba la corona y les confirme sus fueros.—Funerales por don Pedro en Santas-Creus.—El rey se corona en Zaragoza.—Pretensiones de algunos miembros de la Union Aragonesa en las cortes de aquella ciudad.—Divídese la Union.—Opónese el rey á sus exigencias.—Mediacion de la Inglaterra entre Aragon, Francia y Roma.—Asuntos de Sicilia —Don Jaime es proclamado rey.—Tratado de Cefalú entre Carlos, hijo del de Anjou, y don Jaime de Sicilia.—Tregua entre Aragon y Francia.—Embajada aragonesa á Roma.—Triste fin de Alaymo de Lentini.—Cortes de Huesca.—Definitiva expulsion de los Moros de Menorca.—Tratado de Oleron.—Continua la division entre el rey y los ricoshombres.—Rigores del rey.—*El Privilegio de la Union.*—Reflexiones.—El rey de Mallorca invade el Ampurdan.—Entrevista de Alfonso con Eduardo I de Inglaterra y tratado de Canfranc.—Libertad del príncipe de Salerno.—Guerras con Francia, con Castilla y con el rey de Mallorca.—Desafía el rey de Mallorca al de Aragon.—Corona el Papa al príncipe de Salerno por rey de Sicilia.—Guerra en Calabria.—Congreso de Aix.—Paz de Tarascon.—Muerte de Alfonso III.

Desde el año 1285 hasta el 1291.

Sabemos ya que al morir don Pedro III, su hijo primogénito y sucesor don Alfonso se hallaba en Mallorca en union con el almirante Roger de Lauria para despojar de aquel estado á su tio don Jaime en castigo de la desleal conducta que con Aragon observara. Fácil fué aquella conquista: los caballeros de Mallorca, disgustados ya con su soberano al verle aliado del Francés contra don Pedro, entraron en tratos con Catalanes y Aragoneses. La capital se rindió á don Alfonso en 19 de noviembre de 1285, y el infante, que recibió por aquel entonces la noticia del fallecimiento de su padre, tomó además de sus títulos hereditarios, el de rey de Mallorca, que excepto algunos presidios que opusieron mayor ó menor resistencia, pero que acabaron por sucumbir, le fué en breve reconocido por toda la isla despues de jurar sus leyes y fueros.

Lo mismo sucedió en Ibiza, y luego que hubo dejado por gobernador de las Baleares á Asberto de Mendiona, don Alfonso se embarcó para la Península y tomó tierra en Alicante.

Un suceso por aquel entonces ocurrido puso otra vez de manifiesto la noble entereza de los Aragoneses y el modo como entendian ellos el poder del rey, y fué como la inauguracion de las contiendas que tan célebre habian de hacer este reinado. Durante su permanencia en las Baleares, Alfonso habíase titulado rey de Aragon, de Valencia y de Mallorca y conde de Barcelona, y esto que era cosa nueva, pues nunca los reyes pasados lo habian practicado, despertó los justos recelos de los ricoshombres, mesnaderos, caballeros y procuradores que componian la Union. Reunidos en la iglesia de San Salvador de Zaragoza en 29 de

A de J. C. 1286 enero de 1286, acordaron enviar al rey sus embajadores para que de su parte le explicasen que, no habiendo ido todavía á Aragon despues de la muerte del rey su padre para jurar los fueros y franquicias del reino y cumplir las demás cosas que debia hacer antes de recibir la corona y caballería, no le tocaba usar el título de rey, ni otorgar donaciones ni hacer actos de soberano, pues como á tal no le reconocia el reino, aun cuando le tenia y acataba por su señor natural y por aquel que debia reinar directamente en los señoríos del rey su padre. Recibió el rey á los diputados en el lugar de Murviedro, y luego de haberse excusado con ellos por haber faltado á la veneranda costumbre, díjoles que al marchar del monasterio de Santas-Creus, á donde se dirigia para celebrar las exequias del rey su padre, iria á Zaragoza para cumplir con lo que la Union deseaba (1).

Celebráronse en efecto las funerales exequias en el histórico monasterio con asistencia de muchos prelados y magnates de Aragon y Cataluña y suntuosa pompa, y despues que hubo proveido el rey las cosas del Principado, mandando fortificar algunos castillos y aumentar sus guarniciones, porque estaba el rey de Mallorca en Perpiñan con gente de guerra francesa, y nombrando por su lugarteniente general en esta tierra á Arnaldo Roger, conde de Pallars, marchó por Lérida, Huesca y Jaca, donde habian llegado ya á las manos Aragoneses y Franceses en las fronteras navarras, y llegó á Zaragoza el dia 12 de abril.

El domingo siguiente, que fué el de la Pascua de Resurreccion, recibió en la iglesia de San Salvador la corona real de manos del obispo de Huesca, y se armó caballero, como lo acostumbraron sus predecesores, imitando á su padre en la protesta que hizo de que no era su intencion al recibir la corona en nombre de la Iglesia romana tenerla por ella ni menos contra ella. En seguida juró en presencia de las cortes que estaban allí congregadas guardar y mantener los fueros, usos, costumbres, libertades y franquicias de Aragon en todos tiempos, con lo cual fué proclamado con gran solemnidad y fiesta.

Sin embargo, no era fácil que los de la Union se detuviesen en el camino que desde algunos años habian emprendido, puesto que es condicion natural en todo lo humano que del uso nazca el abuso, y de las libertades y franquicias el deseo de la dominacion en aquellos que las gozan. La Union que reconociera don Jaime I como institucion legal no se contentaba ya con el *Privilegio general* que le otorgara don Pedro III, y algunos de sus miembros llevaron mas adelante sus pretensiones. Grave daño para el reino que así vió introducirse la division en aquel cuerpo amparador de sus libertades. Pretendieron varios ricoshombres que, siendo notorios los grandes desórdenes que en la casa del rey se hacian, de que se podian seguir muchos daños é inconvenientes al rey y al reino, especialmente por la guerra en que estaban con el Papa y el rey de Francia, convenia y así lo pidieron al monarca que tuviese á bien ordenar su casa y consejo con acuerdo y deliberacion de las cortes. Pretension era esta del todo nueva y no vista ni oida en aquella época, á pesar de las grandes cortapisas que se habian puesto á la autoridad de los monarcas, especialmente en Aragon, y muchos ricoshombres y caballeros de la misma Union, lejos de aprobarlo, se opusieron á ello, dando así mas y

(1) Zurita, Anal. de Aragon, l. IV, c. LXXVII.

mas aliento á don Alfonso para rechazarla como contraria á su dignidad. De ningun modo pudieron avenirse el rey y los ricoshombres, y el primero salió de Zaragoza y se dirigió á Huesca. Los de la Union en tanto, que se veian divididos y por lo tanto se consideraban débiles, trataron de poner remedio al mal. Para ello, despues de profundas y acaloradas discusiones en que sostenian unos la justicia de la demanda como consecuencia del *Privilegio general*, y la impugnaban otros como nueva, injusta y contraria á todo órden y razon, convínose en un medio de conciliacion, que fué nombrar árbitros tantos por cada parte y estar á lo que ellos decidiesen antes de San Juan de junio.

Entonces fué cuando hallándose en Huesca recibió don Alfonso varias embajadas de su primo de Castilla, que deseaba afirmar con él las amistosas relaciones que entre ambos reinos habian mediado. El Aragonés, empero muy resentido con don Sancho el Bravo, que ningun auxilio habia dado á su padre en el duro trance por que habia pasado, y sabedor tambien de que el de Castilla andaba en tratos con Felipe de Francia, limítose á entretener el negocio, deseoso de conservar toda su libertad de accion. Tambien recibió en Huesca embajadores del rey de Inglaterra Eduardo, con cuya hija Leonor se hallaba desposado Alfonso desde 1282. La poca edad de la princesa y sin duda tambien las gestiones del pontífice Martino IV, que fundado en el parentesco de consanguinidad que entre los esposos mediaba, habia querido privar de tal alianza á su enemigo don Pedro, habian retardado el matrimonio sin que hasta entonces se hubiese efectuado; pero esto no obstante, solícito Eduardo por el bien de aquel á quien miraba como á su futuro yerno, proponíale constituirse en mediador para tratar de la paz y concordia entre Aragon, Francia y Roma.

Mientras esto habia sucedido en España, súpose en Sicilia la muerte del rey don Pedro á mediados de diciembre de 1285, habiéndola llevado allí la armada de Roger de Lauria, cuyas tripulaciones, recelosas de la suerte que á su patria esperaba, quisieron á toda costa abandonar las playas de Cataluña luego de acaecido el fallecimiento del monarca. El dia 2 del siguiente febrero (1286), reunióse un parlamento en la capital de la isla, al que asistió don Jaime con su madre y el infante Fadrique. En presencia del obispo de Cefalú, del archimandrita de Mesina, y de otros prelados y magnates del reino, don Jaime fué coronado rey de Sicilia *en nombre de Dios y de la Vírgen*, y en el mismo parlamento (5 de febrero) promulgó las constituciones é inmunidades nacionales registradas en el cuerpo de leyes del reino con el título de *Jacobi Aragoniæ Capitularia.* Jaime, dice Neocastro, quiso abolir, si algunas quedaban, las cargas opresoras del pueblo, y despues de regalar espadas y lanzas á cuatrocientos nobles, de los cuales hízose como una guardia de honor, atravesó la isla militarmente entre las aclamaciones populares, recibiendo el homenage de todos desde Palermo hasta Mesina, donde Galceran de Cartella y Manfredo de Clermont, diputados por las ciudades de Calabria, que reconocian la dominacion aragonesa, fueron á saludarle como soberano.

Uno de los primeros cuidados de Jaime al sentarse en el trono fué constituir estrecha alianza ofensiva y defensiva entre Sicilia y Aragon, gobernadas en adelante una y otra por monarcas independientes. A este efecto en 12 de febrero de 1286 redactóse y firmóse en Palermo un tratado, que Roger de Lauria

presentó á la aceptacion de Alfonso. El mismo almirante juró sus cláusulas en Aragon en nombre de don Jaime de Sicilia, en compañía de Federico Lancia, conde de Squillaci, y de la mayor parte de los firmantes, y volvió á jurarlos á Sicilia en nombre de Alfonso de Aragon. Al pié de este documento vense los notables nombres de Tancredo, obispo de Neocastro, de Juan de Prócida, de Roger Maestr' Angelo, de Palmieri Abbate, del historiador Bartolomé de Neocastro, etc.

Al propio tiempo envió don Jaime á Roma una embajada, compuesta de un caballero catalan, llamado Gilberto de Castellet, y del ciudadano de Mesina Bartolomé de Neocastro, con encargo de implorar del Papa la paz de la Iglesia. Honorio IV manifestóse tan poco dispuesto á acceder á su demanda, que renovó y agravó mas aun la excomunion de Martino, señaló nuevo plazo para la completa sumision de la isla, y llamó duramente cerca de sí á los obispos de Cefalú y Neocastro para disculparse de haber asistido á la coronacion de Jaime. Este entonces resolvió sostener con vigor la guerra, y mientras Roger de Lauria corria y devastaba las costas de Provenza, dos escuadras, salidas de los puertos de Palermo y de Mesina, mandada la una por Bernardo de Sarriá y la otra por Berenguer de Vilaragut, llevaban el terror al golfo y á la ciudad de Nápoles, tanto que el cardenal Gerardo de Parma mandó restablecer la cadena y las demás defensas del puerto. Durante todo aquel verano corrieron aquellos mares, y á principios de setiembre llegaron á la célebre playa de Astora en los estados romanos donde fué preso y vendido Coradino. El castillo que la defendia fué tomado por asalto y arrasado, y el hijo de Santiago de Frangipani, que entregara á Coradino, pereció atravesado de una lanzada.

Los laureles que ceñian la frente del nuevo rey de Sicilia mancháronse entonces con la sangre de un glorioso anciano al que habia debido don Pedro singulares favores y á quien hemos visto cubrirse de gloria en la defensa de Mesina; hablamos de Alaymo de Lentini. Ya en vida del rey anterior, temeroso de su gran influencia y disgustado de la casquivana conducta de su esposa Macalda, Jaime habia mandado encarcelar á esta, y envió su marido á Cataluña acusándole de haber conspirado para devolver la isla á los Franceses; pero el rey, que se acordaba de sus buenos servicios, limitóse á encerrarle en el castillo de Lérida. Al ocupar el trono, resolvió Jaime la pérdida de Alaymo, ya le creyese en realidad traidor y peligroso, ya obedeciese, segun dicen algunos, á sugestiones y rencores de Roger de Lauria y de los Lancias; y sabedor de que Alfonso le habia puesto en libertad junto con sus dos sobrinos, envió á Cataluña á Beltran de Canyellas para manifestar á su hermano las razones de estado que se oponian á semejante acto. El enviado logró vencer la amistad de Alfonso por Alaymo, recibió á los tres presos que embarcó con buena escolta, y cumpliendo las órdenes de su soberano, segun así lo manifestó al ilustre siciliano, mandólos arrojar al mar cuando ya se divisaban los montes de Sicilia.

La guerra empeñada en el continente seguia proporcionando repetidos triunfos á las armas sicilianas, y el papa Honorio solicitó de Felipe el Hermoso que llevase de nuevo la guerra á Aragon, mientras que los parciales del prisionero Carlos se ocupaban en obtener su libertad por las vias diplomáticas. Antes de ser trasladado de Sicilia á Aragon, Carlos el Cojo estipuló con el infante don Jaime,

que habia ido á verle al castillo de Cefalú, lugar de su prision, un tratado cuyos dos puntos capitales eran la renuncia por parte del hijo de Carlos de Anjou á toda pretension sobre la Sicilia é islas adyacentes, y su libertad, dejando en rehenes á sus tres hijos. Para mejor cimentar esta alianza conviniéronse matrimonios entre ambas familias, todo lo cual habia de ser ratificado por Pedro, cuya muerte nadie sospechaba tan próxima; Carlos le halló moribundo al llegar á Cataluña, y las cosas no pasaron adelante. El prisionero fué encerrado primeramente en el castillo de Barcelona, y trasladado despues al de Ciurana, bajo la guarda de fieles caballeros.

A pesar de que así parecia conveniente y justo, no fueron los anteriores pactos tomados por base de las negociaciones entabladas en 1286. En el estado en que se hallaban los ánimos parecióle á Eduardo de Inglaterra que el Papa y el rey de Francia no cederian en lo tocante á la Sicilia, y por esto es que, evitando en lo posible tratar clara y directamente de esta difícil cuestion, limitóse á negociar en París, como precursora de la paz, una tregua que obtuvo despues de muchos esfuerzos en 25 de julio de 1286.

Y en efecto, necesaria era esta tregua, pues habíanse ya roto las hostilidades. Despues de permanecer el rey en Huesca hasta fines de mayo ordenando las cosas de su reino, y viendo de satisfacer á los descontentos determinando varias reformas en la ordenacion de su consejo, volvió á Zaragoza para concluir las cortes que se habian convocado, y para tratar de que los ricoshombres que seguian la voz de la Union desistiesen de las nuevas demandas que habian propuesto. Sin embargo, no sucedió así. Los árbitros nombrados por los dos bandos en que la Union se dividia no acertaron á ponerse de acuerdo, y agriada con esto mas y mas la querella, las graves nuevas llegadas de Cataluña obligaron á don Alfonso á salir de Zaragoza sin resolver cosa ninguna. El rey de Mallorca con numerosa hueste de Franceses pasó los Pirineos en junio de aquel año, y fué á poner sitio á Castellon de Ampurias, que le cerró las puertas y rechazó sus ataques con decision y brio. Don Alfonso marchó á Barcelona, y con sus caballeros y las milicias de Camarasa, Cubells, Montgay, Tamarit, Santisteban, Almacellas, Tárrega y otros lugares avanzó contra el Mallorquin, que no quiso esperarle, y levantó el sitio de Castellon.

En tanto, teniéndose por agraviados los de la Union de Zaragoza del modo como habia salido el rey de la ciudad, rogáronle que volviera á ella diciendo haber muchas cosas que solo en su presencia podian ser decididas. Quejábanse tambien de que se hubiesen enviado embajadores á varios soberanos y hecho donaciones y enagenaciones que tocaban á la comunidad del reino, sin preceder consejo de las cortes, y por todo esto y por otros agravios que alegaban, los de la Union, despues de renovar sus compromisos y juramentos, enviaron diputados al rey intimándole que si no satisfacia á todas sus demandas, se apartarian de su servicio y le embargarian las rentas y derechos que tenia en el reino. Señalaron además cuatro ricoshombres, cuatro mesnaderos, cuatro caballeros y dos representantes de cada una de las ciudades para componer el consejo del monarca, y al recibir este tan altiva embajada, limitóse á contestar que luego de haber deliberado y decidido sobre ello, enviaria mensageros á los de la Union con su respuesta.

De Barcelona, donde se hallaba de regreso de su excursion á la fron-

tera, pasó el monarca á Tarragona, y desde allí, aprovechando la tregua por Eduardo estipulada, envió embajadores al pontífice Honorio, que mostraba gran deseo de celebrar la paz. Los embajadores habian de prestar al Papa obediencia en nombre del rey, y excusarle de no haberlo hecho antes á causa de no poder contar con seguro para sus enviados; habian de significar la devocion de su soberano á la Iglesia católica, su inocencia y sentimiento por los hechos de la guerra pasada, y la voluntad en que estaba de procurar la concordia universal. Honorio recibió muy favorablemente á los embajadores, y envió dos legados apostólicos cerca del rey de Inglaterra para que tratasen de la paz con los enviados de Aragon y Francia.

Alfonso siguió luego para Valencia, y en las cortes allí convocadas á mediados de setiembre confirmó á los Valencianos sus libertades y privilegios. En seguida convocó cortes de Aragoneses en Huesca para tratar de los asuntos de la Union, y en ellas pidiósele ante todo lo que por los embajadores se le habia suplicado. Expuso el rey con gran firmeza que las demandas que se le hacian no podian ni debian ser otorgadas, en cuanto no eran del Privilegio general ni concurrian en ellas todos los de la Union, palabras y reflexiones que dividieron mas y mas á los peticionarios los cuales vieron disminuir en mucho su número, quedando este reducido á diez poderosos ricoshombres con los caballeros sus vasallos, á las ciudades de Zaragoza, Huesca, Tarazona y Jaca, y á las villas de Tamarit y Pina. «Con esta division, dice Zurita, que entre las dos parcialidades hubo, comenzaron los negocios á estragarse, y cada dia se iban mas enconando, haciendo cada uno de lo general su hecho propio, con trato y ademan de apartarse del parecer que seguian, y allegarse al contrario: ni el temor de la guerra, ni el recelo de los enemigos que suele causar grande vínculo de concordia, podian unir los ánimos que estaban discordes y contrarios, antes este miedo, que debia ablandar y sosegar sus corazones, los alborozaba mas y ensoberbecia (1).» Y no se manifestaba remiso el rey en procurar por cuantos medios le parecian propios el allanamiento de los porfiados miembros de la Union aragonesa: en las cosas particulares de cada uno de ellos procuraba contentarlos y satisfacerlos, y además accedió poco despues á uno de los puntos universales de su peticion, en el cual siempre habian aparecido muy obstinados los Aragoneses, esto es á que en el reino de Valencia se juzgase por fuero aragonés.

Aquel año terminó para Aragon con la definitiva conquista de Menorca cuya isla desde el tiempo de don Jaime I era regida por un gobernador árabe ó almojarife, vasallo y tributario de la corona aragonesa.

Lo sucedido cuando la expedicion de don Pedro III á Africa y mas que esto los temores que se abrigaban de que la gente francesa del rey de Mallorca tomase la isla por base de operaciones, fueron causa de que Alfonso resolviese esta expedicion. Las tropas aragonesas llegaron á la isla á últimos de diciembre, y su sola presencia bastó para que los Sarracenos que la habitaban se diesen á partido y les entregasen sus lugares y fortalezas. Los Musulmanes dejaron la isla pagando siete doblas y media por cabeza, y su arraez se refugió en Ceuta. Estas cosas y la provision de lo necesario para dejar bien gobernada y defendi-

(1) Zurita, Anal. de Aragon, l. IV, c. LXXXVII.

da la isla, ocuparon al rey hasta 2 de febrero del siguiente año 1287 en que regresó á Barcelona. A. de J. C. 1287

Los ricoshombres de Aragon aprovecharon su ausencia para entrar armados y como enemigos por el reino de Valencia bajo el pretexto ó motivo de que no cumplian aquellos oficiales reales las provisiones que diera el monarca para que todos en aquel reino se rigiesen por fuero de Aragon. Y como por aquel entonces entendiesen que á causa del ningun resultado que habian producido las conferencias tenidas en Burdeos en enero de aquel año por los embajadores de Aragon, Francia y Roma, se disponia el rey á salir del reino para avistarse con Eduardo de Inglaterra, enviáronle en mayo diputados con encargo de decirle que en aquella entrevista y en cuanto hiciese referencia á los asuntos exteriores, habia de obrar el rey segun el consejo de las cortes, y que por lo mismo señalase lugar y tiempo para celebrarlas. Don Alfonso alegó que las vistas convenidas en nada contravenian á lo que el Privilegio disponia y tenia jurado, porque aun él no sabia lo que en ellas se habia de tratar; que los ricoshombres podian acompañarle á la entrevista donde tendrian cumplido consejo, y por fin que era conveniente que no le pusiesen estorbo en la resolucion de los graves negocios que le traian ocupado. Insistieron los de la Union en que habian de celebrarse cortes, y el rey acabó por acceder á ello, señalando la villa de Alagon (junio). A ella concurrieron cuantos magnates, caballeros y procuradores seguian la voz de la Union, despues que con nuevos juramentos y promesas mas se habian obligado en su demanda, entregándose unos á otros rehenes de hijos y sobrinos. Pidieron las cortes al rey, entre otras cosas, que los negocios de la guerra en los cuales iba comprendida la entrevista con el rey britano, hubiesen de ordenarse y proveerse con consejo de todo el reino con arreglo al Privilegio general. A ello contestó el rey lo mismo que antes dijera, y por Huesca y Jaca marchó á Oleron, lugar de Gascuña, donde encontró á Eduardo en julio de 1287. Las vistas que allí se celebraron no fueron del todo estériles; convínose en poner en libertad al príncipe de Salerno, á condicion de dejar en rehenes tres hijos suyos en poder de Alfonso, junto con sesenta caballeros y barones provenzales elegidos por el Aragonés, con mas las principales plazas de Provenza que habian de quedar bajo el dominio del rey de Aragon, en caso de no cumplirse lo que en el tratado se convenia. Pactóse además que al cabo de un año de ser libre el príncipe de Salerno habia de entregar al Aragonés en rehenes su hijo primogénito Carlos, por cuya razon debia dar treinta mil marcos de plata, parte de los cincuenta mil á que se obligaba en caso de no entregarlo; que el príncipe alcanzaria del Papa, del rey de Francia y de Carlos de Valois una tregua de tres años para Aragon, Sicilia y sus aliados, y por fin que si lo estipulado no se llevaba á cumplimiento, Carlos el Cojo habia de volver á la prision en que entonces se encontraba. Don Jaime de Mallorca y todas sus tierras iban comprendidas en la tregua, y así convenido y formalizdos los esponsales hacia tanto tiempo pactados entre Alfonso y la hija de Eduardo, segun cuenta Muntaner, el rey volvió á Aragon á primeros de setiembre.

Allí le esperaban muy graves acaecimientos. Los de la Union, á cuyo frente estaban don Pedro, señor de Ayerbe, y don Jaime, señor de Egerica, tios del rey, y don Jaime Perez, señor de Segorbe, hermano del mismo, persistian en su deter-

minacion, y tanto se obstinaron y cegaron ambas partes en lo que creian su derecho, que pusieron el reino al borde del precipicio, como que segun dice un autor antiguo, citado por Zurita, los de la Union estuvieron á punto de proclamar á Carlos de Valois por su rey y señor natural. Mas aun se enconaron los ánimos y mas se hizo encarnizada la lucha entre el bando real y los de la jura cuando Alfonso apeló al rigor para defender la prerogativa que para la corona queria, prerogativa que si en verdad era nueva y contra fuero, puede decirse que era tambien nueva la posicion en que se encontraba el reino aragonés, abocado á grandes cuestiones con otras potencias europeas. Don Pedro III prescindió casi siempre y cuanto pudo de las libertades de su reino, obedeciendo á las circunstancias particulares de su posicion; esta misma senda seguia su hijo don Alfonso, y si la libertad no se perdió entonces en Aragon debióse al admirable espíritu de todas las clases de su pueblo, que entre muchas pretensiones quizás exageradas aducian siempre las que justamente habian de oponerse al desmedido crecimiento de la autoridad real. Pero no era esta tan débil, así por la veneracion con que por todos era mirada como por los muchos intereses que á su alrededor agrupaba, para que cediera sin resistir y sin resistir duramente, y de ahí momentáneos quebrantos para la libertad y dignidad de los gobernados, turbulencias y agitacion para el reino. Tan cierto es que la libertad, vírgen modesta, se esconde y huye de las naciones que aspiran al enseñoreamiento y predominio, de aquellas que se lanzan á grandes empresas militares y que prefieren el bullicio y oropel de la gloria guerrera al reposo y bienestar de la paz.

En Tarazona se hallaba don Alfonso cuando quiso ver si el rigor alcanzaba lo que no habian conseguido hasta entonces sus esfuerzos evasivos, pero conciliadores. Mandó prender á los principales habitantes, confiscó sus bienes, é hizo ajusticiar á doce; procedió severamente contra el obispo de Zaragoza, que era de la Union, y desde aquel momento los señores y lugares de uno y otro bando hiciéronse terrible guerra con gran daño para todos, con grandes alteraciones y escándalos. El mismo rey, como mas obligado, fué el primero que procuró ponerlos término, y en setiembre reanudó las negociaciones con los miembros de la Union, enviándoles á decir, despues de muchas razones, que en todo aquello en que pretendian haber recibido agravio, estaba pronto á remediarlo á juicio y conocimiento de las cortes. Contestáronle los de la jura que si el rey fuese personalmente á Zaragoza y mandase hacer cumplida satisfaccion y enmienda de las muertes y daños que desde que él reinaba se habian cometido contra los fueros y el Privilegio, y cumpliese con lo que por este se disponia á conocimiento de las cortes, estaban todos dispuestos á servirle como leales vasallos deben servir á buen señor. Diversas pláticas siguieron á estos recíprocos mensages, y por fin, hallándose en Zaragoza en diciembre de 1287, otorgó don Alfonso á los de la Union los dos famosos privilegios conocidos con el nombre de *Privilegio de la Union*. Por el primero obligábase el rey y sus sucesores á no proceder contra persona alguna de la Union sin prévia sentencia del Justicia y consentimiento de las cortes; en seguridad de ello entregaba diez y seis castillos y permitia en caso de faltar á su palabra que sus súbditos pudiesen negarle la obediencia y aclamar á otro soberano sin nota ninguna de infamia ó de infidelidad. Por el segundo se obligaba á convocar todos los años en el mes de noviem-

bre en Zaragoza cortes generales de Aragoneses, otorgando á los que en ellas se congregasen el derecho de elegir y señalar las personas que hubieren de componer el consejo del rey, con las cuales hubiese de tratar y determinar cuantos asuntos se ofreciesen en Aragon, Valencia y Ribagorza, con la condicion que hubieran de jurar que le aconsejarian bien y fielmente, y que no tomarian nunca dádiva ni cohecho. A. de J. C.

En enero del siguiente año, ofreciéndose alguna dificultad á la entrega de los castillos prometidos, el rey dió interinamente en rehenes á los de la Union la persona del príncipe de Salerno, que fué llevado á Zaragoza y luego al castillo de Mequinenza. 1288.

Estos, dice Zurita, son los privilegios tan nombrados de la Union que se concedieron en tanta discordia como sobre ello hubo entre los ricoshombres y en contradiccion de la mayor parte: y por esta causa, y porque no se otorgaron en conformidad del reino en cortes generales, como era costumbre, nunca fueron confirmados por los que despues reinaron, hasta el tiempo del rey don Pedro el IV, por quien luego se revocaron en cortes generales (1). La mayor parte de los historiadores, aun aquellos que parecen abrigar en política ideas mas avanzadas, condenan como perjudicial y funesto el Privilegio de la Union, al que Lafuente califica de exorbitante y desconocido en los anales de las naciones y de abdicacion forzada de la autoridad real. En cuanto á nosotros, que procuramos siempre, aunque quizás no lo consigamos, evitar el escollo que señala el gran Balmes al estudio de la historia, esto es figurarnos los hombres de otras épocas con las ideas, costumbres é inclinaciones de la nuestra, hemos de confesar que no nos merece tan severo juicio el Privilegio de la Union. En las vicisitudes de la lucha del pueblo aragonés con el poder real pudo aquel sin duda alguna en muchos casos, y quizás en este, traspasar los límites de lo justo queriendo intervenir en el nombramiento de los oficiales de palacio y de los consejeros habituales del rey; pero así y todo no podemos concebir que peligraran en Aragon los grandes principios constitutivos de las sociedades. «En un pueblo, dice el filósofo antes citado, donde prevaleciesen y dominasen la razon y la virtud, donde no se agitasen pasiones malas, donde todos los ciudadanos se propusiesen por fin en todos sus actos civiles el bien y la prosperidad de la patria, no serian temibles las formas mas populares y mas latas, porque ni las reuniones numerosas producirian desórdenes, ni las intrigas oscurecerian el mérito, ni sórdidos manejos ensalzarian al gobierno á personas indignas, ni se explotarian los nombres de libertad y felicidad pública, para labrar la fortuna y satisfacer la ambicion de unos pocos (2).» Esto mismo, con la precisa diferencia que ha de existir entre lo que se escribe en el papel y lo que sucede entre hombres, vemos en la sociedad aragonesa de la época que estamos examinando. Aquellos magnates, caballeros y ciudadanos, aun cuando violentos y de fogosas y no siempre contenidas pasiones, sienten vivos en su espíritu los principios del catolicismo y en ellos imperan; el deber y el honor, lejos de ser mirados como palabras vanas, eran para aquellos hombres la misma religion; consideraban como un verdadero crímen á los ojos de Dios la rebelion contra las

(1) Zurita, Anal. de Aragon, l. IV, c. XCVI.
(2) Balmes, el Protest. comparado con el Catolic., c. LII.

justas órdenes del poder legítimo, y con esto y su gran respeto al principio monárquico y á la persona del rey cuando cumplia la gran mision á que estaba llamado en la tierra, poco aplicables les son las reflexiones que sobre desórden, anarquía y humillacion de la dignidad real inspiran á varios escritores. En vano se esforzarán algunos en buscar analogías y en hacer paralelos entre aquel estado de cosas y otros mas recientes: el espíritu, las tendencias son diametralmente distintas, y míope se necesita ser para no verlo y muy cándido para entretenerse en demostrarlo.

En tanto que así habia de luchar el rey en el interior de sus estados, otras contrariedades se le presentaban en los asuntos exteriores. La inflexible política de la corte de Roma, en nada obstante la vacancia de la Santa Sede (Honorio IV habia muerto en 3 de abril de 1287) rechazó el tratado de Oleron; el colegio de cardenales primero y Nicolás IV (1) despues desaprobaron sus disposiciones, y de nuevo hubo de darse principio á las negociaciones por Eduardo de Inglaterra, que manifestó en todo este asunto un celo y lealtad admirables, en tanto que se hacian en Francia grandes preparativos para dar otra vez principio á la guerra, y que llegaban á romperse las hostilidades invadiendo don Jaime de Mallorca el Ampurdan á principios de 1288. Como la vez pasada, no se atrevió el tio á esperar al sobrino, y este disponíase á seguirle á la otra parte de los Pirineos, cuando le detuvo un mensage de Eduardo convidándole á una nueva entrevista, en la que cifraba grandes esperanzas. Verificóse esta en Canfranc en 4 de octubre de 1288, y firmóse en ella un nuevo tratado modificativo en parte del antiguo de Oleron. En él se suavizó el rigor de las condiciones impuestas antes al príncipe de Salerno; exigiéronsele únicamente dos de sus hijos en calidad de rehenes con veinte y tres mil marcos de plata, y en lugar del hijo primogénito, de los siete mil marcos restantes y de los rehenes y ciudades de Provenza, entregó Eduardo treinta y seis caballeros de su reino y cuarenta ciudadanos bajo iguales condiciones con que habian de ser entregados los Provenzales, hasta que estos y el hijo mayor del príncipe se pusieran en poder del Aragonés. Obligóse Carlos á obtener en el término de un año una paz satisfactoria entre Francia y Aragon, y á negociar con el Papa la nulidad de la investidura conferida á Carlos de Valois, con promesa de volver á la prision si esto no se cumplia, y de entregar á su primogénito Carlos en el plazo de tres meses. Con estas condiciones, que aceptó y firmó el príncipe de Salerno, recobró su libertad el dia 3 de noviembre de 1288, despues de cuatro años y algunos meses de cautiverio. Sus hijos Luis y Roberto fueron encerrados en el castillo de Ciurana.

Alfonso nada queria conceder que fuese contrario á los derechos de su hermano el rey de Sicilia, pero sin duda á propósito empleóse cierta oscuridad en la redaccion de los artículos de Canfranc, para dejar dudosos los puntos delicados sobre los cuales no habian podido los monarcas ponerse de acuerdo. Grave error político por parte de Alfonso III, que al abandonar á sus enemigos la persona del príncipe de Salerno, que constituia su principal fuerza en aquella cuestion, pensaba captarse el afecto del Papa y alcanzar por fin el reconocimiento de su hermano en Sicilia y la absolucion de las censuras que sobre sus reinos pesaban. Sin

(1) Fué nombrado papa en 12 de febrero de 1288.

embargo, no sucedió así; el Pontífice consideró el tratado oneroso y contrario á sus derechos, y en su consecuencia lo anuló como el anterior, aun cuando hubiese tenido un principio de ejecucion; absolvió de sus juramentos á Carlos, á Eduardo y á los barones provenzales, y excitó al rey de Francia á emprender una nueva expedicion á España. Era entonces la época en que, segun llevamos explicado en el capítulo anterior, Sancho de Castilla, aliado de Felipe el Hermoso, declarábase contra el de Aragon, quien reforzado con los descontentos Castellanos, hacia proclamar en Jaca al infante de la Cerda. Graves complicaciones pesaban pues sobre el reino aragonés; las hostilidades se habian ya roto en las fronteras de Navarra donde los Franceses habian tomado á Salvatierra; en las fronteras de Castilla se combatia tambien, y de allí hubo de marchar precipitadamente don Alfonso por la noticia que tuvo de que el rey de Mallorca amenazaba por tercera vez á Cataluña. Hizo mas el Mallorquin: á imitacion de lo practicado por Carlos de Anjou retó á singular combate á su sobrino en la ciudad de Burdeos, pero á pesar de lo agriados y enconados que entre sí estaban los dos reyes, y de la altiva contestacion de Alfonso aceptando el reto, no tuvo este consecuencias ni pasó adelante. Entró sí don Jaime en Cataluña talando y devastando, pero como siempre, se retiró delante del ejército de Alfonso que á su vez hizo sufrir á la Cerdaña iguales estragos.

A. de J. C. 1289.

Por aquel tiempo afligia profundo malestar al reino de Valencia, á causa de no querer muchos de sus naturales ser regidos por el fuero de Aragon, sino por el suyo propio. En ello, como era natural, hubo de intervenir la Union que acabó por limitar sus pretensiones á la observancia de los fueros aragoneses en Valencia para aquellos que consintiesen en regirse por ellos.

El príncipe de Salerno, despues de pasar en Provenza el invierno de 1288 á 1289, procurando, segun algunos historiadores, que abandonara Carlos de Valois sus pretensiones á la corona aragonesa, pasó á Italia y fué coronado por el Papa rey de Sicilia en Rieti el 19 de junio de 1289. Don Jaime en tanto no se descuidaba: en union con el infatigable Roger de Lauria habia roto otra vez la guerra en Calabria á principios de la primavera, y jamás el reino angevino de la otra parte del Faro habia corrido mayores peligros. En 15 de abril desembarcó don Jaime en Reggio con cuatrocientos caballos y diez mil infantes, y él y Roger de Lauria habian avanzado luego victoriosamente siguiendo la costa occidental de Calabria, el rey por tierra á la cabeza del ejército y el almirante por mar al frente de la escuadra, á la vista el uno del otro para operar de comun acuerdo. La mayor parte de las ciudades de la costa cayeron en su poder, y llamado á Gaeta por una parte de los habitantes, llegó don Jaime hasta Castel-Belvedere, donde, no atreviéndose á atacar al conde de Artois en la misma ciudad de Nápoles, se embarcó con su ejército con direccion al golfo de Gaeta. Llegó allí á fines de junio, once dias despues de haber tomado Carlos el título de rey de Sicilia, cuando se encaminaba por Sulmone y Venafro hácia Nápoles, y esto desalentó al partido gibelino de Gaeta. Jaime hubo de poner sitio á la plaza, pero en breve acudió en auxilio de los sitiados un numeroso ejército levantado por Carlos, y así como la plaza habia resistido á las fuerzas del Aragonés, este en su campamento resistió á los asaltos de sus enemigos desde mediados de julio hasta á fines de agosto. Entonces dejóse sentir tambien en Italia la influencia

de Eduardo; este representó al Papa que cuando el sultan de Egipto acababa de tomar á Trípoli, no sentaba bien al jefe de la Iglesia predicar la cruzada contra cristianos, y conmovido por estas reflexiones, Nicolás IV envió un mensaje á Carlos delante de Gaeta, encargándole que suspendiera las hostilidades. Abriéronse en efecto negociaciones, y convínose en un armisticio que habia de durar hasta el 1.° de noviembre de 1291. Los almogavares, empero, no fueron comprendidos en él, pero Jaime se obligó á no favorecerlos con consejos, con dinero ni con oficiales. Segun así se habia convenido, Carlos fué el primero en levantar el campo; tres dias despues le imitó don Jaime, quien se embarcó con sus tropas el dia 31 de agosto y llegó al puerto de Mesina el dia 7 de setiembre.

El plazo dado á Carlos para cumplir las eventuales condiciones del tratado de Canfranc estaba próximo á espirar; el 1.° de noviembre de 1289 habia de presentar las ratificaciones estipuladas ó constituirse otra vez prisionero en Aragon. Cegado por el brillo de su corona italiana, de todas sus promesas solo se hallaba en estado de cumplir la última en el dia señalado. Poco antes de que llegara este envió una embajada á Alfonso ofreciéndole volver á su prision, pero el rey se quejó de tan equívoco ofrecimiento, y despues de manifestar con fundamento que Carlos podia dispensarse de enviarle embajadores, pues lo mejor habria sido presentarse él mismo, los despidió sin respuesta, y envió otros á su vez para reclamar la persona del príncipe. Este en tanto procuraba salir del paso por medio de un subterfugio: llegó hasta el collado de Panisars, pero se presentó allí en medio de numerosas tropas rosellonesas que Jaime, ex-rey de Mallorca y conde de Rosellon, le habia dado para servirle de escolta. Así avanzó hasta la Junquera, dispuesto, segun afirmó despues, á constituirse prisionero de Alfonso; pero no encontrando allí á nadie para recibirle, tomó acta de su comparecencia, pretendió haber cumplido con cuanto el honor le exigia, y desde aquel momento se consideró libre de todo compromiso para con el monarca aragonés (1). En uso de esta libertad que se atribuia hizo nuevas proposiciones á Alfonso para la paz general, consistentes: 1.° en que el rey de Sicilia dejara de llamarse tal y abandonara aquella isla y la Calabria sin reservarse cosa alguna de aquellos señoríos; 2.° en que fuese restituido á don Jaime el reino de Mallorca, y 3.° en que se sometiera Alfonso personalmente al Papa, recibiendo el reino de Aragon en feudo y á nombre de la Santa Sede (2).

No eran estas proposiciones para ser aceptadas por el Aragonés, á pesar del vivísimo deseo que de paz tenia, así es que se apresuró á poner en conocimiento de Eduardo la desleal conducta del príncipe que así faltaba y conculcaba todo lo tratado. Al propio tiempo, deseoso de que sus enemigos no le cogiesen desprevenido, llamó á Roger de Lauria, que alcanzaba nuevos lauros en las costas africanas, é hizo en su reino los necesarios preparativos de guerra.

En aquel entonces afligia al papa Nicolás el mísero estado de los cristianos de Siria. Durante aquel año habia sucumbido Trípoli, é igual desgracia amenazaba á Tolemaida. Predicada la cruzada en todos los paises cristianos, Jaime, rey de Sicilia, habria podido prestar gran auxilio á la cristiandad atribulada, en

(1) Hist. gen. de Provenza, t. III.; Raynald. Ann. Eccl.; Muratori, Rer. Ital. Scrip., t. XIV.
(2) Zurita, Anal. de Aragon, l. IV, c. CXVI

cuanto disponia de una marina temible y de aguerridos y numerosos soldados. A. de J. C.
Por ello fué que conociendo su importancia, ofreció todas sus fuerzas al Papa para la guerra de Oriente, con la única condicion de ser reconocido y de que se le admitiera otra vez en el seno de la Iglesia. Sin embargo, no tuvo esta embajada mejor éxito que las anteriores, y prevalecieron los intereses de la casa de Anjou. Juan de Greilly, el senescal de Inglaterra que tan leal se mostrara con Pedro III, llegó por aquel tiempo á Mesina, enviado al Sumo Pontífice por los cristianos de Siria en demanda de socorros, y á lo que parece obtuvo de don Jaime, sin condicion ninguna, siete galeras bien armadas por espacio de cuatro meses.

Nuevas negociaciones se habian abierto en Francia para tratar de la paz, y 1290.
decidióse la reunion de un congreso en Provenza á fin de sentar las bases de la misma. En el dia señalado halláronse en Aix el obispo de Zaragoza, Ramon de Anglesola, Berenguer de Puigvert, Guillen Lunfort y Bernardo Guillen de Pinels, jurisconsulto muy estimado, por parte del rey de Aragon, los cardenales legados y los embajadores de Felipe y de Carlos. Don Jaime de Sicilia no se hallaba allí representado, pues aun cuando habia enviado sus embajadores, don Alfonso disuadióle de asistir al congreso (1).

Las conferencias empezaron el dia 2 de febrero, y en ellas se sentaron las siguientes bases:

Que cesara toda guerra contra Aragon de parte del rey de Francia y de Carlos de Anjou;

Que se restituirian á Carlos sus rehenes;

Que Carlos II obtendria de Carlos de Valois la renuncia á todas sus pretensiones sobre los reinos de Aragon y Valencia;

Que Alfonso llamaria de Sicilia á todos los Catalanes, barones y caballeros, bajo pena de perder las tierras que en estos reinos poseian;

Que no permitiria á ningun hombre de armas marchar de sus reinos á Sicilia para servir á su hermano, á su madre ni á los Sicilianos;

Que no podrian hacerse importaciones de armas de Cataluña á Sicilia;

Que enviaria á Roma una solemne embajada para pedir perdon al Papa de cuantas ofensas hubiese inferido á la Iglesia, y jurar en manos del Pontífice que obedeceria sus mandatos;

Que en la próxima fiesta de Navidad, Alfonso iria personalmente á Roma con doscientos caballos armados y quinientos infantes para implorar del Sumo Pontífice el perdon de los pecados que su padre y él, con motivo de la guerra de Sicilia, habian cometido contra la Iglesia su madre;

Que en el mes de junio de la indiccion VI (1293) dicho rey Alfonso habia de ir con su ejército á la conquista de la Tierra Santa, y que á la vuelta de Roma á Cataluña desembarcaria en Sicilia para hacer de modo que su madre, su hermano y los Sicilianos devolviesen buenamente la isla á la Iglesia, y que si no quisieren venir en ello, juraria en manos del Papa hacerles guerra hasta reducir aquel reino á la obediencia de la corte romana;

Alfonso habia de hacer paz ó tregua con Sancho de Castilla.

Por precio de estas concesiones, obligábase el Papa á enviar á Cataluña un

(1) Bart. de Neocastro, c. CXIV.

A. de J. C. legado apostólico para levantar el entredicho; revocaba la donacion que por Martino IV se hiciera á Carlos de Valois, con tal que el Aragonés pagara á la Santa Sede el censo que le prometiera don Pedro II, y reconocíase válida la reunion de la corona de Mallorca á la aragonesa (1).

Estas bases discutidas y aprobadas despues de repetidas entrevistas en Aix y Tarascon, fueron por fin convertidas en tratado definitivo, que se firmó en
1291. Brignolles en 19 de febrero de 1291. Carlos de Valois renunció poco despues á sus pretensiones á la corona aragonesa, mediante la cesion que le hizo el Angevino de los condados de Anjou y del Maine. Sancho de Castilla se negó aceptar la tregua por hallarse entonces en circunstancias favorables, vencido el infante don Juan su hermano y unidos á él los Laras padre é hijo.

Este fué el famoso tratado que hizo perder á Aragon el fruto de tantas guerras y sacrificios. Los historiadores todos lo califican de humillante y de funesto, pero no parece que causara muy mala impresion en estos reinos, cansados de tantos años de turbaciones y guerras. Luego que los embajadores sicilianos supieron lo convenido prorumpieron en quejas contra el monarca que así habia sacrificado á su madre y á su hermano, y volvieron á Sicilia irritados y descontentos. Sin embargo, si queremos ser justos, hemos de reconocer que Alfonso se hallaba en una situacion muy crítica: enemigo de Roma, de Francia y de Castilla, sus reinos se veian por todas partes expuestos á los ataques de sus contrarios, y por otra parte ha de decirse que á causa de la situacion particular de los reyes de Aragon, y especialmente de la suya, no le era dable tomar las dictatoriales medidas que las circunstancias exigian. Don Jaime de Sicilia no escaseó las reconvenciones á su hermano por lo que llamaba su débil conducta, pero todo ello no impidió á Alfonso avistarse al dia 7 de abril con Carlos de Anjou en los Pirineos, para ratificar el tratado, y enviar embajadores á Roma en cumplimiento de uno de sus artículos. Como siempre en el mundo sucede, el mas débil, el rey de Mallorca, fué el verdaderamente sacrificado en todo este negocio.

No pudo don Alfonso experimentar los efectos que quizás se prometia del tratado de Tarascon. Celebrada la paz y no oponiéndose ya obstáculo alguno á su definitivo matrimonio con la princesa Leonor de Inglaterra, desde Barcelona envió algunos barones para que la acompañasen á estos reinos. Todo era animacion en la ciudad, que preparaba espléndidas fiestas para recibir á la princesa, cuando de pronto enfermó el rey, y un infarto glandular en el muslo le llevó al sepulcro en tres dias, en 18 de junio de 1291, á la edad de veinte y siete años.

A pesar de cuanto en contrario dicen los autores, entre ellos algunos de reputado criterio, no existe ni se encuentra en parte alguna el testamento otorgado por don Alfonso en 6 de los idus de marzo de 1287. Es cierto que existen dos codicilos de este rey, en uno de los cuales aprueba dicho testamento, pero no lo detalla ni menciona ninguna de sus cláusulas (2); limítase á recomendar eficaz-

(1) Bart. de Neocastro, c. CXIV:

(2) Así lo dice tambien terminantemente el traductor de la crónica de Muntaner, don Antonio de Bofarull, en la nota de la pág. 331.—Esto acaba de confundir mas y mas lo que respecto de la sucesion á la corona de Sicilia hemos dicho en otros lugares de este tomo.

mente á su sucesor las personas de doña Dulcia de Caldes y del póstumo que con ella habia tenido, á elegir por lugar de su sepultura la iglesia de PP. Menores de Barcelona, y á dictar otras disposiciones sin interés general.

Fué Alfonso rey clemente, justo y sobremanera liberal, de modo que por este epíteto le conoce la posteridad. Esforzado y valeroso, no tuvo sin embargo la obstinacion del genio, que todo lo resiste y todo lo vence, y aun cuando las circunstancias eran muy distintas, aun cuando la situacion se habia para él agravado, es casi seguro que su padre Pedro III no habria firmado la paz de Tarascon.



CAPÍTULO XXXVII.

Don Jaime II el Justo en Aragon y Cataluña.—Marcha de Sicilia para ceñir la corona aragonesa.—Es coronado en Zaragoza.—Primeros actos del nuevo rey.—Guerra en Calabria.—Bonifacio VIII.—Paz de Anagni.—Cédense á Aragon las islas de Córcega y Cerdeña en cambio de la Sicilia.—Casa don Jaime con doña Blanca de Nápoles.—Don Fadrique de Aragon es aclamado rey de Sicilia.—Guerra entre don Jaime y don Fadrique.—Sitio de Siracusa.—Combate naval del cabo de Orlando.—Batalla de Falconara.—Primer Jubileo general.—Roger de Flor.—Tratado de Castronovo.—Catedral de Barcelona.—Universidad de Lérida.—El infante don Jaime es reconocido como heredero del reino.—Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso.—Cautiverio de Babilonia.—Cortes de Zaragoza.—Guerra contra los Sarracenos.—Toma de Ceuta.—Sitio de Almería.—Paz con el emir de Granada.—El señorío de Montpeller.—El infante don Jaime renuncia en su hermano su derecho de primogenitura.—Empresa de Cerdeña.—Toma de Villadeilesias y de Cagliari.—Paz con la señoría de Pisa.—Conquista de la isla de Córcega.—Nueva guerra con Pisa.—Muerte de Sancho III de Mallorca.—Cortes de Zaragoza.—Muerte de don Jaime II.—Expedicion de Catalanes y Aragoneses á Oriente.—Proceso de los Templarios.—Abolicion de la órden.—Caballería de Montesa y de San Jorge de la Alfama.

Desde el año 1291 hasta el 1327.

Muerto don Alfonso, el infante don Pedro quedó rigiendo la monarquía aragonesa mientras se esperaba la llegada de su hermano don Jaime. Este luego que supo que Alfonso le habia abandonado para atender únicamente á sus intereses y á los de sus reinos y que la paz no se habia hecho para él, pasó con cuarenta galeras el estrecho de Mesina y dió nuevamente principio á las hostilidades. En Calabria se hallaba cuando llegó á él la nueva del fallecimiento de su hermano, y volviendo apresuradamente á Sicilia, nombró por su vicario en la isla á su hermano menor el infante don Fadrique bajo la alta direccion de su madre Constanza y de Roger de Lauria, embarcóse en Trapani y llegó al Grao de Valencia al dia 16 de agosto. Desde allí se dirigió á Barcelona y luego á Zaragoza, donde convocados los prelados, ricoshombres, caballeros y procuradores de las ciudades en la iglesia de San Salvador (24 de setiembre), juró y confirmó los fueros y privilegios del reino y fué luego coronado, haciendo las protestas que parecian ya ser de estilo respecto á la Sede romana, lo cual era en el presente caso violar ya en parte el tratado de paz últimamente celebrado. Tambien, á lo que dice Zurita, manifestó no recibir la posesion de estos reinos por razon del testamento del rey su hermano (1), sino por el derecho de primogenitura que por su muerte le correspondia y conforme al testamento de su padre. Esto hacia,

(1) El testamento del cual hemos dicho no existir en el archivo de la corona de Aragon segun suponen varios autores.

segun el indicado cronista, porque era su fin quedarse tambien con el reino de Sicilia, y Alfonso en el testamento de 2 de marzo de 1287 habia dejado aquella corona á su hermano Fadrique, á lo que suponen los autores que hablan de dicho testamento como si lo hubiesen visto (1). A de J. C.

Dirigiéronse los primeros esfuerzos del nuevo rey á sentar la paz con su vecino el Castellano, y luego de avistarse ambos monarcas en Montagudo y Soria, celebróse entre ellos el tratado que se ratificó despues en Calatayud y que, á lo que parece, causó gran disgusto á los Aragoneses. Como ya sabemos, concertóse entonces el enlace del aragonés con la infanta Isabel de Castilla, y prometió aquel auxiliar á Sancho con sus naves en la guerra contra los Sarracenos.

A pesar del tratado de Tarascon, don Jaime continuaba titulándose rey de Sicilia, y con ello manifestaba abiertamente no querer estar á sus disposiciones. Por esto continuaba encendida la guerra en Calabria, y esta vez como siempre con ventaja para los Aragoneses. Don Blasco de Alagon en una sangrienta batalla hizo prisionero al general enemigo Guido de Primerano, mientras que Roger de Lauria, sembrando el terror por aquellos mares, volvia á Mesina cargado de despojos. Sin embargo, el deseo de paz era general y vehemente en todos, y aun cuando resonaba incesantemente el fragor de las armas no se abandonaban las negociaciones y embajadas. La muerte de Nicolás IV, acaecida en abril de 1292 1292
y el prolongado interregno que sufrió la Santa Sede por la profunda division que reinaba entre los cardenales, fué un gran obstáculo para la concordia general. En vano don Sancho de Castilla se avistó con don Jaime en Guadalajara y procuró, á instigacion del monarca francés, reducirle á abandonar la Sicilia; en vano reprodujéronse las vistas en Logroño en 1293; don Jaime parecia resuelto á no se- 1293
guir la política de su hermano para adoptar la de su padre. Las circunstancias serian muy apremiantes cuando tanto lograron hacer cambiar despues al que en un principio tan decidido se mostrara, ó quizás, y esto es lo mas probable, solo se resistia don Jaime para reportar de su complacencia el mejor partido posible, lo cual no le era entonces tan fácil por la vacancia de la Santa Sede. La eleccion de Celestino V en 5 de julio de 1294, reanimó los esfuerzos y diligencias de todos, 1294
cuando por la mediacion de Bonifacio de Calamandrana, prior del Hospital, confidente de Carlos y amigo de Jaime, ambos príncipes se vieron en los Pirineos, y trataron de las cuestiones que los dividian. Lo que en estas vistas pasó fué tan secreto que nadie llegó á saberlo, pero al ver que ambos príncipes se separaban contentos y satisfechos, pudo inferirse que se habian puesto de acuerdo sobre los principales puntos. Desde entonces solo profirió Jaime palabras de paz.

Celestino V renunció la tiara en 22 de diciembre despues de pocos meses de ceñirla, y pasados doce dias eligió el cónclave á Bonifacio VIII, varon de ca- 1295
rácter tan firme como los mas ilustres de sus antecesores, aunque de una piedad

(1) No es nuestro ánimo sostener ni impugnar lo que no sabemos; sin embargo, creemos que la sana crítica se opone á admitir la suposicion para nosotros gratuita de los que así explican el testamento de Alfonso III. A haber este, en conformidad al testamento supuesto tambien de don Pedro, nombrado rey de Sicilia á don Fadrique, sin duda que este no se hubiera contentado con ser lugarteniente de don Jaime, ni los Sicilianos, tan deseosos como sabemos de tener reyes propios, habrian tardado tanto tiempo en aclamarle, ni habrian necesitado para ello que don Jaime los abandonara en el tratado de Anagni.

mucho menos profunda. Al recordar á Gregorio VII y á Inocencio III, sintióse movido como ellos á tomar una posicion clara y determinada y una actitud firme y resuelta. El primer asunto á que dirigió sus esfuerzos fué la deseada pacificacion de Europa, y bajo su vigorosa iniciativa, reanudáronse las negociaciones empezadas en tiempo de su predecesor. Nuevas conferencias se celebraron en la Junquera, y puestos de acuerdo los reyes de Aragon y de Francia y Carlos el Cojo, enviáronse embajadores al Papa, que se hallaba en Anagni, al objeto de obtener su sancion á los artículos estipulados. Los principales eran el abandono de la Sicilia por Jaime, la devolucion de los rehenes, la renuncia definitiva de toda pretension sobre el reino aragonés, renovada en manos del Pontífice por el rey de Francia y su hermano Carlos de Valois, y el alzamiento de las sentencias de escomunion y entredicho que pesaban sobre don Jaime y su hermano don Fadrique y sobre los reinos y habitantes de Aragon y Sicilia. Blanca, hija de Carlos II el Cojo, habia de casar con el rey de Aragon, y el Papa anuló y disolvió por causa de parentesco el matrimonio antes concertado entre don Jaime é Isabel de Castilla. Tratóse tambien de la restitucion del reino de Mallorca al destronado don Jaime, pero como los embajadores no tenian instrucciones suficientes, reservóse el Papa tratar particularmente este asunto con el rey aragonés. Los contrayentes por medio de sus mandatarios juraron estos artículos en 5 de junio de 1295, si bien protestando los Aragoneses que si algunos ricoshombres ó caballeros de sus reinos iban á ayudar ó servir á los Sicilianos, no se pudiese hacer por ello un cargo al rey de Aragon, porque era fuero y costumbre en su reino que los soberanos no pudiesen prohibir á los barones servir á quien quisieren. A estas estipulaciones públicas añadiéronse dos artículos secretos, que fueron la donacion de las islas de Cerdeña y Córcega á la corona aragonesa en cambio de la isla de Sicilia, lo cual fué causa de nuevas y sangrientas guerras, y el ofrecimiento hecho por el Aragonés al rey de Francia de cuarenta galeras para auxiliarle en la lucha que con Inglaterra sostenia á causa del ducado de Gascuña.

Tal fué el tratado de paz de Anagni ó de la Junquera que, á juzgar por nuestras crónicas, fué aunque contrario á la Sicilia, muy popular en Aragon; los Catalanes llamaron á Blanca de Anjou la reina Blanca de Santa Pau, y las cortes congregadas en Barcelona para ratificar el tratado, solo manifestaron sentimiento por la aceptada promesa de las islas de Córcega y Cerdeña, que habrian de ser á la fuerza conquistadas. Harto sabian aquellos prudentes varones cuanto costaba en sangre y en bienestar la gloria que en tierras extrañas conquistara Aragon, para que no deplorasen la fuerza invencible que así parecia arrastrar al pueblo aragonés á remotas y sangrientas empresas.

Bonifacio VIII recibió la renuncia de Carlos de Valois mediante la cesion que se le hizo á este del ducado de Anjou, y en 30 de octubre Jaime fué bendecido por el legado del Pontífice él y todo su reino. El dia siguiente marchó con gran pompa á Figueras, devolvió á los diputados angevinos los dos hijos de Carlos y los demás rehenes, recibió á Blanca su desposada y celebró su matrimonio con ella en Villabertran en 1.° de noviembre.

A la primera noticia de que Jaime de Aragon abandonaba la Sicilia, conmovióse toda la isla, y si bien algunos respetaron lo convenido, causó en el mayor

número indecible indignacion. Enviáronse embajadores á Cataluña que encontraron á Jaime muy satisfecho de lo que habia obrado, y aun cuando los recibió con gran deferencia, no les dió mas garantía que promesas vagas. En nombre de la Sicilia protestaron contra el tratado como afrentoso y perjudicial para su patria, y partieron vestidos de luto. A. de J. C.

Admirable y tierno era el afecto que profesaban los Sicilianos á la dinastía aragonesa. Convocado el parlamento de Palermo luego del regreso de los embajadores, Fadrique fué aclamado rey el dia 11 de diciembre por una asamblea parcial de la nacion; un parlamento general convocado para el 15 de enero de 1296 en la iglesia catedral de Catania, confirmóle este título por aclamacion, y decretó que se coronara solemnemente en Palermo á la brevedad posible. Fadrique era el segundo rey de Sicilia de este nombre, pero fué llamado por un error diplomático Fadrique III. En vano el Pontífice habia querido contrarestar esta eleccion, ya con blandura, ya lanzando contra los Sicilianos toda clase de penas temporales y espirituales: propuso á los representantes de don Fadrique que si este renunciaba á la corona, le daria por esposa á Catalina, hija de Felipe y sobrina de Carlos de Nápoles y de Balduino, último emperador de Constantinopla, la cual se suponia ser sucesora legítima del imperio, prometiendo dar al infante para su conquista ciento treinta mil onzas de oro en cuatro años. Don Fadrique ni siquiera contestó á esta proposicion, y no obtuvo mejor éxito la que se dirigió á los Mesineses ofreciéndoles á nombre del Papa los fueros y libertades que quisieran, con tal que aceptaran el tratado de paz. Fadrique fué coronado en Palermo el dia 25 de marzo, y desde aquel momento era ya inevitable la guerra, guerra en que la Sicilia habia de hallarse sola contra Roma, Francia y tambien Aragon. Digno hijo de su padre que escribia poesías al amenazarle la cruzada francesa de 1285, Fadrique dirigió tambien una carta en verso á su amigo Pous Hugo III, conde de Ampurias, y así en ella como en la contestacion del conde revélanse bien las condiciones en que se hallaba el infante al ceñir la corona siciliana. El carácter de Fadrique aparece en su carta tal como lo vemos en las fuentes mas puras de la historia: mira como un juego la guerra, no abriga rencor ni odio contra aquellos que abiertamente le atacan, conoce haberse lanzado á una empresa erizada de peligros y dificultades, pero rica tambien de gloria; confia en el celo de los Sicilianos y de los voluntarios aragoneses; quéjase sin acritud de su hermano á quien ni siquiera nombra, y termina expresando su firme propósito de poner feliz término á la obra empezada por su padre. A su vez el conde de Ampurias manifiesta gran confianza en el valor de Fadrique, pero no tanta en su habilidad; espera que don Jaime no querrá perder del todo á su hermano y confia tambien en el auxilio de los aventureros españoles, que sin embargo no creia que se hiciese efectivo antes del verano.

1296

Así pues, el tratado de la Junquera ratificado en Anagni no produjo al principio otros efectos que la coronacion de Fadrique en Sicilia, la division entre ambos hermanos y el nuevo rompimiento de la guerra, que don Fadrique fué el primero en empezar por la parte de Calabria apoderándose de Esquilache, de Catanzaro y de otros lugares pertenecientes al rey de Nápoles. Don Jaime en tanto, despues de ser nombrado gonfalonero y generalísimo de las tropas de la Iglesia, llamó á cuantos Aragoneses y Catalanes se hallaban á Sicilia, si bien

A. de C. J. es preciso advertir que muy pocos le obedecieron. Bonifacio VIII hábil y activo negociaba, y logró atraer á su partido, ¡ cosa inaudita ! á Roger de Lauria y á Juan de Prócida, que hasta entonces habian sido sus mas acérrimos enemigos. En una de las cláusulas del tratado estipulábase el matrimonio de la princesa Violante con Roberto duque de Calabria, hijo de Carlos de Nápoles, y hallándose don Jaime en Roma, llamó de Sicilia á su madre Constanza y á su hermana, para llevar á efecto lo tratado. Don Fadrique, que no queria romper abiertamente con don Jaime, dió permiso para aquel viaje, y Constanza, que esperaba reconciliar á sus dos hijos y aliviar su propia conciencia volviendo al seno de la Iglesia, Violante, Roger de Lauria y Juan de Prócida, estos hostiles ya en su interior á la causa siciliana, se embarcaron en Milazzo, con direccion á Roma. Cada uno pensaba y hablaba de sus propios asuntos, y solo Constanza, dice Specialis, inmóvil en la popa de su nave, con los ojos anegados en lágrimas y fijos en los apartados montes de Sicilia, apoyábase en su hija y pensaba en Jaime, en Fadrique y en los males que los amenazaban. El matrimonio de Violante
1297 se celebró en Roma (1297), pero los ruegos de Constanza no pudieron impedir que prevalecieran los bélicos consejos. Don Jaime recibió la investidura de las islas de Córcega y Cerdeña, y volvió á Cataluña para preparar una expedicion contra su propio hermano. Nombró á Roger de Lauria gran almirante en todos sus reinos con poderes verdaderamente reales, y Bonifacio VIII dióle en feudo el castillo y la tierra de Aci en Sicilia, vuelto ya el almirante *ad apostolicœ sedis gratiam et mandata.* En breve le veremos recorrer los mismos puertos de Calabria de que fuera antes el terror, y presentarse en el puerto de Nápoles como auxiliar de Carlos el Cojo, á quien hiciera prisionero trece años antes en aquellas aguas (1).

Sin desalentarse por el mal éxito de sus anteriores tentativas, Bonifacio VIII negociaba y procuraba apartar á don Fadrique de la causa de los Sicilianos, haciendo brillar á sus ojos la perspectiva de la corona imperial de Constantinopla. Sin embargo, todo fué en vano, y entonces encendióse su cólera y conoció la necesidad de apelar á las últimas medidas. Jaime II hubo de acudir otra vez
1298. á Roma en 1298, citado por el Pontífice, para excusarse de la falta de cumplimiento del tratado en lo relativo á la Sicilia, y para reducir á su hermano Fadrique de grado ó por fuerza á abandonar al menos la Calabria. Al frente de numerosas tropas catalanas, aragonesas, francesas, provenzales é italianas, don Jaime II convertido en caudillo del partido güelfo abre la campaña por tierras de Calabria, y pasando el Estrecho fué á poner sitio á Siracusa. Las fuerzas de don Fadrique mandadas por don Blasco de Alagon y Conrado Lancia, pelearon repetidas veces y muchas con buen éxito con las del monarca aragonés, mientras que don Juan de Claramonte, gobernador de Siracusa, resistia denodadamente, hasta obligar á don Jaime á levantar el cerco de aquella plaza con gran pérdida de
1299. los suyos y á refugiarse en Nápoles, desde donde volvió á Cataluña (1299). Juan de Lauria, pariente de Roger, y otros caballeros que habian sido con él hechos

(1) Roger de Lauria murió en 7 de enero de 1305 y fué sepultado en el monasterio de Santas Creus. Juan de Prócida, que imitó su conducta reconciliándose con la sede romana, murió oscuramente en Roma á fines del año 1299, cuando se le habian ya devuelto la mayor parte de sus bienes.

prisioneros por los Sicilianos, fueron decapitados en la plaza de Mesina, que A. de J. C.
tanta era la indignacion de aquel pueblo contra los que habian abandonado su causa.

Don Jaime volvió á aquellas aguas con una nueva y formidable armada que dirigia su terrible almirante Roger de Lauria, y esforzado don Fadrique no vaciló en aprontar sus naves y en salir á su encuentro. Ambas escuadras eran tripuladas por Catalanes, Aragoneses y Sicilianos, y se encontraron en las inmediaciones del cabo Orlando en 4 de julio de 1299. Fué aquel uno de los mas terribles y sangrientos combates que cuentan las historias de aquellos siglos, y á pesar de los prodigios hechos por el valeroso conde de Ampurias, por don Blasco de Alagon, por el mismo don Fadrique y por otros mil, á pesar de haber sido herido en un pié el monarca de Aragon, la victoria se declaró por él, retirándose los Sicilianos á Mesina con algunas naves, tristes restos de su vencida armada. En represalias de los prisioneros muertos en Mesina, Roger de Lauria mandó quitar la vida á muchos caballeros mesineses que habian caido en su poder.

Pero nada pudo esta catástrofe para abatir la constancia de don Fadrique y el amor que le profesaban los Sicilianos. Uno y otros solo pensaron en continuar la lucha y en disponerse para nuevas batallas. Roger de Lauria no les daba un momento de reposo, aun cuando el rey hubiese vuelto á Cataluña. El duque de Calabria hizo suya por traicion la importante plaza de Catania, mientras que el príncipe de Tarento se presentaba delante de Trapani con numerosa escuadra. Don Fadrique marchó contra él, y habiéndose encontrado ambas huestes en los campos de Falconara (1.° de diciembre), trabóse reñida batalla, que terminó con la victoria de los Sicilianos y la captura del príncipe de Tarento.

El siglo XIII tocaba á su fin, y el año 1300 fué famoso por una fiesta in- 1300.
ventada y celebrada por Bonifacio VIII, fiesta que ocupó á la universalidad de los cristianos. Desde hacia muchos años, habíase acreditado la opinion de que era meritorio visitar las iglesias de Roma el último año de cada siglo, y de que á esta peregrinacion, pues aun no se llamaba entonces jubileo, iban unidas muchas gracias é indulgencias. Esto hizo que durante los meses de enero y febrero del año 1300 acudiesen á Roma gran número de romeros, que aumentó aun mas cuando Bonifacio VIII expidió una bula, con gran satisfaccion del espíritu devoto de la época, concediendo indulgencia plenaria á los que visitasen aquel año las basílicas de Roma. Este gran suceso y la ausencia de don Jaime II de Aragon, que no habia vuelto á Italia desde la batalla del cabo de Orlando, hicieron que durante todo aquel año languideciera la guerra de Sicilia, sin que apenas durante el mismo se mencione ningun hecho de armas importante. A las quejas de Bonifacio por haber abandonado la empresa, contestó don Jaime haber hecho ya mas de lo que le incumbia, y que en el estado en que habia dejado las cosas, culpa seria del rey Carlos, de sus hijos los príncipes de Calabria y de Tarento y del almirante Roger de Lauria si no habian llevado á cabo la sumision de la Sicilia. Esto no obstante, de nuevo requirió á los barones y caballeros aragoneses y catalanes que servian á su hermano, que dejasen aquella tierra y aquella bandera, amenazándoles en caso de desobediencia con privarles de sus bienes que pasárian á sus herederos.

A. de J. C. 1301 La guerra, por un momento interrumpida, continuó con nuevo vigor en 1301. Roger de Lauria desbarató en el sangriento combate de Ponza la armada siciliana, y Carlos de Valois, á quien confirió el Papa el título de vicario del imperio, llegó á Florencia y desde allí pasó á Sicilia. Sus armas, empero, no obtuvieron muy grandes victorias; don Fadrique opuso á todos sus ataques por tierra y por mar vigorosa resistencia, y entonces fué cuando opuso á Roger de Lauria otro Roger (Roger de Flor), al que estaban deparados tan altos y singulares destinos (1).

1302 En 1302, verificóse una expedicion á Sicilia, célebre por los desastres que la acompañaron; el ejército napolitano quedó diezmado en el sitio de Siacca, pues la epidemia se cebó en sus filas con indecible encarnizamiento. Violante habia seguido á Sicilia á su esposo Roberto, al que dió un hijo hallándose en Catania, y allí fué bastante afortunada para inspirar á su marido la idea de negociar con su hermano. Hiciéronse proposiciones de paz, los príncipes se avistaron en Calatabellota, y sentaron las bases de un tratado definitivo.

Así fué como á la buena Violante de Aragon, segun le llaman las crónicas, se debió el último tratado que puso fin á tan larga y obstinada contienda, tratado discutido el 19 de agosto de 1302 bajo una rústica cabaña en Calatabello-

---

(1) Roger de Flor habia nacido en Brindis de padres nobles; su padre originario de Alemania habia seguido á Italia al emperador Federico II en clase de halconero. Llamábase Ricardo Blum (Flor), cuyo nombre cambió con el de Ricardo Fiore para casarse con una Italiana, con la cual se estableció en Brindis. Cuando Coradino de Suavia hizo el postrer esfuerzo para reconquistar la herencia de sus padres, Ricardo siguió su bandera y murió como tantos otros en Tagliacozzo. Reducida su viuda á un estado muy próximo á la miseria, vivia en Brindis con sus dos hijos Jacobo y Roger, cuando un templario provenzal que por allí pasó, prendóse de tal modo del niño Roger, que con permiso de su madre le llevó consigo para hacerle entrar en la órden. El jóven Roger fué uno de los mejores marinos de las naves del Temple, y luego que hubo ingresado en la órden y pronunciado sus votos, diósele á mandar la mayor galera que en aquellos tiempos se habia construido, cuyo nombre era *el Halcon*. Con ella hizo grandes proezas contra los Sarracenos, y hallándose en el puerto de Tolemaida, fué Roger de los que mas se distinguieron en los heróicos combates del espirante reino de Jerusalen. A consecuencia de haber embarcado en su nave á muchos personages de importancia y cuantiosos caudales cuando se perdió Tolemaida, incurrió justa ó injustamente, pues cosa es esta no averiguada todavía, en el enojo del gran maestre que le citó por distintas veces ante el tribunal de la órden. Desde Marsella, donde habia residido mucho tiempo, pasó á Génova, y con una cantidad que le prestaron armó una buena galera cuyo nombre era *la Oliveta*. Ofreció en seguida sus servicios al duque de Calabria, pero mal recibido, fuése á Mesina, donde don Fadrique le acogió muy favorablemente; elevóle sucesivamente á los cargos de almirante de Sicilia y miembro de su consejo, y dióle el castillo de Trip, el de Alicata y las rentas de Malta.

La fortuna de Roger no conoció límites desde aquel momento; habia puesto al frente de su compañía de á caballo á En Berenguer de Montroig y á micer Roger de la Matina, y con cinco galeras y un leño empezó á correr todo el principado de Nápoles, la playa romana y las costas de Pisa, Génova, Provenza, Cataluña, España (*) y Berbería. «Apoderábase de cuanto encontraba, dice Muntaner, que, segun él mismo espresa, fué intendente general de Roger y de la compañía que marchó á Oriente, así de amigos como de enemigos con tal que fuese dinero ó mercadería buena que pudiese meter en sus galeras, con la diferencia que á los amigos les daba un debitorio, diciéndoles que cuando habria paz se les satisfaria, y á los enemigos les quitaba todo cuanto bueno llevaban, dejándoles sin embargo los leños y las personas, pues á ninguno hacia mal.» Con semejante sistema de guerra no es extraño que llegase Roger á ser el almirante mas opulento de la época, pero liberal hasta el exceso manifestó siempre gran menosprecio de las riquezas, menosprecio que por una singularidad extraña hacíale muy poco escrupuloso en los medios de adquirirlas. La intrepidez, la generosidad, la presencia de ánimo y la astucia eran las cualidades eminentes de aquel hombre que murió asesinado á la edad de treinta y siete años, despues de haber sido por algun tiempo el supremo árbitro de Constantinopla.

(*) Por España en los siglos medios entendiase aquella parte de nuestra península, mayor ó menor, poseida por los Musulmanes.

ta (1) y firmado definitivamente el 23 en Castronovo, cuyo nombre mas particularmente ha conservado. Estipulábase en él que don Fadrique conservaria la isla de Sicilia bajo el nombre de reino de Trinacria, sin reconocer feudo ni servicio alguno; que abandonaria cuantos lugares y ciudades poseia en la Pulla y Calabria; que tomaria por esposa á Leonor, hija del rey Carlos II de Nápoles, que se canjearian los prisioneros y se daria libertad al príncipe de Tarento; que acaecida la muerte de don Fadrique la Sicilia volveria al rey Carlos ó á sus herederos; que el de Valois y el duque de Calabria quedarian encargados de obtener del Papa y del rey Carlos la aceptacion y confirmacion de estos pactos; que el rey Carlos II habria de lograr que el Papa cediese á don Fadrique y á sus herederos la conquista del reino de Cerdeña ó del de Chipre ó de otro equivalente, y que si esta condicion no se llenaba en el espacio de tres años, quedase la isla de Sicilia á la libre disposicion de don Fadrique y de sus descendientes.

Así terminó despues de veinte años la guerra que excitara la posesion de la isla de Sicilia y que tanto habia costado á los Sicilianos como á los naturales del reino de Nápoles. Inútil es decir que del tratado de Castronovo reportó don Fadrique de Aragon las principales ventajas; sus resultados inmediatos fueron dividir aquellos dos reinos, crear el de Nápoles y hacer del Mediterráneo un lago de Aragon. Poco tiempo despues, el rey Carlos envió con gran pompa la princesa á Mesina, donde fué recibida por el rey don Fadrique; la nieta de Carlos de Anjou fué festejada por Aragoneses y Sicilianos, y don Fadrique la tomó por esposa en la iglesia de Santa María la Nueva. « Aquel dia, dice Muntaner, fué levantado el entredicho en todo el país de Sicilia por un delegado del Papa, que era arzobispo, y fueron perdonados á todo el mundo los pecados que durante la guerra se hubiesen cometido; tambien aquel dia fué colocada la corona en las sienes de mi señora la reina de Sicilia, y se hizo la mayor fiesta que en Mesina jamás se hubiese visto (2).»

Los asuntos de Sicilia y el deseo de explicarlos hasta su definitivo desenlace nos han tenido por mucho tiempo apartados del reino de Aragon donde habian sucedido importantes acaecimientos. Primeramente una larga y obstinada guerra con Castilla, desde 1296 hasta 1304, cuyas causas y episodios relataremos en el capítulo siguiente al tratar del reinado de Fernando IV; en seguida la restitucion de las Baleares en 1298 á don Jaime de Mallorca por mediacion de Bonifacio VIII, y luego varios sucesos que ahora llamaríamos de política interior, que importa que no sean desconocidos para nuestros lectores.

Las antiguas contiendas intestinas parecian haber desaparecido durante los primeros diez años del reinado de don Jaime, ocupados como estaban los ánimos en los negocios exteriores, de modo es que al regreso de su última expedicion á Sicilia en 1299, pudo el monarca dedicarse, libre de afanes y cuidados, á la empresa de Castilla y al fomento de las artes y las letras á que se mostraba muy aficionado. En el año anterior (1298), habíase dado principio á la bella catedral de

---

(1) Calat-el Bellutah, la Fortaleza de las Encinas. Este es otro de los vestigios de la dominacion musulmana en Sicilia.

(2) Ram. Muntaner, Crón. c. CXCVIII.—Don Fadrique murió el dia 25 de junio de 1338, despues de un reinado de cuarenta y un años y seis meses. Su cuerpo fué sepultado en Catania.

Barcelona que aun hoy dia admiramos (1), y el año 1300 fundó el monarca la universidad de Lérida, primer establecimiento de este género en el reino de Aragon; mas esta tranquilidad interior de que gozaba el reino fué turbada en 1301 por las pretensiones de algunos ricoshombres muy allegados al rey, que unidos y juramentados entre sí en forma de Union, solicitaron de don Jaime que les pagara ciertas cantidades que, segun decian, les debia. Para poner fin á su descontento y á los perjuicios que al reino causaban, reunió el rey cortes en Zaragoza (29 agosto de 1301) para que estas decidiesen y declarasen si el ayuntamiento y Union que se habia hecho era contra las leyes y los fueros del reino. Así se propuso la cuestion por el monarca, y á pesar de las razones alegadas por los ricoshombres, el Justicia don Gimen Perez de Salanova, oido el parecer de los prelados, magnates, procuradores y personas sábias, decidió que aquella union formada por los ricoshombres era contra razon y fuero, que nunca por aquella via los reyes pasados habian sido compelidos á pagar sus deudas, y por lo mismo que habia de condenar á sus autores á quedar á merced del rey con todos sus bienes, si bien no podrian imponérseles las penas de muerte, mutilacion, prision ni destierro perpétuo. Curioso proceso este, dice Lafuente, en que se ve á la autoridad real y á la poderosa aristocracia aragonesa recíprocamente limitada una por otra, defender su causa como dos grandes litigantes ante el tribunal del Justicia y de las cortes, someterse á su sentencia y rendir homenage á las leyes del reino; ejemplo grande de la sensatez de este pueblo y de la solidez que en época tan apartada habian adquirido ya las libertades de Aragon.

En las mismas cortes fué jurado el infante don Jaime por primogénito y sucesor del reino.

Ocurrió entonces en la cristiandad un suceso que si bien no relacionado directamente con la historia de nuestra patria, lo está de un modo indirecto con la de todos los pueblos cristianos, por el grande cuanto triste suceso de que fué causa. Nos referimos á la enconada lucha que por entonces estalló entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso de Francia, que determinó la residencia de los Sumos Pontífices en Aviñon desde 21 de julio de 1305 hasta 17 de enero de 1377, funesta época conocida en la historia de la Iglesia con el nombre de *Cautiverio de Babilonia.*

Bonifacio VIII habia irritado con su entereza al monarca francés y á la poderosa familia gibelina de los Colonnas, quienes habian acabado por unirse, aunque distintos sus supuestos agravios, contra el comun enemigo. La contienda entre el rey y el Papa estalló con motivo de la ereccion en obispado de la iglesia de Pamiers, dependiente antes de la sede de Tolosa. Sin respeto á la nueva dignidad de que el obispo se hallaba revestido, el rey mandó encarcelarle, y esto fué causa de mútuas embajadas, que no hicieron mas que agriar la cuestion por una y otra parte. Aquel, sin embargo, no era mas que el motivo aparente del odio de Felipe el Hermoso contra Bonifacio VIII: la causa real era la negativa obstinada y honrosa del Papa en prestarse á lo que meditaba el rey contra la órden del

(1) En el año 1329 se acabó el trascoro, y en 1400 se rematό la obra interior. Para mengua de los años que desde entonces acá han transcurrido tan hermoso monumento carece todavía de su fachada propia.

Temple. La resistencia del anciano pontífice á acceder al deseo del rey, hizo que A. de J. C.
este tratara sin ningun respeto y miramiento á aquel mismo Bonifacio á quien tanto enalteciera cuando favorecia sus proyectos. Esta célebre contienda ha sido presentada las mas de las veces con ignorante parcialidad; la bula de Bonifacio relativa al obispo de Pamiers fué alterada por los legistas de Felipe, y ella fué, por decirlo así, la que dió principio á la lucha. «Además de no ser esta bula tan injuriosa y despótica como el rey aseguraba, dice un historiador moderno, contenia tan vivos cargos contra él, ideas tan sanas acerca del poder y de los derechos de los pueblos, todo con tanto comedimiento y fuerza, con tanta ternura y severidad paternales, que no se creyó conveniente dar de ella conocimiento á la nacion. Por esto el canciller Pedro Flotte, en vez de la elocuente reprension de Bonifacio, difundió por todas partes el seco y grosero escrito que pretendió ser el resúmen de la bula y que no contiene ni una palabra de la misma (1).» Protestó el Papa contra esta impudente falsificacion, y negó haber dicho en ella que el rey Felipe tuviese á la Francia como feudatario del Papa: repitió que Felipe estaba sujeto á la silla de San Pedro, no como príncipe *(ratione dominii)*, sino como cristiano y bajo el respeto espiritual *(ratione peccati)*, y declaró en fin que estaba muy lejos de negar la diferencia que habia entre los dos poderes establecidos por Dios.

Todas las pasiones y preocupaciones populares, todas las quejas legítimas ó ilegítimas, todas las elocuencias venales y sórdidas fueron hábilmente excitadas y desencadenadas por el rey contra el Pontífice. «Entonces fué, dice un autor nada sospechoso en estas materias, cuando nació el cisma del clero de Francia conocido con el nombre de libertades de la Iglesia galicana; y dióse el nombre de libertades de la Iglesia galicana ó la sumision absoluta de esta Iglesia á la voluntad del soberano, lo mismo que despues se llamó á Napoleon restaurador de la religion, cuando por medio del concordato hubo esclavizado á la Iglesia bajo pretexto de salvarla, con el fin de doblegarla á sus miras imperiales (2).» Felipe el Hermoso reunió en París un sínodo que declaró hecha contra las reglas canónicas la eleccion del Bonifacio, y en tanto Guillermo Nogaret, profesor de derecho en Tolosa y hombre de pésimos antecedentes, marchó á Roma para levantar los ánimos contra el Pontífice, que se hallaba entonces en Anagni. Una desenfrenada soldadesca, sostenida por trecientos caballeros, á las órdenes de uno de los Colonnas, invaden al asomar el dia la casa del Papa gritando: *¡Viva el rey de Francia! ¡Muera el papa Bonifacio!* El Pontífice contaba entonces ochenta y seis años, y revestido con la capa de san Pedro, con la tiara en la cabeza, las llaves y la cruz en la mano, se sentó en su cátedra y esperó á los conjurados.

Colonna se apoderó de la persona del Papa, mientras que Nogaret le dirigia insultos y amenazas. Los soldados saquearon el palacio, y el Pontífice quedó con guardas de vista. Los cardenales todos le abandonaron y huyeron, excepto los de España y de Ostia, que fueron bastante animosos para no apartarse de su lado.

Esto sucedia en 8 de setiembre de 1303, y pasados tres dias, los habitantes 1303

---

(1) Lavallée, *Hist. de los Franceses*, t. I, p. 424.
(2) Romey, *Hist. de Esp.*, P. 3.ª, c. X.

A de J. C. de Anagni, movidos á compasion por el deplorable estado en que veian al Pontífice, tomaron las armas y expulsaron de la ciudad á los conjurados. Bonifacio marchó sin dilacion á Roma, pero el vivo dolor que experimentara causóle una aguda enfermedad de que murió en 11 de octubre de aquel mismo año.

Fué en su lugar elegido en el próximo cónclave Nicolás, natural de la Marca Trevisana, general que fué antes de la órden de Predicadores. En su pontificado se llamó Benedicto XI, y su carácter aunque moderado firme, pudo por un momento hacer temer á Felipe que su victoria quedaria sin fruto. Levantó el nuevo Pontífice las censuras que sobre el rey pesaban, pero luego que hubo dado nuevo vigor á la sede pontificia, excomulgó á la conjurados de Anagni, y con ellos á cuantos les hubiesen dado órdenes, socorros ó consejos. Apenas habíase publicado esta bula en Europa, cuando aquellos á quienes condenaba dié-
1304 ronla terrible respuesta. Benedicto XI murió envenenado en 7 de julio de 1304, é inútil es decir sobre quienes recayeron las sospechas del delito.

Los esfuerzos todos de Felipe dirigiéronse entonces á corromper la eleccion apostólica, y por fin, despues de haber vacado la Santa Sede un año y trece dias, fué nombrado papa Raimundo de Got, arzobispo de Burdeos, á quien á lo que se dice, hizo jurar antes Felipe que condenaria y anatematizaria la memoria de Bonifacio VIII, que restituiria en su grado y dignidad cardenalicia á Pedro y á Jacobo Colonna, que le concederia los diezmos de las iglesias por espacio de cinco años, y conforme á esto, dice Mariana, otras cosas feas y abominables á la dignidad pontifical; pero tanto puede, añade el mismo historiador, el deseo de mandar.
1305 El nuevo papa, elegido en Perusa el dia 5 de junio de 1305, tomó el nombre de Clemente V, y fué consagrado el 11 de noviembre en Lion, á donde hubieron de marchar todos los cardenales, cómplices ó víctimas de la política del césar francés.

Tristes incidentes acompañaron la ceremonia de la consagracion. Mientras pasaba el fastuoso cortejo desplomóse un viejo murallon cargado de gran multitud de pueblo, y mató é hirió á muchos espectadores. El caballo que montaba el Pontífice se espantó, y cayó la tiara de la cabeza de Clemente; un precioso diamante que la adornaba quedó perdido entre el tumulto, y el rey de Francia corrió inminente peligro de perder la vida. Los actos sucesivos del pontificado de Clemente justificaron aquel siniestro principio, y no hubo bajezas que no hiciera el nuevo Papa para complacer á la corte de Francia. Todos los cargos se hicieron venales; nombráronse de una vez doce cardenales segun el capricho de Felipe, y este, implacable en su triunfo contra un enemigo ya muerto, solicitó que se procediera contra la memoria del papa Bonifacio. Sin embargo, para eludir esta demanda ó para diferir su ejecucion, contestósele que negocio tan grave no podia resolverse sino con junta de concilio general, y esta fué la principal causa de la reunion del concilio de Viena (Francia). Desde aquel tiempo abandonó el Papa la capital de Occidente, la silla de Pedro y el sepulcro de los Apóstoles para ir á sepultarse en Aviñon, con grave perjuicio de la dignidad pontificia, que hasta la época de su nueva traslacion á Roma fué mas ó menos esclava de los monarcas franceses.

No habia permanecido extraño nuestro don Jaime II de Aragon á estas graves complicaciones, y varias veces le habia instado Felipe para que se uniese con él contra la Sede apostólica. No vino en ello el Aragonés, así por sus religiosos sen-

timientos como por las particulares obligaciones que á Bonifacio debia, y todos sus esfuerzos se dirigieron á reconciliar al Papa y al monarca francés. Antes de su muerte (1303), habia enviado Bonifacio un legado á Córcega y á Cerdeña á fin de persuadir á aquellos habitantes á reconocer como rey á don Jaime II de Aragon. Excitaba á este para que emprendiese su conquista el rey Carlos de Nápoles brindándole con el auxilio de todas las ciudades güelfas de Italia, pero Jaime, que no queria romper del todo con los Gibelinos y que se hallaba en guerra con Castilla, limitóse por entonces á solicitar de Benedicto XI y luego de su sucesor Clemente V el reconocimiento del feudo que de aquellas islas le concediera la Iglesia. A. de J. C.

Por aquel entonces (1304) celebróse la paz entre don Jaime y Fernando IV de Castilla, y cuando aquel se había consagrado á los preparativos de la empresa de Córcega y Cerdeña, entablando negociaciones con su hermano don Fadrique de Sicilia, con el rey de Nápoles, con las señorías de Florencia, Luca, Sena y otras ciudades güelfas de Italia, las excitaciones de Clemente para que suspendiese por entonces aquella expedicion, y la discordia que se movió entre Carlos y Fadrique, le estorbaron en lo que tenia meditado y fueron causa de que de nuevo aplazase la conquista con que queria dotar á la corona aragonesa.

A 5 de setiembre de 1307 reuniéronse cortes de Aragoneses en Alagon, 1307
continuacion de otras tenidas en Zaragoza, y en ellas se modificó lo dispuesto en el Privilegio de la Union relativamente á la celebracion de cortes. Habíanse estas de celebrar cada año en la ciudad de Zaragoza, pero ahora, como concesion hecha al poder real, dicidióse que se tuviesen de dos en dos años por la fiesta de todos los Santos, en la ciudad ó villa del reino que al rey y á sus sucesores pareciese mas conveniente.

En 1308, confederáronse los reyes de Aragon y Castilla para dirigir sus ar- 1308
mas contra los Sarracenos, enemigos á quienes los monarcas españoles parecian haber olvidado hacia ya mucho tiempo, con gran perjuicio de la causa de la patria. Don Ponce, obispo de Lérida, y don Bernardo de Fonollar, volvieron de su embajada á Aviñon con muchas gracias apostólicas para aquella empresa, y tambien con la dispensa para el proyectado matrimonio entre el infante don Jaime y doña Leonor de Castilla. La predicacion de esta cruzada se confió al obispo de
Valencia, y en 1309, en la época señalada para la campaña, el Aragonés con 1309
gran ejército de mar y tierra fué sobre Almería á la que puso cerco, mientras que algunos cuerpos de sus tropas entraban y corrian la tierra de Granada. La plaza de Ceuta, reciente conquista del emir granadino, fué tomada (20 de julio) por las naves aragonesas al mando del vizconde de Castellnou y de Suleyman ben Rabyeh, ex-walí de Almería, despojado antes de su cargo por Muhamad III á causa de sus tratos con don Jaime y de sus pretensiones á la independencia (1206).

El Granadino acudió con todo su poder al socorro de Almería, pero hubo de retirarse con gran pérdida, á pesar de haberle secundado la guarnicion sitiada con un vigoroso rebato dado al campamento aragonés. Muchas veces durante el sitio llegaron á las manos sitiadores y sitiados con diversa fortuna, y la ciudad estaba ya á punto de darse á partido, cuando las desavenencias ocurridas en el ejército castellano que sitiaba á Algeciras fueron causa de que don Fernando se

A. de J. C. concertase con el rey de Granada, y que el Aragonés que se vió solo hiciese lo mismo, mediante promesa que le hizo el Granadino de poner en libertad á todos
1310 los cautivos de su reino. A 26 de enero de 1310 levantó don Jaime sus reales y marchó á Alicante y Valencia, desde donde en union con el de Castilla envió embajadores á Clemente V para rogarle que de ningun modo consintiese en el grave escándalo que preparaba á la Iglesia el odio de Felipe el Hermoso al papa Bonifacio VIII, contra cuya memoria habíase formado proceso acusándole de ateismo y simonía.

Tratóse entonces matrimonio entre el infante don Pedro de Castilla y doña María, hija del rey de Aragon, deseoso don Fernando IV de confirmar la amistad y deudo que entre ambos reinos existia. Celebróse tambien el casamiento
1311. del monarca (1311), viudo de su esposa doña Blanca, fallecida el año anterior, con María de Lusignan, hermana del rey Enrique de Chipre y heredera de aquel reino. Las crónicas de Aragon celebran á porfía la discrecion y hermosura de la nueva reina.

Como ya sabemos, las Baleares habian sido devueltas al rey don Jaime de Mallorca, y fallecido este en 1311, sucedióle su hijo segundo Sancho, á causa de que Jaime el primogénito habia hecho profesion religiosa. Sancho vino á Barce-
1312 lona en 1312, y prestó homenage á don Jaime como su señor feudal por sus estados de Mallorca, Rosellon, Conflent y Cerdaña.

Las cuestiones á que dió lugar la extincion de la milicia del Temple, que luego explicaremos, la muerte de Fernando de Castilla, ocurrida en 1312, la restitucion del valle de Aran que habian poseido los Franceses desde sus guerras con don Pedro III, algunas alteraciones y contiendas sobrevenidas entre los barones catalanes, la muerte de Carlos II de Nápoles y la desavenencia suscitada entre su hijo Roberto y don Fadrique de Sicilia, en la que intervino don Jaime para reconciliarlos, las negociaciones que seguia con casi todos los soberanos de Europa á causa de la inmensa importancia de Aragon, y sobre todo con los estados de Italia con motivo de la meditada conquista de Córcega y Cerdeña, ocuparon á don Jaime durante algunos años sin que sepamos de este tiempo suceso particular que haya de ser aquí referido atendida la índole de la presente obra. Merece sí especial mencion la demanda que, fallecido el rey de Mallorca, dirigió á don Sancho Felipe de Francia y luego su sucesor Luis X, para que compareciera ante el parlamento de París, pretendiendo heredar al difunto rey en el señorío de Montpeller. Ha de saberse que don Jaime de Mallorca, además de los grandes favores que dispensara á Felipe el Atrevido, ya le impulsase un partido francés que existiera en Montpeller, ya temiese la amenazadora vecindad de Francia, es lo cierto que reconoció la soberanía de Felipe sobre aquel señorío, prestando homenage y juramento de fidelidad al monarca francés. En 18 de agosto de 1282 viéronse Felipe y Jaime en Palairac, y formalizóse escritura del expresado reconocimiento. En esto apoyaban ahora sus reclamaciones Felipe y Luis, pero Jaime II protestó de semejante donacion diciendo que los actos del difunto rey de Mallorca en nada podian perjudicar los derechos de la casa real aragonesa. La cuestion no se resolvió por de pronto, y ambos reyes convinieron en dejarla á la decision de árbitros.

Como si el ejemplo del primogénito de Mallorca y del hijo segundo del rey

Carlos de Nápoles hubiese causado gran impresion á Jaime, primogénito de estos A de J. C.
reinos, jurado ya por los Aragoneses y Catalanes como sucesor y heredero en los estados de su padre, manifestó su intencion de renunciar á la corona que le esperaba para hacerse religioso. En vano trató su padre de disuadirle de semejante idea; lo único que de él pudo lograr fué que celebrara sus bodas con Leonor de Castilla en 1319, pero luego de terminada la ceremonia, sin siquiera dar 1319.
paz á su esposa, abandonó la iglesia y no se supo de él en muchos dias. Finalmente, en las cortes generales del principado de Cataluña, convocadas en Tarragona á 23 de diciembre de este año, hizo formal renuncia de sus derechos en favor de su hermano, y vistió luego el hábito de la órden militar de San Juan de Jerusalen, lo cual, dice don Pedro IV en su crónica, no pesó á los barones y ricoshombres, porque el infante, que fuera gobernador general del reino, habia manifestado gran rigor y le temian mucho. Lo mas singular en todo esto es que no parecieron ser la virtud y el celo religioso los móviles de la conducta del infante, si hemos de dar fe á las crónicas de aquellos tiempos; suponen haber dejado la dignidad que tenia y la que le esperaba como una pesada y molesta carga, para con mas libertad poderse entregar á todo género de vicios, y así se dice que lo demostró despues con gran indignidad, no solamente de su casa y sangre, sino tambien de la religion que habia profesado. Si fué así, feliz el pueblo en que tan justas y severas ideas se tienen de la dignidad real que de este modo la abandonan los que se consideran indignos de poseerla.

El infante don Alfonso fué jurado como primogénito en las cortes reunidas en Zaragoza á 15 de setiembre de 1320. Por la misma época, la infanta doña 1320.
Leonor, viuda al propio tiempo que esposa, fué devuelta á Castilla. Tambien data de aquel tiempo la ereccion en metrópoli de la iglesia catedral de Zaragoza.

Don Jaime resolvió por fin llevar á cabo la conquista de Córcega y Cerdeña, despues que en lo perezoso y renitente que en ella se mostrara parecia presentir lo costosa que habia de serle. A ello le impulsaron al parecer excitaciones de parte de algunos naturales de Cerdeña, y aun cuando el papa Juan XXII habia procurado disuadirle de la empresa diciéndole que hartas guerras habia ya en la cristiandad, y á pesar de que no podia contar con el auxilio de su hermano de Sicilia en guerra con Roberto de Nápoles, convocó cortes de Catalanes en Gerona en 1322 para reclamar su auxilio en la guerra que proyectaba. Los 1322.
Catalanes, dice Zurita, le sirvieron para esta empresa con gran aficion, y hasta el rey de Mallorca, mas por miedo que por voluntad, ofreció veinte galeras costeadas y mantenidas por cuatro meses. Reunióse en Barcelona una poderosa armada, y mientras esto se hacia procurábase el rey alianzas entre los señores genoveses Doria y Malaspina que tenian estados en Cerdeña y procuraba atraer á su partido á los principales moradores de la isla. El juez de Arborea Hugo III prometió secundar los planes de Aragon, y aun se dice que fué él el principal instigador de todo, y terminados los preparativos con gran terror de los príncipes de Italia, en especial de los Pisanos, dióse la armada á la vela al mando del infante don Alfonso desde Port-Fangós el dia 30 de mayo de 1323.
1323 (1).

(1) Expulsados definitivamente los Sarracenos de Cerdeña por las fuerzas unidas de los Pisa-

A. de J. C Constaban las fuerzas aragonesas de sesenta galeras, de veinte y cuatro naves gruesas y de mas de doscientos barcos de transporte, llevando doce mil soldados de á pié y mil quinientos caballos, y era tanta, segun Muntaner, la gente que se habia juntado, que quedaron en tierra mas de veinte mil hombres que no pudieron caber en las naves, leños y taridas de la escuadra. Con las palabras de la antigua divisa de la casa de Aragon: *Vencer ó morir*, que se las repitió tres veces, despidió don Jaime á su hijo en el acto de embarcarse, y trece dias despues llegó la armada al cabo de San Marcos delante de Oristano. El infante y los suyos desembarcaron en Palmas de Sols y fueron recibidos al saltar á tierra por el juez de Arborea y los suyos, que habian levantado ya partido por la casa de Aragon y roto las hostilidades con los Pisanos. Por consejo de aquel juez cercaron los Aragoneses á Villadeiglesias y enviaron algunas tropas á reconocer los alrededores de Cagliari. El sitio fué llevado con tal ardor y tales combates se dieron á los muros, que en poco tiempo se hallaron los sitiados en el último extremo. Sin embargo, al poco tiempo desarrolláronse en el ejército sitiador tantas enfermedades y dolencias y hubo tan gran mortandad á consecuencia del pestilente clima de la isla en el otoño que, segun nos dice el rey don Pedro IV en su crónica, no habia quien hiciese la guarda y faltaban las velas y quien enterrase á los muertos. La esposa del infante vió morir á todas sus damas excepto una, y el mismo don Alfonso estuvo muy próximo á la muerte. Iguales padecimientos experimentaban los sitiados y mas el del hambre, y por ello fué que rindieron la ciudad por capitulacion el dia 7 de fe-
1324 brero de 1324, cuando á don Alfonso apenas le quedaba gente para mantener el bloqueo, y se dirigia una escuadra pisana al auxilio de la ciudad. El infante dejó en Villadeiglesias un fuerte presidio, pues habia recibido refuerzos de Aragon, y sin pérdida de momento marchó con el grueso de sus fuerzas á auxiliar á los que sitiaban á Cagliari. Allí tuvo nueva ocasion de manifestar su genio constante y atrevido, y á pesar de que los Pisanos ponian todo su poderío en defender lo que les quedaba en Cerdeña, redujo á los de Cagliari á iguales apuros que á los de Villadeiglesias. Los socorros que de Pisa fueron enviados quedaron batidos en el campo de Lucocisterna (1), con pérdida de su general Manfredi della Gherardesca, y esto y la decidida intencion manifestada por Alfonso de no levantar el sitio hasta haberse apoderado de la plaza, pues erigió

---

nos y Genoveses en 1050, los primeros, que en otro tiempo habian poseido en la isla establecimientos importantes, se quedaron con su conquista y recompensaron á sus aliados por el auxilio que les prestaran con extensos territorios que habian de tener bajo la soberanía del comun de Pisa. Este dividió la isla en cuatro pequeños estados bajo el nombre de judicaturas, que eran las de Cagliari, de Gallura, de Arborea ú Oristano y de Logaduro ó Corres, confiados primeramente á principales ciudadanos de Pisa en clase de gobernadores, pero que acabaron por hacerse casi independientes sin reconocer la soberanía del señorío, ocupado exclusivamente en sus guerras con los Genoveses. Pisa quedó vencida en 1284, y con la derrota de Molara perdió todos sus establecimientos marítimos, quedando reducido su poder en la isla de Cerdeña á la sola judicatura de Cagliari.—En 1321 murió sin hijos legítimos Mariano III, juez de Arborea, y Hugo, su hijo natural, se apoderó del poder; mas los Pisanos, que creyeron llegado el momento de recobrar su preponderancia en la judicatura de Arborea, se dispusieron á atacarle. Entonces fué cuando Hugo III se hizo aliado del monarca aragonés.

(1) Así lo dice Zurita; actualmente no existe lugar alguno de este nombre; suponen algunos autores que quizás sea Bao-Terra.

delante de ella una villa y un castillo que llamó Bonaire, determinó á la señoría de Pisa á solicitar la paz, que se asentó en julio de 1324, cediendo aquella á Aragon el derecho y dominio que en la isla tenia, pero reteniendo en feudo del monarca aragonés la ciudad y el castillo de Cagliari (Castro), y estipulando el respeto de las propiedades para todos los súbditos de la república establecidos en Cerdeña. La bandera de Aragon, escoltada por cien caballeros, fué colocada en la mas alta torre del castillo, y las puertas de Cagliari y de Bonaire se abrieron para Aragoneses y Pisanos. A. de J. C.

Durante la expedicion no se abandonaron las negociaciones y tratos con las ciudades italianas, y segun nos dicen los Anales de Gerónimo Zurita, don Jaime trataba juntamente con Güelfos y Gibelinos, porque segun estaban las cosas en Italia, de ambas partes pensaba sacar partido. Roberto de Nápoles, protector del bando güelfo, no oponia ningun estorbo á la empresa, antes la favorecia por ser en destruccion de los Pisanos, que eran sus mayores enemigos: solo el rey don Fadrique, que favorecia al comun de Pisa, procuró desde el principio de la lucha un acuerdo y avenencia entre la casa de Aragon y aquella señoría.

La victoria y la paz de Cagliari produjo inmediatamente sus frutos. El infante don Alfonso atravesó la isla de Cerdeña de sur á norte, y penetró con parte de su ejército en la ciudad de Bonifazio, la primera y principal de Córcega en la otra parte del estrecho que separa á ambas islas. Los Aragoneses llegaron allí con tal reputacion militar, que nadie pensó en oponerles resistencia, siendo recibidos como vencedores antes de haber combatido. Era la isla gobernada en nombre de la república de Génova por Guglielmo dalla Rocca, quien, para quedar en ella señor tributario como lo era ya de los Genoveses, se apresuró á jurar fidelidad al infante. Este le conservó en efecto en el mismo puesto que antes ocupaba.

Alfonso regresó luego á Cataluña donde fué recibido con gran fiesta. El castillo de Bonaire, dice Muntaner, se pobló de tal manera, que antes de cinco meses estaba ya lleno de edificios y rodeado de murallas, habitándolo puramente de Catalanes mas de seis mil hombres de armas, de modo, añade el historiador soldado, que en adelante se considerará siempre el castillo de Bonaire superior al de Cagliari en caso de que los Pisanos se quisieren rebelar.

En efecto, no tardó en romperse el acuerdo entre ambas naciones, y en el siguiente año encendióse de nuevo la guerra. El apresamiento por el almirante 1325.
de Aragon En Francisco Carroz de dos galeras pisanas en las aguas de Cagliari, fué la causa aparente de la guerra, que ya los ánimos andaban enconados y divididos entre Aragoneses y Pisanos, como era natural entre vencedores y vencidos, y la república de Pisa hacia aprestos para reponer su soberanía en la isla. Los Aragoneses sitiaron á los Pisanos en Castro, y mientras la república apresuraba sus preparativos y enviaba refuerzos á Cagliari, el rey de Aragon expidió tales auxilios á Bonaire, « tanta caballería, tanta gente y tantas taridas y galeras, que los que estaban dentro del castillo se creyeron ya muertos, y enviaron á decir al comun de Pisa que los socorriese, y que si no lo hacia, no podian sostenerse por mas tiempo. Al saber los Pisanos el gran número de fuerzas que el señor rey de Aragon habia enviado, tuvieron por perdido el negocio, convenciéndose de que en adelante no podian tener á salvo el mencionado castillo de Cagliari, y aun gracias que el

A. de J. C. señor rey de Aragon los dejase vivir en paz en la ciudad de Pisa (1).» En efecto, las armas de la república habian sido muy desgraciadas en la nueva lucha con Aragon, y su marina habia debido ceder siempre ante las naves catalanas. Por esto solicitó la paz, que le fué otorgada á costa de la completa evacuacion de la
1326 isla, que no reconoció mas soberano que el monarca aragonés (mayo de 1326). En razon á los enormes gastos y pérdidas que en su conquista habia experimentado, logró Jaime II del Papa que le relevara de la mitad del censo que por la posesion de la isla debia satisfacer á la Santa Sede.

El año anterior habia fallecido en Cerdaña el pacífico rey de Mallorca don Sancho, sin dejar sucesion de su esposa doña María, hermana de Roberto de Nápoles, y legando sus estados á su sobrino Jaime, hijo del infante don Fernando de Mallorca, del cual tendremos ocasion de hablar al referir la expedicion de Catalanes y Aragoneses á Oriente. En caso que Jaime, que contaba entonces nueve años, muriese sin sucesion legítima, érale sustituido otro hijo de Fernando de igual nombre que su padre y de su segunda esposa Isabel de Chipre. Este suceso reavivó las pretensiones de los monarcas de Aragon á los estados de Mallorca, y don Jaime pretendió que habia de volver á él la sucesion como mas próximo pariente. Como era príncipe muy justo, dice Zurita, y aquello era tan árduo y tocaba tanto á su propia sangre y al derecho de sus reinos, no quiso proceder á ningun auto de ejecucion sin primero consultarlo debidamente. Reunió, pues, en Lérida á varios prelados, barones y procuradores de las ciudades, junta á la que parece no poderse dar el nombre de cortes, y puesto el negocio en disputa y contencion de opiniones, dice Zurita, quedó, como suele acontecer, incierto y dudoso y en mayor contradiccion que antes (2). Por esto fué que el rey envió á su hijo don Alfonso para que se apoderase interinamente de los condados de Rosellon y Cerdaña; mas aconsejado luego por doctas é ilustradas personas, reconoció don Jaime al tierno sobrino de Sancho y desistió de todas sus pretensiones. Para mejor asentar la paz entre ambos reinos ajustóse matrimonio entre don Jaime II de Mallorca y Constanza, hija del infante don Alfonso.

En medio de estas complicaciones y guerras podemos observar el pacífico desenvolvimiento de la constitucion y libertades aragonesas. Habia en este tiempo el rey (setiembre de 1325) convocado cortes generales á los Aragoneses en la ciudad de Zaragoza, y en ellas se le suplicó que mandase guardar el Privilegio general del reino, por haberse intentado algunas cosas contra ciertas de sus disposiciones. Presentado el oportuno memorial de agravios, confirmó don Jaime el Privilegio, y entre otras cosas ordenó: que no se hicieran pesquisas inquisitoriales y que en ningun caso se sujetase á los reos á cuestion de tormento sino en crímen de moneda falsa, y aun habian de ser personas extrañas al reino y vagamundas, sin bienes, y de vil condicion y fama. Gran honra para nuestros monarcas de Aragon que así modificaron en bien de la humanidad el duro modo de enjuiciar usado entonces en todos los tribunales de Europa. Declaróse tambien en estas cortes lo que estaba ya recibido por fuero del reino, esto es, que no hubiese lugar á la confiscacion de bienes á no ser en caso de traicion. A instancia

(1) Ram. Muntaner, Crón. c. CCLXXXIX.
(2) Zurita, Anal. l. VI, c. LVII.

del rey, don Pedro, hijo primogénito de don Alfonso, fué jurado como futuro heredero en caso de morir su padre, pero esto no se acordó sin disidencias y divisiones, en cuanto el infante don Pedro pretendia que en caso que su hermano Alfonso muriese en vida del rey su padre le competia á él la sucesion. Cuestion era esta muy dudosa en aquellos tiempos, así es que don Jaime se resistia en un principio á declararla, viendo á los ricoshombres divididos entre su hijo y su nieto; por fin á excitacion de doña Teresa de Entenza, esposa de don Alfonso, vínose en el acuerdo expresado, en el que acabaron todos por consentir, incluso el mismo infante don Pedro. A. de J. C.

Ocupado se hallaba don Jaime en inventar y proponer medios de conciliacion entre Fadrique de Sicilia y Roberto de Nápoles que se hacian cruda guerra, en renovar con Eduardo de Inglaterra las confederaciones que de tiempo antigua hubo entre ambas casas, y en las cuidados que le daban los asuntos de Castilla y contiendas parciales entre varios ricoshombres, cuando llegó al término de su vida, sucumbiendo á una larga enfermedad en Barcelona á 3 de noviembre de 1327. Cinco dias antes habia fallecido la esposa del infante don Alfonso, 1327
doña Teresa de Entenza, que le trajo en dote el condado de Urgel, la baronía de Antillon y la de su padre Gombaldo de Entenza (1). Falleció don Jaime II á los sesenta y seis años de su edad y á los treinta y seis de reinado. Su cadáver fué conducido al real monasterio de Santas Creus en virtud de disposicion suya y sepultado junto al de su esposa doña Blanca.

Tuvo este monarca cuatro esposas, contando entre ellas á doña Isabel de Castilla, que fueron: esta, doña Blanca de Nápoles, doña María de Chipre y doña Elisenda de Moncada con la que casó en 1322 (2). Solo la segunda le dió sucesion, y sus hijos fueron Jaime, Alfonso, Juan, que fué sucesivamente arzobispo de Toledo, de Tarragona y patriarca de Alejandría; Pedro, conde de Ribagorza y Ampurias, casado con Blanca, hija de Felipe, príncipe de Tarento; Ramon Berenguer, conde de Prades, cuyos estados permutó por los de Ampurias con su hermano don Pedro; María, esposa del infante don Pedro de Castilla, hijo de Sancho el Bravo; Constanza, casada con el infante don Juan Manuel de Castilla; Isabel que lo estuvo con Federico III, duque de Austria y Siria; Blanca, religiosa y priora del monasterio de Sixena, y Violante, que casó con Felipe, déspoto de Romanía, primogénito de Felipe I, príncipe de Tarento.

Visible y evidente es el cambio que experimentó la política de este rey despues de algunos años de reinado. Vémosle en un principio, apartándose de la senda seguida por su antecesor, titularse rey de Aragon y de Sicilia, hacer la guerra para conservar aquel título y aquella corona, para luego renunciar á ella y restituirla á la Iglesia, para casar con la hija del rey Carlos de Nápoles, enemigo de la casa de Aragon, y para dar cima á todo ello peleando en persona con los

(1) Teresa fué hija y heredera de Gombaldo de Entenza y Constanza de Antillon. Su tio Armengol de Cabrera, conde de Urgel y vizconde de Ager, dispuso en su testamento (1314) que á falta de hijos legítimos, sus ejecutores testamentarios vendiesen al rey don Jaime II de Aragon su condado y vizcondado por el precio de cien mil libras jaquesas, con la condicion de que don Jaime se obligase á casar su segundo hijo don Alfonso con dicha doña Teresa, sobrina del testador, titulándose los nuevos esposos condes de Urgel con uso de sus armas.

(2) Fundó esta reina el 1325 el monasterio de Santa María de Pedralbes, en las cercanías de Barcelona, á donde se retiró luego de fallecido su esposo, y donde yace su cadáver.

Sicilianos y su hermano don Fadrique. A pesar de la humillacion que á las armas aragonesas imponia el tratado de Anagni, realzadas y triunfantes aquellas en la guerra contra los Moros y en la conquista de Cerdeña y Córcega, el pueblo aragonés fué feliz bajo este reinado, y los autores todos ensalzan á porfía al monarca que mereció el bello renombre de Justo ó Justiciero. «Fué príncipe valeroso y muy clemente, y con esto de tanta igualdad y justificacion con sus mismos vasallos, que por esta causa le llamaron el Justiciero. Gobernó sus reinos en suma paz y justicia; y aborreció tanto todo género de pleitos, que mandó desterrar de sus reinos un famoso letrado que era jurista y se llamaba Jimen Alvarez de Rada, como pernicioso á la república, el cual por sus mañas y malas maneras habia empobrecido muchas personas, y por esto y por prevaricador le mandó echar de la tierra y túvose por cosa muy ejemplar en aquellos tiempos (1).»

Ocurrieron durante este reinado dos episodios históricos, dos memorables sucesos, de los cuales nos hemos reservado tratar separadamente al final de este capítulo, sino con la detencion que su importancia requiere por no permitirlo la índole de la presente obra, con el espacio indispensable para que nuestros lectores tengan de ellos la conveniente noticia. Fué uno de ellos la expedicion de Catalanes y Aragoneses á Grecia y Turquía, admirable epopeya que nos recuerda, segun dice Zurita, la antigua y tan ensalzada de los *diez mil* que nos transmitió la pluma de Xenofonte, y que sin duda es en aquella época de grandes empresas y portentosas hazañas la mas grande y portentosa entre todas.

Celebrada la paz entre don Fadrique de Sicilia y Carlos de Nápoles en 1302, los soldados viejos y capitanes de opinion que sirvieron al gran rey don Pedro, á don Jaime su hijo y últimamente á don Fadrique en la guerra de Sicilia, juzgándola ya por acabada y pareciéndoles que no se podia esperar por entonces ocasion de rompimientos y campañas, trataron de emprender otra nueva contra infieles y enemigos del nombre cristiano en provincias remotas y apartadas, dícenos el sentencioso historiador Moncada. Porque, añade, era tanto el esfuerzo y valor de aquella milicia y tanto el deseo de alcanzar nuevas glorias y triunfos, que tenian á Sicilia por un estrecho campo para dilatar y engrandecer su fama, y así determinaron de buscar ocasiones árduas, trances peligrosos para que esta fuese mayor y mas ilustre.

Continuemos oyendo como el citado historiador nos explica las causas de la famosa empresa. «Ayudaban, dice, á poner en ejecucion tan grandes pensamientos dos motivos, fundados en razon de su conservacion. El primero fué la poca seguridad que habia de volver á España su patria y vivir con reputacion en ella, por haber seguido las partes de don Fadrique con tanta obstinacion contra don Jaime su rey y señor natural; que aunque don Jaime no era príncipe de ánimo vengativo, y se tenia por cierto que pues en la furia de la guerra contra su hermano no consintió que se diesen por traidores á los que le siguieron, menos quisiera castigar á sangre fria lo que pudo y no quiso en el tiempo que actualmente le estaban ofendiendo, siguiendo las banderas de su hermano contra la suyas. Pero la majestad ofendida del príncipe natural, aunque remita el castigo, queda siempre viva en el ánimo la memoria de la ofensa; y aunque no fuera bastante

(1) Zurita, Anal. de Aragon, l. VI, c. LXXV.

para hacelles agravios, por lo menos impidiera el no servirse de ellos en los cargos supremos, cosa indigna de lo que merecian sus servicios, nobleza y cargos administrados en paz y guerra. El segundo motivo, y el que mas les obligó á salir de Sicilia, fué ver al rey imposibilitado de podelles sustentar con la largueza que antes, por estar la hacienda real y reino destruidos por una guerra de veinte años, y ellos acostumbrados á gastar con exceso la hacienda agena como la propia cuando les faltaban despojos de pueblos y ciudades vencidas. Como entrambas cosas cesaron hechas las paces y fenecida la guerra, juzgaron por cosa imposible reducirse á vivir con moderacion (1).»

Así pues, por todas estas causas, siendo los principales Roger de Flor, Berenguer de Entenza, Ferran Jimenez de Arenos y Berenguer de Rocafort, todos conocidos y estimados por soldados de grande opinion, la gente de armas catalana y aragonesa de Sicilia empezó á rebullirse, y resolvió emprender la jornada que pareciese mas útil y honrosa, nombrando para que lo decidiera y en ella los acaudillara al primero de los antes nombrados capitanes. Roger de Flor comunicó su intento á don Fadrique que dió su consentimiento, alegre de librar á su pueblo de húespedes tan molestos como suelen ser los soldados mal pagados, y luego, con acuerdo de los principales jefes, envió un mensage al emperador griego Andrónico Paleólogo, casi oprimido de las armas de los Turcos, que buscaba socorro de naciones extrangeras, dudoso de la fidelidad de los suyos que, segun el autor griego Pachimerio, procuraban la esclavitud como único medio de existencia.

Dice Moncada que una de las causas que indujeron á Roger á fijar sus ojos en Andrónico, era ser este príncipe que tenia poca correspondencia con el Papa, á quien temia Roger por haber maltratado en tiempo de guerra las provincias de la Iglesia, y siempre vivia con recelos de que el Pontífice pidiese á don Fadrique su persona, como de religioso templario, para vengarse de él entregándole á su maestre y religion. Partieron, pues, dos caballeros á Constantinopla, y explicado el motivo de su viage, quedaron los emperadores Andrónico y Miguel su hijo contentísimos con el ofrecimiento de Catalanes y Aragoneses. Estipuladas las condiciones, que consistian en conferir á Roger el título de megaduque (2) y por mujer una de sus sobrinas, y fijado el sueldo de la gente, los enviados volvieron gozosos á Sicilia, y sin pérdida de momento hiciéronse los necesarios preparativos para la salida de la expedicion. El rey don Fadrique contribuyó generosamente á la provision de la armada que se componia de treinta y seis velas. En ellas se embarcaron mil quinientos hombres de á caballo, mas de cuatro mil almogavares y unos mil peones, sin contar los marineros y galeotes, la mayor parte con sus esposas ó amigas. No fué tan grande como se suponia el número de soldados á causa de que Berenguer de Entenza y Berenguer de Rocafort difirieron su embarque hasta el siguiente año, retenidos por varios asuntos en Calabria y esperando nuevas compañías de Cataluña. Salió la armada de Mesina con próspera navegacion, y llegó á Malvasía, puerto de la Morea, donde fueron bien recibi-

(1) *Expedicion de los Catalanes y Aragoneses contra Turcos y Griegos*, c. II.
(2) Era lo mismo, dice Moncada, que entre nosotros general de la mar: dignidad grande de aquel imperio, pero no de las mayores.

dos y ayudados con algun refresco por órden del emperador. Continuando su viage, arribaron en breve á Constantinopla (setiembre de 1303), donde magníficamente agasajados, no tardaron en manifestar su índole guerrera. El mismo dia en que Roger con régia pompa daba la mano de esposo á María, sobrina de Andrónico, trabóse pendencia, ó por mejor decir, sangrienta batalla entre Catalanes y Genoveses, que formaban una poblacion separada de Constantinopla por un estrecho brazo de mar llamado Galata. Mas de tres mil Genoveses murieron á los golpes de los almogavares, y cuéntase que el emperador, que miraba la lucha desde un balcon de su palacio, manifestó gran alborozo al considerar el esfuerzo de la gente que habia ido en su auxilio, y la humillacion experimentada por los Genoveses que habian llegado casi á dominar en Constantinopla.

Esto no obstante, procuró que cuanto antes entrasen Catalanes y Aragoneses en campaña, y así fué que Roger con su pequeño ejército pasó por mar á Natolia, donde no tardaron los Turcos en experimentar todo el peso de sus armas. Llevaba la hueste dos banderas, la una con las armas de Aragon y la otra con las del rey de Sicilia don Fadrique, porque entre las condiciones que por parte de los Catalanes se propusieron al emperador, fué de las primeras, dice Moncada, que siempre les fuese lícito llevar por guia el nombre y blason de sus príncipes, porque querian que á donde llegasen sus armas llegase la memoria y autoridad de sus reyes, y porque las armas de Aragon las tenian por invencibles. Las primeras victorias de Aragoneses y Catalanes, al propio tiempo que despertaron entre el pueblo indecible alegría, fueron causa en la corte de envidias y recelos, primeros presagios de los males que sobre los nuestros habian de caer. Tambien viéronse entonces los primeros síntomas de division en la hueste vencedora, pues, segun magníficas expresiones de Moncada, el mismo poder que Dios les entregó para castigar y oprimir tantas naciones quiso que fuese instrumento de su propio castigo. «Con la soberbia de los buenos sucesos, añade, desvanecidos con su prosperidad, llegaron á dividirse en la competencia del gobierno: divididos á matarse, con que se encendió una guerra civil tan terrible y cruel, que causó sin comparacion mayores daños y muertes que las que tuvieron con los extraños (1).»

Ferran Jimenez de Arenos fué el primero en desavenirse con Roger acerca del gobierno de sus gentes, y con los suyos pasó al servicio del duque de Atenas. Esto no impidió que en la siguiente campaña fuesen las armas aragonesas tan afortunadas como en la anterior: socorrieron á Filadelfia, y las ciudades todas de Asia comenzaron á levantar cabeza, viendo que los nuestros habian dado principio á su libertad. En Frigia, en el monte Tauro hizo la hueste catalano-aragonesa señaladísimas proezas y ganó insignes victorias contra los Turcos, que aterrorizados huian ya solo al oir el grito de guerra de los almogavares. En tanto, habian llegado á Constantinopla Berenguer de Rocafort y luego el de Entenza con algunas compañías de refuerzo, que bien lo necesitaban los Aragoneses, en cuanto no habian comprado sus señaladas victorias sin la sangre de muchos soldados y algunos principales caballeros.

---

(1) Moncada, *Proemio.*

Regresado habia la hueste catalana á las provincias marítimas, donde queria pasar el invierno, desde regiones cuyos moradores jamás hasta entonces vieran los pendones cristianos, cuando Roger fué llamado á Constantinopla por un mensage de Andrónico, en que le decia ser necesaria su presencia para reprimir los disturbios que en el reino habia promovido cierto pretendiente que aspiraba al trono. Ficcion de Andrónico y de su hijo Miguel se supone este levantamiento, por dar alguna razon aparente y sacar á los nuestros de Asia, temeroso como estaba de que acreditados con tantas victorias se alzasen con aquella tierra negándole la obediencia. De todos modos, la presencia de Roger y de la compañía, que se estableció en Galípoli, bastó para restablecer la tranquilidad. Roger marchó á Constantinopla, donde se hallaba tambien Berenguer de Entenza, y allí al tiempo que se dieron á este el título y las insignias de megaduque, fué elevado el primero á la dignidad de césar, que le hacia casi igual al emperador. Esto, empero, despertaba mayores celos y envidia en la corte, y como por aquel entonces hubiese en Galípoli algunos desórdenes, á causa de recibir los soldados sus pagas tarde y mal, Andrónico, instado por sus favoritos y por los Genoveses de Pera, resolvió, desagradecido y cruel, volverse contra aquellos á quienes debia la conservacion de muchas provincias de su imperio. Para mejor conseguirlo fingió conceder en feudo á los Catalanes todas las provincias de Asia, con obligacion que siempre que fuesen llamados y requeridos por él hubiesen de acudir á su servicio, sin mas paga ni socorro que treinta mil escudos y ciento veinte mil modios de trigo anuales. En tanto urdíase horrible trama entre Andrónico, su hijo Miguel y los principales Griegos para la destruccion de los Catalanes: Roger fué invitado por Miguel á una entrevista en Andrinópolis, y á pesar de los ruegos de su esposa que conocia bien la condicion de los suyos, el caudillo siciliano acudió al lugar señalado con varios distinguidos caballeros. Nada hízoles sospechar de pronto la fatal celada; los Catalanes fueron recibidos con grandes fiestas y honores, pero cierto dia, al terminar un suntuoso banquete entraron en la sala numerosos soldados alanos, que cerrando con Roger á la vista de Miguel y de su familia acabaron por derribarle cadáver. Igual suerte tuvieron cuantos caballeros y capitanes le acompañaban en número de ciento treinta, que andaban por la ciudad desprevenidos y como entre amigos, y solo tres pudieron salvarse que fueron Ramon Alquer, Ramon de Tous y Roudor de Llobregat, quienes llevaron á Galípoli la noticia de lo sucedido. Al propio tiempo levantábase el pueblo de Constantinopla y acometia los cuarteles do estaban los Catalanes, y como si fuera á caza de fieras los degollaban y mataban por la ciudad. Fernando Ahones y otros varios capitanes que allí se encontraban en embajada ó comisiones fueron víctimas de la ira popular, excitada por los envidiosos de su gloria y fortuna. Traicion horrible que lavaron los nuestros con mares de sangre, tanto que por mucho tiempo quedó por refran entre los Griegos el dicho de *venganza de catalanes te alcance*. La conjuracion no paró en esto: un ejército combinado de Turcos, Griegos y Alanos quiso sorprender á los Aragoneses de Galípoli y no dejar uno solo con vida, pero no pudieron realizar su intento, limitándose á asesinar á los que estaban esparramados por los caseríos de la campiña en número, segun Muntaner, de unas mil personas, quedando únicamente fortificados en Galípoli doscientos seis caballos y tres mil trecientos siete hom-

bres de armas, entre caballeros, peones y gente de mar y tierra. Desde este punto, dice Moncada, todo fué crueldad, rabia y furor de entrambas partes, que parece que la guerra no se hacia entre hombres, sino entre fieras. La compañía pasó á cuchillo á todos los habitantes de Galípoli, y al tiempo que Berenguer de Entenza, que habia quedado por caudillo de la hueste, corria y devastaba con algunas galeras las costas de Macedonia y Tracia, envióse á Constantinopla una embajada para que retase al emperador por su mala fe y rompiese con él cuantos conciertos y pactos entre ellos mediaban. Mal lo pasaron los embajadores: la cobardía y falacia de los Griegos, en aquel tiempo proverbiales, se avenian mal con las caballerescas costumbres de Occidente, y Guillen de Siscar, Pedro Llopis y aquellos que los acompañaban fueron muertos y descuartizados por el populacho de Rodosto.

En tan apurada situacion, resolvió la compañía prestar homenage y jurar fidelidad al rey don Fadrique de Sicilia para obligarle mas á su defensa, y despachó diputados que le enterasen de la traicion sufrida y de la facilidad que habia de conquistar el imperio con algunos refuerzos que les enviase.

Berenguer de Entenza se apoderó de Heraclea y llevó el terror por todas aquellas costas, tanto que Andrónico hizo tomar las armas al pueblo de Constantinopla, temiendo ser atacado en su propia capital (mayo de 1304). Así en efecto lo habian resuelto los nuestros, alentados por las pasadas victorias, cuando, como si fuera destino funesto, el nuevo jefe de la compañía fué tambien víctima de negra traicion. Hallóse con diez y ocho galeras genovesas, cuyo almirante fingiendo paz y deseos de conferenciar con él, le atrajo á su nave; allí le obsequió espléndidamente, y por la noche le redujo á prision junto con todos los suyos, mientras que las galeras de Génova, cayendo sobre las cinco naves catalanas, se apoderaron de cuatro con cuantos hombres y riquezas contenian. Berenguer fué llevado á Pera y luego trasladado á Génova.

Preso Berenguer y muertos los mejores caballeros y soldados que le siguieron, imposible es explicar el furor de que se sintieron dominados los restos de la compañía aventurera que habian quedado en Galípoli, en cuya plaza estaba de capitan el historiador tantas veces por nosotros citado Ramon Muntaner; y resueltos á vengar la traicion ó á morir en su demanda, amenazando con la pérdida de la vida á cuantos pensaren en abandonar la plaza, para mayor firmeza se quitaron de las galeras, de los leños y de las barcas dos tablas del fondo, á fin de que perdida toda esperanza, tratase cada cual de obrar como bueno. Enarbolaron en la torre una gran señera de San Pedro de Roma, y con las banderas de San Jorge, de Aragon y de Sicilia, luego de haber confesado y comulgado todos al despuntar del alba, salieron contra los Griegos que con ocho mil caballos y gran número de infantes los estrechaban en la ciudad. Terrible fué la lucha y prodigiosa la victoria: veinte mil infantes y seis mil caballos griegos perecieron en la jornada á los golpes de los nuestros ó atropellados en la confusion de la fuga; los Catalanes perdieron muy pocos hombres y recogieron mas de tres mil caballos vivos y cuantiosas riquezas en armas y en dinero (21 de junio).

Al saber este suceso, Andrónico y Miguel trataron de reunir contra el puñado de valientes que defendian á Galípoli todas las fuerzas del imperio antes de darles tiempo de recibir refuerzos de Sicilia y Cataluña. Marcharon, pues, contra

ellos con diez y siete mil hombres de á caballo y cien mil de á pié, y la compañía, resuelta á no dejarse sitiar, salió decidida á su encuentro. Tres dias habian andado los Catalanes cuando hallaron á la vanguardia enemiga compuesta de seis mil caballos, al mando del príncipe Miguel. Atacáronla los almogavares y caballeros, y despues de algunas horas de combate pusiéronla en fuga, habiendo escapado herido el mismo príncipe Miguel seguido de unos pocos. Hazañas portentosas son estas en las que difícilmente podria creerse á no venir acreditadas por testigos presenciales, muchos de ellos de la nacion enemiga. El grueso del ejército no se atrevió ya á medir sus armas con los Aragoneses, y desde aquella hora en adelante, dice Muntaner, quedó vencida toda la Romanía, habiendo de tal modo intimidado á los Griegos, que apenas oian gritar *¡Francos!* al momento trataban de huir. Las cabalgadas de la compañía llegaban hasta las puertas de Constantinopla, y Rocafort, que habia quedado por su jefe, hizo sufrir á los moradores de Rodosto la misma suerte que experimentaron antes los embajadores. Panido, ciudad inmediata á la anterior, á algunas leguas de Constantinopla, fué tratada con igual rigor, y desde aquel momento ocuparon los nuestros aquellas dos ciudades y además Galípoli, donde habia quedado Muntaner con algunos marineros, cien almogavares, treinta ginetes y casi todas las mugeres. En esto Ferran Jimenez de Arenós, que como sabemos se habia apartado de la compañía, volvió á ella con ochenta soldados catalanes y aragoneses al saber sus buenos sucesos y la falta que tenia de gente, estableciéndose poco despues en el castillo de Modico, que ganó por fuerza de armas. Desde aquellas plazas son indecibles los triunfos que alcanzaban los nuestros en sus expediciones y los despojos que recogian, y así, dice Muntaner, vivimos cinco años que no habia mas que pedir, y eran las cabalgadas que se hacian las mas maravillosas que se puedan pensar, tanto que si todas os las contara, no bastaria uno para poderlas escribir (1).

En 1308, no satisfecha aun la venganza de Catalanes y Aragoneses, en cuanto vivian todavía aquellos Alanos y su jefe autores del asesinato de su primer general, y al saber que aquel cuerpo, dejando el servicio de Andrónico, se retiraba á su patria, salieron á esperarle y le vencieron dando muerte á casi todos los que le componian en número de tres mil caballos y seis mil infantes, incluso su caudillo Gregorio. En tanto Muntaner, que habia armado las mugeres para la defensa de la plaza, rechazaba el asalto que contra Galípoli intentaron diez y ocho galeras genovesas al mando de Antonio Spinola, el cual pagó con la vida su temeridad. Y todas estas cosas, dice el buen Muntaner, no se verificaban por nuestra bondad, sino por la virtud y por la gracia de Dios.

La fama de estos portentosos sucesos atrajo á la compañía muchos auxiliares, y por aquel tiempo se unió á ella un jefe turco á quien Muntaner llama Ximelich, con mil doscientos caballeros; tres mil Turcoples, que estaban á sueldo del emperador, imitaron despues su ejemplo.

Berenguer de Entenza, que habia alcanzado su libertad merced á las reclamaciones del monarca de Aragon, volvió á Galípoli con quinientos Catalanes, despues de haber implorado en vano el auxilio del Papa y del rey de Francia en

(1) Ram. Muntaner, Cron., c. CCXXIV.

favor de sus compañeros de Tracia, y su presencia, que habia de ser motivo de mayor union y concordia, lo fué por el contrario de funestos disturbios. Muntaner y Ferran Jimenez de Arenós le recibieron por su general, pero no hizo lo mismo Rocafort, pretendiendo que á él le tocaba tener aquel cargo, pues con él habia tan bien servido y ganado tanta reputacion. Animados los dos bandos por tan opuestas pretensiones, estuvieron muchas veces para darse batalla dentro de los muros de Galípoli; seguian á Rocafort la mayor parte de los almogavares y todos los Turcos y Turcoples que habian jurado fidelidad en sus manos; Berenguer tenia mucho menos gente aunque era la mejor, pues siempre, dice Moncada, suelen ser los menos los mejores. Finalmente, remitieron su justicia y derecho á lo que determinasen los doce consejeros del ejército, y estos declararon que Berenguer de Entenza, Rocafort y Ferran Jimenez gobernasen cada cual de por sí y que los soldados tuviesen libertad de servir bajo aquel que mejor les pareciese. Esto, aunque por de pronto aseguró la paz, introdujo en la compañía los recelos y el aborrecimiento, y desde aquel momento, divididas sus fuerzas, no pudo mostrarse tan temible á sus enemigos.

Entendiendo el rey Fadrique de Sicilia el estado en que estaban las cosas de Romanía, envió á su primo don Fernando, hijo del rey de Mallorca, para que tomase en su nombre el mando de las tropas y de cuantos lugares se ganasen. Apresuráronse los caudillos á reconocerle por su general en representacion del rey de Sicilia, pero Rocafort, ambicioso y disgustado por la inesperada llegada del infante, opúsose á admitirle en nombre de don Fadrique, si bien aparentó consentir en recibirle á él como á su señor natural.

Sentíase ya en nuestro campo gran falta de vituallas, pues á diez jornadas al rededor de Galípoli quedaba todo talado y destruido, que los cinco años últimos de los siete qué estuvieron en àquella provincia, Catalanes y Aragoneses se mantuvieron de lo que la tierra sin cultivar producia y no llegaban á los árboles y viñas sino para quitarles el fruto. A lo último vino esto á faltar, y necesario fué dirigirse á otras provincias donde mantenerse y poder vivir. El infante don Fernando, aunque resuelto á volver á Sicilia, puesto que no se le reconocia en nombre de don Fadrique, consintió sin embargo en no separarse de la hueste hasta dejarla en otra provincia, esperando que su presencia lograria al fin concertar á los jefes que andaban muy divididos. La compañía resolvió marchar á la ciudad de Cristopol, situada en los confines de Tracia y Macedonia, y Muntaner, despues de entregar á las llamas cuantos presidios tenian los nuestros en aquellas costas, marchó por mar con treinta y seis velas; Rocafort con su hueste hizo lo mismo por tierra, y seguíanle á una jornada de distancia el infante, Berenguer de Entenza, Ferran Jimenez de Arenós y los principales caballeros con sus soldados. Así caminaron algunos dias sin que nunca los Griegos se atreviesen á atacarlos, hasta que se reunieron ambos cuerpos por retardo del primero ó precipitacion del segundo; los de Rocafort creyeron que sus compañeros querian atacarlos, y se lanzaron contra ellos. Entenza desarmado corria de un punto á otro para apaciguar el tumulto, y contra él cerraron lanza en ristre el hermano y el tio de Rocafort, derribándole cadáver atravesado de dos lanzadas. Encendióse mas viva la escaramuza despues de muerto Berenguer, y los Rocaforts se vengaron matando á muchos de su bando. Ferran Jimenez de Arenós con algunos soldados abandonó

el campo, y fuése á un castillo que cerca de allí estaba, perteneciente al emperador, á quien se sometió el caudillo aragonés, teniendo por mas seguro entregarse á los Griegos que á Rocafort. La muerte de Entenza causó en la compañía general sentimiento; enterróse su cuerpo en una cercana ermita dedicada á san Nicolás, y el infante don Fernando, seguido de Muntaner, embarcóse para volver á Sicilia.

Absoluto señor y dueño de todo, Rocafort resolvió pasar el estrecho de Cristopol y no detenerse en acometer la ciudad que con aquellas dilaciones habia tenido tiempo de ponerse en estado de defensa. Atravesó la hueste con grandes trabajos los desfiladores de Rodope, y en número de ocho mil hombres entre todas las naciones bajó á los campos de Macedonia, cuyos pueblos, escarmentados con lo sucedido en Tracia, habian recogido todos sus haberes dentro de sus ciudades. La compañía recorrió el país causando grandes daños, y últimamente se hizo fuerte en las ruinas de la antigua Casandria, uno de los mejores puestos de la provincia.

En tanto navegaban el infante don Fernando y Muntaner por la costa de Tracia y Mecedonia, y al arribar á la isla de Negroponto encontraron diez galeras de Carlos de Valois, quien pretendia pertenecer el imperio griego á su esposa Catalina, como nieta del emperador Balduino II. Teobaldo de Cepoy mandaba la armada francesa, y aun cuando habia dado seguro al infante para que desembarcara, apoderóse de su persona y de sus naves, enviándole prisionero á Roberto de Nápoles. Teobaldo andaba ya en tratos con Rocafort á fin de adquirir para el de Valois los servicios de la compañía, y aquel, que conocia haber incurrido por su comportamiento en la desgracia de los reyes de Aragon, Mallorca y Sicilia, vino en lo que el Francés deseaba recibiéndole por general en nombre de Carlos de Valois. Hizo esto, segun Moncada, no por aborrecimiento que tuviese á la casa de Aragon y amor á la de Francia, sino por arrimarse al príncipe menos poderoso para con mas facilidad apartarse de él cuando sus cosas llegasen al estado en que esperaba verlas. Decíase que Rocafort aspiraba á hacerse proclamar rey de Salónica, y como señal evidente de sus altos pensamientos, mudó el sello del ejército, que era la imágen de san Pedro, y en su lugar mandó poner un rey coronado. Desde aquel momento parece haberse atraido el caudillo catalan el odio de los suyos, así por la soberbia con que á todos mandaba, como por el ningun freno que ponia á sus lascivas pasiones, y conjurados contra él y unidos con Teobaldo, le prendieron y trasladaron á las naves francesas. En ellas se embarcaron tambien Teobaldo y los suyos, y una noche con gran secreto se dió la armada á la vela, dejando á la compañía sin caudillo en aquellas apartadas regiones. Berenguer de Rocafort y su hermano, llevados á Nápoles, cuyo rey Roberto conservaba contra ellos gran rencor por haberse negado á entregarle los castillos que en Calabria poseian, perecieron de hambre en un calabozo del castillo de Aversa.

Sin jefe la compañía nombró para que la dirigiesen con consejo de los doce dos caballeros, un adalid y un almogavar, y hallándose todavía en Casandria recibió proposiciones del conde Gualtero de Brienne, duque de Atenas, para que pasase á servirle. Con este concierto salieron Catalanes y Aragoneses de Casandria, y atacaron, aunque en vano, á Salónica, hasta que, temerosos del

hambre, decidieron volverse á Tracia. Con resolucion increible se dirigieron á las montañas de Tesalia; atravesaron los famosos montes de Pelio, Ossa y Olimpo, y corriendo toda la tierra llana hubieron provision muy abundante de todo lo necesario. Allí pasaron el invierno sin que nadie los molestase, hasta que las dádivas de aquel príncipe les determinaron á dirigirse á las regiones de Acaya y Beocia, transponiendo los montes de Tesalia (1) y las Termópilas y bajando luego á la ribera del rio Cefiso, que nace en el monte Parnaso. Entonces repitió el duque de Atenas sus instancias á los Catalanes para que entraran á su servicio, porque como era milicia de tanta estimacion, dice Moncada, todos procuraban tenerla en su favor. Aceptólo la compañía, y tan bien sirvió al duque en la guerra que empezó contra sus enemigos, que pudo este celebrar en breve una paz ventajosa. Sin embargo, ingrato como Andrónico con sus mas señalados defensores, hizo mercedes á unos pocos, y á los demás, sin darles siquiera la paga estipulada, mandóles salir de su estado dentro de muy breve plazo, amenazándoles con tratarlos como á rebeldes y enemigos. Irritada la famosa compañía, resolvió morir antes que abandonar aquella tierra sin que se les diese satisfaccion cumplida, y como el duque saliera contra ellos con lucida hueste de naturales y Franceses, experimentó la suerte comun de cuantos median sus armas con los Aragoneses y Catalanes: roto y deshecho quedó muerto en el campo de batalla, y sus estados fueron presa de los vencedores, que se apoderaron en pocos dias de la ciudad de Atenas y de todas las fortalezas del país (1311). Con esto, dice Moncada, quedaron nuestros Catalanes y Aragoneses señores de aquel estado y provincia, y con esto dieron fin á su peregrinacion y asentaron su morada, gozando de las haciendas y mugeres de los vencidos.

Estaba la compañía tan falta de personas principales y caballeros que la gobernasen, que nombró por su capitan á Roger Deslau, caballero del Rosellon, á quien tenia prisionero por haber militado en la hueste del duque de Brienne. Roger gobernó algun tiempo aquel estado, pero acaecida su muerte ó cansados de su gobierno, enviaron los Catalanes embajadores al rey don Fadrique á quien de corazon amaban, suplicándole que fuese servido de darles príncipe y señor que los rigiese. El rey de Sicilia nombró para ello á su hijo segundo el infante Manfredo, pero por ser este de pocos años, envió á Berenguer Estanyol, caballero de gran valor y prudencia, para que gobernase en su nombre aquellos estados. Durante la vida de Berenguer tuvieron los Catalanes contínuas guerras, ya con unos, ya con otros de sus vecinos, y sucedida su muerte, don Fadrique envió á Atenas á su hijo natural don Alfonso, que quedó poco despues por príncipe y señor de aquel estado, por haber fallecido su hermano Manfredo (1313) (2).

Así fué portentosamente conquistado el ducado de Atenas al que se reunió poco despues el de Neopatria, y así se unió á la corona de Sicilia para recaer despues en la nuestra de Aragon.

---

(1) Zurita dice que la compañía pasó por la tierra de Valaquia, lo cual es inexacto. La Blaquia de Muntaner que ha dado lugar á esta equivocacion del cronista aragonés no puede ser, segun Moncada, sino la tierra montañosa de Tesalia.

(2) Moncada, Exped. de los Catal. y Arag. contra Turcos y Griegos; Ram. Muntaner, Crón. c. CXCIX y sig.; Zurita, Anal. de Aragon, l. VI, c. I, y sig.

Otro acaecimiento ruidoso y memorable señaló el período de la edad media española que estamos ahora examinando; aludimos al célebre proceso y consiguiente abolicion de los Templarios, que aun cuando no fué nuestra patria el lugar donde se entabló su causa, ni la que fulminó contra ellos las terribles acusaciones que todavía considera con estupor la historia, eran los Templarios tan ricos y poderosos en España, especialmente en el territorio aragonés, y tuvo su abolicion tales consecuencias, que no nos es permitido considerarla como un hecho extraño al relato objeto de la presente obra.

Sabido es el orígen de la órden del Temple nacida á principios del siglo XII (1119), veinte años despues de la toma de Jerusalen. Los primeros freires de la esforzada milicia que fué por tanto tiempo el baluarte de la cristiandad, habitaron parte del edificio llamado Templo de Salomon, que les prestó Balduino II, tercer rey de Jerusalen. Su instituto era en un principio semejante al de los canónigos regulares, y hacian voto de probreza, celibato y obediencia. Sometidos al patriarca de Jerusalen, este, el rey y algunos obispos atendian á la subsistencia de los nuevos caballeros. Nueve años contaba ya la órden de existencia cuando fué confirmada por un concilio celebrado en Troyes en 1128, en el que se formó su regla y se decidió que su hábito fuese blanco con cruz roja. Como vivian en suma pobreza y era su regla muy severa, atrajéronse la veneracion de los pueblos, y tanto aumentó su número en el espacio de cincuenta años, que llegaron á ser tres mil caballeros, sin contar á muchos freires sirvientes. Su intrepidez en las batallas aumentó la fama de que gozaban, y creciendo proporcionalmente su riqueza, no hubo reino cristiano en que no poseyesen tierras y castillos. Los monarcas y barones favorecian con sus dones la existencia de una milicia esforzada, fiel y entusiasta, destinada á mantener abiertos y seguros los caminos del santo sepulcro y á sostener gloriosamente la enseña de Jesucristo *usque ad mortem;* pero esta prodigiosa fortuna inspiró ciertas ínfulas de vanidad á los caballeros de la milicia del Templo, y su existencia de lucha y proselitismo les hizo contraer algunos de aquellos vicios que son comunes á casi todos los hombres de armas.

Tomada Jerusalen por Saladino en 1187, fueron los Templarios á residir á San Juan de Acre ó Tolemaida, y fortificaron un castillo en las inmediaciones de Cesarea, desde donde sus compañías prestaron decidido auxilio á los cruzados que quisieron distintas veces reconquistar la ciudad santa. Los soldanes de Egipto alcanzaron luego grandes triunfos contra ellos, y por fin perdieron casi todos la vida en la toma de San Juan de Acre (1291). Los pocos que se libraron de aquel desastre se retiraron á la isla de Chipre y reconstituyeron la casi destruida milicia.

Tales eran los hombres sin miedo, es verdad, pero no sin mancha, contra quienes veremos fulminar terribles acusaciones. Algunos ritos misteriosos, ciertas prácticas singulares traidas de Oriente se prestaban á las interpretaciones de la maledicencia; la libertad de costumbres de algunos miembros de la órden era proverbial, y sin dificultad se concibe que la posesion de inmensas riquezas y de grandes territorios desarrollara en no pocos violentas y terribles pasiones. De ahí tomó pié el proceso que contra ellos se formó, basado en los mas negros y nefandos cargos.

En 1306, luego que Clemente V, hechura de Felipe el Hermoso, hubo tomado posesion del pontificado, el rey de Francia denunció á los Templarios y

trató de que se les formara causa. Los delitos que se les imputaban eran en verdad espantosos: decíase que los novicios al tiempo de la profesion renegaban de la fe católica, blasfemaban de Dios y de la Vírgen, escupian tres veces la cruz y pisoteaban la imágen de Cristo; que los caballeros tributaban adoracion á un ídolo, al que tocaban el cíngulo con que ceñian su cuerpo, rezando ciertas oraciones misteriosas; que daban culto á un gato, que omitian en la misa las palabras de la consagracion; que se usaban recíproca y lascivamente, y que cometian en sus conventos toda clase de abominaciones nefandas. «¿Qué dirá aquí el que esto leyere? pregunta Mariana. ¿Por ventura no parecen estos cargos impuestos y semejables á consejas que cuentan las viejas?» Esto no obstante, gran número de los individuos de la órden confesaron la justicia de estas acusaciones, y la causa empezó á instruirse por Clemente V, hostigado en todo este negocio, preciso es reconocerlo, por el monarca francés. En 1307, Felipe, que no veia proseguirla con una actividad proporcionada á su impaciencia, mandó prender en un mismo dia (5 de octubre) á todos los Templarios de Francia, y dispuso que se procediera contra ellos en todas las ciudades del reino. Clemente evoca á sí estas causas en 1309; la facultad de teología de París y el parlamento se declaran contra los Templarios; en Avignon, en Viena, en Lion, en Poitiers y en Burdeos, el Papa los interroga personalmente, y muchos confiesan la herética pravedad; nombra comisiones inquisitoriales para proceder á la informacion en todos los paises donde se hallaba establecida la famosa milicia, y por fin convoca un concilio ecuménico para juzgarlos en Viena (Delfinado) para el año 1311.

No obstante, procédese en París contra aquellos que están presos hace dos años. Quinientos sesenta y seis caballeros son conducidos ante el sínodo provincial, presidido por Marigny arzobispo de Sens, hermano del ministro Enguerrando. En vano reclamó la comision inquisitorial instituida por el Papa; en vano los acusados apelaron al Pontífice: en un solo dia condenó el sínodo al suplicio del fuego á cincuenta y seis Templarios (1309), que fueron quemados en Vincennes. Encendida ya la hoguera que habia de consumirlos, prometió Felipe la vida á los que confesaren los delitos que se les imputaban; todos, empero, entre los gritos que les arrancaba el dolor, protestaron de su inocencia invocando á Jesucristo y á su santa Madre. Iguales ejecuciones fueron ordenadas con la misma rapidez por los concilios provinciales; los caballeros que se libraron de la muerte fueron condenados á prision y á duras penitencias, y los grandes dignatarios de la órden permanecieron presos, pues el Papa se habia reservado expresamente su juicio.

El concilio de Viena (XV ecuménico) se reunió por fin en octubre de 1311. Además de la proscripcion general de los Templarios y de la confiscacion de sus bienes, de los que gozaba ya Felipe hacia mas de tres años, el implacable rey solicitó la condenacion de Bonifacio VIII como herege, simoníaco é ilegítimo. Clemente V no quiso ceder en este punto como por desgracia habia cedido en tantos otros. El concilio, compuesto de trecientos obispos, sin contar los abades, declaró que el papa Bonifacio VIII habia sido católico, legítimamente electo y no manchado del crímen de heregía como suponia el rey de Francia (1). Los

(1) Dos caballeros catalanes á quienes Villani llama messer Carroccio y messer Guglielmo

Templarios fueron menos afortunados, si bien es verdad que el brazo secular los habia anonadado ya en Francia, donde tenian su centro y sus principales posesiones, y el concilio se limitó á sancionar su abolicion, que era ya un hecho consumado. «El Pontífice y el concilio, dice Bernardo Guidon, autor de la vida de Clemente V y miembro de la comision inquisitorial de Francia, no hicieron mas que fundar su decision en los dichos y testimonios presentados por Felipe.»

Dos legados pontificios recibieron en 1314 el encargo de resolver acerca de la suerte del gran maestre y de los demás dignatarios de la órden presos con él en París. Reunidos los jueces en la catedral é introducidos los acusados, el gran maestre Santiago de Molay se levantó indignado al escuchar los horribles cargos que á la órden se dirigian, y protestó que nunca se habia esta manchado con tan feos delitos. El tormento habia antes arrancado al maestre confesiones que se le digeron haber de ser favorables á sus hermanos, y entonces las retractó proclamando su completa inocencia. El rey, sin embargo, se apresuró á hacer condenar al gran maestre y al delfin de Viena como relapsos, y mandó que fuesen quemados delante de su propio palacio. Ambos caballeros sufrieron el suplicio protestando de su inocencia y apelando al cielo de la injusticia de que eran víctimas (marzo de 1314). El pueblo se conmovió al verlos tan firmes y confiados en la justicia divina, y acreditóse la voz de que habian emplazado al papa y al rey á comparecer dentro de aquel año ante el tribunal de Dios. Clemente murió en Lion el dia 20 de abril y Felipe en Fontainebleau el 29 de noviembre de 1314.

Un tierno interés parece rodear todavía la memoria de la esforzada milicia que por tanto tiempo combatió en Asia y en Europa por nuestra fe y civilizacion. La caballería del Temple sintetiza cuanto heroismo y poesía se encierra en las expediciones que á tan remotas tierras emprendió la Europa de la edad media, y no poco ha contribuido á que así se la considere la trágica suerte que á la misma cupo. Para muchos autores es ya cosa decidida que á la codicia de Felipe y á la debilidad del Papa ha de atribuirse exclusivamente la abolicion de la órden. El rey de Francia, dicen, hizo cuestion de dinero de la destruccion de los mas esforzados defensores de la cristiandad como lo hiciera antes con la persecucion de los Judíos; sin embargo, no todos lo ven de este modo: respetables escritores modernos tratan de demostrar plenamente la justicia de las acusaciones que á los Templarios fueron dirigidas, y ello hace que la abolicion de la valerosa milicia vaya envuelta todavía con los opacos velos que ocultan los tenebrosos secretos de la política y de las pasiones humanas (1).

Luego que Felipe el Hermoso hubo reducido á prision á los Templarios de su reino, escribió á don Jaime II de Aragon exhortándole á practicar lo mismo en sus estados; pero nuestro monarca le contestó en 17 de noviembre de 1307 negándose á proceder contra los caballeros del Temple, de los cuales decia no tener mas que motivos de alabanza. Celebrado el concilio de Viena, Clemente V

Debole, se presentaron para sostener en campo cerrado por medio de las armas el honor de Bonifacio.

(1) Véanse en defensa de los Templarios, Campomanes, Lavallée, Raynouard, Dupuy, Villani, etc., y en el sentido contrario Theyner, Addison, Maillard de Chambure, Alzog, etc.

envióle mandamiento para su supresion, y los Templarios aragoneses, que temieron experimentar la suerte de sus hermanos de Francia, encastilláronse en sus fortalezas con ánimo de resistirse. A todas las fueron sitiando y rindiendo las tropas reales, y los freires quedaron encarcelados. Para decidir sobre su causa reunióse un concilio en 1312 en la ciudad de Tarragona, en el que oidos los testigos y guardadas todas las formalidades de derecho, se pronunció sentencia (4 de noviembre) absolviéndolos de todos los delitos, errores é imposturas de que eran acusados, y mandando que nadie se atreviese á infamarlos. Abolida, empero, la órden, determinóse que los Templarios sirviesen bajo la obediencia de los respectivos obispos y que se les diese cóngrua sustentacion, vestido y asistencia de los bienes pertenecientes á la extinguida milicia. Estos, que eran en Aragon considerables, aplicáronse á la órden de San Juan de Jerusalen, á la guerra contra los Moros de Africa y Granada, y principalmente á la nueva órden de caballería de Montesa, derivacion de la de Calatrava, fundada con el objeto de perseguir á los Sarracenos que invadian con frecuencia las costas de Valencia (1).

---

(1) Otra órden de caballería existia ya en Aragon desde el año 1201 y era la de San Jorge de la Alfama, llamada así por la donacion que hizo don Pedro II á don Juan de Almenara, á Martin Vidal, subdiácono, y á sus sucesores en la órden, del desierto de la Alfama, situado en el principado de Cataluña, diócesis de Tortosa, para que sirviera de freno formidable á los Agarenos. En 1373, Gregorio XI dió á la órden la regla de San Agustin, que era la que desde un principio habia profesado hasta que en 1400 se unió con la caballería de Montesa, que tomó desde entonces el nombre de *Orden de Nuestra Señora de Montesa y San Jorge de la Alfama.*



CAPÍTULO XXXVIII.

Fernando IV el Emplazado en Castilla.—Es proclamado en Toledo.—Rebelion del infante don Juan. —Turbulencias en el reino.—El infante don Enrique.—Cortes de Valladolid.—Aragon, Portugal y Francia se ligan contra Castilla.—Hermandad de los concejos de Castilla.—Los Aragoneses invaden el territorio castellano. - Muerte del infante don Pedro.—Tratado con Portugal.—Rompimiento entre don Fernando IV y su madre doña María de Molina.—Cortes de Medina del Campo.—El infante don Juan Manuel.—Muerte del infante don Enrique.—Reino de Granada: Muhamad II; Muhamad III.—Paz entre Castilla y Aragon.—Guerra contra los Moros.—Conquista de Gibraltar. —Muerte de Guzman el Bueno.—Sitio de Algeciras.—Tratado con Muhamad III.—Alboroto popular en Granada.—Nazar I.—Fernando IV entra de nuevo en territorio sarraceno.—Sitio de Alcaudete.—Los hermanos Carvajales.—Muerte de Fernando IV.—Los Templarios de Castilla y Portugal.

Desde el año 1295 hasta el 1312.

Tócanos explicar ahora uno de los períodos mas agitados de la historia de Castilla, agitacion que fácilmente se comprende al considerar los materiales hacinados por el monarca difunto Sancho el Bravo y la menor edad de su hijo y sucesor Fernando IV, que solo contaba nueve años en 1295. A pesar de lo que sustenta Lafuente de que las minorías de los reyes, turbulentas y aciagas como son, suelen por otra parte redundar en beneficio de la libertad de los pueblos (1), no quisiéramos nunca para nuestra patria semejante calamidad, que lo es cuando carece el reino, como sucedia entonces en Castilla, de toda regla y norma para dirigirse, cuando los ánimos inquietos y desasosegados de las clases pretenden unas dominar á otras, cuando acaba de fallecer un monarca que, lejos de ser poder regulador, ha favorecido á una para oprimir á las demás, cuando en fin es tan poco estable, segura y venerada la sucesion al trono, que ambiciones desapoderadas aspiran al poder supremo. De todo ello hemos de ver ejemplos en el reinado que vamos á explicar.

La reina madre, el infante don Enrique, los prelados y ricoshombres, luego de terminada la ceremonia de los funerales de don Sancho, proclamaron en la misma iglesia de Toledo, donde acababa aquella de verificarse, al príncipe Fernando IV de este nombre como rey de Castilla. Paseáronle luego á caballo por las calles de la ciudad, segun era costumbre, y á las aclamaciones populares siguió el luto que tomó la corte por espacio de nueve dias. Segun costumbre tambien de alijerar las cargas del pueblo á cada nueva proclamacion de soberano, expidiéronse cartas á las ciudades y concejos para anunciarles el fallecimiento

(1) Hist. gen. de Esp., P. 2.ª, l. III, c. XII

del rey y al propio tiempo que su hijo les libraba del impuesto de la sisa establecido por Sancho y les confirmaba sus fueros. La reina en tanto permanecia en Toledo esperando, no sin cierta inquietud, el reconocimiento y homenage de los barones y de las ciudades á su nuevo señor.

Este reconocimiento no se verificó en todas partes sin dificultades. Los derechos ó pretensiones de los infantes de la Cerda continuaban dividiendo los ánimos y proporcionando un pretexto á los muchos descontentos. El infante don Juan, hermano menor de Sancho, tomó en Granada, donde últimamente se habia refugiado, el título de rey de Leon y Castilla, y á la cabeza de un ejército musulman salió á campaña para escalar el trono. Entró en el territorio que habia reconocido á su sobrino, pero abandonado poco despues por sus auxiliares, vióse rechazado de Badajoz cuya puertas se le cerraron, y limitóse á establecer su soberanía en Valencia, que de su nombre se llamaba de don Juan, y en los lugares inmediatos.

Así pues con graves turbulencias se inauguró el reinado del tierno Fernando. Tratando de aumentar sus dominios y su poder á costa de los demás, á favor de la minoridad del monarca todos se levantaban para su provecho propio, y sin lazo ni objeto comun los próceres y las ciudades, cada uno tendia al ensanchamiento de sus privilegios. Diego de Haro, que se hallaba en Aragon, se apoderó de Vizcaya y corrió las fronteras de Castilla, y la reina, que contaba en la fidelidad de los Laras, los llamó en defensa de su hijo. Con el dinero que les proporcionó doña María de Molina levantaron un ejército para marchar contra el de Haro, pero en vez de combatir á este, solo procuraron aumentar su propio poder: prometieron á don Diego obligar á la reina á cederle la tierra de Vizcaya que reclamaba, y en caso de que aquella no lo consintiera, declararse contra don Fernando.

La noticia de semejantes sucesos llegó á la corte y encendió en cólera al anciano Enrique de Castilla, el aventurero de Africa y Sicilia. Abandonando entonces á la reina madre y al rey, corrió las tierras de Sigüenza y Osma y llamó á sí á las compañías de los concejos y de los señores fieles, á quienes señaló por punto de reunion Berlanga. De ello sin embargo hizo en breve un negocio propio, y prometiendo á los pueblos nuevas libertades y rebaja de tributos, solicitó la tutela del jóven rey con poderes ilimitados y el título de gobernador general del reino. Muchas ciudades se lo confirieron con general aplauso, pero otras le resistieron debiéndose contar entre ellas Cuenca, Avila y Segovia (1). Don Enrique marchó luego á Burgos, donde reunió cortes parciales, y dirigió á estas un discurso vago, como para sondear sus disposiciones, en el que se trasluce hasta cierto punto el designio de usurpar la corona. Díjoles considerar con profundo dolor el miserable estado á que habia venido el reino, tan diferente de lo que fuera en vida de su padre don Fernando, y que si consentian en declararse por él (sin expresar hasta que punto), restableceria los felices tiempos en que habian sido tan justa y fielmente gobernados. Imposibilitado de reunir un ejército, Enrique se agitó y envió por todas partes emisarios para formarse un

(1) La fidelidad de estas ciudades valióles señalados favores de parte del monarca, de los que existen aun monumentos escritos de los últimos años de Fernando IV.

partido, mientras que la reina por necesidad y por política apelaba regularmente de estas pretensiones á la nacion reunida en cortes generales en la ciudad de Valladolid. Señaló á los diputados el 24 de junio de este año 1295 para la abertura de la asamblea, cuyo objeto era mantener la fe jurada individualmente al príncipe por las comunidades, y sancionar de este modo la autoridad de su hijo. Don Enrique quiso disuadir á las ciudades en que ejercia influencia de enviar procuradores á Valladolid, y no habiendo podido obtenerlo con ruegos, apeló á la absurda especie de que la reina, además de otros tributos con que queria gravar á los pueblos, intentaba imponerles uno de doce maravedís por cada varon y de seis por cada hembra que naciere. Esta falsedad no produjo todo el efecto que esperaba el infante, pero hizo nacer dudas y sospechas, y temerosas de que sus diputados no fuesen respetados, las ciudades los enviaron con armas y caballos y una escolta para su defensa.

A esto tambien ha de atribuirse que al presentarse la reina y el rey con su séquito de caballeros delante de Valladolid, encontrasen cerradas las puertas, sin que los moradores consintiesen en facilitarles la entrada á no ser dejando su comitiva fuera de los muros. En las cortes allí celebradas logró don Enrique que se le confiriera la regencia del reino durante la minoridad de Fernando, y si doña María acató en parte esta disposicion, declaró firme y categóricamente que á nadie cederia la guarda y educacion del rey. Por aquel tiempo llegó la noticia de la defeccion de los Laras, que entre otras cosas pedian que las cortes fuesen á reunirse en Burgos, diciendo que en caso contrario tomarian partido por Alfonso de la Cerda, rey titular de Castilla y Leon. Para reducirlos envió la reina al gran maestre de Calatrava y otros personages, pero los mensageros, despues de algunas conferencias con los insurrectos, se declararon en su favor y volvieron para manifestar á la reina que en caso de resistir por mas tiempo á las legítimas demandas de los Haros y de los Laras, ellos con todas sus fuerzas abandonarian el partido de la corte. Accedió doña María á sus deseos en lo tocante á Vizcaya, y consintió en abandonar los derechos de su hijo Enrique, á quien Sancho IV cediera el señorío cuando lo conquistara despues del triste fin de don Lope; en cuanto á la traslacion de las cortes de Valladolid á Burgos era imposible verificarla en el estado de los ánimos y en la desconfianza general que todos abrigaban y la asamblea continuó deliberando en Valladolid, confiriendo á la reina madre y á don Enrique la educacion del monarca, y al infante en particular el gobierno de la corona y el apetecido título de tutor del soberano.

Fijado este punto, la influencia y actividad del turbulento é infatigable don Juan lograron que los demás partidos se confederasen y uniesen para no formar en breve mas que uno, que reconoció la legitimidad del infante don Alfonso de la Cerda. El rey de Aragon, roto ya el proyectado enlace con la infanta doña Isabel, y los de Portugal, Francia y Navarra se ligaron con él contra Fernando: don Alfonso se reservó los reinos de Castilla, Toledo y Sevilla, y don Juan los de Leon, Galicia y Asturias; dióse el de Murcia á don Jaime II de Aragon, y Dionisio de Portugal se apropió varias ciudades fronterizas. Menester era toda la entereza de doña María de Molina para que la causa de su hijo pudiese triunfar de tantos y tan decididos adversarios.

Para lograrlo abrazó resueltamente la política iniciada de algun tiempo en

A. de J. C. Castilla: favoreció y atrajo á sí al elemento popular, el cual no se manifestó sordo á sus voces con tal que con concesiones y fueros le pagase el trono el auxilio que le prestaba. Los procuradores de Valladolid formulaban cada dia nuevas exigencias á las que contestaba la reina con nuevos privilegios, y por entonces formaron los concejos liga y *hermandad* para defenderse y ampararse especialmente contra la clase noble. El pacto de confederacion que tenemos á la vista, otorgado por los *conceios del regno de Castiella*, designa y fija las contribuciones y servicios con que se habia de asistir al rey; expresa como han de unirse todos para el mantenimiento de sus fueros, usos y libertades; sométense al fallo del concejo los desafueros cometidos por los oficiales del monarca, y dice que todos los de la hermandad han de contribuir á dar muerte y á estragar la tierra del rico-ome ó caballero que matare, deshonrare ó prendiere á alguno de la hermandad ó se apoderare indebidamente de lo suyo, negándose á acatar el fallo del concejo que dispusiere su restitucion.

La reina, lejos de contrariar y reprimir el espíritu que al estado llano animaba, le halagaba en cuanto necesitaba de él para hacer frente á las pretensiones de los nobles, los cuales, justo es decir que desde algun tiempo manifestaban una conducta poco digna y patriótica. Olvidando los verdaderos intereses del país, sin aprovechar la grande y legítima influencia que podian darles sus importantes servicios en la obra de la reconquista de la que fueron promovedores, capitanes y soldados, sin unidad ni grandeza de miras entre ellos, ambiciosos y turbulentos, limitaron sus aspiraciones á sus privados intereses, y solo blandieron las armas que con tanta gloria empuñaron sus antepasados contra los Musulmanes, en defensa de ambiciones particulares, y muchas veces bastardas; lejos de constituirse como en Aragon en guias y caudillos de las municipalidades para obtener y afirmar sus franquicias, vemos á la nobleza de Castilla aislarse mas y mas del pueblo y á los monarcas aprovechar hábilmente esta actitud para debilitarla y fortalecer á los comunes. Feliz resultado paraestos, aunque momentáneo y poco estable, pues nunca podrán serlo en una nacion las libertades que se funden en la opresion de otras clases llamadas á ejercer como los nobles de Castilla justa y legítima influencia. Adviértase sin embargo que esta opresion no se revela sino con tendencias en la época en que estamos, y que, como causa al propio tiempo que efecto de la actitud del trono y del estado llano respecto de los nobles, nunca, como hemos dicho en el reinado de don Sancho, se manifestaron estos tan audaces, tan rebeldes y tan codiciosos.

Los servicios que prestaba el regente don Enrique distaban mucho de ser gratuitos, é hizo que le diese la reina las villas de San Esteban de Gormaz y de Calatañazor. Fortuna fué para don Fernando y tambien para el reino en la mísera situacion á que se veia reducido, tener por madre y reina á doña María de Molina, activa y enérgica, imperturbable y prudente, como lo fuera otra reina de Castilla, la madre de San Fernando.

Los Aragoneses, mandados por el infante don Pedro y reunidos en Castilla con las tropas del infante don Juan, entran en Leon, y mientras se apoderan otras fuerzas aragonesas de Murcia y Alicante, los Navarros toman á Nágera, y el
1296. emir de Granada hace guerra por la parte de Andalucía (1296). El regente en tanto con equívoca y sospechosa actitud, mostraba mas deseos de medrar en las

revueltas que voluntad de combatir, y hasta se le acusa por algunos autores de A. de J. C.
haber procurado que ciudades y señores abrazasen el partido del infante don Juan su sobrino. Difícil es al historiador, por no decir imposible, seguir sin extraviarse el confuso laberinto de negociaciones y accidentes que ocurrieron en este período, así es que por esto y por la índole de la presente obra nos limitaremos á relatar los hechos principales. Vencido don Enrique por los Musulmanes, y en negociaciones con ellos, pusieron estos sitio á Tarifa, y otra vez salvó esta plaza Alfonso Perez de Guzman el Bueno. Los Aragoneses, diezmados en el cerco de Mayorga por una terrible epidemia, vieron morir al infante don Pedro y á sus principales caudillos, y hubieron de alzar el cerco y retirarse á Aragon. El rey de Portugal avanzó hasta Simancas á dos leguas de Valladolid, pero la desercion de los suyos, y el haber reconocido á don Fernando por rey de Castilla el voluble don Juan, moviéronle á regresar á su país. Doña María solicitó de él una entrevista, y hábil y prudente, obtuvo en ella la paz y la confirmacion de lo antes estipulado respecto al enlace de don Fernando con la infanta doña Constanza de Portugal,
mediante la entrega de varias plazas á título de arras (1297). Llegado el siguiente 1297.
año, la de Molina sitió en persona y se apoderó de la villa de Ampudia que tenian
los Laras (1298), y al propio tiempo el rey de Portugal, en virtud de lo pactado 1298
entró de nuevo en Castilla; pero en vez de marchar decididamente en auxilio del Castellano, limitóse á proporcionar algunas tropas al infante don Juan, y hecho esto se retiró.

En 1299, vemos á varios magnates exigir de la reina María castillos y lu- 1299
gares, y cuando en las cortes celebradas en Valladolid (1300) parecia haber de 1300
terminar la discordia, pues el infante don Juan juraba de nuevo fidelidad al rey
y don Juan Nuñez de Lara volvia al servicio de Fernando IV, vemos en 1301 1301
que los infantes don Juan y don Enrique celebran con el rey de Aragon un tratado en el cual le ofrecen el reino de Murcia en cambio de su auxilio. Era, dice con exactitud Lafuente al tratar de este agitado período, un contínuo tráfago de rebeliones, de guerras, de sumisiones y de revueltas, mas fácil de comprender que de describir. Los Aragoneses se apoderaron de Lorca, pero rescatada luego
esta plaza por las tropas castellanas, Jaime II con sus tropas hubo de volver á 1302
Aragon, llamado por los disturbios que en su reino habian ocurrido (1302).

Para acreditar el partido de Fernando, la reina María hizo entonces publicar en Burgos la bula de legitimacion de sus hijos, que acababa de recibir de Roma, con las dispensas para el matrimonio del rey con Constanza de Portugal y para el de la hermana de Fernando doña Beatriz con Alfonso (despues Alfonso IV), hijo primogénito del monarca portugués. Este suceso sembró el desaliento entre los parciales del infante de la Cerda, y causó igualmente gran pesar á don Enrique, que temeroso de perder su poderío en el reino, propaló la voz de que las bulas eran falsas.

Otros sinsabores mas amargos aun estaban reservados á la noble doña María de Molina, despues que como ángel consolador habia recorrido las ciudades y lugares de su reino, azotado, además de la guerra, por el hambre y la peste. El hijo por quien se desvelara, por cuyo trono tantos sacrificios hiciera, habia de seguir el ejemplo de los demás y contristar su corazon con su incalificable ingratitud. El infante don Juan y el de Lara conocieron que lo mejor para sus parti-

culares intereses era apartar al jóven Fernando del lado de su madre, que con raro talento y fortuna sabia frustrar todos sus planes. Para conseguir su intento uniéronse con un servidor muy querido de Fernando, y los tres, despues de repetir incesantemente al inexperto monarca que su madre solo pensaba en seguir apoderada del gobierno sin darle á él participacion ninguna y que únicamente seria rey de nombre mientras estuviese á su lado, consiguieron que Fernando, bajo pretexto de salir á caza, marchara con ellos por tierras de Leon y Extremadura. Hallábase doña María en Vitoria, donde se habia avistado con el virey francés para decidir ciertas cuestiones suscitadas por los moradores de una y otra frontera, cuando recibió aviso de lo que puede llamarse la fuga de su hijo. Sin pérdida de momento se dirigió á Burgos, escribiendo á Fernando que se reuniese con ella en la misma ciudad; pero el infante don Juan y el de Lara no consintieron en que el monarca accediese á la demanda de su madre. Bajo su nombre fueron los dos mas poderosos que nunca; el infante don Enrique declaróse abiertamente por ellos, y lo mismo hizo Dionisio de Portugal. Fernando contaba entonces diez y seis años y Constanza doce. En enero de este año se celebró su matrimonio, y aun cuando la de Molina queria que el Portugués devolviese entonces las plazas que en arras se le dieron, el infante don Juan y el de Lara, encargados de esta negociacion, se manifestaron, dice Florez, muy liberales de lo que nada les costaba y los lugares no fueron devueltos. Segun la crónica de don Juan Manuel, un mes despues de celebrado el enlace, dimitió el infante don Enrique la tutela del rey.

Dueños el infante don Juan y el conde Nuñez de la persona y del corazon del soberano, hicieron que en abril convocara cortes de Leoneses en Medina del Campo. El partido de la reina madre presentóse en ellas con imponente mayoría, pero accediendo la de Molina á las instancias de su ingrato hijo, acudió á las cortes, y con su presencia y súplicas contuvo á los procuradores que, disgustados al ver al monarca supeditado por sus favoritos, habian querido abandonar la ciudad.

En premio de esta rara abnegacion hízose á doña María objeto de las mas viles calumnias. Los privados del rey lograron persuadir á este de que su madre le habia defraudado crecidísimas sumas, y Fernando mandó al abad de Santander, canciller de doña María, que presentara sus libros para ser examinados. Ellos, sin embargo, demostraron que no solo se habian invertido en beneficio del reino las sumas recaudadas, sino que habian tenido igual destino dos millones mas que la reina habia tomado á préstamo, despues de vender todas sus alhajas para los gastos y atenciones de la guerra. Solo se habia reservado un vaso de plata para beber, y segun nos cuenta la crónica, comia en escudillas de tierra (1).

Por un momento pudo esperarse una reconciliacion entre el rey y su madre en las vistas que tuvieron en Valladolid, pero el infante don Juan fué causa de que no produjeran resultado alguno, haciendo marchar al rey precipitadamente bajo pretexto de celebrar una conferencia con su suegro de Portugal. En ella satisfizo Dionisio parte de la dote de su hija, y prometió á Fernando algunas tropas auxiliares contra sus numerosos y emprendedores enemigos, entre los cuales contaba el rey á su madre. Sin embargo, era tal la volubilidad del monarca, que al

(1) Crón. de don Fernando IV, c. 17

salir de esta entrevista manifestóse dispuesto á cambiar enteramente de partido; A. de J. C.
de ello le disuadió cierto judío llamado Samuel, que, gran amigo de don Juan y del de Lara, parece haber sobrepujado en importancia é influencia á los mas grandes señores de la época.

Por aquel tiempo el infante don Enrique y don Diego de Haro á quienes encontramos ahora enemigos del bando de don Juan y del de Lara, dueños estos del favor y en cierto modo de la persona del rey, atrajeron á su partido á un jóven de veinte años, célebre ya por su valor y talento, á don Juan Manuel, hijo del infante Manuel y nieto por consiguiente del santo rey don Fernando. Don Juan Manuel, á quien desde ahora veremos intervenir activamente en cuantas guerras é intrigas hicieron famosos los principios del siglo XIV en España, era viudo de Isabel, hija de Jaime de Mallorca, desde el año 1301 (1), y los tres, don Enrique, don Diego de Haro y don Juan Manuel, despues de reducir su tratado á escritura, segun costumbre de la época, marcharon á ofrecer sus servicios al rey don Jaime de Aragon y al pretendiente don Alfonso de la Cerda, sin que de ello lograran disuadirlos los esfuerzos de la reina doña María de Molina, que preveia los males que su conducta podia causar al estado. Sin embargo, no pudo llevar á cabo don Enrique lo que se proponia, pues terminó su agitada vida en Roa, entre Valladolid y Aranda, en 4 de agosto de 1303 (2). Como no dejó su- 1303
cesion, sus bienes fueron aplicados á la corona.

Desde la fundacion del reino de Granada sobre las ruinas del imperio árabe, la historia de los Musulmanes, que mientras estuvo en pié el trono de los califas de Córdoba ó de los emires de Marruecos, era casi la de la Península toda, pasa á no ser mas que un episodio de ella, y por esto, renunciando á explicarla separadamente, diremos aquí algunas palabras para que ayuden á comprender los acaecimientos sucesivos. Las turbulencias de Castilla desde la proclamacion de Fernando IV habian sido muy favorables á los Musulmanes andaluces, y Muhamad II pudo reparar las pérdidas que experimentara su reino en los últimos años del reinado de don Sancho. En 1296, empezó á hacer cruda guerra á los cristianos, destruyendo sus cosechas y apoderándose de sus ganados, hasta que en 1298 recobró por fuerza de armas á Quesada y Alcaudete que pobló de Musulmanes. Los walíes de Guadix y Comares, cuya rebelion habia durado treinta y seis años, cedieron á la necesidad al verse solos, desamparados del Africano y del agitado reino de Castilla, y volvieron á la obediencia de Muhamad. Este andó en tratos con el infante don Enrique para la entrega de Tarifa, mediante veinte mil doblas de oro, pero el alcaide de la fortaleza, Guzman el Bueno, salvóla otra vez, como hemos dicho, de caer en manos de los infieles. El Granadino corrió la Andalucía, llevó sus huestes hasta las puertas de Jaen, incendió los arrabales de Baena y apoderóse del castillo de Bezmar, cuando en estas hazañas le sorprendió la muerte en 8 de abril de 1302, á la edad de sesenta y ocho años y á los treinta de reinado. Dejó tres hijos: Muhamad, que le sucedió en el trono, Ferag, que conspiró contra la vida de su herma-

(1) En 1312 casó con Constanza, hija de don Jaime II de Aragon.

(2) Por error del copista la crónica de don Fernando IV dice haber acaecido este suceso en 1304.

A. de J. C. no primogénito, y Nazar, que ocupó despues el emirato. Muhamad III (1), heredero del valor y del talento de su padre, pero no de su fortuna, habia sido asociado ya al imperio en vida de Muhamad II. Segun los historiadores de su nacion, era de tan hermoso cuerpo como ingenio, amigo de los sabios, excelente poeta, elocuente, de mucha afabilidad y muy aplicado al gobierno, tanto que velaba las noches enteras por terminar los negocios principiados durante el dia. Abul Hegiag, walí de Guadix, renovando la antigua querella, negóse á asistir á la solemne proclamacion del nuevo emir, y aun cuando no se rebeló por completo, mantúvose en una semi-independencia que fué en un principio tolerada.

Desde los primeros dias de su emirato, Muhamad III firmó una tregua con don Jaime de Aragon, mientras que volvia sus armas contra el territorio de Castilla. Su primera expedicion fué dirigida contra la ciudad de Almandhar, de la que se apoderó, pero vencido luego en parciales encuentros, trató con Fernando IV, se reconoció vasallo suyo y cedióle las plazas conquistadas, consintiendo Gua-
1304. además en que quedara Tarifa en los dominios castellanos (1304). El walí de dix, que habia sacudido todo resto de dependencia, fué vencido en sangrienta batalla, y algun tiempo despues apoderóse el Granadino de Ceuta, cuyo emir ó rey independiente, Abdallah ben Hafas, se habia declarado su enemigo. Créese que para realizar esta conquista obtuvo Muhamad el asentimiento del emir africano; de todos modos, es lo cierto que con los tesoros allí recogidos se hicieron grandes obras en Granada, que se embelleció con nuevos y magníficos edificios.

Despues de tantas luchas y turbulencias, pareció gozar el reino de Castilla de momentánea tranquilidad á consecuencia del fallecimiento del infante don Enrique, y tambien quizás de que estuviesen todos cansados de las agitaciones pasadas. Y mas pareció deberse consolidar la buena armonía y concordia, cuando en la entrevista que celebraron entre Agreda y Tarazona los reyes de Castilla, Aragon y Portugal, determinóse someter las diferencias que entre los dos primeros mediaban al juicio de árbitros, que lo fueron el infante don Juan, por parte de Castilla, el obispo de Zaragoza, por la de Aragon, y el rey don Dionisio en calidad de tercero. Los árbitros celebraron sus conferencias en Campillo y decidieron por fin que del reino de Murcia, que poseia don Jaime desde su última contienda con Castilla, conservase Orihuela, Alicante, Elche, Elda y toda la parte situada al norte del rio Segura; que todo lo demás con la ciudad de Murcia quedase por el rey Fernando y reunido para siempre á Castilla. Respecto á las pretensiones de don Alfonso de la Cerda, difirióse á la sentencia de don Dionisio y de don Jaime, y en virtud de este nuevo compromiso estableciése que se le cederian Alba de Tormes, Bejar, Valdecorneja, Monzon y otros lugares, de los cuales pudiese percibir 400,000 maravedís de renta anual; que don Alfonso abandonaria Almazan, Deza, Seron, Almenara y cuantas plazas ocupase, que renunciaria al título de rey, que reconoceria ser vasallo de la corona de Castilla, y que tomaria en consecuencia distinto blason que el rey su primo. Los lugares que se dieron á don Alfonso de la Cerda, llamado en adelante el Desheredado, se ha-

(1) Llamábase por sobrenombre Abu Abdallah, pronunciado Abu Abdillah, Bu Abdillah y por fin Boabdil. Este fué el primer emir de Granada al que se dió este nombre, tan célebre en los romances caballerescos.

llaban situados en muy distintos puntos del reino, á fin de evitar una nueva A de J. C.
sublevacion en caso de que olvidara la solemne renuncia que hacia de la corona. Convínose además en señalar á don Fernando de la Cerda la renta de infante de Castilla.

Con todo, no pararon aquí los alborotos y turbulencias que habian de experimentarse en este funesto reinado. Despues que se hubo devuelto á don Diego de Haro el señorío de Vizcaya por toda su vida, á condicion de pasar luego á la esposa del infante don Juan, fué don Juan de Lara el que turbó la tranquilidad del reino. Contra él hubo de marchar el monarca á la cabeza de sus tropas y cercarle en Turdehumos. El infante don Juan se declaró por el rebelde, y esto obligó al rey á pactar una reconciliacion y hasta á mudar sus consejeros á voluntad de sus antiguos privados.

Por fin, tuvo Fernando IV una buena inspiracion cuando para librarse de aquellos turbulentos y soberbios vasallos, resolvió dirigir contra los Moros las fuerzas de su reino. En esta idea le secundó, como sabemos, el rey de Aragon don Jaime, y luego de obtenidas de Clemente V por tres años las tercias de las rentas de la Iglesia y las gracias espirituales que se otorgaban para semejantes empresas, Castilla y Aragon unieron sus fuerzas contra los comunes enemigos de España. Bien hicieron en ello, aunque la expedicion no fué muy rica en conquistas, que si Aragon y Castilla hubiesen empleado en beneficio de la fe y de la patria comun las fuerzas con que acometia el primero heróicas y remotas empresas y que gastaba la segunda en sus agitaciones intestinas, á buen seguro que los Reyes católicos no hubieran conquistado á Granada, pues la Península habria sido toda cristiana dos siglos antes de haber ceñido ellos la corona.

Las cortes de Madrid reunidas en 1308 votaron cuantos subsidios les fue- 1308
ron pedidos; la gobernacion del Estado durante la ausencia del rey quedó confiada á doña María de Molina, reconciliada ya con su hijo, y decidióse que mientras el Aragonés tomaba á su cargo el sitio de Almería, iria el Castellano á cercar á Algeciras. Hemos explicado ya la campaña sostenida por la hueste y armada aragonesa; en cuanto á la castellana, llegó en efecto á la playa y campo de Algeciras. Muhamad reunió su caballería y fué á socorrer á los cercados, pero las copiosas lluvias y recio temporal no le dejaron hacer cosa de provecho. Supo entonces el rey de Castilla que la fortaleza de Gibraltar se hallaba débilmente guardada, é hízola expugnar por parte de sus tropas del campamento de Algeciras con ingenios y máquinas de trueno (1). Los cercados se le entregaron por
avenencia, y como mil quinientos Muslimes pasaron á Africa (agosto de 1309). 1309
Cuenta la crónica de don Fernando que entre los Musulmanes que salieron entonces de Gibraltar hubo uno cargado de años que dijo al rey de Castilla: *Señor, ¿qué hobiste conmigo en me echar de aquí? Ca tu bisavuelo el rey don Fernando quando tomó á Sevilla me echó dende, et vine á morar á Xerez; y despues el rey don Alonso tu avuelo quando tomó á Xerez, echóme dende, et yó vine á morar á Tarifa. Y cuidando que estaba en lugar salvo, vino el rey don Sancho tu padre, y echóme dende et vine á morar aquí á Gibraltar, teniendo que en ningun logar non estaria tan en salvo en toda la tierra de los Moros de aquende la mar,*

(1) Conde, P. 4.ª c. XIV.

A. de J. C. *como aquí. Et pues veo que en ningun logar destos non puedo fincar, yo iré allende la mar, y me porné en lugar donde viva y acabe mis dias* (1). Palabras que explican bien el movimiento lento, pero incesante de la conquista cristiana.

En esta campaña murió el héroe de Tarifa, Alfonso Perez de Guzman el Bueno, pocos dias despues de la toma de Gibraltar, en 19 de setiembre. En una expedicion que hizo á las montañas de Gauzin, llevando los pendones de la cruz á sitios donde nunca ondearon, entró á sangre y fuego por lugares y aldeas; á su regreso halló reunida en un desfiladero toda la poblacion musulmana, y al forzar el paso, hirióle mortalmente un dardo. Pocos dias despues murió de su herida, y llevado su cuerpo al convento de San Isidoro, que habia fundado en las inmediaciones de Sevilla, diósele allí sepultura con la pompa militar digna de su esfuerzo (2).

El rey de Castilla en tanto habíase obstinado en el sitio de Algeciras. Otra vez vióse abandonado entonces del turbulento infante don Juan, que desamparó el cerco llevando consigo á muchos caballeros, entre ellos al infante don Juan Manuel. Abundantes lluvias que duraron mas de tres meses sin cesar ni un solo dia produjeron enfermedades en el campamento cristiano, muriendo entre otros el famoso don Diego de Haro; pero ni la defeccion del infante, ni las contínuas lluvias, ni el frio del invierno, que amenazaba ser aquel año muy crudo, pudieron determinar á Fernando á abandonar la partida. Muhamad, que vió la insistencia del Castellano en la imposibilidad de dar socorro á los angustiados moradores de Algeciras, llamado á la parte oriental de su reino por los estragos que allí ejercian los Aragoneses, y desasosegado por las noticias que recibia de Granada, donde se urdian contra él sordas conjuraciones, envió al rey de Castilla un mensage proponiéndole que si levantaba el cerco de Algeciras y desistia de la guerra, le daria las fortalezas fronterizas de Quadros, Chanquin, Quesada y Bezmar y además hasta cinco mil doblas de oro (3). Aceptólo el rey de Castilla, y dadas seguridades por ambas partes, levantóse el cerco de Algeciras, y los Muslimes respiraron de su larga angustia: fué esto á fines de javan del año 709 (31 de
1310 enero de 1310) (4). Don Fernando marchó á Burgos á asistir á las bodas de su hermana Isabel con el duque Juan de Bretaña.

Esta paz, onerosa para Granada, irritó al pueblo contra el emir infortunado que volvia triste á su capital. Su asiduidad en el trabajo, la contínua atencion que daba á los asuntos del gobierno y quizás su excesivo amor á las mugeres habian alterado notablemente su salud y sobre todo su vista, siendo llamado á causa de ello con el sobrenombre de *El-Ama* (el Ciego). La absoluta confianza que dispensaba á uno de sus wazires, llamado Muhamad ben Abderrahman ben Alhakem, excitó el descontento de los principales jeques granadinos, que mientras él se hallaba ocupado en defender el reino tramaron una conspiracion en Granada en favor de su hermano el príncipe Nazar (5). Un dia á la hora del al-

(1) Crónica del rey don Fernando IV, c. 53.
(2) Ortiz de Zúñiga, Anales de Sevilla.
(3) La crónica de don Fernando dice cincuenta mil.
(4) Conde, P. 4.ª, c. XIV.
(5) Romey y otros autores supónenle tio en vez de hermano de Muhamad, é hijo de Nazar ben Muhamah ben Yussuf. Nazar le llaman Conde y nuestros historiadores, pero su nombre era Al-Nazir (el Defensor).

ba de la pascua de Alfitra (3 de marzo de 1310) estalló el alboroto popular de antemano preparado. La muchedumbre cercó el alcázar gritando: *¡Viva nuestro muley Nazar! ¡viva el emir Nazar!* Y si bien en un principio se limitaron los amotinados á estos gritos sin intentar violencia ninguna, engrosada mas y mas la multitud, invadió y entró á saco la casa del wazir Muhamad ben Abderrahman inmediata al palacio. El oro, la plata, los vestidos, armas y caballos, los ricos muebles y preciosos libros, todo fué robado ó incendiado; pero no encontrando allí al wazir, la turba, sedienta de venganza, corre á palacio, atropella á los guardias que se oponen á su paso, y penetrando hasta Muhamad, mata á su vista al detestado ministro. Las ricas estancias son entregadas al saqueo, y en tanto los jefes de la sedicion rodean al emir y le exigen su abdicacion ó su cabeza. El buen Muhamad, dice Conde, viéndose solo entre tantos enemigos, no dudó un punto, y con mucha solemnidad renunció aquella noche el reino en favor de su hermano. Nazar no quiso por entonces verle, y le mandó llevar al palacio del príncipe fuera de Granada, y desde allí á Almuñecar, donde sobrevivió cinco ó seis años á su desgracia (1). A. de J. C.

Así adquirió Nazar, cuarto emir de Granada de la familia de los Nassiridas, el poder soberano el dia 3 de marzo de 1310, y entre las aclamaciones de la multitud recorrió á caballo las calles de la ciudad. Los historiadores de su nacion nos lo pintan bajo los colores mas favorables; háblannos de la hermosura de sus facciones, de su talla esbelta y arrogante, del lujo y elegancia de sus vestidos; estaba adornado de cuantas cualidades cautivan á los pueblos, y dícese que á ellas unia otros estimados dotes; era afable, justo, liberal y muy sabio en la ciencia de los astros, y como Alfonso el Sábio habia compuesto unas tablas astronómicas de las que se mostraba muy envanecido. Con sus propias manos habia fabricado un reloj de precision extremada.

Apenas se supo en Castilla la revolucion de Granada, cuando Fernando, 1311. considerándose libre de la tregua que estipulara con el emir depuesto, entró por la tierra musulmana y se apoderó de la fortaleza de Tempul. Nazar escribió al rey de Castilla para obtener una nueva tregua, pero el Castellano no quiso consentir en ella, y continuó corriendo y devastando el país. Las cortes de Valladolid votaron para la guerra contra los Musulmanes cinco servicios y una moneda forera, y el ejército castellano, acaudillado por el infante don Pedro, marchó á poner sitio á Alcaudete. Esta guerra se atribuia en Granada á sugestiones del exemir, y ya fuese verdad ó no, Muhamad, temeroso de la ira de su hermano, escribió al de Castilla rogándole que llevase sus armas contra Málaga, cuyos walíes aspiraban abiertamente al emirato y se habian declarado independientes de Granada. Por complacerle ó porque esto en nada alterase sus proyectos, Fernando dispúsose á llevar sus armas contra Málaga, pero habiendo enfermado gravemente en el campamento de Alcaudete, donde se habia reunido con su hermano, fué trasladado á Jaen. Allí supo la rendicion de aquella plaza despues de dos meses de sitio, y poco despues espiró. Acerca de su fallecimiento cuéntanse circunstancias muy singulares. Al marchar el rey á Andalucía para acaudillar en persona la hueste contra los Sarracenos, fué asesinado en Palencia uno de sus privados

(1) Conde, P. 4.ª, c. XV.

A. de J. C llamado Juan de Benavides al salir de una conferencia que habia tenido con el rey. Los asesinos de Benavides no pudieron ser descubiertos, pero mediando ciertas diferencias entre él y dos caballeros andaluces, los hermanos don Pedro y don Juan Carvajal, sospechó el rey que ellos eran autores del crímen. Fernando continuó su marcha hácia el territorio enemigo, y como al llegar á Martos aumentasen sus sospechas, mandó encerrar á los Carvajales en aquel castillo, y luego sin forma de proceso, sin parar en las protestas de inocencia que hacian ambos hermanos, mandólos precipitar de la peña de Martos en 9 de agos-
1312 to de 1312. Al ser lanzados al precipicio, tomaron al cielo por testigo de su inocencia y emplazaron al rey para que en el término de treinta dias compareciese con ellos á juicio ante el tribunal de Dios. El rey continuó su camino, llegó al campo de Alcaudete donde enfermó, y trasladado á Jaen, murió en 7 de setiembre de 1312, al cumplirse el plazo de los treinta dias que le señalaron los Carvajales. Por esto fué llamado el Emplazado. Habia reinado diez y siete años cuatro meses y diez y nueve dias, y fué sepultado en la catedral de Córdoba. De su esposa la reina Constanza solo habia tenido un hijo, al que se dió el nombre de Alfonso, nacido en Salamanca en 13 de agosto de 1311, y una hija llamada Leonor, que casó despues con Alfonso IV de Aragon (1).

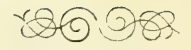
En el período que este reinado abraza tuvo lugar, como ya sabemos, la abolicion de la órden del Temple. Clemente V escribió á los reyes de Castilla y Portugal para que se procediese en sus reinos contra la sagrada milicia, que en ellos poseia tambien muchas fortalezas y lugares. Los arzobispos de Toledo, Santiago y Lisboa, en union con el inquisidor apostólico Aymerich, de la órden de Predicadores, recibieron el encargo de instruir la causa (que fué una para los tres reinos de Castilla, Leon y Portugal), y citados los caballeros á comparecer en la cárcel que se les señaló, obedecieron todos sin murmurar. Sin embargo, en nada ofreció este proceso en España las terribles circunstancias que lo hicieron célebre en Francia: los jueces limitáronse á exigir de los Templarios juramento de que comparecerian al ser citados por sus superiores eclesiásticos, y los dejaron en libertad. En 21 de octubre de 1310 abrióse en Salamanca el concilio que habia de juzgarlos, y á él asistieron el arzobispo de Santiago y los obispos de Lisboa, La Guardia, Zamora, Avila, Plasencia, Mondoñedo, Astorga, Tuy, Lugo y Ciudad-Rodrigo.

Despues de prolongados debates, el concilio con voz unánime, en la iglesia catedral de Salamanca, ante el pueblo reunido, declaró á los Templarios libres y absueltos de los cargos que se les hacian y de los delitos que se les imputaban, reservando no obstante la final decision del Pontífice. Este evocó á sí la causa, y como antes hemos dicho, los abolió en España y entregó sus rentas á los reyes y á la órden de los Hospitalarios. Con parte de ellos se fundó en Portugal la órden de caballería de Cristo.

Legítima consecuencia el reinado de Fernando IV del de don Sancho el Bravo, como lo serán de estos los de Alfonso XI y de Pedro I, el poder real continuó buscando en el elemento y en la fuerza popular el contrapeso á los antiguos derechos y pretensiones de los próceres, empezando á alborear para Castilla la

(1) La reina doña Constanza sobrevivió muy poco tiempo á su esposo, y murió antes de cumplir 24 años, en 18 de noviembre de 1313.

era en que habia de ser una monarquía esencialmente democrática, segun así con acierto la califica Lafuente. A ello contribuyó, no nos cansaremos de repetirlo, la ambicion de los monarcas, la ceguedad de los pueblos, que veian en ello su interés inmediato sin prever lo que despues sucederia, y los desaciertos de la clase noble en Castilla. Los concejos reportaron inmediata ganancia declarándose por la corona en la lucha que esta hubo de sostener con la nobleza durante casi todo el reinado de Fernando IV, y de ello es buen testigo la Hermandad de Castilla. Las cortes se reunieron casi cada año, y en ellas alcanzaron los procuradores ser solos en las deliberaciones sin la concurrencia de nobles y prelados. No habia demanda formulada por los hombres de las ciudades que la reina no satisfaciese, «en guisa, dice la crónica, que los omes buenos se hacian muy maravillados de como la reina lo podia sufrir e iban todos muy pagados della y del su buen entendimiento.» Revélannos bien los progresos del estado llano en influencia y en poder las cortes de Valladolid de 1295, convocadas *por facer bien y merced á todos los concejos del reino,* y las de Cuellar de 1297 en las que se creó un alto consejo nombrado por ellas mismas para acompañar al rey y aconsejarle en los dos tercios del año. Aparte de esto, y siguiendo las tradiciones que en Castilla venian ya de lejos, se restableció en las de Valladolid de 1307 que no pudiesen imponerse tributos sin autorizacion de las cortes, y se consignaron en otras varias las garantías personales, disponiéndose que nadie fuese preso ni embargado sin ser antes oido en justicia. En la época á que de la historia de Castilla hemos llegado, el hombre de penetrante mirada podia ya descubrir entre las espesas sombras de los tiempos futuros aquel en que, destruidos ó anulados todos los obstáculos intermedios, reyes y pueblos, quedando solos y frente á frente en la liza, habian de decidir sobre los destinos del reino.



CAPÍTULO XXXIX.

Don Alfonso el Benigno IV de Aragon y III de Cataluña.—Recibe en Barcelona el homenage y juramento de los Catalanes.—Es coronado en Zaragoza con desusada pompa.—Casa de segundas nupcias con doña Leonor de Castilla.—Notables estatutos del rey.—Alianza de Aragon y Castilla para hacer guerra á los Moros.—Rebelion en la isla de Cerdeña.—Guerra entre Aragon y Génova.—Los reyes de Francia y de Inglaterra proponen venir á la guerra contra los Moros.—Entrada de los Sarracenos en el reino de Valencia.—Primeras noticias sobre la pólvora como arma de guerra.—Alteraciones y disturbios á causa de las donaciones hechas al infante don Fernando.—La reina doña Leonor y el infante don Pedro.—Reino de Navarra.—Luis *le Hutin*.—Felipe V el Largo.—Carlos I el Hermoso.—Juana de Evreux.—Fuga de doña Leonor á Castilla y muerte de don Alfonso IV.

Desde el año 1327 hasta el 1336.

Luego que don Alfonso hubo asistido en el monasterio de Santas Creus á las exequias del rey su padre, marchó á Barcelona para recibir el juramento y homenage de los Catalanes, despues de jurar él sus usages, constituciones y franquicias. Convocadas cortes de Aragoneses en Zaragoza para el primer dia
1328 de la Pascua de Resureccion de 1328, dirigióse el rey á aquella ciudad, deseoso de celebrar la fiesta de su coronacion con desusada solemnidad y magnificencia. Asistieron á ella embajadores de Castilla, Navarra, Bohemia, Granada y Telencen, prelados y nobles de Cerdeña, gran compañía de caballeros de Gascuña, Provenza y Francia, revelando bien el gran poderío y la importancia de la corona aragonesa, y diputaciones de todas las ciudades y villas de los tres reinos. Muntaner, que se halló en Zaragoza como síndico de la ciudad de Valencia, dice haber concurrido á la procesion que precedió á la ceremonia mas de treinta mil de á caballo, y que nunca hubo en España fiesta en que se viera tan escogida congregacion de gente (1). La víspera de Pascua, nos dice dicho cronista, el mismo dia de Pascua y el lunes comió todo el mundo con el señor rey y tanto como le plugo á cada uno, porque mientras duró la corte no se cerró jamás la puerta. Armáronse muchos nuevos caballeros, y las fiestas, las danzas, los torneos y las corridas de toros se prolongaron por espacio de ocho dias (2).

Reinaba por aquel entonces en Castilla Alfonso XI de este nombre, y conven-

(1) Ram. Muntaner, Crón. c. CCXCV.
(2) Veánse para los curiosos detalles de estas fiestas y ceremonias á Blancas, *Coronaciones*, Muntaner, Zurita y la Crónica de don Pedro IV.

cido de la utilidad de la alianza aragonesa para mejor hacer la guerra á los Moros de Granada, procuró alcanzar la amistad del nuevo rey aragonés y asentar confederacion con él. Enviáronse ambos reyes recíprocas embajadas, y pactada en ellas la alianza y el matrimonio de Alfonso IV, viudo de doña Teresa de Entenza, con la infanta doña Leonor, hermana del Castellano (la misma que habia de ser esposa del primogénito de don Jaime II), celebráronse las bodas en Tarazona en enero de 1329 con la pompa y esplendor que ponia en todas sus cosas el monarca de Aragon. A. de J. C. 1329.

Un hecho de gran importancia habia tenido lugar durante el reinado anterior. En las cortes de Tarragona, en las que el infante don Jaime renunció á su primogenitura, don Jaime II determinó que los estados de Aragon, de Valencia y de Barcelona con los señoríos á este anexos estuviesen perpétuamente unidos bajo un solo dominio, sin que él ni sus sucesores los pudiesen dividir ni separar por testamento, ni por donacion entre vivos, reservándose únicamente dicho rey que así él como sus sucesores pudiesen dar á sus hijos y nietos y á las personas que les pareciese, lugares y castillos ú otros heredamientos. Su hijo don Alfonso, atendido el empobrecimiento del reino á causa de las liberalidades de los pasados monarcas, confirmó estando en Daroca lo dispuesto por su antecesor, y se obligó además á no enagenar ciudad, castillo, lugar, jurisdiccion ni feudo en sus estados pasado el término de diez años, dentro del cual reservóse en evidente necesidad y utilidad de sus reinos, poder dar y enagenar lo que le pareciese á los infantes sus hijos (1). Esta disposicion no ha de ser olvidada en cuanto, como veremos, fué causa de graves alteraciones.

Aragon y Castilla iban á dirigir sus fuerzas unidas contra los infieles, y Alfonso habia marchado ya á Valencia para proveer todo lo necesario, cuando de nuevo hubieron de emplearse las tropas de Aragon en una remota empresa en perjuicio de la que hubiera debido llamar toda la atencion de los monarcas españoles. Los Genoveses y Pisanos que se hallaban en la isla de Cerdeña dieron el grito de rebelion; la ciudad de Sassari se sublevó con ayuda de la poderosa familia de los Orias y otras principales, y aun cuando la insurreccion fué reprimida por el almirante Carroz, que desterró á los rebeldes y confiscó sus bienes, esto fué causa de que los Genoveses hiciesen la guerra á Aragon presentándose con sus galeras á hostilizar las costas de la isla.

Estas novedades, repetimos, impidieron al rey marchar á la guerra contra los Moros como lo tenia determinado, y se limitó á ayudar al rey de Castilla con cierto número de galeras y con algunas compañías de caballeros de las órdenes militares. Por aquel tiempo (1330) el rey de Francia Felipe el Largo envió embajadores á Alfonso, que se hallaba en Valencia, ofreciéndole que con los reyes de Inglaterra, Escocia, Bohemia y Navarra, los duques de Borgoña, Bretaña y Borbon y otros muchos grandes y señores de Francia vendria á la conquista de Granada. Supónese que esta proposicion fué hecha por Felipe solo con el objeto de alcanzar de la Santa Sede las gracias y rentas que se aplicaban á la guerra contra infieles. El rey de Aragon, instado repetidas veces por el de Fran- 1330.

---

(1) Zurita, Anal. de Aragon. l. VII, c. V.

A. de J. C. cia para que resolviese lo conveniente en vista de su proposicion, reunió cortes
1331 generales en Tortosa (1.º de julio de 1331), en las que se decidió contestar á Felipe que su compañía y la del rey de Inglaterra en esta empresa seria en estos reinos muy acepta, pero que el rey de Castilla, á quien se habia dado parte de lo tratado, habíalo recibido con gran desagrado y entendia oponerse contra cualquiera príncipe que tomase sobre sí la guerra de Granada por ser este reino de su exclusiva conquista. Por esto, pues, si bien el de Aragon ofrecia á los aliados paso por el reino de Almería, desaconsejó la expedicion á Felipe por los grandes inconvenientes que ofreceria teniendo en contra á Castilla. Esta contestacion, ó lo que es mas probable, la poca sinceridad del de Francia que solo habia tratado, aunque sin conseguirlo, de sorprender á la Sede apostólica, hizo que lo propuesto no pasara adelante.

En Valencia se hallaba el rey tomando parte en las fiestas que allí se celebraban con motivo de las bodas de don Pedro de Ejerica con la hija de Hugo, juez de Arborea, cuando el emir de Granada, quebrantando la tregua que en su propio nombre y en el del rey de Aragon asentara con él el Castellano, rompió de improviso por la frontera de Orihuela, corriendo y estragando la vega y entrando por fuerza de armas en Guardamar, que entregó á las llamas. En aquel entonces, dice Zurita, puso gran terror entre las gentes una nueva invencion de combate, que entre las otras máquinas que el rey de Granada tenia para combatir los muros, llevaba pelotas de hierro, que se lanzaban con fuego (1). Mandó el rey ayuntar los ricoshombres y sus huestes, y merced á sus enérgicas medidas, los Moros se retiraron abandonando sin ulterior resultado los castillos de que se apoderaron.

Mientras esto sucedia continuaba con gran encarnizamiento la guerra entre Catalanes y Genoveses, sin que fuera el motivo real de ella la posesion de Cerdeña, sino la rivalidad que no podia menos de despertarse entre dos pueblos que marítimos y comerciales, aspiraban al dominio del mar. Güelfos y Gibelinos de Génova tomaron parte en la lucha contra Aragon, y Alfonso, despues
1332 de convocar á los nobles que tenian feudos en Cerdeña (1332), envió á aquellas aguas poderosa armada. Por su parte la señoría de Génova dispuso que una escuadra de sesenta galeras corriese las costas de Cataluña y de las Baleares, é hízolo con tanta fortuna, que sin haber encontrado á enemigos que la resistieran, volvió á Italia por el mes de octubre con grandes presas y despojos. Don Ramon de Cardona, lugarteniente del rey en Cerdeña, marchó á la isla á la cabeza de los nuevos refuerzos, y comunicó á la guerra nueva actividad. Trece galeras genovesas fueron vencidas en el mismo puerto de Cagliari, pero la lucha habia tomado en tierra muy diferente sesgo. Los Genoveses se apoderaron de varias fortalezas y lugares por tratos ó por fuerza de armas, y recibieron los homenages de toda la tierra llana; al propio tiempo cuatro naves, que partieron de Cataluña con gente para socorrer á los de la isla, fueron combatidas y apresa-
1334 das por diez galeras enemigas (agosto de 1334), con cuyo suceso cobraron los Genoveses tal soberbia y tanto se desanimaron los que estaban en defensa de la isla, que corrió esta grave peligro de perderse. Don Ramon de Cardona deter-

(1) Zurita, Anal. de Aragon, l. VII., c. V.

minó entonces limitarse á la defensa y fortificacion de las principales plazas, é imploró el socorro del rey de Sicilia pidiéndole que le enviase su armada con don Ramon de Peralta. En medio de lucha tan obstinada abriéronse negociaciones de avenencia que no llegaron á buen término hasta el siguiente reinado.

Estos fueron los solos hechos exteriores que referentes á Aragon ocurrieron durante este corto reinado. Los interiores quedaron casi reducidos á una larga contienda entre la esposa del rey doña Leonor y su entenado el infante don Pedro. La causa de ella fué el estatuto que antes hemos dicho haber otorgado el rey en Daroca, de cuyas palabras parecia desprenderse que no daba libertad al rey de conferir estados á los hijos que le naciesen de la reina doña Leonor, sino á los que eran ya nacidos. Aunque esforzado y animoso como lo mostrara en la empresa de Cerdeña, Alfonso, ya fuese porque viviese enfermizo ó por otras causas, seguia en todo la voluntad de su esposa, así como esta era gobernada en todo por una dueña llamada doña Sancha de Velasco, castellana tambien y muger de tal condicion, dicen las crónicas, que procuraba siempre novedades y escándalos. Primeramente, luego de haberse casado y á instigacion de dicha señora y otras personas, dió el rey á doña Leonor por contemplacion del matrimonio la ciudad de Huesca y algunas villas y castillos de la corona. En diciembre de 1328 nació el infante don Fernando, y desde entonces empezaron grandes maquinaciones é intrigas por la reina y sus allegados á fin de que fuese favorecido con heredamientos segun la antigua costumbre, y hasta, dicen algunos, para sentarle en el trono en perjuicio de los hijos que hubiera el rey de su primer enlace. Don Pedro, el primogénito entre estos, fué naturalmente el que mas obstinadamente se opuso á los planes de su madrastra, manifestando ya, á pesar de sus pocos años, pues apenas contaba trece, el carácter enérgico y sagaz, la ambicion precoz, la inflexible firmeza que tan célebre habian de hacerle luego de haber ceñido la corona. Dice Zurita que la reina logró alcanzar un rescripto apostólico por el cual el Papa cometió al infante don Juan, patriarca de Alejandría, y á los obispos de Valencia y Lérida que se informasen del rey si habia sido su voluntad en el estatuto de Daroca no comprender en el mismo á doña Leonor y á los hijos que de ella le naciesen, para que, en caso de que así lo declarase, le absolviesen del juramento. Dócil Alfonso al querer de su esposa, lo manifestó y juró asi mismo, y acto continuo hizo donacion perpétua al infante don Fernando de la ciudad de Tortosa para él y sus descendientes con el título de marqués. Segun escribe don Pedro IV en su crónica, los vecinos de Tortosa se opusieron en gran manera á ser separados de la casa de Aragon, mas al fin con amenazas y dádivas se logró que reconociesen á dicho infante como á señor natural. No satisfecha aun la ambicion de la madre, arrancó al rey para su dicho hijo la donacion de Alicante, de Val de Elda, de Novella, de Orihuela y de Guardamar, á lo que añadió despues las villas de Játiva, Algecira, Murviedro, Morella, Burriana y Castellon. Fácil es de presumir el efecto que en el infante don Pedro habia de causar esta donacion de tan importantes plazas de la corona; las palabras con que refiere estos hechos en su crónica nos lo revelan bastante. No parece, empero que estas disposiciones hallasen general oposicion, pues todos los ricoshombres de estos reinos, segun escribe el mismo don Pedro, juraron defender á don Fernando en la posesion de aquellos dominios, excepto don Ot de Mon-

cada padrino del mismo infante primogénito. No sucedió lo mismo con los lugares donados, que para no perder las ventajas que les proporcionaba su pertenencia á la corona, resistieron abiertamente á la voluntad real; muchos se pusieron en armas, y acudieron á la ciudad de Valencia para que los ayudase. La capital no permaneció sorda á sus voces, y despues de tomar las disposiciones necesarias para resistir y aun para lanzarse á terribles agresiones contra los consejeros del monarca, envió á este diputados para manifestarle cuan opuestos se hallaban todos á lo que habia ordenado. Guillen de Vinatea, principal en el regimiento de aquella ciudad, gran caudillo en el consejo y hombre muy popular, usó de la palabra en nombre de todos y dirigió al rey el siguiente discurso en el que, aparte de su ruda franqueza, que es otro testimonio de lo que en varias partes de esta otra llevamos dicho acerca de los caracteres que la época producia, se observan ideas muy justas acerca de la potestad real. Díjole así: «Señor, las donaciones de las villas de Játiva, Algecira, Murviedro, Morella, Burriana y Castellon, que son partes de este reino, han parecido tan exorbitantes y desordenadas (aun para la comodidad de vuestros hijos), que nuestra ciudad y todos los pueblos del reino con profunda admiracion se desconsuelan de que vuestra persona real las haya decretado, y se irritan de que vuestros consejeros las hayan permitido ó procurado, como si la república los sustentase, honrase y obedeciese para que con sus lisonjas ambiciosas ó pusilánimes sean nuestros primeros y mas autorizados enemigos, no para ser nuestros fieles y justos procuradores; ó como si pudiese llamarse servicio vuestro lo que es ruina de los reinos que os dan el nombre y majestad de rey, en los cuales por vuestra naturaleza no sois mas que uno de los demás hombres, y por vuestro oficio (que Dios por la voluntad de ellos como por instrumento de su providencia puso en vuestra persona), sois la cabeza, el corazon y el alma de todos. Así no podeis querer cosa que sea contra ellos, pues como hombre no sois sobre nosotros, y como rey sois por nosotros y para nosotros. Fundados, pues, en esta manifiesta y santa verdad, os decimos que no permitiremos el exceso de estas mercedes, porque son el destrozo y el peligro de este reino, la division de la corona de Aragon y el quebrantamiento de los mejores fueros, por los cuales advertimos á vuestra real benignidad que estamos todos prontos á morir, pensando en esto serviros á vos y á Dios. Sin embargo, sepan vuestros consejeros que si yo y mis compañeros muriésemos ó padeciésemos aquí por esta justa libertad, ninguno de cuantos están en el palacio escaparia de ser hoy pasado á cuchillo por la justa venganza de nuestros conciudadanos, exceptuando solo á vos, señor, á la reina y al infante don Fernando.»

Al oir tales palabras dijo Alfonso á su esposa: «¡Ah reina! Era esto lo que vos queriais oir?» A lo que ella, enojada y llorosa, respondió en su propio lenguage castellano: «Señor, no consentiria el rey don Alfonso de Castilla, hermano nuestro, que él no los degollase todos.—Reina, reina, replicó entonces Alfonso; nuestro pueblo es franco y no está subyugado como el pueblo de Castilla, pues los que lo forman nos tienen á Nos como á señor y nos los tenemos á ellos como buenos vasallos y compañeros.» Las donaciones fueron revocadas.

No bastó esto para desvanecer el odio que se habia encendido entre la reina y su entenado, y por el contrario lo aumentó. Los que seguian la parcialidad

de este fueron desterrados de la corte y algunos fueron víctimas de la ira de doña Leonor, llegándose á poner las cosas en estado tal que antes que entregar el infante á personas de la confianza de la reina, segun pretendia Alfonso, su ayo y consejero don Miguel Perez señor de Gurrea y otros caballeros le llevaron á las montañas de Jaca, con el fin de conducirle á Francia, si así era necesario.

Desde entonces en adelante, dícenos don Pedro, dejamos de ser perseguido; sin embargo, no nos atrevimos á salir de Aragon aun cuando éramos primogénito y jurado, y todo Aragon nos queria bien, de manera que disgustaba mucho nuestra persecucion y los daños que nuestra madrastra nos causaba. Algunas veces nosotros y alguno de nuestro consejo enviábamos al rey nuestro parecer para indicarle algunas cosas, pero sucedia que aquellos que iban por Nos ni se atrevian ni podian hablarle, tanto era lo que le vigilaban; sin embargo, dicho señor tomaba la excusa de que queria ir á cazar, y así se arreglaba, pues en la caza acudia á un lugar señalado y allí el que iba por Nos le hablaba extensamente de nuestros asuntos, dándonos luego tal respuesta que de ella Nos y todo nuestro consejo quedábamos á veces muy alegres y satisfechos (1).

La docilidad y hasta temor á la reina que en Alfonso suponen las anteriores líneas parece haber hecho lugar poco despues á mas varoniles sentimientos, en cuanto vemos salir desterrada del reino y volver á Castilla á doña Sancha de Velasco, consejera de la reina, con gran sentimiento de esta, al rey volver á administrarlo todo, separando de sus empleos á los que mayor parte habian tenido en los sucesos pasados, y á don Pedro encargado en 1330 del oficio de la gobernacion general del reino que regia en su nombre don Miguel de Gurrea, en cuyo oficio se distinguió por su extremada severidad, llegando á ser mas temido que don Alfonso su padre.

Hallábase entonces en guerra el reino de Navarra con el de Castilla; pero antes de explicar la parte que en estos sucesos tomó Aragon, conviene que sepamos lo que habia sido de aquel estado desde que por el enlace de la reina Juana con Felipe el Hermoso, pasó bajo la dominacion de la casa de Francia. Doña Juana murió en 4 de abril de 1305, y entonces la soberanía de Navarra, que solo tenia Felipe como á esposo de aquella, pasó á su hijo primogénito Luis *le Hutin* (2), que sucedió luego á su padre en calidad de rey de Francia, y fué el primero que á título hereditario reunió en su frente ambas coronas. Luis juró en 1307 los fueros y privilegios del reino, mas parece que no fué reconocido sin cierta oposicion, en cuanto vemos que á su regreso á Francia llevóse presos á algunos caballeros, entre ellos el alferez mayor y ricohombre Fortun Almoravid, que murió en una cárcel despues de prolongado cautiverio. Este monarca murió envenenado en 1316 (3) dejando de su segunda esposa Clemencia, una sola hija llamada tambien Juana como su abuela, y le sucedió su hermano Felipe V el Largo por haberse declarado en una asamblea de obispos, señores y vecinos de

---

(1) Crón. del rey de Aragon don Pedro IV, escrita en catalan por el mismo monarca, trad. de don Antonio de Bofarull.

(2) No están acordes los autores en lo que se quiso significar con este sobrenombre; algunos escritores españoles llaman á este rey Luis *el Pendenciero*.

(3) Por aquel tiempo fué fundada por don Diego de Haro, hermano de don Lope, asesinado en Alfaro, la hermosa ciudad de Bilbao.

A. de J. C. París que las mugeres eran en el reino de Francia incapaces para suceder á la corona. Esta ley no comprendia al reino de Navarra, pero esto no obstante, Felipe ciñó ambas coronas sin que aparezca que los Navarros salieran en defensa de los derechos de Juana. Carlos I el Hermoso sucedió en 1322 á su hermano, y murió en 1328 sin dejar tampoco sucesion varonil. Ciñó entonces la corona de Francia Felipe, hijo de Carlos de Valois, primo del difunto rey, y como no descendia de la línea real de Navarra, pensó en enmendar la injusticia que con Juana se habia cometido. Así lo hizo en efecto, y renunció en favor de esta princesa y de su esposo Felipe de Evreux cuantos derechos pudiera tener á la corona navarra, renunciando estos á su vez á los que pudiesen pretender á la de Francia. Los Navarros recibieron este suceso con extraordinario alborozo, pues otra vez tenian reyes propios y naturales, y doña Juana y su esposo fueron coronados en Pamplona á 5 de marzo de 1328 (1).

En tratos estaba el Aragonés para casar á su hijo primogénito don Pedro con la princesa de Navarra, llamada Juana como su madre, y la guerra movida entre aquel reino y Castilla por cuestiones de límites, hizo que Felipe, deseoso de confederarse con los reyes de Aragon, apresurase la celebracion de las capitulaciones que se firmaron por ambas partes mediante juramento y con recíproca entrega de seis castillos en rehenes en enero de 1334. Dícenos don Pedro en su crónica que Aragon auxilió á Navarra con quinientos hombres de á caballo al mando de Miguel de Gurrea, á los que se unieron luego otros doscientos acaudillados por don Miguel Perez Zapata. No fueron Aragoneses y Navarros muy felices en aquella lucha: en varios encuentros quedaron prisioneros los capitanes y muchos de la hueste y murieron no pocos caballeros.

Por aquel tiempo nació al rey otro hijo que se llamó don Juan, y doña Leonor, que veia la quebrantada salud de Alfonso y temia su próxima muerte, apresuróse á redoblar sus esfuerzos para que se señalase al nuevo infante heredamiento en el reino. Don Pedro, que aunque mozo prevenia y deshacia todas las
1335 gestiones de su madrastra, acordó en enero de 1335, hallándose en Zaragoza, enviar embajadores al papa Benedicto XII, sucesor de Juan XXII, que al propio tiempo que le felicitasen por su ensalzamiento á la Sede pontificia, le informasen del agravio que la corona real recibia por la comision que su predecesor habia dado al patriarca de Alejandría para dispensar en los juramentos del rey de no enajenar cosa ninguna de su patrimonio, y le suplicasen que por los inconvenientes que de ello se habian seguido y podian seguirse en adelante no se concediesen semejantes comisiones para dispensar los juramentos, y asimismo que no se proveyesen en naturales de Castilla las dignidades de Aragon como la reina deseaba.

Hallábase el rey en Barcelona administrando, nos dice su hijo, como buen señor sus reinos, cuando sobreviniéndole una enfermedad, agravósele con tal accidente la de hidropesía de que desde algun tiempo padecia. Doña Leonor que conoció acercarse su última hora, procuró, incansable en sus planes, que algu-

(1) Fué célebre este año en Navarra por la gran matanza que se hizo de Judíos en varias de aquellas ciudades, siguiendo el deplorable ejemplo que en esto habian dado Francia y otras naciones.

nos fuertes de la frontera de Castilla se entregasen á sus parciales, castellanos A. de J. C.
en su mayor parte, á fin de que su hermano pudiera en caso necesario darle ayuda y obligar al futuro rey á reconocer los heredamientos realizados por don Alfonso. Sin embargo, don Pedro frustró tambien sus planes, y cuando algunas compañías castellanas se acercaban ya á la frontera, la gente enviada por el infante se posesionó de aquellas fortalezas. Esto y el conocimiento que tenia de la aspereza y rigor de su entenado, movieron á doña Leonor á partir secretamente de Barcelona con direccion á Castilla, á donde llegó acompañada de don Pedro de Ejerica, á pesar de haber el infante enviado caballeros en persecucion suya y de haber mandado que se le interceptaran las barcas del Ebro. En esto falleció el rey en el palacio real de Barcelona el miércoles 24 de enero
de 1336, y fué sepultado en el monasterio de frailes menores de la presente 1336.
ciudad.

Como ya sabemos, estuvo este monarca casado en primeras nupcias con doña Teresa de Entenza y de Antillon, y en segundas con doña Leonor de Castilla, hija de Fernando el Emplazado y hermana de Alfonso XI. Ambas le dieron hijos; de la primera tuvo á Alfonso, muerto á los dos años de nacido; Pedro, que nació sietemesino en Balaguer á 5 de setiembre de 1320 y sucedió en el reino; Jaime, conde de Urgel y vizconde Ager, segun la disposicion de Armengol de Cabrera, de que anteriormente se ha hecho mérito, y heredero de las baronías y estados de Alcaleya, Entenza y Antillon, á consecuencia de la muerte de su hermano menor don Sancho, y en fuerza de la sustitucion hecha por la madre comun doña Teresa; Fadrique que murió niño; Sancho, nacido en 1327, que ocasionó la muerte de su madre doña Teresa, á la que siguió en breve al sepulcro, Constanza, esposa de don Jaime II, rey de Mallorca, é Isabel que murió de pocos años. Los hijos de la segunda esposa fueron don Fernando y don Juan, cuya suerte infeliz diremos mas adelante.

Fué Alfonso IV, nos dice Zurita, muy justo y piadoso príncipe, de gran benignidad, muy cortés y amoroso para con sus súbditos, que por esta causa le llamaron el Benigno. Su reinado, aunque breve y pasajero y no caracterizado en el exterior del reino por ninguno de aquellos grandes sucesos á que nos ha acostumbrado Aragon, es notable sin embargo, por lo sucedido en el reino de Valencia, cuyos habitantes no consintieron en que se crearan nuevos feudos en perjuicio del fuero que se les habia dado. Esta cuestion empero no trascendió fuera de las fronteras valencianas, en cuanto conviene decir explícitamente que Aragon, Cataluña y Valencia, aunque confederadas y formando un todo bajo el cetro de su monarca, eran tres reinos independientes uno de otro, con distintas leyes, cortes, usos y costumbres. Cada uno de ellos mostrábase celoso de la integridad de su territorio, lo mismo que de no perder el fuero realengo aquellos lugares que lo gozaban para pasar bajo el dominio de un señor, y esto, aunque no era de mucho la unidad nacional ni la centralizacion del poder, ha de reconocerse que eran sucesivos pasos hácia el acaecimiento que constituyó á España en tiempo de los Reyes católicos.

FIN DEL TOMO III.

INDICE DEL TOMO III.

ESPAÑA ÁRABE

Y

REINADO DE LOS REYES CATÓLICOS.

CAPÍTULO XIII.

Desde el año 886 hasta el 912.

CAPÍTULO XIV.

Desde el año 912 hasta el 961.

CAPÍTULO XV.

Desde el año 961 hasta el 976.

CAPÍTULO XVI.

Desde el año 976 hasta el 1002.

CAPÍTULO XVII.

Desde el año 1002 hasta el 1031.

CAPITULO XVIII.

Desde el año 1002 hasta el 1037.

CAPÍTULO XIX.

Desde el año 1031 hasta el 1080.

CAPÍTULO XX.

Desde el año 1037 hasta el 1065.

CAPÍTULO XXI.

Desde el año 1065 hasta el 1085.

CAPÍTULO XXII.

Desde el año 1085 hasta el 1094.

CAPÍTULO XXIII.

Desde el año 1085 hasta el 1109.

CAPÍTULO XXIV.

Desde el año 1109 hasta el 1126.

CAPÍTULO XXV.

Desde el año 1126 hasta el 1157.

CAPÍTULO XXVI.

Desde el año 1126 hasta el 1157.

CAPITULO XXVII.

Desde el año 1157 hasta el 1214.

CAPÍTULO XXVIII

Desde el año 1157 hasta el 1213.

CAPÍTULO XXIX.

Desde el año 1214 hasta el 1252.

CAPÍTULO XXX

Desde el año 1214 hasta el 1253.

CAPÍTULO XXXI.

Desde el año 1213 hasta el 1252.

CAPÍTULO XXXII.

Desde el año 1252 hasta el 1284.

CAPÍTULO XXXIII.

Desde el año 1253 hasta el 1276.

CAPÍTULO XXXIV.

Desde el año 1276 hasta el 1285.

CAPÍTULO XXXV.

Desde el año 1284 hasta el 1295.

CAPÍTULO XXXVI.

Desde el año 1285 hasta el 1291.

CAPÍTULO XXXVII.

Desde el año 1291 hasta el 1327.

CAPÍTULO XXXVIII.

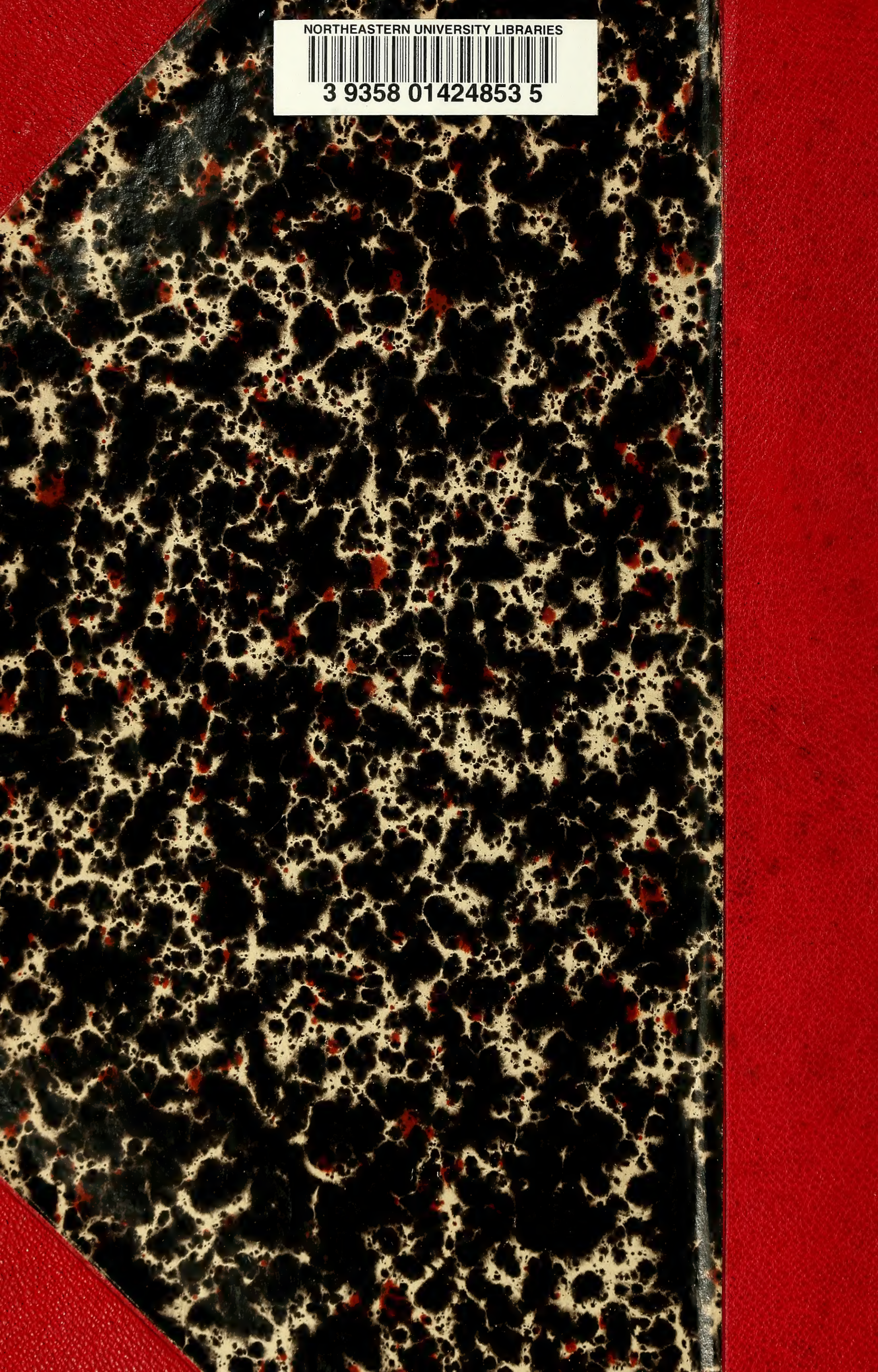
Desde el año 1295 hasta el 1312.

CAPÍTULO XXXIX.

Desde el año 1327 hasta el 1336.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO III.




NORTHEASTERN UNIVERSITY LIBRARIES
3 9358 01424853 5